La miseria del mundo

Fondo de Cultura Económica

Traducción de Horacio Pons

La miseria del mundo

Pierre Bourdieu y
A. Accardo, G. Balazs, S. Beaud,
E. Bourdieu, P. Bourgois, S. Broccolichi,
P. Champagne, R. Christin, J.-P. Faguer,
S. García, R. Lenoir, F. Œuvrard, M. Pialoux,
L. Pinto, A. Sayad, C. Soulié, L. Wacquant

2/284

Primera edición en francés, 1993
Primera edición en español (abreviada), 1999
Tercera reimpresión, 2007

Bourdieu, Pierre
La miseria del mundo. - 1a ed. 3a reimp. - Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2007.
566 p. ; 24x17 cm.

ISBN 978-950-557-270-0

1. Sociología. I. Título
CDD 303.4

Comentarios y sugerencias:
editorial@fce.com.ar
www.fce.com.ar

Título original: *La misère du monde*
© Éditions du Seuil, 1993
ISBN de la edición original 2-02-019674-3

Coordinación editorial: Gladys Rosemberg
Diseño de tapa e interior: Marina Rainis / Valeria Torres

D. R. © 1999, Fondo de Cultura Económica de Argentina S. A.
El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Carretera Picacho Ajusco 227; 14200 México D. F.

ISBN: 978- 950-557-270-0

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin la autorización expresa de la editorial.

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Al lector

Entregamos aquí los testimonios que nos dieron hombres y mujeres en relación con sus existencias y la dificultad de vivir. Los organizamos y presentamos con vistas a conseguir que el lector les dirija una mirada tan *comprensiva* como la que nos imponen y nos permiten otorgarles las exigencias del método científico. Por eso esperamos que tenga a bien seguir el rumbo propuesto; esto, aun cuando comprendemos que, al ver en los diferentes "estudios de casos" una suerte de pequeños relatos, algunos prefieren leerlos al azar y deciden ignorar los previos planteos metodológicos o los análisis teóricos que, en nuestra opinión, son sin embargo completamente indispensables para una justa comprensión de las entrevistas.[1]

¿Cómo no experimentar, efectivamente, un sentimiento de inquietud en el momento de hacer *públicas* ciertas palabras *privadas*, confidencias recogidas en un vínculo de confianza que sólo puede establecerse en la relación entre dos personas? Es indudable que todos nuestros interlocutores aceptaron dejar en nuestras manos el uso que se hiciera de sus dichos. Pero ningún contrato está tan cargado de exigencias tácitas como un contrato de confianza. En primer lugar, por lo tanto, debíamos tratar de proteger a quienes se habían confiado a nosotros (en especial, cambiando a menudo datos tales como los nombres de lugares o personas que pudieran servir para identificarlos); pero también, y sobre todo, era preciso que intentáramos ponerlos al abrigo de los peligros a los que expondríamos sus palabras si los abandonáramos, sin protección, a las tergiversaciones del sentido.

"No lamentar, no reír, no detestar, sino comprender." De nada serviría que el sociólogo hiciese suyo el precepto spinoziano si no fuera también capaz de brindar los medios de respetarlo. Ahora bien, ¿cómo facilitar los medios de comprender, es decir, de tomar a la gente como es, sino ofreciendo los instrumentos necesarios para aprehenderla como *necesaria*, para necesitarla, al relacionarla metódicamente con las causas y las razones que tiene para ser lo que es? ¿Pero cómo explicar sin "sujetar

1. Trasladamos al final de la obra (p. 527) la exposición detallada de los presupuestos epistemológicos de las operaciones de encuesta, transcripción y análisis de las entrevistas.

con alfileres"? ¿Cómo evitar, por ejemplo, dar a la transcripción de la entrevista, con su preámbulo analítico, el aspecto de un protocolo de caso clínico precedido por un diagnóstico clasificatorio? La intervención del analista es tan difícil como necesaria: debe, a la vez, manifestarse sin el menor disimulo y esforzarse sin cesar por hacerse olvidar. Así, el orden en que están distribuidos los casos analizados apunta a acercar en el momento de lectura a personas cuyos puntos de vista, completamente diferentes, pueden verse confrontados, e incluso enfrentados, en la existencia; también permite hacer manifiesta la representatividad del caso directamente analizado, una profesora o un pequeño comerciante, al agrupar alrededor de él "casos" que son algo así como sus variantes. En la transcripción de la entrevista misma, que somete el discurso oral a una transformación decisiva, el título y los subtítulos (siempre tomados de las palabras del entrevistado), y sobre todo el texto que anteponemos al diálogo, tienen la misión de dirigir la mirada del lector hacia los rasgos pertinentes que la percepción distraída y desarmada dejaría escapar. Su función es recordar las condiciones sociales y los condicionamientos de los que es producto el autor del discurso, su trayectoria, su formación, sus experiencias profesionales, todo lo que se disimula y se revela a la vez en el discurso transcripto, pero también en la pronunciación y la entonación, borradas por la transcripción, así como en el lenguaje del cuerpo –gestos, postura, mímicas, miradas– y de igual modo en los silencios, los sobreentendidos y los lapsus.

Pero el analista sólo puede esperar que sus intervenciones más inevitables sean aceptables al precio del trabajo de *escritura* que es indispensable para conciliar propósitos doblemente contradictorios: transmitir todos los elementos necesarios para el análisis objetivo de la ubicación de la persona interrogada y la comprensión de sus tomas de posición, sin establecer con respecto a ella una distancia objetivante que la reduzca al estado de curiosidad entomológica; adoptar un punto de vista lo más próximo posible al suyo sin proyectarse indebidamente, pese a ello, en ese *alter ego* que siempre es, quiérase o no, un objeto, para constituirse abusivamente en el sujeto de su visión del mundo. Y nunca tendrá éxito en su empresa de objetivación participante si no logra dar las apariencias de la evidencia y lo natural, e incluso del sometimiento ingenuo a lo dado, a determinadas construcciones íntegramente habitadas por su reflexión crítica.◆

El espacio de los puntos de vista

Pierre Bourdieu

Para comprender qué sucede en lugares que, como las "urbanizaciones" [*cités*]* o los "conjuntos urbanísticos", y también muchos establecimientos escolares, reúnen a personas a las que todo separa, obligándolas a cohabitar, sea en la ignorancia o la incomprensión mutua, sea en el conflicto, latente o declarado, con todos los sufrimientos que resultan de ello, no basta con explicar cada uno de los puntos de vista captados por separado. También hay que confrontarlos como ocurre en la realidad, no para relativizarlos dejando actuar hasta el infinito el juego de las imágenes cruzadas sino, muy por el contrario, para poner de manifiesto, por el mero efecto de la yuxtaposición, lo que resulta del enfrentamiento de visiones del mundo diferentes o antagónicas: es decir, en ciertos casos, lo *trágico* que nace de la contraposición, sin posibilidad de concesión ni compromiso, de puntos de vista incompatibles, por estar igualmente fundados como razón social.

Si bien las entrevistas se concibieron y construyeron como conjuntos autosuficientes que pueden leerse en forma aislada –y en cualquier orden–, se las distribuyó de manera que las personas pertenecientes a categorías con posibilidades de reunirse e incluso confrontarse en el espacio físico (como los conserjes de las HLM** y los habitantes, adultos o adolescentes, obreros, artesanos o comerciantes, de ese tipo de residencias), también se juntaran en la lectura. Con ello esperamos producir dos efectos: poner en evidencia que los llamados lugares "difíciles" (como lo son hoy la "urbanización" o la escuela) son antes que nada *difíciles de describir y pensar,* y que las imágenes simplistas y unilaterales (en especial las vehiculizadas por la prensa) deben ser reemplazadas por una representación compleja y múltiple, fundada en la expresión de las mismas realidades en discursos diferentes, a veces inconciliables, y a la manera de novelistas como Faulkner, Joyce o Virginia Woolf, abandonar el punto de vista único, central, dominante –en síntesis, casi divino– en el que se sitúa gustoso el observador –y también su lector (al menos, mientras no se sienta involucrado)– en beneficio de la pluralidad de puntos de vista coexistentes y a veces directamente rivales.[1]

*. Complejos habitacionales constituidos por *monoblocks*, situados, por lo general, en las afueras de las ciudades, donde suele agruparse una población de bajos recursos (n. del t.).

**. *Habitation à loyer modéré* Viviendas de Alquiler Moderado: viviendas económicas para personas de escasos recursos, de cuyo alquiler se hace cargo, parcial o totalmente, el Estado francés (n. del t.).

1. También podría invocarse el modelo de *Don Quijote* que, en especial cuando da nombres diferentes a los mismos personajes, explicados por justificaciones etimológicas diversas, o cuando actúa sobre los niveles de lenguaje, intenta restituir la "multivalencia que tienen las palabras para las diferentes personas" y, al mismo tiempo, la pluralidad de perspectivas que hacen la complejidad y ambigüedad de la existencia humana (cf. L. Spitzer, *Linguistic Perspectivism in the "Don Quijote", Linguistics and Literary History: Essays in Linguistics,* Princeton, Princeton University Press, 1948, pp. 41-85 [traducción castellana: *Lingüística e historia literaria,* Madrid, Gredos, 1982]).

Este perspectivismo no tiene nada de un relativismo subjetivista que conduzca a una forma de cinismo o nihilismo. Se funda en la realidad misma del mundo social y contribuye a explicar una gran parte de lo que sucede en ese mundo y, en particular, muchos de los sufrimientos originados en la colisión de los intereses, disposiciones y estilos de vida diferentes que favorece la cohabitación, especialmente en el lugar de residencia o trabajo, de personas que difieren en todas esas relaciones. Es dentro de cada uno de los grupos permanentes (vecinos de barrio o edificio, compañeros de oficina, etcétera), horizonte vivido de todas las experiencias, donde se perciben y viven, con todos los errores (de objetivo, en particular) resultantes del efecto de pantalla, las oposiciones, sobre todo en materia de estilo de vida, que separan a clases, etnias o generaciones diferentes. Aun cuando a veces se encuentren personas cuya trayectoria, lo mismo que su posición, las inclina a una visión desgarrada y dividida en sí misma (pienso en la comerciante de artículos deportivos de una urbanización "difícil" que se siente autorizada a defenderse con vigor de las agresiones de los jóvenes, al mismo tiempo que los mira de manera comprensiva), el efecto de la confrontación directa de las diferencias consiste en favorecer la lucidez interesada y parcial de la polémica (es el caso, por ejemplo, de cierta inmigrante española que invoca la diferencia entre las estructuras de las familias europeas, que combinan un escaso índice de fecundidad y, a menudo, una fuerte disciplina de vida, y las familias magrebíes, muy prolíficas y condenadas con frecuencia a la anomia por la crisis de la autoridad paterna resultante de su condición de exiliado, mal adaptado y a veces colocado bajo la dependencia de sus propios hijos).

No hay experiencia de la posición ocupada en el macrocosmos social que no esté determinada o, al menos no sea modificada, por el efecto directamente experimentado de las interacciones sociales dentro de esos microcosmos sociales: oficina, taller, pequeña empresa, vecindario y también familia extensa. *El contrabajo,* de Patrick Süskind, brinda una imagen particularmente lograda de la experiencia dolorosa que pueden tener del mundo social aquellos que, como el contrabajista dentro de la orquesta, ocupan una posición inferior y oscura en el seno de un universo prestigioso y privilegiado, experiencia tanto más dolorosa, sin duda, a causa de que este universo, en el cual participan apenas lo suficiente para sentir su descenso relativo, está situado más arriba en el espacio global. Esa *miseria de posición,* referida al punto de vista de quien la experimenta al encerrarse en los límites del microcosmos, está destinada a parecer, como suele decirse, "completamente relativa", esto es, completamente irreal, si, al asumir el punto de vista del macrocosmos, se la compara con la gran miseria de condición; referencia cotidianamente utilizada con fines de condena ("No tienes que quejarte") o consuelo ("Sabes que hay quienes están mucho peor"). Empero, instituir la gran miseria como medida exclusiva de todas las demás significa prohibirse *percibir* y comprender toda una parte de los sufrimientos característicos de un orden social que, sin duda, hizo que aquélla retrocediera (de todas formas, menos de lo que suele decirse) pero que, al diferenciarse, también multiplicó los espacios sociales (campos y subcampos especializados) que brindaron las condiciones favorables para un desarrollo sin precedentes de todas las formas de la pequeña miseria. Y no se daría una representación justa de un mundo que, como el cosmos social, tiene la particularidad de producir innumerables representaciones de sí mismo, si no se hiciera lugar en el espacio de los puntos de vista a esas categorías muy especialmente expuestas a la pequeña miseria que son las profesiones cuya misión es ocuparse de la gran miseria o hablar de ella, con todas las distorsiones ligadas a la particularidad de su punto de vista.◆

La rue des Jonquilles

Pierre Bourdieu

Este conjunto de viviendas heteróclitas, en principio designado con una sigla burocrática, ZUP* luego rebautizado "Val Saint Martin", uno de esos eufemismos mediante los cuales los responsables de las "operaciones" de DSQ** pretenden "cambiar la imagen" de los vecindarios que deben renovarse, es, como sus pobladores, la huella visible que las sucesivas políticas industriales dejaron, como sedimentos, en las antiguas tierras agrícolas que se extienden al pie del monte Saint Martin y su iglesia romana. Tras la demolición a principios de los años noventa de la torre de 14 pisos, ya no queda hoy más que una hilera de casitas gemelas en régimen de "acceso a la propiedad", ocupadas por familias de obreros calificados, jefes de cuadrilla o capataces de la industria metalúrgica, a menudo originarios del extranjero –de Argelia, en especial– de los que cerca de la mitad están desocupados o en condición de prejubilados, como consecuencia de las diferentes "reestructuraciones" de la industria siderúrgica.

El señor Leblond y el señor Amezziane viven a uno y otro lado de la rue des Jonquilles, una amplia avenida sin árboles, bordeada por casitas con un minúsculo jardín (cuatro metros cuadrados), cercado por una pequeña pared y a menudo tapizado de papeles, juguetes rotos y utensilios abandonados: encima de un garaje, situado en la planta baja junto con el lavadero y el baño, estas viviendas se componen de un departamento de tres ambientes al que se llega por una escalera muy empinada, de cemento desnudo, como puede verse en la casa del señor Amezziane, en la que no se hizo ninguna modificación salvo algunas arpilleras a modo de felpudo.

Excepto a la hora de salida de las escuelas, cuando se transforma en zona de juego de los niños, la rue des Jonquilles, tal vez porque no tiene nada de lo que comúnmente anima el espacio urbano –carnicerías, panaderías, almacenes, cafés, puestos de diarios o tabaquerías–, está casi siempre vacía y evoca naturalmente la palabra "desierto" que la gente de la región emplea con frecuencia para designar lo que han hecho de su comarca desde el cierre de las fábricas y la demolición de los edificios, que dejaron un inmenso vacío, y no únicamente en el paisaje.

Los habitantes de la rue des Jonquilles son algo así como los sobrevivientes de un inmenso desastre colectivo, y lo saben. Lo que desapareció con las fábricas fue su razón de ser: ingresaban en ellas con toda naturalidad –a menudo muy pronto, desde los 14 años, una vez terminada la escuela primaria y sin solución de continuidad con sus padres– y también con toda naturalidad destinaban a ellas a sus hijos. Mal que bien, también es su pasado, y todo el universo de las

*. *Zone à urbaniser en priorité*, Zona de Urbanización Prioritaria (n. del t.).

**. *Développement social des quartiers*, Desarrollo Social de los Barrios (n. del t.).

relaciones profesionales, lo que se esfuerzan por perpetuar aprovechando las oportunidades de recuperarlo, en el café o el supermercado, donde pasan mañanas enteras discutiendo, pese a que están separados de sus viviendas por autopistas. Pero sobre todo es su futuro, continuación y justificación de su pasado, el de sus hijos e hijas, hoy condenados a una estada prolongada en una escuela secundaria bastante eficiente para apartarlos de la fábrica, sin estar en condiciones, la mayor parte de las veces, de ofrecerles otra cosa que títulos devaluados, es decir, con mucha frecuencia, una promesa de desocupación en esta región en crisis.

El señor y la señora Leblond aceptaron recibirnos por recomendación de un pariente lejano. Esa mañana, el señor Leblond disfrutaba de un franco. Las hijas estaban en el colegio. Advirtieron la llegada del auto: él nos abrió la puerta de calle antes de que bajáramos. La señora Leblond se quedó arriba pero apareció en seguida, en lo alto de la escalera. Están vestidos con esmero: él tiene una camisa a cuadros; ella, un vestido floreado; su peinado es un poco aparatoso. Como si se tratara de una prueba a la que tienen que hacer frente juntos, nos reciben en pareja: con ello dejan ver más de sí mismos, pero la presencia del otro a su lado despierta en cada uno, sin duda, una sensación de seguridad. Están un poco intimidados y no saben bien qué se espera de ellos (al final preguntarán: "Pero, ¿qué van a hacer con todo esto?"). Se refugian, como nosotros, detrás de fórmulas de cortesía habituales en circunstancias como ésta. Ella se pega a su marido y no lo deja, salvo para ir a la cocina a buscar café (ya estaba preparado; lo sirve en tazas de porcelana que saca del trinchero). La señora Leblond se resiste a nuestros intentos de entablar diálogos separados. Con la mirada, él la hace participar en la conversación. Cuando ella habla, solicita la aprobación de su marido; gravemente, éste aprueba pero no interviene, como por respeto.

Nos sentamos frente a frente, a uno y otro lado de la gran mesa que ocupa casi todo el comedor. Es el centro de la vida familiar: las hijas hacen en ella los deberes mientras la madre cose o teje (un suéter cuelga del estante, donde también hay papeles, los cuadernos de las hijas, un *jean* para acortar). Ese pequeño mundo cálido, pero como cerrado en sí mismo y perfectamente autosuficiente, con su trinchero amorosamente lustrado, lleno de fotos de las hijas y chucherías que rodean el diploma de la mayor, su biblioteca –también coronada de chucherías y fotos y con tres filas de obras de divulgación–, su sofá, frente al televisor, cubierto de almohadones bordados de colores vivos, sus plantas de interior, su minúsculo perrito, rodeado de todos los cuidados, está hecho a imagen del señor y la señora Leblond, de sus rostros afables, sonrientes, confiados y sin embargo recorridos por inquietudes y hasta temores cuando se evocan, con palabras indirectas, ciertos problemas de vecindad. Son una de las últimas familias de origen francés que viven en la rue des Jonquilles. Será la señora Leblond quien lo haga notar, al término de la conversación: "Usted sabe; aquí, en esta zona, si hacemos la cuenta, ¡ah!, hay siete franceses, siete franceses, porque incluso enfrente, allí, nada más que las casitas...", para agregar en seguida: "Ah, bueno, usted sabe, yo no salgo mucho".

No es ése sino uno de los signos, sin duda el más doloroso, de la decadencia individual que acompañó la decadencia colectiva de las empresas industriales de la región. El señor Leblond, que escapó, un poco por milagro, a las grandes oleadas de despidos (todavía una palabra tabú: los responsables de la "reestructuración de la siderurgia" hablan de "eliminación de empleos con un plan social") y logró conservar su trabajo de agente de control (del metal terminado), describe todos los signos de deterioro de su situación profesional: el salario rebajado entre el 30 y el 40% (desde que no trabaja en los hornos continuos, donde lo hacía incluso los fines de semana); las cuadrillas reducidas, como la suya, que pasó de nueve a cuatro hombres, aunque se incorporen cada vez más trabajadores no calificados (viejos a los que hay que volver a emplear a

la espera de la jubilación) o superficialmente reciclados, y esto para una producción constante y hasta aumentada; el incremento de las restricciones y los controles para minimizar las ausencias, aun en caso de enfermedad ("No podemos enfermarnos, no hay nadie que nos reemplace"; "Ahora hay que pedir una autorización para estar enfermo..."; "El hombre se rompe un pie o un brazo en la fábrica, y hay un auto de la empresa que lo va a buscar a la casa y lo lleva de vuelta todos los días"); los sindicatos debilitados, en especial por lo difícil que es movilizar a trabajadores desencantados e inclinados a sentirse felices por tener un trabajo ("Nos machacan demasiado con eso; nos machacan demasiado diciéndonos: 'Tienes trabajo, considérate dichoso'... Bueno, ésa es la reflexión: 'Considérate dichoso por tener trabajo'. Hace siete años que no falto por enfermedad; falté en septiembre, tuve una enteritis, en total me quedé nueve días en casa; cuando volví a trabajar me llamó mi jefe de servicio, el ingeniero me dijo que había puesto poca voluntad. Y sólo después me preguntó qué había tenido"); por último, la ausencia de contratación de jóvenes, que muestra que el ciclo de reproducción de la empresa –y, con él, el de las familias ligadas a ella– está interrumpido: "—¿Ingresan jóvenes? —Por el momento, no. Es lo que querrían, pero... Sobre todo en la pirámide de edades, en Longwy la pirámide es demasiado vieja, es por eso que los sindicatos luchan para conseguir que la gente se retire a los 50 o 55 años y, como contrapartida, que entren jóvenes".

Esta crisis de la reproducción, que en gran parte está ligada a los efectos de la escuela, es sin duda uno de los principales motivos de preocupación. Ya se refiera a la situación de la fábrica o a la escolaridad de las dos hijas, la mayor que quiere ser enfermera y a quien "le gustan mucho los niños" ("Déle un montón de chicos para cuidar y lo hace, le gusta mucho") o la menor, que está en cuarto año,* "clase de transición" y que por fin va al colegio de buena gana desde que lava las verduras y prepara tortas o panqueques para los niños de la guardería, la conversación siempre vuelve naturalmente a ella. Y entre las razones que se mencionan para explicar la desafección de los jóvenes por el trabajo en la fábrica ("En nuestra época tal vez fuéramos menos difíciles que los jóvenes de hoy"), se citan en primer lugar la escuela y las aspiraciones demasiado precisas, demasiado circunscriptas que inculca: "A los jóvenes los forman demasiado en la escuela, les meten demasiadas cosas en la cabeza: bueno, tú vas a ser aprendiz de tal oficio, tú te dedicarás a tal otro; y cuando el joven sale, por más que tenga el CAP, si encuentra un trabajo que pueda ser más o menos parecido no lo tomará porque no es su rama, y ahí creo que está el error de las escuelas". Pero al mismo tiempo señala que muchos padres "ruegan

*

Tal vez corresponda en este punto una breve descripción del muy complejo sistema educativo francés, al que de una manera u otra se hará referencia constante en las páginas de este libro. La primera institución que recibe a los niños de entre tres meses y 2 años es la *crèche*, guardería; entre los 2 y los 5 años asisten a la *école maternelle*, jardín maternal o de infantes. A partir de allí comienza la escuela primaria: a los 6 años, el *cours préparatoire*, curso preparatorio o preescolar; a los 7 y 8, primero y segundo año del *cours élémentaire*, curso elemental; a los 9 y 10, primero y segundo año del *cours moyen*, curso medio (CM1 y CM2). Termina allí la escuela primaria y se pasa al *collège*, correspondiente al CES, *Cours d'éducation secondaire*, ciclo de educación secundaria: a los 11 años, sexto año; a los 12, quinto; a los 13, cuarto; a los 14, tercero, tras el cual, luego de un examen, se obtiene el BEPC, *Brevet d'études du premier cycle*, certificado de estudios del primer ciclo. Toca entonces el paso al *lycée*: a los 15 años, segundo año; a los 16, primero, en el que se realiza una primera división por orientaciones y a cuya finalización se alcanza la primera parte del *bac*, bachillerato. Por último, a los 17 años, se cursa el *terminale*, ya plenamente dividido por orientaciones y suborientaciones, cuyo detalle daremos a medida que se las mencione en el texto. A la finalización de este curso terminal se da el examen del bachillerato, con lo que se completa la educación secundaria. A lo largo de todo el sistema hay "clases de transición" cuyo objetivo declarado es elevar el nivel de los alumnos con más dificultades para que después puedan incorporarse a los cursos normales. Existen salidas intermedias del ciclo, como el CAP, *Certificat d'aptitude professionnelle*, certificado de aptitud profesional, a los 14 años, y el BEP, *Brevet d'enseignement professionnel*, certificado de enseñanza profesional, a los 16. Debo estas informaciones y otras que salpicarán los distintos capítulos de este libro al saber, la generosidad y la paciencia de mi amiga Juliette Igier (n. del t.).

a Dios que los chicos vayan a la escuela el mayor tiempo posible", adhiriendo así a los anhelos de sus hijos que no quieren ni oír hablar de la fábrica y que podrían decir, como uno de sus compañeros –de quien él habla con una especie de fascinación (poseedor de un CAP de cocina, prepara un bachillerato técnico y quiere entrar luego en una escuela de *sommeliers*)–: "Mientras estoy en la escuela, no soy un desocupado". "Es triste decirlo –agrega el señor Leblond–, pero es así", y no le parece sino muy natural el hecho de que su hija que quiere ser enfermera "tenga para [...] siete años de escuela".

Sin embargo, señala muy bien todo lo que separa su generación (tiene hoy un poco más de 40 años), para la que la escuela no desempeñó un papel muy importante, de la siguiente: luego de un último año de escuela primaria poco activa (como consecuencia de una desavenencia con su padre, el maestro lo había dejado relegado en el fondo de la clase) y un certificado de estudios en parte obtenido por casualidad (recuerda riendo que cometió 52 faltas de ortografía), a los 14 años acude con toda naturalidad al centro de aprendizaje de la fábrica en que trabajaba su padre y luego, al cabo de dos años, entra en el mismo servicio que éste pero en otra planta y descubre paulatinamente, en especial a través de las "visitas" a talleres y obradores dispuestas con tal fin, el verdadero universo fabril, que ya entreveía en los relatos paternos y del que tenía muchos conocimientos: "No obstante, íbamos a visitar los talleres en las fábricas. Bueno, allí uno se daba cuenta de que, pese a todo, había sitios donde los muchachos no estaban... Íbamos a los altos hornos, a la acería, no eran sitios... Allí es donde uno se impresiona, donde ve la aglomeración, la coquería; el tipo que se pasa ocho horas ahí adentro, a pesar de todo es...". Como en el relato que la señora Leblond hará de sus años de trabajo en la fábrica, sólo ciertas entonaciones, ciertas miradas en las que se lee la evocación de una experiencia terrible e incomunicable, y sobre todo ciertos silencios (las tres frases citadas quedan inconclusas, como suspendidas ante lo indecible), hablan de la amplitud y la violencia del impacto que representa el primer contacto con el mundo fabril, pese a la preparación y la resignación previas.

La formación se hacía "en el taller", por medio de un aprendizaje práctico no sancionado por ningún título: "No tengo ningún diploma en las manos, no tengo nada; de todas maneras, un CAP de agente de control, de metalógrafo, no sirve para nada de nada". En rigor de verdad, cuando se casó, vale decir, 13 años después de su ingreso en la fábrica, le sugirieron que preparara un CAP, pero pronto el aprendizaje del álgebra –a él, que se había quedado "en las fracciones"– lo detuvo. Retrospectivamente, no ve qué habría podido aportarle una formación puramente teórica, aun en física o química, que no haya adquirido después en la práctica, "a la fuerza, a la fuerza...": "Por eso, ahora uno sabe muy bien que con un acero con tanto de carbono y tanto de manganeso tiene tal cosa, y con tanto de azufre tendrá una estructura diferente; eso es todo. Digamos que a eso se llega con la práctica". En parte, es su propio retrato el que dibuja, sin pensar en ello y, por lo tanto, sin la menor huella de vanidad, cuando opone a los obreros formados a la antigua y los que pasaron por la escuela: "Bueno, tienen los diplomas, tienen la técnica, pero no tienen la práctica, y eso es lo que falta hoy en la fábrica; faltan muchos hombres que tengan práctica, hombres que conozcan su equipamiento; como digo siempre, en aquellos tiempos teníamos un viejo que estaba allí y, bueno, conocía su equipamiento; uno le indicaba que había una falla en el extremo de un cable, venía a ver, miraba, se iba, recorría dos veces la línea y volvía: 'La cosa viene de la caja, por allí', y el tipo no se equivocaba. No se equivocaba, mientras que ahora, si hay una falla, un problema, se busca por aquí, se busca por allá, y cuando se encuentra no se sabe qué es, porque no hay nadie que pueda decirlo". Y con una frase, gracias a la autocorrección, puede enunciar la ambigüedad del privilegio que representaba esa continuidad, el perfecto ajuste interior al puesto ocupado, que no dejaba de suscitar una forma de orgullo e implica-

ba también una profunda sumisión a la necesidad: "El problema es ése: nosotros, con el centro de aprendizaje, teníamos la suerte, o la mala suerte, digamos, de conocer la fábrica".

Con seguridad es esa profunda integración al orden industrial, y por consiguiente al orden social, sin duda más que las tradiciones e incluso el estilo de vida, lo que lo separa del señor Amezziane, obrero de origen argelino, desocupado a causa de los despidos masivos de los años ochenta, que vive un poco más arriba, del otro lado de la calle (al pasar, el señor Leblond da algunos indicios sobre su integración: gracias a su jefe de servicio obtiene de la Familiar, sociedad de HLM, el derecho a cambiar con un vecino a punto de mudarse el departamento que, en el momento de casarse, había conseguido con el apoyo del presidente de su club de básquet; es árbitro de ese deporte y el ejercicio de esta función le confiere cierta autoridad sobre los jóvenes de la zona y hasta de la región; forma parte de la asociación de padres de alumnos y, por esa razón, conoce un poco a todo el mundo: participa en la vida sindical y, aunque no haya asumido ninguna posición militante, se entregó sin reservas a las luchas de los años setenta contra la desarticulación de la industria siderúrgica). Hay entre el señor Leblond y el señor Amezziane y sus familias, y también sus departamentos (el del señor Amezziane da una impresión de frialdad y desnudez con su canapé en símil cuero, sin almohadones, su tapicería barata con la imagen de una mezquita, su mesa baja en hierro forjado), toda la distancia que separa al proletario –aun venido a menos o en decadencia, con ingresos reducidos pero regulares, sus cuentas en regla, su futuro pese a todo relativamente asegurado– del antiguo obrero al que la caída en la desocupación, sin protecciones ni garantías, remite a la condición de subproletario, desamparado, desorganizado, obsesionado por la preocupación de vivir, mal que bien, al día, entre los alquileres impagos y las deudas impagables.

Llegado a Francia en 1960, el señor Amezziane trabaja al principio en varias empresas, seis meses en una, 15 días en otra ("El patrón era demasiado duro, me fui por mi cuenta"), un mes y medio en una tercera y así sucesivamente, condenado cada vez a los trabajos más duros y peor pagados de la construcción. En diciembre de 1962 lo contrata una empresa de Longwy, donde permanece durante 22 años, con una interrupción de dos (cuatro meses de vacaciones en Argelia, tras lo cual vuelve al trabajo en Marsella durante dos meses y luego va a Chambéry, antes de reincorporarse a su empresa de Longwy, una filial de Usinor, fabricante de materiales de construcción a partir de residuos de la siderurgia, que le guardó su puesto de metalúrgico y lo hizo llamar por un primo, que también trabajaba allí). Despedido en 1984 y sin poder obtener el beneficio de la jubilación (por no llegar a los 50 años), encuentra otro trabajo en la Alta Saboya, también gracias a un primo, pero, mal pagado y explotado (cobra 3.600 francos mensuales por nueve horas diarias de trabajo), después de tres meses vuelve a Longwy; en 1989 hace una pasantía donde aprende de pintura, embaldosado y a leer y escribir (siempre fue analfabeto y –se lamenta– habla muy mal el francés), pero luego vuelve a quedar desocupado hasta obtener, en el marco de un Contrato Empleo Solidaridad, un trabajo de medio día que le asegura 3.900 francos por mes, a los que se agregan setecientos francos de asignaciones, recursos de los cuales debe descontar más de la mitad para cubrir los gastos fijos: 1.400 francos de alquiler (2.400 francos por mes menos mil de APL* y quinientos para los impuestos locales, a lo cual se agregan las cuentas de electricidad, gas, agua, etcétera.

Hay que estimar en 1.500 francos por mes, como máximo, la suma de que puede disponer para alimentar a una familia de seis personas, entre ellos cuatro hijos (su mujer y sus dos hijos se reunieron con él en Francia en 1981, y desde entonces nacieron otros dos), esto sin contar las

*. *Aide pour le logement*, Ayuda para la Vivienda (n. del t.).

deudas, muy variadas e importantes, y los juicios derivados de ellas, por el gas, el alquiler (cree que debe dos millones de francos viejos a la Familiar, pero un amigo que está presente durante la conversación afirma que le hicieron una broma), la SNCF* ("Desde el año pasado tienen un pleito por 2.000 francos con mi mujer porque perdió el boleto de tren; ascendía a 2.200 francos, pero ahora voy a pagarlos"), el hospital ("Eso también son dos mil, hasta 3.000 francos"), etcétera. Con ello, está condenado a hacer malabarismos incesantes y, como no puede pagar de una sola vez todas las deudas ("Si no..., ¿qué van a comer los demás? ¿Qué van a comer?"), que estima en un millón o un millón doscientos mil francos (viejos), se esfuerza por "pagar de a poco", 150 francos aquí, "para calmar un poco la cosa", 200 francos allá. Y sin embargo tuvo que pelear y hacer un detalle de sus recursos para tener acceso a los Restaurantes del Corazón.**

Su contrato vence el 5 de julio. Después no sabe qué va a hacer: "¡Ah, no sé! No sé qué voy a hacer. Estoy harto. Me voy a ir. ¡Sí, qué harto que estoy, me voy a ir! Eso es. Es la verdad. Porque... ¿para qué seguir haciendo esto? Gano cinco y pierdo diez, así que...". Empero, ¿puede verdaderamente volver a Argelia, como lo desean tanto él como su mujer? De hecho, aunque varias veces afirme lo contrario, aunque repita con mucha insistencia que "no tiene miedo", que es propietario de una casa y un terreno que se puede cultivar ("Mi mujer va a agarrar la laya y a arar el jardín, y detrás voy a ir yo plantando"), sabe que está "acorralado" por todos lados: es demasiado tarde para encontrar un trabajo allí, y además perdería los magros recursos que recibe por estar desocupado. El vecino, argelino como él, que asiste a la conversación, resume así la situación: "Ahora, nosotros somos como *pieds-noirs*:*** vamos allá y no somos argelinos, nos quedamos acá y no somos franceses".

Cuando se le pregunta sobre sus vecinos (entiéndase, como él, sobre los franceses) y sus relaciones con ellos, contesta más o menos en los mismos términos que la señora Leblond: como es indudable que, por diversas razones, no puede decir ni que son buenas ni que son malas, las describe como nulas, neutras, esto es, reducidas al "Buenos días, buenas tardes" que, para los obreros o empleados a los que yo interrogaba en los años sesenta en Argelia, servía para resumir o simbolizar la inhumanidad de las relaciones laborales. Además, la susceptibilidad extrema que demuestra cuando evoca sus orígenes argelinos o la eventualidad de un regreso a su país atestigua que es sensible a las agresiones de quienes reprochan a los argelinos ocupar los puestos de trabajo de los franceses y los invitan a volver a su tierra.

No hay duda de que no es el caso del señor Leblond que, como lo dice –y es posible creerle–, respeta a los argelinos y espera de ellos, a cambio, que lo respeten. Pero los gestos y las mímicas –labios un poco apretados, ojos elevados al cielo– mediante los cuales su mujer da a entender que no puede mencionar todo lo que habría que decir al evocar las relaciones de vecindad y las dificultades de la vida en el barrio, su apresuramiento para señalar que no sale nunca y que reduce sus relaciones de vecindad al mínimo estricto, el acento que él mismo pone en la proporción muy elevada de hijos de inmigrantes en la población escolar (la sitúa en alrededor del 80% mientras que en 1988 había "sólo" 224 argelinos y 144 marroquíes entre 651 alumnos en las escuelas primarias, y 260 extranjeros entre 463 alumnos en el CES), en las dificultades con que se topan los maestros en los establecimientos escolares de la zona –que su participa-

*. *Société Nationale des Chemins de Fer*, ferrocarriles franceses (n. del t.).

**. Cadenas de comedores para personas de pocos recursos, fundadas por el actor cómico Coluche (n. del t.).

***. Blancos nacidos en Argelia (n. del t.).

ción en los consejos de padres lo lleva a conocer de cerca–, las reservas que formula cuando habla de sus compañeros argelinos ("Tuve uno que estaba bien; hay que reconocerlo; para ser un árabe, estaba bien") o las críticas que eleva contra el tratamiento favorable que se les concede durante Ramadán,* todo tiende a mostrar que las tradiciones y convicciones internacionalistas y antirracistas que adquirieron a través de su educación y sus compromisos políticos (la señora Leblond también trabajó cinco años en la fábrica, hasta que nació su primera hija), fortalecidas por las condenas oficiales de la discriminación y los prejuicios raciales, se someten día tras día a una dura prueba en la confrontación con las dificultades reales de la cohabitación (es posible saberlo por otros testimonios, recogidos en relaciones más íntimas, donde todo puede decirse sin disimulos ni recelos, como el de aquella vieja militante socialista que, sobre todo en verano y en períodos festivos, ya no puede tolerar los ruidos y olores del edificio al cual se siente encadenada, o el de la pareja de antiguos militantes comunistas que, por las mismas razones, tuvieron que mudarse, con lágrimas en los ojos y la sensación de traicionar todas sus convicciones).

Sin lugar a dudas sería falso ver una concesión a la compostura impuesta por la situación de la entrevista y la relación con supuestos portadores de los valores oficiales en los esfuerzos notorios que hace el señor Leblond para poner en práctica los valores de tolerancia o, mejor y más simplemente, de comprensión ("Me pongo en su lugar", dice en varias oportunidades). Pero también hay que escucharlo cuando señala qué "horrible" es para él el período de Ramadán: "¡Ah, bueno, bueno...! Pues bien, es horrible, diría que es horrible porque, bueno, la verdad es que duermen durante el día; los grandes están tranquilos, pero los chicos... los chicos andan por la calle. Hay que oírlos protestar... Y además empiezan a vivir a las diez de la noche, entonces, como uno va a acostarse, bueno, a fe mía, está bien que uno tiene derecho al ruido. Pero, ahí..."; o cuando distingue a los inmigrantes (entre los cuales discierne "al argelino, al marroquí", pero para recordar en seguida que "tenemos los mismos problemas con los portugueses o los italianos" y que muchas de las dificultades encontradas en el barrio son imputables a una sola familia de origen francés) según su capacidad de adaptación a la vida del país, que se mide, en su opinión, por el hecho de que "los niños deben caminar como franceses".

En realidad, los efectos de la cohabitación más difíciles de soportar –ruidos, trifulcas, depredaciones o destrozos– son imputables a esos niños y adolescentes que, condenados a la privación y la pobreza y sobre todo, en el mundo de la escuela, para el cual nada los prepara, al fracaso y la humillación (240 de los 651 alumnos de las escuelas primarias y 274 de los 463 del CES tienen un año o más de retraso), escapan, a veces completamente, como los dos hijos mayores del señor Amezziane, del control familiar. Era posible presentirlo de un vistazo cuando uno de ellos (tal vez el que había golpeado con una pelota a una de las maestras de la escuela, lo que le significó a su padre una multa de dos mil francos) se presentó, irónico y agresivo, en la puerta del departamento, en el momento en que su madre hacía una breve aparición para servir el té, y sobre todo al oír el tono –en apariencia indiferente e incluso un poco indignado, y en realidad profundamente desesperado– con que ese hombre que durante toda la conversación sostuvo tiernamente en los brazos a la última de sus hijas, hablaba de sus dos varones: "¡Ah! Yo no me ocupo de los otros... [*habla de ellos como si se tratase de extraños*]. ¿Para qué voy a ocuparme? [...] No me escuchan. No me escuchan... Así que...". Y el vecino corrige: "Se ocupa mucho de ellos, pero no quieren escuchar...". Al trasladar en cierto modo su desencanto a los más chicos, a los cuales, por ahora, no tiene nada que reprocharles

*Noveno mes del calendario lunar musulmán, consagrado al ayuno y a la oración para conmemorar la entrega del Corán al pueblo (n. del t.).

("¡Ah! Por ahora la cosa marcha, hasta que tengan 12, 15 años; después, no sé, porque serán todos iguales"), prevé el momento en que también escaparán a su control, es decir cuando descubran, como los hijos mayores –cuyas palabras sin duda refiere–, que, a fin de cuentas, al terminar la escuela, ya sea que hayan trabajado bien o no, la cuestión es la misma ("¡Al final no encuentras nada, cero! Entonces, da igual que trabajen bien, que no trabajen bien..."). Y si da la razón al señor Leblond cuando éste atribuye a la crisis de la autoridad doméstica en las familias magrebíes las principales dificultades de la cohabitación, se esfuerza por hallar una explicación, si no una justificación, a la rebelión de los hijos de inmigrantes, invocando las decepciones suscitadas por la escuela o, más precisamente, por el fracaso de ésta o de los poseedores de títulos escolares en el mercado de trabajo.

Por ello es preciso dejarle la última palabra: es esta fatalidad, la del subempleo que sufren de manera redoblada las víctimas privilegiadas del fracaso escolar y la discriminación, la que habrá que conjurar si se pretende que las calles del "Val Saint Martin" merezcan algún día los nombres de flores que, un poco imprudentemente, les dio algún tecnócrata encargado del "Desarrollo social urbano".

Con dos familias obreras

Entrevista de Pierre Bourdieu y Rosine Christin

"Vivimos juntos..."

[*La conversación se entabla en relación con las dos hijas, cuyas fotografías se exhiben en el trinchero*]

—*La mayor, enfermera, y la menor...*

M. LEBLOND: No sabe qué quiere hacer.

—*Tiene 14 años...*

M. LEBLOND: No importa que le digamos "Juegas con las muñecas" o "Quieres ser doctora", siempre va a contestar que sí. Gran problema, ¿no?

—*¿Pero hizo toda la escuela aquí?*

MME. LEBLOND: Sí, sí, siempre fue a ese liceo.

M. LEBLOND: En el CES de aquí.

—*¿Y en qué año está?*

M. LEBLOND: En una clase de transición, digamos que es para mandarla después a un cuarto año tecnológico o un cuarto año de CAP, a ver un poco cómo pueden encaminar las...

—*¿Y sabe en parte qué quiere hacer? ¿Pero no mucho?*

M. LEBLOND: Bueno, allá va a la guardería, limpia [...], todo eso, y le gusta. Hace algunas tortas, algunos... en el colegio, bueno, eso le gusta...

MME. LEBLOND: Sí, se las arregla bastante bien.

M. LEBLOND: ¡Bien! En fin, digamos que este año, pese a todo, va a la escuela con gusto.

—*¿Antes no le gustaba demasiado?*

MME. LEBLOND: No.

M. LEBLOND: Bueno, antes no conseguía seguir del todo algunas materias, entonces salía... iba a la escuela, pero digamos que iba... hasta los profesores, pese a todo, la ven mejor este año que... no estaba bien. No estaba bien enganchada, no.

—*¿No entendía o no le gustaba?*

MME. LEBLOND: Lo que no entendía eran pavadas, pero no se atrevía a preguntarle al profesor, entonces se quedaba así cómo estaba: no entendía y no entendía. Y nosotros le decíamos: "Pregúntale al profesor"...

[...]

—*¿Y ahora le gusta, sí, lo que hace?*

MME. LEBLOND: Bueno, sí, le gusta, lava la verdura; hoy van a hacer panqueques para los chicos de la guardería. Eso le gusta, sí, sí.

—*Podría hacer un CAP, una cosa así.*

MME. LEBLOND: Sí, cocinera, una cosa así.

M. LEBLOND: Sí, ¿cómo le llaman a eso? Ya no lo sé...

—*Hay empleos, aquí, en fin, todavía no se sabe...*

M. LEBLOND: ¡Ah, empleos! [*Risas.*] Hay muchos en la ANPE,* pero no hay muchos en realidad. Empleos, empleos, sí, hubo una época en que los había, pero ahora... Pero con todo lo que se ve es igual, hay muchas empresas que se instalan pero hay otras muchas que desaparecen tan rápido como aparecieron, entonces eso genera empleos; sí, es cierto, si se toma el balance que hacen en la alcaldía en Longwy, allá hacen un balance al nivel de la creación de empleos y dicen que sí, que hubo. Pero en realidad no crearon nada de nada, la cosa cambió de nombre; sí, eso hace una empresa que se instala, sí, porque cambia de nombre, pero pequeñas empresas hay muchas, muchas instaladas, pero también muchas cerradas. Por desgracia.

[...]

—*Sí, por otra parte los jóvenes, como fueron a la escuela, en muchos lugares, ya no tienen muchas ganas de ir a la fábrica; ahí está el problema.*

M. LEBLOND: El problema está ahí, lo que pasa es que nosotros, con el centro de aprendizaje, teníamos con todo la suerte –en fin, la suerte o la mala suerte, digamos– de conocer la fábrica, porque íbamos, teníamos acceso, íbamos a hacer visitas...

—*Era una transición, es eso...*

M. LEBLOND: ...íbamos a ver, bueno, los chicos que preparaban un CAP, según su especialidad, iban a trabajar

*. *Agence nationale pour l'emploi*, Agencia Nacional para el Empleo (n. del t.).

y a hacer pasantías en el servicio al que tenían posibilidades de entrar, entonces la gente, con todo, veía cuál iba a ser su trabajo, mientras que ahora los jóvenes salen de la escuela, y por más que les digan lo mismo...

—Sí, se quedan hasta los 16 años, y después...

M. Leblond: Y después agarran otras escuelas, bueno, van a otras escuelas y cuando llegan a los servicios... Digamos que ahora la gente que va a venir, los jóvenes que vengan, tal vez estén más calificados en técnica, en teoría, pero en la práctica todo queda por aprender.

—¿Y en estos momentos qué salidas tienen?

—¿Con sus compañeros ustedes hablan mucho de eso?

M. Leblond: Bueno, ruegan a Dios que los chicos vayan a la escuela la mayor cantidad de tiempo posible; está mal decirlo, pero es así. Tengo un compañero, y su chico, su hijo, que hizo el CAP de cocina, prepara un bachillerato técnico y ahora querría ingresar, porque este año va a aprobar su bachillerato profesional, su bachillerato técnico, y querría ingresar en una escuela de *sommeliers*, porque no tiene lugar...

—¿Eso no tiene nada que ver con lo que aprendió?

M. Leblond: ¡No, pero –y esto se lo digo a ustedes– por más que se esfuerce será un desocupado!

—Es así con cualquier cosa, sí, es así... ¿Y no tiene ganas de entrar en la fábrica?

M. Leblond: Ah, bueno, no, ni hablarle de la fábrica, de todas maneras hizo otra especialidad que no es la de la fábrica, pero digamos que tuvo la posibilidad de hacer pasantías a diestro y siniestro, ver cómo es, y después, si encuentra una escuela de *sommeliers*, va a ir a allí. Bueno, después irá tal vez a hacer una escuela, mientras está en la escuela... es como él dice: "Mientras estoy en la escuela no soy un desocupado"; el que entra en un hotel o es capaz de tener su empresa propia, su restaurante, pero a él le faltan los medios financieros...

—Sí, es así, hace falta un capital...

M. Leblond: ...no tiene capital y sus padres tampoco lo tienen para comprarle algo, y dice: "Ir a hacer de pinche en un servicio a diestro y siniestro"...

—¿Pero cómo? Porque pese a todo a un chico así le cuesta caro; ¿cómo hace? ¿Trabajitos...?

M. Leblond: Hacen, digamos los que están en un hotel, yo lo veo como él, allí su hijo trabaja prácticamente todos los fines de semana; bueno, se hacen buenos fines de semana, trabajan ya sea en un hotel, ya sea en un restaurante, ya sea... bueno, como él es con todo capaz de hacer comidas, bueno, hace comidas...

—Es así, y con eso se mantiene, pero hay quienes...

M. Leblond: Hay quienes no pueden...

—No sé, cuando hacen un CAP de contabilidad, por ejemplo, algo así...

M. Leblond: Ésos no sé cómo harán, bueno, es cierto que hay cosas como las colonias, cosas así, pero hay que hacer un BAFA,* y hoy un BAFA cuesta 1.800 francos.

Mme. Leblond: 1.800 francos... Queremos hacerlo para la mayor, bueno, sí, ella quiere...

M. Leblond: ¿Qué quiere hacer?

Mme. Leblond: Hacer una colonia durante las vacaciones, una cosa así, pero tiene que hacer el BAFA y no es antes de los 17 años, entonces...

M. Leblond: Y además digamos que le gusta estar en contacto con los niños...

Mme. Leblond: Le gustan mucho los niños, entonces, bueno, usted sabe, usted le da un montón de chicos para que los cuide, y lo hace, le gusta mucho, así que... Pero es lo mismo, hay que esperar a los 17 años, si los tiene está bien, pero si no los tiene, bueno, van a ser centavos que serán...

M. Leblond: Y además eso, es que después del primero, si quiere seguir, tiene que hacer otros dos, es eso lo que...

—¿Quiere ser enfermera, no es así?

Mme. Leblond: Sí, sí. Está bien, no aprende mal, se las arregla bastante bien.

—¿Hay un examen? Ya no sé cómo se aprueba...

Mme. Leblond: Además tienen exámenes para entrar, sí. Bueno, allí tiene para, ya no sé, siete años de escuela, creo que tendrá todavía...

M. Leblond: Al menos siete años. Ah, sí, con la rama que agarró...

[...]

—Si ahora lo despidiesen, ¿podría salir en seguida a encontrar un puesto?

M. Leblond: ¡No! En estos momentos le diría que no porque siempre se da el mismo caso: piden jóvenes que tengan experiencia.

A los 50 años le dicen: "Te vas"

—¡Vaya, es así, como si fuera posible!

M. Leblond: Se ve en todas partes: joven, con experiencia.

*. *Brevet d'aptitude et de formation des animateurs*, Certificado de Aptitud y Formación de Animadores, título requerido para coordinar colonias, campamentos, etcétera (n. del t.).

Bueno, entonces voy a llegar y a decir: "Tal vez tenga la experiencia, pero estoy arriba de los 40 años"...

[...]

—Como suele decirse, quieren tenerlo todo y no pagar nada...

M. Leblond: A veces es para reírse, porque se ve cada cosa: 20-25 años con cinco de antigüedad, así que ahora yo quisiera ver jóvenes con cinco años de antigüedad en el trabajo a los 25 años, ¡hay montones en todas las esquinas! Entonces el problema es que una vez que uno llega a los 40 años, bueno, a todos los lugares donde quiere ir... No es que ya no lo quieran, pero digamos que...

—Sí, o si no, están todos los que llegaron a la prejubilación... Justamente, parece que para algunos eso es muy difícil, hay quienes lo toman mal...

M. Leblond: Sí, hay quienes lo tomaron mal, y además hay que ponerse en su lugar, la verdad es que el tipo que de la noche a la mañana... Pero en fin, lo tomaron mal, como el retiro a los 50 años, hay quienes a los 50 años se encontraron con que los echaban a la calle. Es cierto que el tipo que había entrado en la fábrica a los 14 años, y quizá más chico, porque los había... bueno, llega a los 50 y le dicen: "Te vas, ya no te necesitamos", porque los hay, se vieron obligados a decirles que ya no los necesitaban, estuvieron prácticamente obligados a ponerlos en la calle porque...

—Incluso con una buena jubilación...

M. Leblond: Sí, incluso con... porque se fueron con las manos vacías, los primeros no tuvieron mala suerte, los últimos tienen mucho menos dinero, pero pese a todo no son desafortunados, no hay que...

—¿Pero entonces qué es? ¿El trabajo?

M. Leblond: Era su trabajo, el tipo que pasó yo diría que su vida en la fábrica, en el mismo servicio, el mismo sector, que tenía sus...

—Sus compañeros...

M. Leblond: Eso es, y después, de la noche a la mañana, sobre todo al principio, les dijeron: "Les vamos a dar la jubilación a los 50 años, en fin, la prejubilación, pero vamos a contratar a jóvenes...".

—Sí, y además no es verdad...

M. Leblond: El tipo que tiene hijos jóvenes en la casa tal vez se vaya de buena gana, pero después de un año, cuando ve que el chico todavía sigue en la casa, que no lo contrataron, a los que les toca después ya no quieren irse; aquí los únicos conformes con la historia fueron los marroquíes, estaban contentos de irse, estuvieron en Marruecos, volvieron cinco o seis años más viejos y después volvieron a irse, pero...

—Los otros; no...

M. Leblond: En fin, digo "los marroquíes", no quiero meterlos a todos en la misma bolsa, porque a algunos –es lo mismo– hubo que echarlos a la calle, pero hubo muchos que aprovecharon la oportunidad, y sobre todo en los últimos años, cuando sabían que iba a terminarse, algunos que se fueron en junio, cuando todavía les quedaban cuatro años, volvieron en julio, en agosto, de las vacaciones, y ya estaba: tenían 50 años. Tenían documentos de Marruecos como si tuvieran 50 años. ¿Qué se puede hacer contra eso...? Nacieron allá en el desierto...

—Desde luego, el estado civil es un poco...

M. Leblond: Nacieron tal mes, tal... y después ya está, tenían justo el día y el mes, el año no se sabía... ¡Y bueno, tanto mejor para ellos! Tanto peor para los que se quedan, pero digamos que después los muchachos... Es cierto, irse es lindo, pero... Y además están los que la pasan mal en la casa, porque no consiguen ocuparse, no consiguen nada...

Mme. Leblond: Sí, pasa eso, van tirando...

M. Leblond: Y además están los que tenían actividades afuera y después dejaron todo.

—Quedaron descolgados...

M. Leblond: Mientras estaban en la fábrica y después desde el día que llegaron a la casa, digamos que a lo mejor habrían podido aprovechar más su asociación, cortaron los puentes, dejaron todo.

—Sí, y además parece que eso generó peleas en las familias, todo eso, que la cosa no funcionaba, ¿no?

Mme. Leblond: En las parejas sí, es verdad...

—¿Ustedes siempre vivieron aquí? Está bien, es un lugar agradable...

M. Leblond: Digamos que cuando nos casamos vivíamos en un *monoblock*, estábamos allá, en la punta, en un *monoblock*, y después, yo...

—¿Alquilaban?

M. Leblond: Sí, como aquí. Yo nunca me acostumbré a los *monoblocks* y de todas maneras no me gustan, los *monoblocks* no me gustan, entonces hice todo lo posible... En fin, no había más que cuatro pisos, quiero decir, estábamos bien en el *monoblock*, no estábamos... la vivienda era buena, estábamos tranquilos, pero yo revolví cielo y tierra para tener una vivienda individual, bueno, lo que llaman una vivienda individual. Entonces, después de muchas contrariedades, después de muchas cosas, lo puse al tanto al presidente de mi club de básquet –juego en E.– y le dije: "Me

encuentras una vivienda individual, o si no, dejo el club", bueno, de vez en cuando hay que ponerse firme... así que, finalmente, conseguí una vivienda.

—Y abajo tienen el garaje...

M. Leblond: Tengo el garaje abajo: garaje, cocina, habitación, y tres dormitorios arriba. Tres dormitorios y el baño.

—Y la alquila... ¿Cuánto paga, si no es indiscreción?

M. Leblond: No, ahora el alquiler está en 1.900 francos [...]; bueno, tengo la APL, lo que hace 1.600 francos de mi bolsillo.

—Tiene la APL... Sí, está bien, tienen una buena vivienda...

M. Leblond: Sí, pero ahí está el problema, que se llegue a cerrar todo. La verdad es que hay menos chicos. Estamos en una zona educativa prioritaria. En el CES de aquí hay un 80% de extranjeros entre los alumnos de la escuela.

—¿Cuántos dice?

M. Leblond: 80% de extranjeros.

—¿Ah, sí? No sabía que aquí...

—¿Qué son? Italianos...

M. Leblond: Argelinos, marroquíes, tunecinos, portugueses; si aquí tenemos una gran población de...

—¿Pero dónde trabajan?

M. Leblond: ...de inmigrantes. Bueno, están todos en la fábrica. En fin, estaban todos en la fábrica, porque ahora, desdichadamente, hay muchos que están jubilados y muchos otros desocupados; en fin, que están desocupados... que se dicen desocupados. Porque también ahí adentro hay chanchullos y chanchullos pero, en fin, uno no está ahí para...

Mme. Leblond: Usted sabe, aquí, en esta zona, si se hace la cuenta, ¡ah!, hay siete franceses, siete franceses porque incluso enfrente... allí, nada más que las casitas. [...]

—Y la cosa funciona bien...

Mme. Leblond: Ah, bueno, usted sabe, yo no salgo mucho.

M. Leblond: Es un lugar tranquilo, digamos que es tranquilo, pero la verdad es que con todo es mucho mejor que en cierto tiempo...

Mme. Leblond: Sí, era más ruidoso. Pero yo no salgo, aparte... me quedo en casa, no paso de "Buenos días-buenas tardes", pero eso es todo, no más que eso, no me gusta demasiado. No soy una salvaje... pero no me gusta...

M. Leblond: No, cuando es un poco más difícil, aunque el año pasado fue tranquilo, es en el período de Ramadán.

—Ah, sí, ¿cómo era...?

M. Leblond: ¡Ah, bueno, bueno...! Pues bien, es horrible, diría que es horrible porque, bueno, es cierto que duermen durante el día, los grandes están tranquilos, pero los chicos... los chicos andan por la calle. Los chicos berrean. Hay que oírlos protestar. Y además, empiezan a vivir a las diez de la noche, entonces, como uno va a acostarse, bueno, a fe mía, está bien que uno tiene derecho al ruido.

Mme. Leblond: Cuando hay buen tiempo los chicos están afuera.

M. Leblond: Los chicos están afuera, es infernal en las escuelas porque el chico va a la escuela durante el día, cuando va; digo bien, cuando va, pero algunas veces, si van, es para dormir, porque a la noche... un chico, a las once de la noche, a las doce, todavía está afuera... no les molesta. Entonces está el joven que está cansado pero al que no quieren mandar a la cama porque los grandes comen y tiene derecho a festejar...

Mme. Leblond: Con la ventana abierta...

M. Leblond: Eh, el chico está afuera. Bueno, está el chico que grita durante el día porque tiene hambre y no quieren darle de comer pese a que no cumplen el Ramadán, pero no quieren darle de comer, sobre todo al final del período de Ramadán; eso suele verse. Al principio menos, porque al principio... bueno, la verdad es que... pero al final del período también debe de ser duro para ellos no... así que me pongo en su lugar, hacerle un tentempié al chico, porque es un pedazo de pan, darle un pedazo de pan a un chico y después no tener derecho a comer, en fin, no tener derecho; yo diría que, igual es un derecho porque lo aceptan...

—¿Pero de hecho la mayoría no lo hace en Ramadán?

M. Leblond: Se va perdiendo, se va perdiendo... digamos que ya sólo lo hacen los viejos.

—Los viejos, eso es.

M. Leblond: Entre los jóvenes se va perdiendo, porque, bueno, el joven...

Mme. Leblond: Van a la escuela, eh...

M. Leblond: ¡Ah, bueno! El joven hace muchas cosas... Yo lo supe por un muchacho que jugaba al básquet con nosotros, respetaba el Ramadán en la casa y cuando venía a jugar un partido de básquet y comíamos un tentempié, estaba con nosotros, vivía... y además no había problemas... de todas maneras... Lo que digo es que hay que saber –es algo que nunca toleré– que en la fábrica se admitía que esos tipos hicieran el Rama-

dán. Así que eso siempre me sacó de las casillas, hay que decirlo, porque yo tengo derecho a veinte minutos para comer en mi puesto, y si me tomo media hora es una tolerancia: tengo derecho a veinte minutos. Y ellos durante Ramadán tienen derecho a dos períodos de veinte minutos, porque pueden comer al comienzo del turno nocturno y después vuelven a comer al final, antes de la salida del sol, así que se les tolera que coman dos veces, veinte minutos cada una. Y yo digo, yo, el pobre francés, en fin, el pobre tipo francés o italiano o cualquiera que no haga el Ramadán, nadie se preocupa si tiene un trabajo duro, si es cansador o algo así: tienes derecho a veinte minutos para comer, te callas, no dices nada. Mientras que no es una obligación, yo digo, no es una obligación, hacen el Ramadán, y ni siquiera entiendo que los médicos de las fábricas hayan tolerado esas cosas. Porque para el tipo que no come a la noche no hay problema, pero yo mismo vi a algunos que ni siquiera toman un vaso de agua en el día y trabajan ocho horas a pleno calor.

—Es peligroso, efectivamente.

M. Leblond: Yo digo, los responsables de la medicina laboral deberían haberse negado.

—Desde luego.

M. Leblond: Porque el hombre puede aguantar pero llega un momento dado en que, bueno... El día en que se cae en un convertidor, no lo van a recoger. Si se cae al suelo no es grave, pero si se cae en el convertidor, bueno, pese a todo había hombres en la acería, en el laminador, y el hombre que se cae en una prensa, que lo agarra una prensa, ¿cómo vuelve a salir?

—Y en su cuadrilla hay argelinos, ¿no?

M. Leblond: Ya no hay. Ya no hay. Tuve uno que andaba bien, hay que reconocerlo: para ser árabe, andaba bien. Cuando estaba solo. Ah, sí, ya hubo varias historias en el comedor. Porque... Vivimos juntos... [*risas*]. Es normal, la gente, con todo, está fuera de su situación, de su lugar, bueno, se reencuentran. Yo tengo ventajas, si fuera a trabajar al extranjero y me encontrara con algún francés estaría muy contento de hablar y trabajar con un francés.

—Sí, pero por cortesía, cuando hay franceses, deberían hablar... sí, y esos jóvenes, ¿muchas veces están desocupados? Esos jóvenes argelinos.

M. Leblond: Digamos que hay dos categorías, hay... yo diría, el magrebí, en fin, el extranjero, pero sobre todo el argelino, el marroquí al que yo trato de árabe, bueno, ésos están ahí, están muy contentos de estar ahí y además saben llorar bien, les dan ayuda y se quedan tranquilos, y después está el de al lado, que se ajusta bien a la vida francesa, se adaptó bien y hace que sus hijos caminen como franceses; el problema está ahí. Porque yo, en el deporte, no me llevo mal con los jóvenes árabes, bueno, no son más malos –en fin, más malas, porque son todas chicas– no son más malas que las demás. Hay algunas familias...

—Sí, como en todas partes...

M. Leblond: En las escuelas es igual, hay problemas con ciertas familias; siempre las mismas, de todas maneras. No hay que hacerse mala sangre, el problema existe desde la escuela maternal, pero no sólo son los extranjeros, no sólo son los marroquíes, los argelinos; existen los mismos problemas con portugueses o italianos.

—Pero los italianos hace mucho que están... ¿no?

M. Leblond: Ah, sí, los que están ahí... en principio los argelinos, cuando están ahí, también hace mucho tiempo, bueno, lo poco que pasa es que en un momento dado –pero sin embargo ahora hay cada vez menos–, en un momento dado muchos iban a casarse a Argelia y traían a su mujer, también hubo un contingente de turcos que llegaron en determinado momento, en que tampoco era todo color de rosa, y ahora ya no se oye hablar de ellos. Pero lo único que critico en las localidades, en fin, en las ZUP, porque antes se llamaban ZUP, es que tampoco hicieron nada por esa gente, porque todo... Quiero decir, los instalaron a todos juntos, había una torre aquí, bueno, la torre, con cuatro entradas...

Mme. Leblond: No, cinco.

M. Leblond: Cinco entradas, había dos entradas, no era cosa de meterse...

La Familiar los puso a todos juntos

—¿Es cierto?

M. Leblond: ¡Oh, no era cosa de entrar, eh! Era arriesgarse a que lo golpearan o le cortaran el pescuezo, a que le hicieran lo que quisieran. ¿Pero por qué? Porque los metieron a todos juntos, había quienes criaban carneros en los balcones, conejos en los baños, así que, bueno, ¿qué hacía sistemáticamente la Familiar? Los alojaba a todos juntos, y no es eso lo que tendría que haber hecho, y la comuna tampoco; tendrían que haberlos desparramado un poco, acostumbrarlos un poco a vivir; están más a gusto en su desierto, bueno, yo me pongo en su lugar, el tipo llega, está en su desierto, hace lo que quiere, llega aquí, bueno... pero no es lógico. Hay que conseguir que esa gente viva en comunidad.

—¿Y esa torre ya no existe?

MME. LEBLOND: No, la tiraron abajo.

M. LEBLOND: La tiraron abajo, no porque la Familiar tuviera que hacerle demasiados arreglos; de todas maneras, se estaba volviendo demasiado peligrosa; hubo mucha gente a la que [*¿la pusieron allí?*] para recuperarla, para hacer cosas, y además... con la situación de la cuenca, bueno, hubo quienes...

MME. LEBLOND: Allí, en el lugar de la torre, tienen que hacernos una nueva...

M. LEBLOND: Un centro social; bueno, ya pusieron las rejas; cuando mejore el tiempo, las obras van a...

—¿Y el barrio no es peligroso para las chicas?

MME. LEBLOND: ¡No, no, está bien!

M. LEBLOND: Ah, no es más peligroso...

MME. LEBLOND: No, está bien... Siempre vivieron en él...

—No, es sobre todo el ruido, cosas así...

MME. LEBLOND: A las mías no les impide... ¿Cuánto hace, cuánto hace...? Hace 14 años que estamos acá en la misma calle, yo estaba embarazada de C. cuando llegué, y bueno, duermen adelante y la verdad es que en verano siempre hay chicos afuera y chillan, pero eso no les impedía dormir, aunque hubiera ruido...

M. LEBLOND: ¡Ah, bueno! Si son como yo, a mí eso no me molesta para dormir...

—¿Y no hay pequeños robos, cosas así?

MME. LEBLOND: No, no, no...

—No, lo que le molesta es el ruido...

MME. LEBLOND: Ahí tiene, eso es.

M. LEBLOND: De todos modos, no hay más que en otras partes. Bueno, a los que fastidian, hay algunos fastidiados, pero ya hay que ver si es cierto, quiero decir, hay que ver si es cierto...

MME. LEBLOND: Sí, porque todavía hay que ver...

—¿Qué es lo que cuentan?

M. LEBLOND: ¡Ah, bueno! A algunos les roban la ropa blanca, les pinchan los neumáticos de los autos, cosas así... Bueno, lo admito, pero nunca vi a los gendarmes ir a sus casas, así que si tienen un seguro que funciona y cosas así, por robo de la radio del auto, robo de todo lo que quieran...

—Sí, pero eso pasa en todos lados.

MME. LEBLOND: Un poco más allá hay casas, son de franceses, y se quejan todo el tiempo de que les robaron, de que les pincharon los neumáticos; y después jamás se ve que vayan los gendarmes, eso es lo que tienen contra ellos, y después, bueno, es así.

M. LEBLOND: No, pero es verdad, hay que reconocer que tienen el secador de ropa blanca delante de la puerta, la dejan a la noche, también hay que decir...

—¡Es tentar al diablo!

MME. LEBLOND: Eso es, es así, yo cierro atrás y a la noche no dejo la ropa blanca afuera.

M. LEBLOND: Yo tengo el auto afuera y, es triste decirlo, pero sólo lo cierro con llave desde que llegaron unos franceses, dos casas más abajo; antes nunca lo cerraba, estaba afuera todo el día y nunca quedaba cerrado. Tenía papeles en el auto, de todo, y jamás me faltó nada. Lo meto en el salón de deportes, lo saco todas las semanas y jamás tuve nada en el auto. Tal vez sea también la manera de...

—Sí, la manera de ser...

M. LEBLOND: ...de ver cómo se actúa; a esa gente no hay que dejarle ver que uno tiene miedo; si se dan cuenta de que tenemos miedo, se sienten fuertes. Desde el más pequeño, que tiene tres años, que va a venir, hasta el grande, porque todos salen a buscar, toco madera; desde que estoy aquí, sin embargo, hace no mucho menos de seis, siete años que practico deportes en M.

—Sí, así es, usted los conoce por el deporte y por eso lo respetan.

M. LEBLOND: Yo los respeto, no hay razón para que no me respeten.

—Sí, así es, así es.

M. LEBLOND: No hace falta... Para mí, cuando están en el salón de deportes, mientras estén tranquilos está todo bien; cuando hacen despelote, como quien diría, los mando afuera, les digo: "Mi auto está allá; si lo tocan, sabré quién es", porque aquí hay mucha gente que dice: "Es éste, es aquél, es aquel otro, pero no vamos a la policía, tenemos miedo". Yo sé que el día que ponga a alguno de patitas en la calle en el salón de deportes y pase algo con el auto, los gendarmes van a venir. Y sabré decirles quién es. Tal vez no sea él, pero van a ir a su casa. Yo iré con ellos; si no es él, va a tener que decir quién es. Por desgracia, aquí los gendarmes tampoco hacen nada. La gendarmería y la policía son... Hace dos años hubo problemas, es cierto, fue con los profesores, y casi tuvimos que resolver el problema nosotros mismos, ir a la gendarmería y la policía. A la gendarmería no le corresponde porque hay una policía, y la policía, bueno, a fe mía...

—¿Eso lo decidieron con los padres de los alumnos, con la asociación?

M. LEBLOND: Entre los profesores y los padres.

—¿Qué era lo que había...?

M. LEBLOND: Bueno, en la escuela habían pinchado los neumáticos de los profesores, rompieron los limpiapara-

brisas, pusieron azúcar en el tanque de nafta, ¡ah!, verdaderamente se hacía... Hasta que un día las cosas se pusieron feas, porque hubo un profesor que salió y entonces se las agarró con un joven. Y después hizo algo que nunca tendría que haber hecho: le pegó un castañazo en la nariz [*risas*]. Así que los padres, como conocían bien las leyes y todo, se volvieron en contra del profesor pero, por mala pata, como no era en el recinto del CES, entonces desde el punto de vista de Educación Nacional no correspondía a nadie. Así que arremetieron directamente contra la Educación Nacional para que le quitaran el derecho a ejercer... en eso estaban mal informados.

—¿Y aquí, los profesores son de la zona? ¿O los maestros, todo eso, ustedes los conocen?

M. LEBLOND: De la zona, sí, una parte es de la zona; así es, cuando hay un profesor joven, o un maestro joven que viene y llega acá...

—¿Es duro para él, al principio...?

M. LEBLOND: Más bien lo miran dos veces, si no son de la zona, en lo que más piensan es en irse.

—¿Usted los conoce, son gente, personas de la región?

M. LEBLOND: Muchos son jóvenes... en fin, nacieron en la zona. Se quedaron aquí. O si no, antiguos maestros que hicieron su primer aprendizaje aquí, digamos que hicieron su carrera aquí.

—¿Y conoce muchos hijos de obreros metalúrgicos que se quedaron en la zona así, como maestros, como profesores?

M. LEBLOND: No hay una multitud, no.

—Que anduvieron bien en la escuela...

M. LEBLOND: Digamos que aquí hay muchos jóvenes, ex metalúrgicos que se fueron a la policía, a la gendarmería, los CRS [*policía antidisturbios*], en fin, cosas así; digamos que aprovecharon –en fin, aprovecharon...– en 1968, 1969, que los CRS, la policía, reclutaban no pocos jóvenes, así que todos, o no todos pero sí muchos jóvenes que estaban indecisos aquí y después...

—Y además es después de una generación que iba mucho a la escuela, ¿no? Porque la cosa empezó, qué sé yo, hacia los años setenta, que...

M. LEBLOND: Cuando había hombres que salían de aquí con los *karts* [carretones automotores de mantenimiento conducidos por los obreros] y además se iban con ellos; había que conseguir motivarlos, porque si no, el tipo salía y atropellaba todo lo que tenía adelante. Yo vi algunos que venían con nosotros a las manifestaciones y llevaban revólveres, carabinas, eh... Bueno, sin embargo no son cosas para hacer. No llegábamos a ese extremo. Si llegábamos a verlos les birlábamos las armas, las guardábamos en casa de algún otro y después asunto terminado. Pero, en fin, los muchachos pese a todo venían con uno, hay que decir que enfrente estaban las fuerzas del orden, que tampoco eran suaves.

—No, hay que decir que fue una conmoción increíble, era tan brutal.

M. LEBLOND: ¡Ah! Hubo buenas trifulcas, en el buen sentido de la palabra y también en el mal sentido de la palabra, pero en fin... en fin... ya pasó, ya pasó. Lo único que lamento ahora es no haber guardado todos los recortes de prensa, cosas así...

—Y los jóvenes de hoy en día, ¿qué piensan de todo eso? No les importa mucho, ¿no?

M. LEBLOND: No les importa porque de todas maneras no lo conocieron, el joven que conoce el desierto de hoy... Y por eso digo que me da un poco de lástima no haber guardado todos los recortes de prensa para mostrárselos. Veamos, les diría a mis hijas: aquí había una fábrica, allá tal cosa, bueno, se acuerdan un poco... cuando íbamos a lo de mis padres a E. yo vivía frente a la fábrica, bueno, había algo.

—Son muy despolitizados, se burlan un poco.

M. LEBLOND: Sí, y además ahora con los jóvenes hacen lo que quieren. De todas maneras, el de derecha va a venir y les prometerá el oro y el moro, bueno, y los que puedan votar van a votar por él, y si hay otro que viene del otro lado, va a ser igual, la cosa funciona un poco así, y después el joven se desilusiona; ¿qué hará entonces? Ése es el problema. Es que ahora a los jóvenes les llegan a prometer un poco demasiado, bueno, tendrán esto –es lo que decía hace un momento de las escuelas–, de modo que la joven que es aprendiz de peluquera, y bien, será peluquera de mujeres, peluquera de mujeres, y aunque al lado pueda hacerle el corte a un hombre, va a decir: no, no tomé este trabajo para ser peluquera de hombres, voy a ser peluquera de mujeres, no voy a ir allí. ◆

Febrero de 1992

Una familia desplazada

Abdelmalek Sayad

Una comuna obrera en la periferia inmediata de París. En contraste con el dispositivo típico de los suburbios, con torres y largas hileras de edificios, hay un barrio que es la excepción: se trata de una zona relativamente apartada, caracterizada por las viejas casas individuales de dos plantas que se dio en llamar "*chalets* de pedernal". Cuando se las puso en venta, la municipalidad compró una cierta cantidad de estas viviendas y, a menudo de acuerdo con el procedimiento de urgencia y aun antes de realizar los trabajos de remodelación o rehabilitación, las destinó al alojamiento de algunas familias inmigrantes. Este destino, contrario a las reglas que por lo común rigen la asignación de viviendas sociales (las HLM) a las familias más indigentes, no deja de suscitar un nuevo tipo de conflictos entre vecinos: para unos, es decir, los inmigrantes, conflictos que pueden hacerlos reflexionar sobre las molestias que se les reprocha ocasionar –esto es, sobre la verdadera significación, por ejemplo, del "ruido", los "olores", la forma que corresponde dar a las relaciones sociales (en frecuencia, intensidad, duración, etcétera) para que sean compatibles con los usos en materia de cohabitación–; para los otros, es decir, la población francesa del vecindario, conflictos que no se inscriben totalmente, como es habitual, en el orden de las relaciones individuales e interpersonales (o puramente subjetivas) sino que incumben colectivamente (la vecina francesa de la familia inmigrante lo dice con mucha claridad) a cada una de las personas en cuestión; en ellos, todos comprome-

, esto es, la idea que se hacen de sí mismos o, para hablar en el lenguaje vigente hoy en día, su identidad social (que aquí es al mismo tiempo la identidad nacional y, por consiguiente, preponderantemente colectiva). Esos conflictos son tanto más significativos cuanto que no tienen casi ningún fundamento objetivo; por eso es preciso comprenderlos como las últimas manifestaciones de la resistencia que esta fracción de la población –que tuvo un acceso tardío a la vivienda individual con la que sin duda soñó durante mucho tiempo, así como al espacio (geográfico y social) asociado a ella, espacio en el cual proyectó todas sus aspiraciones y esperanzas de ascenso social, en el que invirtió y se invirtió emocionalmente– se inclina a oponer al proceso de decadencia, desvalorización y descalificación en el que teme estar atrapada.

La confrontación de las dos encuestas –concebidas a fin de que transmitan los puntos de vista totalmente divergentes que, a partir de posiciones sociales distintas e incluso antitéticas, pueden asumirse sobre la misma realidad social– suscita tres tipos de discurso. En primer lugar, por el lado de la familia inmigrante, el discurso del padre que describe la historia de las residencias de la familia durante toda su inmigración, discurso de historia pronunciado en árabe, el único que le concierne total y exclusivamente, el único de su propia competencia; luego, el discurso colectivo de los hijos, que se refiere a la situación presente y el estado de la vivienda actual, y a continuación, por el lado del entorno y el medio inmediato de la familia inmigrante, el discurso de la vecina francesa más cercana, dividido entre la defensa de

los intereses materiales y simbólicos propios (en el sentido de exclusivos) de una categoría particular de la población por una parte, defensa e ilustración de las cualidades que dan derecho al privilegio de un hábitat reservado y, por la otra, la indignación y la protesta por verse obligada a sufrir una cohabitación percibida como degradante, humillante, con una población en sí misma degradada, despreciada, desvalorizada.

La familia Ben Miloud es originaria de la región de Biskra, en el sur argelino. Llegó a Francia en 1960 o, más exactamente, en esa fecha la señora Ben Miloud se reunió aquí con su marido; todos sus hijos nacieron en Francia. El señor Ben Miloud, que hoy tiene 64 años, llegó por primera vez a este país en 1949, cuando tenía 21. En la actualidad está jubilado, luego de ser comprendido durante mucho tiempo por el régimen de enfermedad prolongada e invalidez; gravemente enfermo, por su estado requiere cuidados intensivos e internaciones frecuentes. Independientemente de la seria dolencia que padece, el trabajo parece haberlo consumido.

Por un acuerdo tácito entre padres e hijos, fundado en los intereses y las competencias de unos y otros, evoca más gustoso el pasado que la situación actual, cuya relación corresponde más a los hijos (y sobre todo a las hijas); él se reserva, en contraste, la tarea de recordar a todos (y, en este caso especial, a sus hijos) cómo fue, en un estado anterior, la inmigración de la familia: "Llegué [a Francia] en 1949, en la plenitud de la vida [...]. Durante los primeros años hice como todo el mundo, como era habitual en esa época: trabajaba un tiempo en Francia y luego me iba; me iba como si no fuera a volver nunca, pero algunos meses más tarde estaba de regreso. Volvía 'como nuevo'. En definitiva, con todo uno pasaba más tiempo en Francia que en el país. Cuando ahora cuento los años, los meses, los días... pasé más de la mitad de mi vida –¡oh, mucho más!– en Francia [...]. Al principio era cosa de trabajar en una fábrica; ni siquiera en París, sino en el este. Pero después de 1960, de esto hace más de treinta años, fue el trabajo en las obras en construcción. Constantemente; ni siquiera un día de licencia. Porque estaba la familia aquí, en Francia, y llegaron [nacieron] los hijos. Todo eso exigía dinero, había que trabajar mucho [...]. Con la familia instalada en Francia, ya no era cosa de ir y venir [*entre Francia y Argelia*], porque estábamos todos juntos. Podía ser que fuéramos de vacaciones familiares a Argelia, pero era demasiado caro. Y ahora que los hijos crecieron, menos todavía; son grandes, deciden por sí mismos lo que quieren. Nosotros [los padres] ya no tenemos la salud necesaria para los viajes y los desplazamientos. Entonces, uno se queda acá y espera". La reunión de la pareja en Francia –aún no tenían hijos– coincidió precisamente con el paso al sector de actividad del BTP* y la instalación duradera en él (hasta la baja por invalidez y la jubilación). Gracias a su primer empleador en la construcción, el señor Ben Miloud consiguió la vivienda que le permitió hacer venir a su esposa. La familia conserva un recuerdo nostálgico de ese primer alojamiento. No es difícil entender las razones de ese embeleso retrospectivo: se trataba de una casa individual situada casi en el campo, apartada del centro urbano; en verdad, un poco deteriorada y deshabitada desde hacía tiempo, parecía convenir a las mil maravillas a una familia de origen rural, que hacía en ella su primera experiencia y aprendizaje de la urbanización: era una casa espaciosa (de tres plantas), totalmente independiente, sin vecinos contiguos, y disponía de un amplio terreno (que se convertiría en parte en huerta y se explotaría como tal), características que podían dar a esta familia de ex campesinos la ilusión de recuperar los usos habituales a que destinaba su vivienda tradicional. ¿Podía esperarse una mejor transición para facilitar la adaptación al estilo de vida urbano? Además, era la empresa ("el patrón", dicen) la que les había ofrecido generosamente esa vivienda en estado de abandono. Beneficio en especie que se añadía al salario, per-

*. *Bâtiment et Travaux Publiques*, Construcción y Obras Públicas (n. del t.).

mitía un ahorro no desdeñable, sobre todo en ese período particularmente crítico, en razón, por una parte, de la gran escasez de viviendas accesibles a los obreros, y por lo tanto de la carestía de los alquileres, y, por la otra, de las numerosas necesidades de todo tipo que experimentaba cualquier familia inmigrante que llegaba a Francia en una total indigencia, desprovista de los bienes, aun los más elementales, indispensables para la vida cotidiana; todo lo cual hacía extremadamente costosa su instalación.

Condenada a la demolición debido al paso de una futura autopista, la casa deshabitada, a la espera de su destino final, había sido asignada a la familia Ben Miloud a título de vivienda provisional para un mero alojamiento. El vencimiento del plazo terminó por producirse y sus ocupantes "indebidos" se encontraron en la calle. Y allí, a la manera de muchos otros compañeros de infortunio y al mismo tiempo que ellos, la mayoría peones de los obradores del BTP, compatriotas o no, tuvieron que conformarse con esa "vivienda de la desesperanza y lo peor" –así es como la denominan– que es la villa de emergencia, el "infierno de las casuchas". Por ser probablemente una de las últimas familias que fue a vivir a la vieja villa de emergencia de Nanterre en momentos en que comenzaba a desaparecer del mapa gracias a diferentes operativos de reabsorción, los Ben Miloud, que ya tenían cuatro hijos pequeños, pudieron, en ese concepto, beneficiarse prioritariamente con las asignaciones de viviendas reservadas a los casos de urgencia. Al principio fueron a Gennevilliers, donde –como lo dicen– hicieron su primera experiencia de cohabitación en el mismo piso con otras familias vecinas, experiencia que el señor Ben Miloud se complace en relatar por lo que le enseñó sobre el aislamiento y la miseria moral de ciertas familias francesas y la irritación que sienten ante el contacto con las magrebíes, numerosas y a menudo visitadas por parientes y amigos. Luego de multiplicar las gestiones y recurrir a la ayuda de varias asistentes sociales (la oficina de acción social de la comuna, los servicios sociales de la empresa), la familia pudo realojarse en la misma París, pero estaba demasiado hacinada en el departamento que les asignaron. A fin de disponer de más espacio, reiteraron sus pedidos de un nuevo destino, que la llevaron al lugar que ocupa aún hoy.◆

Con habitantes de un municipio obrero

Entrevista de Abdelmalek Sayad

"Ya no tenemos vecinos, ya no hablamos"

LA HIJA: Aquí protestamos, no estamos contentos. Hay razones. Pero no nos iremos nunca; no se trata de eso. Mis padres están acostumbrados a esto, son viejos y están enfermos. Mi padre, que necesita cuidados intensivos, se interna a menudo, no muy lejos de aquí. A mi madre, que casi no sale, que no sabe moverse con los transportes, le basta con llamar un taxi que viene a buscarla a la puerta y la lleva al hospital, y lo mismo para volver. ¿Cuánto le cuesta? Cien francos ida y vuelta. Es aceptable. Pero si nos enviaran vaya uno a saber dónde..., nada más que por eso, no aceptaríamos.

EL HIJO: Y además no es sólo eso. No es cuestión de volver a los edificios. Yo era un chico pero me acuerdo, no de Nanterre, de la villa, sino de los edificios de departamentos, de las urbanizaciones, como dicen ahora. Da lo mismo ir a La Courneuve o al Val Fourré. Hoy todo el mundo los conoce; hicieron tanto ruido con eso.

LA HIJA: Con más razón porque no puede decirse que estemos acostumbrados a eso. Al contrario, querría que siempre... Puedo decir que nunca nos alojamos en edificios de departamentos, en esos edificios. Entonces, no es por ella, por sus lindos ojos o a causa de ella, que vamos a irnos de aquí. No pide otra cosa. Le gustaría tanto. Quiere llegar a ese resultado. Nada más que por eso, nos pelearemos... contra las HLM, contra la alcaldía, la prefectura, sobre todo contra la oficina que tendría que haberse encargado de remodelar todo este *chalet*. ¿Qué vamos a hacer durante ese tiempo? ¿Cuándo? ¿Cómo? No se sabe nada. Y no es lo único que no se sabe.

—*No entendí. ¿De qué se trata?*

EL PADRE: Es nuestra vecina... justo al lado. Lo único que nos separa de ella es esta pared y unos pocos centímetros.

LA HIJA: [*Urgida por explicarlo e interrumpiendo a su padre.*] Ella está en su casa y nosotros en la nuestra. Pero no pierde oportunidad de jodernos [*mirada severa del padre*].

EL PADRE: No, habla correctamente. No es necesario que el señor oiga eso. Di lo que tengas que decir y di la verdad. No vale la pena hablar como una grosera o emplear insultos a espaldas de la gente. Con más razón porque nunca la insultaste –eso espero– y ella nunca te insultó.

LA HIJA: Eso dices tú. Si supieras la clase de insultos que se mandan con los "Señora..., por favor" y "Señora..., le ruego". En las palabras es así, pero las miradas dicen otra cosa, lanzan fuego y veneno.

—*¿Y por qué todo eso?*

LA HIJA: Sí, es lo que quería contarle. Un ejemplo: ¿ve esas escaleras que suben al primer piso? La señora considera que hacemos demasiado ruido cuando las subimos o bajamos. ¿Se da cuenta? ¡Escaleras de madera, y se oye de una casa a la otra! Hay que estar loco para atreverse a decir semejante cosa. Aunque esté neurótica, no es eso lo que no la deja dormir, como se queja. Tengo tres gatos... ¡Qué quiere que le diga, estos animales me parecen magníficos! Ella se queja por todos lados, a los vecinos, a la policía, a la alcaldía, pero por suerte nadie la toma en serio. Escribió cartas y cartas, trató de hacer firmar un petitorio para hacernos expulsar con el pretexto de "perturbación del orden público y la tranquilidad del barrio". En eso estamos [...]. Entonces, en el caso de los gatos, no se le ocurrió nada mejor, completamente chiflado... que decir que hacen ruido. ¿Alguien vio alguna vez a un gato que haga ruido? Un gato no ladra. Ella tiene un perro, pero yo no diría que su perro no me deja dormir. Entonces, la última es que mis gatos, al correr por las escaleras, hacen demasiado ruido, le molestan y le impiden dormir [...].

Eso era lo que llamaban ruido, todas... las reuniones a la noche

EL HIJO: Ella es así, eso es todo. Es cierto, está resentida con nosotros, es cierto, no soporta que seamos sus

vecinos, la presencia de árabes en este barrio que considera elegante, selecto. Entonces, no hay más que ver qué casuchas hay. Pero cada uno tiene sus medios, cada uno intenta lo que puede. Yo también soy una molestia para ella. Me lo dijeron los policías. Ya había hecho eso con los que vivían aquí antes que nosotros... hace algún tiempo, no mucho. Sin embargo, no eran árabes [...]. Lo sé porque yo también tengo acceso a la policía. Les dije todo. Fueron ellos quienes me contaron que presentó varias veces denuncias contra nosotros... Ahora se contentan con darles entrada. Desde luego. Yo juego al fútbol con la policía, en su club. Así que entre nosotros, entre compañeros, nos contamos cosas. Por mi lado, no hay razón para tratarla bien. Peor para ella. Y además, sólo es para contrarrestarla, para defenderse de ella, es todo. Nosotros no nos quejamos de ella.

LA HIJA: No es todo. En realidad, la gran pelea se refiere a la plaza pública. La señora se imagina que es suya, que es de su propiedad personal. Me lo dijo. Mintió. [...]. Mientras sea el ruido..., los gatos..., me tiene sin cuidado; la dejo correr, que diga todo lo que quiera. ¡Pero si se trata de la plaza, el espacio público, y por qué no la calle, las veredas, mientras ella está allí! Ahí, soy inflexible. Es celosa, no soporta que los sábados y domingos, los días de la semana en que tenemos a sus hijos [*señala a su hermano divorciado, quien tiene la guarda de sus dos hijos durante los días feriados y las vacaciones, y a los que deja con sus padres*], yo los lleve a jugar a la plaza. Por supuesto, no puede quejarse oficialmente contra eso, pero entonces encontró el pretexto de los gatos. Fue a decir a la alcaldía que los gatos, los míos y no los de los demás, rascaban en los areneros y hacían sus necesidades y que eso iba a contaminar a los chicos y..., desde luego, ¡a su perro, para colmo! Me citaron al servicio sanitario. Fui con las tarjetas de mis gatos, vacunados y todo, con los nombres, las fechas de nacimiento, las placas, los números tatuados, etcétera. ¡Todo en regla! Vea dónde estamos.

EL HIJO: Es siempre la misma historia. Cuando no pueden decir que la vecindad de los árabes es mala, porque son sucios, porque tienen mal olor, porque hacen demasiado ruido, porque siempre hay demasiada gente en sus casas... aunque no puedan decir todo eso, inventan otra cosa, siempre encuentran algo...

LA HIJA: Mientras que nosotros podemos decir otro tanto de ellos. En el fondo creo, incluso estoy segura, de que son más sucios que nosotros. Debajo del maquillaje... Es dorar la cara, nada más. Creo que el maquillaje no sirve para otra cosa.

EL PADRE: ¡Bien dicen que "Adornado por afuera, cuál es tu estado por adentro"! [*proverbio árabe.*]

EL HIJO: Lo que llaman ruido, lo dicen todos los compañeros, no es verdaderamente ruido, decibeles, sino la canción árabe que no les gusta, que no comprenden y les molesta... Tal vez el *rai*,* ahora que está de moda, pueda cambiar un poco esto. Es eso lo que hace ruido. En realidad, si hay que comparar, las canciones de rock son mucho más ruidosas para el oído que las canciones árabes.

LA HIJA: También pasa lo mismo con los olores. Leí en los diarios cuando hubo... este asunto [...] de los olores y los *merguez*.** Los diarios dijeron: "A los franceses les encanta comer cuscús y *merguez*. ¡Pero cuando no es para ellos, el olor de la cocina árabe les resulta insoportable!".

EL PADRE: Hasta tengo una historia para contarle. Los chicos ya la conocen. Era cuando vivíamos en los edificios de HLM. En el mismo piso, en un departamentito, teníamos como vecinas a dos personas de edad, un señor y su mujer. A los hijos nunca los vimos. Sólo supimos de su existencia cuando nuestras relaciones con ellos se enturbiaron y empezamos a saber quiénes eran. También estos vecinos, ancianos, la verdad, a los que habíamos ayudado muchas veces, les hacíamos algunos mandados, a menudo les dábamos cuscús –esto es lo que me recordó la historia–, se quejaron de que hacíamos mucho ruido. Y al hablar con ellos entendí por qué el ruido, lo que llaman ruido. En realidad, esos dos viejos que no ven a nadie y nadie viene a verlos, ni siquiera sus hijos –creo que los dos, un varón y una mujer, se echaron a perder–, viven sólo para sí mismos, vigilan todo, escuchan todo. A mí, sinceramente, me dan lástima; sobre todo en esa época, yo era más joven, no me gustaría tener a mis padres en ese estado, todavía no pensaba en mí y que también iba a envejecer, los compadecía mucho. Y en el fondo son desdichados, la vida los abandonó, viven a la espera de la muerte. Todo eso me lo habían dicho varias veces cuando los encontraba por casualidad en el pasillo del

*. Música popular de la juventud árabe (n. del t.).

**. Tipo de salchicha árabe (n. del t.).

piso y trataba de charlar con ellos, preguntarles qué novedades tenían [...]. Y un día, durante una conversación, yo no quería reprocharles con violencia todo lo que nos achacaban; si en ese momento hubiera sido alguien de mi edad, me habría agarrado a trompadas con él. Llevé la conversación al tema del ruido. Lo que dijeron me sorprendió. El ruido era en realidad el de las numerosas visitas que recibíamos. Es cierto, así son las cosas entre nosotros, según nuestras costumbres: el sábado y el domingo era un desfile de parientes, primos, amigos; sobre todo en esa época, todavía no había muchas familias en Francia, todos esos hombres vivían como solteros y al venir a casa reencontraban el ambiente familiar. Y, por supuesto, cada vez que venían había regalos: frutas, piernas de cordero enteras, no eran ramos de flores [*risas*], todo lo que ofrecemos cuando hacemos una visita. Y eso era lo que llamaban ruido, todas las idas y venidas, las reuniones a la noche... ¡No hay duda de que en eso tienen que ver los celos! [...]

LA HIJA: Cuando ocupamos la casa, estábamos muy contentos; estaba limpio, acababan de reconstruir todo, creíamos... en efecto, le habían dado una "lavada de cara" antes de entregarnos las llaves. Tuvo que pasar algún tiempo para que nos diéramos cuenta de que lo que habían hecho era pura "bambolla". ¿De quién era la culpa? No se sabe. ¿Fue voluntad de la alcaldía? ¿Las HLM? ¿Cuáles? ¿Los engañaron a ellos mismos, por no querer controlar los trabajos, verificar en el lugar? ¿O lo hicieron a propósito, con todo el mundo de acuerdo? Nos lo seguimos preguntando [...]. Entonces, también nosotros habíamos hecho todo lo posible. Habíamos seguido mejorando el lugar para hacerlo más confortable, cambiamos las ventanas que no parecían ser las más convenientes; fuimos nosotros quienes pusimos el empapelado en las paredes [...]. Desde entonces, le dimos una mano de pintura. Pero ahora, ¿qué hacer? ¿Para qué hacer algo?

EL PADRE: ¿Qué seguridad tenemos para meternos en gastos? Todos los que estamos aquí [*el padre y sus hijos*] somos un poco del oficio; podemos hacer todo nosotros mismos mejor que los artesanos y las empresas profesionales. Si hacemos una estimación aproximada, nos harían falta unos tres millones de francos (viejos), sólo en materiales, sin hablar de nuestra mano de obra, que no la contamos, para poner las cosas en condiciones.

LA HIJA: Desde que estamos aquí, no se sabe quién decide qué. Ni siquiera sabemos cuáles son los organismos que intervienen. Y ni siquiera a quién le pagamos el alquiler; ¿es eso lo que me pregunta? El alquiler se paga, eso es seguro, porque sale de nuestros bolsillos y nadie viene a reclamarlo, así que llega a buen puerto. No nos regalan nada [...].

Ahora, los que vienen son los que deben hacer los trabajos. No sabemos quiénes son. ¿Por cuenta de quién actúan? ¿De ellos mismos, de las HLM, de la comuna, de la prefectura? Son muy amables, vienen seguido a ver, pero no pasan de ahí. No sabemos de qué se ocupan; ¿son responsables de qué? Y no nos dicen nada. ¡Que nos digan si es dentro de un año, diez o nunca! Es todo lo que les pedimos. Nos gustaría saber en qué andan las cosas. ¿Depende de quién? ¿De qué? ¿Por qué se espera así? ¡La cosa puede durar todavía mucho tiempo! Si creen que nos van a cansar para hacer que nos vayamos de aquí..., si es eso lo que quieren, se equivocan. Nunca nos iremos de aquí. Aquí estamos y aquí nos quedamos. No tienen ningún motivo para echarnos a la calle [...].

[*Aprobación general. Todo el mundo apoya las últimas palabras de la muchacha sobre las intenciones de los diferentes interlocutores que intervienen en materia de vivienda; todo el mundo está de acuerdo también en compartir sus recelos en cuanto a la sinceridad de esos mismos interlocutores. Se alcanza nuevamente la misma unanimidad cuando se trata de proclamar la voluntad de la familia de quedarse en la casa, cualquiera que sea el desenlace del proyecto de rehabilitación y haya restauración o no. Al respecto, uno de los hijos se apoya en las palabras de su hermana para afirmar, con un tono categórico, que el proyecto de restauración no es más que una artimaña con el objeto de obligar a los ocupantes a desalojar la vivienda.*]

EL HIJO: Los trabajos sólo comenzarán el día en que tengan la certeza de que podrán echar a todo el mundo a la calle para alojar a las familias que les convengan. De todas maneras, desde hace tiempo sabemos que si hacen algo no va a ser para nosotros. O si no, van a subir tanto el alquiler que no podremos quedarnos. Entonces tendremos que irnos o nos darán un nuevo alojamiento en esas urbanizaciones lamentables con el pretexto de que tenemos demasiadas cosas impagas. Es una técnica muy conocida. No hay duda de que eso es lo que quieren, y ninguna otra cosa. Hace tiempo que me di cuenta... No dejo de decirlo por aquí. Se burlan de nosotros, eso es todo. No tendremos nada, podemos esperar toda la vida. No trabajan para nosotros. *Juegan con nosotros* [*expresión árabe, la única*

pronunciada en ese idioma por los jóvenes en toda la entrevista, mientras que los padres sólo empleaban esa lengua].

No es de los gatos que se quejan, sino de nosotros

La hija: Tres gatos que son verdaderamente "animales de departamento". Forman parte de la familia. Además es por esto que hay conflicto, se quejan de ellos. No es de los gatos mismos que se quejan, sino de nosotros. De los dueños de los gatos. ¡Y así es como mis gatos, mis propios gatos, hacen ruido! ¿Y cómo? Agárrese bien: ¡al correr por las escaleras! Ya se lo dije... ¡Oyen correr a los gatos! Eso es lo mejor que encontraron... Y al lado de eso, dicen que les gustan los animales. No sé cuáles. ¡Todos, sin duda, con la condición de que no estén en lo de los vecinos... árabes! La misma señora tiene un perro. Le parece muy normal soltarlo en la plaza de enfrente; ni siquiera lo tiene de la correa, pero se considera en derecho de estar en la plaza como en su propia casa. La plaza es suya, me dijo. No sé cómo ni por qué habría de serlo... Es su manera de decirme: Francia es mía, es su Francia; nosotros no somos de esta Francia, no nos pertenece y tampoco le pertenecemos. Está convencida de eso. Una vez me dijo que era gracias a ella que teníamos una plaza pública frente a la casa, ella se la habría pedido al alcalde y la habría conseguido, cuando en realidad está ahí desde hace un siglo. Nos amenaza con hacer que nos prohíban el acceso a la plaza; dicho de otra manera, al dominio público [...].

El hijo: Sin hablar del agua que corre... las canillas, los inodoros. Según parece, todo eso hace un ruido atronador... una molestia insoportable, como dice ella. Nos denunció con el pretexto de que somos demasiados en la casa. Que la casa está sobreocupada, como dice ella... o como le dijeron que diga. Porque, entre nosotros, no creo que sea tan inteligente e instruida para escribir eso. Quiere decir que nuestro lugar, el de los hijos, no es... La vivienda, desde luego, está a nombre de nuestros padres, pero nos criamos y crecimos aquí, también es nuestra casa. Que no vengan a decirnos que no tenemos derecho a vivir en ella...

La hija: ...Que vivamos aquí o no es cosa nuestra; sólo nos incumbe a nosotros..., no le incumbe a nadie más, y menos que menos a los vecinos. Lo único que tienen que hacer es ocuparse de lo que pasa en sus casas...

El hijo: En realidad, todos tenemos dónde alojarnos; no es que estemos aquí porque no tenemos domicilio. Es falso. Se lo podemos probar con recibos de alquiler a quien quiera y cuando quiera. No hay más que ver: mi hermana mayor vive en su casa y, por supuesto, pasa por aquí todos los días, siempre la ven aquí, viene a ver a sus padres, ¡es normal, o qué! Se asegura de que todo ande bien, y a veces se queda a dormir. Aquí todos tenemos un dormitorio y una cama. Pero pese a todo ella tiene su propia casa... Nosotros somos así: no abandonamos a los padres ni los vemos simplemente el 30 de febrero [...].

La hija: Mis dos hermanos también tienen vivienda: uno tiene un departamento de un ambiente cerca de aquí. También va y viene entre la casa [de los padres] y su departamento; el otro, mientras espera volver a casarse, también tiene su departamento. Que no vengan a decirnos que nos alojamos todos a cargo de nuestros padres [...]. Desde luego, todos podemos quedarnos siempre, tenemos nuestra cama, nuestro lugar en la mesa, pero la casa es de nuestros padres. Ellos están en su casa. ¡Y además, faltaba más! Estás en tu casa, nosotros estamos en la nuestra y vienen a indicarnos si podemos recibir o no, se ponen a contar cuántos hay en la casa, cuántos en la mesa. No son ellos quienes nos alimentan [...]. Son nada más que celos. Eso es. Es todo [...]. Pueden venir a controlar... Por suerte, por el momento son sólo chismes, los celos de los vecinos: somos demasiados, por eso hacemos ruido, ¿o acaso las HLM y la sociedad no están hechas para alojar a toda esta gente? Son celos puros. Querrían que a nuestros padres les dieran sólo un agujerito, una cosa de nada, donde no hubiera lugar para nadie.

El hijo: Si hay algo que entender en todo esto, es que sencillamente querrían que no estuviéramos aquí. Y si no, es preciso que no se nos vea, que no nos mostremos. Nada de gatos, nada de perros, nada de calle, nada de plazas, nada de niños. Y todo así. Pese a todo, aquí estamos en casa; está todo bien mientras no nos digan que no tenemos nuestro lugar al lado de nuestros padres... [...] Sí, en el fondo es eso: no es sólo nuestro lugar en la casa, el barrio o la ciudad..., sino en toda esta sociedad. Y sin embargo, todos los que estamos, todos, varones y mujeres, tenemos la nacionalidad francesa. Pero vaya a decirles eso. En todo caso, es una cosa que les diré alguna vez. Todas las veces que les guste.

La hija: No es seguro... Además, a veces van a decir: hasta la nacionalidad francesa se la dieron. La cosa más valiosa para ellos.

El hijo: Me importa un pito... En todo caso, para mí eso no puede ser algo para usar en defensa propia. No voy a decirles "¿Por qué son racistas? Yo soy francés". ¿Significa entonces que con mi padre pueden serlo? Hago la pregunta: si son racistas con mi padre, es lo mismo que si lo fueran también conmigo..., pese a mi nacionalidad francesa... ¡Cuestión de amor propio!

El padre: [*A modo de conclusión.*] Todo eso importa poco. ¡Lo que hay que saber es que no nos iremos de aquí! [*Largo silencio de todos: por una vez, el padre habló con solemnidad y atrajo la atención general, la mía en primer lugar.*] Porque a nuestra edad uno no tiene adónde ir... [*Sin duda, la confesión más dura para un inmigrante, es decir, alguien que se desveló toda la vida por creer que tenía un país y una "casa propia" a los que regresar.*]

Es preciso que rindan... cuentas. No a mí, sino a Francia

[Aunque el pretexto mediante el cual hubo que justificar la encuesta prohíbe todo interrogatorio sobre las características sociales de la persona, pudimos enterarnos al pasar de que esta familia sin hijos se había instalado en 1975, proveniente de París, donde vivía con estrecheces en un departamento de un ambiente. La pareja compró el chalet *que ocupa con la suma recibida por la esposa como herencia tras la muerte de los padres. El marido es agente de la* RATP* *y la mujer, notoriamente mayor que él, nunca trabajó.]*

—Recorro el barrio. Me gustaría conversar con unos y otros, ver un poco a todo el mundo, todos los residentes de este barrio donde no hay más que chalets: *lo que piensan de su marco de vida, cómo ven el futuro del barrio, qué cambios se produjeron en su vecindario y en todo su entorno desde su instalación aquí, y si esos cambios significaron una mejora general de las condiciones de alojamiento y de vida o, al contrario, un deterioro. [...] No tengo preguntas muy precisas que hacerle, sino únicamente charlar con usted y conocer su opinión, sus impresiones...*

Mme. Meunier: ¡Ah, eso sí! Dicho de otra manera, hoy se hallan verdaderamente obligados a confesar qué están haciendo. Porque ya no pueden ocultarlo. Comprendieron que, en efecto, uno ya está al tanto de todo. Se despabilan... porque creían que éramos ciegos, que no entendíamos nada de sus tejemanejes.

—¿De qué se trata? ¿De qué tejemanejes? ¿Qué es lo que ya no pueden ocultar? ¿Qué están haciendo y confesando hacer al mismo tiempo?

Mme. Meunier: ¿Cómo, usted no lo sabe? ¿No me va a creer, entonces? Cuando en realidad es lo que todo el mundo sabe, todo el mundo ve...

—¿Qué es lo que ven?

Mme. Meunier: Muy pronto, todo el barrio va a cambiar de población. La gente se va. Aquí todo está en venta. Si diera una vuelta conmigo por el barrio, le mostraría; una casa de cada dos está en venta. Esto es la felicidad de las agencias inmobiliarias... Y a éstas no les importa nada... Con tal de hacer sus negocios, con el que más les ofrece o el primero que llega y les hace una oferta... No les importa nada, total, no viven aquí...; lo único que les interesa es la plata que les entra.

—¿Por qué venden sus casas los propietarios? ¿Aquí se da más que en otros lados o pasa lo mismo en todos los barrios parecidos a éste?

Mme. Meunier: No sé. Conozco este barrio, los demás no. Pero sin duda debe de ser lo mismo en otros lados, donde pasa como aquí... Nos desangramos por tener esto, por tener la casa propia; lo pagamos caro, nos sacrificamos, y no terminamos de pagar que ya hay que mandarse a mudar.

—¿Por qué hay que mandarse a mudar, como usted dice?

Mme. Meunier: Si estuviera mi marido, le contestaría mejor que yo. La antigua población de este barrio, es decir... ¿de cuántas cuadras? [...]. Entonces..., en un barrio como éste, cuando llegamos aquí, no había más que personas de edad, todos los propietarios eran jubilados, personas de edad. Y desde entonces quedó un vacío: algunos se fueron, otros están en geriátricos u hospicios. Y no son los hijos los que pueden seguir viviendo aquí. No se sabe dónde están... Así que las casas se alquilaron a extranjeros, a extraños al barrio, no siempre a inmigrantes. E incluso los inquilinos no se quedan mucho tiempo.

—¿Y quién compra?

Mme. Meunier: Siempre gente extraña. Vienen de todas partes. Y ni siquiera los nuevos propietarios que llegan se quedan mucho tiempo. Muchas veces, después de tres, cinco años, vuelven a vender...

—¿Por qué?

Mme. Meunier: Porque no les interesa o deja de interesarles, se desilusionan con el barrio. Todas esas

*. *Réseau Autonome du Transport Parisien*, Red Autónoma del Transporte de París (n. del t.).

casas individuales son generalmente pequeñas, no confortables..., siempre hay cosas que hacer. Es nuestro caso: cosas para cambiar, en la calefacción, la plomería, el tejado, y todo eso es muy caro. Entonces uno compra y algunos años después revende y se va. La población cambia siempre... y no siempre para mejor.

—¿A qué se refiere con "no siempre para mejor"?

Mme. Meunier: Todo el barrio se resiente. Nosotros, que estamos aquí... pronto va a hacer 15 años, nos damos cuenta de todos estos cambios. No quiero atacar a nadie, no quiero acusar, lo que voy a decir no es por racismo. (Eso es lo desagradable: cuando uno se queja, cuando dice que el barrio empieza a tener mala fama, malos habitantes, lo acusan de racismo.) No es por racismo que digo que aquí hay cada vez más familias de inmigrantes, familias árabes. No sé qué son, argelinas, marroquíes, familias magrebíes. Y eso no se hace para arreglar las cosas, para hacer agradable el barrio. Entonces, todos se mandan a mudar al mismo tiempo.

—¿De dónde vienen esas familias de inmigrantes, "árabes" como usted las llama? Aquí hay chalets, *no son* HLM, *urbanizaciones como en otras partes. No todo el mundo tiene la posibilidad de vivir aquí, de comprar un* chalet.

Mme. Meunier: ¡Ah, no! No es lo que usted cree. Cada vez hay más, llegan casi todos los días. Mire, por ejemplo, los negocios: casi todos son de árabes, toda la alimentación está en sus manos. Pero eso no es todo; no es eso lo más grave: lo más grave es que esto tiende a convertirse en una HLM, una urbanización, como le dicen. ¡Vemos venir las cosas rápidamente, con gran velocidad. Velocidad con mayúscula! Ya no es un barrio residencial como fue, como creíamos que era cuando compramos y el precio que pagamos. ¡Hubo trampa! Nos robaron y siguen robándonos. No nos importaban las deudas que teníamos encima y las pagamos muy caras y tontamente. Ahora nos damos cuenta de que nos engañaron, nos envolvieron.

—¿Cómo es eso? Por ejemplo, si tuviera que revender su casa, no va a decirme que perdería dinero. No es posible.

Mme. Meunier: Jamás... Seguro, nos desplumarán sin lugar a dudas. Por todas partes se mandan a mudar. La cosa se deteriora por todos lados. Nunca recuperaremos nuestro dinero. Por ejemplo, si vendiéramos aquí y quisiéramos comprar en otro lugar, otro sitio, otra ciudad que sea más segura, que no se venga abajo como ésta, nunca podríamos. No nos alcanzará. A menos que fuéramos muy lejos, donde el diablo perdió el poncho... y nunca suficientemente cerca, por ejemplo para ir a trabajar todos los días a París.

—No entiendo bien. ¿A qué se refiere con "Por todas partes se mandan a mudar", "La cosa se deteriora"? Sin embargo, no es lo que se ve. Éste es un lugar limpio, tranquilo, bien habitado.

Mme. Meunier: No, las apariencias engañan. Es cierto, cualquiera que conozca el barrio, sobre todo si no lo conocía de antes, tiene razón. Pero nosotros, que estamos aquí desde hace ya 15 años, vemos cómo se deteriora. Todo se deteriora.

—¿De dónde viene ese deterioro? ¿En qué consiste? ¿Los servicios, las construcciones, los residentes?

Mme. Meunier: Sí... es eso. Es precisamente eso. Es como usted dice. A partir del momento en que el barrio pierde su población, su verdadera población, todos los antiguos propietarios de estas casas, que la mayoría de las veces eran los mismos que las construyeron, cuando ya no es así, el barrio ya no se sostiene, todo queda en el abandono, la gente no arregla nada, las cosas se afean. Mire, usted lo vio: ¿vio alguna flor, alguna planta en alguna ventana de esta cuadra? Únicamente en la mía, sólo en mi casa. Hay momentos en que me digo: ¿para qué sirve esto, para qué todo esto? Es tirarles margaritas a los chanchos. Pero, pese a todo, insisto. Tanto peor si es una provocación. ¿Y por qué no? Es lo que pasa cuando una casa se abandona. Estamos aquí desde 1977 y ya no conozco a nadie en el barrio. Puedo salir el día entero, pasearme por los alrededores o pasar horas y horas en la plaza pública que está enfrente, y nadie me dice "Buenos días" ni encuentro a nadie a quien decírselo, pese a que no es gente lo que falta. Ya no hay nadie, ya no queda nada de lo antiguo... de los antiguos habitantes de este barrio. Ya no nos hablamos, no tenemos más vecinos, no puede contarse con nadie, ya no nos hacemos favores. También eso se hace humo. Ya no hay ninguna vida de barrio. Entonces, después de eso, uno ve que las cosas cambian, y no para bien.

—¿Qué, por ejemplo?

Mme. Meunier: Por ejemplo, el correo. Nada más que eso, se terminó la regularidad: antes, los carteros eran siempre los mismos, los conocíamos y ellos conocían a todo el mundo; antes, minutos más, minutos menos, venían siempre a la misma hora, era como si no hiciera falta mirar la hora en el reloj; ahora cambia todo el tiempo, ya no se puede confiar y llegan a cualquier

hora, puede ser a las nueve como a la una del mediodía. Y lo mismo pasa con todo: el gas, la electricidad, el agua, la basura; con todos los servicios pasa lo mismo. El qué-me-importa se siente en todas partes y no se puede decir nada. Sentimos que la alcaldía abandonó el barrio, que se desinteresó de él, mira a otra parte, a otros sitios que le interesan más.

—¿Por qué? ¿Por qué razones?

MME. MEUNIER: Dígamelo usted... Vaya a preguntarles. Verá qué van a decirle... ¡Si es que se atreven a decirle algo, a decirle la verdad! A mí también me encantaría saberla. Pero, en todo caso, es lo que compruebo.

—¿No trataron de protestar entre todos, hacer una gestión ante la municipalidad para exigirle mejores servicios?

MME. MEUNIER: Pero para hacerlo es preciso que haya algunos, que seamos numerosos, y todos de acuerdo, con la misma opinión. Ahora bien, qué le decía: no nos conocemos, no nos hablamos. No es a mis vecinos a quienes voy a pedirles que vengan conmigo a quejarse, reunirnos, saber qué hay que hacer, protestar, hacer un petitorio o aunque sea una carta. Y todo es así.

—¿Quiénes son sus vecinos?

MME. MEUNIER: ¿Cómo, no los vio? Usted los vio antes de venir a casa... Y de todas maneras irá a verlos porque está visitando a todo el mundo. Entonces da lo mismo que le diga todo. Así, no dejará de conocerlos. Aunque no pensara ir a verlos, después de lo que voy a contarle sobre ellos, va a ir corriendo a conocerlos... Y también a transmitirles lo que le voy a decir. Es algo bueno, es preciso decirles lo que pienso de ellos... si es que no se lo figuran. Pero lo saben. Están bien ubicados para saberlo. No nos perdonamos nada. No tanto con los padres; los padres son tranquilos. No se los ve mucho, ni se los oye. Son los hijos, sus hijos y sobre todo la hija. No sé por quién se toma. ¡Lo mira a uno desde arriba! La evito todas las veces que puedo. Tal vez me equivoque, pero lo confieso.

Nos muestran claramente que no contamos para nada

—¿Quiénes son?

MME. MEUNIER: Pero usted lo sabe. Si lo enviaron la alcaldía o las HLM o no sé quién, es por ellos, no por mí. Yo no cuento, no les importo nada; todo el mundo me ignora; yo no cuento... Ahora, no contamos para nada aquí. Nos muestran claramente que no contamos, que no contamos para nada, aquí somos un número desdeñable. Todo es para ellos.

—¿Quiénes son "ellos"? Me interesan todos los residentes de este lugar; no hago ninguna diferencia entre unos y otros, no soy yo el que decide, como usted dice, quién es interesante y quién no lo es. Estoy dispuesto a escucharla con atención y a recordar todo lo que me diga. Por eso anoto todo y grabo lo que me cuenta, con su consentimiento. Su punto de vista merece tanta consideración como el de todos sus vecinos y cada uno de los habitantes del barrio. Entonces, ¿quiénes son sus vecinos? ¿Quiénes son "ellos"?

MME. MEUNIER: Ellos... son una familia árabe. Magrebíes. No sé, pero creo que es una familia argelina.

—Entonces, ¿qué es lo que no funciona con ellos?

MME. MEUNIER: Pues bien, no funciona nada. No puede funcionar nada. No podemos entendernos. No tenemos los mismos gustos, las mismas costumbres. No vivimos las mismas cosas. No vemos las mismas cosas, de la misma manera. Entonces, es imposible estar de acuerdo, no lo estamos... sobre nada.

—¿Compraron? ¿Son propietarios? ¿Cómo llegaron aquí?

MME. MEUNIER: Voy a decírselo. Hace un rato le decía que aquí cambió todo. Pues bien, a eso me refería: no quería empezar con eso porque usted habría exclamado que es racismo. Habría dicho, o habría pensado: "¡Qué racista es esta mujer!" Pero ahora lo va a entender. Son mis vecinos de al lado; entre nosotros sólo hay una medianera, una pared que nos separa. Nosotros estábamos aquí antes que ellos, ya estábamos cuando llegaron, cuando la alcaldía los ubicó aquí... Porque fue la alcaldía la que los hizo venir.

—¿Cómo es que los hizo venir?

MME. MEUNIER: ¿Cómo, en la alcaldía no se lo dijeron? Yo creía que le habían dado los nombres de todas las familias de aquí. El *chalet* en que viven pertenece a la municipalidad. [...] [*Cuenta la historia de la casa, que, tras quedar desocupada como consecuencia de la muerte de sus propietarios, fue adquirida por "la municipalidad o la oficina de HLM" y adjudicada a una familia.*] La cosa siempre empieza así: en principio, una familia, dos familias; una hace venir a la otra, y la cosa ya no tiene fin. Muy pronto esto se convertirá en algo así como una urbanización, como las Minguettes, la Courneuve o el Val Fourré. ¡Se habla tanto de eso... que todo el mundo tiene ganas de tenerlo en su casa! Porque la que lo quiso fue la alcaldía. Esto se convertirá en una HLM como otras. Nos arruinamos por estar en nuestra propia casa... nos creíamos en casa.

—¿Pero en qué, mediante qué perjuicios se traduce su presencia aquí? ¿En qué le molesta que sean sus vecinos? Estas casas están separadas, aisladas unas de otras. No es como en un edificio donde los departamentos son contiguos y uno puede molestarse por los ruidos, las idas y venidas, los olores, etcétera.

Mme. Meunier: ¡Dígamelo a mí! Usted sabe cómo son. Con ellos, nunca se sabe cuántos son. Quién forma parte de la familia y quién no. Van y vienen y nunca paran. Siempre hay una carrada de chicos. Están por todas partes, en la calle, en la plaza pública; berrean, lloran. Cuando uno se encuentra con eso en la calle, en la puerta de su casa, en la plaza, no es eso, hay que decirlo. Verdaderamente es una lástima. Incluso los autos, al pasar, son peligrosos; peligrosos para todo el mundo, para los chicos mismos y para los autos. ¡Y eso en un barrio residencial, que es tranquilo, donde debe haber tranquilidad, cuando uno casi llega a su casa! Pero cuando se lo decimos, no les gusta. No están satisfechos, gritan que es racismo, que si se lo decimos es por racismo, porque no los queremos. Y aun cuando no los queramos tendrían que preguntarse por qué, deberían mirarse, preguntarse un poco sobre sí mismos. ¿Entenderían entonces por qué, a lo mejor? [...] Entre nosotros, los padres no son los peores. A los padres no se los ve ni se los oye: el padre, creo, está enfermo, no sale; a la madre no la vemos nunca, ni siquiera cuando el marido está en el hospital. Son los jóvenes, sus hijos. Pueden permitirse todo. Actuar a su antojo y, además, insultarte si dices algo e incluso si no dices nada; no tienen otra cosa en la boca, son groseros, odiosos, su mirada es mala, siempre te miran fijamente, atravesados. Da la impresión de que siempre tienen ganas de golpearte...; me dan pavura.

—Volvamos a nuestros problemas de vecindad. Usted hacía una diferencia, en sus comportamientos, entre los padres que parecen ser pobres diablos, buena gente, y sus hijos...

Mme. Meunier: ¡Ah, sí! Los hijos son pretenciosos..., quisquillosos. [...] Aun antes de que usted diga una palabra, lo acusan de racismo; cualquiera que no sea de su opinión es para ellos un racista. Cuando en realidad los racistas son ellos.

—Pero, ¿tiene ejemplos? ¿Hubo disputas entre usted y otras personas, otros vecinos? ¿Cuáles son las causas más frecuentes de esas disputas? Si pudiera darme algunos ejemplos, se entendería mejor.

Mme. Meunier: Veamos... Disputas, si yo quisiera disputas, creo que las habría en todo momento. No pararían. Lo que hace que no siempre haya disputas violentas, con ruido, es que hago oídos sordos, desvío la vista, no quiero ver... Eso hace que siempre tengamos disputas contenidas, las evitamos... Disputas..., ¿cómo decirlo? Mudas. ¡No vale la pena hablar! Hay que mirarse, con eso basta. El último de ellos, el bebé... hay dos, son sus nietos..., pues bien, esos dos chiquitos, no bien me ven, se ponen a hacer gestos..., me sacan la lengua. Sí, yo no les hice nada, y sin embargo es así. En otras palabras, lo aprendieron en la familia. Y como es así..., por mi lado, yo, ahora, los evito. Aun a costa de que digan que estoy loca, que soy una bruja, una mujer adulta que se la toma con bebés. Me importa un bledo. Los evito, porque en realidad no son ellos, sino sus padres. A mí esos pobres chicos no me hicieron nada. Así que nada más que eso es ya un motivo para pelearse.

—¿Pero cómo pasa? Usted va a ver a los padres para quejarse y ahí se da la oportunidad de pelearse... O reta a los chicos y los padres intervienen. ¿Qué es lo que pasa?

Mme. Meunier: ¡Oh! En absoluto. Nunca me atrevería a ir a quejarme, a ir a golpearles a la puerta. Porque, ¿qué pretendería entonces? Sería una provocación de mi parte, y me la harían pagar cara. Mis problemas son con su hija, una de sus hijas, la que vive con ellos y trabaja en el hospital..., no sé en qué. Con ésa no nos entendemos para nada. Así que es de mujer a mujer; una cosa entre mujeres, como dice mi marido. [...] Es absolutamente eso. Por mi parte, estoy sola. Si tengo un cruce de palabras con esta chica –porque es eso, son sólo palabras, no hay que exagerar, no nos agarramos de los pelos, nos zampamos palabras como vienen, eso es todo–, por mi lado eso sólo me compromete a mí. Cuando en realidad, en el fondo, defiendo los intereses de todo el mundo y hasta los de la municipalidad, de toda la comunidad. Son discusiones... mías y solamente mías. Ni siquiera mi marido interviene en ellas. Ni siquiera pretendo que esté de mi lado..., no le cuento nada. Mientras sea entre mujeres, como yo digo, es preciso que quede entre mujeres. Pero por el lado de ella estoy segura de que habla por todos, que pone a toda su familia en mi contra, su padre, su madre, sus hermanos y hermanas, sus sobrinos y todos sus otros primos, toda su gente. Así que para ellos la cosa no es sólo entre nosotras... Tengo la sensación de luchar sola contra diez; entonces arremeto, no dejo pasar nada. ¡Tanto peor! Aunque tengan que pagar los chicos. No es culpa de ellos, pero tampoco mía. No hay tregua. Yo insisto.

—Pero con los otros, con los varones, por ejemplo, con los hombres, no hay disputas.

MME. MEUNIER: Ya se lo dije. Basta con ella. Ella se trenza por todos los demás. Es un acuerdo entre ellos. Ella es su atacante, la que pelea por todos. Entonces pueden quedarse atrás y no hacer más que mirar. Simulan ser neutrales. Se apoyan en ella. Se da cuenta..., perdóneme, la situación de mierda en que estoy metida. ¡La malvada soy yo! Ellos son amables y todo bien..., y yo, la francesa, soy la malvada, la racista. Ésa es la trampa, se invirtieron los papeles.

—¿Pero con los hombres, los varones, qué pasa?

MME. MEUNIER: No tengo contacto con ellos... Porque creo que si alguna vez cruzara una palabra con ellos, el que entraría en el baile sería entonces mi marido. Y eso sería perjudicial, se armaría la gorda, correría sangre. Tengo la impresión de que todo el mundo lo sabe: mi marido, con la apariencia de que no pasa nada, no espera más que eso...; ellos, por su lado, deben de sospecharlo, deben de comprender que si alguna vez superan los límites, podría ser muy grave para ellos.

—Y las discusiones entre mujeres, en este caso preciso, ¿a qué se refieren?

MME. MEUNIER: Para decir las cosas como son, no puede afirmarse que haya verdaderamente algo importante..., que se refieran a cosas graves. Son sobre todo y nada..., no gran cosa. Pero es así.

Tonterías sin importancia

—La última vez que tuvieron una agarrada, aunque haya sido leve, ¿dónde y cómo fue, y en relación con qué?

MME. MEUNIER: Es siempre lo mismo. Tonterías sin importancia: los gatos..., el perro..., los niños.

—¿Cómo es eso?

MME. MEUNIER: Sí, los gatos. Empecemos por los gatos. Su hija, ésa..., la que siempre está aquí con sus padres... No sé qué edad tiene..., debe de andar por los 30, pero siempre está allí como una nena que vive con sus padres. Entonces..., tiene una carrada de gatos...: tres, cuatro, cinco. Yo no tengo nada en contra. ¡A mí también me gustan los animales! Yo también tengo un perrito. Parece que ella es una apasionada de los gatos. Cada uno tiene su pasión..., la pasión que puede. La de ella son los gatos. ¡A mí, esos gatos, que no son míos..., me dan lástima! A la mañana, no bien se abre la puerta, los veo cruzar la calle corriendo... para tirarse de cabeza a la plaza. ¿Lo ve? A la hora en que hay más tránsito. Un día los van a levantar por el aire..., van a quedar debajo de un auto. Se me encoge el corazón, no puedo imaginármelo. ¡Una mujer que ama los gatos, sus gatos, y que ni siquiera se dé cuenta de eso! Y naturalmente, cuando están en la plaza, qué quiere que hagan. Usan el lugar..., los canteros, los areneros de los chicos... como baño, para hacer sus necesidades. Dése cuenta.

No es muy apropiado y, sobre todo, no es muy higiénico. Pero es así. Hay que hacer algo. Ir a decirles. Ya puedo oír desde aquí lo que van a decirme, a gritarme: "No estás en tu casa; la plaza no es tuya; preocúpate por tu perro, con eso te basta. ¡Nosotros no vamos a pedirte que rindas cuentas! ¡Etcétera, etcétera!". Pero si supieran... "¡No estás en tu casa!". Ahora bien, ellos están en mi casa, están en Francia, no soy yo la que está en la casa de ellos. No hay que dar vuelta los papeles...

"Nosotros no vamos a pedirte que rindas cuentas..." Ahora, eso está bien: hay que rendir cuentas, ellos tienen que rendirlas. No a mí..., sino a Francia. No digo que yo sea Francia. Pero sólo hace falta que se den cuenta, que se lo metan en la cabeza, sobre todo los jóvenes [...]. Siempre es sobre cosas como ésa...; pavadas, tal vez, pero que dicen mucho [...]. Sí, cuando nos agarramos, cuando no nos entendemos, siempre es por las cosas de afuera. Desde luego. Yo no voy a meterme en lo que pasa en su casa. No me incumbe. Ni siquiera el ruido que hacen, ¡me importa un pito! Me molesta un poco..., pero no es grave. En lo que pasa en su casa no me meto, aunque oiga cosas.

—¿Por ejemplo?

MME. MEUNIER: Hasta oí decir –pero nunca entré en su casa, no me meto en lo que no me incumbe– que transformaron su tocador en *hamman* [baño turco], como hacen en su país.

—¿Cómo es eso?

MME. MEUNIER: Parece que calientan agua en una gran olla sobre una garrafa y así toman baños de vapor como en su *hamman*. Pero a la larga, de tanto repetirlo, me imagino que termina por dar... no digo más que eso. Y pronto aparecen los daños..., en la pintura, los caños, la madera de las puertas, las ventanas. Lo veo desde aquí... En todo caso, es lo que se dice. Y así sucesivamente. [...] No se puede soportar indefinidamente. Hace falta que se diga, hace falta que se sepa... [...] Aun cuando afuera no les perdono nada. Ni siquiera a los chicos cuando van con su tía a la plaza. Ensucian todo, rompen, desquician todo. En la plaza está prohibido

jugar a la pelota. Pero ellos lo hacen. Cuando están allí, le prohíbo a mi perro..., no saco al perro [...]. Es capaz... Por supuesto, a fuerza de irritarlo y darle miedo, es capaz de morderlos y entonces voy a ser yo la que tenga que pagar todo: las molestias, y me las van a buscar grandes, son para mí. Y si seguimos así, son ellos los que van a terminar por mandar aquí. Bastará con que haya dos o tres familias de ese tipo, y ya no tendremos derecho a salir. ¡Todo eso por ellos! Por eso digo que hay que reaccionar antes de que sea demasiado tarde.*

1992

39

Cada uno en su casa

Rosine Christin

Conocí a la madre de Françoise en 1962: era portera en el 13º distrito de París, y su marido, obrero no calificado* en Renault. Con el paso de los años, y pese a varias mudanzas, mantuvimos relaciones amistosas aunque distendidas, en tanto que con su hija mayor, Françoise, el vínculo fue más estrecho.

En 1987, la familia está en pleno desconcierto; Françoise me cuenta en varias ocasiones sus altercados con el propietario del *chalet* vecino al suyo y las gestiones que emprendió para poner fin a una situación que juzga intolerable. Su relato, tal como lo escuché entonces en su trivialidad, tiene para mí todas las características de la crónica cotidiana. Lo que sabía de ella y de los suyos tendría que haberme permitido dar un sentido a esas palabras. Pero conocía demasiado a la familia para observarla. El feliz desenlace del conflicto (porque toda la familia vive hoy "en una residencia para personal superior de la SNCF") me dio el pretexto para una entrevista que se inscribía en una investigación sobre la vivienda: Françoise podría describirme los sucesivos alojamientos que había ocupado y hacer hincapié en las razones y los efectos de los distintos desplazamientos.

El 27 de marzo de 1991, al día siguiente de los "acontecimientos de Sartrouville", provocados por el asesinato de un joven *beur*** (Djemel, muerto por los custodios de Euromarché), Françoise llegó a mi casa a la hora convenida. Tiene gustos muy clásicos, y ese día llevaba una gabardina gris-*beige* de aspecto británico, una falda recta de color caqui hasta media pierna, una blusa floreada cuyo cuello sobresalía del cardigan negro y mocasines de charol negro, de estilo "Céline"; el pelo corto y con un corte recto, y no mostraba huellas de maquillaje. Como de costumbre, aparecía serena e irreprochable, pero su mirada inquieta y una voz vacilante en busca de aprobación la delataban. Muy pronto captó el interés que, para explicar esta "crisis", tenía la puesta en relación de acontecimientos familiares y cronología de las residencias.

Sus padres se casaron en 1948 en Achères. Vivieron algunos meses en un pequeño cobertizo de jardín perteneciente a la abuela. A continuación... verdaderamente no sabe si se puede decir... "usurparon una quinta en Achères. En esa época había hermosas residencias en buenas condiciones y desocupadas, y con otra pareja... en esos momentos se aceptaba, no era como ahora". "Así empezaron." Su padre trabajaba en Fibrociment, cerca de Poissy.

En 1950, cuando ella tenía 2 años, su madre encontró un puesto de portera en un edificio de la ciudad de París, con una fachada de ladrillos

*. En el original, os, sigla de *ouvrier spécialisé*, obrero especializado, denominación engañosa, ya que en realidad se trata de trabajadores sin calificación alguna (especializados, en todo caso, en una sola tarea, y faltos de capacitación para todas las demás) (n. del t.).

**. Los *beurs* son los hijos franceses de padres árabes (n. del t.).

rojos, muy cerca de la refinería de azúcar que esparcía su humo nauseabundo por el 13er distrito: una habitación principal, un dormitorio y una cocina, "verdaderamente era un poco como un departamentito". Después de un breve período de desocupación, durante el cual la madre de Françoise tuvo que buscar bonos de leche en la alcaldía para alimentarla, su padre entró en Renault, donde permanecería hasta su muerte. A veces, la fábrica le resultaba un poco dura, porque nunca se afilió al sindicato –"Estaba en contra de todo eso", "Siempre quería ir a trabajar"–; Françoise recuerda que durante las huelgas de 1968, los obreros sindicalizados se beneficiaban con una prima otorgada por la alcaldía correspondiente a su domicilio, pero a la que su padre no tenía derecho porque carecía del *carnet* gremial. No podía permitirse hacer huelga, era obrero no calificado y "nunca ascendió", no tenía un gran salario; sus padres "ahorraban en todo para llegar a fin de mes"; nada de vacaciones ni de salidas. En 1957 la madre enfermó gravemente, por lo que tuvieron que dejar esa portería, cuyas tareas eran demasiado pesadas para una convaleciente. Al evocar ese período, Françoise me confesó: "Cuando pensamos de dónde venimos y a dónde fuimos, con mi madre a veces nos decimos que da miedo".

La familia se instaló entonces en un departamento de dos ambientes y cocina en el primer piso del mismo edificio, justo encima de la portería; Patricia, la segunda hija, nació prematuramente, "y con eso las cosas fueron aún más duras; un alquiler para pagar, otro hijo...". Su madre hacía tareas domésticas en los edificios vecinos. Durante tres meses, la beba estuvo en incubadora en el hospital, y "cuando [nos] la dieron, había asistentes sociales que venían a ver si éramos capaces de criarla, y en qué condiciones...". A las dificultades materiales se añadía el agravio a sus cualidades de madre y ama de casa, que sin embargo eran muy conocidas y celebradas en el barrio. De esto también hablan a veces, pero no muy a menudo, porque hay cosas que es mejor olvidar. En 1965, cuando se construyeron nuevos edificios frente a la refinería de azúcar Say, su madre presentó una solicitud de vivienda: "Como nuestra casa era muy vetusta y había dos niñas...". No veían ni sentían el humo negro: "Allí era entonces la apoteosis... estaba verdaderamente bien y no había vivido nadie antes que nosotros, Patricia estaba tan contenta que quería acostarse en la bañera, porque nunca habíamos tenido baño propio; ahí empezó el buen período, empezamos a ver más claro aunque... las dificultades aumentaban porque el alquiler era más caro, pero teníamos derecho al subsidio por vivienda y eso nos permitió vivir decentemente".

"Respiran un poco." En 1968, la madre de Françoise hereda treinta mil francos correspondientes a una parte de la casa de su padre en Pornichet, y los invierte de inmediato comprando un departamentito en esa misma ciudad "para las vacaciones", privilegio inaccesible. Una vez obtenido su diploma de perito mercantil, Françoise empieza a trabajar y después, en 1972, se casa con Thierry, mecánico ayudante en el ferrocarril, a quien conocía desde hacía tiempo. El padre de Thierry era ferroviario: a los 4 años, su hijo decidió "trabajar en los trenes"; a los 14, está en el centro de aprendizaje de los ferrocarriles, donde pasa tres años, aprueba un CAP de electromecánico y asciende poco a poco en el escalafón: mecánico ayudante, mecánico y luego, tras seis años de estudio en cursos nocturnos, jefe de tracción. Thierry conservó su pasión de niño por los trenes: no quiere ascender demasiado en la jerarquía profesional porque entonces pasaría "a las oficinas" y ya no estaría "en la máquina", como le gusta. A Françoise le irrita un poco ese interés demasiado excluyente, pero se conforma porque, como contrapartida, maneja la familia como ella quiere, decide la educación de los hijos, administra el presupuesto; Thierry siempre se adapta. Habla poco de él, como si su matrimonio correspondiera al orden de las cosas, inevitable y honesto.

En 1976, a los 52 años, su padre muere de un cáncer: "Fue una fractura, en ese momento la

vida se detuvo y a partir de ahí vivimos una segunda vida... Fue peor que eso... una catástrofe". Durante dos años, su madre no tuvo "derecho a nada" porque sólo tenía 48 años y debía esperar hasta los 50 para tener derecho a una pensión; luego, al cabo de un año, se acabó la Seguridad Social. Se dijeron: "Es una catástrofe, nunca nos repondremos". Ese fallecimiento sobreviene en un momento en que Françoise comienza a construir su vida de acuerdo con sus ideas. Ya no trabaja ("No es interesante pasarse el día moviendo papeles"), cría a su hija Carole y reparte su tiempo entre las tareas domésticas y largas tardes de tejido y conversaciones desencantadas con su madre; el futuro de Thierry se anuncia prometedor en la SNCF pero todavía tiene un salario muy bajo; su hermana Patricia, de 19 años, no encuentra trabajo, y con su madre, en lo sucesivo sin recursos, piensa que "todo va a derrumbarse". Se siente amenazada, junto con los suyos. Decide asumir el papel de "jefa de familia", emprende laboriosas gestiones y se entera de que su madre puede beneficiarse con una prima igual a cinco años del salario de su marido: "Si no hubiéramos reclamado... ya no es muy agradable mendigar, pero verdaderamente teníamos que vivir".

Pero esa prima era poca cosa porque su madre no tendría derecho más que a una media jubilación, sin el beneficio de la Seguridad Social... En consecuencia, era preciso encontrar una solución, "y la solución fue el *chalet*". La prima por fallecimiento sería el aporte financiero inicial, su madre viviría con ellos, Françoise volvería a trabajar para pagar las cuotas y Thierry estaría más cerca de su puesto en la estación Saint-Lazare.

Habían imaginado una casa moderna, pero de estilo "île-de France", en alguna parte por la zona de Mantes, en un hermoso loteo. Tendría árboles, verdor, una cocina muy grande y luminosa, un dormitorio para cada uno y al menos dos baños. El *chalet* que compran es "anticuado", está un poco remendado y ubicado en una callecita insignificante de Sartrouville; la cocina es angosta y el conjunto, un poco pequeño para cinco personas, pero el defecto más grave es que está pegado a la casa de al lado. Pese a todo, Françoise está contenta, acaba de instalar los muebles heredados de una tía anciana, un comedor completo de estilo Enrique II que cabe justo en la habitación y una cama "antigua" de la que está muy orgullosa. "En cuanto al resto, nos arreglamos con lo que teníamos y lo que era de mis padres, no gran cosa."

Durante dos años, la vida transcurre tranquilamente; Thierry prepara sus exámenes a la noche, le aumentan el salario; luego del nacimiento de un segundo hijo, Jean-Baptiste, Françoise puede volver a dejar su empleo sin lamentarlo: desde el día en que, en su primer puesto, descubrió las escrituras falsas y los desvíos de fondos efectuados por su jefe directo, considera la vida profesional con una desconfianza asqueada. El mundo está lleno de tramposos, hay que darlo todo a la familia, preservarla: ésta es una de las grandes certezas que Françoise comparte con su madre.

Las relaciones con los propietarios del *chalet* medianero, hasta entonces correctas –"Buenos días, buenas tardes, no más que eso"–, se deterioran repentinamente el día en que el vecino, un albañil portugués, comienza sin previo aviso a construir un piso más en su casa. A fin de que entre más luz, también decide abrir una ventana "con balcón" que da al techo de la familia Ménager. Los Ménager no toleran esta intrusión en su jardín y, seguros de que el derecho está de su parte, escriben a la Dirección Departamental de Equipamiento (DDE). Se realiza una inspección, el vecino se considera insultado y con ello se desencadenan los conflictos. En ese juego, Françoise y Thierry no son los más fuertes: la familia portuguesa no teme el ruido y vive al ritmo de Radio Lisboa; como acaba de nacer un tercer hijo, hay que agrandar la casa; para ello debe emprenderse una obra de magnitud que proseguirá durante varios años, a un ritmo que varía de acuerdo con las estaciones y las ocupaciones del jefe de familia. Un poco de desorden no espanta a ese vecino inoportuno: ante la reprobación general, su pequeño jardín se transforma

pronto en gallinero y chiquero; no vacila en saltar por la ventana del litigio para tirar basura o simplemente para robar los tomates cuidadosamente plantados por Thierry.

Françoise y su marido se sienten desamparados, saben que tienen la ley de su lado pero no consiguen que se haga justicia. La DDE les da claramente la razón pero, en un primer momento, los vecinos se limitan a tapar la mitad de la ventana en cuestión, por lo que es necesario recomenzar las gestiones; el alcalde comunista de S. los recibe muy cortésmente en varias ocasiones, pero esas visitas no tienen ningún efecto. Se afanan por movilizar al vecindario, hacer circular petitorios o escribir al procurador de la República, porque las vías administrativas y reglamentarias habituales no parecen ser suficientes. Chocan contra un muro de amable indiferencia e incluso de recelo por parte de administraciones desbordadas. Françoise es la más afectada; justamente ella, que no molesta a nadie. Se esfuerza por actuar con dignidad, respetando la moral y las costumbres y de acuerdo con las leyes de su país. Vuelve a experimentar una sensación de inseguridad. Ve cómo se ciernen sobre ella amenazas que creía definitivamente fuera de su vida, la grosería y la promiscuidad popular, de las que la compra del *chalet* –símbolo de la conveniencia, la propiedad, la "casa propia"– parecía haberlos liberado durante algún tiempo. Sólo hay una salida a "eso", a "la cosa" (es así como designa ese peligro innombrable a lo largo de toda la entrevista): la muerte, la suya o la del otro.

Luego de la venta de la casa, la acogida que recibe de los locatarios de la "residencia" –todos miembros del personal superior de la SNCF–, va a colmar sus aspiraciones y reafirmar sus nuevas esperanzas: encuentra allí un ambiente a la vez cálido y respetable. Durante los primeros meses, Thierry y Françoise se sienten un poco intimidados por esos ejecutivos confirmados y a veces se niegan, por discreción, a participar en ciertas fiestas, al mismo tiempo que aceptan la invitación del día siguiente "para comer lo que sobró". En términos generales, las relaciones están de acuerdo con el código de buena conducta que, en su ingenuidad, ella erige en regla moral.

Hoy, en 1991, las cosas cambiaron y la SNCF alquila a cualquiera, no siempre a personal superior; ya no es lo mismo. Los antiguos locatarios envejecieron, ya no tienen ánimo para salir y a los nuevos eso no les interesa. El ambiente es diferente.

Françoise dice de sí misma que medita mucho, lo que contribuye a su aislamiento; por otra parte, sus hijos son como ella, diferentes de los otros niños, lo cual tal vez no sea bueno ya que no tienen muchos compañeros. Siempre "piensa en lo que le podría pasar a su familia, en las catástrofes, que trata de prever"; pero no vio venir la muerte de su padre ni las amenazas indeterminadas, las agresiones difusas, las ofensas indignas; todo "eso", como dice. Sigue teniendo miedo, ahora sobre todo por sus hijos. No muy lejos de su casa, justo del otro lado de la avenida, están las urbanizaciones de Achères, Chanteloup-les-Vignes y Sartrouville, pobladas por "magrebíes, jóvenes, gente sin trabajo". De allí provienen las bandas rivales que, algunos días, afluyen al centro de las aglomeraciones, en busca de violencias aparentemente sin objeto o de oscuros ajustes de cuentas. El barrio de la rue Nationale, donde pasó su infancia, era sin embargo predominantemente argelino, pero "la pasábamos bien"; incluso jugaba con niños argelinos, pero ahora "ya no es lo mismo", ya no entiende. Los jóvenes "magrebíes" son cada vez más numerosos en las escuelas de la región, cuyo "nivel es muy bajo", por lo que tiene que mandar a sus hijos a un establecimiento religioso bastante alejado; en consecuencia, aprendió a manejar. Confiesa que "haberlos puesto en esa escuela también implica cosas"; piensa con ello en las múltiples fiestas y ceremonias religiosas y en la frecuentación de compañeros "demasiado mimados por el lado del dinero"; pero no tiene otra elección y quiere dar a sus hijos todas las posibilidades.

Françoise está muy apegada a su intimidad; en son de broma, su madre dice que no se la

puede arrancar de ella y que hay que contar con más de media hora de preparativos antes de cada salida, aunque se trate de una diligencia rápida: verificación de que la llave de gas está cerrada, cierre de todas las ventanas y algunas cortinas, múltiples vueltas de llave. "Todas esas manías no las heredó de mí", dice la señora Roger, que, antes de instalarse a la noche en el diván de la sala bien ordenada de su hija, vivió siempre en un desorden campechano y la disponibilidad de quienes no tienen gran cosa que ocultar: sin duda piensa, como yo, en la mesa de comedor de su departamento de dos ambientes del 13er distrito, sobre la cual los cuadernos de las hijas se confundían con los formularios de Seguridad Social para llenar o los primeros puntos de un tejido; a nadie se le ocurría entonces vaciar la mesa, porque la mayoría de las veces comían en la cocina. Por eso, algunos días la anciana no entiende que uno pueda sentirse abrumado por las ansiedades relacionadas con la posesión de una "casa propia" finalmente conquistada.

Con la propietaria de un *chalet* de los suburbios

Entrevista de Rosine Christin

"Vivimos un infierno"

[...]

Françoise: La cosa comenzó con el ruido, pero después hubo ataques personales, amenazas de muerte, etcétera, ¡pese a todo, la cosa llegó hasta ahí! Yo... un día... así es como estuve además completamente deprimida, un día, había un martillo... creo que me sentía tan abrumada que golpeé la medianera, él salió y yo también, y la cosa quedó entre nosotros porque Thierry estaba en el jardín. Nadie se dio cuenta, nos encontramos cara a cara y me dijo: "Te voy a reventar" mientras me amenazaba con una herramienta, y creo que desde ese día fue terrible para mí porque... Y después, eso me persiguió, si usted quiere, fuera de la casa. En la calle... en la escuela... repercutió en la persona... en las personas. [...]

Hasta ahí llegaba la cosa

Françoise: Los chicos iban a la escuela juntos; ellos tenían tres hijos. Había una pequeña que acababa de nacer, pero también dos niños que eran más grandes que Carole. Pero entonces, los hijos, que eran de la misma calaña que los padres, y que iban al colegio, amenazaban a Carole. Y cuando yo la llevaba a la escuela, ellos, que tenían un auto, no sé cuántas veces trataron de atropellarme en la vereda. ¡Hasta ahí llegaba la cosa! Cuando pasaba frente a su casa [...] e iba al buzón, en la esquina de casa había un café, un día que había ido a meter una carta en el buzón, llegaron, dieron vuelta a la esquina con el auto y me rozaron así no más. Me hubieran aplastado como si nada. Ni siquiera en la calle me sentía segura, porque siempre tenía esa aprensión. Llegué al extremo de no querer salir más, pero la mayoría de las veces Thierry llevaba a los chicos al colegio. Me había visto obligada a ir a ver a la directora para explicarle, porque molestaban a Carole, la golpeaban, la amenazaban. Hasta ahí llegaba la cosa. Verdaderamente era intolerable. No se limitaba al ruido, había avanzado sobre lo demás. El ruido era una cosa, no era soportable pero si no hubiera habido amenazas así, tal vez se habría atenuado, porque quizá las obras, pese a todo, no las iba a hacer toda la vida, tal vez... sigo esperándolo...

—¿Crees que es una cosa que sucede a menudo en los suburbios?

Françoise: Oí hablar del ruido porque como consecuencia de eso me relacioné con otras personas que se vieron obligadas a irse también a causa del ruido, pero amenazas como ésas... no. Jamás oí hablar de algo así, es la primera vez. Era gente que bebía, que verdaderamente estaba trastornada. Y además no éramos los primeros a los que les sucedía eso. Porque cuando a raíz de la cosa hicimos los trámites y todo eso, nos enteramos de que todas las personas que habían pasado por ese *chalet*, e incluso por los del otro lado, también se habían visto obligadas a irse, a causa de eso, también por amenazas físicas.

—¿En términos generales, era un vecindario agradable?

Françoise: Sí, justamente. Es decir, al principio, cuando llegamos... el suburbio, creo que está un poco tabicado, la gente no es muy sociable. Tardamos al menos... hasta la época en que nació Jean-Baptiste, es decir tres años... Durante tres años vivimos en casa, entrábamos, salíamos y nadie nos decía buenos días. No hubo más que una persona que cuando nos mudamos vino a vernos, se presentó, justo el día de la mudanza, fueron muy simpáticos; nos dijeron: "Si necesitan algo..." y todo quedó ahí, se terminó. Después no los veíamos, no los encontrábamos porque no tenían los mismos horarios que nosotros. Y luego no nos habló ninguna otra persona. Ni siquiera nos hablaba la gente de al lado. Tuvo que nacer Jean-Baptiste para que la gente empezara a... un poco por curiosidad y después un poquito... ¿no?... Pero durante tres años puede decirse que vivimos sin cono-

cer nunca a nadie. Cuando nos fuimos, al cabo de seis años, había gente en la calle... cuando cruzábamos la calle, que no conocíamos.

No había que tocar a esa gente

FRANÇOISE: De modo que ya era un suburbio donde la gente no era muy sociable. Pero en fin, cuando nos sucedieron todas esas molestias, pese a todo fueron solidarios y nos apoyaron. Debo reconocer que hasta nos asombramos porque gente que no nos hablaba, que no nos decía siquiera buenos días, cuando vino la policía, el día que la llamamos porque nos hartamos, hubo personas que vinieron al día siguiente a preguntarnos qué había pasado, que trataron de comprender y apoyarnos moralmente. A raíz de eso hicimos petitorios, todo el mundo fue a la alcaldía, todo eso... en ese aspecto, no se puede decir lo contrario. Thierry y yo ya habíamos ido varias veces a ver al alcalde, porque tenía guardias. Empezamos a ir a verlo y a explicarle lo que pasaba, todo eso, pero... ¡puf!, siempre había circunstancias... no había que tocar a esas personas. Y después, al final, cuando la gente vio en qué estado nos encontrábamos porque cuanto más avanzaba la cosa, forzosamente más nos deprimíamos, toda la familia había llegado a eso..., en ese momento, decidieron hacer un petitorio escrito para que lo firmaran los que vivían alrededor del *chalet*, todos los *chalets* que lo rodeaban. La gente firmó, la mayoría firmó, recolectamos [...] de personas que no conocíamos. Fuimos a golpear a sus puertas y explicarles qué pasaba, y ellos también estaban fastidiados porque, como tenían un jardín que se comunicaba con ese *chalet*, todo el mundo estaba molesto de una manera u otra. La gente fue bastante simpática, nos respaldó. A raíz de eso, enviamos entonces el petitorio al alcalde, nos citaron, volvimos. Pasamos horas y horas discutiendo en el vacío. Y después, una vez que vimos eso, apareció otra persona que dijo: "Bueno, vamos a escribirle al procurador de la República". A la comisaría, es lo que nos habían aconsejado. [*Habla más rápidamente, articula mal, está muy conmovida.*] Le escribimos al procurador de la República; incluso nos dijeron que si no estábamos satisfechos [...] fue así como [...] además volvimos allí.

Vivimos así durante un año. La cosa tuvo efecto sobre la salud. Por otra parte los niños... desde luego, un niño reacciona mejor que una persona grande porque pese a todo no ve el detalle, pero como yo estaba verdaderamente deprimida, ellos automáticamente se daban cuenta. Eso influyó en la escolaridad de Carole... todo eso.

En esa época Jean-Baptiste era pequeño, así que no se dio cuenta. Y sin embargo aún hoy habla de eso: cuando ve portugueses, para él son "portos". Y no hablamos nunca más de eso, ahora ya ni lo mencionamos, se acabó, se terminó. Eso nos había tocado a todos, y verdaderamente nos perturbó. Yo bajé 16 kilos. Mamá también se enfermó. Pero yo me vi obligada a irme varias veces porque ya no podía quedarme, ya no era posible. El médico me había dicho: "Tiene que irse, no puede quedarse". Ya no comía, ya no dormía; era psicológico, no había nada que hacer, en la cabeza no tenía más que ese ruido, y después, cuando me amenazó, desde ese día, verdaderamente tuve miedo. Vivía con miedo. Además, era gente violenta, también sabíamos que él tenía un pasado que no era muy corriente.

Lo único que quería era matarlo

FRANÇOISE: En líneas generales, fue así como pasaron las cosas. Lo que también es importante es que entre nosotros, en casa, debido a que no podíamos comunicarnos con esa gente, ya no lográbamos soportarnos. Era dramático porque desde el punto de vista familiar ya no nos soportábamos unos a otros. Nos pasábamos la responsabilidad entre nosotros. No podíamos hacer nada, no éramos responsables pero no podíamos ir a golpear al vecino. Y una cosa que también es importante: es que yo nunca tuve esas ideas y Thierry tampoco, porque no tiene un temperamento así, pero en un momento dado lo único que quería era matarlo. ¡Y creo que estuve a punto de hacerlo! Hay gente que es pendenciera, pero yo, francamente, cuando lo veía, incluso cuando lo escuchaba, nada más escucharlo, y si hubiera tenido algo en las manos, sinceramente creo que lo habría hecho. Me superaba a tal punto que lo habría matado fácilmente. Pese a todo conseguía reflexionar y decirme que, de todas maneras, eso no serviría de nada y me traería muchas complicaciones, pero digamos que tuve a menudo la idea de hacerlo, y Thierry también. Creo que es importante, porque llegar a ese punto es cuanto menos dramático. Entiendo muy bien que haya gente en las HLM que, superada por el ruido, llegue a hacerlo. Ahora comprendo, porque al principio no comprendía, me decía: "No es posible que uno pueda tener

esa clase de ideas", pero ahora que viví eso, me digo: "¡Y bien, sí!". Superada a tal punto que una haría cualquier cosa. Después seguramente lo lamentaría, pero en ese momento sería capaz de hacerlo.

Un día tenía tantas ganas de hacerlo que Thierry se vio obligado a llevarme al médico; me acuerdo de que era en Saint-Denis, habíamos ido a pasear, volvíamos, habíamos ido a visitar el TGV*... es una pequeña anécdota... no muy interesante... habíamos ido a visitar el TGV porque, naturalmente, salíamos de casa lo más posible para no oír el ruido, íbamos incluso a lo de los vecinos para no oírlo. Lo que hizo que fuéramos a pasear fue que ese día me había amenazado diciéndome que me iba a reventar. Thierry se vio en la obligación de llevarme al médico porque, en verdad, estaba fuera de mí, no sé qué hubiera hecho... cualquier cosa... Creo incluso que me habría suicidado porque estaba completamente saturada, y sin embargo había pasado una buena tarde, estaba alegre, todo iba bien, y bastó que me dijese eso...

Lo que también es importante es que a menudo los vecinos nos alojaban el sábado y el domingo. Nos invitaban para que no nos quedáramos en casa. Era amable. ¡Por suerte nos apoyaron, porque eso hay que reconocerlo! Si no nos hubiesen apoyado, no sé si habríamos podido quedarnos tanto tiempo. [...]

Lo que también hay que decir es que teníamos un jardincito que realmente era muy pequeño, que ni pisábamos y al que no íbamos nunca porque quedábamos demasiado enfrentados. Ese jardín daba al interior de otros *chalets*, había mucha exposición, de modo que cuando nuestro vecino de al lado construyó el otro piso, sus dormitorios daban sobre nuestro jardín, lo que no arreglaba las cosas porque, bueno, al ser ya las amenazas lo que eran, teníamos todos los desperdicios que caían en el jardín. No era cuestión de aprovecharse. Además, criaban animales a lo largo de nuestra misma pared, ¡y los olores se sentían constantemente! En verdad, todo era muy agradable. Y eso es igual. Habíamos llamado a la higiene departamental, pero era su pared, tenía derecho a hacer lo que quisiera. Criaba conejos, cerdos; cualquier cosa. Incluso habían criado un cerdo al que mataron cuando bautizaron a la menor. ¡Un cerdo en los suburbios, cuanto menos no es lo ideal! ¡En el campo, está bien! Entonces, además, nuestro jardín estaba rodeado de bloques de piedras. Lo que no deja más que un cuadradito de jardín, pero alrededor sólo había bloques de piedras, y finalmente hubiéramos creído estar en una pequeña prisión, porque teníamos esas piedras hasta allí. No era muy agradable porque teníamos una franja de césped y habíamos armado un pequeño huerto, si puede llamarse así, tomates y todo eso que el vecino, por otra parte, nos sacaba a la noche, pero al margen de eso, nunca aprovechamos el jardín, nunca, nunca. Los olores de los conejos y todo eso, no eran... [...] Se nos metió en la cabeza poner en venta el *chalet* porque ya teníamos suficiente, no sé.

[...]

—*¿Y este lugar cómo se llama?*

FRANÇOISE: Es una residencia para el personal superior de la SNCF. No hay más que gente de la misma ocupación. [...]

—*¿Se sienten bien aquí?*

FRANÇOISE: Sí, porque pienso, tal vez no esté bien decirlo... pero pienso que es gente inteligente, que saben ver las cosas como son, que razonan, pueden tener una conversación. Cuando hay una cosa que no funciona, uno lo dice, explica por qué y cómo, y después se terminó. No pasa a menudo. Somos muy pocos, nada más que seis parejas... pese a todo somos muy pocos, lo que hace que cuanto menos consigamos entendernos, siempre hay uno o dos que hacen rancho aparte, pero no es molesto.

Creo que cada uno trata de estar bien en su casa, pero también nos ayudamos mutuamente. Si hay algo, podemos contar unos con otros, pero pese a todo conservamos nuestra independencia. De vez en cuando se reciben visitas. De cuando en cuando se hacen comidas: esta vez decidimos ir al Club Méditerranée, afuera, para que no sean siempre las mujeres las que preparan la comida. Decidimos juntar dinero entre todos, cada uno pone una pequeña suma todos los meses; en noviembre vamos a ir al Club Méditerranée, a hacer una comida y después divertirnos. La cosa cambiará. Así las mujeres no van a tener trabajo. El año pasado hicimos una comida de Navidad. La preparamos con mucha anticipación, hicimos el menú y después cada mujer se encargó de algo: la entrada, el plato principal, el postre. Cada una tenía su parte, hicimos juntas las compras. Primero pusimos dinero todos, hicimos las compras juntas y después cada uno aportó una cosita de más. Yo, por ejemplo, hice trufas, otras hicieron frutas secas rellenas y todo eso no formaba parte de lo hecho en común, cada uno llevó su cosita aparte. Y después, como sobraron cosas, al día siguiente

* *Train à grande vitesse*, Tren de Gran Velocidad (n. del t.).

empezamos de nuevo con las sobras. Y luego hubo una fiesta de disfraces a la que no fuimos porque no estábamos, nos habíamos ido a pasear. Entonces, con la fiesta de disfraces fue igual, la cosa duró tres días porque había mucha comida. Y como nosotros no habíamos estado, nos invitaron pese a todo al día siguiente, porque como no habíamos podido ir –no era que no queríamos–, nos invitaron entonces dos días seguidos. Vinieron a buscarnos porque sabían que estábamos. ∗

Marzo de 1991



La visión mediática

Patrick Champagne

Los malestares sociales sólo tienen existencia visible cuando los medios hablan de ellos, es decir, cuando los periodistas los reconocen como tales. Ahora bien, no se reducen a los meros malestares mediáticamente constituidos ni, sobre todo, a la imagen que los medios dan de ellos cuando los perciben. No hay duda de que los periodistas no inventan en su totalidad los problemas de que hablan; incluso pueden llegar a pensar, no sin razón, que contribuyen a hacerlos conocer y a incorporarlos, como suele decirse, al "debate público". Lo cierto es que sería ingenuo quedarse en esa constatación. No todos los malestares son igualmente "mediáticos", y los que lo son sufren inevitablemente una cierta cantidad de deformaciones desde el momento en que los medios los abordan, puesto que, lejos de limitarse a registrarlos, el campo periodístico los somete a un verdadero trabajo de construcción que depende en muy amplia medida de los intereses propios de ese sector de actividad.

Casi podría decirse que la enumeración de los "malestares" que surgen con el paso de las semanas en la prensa es sobre todo la lista de los que podrían llamarse "malestares para periodistas", vale decir, aquellos cuya representación pública se fabricó explícitamente para interesar a los periodistas, o los que por sí solos atraen a éstos porque son "fuera de lo común", dramáticos o conmovedores y por esa razón comercialmente rentables, por lo tanto conformes a la definición social del acontecimiento digno de aparecer "en primera plana". La manera en que los medios escogen y abordan esos malestares, en definitiva, dice al menos tanto sobre el medio periodístico y su modo de trabajar como sobre los grupos sociales en cuestión.[1]

La fabricación del "acontecimiento"

Aunque no sea nuestro objetivo aquí, habría que analizar la diversidad de puntos de vista periodísticos sobre los acontecimientos, que remite a la diversidad de formas de periodismo. Lo cierto es que los periodistas, sea cual fuere el tipo de medio en que trabajan, se leen, se escuchan y se observan mucho entre sí. La "revista de prensa" es para ellos una necesidad profesional: les indica los temas que deben tratar porque "los otros" hablan de ellos, puede darles ideas de notas o les permite, al menos, situarse y definir ángulos originales para distinguirse de los competidores. Por otra parte, no to-

1. Estos malestares mediáticamente puestos en escena pueden dar a veces una imagen bastante caprichosa de la realidad, como lo muestra, por ejemplo, una retrospectiva televisiva reciente que reduce la historia de la juventud de estos últimos veinte años a una sucesión de cromos de un nuevo tipo, en la que vemos aparecer unos tras otros a los *hippies*, los recitales de Bob Dylan y la comedia musical *Hair*, usurpadores pop de viviendas, el *hard rock*, los conciertos de sos-Racismo, jóvenes de los suburbios que queman autos, *skinheads* y otros vándalos, raperos, *taggers* y, para terminar en la actualidad más reciente, jóvenes que prenden sus encendedores durante el recital del cantante Patrick Bruel.

das las visiones periodísticas tienen el mismo peso dentro de la profesión y particularmente afuera, en el proceso de constitución de las representaciones sociales. Cuando se relee o revé, en frío, todo lo que pudo escribirse o mostrarse sobre acontecimientos tales como "la guerra del Golfo", "el movimiento liceísta" de noviembre de 1990 o "los disturbios de Vaulx-en-Velin", por ejemplo, seguramente es posible encontrar aquí o allá un artículo o un reportaje especialmente pertinentes. Pero esta lectura, a la vez exhaustiva y a posteriori, olvida que a menudo esos artículos pasan inadvertidos para la mayor parte de la gente y se hunden en un conjunto cuya tonalidad es en general muy diferente.[2] Ahora bien, los medios actúan en un principio y fabrican colectivamente una representación social que, aun cuando esté bastante alejada de la realidad, perdura pese a los desmentidos o las rectificaciones posteriores porque, con mucha frecuencia, no hace más que fortalecer las interpretaciones espontáneas y por lo tanto moviliza en primer lugar los prejuicios y tiende, con ello, a redoblarlos. Hay que tomar en cuenta, además, el hecho de que la televisión ejerce un efecto de dominación muy fuerte en el interior mismo del campo periodístico debido a que su amplia difusión –sobre todo en lo que se refiere a los noticiarios– le da un peso particularmente grande en la constitución de la representación dominante de los acontecimientos. Por otra parte, la información "puesta en imágenes" produce un efecto de dramatización idóneo para suscitar muy directamente emociones colectivas. Por último, las imágenes ejercen un efecto de evidencia muy poderoso: parecen designar, sin duda más que el discurso, una realidad indiscutible aunque sean igualmente el producto de un trabajo más o menos explícito de selección y construcción. Por más que la televisión se alimente en gran parte de la prensa escrita o de las mismas fuentes que ésta (esencialmente, los despachos de agencias), tiene una lógica de trabajo y restricciones específicas con mucho peso sobre la fabricación de los acontecimientos. Actúa sobre los teleespectadores corrientes pero también sobre los otros medios, y los periodistas de la prensa escrita ya no pueden ignorar hoy lo que ayer constituyó "la primera plana" de los noticiarios televisivos de las 20:00.

Por ejemplo, cuando esos noticiarios decidieron cubrir las primeras manifestaciones de liceístas de octubre de 1990 –en su origen se trataba de un simple movimiento, limitado a algunos colegios de los suburbios del norte de París, que agrupaba a unos pocos cientos de liceístas que protestaban contra la falta de profesores y las agresiones de que habían sido víctimas ciertos alumnos–, numerosos especialistas educativos de la prensa escrita parisiense juzgaron irresponsable semejante tratamiento mediático porque amenazaba con generar un efecto de arrastre ("¡Deliran!", "¡Deben de estar locos para abrir el noticiario de las 20:00 con ese tema!", "Daba la impresión de que todo el mundo liceísta estaba en la calle, cuando a lo sumo no eran más de tres mil", etcétera).[3] Sin embargo, es indudable que los periodistas de televisión decidieron con toda buena fe mostrar, en el horario de "las 20:00", una secuencia de esos movimientos. Tenían en éstos un tema e imágenes muy televisivas ("Los periodistas de televisión –explica un integrante de la prensa escrita parisiense– nunca saben cómo ilustrar los problemas de la educación y a menudo nos piden ideas para esa ilustración"). Por otra parte, probablemente tenían presente el recuerdo de las manifestaciones liceístas y estudiantiles de noviembre de 1986, que también habían comenzado, hacia la misma época escolar, con una huelga limitada a un solo establecimiento. La lógica del precedente, muy presente en la mayo-

2. Sólo pueden verse los artículos "pertinentes" cuando ya se sabe lo suficiente sobre la problemática planteada. En un principio, y sobre los temas que se conocen mal o no se conocen en absoluto, no se puede sino remitirse a quienes dicen algo de ellos.

3. Estas observaciones deben mucho a las entrevistas a periodistas realizadas por Dominique Marchetti en el marco de la investigación que dirigí sobre los movimientos liceístas. Ulteriormente se hará un informe más completo de ese trabajo.

ría de los periodistas, la preocupación de no demorarse en la cobertura de una revolución y la convicción sincera de que volvían a asistir a las primicias de un vasto movimiento de impugnación probablemente basten para explicar el tratamiento privilegiado que otorgaron de entrada a esas protestas localizadas. De hecho, a medida que las huelgas liceístas se multiplicaron, en gran parte bajo el efecto de su mediatización televisiva –"la televisión era algo así como el barómetro del movimiento; como en los noticiarios se hablaba de él, era preciso que todo el mundo se incorporara", dijo por ejemplo un periodista parisiense que cubría los sucesos–, la presión de los jefes de redacción de los diarios de París sobre sus "especialistas" de la sección educación se hizo más fuerte y los incitó a redactar "artículos de fondo" sobre el tema. Si cierto número de periodistas especializados en problemas educacionales manifestaron entonces algunas reticencias a escribir sobre esos acontecimientos, no fue sólo porque su competencia apenas los predispone a asombrarse con facilidad,[4] sino también porque ese movimiento, fabricado en gran medida por la televisión, era inasible: no lograban comprenderlo ni identificar a sus dirigentes y sus objetivos. Sin embargo, obligados a su vez a hablar de él, contribuyeron, aunque involuntariamente, a dar importancia a lo que entre tanto se había convertido mediáticamente en un verdadero problema de la sociedad, el del "malestar de los liceístas" y, más en general, "de la juventud". Los jóvenes responsables de las coordinaciones de los liceos que surgieron oportunamente del movimiento y que, en sus estrategias mediáticas, recibían el consejo de adultos más experimentados que ellos (dirigentes del Partido Comunista, de sos-Racismo, del Partido Socialista, etcétera), no podían sino tomarse muy en serio al hablar en las "Asambleas Generales Liceístas" como lo hacen los políticos en la tribuna de la Asamblea Nacional durante las transmisiones en directo de los miércoles a la tarde. Un periodista de un gran diario parisiense que estuvo cerca de ellos durante los acontecimientos relata: "Los responsables de la coordinación se creyeron *vedettes*. Se los tomó demasiado en serio. Sólo se dirigían a la televisión. Hubo una 'estelarización' excesiva. Creían que todo les estaba permitido; habían estado en el Elíseo, habían desayunado con Jospin...". Se comprende al mismo tiempo que esos movimientos –producidos en gran parte por los medios–, a menudo desaparezcan con mucha rapidez cuando estos últimos dejan de hablar de ellos. En consecuencia, no habría que preguntarse únicamente, como suele hacerse, qué es lo que interesa a la prensa, sino también sobre el proceso que conduce progresivamente a todos los periodistas a desinteresarse de los acontecimientos que antes contribuyeron a producir. Con humor, un joven periodista, que conoce bien las redacciones de las radios periféricas, relata: "En la reunión de redacción de una radio siempre va a haber un redactor que diga: 'Ya basta de eso, la gente se fastidia. Los suburbios empiezan a aburrirnos, estamos hartos. Pasemos a otra cosa'. Y en la actualidad siempre hay algo que toma el relevo. *Le Monde* tranquilizará. *Libé* buscará interpretaciones, analizará, reconocerá el terreno. Quienes se ocupan de lo fáctico, de lo sensacionalista, tal vez repliquen, pero nadie los seguirá".

Un falso objeto

En definitiva, lo que se denomina "acontecimiento" nunca es más que el resultado de la movilización –que puede ser espontánea o provocada– de los medios alrededor de algo que, durante un cierto

4. El jefe de redacción de un diario parisiense me explicaba que, buenos conocedores de su ámbito, los especialistas se sienten en general poco inclinados a ver lo extraordinario: como ocupan modestamente las páginas interiores de los diarios, tienden más bien a trivializarlo todo y es difícil que se asombren. A menudo son los jefes de redacción, más sensibles, en especial, a la situación creada por los noticiarios televisivos, quienes deben incitarlos a tomar posición.

tiempo, éstos convienen en considerar como tal. Cuando las que atraen la atención periodística son poblaciones marginales o desfavorecidas, los efectos de la mediatización distan de ser los que estos grupos sociales podrían esperar, porque los periodistas disponen en ese caso de un poder de constitución particularmente importante, y la fabricación del acontecimiento escapa casi íntegramente a esas poblaciones.

A principios de los años ochenta, a raíz de incidentes ocurridos en las Minguettes –un barrio de Vénissieux, en los suburbios de Lyon, de fuerte concentración de población inmigrante–, se desarrolló en la prensa un nuevo discurso sobre los "suburbios problemáticos". Esos incidentes, bastante espectaculares (quema de autos, barricadas, lanzamiento de proyectiles diversos y cócteles Molotov contra las fuerzas policiales, etcétera), recibieron una amplia cobertura del conjunto de la prensa, que de tal modo atrajo brutalmente la atención sobre una nueva categoría de población, la de los jóvenes nacidos en las familias inmigrantes ("los *beurs*"), en situación de fracaso escolar, sin calificación ni trabajo. Se descubría igualmente el estado ruinoso de ciertos suburbios y la degradación de los edificios, asolados por el vandalismo y dejados en el abandono por los organismos de HLM. Esos incidentes, que habían estallado apenas dos meses después de la llegada de los socialistas al poder, se consideraron como un verdadero desafío político lanzado al gobierno de izquierda. Se tomaron diversas medidas a fin de rehabilitar esas villas de emergencia de un nuevo tipo que se habían reconstituido progresivamente en ciertas HLM. Por otra parte, se habían erigido estructuras orientadas a encuadrar a los jóvenes desocupados en situación de fracaso escolar, con el objeto de propiciar su formación profesional y su inserción en el mercado laboral. Todas estas acciones se coordinaron en el marco de los DSQ. En 1990, este accionar abarcaba alrededor de cuatrocientas zonas.

Pero los medios volvieron a plantear el problema de los suburbios en relación con los incidentes ocurridos en octubre de 1990 en Vaulx-en-Velin, un municipio también ubicado en los suburbios lioneses y clasificado como DSQ en 1987. A fines de septiembre de ese año, se hizo una fiesta en Mas-du-Taureau, un barrio de la comuna recién rehabilitado, frente al nuevo centro comercial erigido un año antes en plena zona de viviendas sociales. En presencia de personalidades políticas de primer nivel, se inauguró un muro de escalada y se celebró el éxito de los operativos de rehabilitación. Una semana después, durante un control policial, vuelca una moto y el pasajero de atrás, un joven de 18 años de origen italiano, afectado de poliomielitis, muere como consecuencia de la caída. Se agrupan entonces un centenar de jóvenes para lanzar insultos a la policía, a quien consideran responsable del drama.

Se sospecha que ésta procura mostrar como un simple accidente lo que los jóvenes creen un ejemplo de "brutalidad". La situación es tensa: esa misma noche se arrojan piedras y se queman tres autos (cosa que, en ese barrio, no es una práctica excepcional). La prensa local, que escucha permanentemente las conversaciones de la policía con *scanners* (receptores de alta frecuencia), difunde rápidamente la información y da la versión oficial del drama, que pasa esa misma noche a los medios nacionales. Al día siguiente a la mañana, jóvenes de 14 a 20 años vuelven a arrojar piedras contra la comisaría de Vaulx-en-Velin (para hacer salir a los policías, atrincherados en su interior); luego, hacia el mediodía, se lanza un coche robado contra el supermercado de Mas-du-Taureau, que arde, lo mismo que unos cuantos negocios de la plaza. Los jóvenes rechazan a la policía, los bomberos y los periodistas, mientras que numerosos habitantes del barrio y de otros lugares, en una atmósfera festiva, procuran sacar partido de la situación y se llevan diversas mercaderías que, de todas maneras, el incendio habría destruido. Uno de los pocos periodistas de la prensa local que están presentes en el lugar cuenta que ve salir a chicos de los comercios, con las manos repletas de golosinas, paquetes de cigarrillos y calzado deportivo. Una anciana sostiene la puerta del supermercado para

facilitar la salida de carritos atiborrados de mercaderías, empujados a toda prisa hacia los baúles de los autos. En síntesis, si bien es indiscutible que hubo un saqueo del centro comercial, probablemente premeditado,[5] lo cierto es que resulta por lo menos excesivo hablar de "motín", como lo hicieron los periodistas de la prensa parisiense y, sobre todo, de la televisión.

Los dominados son los menos aptos para controlar la representación de sí mismos. Para los periodistas, el espectáculo de su vida cotidiana no puede sino ser chato y carente de interés. Como culturalmente están desamparados, son además incapaces de expresarse en las formas requeridas por los grandes medios. Tal como lo declara un dirigente político que pretende divulgar la opinión de los profesionales de la televisión, "uno no tiene que ir a un programa a contar su estado de ánimo o a dar su opinión; hay que aprender a expresarse con claridad". Algunos días antes de los sucesos, una agencia de prensa lionesa especializada en urbanismo había propuesto espontáneamente –sin éxito en ese momento– hacer una investigación sobre la situación en los suburbios ("No es interesante, no pasa nada...", le habían contestado a la sazón). La lógica de la competencia empuja a los periodistas a trabajar "en caliente" y acudir "a donde pasa algo". Los dramáticos incidentes de Vaulx-en-Velin tuvieron por efecto suscitar en poco tiempo una multitud de notas, todas las cuales procuraban mencionar y explicar lo que no funcionaba en ese lugar. Aun cuando la observación atenta de la vida corriente en esos suburbios, con sus problemas cotidianos, es más ilustrativa, la mayoría de los periodistas tiende a concentrarse en la violencia más espectacular y, por ello, más excepcional.[6] Los medios fabrican así para el gran público, que no está directamente comprometido, una presentación y una representación de los problemas que ponen el acento sobre lo extraordinario. Con ello se tiende a exhibir únicamente las acciones violentas, los enfrentamientos con la policía, los actos de vandalismo, un supermercado en llamas o autos que arden, y a presentar en un revoltijo, como causa de esos desórdenes, las explicaciones recogidas por la prensa, los excesos policiales, la desocupación de los jóvenes, la delincuencia, la "penuria de vivir" en esos suburbios, las condiciones habitacionales, el marco siniestro de vida, la ausencia de estructuras deportivas y de tiempo libre, la concentración excesiva de poblaciones extranjeras, etcétera.

Un círculo vicioso

Si esta representación deja poco lugar al discurso de los dominados, es porque éstos son particularmente difíciles de escuchar. Se habla de ellos más de lo que ellos mismos hablan, y cuando se dirigen a los dominantes, tienden a emplear un discurso prestado, el que éstos emiten a su respecto. Esto es especialmente cierto cuando hablan en televisión: se los ve repetir los discursos que escucharon la víspera en los noticiarios televisivos o los programas especiales sobre las penurias de los suburbios, y a veces hablan de sí mismos en tercera persona ("Lo que quieren los jóvenes es un lugar para reu-

5. Algunos residentes de Vaulx-en-Velin nos dijeron que habían oído a jóvenes que planeaban un operativo semejante, mucho antes del drama que sin duda sirvió de pretexto o detonador. En el mismo sentido, un periodista presente poco antes del saqueo del centro comercial nos dijo que algunos jóvenes le habían aconsejado que se quedara en el lugar porque iban a ocurrir cosas...

6. Fue así como un canal de televisión pidió a una agencia de vídeo de Lyon, al día siguiente del incendio del centro comercial, una nota sobre "los destructores y traficantes de Vaulx, incluso enmascarados". Los encargados de realizar esta investigación, también ellos de origen magrebí (argelino), dieron otro sentido al pedido y asumieron la postura de intentar que se comprendiera la vida de los jóvenes en esas grandes urbanizaciones, en vez de ceder ante una espectacularidad más o menos fabricada. Hasta el día de hoy, su reportaje, referido a tres jóvenes *beurs* –ni destructores ni traficantes, sino únicamente desocupados y activistas–, no se ha difundido.

nirse", dice por ejemplo uno de ellos en un reportaje). Más exactamente, los periodistas tienden sin saberlo a recoger su propio discurso sobre los suburbios y siempre encuentran, vagabundeando en las urbanizaciones y al acecho de los medios, personas dispuestas, "con tal de aparecer en televisión", a decirles lo que tienen ganas de escuchar.

La "investigación" de tipo periodístico, y esto vale tanto para el gran periodista parisiense como para el modesto encargado de sección de la prensa de provincia, está en general más cerca de la pesquisa policial que de lo que recibe aquel nombre en las ciencias sociales. Más que el sociólogo, es el periodista "de investigación" quien logra a veces "doblar" a la policía en un caso, que sirve de modelo. Por otra parte, la preocupación (en gran medida comercial), vigente sobre todo en los grandes medios nacionales (televisión pero también agencias de prensa), por no tomar partido o no disgustar a auditorios socialmente muy heterogéneos lleva a una presentación artificial y neutralizante de todos los puntos de vista presentes. La investigación periodística se emparienta con la judicial: como en un proceso, la objetividad consiste en dar la palabra a todas las partes interesadas, y en cada caso los periodistas procuran explícitamente tener representantes de la defensa y la acusación, el "pro" y el "contra", la versión oficial de un incidente y la de los testigos. Por la fuerza de las cosas, el trabajo de campo propiamente dicho se limita a algunos días, cuando no a algunas horas pasadas en el lugar, "para dar un poco de color" a las notas, en general con un guión –previamente construido en las reuniones de redacción–, que se trata de ilustrar.[7]

Los mismos periodistas pueden suscitar a veces una realidad a medida para los medios. Un periodista de la Agence France Presse (AFP) de Lyon informa por ejemplo que, tras las caldeadas jornadas de Vaulx-en-Velin, toda la prensa vigilaba la comuna a la espera de nuevos incidentes, y que esa presencia de los periodistas en el lugar podía desencadenar los sucesos esperados.[8] Aun cuando no pase nada, la máquina periodística tiende a girar por sí sola.

Fue así como, por ejemplo, el jefe de redacción de un medio parisiense intimó a cierto reportero de televisión enviado a un suburbio para cubrir unos incidentes a hacer una intervención en directo de dos minutos en el noticiario de la noche aunque no pasara nada, a fin de hacer rentables los costosos medios técnicos dispuestos en el lugar. Aunque muchos periodistas procuren ir más allá del acontecimiento ("La crónica menuda [*faits divers*] es reveladora de verdaderos problemas, habría que profundizar pero no hay tiempo, y además un acontecimiento desplaza a otro", dice por ejemplo un periodista de la prensa regional de Lyon), todo los reduce a él. Acuciados por la competencia, deben ir adonde están sus cofrades.

"Si aparece en otro canal –cuenta un periodista de televisión–, el jefe de redacción te dice: 'Pero qué carajo está haciendo, hay que ir allí'." "Nos concentramos en Vaulx-en-Velin –informa también un periodista de la AFP de Lyon–. Cuando pasaba algo allí, se lo mencionaba no porque fuera importante sino porque ocurría en Vaulx. Pero no sabíamos que pasaban cosas peores en los suburbios de Marsella. París [las redacciones parisienses] empujaba el carro. La competencia incita a la sobre-

7. ¿Hace falta precisar que estas observaciones no constituyen una "crítica" (en el sentido trivial y periodístico de la palabra) de la profesión de periodista? Es sabido que este oficio no carece de riesgos físicos y que son numerosos los que perdieron la vida en su ejercicio. Sólo queremos recordar aquí las diversas coacciones que pesan sobre el trabajo periodístico y los efectos intelectuales que ejercen.

8. Se sabe que es cada vez más frecuente que algunos periodistas de televisión paguen "reconstrucciones" a las que no se llama por su nombre (jóvenes que queman autos, pintan inscripciones en las paredes, se entregan a agresiones, etcétera), con el pretexto de que esas prácticas existen de todas formas y que por lo tanto no se está trampeando con la información, sin ver que la información más pertinente debe buscarse en otra parte.

puja, a la falta. Cuesta resistirse porque tenemos clientes que son exigentes y quieren 'Vaulx-en-Velin'. A veces nos preguntábamos si era necesario hacer un despacho por dos autos quemados. [...] Un mes después se hizo un gran artículo pero, una vez pasado el acontecimiento, la cosa ya no interesa a nadie, se lo lee menos y la puesta a punto que puede hacerse en ese momento tiene menos impacto."

Si los incidentes de Vaulx-en-Velin dieron lugar a una intensa cobertura periodística, fue también porque resonaban en ellos numerosos problemas sociales mediáticamente constituidos como la desocupación, los suburbios tristes, los inmigrantes, la inseguridad, la droga, las bandas, los jóvenes, Le Pen, el integrismo, etcétera. Pero, lejos de permitir comprender, esta "cobertura mediática" brindó sobre todo la oportunidad de ver el resurgimiento de los estereotipos sobre los suburbios y los grandes conjuntos urbanísticos, estereotipos constituidos desde unos treinta años atrás alrededor de anteriores noticias misceláneas y aplicados a Vaulx-en-Velin, aunque esos esquemas fueran manifiestamente inapropiados para dar cuenta de lo que había pasado. Algunos periodistas denunciaron el problema de las "urbanizaciones dormitorio" mientras el número de empresas creadas en la comuna estaba en aumento; otros retomaron el discurso sobre la enfermedad de los suburbios con sus zonas sin alma ni coherencia, la grisura cotidiana y la deshumanización de las ciudades, cuando este municipio, precisamente, había emprendido desde hacía tres años un importante operativo de rehabilitación de la vivienda social y reinstalado un centro comercial muy activo. Lejos de molestarse por esas contradicciones, los medios hablaban, al contrario, del "gran naufragio de las ideas aceptadas" que consistían en creer que se podía "volver a dar vida a los grandes conjuntos urbanísticos a fuerza de millones, repintando las cajas de las escaleras y plantando bancales de clorofila". La mayoría se hizo eco de quienes cuestionaban el urbanismo y denunciaban a los arquitectos que habían construido esas ciudades del rechazo, la desesperación y la ausencia de diálogo. Por último, y habida cuenta de que sin duda era necesario explicar lo que estaba en el origen de los acontecimientos –a saber, el mal resultado del control policial–, casi todos evocaban el abismo que se habría creado entre los jóvenes y la policía; el remedio a esos problemas estaba entonces en el restablecimiento del diálogo y la confianza.

No hay duda de que los diferentes diarios desarrollaron estas temáticas de acuerdo con las opciones ideológicas que les son propias. Por ejemplo, *Libération* insistió sobre todo en los excesos de la policía, recordando la larga lista de víctimas de los controles policiales (una decena en diez años) que, según el diario, alimentó la cólera de los jóvenes amotinados contra ella. Al tomar partido por los jóvenes sublevados, evoca el "hartazgo de las ZUP" que se construyeron en una generación y hoy plantean el problema de su integración, anhelando que "el Estado ofrezca otra cosa que gases lacrimógenos a esos muchachos que queman todo". Una semana después de los "motines", Serge July, director del diario, en un editorial saturado de analogías salvajes capaces de despertar los fantasmas colectivos, reubica a Vaulx-en-Velin en una historia periodística del planeta: "En esta historia todo es ejemplar. [...] Hemos vuelto al casillero inicial: el *apartheid* que un paisaje urbano desarticulado subraya en negro. [...] Verdadera metrópoli de un margen social sin identidad [...], Vaulx-en-Velin es la expresión desesperada de una irremediable desintegración social. El espectro de la tercermundización se cierne sobre esos suburbios: los motines y pillajes de estos últimos días tenían similitudes tanto con la intifada palestina como con el levantamiento en busca de alimentos de Caracas". En una visión opuesta, pero que hace pareja con la precedente, *Le Figaro*, en cambio, no quiere ver otra cosa que el accionar de un puñado de agitadores profesionales que, a través de la violencia, procurarían hacer la revolución (islámica), y describe con complacencia las escenas de pillaje y la agresividad de los jóvenes manifestantes. Recuerda que en esa zona la delincuencia cotidiana es

importante y considera ampliamente desmesurada la revuelta, a la vez que denuncia el desfase que, en su opinión, existiría entre lo que llama "la verborrea de los iniciados" (es decir, el discurso de los hombres de izquierda y de cierto número de trabajadores sociales que hablan de la penuria de vivir en los suburbios) y la prédica de los residentes, que no plantearon el problema de las condiciones de vida en su barrio. Los diarios regionales (*Lyon Matin* y *Le Progrès de Lyon*) se mantienen más cerca de los acontecimientos y echan mano, al pasar, de ciertas aproximaciones de los periodistas parisienses, haciendo notar, por ejemplo, que más allá de palabras convencionales como "guetos, ciudades dormitorio, inmigrantes maltratados, policía salvaje, violencia de los suburbios, etcétera" hay una realidad más trivial: "Un accidente, una emoción, su explotación por una pequeña delincuencia organizada en una zona ejemplar por su esfuerzo (rehabilitación, deporte, asociaciones, etcétera)".

El desfase entre la representación de la realidad y la realidad tal como pueden mostrarla investigaciones más pacientes es aún más importante en el tratamiento televisivo de los incidentes.[9] La atención de los periodistas se concentra en los enfrentamientos más que en la situación objetiva que los provoca. Éstos se convierten en síntomas de una crisis más general de la sociedad que tiende a abordarse independientemente de las situaciones concretas.[10] Paradójicamente, los periodistas, en sus investigaciones locales, prestan poca atención a los datos del lugar; por eso el acontecimiento mediático que fabrican puede funcionar como una especie de test proyectivo ante los diferentes actores sociales a los que interrogan, cada uno de los cuales puede ver en él la confirmación de lo que piensa desde hace tiempo.

La estigmatización

Si bien la mayoría de los periodistas rechazan y condenan las prácticas más dudosas de la profesión y reconocen de buen grado la existencia inevitable de actitudes parciales, aun en un tratamiento de la información que se pretende honesto, creen que, pese a todas estas dificultades y deformaciones, nada es peor que el silencio. Aun cuando los medios, dicen, no hayan abordado como habría sido preciso el problema de los suburbios, aun cuando admitan haber privilegiado ciertos aspectos marginales o menores a causa de su espectacularidad, en detrimento de la realidad corriente y cotidiana, lo cierto es que consideran haber sido útiles por el simple hecho de que, al menos, contribuyeron a plantear públicamente esos problemas. Semejante optimismo parece como mínimo excesivo porque no tiene en cuenta, especialmente, los efectos de orden simbólico que son particularmente poderosos cuando se ejercen sobre poblaciones culturalmente indigentes. En la alcaldía de Vaulx-en-Velin se concede que los acontecimientos crearon una situación de urgencia que permitió el

9. Así, el centro comercial en llamas se filmará desde todos los ángulos, lo que da la impresión de que lo que arde es toda la zona. Poco tiempo después, se consagra a los acontecimientos un programa de FR3, dramáticamente titulado "¿Por qué tanto odio?"; en una emisión espectáculo ("¡Cielos, qué martes!"), apenas dos días después de "los motines", TF1 organiza un debate al que invita especialmente a algunos "destructores" (o supuestos destructores) que, con el rostro enmascarado, van a emitir el discurso estereotipado del marginal tal como, en gran medida, lo suscita la televisión. Algunos habitantes de Vaulx-en-Velin nos dirán que las imágenes de la televisión habían despertado una gran inquietud entre sus familiares residentes en otros lugares.

10. En un contexto de esas características, los periodistas, que descubren en toda noticia miscelánea un hilo del que tirar o un buen filón para explotar, tienden a leerla a partir de los esquemas del racismo y el mal de los suburbios. Un comisario de policía del norte de Francia, por ejemplo, me informaba que un trivial asunto de venganza privada se había convertido, en una prensa "que ve Vaulx-en-Velins en todas partes", en un crimen racista "que expresaba" el mal de los suburbios, y esto únicamente porque los protagonistas eran yugoslavos y los acontecimientos se habían producido en una zona de vivienda social.

desbloqueo un poco más rápido de los créditos destinados a los operativos de rehabilitación y a la acción social. Pero sin duda es la única repercusión positiva (con todo, habría que saber a quién benefician principalmente esas medidas). En cambio, esa ventaja material momentánea se paga muy caro en el plano simbólico. Los habitantes de esos barrios no se equivocan cuando se ve la recepción cada vez más negativa que, desde los acontecimientos, algunos de ellos reservan a los periodistas, lo que expresa la rebelión impotente de quienes se sienten traicionados. Desde luego, los periodistas son rechazados por los jóvenes delincuentes que no quieren que la policía los reconozca y fiche. Pero también lo son por la población de esas urbanizaciones, que con la sucesión de notas televisivas y artículos en los diarios ve cómo se fabrica una imagen particularmente negativa del suburbio. Lejos de ayudar a los habitantes de éste, los medios contribuyen paradójicamente a su estigmatización.

Estos barrios se muestran como insalubres y siniestros, y sus habitantes, como delincuentes. Los jóvenes que buscan trabajo ya no se atreven a decir que viven en esas urbanizaciones, que tienen mala fama, por haberse convertido en noticias de "primera plana" de los medios. Un periodista de televisión informa, por ejemplo, que equipos de reporteros del mundo entero visitan el barrio de Chamards, cerca de Dreux, porque esta zona se convirtió en el símbolo del ascenso del Frente Nacional. Esta estigmatización, sin duda involuntaria y resultante del funcionamiento mismo del campo periodístico, se extiende mucho más allá de los acontecimientos que la provocan y marca a esas poblaciones aun cuando estén fuera de sus barrios. De tal modo, toda la prensa publicará cierto despacho de agencia que informa sobre unos incidentes en un albergue de la juventud del Gard, en los que participaron jóvenes de Vaulx-en-Velin que estaban de vacaciones. También es así como jóvenes del Val-Fourré, de vacaciones en el Jura, deberán sufrir durante su estada diversas agresiones y vejaciones por parte de la población local, que se tornó desconfiada desde que los medios (sobre todo la televisión) cubrieron extensamente los incidentes de aquellos barrios; la muy tensa situación así generada es, por sí sola, capaz de desencadenar nuevos incidentes que, de manera circular, terminan por confirmar los estereotipos mediáticos iniciales.

Esta visión periodística de los suburbios es vigorosamente rechazada por una pequeña parte de la población de esos barrios, generalmente la más politizada o militante, y suscita su indignación: "Si el suburbio en que vivo fuera verdaderamente como dicen los diarios, jamás querría vivir en él", "Mi familia no quiere venir a verme aquí, ¡creen que es un verdadero degolladero y que te violan en todas las esquinas!", "A esos tipos que no cuentan más que imbecilidades los llamo periodistuchos. Que digan lo que quieran, pero que en ese momento nos pongan frente a ellos para que podamos decir si estamos de acuerdo o no. No vamos a llegar a la violencia porque yo soy no violento y sé hablar". Incluso se constituyó una asociación de locatarios para luchar contra la imagen estigmatizante que los medios daban de Vaulx-en-Velin y hacer saber públicamente que esta ciudad distaba de ser peor que las demás. Lo cierto es que la mayoría, principalmente porque carece de recursos culturales, hace suya esta visión de sí mismos que producen esos espectadores interesados y un poco *voyeurs* que son necesariamente los periodistas ("Esto es un gueto", "No somos considerados", etcétera).

Muchos habitantes de Vaulx fueron los primeros sorprendidos por los acontecimientos, y algunos casi se avergonzaron de lo que ocurrió en su comuna. Ciertos comerciantes explican que en general tenían buenas relaciones con los jóvenes; los docentes, si bien experimentan grandes dificultades en los colegios, consideran excesivo que se hable de "explosión social". Más prosaicamente, algunos residentes señalan que los disturbios, en realidad, son obra de minorías –un puñado de jóvenes, en su mayor parte conocidos por la policía–, y que el saqueo del centro comercial no

es más que la explotación de un incidente penoso (el control policial) por parte de delincuentes adultos mayoritariamente ajenos a Vaulx. Aunque los periodistas locales sientan la tentación de asignar importancia a esos acontecimientos, no se engañan y tienen una visión bastante cercana a la de los residentes: "Cuando me paseo por Vaulx, no se me ocurre decir que es un gueto. He visto zonas peores. Hay que saber qué se pone detrás de las palabras. Los suburbios han sido un poco satanizados" (periodista de la prensa regional de Lyon); "Los peores tal vez sean los periodistas *cow-boys*, los que se toman por estrellas, que estuvieron en el Golfo; poco después se ocupan de los suburbios, más tarde de los liceístas" (periodista parisiense de la prensa escrita).

Algunos remedios "mediático-políticos"

Lo cierto es que en lo sucesivo los medios son parte integrante de la realidad o, si se prefiere, producen efectos de realidad al fabricar una visión mediática de aquélla que contribuye a crear la realidad que pretende describir. En particular, las desdichas y reivindicaciones deben expresarse de aquí en más mediáticamente si quieren tener una existencia públicamente reconocida y que el poder político, de una u otra manera, las "tome en cuenta". La lógica de las relaciones que se instauraron entre los actores políticos, los periodistas y los especialistas de la "opinión pública" llegó a tal punto que, políticamente, es muy difícil actuar al margen de los medios o, a fortiori, contra ellos. Es por eso que la prensa nunca dejó indiferente al poder político, que trata de controlar lo que se denomina "la actualidad", cuando no contribuye, con la ayuda de sus agregados de prensa, a fabricarla por sí mismo. A los dirigentes políticos no les gusta ser sorprendidos e incluso superados por los acontecimientos, y procuran evitar que otros, en la urgencia y bajo presión, les impongan la definición y el tratamiento de los problemas sociales a la orden del día. En síntesis, quieren seguir siendo los dueños de su agenda y temen particularmente los acontecimientos que surgen de manera imprevisible (un incidente local que adquiere mayores dimensiones), y se ubican en el primer plano de la actualidad política porque la prensa escrita y los noticiarios televisivos se apoderan de ellos.[11] Es sabido, por ejemplo, que algunas grandes empresas tratan de manejar lo imprevisto efectuando simulaciones a fin de que, llegado el caso, su personal sepa cómo comportarse ante los periodistas (de tal modo, EDF previó escenarios de grandes incidentes nucleares, en especial para preparar las "respuestas adecuadas" para dar a los medios). El poder teme particularmente que los medios produzcan (o coproduzcan) este tipo de acontecimientos, a veces alimentados por los periodistas cuando quedan exclusivamente librados a las leyes que rigen el funcionamiento de su campo (desbocamiento mediático, acoso periodístico, dramatización, etcétera), puesto que, aunque sea momentáneamente, pueden asumir una dimensión política considerable que amenaza con desconcertar a los dirigentes.

Fue precisamente lo que sucedió durante los acontecimientos de Vaulx-en-Velin en octubre de 1990, y también en el momento de las manifestaciones liceístas del mes siguiente, que, a medida que los medios informaban sobre ellas, se multiplicaban sin que los dirigentes políticos supieran verdaderamente qué querían esos jóvenes manifestantes, quienes, por otra parte, no siempre lo sabían ellos mismos.

Cuando se producen tales acontecimientos, ¿la situación beneficia a los más desamparados, sobre quienes recae tan brutalmente la atención pública? ¿El poder no se vio obligado, por ejemplo, a abordar el problema de los suburbios y el de los liceístas? Nada es menos seguro. De hecho, la lucha

11. Piénsese, por ejemplo, en el asunto del "velo islámico", que se desencadenó en septiembre de 1990, poco antes de los acontecimientos de Vaulx-en-Velin.

principal opone a la prensa y el poder político. Todo sucede como si los periodistas quisieran probarse a sí mismos su autonomía profesional en relación con el poder, tratando de ponerlo en aprietos, mientras que los políticos, por su lado, se esfuerzan por controlar los medios como pueden (hoy, sólo indirectamente). En otros términos, la lucha se localiza principalmente en el terreno mediático y tiende a permanecer en él, en tanto el poder, con la ayuda de especialistas en comunicación, inventa estrategias orientadas a poner fin a la agitación mediática y, con ella, a la agitación a secas. Fue así como, para intentar detener las manifestaciones liceístas de 1990 –de las que se temía que degeneraran y desembocaran en un "drama", como ocurrió en 1986–, los especialistas comunicacionales del Ministerio de Educación inventaron la "Señora Plan de Urgencia", una mujer de aspecto tranquilizador, maternal y comprensiva, que presuntamente encontraría en lo sucesivo soluciones rápidas a todos los problemas de los liceos y colegios y a quien se hizo recorrer todos los medios audiovisuales.

La creación, algunas semanas después de los sucesos de Vaulx-en-Velin, de un "Ministerio de la Ciudad" responde quizás a la necesidad burocrática de coordinar localmente las acciones de los diversos ministerios con jurisdicción sobre esas poblaciones en aprietos. Pero todo lleva a creer que también se inspiró en gran parte en el interés de controlar a la prensa que se ocupaba de esos problemas, proponiéndole un interlocutor oficial encargado de tomar medidas dirigidas a los medios y de dar vida, por encima de las tomas de posición anárquicas y privadas, al punto de vista del Estado.

Para intentar comprender, habría que interrogar a la gente común sobre su vida cotidiana, y tomarse el tiempo, por ejemplo, de reconstruir la historia de Vaulx-en-Velin, comuna que a principios de siglo era todavía una pequeña aldea con sólo 1.588 habitantes en 1921 y que, con la instalación en 1925 de la fábrica de fibras artificiales, experimentaría un aumento importante de su población.[12] Habría que mencionar las primeras viviendas sociales, construidas entre 1953 y 1959, que se destinaron a recibir a familias numerosas en situación difícil; el crecimiento rápido que la ciudad experimentaría en los años sesenta, con la creación en 1964 de una Zona de Urbanización Prioritaria. Sobre todo, habría que medir los efectos de la construcción, entre 1971 y 1983, de más de nueve mil viviendas y el enorme aumento de la población, que en 1982 llegó a casi 45.000 habitantes. Por último, sería necesario analizar el deterioro brutal de la situación en la ZUP tras la multiplicación de viviendas vacías en 1979, en especial en el sector del Mas-du-Taureau, cuyo supermercado tuvo que cerrar en 1985. Se vería así que Vaulx-en-Velin comparte con muchas otras urbanizaciones difíciles ciertas propiedades estructurales: construcción reciente, hábitat esencialmente colectivo, población muy joven, índice elevado de familias numerosas, presencia de una fuerte proporción de población de origen extranjero, movilidad residencial intensa, alto índice de desocupación que perturba gravemente la vida cotidiana, etcétera.

Los inmigrantes de primera generación que llegaron a Francia a menudo aceptan, con relativa resignación, la desocupación que hoy los afecta, en gran parte porque aún se sienten extranjeros en el país (son particularmente numerosas las mujeres que no hablan francés). No ocurre lo mismo con sus hijos, que sólo conocen este país y reclaman que se los trate como a cualquier francés. Como se sienten integrados, viven mal su no integración objetiva. Padecen como una injusticia la desocupación que los afecta más vigorosamente que a los demás franceses: subcalificados porque, por razones culturales, se encuentran en situación de fracaso escolar, denuncian a los empleadores que –es lo menos

12.
Las informaciones sumarias que proporcionamos aquí se extraen de *Vaulx-en-Velin: un centre pour un demain*, documento realizado por los servicios de la Comunidad Urbana de Lyon en colaboración con los servicios municipales de Vaulx-en-Velin y los de la Agencia de Urbanismo de la Courly, con la dirección de Pierre Suchet y Jean-Pierre Charbonneau.

que puede decirse– distan hoy de estar dispuestos a dar preferencia a la contratación de jóvenes de origen extranjero. Por otra parte, y a través de sus reacciones, estos jóvenes contribuyen involuntariamente a alimentar el círculo vicioso que los margina. Como se sienten excluidos, se inclinan a adoptar comportamientos que los excluyen aún más, lo que al mismo tiempo desalienta la escasa buena voluntad que se les manifiesta: los locales que se ponen a su disposición a menudo son saqueados, y los empleadores que los contratan tienen que hacer frente a veces a problemas específicos (robos, violencia, etcétera).

La situación de esos suburbios es el resultado de procesos cuya lógica no está en las urbanizaciones mismas sino en los mecanismos más globales, por ejemplo, la política habitacional o la crisis económica. Es por eso que quienes tienen la misión de actuar localmente –en especial los trabajadores sociales y los docentes– están condenados a gastar mucha energía para obtener resultados a menudo irrisorios, ya que los mecanismos generales deshacen sin cesar lo que ellos tratan de hacer. Es por eso, también, que la creación de un Ministerio de la Ciudad es sin duda una solución más mediático-política que real. Lo cierto es que la situación de esos suburbios debe su forma particular (abundancia de la pequeña delincuencia, actos de vandalismo, droga, autos robados, pillaje de centros comerciales, etcétera) a la superposición en un mismo espacio de todos esos mecanismos negativos. Las apariencias siempre dan razón a las apariencias. Un comisario de policía del norte de Francia hacía responsable de la delincuencia de los suburbios a la vivienda vertical (las torres) en oposición a la horizontal (los *chalets*). Ahora bien, no es la "concentración vertical" de los habitantes la que produce esos problemas, sino que éstos son el resultado de la concentración vertical de las dificultades. El funcionamiento del mercado inmobiliario y la lógica de los trámites de adjudicación de las viviendas sociales tuvieron como efecto, entre otras cosas, el reagrupamiento espacial de las poblaciones en aprietos, que eran principalmente familias inmigrantes, y su concentración geográfica generó reacciones de connotación racista. A esto se agrega el hecho de que las autoridades de prefectura y los servicios sociales concentran en esos barrios a las familias llamadas "pesadas" (es decir, delincuentes, o al menos personas fichadas por la policía). Estas familias, en número relativamente limitado (probablemente algunos centenares en todo este suburbio popular de Lyon), que, sin recursos, viven al margen de la ley, hicieron de las ZUP su territorio; por otra parte, la arquitectura de esos conjuntos urbanísticos se presta bastante bien a ello, porque se los concibió explícitamente para que estuvieran alejados de las vías de circulación y constituyen aquí –consecuencia no deseada– verdaderos islotes apartados del centro de la ciudad. Una parte de los jóvenes de estas familias extraen sus recursos de una economía subterránea que se basa principalmente en el robo y, más recientemente, el tráfico de drogas.

Por último, hay que añadir el hecho de que la desocupación resulta hoy más difícil de soportar que antes. El desarrollo económico y la generalización de las cadenas de distribución desde hace unos veinte años tuvieron como efecto poner al alcance de la mano una cantidad considerable de bienes de consumo. Es sabido que en las grandes superficies comerciales el robo dista de ser la obra exclusiva de jóvenes desocupados sin recursos. Se entiende que, a fortiori, pueda aparecer como una solución habitual para estos últimos, que consideran cada vez más normal "servirse" en los supermercados. El robo es incluso una especie de deporte que ritma el tiempo vacío de esos adolescentes ociosos, cuando no se trata de la oportunidad de entregarse a verdaderas actuaciones que son a menudo un principio interno de jerarquización de esos grupos. No hay duda de que el desfase que tiende a producirse en los jóvenes desocupados entre las ganas de consumir y los ingresos disponibles nunca fue tan grande como hoy. Por ello se explica, tal vez, que los centros comerciales, de acuerdo con la lógica del doble golpe, sean uno de los blancos privilegiados del accionar violento de los jóvenes

de estas urbanizaciones: verdaderos símbolos de una sociedad de consumo que los excluye, los destruye y saquea, y al mismo tiempo hacen grandes incursiones que no dejan de reportarles beneficios materiales. Así se explica también el hecho de que los autos sufran robos, hurtos o incendios constantes: en efecto, para esos jóvenes el automóvil representa el bien de consumo por excelencia, objeto de numerosas inversiones (económica, pero también afectiva, social, en tiempo dedicado a él, etcétera) e instrumento indispensable de locomoción y placer. Simboliza el éxito y la integración al mercado laboral, y en general es su primera compra cuando encuentran un trabajo estable y logran "instalarse" (casarse).

Las violencias espectaculares que constituyen la "primera plana" de los medios ocultan las pequeñas violencias corrientes que se ejercen permanentemente sobre todos los habitantes de esos barrios, incluidos los delincuentes juveniles que *también* son víctimas; la violencia que éstos ejercen no es más que una respuesta a las violencias más invisibles que sufren desde su primera infancia, en la escuela, el mercado laboral, el mercado sexual, etcétera. Pero se comprende también que los "pobres blancos" de esos suburbios, que reivindican su condición de "franceses de estirpe" y se consideran "en su casa", se vean particularmente superados por los constantes trastornos de vecindad provocados por esos hijos de la inmigración. ¿Cómo no habrían de suscitar indignaciones fáciles de explotar esos conflictos incesantes que desembocan a veces en dramas y terminan por alimentar la crónica de las noticias misceláneas?◆

Los que la ligan son siempre los mismos.

Me gusta mucho amar, amaría

"Se cree todo lo que dicen en la tele".

El orden de las cosas

Pierre Bourdieu

Una urbanización como tantas otras, ruinosa, en las afueras de una pequeña ciudad del norte de Francia; en un edificio prefabricado y duraderamente provisional, ventanas enrejadas, puertas descoyuntadas y más o menos remendadas (fue desvalijado y saqueado en varias oportunidades, incluso hace muy poco), un "Club de prevención especializada. Reuniones y entretenimientos", gran salón gris, muebles y mesas de fórmica, una pileta en un rincón, una vieja heladera, un aire de cantina escolar desafectada, algunos "trabajadores sociales" desencantados y un poco irónicos; quienes, espantados o para espantar, evocan a "Chicago".

A la mañana, un joven *beur*, presentado como un "buen caso": en primer año, próximo a cumplir 20, espera el resultado de la "comisión de apelaciones" que debe decidir, unos días más tarde, si puede pasar al curso superior: "Mi futuro se va a jugar allí, porque francamente o paso al terminal D* o si no, me hago echar totalmente, y entonces voy a tener que buscar otro liceo. Otro liceo público; no sé si voy a encontrar". (En el pasado, él mismo ya tuvo que buscar varias veces un establecimiento.) Escindido entre una sensación de milagro (de todos sus compañeros del barrio, sólo dos llegaron hasta el curso terminal) y de fracaso (en el fondo, sabe que su carrera escolar ha terminado), vive y expresa con mucha lucidez el desfase entre el liceo y el "barrio" ("Con los amigos del barrio, verdaderamente uno charla más bien de los problemas que sentimos dentro del barrio. Mientras que cuando vamos al liceo nos olvidamos de eso": no podría expresarse mejor el corte entre la vida y el universo escolar). Hijo de un inmigrante procedente de una familia de pequeños campesinos de los alrededores de Guelma, en Argelia, que "se gana bien la vida" como operario analizador en una planta química, siempre lo alentaron a estudiar, pero también lo dejaron librado a sí mismo. El padre, que "sabe leer y escribir un poco", y la madre, iletrada, hablan árabe en la casa; "depositaron todas sus esperanzas" en él (su hermano mayor, mucho más grande, es ya obrero mecánico; otro hermano, que tiene un año más que él, no pudo aprobar el BEP). No dejan de alentarlo a trabajar pero, sin que sepa decir por qué, siente que "hay un obstáculo", que no estudia lo suficiente, sin duda porque "no se da cuenta de que la escuela es importante". La madre "está afligida porque también ella querría realmente" que tuviese éxito y no "verlo más adelante pasarla negras": "Cuanto menos me dice que trabaje, me dice que es por mi bien y todo eso, pero no sé, a lo mejor porque viene de gente que no entiende, que verdaderamente no entiende qué es la vida, a lo mejor por eso no nos conectamos. Aunque son mis padres, pese a todo son mis padres; tal vez yo debería, pero no sé, a lo mejor si me lo dijera otra gente, verdaderamente, si me lo dijeran a su manera para que lo entendiera bien, a lo mejor la cosa cambiaría".

Y luego, a la tarde, el encuentro, rodeado de mil misterios ("Con éste será otra cosa", "Acaba de

*. El terminal D es el curso que prepara para el bachillerato de orientación en química y ciencias naturales (n. del t.).

salir de la cárcel", etcétera), con Ali, joven *beur* de unos 20 años, que viene acompañado por François, su compañero, habitante como él de uno de los edificios de peor fama de una urbanización de mala fama, evidentemente llamada La Roseraie [La Rosaleda]. Hablan con un tono huraño, lanzándose sin cesar miradas interrogativas o aprobadoras y con un acento del norte muy pronunciado, que hace casi ininteligibles algunas de sus palabras.

Mientras trato de explicarles quién soy y qué hago, y de alejar los recelos o temores que puedan tener ("Mi trabajo es escuchar, tratar de comprender y luego contar; no soy ni juez ni policía", etcétera), escuchan mirando hacia otro lado, como para ocultar su inquietud (sobre todo cuando les pido permiso para tutearlos –no están acostumbrados a tantos miramientos–, en nombre del hecho de que tengo hijos de su edad) y también, me parece, su miedo a no estar completamente a la altura de las circunstancias, a no entender bien; no hacen preguntas (sólo harán una o dos, muy al final, cuando se haya generado confianza entre nosotros). Simplemente me hacen comprender que esperan las mías.

Ali es hijo de un obrero originario de una pequeña ciudad marroquí, Oujda, que llegó a Francia con su familia a fines de los años setenta. Tenía entonces 8 años. Ése es el punto de partida de sus dificultades escolares y de las conductas desafiantes que adoptará para superarlas: debido a su ingreso tardío en la escuela ignora por completo el francés, y en su familia, con un padre iletrado y una madre que apenas sabe escribir, no habla más que árabe, por lo que le cuesta mucho aprender a leer (al final de la entrevista confesará que aún hoy "lee como un robot"). Todo hace pensar que su rechazo de la escuela, y las actitudes revoltosas que lo llevan a encerrarse progresivamente en el papel de "duro", tienen como origen el deseo de escapar a la prueba humillante de la lectura en voz alta delante de los otros alumnos. Al excluirse del ejercicio y el aprendizaje, se hunde en el fracaso y en el círculo de la negativa, que redobla el fracaso, manera paradójica de hacer de necesidad virtud, es decir, vicio escolar y muy pronto delincuencia social.

François fue al colegio hasta tercer año; no aprobó el BEP (porque, según dice, no iba con mucha frecuencia a la escuela, a unos diez kilómetros de su casa, para lo cual hay que tomar un ómnibus, "porque el liceo de al lado es para los buenos, los mejores"). François y Ali son inseparables y hablan con mucha tristeza del momento en que tengan que separarse, porque así lo manda el orden de las cosas. Y se puede decir que conocen ese orden de las cosas... A lo largo de toda la entrevista hablan de él con el mismo tono de la evidencia y una voz que asciende al final de la frase, sin manifestar jamás verdaderamente nada que se parezca a la indignación o la rebelión. Para dar una idea cabal de ello, nos gustaría hacer escuchar únicamente el pasaje de la grabación en que, después de haber contado, con mucha moderación y dignidad ("como yo, supongamos que yo"), con cuánta frecuencia lo rechazan en la puerta de las discotecas ("Y hasta para ir a los boliches de aquí, de los alrededores, bueno, como yo, supongamos que yo, no entro, los árabes no entran") mientras dejan pasar de buen grado a su compañero, Ali concluye, con mucha simpleza: "Es irritante, a la fuerza".

Bendije de entrada la suerte (comprendí luego que era un efecto de la amistad) que me hizo conocer *juntos* a Ali y François. ¿Cómo no han de ver quienes lean sus palabras que de hecho tienen todo en común al margen del origen étnico, al que, por otra parte, nunca hacen referencia, y hasta qué punto es absurdo introducir en el discurso político y en la mente de los ciudadanos la dicotomía inmigrantes/nativos? Ali es solamente una especie de paso al límite de François: el estigma étnico, que está inscripto de manera indeleble en el color y los rasgos del rostro, y también en su nombre, termina por redoblar o, mejor, *radicalizar* la desventaja ligada a la falta de títulos y calificaciones, a su vez vinculada a la falta de capital cultural y muy en especial lingüístico. El "inmigrante" y el "nativo" (en otros tiempos y lugares, por ejemplo en la "Argelia francesa", las

designaciones se habrían invertido, con el mismo resultado) tienen los mismos problemas, las mismas dificultades, la misma visión del mundo, forjada en las mismas experiencias, en las riñas de la infancia, en los sinsabores y decepciones de la escuela, en la estigmatización asociada a la residencia en un barrio "podrido" y la pertenencia a una familia marcada (tanto uno como el otro tienen "viejos" sobre los que siempre recaen las sospechas y las acusaciones), en el hecho de que cuando ven un lindo pantalón o una linda camisa no pueden pedirle el dinero a nadie y tienen que arreglárselas solos, en los largos momentos que pasan juntos "aburriéndose" porque no tienen medios de transporte, ni ómnibus, ni ciclomotor (salvo que "lo compren por izquierda" o lo roben), ni automóvil (y, de todas maneras, tampoco tienen licencia de conductor) para ir a la ciudad, ningún local donde encontrarse, ninguna cancha de fútbol para jugar, y sobre todo en la confrontación constante, continua, con un universo cerrado por todos lados, sin futuro, sin posibilidades, tanto en materia escolar como laboral: no conocen más que gente sin empleo o en dificultades, y cuando se menciona a los padres, de los que podría esperarse ayuda o socorro, no encontramos más que desocupados o inválidos.

Su solidaridad absoluta se recalca en todo momento, en el empleo del "nosotros" que los engloba, en la comprensión perfecta que el "nativo" tiene de los problemas particulares del "inmigrante" y que afirma sin frases ni profesiones de fe antirracistas a la entrada de las discotecas, al irse con su compañero cuando éste es rechazado, al explicar en su lugar –porque sin duda sería demasiado doloroso para él– que es igual cuando está con chicas (si el rechazo se produce cuando están "con las chicas, ellas pueden hablar, decir: 'Bueno, es mi chico, está conmigo y todo eso', pero no obstante la cosa no funciona"), al contestar por él ciertas preguntas, como para evitar que se moleste o incomode y también para testimoniar a su favor, como tercero neutral. Así, cuando Ali menciona lo que ocasionó sus complicaciones con la policía y la justicia, lo que llama sus "estupideces" –especie de eufemismo que minimiza el delito al mismo tiempo que hace suyo el punto de vista de las autoridades oficiales–, es François quien, identificándose, evoca las circunstancias atenuantes: "Bueno, pasa cuando *nos* hace falta plata. Cuando *nos* hace falta mucha pasta, cuando, supongamos, *vemos* camisas que nos gustan o si no, pantalones lindos y todo eso". Y como para marcar que su diferencia ("Eso era antes... No, para mí se terminó, ya no ando con ellos. Antes andaba") no es atribuible a ningún otro factor particular, invoca el hecho de que, como dice, "está enganchado"; y Ali, como para extraer una lección de la experiencia benéfica de su amigo, concluirá: "Lo que nos hace falta es una chica. —¿Por qué una chica? —Para no hacer más estupideces".

Si la solidaridad de François con respecto a Ali se afirma de manera tan notoria e íntegra, es en realidad porque va de suyo, y no sólo a título de efecto de la amistad tal como se la concibe en su universo: por decirlo así, están en el mismo barco, igualmente estigmatizados, igualmente "marcados" por los habitantes de la urbanización más hostiles a los jóvenes, por los conserjes, por la policía y sobre todo por el rumor, que les atribuye automáticamente todas las fechorías y los empuja al desafío y a una especie de sobrepuja en el despecho. No quiero oponer a este rumor anónimo, que los difama, forma alguna de desmentido o rehabilitación, que por otra parte no piden, sino, simplemente, la frase lanzada de la manera más natural del mundo por uno de mis dos "terrores de los suburbios", en relación con los temores que sienten sus padres por él, cuando sale a la noche tarde, a causa de todo lo que dicen la radio y la televisión...

La imagen que dan de sí mismos en esta entrevista debe mucho, naturalmente, y sin ser pese a ello falsa, al vínculo social completamente singular, extra-ordinario, que instituye la relación de encuesta: al sentirse comprendidos y aceptados, pueden confiar una de sus verdades posibles, sin duda la que por lo común está mejor disimulada bajo el efecto de la censura del grupo de

pares (con lo que llaman la "careta") y también de las coacciones colectivas originadas en la sobrepuja de la violencia (Ali y François evocan procesos muy similares a los observados en las guerras revolucionarias o en ciertas revoluciones simbólicas, que permiten que una minoría activa haga entrar poco a poco en la espiral de la violencia a todo un grupo, dominado por un miedo al que redobla el aislamiento y unido por la solidaridad que impone la represión). Sería ingenuo, por lo tanto, atenerse a la verdad que proponen allí, con toda sinceridad y sin intención de engañar (como no dejará de recordarse, no son "angelitos", pero el hecho de que hayan venido de a dos, sin duda para evitar "que les metan el perro", garantiza también la veracidad de su testimonio); pero sería infinitamente más ingenuo aún impugnar esta verdad posible, sin duda condenada a convertirse en más y más improbable a medida que se multiplican los encuentros con situaciones que pueden desalentarla o inhibirla, en especial las confrontaciones con el prejuicio racista o los juicios clasificatorios, a menudo estigmatizantes, con el personal de encuadramiento escolar, social o político que, a través del *efecto de destino* que ejercen, contribuyen mucho a producir los destinos enunciados y anunciados. ¿Son buenos? ¿Son malos? La pregunta y la respuesta moralizante que exige tienen muy poco sentido. ¿Son verdaderamente lo que dicen de sí mismos en la entrevista aquí transcripta? Esta pregunta, en apariencia más legítima, es igualmente ficticia. La entrevista creó una situación de excepción que les permitió revelar lo que sin duda serían más frecuente y completamente si el mundo actuara de otra manera con ellos...

A medida que escuchaba a estos dos jóvenes evocar con la mayor naturalidad, pese a las reticencias y los silencios ligados al temor de decir demasiado o disgustar, cómo era su vida, la vida de la urbanización, e incluso sus "estupideces" o la violencia, ejercida por algunos o uno solo (como el que hace de un "pequeño" su esclavo), todo eso se me hacía también natural: a tal punto estaba presente en sus palabras y toda su actitud la "violencia inerte" del orden de las cosas, la que está inscripta en los mecanismos implacables del mercado del empleo, el mercado escolar, el racismo (presente también en las "fuerzas del orden" encargadas, en principio, de reprimirlo), etcétera.

No tenía que esforzarme para compartir el sentimiento, inscripto en cada palabra, cada frase y sobre todo el tono de la voz, las expresiones del rostro o el cuerpo, de la *evidencia* de esa especie de mala pata colectiva que, como una fatalidad, afecta a todas las personas reunidas en los lugares de *relegación social*, donde las miserias de cada uno se ven redobladas por las nacidas de la coexistencia y la cohabitación de todos los miserables y sobre todo, tal vez, del efecto de destino que está inscripto en la pertenencia a un grupo estigmatizado. Ali señala que su destino escolar se tuerce cuando en tercer año cae en una clase de alumnos originarios de la urbanización; dice que las discotecas que se abren en las cercanías no son interesantes porque en ellas sólo se encuentra a gente de ese lugar, y para explicar por qué las chicas de allí carecen de interés y valor le basta con decir que salen con él o gente como él. Perfecta ilustración del famoso chiste de Groucho Marx: "Jamás me asociaría a un club donde permitieran entrar a personas como yo", que, si se neutraliza la neutralización introducida por la intención cómica, expresa con claridad lo que sin duda hay que llamar, no odio a sí mismo, sino *desesperación por sí mismo*.◆

Con dos jóvenes del norte de Francia

Entrevista de Pierre Bourdieu

"Es irritante, a la fuerza"

—Me decías que este lugar no era muy alegre; ¿por qué? ¿Qué es; el trabajo, las distracciones?

François: Sí, el trabajo y las distracciones. Aquí no hay trabajo. Ni siquiera en nuestro barrio hay nada.

Ali: No tenemos distracciones.

François: Tenemos el local, pero la gente de al lado chilla.

Ali: No son amables, la verdad.

—¿Por qué chillan, porque...?

François: Porque estamos en la plaza y después, a la noche, como en nuestra urbanización no hay nada, cuando hace frío estamos obligados a meternos en las entradas. Además, cuando hay demasiado despelote, llaman a la poli. Aparte, también hay locales.

—Sí, ¿y no se los dejan usar?

François: No, no nos dan las llaves.

—¿Y por qué? ¿No sirven para nada, entonces?

François: No sirven para nada, no.

—Tú dices: "La gente de al lado chilla"; ¿quiénes son?

François: La gente de los departamentos. Cuando hablamos muy fuerte en las entradas, bueno, bajan, chillan y todo eso.

—Sí, porque ustedes no tienen a dónde meterse...

Ali: No, no sabemos a dónde ir.

—Y ese local, ¿qué es? Dices que hay un local...

François: Es una pieza grande. Antes, cuando estaba abierto, había una mesa de ping-pong y jugábamos.

—Sí, ¿y por qué ya no está abierto? ¿Porque ustedes hacían demasiado despelote, o por qué?

François: No, porque entraron a robar.

Ali: No, no, no es eso. Es que también había tipos de otras urbanizaciones que hacían mierda todo y además [...].

—Y ustedes no pueden arreglárselas para controlar, es difícil...

François: Ahora es así, la cosa funciona bien, nos entendemos mejor entre las urbanizaciones.

—Y no hay campos de deportes...

François: Sí, hay una cancha de *handball* pero los que van son los de al lado.

—Sí, eso es, no hay más que una para dos urbanizaciones, sí. Es terrible. ¿Y hay rivalidades entre las urbanizaciones, algo de eso?

François: Sí, hay muchas.

—Pero, ¿qué hay?, ¿bandas?

François: Sí, varias bandas.

—Y esas bandas, ¿a qué están ligadas? ¿A la escuela, cosas así? Son gente que se conoce, o por el barrio o...

François: ¡Ah! Hay varias bandas [...]; está la gente que trabaja, los que hacen deportes y todo eso. La gente que... que fiestea.

—Y tú estás en ésa...

François: ¡No!

—¿De qué te ríes?

Ali: Me hace reír.

—No me cuentas todo...

Ali: En realidad, en nuestra urbanización nos ganamos insultos todos los días; como ayer, nos tiró gases lacrimógenos un tipo, bueh, un tipo del departamento. La Gonflette.

—¿Es un tipo que ustedes llaman así? ¿Pero quién es?

Ali: Es un fulano que tira gases lacrimógenos cuando hay mucha gente en la entrada.

—¿Por qué, qué hacían ustedes? ¿Lo jodían, no?

François: No, cuando estamos en la entrada –él vive en el primero–, cuando estamos en la entrada, hablamos; algunas veces hablamos, gritamos.

—¿Pero era de día o a la noche?

François: Tarde, a eso de las diez, las once.

—Bueno, sí, tiene que dormir, ¿no? De ahí a tirar gases hay mucho trecho pero, en fin, si ustedes lo jodían toda la noche se entiende un poco, ¿no?

Ali: Sí, pero podría bajar y decir...

—Sí, en efecto, podría decir amablemente: "Váyanse a otra parte".

Ali: ...en vez de los gases.

—Es así, no hay necesidad de hacer eso. ¿Y desde dónde tira ese tipo los gases lacrimógenos?

Ali: De su ventana. Gases lacrimógenos en el edificio; los que la ligamos somos nosotros, los jóvenes; en fin, son los mayores los que la ligan.

François: Sí, porque van a ver a la gente por este asunto, van a ver al conserje y después dicen... lo hicieron, eso. Dicen: "Son siempre los mismos".

—¿Y quién es el conserje?

François: No lo conozco. Nunca está allí. No vive ahí. Creo que hace varias urbanizaciones.

—¿Y hay muchos problemas como ése? ¿Siempre les toca a los mismos?

François: Sí, a los más grandes. A su hermano mayor [de Ali] y otro adulto.

—¿Pero por qué, porque creen que son responsables?

François: Sí, porque creen que ellos son los patrones. Debe de ser así.

—Pero cuando la cosa recae sobre ellos, ¿quiénes son los que chillan, los inquilinos? ¿Llaman a la policía?

Ali: A veces llaman a la policía, o si no, al día siguiente van a ver al portero y le dicen.

—Y después se ponen a insultar de arriba abajo...

François: Ah, se ponen a insultar como locos. Porque la gente va a ver a sus padres...

—Y los padres chillan...

François: ¡Puf! Ahora tienen la costumbre. El primer día sí, después vienen, vienen...

—¿Y tú qué estudios tienes?

François: Hice el colegio, de sexto a tercero. Estuve en el BEP, y fui a dar el examen. Y después...

—¿La cosa no anduvo?

François: No, me aplazaron. Porque no iba mucho a la escuela, por eso.

—¿Es eso, te hacías un poco la rabona?

François: Sí.

Ali: Sí, porque el colegio está un poco lejos de casa. No conviene, porque si estuviéramos en el liceo de al lado, pero estábamos a no sé cuántos kilómetros...

El liceo que está al lado es para los buenos

—Ah, sí, ¿los mandan muy lejos?

François: Yo estoy a diez kilómetros de casa.

—¿Y cómo vas a...?

François: En ómnibus.

—En ómnibus... ¿Y por qué no los ponen al lado?

François: El liceo que está al lado es para los buenos. Para los mejores.

Ali: Para los que la hicieron buena.

—Y en la escuela, cuando eras chico, ¿tus padres te ayudaban en tus tareas?

Ali: Ah, no, bueno, mi padre no sabe leer. Ni escribir. La única que sabe escribir es mi madre. Le cuesta. Eran mis hermanos mayores...

—Los que te ayudaban un poco...

Ali: Y cuando todavía estaban allí.

—¿Y nadie te preguntaba qué tenías que hacer para el día siguiente?

Ali: No, iba a los estudios –porque antes, después de la escuela, había una hora de estudios–. Y mi padre siempre me llevaba.

—No está mal...

Ali: Sí, era bueno [...] pero no era todos los días. Y después, la cosa empezó...

—¿Cuándo empezaron a andar mal las cosas?

Ali: Más o menos en sexto. Cuando volví a encontrarme con todos mis compañeros.

—¿Estabas en una clase en que estaban todos los del barrio?

Ali: Sí, sí.

François: Sí, porque el colegio estaba justo al lado de la urbanización.

—¿Y el nivel no era tan terrible en general? ¿Todos tenían problemas?

Ali: —Sí, todos.

—[...] Pero en sexto es duro, porque hay que empezar con muchas cosas nuevas, es duro.

Ali: —Sí, pero si hubiéramos aprendido y todo eso, bueno, nos habría ido bien. Sin problemas. Pero preferíamos divertirnos. [*En esa época, Ali salía con un compañero más grande –de 19 años– que había abandonado la escuela; comprende demasiado tarde que hubiera tenido que esforzarse.*]

—[...] Y los profesores no les decían...

Ali: ¡Ah! Los profesores se cagan.

—¿Se cagan?

Ali: Pero en nuestra urbanización no hay nadie que vaya a la escuela.

—¿Qué quieres decir?

Ali: Los más grandes, no sé.

—¿No hay ninguno que vaya al liceo o a la facultad, ninguno? ¿Ni a las escuelas superiores?

Ali: No.

—¿Ninguno ninguno?

Ali: Sí, hay dos o tres. Si no, los demás trabajan o están en chirona y aparte...

Hacíamos estupideces

—Sí, en chirona, desocupados o con trabajo. Adelante, ibas a decir algo... ¿No? ¿No pensaste en hacer deportes? Porque, no sé, eres fornido, no sé, es una manera de...

Ali: Hicimos deportes, pero no es interesante. No nos quedamos mucho tiempo.

—¿Por qué no se quedaron mucho tiempo? ¿Tenías que hacer muchas cosas?

Ali: Hacíamos estupideces.

—¿Pero qué, por ejemplo? Me lo puedes contar, verdaderamente, no soy de la policía...

Ali: No. Robábamos y todo eso.

François: Pero eso también duró sólo un tiempo.

—Sí, pero en parte era como un juego.

Ali: Era una diversión. Cuando nos aburríamos, bueno, lo hacíamos.

—¿Pero de qué clase? ¿Pequeñas estupideces? ¿O grandes?

Ali: ¿Para nosotros? En esa época todavía éramos chicos.

—¿Qué edad tenían?

Ali: Doce años.

—Sí, eso es, 12, 13 años.

Ali: Bombones, tortas, perfumes y todo eso. Pero los más grandes tomaban alcohol, eso es lo que destruyó a muchos tipos, el alcohol y después la droga.

—Sí, y además cuando no hay otra cosa que hacer, sí, se entiende.

Ali: Sí, y hasta para ir a los boliches, aquí, en los alrededores, bueno, como yo, supongamos que yo no entro, los árabes no entran. Entonces, a la noche, ¿qué hacen cuando entran? Despelote.

—[Dirigida a François.] ¿Aunque tú estés con él?

Ali: Él no entra, si yo no entro él no entra.

—Sí, de acuerdo, pero a él lo dejan pasar y a ti te paran...

Ali: —Incluso varias veces. Hasta con chicas. Me dijeron: "Prueba con chicas", bueno, delante de todo el mundo dicen: "No, no eres cliente, no eres parroquiano".

—Es una porquería, no tienen derecho.

François: Sí, y además, al fin de cuentas, para ser parroquiano hay que ir al menos una vez.

Ali: Y no te dejan, no sé qué pasa.

—Es indignante...

Ali: Sí, en fin... es irritante, a la fuerza.

—¿Y les pasó a los dos, van ahí y a ti te dejan pasar y a él lo paran?

François: Sí, muchas veces nos hicieron eso.

—¿Y tú protestas, preguntas por qué y no te dicen nada?

Ali: Bueno, ¿qué podría decir?

—No, no puedes hacer nada.

François: Sí. Cuando son chicas, por lo menos pueden hablar. Cuando son chicas pueden hablar, decir: "Sí, es mi chico, está conmigo y todo eso". Pero no obstante la cosa no funciona.

—¿Ni siquiera eso funciona?

Ali: Ya probamos muchas veces.

[...]

François: Sí, hay que ser parroquiano, ¡y él no podía serlo! Es más o menos lo que les decíamos: "Que pueda entrar, y así será parroquiano".

Cuando no tienen plata para comprarla, bueno, rompen

[...]

Ali: Bueno, incluso los polis vinieron varias veces a la urbanización; una vez, ¿te acuerdas cuando nos tiraron la bomba de gas lacrimógeno?

—¿Por qué sucedió eso?

Ali: Bueno, estábamos en la entrada y un tipo quería suicidarse o no sé qué. Y después apareció la policía. Al bajar, uno de nosotros gritó: "Mueran los cerdos"; volvieron a subir y después nos buscaron, nos buscaron. Y aparte nosotros no hablábamos. Y después ellos nos dijeron: "Banda de cobardes", y se fueron. Todos los que habían entrado chiflaron, volvieron, tiraron gas lacrimógeno y se fueron. Nosotros nos salvamos.

François: Sí, y además también zamarrearon a alguno.

Ali: ¿Jean-Marie?

François: Sí, a Jean-Marie, saben que no podemos pegarles, entonces vienen a buscarnos.

—Y cuando ustedes son solidarios, beurs *y franceses, justamente, ¿eso no le molesta a la poli? No sé; si tú dices: "Es una porquería", no, les importa un comino...*

Ali: Sí, les importa un comino. Una vez había un árabe en medio de la urbanización, unos polis lo agarraron a golpes, bueno, vino un francés a ayudarlo; les dijo: "Eh, lo que hacen no es justo, no tienen derecho", y bueno, también lo detuvieron, lo llevaron a la comisaría, también lo golpearon y lo soltaron a la mañana siguiente.

—¿Y quién era ese tipo?

Ali: Era un compañero de la urbanización, Gilles. Como allí va a haber una fiesta patronal y todos los años hay

trifulca, nos van a culpar a nosotros una vez más. No vamos a estar ahí el sábado, nos vamos a mover.

François: Sábado y domingo.

—*Sí, la cosa siempre cae sobre ustedes...*

François: Sí, porque hay tipos de otras urbanizaciones, no de la nuestra, sino de otras; vienen con ... [*silencio*].

—*Sigue, sigue...*

François: Vienen con cosas, con... [*silencio*].

Ali: Vamos, dile...

François: Bueno, vienen con droga. Cuando no tienen plata para comprarla, y bueno, rompen... [*silencio.*] [...]

Ali: ¡Ah, uno se la banca! Somos grandes, nos la bancamos. No hace mucho nos mandaron al tribunal. Por una instru.

—*¿Qué es una instru?*

Ali: Una instructora.

—*¿Por qué? ¿Por qué fue?*

Ali: Una peleíta. Bueno, nos pusieron; la jueza, porque me mataba de risa cuando nos juzgaron, me dio ocho días en suspenso más 1.200, creo que 1.200 francos de multa. Sólo porque me mataba de risa.

—*Porque te mataste de risa cuando te leía eso...*

Ali: Sí, porque yo... hubo compañeros que fueron conmigo y yo no sabía que no tenía derecho a llevarlos, así que fueron y me hicieron reír.

—*¿Los tipos de su edad no tienen trabajo en la zona?*

Ali: No. O hacen pasantías.

—*Sí, pasantías que son puro camelo...*

Ali: Sí, no es interesante; ganar 1.200 no es interesante; hay quienes los ganan en una hora. [...]

—*Al mismo tiempo, pese a todo tampoco es una solución. Y no hay... no sé... Si por ejemplo un tipo encuentra un trabajo y se las arregla para hacer entrar a los demás y todo eso...*

Ali: Sí, los grandes hacen eso.

François: Pero suben a París. Como aquí, todos los adultos de nuestra urbanización están en Rouen. Hay una fábrica Peugeot. Todos trabajan ahí.

—*¿Pero cómo lo encontraron? ¿Hubo uno que lo encontró y después hizo entrar a los demás, o qué? Es así.*

Ali: Porque lo que a mí me traba es el ejército; si no, también habría ido.

—*Sí, es así porque mientras no trabajes, no tendrás plata... Y en este momento, ¿cuáles son tus recursos? ¿Tus padres te dan algo de plata?*

Ali: Sí, de vez en cuando.

[...]

—*¿Y qué arte marcial practicabas? ¿Karate o...?*

François: De todo, pelea callejera. También puro camelo.

—*¿Es puro camelo? ¿Dónde lo hacías?*

François: Allá, en la cuadra de la comisaría.

—*Ah, sí, ¿cerca del* monoblock*?*

François: Sí, era puro camelo.

—*¿No era serio?*

François: Todo lo que aprendíamos ya lo sabíamos; no valía la pena aprenderlo.

—*¿Y en el boxeo no pensaste?*

François: Fui una vez, pero es demasiado lejos. No tenía medio de transporte.

—*¿No tienes un ciclomotor, algo así?*

François: No tengo nada.

—*¿Cuánto cuesta ahora un ciclomotor?*

François: Dos mil francos.

Ali: ¿En el negocio? Tres mil.

François: ¡Estás loco! En el negocio está por lo menos a cuatro o cinco mil. Hay que comprarlo por izquierda, a los tipos. A la fuerza.

—*¿Qué es exactamente "comprarlo por izquierda"?*

Ali: Comprarlo por izquierda es un chanchullo.

[...]

Ali: En nuestra urbanización había historias con los inspectores. A uno le dieron una paliza.

—*Ah, bueno, ¿y por qué fue?*

Ali: Porque no le hizo ver su identificación. Golpeaba a otros chicos, chicos de la otra urbanización, y después un compañero nuestro vino a defenderlo y además normalmente el poli tiene que mostrar su identificación, no la dejó ver.

—*¿Entonces lo molieron a palos?*

Ali: Después sacó la pistola y se salvó, pero a mi compañero lo atraparon después.

—*Pero estuvo en...*

François: Una semana. Tiene salida provisional, me parece. Libertad provisional.

—*Y a ti la jueza no te... no te encerró...*

Ali: Es mi primera historia como mayor. No hace mucho que soy mayor; siete meses, creo.

—*¿Antes habías tenido?*

Ali: Cuando era menor [...].

—*¿Fueron historias de robos, cosas así?*

Ali: En Bélgica. Sí, cosas chicas, estupideces chicas.

—*Sí, pero después quedas marcado; cuando te mueves, te señalan.*

Ali: Son estupideces que no hay que hacer.

—*Sí, pero se hacen en la medida en que uno se aburre...*

François: Bueno, pasa cuando nos hace falta plata. Cuando nos hace falta mucha pasta, cuando, supongamos,

vemos camisas que nos gustan, o si no, pantalones lindos y todo eso. Y bueno, necesitamos plata. Eso era antes, hace tiempo.

—*¿Por qué te ríes?*

François: Se mata de risa.

—*¿No cuentas todo?*

François: No, para mí se terminó, ya no ando con ellos; antes andaba.

Ali: Está enganchado. [*Tiene una novia.*]

—*¿Ahora estás enganchado? Pero, ¿qué piensas de eso?*

François: No, vi todas las cosas que hacían y me fui. [...]

Ali: Lo que nos hace falta es una chica.

François: ¿Por qué una chica?

Ali: Para no hacer más estupideces.

[...]

Estaba el aparato para las diapositivas, pero faltaban las diapositivas

Ali: Sí, si uno no tiene medios de transporte ni plata, ¿cómo va a movilizarse?

—*¿No hay ómnibus? ¿No hay nada que vaya hacia D.?*

Ali: Sí, hay ómnibus...

—*Pero no muchos...*

Ali: Sólo hacia D. Pero para recorrer las oficinas de personal temporario hay que ir por todas partes. Hay que ir a Lens, a Lille, hace falta un auto pero, en fin...

—*Y no tienen coche. ¿Ninguno de los amigos tiene uno?*

Ali: No. Tengo mi hermana, pero no tiene trabajo ni nada. Pero ahí, en nuestra urbanización, en este momento todos dan el examen de manejo. Después la cosa tal vez vuelva a moverse.

—*Sí, es así, sí, el sábado, todo eso, están acorralados aquí...*

François: Sí, vamos a movernos. Esperamos al tipo que se fue a la isla de la Reunión. Y además, aparte de eso, bueno, está bien. Él al menos tendrá registro, me parece.

—*Sí, porque además la mayoría de ustedes no tienen registro de conductor... cómo podrían aprender si no hay escuelas de manejo, cosas así.*

Ali: En el club una vez quisieron hacerlo, el educador quiso hacerlo...

—*¿Era una buena idea?*

Ali: Sí, pero también necesitábamos diapositivas.

—*Ah, sí, es eso.*

Ali: Hacía falta que un muchacho las pidiera en el lugar donde va, en la escuela de manejo. [...] Estaba la cosa, el aparato para las diapositivas, pero faltaban las diapositivas del código, eh, para aprender y todo eso. No, pero hay muchos que saben andar en auto. Pero es el código el que... Y además están los amigos, dos veces se presentaron y dos veces los bocharon.

—*¿Siempre por el código?*

François: Sí, por el código. Y además hay otro tipo que maneja sin registro, va a París, zafa. Se las arregla.

—*¿Y qué trabajo tiene?*

François: Trabaja... ya no sé qué es lo que hace.

Ali: Me dijo que trabaja en París, hace un palo y pico.*

[...]

—*Sí, me decías que muchos desertaron del servicio militar porque la cosa no andaba.*

Ali: Sí, porque era un bodrio.

—*Cuando dices "muchos" no eran cincuenta, o qué...*

Ali: No, cinco, seis.

—*¿Tantos, no obstante? Que eran de...*

François: De nuestras urbanizaciones y aparte de las de al lado.

—*¿Más o menos de la edad de ustedes?*

Ali: Había uno que ni siquiera había estado y ya estaba harto. Había tomado pastillas antes de ir.

—*¿Qué quieres decir con pastillas?*

Ali: Unos... ¿cómo se llaman?

François: Somníferos.

—*¿Para suicidarse o qué?*

Ali: Sí, intento de suicidio. Pero era fingido.

—*Sí, es eso, ¿para tratar de que lo dieran de baja?*

Ali: Eso.

—*¿Y eso da resultado?*

Ali: Y, sí, da resultado; se hizo dar de baja.

François: Sí, también se hizo dar de baja entre los locos.

Ali: Sí, pero que te pongan P4 no vale la pena. No vale la pena.

—*¿La fórmula P4 qué es? Te mandan...*

François: Es cuando uno no es normal. P4, pero para buscar trabajo no funciona..., es difícil. Más vale hacer el servicio.

—*¿Dices entonces que hay uno que fue a los paracaidistas y después se mandó a mudar?*

Ali: Sí, porque lo metieron en la cárcel en otro...

—*¿Qué había hecho?*

Ali: Se peleó. Se peleaba mucho. Y después lo metieron

*. *Bâton*, "palo", denominación popular de los 10.000 francos (n. del t.).

en un cuartel de castigo, me parece. Estaba harto, se las picó, se largó.

—¿Y hay muchos así? Alguna vez oí hablar de eso. ¿No soportan la disciplina? ¿Se aburren?

Ali: No están acostumbrados a que les den órdenes.

—Sí, es eso; ¿y en el trabajo no hay un poco el mismo problema? ¿No hay empleos temporarios, provisionales, cosas así; no hay trabajitos, ni siquiera eso?

François: Hay chicos que trabajan –mira a Jean-Luc–, y bueno, durante seis meses no consiguió que le pagaran.

—¿No le pagaron hasta después de seis meses?

François: Sí, y aparte todavía no lo tomaron con contrato.

—¿Y sigue?

François: Sí, sigue de tiempo en tiempo, pero sólo le tocaban 2.030, no 2.300.

—¿Y por muchas horas?

François: Tiene 260 horas de más, me dijo; lo que hace es un SES: una pasantía.

—Sí, eso no da muchos ánimos para buscar trabajo.

François: No, es un bodrio.

Y además nos gusta mucho armar... camorra

—Hace un rato decías que en las artes marciales no habías aprendido nada; ¿cómo aprendiste, hay muchas trifulcas?

Ali: ¡Ah!, cuando éramos chicos, cuando éramos pequeños, sí, nos peleábamos mucho entre...

—Sí, así, en la escuela, contra los chicos de las urbanizaciones vecinas.

Ali: Algunas veces incluso entre nosotros. Bueh... todo el mundo quería ser el jefe.

François: Pero después, cinco minutos después, nos amigábamos. Eran peleas de puro camelo.

—Y además les gusta mucho armar...

Ali: ...camorra.

—Ahí está, eso es. Pero pese a todo ninguno de los dos tiene aspecto de malo, es curioso...

Ali: No, somos... [...]

—¿Y hablan de política entre ustedes? ¿O no mucho?

Ali: No.

—¿Les importa poco, o no es que no les importe un comino sino que no saben demasiado qué pensar?

Ali: No, de política no demasiado. [*Interrupción para tomar fotos.*]

—[Sale un momento, después de sugerirles que durante su ausencia sigan haciéndose preguntas recíprocamente, uno por vez, frente al grabador.] ¿Así que sigues haciéndole preguntas?

Ali: No, él me pregunta, él dijo.

—Ah, ¿es él? Vamos, veremos si lo hiciste bien.

François: ¿Le hago también las mismas preguntas que él me hizo?

—No, no, le haces decir lo que no quiso decir. [...] ¿Cuál fue la pena que te dio la jueza? ¿Mil doscientos francos?

Ali: Y ocho días en suspenso.

—¿Ya habías tenido alguna antes?

Ali: No, era menor de edad.

—¿Y quedas marcado una vez que te jodiste siendo menor?

Ali: Sí, si alguna vez vuelvo a hacer una estupidez y me pescan, bueno, los días que... tendría que cumplirlos. [...]

—Eso te causó molestias, ¿qué habías...?

Ali: Creo que era por el robo de un ciclomotor. Habían tomado fotos, huellas. Por un asuntito.

—¿Pero qué edad tenías cuando pasó eso?

Ali: Ahí, eso me pasó cuando estaba en cuarto; tenía 16 años, creo, 15.

—¿Te habían atrapado?

Ali: No, me dejé pescar. No podía correr.

—¿Y qué pasó ahí mismo? Sí... te interrogaron, te llevaron y después...

Ali: Las fotos y todo eso.

—¿Pero no te metieron adentro?

Ali: Llamaron a mis padres, yo era menor. Ese día me reventaron. Querían dejarme adentro, pero mi padre fue a buscarme.

—¿Qué le dijeron a tu padre?

Ali: Le contaron la historia.

—¿Tu padre te tiró la bronca?

Ali: Sí, quería fajarme. Es normal, eh. Lo entiendo.

—Sí, debía de estar fastidiado.

Los que la ligan son siempre los mismos

Ali: Sí, y además es mejor, gracias a él ya no hice estupideces. Le hago una pregunta [*a François*], eh.

—Adelante. ¿Todavía no contestó?

Ali: No, yo quería preguntarle si quisiera mudarse, si le gustaría o no.

François: ¿Mudarme? Si me mudo, tal vez cuando sea más grande.

Ali: ¿Pero ahora?

François: Ahora...

—¿Extrañarías la urbanización?

François: No, porque hace 19 años que vivo aquí.

—¿Así que conoces a todo el mundo?

François: Conozco a todo el mundo, tengo a todos mis amigos ahí. [...] Pero a lo mejor, si me mudara, sería para irme con...

—¿Para casarte?

François: Sí, para casarme, para hacer mi vida.

—¿Y a ti, si pudieras, te gustaría mudarte?

Ali: Mudarme, sí, me atraería; pero sin embargo voy a extrañar; porque mudarse es duro, uno no está acostumbrado con ellos y todo depende de dónde cae.

—Sí, pero, en fin, muchas de las dificultades de ustedes provienen de que viven en esta urbanización. Ése es el problema.

Ali: Sí, así es. Hay gente que más vale mudarse, algunos... [...]

—[...] Lo que haría falta es tal vez que la cosa fuera mejor, que... los edificios... pese a todo son bastante feos, ¿no?

François: Los edificios, si quiere hablar del deterioro y todo eso... Cada vez que hay asuntos de roturas, los que la ligan son los jóvenes.

—Pero, ¿qué pasa? ¿Peloteazos que rompen los vidrios, cosas así?

Ali: No, son las puertas de entrada, los cristales, los buzones. Las puertas de entrada.

—¿Pero quién lo hace, son un poco los jóvenes?

Ali: Sí, un poco son los jóvenes.

François: Sí, pero no siempre, y los que la ligan son siempre los mismos. Los que la ligan son los que no hacen nada.

—Eso es lo que querías decir hace un rato, los tipos que quedan un poco marcados, los acusan a ellos, ¿eso es lo que querías decir? Y a ti te pasa un poco eso, ¿no?, estás marcado... cuando eras chico, ¿no?

Ali: Sí, pero ahora no. Estoy con tipos más grandes que yo, con su hermano mayor y otro adulto, pero son ellos los que la ligan... Además de eso, son ellos los que nos dicen que no lo hagamos...

François: Es una lástima para ellos.

—¿Por qué? ¿Dicen que son jefes de pandillas o qué?

Ali: Sí; en fin, dicen que son ellos los que los arrastran. Se lo meten en la cabeza.

—Sí, pero hace un rato decías que había peleas así entre las urbanizaciones, pese a todo hay pandillas.

Ali: Ah, sí, hay varias pandillas; son otros los que vienen y rompen, y después la ligamos nosotros.

—¿Pero por qué? ¿Porque hay peleas...?

Ali: Porque hay urbanizaciones, quieren hacerse demasiado los machos. Quieren hacerse los más fuertes, los dueños de todo, y todo eso. Si no, ahí las cosas van mejor, nos entendemos mejor. Hay un boliche que abre, y aparte hay más árabes que entran, y aparte sólo se puede ir allí.

—Entonces, por eso, la cosa funciona mejor...

Ali: Pero, en fin, es un bodrio porque uno conoce a todo el mundo. En el boliche no vale la pena, ¿no? [...]

—Tendrían que poder ir a sitios lejanos donde no los conozcan, para poder ver gente diferente.

Ali: ¿Cómo vamos a hacerlo? Antes sí, pasábamos las de Caín por ir lejos. Ahora se acabó, ya nadie les da bicis a los chicos.

—¿Por qué? ¿Porque son demasiado caras, porque...?

Ali: Antes todos teníamos bicis. Nos íbamos lejos, a [...] y todo eso; ahora se acabó.

—¿Por qué? ¿Es demasiado cansador?

François: Porque estaba la escuela, tomábamos el tren. Y hay muchos que se mudaron de nuestra...

—De su banda, de sus amigos.

[...]

Se creen todo lo que dicen en la tele

—Sí, es eso. ¿Y tú, no piensas en... sí, después del servicio, dijiste?

Ali: Sí, estoy totalmente seguro de que es en París... O en París o en el sur. Esperaba hacerlo con [François], pero como se enganchó y todo eso, para él es mejor que se quede. Si no, teníamos que hacerlo hace tiempo: irnos al sur.

—¿Y qué vas a conseguir, entonces?

François: Bueno, mi título... Un CAP.

—Y tal vez puedas encontrar empleo en el mismo sitio que él...

François: Sí, pero como digo, no nos vamos a quedar toda la vida juntos; algún día tendremos que separarnos.

—Bueno, sí, pero como son amigos, por qué no probar...

François: Bueno, sí, pero si se encuentra, se encuentra para todo el mundo. Si hay un tipo que trabaja, se informa para los demás. Y además [...]. Es mejor.

—Por eso te preguntaba si no tenías primos..., así se puede...

Ali: Algunas veces son los padres, no tienen confianza y piensan que uno se va a perder o... Es lo que me pasa a mí; este año tenía que ir a Marruecos solo, eh, bueno, mi madre dijo que no. Me toma por un nenito. A fin de cuentas, es ir a Marruecos.

—Sí, sobre todo si tienes familia, no es...

Ali: Bueno, antes no salíamos a la noche, salíamos pero

7/284

no tarde; así que [mis padres] tenían miedo; se creen todo lo que dicen en la tele.

—Sí, es así, piensan que la urbanización es peligrosa, que... ¿Es así? Sí, hay otro muchacho que me dijo que el padre tenía miedo todo el tiempo; cuando recibe un papel, como no sabe leer, cuando recibe un papel o cualquier cosa, tiene miedo. También se entiende porque para ellos no es chiste. Cuando uno no sabe leer y escribir, la verdad es que es difícil.

François: Bueno, en nuestra urbanización hay chicos a los que les cuesta mucho leer y escribir.

—¿Ah, sí? Gente de tu edad...

François: Sí, y también más grandes.

Ali: Sí, incluso entre los más grandes hay algunos que, aunque sepan leer, les cuesta mucho, cuando leen como robots... o leen...

—¿Ah, sí? ¿Muchos?

Ali: Hay muchos. Por lo menos el 80%.

—Dices "el 80%"; no es posible esa cantidad. ¿Te das cuenta? ¡Ocho de cada diez!

Ali: Sí, pero de nosotros, de nuestra banda, eh.

—De tu banda...

Ali: No, hay al menos veinte, treinta. Bueno, ¿cuántos hay que saben leer? Hablo de leer bien. Hay diez. Los otros leen mal.

—Cuando hablas de una banda, es donde se encuentran, no sé, todo el tiempo...

Ali: Cuando hacemos partidos de fútbol, cuando somos varios. Si no, lo que se dice leer, todo el mundo sabe, pero ellos leen mal.

—Con esfuerzo, ¿no? Tropiezan con las palabras, no entienden bien lo que dicen, ¿no es así?

Ali: Sí, y además leen como robots, palabra por palabra. Hay gente que se traba con las palabras.

Yo mismo leo como un robot; consigo leer, pero como un robot

—Mira, eso no lo habría creído.

Ali: Yo mismo leo como un robot; consigo leer, pero como un robot.

—¿Por qué lees como un robot?

Ali: Porque en casa, cuando estaba en X, nunca leía, en la escuela nunca leía.

—No los hacían leer en voz alta.

Ali: Sí, pero nos negábamos.

François: Queríamos jugar a no sé qué.

—¿Para qué era, para impresionar a los compañeros, para hacerse los duros...?

Ali: No, no nos gustaba, no sé. No nos gustaba leer. Justamente, leer es sencillo. Pero nos cuesta.

—Llegaste hasta cuarto, pese a todo tenías que saber leer...

Ali: Sí, sé leer, sé leer...

—Pero no con facilidad, ¿no?

Ali: Sí, es difícil.

—¿Y lees el diario, cosas así? ¿Nunca? Hay que hacerlo, eh.

Ali: Sí, es mejor, no sé. Si no, leer, escribir, contar y además todo eso, todos saben hacerlo. Todo el mundo sabe.

[*Especie de interludio durante el cual, en ausencia de Pierre Bourdieu, François interroga a Ali sobre la Roseraie –"Está sucia"–, el club –"Siempre cerrado"–, etcétera.*]

Ali: Sí, cuando vuelvo a mi *monoblock* está la mujer del segundo, y su hermana que viene y después nos tira la bronca, todo eso.

—Y la hermana no vive allí...

Ali: No, no vive ahí, vive en la casa.

—¿Y quiénes son esas buenas señoras? ¿Francesas de la zona?

Ali: ¡Ah! Son francesas que no quieren a los magrebíes...

François: Son dos hermanas, dos racistas de la urbanización. [...]

—¿Pero hay otros como ellas?

Ali: Están las dos y además...

François: [...] No, no hay más que una.

—¿Y los conserjes? ¿Cómo son? ¿Andan bien?

Ali: Están a la tarde, de una a una y media.

François: Y a la mañana también, pero no viven allí. Normalmente los conserjes tienen que vivir en el barrio.

Ali: Sí, pero hay un hombre que vino a vivir. Tiene 28 años. Es súper *cool*. Gracias a él hicimos salidas y todo. Nos ayudó mucho.

—¿Y quién es ese tipo?

Ali: Karim. Es una buena persona, aunque ahora trabaja en París y ya no lo vemos. Si no, a la noche, charlaba con nosotros, nos hablaba de moral.

—¿Y qué empleo tiene?

Ali: Maneja, mueve autos.

—¿Es instruido?

Ali: Vivía en Argelia, hizo cinco años de ejército en Argelia, se había alistado y después dejó, no sé. Vino aquí, tenía sus títulos y después se fue, trabaja; recorre las oficinas de personal temporario y todo eso.

François: Y además también nos presta servicios. [...]

—¿Y ese Karim era simpático con ustedes?

Ali: Hacía de todo con nosotros, partidos de fútbol...,

servicios, no sé. Nos llevaba adonde queríamos, le pedíamos y nos llevaba. [...]

—En el fondo, si hubiera algunos tipos simpáticos, ya con eso la cosa marcharía mejor...

Ali: Él era el único que entendía a los jóvenes.

—¿Pero qué edad tenía, 28 años?

Ali: 28, 29 años.

—¿Y ahora se fue?

François: No, no, sigue viviendo en X pero se moviliza para trabajar. Está aquí todos los sábados y domingos.

—Y no puede explicarles a esas mujeres...

François: Ellos no escuchan nada. Ahora la cosa funciona, las tipas se tranquilizaron, pero en determinado momento ellos no entendían nada. Había varios, no son de nuestra banda, es una pandilla de adultos. Son cinco. Están todos encerrados [*en la cárcel*]. Cuando salgan, verdaderamente... Salieron sólo dos. Todavía hay tres, cuatro.

—¿Y por qué los detuvieron? ¿Asuntos de droga?

François: Sí, y además robo de autos. Y después asalto a mano armada. Van a salir. Y además, cuando están en banda, y bueno, toman, fuman y todo eso y después...

—Hacen despelote...

Ali: Ah, escándalo, no sé.

—Y viven en la urbanización...

Ali: No. Deben de ser dos los que viven en la urbanización.

—Vienen de otro lado, entonces.

Ali: Ah, sí, para no hacerse notar. Y además uno es el jefe.

François: Sí, hay tres que salieron.

Ali: Sí, hay otro más que salió.

François: Pero no entienden nada. Pero no sé, si alguna vez... no quiero, si alguna vez vuelvo a la noche, dejo todo. Ellos no entienden nada. Lo único que hacen es ir y volver [*entre la cárcel y la casa*].

—Sí, y además tienen armas, ¿no?

François: Tienen armas, tienen droga, tienen todo.

—En parte hacen reinar el terror.

François: Ah, el asunto del terror es... Uno. Sólo uno, es el más [...]. Los otros no, puedes, puede... Es grave.

—Sí, y cuando salen todo el mundo tiene un poco de pavura.

François: Sí, tenemos pavura; o si no hay varias peleas de familias, incluso en nuestra urbanización, ¿no crees? [...] Las peleas de familias son peligrosas.

—¿Qué son las peleas de familias?

Ali: Dos familias que se pelean entre ellas. Y realmente todos juntos.

—¿Pero por qué pasa eso?

Ali: Por nada. Por historias de... por estupideces.

—No son historias de matrimonios o asuntos así, ¿no?

Ali: No, son estupideces de la radio.

—¿De la radio?

Ali: Un tipo, Éric, tenía su aparato, el otro quería sacárselo y después su amigo vino a defenderlo; se pelearon, el hermano bajó, llamó a otro hermano.

—Ah, y después se metió toda la familia. ¿Son familias muy grandes?

Ali: Sí, son grandes.

—¿Son muy numerosas? ¿De dónde son? ¿De Argelia?

Ali: De Argelia.

[...]

Cuando hablas con las tipas, les dices: "Yo vivo en La Roseraie"...

Ali: Sí, pero, ¿va bien? Pese a todo, La Roseraie es tranquila. Ya no hay nada. Es sólo una pequeña reputación que apareció. Una reputación sucia. Y aparte es raro cuando hablamos, supongamos, con chicas que viven en una urbanización más limpia, más... Usted les dice: "Yo vivo en La Roseraie"...

—Y en seguida desconfían, ¿no?

Ali: No, se van. Es por eso, no está bien. Estamos obligados a macanear.

—Sí... ¿Y es igual en tu caso? [...]

Ali: Cuando les hablas a las tipas, les dices: "Yo vivo en La Roseraie"...

François: Ahora hablo [...], ellas nos toman por delincuentes. [...]

—¿Tu amiga también es de la urbanización?

François: Sí, es de la urbanización.

—¿Te alojas con ella?

François: ¿Cómo si me alojo?

—Quiero decir si vives con ella. Todavía no te casaste.

François: No, no estoy casado. No estoy con ella, no.

—¿Vas a casarte después del servicio, o qué?

François: No, ella tiene que conseguir trabajo. Y aparte yo también, por supuesto.

—¿Y tú, tienes una amiga?

Ali: Bueno, yo, para mí es rápido y bien. No, es muy pronto... [*se ríe*]. No, no me gusta que ella... Verdaderamente hace falta que ella esté bien. Porque las chicas que uno conoce no son serias. Más vale conocer chicas que estén bien, sean serias, pero es difícil encontrarlas.

—Sí, y las que salen con ustedes no son...

ALI: No, no son serias. Uno se da vuelta, y bueno, ya está, no la ve más. Ya está saliendo con otro.

—Decías que sólo había una que salía con ustedes, de la urbanización...

ALI: Sí, pero es la hermana de un amigo. La consideramos como una amiga. Como un chico, no sé, como un compañero; es simpática.

—Y las otras chicas, ¿cómo las conoces? ¿En los boliches, en lugares así?

ALI: Sí, en las salidas o en la escuela, o son las hermanas mayores de los otros compañeros.

[*Evocación de una mujer de la urbanización, que es francesa: "Nos habla bien y todo". "Cuando hay gente que habla de nosotros, viene a avisarnos." Vuelta al engranaje de la violencia.*]

FRANÇOIS: Hasta los chiquitos de nuestra urbanización empiezan a hacer estupideces...

—¿Quiénes?

FRANÇOIS: Los más chicos. En nuestra urbanización. Tienen 9 o 10 años.

ALI: Hacen estupideces, van a los jardines de los demás, roban cerezas...

—Sí, pero eso también lo hacías tú...

ALI: Ah, todos pasamos por eso, pero...

FRANÇOIS: También se llevan las bicis.

—Ah, sí, ¿pero crees que es peor, que la cosa se agrava?

ALI: Bueno, sí, nosotros no empezamos así, no empezamos con las bicis. Y ahora todos los chicos de nuestra urbanización fuman. Los chicos de 13, 14 años.

—¿Qué? ¿Hachís o...?

ALI: No, cigarrillos.

—Ah, cigarrillos.

ALI: Los chicos a los 14 empiezan con el cigarrillo, a los 15 es...

—¿Pero tienen plata para eso?

ALI: Trabajan, o si no, encuentran.

—Pero te parece que la cosa se agrava, que empeora...

ALI: Sí, sí. Después, qué va a hacerles el cigarrillo, les va a crear el hábito. Después van a querer estar bien. Van a empezar a probar. Hay un chico de la urbanización, ¿qué edad tiene? Debe de tener 15 años, bueno, prueba de todo, toma pastillas, fuma hachís, toma alcohol, no es de nuestra urbanización, es de [...]. Es otra urbanización. Dejó la escuela y todo. Está extraviado, no sé. Pero no me da envidia porque le podría haber ido mejor, tiene buen porte, con 15 años es más grande que nosotros. Pero pierde el tiempo. Es una lástima para él.

—Qué lío...

ALI: Y el tipo no se da cuenta de que roba para los otros.

—¿Por qué, roba? ¿Qué roba?

ALI: Para su jefe.

—Roba para su pandilla.

FRANÇOIS: Si no estuviera drogado, a lo mejor...

ALI: Bueno, sí, va a entender más adelante. Porque no gana nada, entonces, ¿qué hace allí? Roba, roba pero nunca tiene nada, es para los otros.

—Sí, ¿qué tiene, un jefe de pandilla que recolecta?

ALI: Ni siquiera es el jefe. Es un tipo que siempre anda en la calle con él. Que le saca todo, no sé. Pasa, le dice: "Ve a traerme tal cosa"; el otro va, la agarra y se la trae.

—¿Es un esclavo, o qué?

ALI: Es un pajarón. Una lástima para él, eh.

—¿Pero eso pasa a menudo? ¿Que haya tipos así?

ALI: Son los únicos que hacen eso. Sólo ellos dos.

FRANÇOIS: Sí, en fin...

ALI: No, son los únicos porque lo tiene bien agarrado, eh.

FRANÇOIS: El chico de 15 años tiene miedo.

—Ah, sí, es eso...

FRANÇOIS: "Si no haces eso, bueno... te rompo toda la jeta".

—¿Y cómo logró imponerse? ¿El chico no puede protegerse?

ALI: Un chico no puede hacer nada.

—Tiene miedo; ¿no tiene hermanos, nada? ¿Está solo?

ALI: Con la hermanita, me parece, y además la madre; el padre ya no está con ellos.

—¡Oh, oh! Pobre chico. ¿Lo conoces?

ALI: ¡Ah!, lo conocemos, bueno, sí, anda por la calle con nosotros y todo eso.

—¿Y qué te dice?

ALI: ¿Qué puede decir? No dice nada. Hay días en que está fastidiado, tiene vergüenza, pero no puede decir nada, dice que no puede hablar, etcétera.

—Tiene miedo. ¿Y ustedes no pueden ayudarlo? Es molesto tener que meterse también.

ALI: Ah, sí, es su historia. Problema de ellos.

Mayo de 1991

Una familia integrada

Patrick Champagne

María D. vive en Villeneuve, una urbanización construida hace unos veinte años en la periferia de un gran centro urbano. Desalojada a causa de la renovación del centro de la ciudad, en el que vivía desde hacía unos diez años, se la reubicó en esta ZUP a principios de los años setenta, cuando apenas comenzaban a construirse los primeros edificios. Me la presentó el jefe de proyecto de la ZUP, clasificada DSQ desde 1987, sin duda porque esta mujer originaria de España es una "figura local" que sabe hablar y, por lo tanto, puede considerarse como una portavoz eficaz de la gente "de bien" de la urbanización. En efecto, militante del Partido Comunista, también es una personalidad muy activa de la asociación de locatarios que se constituyó recientemente en el marco del procedimiento de rehabilitación. Pequeña, nerviosa, no se deja embaucar y, como suele decirse, no se guarda "la lengua en el bolsillo": habla a menudo con humor, con una cadencia rápida, a veces en el límite de lo comprensible. Se expresa con voz alta y fuerte, de manera locuaz, con el acento muy marcado y el dominio del idioma aproximado, pero sin complejos, que con frecuencia tienen los españoles cuando hablan en francés.

Me recibe en su casa, sobriamente vestida con una blusa floreada, un chaleco y una falda de color oscuro. El departamento, ubicado en una parte ya renovada de la ZUP, está perfectamente ordenado e impecable: nada fuera de lugar, ni una huella de polvo. Durante la entrevista, que se desarrolla en el comedor, en torno de una mesa, atrapa maquinalmente con la mano invisibles migas de pan. En esta mujer, de unos 50 años, cuidada pero sin excesos, todo expresa un carácter muy voluntarioso, la completa ausencia de abandono y el rechazo de toda frivolidad: "No, vea, no soy una de esas personas que pierden el tiempo pasando la tarde con mujeres, no. Prefiero participar en reuniones, cosas así. Pero contar entonces las tonterías que cuentan las mujeres, asuntos de uñas, de peinados, no. Eso sí que no".

Nacida en una familia campesina con diez hijos, vino a Francia a comienzos de los años sesenta, cuando sólo tenía 18, porque en su aldea no había empleo para ella, mientras que "en Francia, en los años 1959-1960, había mucho trabajo". Los empleadores franceses reclutaban esta mano de obra dócil y barata por intermedio de una misión católica: "Nosotros estábamos en el campo y además éramos jóvenes, no teníamos demasiadas... [necesidades, ambiciones] no veíamos demasiadas posibilidades de ir a otra parte. [...] Nos mandaban un contrato, nos estimulaban un poco, si usted quiere. Y nos proponían pagarnos el viaje y nos daban un poquito de dinero". Entró a trabajar en una planta de recuperación de trapos. A continuación la siguieron varios de sus hermanos y hermanas, que también se instalaron en la región (en la actualidad siguen viéndose muy a menudo). En Francia conoció a quien habría de ser su marido, también de origen español, que dejó su país más o menos en las mismas condiciones que ella: después de haber hecho en una escuela militar de España un curso de chapista soldador, a los 23 años lo reclutó una fábrica francesa del sector automotor. Pasados unos años, se

instaló por su cuenta como chapista, mientras que su mujer, que había dejado de trabajar durante algún tiempo para criar a sus dos hijos (dos varones que en el momento de la entrevista tienen respectivamente 24 y 16 años), recomenzó una actividad de medio día y hoy hace tareas domésticas en casa de personas de posición muy acomodada.

Con añoranza, evoca los primeros años pasados en Villeneuve: mejor alojada que en el centro de la ciudad, los edificios rodeados de espacios verdes eran para ella coquetos y agradables. Cuenta que en pocos años las construcciones se multiplicaron, la población cambió progresivamente y aparecieron los "problemas", en especial debido al aumento de la desocupación entre los jóvenes. Al principio, recuerda María, el lechero todavía podía dejar las botellas en el pasillo, y los locatarios, el dinero bajo el felpudo. Con bastante rapidez comenzaron a multiplicarse los robos (primero bicicletas y después autos), y a esa pequeña delincuencia que se instaló gradualmente se añadió el deterioro de los edificios, lo que provocó la partida de las familias que podían irse. Evoca luego el aumento de los problemas de cohabitación entre la población de origen europeo y otra de origen árabe cada vez más numerosa: "Había gente que empezaba a quejarse... pusieron muchos árabes... [Hubo] mucha gente que se quejó de algunos árabes por la cuaresma. Ahora creo que las cosas están mejor a causa de que se quejaron tantas personas [...] porque hubo años en que verdaderamente, durante la cuaresma, afuera era la fiesta... Podía decirse que estábamos en Argelia". Pero, para ella, la vida en la urbanización se volvió "infernal", sobre todo con la llegada, a principios de los años ochenta, de "familias con problemas" que tenían "muy mala reputación", a las que se alojó en las cada vez más numerosas viviendas vacías de la ZUP: "Todo el mundo robaba. En fin, no sé si robaban en otra parte pero, verdaderamente, entonces le pasaba a todo el mundo. O en las vacaciones o a la noche o durante las fiestas, pero le pasaba a todo el mundo".

Todo habría debido hacer que esta familia que alcanzaba sin saberlo la integración y que, además, distaba de estar amenazada por la desocupación, abandonara la urbanización, como lo hicieron muchas otras. Sin embargo, si María D. se quedó en la ZUP pese a las crecientes dificultades que eso representó para ella y su familia (auto robado, baulera vaciada, departamento desvalijado, etcétera), no fue sólo porque no quiso dejar esa urbanización a la que se había apegado y de la que en cierto modo se había adueñado; también se debió a que, como muchas familias de inmigrantes, vivió durante mucho tiempo con la ilusión del "retorno al país" (por ejemplo, tanto María como su esposo conservaron la nacionalidad española) y sólo permanecía en Francia como en una provisionalidad que se eternizaba e impedía los proyectos de alguna importancia: "Al principio no sabíamos si íbamos a quedarnos aquí o a volver a España, así que no nos decidíamos a comprar. Y la cosa se dilató y dilató hasta que mis hijos fueron grandes y se encargaron del garaje. Después dijimos: 'Tan pronto tengamos algo de plata, nos vamos' [de la urbanización]".

Pero al quedarse en ella, María D. sabe que expone a sus hijos a esa especie de espiral que atrae a los jóvenes hacia la delincuencia o la marginalidad, y por lo tanto tiene que redoblar su atención y sus esfuerzos para que eviten –en su caso será por un pelo– las "malas compañías", la calle, sus facilismos y falsas seducciones: "Aquí, si uno tiene hijos, hay que vigilarlos mucho; también hay que sacar a los chicos de la escuela [de aquí] si quiere que les vaya bien. Así que los [matrimonios] jóvenes ven esos problemas y se van".

Pero si, al contrario de muchas familias argelinas de la urbanización, ella logra no obstante mantenerse y sobre todo retener a sus hijos, es porque sus propiedades objetivas la distinguen sistemáticamente de la mayor parte de los inmigrantes magrebíes. A diferencia de la mayoría de las mujeres nacidas en el norte de África que dejan sus aldeas para reunirse con sus maridos, ella decidió emigrar cuando todavía era joven y soltera, para encontrar trabajo. La emigración

femenina de origen magrebí se mantiene estrechamente sometida a la lógica familiar y la dominación masculina, mientras que la de origen europeo obedece más directamente a la lógica del mercado laboral y el ascenso social (cuando María D. emigró, no la tomó a su cargo una red familiar sino una misión católica que le encontró empleo y vivienda). "No soy francesa pero sí europea; es exactamente lo mismo", dice. Y de hecho, la distancia social y cultural que la separa del país de acogida es mucho menor que la que se observa en la mayoría de las mujeres argelinas, todavía fuertemente integradas a su sociedad de origen. Muchas de ellas, por ejemplo, no aprenden a hablar francés, dado que salen poco de su hogar. María se indigna de que entre los argelinos sean sólo los hombres quienes participan en las reuniones: "¡Vinieron decididamente los hombres solos, y las mujeres, en casa!".

Por otra parte, la emigración europea es socialmente un poco más selectiva que la magrebí, y los inmigrantes tienen a menudo cualidades (en particular de formación) que hacen más fácil un cierto ascenso social en el país de acogida. María D. y su marido pueden tener la sensación de haber logrado arreglárselas. No es el caso de la mayoría de las familias magrebíes, cuyos integrantes masculinos, cuando no están desocupados, permanecen toda la vida en las fábricas como obreros no calificados. Esta situación no carece de efectos sobre las aspiraciones profesionales que pueden tener sus hijos. El hijo mayor de María D., que trabaja en el garaje de su padre, puede considerar la posibilidad de seguir el ejemplo paterno y prepararse para continuar con el pequeño negocio familiar, mientras que la mayoría de los hijos de inmigrantes magrebíes no sólo rechazan una condición obrera bastante dura sino que a menudo desprecian a sus padres por haber aceptado sin abrir la boca lo que ellos perciben como una "explotación". María D. se integró tan bien que hoy habla de su país de origen como lo haría un extranjero: "Este año –explica– pagué once mil francos por una casa en España [*alquilada durante las vacaciones*]; ¡no te regalan nada! Cuando me dijeron el precio, yo dije: '¡No es verdad! ¡Qué ladrones son los españoles!'".

La cantidad de hijos constituye otra diferencia fundamental. Aunque nacida en una familia muy numerosa, María D. limitó voluntariamente su fecundidad. No tuvo más que dos hijos a cuya escolaridad estuvo atenta, y recuperó por un pelo al segundo, a quien, arrastrado por la pandilla de amigos, le iban mal las cosas en el colegio de Villeneuve donde lo había dejado explícitamente por convicciones políticas (para demostrar que se podía tener éxito en la urbanización); también acosó al mayor, cuando estaba desocupado, para que fuera a buscar trabajo, antes de proponerle, como solución de recambio, que trabajara en el garaje del padre. No es una casualidad que sean las familias numerosas de esas urbanizaciones –particularmente frecuentes en las poblaciones de origen magrebí– las que planteen los principales problemas. En efecto, su dimensión hace casi siempre imposible, en esas zonas urbanas, un control estrecho y efectivo de los hijos por parte de los padres –o por el grupo más amplio de la comunidad–, como ocurría en las aldeas rurales. Las familias, instaladas por los servicios sociales de acuerdo con la disponibilidad de viviendas vacías y recursos, y no en función de las relaciones familiares o las comunidades de origen, quedan aisladas y libradas a sí mismas, y sólo pueden contar con sus propias fuerzas. El padre se ve reducido a castigar severamente, sin gran efecto, a los varones que andan mal, antes de que se vayan de la casa y sigan "el mal ejemplo del hermano mayor". Además, esas estrategias de la fecundidad están poco adaptadas a las exigencias de la reproducción o el ascenso social en las sociedades desarrolladas, en las que la formación de los jóvenes implica una inversión (escolar, material y afectiva) importante y de larga duración que es prácticamente inalcanzable para las familias obreras con una cantidad elevada de hijos.

"No soy racista, pero..." Hay que tomar en serio esta denegación, cien veces escuchada en las entrevistas, mediante la cual los habitantes de

estas urbanizaciones se defienden de la acusación que especialmente los medios lanzan contra ellos cuando se produce algún acontecimiento trágico, y al que el aumento del voto por el Frente Nacional en esas zonas tiende a dar crédito. Como muchos residentes no magrebíes de esas urbanizaciones, María D. dirige a esas poblaciones en dificultades una mirada a la vez comprensiva y exasperada. María está demasiado cerca de esos inmigrantes para no saber qué ocurre en las familias y no comprender los problemas que las asedian. Entiende tanto más la impotencia de los padres ("El padre casi los mata a patadas en el piso, pero no por eso andan derechos") por el hecho de que estuvo a punto de padecer una situación idéntica. También ella habría podido decir lo que en otra entrevista decía un conserje de HLM de Villeneuve que, sin embargo, dista de votar como María D.: "Nosotros tenemos el mismo problema con nuestros hijos. Es desde que tienen 13 o 14 años. Mientras son chicos está bien, uno hace lo que quiere con ellos, pero cuando llegan a los 14 o 15 años, no sé, de repente, las compañías o qué, en la escuela, el colegio... se vuelven más agresivos. Desde los 15 o 16 años ya no se puede hacer nada. Cambiaron. Charlan con uno, pero uno siente que ya no lo quieren... se alejan. ¡Se toman por... por hombres, qué sé yo! Los padres piensan: 'Ya está, bueno, tiene 14 o 15 años, bueno, ya está. No se puede hacer nada más con él'".

María D. también podría evocar, con una misma compasión no totalmente justificada por la situación de entrevista, el caso de los jóvenes que van regularmente a la cárcel y la desesperación que suscitan en sus padres: "Los conozco, son chicos, pero ya estuvieron tres o cuatro veces en la cárcel, porque roban autos. Salen de la cárcel, el viejo casi los mata a palos, bueno, pero eso no les impide volver a empezar. Está acá adentro [*señala la cabeza con el dedo*]. Sabe, no hay nada que hacer con eso. Y sin embargo los padres –los pobres desgraciados–, ¡ah, qué pena me dan! Con todo, son argelinos, ¡ah!, el pobre viejo, cuando lo veo, la verdad, da lástima. Es lo que siento cuando lo veo. No se lo imagina y la madre tampoco, no merecen tener hijos así, es todo".

Pero María D., al mismo tiempo, no puede no enojarse con esas familias. Por una parte, porque sufre las diversas agresiones cotidianas cometidas por ciertos jóvenes, que hacen difícil la vida diaria. Por la otra, y sobre todo, porque consiguió salir adelante al precio de esfuerzos y privaciones, y esos jóvenes, por su parte, no parecen querer exponerse a lo mismo. Aunque sepa que las condiciones de vida ya no son las de antes ("¿Cómo quiere privarlos, en la época en que vivimos?"), no puede admitir que los jóvenes no pasen por lo que ella pasó: "Ya se lo dije a mis hijos: nosotros éramos trabajadores, y más honrados que esta generación joven. Ellos son holgazanes, siempre están cansados, lo tuvieron todo, no tienen problemas...". De hecho, en María la militancia política y asociativa va a la par con el éxito relativo de su proyecto de ascenso social; el activismo político no es aquí más que un componente de un activismo social más general al que contribuye a fortalecer por las relaciones e informaciones que aporta. Es también una manera de reafirmar principios morales, los que precisamente hacen posible una lenta pero segura promoción social: "Yo veo que cuando se trabaja, aunque la paga sea poca, el trabajo es todo, señor. El trabajo es todo, es la libertad".

Lejos de la resignación y el fatalismo o, al contrario, de los proyectos totalmente irreales que a menudo caracterizan a las capas más bajas de la clase obrera, María D. proclama una actitud de reivindicación razonable: a través de la lucha, hay que procurar mejorar, pero sin pretender lo imposible. Hay que gastar lo que se tiene, pero no más; no hay que querer lo que no se puede alcanzar. En síntesis, hay que ponerse límites: "Hicimos reuniones para ver qué querían los jóvenes, y pedían de todo. Eso me irritó, porque cuando yo era joven no tenía nada y era dichosa y estaba contenta, y ellos no... Entonces, no hay que pedir tanto".

Después de la entrevista y antes de que me fuera, me contó, con el grabador apagado, que en el magnífico departamento de su patrona, donde hace tareas domésticas, muchas veces se oía el ruido de los tacos aguja de la vecina de arriba ("Hacían clac, clac, clac"), y que entonces le había dicho: "Usted tiene un departamento enorme y hermoso en el centro, pero es ruidoso; ¡yo estoy mucho mejor y más tranquila en mi departamentito de Villeneuve!". ◆

Con una locataria de HLM

Entrevista de Patrick Champagne

"Los racistas no somos nosotros"

—Usted tiene dos hijos. ¿Pudieron tener una escolaridad normal en Villeneuve?

María D.: A los dos los saqué de Villeneuve, al mayor en sexto y al otro desde quinto. [...] El grande [*el que tiene 24 años*], ¿sabe?, hizo hasta tercero y después un BEP electrónico. Nosotros queríamos que siguiera, pero el señor no quiso. Y el menor estuvo en sexto no muy lejos de donde trabajo; ahora está en segundo. Y sin embargo, con el menor, como milito en el Partido [*Comunista*] y todo eso, dije: "Dejo al chico en Villeneuve porque le va bien y para demostrar a los demás que también puede hacerlo en Villeneuve". Bueno, le iba muy bien en la escuela, y en sexto lo puse en el [*colegio*] Louis Aragon; le digo, a ese chico le iba magníficamente [*en la escuela primaria*], hasta lo felicitaron de tan bien que le iba.

¡Si alguna vez dejas la escuela, Frédéric, te corto la cabeza!

María D.: Cambió de colegio y el primer año, ¡oh, oh!, pasó por un pelo. Usted sabe, uno va ahí y cambia. Pasó por un pelo y en seguida me llamaron dos, tres veces, porque empezaba a no hacerles caso a los profesores, y todo eso. Yo dije: "¿Ah, sí?"; le di un buen lavado de cabeza y creía que iba a mejorar; aprobó sexto por un pelo, pero aprobó. De sexto pasó a quinto. Y después de quinto ya no pasó, ahí repitió; así que fui a ver a la directora y luego al personal y todo, y me di cuenta de que en todo el año había faltado 17 días y yo no sabía nada. ¿Sabe cómo me enteré de que había faltado esos 17 días? Porque quería que fuera a Inglaterra y había hecho trámites para eso [...]. Fui a ver a la asistente social de la escuela y le expliqué el caso y todo eso, y le pregunté, así, si había problemas de droga, si había historias y todo eso, por mostrar interés. Me dijo: "No, no, ¿por qué? ¿Tiene problemas con sus hijos?". Le contesté: "¡No, no, no!"; le dije así, y después me preguntó: "¿Cómo se llama su hijo?". "Frédéric D.", le dije. Y ella me contestó: "Pero creo que es Frédéric D. el que faltó 17 días [...] y estábamos obligados a avisar a la Academia". Yo dije: "No, no es verdad, no, no es él, ¡ah!, se equivoca".

[...]

Efectivamente, era él; yo dije que no era posible. Fui a ver al director y después a la persona encargada de las entradas y le dije: "¡Pero cómo! ¿Mi hijo pierde días de clase y yo no estoy al tanto?". Me habían llamado por teléfono una vez, una vez porque no sé qué había hecho, y me dijeron: "¡Ah!, pero vea, señora, con seguridad se le ha enviado alguna nota"; les contesté: "No, lo lamento". A la señora de la puerta le digo: "Pero escuche, señora, si me mandaron una nota y yo no contesté, ¿por qué no me llamaron por teléfono? ¡Nada menos que 17 días, es demasiado!". Pues bien, ¿qué me respondió la dama? "¡Ah!, vea, señora, en la escuela tenemos quinientos alumnos; si por cada uno hay que llamar por teléfono, no terminamos más." "¡Ah! –dije– se terminó". Cuando me enteré de que ya no les hacía caso a los profesores, pensé: "Ya no lo podemos dejar. Porque si lo dejo, va a ser uno de esos chicos que empiezan a andar mal, que ya no obedecen a los profesores". Pedí el legajo. Y sin embargo, con el segundo yo [*había*] sido fuerte, había dicho: "No lo saco de aquí, se lo dejo [*lo dejo en el colegio Louis Aragon de Villeneuve*]". Pero dije: "Vean, yo seguiré luchando por la escuela, pero si dejo a mi hijo se terminó: uno no tiene más que una vida".

—¿Y después le pidió explicaciones a su hijo?

María D.: Sí, claro, sí. Sí, sí, pero principalmente como yo sé muy bien lo que digo, me contó todo, y cuando le pregunté: "¿Qué hacías afuera?", me contestó: "Puf, andábamos por ahí"; algunas veces llegaba a la entrada de la escuela y había compañeros que le decían: "¿Vamos a Leclerc a comprar algo?", y entonces perdían tiempo, perdían la mañana, ya no iban, bueno. Algunas

veces era a la tarde. Le pregunté: "¿Qué hacías?", "Bueno, paseaba". Dije: "¡Pero está mal!" y "¿Nunca había nadie que te viera y todo eso?"; él me contestó: "Sí, sí, dos o tres veces tuve que esconderme porque había personas que conocía y que iban a decirme: 'Frédéric, ¿qué haces en la calle?'", y agregó: "Dos o tres veces tuve que correr para esconderme en los garajes". Pero yo le dije: "¡No es posible!". ¡Llegó a decir que tenía que irse [*del colegio*] porque ya no podía decirles que no a los compañeros, que a veces empezaban a hacerse los estúpidos en clase y después él también los seguía! Tenía tanta culpa como los otros, no hay que... Pero cuando llegó ahí [*a otro colegio situado en el centro*], ah, ah, había disciplina, y el primer año recibí dos o tres notas porque estaba acostumbrado a Villeneuve, así que le dije: "Si alguna vez dejas la escuela, Frédéric, te corto la cabeza...". Así que no, no anduvo al principio pero después sí. Bien, bien, incluso el año pasado le dije: "¡Oh, oh, Frédéric, no tuve ninguna queja, ninguna! Ninguna en todo el año". Y él me contestó: "Y, sí, sí, ves, uno cambia".

[...]

¡El barrio estaba muerto! Nadie quería vivir en él

—La rehabilitación empezó hace dos o tres años, ¿no?

María D.: Sí, es que verdaderamente, ¡el barrio estaba muerto! Nadie quería vivir en él. En el momento de la rehabilitación había no sé cuántos departamentos vacíos; nadie quería venir, todo estaba deteriorado, en todas partes, todas partes. Por afuera todo estaba deteriorado. Y aparte, ¿sabe?, el problema es que pusieron demasiados extranjeros. Y muchos magrebíes. Algunas veces me da pena por ellos porque hay gente de bien; yo viví en el barrio y hay gente que quiero y todo; hay gente que quiere trabajar y la verdad es que por preferencias siempre la dejan de lado, en eso hay que ser justos. [La gente dice que] son malos, ladrones. Son ellos quienes hicieron la reputación. Pero por el otro lado, tampoco les regalaron nada. [...] No vale la pena ir a pedir trabajo, no lo dan. Entonces qué quiere, se roba y se vuelve a robar una vez más y... pero a veces, chicos que fueron un poco ladrones, cuando se les encuentra un trabajo, ¿sabe?, se ponen serios, hacen su vida, se preocupan si usted quiere. Ya no andan en la calle hasta los 18, 20 o 24 o 25 años, porque hay muchos que no trabajan y después también se acostumbran a eso, ya no se rompen la cabeza. ¡Porque a veces, cuando se les propone un trabajo, no tienen nada y sin embargo pretenden elegir! Entonces, en nuestra época no era así, yo les dije a mis hijos, nosotros éramos trabajadores y más honrados que esta generación joven. Son holgazanes, siempre están cansados, lo tuvieron todo, no tienen problemas y después...

—¿No hay aquí, además, problemas de drogas?

María D.: ¡Oh, oh...! Este año está tranquilo. ¡Oh!, hay muchos, muchos, pero muchos. El año pasado usted venía en cualquier momento del día, siempre había siete, ocho jóvenes que estaban sentados en las escaleras, era el lugar de encuentro. Venían, se iban, tenían citas y todo eso, el tráfico de drogas, ¡pero delante de nuestras narices! Y nosotros, los inquilinos, a veces, cuando bajábamos, nos topábamos con ellos en las escaleras y les decíamos: "Pero al menos déjennos bajar", ¿eh? No había que hablarles así y estaban todo el tiempo encendiendo la luz [*prendiendo el interruptor automático*], y algunas veces yo les decía ¡fuera! Les decía: "Lo lamento, pero la que paga la luz aquí soy yo, ¡y no quiero!". Eran grandes pero yo tengo tendencia a gritar; "Estoy harta de verlos aquí", y alguna vez contestaban: "pero cállese, somos amables con usted". "Pero no quiero verlos por aquí, ¿por qué se quedan en el paso? ¿Y qué hacen aquí?" "No le hacemos ningún mal." "Pero no quiero verlos por aquí." Pero una o dos veces en que estaban un poco, no sé, o drogados o borrachos, había un adulto, como le digo, tenía el pelo todo enrulado; ah, le juro que me da miedo. Me da miedo; "Escuche, señora, si grita la mato". ¡Oh, oh!, después dije: "Bueno, voy a subir". Y lo habíamos dicho en las reuniones en la alcaldía. Y no sé adónde se fueron, pero en todo caso ahora las cosas se calmaron. Pero la droga, ¡ah, ah!, ¡Dios mío!

Me parece que pese a todo no estamos mal

—Cuando hicieron la renovación, ¿pusieron las puertas blindadas?

María D.: Sí, sí. Cuando robaron el departamento hicieron un agujero en la puerta, eran puertas... [*poco resistentes*]; hicieron un agujero en la puerta y entraron. Y además era durante las vacaciones, no estábamos. Así que tuvieron mucho tiempo. Se llevaron el televisor, la videograbadora, un equipo que tenían los chicos, casetes, botellas. Y mi marido tenía piezas de colección, le encantaban y no eran poco dinero; desaparecieron todas.

—*¿Una colección de qué?*

MARÍA D.: De la moneda francesa. Pero desde hace cuatro años la ZUP está mejor. Los exteriores están mucho más limpios y renovaron todo. [...] Me parece, aun cuando no fuera un barrio de lujo, pero si los inquilinos pusieran más atención, me parece que pese a todo no estamos mal, estamos tan bien como en el [*centro*]. [...] Me parece que aunque sean HLM tenemos buena calefacción, tenemos agua caliente y ascensor, incineradores, un buen servicio. Los departamentos no están mal hechos. Lo que hace falta es que la gente... preste un poco de... atención a sí misma. [...]

—*Ustedes tratan de comprar una casa; ¿es simplemente por comprar o para irse de Villeneuve?*

MARÍA D.: Ah, no, no, ¿sabe?, yo no quiero irme de Villeneuve. Es posible que compremos una casa. [...] No quiero irme de Villeneuve, aquí conozco mucha gente, y gente buena. Y no quiero irme de Villeneuve. Si hay gente mala, escuche, gente mala hay en todos lados, y usted sabe que lo de los ladrones no es únicamente en Villeneuve, porque mi hermana vive en T. [*municipio cercano*] y el otro día le robaron el auto, así que... Ella dice que tal vez sea gente de Villeneuve, no sé si es gente de aquí. En otras partes hay los mismos problemas.

[*Explica que el monto de los alquileres se duplicó desde la rehabilitación: actualmente, por un departamento de cuatro ambientes con cochera paga 2.410 francos por mes, incluidas las expensas. También explica que cuando los inquilinos superan determinado umbral de ingresos, el monto del alquiler se duplica, lo que contribuye a hacer que las familias acomodadas se vayan, dado que prefieren dejar Villeneuve y comprar en otra parte.*]

Cuando era joven no tenía nada y era dichosa

—*Usted participa en asociaciones, comités de barrio...*

MARÍA D.: Sí, y este año lo dejé un poco de lado, en primer lugar porque perdía muchas tardes, algunas veces me irritaba ver cómo se comportaba la gente. [...] Pero dos o tres veces me embronqué con los árabes; no me embronqué pero, en fin... pedían esto, pedían aquello. Se hicieron reuniones para ver qué querían los jóvenes, y pedían de todo. Yo me irrité porque cuando era joven no tenía nada y era dichosa y estaba contenta, y ellos no lo están... así que no hay que pedir tanto. Pedían un salón, pedían esto, pedían aquello. Entonces le dije al señor X.: "Más vale que me quede en casa, porque siento que me voy a pelear con los árabes, y después...". Trabajamos con el centro social, hicimos una comida con tema cultural, hicimos varias cosas. Yo no soy francesa pero sí europea, es exactamente lo mismo. Y no sé, la gente es diferente. Es la religión. Preguntaban si no había cerdo, ¡si a propósito no lo habíamos puesto, porque sabíamos que iban a venir! Habíamos traído licores; entonces, piense, no los tomaron. ¡Ah, no, no, no, está prohibido! El señor Ahmed dijo: "Ah, no, no, no, Dios no quiere"; yo le dije: "Escuche, Dios está durmiendo"; era de noche, "Dios está durmiendo, déjelo tranquilo". [...] E incluso los argelinos, había además una asociación de negros que también eran musulmanes y vinieron con las mujeres. Pero la asociación argelina, ¡vinieron decididamente los hombres solos, y las mujeres, en casa! Así que después dije: "¡Yo no hago más fiestas con ellos!". Y no hicimos más, no. No son como nosotros, ¿sabe?, y verdaderamente eso también hay que... No somos racistas, pero a veces, cuando se ven cosas así, bueno, una vez, dos, tres, pese a todo hay momentos en que uno llega a decir... bueno. [...] La verdad, me parece que me gusta todo el mundo, pero digo, si yo pongo cosas por mi lado, ¿por qué ustedes no lo hacen? ¡Traten, aunque sea! Dejen la religión; en España yo era católica, teníamos la obligación de ir a misa, pero vine aquí y se terminó, no pongo más un pie en la iglesia. Y aunque fuera, iría, pero no por eso dejaría de hacer fiestas con árabes o chinos o lo que sea. Y eso lo entiendo. Ellos a veces miran la puerta, y cuando ven muchos europeos no entran. Es preciso que los árabes sean la mayoría. Eso es cosa de ellos, eh, los racistas no somos nosotros, los más racistas son ellos. Y con el Partido Comunista... a veces, cuando hay movimientos y cosas así, voy, pero también tienen siempre la tendencia a darles la razón, que no trabajan, que no ganan lo suficiente, que somos racistas con ellos, que esto, que aquello. Y cuando a veces uno les dice: "Escuchen, ellos también son racistas, ¿eh?, no hay que...". Es por eso que este año, ya le dije, dejé un poco las asociaciones.

[*Menciona a los inquilinos de las HLM que ensucian los pasillos y "tiran basura por la ventana, cáscaras de banana, potes de yogur o cosas de leche, pañales de bebés, porque tienen ganas".*

Luego, aborda las dificultades que experimenta "la gente que quisiera trabajar y no tiene trabajo".]

—*¿Los jóvenes tienen problemas de desocupación?*

María D.: Eso es. Muchos.

—*¿Y sus hijos?*

María D.: Ah, no, no. Vea, no tengo ese problema. Muchos de los problemas que hay en Villeneuve yo no los tengo. [...] Vea, no todo el mundo tiene los mismos problemas. En la ZUP hay familias que viven bien; no vaya a creer que todo el mundo vive mal, no, eso no es cierto. Hay familias que trabajan, que en la casa son dos o tres y tienen dos, tres autos. [...] Hay muchas cosas que mejoraron un poquito afuera, arreglaron un poco, pero los problemas interiores me parece que las personas que los tenían siguen teniéndolos, son los mismos. Son los mismos, la desocupación.

—*¿Cuáles son las familias con problemas?*

María D.: Sobre todo las numerosas. De cualquier nacionalidad, las familias numerosas, siempre; es raro encontrar una familia de más de cinco o seis, no es por eso, no quiero decir que no las haya, tal vez hay de esas familias... Pero cuando hay más de cinco o seis hijos, de cualquier nacionalidad que sean, plantean problemas. [...] Hay una familia española, los padres están divorciados, el padre que siempre está borracho, la madre que no hace más que pelearse con todo el mundo por los hijos. Allá hay una familia italiana que también tuvo problemas; como le decía, las familias numerosas plantean problemas; de cualquier nacionalidad que sean. Salvo cuando hay padres severos y correctos que... Pero la mayoría son árabes. Son las familias más numerosas; es raro que en esas familias no haya uno o dos o tres –depende del tamaño de la familia– que se arrastran años y años sin trabajar, que no hayan pasado por [*la cárcel*]; no sé si en Villeneuve queda alguna familia, en todas las que yo conozco tienen uno o dos que pasaron por [*la cárcel*]. Permanecen desocupados años y años, les dan un trabajo de dos o tres meses, a veces de seis meses, y de nuevo tienen derecho al subsidio de desempleo y la cosa se dilata y dilata y dilata. Hay tipos que tienen casi 30 años y puede decirse que no empezaron a trabajar. ¡Le juro que eso conmigo no va, ah, eso sí que no! Oh, oh, ¿un hombre así en mi casa? [...] Si él no fuera capaz de buscar trabajo, lo buscaría yo. Y si no es un buen trabajo, tiene que esforzarse más en la escuela. Es lo que les digo a los árabes.

—*¿Y ellos qué le dicen?*

María D.: Se lo digo mucho, y algunas veces me contestan: "Ah, sí, sí". Pero yo digo: "¿Pero por qué no se esfuerzan más en la escuela? Después cuentan que no encuentran trabajo, que el que encuentran no es bueno y todo eso. ¡Hay que luchar! ¡Hay que luchar! Desde la escuela". "Sí, sí, pero es duro." "¿Acaso el trabajo no es duro?" "Sí, sí, tiene razón, señora D. ¡Ah!, la señora D. es amable, nos da buenos consejos." Pero, ah, se lo dije miles de veces. Ah, sí, les dije: "Vieron que en la tele hay periodistas árabes, hay de todo, no los discriminan; si trabajan bien en la escuela, ¡pero hay que trabajar!". Se ríen, todos me conocen y yo los conozco a todos. A todos los jóvenes de aquí los vi nacer o los conozco desde muy pequeños. Le digo, hace veinte años que estoy aquí. [...] Me acuerdo, éramos diez, antes era diferente, mi padre trabajaba; antes todo el mundo carecía de muchas cosas. Pero aunque faltaran, éramos felices. Pero ahora no son así. Usted sabe, son seis, siete hijos, cinco, cuatro, depende; y hay muchas casas en que el padre no trabaja, o es el único que trabaja, pero tienen bajos salarios.

Mientras tu madre esté contigo, no habrá seguro de desempleo

—*¿Hay problemas aquí para encontrar trabajo?*

María D.: Eso, el problema del trabajo es el principal, porque yo veo que cuando se trabaja, aunque la paga sea poca, el trabajo es todo, señor. El trabajo es todo, es la libertad, es todo. Pero cuando no se tiene trabajo, entonces, escuche, entonces uno empieza a arreglárselas con cualquier cosa. ¡Ah, el trabajo, sí, sí! Porque los jóvenes, una vez que se les encuentra trabajo, se vuelven serios. Aparte de los que dilatan las cosas, como le dije hace un rato, que hay jóvenes que se rezagan pero, en fin, pese a todo son una minoría. [...] Usted sabe, no se puede arreglar todo en un ciento por ciento. Se aprovechan de la gente, se aprovechan de una situación. Hay hombres que se aprovechan de la desocupación, porque mi hijo, antes de trabajar con su padre, antes de ir al ejército, trabajó un año. Para decirle que le hicieron un contrato en la electrónica, ponía alarmas, teléfonos en los autos, cosas así, bueno... Le habían hecho un contrato por seis meses. Entonces sabía que después de seis meses tenía el seguro de desempleo, quería parar pero yo le dije: "¡Escucha, mi bien! ¡Todavía estoy aquí!", y dijo que tomaba vacaciones; en agosto nos fuimos de vacaciones, pero en septiembre le dije: "Vas a buscar trabajo". Él no quería, en fin, no es que no quería pero se demoraba, yo veía que se demoraba, ¡ah, ah! Mi marido se iba a trabajar, yo me levantaba, lo dejaba hasta las nueve, a las nueve abría las persianas y le sacaba las mantas; ya era grande, tenía 18 años, había terminado la escuela, ya era grande, así que le dije: "Vas a la ANPE a buscar trabajo",

"Está bien, pero ya estuve ayer", "Hoy vas de nuevo". ¡Ya era grande! Cuando lo ponía nervioso, se vestía y se iba. Yo le decía: "Vete, al menos no te quedas en la cama". Estuvo de vago todo septiembre, ¡si supiera qué mes pasamos los dos! Nos peleábamos todos los días. Yo le había dicho: 'Si no vas a seguir la escuela es tu problema'; le pagábamos el colegio privado y todo. Señor, él había dicho que no. Yo le dije: "Mientras tu madre esté contigo, no habrá seguro de desempleo". Le juro, si estamos bien de salud, para mí no tenemos seguro de desempleo. Pasamos un mes, nos peleábamos todos los días, todos los días le hacía eso. Todo los días, hasta que fue a una agencia de trabajo temporario y trabajó algunos meses. Y después, como mi marido había empezado a ocuparse de las carrocerías, eso solucionó las cosas. Pero un mes se quedó, durante un mes todos los días, señor, todos los santos días nos agarrábamos. Yo le dije: "Lo lamento, no, no, no". Y los jóvenes, sé que no hay trabajo para todo el mundo, pero si están conmigo tienen que trabajar. Es para mostrarle la mentalidad que tenía mi hijo. Eso es lo que quería explicarle al principio. Hay jóvenes que tienen derecho al seguro de desempleo, y mientras se lo paguen no se rompen la cabeza. Y cuando ya no se lo pagan, agarran una vez más tres o seis meses y así van tirando, ¿se da cuenta? Es una minoría pero, en fin, los hay. Hay otros que cuando les dan un buen puesto, bueno; una vez que se ponen a trabajar, trabajan. [...] Le juro que conmigo trabajan los dos. Está el menor que, bueno, por el momento trabaja en la escuela. Pero... ¡ah no! Yo soy la primera en levantarme todos los días a las siete o a las seis y media para trabajar, ¿y voy a dejar que el señorito duerma o se haga el vago? ¡Mientras mi marido y yo trabajamos como animales! ¡Ah, no! Pero también sé que no todo el mundo es como yo.

[...]

MARÍA D.: Vea, todos trabajamos, todos, todos. Y los hijos de la otra generación también, los empujamos al trabajo. Mi hermano tiene un varón casado que trabaja, él y la mujer; tiene dos hijas que estudian y hay un cuarto, un varón que trabaja. Por nosotros y por los españoles, todo el mundo trabaja en lugares más o menos modestos, pero aunque sean modestos se ganan la vida, así es. No son familias que vaguen ni molesten a los demás. Si se ganan cinco mil, se ganan cinco mil. En el centro conozco a todo el mundo, todo el mundo se arregla con lo que tiene, sea la jubilación, a veces el subsidio de desempleo, pero, en fin... La familia que gana cinco mil vive a la altura de esos cinco mil, la que gana diez mil... Sí, se lo digo todos los días a los chicos: siempre tienen que tener en la cabeza el espíritu, como suele decirse, de luchador, de trabajar y no abandonarse ni vagar. Con el trabajo se llega a todo, pero si uno empieza a rezagarse, a rezagarse a diestro y siniestro, tampoco hay que desanimarse ni bajar los brazos. Hay momentos en que uno se desmoraliza, pero hay que seguir; pese a todo hay que seguir... Pienso que cuando se tienen padres, uno también está ahí para ayudarlos a no desmoralizarse. También se lo digo, si uno gana tanto y no puede permitirse tanto, yo nunca hice cosas turbias. ¡Nunca! Jamás salí a ningún sitio turbio, no me vestí de manera sospechosa ni nada. A medida que tenía, me limito a eso y si veo que llego... Sí, les dije a mis hijos, no hay que tener más ilusiones que las posibles. Para vivir o para... Viví aquí veinte años, estaba bien, no vale la pena vivir en un hermoso barrio y pagar cuatro mil francos de alquiler... Me quedo aquí, soy honesta, me quedo aquí, tanto peor. Acá puedo pagar, ¿allá podría? No sé.

Marzo de 1991

Una mala ubicación

Gabrielle Balazs

La señora Tellier es la presidenta del comité de defensa de los comerciantes de su ciudad: la tienda de artículos deportivos que acababa de "montar" un año antes fue saqueada y después quemada. No queda más que un esqueleto calcinado.

En ese barrio de torres y grandes conjuntos edilicios sólo se habían establecido unos veinte pequeños comercios de primera necesidad. La instalación de negocios en esas zonas de viviendas obreras presenta riesgos notorios, en especial de robo. Si bien los hipermercados, pese a grandes reticencias, tienen que afrontarlos a la fuerza porque la reglamentación los obliga a ello, los pequeños comercios, que no disponen de las mismas posibilidades de vigilancia y seguridad, prefieren evitar esos barrios. Durante los incidentes que provocaron el saqueo del pequeño centro comercial, los artículos deportivos, muy codiciados y relativamente inaccesibles para los niños y los adolescentes de la urbanización, fueron el primer objetivo, antes que la cervecería, la óptica o la zapatería.

El negocio de la señora Tellier parece particularmente "fuera de lugar" en ese marco. Contrariamente a muchos pequeños comerciantes, no heredó su tienda; se inició tardíamente en la actividad, cuando tenía alrededor de 50 años, después de haber ejercido otros dos oficios no relacionados con el comercio (empleos de oficina). El fracaso que constituye para ella la destrucción de su negocio, en parte debido a su inexperiencia, es tanto más doloroso porque esta quiebra es también la de un proyecto de promoción, pacientemente construido. La instalación de esa tienda, sin embargo, no fue fruto del azar, aun cuando no estuviera rodeada de todas las garantías de que se aseguran en general quienes tienen experiencia en ese ámbito (en especial la evaluación de la factibilidad económica del comercio). La señora Tellier sentía una fuerte atracción por el deporte: dice que la criaron "en los campos de juego". Su padre era entrenador; su madre, jugadora de básquet, y su hermano, profesor de educación física. Pero ella no pudo hacer del deporte su profesión: en esa época, las chicas y los varones de su medio no recibían el mismo estímulo para proseguir los estudios ("Mamá me decía: 'Escúchame, vas a casarte, será tu marido quien te dé'...").

Luego de recibir una formación profesional como mecanógrafa y contable –"una ocupación que ahora, que está todo informatizado, ya no existe"–, alentó a sus hijos, un varón y una niña, a convertirse en profesionales del deporte (el hijo, profesor de gimnasia, participa en competencias y está encaminado hacia la "carrera de entrenador", en tanto que la hija, que cursa el profesorado de educación física, ya fue campeona de Francia en la disciplina). En el momento de la reconversión, por lo tanto, creyó poder utilizar su conocimiento del medio y su gusto por el deporte en esta actividad comercial.

En principio empleada en una pequeña empresa de lencería, cuando ésta se declara en quiebra la despiden, por lo que se ve obligada a cambiar una vez más. Antes del cierre definitivo, la empresa había estado ocupada por el personal

durante dos años. La señora Tellier, que había desempeñado un papel importante en el movimiento, tenía relaciones estrechas con las municipalidades que sostenían a los asalariados de la firma. Su combatividad la llevó "a encontrarse en una lista" como candidata en las elecciones municipales. Durante este período dice "no haber sabido dosificar la vida profesional y la vida familiar", y haber tenido poco tiempo para dedicar a sus hijos, que "hacían los deberes en la fábrica", y sobre todo al marido, docente, de quien se separó poco después. Pero, elegida como consejera municipal, tomó a su cargo la vida deportiva de la comuna. Al instalar una tienda de artículos deportivos, creía poder hacer por fin rentables su experiencia y sus aptitudes y "capitalizar" tantos años de "lucha".

Ante la destrucción de la tienda, experimenta una fuerte sensación de injusticia. Cuando estaba en el consejo municipal dedicó toda su energía no sólo a las actividades deportivas sino también a la defensa de los residentes de la urbanización, cuya "miseria oculta" conocía, al oponerse por ejemplo a los embargos y alertar a los poderes públicos. Pese a la penosa situación que debe afrontar, no deja de recordar, durante la entrevista, que la población de la urbanización es "muy pobre", que "mientras los jóvenes no tengan más perspectivas [...], no podrán comprometerse, casarse, no saben si van a tener una ocupación...", que los TUC* o el RMI** "ni siquiera alcanzan para pagar el alquiler...". Pero al mismo tiempo reconoce que "ya no duerme" y todos sus esfuerzos para salir del apuro quedan en la nada, tras haber tenido que "trabajar por cuatro". La contradicción entre lo que le sucede y sus convicciones políticas hace que le resulten insoportables "el robo delante de sus propias narices [...], los insultos", así como también lo es el hecho de que los jóvenes que saquearon y quemaron la tienda hayan sido rápidamente liberados: "Al día siguiente uno vuelve a ver al joven...; lo soltaron. La verdad es que eso irrita. Destroza los nervios [...] incluso era peligroso, porque hasta vinieron a provocarme a la vidriera. Incluso habrían podido... [*vacilación*], digamos, cómo decir... vengarse, porque los habían detenido por mi causa. [...] Una se siente impotente".

Pese a todo, no se abandona al odio o el resentimiento y sigue actuando de acuerdo con sus convicciones. Por ejemplo, como durante el primer año no puede pagar un asalariado para la tienda, termina por emplear a una persona como pasante "porque verdaderamente vinieron a suplicar[lo]", pero está "en contra de ese tipo de métodos: es mano de obra barata". Las diversas denominaciones dadas a las pasantías la hacen "sonreír" porque "bla, bla, bla, el nuevo plan, los nuevos... Al fin y al cabo, son siempre empleos de mentira". Nunca lo había experimentado tanto como en el caso de la pasante que aceptó: "Ni siquiera me atrevía a pedirle nada... como estoy en contra y mis orígenes son que... eso me enfermaba".

Sigue pensando que la violencia ("¡Cuando además todos los casos sociales se concentran en una misma comuna, para resolver un problema de crisis de vivienda!") es atribuible a causas sociales e incluso políticas, y no a las personas y menos aún a su naturaleza. Al negarse a hacer responsable a la gente de las desdichas que sufre, busca, en un análisis militante de la escuela y el mercado laboral, los medios de comprender, si no de soportar, lo que le sucede.

*. *Travaux d'utilité collective*, Trabajos de Utilidad Colectiva (n. del t.).

**. *Revenu minimum d'insertion*, Ingreso Mínimo de Inserción (n. del t.).

Con una comerciante

Entrevista de Gabrielle Balazs

"La tienda... no estaba más"

—¿Antes no había tenido comercio?

Mme. Tellier: Ah, para nada. Para nada. Así que, además, monté el comercio sola, ni le digo... y en un barrio muy caliente, las dificultades que tuve. Sobre eso habría mucho que decir. Y sin embargo hubo un año y medio de ejercicio porque abrí en mayo de 1989, y en octubre de 1990 la tienda... no estaba más. Todo lo... Es uno de los negocios que saquearon y después quemaron. Empezaron por el mío.

—...Es un símbolo del deporte, ¿no? Un símbolo de las cosas deseables...

Mme. Tellier: ...Sí, son productos que los jóvenes piden mucho, en fin, es... Y la verdad es que todo el tiempo había jóvenes que querían llevarse los artículos sin pagar; pero, en fin, es cierto que son muy codiciados. Además, en el barrio se veía a muchísimos jóvenes vestidos de *sport*. Ahora, el traje de civil, por llamarlo así, ya casi no existe; ahora se usan el *jean* o el *jogging* y las zapatillas. Así es. Es la ropa que ahora buscan mucho los... Y además, es cierto que son artículos caros, que no están para nada a su alcance, entonces...

—Había un desfase entre lo que se ofrecía... y sus posibilidades, así que su negocio apareció como una...

Mme. Tellier: Sí, lo tomaron como una provocación, como no podían tener acceso a esos artículos... A decir verdad tuve tres, dos robos con roturas y... una vez pasaron por los techos y la segunda por la pared, la tercera no siguieron adelante... Era antes de los... Pero tuve bombas Molotov, cosas que no se habían visto...

—¿Pero todo en un año?

Mme. Tellier: Sí, en un año. Un año y medio, bombas Molotov, que acá todavía no se habían visto, no habían aparecido. A causa de una tarjeta Visa robada, cancelada, retenida, y a continuación hubo represalias. Fue un año muy, muy duro. Entonces, como yo no tengo para nada un temperamento de dejar que me pasen por encima, de bajar los brazos, bueno... resistía, pero también hay que decir que estaba bien rodeada; no obstante, a pesar de todo, había una clientela que era... no había sólo patoteros, felizmente, una clientela que era muy, muy simpática, y además también hay que decir que yo los conocía desde la época en que estoy en esta ciudad. Pero tal vez es también una de las consecuencias de eso... Algunas veces yo estaba un poquito con los nervios de punta pese a todo; no obstante, sufrir todo eso es demasiado, demasiado.

Habría que haber reaccionado antes

—Sí, quiere decir que las condiciones de funcionamiento eran particularmente difíciles; pero cuando usted se decidió ya sabía... conocía bien la zona...

Mme. Tellier: Sí, sabía, pero con todo pensaba que no pasaba de ahí. Así que no había pensado para nada que era ... tan duro. Y además, antes de esos tumultos había habido un hecho que cuanto menos era... que era nuevo, es que había una cantidad enorme de drogadictos que venían, y yo había alertado a la comisaría y también a los representantes electos; todo el mundo estaba al tanto, y hay que decir que no se había hecho nada. También había advertido que iba a pasar algo, porque a decir verdad los comercios son cajas de resonancia, uno se entera de muchas cosas. Y además yo tenía, pese a todo, jóvenes que estaban... que venían a menudo para charlar, a verme, y me sucedía cuanto menos... Había vínculos que un poco se habían creado, en primer lugar, porque yo los conocía de los campos de deportes. Así que la verdad es que pese a todo era más fácil dialogar, para... Y yo sabía que había piedras, en fin, adoquines que subían a los edificios, estaban preparando... barricadas [...]. A decir verdad, cuanto menos habrían debido, no sé, reaccionar antes. Era previsible. Sobre eso tuve esta discusión con el prefecto, al parecer había que probarlo... Si no se hace algo con esta juventud, yo digo que se va a armar la guerra. Y no es... entonces estoy a favor de la renovación del barrio, claro está... Con dar una mano

de pintura... en los edificios, etcétera, no se va a resolver el problema. No es cierto. Los problemas persisten. Además, a decir verdad, el barrio empezaba a ser, se volvía agradable, y después mire lo que pasó. Nunca habría pensado que iba a tomar esa magnitud.

[...]

—*Fueron afectados todos los comercios, donde...*

MME. TELLIER: Ah, sí... Pero, en fin, bueno, es cierto que fueron afectados porque tuvo lugar el incendio... Pero, en fin, los comercios más buscados fueron entonces la cervecería –al principio usaron botellas para hacer bombas Molotov, en fin, botellas de alcohol– y mi tienda deportiva, desde luego. Estaba la óptica, ahí también robaron una enormidad, anteojos, y después la tabaquería. Lo mismo con la zapatería, y después, bueno, un hipermercado que fue saqueado... Pero en definitiva, antes de quemar todos los comercios, los saquearon... los destrozaron. Ah, yo puedo decir que en cierto modo hice obra social, los vestí gratis de la cabeza a los pies. Había que verlo, después vendían las cosas a los gritos por el barrio, lo sabían, es una locura. Además noté la provocación en el barrio, porque siempre atiendo las guardias... hay un local puesto a disposición de los comerciantes; así que caigo seguido por el barrio y los jóvenes están ahí... para provocar...

—*Y entonces, ¿pudo volver a conseguir un local?*

MME. TELLIER: Un local provisional no pude, por la buena razón de que, bueno, es un poquito estacional, quiere decir que para pedir artículos deportivos hay que hacerlo con seis meses de anticipación. Los pedidos poco importantes, ve, ahora, se hacen ahora. De modo que no era posible arrancar así como así de la noche a la mañana.

[...]

[*Explica los múltiples trámites que tuvo que hacer en las compañías de seguros para obtener subsidios, y la serie de pericias y contrapericias necesarias para establecer las responsabilidades. Sólo una reinstalación en el mismo barrio autoriza la indemnización.*]

Algunos llamados anónimos

[*Suena el teléfono. La señora Tellier explica que hizo instalar un contestador para protegerse de los llamados anónimos.*]

—*Finalmente, la cosa tiene incidencia, aun en la vida privada.*

MME. TELLIER: Oh, por otra parte ya la tuvo luego de los acontecimientos porque, bueno, desde luego, al ser presidente de los comerciantes de ese comité de defensa, bueno, me vi obligada a hablar por televisión, etcétera. Y justamente había dado a entender que había que hacer algo con los jóvenes, pero dése cuenta de que lo hice un poco voluntariamente, porque también es cierto que en un momento dado un poco hay que dar pruebas de firmeza, hubo un poco de dejadez y eso, si teníamos... Porque los sucesos no se detuvieron, continuaron: autos robados, la provocación en el barrio, la gente armada, y los problemas todavía siguen [...]. Cuando discuto en mi barrio, es muy raro que no me hablen de un fusil... Bueno, sí, hay tensión.

—*¿Y quiénes son? ¿Los jóvenes, los residentes?*

MME. TELLIER: Ah, hay de todo.

—*¿Comerciantes?*

MME. TELLIER: Hay de todos los estratos; sí, hay comerciantes, hay habitantes del barrio. Y últimamente hubo además disparos porque estaban por robar el auto de alguien. Pero la cosa terminará mal... En fin, es crónico. Y aparte las instalaciones municipales, que las desvalijaron. Así que no sé, además, bueno, tuve oportunidad de charlar con agentes que ahora están un poco viejos, a decir verdad están... ya no saben cómo hacer su trabajo; son tipos a quienes van a insultar, tienen órdenes de no intervenir, de no... ¡En nombre de no provocar, se deja hacer! Entonces, hasta dónde van a dejar actuar, ahí está el problema. Pero ahora se insulta muy fácilmente a la policía, ya no hay reacción, ya no hay...

No pueden comprar todas esas hermosas cosas que les muestran

MME. TELLIER: Es por eso que le decía que estaba sola en esa tienda y un barrio difícil, es... había que hacer frente, vigilarlos; bueno, además los jóvenes que venían eran una clientela que buscaba el hurto... Cuantas más palabras, más insultos; agresivos, muy agresivos. Aun cuando no fuera un insulto, ciertamente era... un tono que exigía no... Todo se les debe. Eso es lo difícil para esos jóvenes: no pueden, es la sociedad de consumo, no pueden comprar todas esas hermosas cosas que les muestran; pero últimamente, antes de que la cosa explotara, venían a robarme delante de mis propias narices, y antes por lo menos lo hacían disimuladamente, trataban, bueno, pesqué a algunos. Me habían sacado zapatos que estaban exhibidos; había uno solo, así que no me había dado cuenta porque, ¡bonita idea la de irse con un solo zapato y no con el par! Salían y volvían, y ahí miraban entonces en las cajas. Buscaban en las cajas el

compañero del que estaba exhibido, cerca del escaparate. También por eso hubo cruces de palabras, "Pero finalmente uno no tiene derecho a mirar", en fin, para resumir, etcétera. Y después, en el momento de irse, se fue con el zapato; yo estaba delante de la puerta, me empujó y cuando se fue miré el escaparate y entendí por qué buscaba decididamente un solo zapato; en el escaparate ya no estaba el otro, así que fue muy... Y aparte es cierto, tener que estar siempre alerta, siempre... uno siempre se preguntaba...

—¿No había absolutamente ningún descanso?

Mme. Tellier: No. No, no. Y eso sin hablar de las noches, yo ya no dormía. Dos de las veces que entraron en el negocio fue a las dos de la mañana y a uno le hace un efecto raro cuando la sociedad de vigilancia le avisa: "Vaya rápido a su tienda que están rompiendo todo".

—Hay una sociedad de vigilancia común en...

Mme. Tellier: Sí, yo tenía una conexión. Una conexión directamente con la comisaría; así que cuando llegaba al lugar, la policía ya estaba ahí, y los chicos me...

—Es un poco inquietante...

Mme. Tellier: Sí, ya no tenía descanso; pensaba sin parar en ese negocio. Bueno, además es cierto que no puede decirse que fuera la panacea; las cifras de ventas eran bastante bajas... Así que finalmente este año pasé...

—¿Más difícil que una instalación, si se hubiese ido a otra parte?

Mme. Tellier: Ah, sí, sin duda.

Es una miseria oculta

Mme. Tellier: En el 1967, cuando llegamos, la ZUP todavía no estaba construida, no eran más que terrenos baldíos, terrenos baldíos lejos de la gran ciudad... Eran casi huertas, en fin, se oía... me acuerdo de que cuando volvía del entrenamiento oía a las ranas: verdaderamente era el campo. Pero todavía es muy hortícola, en fin, todavía hay muchos agricultores, todavía tenemos una zona... hay 150 hectáreas de zona hortícola [...]. Había problemas, en fin, todo lo que puede generar una ZUP. El poder adquisitivo, la desocupación, etcétera, la crisis, no arreglaron las cosas. Uno no ve la miseria, hay que entrar en las HLM, en los departamentos; hay que ver cómo vive la gente. Como representante electa, yo tuve la oportunidad, digamos...

—¿De ir a casa de unos y de otros?

Mme. Tellier: Sí, y me opuse a los embargos, etcétera, había que ver qué había adentro; apenas una mesa y un colchón en el piso. Es más como las villas de emergencia que conocíamos de antes, aunque ocultas; es una miseria que está oculta. Vuelvo a verlo, tuve la oportunidad de ver, bueno, había una mesa que además tenía una pata rota, sillas que se bamboleaban y aparte un calentador, no sé. Con latas de conserva sobre la mesa... No, la verdad es que eso no se ve, de las villas de emergencia sabíamos, pero hay algunos edificios...

—Y, además, seguramente mucha gente que vive con salarios muy bajos, debe de ser la mayoría, pero también con el RMI, cosas así.

Mme. Tellier: Se da cuenta, a los jóvenes les proponían el TUC a... el TUC a 1.900 francos por mes, el RMI, que ahora debe de estar en los dos mil francos; ¿qué quiere hacer con eso? Ni siquiera alcanza para pagar el alquiler. No, por eso es que verdaderamente hacen falta estudios y es cierto que hay que renovar, es cierto que... Pero si no lo atacan, si no atacan el mal en la raíz, es como poner parches. No se arreglará nada, no se arreglará absolutamente nada. Mientras el poder adquisitivo de la gente sea menos que lastimoso, mientras los jóvenes no tengan más perspectivas, será dramático... para los jóvenes, ¿se da cuenta? No pueden comprometerse, casarse, no saben si van a tener una ocupación, no, eso... Me hicieron entender que era utópico, cuando yo pedía que ahora, bueno, la gente tuviese... derecho al trabajo, a la vivienda, etcétera, bueno, no querían entenderlo. Siguen cerrando empresas, lo ve claramente, prende la radio y hay no sé cuántos despidos en Air France o ya no sé dónde, siguen cerrando empresas; cómo quiere que las familias puedan vivir decentemente, en fin, es forzoso que cuando hay problemas de dinero todo se descomponga, todo se deteriore. Y aparte, bueno, también está la escuela, ¿los contenidos, los programas escolares están bien adaptados a lo que hoy esperan los jóvenes, están...? Mi hija menor me dice: "Mamá, me alientas a que estudie, pero bueno, voy a ir a anotarme a la ANPE"... Ahí me dijo: "Voy a tratar de conseguir el DEUG* y después veré"; bueno, no quiere pasar cuatro años sabiendo perfectamente que no tendrá una salida... Me acuerdo de cuando me eligieron, me enfermaba... Cuántos jóvenes atendía todo el tiempo, que se vendían a cualquier precio, que estaban dispuestos a barrer los estadios, que me pedían un empleo, un empleo municipal, tenían títulos y

*. *Diplôme d'études universitaires générales*, diploma de estudios universitarios generales, título intermedio que se otorga luego de dos años de estudio en la universidad. Se lo conoce también como "*bac* (bachillerato) más dos" (n. del t.).

aspiraban a cuidar el estadio o barrer el gimnasio, es una locura. Eso era todo lo que había para proponerles a esos jóvenes, y además ni siquiera podía contratarlos porque ni le digo los pedidos de contratación...

[...]

[*Evoca su experiencia municipal, especie de formación en la práctica –"No hay escuela para ser elegida, eh"–, y la incomodidad en que la coloca su "vida política": "Me resultaría difícil encontrar un empleo, estoy marcada con rojo".*]

Verdaderamente estoy a oscuras

—Después de la asignación de créditos, cuando las cosas estén arregladas, ¿tiene la intención de instalar la tienda, pero en otra parte?

Mme. Tellier: No, no seguiré en el comercio.

[...]

—¿A su futuro, de hecho, lo ve vago?

Mme. Tellier: ¡Oh, oh, más que vago! Más que vago, verdaderamente estoy a oscuras.

—Salvo que decidió no retomar, pese a todo, aunque lo haga porque es necesario por los subsidios; ¿tiene en realidad la idea de que el comercio no es la solución para usted? ¿Es una experiencia menos enriquecedora que, por ejemplo, la de ser representante electa...?

Mme. Tellier: ¡Ah sí! Pero siempre es igual, quién me dice que... Bueno, por el momento me oriento hacia ese medio, quiere decir que al comercio no volveré; pero si no encuentro otra cosa... Automáticamente quedaré atrapada, no tendré opción. Un poco estoy en un punto en que ya no puedo elegir, no sé [...] cuando tampoco se tiene un bagaje universitario, hay que trabajar dos veces más, no sé... Yo no tenía cultura...

—Sí; si no le entiendo mal, tuvo que pelear un poco en todos los planos...

Mme. Tellier: Eso es, definitivamente.

Marzo de 1991

La rehabilitación

Gabrielle Balazs

El señor Hocine es uno de los inquilinos más antiguos de la urbanización. El edificio en que vive, cercano a unos comercios que ardieron, tuvo que ser evacuado, tras lo cual lo repintaron. Nuestro hombre llegó a la región en los años setenta. Obrero calificado de los ferrocarriles tunecinos e hijo de ferroviario, fue maquinista durante unos diez años antes de emigrar a Francia y aceptar un empleo de obrero no calificado en la línea de montaje de una empresa fabricante de camiones. Al no obtener la calificación a la que podía aspirar con un CAP de ajustador y montador y un año de dibujo industrial, renunció a esa empresa y encontró, gracias a un amigo tunecino, un empleo de supervisor de máquinas en una compañía química. En ese momento dejó el hogar para inmigrantes donde residía y fue a instalarse en la urbanización.

En esa época, conseguir una vivienda en esta urbanización le pareció un milagro. Debía a sus relaciones –el presidente honorario del club de fútbol donde se entrenaba– la obtención del departamento que cambiaría su vida: iba a poder casarse y traer a su esposa, una maestra tunecina (con tres hijos, le asignarían una vivienda un poco más grande).

Durante los años ochenta, a causa de que los inquilinos recientes son relativamente inestables y a menudo desocupados, la urbanización se deteriora; las "familias con problemas", al introducir la droga en el barrio también introducen la violencia y la vigilancia policial... La señora Hocine mantiene a sus hijos en la casa para protegerlos de las violencias del barrio; desearía mudarse a un lugar "más tranquilo", pero su marido se opone. Traicionar la solidaridad sería traicionarse a sí mismo, por eso el señor Hocine se embarca en la transformación del lugar. Emprende entonces una paciente defensa de los locatarios. Controla el mantenimiento y las expensas de la sociedad de HLM (durante la entrevista muestra sus registros detallados, facturas excesivas de bombillas eléctricas, de agua...) y presta asistencia a los inquilinos en todos sus trámites (interrumpirá la entrevista para explicarle a una vecina anciana y desamparada que vino a consultarlo, cómo arreglar un problema con la sociedad de HLM). Lo que intenta defender es, sobre todo, la buena imagen de la urbanización, contra la imagen de gueto que tiende a imponerse. Durante la entrevista nos mostrará el legajo de prensa que armó desde los acontecimientos. Hizo un cuidadoso análisis de éstos y conserva como algo invalorable su correspondencia con un canal de televisión, en la que protesta contra la manera en que se refirieron a los habitantes de la urbanización. Nos dará para leer la carta que escribió al periodista, conductor de un programa, y la respuesta que recibió de él. Ya se trate del pago de una simple factura, la rehabilitación de la urbanización, la suerte de cada uno de los inquilinos o las relaciones con la alcaldía comunista –a la que apoya– y con los medios, se erige en portavoz de una identidad obrera amenazada. Más allá del mantenimiento de la urbanización y su buen aspecto, es evidente que para él también se trata de militar por un

civismo perdido. Su antigüedad en el lugar, su calificación obrera, su actitud desinteresada (la sociedad de HLM intentó "comprarlo" ofreciéndole una vivienda mejor en otra parte) hacen de él un militante irreprochable.

Al luchar en todos los frentes, en la urbanización para rehabilitar la imagen del barrio, en su trabajo para defender su dignidad (renunció bruscamente a su empleo luego de una pelea con un compañero que se había mostrado racista), en su vida privada al sacrificarse por su familia, en la que impera la armonía y una educación estricta (su esposa asistirá a una parte de la entrevista y los hijos vendrán por un momento al salón, dando muestras de un respeto silencioso y atento hacia su padre mientras éste habla), lo que siempre desea mantener o restaurar es una imagen de sí mismo.

La apuesta de esta empresa voluntarista de reeducación de los habitantes de la urbanización es restablecer la imagen de un grupo obrero más solidario, como el que había conocido a fines de los años sesenta en un gran centro industrial, y, con ello, rehabilitar la de los inmigrantes en Francia que, según él, deben ser irreprochables e incluso ejemplares.

Con un locatario de HLM

Entrevista de Gabrielle Balazs

"No fuimos nosotros los que creamos ese gueto"

—Ustedes fueron los primeros en llegar aquí, por eso se conocen mejor...

M. Hocine: Sí, los primeros. Había un buen ambiente [...]. "Tienes un problema, estoy contigo", ¿se da cuenta?

—¿Todo el mundo se hacía favores así?

M. Hocine: Eso es; todo el mundo se hacía favores. Y después, bueno, no sé qué pasó; se empezaron a ir los franceses y metían árabes, es decir, de mi raza, de mi raza, y espere, vamos a volver a eso, al caso de los guetos, porque no somos nosotros; no somos nosotros los que creamos los guetos. En primer lugar es el gobierno, la prefectura, la sociedad que nos aloja, y en cuanto a la alcaldía, yo discutí con el alcalde [*comunista*]; no es él, la cosa no viene de ahí, viene de la sociedad.

—¿Los franceses empezaron a irse más adelante?

M. Hocine: A irse, sí, a irse. Hay inmigrantes, árabes, que prefirieron comprar y francamente no sé, si hubiera sabido... porque escúcheme, el futuro no se puede prever; si yo lo preveo, si preveo que mañana me voy a morir, ¿para qué sirve batallar o trabajar o hacer esto o...? No. No, yo dije: "Voy a quedarme otros cinco años aquí y después volveré a casa". De otra forma, hubiera tenido que comprar como los demás.

—¿Compraron? ¿Los que se fueron lo hacían para comprar casas, departamentos...?

M. Hocine: Para comprar *chalets. Chalets.* Y empezaron a irse, a irse, ¡paf! Los reemplazaron por compatriotas, después asiáticos, después vietnamitas. La cosa ya empieza a... pudrir. Ya no es lo mismo, ya no es lo mismo...

—¿Ya no había el mismo espíritu entre ustedes, la misma solidaridad?

M. Hocine: El mismo espíritu entre nosotros, y cada uno se queda en su casa, es decir, que aun cuando oigamos algo, no, prefiero... no volver a meterme en sus asuntos.

[*Llega una vecina anciana que viene a pedirle consejo al representante de los inquilinos.*]

Los antiguos inquilinos se fueron

—Usted dijo que el público cambió...

M. Hocine: Cambió decididamente; los viejos se fueron, ahora hay nuevos. No se puede hacer rápidamente amistad con ellos, hay que conocerlos y todo eso [...]. Cuando llegaron, tratamos. Pero hay gente que no quiere hablar con nadie. Y antes de los trabajos de rehabilitación se comprobó que había mucha suciedad; que tiran bolsas de basura desde el octavo piso, el séptimo, el sexto; decidimos intervenir, pero llegamos como quien no quiere la cosa: "Por favor, vean, vivimos en un barrio habitable y limpio donde tienen a su disposición un recipiente, un trasto de basura justo en el palier en que también están ustedes... ahí donde pueden tirar los residuos", pero... no quieren entender, y en ese momento empezaron los trabajos de rehabilitación. El vecino me dijo: "Vamos a hacer un comité"; yo le contesté que sí.

—Ah, de acuerdo; de ahí surgió el comité de inquilinos...

M. Hocine: Sí, porque nos manipularon verdaderamente bien. En algunas familias que son numerosas, pagan el excedente de agua caliente y agua fría de cuatro mil a cinco mil francos.

—¿En esa época a cuánto estaban los alquileres? ¿Eran razonables?

M. Hocine: Era razonable, sí, sobre todo, bueno, con las asignaciones y todo eso, antes, antes de las obras de rehabilitación, pagábamos 570 francos de alquiler... Y las expensas un poco más, son unos cuatro mil y pico. Nos tragaron totalmente y una vez pretendieron que estaba bien lo que nos pusieron en las expensas, que en las tres calles interiores gastamos quinientas bombillas eléctricas, ¿se da cuenta? Nos cargaron con quinientas bombillas por año. Hay 94 habitantes [...]. En ese momento yo dije: "El único medio es hacer el comité de inquilinos". Le aseguro que antes no quería tener esos

problemas; les dije: "Hagan el comité, estoy con ustedes, les daré una mano". Se invitó a los inquilinos, a la CNL,* vinieron bastantes personas. Y yo no lo esperaba, en ese punto, se lo aseguro... ¿Qué hicieron? Salí, no sé, había una señora a la que quería abrirle la puerta, ¿y qué hicieron? Lo arreglaron entre ellos y bueno, ¡paf! "Vamos a poner al señor Hocine [*en el comité*]." Cuando volví me dijeron: "Ya está, señor Hocine, formamos el comité y bueno, usted lo integra...", pero yo les contesté: "No, no estoy de acuerdo"; les dije: "Escúchenme, ya no estoy en esas cosas; y segundo, no tengo tiempo para hacer ese trabajo; si quieren una mano, ahí voy a estar, les daré una mano, pero no puedo... no quiero que me propongan ese puesto, ¡no puedo, no puedo quedarme!". Insistieron, incluso la CNL insistió y me dijeron que era el único que podía hacer ese trabajo.

MME. HOCINE: Pero para los gastos de la sociedad es normal porque hay roturas, cosas quemadas por los chicos... Hay chicos que juegan, que... que juegan con las cosas, rompen las bombillas y [...]. También hay gastos. No hay que decir, pese a todo...

M. HOCINE: Sí, hay gastos, pero siempre ganan ellos...

—¿Después de ese período, aumentaron los alquileres?

M. HOCINE: Nos aumentaron antes de que entrara en vigor la APL [*asignación*] y de que terminaran las obras. [...] Hicimos un petitorio, porque creamos el comité y todo; como le expliqué, están el comité, el presidente, el vicepresidente, la secretaria, la secretaria adjunta, el tesorero, etcétera; éramos ocho personas, y actualmente nos encontramos con dos. Pero pese a eso nuestro trabajo se cumple.

—Y los demás que estaban con ustedes se desanimaron...

M. HOCINE: Sí, es demasiado trabajo, demasiado deslomarse; vea, además de eso hay poco entendimiento entre los inquilinos y todo; entonces, bueno, digo en seguida, el que quiere trabajar que trabaje, si no quiere, escúcheme... yo no puedo...

—¿Y la falta de entendimiento entre los inquilinos surgió...?

M. HOCINE: Desde que llegaron los nuevos inquilinos y hubo ese aumento. Y bueno, en ese momento hicieron las obras de rehabilitación, vinieron a verme, porque hay gente que merece que les reconstruyan el departamento, así que tuve que intervenir. Reconstruyeron todo. Vinieron a verme: "Señor Hocine, escuche, vamos a arreglarle algo, los umbrales y todo eso". "No, no lo necesito, háganselo a los que lo necesiten, yo aquí, en casa, estoy bien", aunque hay agujeritos y todo eso; porque cuando entré era decididamente un asco, y todo, el papel y la pintura, soy yo... el que lo hizo todo. Querían arreglármelo, les dije: "No hace falta, hagan lo necesario como en el caso de los demás; bueno, aquí están las puertas, con un cristal hermoso; si levantan la alfombra y la reemplazan por un... por las otras baldosas, háganlo. Para todo el mundo. A quienes lo merezcan, arréglenles el departamento, porque hay algunos que están decididamente destruidos; el tabique está verdaderamente por el suelo. Tienen que hacerlo, pero a mí no. Yo estoy bien aquí". Y controlo. Hicieron las puertas: un convenio entre el gobierno y las sociedades HLM; por el costo de las puertas "Sans-souci" nos cargaron cuatro mil francos en vez de 2.375.

—¿Qué puertas son?

M. HOCINE: Puertas blindadas [...]. Intervine, me cabreé y hasta llegué lejos. En definitiva, volvieron... [...] Después me di cuenta de que hay un acuerdo entre la sociedad y la Dirección Departamental de Equipamiento (DDE). Hablé con el alcalde y la CNL, les dije: "Escuchen, ya no vale la pena que me rompa la cabeza, estoy harto", y es por eso que el alcalde [*comunista*] me dijo: "No, vamos, Hocine, si hay un problema yo te respaldo"; fue él quien me dio otra vez ánimos. Y cuando llegaron los otros, los franceses ya empezaban a irse; vea, la señora [*que entró*] se va a ir pronto...

—Es así, sí, un ejemplo; sin embargo, hace tiempo que está aquí, en fin, desde 1982...

M. HOCINE: Si hago subir a una abuela, una vieja que creo que tiene 87 años, está aquí desde la creación de la... y bueno, le puedo certificar, si quiere la traigo y se lo va a decir. En cuanto a mí, como le expliqué, soy sensible, porque no se vive más que una sola vez en la tierra, siempre hay que hacer [...], no es porque es francesa; aunque fuera árabe, aunque fuera judía, haría lo mismo. Se enfermó, y aunque tiene hijas y sus chicos, no viene nadie a verla. Soy yo el que a la mañana, antes de ir a trabajar, subo a verla porque ella me da las llaves; subo a verla, estaba enferma, le preparo el desayuno, se lo doy en la cama, le doy sus píldoras, sus remedios, y vuelvo a agarrar la llave, cierro, tomo la llave y se la doy a mi esposa, que sube a las ocho de la mañana a verla. Y ella está ahí, puede subir para que se lo cuente, señora, está ahí y hasta ahora...

*. *Confédération nationale des locataires*, Confederación Nacional de Inquilinos (n. del t.).

—¡Es una señora... que vive sola aquí desde el comienzo de las HLM!

M. Hocine: Sí, antes la pobre vivía... pero el marido falleció; decididamente está sola por completo. Por eso quiero decirle, porque, escúcheme, hoy estamos aquí, mañana puede ser... que ya no estemos. Pero ella se lo puede contar, había una buena armonía con los viejos, pero con los nuevos no [...].

Ya no es como antes

—Y entre las personas que se van, usted dice que son los franceses quienes se fueron, como la señora que vino hace un momento, que encontró vivienda en otra parte. ¿La gente trata de irse?

M. Hocine: Sí, tratan de irse porque ya no es como antes. Le digo que actualmente cada uno... está encerrado en sí mismo, porque se ven tantas maldades, es decir, uno ve a alguien rompiendo o ensuciando y no se atreve a meterse [...]. Desde que hay una familia, allá, bueno, no es una... son dos, tres familias que ensuciaron a los 94 inquilinos. Intervinimos, yo mismo fui a verlas, volví a casa y les di una lección de moral: "Además de sus padres, nosotros los vimos nacer, ¿por qué hacen esas cosas? ¿Quieren hacerlas? No los privo. Pero háganlas lejos, háganlas lejos". A la una, dos de la mañana, se oye "Tu-tu-tu"; tocan la bocina por todas partes, pero es una cita por drogas, aquí.

—¿Molesta a todo el mundo?

M. Hocine: Desde luego, molesta a todo el mundo, ¡claro que molesta a todo el mundo! Escúcheme, usted está en su casa..., pero hay que comprender que un día, un amigo que viene a verla, cuando entra, ¿qué dicen? Dicen esto no es frecuentado más que por árabes, ¿qué dicen? Entran, encuentran –perdón por la palabra– pelotudeces, o... "¡Mira cómo son los árabes!".

—¿Lo cual desacredita a todo el mundo?

M. Hocine: Eso es, sí, porque no se da cuenta [...], va a arrastrar a todo el mundo, va a decir: "Son todos iguales", ¿ve? Y probamos de todo, se da cuenta, probamos de todo... Y en ese momento dije, al fin y al cabo... hace falta que grite un poco. Me comprometí. Fui a ver a los padres. Fui a decirles que era asunto de ellos, les dije: "Escuchen, hagan algo; si ustedes... ustedes, los padres, no logran reaccionar, ¿quién va a hacerlo?". No es normal. Sé que tengo tres chicos, cuando me traen algo valioso, les pregunto: "¿De dónde sacaste esto?". Les digo a los padres que no dicen absolutamente nada, que ni siquiera reaccionan: "Bueno, hagan algo, tienen chicos, hay que educarlos, no hay que dejarlos así, hay que vigilarlos, darles una buena educación". Un padre me dijo: "Vea, pero ahora, usted sabe, la nueva generación...", y yo le contesté: "No, no es la nueva generación" y "No les echo la culpa a los chicos, nunca les echo la culpa a los niños sino a ustedes, a ustedes. Ustedes son los únicos responsables, porque si al principio los hubieran tenido cortitos, a medida que crecieran habrían podido soltarlos, soltarlos un poco, si al principio los hubieran tenido bien cortitos, ellos sabrían cómo conducirse en la vida". Hay padres que, bueno, eran comprensivos, y otras personas que me dijeron: "Escuche, eso no es cosa suya, es...", ¿se da cuenta?, ya ve dónde está el problema... Quiero decir que a fuerza de... lo que quiero decir es que no fuimos nosotros, los árabes, los que creamos ese gueto. No fuimos nosotros los que lo creamos, fue la sociedad, y no quiero echarle la culpa a la prefectura porque aquí tienen un tanto por ciento de los departamentos y la alcaldía tiene otro porcentaje. ¿Qué quería la sociedad? Lo esencial es que entre plata. Cuando estaba en mi país, en Túnez, antes de alojar a alguien nos informábamos sobre él, no se lo puede llevar así como así, hay que informarse; como ya lo expliqué unas cuantas veces en las reuniones, les dije: "Escuchen, cuando van a alojar a alguien, no estoy en contra, no digo que no lo alojen, al contrario, yo estoy en una situación como la de ellos, soy de la clase obrera, pero al menos infórmense, nosotros ya tenemos bastantes problemas" [...]. Todos esos franceses que en su mayoría se van, ¿y qué es lo que meten ustedes a cambio?, meten árabes; y son ustedes los que crearon ese gueto. Y después dicen: "La urbanización es un gueto". No es un gueto, son ustedes los que lo crearon con sus propias manos. No hay que echarles la culpa a los árabes, porque los árabes pueden vivir juntos, podremos vivir; son ustedes los que lo crearon; y cada vez que hay un incidente, "Son los árabes". Yo digo: "¡Aun con una cosita así, en el diario escribirán: 'Un magrebí'; 'un magrebí'! Pero cuando el que lo hace es un francés o un europeo, ¡no!". Y sin embargo Francia, Francia es un país... es un país democrático, se puede hablar, hablar, es decir, con franqueza. Y no obstante le digo, yo ya estuve a punto de tener problemas con un... hasta con la prensa y todo. Con toda sinceridad, no querían, no querían, es decir...

—¿No querían escuchar?

M. Hocine: Eso es, no querían escuchar. Y pese a eso seguimos aquí, estamos defendiendo a los inquilinos, defendiendo a los que plantean... es decir, a los que hablan de un problema con los inmigrantes, porque los

inmigrantes, escuche bien, los inmigrantes no son los españoles, no son los portugueses, no son los turcos, no son... ¡Los inmigrantes son los magrebíes, los tunecinos, los argelinos, los marroquíes! Porque una vez, últimamente, en la reunión del consejo de los barrios, había un tipo de la UDF* que dijo: "Sí, los inmigrantes...", y yo le contesté, "Señor, los inmigrantes, pero antes de mencionar esa palabra... ¿quiénes son actualmente los inmigrantes? ¿A quién se refiere, dígame, a quién se refiere?" [...] Estuvimos a punto de agarrarnos delante del alcalde y todo. Al final, le dije: "Escúcheme, se lo digo: la próxima vez, cuando estemos en reunión, mida sus palabras, no hay que emplear más la palabra 'inmigrantes'". Después, cuando nos levantamos de la mesa, vino: "Señor Hocine, discúlpeme...", y yo le contesté: "No hay disculpas, para eso no hay disculpas. Discutimos en la mesa redonda. Ahora si lo he visto no me acuerdo, usted ni siquiera me conoce". Hay muchas veces en que verdaderamente me agarro con ellos.

Cuando oigo "inmigrantes"... ya no me puedo contener

—Sí, muchas veces en que se peleó con los...

M. HOCINE: ¡Sí, pero del mismo modo, escuche, le aseguro que es porque me afecta! Argelino, tunecino o marroquí, no es más que un árabe, no es más que un inmigrante como yo; antes, porque tenían necesidad de ellos, los trajeron desde su país, y ahora que les construyeron su Francia, que ustedes rehicieron a Francia, ¿ahora ya no los necesitan? Hay que ser lógico. Y me disculpo, señora, si la... no es que quiera incomodarla, pero es mi franqueza, soy así. Soy así. No me atrevo, en las reuniones, algunas veces, oigo "inmigrantes" y ya está, ya no me puedo contener. ¿Qué tengo yo más que usted o usted más que yo? Señora, todos somos seres humanos. En la vida de hoy tenemos que ayudarnos unos a otros; de todas maneras hay una crisis muy dura, ves, el rico puede ayudar al pobre, el de posición modesta puede ayudar al pobre, etcétera.

[*Hace comentarios sobre la situación en el Tercer Mundo y la guerra del Golfo.*]

—Cuando estaba la señora por el problema de su vivienda, usted decía que la sociedad habitacional de aquí les había propuesto irse; ¿les dio otras viviendas y no quisieron irse?

M. HOCINE: No quise irme, no quise irme; porque estoy aquí desde 1972, mis chicos nacieron aquí y eso sería... como estar de nuevo en el extranjero.

—Sí, así es, en otra parte tendría que volver a empezar desde cero.

MME. HOCINE: Personalmente, yo quiero mudarme.

M. HOCINE: Ella quería mudarse, pero yo...

—¿Adónde querría ir?

MME. HOCINE: A algún lugar que sea tranquilo. Eso es lo que buscaba. Busco algo que sea tranquilo, verdaderamente...

—¿Aquí está molesta?

MME. HOCINE: No es que estemos molestos, pero ahora está todo mezclado, yo no soy racista pero es demasiado, es demasiado... no es como antes. Todos los vecinos de antes... se mudaron y todo eso, así que ya no estamos tranquilos, como este año, nos fuimos a Túnez y trataron de trepar por las paredes [...].

—¿No está tranquila?

MME. HOCINE: No, y mis chicos no salen nunca, están todo el tiempo en casa, nunca salen...

M. HOCINE: Es cierto, porque incluso yo no quiero que tengan mucho trato.

—¿Pero hacen actividades afuera?

M. HOCINE: Sí, hay actividades... no sé... Pueden irse, bueno, se fueron una vez de vacaciones a la nieve un miércoles. Pero cuando los dejamos salir, automáticamente están obligados a frecuentar a sus amigos.

—Sí, ¿y es eso lo que usted no quiere?

M. HOCINE: Trato, no es que no quiera, trato porque hace falta la educación; la primera de las cosas es la educación, hay que decirles claramente a los chicos: "Esto y esto no hay que hacerlo; aunque se lo hagan a ustedes, no hay que hacerlo... no hay que responderle, hay que hacer...". Entonces se les hace entender; pero a fuerza de dejarlos, todos los días durante las vacaciones, a fuerza de dejarlos salir y tener trato, a fin de cuentas, ¿qué pasa? En su opinión, ¿qué pasa? Reciben influencias. Y a veces les digo que bajen un poco... Son ellos los que me dicen que no. Son ellos los que me dicen que no porque, mire, no les falta nada. Tienen de todo.

MME. HOCINE: Últimamente [*mientras señala a uno de los hijos*] quiso una computadora y se la compramos.

M. HOCINE: Sí, tiene todo.

MME. HOCINE: [*Sonríe.*] Los chiquitos tienen sus juguetes.

*. *Union pour la démocracie française*, Unión por la Democracia Francesa, partido centrista (n. del t.).

Mi único éxito son los estudios de mis hijos

—¿En qué escuela están?

MME. HOCINE: Hay dos que están en el colegio: el más chico en sexto, el grande en cuarto. Y el chico está enfrente. Cuando sale, lo vigilo desde el balcón hasta que entra, hasta que está en la escuela, lo vigilo y cuando entra [...].

—¿Ya sabe qué van a hacer después del colegio, después de tercero?

MME. HOCINE: Bueno, van a seguir. El grande quiere ser piloto, no sé si va a aguantar, y el segundo todavía no tiene idea, sigue estudiando...

—¿Después del colegio quiere ir al liceo?

MME. HOCINE: Al liceo, sí. Desde luego.

M. HOCINE: Al liceo. Y sin embargo tenemos compatriotas que están bien; justo enfrente hay una familia, la hija está en segundo año...

MME. HOCINE: De la facultad, además es ya su segundo año...

M. HOCINE: Su segundo año. Tengo otro compatriota en [...], es su tercer año de facultad.

—Sí, tienen buenos estudios...

M. HOCINE: Sí, buenos estudios, buenos estudios...

MME. HOCINE: Sí, están bien... Están tranquilos, sí... Hay seis o siete familias de tunecinos...

M. HOCINE: Aquí no somos muchos; somos seis familias, seis familias tunecinas, hay un buen entendimiento entre nosotros, ya ve. Además hay argelinos, bueno, hay armonía pero siempre existe un poco de desconfianza, ¿se da cuenta?

MME. HOCINE: No tenemos el mismo carácter. No es racismo... No es racismo, pero no tenemos el mismo... No sé... [*silencio*].

M. HOCINE: Si mi chico hace algo y usted lo ve, quiero que venga a decírmelo. Pero si yo veo al chico de alguien... que hace una estupidez y voy a contarle, me dice: "¡No, mi hijo es un santo!". Así que no quiero meterme en esos problemas, quiero que mis hijos estén conmigo, estén... bueno, sé con quiénes juegan y quiero [...] le digo: "Escucha, no me importan tus compañías, fuera de la casa no me importa; pero cuidado, desconfía, los compañeros y compañeras... cuando cruzas el umbral de la casa no hay compañero ni compañera, yo no conozco a nadie. Afuera eliges a tus amigos, ya eres grande, no tienes muchos triunfos en la mano, eliges a tus amigos y después puedes seleccionar".

[...]

Estoy trabajando, me privo, ella se priva. Ellos no. No se privan. Les digo: "Dar para recibir, para mí el único éxito es que les vaya bien en los estudios, eso es todo; no quiero nada de ustedes; no quiero nada porque cuando sean grandes me van a... No, no quiero nada en absoluto. No, cuando sean grandes se las van a arreglar, cuando tengan su futuro van a fundar un hogar como yo, etcétera, pero no quiero nada de ustedes, lo único... es que les vaya bien en los estudios", les digo, "porque ahora no me importa, con mi pequeña jubilación puedo vivir, pero ustedes –les digo–, su futuro, todavía son jóvenes, tienen la vida por delante, hay que tratar de... porque ya no son los años cuarenta, cincuenta; ya no es igual, ya no es igual".

[...]

Cuando aquí sucedió el incidente, el problema no fueron los jóvenes de acá. Eran los jóvenes que querían sabotear al alcalde [...]. Después nos enteramos de que estaba el Frente Nacional y todo eso, ¿se da cuenta?, la extrema derecha, y querían sabotearlo al pobre... Yo sorprendí a tres europeos con una cámara, pero era una cámara justo en la esquina de aquí, cuando sucedieron los destrozos y todo eso; sorprendí a tres que alentaban a los jóvenes para que fueran a quemar el supermercado. Los tenía a tres metros...

MME. HOCINE: Los periodistas, ¿qué quieren? Quieren escándalos y cosas así; bueno, entonces eso forma parte de su trabajo.

M. HOCINE: Así que es un golpe preparado, un golpe preparado.

[*Interrupción debida a la visita de una vecina y breve discusión sobre las vacaciones de los hijos y la educación.*]

—Una vez que ellos empezaron la escuela, ¿ustedes ya no pensaron en ir a trabajar a Túnez o cosas así?

M. HOCINE: No.

—Ahora piensan quedarse aquí.

M. HOCINE: Quedarse aquí porque, mire, actualmente tengo 50 años, y rehacer la vida allá es... ¿se da cuenta?... Tengo chicos; antes era soltero, me importaba un comino, pero ahora, como tengo una responsabilidad, es preciso que siga hasta el final. Quiero decir, hacer sacrificios. ¿Para quién? No es para mí [...] para ellos. Porque yo soy el único responsable. Porque ni el gobierno es responsable de ellos; soy yo, el primero, soy yo, el [...] soy yo. Así que sacrifico todo por ellos. Y cuando sean adultos, en ese momento harán lo mismo, pero a veces charlamos en la mesa, y les digo: "Escúchenme, ahora ustedes no hacen lo que yo hago porque, ¿se dan cuenta?, a mí me mandan; ¿ven?, cuando me despierto a la mañana,

cuando vuelvo a la noche, eh, no quisiera que los manden como a mí; deberán conseguirlo; hagan lo necesario porque tienen tiempo"; al menos saben que "no les falta absolutamente nada porque a mí puede ser que me falte un poco, pero actualmente a ustedes no les falta absolutamente nada, tienen todo a su alcance; traten de que los demás no los manden".

—*No quiere que tengan la misma clase de trabajo que usted, en el que le dan...*

M. HOCINE: ...ahí tiene, órdenes.

[*M. Hocine cuenta el incidente racista en la fábrica, que lo llevó a renunciar al puesto de obrero que ocupaba desde hacía diez años para trabajar como temporario, lo que le permite evitar el cara a cara permanente con sus compañeros. La sociedad de personal temporario le ofrece un empleo en otra ciudad.*]

—*¿Prefiere quedarse aquí?*

M. HOCINE: Quedarme aquí. Me acostumbré mucho a este lugar. Pero, señora, los racistas dicen que Francia es para los franceses. ¿Pero nosotros qué somos? ¿Antes qué éramos? Vivíamos con los franceses, habitábamos con los franceses, íbamos a la escuela con los franceses, éramos vecinos. Y yo, personalmente, jamás me fui, jamás renegué de Francia. Francia es mi segunda patria. Vea, le estoy agradecido. Desearía de todo corazón, verdaderamente querría que algún día, además, nos sentáramos así y después discutiéramos. Porque el nivel de instrucción de ellos es más alto que el mío, pero puedo enfrentarlos, puedo decirles lo que pienso; se lo puedo decir. Pero para lograrlo, es muy difícil.

[*M. Hocine denuncia la falta de fidelidad de los periodistas de televisión con respecto a sus compromisos para con los habitantes de la urbanización: no satisfechos con realizar su reportaje excluyendo a los residentes del barrio, pese a que éstos estaban de acuerdo en participar en él, finalmente redujeron a siete minutos un programa cuya duración prevista era de una hora y al mismo tiempo les dieron un espacio menos que modesto al final de otra emisión dedicada a los liceístas.*]

Todo lo que dicen sobre los suburbios

M. HOCINE: Habitualmente uno piensa en los jóvenes, es normal. Pero en realidad hay que pensar en una ciudad entera, todo un suburbio... Los jóvenes todavía tienen tiempo. Pero visto que él se molestó y vino, fue él mismo el que nos propuso... algunas veces, personas que tienen otras ocupaciones renunciaron a ellas para venir a verlo. Y en resumidas cuentas, mírelo... Yo le digo: lo agarré, así como estamos aquí usted y yo, y le dije de todo. Le dije: "Ustedes... informan a la gente, Francia, toda Francia, casi el mundo entero los escucha; y se atreven a decir que es una ciudad-dormitorio; yo le pregunto: ¿qué es una ciudad-dormitorio? Un gueto ciudad-dormitorio...".

—*¿Qué es eso?*

M. HOCINE: Qué es eso, exactamente, es lo que le dije. "¿Qué es eso?". Pero él me contestó: "Señor, lo escuché de los otros colegas", y yo: "Pero no, escuche, yo lo vi, lo escuché, usted fue el primero en decirlo", porque en el momento de los incidentes todavía no lo habían dicho. "Fue usted el que pronunció esas palabras, un gueto ciudad-dormitorio."

—*Y eso da una mala imagen de la ciudad...*

M. HOCINE: Una mala imagen, y sin embargo le dije: "Usted [...] vivió aquí, no debería tener una mala imagen", y él me contestó: "No, señor Hocine, le aseguro que lo escuché...". Yo le dije: "Vea, señor, con todo respeto, es una información mentirosa porque con lo que dicen usted y sus colegas, esconden la verdad. Pero sé que para llenar una hoja necesitan meter algunas cosas más para complicar la imagen, para complicar el asunto. No me la tomo contra usted sino contra quienes lo dirigen, y desde ese día". Y sin embargo siento simpatía por él, se lo aseguro, pero desde el día que dijo eso...

—*¿Cree que los programas de televisión desempeñaron un mal papel?*

M. HOCINE: Ah, sí, sí; escúcheme, es una información mentirosa...

—*¿Los residentes no se reconocieron en los programas?*

M. HOCINE: No, no se reconocieron. Porque todo lo que dicen sobre los suburbios, todo lo que pasó, en realidad, se lo aseguro, escúcheme, no sé, puede ser que yo esté mal ubicado, pero hay otros que están mejor situados que yo; todo lo que dicen sobre los suburbios es falso.

[...] Durante los incidentes hubo jóvenes de acá, pero la mayoría vino de afuera. Para ver qué pasaba y además de eso, cuando vieron las tiendas, ¡paf! Entraron, todo... Pero si usted hubiese visto ese día –yo estaba ahí–, si hubiese visto... Pero no se lo puede imaginar... se habría dicho que había hambruna, se lanzan sobre todo; se lanzan sobre todo, son como...

—*...Como si hubiesen estado privados de todo y...*

M. HOCINE: Eso es, el supermercado ardía, y bueno, que se queme, volvieron con carritos repletos y salieron... Las cosas de tabaco, del *whisky*, los cigarrillos, pero ni se lo puede imaginar, había que verlo. Después el fuego

se propagó y tuve que hacer salir a todos los chicos del [...] y de todos los edificios...

—¿Los muchachos no se daban cuenta del peligro, entonces?

M. Hocine: Pero hubo incluso adultos, familias que se enteraron por las informaciones, como ya le expliqué, "así que eso es lo que pasa". ¡Paf! Vinieron todos con los autos y metían las cosas en ellos, y después, cuando el fuego se propagó por todos lados, tuve que evacuar las calles 7 y 8 porque en ese momento el fuego, el viento iba en esa dirección... Hice evacuar a todo el mundo. Todos evacuados, todos, todas las familias, no quedó ninguno, ¡ni uno! Yo mismo subí a verlos y en ese momento el ascensor estaba descompuesto, no funcionaba nada. Y además de eso, los gases lacrimógenos: la policía antidisturbios estaba del otro lado, es decir que la gente estaba allá; tiraba gases lacrimógenos. Mire, la que vivimos fue una tarde infernal. A la noche todavía se oían estallidos por todas partes, por todas partes... Yo no tengo miedo; cuando hay cosas así, yo arremeto... Sin embargo... No hay médicos, no hay nada en absoluto, pero al menos con un chorro, un chorro de agua para dispersar a la gente, un lanzador de agua; pero escúcheme, era un golpe preparado, querían sabotear al alcalde a cualquier precio. Porque... hizo mucho. Hizo mucho [...].

—Y desde entonces, ¿los acontecimientos beneficiaron o no al Frente Nacional?

M. Hocine: Ah, no, al contrario... Porque yo insistí, el segundo día vi la tabaquería, la quemaron de nuevo, y bien, ¿quién se encargó de mantener el orden? Nuestros jóvenes, los de aquí. Nuestros jóvenes, yo los vi, pusieron barreras para que los autos no entraran y les facilitaron la tarea a los bomberos y hasta a la policía; fueron ellos los que prestaron un servicio de orden. No son ellos los de los disturbios. Vea la prensa, por qué no lo escribieron, ¡lo tengo todo, todo! [*Muestra unos papeles.*] Lo tengo todo aquí...

—¿Armó un legajo de prensa?

M. Hocine: Sí, sí, no ponen la verdad. Tenga, no ponen la verdad, ni aparece, mire.◆

Marzo de 1991

Carta abierta de los habitantes de la urbanización a un periodista de televisión

Para la preparación del programa del 6 de noviembre dedicado a la urbanización. Durante esa reunión, usted nos mostró el objetivo de su programa y sus reglas, y recordó que sólo se haría si se cumplían todas las condiciones; en ese marco convenido, estábamos dispuestos a participar porque permitía la expresión de los habitantes del barrio y podía contribuir a revalorizar la imagen de la urbanización. Le hicimos conocer nuestra opinión y nuestras observaciones, de todo lo cual usted tomó nota. Una semana después volvió a ponerse en contacto con algunos de nosotros al margen de las reglas anunciadas, con la organización de una comida en casa de una familia y una discusión realizada en su presencia; semejante actitud, lo mismo que su propuesta, es completamente inaceptable. Se nos informó entonces que el programa quedaba cancelado. Comprendemos que ciertas condiciones hayan podido exigirlo y no se lo recriminamos. Pero cuál no sería nuestra sorpresa al enterarnos de que un programa dedicado a los movimientos liceístas dejaría un pequeño espacio a nuestra urbanización. Qué deshonestidad después de la riqueza del debate: ¿cómo puede pensar que siete minutos sin la presencia de los habitantes y representantes de la ciudad son suficientes para hablar seriamente de nuestra urbanización? Además, para este programa no volvieron a ponerse en contacto con ninguno de nosotros, ni siquiera con los jóvenes, que habían hecho el esfuerzo de encontrarse con usted un sábado a la noche para dar sus opiniones. Tampoco se repitió ni una sola de nuestras palabras, lo que es una falta de respeto total. De esta experiencia conservamos la sensación de haber sido engañados y le retiramos toda nuestra confianza; sin embargo, queda pendiente la realización de un programa honesto sobre nuestra urbanización. Lo anhelamos vivamente, pero lo haremos sin usted.

Los representantes del consejo barrial y el comité de inquilinos

Respuesta del periodista

Periodista, encargado del programa de actualidad. Aprecio mucho la carta que me han hecho llegar y quiero agradecerles el interés muy especial con que siguieron la preparación de nuestro programa. Por desdicha, y al margen de nuestra voluntad, el debate no pudo realizarse. En efecto, como habrán podido enterarse por la prensa escrita, el señor Jack Lang, ministro de Cultura y Comunicación, que debía reunirse con los habitantes de vuestra urbanización, desistió de hacerlo el día mismo de nuestro segundo encuentro. Como la actualidad manda, decidimos orientar el tema de nuestro programa hacia el problema de los liceístas, no obstante lo cual otorgamos un espacio a los sucesos de vuestra urbanización. Quiero precisar igualmente que tres representantes de ésta estaban presentes en nuestro estudio y que se realizó una nota sobre vuestra ciudad y sus habitantes. Con todo mi pesar. [...]

52/2

La última diferencia

Patrick Champagne

Los conserjes de edificios están particularmente bien situados para transmitir, sin duda en su forma más aguda, la experiencia de la mayoría de los locatarios de HLM de las urbanizaciones "con problemas". En efecto, son los primeros en sufrir los incidentes o dramas que marcan la vida de esos barrios (inquilinos o comerciantes que, agotados por los repetidos robos, disparan contra los jóvenes; "brutalidades" de la policía durante procedimientos de control; saqueos de tiendas; etcétera). Encargados del mantenimiento de los edificios, limpian y reparan sin cesar los destrozos producidos, cuando no sufren, como en ciertos casos, agresiones físicas o acciones de represalia dirigidas contra sus autos o departamentos. A diferencia de los otros agentes sociales que trabajan en esos barrios (como los educadores, docentes, policías, asistentes sociales, etcétera), no tienen la posibilidad de apartarse, aunque sea provisionalmente, de una situación que a menudo los pone a prueba –uno de los conserjes entrevistados habla de "estrés"–, porque viven en su lugar de trabajo y los residentes pueden solicitar sus servicios a toda hora del día y de la noche. Están asentados en esas zonas de viviendas más aún que sus locatarios, y su única esperanza, frustrada sin cesar, es que se aprueben sus pedidos de traslado a una urbanización más tranquila.

Casado, cincuentón, desgastado por el trabajo, Raymond T., conserje de HLM desde hace siete años, me recibe sin ceremonias, vestido con el mono azul que se pone habitualmente para trabajar, junto a su mujer que, de igual modo, lleva la camisa gris que usa normalmente (también trabaja para la oficina HLM) e interviene de vez en cuando en la conversación para aprobar o añadir alguna precisión a las explicaciones del marido. El departamento que ocupan, grande pero un poco oscuro, está en el primer piso de un edificio integrante de un complejo habitacional situado en una zona suburbana que llamaremos Villeneuve, como los construidos en serie durante los años setenta. La sala está atestada de muebles sencillos: mesa, sillas y un bargueño cuyos estantes, tras una puerta acristalada, acumulan chucherías y muñecas expuestas, en su mayor parte, en su embalaje originario. Colgada de la pared, hay una cabeza de ciervo, de material plástico. Se oye el canto de las numerosas aves encerradas en una gran pajarera ubicada en un rincón de la cocina, cerca de la pequeña terraza llena de plantas y flores.

Si Raymond T. pudo contarme, sin pasión, casi con la fría objetividad del informador, lo que pasa cotidianamente en esta urbanización, es porque en parte es como un extranjero en ella. Llegó allí, en efecto, por los azares de la vida, y ese complejo habitacional no es para él otra cosa que un lugar de trabajo, sin más. Para los fines de semana y las vacaciones sólo sueña con irse al campo, con la casa rodante enganchada al auto, a fin de reencontrarse, dice, con "la naturaleza" y "el canto de los pájaros", o sea, algo que le recuerde sus raíces rurales. Efectivamente, es originario de una pequeña ciudad situada cerca de Dijon. Su madre era enfermera y su padre, que "no había ido a la escuela como ahora" pero que pese a ello había

alcanzado por sí solo "una instrucción fenomenal", capataz de un aserradero. Raymond interrumpió su escolaridad a los 13 años, "sin ninguna instrucción", porque, como él mismo dice, "no era muy aficionado a la escuela", y empezó a trabajar desde muy joven como descargador. (Tiene una hermana que se quedó en la región: casada con un carpintero, hoy ya no trabaja, pero durante un tiempo fue capataza en una sociedad de limpieza.) La mujer de Raymond procede de la misma región que él y también dejó muy pronto la escuela. Salió de un medio muy modesto: sus padres eran leñadores y tiene dos hermanos, uno de los cuales es yesero y pintor, y el otro, peón de mantenimiento en un castillo.

Por considerar penoso y mal pago su trabajo, a los 25 años Raymond decide dejar su lugar natal y trasladarse a una gran metrópoli regional. Trabaja en ella durante nueve años como carpintero, pero debe cambiar de oficio luego de un grave accidente (se cae desde varios metros de altura como consecuencia del derrumbe de un andamio). Con una invalidez del 50%, busca entonces una ocupación "menos penosa". Un vendedor a domicilio de productos de granja –que en el barrio, "conocía a todo el mundo"– le encuentra el puesto de conserje de HLM que ocupa en la actualidad. Está encargado del mantenimiento de los edificios (arreglar los garajes, hacer soldaduras, retoques de pintura, etcétera) y su mujer, que nunca había necesitado trabajar, hace la limpieza de las partes internas (escaleras y pasillos). La oficina les da una vivienda gratuita y un salario de alrededor de 10 mil francos por mes.

Raymond T., cuya vida ha sido difícil y que se considera afortunado por haber encontrado este lugar, dirige una mirada relativamente indulgente y comprensiva a esos jóvenes cuyo infortunio comparte parcialmente. Los otros dos conserjes de Villeneuve, cuyas palabras conoceremos, tienen una actitud claramente menos "comprensiva", en gran parte porque trabajan en el mismo barrio en que nacieron. Es fácil verlo en su manera de expresarse, menos desapegada, que pone de manifiesto una gran exasperación: se sienten en su casa y defienden "su" urbanización contra los "extranjeros" que vienen a invadirlos. La entrevista se realizó en lo de Thierry C., que sólo es conserje de esta parte muy deteriorada de la ZUP desde hace algunos meses. De todas maneras, siempre vivió en un conjunto residencial del mismo tipo situado en las cercanías, y por lo tanto conoce bien la vida de ese barrio, que es un poco el suyo. Convocado por el jefe de proyecto de ese sector para responder a nuestras preguntas, le pidió a Christian T., otro conserje que tiene su puesto en el barrio desde hace un poco más de tiempo que él, que participara en la conversación. Sylvie, la esposa de Thierry, empleada en forma temporaria por la oficina de las HLM para ayudar a los inquilinos –en su mayoría inmigrantes de origen magrebí y africano– a completar los expedientes para el operativo de rehabilitación en curso, se unirá espontáneamente a la charla. La situación grupal así creada transformó progresivamente la entrevista en una franca conversación, a menudo animada, en la que el punto de vista de Sylvie difería bastante notoriamente del de su marido.

Thierry y Christian comparten una misma visión de las cosas y tienen reacciones bastante similares. Ambos de origen popular, pertenecen a familias numerosas marcadas por la desgracia o las pruebas (muerte prematura de la madre, en un caso, y grave accidente laboral del padre, en el otro). Cada uno a su manera, se convirtieron en conserjes por necesidad. Pero les gustan su urbanización y este suburbio que nunca abandonaron y en el que crecieron. Los dos consideran interesante su trabajo, uno porque no es demasiado apremiante y el otro porque le permite ver gente: "Es un trabajo que me parece agradable; uno habla con la gente, siempre está afuera [...] y además a veces se consigue hacer buenas relaciones". Habida cuenta de sus recursos, el departamento que ocupan, asignado en razón del cargo que desempeñan, constituye para ellos un beneficio esencial, y vivirían "bien tranquis" si, justamente, estas urbanizaciones no se hubieran vuelto inhabitables. En síntesis, soportan muy

mal el deterioro constante de esas zonas a las que están atados (en los dos sentidos) por su pasado y su vida actual.

De todos modos, los separan algunas diferencias menores en sus palabras, diferencias que, en gran medida, se deben a que no salieron de los mismos sectores de las clases populares, y sus trayectorias sociales no son idénticas. Bajo, con la cara redonda, el pelo largo y en desorden, un poco retraído, Christian, que tiene 35 años en el momento de la entrevista, conoció la miseria. Desde luego condena, pero también comprende parcialmente, a esos jóvenes que están tan desheredados y perdidos como él cuando tenía su edad. Por otra parte, está vestido como un pandillero arrepentido: campera de cuero negro, pantalones de *jogging* igualmente negros, gastados y un poco sucios. Pertenece a una familia con cinco hijos cuya vida no fue nada fácil. Su madre trabajaba como "agente de servicio" en una escuela para niños discapacitados. Su padre, hoy de 70 años, era peón caminero, pero dejó de trabajar hace más de veinte a causa de un accidente provocado por un auto robado. Ese drama perturbó profundamente la vida familiar: durante algún tiempo, Christian y sus hermanos y hermanas fueron colocados por la asistencia pública en una familia de acogida (agricultores de la región), ya que su madre no podía ocuparse más de ellos y los funcionarios judiciales habían embargado la mayor parte del mobiliario. Christian abandona la escuela a los 16 años, sin ningún título, y empieza a trabajar, en un principio como peón de mantenimiento durante dos años, antes de hacer diversos trabajos menores en el edificio durante otros diez. Realiza entonces un cursillo en la AFPA y obtiene el título de asistente de máquinas. Encuentra empleo pero un año después vuelve a quedar desocupado, ya que la empresa cierra por razones económicas. Como ya no puede pagar el alquiler, la oficina de las HLM le ofrece un puesto de conserje. Aún soltero, las relaciones que mantiene con los miembros de su familia son muy malas; cada uno es fuente de disgustos y no de beneficios para los demás: Christian tiene a cargo a sus padres ancianos e imposibilitados, está peleado con dos de sus hermanos y no tiene más que relaciones episódicas con otro que es pintor desocupado y con una hermana que administra una "hostería y restaurante" en Ardèche ("Una buena situación", dice).

Thierry, de 38 años, tiene una actitud mucho más represiva, casi expeditiva, y parece poco dispuesto a apiadarse de esos jóvenes a los que hace principales responsables de sus problemas. Originario de un medio popular, es el mayor de ocho hijos. La familia, de todos modos, se vio muy afectada por el fallecimiento prematuro de la madre. Él sólo pudo escapar al descenso social gracias a cierta rigurosidad moral que debe a la educación paterna y se deja ver hasta en su manera de presentarse. Delgado, el pelo corto y bien peinado, un bigotito finamente cortado, está vestido con estilo deportivo y lleva un *jean* y un suéter impecables. Cuenta que al quedarse viudo, su padre, camionero, intentó mal que bien "colocar lo mejor posible a todo el familión". Las tres hijas, después de haber aprobado un CAP de costura, consiguieron arreglárselas más o menos bien, en gran parte gracias a sus matrimonios: una de ellas administra un restaurante en Béziers; otra, una tienda de ropa en las Galerías Lafayette, y la tercera es asistente en un laboratorio farmacéutico. La carrera de los varones es más dura: después de emplearse desde muy jóvenes como aprendices en comercios instalados en las cercanías (panadería, carnicería), sus cuatro hermanos, luego del servicio militar, dejaron esas ocupaciones que les gustaban muy poco para convertirse en camioneros de carga pesada, como su padre, o almaceneros. Thierry abandonó muy pronto la escuela, a los 15 años, para entrar como peón de mantenimiento en la empresa en que trabajaba su padre. Renunció rápidamente a ese empleo que consideraba demasiado cansador e hizo trabajos menores antes de convertirse, a su turno, en camionero durante unos diez años. A los 35 abandonó, porque "estaba harto de los horarios", y encontró un puesto de conserje de estadio. Como buscaba una vivienda más grande, la oficina de las HLM le pro-

puso, junto con el departamento que ocupa en la actualidad, un puesto de conserje en ese sector difícil. Casado hace ya más de diez años, tiene hoy dos hijos en edad escolar. Su esposa, Sylvie, a la que conoció en un baile, pertenece a un medio social un poco más alto que el suyo. Tiene un hermano maestro y otro que, como su padre, es entrenador de *rugby*. Poseedora de un CAP de contabilidad, obtuvo en los cursos de capacitación permanente un diploma en informática, pero no encuentra trabajo en ese sector. Actualmente hace pequeños trabajos y "agarra lo que hay", es decir, horas de limpieza en algunos liceos.

No hay duda de que Thierry se siente inclinado a reaccionar con vigor contra los comportamientos de los jóvenes de la urbanización y, por un resentimiento comprensible, a asumir a su turno una actitud represiva porque no logró salir de apuros más que al precio de una conducta moral muy estricta, única protección para no caer socialmente. ¿Cómo podría disculpar a esas pandillas de chicos, magrebíes en su mayoría, que le imponen su ley en una urbanización que él siente "suya"? ¿Por qué no habría de emplearse un método enérgico (la división en zonas por parte de la Compañía Republicana de Seguridad [CRS]) que él mismo tuvo que sufrir cuando era niño, durante disturbios similares, y que reveló su eficacia? Sylvie, quien, como madre, se inclina a una actitud más indulgente con respecto a los niños, recibió además una educación menos estricta que su marido. Aunque reconoce de buen grado que no es cosa fácil, propicia el diálogo y la discusión con esos jóvenes, y cree que la persuasión es más eficaz que la represión, con la condición de hacer el esfuerzo de ponerse en su lugar: "Cuanto menos, ponte en el lugar de esos jóvenes –le dice a su marido–. Saben que, de todas maneras, no habrá nada... Su único recurso es la violencia, pero no la violencia para hacer el mal. Es más bien un llamado para decir 'Atención, estamos aquí, existimos'". Esta actitud debe mucho a las características sociales de Sylvie (en especial, a la importancia relativa de su capital cultural), que son bastante similares a las de los trabajadores sociales, pero también a su pasado militante "en la izquierda" (antaño integró las Juventudes Obreras Cristianas y más tarde, durante un tiempo, las Juventudes Comunistas). Sin embargo, también en ella asoma un cierto desasosiego. Su militancia quedó sin doctrina ni certezas. La crisis económica, que le impide llegar a una posición profesional a la altura de su formación y aspiraciones, la empuja, en particular a causa del hundimiento del comunismo como realidad y esperanza, hacia un rechazo total de la política. Desorientada, también ella se escuda detrás de la moral: todos los partidos políticos la asquean porque quieren "dar lecciones de moral a los demás", cuando hay "chanchullos a granel".

Estos conserjes son bastante ejemplares hasta en sus contradicciones. Como la mayoría de los habitantes de esas urbanizaciones, no están en ellas por elección sino por necesidad, económica o administrativa: no pueden o no quieren ir a otra parte y deben quedarse en esas zonas, donde todo empuja hacia el enfrentamiento, el descenso colectivo y el asistencialismo. Su trayectoria social difícilmente los predisponga a comprender, o al menos a aceptar, la forma violenta, y a veces devastadora, que puede asumir la rebelión de esos jóvenes. De origen popular, no cayeron más abajo gracias a una educación severa, incluso brutal, y a una reducción a menudo draconiana de sus aspiraciones y necesidades; en suma, a los esfuerzos que tuvieron que consentir para mantenerse o arreglárselas. Sólo pueden juzgar a esos jóvenes desde un punto de vista esencialmente moral: "Hay demasiada tolerancia", "Lo que tienen que hacer es poner en vereda a los que no quieren andar derechos; eso es todo", etcétera. Opinan que la desocupación no es más que una mala excusa para la ociosidad: "Todos los trabajos los cansan, pero [no están cansados] para ir a robar...", "Verdaderamente hay que decir que el tipo que quiere trabajar puede encontrar trabajo", etcétera. Los robos no son otra cosa que la contrapartida de una vida de parásitos: "No trabajan, sólo viven de... de la rapiña, no sé". Las aspiraciones consumistas de esos jóvenes les parecen desme-

suradas en comparación con las que tuvieron ellos en un pasado reciente y las que todavía hoy deben imponerse: "No saben moderarse", "Necesitan tenerlo todo y después no están contentos", "Con ellos es cosa de 'Quiero eso, quiero eso, quiero eso'". En cuanto al "vandalismo" y la droga, no son más que la consecuencia directa de la dimisión de los padres: "Aquí los chicos hacen lo que quieren, los padres los dejan hacer".

Sin embargo, no ignoran, porque también ellos las sufrieron, las causas reales de esta situación: saben que la desocupación pesa sobre esos jóvenes de una manera probablemente más aguda que en su caso y no dejan de reconocer que esos comportamientos desviados tienen mucho que ver con la situación de anomia creada por la inmigración –en especial, el reagrupamiento en las urbanizaciones– que condujo a un derrumbe de la autoridad parental. También saben que la televisión, la omnipresencia de la publicidad y, más aún, la difusión generalizada de los centros comerciales de gran superficie que se instalaron (por obligación legal) hasta en el corazón de esos barrios desheredados, modificaron las aspiraciones de los jóvenes. Pero todo sucede como si no quisieran saberlo verdaderamente, temerosos, tal vez, de que comprender demasiado lleve a excusar comportamientos que estiman moralmente inaceptables. Así, al evocar la visita hecha a su región por deportistas de los países del este, uno de los conserjes lamentaba que se los llevara a las grandes tiendas de la ciudad, en razón de los deseos insatisfechos que eso podía generar, pero sin ver que los robos, e incluso el saqueo de los supermercados instalados en su propia urbanización, obedecían en gran medida a una lógica semejante.

El rechazo manifestado por los "pobres blancos" con respecto a esos jóvenes –rechazo que es simplista asimilar al "racismo"– es particularmente fuerte, como se puede verificar en la conversación, pese a la reserva que muestran las encuestas. Con frecuencia los conserjes dejan en suspenso ciertas frases para no tener que decir palabras demasiado reveladoras, que podrían resultar chocantes para el interlocutor: "No pueden integrarse aquí, eh... porque son...", "Hay muchos, es... viven en...", "El gobierno no es lo bastante...", etcétera. A diferencia de los miembros de las clases sociales más acomodadas que pueden irse cuando la situación se les hace insoportable, estos "blanquitos" reaccionan mucho más violentamente porque están condenados a quedarse. Se sienten desafiados por esas poblaciones que, en general, llegaron después que ellos, y les cuesta aceptar sin chistar su actitud agresiva, sus tráficos de todo tipo. Con rabia contenida, ven irse a "los mejores" de sus inquilinos ("Los verdaderos franceses, bueno, se fueron"). A pesar de los sinceros esfuerzos que todos hicieron en un momento dado por ayudar a esos jóvenes, no pueden comprender verdaderamente el sentimiento de injusticia que está en el origen de sus comportamientos desviados. ¿Cómo podrían imaginar que, paradójicamente, esos jóvenes se sienten más franceses que los franceses de cuna? A diferencia de los inmigrantes que llegaron a Francia hace unos treinta años y que, pese a su vida de miseria, se quedaron en su lugar sin reivindicar nada y conservaron siempre la gratitud y el reconocimiento hacia el país que los acogió, sus hijos, que siempre vivieron aquí, realmente querrían que se los considerara franceses ("Cuando se les da algo, no lo agradecen", se asombra un conserje) y les cuesta mucho más aceptar su marginación.

Ése es, sin duda, uno de los fundamentos de la intensa seducción –visible hasta en las negaciones ("No estoy a favor de una dictadura, pero habría que dar un buen ejemplo")– que ejercen hoy sobre los obreros y los pequeños comerciantes (que también están particularmente expuestos a esa pequeña delincuencia) las posiciones políticas que propician las actitudes fuertes y la expulsión de esos "extranjeros" que no saben quedarse en su lugar y, peor aún, en todas partes se creen en su casa.◆

Con conserjes de HLM

Entrevista de Patrick Champagne

"Voy a votar a Le Pen, eso los va a cagar de miedo"

—Ustedes viven aquí desde...

CHRISTIAN: Nací aquí, en Villeneuve. Nací en 1956. Siempre viví en Villeneuve. Bueno, por supuesto, no digo que nunca haya salido de...

—¿Y cuándo se construyó esto?

CHRISTIAN: Bueno, aquí hay edificios que tienen más de veinte años, creo que empezaron en 1964. Era la época en que estaban los *pieds-noirs* que llegaban de Argelia; fue para ellos, porque cuando llegaron a la región los alojaron a todos en carpas. Y allá no había departamentos, así que los hicieron aquí, las HLM. Me acuerdo de que cuando éramos chicos, los primeros que se levantaron fueron ésos, todos esos de ahí. Y los armaban con rieles de ferrocarril. Sabe, planchas. A medida que levantaban los pisos, ponían rieles y hacían deslizar las planchas; iban rápido, eh. Bueno, en esa época, como le digo, no había más que *pieds-noirs* y aquí existía bastante armonía. Y después la cosa... [...]

Porque la gente de bien se hartó y después se marcharon. ¿Qué quiere con vivir ahí adentro? La gente está amontonada en las viviendas. Encima de casa hay un departamento igual al mío, tiene tres dormitorios, son... tienen nueve hijos, en total son 11; arriba son 12 y aquí los chicos hacen lo que quieren, lo que quieren. Los padres los dejan hacer. Allá abajo, en los sótanos, hay un tráfico de *scooters* que no se termina, no se termina. Entonces hacen arreglos hasta las dos de la mañana, se meten en las calles interiores, hacen el cambio de aceite y lo dejan desparramado por ahí; en fin, es una verdadera caca. Y a veces se quedan hasta las diez u once de la noche afuera. [...] Al principio aquí se estaba bien. No existían todos estos edificios, no estábamos rodeados por todo eso, había menos chicos, menos... no sé cómo decir... había menos despelote... Y además, hay que decir que la vida evoluciona, eh. En una época dijeron que había que realquilar los departamentos, pero metieron a quienes quisieron. [...]. Hay familias argelinas, llegaron al mismo tiempo que los *pieds-noirs*, ¿se da cuenta? Pero nunca se fueron de sus viviendas, siempre se quedaron aquí. No son esas familias las que joden a los demás. Hay viviendas que pertenecen a la prefectura, hay viviendas que pertenecen a la alcaldía y que son... bueno, también hay que decir una cosa, en todas las que le corresponden la prefectura mete a quien quiere; entonces eso hace que venga gente que antes estaba en una administración, eran indeseables, los sacaron y los volvían a poner aquí.

THIERRY: Todas las familias indeseables, como él dice, es cierto que... ¿quién las... quién las tuvo que bancar? ¡Villeneuve! [...] En la administración [*de la oficina de HLM*] se dieron cuenta de que la cosa se venía abajo y todo eso, las viviendas estaban vacías, así que se dijeron: "En una administración también tiene que entrar plata"; entonces decidieron: "Vamos a llevar a todo el mundo a Villeneuve", los trajeron y ahora los chicos crecieron y son todos unos jodidos.

—¿De qué medio proviene esa gente? ¿Trabajan?

THIERRY: La mayoría sí, los padres trabajan... En la mayoría está el padre que, bueno, resulta que llegó en 1953, 1954 y siempre trabajó; ahora está jubilado. La mujer nunca trabajó; bueno, los chicos, ahora, los que son grandes están desocupados, no encuentran trabajo. ¿Qué hacen, entonces? Roban autos, hacen destrozos, los hacen aquí, se drogan. Y además, ahora, también hay que decir una cosa, y es que los jóvenes se conocen todos en todos los barrios, así que si se quieren reunir en algún lugar, no hay forma de impedirlo.

—¿En qué momento se deterioró la situación?

CHRISTIAN: ¡Ah!, bueno, aquí empezó en 1981. Era infernal, ya no se podía dormir, robaban un auto cada cinco minutos... Disparos de fusil, forzaban los garajes con autos robados, corridas por todos lados, en las avenidas... Cuando usted veía a algunos chicos que tenían 13 años y manejaban BMW... Ni se los veía adentro, lo único que se notaba era un mechón de pelo y después se hacían los imbéciles; así que en esa época, los polis, bueno, estaban

hartos, ya no venían, aquí todo el mundo hacía lo que quería y eso fue la degradación total.

Toda la gente más o menos de bien se va

THIERRY: En Villeneuve toleran demasiadas cosas; porque yo viví tres años en M. [*comuna limítrofe*] cuando hubo, igual, la misma historia; yo estaba en M.; bueno, llamaron a los CRS; los CRS se quedaron varios meses; se quedaron seis meses, con pistolas ametralladoras, ropa de fajina, comandos, el equipo de radio a la espalda, noche y día, eh, día y noche sin parar, y la cosa se calmó, eh... En Villeneuve hacen lo que quieren, lo que quieren... sobre todo en este momento en que hay tensión [*la guerra del Golfo*]. Incluso hablan de volver a empezar, que va a ser peor.

CHRISTIAN: Ellos son los únicos que lo hacen. Y yo, no quiero decir personalmente, no quiero ser racista con ellos, pero digo...

THIERRY: [*Con un tono irónico.*] ¡Es la "generación *beur*"!

CHRISTIAN: ¡Eso es! No son los únicos, incluso hay franceses; jóvenes franceses que van con ellos y están contentos, están verdaderamente contentos de... Cuando a uno lo llaman a las dos de la mañana para ir a una calle interior y se encuentra con cuarenta jóvenes todos borrachos y que además lo llenan de insultos... A mí me pasó dos veces; ahora digo ¡no, se terminó!

—*¿Qué edad tienen?*

THIERRY: Entre 18 y 20 años...

CHRISTIAN: Hay algunos que son más grandes... Hay una cosa, en mi opinión, digo, que no alcanzo a comprender, por qué los padres dejan a chicos que tienen... en promedio, 14, 15 años... toda la noche. Entonces uno los ve salir de una calle interior a la noche, agarrar *scooters*, bajan a la ciudad, salen de a varios y vuelven con *scooters* robadas, no les molesta. Y cuando uno llama a la policía –es triste decirlo, pero es así–, llama a los policías de Villeneuve y le dicen: "Bueno, ya no queremos movernos más". No quieren venir porque tienen miedo. Tienen miedo, eso es todo. [...]

THIERRY: Bueno, sí, es normal, está muy venido abajo... Es la degradación...

CHRISTIAN: Tenemos pintores, mandamos a un joven que repintó todos los *halls* de entrada, pero bien; quedaba lindo, eh. Estaba verdaderamente bien, limpio y todo eso, los buzones nuevos, todo, lindos buzones, todo eso. ¡Lo destrozaron todo! ¡Lo estropearon todo! ¡Rompieron todo! Les gusta que esté roto, estropeado. Uno trabaja, cambia todo, vuelve a llamar las empresas y al día siguiente, bueno, se encuentra una vez más con todo roto. El lunes a la mañana ponemos cerraduras eléctricas, cierres eléctricos para las puertas, y el martes a la noche no queda nada, está todo roto.

THIERRY: Yo digo que hay que encontrar una solución para gente como ésa. Porque todo es muy lindo cuando uno escucha al señor C. [*el alcalde de Villeneuve*] que dice: "Vamos a hacer viviendas sociales para las familias difíciles". ¿Y dónde va a hacer esas viviendas sociales? ¿Va a volver a construir torres en medio de un campo y después los va a meter ahí? Para mí no vale la pena. Hay que encontrar un terreno lejos de Villeneuve y después proponerles a esas familias, que verdaderamente son las familias indeseables, que se metan en esas viviendas y dejar que se arreglen entre ellos... Es triste hablar así, pero yo creo que es la mejor solución. Porque es cierto, usted tiene familias que viven ahí desde hace 18 o veinte años, que son clientes para la oficina, ¡y bueno!, cuando oye hablar a esa gente que dice: "Estamos hartos, está todo estropeado, nos ponen buzones nuevos y está todo roto"... Ahora se las ingenian incluso con una puerta blindada, le abren la puerta blindada y se llevan todo lo que tiene en su casa; si hay balcones, van a lo del inquilino, aunque duerma a la noche, y le roban el televisor. Y cuál es el resultado, bueno, son siempre los mismos. [...] ¡Qué quiere esperar de gente como ésa! Y además está la historia de los autos... Bueno, así que la gente que vive en Villeneuve tiene que tener una puerta blindada, barrotes en las ventanas, venir con un auto viejo... ¡No, pero no es posible!

CHRISTIAN: Si usted viene con el auto, sube dos minutos a su casa y vuelve a bajar, se encuentra con la ventanilla rota y que le robaron el estéreo. Ya no se puede vivir. Es eso lo que no entiendo, no sé... [*imita con una vocecita un poco ridícula y femenina*] "Hay que dejarlos hacer, hay que dejar vivir a esos muchachos, hay que dejarlos hacer", ¡pero ya no es posible! Después, uno se pregunta por qué en la ZUP los únicos inquilinos que se quedan son los magrebíes. ¿Por qué? Los muchachos van a la calle a charlar hasta las tres de la mañana, a tomar y fumar, a armar porros. Después se quedan completamente tarados, cuando fuman y toman al mismo tiempo. Uno sale, empieza a decirles algo y recibe todos los insultos del mundo; y a la mañana siguiente, cuando quiere agarrar el auto para ir a trabajar, le pincharon las gomas, le rompieron el parabrisas, le destrozaron todo, eh... [...]

No hay que decirles nada. Hay que dejarlos hacer. Entonces nosotros... la verdad es que discutimos entre

nosotros, los conserjes, y dijimos: "Ahora pueden romper todo; no queremos arreglar nada más, no sirve para nada". [...]

Hay demasiada tolerancia

—*¿Qué contactos tienen con los jóvenes, cómo se dan?*

CHRISTIAN: Con los jóvenes no hay nada. No hay nada, no vale la pena. Para ellos somos alcahuetes, estamos podridos, somos esto o aquello, todo lo que uno quiera, no vale la pena discutir con ellos. Yo tengo buenas discusiones con ellos, pero lo que escucho, lo que dicen, es: "Quiero un salón, queremos un salón, no habrá más estropicios, no habrá más esto, no habrá más aquello". [...] Al hacer la rehabilitación, habría que tomar jóvenes de algunos barrios y ponerlos con las empresas. Hay muchos jóvenes allá, que dicen: "Si trabajáramos con las empresas de pintura o electricidad haríamos el trabajo con ellos y les prohibiríamos a los otros volver al barrio", porque, como me dicen todo el tiempo: "Participaríamos pintando la subida de la escalera, rehaciendo algunos trabajos, y con eso ya verían que no hay más estropicios".

THIERRY: No, no estoy de acuerdo.

CHRISTIAN: Pero es lo que ellos dicen.

THIERRY: Porque acabas de decir "a los otros les impediremos entrar". ¿Qué van a hacer los otros? ¿Quieres que te diga qué van a hacer? Los otros, eh, yo hablo así, van a venir a jodernos en lugar de ellos, porque van a decir: "No hacen nada por nosotros". Porque la oficina verdaderamente quiere hacer algo, pero los demás no hacen nada. Todo el mundo debe hacer algo. Todo el mundo, todo el mundo. Están los pros y los contras. [*Cuenta entonces que un local que habían entregado a los jóvenes de la urbanización fue saqueado, y a raíz de ello lo cerraron.*] Cuando dicen: "Sí, no encontramos trabajo, no nos dan trabajo", ¿quién quieres que les dé trabajo cuando ven que son incapaces de mantener una cosa así? Roban todo, el salón no les duró una semana. Rompieron todo, todo. Pintaron los cristales de las ventanas cuando el pintor acababa de darle una mano a todo. Me dio lástima cuando lo vi romperse el culo ahí. Se congelaba con los pinceles y todo. ¡Una semana después, todo destrozado, todo roto! ¡No les van a hacer el Palacio de los Congresos detrás de cada edificio! No hay que exagerar. Yo también viví 25 años en una HLM al costado de la autopista de allá, en esos armatostes; llegué cuando tenía 6 años y me quedé 16; 16 años ahí adentro. Las cagadas más gordas que hacíamos era romper alguna vez una ventana –porque había grandes ventanales así– cuando jugábamos al fútbol en la cancha, tirábamos un pelotazo sin suerte y pum, un cristal, y después, quédate tranquilo, me acuerdo de que lo pagábamos. Pagábamos un gran cristal así, eran cincuenta francos. Pero jamás saqueamos todo el edificio porque queríamos esto o aquello, que patatín y que patatán. No hay que... En Villeneuve hay demasiada liberalidad, demasiada tolerancia, y eso es todo. [...] Hay jóvenes que no van a trabajar nunca en la vida, ¿y eso por qué? ¡No les gustan más que los chanchullos! Entonces roban autos, los desarman, es más fácil robar que trabajar, van a organizar asaltos, son tipos que cumplen dos meses o un año de cárcel, salen, se quedan tranquilos 15 días y después vuelven a empezar, a buscar compinches, y empiezan de nuevo y rompen todo.

CHRISTIAN: Y además, para ellos es un orgullo ir a la cárcel [...]. Son los grandes los que empujan a los más chicos, y cuando uno ve que hay criaturas que participan en... ah, bueno, yo digo, es vergonzoso.

THIERRY: Si las cosas quedan así, nunca cambiarán, nunca, nunca. Será el escándalo permanente. Hay cagadas de hecho, ya ni siquiera figuran en el diario. Cuando les pararon el carro en M., la gente decía: "Sí, parece que estuviéramos en tiempos de guerra". Es cierto, pero yo tenía derecho a... cuando los CRS te detenían, dime si no, en esa época yo tenía el pelo enrulado, "árabe sucio", las manos sobre el auto, te palpaban de armas y todo. Pero eso también dio resultado. [...]

¡Cuando uno les dice algo, es un racista!

CHRISTIAN: [...] No sé, quizá la falla esté también en la oficina de las HLM, tendrían que encontrar una solución y además también al nivel de la alcaldía, porque para el alcalde ésta también es su comuna; tendría que pensar en hacer verdaderamente algo. [...] Cuando uno les dice algo [*a los jóvenes*], es un racista. Yo no estoy de acuerdo. Los conozco, tengo compañeros que son tunecinos, argelinos...

THIERRY: Yo también.

CHRISTIAN: ...buenos compinches pero, como les dije una vez a los jóvenes, "soy racista con los boludos, eso es todo". No tolero que rompan así como así, por nada. ¡Como se aburren, rompen! No tienen más que ir a trabajar. Dicen que no les dan trabajo pero desde el momento en que llegan a una empresa empiezan a robar. Un patrón no se va a quedar con ladrones, ¿no? Tienes que ver además la historia que había en la zona industrial: el hombre [*un empleador*] contrata a un

joven, le da su confianza, no hace una semana que está [*el joven*] y agarra a la secretaria, le sacude dos panes [*puñetazos en la cara*] y le birla la caja. Los polis lo pescaron... y además tenía una pistola de perdigones, les tiró a los inspectores. Bueno, ni le digo, lo pescaron y le dieron una paliza. Los otros [*los jóvenes*] salieron todos, "Muéranse, polis sucios, racistas sucios".

[...]

CHRISTIAN: Yo conozco conserjes que trabajan para una administración y los amenazaron.

THIERRY: Bueno, a mí también me amenazaron...

CHRISTIAN: Pero yo tengo dos amigos conserjes, directamente les quemaron el departamento...

THIERRY: A mí también me amenazaron. Hay dos que vinieron a verme y me dijeron: "Tendrías que dejar de meter la nariz en el garaje". Les contesté: "No meto la nariz, hago mi trabajo, eso es todo, ustedes no tienen nada que hacer en los garajes, yo hago mi trabajo, no me digan qué tengo que hacer". Entonces, después, vinieron a verme y además me dijeron: "Deja de andar curioseando porque un día vas a ganar que te peguen un tiro en los garajes". ¡Eso es lo que me dijeron! ¡Y el otro que se las había tomado con mi chico, hace dos años, cuando llegué allí! Tenía 9 años, y el otro era un tipo de 20. Entonces lo agarré y le dije: "Es la primera vez que se lo tocas [*el pelo de su hijo*] y la última, porque después, piensa que algún día no vas a estar con todos tus amigos detrás de ti, vas a estar solo, y ese día, cuando estés solo, te voy a pescar". Ni siquiera podía hablar, tartamudeaba, se miraba los zapatos.

CHRISTIAN: Es a la noche cuando se juntan muchos, son al menos unos cincuenta... y se quedan ahí toda la noche, eh. Y le digo: cuando el tiempo es bueno, como la semana pasada, se van a acostar cuando nosotros salimos a trabajar. Y hacen estupideces toda la noche. Toda la noche oyendo "Viva Saddam Hussein y viva Fulano", y después, las motos... Se da cuenta del escándalo que había toda la noche. La gente: "Estamos hartos, llamemos a la policía". A las dos de la mañana llamo a la comisaría y les digo: "¡Ah!, tendrían que hacerlos detener, se están volviendo locos", cuando además les dieron un salón. Van afuera y se ponen a gritar hasta la mañana, y después ya no vale la pena dormir, nos levantamos para ir a trabajar. Entonces, ¿se da cuenta?, eso no es vida, cosas como ésa. Es por eso que digo que...

Les digo a mis inquilinos: "No tienen que irse"

THIERRY: Y si se les dice algo, se vengan con los autos.

CHRISTIAN: O pinchan las gomas.

THIERRY: No dejan de vengarse con los autos. Entonces llega un momento en que la gente se... [*silbido*]. Si encuentran algo se van y ahí tiene, le dicen: "Bueno, señor conserje, hemos buscado otra vivienda y nos vamos".

CHRISTIAN: Por eso les digo a mis inquilinos: "No tienen que irse". Les digo: "Tienen que quedarse, tienen que quedarse en su vivienda. Porque si se van, les dan el gusto a ellos". Y además no es eso, yo siempre dije: "Tarde o temprano, los buenos inquilinos que tenemos se van a ir todos, ¿eh?, se van a ir todos. Van a ver que todas las viviendas están vacías. ¿Y qué van a hacer? ¡Van a traer más familias así! Todo el mundo se va, y pronto estará todo listo. Sólo quedarán ellos". Hay momentos en que lo que mata no es el trabajo sino el estrés.

THIERRY: ¡Oh, oh! Pero estamos estresados. Yo trabajé de camionero, 13, 14 horas por día. Me cansaba menos que algunos días aquí...

CHRISTIAN: Y además, uno está con los nervios de punta.

THIERRY: ...Hacerse amenazar; desde el momento en que haces tu trabajo, te haces amenazar.

Es la "generación de los *beurs*"

[...]

THIERRY: No puedo entender. No tienen más que mandar los CRS, pero no son para los CRS. Cuando están ahí, el tipo tiene el fusil de guerra en la mano con el cargador y detienen a cualquiera, no se cagan por nada, no tienen miedo, eh. No tienen miedo y además, si sienten que hay olor a quemado, sacan en seguida el garrote y pim, pum, pam. Lo que les hace falta a estos chicos no es estar en chirona sino una buena paliza de vez en cuando, eso los calmaría mucho más que ponerlos a la sombra, porque están un mes o dos, vuelven y ¡ah!, bueno, es... Adentro todos se creen el Padrino. [...] ¡Es la generación de los *beurs*! No sé qué quieren esos jóvenes. Francamente. Yo discutía con ellos, les decía: "Pero por qué no van a hacer la vendimia, pagan bien y además es algo agradable" [*pone una vocecita ridícula*], "¡Ah, no!, probamos dos días y era deslomarse demasiado, así que nos fuimos". Había un marroquí de uno noventa, grande como un armario, que me dijo: "¡Ah, no, dos días, me hace mal a los riñones!". ¡Qué quiere que vayan a apechugar, van dos días a la vendimia y se cansan, las pobres criaturitas!

CHRISTIAN: [*Que también se burla*] ¡Ah, sí, todos los trabajos los cansan! Pero para ir a robar...

THIERRY: Y además, hubo tanto... Un día charlaba con un

amigo de mi suegra que tiene viñas en el Beaujolais, y me dijo: "No los queremos más, se terminó, no los queremos más, hay demasiados robos, demasiados robos". Prefieren tomar extranjeros [*que no sean magrebíes*] o franceses, porque hay muchos extranjeros que hacen la vendimia en el Beaujolais. Así que yo, la verdad, no sé qué quieren. Con el trabajo tal vez haya algunos que tengan problemas. Seguro, seguro. Porque después meten a todo el mundo en la misma bolsa.

—*¿Y qué habría que hacer? ¿Se les ocurre algo?*

THIERRY: Bueno, una idea, no sé. Que la policía les ponga freno.

CHRISTIAN: Yo no sé qué hay que hacer.

THIERRY: Nosotros hacemos nuestro trabajo. Que todo el mundo haga el suyo y eso es todo, eh.

—*Si no hubiera esos problemas con los jóvenes, ¿les gustaría su trabajo?*

THIERRY: ¡Sí!

CHRISTIAN: Sí, la verdad, es un trabajo agradable.

THIERRY: Sí, es un trabajo interesante, un trabajo que me parece agradable, porque siempre estuve acostumbrado a trabajar un poco afuera o solo, como cuando era chofer. Bueno, acá uno charla con la gente, siempre está afuera, en fin, siempre al aire libre, no sé.

CHRISTIAN: Sí, eso es lo bueno, y además a veces se consigue hacer buenas relaciones. ¡Pero no con familias como ellos!

THIERRY: Si no se hace nada, la cosa va a quedar así; Villeneuve será siempre así. La verdad, si no hacen nada Villeneuve va a ser un gueto.

—*¿Pensaron en pedir que los manden a otro lado o tienen ganas de quedarse?*

THIERRY: Yo le digo honestamente, no pido ir a otra parte porque, como siempre viví aquí, conozco bastante gente...

CHRISTIAN: ¡Tampoco tienes que irte! [...] Uno se da cuenta de que en esas familias, las asignaciones familiares o cualquier otra cosa ya no cubren el alquiler. Así que yo digo: esas familias, hace rato que tendrían que haberlas puesto en la calle, ¿eh?, cuando además es esa gente la que jode a los otros.

THIERRY: Sí, ponerlas en la calle, ¡pero nadie las quiere! Sólo Villeneuve las acepta. Justamente, también ahí hay un problema. ¿Por qué siempre Villeneuve? ¿Por qué no las llevan a otra parte? No hay más que ponerlas un poco por todas partes, en vez de amontonarlas aquí. O si no, hay que construirles HLM, pero afuera. Es lo que dijo el señor alcalde. Hay que alojarlos afuera. Es triste ponerlos todos juntos, pero es la única forma de llegar a algo.

—*¿Cómo es la alcaldía, políticamente?*

CHRISTIAN: Hace tiempo que es comunista. Y yo, personalmente, es por eso que se lo digo, soy, no quiero ser racista con ellos, pero vaya usted a la alcaldía, ¿y quién hay? Las que trabajan ahí son todas familias magrebíes. Y uno va a pedir un empleo, cualquiera, es... para uno no hay nada, nada.

THIERRY: Sí, pero ellos son los que votan al alcalde...

CHRISTIAN: Todo es para ellos. Uno está enfermo, o cualquier cosa, pide algo porque no tiene trabajo, quiere una cobertura para ir al dentista, y bueno, le dicen "No", entonces se queda masticando bronca con una cosa así. A ellos, en cambio, tienen una cosita de nada y en seguida los mandan al hospital. Si quieres tener cobertura en Villeneuve, tienes que dejar de trabajar y hacerte ladrón. ¡Así tendrás todos los derechos!

THIERRY: Es lo que se dice, hay que broncearse, ponerse un poco de betún, ser como ellos y tenerlo todo. ¡No, pero es cierto!

Es un tipo que no es racista, pero sí estricto

—*¿En su opinión la política puede cambiar algo?*

THIERRY: Yo digo que en Villeneuve el día que no haya más comunistas, algo podrá cambiar. Porque en una época, bueno, desgraciadamente para él, no pudo ganar, es el médico. Está en el RPR,* es un tipo que no es racista, pero sí estricto. Dice que las cosas no sólo tienen que ser para ellos, sino que debe haber otro tanto para los demás. Hay un centro, el famoso centro social, y él dijo: "Si llego a ser alcalde de Villeneuve, haré cerrar el centro". En realidad, cerrarlo no; dijo: "Será para los viejos y las personas que tienen dificultades". Tampoco dice que no haya que darles cosas, sino que por el momento sólo hay para ellos. Por una nanita de nada los mandan al hospital, y no pagan un franco. Cuanto menos, no hay que abusar. [...] La política de Villeneuve no es buena; si la cosa sigue así, aquí no habrá más que inmigrantes, eh, eso es todo. Y no hay que esperar a que no quede nadie para asombrarse. Porque después, hacer volver a la gente es difícil.

[...]

—*¿Ustedes no están un poco más expuestos que los simples inquilinos?*

THIERRY: ¡Ah, bueno, nosotros estamos expuestos, eso desde ya!

*. *Rassemblement pour la République*, Agrupación por la República, partido gaullista (n. del t.).

—*¿La oficina organiza reuniones de conserjes?*

THIERRY: Ah, bueno, en principio tenemos una reunión con el responsable de la administración. Se habla de todos los problemas.

—*¿Y cuáles son los problemas que aparecen con más frecuencia?*

THIERRY: ¡Ah, sí!, los deterioros, los destrozos, todo eso, que no se resuelve, siempre es el mismo problema, eh. Se gastan presupuestos y presupuestos en arreglos. Hay momentos en que uno se dice que ya ni siquiera vale la pena. [...] Reparamos, y detrás de nosotros rompen; volvemos a pasar, a arreglar, y rompen; pasamos una y otra vez, arreglamos, hacemos eso todo el año.

CHRISTIAN: No hay nada que se les resista. Por más que les pongamos cosas supermodernas...

THIERRY: No sirve nada.

[...]

—*Las soluciones propuestas por Le Pen deben de tentar a una buena cantidad de personas, ¿no?*

THIERRY: Bueno, no sé. Yo espero, quiero ver qué va a pasar. Porque dicen que uno es racista, que los franceses son racistas...

CHRISTIAN: No, es una estupidez. Eso es una estupidez.

THIERRY: Y además, como yo digo, si un francés es racista no viene a vivir a Villeneuve. Cuando me dicen: "Eres racista", les contesto: "Están diciendo una pavada, si fuera racista no sería conserje en la ZUP, me iría a hacer otra cosa, a otra parte, volvería a mi oficio de camionero, eh". Son ellos los que hacen que el racismo crezca. Así que es por eso que voy a esperar a ver qué pasa en las próximas elecciones; ah, sí, quiero ver. Y hay muchos que esperan, porque oí a una pila de gente decir: "No quiero saber nada; a Le Pen, por más que sea lo que sea, yo lo voto"; se oye eso, ¿eh?, se oye eso. Dicen: "Nadie hace nada, el alcalde no hace nada, la policía no hace nada, nadie hace nada... Y bueno, voy a votar a Le Pen, él va a hacer algo".

CHRISTIAN: Que lo dejen un año en el poder, sólo un año... [*Evoca la delincuencia vinculada a la droga.*]

THIERRY: A mí me parece que mientras haya droga habrá despelote. Ah, la droga es una maldita peste, una peste, eh.

CHRISTIAN: Y además, eso les reporta plata, se lo digo yo, les reporta plata sin hacer nada...

[*Los dos conserjes cuentan a continuación cómo descubrieron los diversos escondites utilizados por los traficantes –paredes de los ascensores, lámparas de luz, etcétera– y las amenazas de éstos si los tocaban o avisaban a la policía.*]

Están hartos, no tienen ningún futuro

[*Entra Sylvie, la esposa de Thierry, con su hija. Le explico rápidamente el objeto de la conversación.*]

SYLVIE: Yo discutí más de una hora abajo con los jóvenes, están hartos, no tienen ningún futuro, no les proponen nada... No ven nada por delante, hay racismo entre los empleadores. Pero hay que decir que los empleadores también están hartos.

THIERRY: Eso también hay que decirlo, la verdad...

SYLVIE: Bueno, sí, de acuerdo. Pero en fin, si quieres, la cosa es un mecanismo...

CHRISTIAN: Es lo que decíamos hace un rato; los buenos pagan por los malos, eh...

SYLVIE: Los hay buenos, los hay superbuenos.

THIERRY: Sí, pero en fin, también hay muchos malos.

SYLVIE: Cuando uno ve que los chicos hurtan ante los ojos de los padres y los padres no dicen nada... Criaturas, se acostumbran desde que son criaturas, quiero decir, chiquitos de 4, 5 años; ni siquiera conciben comprar algo. Así que es una... es la mentalidad. No se reconocen en nada. Se les proponen salones, chirimbolos, y saquean todo. Hay un mal, un mal de vivir, pero no sólo en la ZUP se ve eso, porque yo trabajé en el liceo Jean Zay, que es el segundo liceo de la región, ¡y todos los jóvenes que van a él son verdaderamente la elite, la *crème*, eh! Bueno, es igual, el mismo lenguaje que en Villeneuve, las mismas expresiones, la misma manera de comportarse con los profesores. Yo estaba asombrada, eh. Una falta de respeto hacia los profesores... sucios... así que no es...

THIERRY: Porque, al fin de cuentas, le faltan el respeto a todo el mundo. No respetan ni a sus profesores ni a nadie.

SYLVIE: No se cómo van a lograr que... es como un cáncer, no sé cómo van a lograr eliminarlo, porque... Con ellos no se puede discutir, son desconfiados. La otra vez me dijeron: "Sí, pero tú tienes una cosa que ganar de ahí adentro", y yo les contesté: "Charlo porque tengo ganas de charlar", y les dije: "No tengo nada que ganar de ahí adentro". Tal vez obtenga una satisfacción personal si veo que hay algo de positivo.

CHRISTIAN: [*Dubitativo*] ¿Qué podría ganarse?

SYLVIE: Siempre creen que los quieren pasar, que les quieren robar, aquí...

THIERRY: ¡Y son ellos los que nos roban! Que dejen de robar y que el edificio quede limpio...

SYLVIE: Pero no dejo de decírselo: además ustedes son Francia. Uno debe pensar que son los jóvenes del mañana, son ellos los que van a hacer... da miedo... Dijeron que en Villeneuve habían instalado salones, cosas para

recibir a los jóvenes, pero es todo una fachada, es todo falso. Los jóvenes no tienen ningún acceso a esos salones.

THIERRY: Con ellos es cosa de "Quiero eso, quiero eso, quiero eso" y al fin y al cabo se les da y eso no les impide salir a robar.

SYLVIE: Está bien discutir con ellos, en algunos... Aunque tengas la impresión de hablar en el vacío, aunque... siempre hay una frasecita, una palabrita, yo tengo la impresión de que...

THIERRY: [*Muy dubitativo.*] Sí, tienes la impresión. Porque yo lo veo claramente; cuando se les dio el salón, les llevaron todos los muebles, las sillas, las mesas, todo eso, la pintura. Ocho días después el salón estaba cerrado: habían destrozado todo.

SYLVIE: [*Procura disculparlos.*] Debía haber una cosa...

THIERRY: [*Con un tono vehemente.*] Oh, siempre hay una cosa en algún lado, siempre hay algo que no funciona. Siempre hay algo que no funciona.

—*¿En las familias los padres se ven sobrepasados por los hechos?*

SYLVIE: Es lo que me dijeron. Un joven tenía un problema –no sé demasiado bien de qué– de relación con su madrastra y todo eso, y yo le dije: "Pero hay que hablar de eso, siempre hay formas de avenirse", "¡Oh, oh!, no creas, a mi padre no le hablo, no hablo, y cuando él me habla es para pegarme".

CHRISTIAN: Yo conozco uno que le pega al padre porque no le presta el auto.

SYLVIE: Me dijo: "Pero no viste en qué chiquero vivimos, en esos tugurios, qué quieres que tengamos", entonces me dijo: "Hay cucarachas por todos lados, adentro está sucio, afuera está sucio y nosotros nos sentimos sucios". Quiero decir además que cuando vuelves a tu casa ves cómo están las calles; al llegar ahí, yo me mufaría. Está sucio, está... bueno, no te incita, quiero decir que no te impulsa a respetar... En fin, yo respeto porque soy así, pero al joven que está un poco en la calle eso no lo va a incitar a tener una vida estable. Ve a sus padres, a veces viven diez, 12, 15 en una pieza, no hay intimidad, no tienen un rincón para ellos solos, desde muy chicos, eh, no tienen...

THIERRY: ¡Eh, bueno, no hay que exagerar!

SYLVIE: Pero es importante que el niño pequeño tenga un rincón para él.

THIERRY: [*Vehemente*] ¡Pero no, mira, mira en casa, éramos diez, vivíamos en un departamento de cuatro ambientes y no nos traumatizamos, no rompíamos todo el barrio!

SYLVIE: Tú tuviste la posibilidad de salir bien, de encontrar tu camino, y además antes no era igual que ahora. Si tenías un lugar que no te gustaba, incluso trabajitos, podías darte el lujo de renunciar a tu trabajo de la noche a la mañana y al día siguiente encontrabas otro, eh. Ya no hay trabajo, no hay más nada. Cuando eres árabe, no hay trabajo.

THIERRY: Sí, pero, ¿por qué?

SYLVIE: Bueno, no sé...

THIERRY: Si también dejaran de drogarse... [*Hace alusión a lo que se dijo antes.*] ¿Y la vendimia? ¿Y la vendimia?

SYLVIE: [Los viñateros] ¡No los quieren!

THIERRY: No los quieren, sí, yo discutí de eso con los... bueno, ¿por qué no los quieren?

SYLVIE: Bueno, no sé.

THIERRY: Si dejaran de robarles...

SYLVIE: ¡Pero cuanto menos ponte en el lugar de esos jóvenes! Saben que, de todas maneras, no habrá nada... Su único recurso es la violencia, pero no la violencia para hacer el mal. Es más bien un llamado, para decir: "Atención, estamos aquí, existimos, y miren lo que podemos hacer entre muchos". [...] Yo digo, los padres, cuanto menos... Es verdad, se hacen reuniones en la escuela... porque hubo un maestro que fue agredido por un magrebí que vino y le dio una paliza porque se la había tomado con su hermano menor. Un maestro discute con un niño, le da un golpe. Vino la madre y le rompió dos costillas al maestro. Con un palo y todo. Se pusieron a trabajar con toda la familia, así que hubo una reunión. Y bueno, en esa reunión, ¿quién estaba? Siempre los mismos que se ven al comienzo del año; siempre los mismos: sobre trescientos alumnos había veinte padres, y siempre los mismos. ¡Y en general son los de los niños que no tienen problemas! Es difícil para los maestros. Pero su ocupación les gusta, yo los admiro, eh. No cambiarían de barrio ni por todo el oro del mundo [...]. Los maestros que trabajan aquí lograron hacer cosas súper; viste todo lo que hicieron, ¿no?

[...]

—*¿Cuál es la solución para ustedes? ¿Hay que apoyar al alcalde actual o provocar una conmoción, por ejemplo, respaldando al Frente Nacional?*

SYLVIE: Yo escucho hablar a la gente porque me gusta mucho debatir, escucho hablar mucho a la gente y habrá una pila del Frente Nacional que van a ganar... van a crecer una enormidad, eh. Una enormidad. Yo digo que hay que apoyar al alcalde, y además todo lo que hizo, todo lo que hicieron, todo... bueno, es súper.

CHRISTIAN: [*Dubitativo*] Bueno, desde luego que es sú-

per... Pero yo no sé qué quieren hacer exactamente, no sé adónde quieren llegar.

SYLVIE: A los jóvenes les digo: "Ustedes no piensan más que en destruir, en romper. ¡Pero no en construir! [...] Reúnanse –les digo–, junten a todos los jóvenes y hagan un informe de lo que realmente quieren y, en último caso, que haya uno de ustedes que sea verdaderamente responsable". No quieren ser responsables; no tienen confianza en su propio valor.

CHRISTIAN: No hace mucho de eso, cuando se hizo la reunión. Fueron a encontrarse con el alcalde y pidieron, tú lo sabes, el gimnasio. Entonces el alcalde fue amable, les dio la llave. La cosa duró 15 días tranquila y después, una noche, fue al gimnasio a verlos. ¡Ah!, bueno, estaban todos drogados, había botellas de alcohol por todas partes, habían hecho una fogata de san Juan en medio del gimnasio. Entonces el alcalde dijo: "Ahora me llevo la llave, se terminó".

[...]

THIERRY: El alcalde me dijo que les dieron el salón durante un tiempo, ni les cuento el estado en que lo encontraron, era un verdadero basural. Y después dicen: "¡Sí, ustedes son racistas, queremos el salón y no quieren dárnoslo!". Siempre las mismas historias. Estás desocupado, estás desocupado, ¿y entonces?

SYLVIE: Yo también estuve desocupada.

CHRISTIAN: Pero hay que decir claramente que si el tipo quiere trabajar puede encontrar trabajo.

SYLVIE: No, no es tan fácil. Son jóvenes que no tienen ninguna calificación...

THIERRY: ¡Mira! ¿Cómo se llama? Abdel, él encontró trabajo y se mata por conseguir la nacionalidad francesa. Apechuga. ¿Crees que no le fastidia? Repintó todas las calles de la urbanización y todo eso, se esforzó: ocho días después destrozaron todo. Y bueno, va a volver allá con sus tarros de pintura. Y sin embargo, la verdad es que él también es uno de ellos, no hay que exagerar...

SYLVIE: Sí, pese a todo hace falta represión, eh... Estamos obligados a que haya represión.

THIERRY: ¡Por más que me digan, hay demasiada tolerancia!

Por más que disfracen la pobreza...

THIERRY: [...] Hace falta que el gobierno...

SYLVIE: ¿Pero por qué siempre el gobierno? No forzosamente.

THIERRY: Bueno, en realidad son ellos los que presentan un poco el presupuesto para...

SYLVIE: Sí, pero no es una cuestión de plata, eh, es una cuestión de mentalidad; lo que hay que cambiar es la mentalidad de la gente...

CHRISTIAN: "Mentalidad de la gente"... ¡Ah, bueno!, en principio, una, cuando hacen cagadas...

SYLVIE: ...Porque por más que repongan todo, todo lindo, todas las cosas, por más que disfracen la pobreza, los problemas seguirán ahí, incluso detrás de las fachadas reconstruidas, eh. Eso no cambiará los problemas.

THIERRY: [*Irritado.*] ¡Bueno, no hay más que mandarlos a su país! Es una locura, pero...

SYLVIE: [*Con un tono siempre calmo.*] No, hay que discutir, discutir, hay que ir a escuchar a la gente y nunca hay que fallarles, eh, es como un cuento chino, pero es así, hay que... hay que hablar, hablar y hablar.

THIERRY: Sabes, cuando les hablas bien, si quieren, y bueno, por detrás, en silencio, se ríen de tu jeta.

SYLVIE: ¡Sí, pero eso no es nada! Al principio, pero después se va abriendo camino en la cabeza y además es así, eh. Yo digo que no hay solución con la plata. No resolverá nada.

THIERRY: Sí, pero por qué aquí nos piden a los conserjes, hasta los polis que me dicen: "Discuta con ellos, discuta con ellos". ¡Eh, uno es conserje de un edificio!

SYLVIE: Sí, pero eres padre de familia.

THIERRY: ¿Qué quieres que hagamos, no viste lo que piensan de nosotros?

SYLVIE: Pero lo que piensan de ti no es nada.

THIERRY: Les digo "Buenos días" y ni siquiera me contestan.

SYLVIE: Sí, sí, son mal educados... Ustedes no están ahí para reprimir, eso no quita...

THIERRY: No, pero justamente con las macanas yo tampoco tengo nada que hacer. Arreglan un *scooter* en una calle interior hasta las dos de la mañana... ¡Y bueno, cuando vas a decirles "Eso no se hace", para ellos eso es represión! Eres racista, un boludo, todo lo que quieras; te haces humo y vuelves a tu casa. Ahí está. Entonces, ¿qué hay que hacer? ¿Quién va a encontrar la solución?

—*No es fácil, hay que tener una paciencia enorme.*

SYLVIE: Como un psicoanálisis, eh, hay psicoanálisis que duran años; de repente, la cosa se desbloquea y sale todo, ¡y ya está!

THIERRY: Tampoco uno puede pasarse años discutiendo con todo el mundo, eh.

SYLVIE: ¡No! Pero quiero decir que siempre aprovecho la oportunidad de discutir, todo el tiempo. Hasta el momento en que se establece el diálogo. Empezaron a burlarse de mí, ¿ves cómo son?; bueno, entonces discutí y la cosa

duró más de una hora. Y bueno, de vez en cuando había alguno que se ponía nervioso, "¿Pero qué es lo que discutimos, qué es lo que discutimos?", y el otro lo contenía. Así que verdaderamente tenían ganas de discutir, les gusta que se discuta. Aunque no aporte nada, verdaderamente... que haya gente que escuche, que los escuche y además...

THIERRY: Pese a todo es duro.

SYLVIE: De todos modos, estúpidos habrá siempre, en fin...

THIERRY: Sí, pero en Villeneuve hay una pila, eh.

SYLVIE: Porque está concentrado, así que cuanto menos eso hace que haya muchos [*risas*], en seguida crea más...

CHRISTIAN: ...estúpidos...

SYLVIE: En último caso, hay que ocuparse de las criaturas, de los que valen, de la gente valiosa, de los más pequeños, de los jóvenes que están bien y todo eso. Bueno, si son estúpidos, son estúpidos, hay que dejarlos y listo. Bueno, van a hacerse pescar por la policía, sabemos qué va a pasar, eh.

[...]

THIERRY: Tengo un hermano que es racista, nunca vino a vivir a Villeneuve.

SYLVIE: Es racista por naturaleza. Así porque sí, sin preguntarse bien por qué...

THIERRY: Y además es racista con todo. Si vamos de campamento, son los ingleses, los alemanes... Bueno, pero con los árabes es el súmmum. Jamás vino a vivir a Villeneuve.

SYLVIE: No, en un sentido yo estoy contenta, porque mis hijos frecuentan, bueno, todas las razas, todos los... Quiero decir, no hay... es simple.

THIERRY: Es decir que no los criamos en el racismo, como lo hace mi hermano con sus chicos. A la menor, que tiene 4, 5 años y está en el jardín de infantes, no deja de decirle "Los árabes son caca".

SYLVIE: Va a tener problemas, incluso. Porque ahora es el jardín, ¡pero cuando vaya al colegio...!

Ya no me encuentro, en nada, nada, nada

—*¿Participan en asociaciones?*

SYLVIE: ¡Ah! Hace tiempo milité en la juventud obrera cristiana. Estaba... incluso tenía una pequeña célula; y después ya no entraba en mis... No, en realidad ya no me encuentro en nada. Incluso políticamente... estoy un poco...

—*¿Desorientada?*

SYLVIE: Estoy desorientada. Después milité un poco en la juventud comunista. ¡Bueno, es parecido! Hice la escuela del Partido Comunista. Ya no me encuentro, en nada... nada, nada. No hay ningún partido que me convenza. Nada, ya no sé. Hasta me sorprendo cuando lo digo, pero voy a votar a Le Pen, eso los va a cagar de miedo y... Bueno, no soy yo además... quiero decir, del lado... pero bueno, quiero decir que ya no sé adónde ir, ya no sé... Todos me dan asco, además. No, pero me parece que ya no corresponde para nada a lo que uno espera de un partido político; hay chanchullos a granel y quieren dar... lecciones de moral a los demás [los políticos no dejan], de hacer chanchullos y todo eso. Es verdad, agarran plata a paladas y no tienen nada que hacer con el pequeño militante. Y además el Partido Comunista, nunca vi un partido tan cerrado como ése. En fin, tal vez ahora, con los nuevos [los renovadores], pero... no se puede decir una palabra; "El partido dijo", se terminó, eso es todo. Bueno, en las reuniones es así, y todo el tiempo yo decía: "No es cierto, podemos discutirlo, ¿para qué sirve, si no? Pagamos las cotizaciones y eso es todo lo que les interesa". Mire el edificio que tienen en París... ¡no es posible!

Marzo de 1991

Efectos de lugar

Pierre Bourdieu

Hablar hoy de "suburbio problemático" o de "gueto" es evocar casi automáticamente, no "realidades" –por otra parte, amplísimamente desconocidas por quienes hablan de ellas con la mayor naturalidad–, sino fantasmas alimentados por experiencias emocionales suscitadas por palabras o imágenes más o menos descontroladas, como las que vehiculizan la prensa sensacionalista y la propaganda o el rumor políticos. Pero para romper con las ideas recibidas y el discurso corriente no basta, como a veces quiere creerse, con "ir a ver" qué es lo que pasa. En efecto, no hay duda de que la ilusión empirista nunca se impone tanto como en casos como éste, en que el enfrentamiento directo con la realidad no deja de presentar algunas dificultades, si no algunos riesgos, y por lo tanto algunos méritos. Y sin embargo todo hace pensar que lo esencial de lo que se vive y se ve *sobre el terreno*, es decir, las evidencias más sorprendentes y las experiencias más dramáticas, tiene su origen en un lugar completamente distinto. Nada lo muestra mejor que los guetos estadounidenses, esos lugares abandonados que se definen, en lo fundamental, por una *ausencia*: esencialmente, la del Estado y todo lo que se deriva de éste, la policía, la escuela, las instituciones sanitarias, las asociaciones, etcétera.

Así, pues, hay que poner en práctica más que nunca el pensamiento *para-dójico* que, enfrentado a la vez con el buen sentido y los buenos sentimientos, se expone a aparecer ante los bien pensantes de ambos bandos, sea como una idea preconcebida, inspirada por el deseo de "escandalizar al burgués", sea como una forma de indiferencia insoportable con respecto a la miseria de los más desvalidos. Sólo es posible romper con las falsas evidencias y los errores inscriptos en el pensamiento sustancialista de los *lugares* si se efectúa un análisis riguroso de las relaciones entre las estructuras del espacio social y las del espacio físico.

Espacio físico y espacio social

En tanto cuerpos (e individuos biológicos), los seres humanos están, en el mismo concepto que las cosas, situados en un lugar (no están dotados de la ubicuidad que les permitiría estar en varios a la vez) y ocupan un sitio. El *lugar* puede definirse decididamente como el punto del *espacio físico* en que están situados, "tienen lugar", existen, un agente o una cosa. Vale decir, ya sea como *localización*, ya, desde un punto de vista relacional, como *posición*, rango en un orden. El *sitio* ocupado puede definirse como la extensión, la superficie y el volumen que un individuo o una cosa ocupan en el espacio físico, sus dimensiones o, mejor, su volumen exterior (como a veces se dice de un vehículo o un mueble).

Los agentes sociales que se constituyen como tales en y por la relación con un *espacio social* (o, mejor, con determinados campos) y también las cosas en tanto los agentes se apropian de ellas,

y por ende las constituyen como propiedades, están situados en un lugar del espacio social que puede caracterizarse por su posición relativa con respecto a los otros lugares (encima, debajo, entre, etcétera) y por la distancia que lo separa de ellos. Así como el espacio físico se define por la exterioridad recíproca entre las partes, el espacio social se define por la exclusión mutua (o la distinción) de las posiciones que lo constituyen, es decir, como estructura de yuxtaposición de posiciones sociales.

Así, la estructura del espacio se manifiesta, en los contextos más diversos, en la forma de oposiciones espaciales, en las que el espacio habitado (o apropiado) funciona como una especie de simbolización espontánea del espacio social. En una sociedad jerárquica, no hay espacio que no esté jerarquizado y no exprese las jerarquías y las distancias sociales, de un modo (más o menos) deformado y sobre todo enmascarado por el *efecto de naturalización* que entraña la inscripción duradera de las realidades sociales en el mundo natural: así, determinadas diferencias producidas por la lógica histórica pueden parecer surgidas de la naturaleza de las cosas (basta con pensar en la idea de "frontera natural"). Es lo que ocurre, por ejemplo, con todas las proyecciones espaciales de la diferencia social entre los sexos (en la iglesia, la escuela, los lugares públicos y hasta la casa).

De hecho, el espacio social se retraduce en el espacio físico, pero siempre de manera más o menos *turbia*: el poder sobre el espacio que da la posesión del capital en sus diversas especies se manifiesta en el espacio físico apropiado en la forma de determinada relación entre la estructura espacial de la distribución de los agentes y la estructura espacial de la distribución de los bienes o servicios, privados o públicos. La posición de un agente en el espacio social se expresa en el lugar del espacio físico en que está situado (aquel a quien se caracteriza como "sin casa ni hogar" o "sin domicilio fijo" no tiene –prácticamente– existencia social), y por la posición relativa que sus localizaciones temporarias (por ejemplo los sitios de honor, ubicaciones reglamentadas por el protocolo) y sobre todo permanentes (domicilio privado y domicilio profesional) ocupan con respecto a las localizaciones de los otros agentes; se expresa también en el sitio que ocupa (por derecho) en el espacio a través de sus propiedades (casas, departamentos u oficinas, tierras para cultivar, explotar o edificar, etcétera), que son más o menos voluminosas o, como a veces se dice, *space consumming* (el consumo más o menos ostentoso de espacio es una de las formas por excelencia de la ostentación del poder). Una parte de la *inercia* de las estructuras del espacio social se deriva del hecho de que están inscriptas en el espacio físico y sólo podrían modificarse a costa de un *trabajo de transplante*, una mudanza de las cosas y un desarraigo o una deportación de las personas que en sí mismos supondrían transformaciones sociales extremadamente difíciles y costosas.

El espacio social reificado (vale decir, físicamente realizado u objetivado) se presenta, en consecuencia, como la distribución en el espacio físico de diferentes especies de bienes y servicios y también de agentes individuales y grupos localizados físicamente (en tanto cuerpos vinculados a un lugar permanente) y provistos de oportunidades más o menos importantes de apropiación de esos bienes y servicios (en función de su capital y también de la distancia física con respecto a esos bienes, que depende igualmente de aquél). En la relación entre la distribución de los agentes y la distribución de los bienes en el espacio se define el valor de las diferentes regiones del espacio social reificado.

Los diferentes campos o, si se prefiere, los diferentes espacios sociales físicamente objetivados, tienden a superponerse, al menos de manera aproximada: resultan de ello concentraciones de los bienes más escasos y sus propietarios en ciertos lugares del espacio físico (Quinta Avenida, rue du Faubourg Saint-Honoré) que se oponen así en todos los aspectos a los lugares que reagrupan princi-

pal y a veces exclusivamente a los más indigentes (suburbios pobres, guetos). Esos lugares de fuerte concentración de propiedades positivas o negativas (estigmas) constituyen trampas para el analista que, al aceptarlas como tales, se condena a dejar escapar lo esencial: como la avenida Madison, la rue du Faubourg Saint-Honoré agrupa a *marchands*, anticuarios, casas de alta costura, zapateros de medida, pintores, decoradores, etcétera, esto es, todo un abanico de comercios que comparten la ocupación de las posiciones elevadas (por lo tanto, homólogas entre sí) en sus campos respectivos y que sólo pueden comprenderse en lo que tienen de más específico si se los pone en relación con comercios situados en el mismo campo, en posiciones inferiores, pero en otras regiones del espacio físico. Por ejemplo, los decoradores de la rue du Faubourg Saint-Honoré se oponen (en primer lugar por la nobleza de su nombre, pero también por todas sus propiedades, naturaleza, calidad y precio de los productos ofrecidos, calidad social de la clientela, etcétera) a quienes, en la rue du Faubourg Saint-Antoine, se llaman ebanistas, como los *coiffeurs* se oponen a los simples peluqueros, los zapateros de medida a los zapateros de confección, etcétera, oposiciones que se afirman en una verdadera simbólica de la distinción: referencia a la unicidad de la "creación" y el "creador", invocación de la antigüedad y la tradición, de la nobleza del fundador y su actividad, siempre designada por dobletes nobles, a menudo tomados del inglés.

Del mismo modo, la capital es, sin juegos de palabras, al menos en el caso de Francia, el lugar del capital, es decir, del espacio físico donde están concentrados los polos positivos de todos los campos y la mayoría de los agentes que ocupan esas posiciones dominantes: en consecuencia, no se la puede pensar adecuadamente más que en relación con la provincia (y lo "provinciano"), que no es otra cosa que la privación (muy relativa) de la capital y el capital.

Las grandes oposiciones sociales objetivadas en el espacio físico (por ejemplo capital/provincia) tienden a reproducirse en los espíritus y el lenguaje en la forma de oposiciones constitutivas de un principio de visión y división, vale decir, en tanto categorías de percepción y evaluación o de estructuras mentales (parisiense/provinciano, *chic*/no *chic*, etcétera). Así, la oposición de la "orilla izquierda" y la orilla derecha que destacan los planos y los análisis estadísticos de los públicos (para los teatros) o de las características de los artistas expuestos (para las galerías) está presente en el espíritu de los espectadores potenciales, pero también de los autores de obras teatrales o de los pintores y los críticos, en la forma de la oposición, que actúa como una categoría de percepción y evaluación, entre el arte de búsqueda y el arte "burgués" (teatro de bulevar).

En términos más generales, las sordas conminaciones y los llamados al orden silenciosos de las estructuras del espacio físico apropiado son una de las mediaciones a través de las cuales las estructuras sociales se convierten progresivamente en estructuras mentales y sistemas de preferencias. Más precisamente, es indudable que la incorporación insensible de las estructuras del orden social se cumple, en buena medida, a través de la experiencia prolongada e indefinidamente repetida de las distancias espaciales en que se afirman determinadas distancias sociales, y también, más concretamente, a través de los *desplazamientos y movimientos del cuerpo* que esas estructuras sociales convertidas en estructuras espaciales, y con ello *naturalizadas*, organizan y califican socialmente como ascensión o declinación ("subir a París"), entrada (inclusión, cooptación, adopción) o salida (exclusión, expulsión, excomunión), acercamiento o alejamiento con respecto a un lugar central y valorizado: pienso, por ejemplo, en el mantenimiento respetuoso que exigen la grandeza y la altura (las del monumento, el estrado o la tribuna) o la frontalidad de las obras escultóricas y pictóricas, o bien, más sutilmente, en todas las conductas de deferencia y reverencia que imponen tácitamente la simple calificación social del espacio (sitios de honor, una elevada posición social, etcétera) y todas las jerarquizaciones prácticas de las regiones del espacio (parte alta/parte baja,

partes nobles/partes pudendas, proscenio/bastidores, fachada/trastienda, lado derecho/lado izquierdo, etcétera).

Debido al hecho de que el espacio social está inscripto a la vez en las estructuras espaciales y las estructuras mentales, que son en parte el producto de la incorporación de las primeras, el espacio es uno de los lugares donde se afirma y ejerce el poder, y sin duda en la forma más sutil, la de la violencia simbólica como violencia inadvertida: los espacios arquitectónicos –cuyas conminaciones mudas interpelan directamente al cuerpo y obtienen de éste, con tanta certeza como la etiqueta de las sociedades cortesanas, la reverencia, el respeto que nace del alejamiento o, mejor, del estar lejos, a distancia respetuosa– son en verdad los componentes más importantes, a causa de su misma invisibilidad (para los propios analistas, a menudo aferrados, como los historiadores después de Schramm, a los signos más visibles del poder simbólico, cetros y coronas), de la simbólica del poder y de los efectos totalmente reales del poder simbólico.

Las luchas por la apropiación del espacio

El espacio o, más precisamente, los lugares y sitios del espacio social reificado, y los beneficios que procuran, son apuestas de luchas (dentro de diferentes campos). Las ganancias de espacio pueden asumir la forma de *ganancias de localización*, en sí mismas susceptibles de analizarse en dos clases: las rentas (llamadas de situación) que se asocian al hecho de estar situado junto a agentes y bienes escasos y deseables (tales como los equipamientos educativos, culturales o sanitarios); las *ganancias de posición o de rango* (como las que asegura una dirección prestigiosa), caso particular de las ganancias simbólicas de distinción que se vinculan a la posesión monopólica de una propiedad distintiva. (Al poder medirse las distancias físicas según una métrica espacial o, mejor, temporal, en la medida en que los desplazamientos tardan más o menos de acuerdo con las posibilidades de acceso a los medios de transporte, públicos o privados, el poder que el capital, en sus diferentes formas, da sobre el espacio es también un poder sobre el tiempo.) Además pueden asumir la forma de *ganancias de ocupación* (o de volumen), y la posesión de un espacio físico (grandes parques, amplios departamentos, etcétera) puede ser una manera de mantener a distancia y excluir toda clase de intrusiones indeseables (como lo señala Raymond Williams en *Town and Country*, se trata de las "rientes perspectivas" de la casa solariega inglesa que, para agrado del propietario, transforma la campiña y a sus campesinos en paisaje, o la garantía de una "vista sin obstáculos" de las publicidades inmobiliarias).

La capacidad de dominar el espacio, en especial adueñándose (material o simbólicamente) de los bienes escasos (públicos o privados) que se distribuyen en él, depende del capital poseído. Éste permite mantener a distancia a personas y cosas indeseables, al mismo tiempo que acercarse a las deseables (debido, entre otras cosas, a su riqueza en capital), y minimiza de ese modo el gasto (en particular de tiempo) necesario para apropiarse de ellas: la proximidad en el espacio físico permite que la proximidad en el espacio social produzca todos sus efectos facilitando o favoreciendo la acumulación de capital social y, más precisamente, posibilitando el aprovechamiento constante de los encuentros a la vez fortuitos y previsibles que asegura la frecuentación de los lugares bien frecuentados. (La posesión de capital asegura además la cuasi ubicuidad que hace posible el dominio económico y simbólico de los medios de transporte y comunicación, a menudo redoblada por el efecto de la delegación, poder de existir y actuar a distancia por interpósita persona.)

A la inversa, quienes carecen de capital son mantenidos a distancia, ya sea física o simbólicamente, de los bienes socialmente más escasos, y se los condena a codearse con las personas o bie-

nes más indeseables y menos escasos. La falta de capital intensifica la experiencia de la finitud: encadena a un lugar.[1]

Las luchas por la apropiación del espacio pueden asumir una forma *individual*: la *movilidad espacial*, intrageneracional o intergeneracional –los desplazamientos en ambos sentidos entre la capital y la provincia, por ejemplo, o las direcciones sucesivas dentro del espacio jerarquizado de la capital–, es un buen indicador de los éxitos o los fracasos obtenidos en esas luchas y, en términos más generales, de toda la trayectoria social (siempre que se vea que, así como unos agentes que difieren por la edad y la trayectoria social –ejecutivos superiores jóvenes y ejecutivos medios más viejos, por ejemplo– pueden coexistir provisionalmente en los mismos puestos, de manera igualmente provisional pueden encontrarse en lugares de residencia vecinos).

El éxito en estas luchas depende del capital poseído (en sus diferentes especies). En efecto, las posibilidades promedio de apropiación de los diferentes bienes y servicios materiales o culturales asociados a un hábitat determinado, se especifican para los distintos ocupantes de éste según las capacidades de apropiación (materiales –dinero, medios de transporte privados– y culturales) que cada uno posee en exclusividad. Propiamente hablando, se puede ocupar físicamente un hábitat sin habitarlo, si no se dispone de los medios tácitamente exigidos, comenzando por un cierto *habitus*.

Si el hábitat contribuye a formar el *habitus*, éste hace lo mismo con aquél, a través de los usos sociales, más o menos adecuados, que induce a darle. Así, nos inclinamos a poner en duda la creencia de que el acercamiento espacial de agentes muy alejados en el espacio social puede tener, de por sí, un efecto de acercamiento social: de hecho, nada es más intolerable que la proximidad física (vivida como promiscuidad) de personas socialmente distantes.

Entre todas las propiedades que supone la ocupación legítima de un lugar, hay algunas, y no son las menos determinantes, que sólo se adquieren mediante su ocupación prolongada y la frecuentación continua de sus ocupantes legítimos: es el caso, naturalmente, del capital social de *relaciones* o *conexiones* (y muy en particular de esas conexiones privilegiadas que son las amistades de infancia o de adolescencia) o de los aspectos más sutiles del capital cultural y lingüístico, como los modales corporales y la pronunciación (los acentos), etcétera. Otros tantos rasgos que confieren todo su peso al *lugar de nacimiento* (y, en menor medida, al de residencia).

So pena de sentirse *desplazados*, quienes penetran en un espacio deben cumplir las condiciones que éste exige tácitamente de sus ocupantes. Puede tratarse de la posesión de cierto capital cultural, cuya ausencia acaso prohíba la apropiación real de los bienes llamados públicos o la intención misma de apropiarse de ellos. Pensamos, desde luego, en los museos, pero esto también es válido

1.

De ese modo, si en el nivel de cada uno de los departamentos franceses reunimos el conjunto de los datos estadísticos disponibles, a la vez sobre los índices de capital económico, cultural y hasta social y sobre los bienes y servicios ofrecidos a escala de esa unidad administrativa, es posible mostrar que lo esencial de las diferencias regionales que con frecuencia se atribuyen a determinismos geográficos puede relacionarse con *diferencias de capital*, que deben su permanencia en la historia al efecto de fortalecimiento circular que se ejerció continuamente en el curso de ésta (debido, en especial, a que las aspiraciones, sobre todo en materia de vivienda y cultura, dependen en gran parte de las posibilidades objetivamente ofrecidas a su satisfacción). Sólo después de haber identificado y medido el papel de los fenómenos observados que, en apariencia ligado al espacio físico, refleja en realidad diferencias económicas y sociales, podríamos tener la esperanza de aislar el residuo irreductible que, en propiedad, debería imputarse al efecto de la proximidad y la distancia en el espacio puramente físico. Es el caso, entre otros, del *efecto de pantalla*, resultante del privilegio antropológico otorgado al presente directamente percibido y, al mismo tiempo, al espacio visible y sensible de los objetos y agentes copresentes (los vecinos directos), y que hace, por ejemplo, que hostilidades vinculadas a la proximidad en el espacio físico (conflictos de vecindad, etcétera) puedan ocultar solidaridades asociadas a la posición ocupada en el espacio social, nacional o internacional, o que ciertas representaciones impuestas por el punto de vista ligado a la posición ocupada en el espacio social local (la aldea, por ejemplo) puedan prohibir captar la ocupada en el espacio social nacional.

para los servicios que espontáneamente se consideran socialmente necesarios, como los de las instituciones médicas o jurídicas. Uno tiene el París acorde con su capital económico, pero también con su capital cultural y social (no basta con entrar en Beaubourg para adueñarse del museo de arte moderno). En efecto, ciertos espacios, y en particular los más cerrados, los más "selectos", exigen no sólo un capital económico y cultural sino también un capital social. Procuran capital social y capital simbólico mediante el *efecto de club* resultante de la reunión duradera (en los barrios elegantes o las residencias de lujo) de personas y cosas que, diferentes de la mayoría, tienen en común no ser comunes; esto, en la medida en que, de derecho (mediante alguna forma de *numerus clausus*) o de hecho (el intruso está condenado a experimentar una sensación de exclusión capaz de privarlo de algunos de los beneficios asociados a la pertenencia) excluyen a quienes no presentan todas las propiedades deseadas o exhiben (al menos) una de las propiedades indeseables.

El barrio elegante, como un club fundado en la exclusión activa de las personas indeseables, consagra simbólicamente a cada uno de sus habitantes permitiéndoles participar del capital acumulado por el conjunto de los residentes; al contrario, el barrio estigmatizado degrada simbólicamente a quienes lo habitan, los cuales, a cambio, hacen lo mismo con él, ya que al estar privados de todas las cartas de triunfo necesarias para participar en los diferentes juegos sociales, no comparten sino su común excomunión. La concentración en un mismo lugar de una población homogénea en la desposesión también tiene el efecto de redoblar esta última, particularmente en materia de cultura y práctica cultural: las presiones que, en el nivel de la clase, el establecimiento escolar o la urbanización, ejercen los más indigentes o más alejados de las exigencias constitutivas de la existencia "normal", producen un efecto de arrastre hacia abajo y por lo tanto de nivelación, y no dejan otra salida que la huida (las más de las veces prohibida, por la falta de recursos) hacia otros lugares.

Las luchas por el espacio también pueden asumir formas más *colectivas*, ya se trate de las que se desarrollan en el plano nacional en torno de las políticas habitacionales o de las que se sitúan en el nivel local, con respecto a la construcción y asignación de viviendas sociales o a decisiones en materia de equipamientos públicos. Las más cruciales tienen por apuesta última la política del Estado, que posee un inmenso poder sobre el espacio gracias a su capacidad de manejar el mercado del suelo, la vivienda y también, en gran medida, el trabajo y la escuela. Así, fue en la confrontación y la concertación entre los altos funcionarios del Estado –ellos mismos, divididos–, los integrantes de los grupos financieros –directamente interesados en la venta de créditos inmobiliarios– y los representantes de las colectividades locales y las oficinas públicas, como se elaboró la política habitacional que, en especial a través del régimen tributario y las ayudas a la construcción, llevó a cabo una verdadera *construcción política del espacio*: en la medida en que favoreció la *construcción de grupos homogéneos con fundamento espacial*, esta política es en gran parte responsable de lo que puede observarse directamente en los grandes bloques habitacionales degradados o las urbanizaciones abandonadas por el Estado.◆

De Norteamérica como utopía al revés

Loïc J. D. Wacquant

La década de 1980 habrá estado marcada no sólo por el aumento de las desigualdades urbanas, la xenofobia y los movimientos de protesta de los jóvenes de los "suburbios" populares,[1] sino también por la proliferación de un nuevo tipo de discurso en torno del tema de la "guetificación", que sugiere una convergencia repentina entre los barrios desheredados de las ciudades francesas y norteamericanas. La temática del gueto, alimentada por clisés importados del otro lado del Atlántico (Chicago, el Bronx, Harlem...), se impuso como uno de los lugares comunes del debate público sobre la ciudad.

Ese discurso en gran medida fantasmático[2] apenas merecería que nos detuviéramos en él si no tuviera consecuencias nefastas. Al actuar en el registro del sensacionalismo, a golpes de imágenes exóticas *made in USA* tan chocantes como vagas, e invocar, con cualquier fin y sin medida, el espectro del "síndrome norteamericano", los profetas de la desgracia se han erigido en un obstáculo de un análisis riguroso de las causas reales de la descomposición de la clase obrera francesa y del profundo desconcierto de poblaciones cuyos instrumentos tradicionales de reproducción y representación colectivas quedaron obsoletos debido a las transformaciones recientes del mercado laboral y el campo político. A continuación alimentaron –aunque en defensa propia– la espiral de la estigmatización que hace de los grandes bloques habitacionales populares otros tantos lugares malditos, sinónimos de indignidad social y relegación cívica. Agravaron de ese modo el peso de la dominación simbólica que los habitantes de esas urbanizaciones deben sufrir hoy *por añadidura* a su exclusión socio-económica.[3]

Por último, y paradójicamente, la temática del gueto oscureció las lecciones que pueden sacarse de un uso razonado de la comparación transatlántica, que no consiste en buscar semejanzas o convergencias entre suburbio francés y gueto estadounidense, dos constelaciones socioespaciales

1. Adil Jazouli, *Les années banlieue*, París, Seuil, 1992.

2. Una vez vulgarizado, el concepto puede aplicarse a todo colectivo vagamente definido con fines de dramatización: así, se habla del "gueto estudiantil", el "gueto de la tercera edad", el "gueto homosexual", etcétera (Hervé Vieillard-Baron, "Le ghetto: approches conceptuelles et représentations communes", en *Annales de la recherche urbaine*, 49, 1991, pp. 13-22).

3. Loïc J. D. Wacquant, "Urban Outcasts: Stigma and Division in the Black American Ghetto and the French Urban Periphery", en *International Journal of Urban and Regional Research*, número especial sobre "Les nouvelles pauvretés", 1993, en prensa; y Christian Bachmann y Luc Basier, *Mise en images d'une banlieue ordinaire*, París, Syros, 1989.

profundamente dispares en su estructura, su trayectoria y su dinámica.[4] La comparación histórica y sociológica muestra que si gueto y "suburbio" tienen en común ser, cada uno en su orden nacional respectivo, zonas de relegación social situadas en lo más bajo de la jerarquía urbana, no por ello difieren menos en su composición social, su textura institucional, su función en el sistema metropolitano y sobre todo por los mecanismos y principios de segregación y agregación que los produjeron. En suma, y para simplificar, por el lado norteamericano la exclusión se opera prioritariamente sobre una base racial varias veces centenaria, tolerada o fortalecida por el Estado y la ideología nacional, mientras que, por el lado francés, lo hace esencialmente a partir de criterios de clase, atenuados en parte por las políticas públicas. De modo que, a la inversa de esos bantustanes que son los grandes guetos estadounidenses, los "suburbios" degradados del hexágono no son conjuntos sociales homogéneos, dado que están adosados a una división racial dualista de la sociedad aprobada por el Estado y dotados de una autonomía institucional y una división del trabajo avanzadas que sostienen una identidad cultural unitaria.*

En cambio, es muy útil valerse del *dark ghetto* de Estados Unidos como una especie de dibujo sociológico que permite hacerse una idea realista de los efectos que en definitiva podría producir la radicalización de ciertos procesos de dualización hoy en germen en los barrios desheredados del hexágono. Al modo de un espejo deformante y de aumento a la vez, el gueto norteamericano nos brinda el espectáculo del tipo de relaciones sociales que pueden desarrollarse desde el momento en que el Estado renuncia a su misión primaria, que consiste en sostener la infraestructura organizativa indispensable para el funcionamiento de toda sociedad urbana compleja. Al embarcarse en una política de erosión sistemática de las instituciones públicas, abandona a las fuerzas del mercado y a la lógica del "cada uno en su casa"[5] áreas enteras de la sociedad, en especial las que, desprovistas de todo recurso económico, cultural o político, dependen más completamente de él para tener acceso al ejercicio efectivo de la ciudadanía.

Desde su apogeo en los años cincuenta, el gueto negro norteamericano experimentó una degradación brutal y generalizada. El éxodo ininterrumpido de sus habitantes y el deterioro acelerado de las edificaciones y el marco de vida marcan esta evolución. Ésta se traduce también en el aumento imparable de la desocupación, la delincuencia violenta y los síntomas mórbidos y comportamientos patógenos (alcoholismo, toxicomanía, suicidio, enfermedades cardiovasculares y mentales, etcétera) comúnmente asociados a la gran miseria y la desmoralización colectiva e individual. Además, la administración de esta población condenada a una especie de exilio interior entraña costos crecientes para unas metrópolis cuyos recursos fiscales están en disminución, a medida que las familias blancas y los matrimonios de posición acomodada van a refugiarse en los barrios residenciales alejados del centro.

4. Para un análisis más detallado, véanse Loïc J. D. Wacquant, "Pour en finir avec le mythe des 'cités-ghettos': les différences entre la France et les États-Unis", en *Annales de la recherche urbaine*, 52, 1992, 20-30; y "Banlieues françaises et ghetto noir américain: éléments de comparaison sociologique", en Michel Wieviorka (comp.), *Racisme et modernité*, París, Éditions La Découverte, 1993, pp. 265-279.

*. Los bantustanes eran territorios autónomos creados en 1959 por el gobierno sudafricano que, dentro del marco del *apartheid*, aspiraba a que se convirtieran en reservas de población negra. "Hexágono" es la denominación con que se conoce familiarmente el territorio continental francés, a causa de su forma (n. del t.).

5. Es decir, a la relaciones de fuerza desnudas más favorables a los más fuertes. Puesto que si el mercado, como lo muestran los trabajos más avanzados de la sociología económica, es una ficción social, también es una ficción interesada en la cual no todos tienen igual interés y cuyas consecuencias económicas y sociales son, por su parte, muy reales.

El debate reciente sobre la cuestión, tanto científico como político, privilegió en distintos momentos, como causas fundamentales del deterioro continuo de los enclaves segregados de la *inner city*,* el racismo, la "cultura de la pobreza" o la llamada depravación moral del subproletariado negro, los presuntos efectos perversos de los programas de ayuda social y, por último, la huida de la clase media negra y la desindustrialización. De todas maneras, lo que mejor explica el carácter acumulativo y autosostenido del proceso de dislocación social en cuestión es la *política urbana de abandono concertado* por parte del Estado norteamericano desde los años sesenta. Al socavar los programas públicos indispensables para el funcionamiento de sus instituciones y disminuir drásticamente los recursos asignados al sostenimiento de sus residentes,[6] la política de descompromiso urbano y social del gobierno estadounidense provocó una *desestructuración sistemática* del gueto, que hizo de éste un verdadero purgatorio urbano.

La atención prestada por los medios a la explosión de furia que agitó a Los Ángeles en mayo de 1992 a raíz de la absolución de los policías blancos acusados en el caso de Rodney King, no debe ocultar los *disturbios silenciosos de la vida de todos los días* que hacen del gueto negro un campo de batalla perpetuo por la seguridad y la supervivencia. Menos espectaculares que los grandes desórdenes, no son menos destructivos. Mientras que la sensación de inseguridad que impregna las urbanizaciones de HLM de los suburbios franceses tiene su principal fuente en la pequeña delincuencia juvenil, el clima de tensión que abruma al gueto norteamericano se arraiga, por su parte, en la realidad de los asesinatos, las violaciones y las agresiones que constituyen un peligro omnipresente.

En 1988, los 32 jueces del fuero penal del condado de Cook, que abarca los tres millones de habitantes del municipio de Chicago, examinaron 56.204 órdenes de acusación, entre ellas 3.647 casos de golpes y heridas graves y 8.419 violaciones, 1.584 robos a mano armada y 2.569 incidentes de "violencias significativas con arma", además de 2.009 asesinatos y homicidios premeditados. La mayoría de esos delitos fueron cometidos en los barrios negros del gueto, por sus habitantes pero también, y sobre todo, contra ellos. Un ex líder de la banda de los *Black Gangsters Disciples* a quien le pregunté por qué siempre examinaba con atención las inmediaciones de su edificio antes de entrar o salir de él, me explicó: "Louie, en este barrio siempre hay que estar en guardia. No la bajes nunca; ¿sabes por qué? *Es la ley de la selva*, Louie: o muerdes o te muerden [*bite or be bitten*]. Yo ya tomé mi decisión hace tiempo: nadie me va a morder, dalo por seguro. ¿Tú qué decides?".

De hecho, las agresiones y los tiroteos son moneda corriente en los grandes bloques de viviendas del South Side donde pululan las bandas, a punto tal que las madres de familia enseñan a sus hijos pequeños a arrojarse al suelo para protegerse de las balas perdidas y deducen de sus magros ingresos una suma mensual para pagar sus seguros de vida. Durante los meses de verano, no es raro registrar entre cinco y diez asesinatos por fin de semana, a menudo ocasionados por los *drive-by shootings* (disparos de arma de fuego desde un auto en movimiento). Es cierto que es muy sencillo conseguir un revólver, de venta libre en la calle a la tarifa "oficial" de trescientos dólares, si es un arma "limpia", y menos de la mitad si tiene un calibre ya disparado. "Esto es algo así como un territorio olvidado", señala un policía de la brigada de intervención de Wentworth, en el corazón del gueto del sur de la ciudad. En efecto, el distrito sólo dispone en promedio de un agente por

*. Zonas más viejas de una ciudad, situadas en el centro o cerca de él (n. del t.).

6. Fred Block, Richard A. Cloward, Barbara Ehrenreich y Frances Fox Piven, *The Means Season: The Attack on the Welfare State*, Nueva York, Pantheon, 1987, y Michael B. Katz, *The Undeserving Poor. From the War on Poverty to the War on Welfare*, Nueva York, Random, 1989.

cada 277 delitos graves cometidos, o sea, seis veces menos que el distrito blanco y burgués del Near North Side, en el que se encuentra el famoso barrio de la *Gold Coast*, que goza además de la protección cercana de policías privadas pletóricas de efectivos. Los policías de Wentworth responden a llamados urgentes sin solución de continuidad desde el principio hasta el final de su servicio. Lo que no impide que en muchos de ellos no puedan hacer nada porque todo el personal disponible ya está comprometido.[7]

Esta violencia endémica obliga a los habitantes del gueto a limitar seriamente sus salidas y planificar sus desplazamientos para minimizar el tiempo que pasan en la calle y evitar en la mayor medida posible transportes colectivos y lugares públicos. Lo cual no significa, sin embargo, que en sus propias casas gocen de una seguridad a toda prueba. El mismo policía de Wentworth dice: "Si hay un incendio, ni siquiera pueden salir de sus viviendas, de tan atrincherados que están adentro con barras y rejas, y además tienen verdaderamente demasiado miedo de salir a la calle". Tampoco los establecimientos escolares son capaces de garantizar la integridad física de sus alumnos y docentes, pese a la utilización de detectores de metales y de la práctica de palpar de armas entre los edificios. La muerte de estudiantes abatidos o apuñalados por alguno de sus compañeros en el perímetro de su establecimiento es periódicamente noticia de primera plana en los diarios locales, sin suscitar, no obstante, otras reacciones políticas que la expresión contrita de una compasión completamente simbólica. No es raro que las familias del gueto envíen a sus hijos como pensionados a las casas de sus parientes en los estados del sur o las ciudades vecinas, para asegurarse de que terminarán vivos su escolaridad.

Así, pues, en todo momento cada uno debe estar listo para defenderse a sí mismo y a los suyos por sus propios medios, puesto que, además de ser temida por sus métodos violentos, la policía es manifiestamente incapaz de proteger a los denunciantes de las represalias que las bandas pueden ejercer contra ellos o sus allegados. Eventualidad tanto más probable dado que, al estar las cárceles colmadas hasta reventar, muchos criminales y delincuentes deben ser puestos en libertad apenas detenidos, por falta de lugar. La prisión del condado de Cook, un edificio vetusto construido en 1929 para dar cabida a 1.200 personas, aloja hoy a cerca de ocho mil, de las cuales casi mil están obligadas a dormir en colchones tirados directamente en el suelo. Sólo durante 1988, las autoridades penitenciarias tuvieron que soltar a 25.000 procesados debido a la superpoblación. En esas condiciones, es fácil comprender que los habitantes del gueto vacilen en recurrir a los representantes de la ley. Como lo dice la canción del grupo de *rap Public Enemy*, "911 Is a Joke" ("El 911 [número policial de emergencia] es un chiste").

La criminalidad endémica, responsable de la cuasi desaparición del espacio público dentro del gueto, está estrechamente ligada a la desagregación de la economía local. Ya en 1968, el informe de la Comisión Kerner, a la que el presidente Johnson le había encargado diagnosticar las causas de la ola de disturbios raciales que acababan de sacudir a más de cien metrópolis norteamericanas, subrayaba con inquietud que "el movimiento de retirada de los capitales privados ya está considerablemente avanzado en la mayoría de las zonas segregadas de nuestras grandes ciudades".[8] Veinte años más tarde, el proceso está consumado: el agotamiento de las inversiones y los estímulos del Estado y la pérdida de millones de puestos de trabajo manuales debido a las reestructuraciones

7. "849 Homicides Place 1990 in a Sad Record Book", *Chicago Tribune*, 2 de enero de 1991.

8. *The Kerner Report: The 1968 Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders*, Nueva York, Pantheon, 1989 (1ª edición, 1968), p. 399.

64/28

industriales virtualmente vaciaron al gueto de toda actividad comercial. Lo atestigua la decadencia de la calle 63, en el barrio de Woodlawn, que fue una de las arterias comerciales más animadas del Chicago de la posguerra. Hoy es una lúgubre sucesión de edificios en ruinas, terrenos baldíos tapizados de basuras y tiendas quemadas cuyos esqueletos se pudren de pie, a la sombra de la línea del tren elevado. En 1950 había en Woodlawn casi setecientos establecimientos industriales y comerciales y ni una sola vivienda o lote inmobiliario vacío; los negocios eran tan prósperos que el barrio se había ganado el apodo halagador de *Miracle mile*, el "kilómetro milagroso". Hoy el milagro, para los menos de cien comercios que quedan, consiste en evitar mal que bien la quiebra.

A la inversa de la metrópoli, cuya composición socioprofesional se hizo más compleja con el paso a la economía de servicios, las transformaciones de la estructura social del gueto de Chicago se orientaron hacia una mayor homogeneidad debido al agravamiento ininterrumpido de la desocupación y la subocupación. En 1950, más de la mitad de los adultos residentes en el corazón del South Side desempeñaban un trabajo asalariado y el gueto exhibía un índice de actividad apenas inferior al de la ciudad en su conjunto. En 1980, casi tres de cada cuatro adultos estaban sin empleo. En tres décadas, la cantidad de obreros cayó de 35.800 a menos de cinco mil y los efectivos de cuello blanco (empleados de comercio y administrativos, ejecutivos y profesiones intermedias y liberales) disminuyeron a la mitad, pasando de unos 15.300 a menos de 7.400, mientras que en el Gran Chicago las filas de la clase media negra se multiplicaban por cinco. En el corazón del "Cinturón negro", de cada diez residentes, más de seis dependen hoy de la ayuda social para sobrevivir, y cuatro de cada diez crecieron en el seno de una familia asistida.

Enfrentados al hundimiento del mercado del trabajo asalariado y a la escandalosa insuficiencia de la ayuda social, con frecuencia los habitantes del gueto no tienen para subsistir otra elección que volcarse hacia la economía informal de la calle, y en especial a su sector más dinámico: el tráfico de drogas. Desde que las tres principales bandas que controlan las redes de distribución dentro de la *inner city*, Vice Lords, Disciples y El Rukns, se lanzaron a la reventa de *crack* y sus derivados, la cotización de la cocaína en Chicago cayó de 55.000 a 17.000 dólares el kilo. De modo que hoy es posible conseguir una bolsita de droga a la módica suma de diez dólares. Al llegar a una clientela masiva, el tráfico se convirtió en una verdadera industria que maneja un volumen de negocios calculado en centenares de millones de dólares por año; provisto de una elaborada división del trabajo, constituye hoy la principal fuente de empleo accesible a los jóvenes del gueto rechazados por la escuela y la economía legal. Los riesgos que se corren son elevados, sin duda, pero, además de que en él se puede empezar a trabajar desde muy chico (incluso antes de los 10 años), las calificaciones exigidas son mínimas; los horarios, flexibles, y las remuneraciones, muy ventajosas con respecto al anémico sector asalariado.

El crecimiento vigoroso de esta forma de "capitalismo de saqueo" (Weber) del que el tráfico de drogas constituye la punta de lanza, es una de las principales causas de la pandemia de violencia que afecta el gueto. Por el lado del consumo, el robo y la delincuencia callejera son en efecto el medio más directo de que disponen los toxicómanos para conseguir su dosis cotidiana. Por el de la distribución, el recurso periódico a la fuerza física es un *sine qua non* de este tipo de actividad comercial, una herramienta de gestión y regulación de las transacciones de la que ningún traficante podría prescindir, so pena de hacerse liquidar por sus rivales.[9] De todos modos, la expansión espectacular del narcotráfico no es más que el síntoma más visible de una especie de *tercermundización de la economía del gueto*. Los indicios más notorios son: la generalización del artesana-

9. A. Hamid, "The Political Economy of Crack-Related Violence", en *Contemporary Drug Problems*, 17, 1989, pp. 31-78.

cada 277 delitos graves cometidos, o sea, seis veces menos que el distrito blanco y burgués del Near North Side, en el que se encuentra el famoso barrio de la *Gold Coast*, que goza además de la protección cercana de policías privadas pletóricas de efectivos. Los policías de Wentworth responden a llamados urgentes sin solución de continuidad desde el principio hasta el final de su servicio. Lo que no impide que en muchos de ellos no puedan hacer nada porque todo el personal disponible ya está comprometido.[7]

Esta violencia endémica obliga a los habitantes del gueto a limitar seriamente sus salidas y planificar sus desplazamientos para minimizar el tiempo que pasan en la calle y evitar en la mayor medida posible transportes colectivos y lugares públicos. Lo cual no significa, sin embargo, que en sus propias casas gocen de una seguridad a toda prueba. El mismo policía de Wentworth dice: "Si hay un incendio, ni siquiera pueden salir de sus viviendas, de tan atrincherados que están adentro con barras y rejas, y además tienen verdaderamente demasiado miedo de salir a la calle". Tampoco los establecimientos escolares son capaces de garantizar la integridad física de sus alumnos y docentes, pese a la utilización de detectores de metales y de la práctica de palpar de armas entre los edificios. La muerte de estudiantes abatidos o apuñalados por alguno de sus compañeros en el perímetro de su establecimiento es periódicamente noticia de primera plana en los diarios locales, sin suscitar, no obstante, otras reacciones políticas que la expresión contrita de una compasión completamente simbólica. No es raro que las familias del gueto envíen a sus hijos como pensionados a las casas de sus parientes en los estados del sur o las ciudades vecinas, para asegurarse de que terminarán vivos su escolaridad.

Así, pues, en todo momento cada uno debe estar listo para defenderse a sí mismo y a los suyos por sus propios medios, puesto que, además de ser temida por sus métodos violentos, la policía es manifiestamente incapaz de proteger a los denunciantes de las represalias que las bandas pueden ejercer contra ellos o sus allegados. Eventualidad tanto más probable dado que, al estar las cárceles colmadas hasta reventar, muchos criminales y delincuentes deben ser puestos en libertad apenas detenidos, por falta de lugar. La prisión del condado de Cook, un edificio vetusto construido en 1929 para dar cabida a 1.200 personas, aloja hoy a cerca de ocho mil, de las cuales casi mil están obligadas a dormir en colchones tirados directamente en el suelo. Sólo durante 1988, las autoridades penitenciarias tuvieron que soltar a 25.000 procesados debido a la superpoblación. En esas condiciones, es fácil comprender que los habitantes del gueto vacilen en recurrir a los representantes de la ley. Como lo dice la canción del grupo de *rap Public Enemy*, "911 Is a Joke" ("El 911 [número policial de emergencia] es un chiste").

La criminalidad endémica, responsable de la cuasi desaparición del espacio público dentro del gueto, está estrechamente ligada a la desagregación de la economía local. Ya en 1968, el informe de la Comisión Kerner, a la que el presidente Johnson le había encargado diagnosticar las causas de la ola de disturbios raciales que acababan de sacudir a más de cien metrópolis norteamericanas, subrayaba con inquietud que "el movimiento de retirada de los capitales privados ya está considerablemente avanzado en la mayoría de las zonas segregadas de nuestras grandes ciudades".[8] Veinte años más tarde, el proceso está consumado: el agotamiento de las inversiones y los estímulos del Estado y la pérdida de millones de puestos de trabajo manuales debido a las reestructuraciones

7. "849 Homicides Place 1990 in a Sad Record Book", *Chicago Tribune*, 2 de enero de 1991.

8. *The Kerner Report: The 1968 Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders*, Nueva York, Pantheon, 1989 (1ª edición, 1968), p. 399.

industriales virtualmente vaciaron al gueto de toda actividad comercial. Lo atestigua la decadencia de la calle 63, en el barrio de Woodlawn, que fue una de las arterias comerciales más animadas del Chicago de la posguerra. Hoy es una lúgubre sucesión de edificios en ruinas, terrenos baldíos tapizados de basuras y tiendas quemadas cuyos esqueletos se pudren de pie, a la sombra de la línea del tren elevado. En 1950 había en Woodlawn casi setecientos establecimientos industriales y comerciales y ni una sola vivienda o lote inmobiliario vacío; los negocios eran tan prósperos que el barrio se había ganado el apodo halagador de *Miracle mile*, el "kilómetro milagroso". Hoy el milagro, para los menos de cien comercios que quedan, consiste en evitar mal que bien la quiebra.

A la inversa de la metrópoli, cuya composición socioprofesional se hizo más compleja con el paso a la economía de servicios, las transformaciones de la estructura social del gueto de Chicago se orientaron hacia una mayor homogeneidad debido al agravamiento ininterrumpido de la desocupación y la subocupación. En 1950, más de la mitad de los adultos residentes en el corazón del South Side desempeñaban un trabajo asalariado y el gueto exhibía un índice de actividad apenas inferior al de la ciudad en su conjunto. En 1980, casi tres de cada cuatro adultos estaban sin empleo. En tres décadas, la cantidad de obreros cayó de 35.800 a menos de cinco mil y los efectivos de cuello blanco (empleados de comercio y administrativos, ejecutivos y profesiones intermedias y liberales) disminuyeron a la mitad, pasando de unos 15.300 a menos de 7.400, mientras que en el Gran Chicago las filas de la clase media negra se multiplicaban por cinco. En el corazón del "Cinturón negro", de cada diez residentes, más de seis dependen hoy de la ayuda social para sobrevivir, y cuatro de cada diez crecieron en el seno de una familia asistida.

Enfrentados al hundimiento del mercado del trabajo asalariado y a la escandalosa insuficiencia de la ayuda social, con frecuencia los habitantes del gueto no tienen para subsistir otra elección que volcarse hacia la economía informal de la calle, y en especial a su sector más dinámico: el tráfico de drogas. Desde que las tres principales bandas que controlan las redes de distribución dentro de la *inner city*, Vice Lords, Disciples y El Rukns, se lanzaron a la reventa de *crack* y sus derivados, la cotización de la cocaína en Chicago cayó de 55.000 a 17.000 dólares el kilo. De modo que hoy es posible conseguir una bolsita de droga a la módica suma de diez dólares. Al llegar a una clientela masiva, el tráfico se convirtió en una verdadera industria que maneja un volumen de negocios calculado en centenares de millones de dólares por año; provisto de una elaborada división del trabajo, constituye hoy la principal fuente de empleo accesible a los jóvenes del gueto rechazados por la escuela y la economía legal. Los riesgos que se corren son elevados, sin duda, pero, además de que en él se puede empezar a trabajar desde muy chico (incluso antes de los 10 años), las calificaciones exigidas son mínimas; los horarios, flexibles, y las remuneraciones, muy ventajosas con respecto al anémico sector asalariado.

El crecimiento vigoroso de esta forma de "capitalismo de saqueo" (Weber) del que el tráfico de drogas constituye la punta de lanza, es una de las principales causas de la pandemia de violencia que afecta el gueto. Por el lado del consumo, el robo y la delincuencia callejera son en efecto el medio más directo de que disponen los toxicómanos para conseguir su dosis cotidiana. Por el de la distribución, el recurso periódico a la fuerza física es un *sine qua non* de este tipo de actividad comercial, una herramienta de gestión y regulación de las transacciones de la que ningún traficante podría prescindir, so pena de hacerse liquidar por sus rivales.[9] De todos modos, la expansión espectacular del narcotráfico no es más que el síntoma más visible de una especie de *tercermundización de la economía del gueto*. Los indicios más notorios son: la generalización del artesana-

9. A. Hamid, "The Political Economy of Crack-Related Violence", en *Contemporary Drug Problems*, 17, 1989, pp. 31-78.

do ilegal y el trabajo jornalizado; la multiplicación de los pequeños "oficios" subproletarios (trapero, vendedor ambulante, recolector de cajones de soda, revendedor de diarios por unidad, custodio de autos estacionados, portador); el resurgimiento de los *sweat-shops*, el trabajo a domicilio o pagado a destajo y el florecimiento de un abanico de tráficos más o menos legales –venta de la propia sangre, prostitución, usura (llamada *loan-sharking*), tráfico de cupones de alimentos o de *carnets* de atención médica, etcétera–.

El retroceso de la economía mercantil y el deterioro generalizado de las condiciones de vida en el gueto llegaron a un nivel tal que el sector público ya no está en condiciones de cumplir su función mínima de provisión de bienes colectivos, seguridad, vivienda, salud, educación, justicia. Peor: al no tener prácticamente por clientela más que a las capas marginadas del proletariado negro, los servicios públicos pueden reconvertirse en instrumentos de vigilancia y policía de una población a la que en lo sucesivo se trata de contener en los enclaves degradados que se le asignan. Lejos de contribuir a mitigar las desigualdades que pesan sobre ellos, tienden a acentuar el aislamiento y la estigmatización de sus usuarios, hasta el extremo de efectuar una verdadera *secesión de hecho del gueto* con respecto al resto de la sociedad. De herramienta de lucha contra la pobreza, la fuerza pública se transforma en máquina de guerra contra los pobres.

Como perdió el control de esta parte de su territorio, al Estado le cuesta mucho manejar las instituciones que tiene a su cargo. Así ocurre con la vivienda social: la *Chicago Housing Authority* (CHA), que administra el parque de viviendas públicas de la ciudad (cuya abrumadora mayoría está dentro del gueto), es incapaz de emitir una lista de los departamentos habitables de que dispone. Además de sus doscientos mil locatarios oficiales, la CHA admite tener contra sus deseos entre 60.000 y 100.000 ocupantes ilegales, pese a que hay listas de espera que llegan a incluir a 60.000 familias. En algunas urbanizaciones, la cantidad de locatarios oficiosos duplica la de los que figuran en los registros de arrendamiento. En 1989, el nuevo director de la CHA concibió un ambicioso programa de "limpieza" de los grandes complejos habitacionales del South Side para erradicar de ellos a los usurpadores y las bandas. Pero las "redadas" (*sweeps*) planificadas en gran secreto se hicieron públicas, por lo que, luego de recibir varias amenazas de muerte, el director tuvo que renunciar.

Por su parte, los servicios sociales de la ciudad debieron retirarse del corazón del gueto a causa de su peligrosidad. Las asistentes sociales afectadas a la zona de Wentworth se niegan a visitar a sus "clientes" a domicilio y se conforman con convocarlos a sus oficinas del centro de la ciudad una vez cada seis meses. Los cheques de la ayuda social ya no se entregan por correo sino que se envían directamente a sus destinatarios por medio de los *Currency exchanges* (oficinas privadas que hacen las veces de establecimientos financieros y administrativos dentro del gueto), a fin de evitar los robos con violación de los buzones y el tráfico de *carnets* del *welfare*. De todos modos, la organización de los servicios sociales apunta menos a prestar asistencia a las familias necesitadas que a minimizar la cantidad de derechohabientes, a fin de reducir unos gastos sociales que el electorado blanco mayoritario juzga intolerables. Como prueba de ello, la oficina de ayuda pública de Chicago multiplica los controles puntillosos y los procedimientos burocráticos; asigna una parte de su presupuesto al espionaje de los asistidos, con el objetivo de "pescar" a eventuales defraudadores. Números de teléfono sin cargo para las denuncias anónimas, llamados a la delación en los diarios, pago de informantes encargados de la vigilancia cercana, visitas imprevistas al domicilio de los sospechosos: todos los medios son buenos para disminuir la cantidad de beneficiarios de las ayudas. A punto tal que los habitantes del gueto no vacilan en comparar los servicios sociales con la KGB.

Sin embargo, es la escuela lo que mejor simboliza la pauperización avanzada del sector público dentro de la *inner city*. Abandonado por los blancos y las clases media y alta como se huye de un

barco que se hunde, el sistema educativo de Chicago se convirtió en una especie de "reserva escolar" en la que, a falta de otra cosa, se deposita a los niños del gueto. Sus integrantes provienen esencialmente de familias negras y latinas (el 85%) que viven por debajo del umbral oficial de pobreza (el 70%). Apenas una cuarta parte de los escolares logran terminar el ciclo secundario en los tiempos previstos (aunque no haya ningún examen para pasar de curso), y la abrumadora mayoría se orienta hacia sectores profesionales que son otras tantas vías muertas. El nivel escolar es tan bajo que en el colegio Martin Luther King un alumno puede terminar el último curso sin ser capaz de escribir una frase completa o resolver fracciones elementales. Es cierto que el distrito escolar de Chicago sólo gasta por alumno la mitad de las sumas de que disponen las escuelas públicas de las ciudades satélite de los suburbios acomodados; de allí la penuria crónica de docentes, salas y amoblamiento en que se debaten los establecimientos del gueto. Ninguno de los cinco últimos alcaldes de Chicago envió a sus hijos a un colegio secundario público. Tampoco el rector y más de la mitad del cuerpo de profesores. Como lo confiesa un consejero municipal: "¡Uno tiene que haber perdido la cabeza para mandar a sus hijos a la escuela pública!".[10]

En definitiva, el abandono de las instituciones públicas conduce a la *desertificación organizacional* del gueto, porque condena a las instituciones nativas y los organismos privados que dependen de ellas a una extinción a fuego lento. Así ocurre con ese barrio afectado del West Side, con unos 61.000 habitantes, de los cuales la mitad vive por debajo del umbral federal de pobreza, que una de sus residentes compara con un "agujero negro":

> Ella podía enumerar con facilidad lo que faltaba. No había bancos, sólo los *currency exchanges* que cobraban una comisión que podía llegar a los ocho dólares por cheque de la ayuda social cambiado por efectivo. No había biblioteca pública, ni cine, ni pista de patinaje, ni *bowling* para que los jóvenes del barrio pudieran distraerse. Para los achacosos, sólo dos clínicas [...], ambas al borde de la quiebra y que terminarían por cerrar sus puertas a fines de 1989. Sin embargo, la tasa de mortalidad infantil superaba la de muchos países del Tercer Mundo como Chile, Costa Rica, Cuba y Turquía. Y no había un centro de desintoxicación, pese a que la toxicomanía no hacía más que crecer.[11]

La debilidad de los servicios públicos es tan escandalosa en ese sector del gueto que, después de haberlo visitado en 1982, la madre Teresa asignó dos hermanas de su Misión de la Caridad a la urbanización de Henry Horner a fin de abrir un refugio para mujeres y niños sin techo, una guardería y un comedor de beneficencia. En suma, la política de abandono urbano del gobierno norteamericano redujo las instituciones públicas del gueto, supuesta base para la integración a la sociedad, al rango de instrumentos de segregación. Y la escasa actividad estatal que subsiste en él promueve el fortalecimiento de las exclusiones de las que el gueto es el producto.

Francia no es Estados Unidos. Las urbanizaciones de los suburbios en decadencia no son guetos en el sentido que asume esta noción en el contexto norteamericano. La descomposición de las zonas obreras de Francia obedece a una lógica que le es propia, conforme a su historia y las coacciones de un marco institucional y estatal muy diferente. La discriminación, la violencia, la pobreza y el aislamiento social distan de experimentar aquí la misma intensidad y amplitud que en la *inner city* norteamericana. No por ello es menos cierto que más allá de las diferencias flagrantes de niveles y estructura, la *inclinación* de la evolución de las desigualdades urbanas en Francia durante la últi-

10.
Jonathan Kozol, *Savage Inequalities: Children in America's School*, Nueva York, Crown Books, 1991, p. 53.

11.
Alex Kotlowitz, *There Are No Children Here*, Nueva York, Doubleday, 1991, p. 12.

ma década tiende a crear, en último término, las condiciones propicias para un acercamiento. Y si en su miopía tecnocrática y su fijación fascinada en el rendimiento financiero a corto plazo las elites dirigentes francesas, tanto de izquierda como de derecha, persistieran en la política neoliberal de reducción del sector público y "mercantilización" rampante de las relaciones sociales que hicieron propia desde mediados de los años setenta, no debería excluirse lo peor: la utopía negativa, lejana y pavorosa,[12] podría convertirse en realidad.

12. Puede encontrarse un retrato sobrecogedor de esta "utopía negativa" en que se convirtió la megápolis polarizada de Norteamérica en la magnífica obra de Mike Davis, *City of Quartz: Excavating the Future in Los Angeles*, Londres, Verso, 1990, con fotos de Robert Morrow.

The Zone

Loïc J. D. Wacquant

Conocí a Rickey por intermedio de su hermano, con quien me había encontrado, durante mi investigación sobre el oficio de boxeador en Chicago, en un salón de entrenamiento situado en pleno corazón del gueto negro, lindero con un bosque de edificios de viviendas públicas especialmente deteriorados. "También boxeó como profesional, además se prepara para reaparecer; deberías entrevistarlo", me había dicho Ned. Efectivamente, Rickey se presentó algunos días más tarde. Después de que le expliqué el objetivo de mi encuesta aceptó participar en el reportaje, pero en cada ocasión se hacía humo en el último momento o desaparecía durante varios días. Finalmente pude entrevistarlo en agosto de 1991 luego de varias citas infructuosas en el salón de boxeo, no sin que antes se hubiera asegurado de que yo era "confiable".

Ya había entrevistado a su hermano, que arrastra su osamenta de jugador de rugby al *gym* durante toda la semana y vive al día con trabajitos a diestro y siniestro; de modo que conocía en detalle el perfil familiar de Rickey. Por su antiguo *coach* sabía que sus vagas veleidades de volver a subir a un ring después de una interrupción de cinco años no tenían esperanzas de éxito, aun cuando todos fingían creerle por una cuestión de honor. De otro informante del barrio había recibido una serie de valiosos datos sobre sus actividades subterráneas, en especial que Rickey era un "*hustler* profesional", término verdaderamente intraducible porque describe un espacio semántico –y social– sin equivalente directo en francés y que, en una primera aproximación, puede identificarse mediante las nociones de rebusque, astucia, chanchullo, timo, ratería y robo mediante arrebato con una meta directamente monetaria.

El verbo *to hustle*, en efecto, designa un campo de actividades que tienen en común requerir la puesta en acción de un tipo particular de capital simbólico, a saber, la capacidad de manipular a los otros, de engañarlos si es preciso, uniendo la violencia a la astucia y el encanto, con el objetivo de obtener un beneficio pecuniario inmediato. Estas actividades describen un *continuum*[1] desde lo relativamente inofensivo –fabricación y distribución ilícitas de alcohol (en especial en los *after-hours clubs*, esos garitos ilegales del gueto), venta o reventa de objetos hurtados, apuestas y juegos de azar prohibidos por la ley (naipes, dados, billar), quiniela del gueto conocida como *policy* o *numbers game* –hasta lo delictivo– rapiñas diversas, hurtos en puestos de feria o escaparates, robos, desarme de autos, "recuperación" de ladrillos, cañerías o marcos de puertas y ventanas en los edificios abandonados, estafas de todo calibre cuyo historial conserva la tradición oral o acciones decididamente criminales: proxenetismo, chantaje con amenaza de incendio (a comerciantes de una zona dada), extorsiones,

1. Para algunas ilustraciones, véanse B. Valentine, *Hustling and Other Hard Work: Life Styles in the Ghetto*, Nueva York, Free Press, 1978; E. Anderson, *A Place on the Corner*, Chicago, The University of Chicago Press, 1976, capítulo 5, "The Hoodlums"; E. Liebow, *Tally's Corner: A Study of Negro Streetcorner Men*, Boston, Little Brown, 1967, y para un punto de vista autobiográfico, H. Williamson, *Hustler* (compilado por C. Keiser), Nueva York, Avon Books, 1965.

tráfico de drogas, agresiones (*mugging* y *stick-ups*) y hasta asesinatos por encargo, cuyas tarifas son conocidas públicamente en ciertos sectores del gueto.

Si esta definición parece imprecisa, es porque el *hustler* es un personaje huidizo y difícil de captar en la realidad misma, ya que en muchos casos su "oficio" consiste justamente en inmiscuirse furtivamente en ciertas situaciones o tejer relaciones de apariencias engañosas a fin de sacar de ellas un beneficio arrebatado más o menos a la fuerza. Además, si bien el *hustler* prefiere el camino de la seducción al del apremio o la amenaza física, el arte del *playing it cool* al uso de la fuerza bruta (que lo identificaría con ese otro tipo social del gueto al que se denomina *gorilla*), las circunstancias hacen que a menudo deba recurrir a la violencia, aunque sólo sea para preservar su honor y su integridad física. Las fronteras que lo deslindan de los otros "depredadores sociales" del gueto no tienen nada de tajantes.

El mundo del *hustling* se opone término a término al del trabajo asalariado, en el que todo es, al menos en teoría, legal y reconocido (*legit*), regular y regulado, registrado y aprobado por la ley, como lo atestiguan el contrato de empleo y el recibo de pago. Lo ilícito y lo ilegal, lo reprimido y lo censurado (con mucha frecuencia incluso por quienes están metidos en ello: "Tú eres el que paga por lo que hace", filosofa Rickey al evocar un intento malogrado de robo en un auto, que le valió recibir dos balas de revólver en la canilla) son conocidos y tácitamente tolerados por todos porque son a la vez *banales y necesarios*: uno tiene que vivir y hacer vivir a los suyos. Además, debido a la penuria material colectiva y la insuficiencia crónica de las entradas obtenidas con el trabajo o la ayuda social, casi todos los residentes del gueto deben, en uno u otro momento, recurrir a algún *hustle*.[2]

Rickey, como ya dijimos, tiene el físico y el hábito de la actividad. Muy alto, desgarbado, un tórax amplio atornillado a largas piernas delgadas, está vestido con un mono color verde jungla de símil ante, acorazado de bolsillos y con unos tirantes de cuero *beige*, que cae sobre unos zapatos deportivos de marca de una blancura rutilante y acentúa su andar felino y relajado –además de ocultar su vientre rechoncho: tiene que rebajar más de 15 kilos para recuperar su antigua forma–. Los anteojos negros de cristal reflectante disimulan sus pequeños ojos debajo de una frente muy amplia de tinte cobrizo. Un fino bigote y un esbozo de barba en el mentón le dan un aire reflexivo que cultiva a gusto; el pelo azabache afeitado hasta bien arriba en la parte de atrás del cráneo está cuidadosamente arreglado debajo de una gorra de béisbol de tela verde puesta al revés, con la visera hacia la nuca. Aunque advertido de su reputación de "buen charlista", calidad tenida en alta estima en el gueto, donde se otorga un lugar preferencial a la habilidad retórica,[3] me sorprende su labia pero más aún la contención e incluso el pudor con que me habla de su barrio, sus amigos de infancia, sus esperanzas y sus sinsabores, de la batalla recomenzada sin cesar para, dice, *"make it another day"*. Dirige una mirada casi clínica al universo deshecho y desequilibrado que lo encierra; lo describe sin vanagloria, sin efectismos, sin tratar de embellecerlo ni ensombrecerlo. No lo reivindica pero tampoco reniega de él. Sencillamente, está ahí: es su mundo, no puede remediar-

2. Cf. *The Autobiography of Malcolm X*, compilada por Alex Haley, Nueva York, Ballentine Books, 1964. Véanse también D. A. Schultz, *Coming Up Black: Patterns of Ghetto Socialization*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1969, pp. 78-103, y D. Glasgow, *The Black Underclass: Poverty, Unemployment, and Entrapment of Ghetto Youth*, Nueva York, Vintage, 1980, capítulo 6.

3. R. D. Abrahams, *Positively Black*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1970; T. Kochman (comp.), *Rappin' and Stylin' Out: Communication in Urban Black America*, Urbana y Chicago, University of Illinois Press, 1973; E. A. Folb, *Runnin' Down Some Lines: The Language and Culture of Black Teenagers*, Cambridge, Harvard University Press, 1980; y W. Labov, *Le parler ordinaire: la langue dans les ghettos noirs des États-Unis*, París, Minuit, 1978. La música *rap* lo atestigua hoy en el ámbito comercial (el mismo término "*rap*" designa en su origen "el arte de la bella conversación" en la lengua vernácula negra norteamericana).

lo. Y la conciencia de estar *condenado* a él lo lleva a una lucidez dolorosa que hace que sepa inútil apiadarse de sí mismo.

Nacido en Chicago, séptimo y último varón de una familia de 11 hijos, Rickey siempre vivió en un gran complejo de viviendas públicas del South Side célebre en todo el país por su peligrosidad ("Es un lugar del que siempre oyes hablar en los informativos"). Su madre, llegada de Tennessee en 1956 con una educación primaria como único patrimonio, en el momento en que terminaba la gran migración que llevó a miles de negros de los estados del sur a Chicago, lo crió sola, dividida entre algunos trabajos como empleada de limpieza (en diferentes bares y *cabarets* del gueto, luego de estar empleada durante un tiempo en una fábrica de platos descartables) y la ayuda social, que apenas permitía sobrevivir a la familia. De su padre, fallecido en su primera infancia, prácticamente no conserva ningún recuerdo: todo lo que sabe es que siempre se mató en "montones de trabajitos en fábricas, un poco por todas partes", sin conseguir nada. Como muchos hombres y mujeres de su generación en la comunidad negra, no conoció a ninguno de sus abuelos.

Rickey crece en medio del "rigor" de uno de los sectores de peor fama del gueto sur de la ciudad, colocado bajo la férula de la banda de los Disciples y luego de la de El Rukn, cuyo cuartel general está en la misma cuadra del *project* (complejo habitacional) en que él vive (ese edificio de ladrillos con el rótulo de un "centro religioso islámico" fue destruido recientemente por el FBI luego de una incursión militar de envergadura, coronada por la confiscación de importantes cantidades de droga y un arsenal impresionante: montones de municiones y decenas de armas de puño automáticas, granadas, fusiles ametralladoras Uzi y hasta un lanzacohetes). Grescas, disparos, prostitución, tráfico de drogas, extorsiones, enfrentamientos sin fin y cada vez más asesinatos entre bandas: "Todo lo que quieras, vienes al lugar y vas a encontrarlo". El mayor de sus hermanos trabaja durante un tiempo para una banda local como *enforcer*, hombre de armas tomar encargado de recuperar por la fuerza el dinero debido por los "minoristas" de la red de venta de drogas, atrasados en sus pagos. No por nada el barrio se conoce dentro del gueto como *"The Zone"*, sobrenombre al cual Rickey prefiere el de *"Killing Fields"* (literalmente, "Los campos de la Muerte"), que, en su espantosa concisión, expresa mejor que cualquier estadística la peligrosidad extrema de esta parte de la ciudad.[4]

Rickey hizo toda la escuela en el barrio, y luego de varias interrupciones terminó los estudios secundarios en el colegio público Wendell Phillips, un establecimiento vetusto (el edificio principal es anterior a 1930), encajado entre varios *projects* rivales, con aspecto de cuartel (puertas blindadas, escasas ventanas enrejadas, instalaciones deportivas abandonadas) y frecuentado exclusivamente por los niños afroamericanos pobres de los alrededores. Con respecto a la escuela, experimenta a la vez despecho y pesar. Despecho, en primer lugar, al comprobar que la poca educación que adquirió no le es de ninguna utilidad: "Para mí la escuela era un chiste, o más bien yo estaba fuera de lugar, qué sé yo... no me sirvió para nada... me pasó por un costado". Luego siguió por poco tiempo algunos cursos en un *junior college* municipal,[5] pero sin siquiera saber demasiado con qué objetivo. Pesar, en segundo lugar, porque sabe bien que sin título es probable que nunca pueda obtener un empleo

4. No es un caso aislado: la urbanización de Henri Horner Homes, en el West Side, fue bautizada *The Graveyard* ("El cementerio") por sus ocupantes; un gran complejo habitacional del barrio de Woodlawn, en el South Side, se conoce con el nombre no menos evocador de *Murdertown* ("Villa del crimen").

5. Un *junior college* es un establecimiento formalmente asociado a la enseñanza superior pero que no exige haber terminado la educación secundaria y sirve, de hecho, como curso de recuperación para adultos del nivel del bachillerato, e incluso del primer ciclo de los colegios. En Chicago, el índice de fracaso en estos establecimientos supera el 90%.

estable, pero también porque la escuela se mezcla con el recuerdo de una juventud que retrospectivamente le parece dichosa en comparación con su existencia actual. Habla de volver a inscribirse en el Kennedy King College para estudiar "la comunicación", tanto por un deseo confuso de abrirse una vía de escape del gueto como por un deber ideológico evocado por la situación de la encuesta.[6]

Soltero por necesidad más que por elección, Rickey vive solo en un pequeño departamento de dos ambientes en el tercer piso de una torre vecina a la de su infancia. De 29 años, nunca tuvo un trabajo regular; siempre vivió de "rebusques" y una variada gama de actividades más o menos ilegales. Cuando le pregunto si tiene empleo, se presenta en primer lugar como "vendedor ambulante" por cuenta propia: "Siempre fui un *hustler*, ¿ves?, vendo, bueno, medias, pelotas, cigarrillos, agua de Colonia, un poco de todo, qué sé yo". Reconoce luego que no es poco el dinero que gana con el juego (*gambling*) y me da a entender que varias "chicas" también se lo aportan. Evita con rezongos hablar demasiado directamente de sus actividades y sostiene con una insistencia rayana en la denegación que no se dedica a ningún tráfico de drogas; a continuación, por un informante bien situado, me enteraré de que "trabaja" de vez en cuando en la reventa de estupefacientes, Karachi, *Angel dust*, cocaína. A lo largo de la entrevista, sus ingresos declarados o estimados varían de seiscientos a 1.800 dólares mensuales (con picos temporarios de tres mil), sumas que corresponden a las diversas imágenes que desea darse de sí mismo. Al final me confiesa, avergonzado y después de un largo silencio: "Nada para vanagloriarse, eh, la cosa varía, apenas da para pagar las cuentas, qué sé yo". En una sociedad en que el valor de cada individuo se mide por sus ingresos, nadie admite fácilmente estar sin un centavo, *hard up*, y menos que menos en su nivel más bajo, donde todo se hace dinero, se compra y se vende en efectivo.

Así es como sus entradas son irregulares, ya que provienen de varias fuentes, cada una de ellas afectada por su propio coeficiente de incertidumbre: recibe intermitentemente una ayuda social a la cual teóricamente no tiene derecho (la *General Assistance*, alrededor de 180 dólares por mes y cupones de alimentos); consigue dinero de varias "amigas", que por su parte viven de la asistencia pública pero reciben sumas más importantes de la *welfare office* en su calidad de "madres solas con hijos dependientes" o, mejor, que trabajan en el Loop (centro de la ciudad) como secretarias o empleadas bancarias;[7] por último, están los ingre-

6.
El reconocimiento de la omnipotencia de la educación y de la necesidad de sacrificarse por ella es prácticamente universal en el gueto (un joven de un barrio limítrofe tiene esta fórmula sorprendente: "Muy pronto, para saltear las hamburguesas en McDonald's vas a necesitar un título en aeronáutica"). Por una paradoja que sólo lo es en apariencia, son los más indigentes culturalmente quienes profesan hacia los títulos escolares más desvalorizados el culto más intenso y se declaran (y se creen) invariablemente en vísperas de retomar unos "estudios" momentáneamente "interrumpidos" para hacer frente a las circunstancias desfavorables de la hora. Las madres solas que viven de la asistencia pública (a las que se designa con el rótulo degradante de *welfare mothers*), a veces desde hace diez años y aún más, sin ninguna posibilidad objetiva de cambiar de condición a corto plazo, a quienes interrogué en los complejos de HLM del gueto, dicen casi ritualmente: "Voy a inscribirme para aprobar el GED" (*General Equivalency Diploma*, certificado de equivalencia de la finalización de los estudios secundarios, sin valor en el mercado laboral). ¿Cuándo? "En septiembre, en el inicio de los cursos, cuando haya encontrado una *babysitter* para mis hijos. Y después voy a encontrarme un buen trabajito y a salir de este barrio."

7.
Esta estrategia económica no se confunde con el proxenetismo (*pimping*), aun cuando pueda englobarlo. La mayoría de las veces, lo que la lengua de la calle llama *broad money* (*broad* puede traducirse como "hembra" o "tipa") se entrega sin que medien apremios físicos, como contrapartida de servicios reales prestados por el hombre: protección, afecto, compañía o ayuda para mantener la disciplina entre los niños de la casa. Este tipo de intercambio materializa la marginalidad económica extrema de los hombres negros del gueto y su dependencia financiera de las mujeres (Clement Cottingham, "Gender Shift in Black Communities", en *Dissent*, otoño de 1989, 521-525), cuyas fuentes de ingreso son más numerosas y accesibles (ayuda social, trabajo industrial no calificado o empleos domésticos, prostitución). En su dimensión sexual, con frecuencia demuestra estar más cerca de la prostitución masculina que del proxenetismo clásico.

sos de sus diversas actividades de *hustling* en la calle. No tiene cuenta bancaria ni bienes personales de valor, sólo el teléfono (y recela de mis intenciones cuando le pido el número) y un viejo Plymouth Valiant, que él mismo arregla cuando se descompone, porque la movilidad física es un *sine qua non* de su profesión. Siempre se esfuerza por pagar puntualmente el alquiler, recurriendo en caso de necesidad a sus *lady-friends*. Ésa es su prioridad. Por eso trata de mantener "a toda costa" esos amores equívocos que lo ligan a varias mujeres, cada una de las cuales cree que es "la verdadera, la única", si bien admite con naturalidad que "si una hembra busca un tipo con el que pueda contar, alguien para formar una familia, seguro que no se va a fijar en mí".[8]

De una larga entrevista (cerca de tres horas a ritmo acelerado) referida a su infancia, sus peregrinaciones diarias por el gueto, sus intentos fallidos de insertarse en el mercado laboral y sus experiencias en el ámbito del boxeo profesional, retuve principalmente lo que me dijo de su oficio de *hustler* y del clima cotidiano de su barrio. Hay que evitar ver en Rickey a un personaje exótico y marginal perteneciente a un "submundo" cercano al hampa o merecedor de un análisis en términos de "delincuencia", puesto que el *hustler*, del que él representa una encarnación condensada y personalizada, es por el contrario una figura genérica que ocupa una posición central en el espacio social del gueto negro norteamericano. No sólo dista de ser estadísticamente raro sino que, a la manera de un tipo ideal viviente, reúne ejemplarmente, sobre todo, un repertorio de propiedades y prácticas situadas en lo alto de la tabla de valores locales, porque hace de la astucia y la facultad de supervivencia a base de *street smarts*, esa "inteligencia callejera" que es el único bien otorgado a todos, el fundamento de un estilo de vida expresivo[9] que, al aligerarla parcialmente, puede hacer un tanto soportable la atmósfera tensa y opresiva de la rutina de todos los días en el gueto. Rickey no es una anomalía social o el representante de una microsociedad desviada a la manera de una "corte de los milagros"; es un efecto de llevar a su extremo una lógica de exclusión socioeconómica y racial secular que en diversos grados afecta a todos los habitantes del gueto.[10]

Para dilucidar por completo la lógica propia de este universo casi carcelario que es el gueto negro norteamericano, la necesidad específica que lo habita –y lo organiza desde adentro pese

8.
Este tipo de relación hecha de desconfianza y explotación mutuas entre los sexos está muy extendido en el gueto; cf. E. Liebow, *Tally's Corner...*, ob. cit., capítulo 5, "Lovers and Exploiters"; E. A. Folb, *Runnin' Down Some Lines...*, ob. cit., capítulo 4; y Kenneth B. Clark, *Dark Ghetto: Dilemmas of Social Power*, Nueva York, Harper Torchbooks, 1965, 47-54, 67-74.

9.
Sobre la importancia de la dimensión expresiva en el "estilo de vida" popular negro, véanse L. Rainwater, *Behind Ghetto Walls: Black Family Life in a Federal Slum*, Nueva York, Aldine Publishing Company, 1970, pp. 377-384; U. Hannerz, "The Concept of Soul", en A. Meier y E. Rudwick (comps.), *The Making of the Black Ghetto*, Nueva York, Hill and Wang, 1978, y H. Finestone, "Cats, Kicks, and Color", en H. S. Becker (comp.), *The Other Side: Perspectives on Deviance*, Nueva York, The Free Press, 1964, 281-297.

10.
Bettylou Valentine (*Hustling and Other Hard Work...*, ob. cit.) muestra cómo la gran mayoría de los habitantes del gueto deben combinar constantemente trabajo asalariado, asistencia pública y *hustling* para lograr sobrevivir en el espacio social comprimido y truncado en que se los relega; el hecho de combinarlos es en sí mismo muestra del "arte social" del *hustling*. De una investigación detallada sobre los presupuestos de cincuenta madres solas que viven con sus hijos en el Gran Chicago y dependen de la ayuda social, se desprende que *todas sin excepción* deben recurrir regularmente, sea al sostén de padres, amigos o "padres desertores", sea al trabajo no declarado, para asegurar la supervivencia mínima de sus familias (K. Edin, "Surviving the Welfare System: How AFDC Recipients Make Ends Meet in Chicago", en *Social Problems*, 38 (4), 1991, pp. 462-474). Sobre este aspecto, véanse igualmente W. Moore, Jr., *The Vertical Ghetto: Everyday Life in an Urban Project*, Nueva York, Random House, 1969, y J. Wojcika Scharf, "The Underground Economy of a Poor Neighborhood", en L. Mullings (comp.), *Cities of the United States: Studies in Urban Anthropology*, Nueva York, Columbia University Press, 1987, 19-50. No es una casualidad que el *hustler* sea un personaje omnipresente en la literatura y la autobiografía afroamericanas (así ocurre en el clásico de Claude Brown, *Manchild in the Promised Land*, Nueva York, Signet, 1965).

a que tiene su origen y su fuerza de imposición en el exterior–,[11] y cuya traducción "subjetiva" es la actitud de Rickey, hecha de oscilaciones rápidas entre realismo desengañado y onirismo fatalista, hay que evitar la doble trampa de la lectura miserabilista, que se conmueve y compadece del espectáculo de la miseria, y su contrario, la lectura populista, que celebra las virtudes y la inventiva del dominado y presenta como una estrategia heroica de "resistencia" lo que con mucha frecuencia no es más que una táctica económica de autopreservación frente a un orden de dominación tan total y brutal que en última instancia ya no se lo percibe como tal ni se lo pone en cuestión. Para ello, hay que aceptar suspender temporariamente el primer movimiento de simpatía, indignación u horror, y adoptar, con respecto a este mundo, el punto de vista del mismo Rickey, vale decir, la "actitud natural" (Alfred Schultz) de que desde el inicio las cosas caen por su propio peso.

También hay que admitir, a contramano de toda la tradición de la investigación norteamericana sobre el tema, siempre enviscada en los esquemas y razonamientos moralistas y naturalistas de la Escuela de Chicago, que el gueto no padece una "desorganización social" sino que constituye un universo dependiente, finamente diferenciado y jerarquizado, que se organiza de acuerdo con principios específicos productores de una *forma regular de entropía social.* El primero de esos principios reguladores podría condensarse en la fórmula "hobbesiana" de la "guerra de todos contra todos". En este mundo de penuria y urgencia que en menor o mayor medida escapa por defecto a las reglas y regulaciones de la sociedad dominante, donde las instituciones normales de policía (en el sentido foucaultiano) de las relaciones interpersonales son débiles o están ausentes debido al doble movimiento de repliegue del mercado y el Estado, ni los policías, ni los trabajadores sociales, ni los docentes, ni los hombres de iglesia o los notables locales, y ni siquiera los residentes de más edad (los *old heads* que cumplían una función de sabios o "jueces de paz" informales dentro del gueto en la posguerra y aproximadamente hasta los años sesenta) constituyen instancias eficaces de recurso o mediación. *"I'm gonna take care of my business on you"*: el primer reflejo es y no puede ser más que hacerse justicia por sí mismo según la ley del más fuerte. En esta situación de "guerra de todos contra todos" generalizada y constante, en que siempre se sospecha que las solidaridades más firmes son interesadas –¿cómo no van a serlo en un universo en que cualquiera puede enfrentarse, en todo momento, a la elección entre engañar o ser engañado, matar o ser muerto?–, se comprende que el escepticismo sea la ley y que cada uno, en realidad, sólo esté dispuesto a contar consigo mismo: "Me manejo solo", dice lacónicamente Rickey.[12]

La proliferación de la droga exacerba esta lógica de la sospecha y la reserva, modificando todos los datos de la existencia cotidiana y generando una inseguridad cada vez más profunda. Rickey compara su llegada a la de una epidemia ("una peste") que arrastra todo a su paso, destruye las amistades y reduce los contactos humanos a meras relaciones de explotación inmediata e ilimitada. Y apenas disimula el asco que le inspiran quienes, atrapados en este engranaje implacable, no vacilan en vender droga a su propia madre, en

11.

Loïc J. D. Wacquant, "Redrawing the Urban Color Line: The State of the Ghetto in the 1980s", en C. J. Calhoun (comp.), *Social Theory and the Politics of Identity*, Oxford, Blackwell, 1993; e ídem, "Décivilisation et démonisation: la mutation du ghetto noir américain", en C. Fauré y T. Bishop (comps.), *L'Amérique des Français*, París, Éditions François Bonvin, 1992, pp. 103-125.

12.

"Donde los ingresos son irregulares e insuficientes, se hace necesario explotar a los amigos y los parientes. La ausencia de estabilidad [*transcience*] es el garante de la máxima inseguridad" (Abrahams, *Positively Black*, ob. cit., p. 128). Cosa que expresa con claridad ese dicho del gueto, variante amarga del precepto cristiano "Do unto others as you would have them do unto you": "Do unto others *before* they do to you" (Folb, *Runnin' Down Some Lines...*, ob. cit., en especial capítulo 3, que lo lleva como título).

lo cual ve el signo de que hoy todo se reduce a "ese puto billete verde".[13]

Así como casi no se queja de su juventud, de la que aprendió sobre todo que siempre hay alguien más desdichado que uno (*"it's people doin' worser than me"*, señalan a menudo los habitantes del gueto, incluso los más indigentes, como para reconfortarse, con la innovación de un doble comparativo que dice mucho sobre la fineza de las jerarquías que se establecen en lo más bajo de la sociedad),* Rickey no vive como un trauma su rechazo del mercado laboral. Es que tener un empleo estable y bien pagado, un *legit job* apto para garantizar una vida "tranquila", como dice, en realidad nunca estuvo dentro de sus expectativas: al ser la exclusión parte del orden de las cosas, lo priva de la conciencia misma de su exclusión. Aún más: está dispuesto a achacarse la responsabilidad: se dice *hyper* ("Sé que soy muy nervioso") y personalmente incapaz de plegarse a la disciplina del trabajo asalariado. ¿Pero cómo, por un lado, no vincular su "nerviosidad" y el ambiente de violencia permanente y precariedad material sin fin que es el único que conoció desde su infancia[14] y, por el otro, no ver que, si no lo era en un inicio, los empleos miserables a los que está condenado tienen todo lo necesario para *hacer* de él un "nervioso"? Por otra parte, la fórmula que utiliza para justificar su carencia de experiencia profesional ("no me puedo quedar ocho horas seguidas en un mismo sitio") expresa bien esa "corresponsabilidad", puesto que la imposibilidad de que se trata es en este caso simultáneamente subjetiva y objetiva. Es imposible que me empleen porque soy *hyper* pero, de todas maneras, no me quedaría ocho horas detrás de una ventanilla: ¿su patrón no acababa de reducirle el horario, cuando en realidad ya sólo trabajaba parte de la jornada en un empleo que, según confiesa, le encantaba?

De todos modos, el único trabajo que se inscribe en el horizonte de lo posible para Rickey y sus pares es un empleo no calificado en los servicios, "detrás de un mostrador" o "en tareas de

Pobreza e inseguridad en el corazón del gueto negro de Chicago

En 1990, la ciudad de Chicago registraba 849 asesinatos (o sea, uno cada 28,3 horas por cien mil habitantes, comparable a los índices de Nueva York y Los Ángeles pero muy por detrás de los de Washington, capital del país, y Detroit), de los cuales 253 afectaron a víctimas menores de 21 años (y 27, a menores de 10), abatidas a tiros en nueve de cada diez casos. Más de la mitad de esas jóvenes víctimas residían en los seis distritos policiales correspondientes a los barrios del "cinturón negro" y 186 (o sea el 73,5%) eran de origen afroamericano. El índice de homicidios oficial –numerosos indicios y testimonios hacen pensar que una cantidad no desdeñable de asesinatos nunca se registran– en el distrito de Wentworth, una delgada cinta de alrededor de veinte kilómetros cuadrados que abarca el corazón histórico del gueto norte-sur, ha superado los 106,1 por 100.000 habitantes en 1990. Ya se ha verificado un total de 96 asesinatos, vale decir, veinte más que el año anterior.

13. Violan así la regla tácita que quiere que no se deba "hacer nunca más de lo necesario para vivir. Cualquier *hustler* experimentado les dirá que pretender ganar demasiado es el medio más seguro de ir derecho a la cárcel" (*The Autobiography of Malcolm X*, ob. cit., p. 109).

*. El autor se refiere a *worser*, deformación de *worse*, comparativo de *bad*, y constituido por analogía con los de otros adjetivos (por ejemplo, *bigger*, *smaller*, etcétera). La traducción castellana más aproximada sería "más peor" (n. del t.).

14. Trabajos recientes de psicología infantil muestran que los jóvenes que viven en los grandes complejos de viviendas del gueto de Chicago sufren trastornos y traumas psíquicos similares a los que afligen a los ex combatientes (James Garbarino, Kathleen Kostelny y Nancy Dubrow, *No Place to be a Child*, Lexington, Lexington Books, 1991, capítulo 6).

Es difícil no postular una relación directa entre esos índices de criminalidad y mortalidad astronómicos, dignos de una guerra civil larvada –recientes trabajos epidemiológicos establecieron que los varones negros jóvenes de Harlem, por ejemplo, tienen una probabilidad de sufrir una muerte violenta que es superior a la de los soldados enviados al frente en el punto culminante de la guerra de Vietnam–, y la miseria aplastante de este enclave racial vaciado de toda actividad económica y del que el Estado –con la excepción de sus componentes represivos– virtualmente se ha retirado.

En ese barrio exclusivamente negro poblado por unos 54 mil habitantes (de acuerdo con el censo de 1980, el último del que se disponen cifras confiables), de los cuales el 37% tiene menos de 18 años, un poco más de la mitad de los hogares están por debajo del "umbral federal" de pobreza (o sea, 9.885 dólares para una familia de tres personas o 12.675 para una de cuatro, en 1989), contra el 37% registrado diez años antes. Sólo un hogar de cada veinte dispone de un ingreso igual o superior al promedio nacional, mientras que el ingreso anual medio de 6.900 dólares apenas llega a un tercio del promedio municipal. Tres de cada cuatro familias son monoparentales (a causa de la deserción del padre); dos de cada tres adultos no completaron los estudios secundarios, aunque esto no exija ningún examen.

El índice oficial de desocupación, del 24%, disimula mal el hecho de que tres de cada cuatro adultos carecen de empleo, lo que explica que el 63% de los residentes dependan de la asistencia pública y los servicios sociales. Se sabe además que el 71% de los habitantes del gueto de Chicago (sin discriminación entre el South Side y el West Side) deben recurrir a una ayuda alimentaria para asegurar su sustento cotidiano, sea en la forma de *food stamps* (bonos de alimentación distribuidos por el gobierno, que se revenden en el mercado negro a la mitad de su valor nominal cuando se está corto de dinero), sea en los comedores de beneficencia mantenidos por las pocas iglesias y asociaciones barriales que quedan; y que sólo un tercio de los hogares disponen de un automóvil para escapar, aunque sea momentáneamente, de su vecindario, y apenas un 10% de una cuenta corriente bancaria.

Pese a la despoblación acelerada del barrio (que perdió 30.000 personas durante la década del setenta y más de 61.000 entre 1950 y 1980), cerca de la cuarta parte de los residentes de Grand Boulevard ocupan todavía un departamento superpoblado. Es que el parque habitacional se redujo en una quinta parte durante estos mismos diez años, en particular debido a los frecuentes incendios –Chicago tiene el récord nacional en materia de mortalidad por el fuego– que obligan a los habitantes a mudarse en condiciones catastróficas, para reinstalarse como puedan en un mercado locativo carente de viviendas con alquileres moderados. Sólo el 6% de las viviendas están en propiedad, y casi la mitad se consideran insalubres o vetustas.

Grand Boulevard tiene una densidad inhabitual de inmuebles sociales (20% del parque local, contra un promedio del 3% en la ciudad), aglomerados alrededor del gigantesco complejo de Robert Taylor Homes, un gran conjunto habitacional de 28 edificios enrejados de 16 pisos cada uno, levantados en fila india a lo largo de State Street, que sin duda constituye hoy la mayor concentración de miseria urbana de Estados Unidos, y por lo tanto del mundo occidental. Esto pese a que por el oeste linda con un barrio poblado en el 95% por blancos, Bridgeport –feudo del alcalde de la ciudad, Richard D. Daley, que desde 1955 a 1976 veló por el mantenimiento rígido del *apartheid* residencial de los negros y cuyo hijo, Richard J. Daley, Jr., heredó el cargo en 1989–, que sólo cuenta con 14 inmuebles públicos y registra un índice de homicidios ocho veces más reducido para una población en la que únicamente el 10% de los hogares está por debajo del "umbral de pobreza".

Datos extraídos de *Chicago Community Fact Book* (Chicago, The Chicago Review Press, 1985); L. J. D. Wacquant y W. J. Wilson, "The Cost of Racial and Class Exclusion in the Inner City", en *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, 501, enero de 1989, pp. 8-25; y de un informe del Federal Bureau of Investigation citado por el *Chicago Tribune* (2 de enero de 1991).

limpieza", sin perspectivas de ascenso ni la menor seguridad laboral, sin días de vacaciones ni cobertura social, con salarios que, en el mejor de los casos, apenas permiten mantenerse a flote.[15] ¿Cómo podrían esos puestos mal pagos y degradantes, simbolizados por el empleado de McDonald's, hacerle competencia a la economía de la droga, que experimentó un desarrollo fulminante durante la década pasada con la aparición de productos de "gran consumo" como el *crack*?[16] ¿Para qué sirve elegir el camino *legit* cuando las recompensas que se obtienen de él son tan magras y casi tan aleatorias como las tangibles e inmediatas, aunque sean de alto riesgo, prometidas por la economía callejera, que además de un terreno donde realizar los valores de honor viril que forman la base de la cultura pública del gueto, ofrece, si no la realidad, sí al menos la ilusión de ser patrón de sí mismo, y por lo tanto la posibilidad de escapar a la humillación y la discriminación, que son la suerte cotidiana de quienes aceptan los *slave jobs* de la nueva economía de los servicios: "No hay muchos *brothers* que vayan a hacer eso"?[17]

Sin embargo, no por ello la economía subterránea del *hustling* es menos destructiva, y Rickey sabe bien –los funerales a los que asiste periódicamente están ahí para recordárselo– que en última instancia no resulta en nada. La *frustración estructural* generada por esta economía de rapiña se expresa cuando se enfurece con los distribuidores de drogas que derrochan sus ganancias en gastos suntuarios (para el nivel del gueto), en una especie de *potlatch* libidinal de mujeres, autos, ropa, joyas... y droga, con lo que el círculo se cierra. El dinero del *hustling*, a imagen de las personas que se dedican a éste, no va a ninguna parte; se amasa, consume y acaba en el acto. Es que más vale gozar hoy cuando no hay seguridad alguna de tener un mañana.

Rickey querría retirarse de esta economía antes de que fuera demasiado tarde ("Te das cuenta de cosas, debes agradecer la suerte que tienes"), pero, ¿cómo podría hacerlo? El *hustling* no ofrece ninguna vía de reconversión y el único capital de que él dispone sólo tiene un valor contextual y temporario: la inteligencia callejera no vale más que en la calle, el arte del "embuste" apenas compensa fuera del gueto, y sus capacidades físicas y sexuales no durarán eternamente. Su sueño habría sido convertirse en empleado del correo, una administración del Estado que, históricamente, fue una de las principales vías de entrada de los negros a la "clase media", es decir, a un empleo que hace subir un nivel por encima de la precariedad y da acceso a la "canasta" de bienes que simbolizan ese *status*: familia, casa, garaje con dos autos. Empero, atenazados entre la reestructuración de la economía, que produce un mercado del empleo en los servicios extremadamente polarizado, y el hundimiento de la escuela pública en un momento en que los títulos escolares se vuelven más necesarios que nunca, Rickey y sus pares ven cerrarse delante de ellos todas las puertas de salida del gueto, con excepción de la economía informal (e ilegal) y el deporte.

15. En el momento de su leve aumento de 3,35 a 3,75 dólares por hora en 1989 (después de diez años de estancamiento a pesar de una fuerte inflación), el salario mínimo norteamericano había perdido más de un tercio de su valor real desde 1968. En 1988, un asalariado que trabajaba todo el año en tiempo completo en el régimen de salario mínimo ganaba 6.968 dólares, suma un 20% inferior al "umbral de pobreza" federal, no obstante muy bajo si se toma en cuenta la inexistencia de transferencias sociales (ausencia de cobertura médica y asignaciones familiares, imposición casi general de los ingresos, etcétera).

16. Terry Williams, *Cocaine Kids*, París, Flammarion, 1990, y Philippe Bourgois, "Searching for Respect: The New Service Economy and the Crack Alternative in Harlem", comunicación a la conferencia "Pauvreté, immigration et marginalités urbaines dans les sociétés avancées", París, Maison Suger, 10 y 11 de mayo de 1990. En el South Side de Chicago se puede comprar una "piedra" de *crack cocaine* por diez dólares.

17. El depredador de las calles sabe claramente que "sólo los 'cuadrados' [*squares*] siguen creyendo que alguna vez podrán tener algo trabajando como negros [*slaving*]" (*The Autobiography of Malcolm X*, ob. cit., p. 139).

En rigor, son pocas las personas de su entorno inmediato que "lo lograron" y escaparon del barrio. Su hermano Ned, efectivamente, "fue a la universidad", en un pequeño *community college* de Missouri, gracias a una beca de básquet, pero sin sacar nada de ello; de regreso en Chicago vive de pequeños trabajos semanales (arreglos de albañilería, pintura, limpieza en casas de particulares) y también se dedica a soñar con una carrera de boxeador que haga de él un joven millonario. De los once hijos, sólo su hermana Berenice consiguió un empleo fijo, como enfermera asistente en el hospital público de Cook County. La única persona cercana a Rickey que "lo logró" es LeRoy Murphy, compañero de infancia de un *project* vecino, convertido en campeón mundial de boxeo y de quien se dice que compró un departamento en un barrio limítrofe de situación desahogada (en realidad, lo alquila mientras sigue trabajando de *sheriff* e instructor deportivo municipal). Al margen del deporte, a Rickey no le quedará más que encontrar una compañera que acepte tomarlo a su cargo: última señal de debilidad, la de depender de una mujer, ese ser dependiente por excelencia.

La evaluación teñida de envidia que Rickey hace de su "compinche" que siguió el camino *legit* expresa la conciencia confusa y el pesar, en parte enmascarado por ser doloroso, que siente por haber "perdido el tren", en cierto modo: así como a él, que en una época fue boxeador profesional (aunque haya sido en el nivel más bajo de la escala pugilística), los distribuidores de drogas lo ponen por encima de ellos, él sitúa a su amigo "legal" por encima de sí. Y es sintomático que, al hablar de los muchachos de su urbanización, alterne entre el "nosotros" y el "ellos", como si no supiera si pertenece o no a ellos o quisiera dar(se) la impresión de que ha escapado (o va a escapar) mediante el boxeo de ese universo en ruinas que por otra parte asume plenamente. En algún lugar siente, en forma confusa, el irrealismo que anula la esperanza de una carrera deportiva regenerada y la de una carrera escolar milagrosamente resucitada, tan improbable una como la otra y, lo que es más, mutuamente incompatibles. En semejantes circunstancias de inseguridad social permanente, en que la vida se resume en el arte de sobrevivir y hacer lo mejor posible con lo poco que se tiene, es decir, nada de nada, el presente es tan incierto que devora el futuro y prohíbe concebirlo de otra manera que en la forma del sueño.

Para explicar un mundo irremediablemente entregado al abandono, en el que la solidaridad más elemental entre jóvenes amenaza con derribar a quien conoce las premisas del éxito y reducir a nada sus veleidades de movilidad social, y donde la acumulación de desventuras parece conducir ineluctablemente a algo peor, no queda más que el recurso a la teoría del complot. Rickey no puede sino suscribir a la idea, apreciada en vastos sectores de la comunidad afroamericana (con el nombre de *The Plan*), de que la descomposición del gueto sería el producto de una política secreta del Estado norteamericano, orientada a poner freno a los avances y las reivindicaciones de la comunidad negra, hundiéndola en la droga.

No deja de ser sorprendente el hecho de que en el discurso de Rickey los blancos no aparezcan en ninguna parte, como no sea en la forma atenuada de esa maquinación infernal y, en resumidas cuentas, impersonal. En un estado anterior del régimen de dominación racial, la opresión de los negros se dejaba ver abiertamente como el producto de una acción intencional cuya responsabilidad era claramente imputable a los blancos;[18] lo testimonia la abundancia de expresiones verbales que los designan, *The Man, Charlie, bonkies, paddies* y muchas otras. La oposición negro/blanco, que constituía entonces la matriz generadora de todas las percepciones y

18.
James Baldwin, "Fifth Avenue, Uptown", en David R. Goldfield y James B. Lane (comps.), *The Enduring Ghetto*, Filadelfia, J. B. Lippincott Company, 1973, 116-124; y *The Kerner Report: The 1968 Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders*, Nueva York, Pantheon, 1989.

todas las aflicciones, parece haberse disuelto por sí misma en esa guerrilla sin respiro que en lo sucesivo hay que librar, antes que nada, contra los semejantes, "hermano contra hermano". Por una inversión cruel de la historia, el *invisible man* de que hablaba Ralph Ellison poco después de la Segunda Guerra Mundial,[19] en el apogeo del gueto en su forma clásica, ya no es hoy el negro sino el blanco o el rico (independientemente de que sea de descendencia europea o africana). Todo ocurre como si el gueto, al funcionar en lo sucesivo en circuito cerrado y canibalizándose a sí mismo, se hubiera "perfeccionado" en un orden de dominación tan puro y tan opaco que las únicas estrategias de salida y resistencia disponibles fueran las tácticas de autovictimización que, al acumularse, conducen a lo que tiene todo el aspecto de un suicidio colectivo.*

Un *hustler* entre otros

Y fue así como me encontré en Harlem, un *hustler* entre otros. Ya no podía vender merca; la brigada de estupefacientes me conocía demasiado bien. Era un verdadero *hustler*, sin instrucción ni aptitud para ninguna actividad honorable. Y consideraba que tenía suficientes agallas y astucia para ganarme la vida a expensas de los que se dejaran pescar. Estaba dispuesto a arriesgar prácticamente lo que fuera.

En nuestros días, en los guetos de todas las grandes ciudades se encuentran decenas de miles de jóvenes al margen del sistema escolar, que sobreviven gracias a todo tipo de rebusques [*hustling*], exactamente como yo. Inevitablemente, se sumergen cada vez más honda y profundamente en el camino de la ilegalidad y la inmoralidad. Un *hustler* de tiempo completo jamás puede permitirse dar el paso atrás necesario para comprender lo que hizo y adónde va. Como en cualquier selva, el *hustler* tiene conciencia en todo momento, de manera a la vez práctica e instintiva, de que si alguna vez su atención decae, si alguna vez aminora el ritmo, todos los que van de cacería con él, zorros, lobos, comadrejas, buitres, visto que están hambrientos y sin cesar alertas, no vacilarán en hacer de él su presa.

The Autobiography of Malcolm X, compilado por Alex Haley, Nueva York, Ballentine Books, 1964, pp. 108-109.

19. Ralph Ellison, *Invisible Man*, Nueva York, Random House, 1952 [traducción castellana: *El hombre invisible*, Barcelona, Lumen, 1984.].

Con un *hustler* en el gueto negro norteamericano

Entrevista de Loïc J. D. Wacquant

"Éramos pobres, pero nos dábamos una mano uno al otro"

—*¿Considerás que vienes de una familia pobre?*

RICKEY: Eeeh... [largo silencio], bueno... éramos pobres, pero nos dábamos una mano uno al otro, no sé, mi madre nos mandaba siempre limpios a la escuela; a lo mejor no teníamos más que uno o dos pantalones, pero siempre los mantenía limpios, y yo, bueno... Así que, la verdad, no creo que fuéramos pobres como para reventar de hambre, no, para nada. No me acuerdo de ningún día que haya tenido hambre así.

—*¿De modo que cuando eras chico siempre había de todo para comer?*

RICKEY: No diría que de todo. Siempre teníamos comida, no sé. Me gustaba más mi infancia que ahora, sabes, verdaderamente me gustaba más, sabes, qué sé yo...

—*¿Por qué preferías la infancia?*

RICKEY: No, pero, es sólo que, bueno, cuando estaba en el colegio primario era tranquilo [*mellow*].

—*¿Te gustaba la escuela, qué hacías?*

RICKEY: Bueno, la verdad, no estoy (no estaba) con la cabeza ahí. Y había montones de cosas que me pasaban por un costado, pero en realidad yo no lo veía, no sé, a lo mejor lo veo ahora pero no estoy, ves... En ese momento no podía verlo, la verdad, no entendía lo que vale seguir estudiando... [*muy nostálgico*]. No es que mi madre no me empujara, eh, que no me lo dijera, pero la verdad, nunca me explicó en detalle [*break it down to me*] qué importante es, realmente, ¿Ves?, no sé, realmente. Me decía nada más: "Ve a la escuela", qué sé yo. Yo siempre tenía líos, siempre.

—*¿Qué tipo de líos eran?*

RICKEY: Bueno, sólo me mandaban a ver al director, me peleaba, todo eso.

—*¿Tuviste una infancia difícil? ¿No era duro cuando eras chico?*

RICKEY: Bueno, no, la verdad es que no. No pasó nada que todavía me haga tener pesadillas, no sé, que me despierte sudando a la noche y me diga: "¡Ah, ahora me acuerdo de eso!". Porque siempre estaba peleándome o buscando camorra, qué sé yo. Es sólo eso, mi barrio era así.

—*¿Creciste en un barrio duro, entonces?*

RICKEY: ¡Ah, sí, era duro [*rough*], eso seguro, pero ves, la gente era tan sincera, no sé! Ahora no son como antes. Era como si... sientes que [*muy aceleradamente*] antes, cuando alguien te decía algo, era verdad, pero hay tantas cosas que cambiaron: la droga, la droga que apareció como una epidemia, *man*, y cambió todo; ahora lo único que importa son las cosas materiales. Realmente no hay verdaderos amigos, lo único que importa son los verdes [*the green dollar*], qué sé yo, eso es lo único.

—*¿Antes no era así?*

RICKEY: No, no, la verdad, no, qué sé yo. Yo trataba de hacer pasta pero también quería siempre verdaderos compinches, ¿entiendes qué quiero decir? Tengo muchos compañeros, no sé, que tomaron otro camino, totalmente, no sé, y es por eso, ¿te das cuenta?, cuando los veo hablamos y no pasamos de ahí. Como te digo, la mayor parte del tiempo me manejo solo, ¿entiendes qué quiero decir? Conozco bien algunas hembras, pero no hay una en especial o algo así.

—*Cuéntame un poco qué es lo que era duro en tu barrio.*

RICKEY: Bueno, ¿sabes?, muchos robos, no sé, tipos que conozco que los mandaron a la tumba, no sé.

—*¿Dónde, cerca de aquí?*

RICKEY: En la [*calle*] 28, South Cottage Grove, Manpowell Homes [*una urbanización vecina*]. Muchas cosas así, robos a la carrera... Hay que andar con cuidado, qué sé yo, eso es todo. Muchas cosas que pasan, oyes tiros toda la noche, y tratas de no meterte en su camino, ¿ves?, tipos que se sabe, que los conocen por eso. Muchos tipos que conozco estuvieron 15 años a la sombra, ¿te das cuenta?, por asesinato, veinte años... Hace mucho de todo eso, no sé, montones de tipos que estaban conmigo en el secundario. Hay dos que nunca más. Montones de tipos que estaban conmigo en clase, incluso que crecimos juntos, que los encontraron muertos.

—¿Te metías en muchas trifulcas en la calle?

RICKEY: Sí, era un pendenciero, pero sólo me peleaba cuando era necesario. Jamás fui un *bully* [bruto] o un jodido, pero me peleo cuando hace falta.

Se matan por nada de nada

—Durante todos estos años, ¿nunca presenciaste un asesinato?

RICKEY: ¡Ah, puta madre, sí, montones de veces! Es más, mira, hace apenas diez días vi dos asesinatos. [*Seria y lentamente.*] Un tipo al que le metieron una bala en la cabeza y se murió, persiguieron al [*otro*] fulano, y lo mandaron al otro mundo, así no más, qué sé yo.

—¿En esa urbanización?

RICKEY: Sí, cerca de Ida B. Wells. A pleno día, como aquí, aunque había un poquito más de luz que acá, porque había sol. ¡Es así, esas cosas pasan, viejo! Vas al entierro, y eso es todo. La vida continúa. Por eso, ¿sabes?, algunas veces ando por los rincones, como los sitios donde se juega [*gambling*] y todo eso, y esos tipos, *man*, te matan por nada de nada [*at the drop of a dime*], así no más, te despachan y después se van a comprar un *pack* de cervezas, ¿ves?, lo que pasa es que su mentalidad es así...

—¿Cómo es que ocurre, quiero decir, cómo es que llegaron a eso?

RICKEY: Es realmente verdad, es como los chicos que tuvieron chicos antes, ahora los críos crecen más rápido que ellos y ellos no les enseñaron, entonces eso es todo lo que saben. [*Rickey hace suya aquí la expresión* "babies having babies", *consagrada por los medios, que designa estereotípicamente a las madres solteras adolescentes del gueto.*] Todo lo que quieren es tratar de salir de aquí y después [*en voz muy baja*] "bum", y ahí tienes otro *brother* que trata de... es así de simple: lo dejan seco, y luego otro *brother* que se las da de importante, que se hace el grande [*make himself look big*]. Es como yo te digo, lo único que cuenta es la plata. Hacen cualquier cosa por algunos billetes, *man*. Hasta venderle merca a la madre [*risita ahogada*], yo vi tipos que lo hacían. Venderle merca a tu mamá, viejo, todo eso por unos dólares, por ese puto dólar, ¡te das cuenta! Es grave [*deep*], no sé.

—Con todas esas camorras, ¿nunca te pegaron un tiro o te apuñalaron?

RICKEY: Me pegaron un tiro, sí, me pegaron un tiro. Cuando era más joven me pegaron uno, una bala en el brazo y en la canilla izquierda [*se levanta el pantalón para mostrarme una fea cicatriz que le recorre la pierna*].

—¿El tipo apuntó a la canilla a propósito, para hacerte una advertencia, o qué?

RICKEY: Eso es, eso es. Sabes, estaba tan cerca, te das cuenta, hubiera podido meterme una bala en la cabeza por detrás o cualquier cosa así, qué sé yo, pero... yo no creo que tratara de matarme, en fin, ¿ves?...

—¿Cómo fue que pasó? Cuéntame un poco.

RICKEY: Yo estaba seco [*outa pocket*], trataba de forzarle el coche, era... es como te digo, yo era joven, no conocía nada, estaba forzándole el auto. Me dejé pescar, ¿ves?, y me pescó. Qué tendría que haber hecho, tendría que haber corrido, pero como conocía al tipo no tenía posibilidades, así que me tiró en la canilla. Entonces lo capté, lo cacé al vuelo [*I jus' took that in stride*], porque estaba pelado. Me tocaba a mí soltar la plata [*that was on me*], ¿ves lo que te quiero decir?: eres tú el que paga por lo que hace... Es como... me pasó por estar en los rincones, *man*, cómo me acuerdo de una vez que estaba con un compinche [*partner*], nos encargamos de un trabajo con los tipos de un gang [*gang bangers*], y no había más que un solo caño. O más bien no quedaba más que una bala en el revólver, era verdaderamente una gresca, entonces nos mandamos para una HLM, un montón de tipos afuera, y nosotros estábamos en el octavo piso de esa HLM y eh, los tipos querían que saliéramos de ahí, ¡te imaginas! Salir cuando no nos quedaba más que una bala. Tuvimos que tirar abajo la pared para pasar al otro departamento y mandarnos a mudar, ¿ves?

—¿Por qué los perseguían?

RICKEY: Se había armado una gresca, nos peleábamos con uno de ellos y él hizo venir a todos sus compinches.

—¿Venían de otra urbanización?

RICKEY: Sí, eso es. Cuanto menos ya nos tenían, y si salimos es porque tuvimos culo, tuvimos que tirar abajo la pared para salir, *man*, ¿ves?, es como te digo, yo estaba en... hubo veces que aposté [*gambled*] con algunos tipos, ¿sabes? que conocía de toda la vida, *man*, si les quitas la pasta [*beattem outa they money*], *man*, ellos te sacan la pistola, eh, ¿ves?, yo conocía todo eso. Estuve en algunos lugares duros [*some tough spots*]. Unos tipos me... antes me asaltó [*stuck up*] un tipo que me encajó el revólver en la jeta, ¿sabes?, para pedirme las alhajas, eh.

—¿En esa época integrabas un gang*? ¿Y ahora?*

[*Hemos conservado el* slang *norteamericano* "gang" *porque el francés* "bande" *hace referencia a un tipo de organización totalmente distinta de los grupos de jóvenes de origen popular.*]

Siempre fui rebelde

RICKEY: Nooo, jamás, ni hablar; nunca tuve ganas de estar a las órdenes de nadie [*to be a follow-up under nobody*]. No, como te digo, siempre hice todo solo, sin engancharme [*hooked up*], ¿ves?, cuando te enganchas estás en un gang, eh; eso quiere decir que tengo que ser verdaderamente superduro [*extra tough*] en este barrio. Porque no es como si pudiera ir a buscarme cincuenta tipos, ¿ves?, o cien tipos conmigo, pero al mismo tiempo cuando un fulano me hace algo pienso en todo su *gang*, veo la cosa individualmente, y lo primero que voy a hacer, lo primero, es arreglar mis cuentas contigo, y sólo después me ocupo del resto, pero ante todo arreglo mis cuentas contigo, ¿captas? No lo veo como si fueras a buscar 36.000 compinches, ¿te das cuenta de qué quiero decir? Matas la fuente del poder [*the source of power*] o te haces matar.

—¿Pero no te presionaron para que te integraras a un gang*? ¿Ningún* gang *te pidió nunca que te unieras a él, sobre todo teniendo en cuenta que eres boxeador?*

RICKEY: Te voy a decir, la mayoría de los tipos sí, me lo pidieron, ¿ves?, nunca es algo así como [*con una voz dura y autoritaria*]: "¡Es preciso que estés con nosotros!", en realidad jamás me lo pidieron así, es más bien [*con un tono firme pero contenido*]: "Sería bueno que estuvieras con nosotros", porque es cierto, yo era boxeador, ¿ves? Siempre fui rebelde, ¿sabes?... me fui con la música adonde quise [*sing alone*]. Porque no creo en eso, que un tipo venga a buscarme para decirme: "Ven, vamos a ir acá o allá, vamos a hacer esto, vamos a hacer aquello". No, no es mi estilo. No, yo me ocupo de *mí mismo*.

—¿Habitualmente andas con un revólver encima?

RICKEY: No, ahora no. Algunas veces, cuando salgo y me pongo las alhajas, lo meto entre los dos asientos [*del auto*], no sé, o abajo del mío, algo así. Si no, no tengo pistola, porque al principio nunca sabes lo que puede pasar, pero hubo veces que me hubiera gustado tener el caño conmigo. Como la vez que me arrinconaron, ¿ves?. Me habría encantado tener el caño conmigo, pero bueh... [*pensativo*], algunas veces estoy en lugares, ¿ves?, y hay tipos, todo lo que tienen en la cabeza es meterte el perro [*guys jus'be like havin' humbug on they min'*], ¿lo cazas? Voy a decirte, es así: me gustaría más estar en el agujero por haber despachado a un tipo, y no que manden a un tipo al agujero por haberme despachado a mí, ¿lo captas? Yo no le quiero hacer mal a nadie, pero ¿ves?, no dejaría que nadie me tocara o que viniera y me sacara algo. Es así, eso es todo.

—Cuando estás en sitios como ésos, siempre tienes que estar en guardia, ¿no?

RICKEY: Sí, hay que estar, siempre hay que estar dispuesto [*a todo*]. Me parece sobre todo que fue el año pasado, tenía una pistola encima, el año pasado, el verano del noventa, creo que anduve con la pistola unas cuantas veces, porque en esa época apostaba [*gambled*] mucho. ¿Ves?, no apostaba mal, qué sé yo, en esos lugares.

Parado detrás de un mostrador ocho horas seguidas

—¿Tenías trabajos pequeños mientras estabas en la secundaria?

RICKEY: Una vez tuve un empleo, fue cuando había dejado [*drop out*] la secundaria. Tenía un empleo en ese servicio de salud, se llama GNC, en el centro, en la calle Washington, un centro de nutrición. Trabajaba ahí. Perdí ese trabajito porque no me pagaban lo suficiente. El trabajito realmente me gustaba, pero pagaban mal.

—¿Qué hacías?

RICKEY: Bueno, reponía cosas en los estantes, no sé, hacía el inventario y todo eso, eh, y un día le hablo al patrón y él me dice que no puedo trabajar más horas y además que *de nuevo* iba a reducirme las horas, así que empecé a hacer destrozos en el negocio, ¿ves lo que quiero decirte? Entré [*a la noche*] y me llevé todo el efectivo, en fin, todo el efectivo que habían juntado durante el día. Después de eso, se terminó.

—¿Qué pasó entonces? ¿Descubrieron que fuiste tú el que había robado la tienda?

RICKEY: No, en realidad por esa vez me libré. Ese golpe pasó, así que intenté otra vez, la verdad es que no fueron ellos los que me pescaron [*con pesar*], fui yo el que [*se dejó*] pescar, porque tendría que haber sospechado; cuando llegué al trabajo, había otro tipo conmigo, y esperaba que yo volviera, entonces eh...

—¿Entonces te llevaron al juzgado?

RICKEY: Sí, toda esa historia, decidí declararme culpable por ese golpe. Creo que estuve unos veinte días en la cárcel del condado, o algo así.

—¿Después de eso tuviste algún otro trabajo?

RICKEY: No, nada.

—¿Pero por qué no buscaste un trabajo regular después de la secundaria?

RICKEY: Sí, bueno, al principio, ¿te das cuenta?, sé que hay que ver las cosas como son [*face reality*], ¿entiendes qué quiero decir? Hay que ver las cosas de frente, ser honesto con uno mismo. En principio vi que soy como soy,

un nervioso [*hyper*]. No me puedo quedar ocho horas seguidas en el mismo sitio, no puedo, sé que no puedo hacerlo. No vale la pena que trate de creérmelo [*fool myself*]; no puedo estar parado detrás de un mostrador durante ocho horas seguidas, y ni siquiera estar en alguna parte limpiando algo durante ocho horas, sé bien que no puedo hacerlo. [...] La pasta que hice trabajando así, hubiera podido ganar el triple en la calle, ¿entiendes qué quiero decir? Lo que hay que tener es suficiente pasta y usarla para arreglar tus asuntos, y que no tengas que hacer siempre la misma cosa todo el tiempo, qué sé yo. Es lo que te decía de mi amigo, que zafó con un trabajito honrado [*legit job*]. La pasta que hace en un año, en la calle la puedes ganar en tres meses o menos. Él la gana en un año y tú podrías hacerla en un mes, pero él consigue más con su plata [*got more to show for it*] que el tipo que la hizo en un mes, ¿ves lo que quiero decir?

—¿Así que el mejor trabajo que tuviste fue cuando jugabas?

RICKEY: Así es, así es, el rebusque [*hustle*], sí, eso es todo.

—¿Y sigues haciéndolo?

RICKEY: Sí, algunas veces se me da. Conozco montones de tipos en la calle, andan por ahí así, amarretean los centavos y después despilfarran los dólares [*penny smart but dollar foolish*], ¿entiendes qué quiero decir? Eso lo resume bien todo, cómo andan por ahí.

—Pero si ahora un tipo de esta urbanización buscara un trabajo de salario mínimo en Chicago, ¿podría encontrarlo en seguida?

RICKEY: A lo mejor podría encontrar uno en McDonald's, Burger King, Wendy's, cosas así, no sé.

—¿Pero entonces por qué la gente de Ida B. Wells no trata de conseguir esos empleos?

RICKEY: Bueno, justamente, es lo que yo decía... [*pausa*]. ¿Qué clase de trabajo podría encontrar donde me pagaran lo suficiente, lo suficiente para cuidar a mi familia, pagar las cuentas y una casa, no sé, con un garaje para dos autos? ¿Comprendes lo que quiero decir? ¿Qué clase de trabajo podría encontrar con los estudios que tengo? ¿Dónde viste que regalen trabajos así [*they givin' them away*]? Entiendes, lo que quiero decir es que no es como si hubiera ido a la universidad para ser doctor o abogado, qué sé yo, o esa clase de cosas.

—En ese caso valdría la pena...

RICKEY: Sí, es así, valdría la pena [*it would make sense*]. Cuando tienes un trabajo así, te puedes sentar tranquilo y pagar las cuentas. Si no, sin eso vas a estar todo el tiempo con lo justo, justo, justo [*struggling-struggling-struggling*]. Lo que quiero decir es que no va a venir un *brother* a decirte: "Escucha, se acabó, dejo esto [*la calle*], voy a buscarme un trabajito de salario mínimo". Es duro. No hay muchos *brothers* que hagan eso.

—En general, ¿qué es lo que considerarías un buen trabajo para ti, un trabajo que te gustara?

RICKEY: Voy a decirte algo, trabajar en el correo, o si no, eh, chofer de ómnibus, algo con ventajas, ¿ves? Depende del nivel que quieras. Esos trabajos no son gran cosa, ¿ves lo que quiero decir?, pero no es nada si tratas de encontrarte uno [*chasquea los dedos*], eh.

[*Debido al arcaísmo de la legislación social en Estados Unidos, la mayoría de los empleos no calificados carecen de los beneficios de la cobertura médica y social, y también de vacaciones pagas y licencias por enfermedad. Los trabajos más apreciados por los habitantes del gueto son entonces los que pueden ofrecer las administraciones públicas (del Estado nacional, el estado local o la municipalidad), que, por hallarse fuertemente sindicalizadas, implican esas "ventajas".*]

—¿Crees que finalmente lograrás enganchar un buen empleo?

RICKEY: [*Masculla.*] Bueno, no sé. Ahora, por el momento, espero que, eh, la carrera de boxeador me saque de apuros. Como te digo, no me hago ilusiones, soy un buen boxeador, tengo tipos que trabajan bien conmigo por el momento, me tomo mi tiempo, qué sé yo. Y después, al mismo tiempo, voy a retomar los estudios, así, si la cosa no funciona, ¡bum!, me encuentro un trabajo.

Montones de embustes

—Entonces estás realmente obligado a rebuscártela [to hustle] *todo el tiempo para ir tirando.*

RICKEY: Sí. Antes me la rebuscaba bien [*I was a goo' street hustler*], pero lo abandoné un poco, ¿sabes, jugar a los dados?, qué sé yo, estar afuera toda la noche, todo eso [*hustlin'*]. Después, bueno, una hembra por acá, otra hembra por allá, ¿ves?, juegas, no sé, cosas así.

—En los mejores días, ¿cuánto llegabas a juntar?

RICKEY: Debo decirte, *man*, era algo así, una vez, doce mil dólares; otra vez tres mil, todos esos billetes en fajos de mil, *man*, no sé si te das cuenta, platita de a miles [*all them thousands*]. Pero tú sabes...

—¿Y eso cómo era? ¿por semana, por mes, o qué?

RICKEY: Depende, algunas veces es por día. Sabes, algunas veces ganaba setecientos dólares por día, mil dólares. Nada más que jugando. Jamás vendí merca, nada más que jugando.

—¿Se puede hacer tanta pasta sólo jugando?

RICKEY: ¡Oh, *man*! ¡Si juegas, *man*! Si tienes un poco de suerte en el juego, *man*...

—¿Adónde va la gente a jugar? ¿Hay lugares específicos o es un poco por todos lados?

RICKEY: Aquí es en todos lados. Algunas veces tienes que meterte en un rincón de la calle, así, ¿ves?, o en cualquier sitio. Es así, ahora podría ir y decir: "¿Qué mierda están haciendo todos?". Y listo, aparecen los dados y jugamos, así de simple. Todos se enganchan y la cosa arranca.

—¿Y cuánto apuesta la gente que va a jugar?

RICKEY: Algunas veces, bueno, depende, doscientos o trescientos, qué sé yo.

—¿Tanto, de veras?

RICKEY: Ah, sí.

—¿Pero de dónde sacan la plata?

RICKEY: Los rebusques [*hustling*], la merca, no sé.

—¿Así que después de haber vendido la merca tratan de duplicar las ganancias jugando?

RICKEY: Sí.

—¿Y por qué dejaste ese tipo de actividad?

RICKEY: Bueno, tú sabes, algunas veces te das cuenta de cosas [*you wise up*], debes agradecer la suerte que tienes. Sabes, hay montones de cosas que hice, montones...

—¿Cosas ilegales?

RICKEY: Sí, sí. Lo que pasa es que cuando estás en el rebusque [*out there hustlin'*] y no tienes trabajo, entonces a la fuerza te vas a poner a hacer cosas ilegales para tratar de pagar las cuentas y todo eso, qué sé yo. Cerca de casa, sabes, es realmente así, en Ida B. Wells, ¿oíste hablar de Ida B. Wells? Es una urbanización y es así, bueno, siempre encuentras a alguien para, bueno, meterte en líos [*get in trouble*].

—Sí, oí hablar de ella. ¿Es tan duro como en las Robert Taylor Homes? Porque en la tele siempre se oye hablar de las Robert Taylor y de Stateway Gardens.

RICKEY: Creo que es peor, incluso. Ida B. Wells, *man*, es duro, *man*. La llamamos "La Zona" [*The Zone*], ves, "La Zona", no sé. Yo la llamo "los Campos de la Muerte" [*The Killing Fields*]. Porque vi tantos tipos, *man* [*chasquea los dedos*]. Hasta ahora, ¿ves? Incluso donde tengo que ir ahora, me dijeron que se despacharon a un tipo.

—¿Y qué hacen ahí la mayoría de los hombres?

RICKEY: Venden merca, juegan a los dados [*shoot craps*].

—¿Realmente se puede ganar plata haciendo eso?

RICKEY: ¡Sí, claro! Algunas veces juntaba [*cuenta mentalmente*] algo así como dos o tres mil dólares por día, qué sé yo. Algunas veces, los días buenos, cuando jugaba a los dados, me hacía unos nueve, diez mil dólares.

—¿Que venían de dónde?

RICKEY: De las apuestas y todo eso, no sé, de jugar, nada más que de jugar a todos los juegos. Después, con las hembras que uno tiene de reserva [*defendiéndose*], no es que sea un rufián [*pimp*] o algo por el estilo, qué sé yo... ¡Jamás, jamás vendí merca, eh, no vayas a creer! Ni siquiera cuando no tenía un centavo; lo que pasa es que no es una cosa para mí. Te explico: nunca gané diez dólares con la merca. Es simplemente que nunca fue una cosa para mí, no me meto en eso. Pero, ¿ves? siempre trato de guardarme una buena mujer que tenga trabajo o algo así, así le puedo sacar algo.

—¿De dónde son esas amantes, dónde viven, en los projects?

RICKEY: De por aquí, sí, de Ida B. Wells.

—¿Cómo es eso de que tienes más de una, puedes pasar de una a otra?

RICKEY: Así es, así es.

—¿Cuánto llegas a hacer así?

RICKEY: Aunque no sean más de cien dólares por aquí, cincuenta por allá, o hasta doscientos, ¿sabes?, ya es algo; trato de mantenerlo a toda costa.

—¿Y es fácil o te da mucho trabajo?

RICKEY: Bueno, tú sabes, exige mucho. Yo tengo algo que muchos tipos de aquí no tienen: sé hablar bien. ¿Sabes?, el idioma de la calle [*street slang*], ¿sabes?, con eso puedes envolver a montones de personas [*manipulatin' a lot*], qué sé yo. Soy así, eso es todo. ¿Ves?, no es que esté orgulloso, pero sé hablar, qué sé yo, bastante bien. Hablas, hablas y hablas, y yo siempre tengo algo que decir, ¿ves?, cuando a ti ya no te queda nada... Nunca me pasó que ya no supiera qué decirle a alguien.

A los pocos tipos que se las arreglaron, en realidad no los conocí

—Y tus compinches [buddies], *los tipos con quienes creciste y con los que andabas cuando tenías 15 o 16 años, ¿a qué llegaron?*

RICKEY: Bueno, en general, muchas de las que salieron bien cuando yo tenía esa edad eran mujeres, ¿sabes?, tipas jóvenes que sabían qué querían [*tha' got theyself together*], ¿ves?, y se las arreglaron. Eh, pero en cuanto a los tipos...

—¿Qué hicieron las mujeres para salir bien libradas?

RICKEY: Estudian y se encuentran un buen trabajo, todo eso, no sé. Hay algunas hembras a las que les fue bien, qué sé yo. Y con los tipos del barrio que lo lograron de veras, que estudiaron, no teníamos nada en común, ¿entiendes lo que quiero decir? Sabes...

—¿Qué quieres decir con eso, eran demasiado cuadrados [squares] *o qué?*

[*El sustantivo y adjetivo* square *(que según el contexto puede traducirse por cuadrado, lerdo, conservador, adicto al trabajo, apichonado, convencional) es un sinónimo de* lame, *que se dice de alguien que tiene poco o ningún conocimiento de la calle o que despierta poco o ningún respeto en los demás.*]

RICKEY: [*Perplejo.*] En realidad no puedes decir eso, es como que, eh... siempre puedes ponerles una etiqueta, pero eh, ellos también te la pueden poner. Es lo mismo. Es como si dijeras "Y bueno, es un sinvergüenza" [*thug*] o "Es un apichonado", ¿sabes?, no es tan simple: es el que ahora va a arreglárselas y a adelantarse a los demás [*come out ahead*]. Ésa es la cosa, ¿ves?

—¿Y los tipos? ¿Hay muchos tipos que salieron de aquí?

RICKEY: No, es como te digo, no, a los pocos tipos que se las arreglaron en realidad no los conocí. Hay sólo uno, bueno, somos compinches ahora, teníamos estilos de vida totalmente diferentes, pero éramos buenos compañeros. Así que ahora él [*recita con respeto, a la manera de una letanía*] se compró un *building*, tiene su casa, va a trabajar todos los días, nunca se metió en líos. Nunca estuvo a la sombra, nunca lo detuvieron, nunca jugó, te das cuenta. Y lo logró honradamente [*on the legit side*], ¿ves?, nada más que trabajando, qué sé yo, trabajo, trabajo y trabajo. Siempre trabajó, y durante ese tiempo yo tenía mis rebusques [*hustlin'*], él trabajaba y yo estafaba. Cuando salimos juntos es así –crecimos juntos–, mi manera de hablarle a la gente es diferente de la suya, ¿ves? y... Eh, es así, eso es todo. Y además, ¿ves?, hay muchas hembras a las que les encantan los *slick guys*, ¿ves?, ésos que algunas veces tienen alhajas, todo eso, depende de lo que una mujer quiera. [*El adjetivo* slick *puede tomar un sentido positivo (hábil, diestro, atractivo, rutilante, claro, limpito, y se dice especialmente de un hombre que sabe vestirse y conversar con elegancia de acuerdo con los cánones del gueto), pero también uno negativo o peyorativo (embustero, manipulador, superficial, huidizo, demasiado elegante o encantador para ser honesto). Rickey juega aquí (¡hábilmente!) con la ambigüedad del término, que puede entenderse simultáneamente en los dos registros según el punto de vista en que uno se sitúe.*] Si una hembra busca un tipo con el que pueda contar y, eh, alguien para formar una familia, seguro que no se va a fijar en mí, ¿ves lo que quiero decir? Lo buscarían más bien a él.

—Entonces, los tipos que se las arreglaron, ¿a qué llegaron, qué hacen ahora?

RICKEY: Siempre están ahí, hay muchos tipos con los que yo crecí que son cocainómanos a toda prueba [*straight dope fiends*], *man*. Mira cómo son las cosas, hay justo un taxista que acaba de borrar a un compañero; estuvimos juntos en el colegio, desde la primaria hasta la secundaria, lo despacharon la semana pasada. Aunque el entierro fue ayer, ¿ves?, cuando trató de asaltar a un taxista, el taxista lo despachó.

—¿Dónde fue?

RICKEY: No muy lejos de acá [*pensativo*]. Cerca de la urbanización. Montones de hembras que conozco, *man*, chicas preciosas, *man*, enganchadas con la merca [*strung out on drugs*], dos o tres chicos, y ni siquiera saben dónde están, *man*. Andan por ahí, se drogan, qué sé yo. Cuando piensas en eso, *man*, es verdaderamente crucial. [*Súbitamente muy sombrío y pensativo.*] Hasta que empiezas a reflexionar seriamente... Pero ¿ves?, yo ahorré un poco de plata y sé boxear; entonces me digo: no vale la pena que siga haciendo estupideces, porque la verdad, es cierto, vives una vida que está hecha de delitos todos los días [*alza la voz*], ¿y cuánto tiempo puedes aguantar sin hacerte despachar o que te hieran o te encierren? Conozco montones de tipos que andan en sillas de ruedas, no sé, con una pierna menos o paralíticos, qué sé yo, porque les dispararon y todo eso. Hay cosas, montones de tipos, chicos jóvenes, de 13 o 14 años, que dejaron la escuela y ahora están en un *gang*...

Tuve una suerte loca

—Te escucho decir mucho que en estos últimos diez o veinte años el gueto se degradó bestialmente. ¿Verdaderamente es peor ahora?

RICKEY: ¡Ah, sí, sí! Desde ya, desde ya. Los asesinatos, *man*, la merca; ¿ves?, la merca es como una verdadera epidemia, *man*. Llegó tan rápido, tan rápido. Vino tan rápido, como de la noche a la mañana, así, "¡bang!" [*chasquea los dedos*] ¡y ya era una amenaza! Ni siquiera tuvimos tiempo de verla llegar cuando ya estaba aquí.

—¿Cuándo apareció?

RICKEY: Por lo que me acuerdo, diría que en 1983, desde 1983 hasta ahora es verdaderamente cuando la merca... Y diría que a partir de 1980 la droga fue un verdadero *boom* [*the drug scene really, really hit*]; ojo, eso no quiere decir que antes no hubiera, pero no era [*muy insistente*] absolutamente nada al lado de lo que es ahora. Y lo que creo, *man*, es que era como un gran complot [*master plan*], ¿ves? Nosotros, nuestro pueblo –quiero decir nosotros, los negros–, no podíamos ha-

cer otra cosa que lucirnos y seguir progresando, ¿ves lo que quiero decir?, pero cuando apareció esta puta merca, *man*, fue como un "¡bum!". Nos hizo retroceder cincuenta años, ¿te das cuenta? Es así de sencillo: ahora es *brother* contra *brother*. Me cago en lo tuyo con tal de que tenga lo mío, y después los tipos que a pesar de todo ganan plata [*con un tono de sorpresa*] no hacen nada con ella: todo lo que hacen es comprar autos, *man*, autos, hembras, ¿ves?, eso es todo. En fin, quiero decir... tienes que ver, empiezas en la esquina de la calle 29 y State y bajas hasta la 119, y si pasas por todos los barrios no vas a encontrar diez tiendas con un patrón negro en un barrio negro. Es algo que da qué pensar, ¿no?

[*Tradicionalmente propiedad de blancos, el control de los negocios del gueto está pasando a los asiáticos (coreanos, chinos, filipinos) y gente de Medio Oriente de origen sirio y libanés.*]

—*¿Pero adónde va todo ese dinero? Al final, tiene que haber alguien que lo use para hacer algo.*

RICKEY: Es como ya te dije: si hay una cosa que les interesa a esos tipos, son los autos, las hembras; quiero decir, conozco tipos que tienen tres o cuatro autos. Pero en fin [*un poco irritado*], ¿cuántos coches puedes manejar, eh?

—*Sí, pero pese a todo hay mujeres que deben de tener mucho dinero,* dealers; *¿qué hacen con él?*

RICKEY: Bueno, como te digo, algunas hembras, no sé, reciben plata, ¿ves? Ellos les dan plata, eh, y salen todos los días. Verdaderamente nada... No piensan en el futuro, ¿ves lo que te quiero decir? Si no tienes una meta, como les digo muchas veces a mis amigos: aunque puedas vender merca toda la vida así. Y tienes que tener una meta en la vida, no sé, conozco un tipo que vio pasar un millón de dólares por sus manos. Desde 1983 hasta ahora, ese tipo vendió merca, tuvo suerte. Y pasó por sus manos un millón de dólares, y ahora ni siquiera puede ver tres mil. [*Insistente.*] ¡Y tuvo en las manos un millón de dólares!

—*¿Qué habría podido guardar?*

RICKEY: ¿Qué habría podido guardar? Beneficios para él. Ahora no creo que pueda poner las manos sobre cinco mil dólares. Y una semana antes cinco mil dólares los tiraba por el aire. Es como si un día yo hubiera podido ser dueño de Wendy's y ahora no tuviera plata ni siquiera para ir a comer ahí, no sé: eso da qué pensar, ¿ves? [*muy pensativo*]. Es por eso que me digo: OK, no estoy, bueno, no voy a rejuvenecer, ¿eh? Todavía puedo boxear, voy a intentarlo, qué sé yo. En septiembre, como te digo, ahorré un poco de plata, en septiembre vuelvo a estudiar. Si con el boxeo la cosa no funciona, bueno, me busco una chica, trato de casarme con ella, de encontrar alguien que se interese en mí, de tener una familia, *simplemente vivir*, qué sé yo. ¡Eh! ¡Ya probé fortuna! Tuve una suerte loca en la calle, nunca me hirieron ni tuve que herir a nadie, nadie me hizo mal...

Enero de 1992

Homeless en *El Barrio*

Philippe Bourgois

Grabé esta entrevista con Ramón una noche de fines de agosto de 1989. Estábamos en la calle –frente a la *botánica*[1] donde se consigue *crack*– en la que desde hacía varios años yo pasaba la mayoría de las noches. Ese lugar está muy cerca del edificio ruinoso, reino de las ratas, en el que alquilaba un departamento con mi mujer y mi hijo, en el vecindario esencialmente puertorriqueño del Harlem hispano conocido con el nombre de El Barrio. Era la época en que la epidemia del *crack* llegaba a su punto culminante en Estados Unidos, entre 1985 y 1991. Ese día estábamos encaramados en unos bancos públicos en lamentable estado y totalmente cubiertos con *graffiti*, a la entrada de la oficina administrativa de las torres de viviendas sociales de la urbanización Roosevelt, y festejábamos los 25 años de Julio, el gerente nocturno de la famosa *botánica*.

Para no atraer la atención de la policía, habíamos envuelto en papel *kraft* las botellas gigantes de cerveza St Ides que compartíamos. Lo que por otra parte no impedía que Julio y Willie, su matón de la *crack house*, estrellaran las botellas vacías contra las escaleras que conducían a las viviendas Roosevelt. Alegremente, mis amigos también hundían de vez en cuando una llave de departamento o una uña violácea, demasiado larga, en un montoncito de cocaína envuelta en un billete de un dólar que Julio llevaba preciosamente encima. Después se llevaban el fino polvo a una fosa nasal, inclinaban levemente la cabeza, se apretaban la otra fosa, aparecía un rictus en sus labios y aspiraban rápidamente con un movimiento preciso y delicado, sin desperdiciarlo.

Ese año, la urbanización Roosevelt, uno de los complejos habitacionales (todos propiedad de la ciudad) de la docena con que cuenta el Harlem hispano, había ocupado la segunda posición entre todas las HLM de Manhattan por su índice récord de asesinatos. En ese lugar, las hileras de edificios, como todos los de El Barrio, respiran miseria: inmuebles abandonados, locales vacíos, veredas sembradas de basuras. Tanto niños como adultos invaden las calles durante el día y la mayor parte de la noche cuando, en los meses de verano, el calor aprieta.

La "cuadra" en que yo vivía no era una excepción a la regla, y podía proveerme de heroína, *crack*, polvo de cocaína, PCP y mescalina en un área de menos de doscientos metros cuadrados. La droga predilecta, desde luego, era el *crack*, por ser la más barata y fácil de conseguir. Un ejemplo de ello: a menos de treinta metros de mi edificio había tres puntos de venta a los precios más competitivos.

Los bancos en que nos amontonábamos esa noche estaban, de hecho, justo al lado de uno de esos lugares de venta de *crack* recién instalados, es decir, el portal de la entrada principal de la urbanización Roosevelt. El punto de venta pertenecía a una banda más bien desorganizada de

1. Una *botánica* es una farmacia herborista que vende objetos religiosos utilizados por los afrocaribeños en sus prácticas de *santería*. [Tanto *botánica* como *santería* y *El Barrio* están en español en el original (n. del t.).]

revendedores adolescentes y era muy perjudicial para la *botánica* en que trabajaban Julio y Willie, justo enfrente, del otro lado de la calle: la "empresa" de esos chicos ambiciosos había rebajado de cinco a dos dólares el precio de venta del papel de *crack*; por eso Willie se dedicaba con notorio placer a tapizar con fragmentos de botellas de cerveza la caja de la escalera donde aquéllos "ejercían". Al mismo tiempo que sabía muy bien que la banda rival tomaba merca, Willie podía permitirse esas libertades sin riesgo, porque su hermano de 13 años era *pitcher*[2] en su organización e inspiraba suficiente confianza para que le hubieran encargado, tanto a él como a algunos otros, que escondieran la droga en sus casas, cada uno por turno para mayor seguridad, durante algunos días por mes.

Normalmente tendríamos que haber estado en la vereda de enfrente, delante de la *botánica*, pero su propietario había despedido a Julio y Willie, que con demasiada frecuencia llegaban tarde a su trabajo y demostraban ser empleados poco fáciles de manejar. Esto deprimía a Julio porque no tenía ni un dólar ahorrado. Lo había gastado todo, hasta el último *cent*, durante los cinco años en que disfrutó de un trabajo estable como responsable de las ventas de cocaína y alcohol. Su amiga de 18 años y la hermana mayor de ésta, amante de Willie, escuchaban compasivas. Transcurrieron algunas horas más sin que nada pasara, cada uno de ellos consagrado a tomar coca y empaparse de alcohol. Ramón, que invitaba, interrumpió las jeremiadas de Julio. Ya estaba harto de oírlo lamentarse de su suerte, harto de toda la compasión que suscitaba en quienes lo rodeaban, e incluso de la seriedad con que yo grababa sus quejas, con mi minigrabador de alta precisión pendiente de sus labios como si tratara desesperadamente de captar cada una de sus palabras por encima del estrépito callejero de esa noche de verano.

Parecía que toda una vida de frustración contenida había hecho fermentar la historia de Ramón, quien, por así decirlo, dejó que explotara. Su deseo súbito de expresar todo lo que guardaba en el corazón me sorprendió. Por lo común era tímido y hablaba poco, generalmente se quedaba a un costado y verificaba en silencio que mi grabador funcionara. De modo que hasta ese momento yo había considerado –erróneamente– que formaba parte de la gente de la calle que no quería implicarse directamente con un blanco. Sin embargo, el *apartheid* urbano de Estados Unidos no era su mayor preocupación durante la entrevista. Sólo al transcribir estas páginas unas semanas más tarde comprendí que Ramón no había interrumpido a Julio por simples celos –porque éste monopolizaba la atención– sino más bien porque quería dar un contraejemplo a su versión del tráfico de drogas. Él también sabía hasta qué punto estaba yo cerca de Julio y qué papel esencial iba a desempeñar éste en mi investigación. En realidad, Ramón temía que mi estudio sólo estuviera poblado por personas perezosas y despreocupadas, incapaces de trabajar honradamente; repitió varias veces, por ejemplo, que a diferencia de Julio él vendía *crack* por necesidad, para alimentar a su familia: "Sólo para pagar lo que me dejó mi madre".

Otra razón de esta violencia verbal poco común en Ramón residía en un consumo de alcohol y cocaína inhabitual, para festejar lo que juzgaba como la recuperación de su libertad. En efecto, ese mismo día lo habían declarado culpable de la venta de cinco papeles de *crack* a un policía que había actuado como "carnada". Para su sorpresa, sin embargo, el juez lo había autorizado a salir libremente del tribunal. Ramón creía haberse beneficiado con una condena en suspenso. También estaba contento porque cuando lo detuvieron por tráfico de *crack* su empleador legal le había dado una licencia sin goce de sueldo mientras durara el proceso.

Del mismo modo, se mostraba particularmente excitado y optimista porque su esposa había podido entregar un anticipo por el alquiler

2. *Pitcher* [lanzador] es un término del béisbol, utilizado aquí para designar a la persona que entrega la droga al cliente.

de un departamento subvencionado por la ciudad;[3] si todo iba bien, ella iba a poder dejar el hogar de tránsito en el centro, donde vivía en ese momento con el hijo de ambos luego de que, un año antes, los expulsaran del departamento de la madre de Ramón; éste tenía la esperanza de poder reconstituir la célula familiar ("Ahora que mi mujer tiene un departamento, quiere decir que no vamos a estar más en la calle. Lo único que necesitamos es poder quedarnos ahí y apechugarla. Volver a casa y hacer niños").

Pero al mismo tiempo estaba inquieto. Temía que el departamento volviera a pasar a las manos de la administración de la ayuda social; además, no estaba seguro del amor de su esposa y tampoco lograba decidir si le convenía retomar o no el tráfico de drogas. Uno de sus rivales, sin embargo, había amenazado con despacharlo si se atrevía a volver a su antiguo lugar de venta en el Bronx sur. En el pasado, ese enemigo ya le había disparado. Ramón tomaba la amenaza lo suficientemente en serio para llevar encima un revólver, oculto en una mugrienta bolsa de gimnasio, de tela, que había puesto descuidadamente debajo de nuestro banco, para no llamar la atención de la policía. En síntesis, al saber que su salario oficial de recadero no le bastaba para mantener a su familia, Ramón no encontraba ninguna otra fuente de ingresos al margen del tráfico de drogas ("Ya no quiero sobrevivir, quiero vivir... no sé, pero tal vez tendría que volver a la venta de drogas. A lo mejor podría descubrir otro sitio más seguro. No sé nada"). Sus apremios financieros eran abrumadores y la asistencia del Estado no tenía ningún efecto. Al contrario, de acuerdo con una lógica inesperada, la asistencia social había reducido la ayuda entregada a la familia de Ramón cuando se encontraron sin techo, con el pretexto de que ya no tenían que pagar alquiler y se alimentaban en los comedores de beneficencia.

Más sutilmente, en lo más profundo de sí mismo, Ramón le reprochaba a Julio que no entendiera la hondura del amor que lo unía a su esposa, Iris. Pese a lo que decía ("Ya no siento nada, la vida me las hizo ver tan negras que ya no me importa nada"), su vida siempre entrañaba una dimensión fundamentalmente sentimental: amaba a su esposa y se ocupaba amorosamente de su hijo. Según la cultura de la calle, el amor incondicional expresado varias veces por Ramón durante la entrevista no corresponde al comportamiento que se espera de un hombre. Más grave aún, se sabía que Iris, su esposa, tenía relaciones con otras mujeres en el hogar de tránsito.

Ramón no hará sino una alusión indirecta, disimulada bajo un lenguaje impersonal, a la conmoción que sufrió cuando sorprendieron a su mujer con otra en las duchas del hogar ("Ahí hay montones de tortilleras. Montones de putas. Algunas veces las pesqué cogiendo en los baños"). No obstante, ama tanto a su esposa que tiende a explicar su comportamiento sexual por las condiciones de vida objetivas de las personas sin techo de Nueva York. Nunca tratará de minimizar su propia responsabilidad o su culpa; de hecho, las únicas infidelidades sexuales de las que habla abiertamente son las suyas.

A la inversa, Julio no podía tolerar ninguna alteración del orden patriarcal tradicional. Aducía que Iris "chupaba vergas al paso por unos pocos dólares" desde que se había convertido en una "adicta al *crack* que se esconde y también toma *manteca*".[4] Desde hacía varios meses incitaba a Ramón a que dejara de hacer el ridículo, le aplicara un correctivo a su mujer y la abandonara. Se hizo aún más hostil a Iris cuando, algunas sema-

3.
En Nueva York, el tiempo para conseguir un departamento subvencionado se estima entre 17 y 18 años. En el momento de esta entrevista, había más de 88.000 familias en las listas de espera. El número total de departamentos subvencionados por la municipalidad en toda la ciudad es de sólo 175.000 y el índice oficial de viviendas desocupadas es del 0,1%. Iris pudo arreglárselas para conseguir uno, aunque la lista de espera fuera de alrededor de 80.000 familias, porque venía con su hijo de un hogar de tránsito, donde habían vivido más de diez meses.

4.
Manteca significa heroína en el argot puertorriqueño. [En español en el original (n. del t.).]

nas después de esta entrevista, mandaron a Ramón a la cárcel para purgar una pena de uno a dos años. En realidad, el juez no le había aplicado una sentencia en suspenso; sólo lo había soltado, una vez pronunciado el veredicto, porque todas las cárceles de la municipalidad de Nueva York estaban superpobladas. Su encarcelamiento nos desconcertó a todos, aunque los más golpeados fueron él, Iris y su hijito de dos años y medio.

Cuando, contra toda esperanza, Ramón fue liberado cuatro meses más tarde, también esta vez a causa de la superpoblación carcelaria, se instaló en el nuevo departamento subvencionado en el que ahora vivían su esposa y su hijo. Encontró en seguida un trabajo oficial de tiempo completo –al menos un trabajo aparentemente legal– en una empresa de demolición controlada por un sindicato, que pagaba bien de acuerdo con los criterios de la calle, vale decir, diez dólares por hora. Empezaba a realizar su sueño, evocado un año antes en la entrevista: "A mí me gusta ganar plata, volver a casa, relajarme y quedarme ahí con mi familia"). En privado, sin embargo, Julio trató de convencerme de que la fe de Ramón en la célula familiar no era más que la prueba de sus tendencias a lo irracional y su temperamento afeminado: "Ramón es de ese tipo de negros de corazón blando, se enamora y es una presa fácil. No sé qué es lo que no funciona en él".

Por desgracia, su trabajo aparentemente legal no duró más que seis meses, y lo perdió cuando la recesión de 1991 barrió el mercado de la construcción de la ciudad de Nueva York. No antes del momento de su despido descubrió que había estado empleado "en negro". El sindicato no había registrado su contrato de trabajo y le anunció que no tenía derecho a la indemnización por despido. Su patrón era en realidad un subcontratista que trabajaba en operaciones de intimidación con los sindicatos de la construcción controlados por la mafia. Su tarea consistía en reclutar ex presidiarios negros o de origen hispano para simular manifestaciones violentas delante de las HLM en las que se realizaban obras de renovación con trabajadores blancos empleados legalmente; esto lograba intimidar y molestar a los constructores, que lo subcontrataban entonces en condiciones ventajosas para la demolición de edificios, a las tarifas sindicales. Él les pagaba a sus obreros en dinero líquido –un poco más de la mitad de la tarifa oficial de 18 dólares por hora, vigente en Nueva York– y presentaba documentos falsos para justificar el gasto. Esto le permitía embolsarse ocho dólares por hora-obrero durante los trabajos de demolición. Ni Ramón ni ninguno de los presentes en la *crack house* había sospechado ni por un instante que el salario sindical oficial en esa actividad pudiera ser tan alto.

Desde luego, Ramón no sabía nada de lo que le iba a caer encima cuando, durante la noche de la entrevista, invitó triunfalmente a Julio y el equipo de fieles de la *crack house* a festejar un cumpleaños con cerveza y cocaína.

Con un *dealer* puertorriqueño de Harlem

Entrevista de Philippe Bourgois

"No quiero sobrevivir, quiero vivir"

RAMÓN: Nunca pasaste por lo que yo viví. Nunca te encontraste en la calle, no sabes qué es no tener una casa propia. Siempre dices que hiciste sacrificios. Pero no eres sacrificado. ¡Yo sí! Me quedé así, sin techo, durante nueve meses, entre nueve y diez meses en total. [*Luego se vuelve hacia mí y echa una mirada discreta al grabador.*] Sí, yo me sacrifiqué porque trabajaba como recadero en Wall Street por 145 dólares por semana, que no eran suficientes. Apenas me alcanzaban para alimentar a mi familia y comprarle un par de zapatillas a mi hijo, pero para mí nada, nada ni para mí ni para mi mujer. Por eso también quise vender drogas, porque con eso quería comprarle cosas a mi hijo. Apenas tiene dos años. Le gusta divertirse con juguetes, pero no tiene porque vive en un hogar de tránsito con mi mujer. Entonces, ¿entiendes?, yo quería hacer plata, comprarme un auto nuevo –lo necesito–, comprarme una chuchería de vez en cuando. Y eso es lo que quiero, todo lo que quería. No quiero sobrevivir, quiero vivir. Quiero ganarme la vida, pero esto... [*Abarca con los brazos los edificios de la urbanización de* HLM *y muestra los vidrios rotos esparcidos por doquier a nuestro alrededor, luego sumerge la uña del dedo meñique en el montoncito de cocaína metido dentro de un billete de un dólar sobre las rodillas de Julio y aspira suavemente, antes de tomar un trago de la gran botella de cerveza que compartimos.*] Esto es sólo sobrevivir, ir tirando [*vuelve a tomar rápidamente cerveza y luego me pasa la botella*]. No quiero eso. Quiero... quiero hacer bastante plata, aflojarme y poder ir a comprar sin dudar... ¿me entiendes? Y... estar contento sabiendo que puedo hacer cosas con mi pasta. Quiero sacar más de la vida. Ya no quiero conformarme con lo que tengo. Eso me hace perder confianza. Por eso pensé en la droga, para venderla, ¿sabes?

[...]

[*Acaba de pegarse a mí para hablar suave pero claramente ante el micrófono del grabador que yo, también parado, sostengo justo a la altura de su boca, para registrar bien sus palabras.*] Nos alojábamos en lo de mi madre con mis hermanos y hermanas, pero ellos, que están chiflados por el *crack*, no quieren hacer nada para zafar. Y después mi madre se largó de repente. Tenía que irse para vivir su vida, y yo también tendría que haberme mandado a mudar, como mis hermanos y hermanas. Mi madre me dejó el departamento, pero fue justo en la época en que yo no tenía dinero suficiente [...] y quedaba por pagar una gran parte del alquiler, ¿ves lo que quiero decir? Entonces fue así como empecé a vender *crack* y merca en la estación. Sólo para poder pagar el alquiler del departamento que me había dejado mi madre. [...] ¿Ves, chico?, para conseguir ganarme mejor la vida... ¿captas?

La vida es calamitosa allá en el centro de tránsito

RAMÓN: Vendía *crack* solo, pero era demasiado duro. No funcionaba. Entonces decidí trabajar para alguien. Pero eso se cagó porque el día mismo que empecé a trabajar para este tipo nuevo, me arrinconaron por primera vez. Y acababa de encontrar el trabajo de recadero en Wall Street. Todavía lo tengo. Me mandaron a la cárcel pero me soltaron en seguida y volví al trabajo. Pero el propietario del departamento me dijo: "Lo voy a echar a la calle". Mi mujer trató de evitarlo, pero era demasiado tarde. ¡Llegaba el invierno y zas! Aterricé en un hogar con mi familia. Me quedé ahí cinco meses, y durante los cinco meses sufrí porque un hogar de tránsito es como la cárcel. Duermes con otros veinte tipos que no conoces, que nunca viste y no sabes quiénes son: a lo mejor tienen sida o cualquier otra cosa. Ah... y además ni siquiera se bañan. La ducha es un asco. Mi mujer tenía que ir a limpiarla todas las noches antes de lavarse. Así que es supertensionante, ¿sabes? El centro es un lugar terrible, verdaderamente terrible. Hubo veces que hubiera preferido estar a la sombra. Porque en el hogar ya no te respetan. Ese

sitio no es para gente buena, para gente tranquila que la apechuga. No es un lugar para gente como tú y yo. El hogar es para la gente de la calle, los que andan de aquí para allá. A mí me gusta ganar plata, volver a casa, aflojarme y quedarme ahí con mi familia. Ese hogar no tiene nada que ver con eso. Un hogar como ése, habría que aclararlo. En el hogar hay mayoría de mujeres. Más mujeres que hombres, y eso te lo echan en cara todos los días. Porque, la verdad, son unas tipas, hay montones de tortilleras ahí adentro, montones de putas, puercas y otras cosas. Cogen..., cogen en el baño o cosas así, ¿ves? Es un sitio donde encuentras toda clase de salvajadas, sabes, ¡la selva, qué sé yo! Además es un lugar frustrante, sabes [*toma entonces cocaína y sacude la cabeza*]. Y peor, estás durmiendo y de repente se arman grescas. Te despiertas en medio de la noche porque en la pieza de al lado hay un montón de tipos rompiéndose la jeta por qué sé yo qué. O bien tratas, empiezas a simpatizar con alguien, a conocer un poco a alguien que está justo ahí, al lado, y peor, de repente se va y al lado te ponen a otro. Y de repente también se van, porque les encontraron un departamento o alguna otra cosa. Y tú estás ahí esperando y te empiezas a hacer mala sangre porque hay otro que va a ocupar la cama de al lado de la tuya. Y no sabes nada de él. No sabes si es un criminal, un asesino a sueldo, o si tiene sida o alguna otra cosa. No sabes. Entonces te trabaja la cabeza cuando ves a la persona, podría ser que se drogara o tuviera sida, ¿eh? Hay forzosamente cosas así y se instalan al lado de ti en el hogar. ¡Sí! Es exactamente así. No falta más que sea uno de esos asesinos, de esos violadores o pederastas, o drogadictos o alguna otra cosa y que esté justo ahí, al lado. A la fuerza, siempre son de esa clase. Entonces, lo que pasa es que en ese tipo de hogares tienes una vida atroz porque te pusieron al lado a Fulano. Eso es lo que nos caga a mi mujer y a mí.

Habría podido matar a cualquiera

RAMÓN: No puedes tener relaciones con tu mujer porque están todos espiando. [*Señala el cochecito, donde está Paquito escuchando con atención.*] Mi mujer... tiene necesidades. Y a mí también me faltan cosas, ¿sabes?, no tengo plata para ir a un hotel o a alguna otra parte. ¿Qué hacer, entonces? Nos encontramos con que yo tenía que hacer algo a ese nivel. Entonces es exactamente lo que hice. Decidí volver a vender droga. Era eso... mi meta... vender droga: "Voy a vender droga, a hacer cualquier cosa para que la vida de mi mujer y mi chico sea mejor. Aunque para eso tenga que matar a alguien, lo voy a hacer. Voy a conseguir un contrato [*de asesino a sueldo*]. Haré cualquier cosa para ganar plata, para sobrevivir", eso es lo que pensaba. Pero las pasé negras durante un buen tiempo. Esos jodidos diez meses con mi mujer y mi hijo en el hogar de tránsito no fueron fáciles, era verdaderamente duro. Habría podido despachar a cualquiera, cualquiera que vendiera mucha droga hacía plata, se compraba autos, alhajas... Yo quería reventarles la jeta porque no tenía lo mismo, pero era por egoísmo. Sí, era un egoísta. Me sentía en un estado tan lamentable por tener que estar en ese puto hogar. Entonces miraba a todos esos hijos de puta, llenos de alhajas, de autos y todo, ¡y yo como el hijo de la pavota, pelado, sin un cobre, echándole el ojo a esa gente que tenía todas las cosas que yo estaba chiflado por conseguir! Habría podido matar por eso. [...] Pero en vez de eso volví a empezar con la droga, empecé a venderla de nuevo. Era... era mi meta. Me puse una vez más a vender merca, una segunda vez, y desde entonces no paré de venderla, ¿sabes? [...]

Lo que pasó es que ya no podía verme ahí. Ese hogar era demasiado duro para mí. Fueron cinco meses pasándolas negras y empecé a cabrearme con mi mujer. No podía más. Soporté cinco meses y era peor, ¡te dije que prefería estar en la calle que en ese lugar! Afuera del hogar tuve una agarrada con mi mujer. Una pelea tremenda, y estuve a punto de acogotarla... así que me fui. Era una cochinada de pelea. Me daba cuenta de que no podía vivir más ahí con ella porque la hubiera podido matar. La quiero y quiero a mi hijo, pero tenía que irme del hogar y nunca volví. Anduve en la calle una semana hasta que me dije: "Voy a vender merca". Y eso es lo que hice. Cuando conseguí el reintegro de la plata de los impuestos, la invertí en droga y empecé a venderla. Gasté hasta el último centavo en la compra de merca. [...] Invertí todo en la droga, cuatrocientos y tantos dólares. Y me quedé afuera solo vendiéndola durante cuatro meses, hasta que conseguí tener plata en los bolsillos, y cuando por fin llegó el salario de recadero, las cosas empezaron a mejorar. Pero no fue para nada fácil, era una etapa dura y terminó con una gresca con los del barrio, con el tipo que ahora quiere matarme [*levanta entonces el bolso de gimnasia del que asoma el cañón de su pequeña carabina y luego lo aprieta contra el pecho, antes de tomar varios tragos de la botella*]...

Tenía que sobrevivir

RAMÓN: [*Enfrenta a Julio una vez más, como para mostrar con claridad que si es* dealer *es por muy otras ra-*

zones que las de éste]. Pero tenía que sobrevivir. Vivía casi... prácticamente en la calle. Había dejado a mi mujer y a mi hijo en el hogar y vivía en un *coke spot* [*punto de venta de coca*] [*se vuelve hacia mí*], un *coke spot* es un lugar donde se venden montones de coca, al consumidor se la proveen en un departamento. Corrí riesgos al ir a vivir ahí, porque la policía habría podido entrar de golpe y ponerme a la sombra por error, por un delito que no había cometido, porque lo único que buscaba era un lugar para alojarme, ¡qué sé yo! Me había arreglado con el conserje del edificio. Estaba en un departamento donde a la gente que vivía antes ya la habían puesto de patitas en la calle. El comisario se había faroleado y echó a todo el mundo; en esa época mi familia ya estaba en el hogar. Así que ese departamento estaba supuestamente cerrado. Pero el conserje corrió el riesgo, ¿sabes? Me lo abrió y me dejó instalarme porque yo era un buen tipo, lo único que quería era un lugar para dormir; le pasaba cuarenta dólares por semana y me pude quedar dos meses de yapa. Al principio perdí mucha plata por una tipa a la que le había pasado mucho *crack* para vender, pero estaba "enganchada" y se lo fumó con sus compinches. Pero era mi pasta la que se hacía humo con sus amigos. Tardé siete días en recuperarla. Me pagó por cuentagotas. Yo le había dicho: "Más vale que me devuelvas mi plata, porque si no, te va a pasar algo"; ella sabía que la iba a cagar a patadas en el culo, así que me pasaba 10, 15 dólares por día. A la fuerza terminó por devolverme los 120 que me debía. [...] Pero así fue que me vi pelado de nuevo, sin absolutamente nada de plata. Le había dado trabajo a mi hermano y me engañó, por eso no tenía un centavo para dedicarlo a la venta. Pero tenía mis alhajas, la pulsera. La agarré y la empeñé por 185 dólares, y entonces volví a empezar desde cero.

A pesar de todo eso, no perdí mi trabajo

RAMÓN: Empecé a hacer plata pero eso me tomó un mes y medio; a partir de ahí, todo funcionó bien, los negocios comenzaron a prosperar. [...] Desde que empeñé la pulsera, nunca más perdí plata. Y además recibía el sueldo de mi trabajo de recadero, y cuando me pagaban, metía la mitad en coca. Así que caía parado. Y a pesar de todo eso, no perdí mi trabajo. Trabajaba. Aunque vendía droga y pasaba las noches en blanco, porque no dormía, desde el lugar donde vendía me iba directamente a mi trabajo, porque no quería perderlo. Entonces, cuando me pagaban el sueldo, la cosa iba un poco mejor porque ya tenía un poco de plata de más gracias a la droga. ¿Ves lo que quiero decir?... Entonces podía hacer cosas con lo del salario. Pero no podía darme el lujo de perder el trabajo, porque el negocio que había montado con el *crack* todavía no era muy firme. Todavía necesitaba el trabajo, por eso seguí ahí y vendía la droga cuando salía. La cosa caminaba así hasta que finalmente enganché a ese tipo que ya tenía una clientela. Me ganaba mi buena plata. ¡Y fue ahí cuando el sistema me hizo eso, ahí pasó! ¡Justo empezaba a levantar cabeza y zas, de nuevo hundido! [*Aspira coca y bebe.*]

En ese momento, visitaba a mi mujer todas las semanas. No la veía durante cinco días y después, los lunes, viernes, sábados y domingos, la veía a ella y también a mi hijo. Eso te pone tenso, ¿entiendes qué quiero decir? Viví con mi mujer tres años y medio y la quiero. Ya estábamos acostumbrados uno al otro y estar separados nos resulta verdaderamente muy duro. Actualmente no puedo verla y la verdad es que es muy duro. Tengo ganas de hacer algo. Incluso tengo ganas de divertirme con otras mujeres, cosa que hice. Y no quería desquitarme con ella, es sólo que... Me sentí extraño. Verdaderamente me hacía mal, no le hacía daño a nadie salvo a mí mismo. Ella no sabe lo que hice. No es muy comprensiva. No puede entender, es demasiado cabeza dura. No le digo nada, me lo guardo, no dejo que se note. Porque la quiero, la quiero muchísimo. Quiero que sigamos juntos.

Para la asistencia, yo no existo

RAMÓN: Me rompí el alma. Trabajé un año como recadero. Iba al trabajo todos los días. No falté ni uno solo. Mañana tengo licencia para buscar a mi hijo. Tiene 2 años y medio. Igual que Paco [*señala al hijito de Carmen que, atado al cochecito, dejó de moverse para escuchar atentamente y admirar las luces parpadeantes de mi grabador*]. Va a la escuela. Mañana a la tarde voy a buscarlo a la escuela. Es una licencia sin sueldo porque en mi trabajo no hay beneficios sociales, lo único es el salario. Entiendes, mi mujer está inscripta en el centro de asistencia social, tiene el *Medicaid*. [Medicaid *es un sistema médico establecido en los años setenta para ayudar a los indigentes y necesitados*]. Le dan para un solo niño... mi hijo. Reciben 144 dólares cada 15 días y en el centro de bonos alimentarios les dan 129 dólares por mes. Pero no alcanza para vivir. Es absolutamente necesario trabajar. Por eso hicimos como si no estuviéramos casados. Para la asistencia yo no existo; si no, le quitarían la pensión y el *Medicaid*. Pero cuando perdimos el departa-

mento de mi madre, para ir al hogar con mi mujer tuve que justificarme en el centro de asistencia. Les dije: "Bueno, actualmente vivo con mi mujer, tengo un trabajo y cosas así". Entonces me ubicaron en un hogar con ella. Pero en ese momento la ayuda social empezó a disminuir la pensión que le daba. La ayuda social decía: "Ustedes viven en un hogar y en el centro de tránsito se les dan tres comidas por día, así que eso se va a deducir de sus bonos de alimentos". También decían: "No pagan alquiler, tienen un sitio donde estar protegidos. Tienen la comida gratis". Entonces, desde ese momento en vez de los 144 dólares por quincena recibe 85 de la ayuda social más 75, únicamente, en bonos alimentarios, porque en el hogar les dan de comer gratis a ella y al chiquito. Está harta, porque no puede hacer nada con esa plata. No puede comprar ropa. Lo único que puede comprar es comida. Pero actualmente la comida se hace humo rápido, y además no es la misma que uno suele comer en su casa [*aspira cocaína y bebe*].

El departamento era el signo de que tenía que dejar de vender *crack*

—Pero Ramón, hace un rato decías que podría ser que tu esposa consiguiera por fin un departamento; ¿cómo es eso?

RAMÓN: El centro de ayuda social la ayudó a conseguir un departamento, porque es una mujer necesitada. Sí, una mujer necesitada. Se pasó nueve meses con mi hijo de dos años en ese hogar. Por eso consiguió el departamento. La ayuda social sólo paga cincuenta dólares por mes, ¿entiendes? Los deducen directamente de sus subsidios. Yo no voy a tener que pagar nada porque ya no saben nada de mí, aunque tenga ese trabajo de recadero en Wall Street. Así que ahora mi salario representa por fin algo. Son 145 dólares limpios por semana y no van a retener nada por asignaciones familiares. Tal vez eso nos haga la vida más fácil. Vamos a tener la posibilidad de ahorrar y comprar lo que quiera. Como ahora mi mujer tiene el departamento, creo que tal vez todo va a ir mejor. Ahora, entiendes, puedo relajarme, decidir qué quiero hacer. Mi mujer se dio cuenta y ella me conoce, sí, me siento mejor, empecé a curarme. Cuando mi mujer consiguió el departamento, lo sentí como un signo de que tenía que dejar de vender *crack*. Porque sabes que tuve ese problema [*señala, a sus pies, el bolso de gimnasia con el revólver*]. Tuve ese lío con el otro vendedor, ¡y el tipo me quiere matar y todo! Por eso, ahora que mi mujer tiene el departamento, es como un signo para mantenerse lejos de la calle, para no andar más ahí [*mueve el brazo en dirección de la* crack house *que está enfrente*]. Es como si me dijeran: "Ya tienes un sitio donde pagas sólo cincuenta dólares por mes y no necesitas nada más. Ahora tranquilízate, ve a trabajar, vuelve a tu casa y ocúpate de tus chicos".

[*Asombrado, Julio abre muy grandes los ojos ante la novedad de la decisión tomada por Ramón y, en broma, le ofrece cocaína. Ramón aspira y, más pensativo, reanuda su monólogo.*] No sé bien, pero a lo mejor tendría que volver a vender. Tal vez pueda vender en otro sitio que sea más seguro. No sé. [*Tras haber tomado los últimos sorbos de nuestra botella gigante de St. Ides, Ramón la arroja haciéndole describir un gran arco antes de que se estrelle ruidosamente contra la calzada, para gran alegría de Paquito. Casi de la misma manera pone en las manos de Julio dos gastados billetes de un dólar y le indica que vaya a comprar otra botella en el almacén de la esquina.*] Porque lo único que espero es que consiga verdaderamente el departamento. Está el contrato y todo, pero el propietario todavía le hace problemas para entregárselo. Ella ya puso un adelanto. Fue hace dos días [...], y mañana van a verificar el departamento para ver si está todo bien; por eso mañana voy a saber si lo tenemos o qué. Mañana [*cierra los puños con ansiedad*]. ¡Si lo consiguiera! ¡Sería tremendo! Si no, a la fuerza voy a tener que esperar uno o dos meses más para conseguir otro. El problema es que no puedo quedarme mucho tiempo más donde vivo ahora; sí, estoy en lo del primo de mi mujer, pero ya no paga el alquiler y lo van a echar. Lo más que me puedo quedar ahí son dos semanas, como máximo. Mi primo sabe que lo van a dejar en la calle. Trabaja, pero se guarda el dinero para comprarse un departamento en otra parte. Con mejores vecinos. Así que no le preocupa nada quedarse afuera. Mi mujer tiene que recibir el departamento para que yo pueda mudar mis bártulos, instalarme con ella y estar de nuevo con mi hijo. [*Vuelve a apretar los puños y luego introduce la punta del dedo en el montoncito de cocaína que está sobre el banco.*] El dueño estaba de acuerdo y todo.

—Si el asunto del departamento no funciona, ¿no puedes vivir con algún otro miembro de tu familia?

RAMÓN: Mi hermano y mi hermana –también estaban en un centro de tránsito– viven ahora en una casa de tres habitaciones, como la de mi mujer. Mi otra hermana, la mayor, ahora vive con el marido. Él acaba de salir de la cárcel y actualmente se alojan en un hotel. [*Cuando los hogares de emergencia están llenos, la ciudad de Nueva York alberga en hoteles a las personas sin techo.*] Mi

otra hermana menor está a la sombra. Mi hermano más chico también. Por eso los únicos que estamos afuera somos mi hermano y mi hermana mayores, y yo. Mi madre se mudó a Queens. [*Queens es uno de los distritos de Nueva York, también compuesta por Manhattan, el Bronx, Brooklyn y Staten Island.*] Está en su casa, y contenta: yo le hago creer que todo me va bien y con eso se queda contenta. No quiero que sufra; cuando voy a verla me pongo de punta en blanco y le digo: "No te preocupes por mí, está todo bien".

Hace un tiempo casi había juntado para comprar un departamento

JULIO: [*Interrumpe a Ramón mientras le alcanza la nueva botella de cerveza*]: ¡Tu familia no es de lo mejor que digamos, chico!

RAMÓN: [*Destapa la botella y deja caer pensativamente algunas gotas en la vereda, gesto puertorriqueño tradicional dedicado a la memoria de los muertos. Luego toma sólo un traguito, ya que no se le había ocurrido que la cerveza pudiera estar tan helada. Escupe y se la pasa a Julio sin mirarlo*]: Va a hacer tres años y medio que estoy buscando un departamento. No tuve suerte, no encontré nada. Hace un tiempo, tenía casi para entregar un mes de depósito. Otra vez le di cuatrocientos dólares a un tipo que aseguraba que iba a encontrarme uno. Vi un edificio con un cartel que decía: "Departamentos en alquiler"; entré para mirar y –no me vas a creer– aparece el tipo y me dice: "Si me das cuatrocientos dólares, te consigo el departamento en seguida". Me mostró todas las habitaciones y todo, qué sé yo. Le contesté: "Está bien", era en Brooklyn. Y de repente saqué la plata [*acaricia un fajo imaginario en la palma de la mano...*] y él me dice: "Dame el dinero. Te hago un recibo [*garabatea en un pedazo de papel imaginario*], te hago un recibo". Era un adicto. Fui a ver a la madre y le dije: "Nadie me hace perder plata. ¿Entendido? Más vale que la recupere, porque si no, aquí va a haber lío". Ella se dio cuenta de que no estaba jodiendo. Y agregué: "Si le pasa algo a mi plata, alguien va a tener que pagar, y me cago en quien sea. Sólo espero que no sea usted". ¡Es cosa de no creer, pero ese cerdo ponía en peligro a su madre! ¡La vida de su propia madre! ¿Y entonces? ¡Eh! [*Toma coca.*] Tardé dos o tres días en recuperar la plata. Pero no fue él quien me la devolvió. Fue el hermano mayor. La madre lo había llamado y le explicó la situación. Cada vez que miro esto [*alza el "recibo" arrugado*], ¿sabes?, me acuerdo de cómo se escapó con mis cuatrocientos dólares. ¡Si lo hubiera tenido al alcance de la mano, seguro que lo mataba o lo mandaba al hospital! Nunca más supe nada de él [*bebe mucho*].

—*Sabes, Ramón, verdaderamente es estupendo todo lo que pude grabar contigo. Creo que va a servirme para mi libro, pero ahora estoy reventado. No tomé merca como ustedes y mañana a la mañana tengo que llevar a mi hijo al colegio. Me voy a ir.*

RAMÓN: [*Incapaz de hablar porque tiene la boca llena de cerveza fría, pero me hace señas para que deje en funcionamiento el grabador mientras hunde la mano, casi con el mismo gesto, en el montoncito de cocaína, que Julio tiene de nuevo sobre sus rodillas, y aspira con delicadeza.*] Crecer en El Barrio me enseñó mucho. ¡Lo que no aprendí!... [*Vuelve a aspirar profundamente y aumenta el ritmo y la elocuencia de su discurso.*] Aprendí a escapar del peligro. Porque cuando eres chico y ves gente que se muere frente a ti [*vuelve a tomar*], con la cara reventada... Les apuntan en plena cara y cuando les dan, se caen de frente contra el piso [*simula tropezar, sin expresión en el rostro*], justo ahí, en ese sitio [*señala la cuneta cerca de Paquito, quien, desde su cochecito, mira fascinado*]. Ves un cadáver, con el cerebro salpicado en la pared [*señala los ladrillos de la HLM que está detrás de nosotros*]. Ya vi eso otras veces [*toma cocaína*]... Estaba en la escuela, en el colegio. Justo en el lugar donde está el Club. [*El "Club" es otra* crack house *ubicada algunas cuadras más abajo. Pertenece al propietario de la* botánica *administrada por Julio, frente al lugar donde nos encontrábamos.*] Justo ahí, en la pared. Vi los sesos salpicados justo ahí [*tiende el brazo como si admirara un panorama extraordinario*]... Vi gente que se hacía matar, agredir [*habla aún más aceleradamente*], que la agredían ahí, delante de mí, tipos que se cagaban a golpes y se apuñalaban, personas apuñaladas [*vuelve a disminuir el ritmo*]. Ahora todo eso no tiene ningún sentido para mí. Ya no siento nada. Puedes apuntarme con un fusil y lo único que voy a decirte es "¡Adelante, mátame!". No me importa nada. Nunca me dispararon todavía, pero... la vida me trató así, me las hizo ver tan negras que ya no me importa nada; aquí lo aprendí todo... la mentalidad y todo, aquí... en El Barrio.◆

Agosto de 1989

La dimisión del Estado

Pierre Bourdieu

La voluntad, completamente loable, de ir a ver las cosas en persona y de cerca, lleva a veces a buscar los principios explicativos de las realidades observadas donde no están (o, en todo caso donde no están todos), es decir, en el lugar mismo de la observación: así, es seguro que la verdad de lo que sucede en los "suburbios difíciles" no reside en esos lugares por lo común olvidados que de tanto en tanto aparecen en el primer plano de la actualidad.[1] El verdadero objeto del análisis, que hay que construir contra las apariencias y contra todos aquellos que se contentan con ratificarlas, es la construcción social (o, más precisamente, política) de la realidad revelada a la intuición, y de las representaciones, en especial periodísticas, burocráticas y políticas, de esa realidad, que contribuyen a producir efectos muy reales, en principio en el universo político, donde estructuran la discusión, y hasta en el universo científico.

La nobleza de Estado y el liberalismo

Si aquí se da mucha cabida al análisis crítico de las representaciones, no es por el mero placer de entregarse a los juegos de la polémica. Estas construcciones colectivas forman parte de la realidad que se trata de comprender y de la cual son en gran parte responsables: es el caso, por ejemplo, de la visión neoliberal que inspiró las medidas políticas dictadas en los años setenta en materia de financiamiento público de la vivienda, que contribuyeron a crear la división social, a menudo materializada en el espacio por una simple calle, como en Saint-Florentin, entre los propietarios de pequeños *chalets* y los habitantes de los grandes complejos habitacionales colectivos. Pero cuando los "disturbios de Vaulx-en-Velin" o el "asesinato de Saint-Florentin" constituyen la apertura de los noticiarios televisivos y la primera plana de los diarios, ¿quién se acuerda del Libro Blanco de las HLM, de las comisiones Barre o Nora-Eveno y de todos los debates sobre la "ayuda al ladrillo" y la "ayuda a la persona" que, quince años atrás, agitaron los medios dirigentes durante el gobierno de Giscard d'Estaing y su secretario de Estado para la vivienda, Jacques Barrot? Las burocracias tienen mala memoria y los nombres de todos los que participaron en la elaboración colectiva de algunas de las decisiones más cruciales de la posguerra han caído absolutamente en el olvido.[2] Del mismo modo, ¿cabe esperar que los

1. La división entre las disciplinas –etnología, sociología, historia y economía– se retraduce en recortes completamente inadecuados de los objetos de estudio, con la oposición, por ejemplo, entre las monografías circunscriptas a lo local e incapaces, a raíz de ello, de comprender los mecanismos cuyos efectos registran, y los análisis de ambiciones más sistemáticas, pero inclinados a elegir más o menos arbitrariamente en la complejidad de los hechos, para construir modelos "estilizados".

2. Estos nombres, y sobre todo un análisis de la producción de la política habitacional, podrán encontrarse en el número 81-82 de *Actes de la recherche en sciences sociales*, publicado en marzo de 1990 y dedicado a la "economía de la casa".

periodistas y los filósofos periodísticos que en las columnas de sus editoriales disertan doctamente sobre el "velo islámico" o los "acontecimientos" ocurridos en tal o cual urbanización de los suburbios parisienses o lioneses, se cuestionen verdaderamente cuál es la contribución del periodismo a la producción del "acontecimiento" que creen registrar y analizar?

La oposición entre el liberalismo y el estatismo, que tanto preocupa a los ensayistas, no resiste un segundo ante la observación. Así se comprueba, por ejemplo, que el Estado contribuye de manera determinante a conformar el mercado inmobiliario, en especial a través del control que ejerce sobre el mercado del suelo y las formas de ayuda que proporciona para la compra o el alquiler de viviendas, y que al mismo tiempo contribuye a determinar la distribución social del espacio o, si se prefiere, la de las diferentes categorías sociales en el espacio (sobre la cual actúa también mediante la acción que ejerce en el mercado laboral y escolar). Y la retirada del Estado y el marchitamiento de la ayuda pública a la construcción –afirmados durante los años setenta por el reemplazo de la ayuda al ladrillo por la ayuda a la persona– son responsables en esencia de la aparición de los lugares de relegación en donde, bajo el efecto de la crisis económica y la desocupación, se concentran las poblaciones más indigentes.

Así, pues, es imposible comprender el estado de las cosas, tanto en materia habitacional como en cualquier otro ámbito, sin tomar en cuenta la conversión colectiva a la visión neoliberal que, iniciada en los años setenta, culminó, en medio de la década de 1980, con la adhesión de los dirigentes socialistas. Este cambio no se limitó a esas transformaciones del humor ideológico que los "filósofos" mediáticos anuncian como "retorno del sujeto" o "muerte del pensamiento de 1968. Estuvo acompañado por una demolición de la idea de servicio público, en la cual los nuevos maestros del pensar colaboraron mediante una serie de falsificaciones de la escritura teórica y de ecuaciones trucadas, fundadas en la lógica de la contaminación mágica y la amalgama denunciadora a la cual tantas veces recurrieron en el pasado sus adversarios marxistas: al hacer del liberalismo económico la condición necesaria y suficiente de la libertad política, se asimila el intervencionismo del Estado al "totalitarismo"; al identificar sovietismo y socialismo, se plantea que la lucha contra las desigualdades consideradas inevitables es ineficaz (lo que no impide que se le reproche desalentar a los mejores) y que, en todo caso, sólo puede librarse en detrimento de la libertad; al asociar la eficacia y la modernidad con la empresa privada, el arcaísmo y la ineficacia con el servicio público, se quiere sustituir la relación con el usuario por la relación con el cliente, supuestamente más igualitaria y eficaz, y se identifica la "modernización" con la transferencia al sector privado de los servicios públicos más rentables y la liquidación o la puesta en vereda del personal subalterno de éstos, tenido por responsable de todas las ineficacias y todas las "rigideces".

Mano derecha y mano izquierda del Estado

Basta con detenerse en esta última característica para ver que todo ese cuerpo de lugares comunes, elaborados en ámbitos de encuentro especialmente dispuestos para favorecer los intercambios entre "pensadores" ávidos de poder y poderosos ávidos de pensamiento (revistas, clubes y coloquios) e incansablemente repetidos en los diarios y semanarios, expresa muy directamente la visión y los intereses de la gran nobleza de Estado, salida de la Escuela Nacional de Administración (ENA) y formada en la enseñanza de las Ciencias Políticas.[3] Son estos nuevos mandarines, golosos de sobresueldos y siempre propensos al apoltronamiento, quienes, cansados de predicar el espíritu de "servicio público" (para los otros), como lo hacían en los años sesenta, o de celebrar el culto de la empresa privada,

3. Se podrá comprobar que sigue siendo completamente válido el análisis que, mucho antes de su triunfo, se había hecho de

sobre todo luego de 1980, pretenden manejar los servicios públicos como empresas privadas, al mismo tiempo que se mantienen al abrigo de las restricciones y los riesgos, financieros y personales, que se asocian a las instituciones cuyas (malas) costumbres *imitan como monos*, sobre todo en materia de gestión del personal; son ellos quienes, en nombre de los imperativos de la modernización, acometen contra el personal operativo, esos "acomodados" de la función pública, protegidos contra los riesgos de la libre empresa por estatutos rígidos y crispados en la defensa corporativa de las conquistas sociales; son ellos quienes alaban los méritos de la flexibilidad laboral, cuando no propician, en nombre de la productividad, la reducción progresiva del personal.

Se comprende que los pequeños funcionarios, y entre ellos muy especialmente los encargados de cumplir las funciones llamadas "sociales" –es decir, de compensar, sin disponer de todos los medios necesarios, los efectos y las carencias más intolerables de la lógica del mercado, policías y magistrados subalternos, asistentes sociales, educadores e incluso, cada vez más, maestros y profesores– tengan la sensación de ser abandonados, si no desautorizados, en sus esfuerzos por afrontar la miseria material y moral que es la única consecuencia cierta de la *Realpolitik* económicamente legitimada. Todos ellos viven las contradicciones de un Estado cuya mano derecha ya no sabe o –aún peor– ya no quiere lo que hace la mano izquierda, en la forma de "dobles vínculos" cada vez más dolorosos: ¿cómo no ver, por ejemplo, que la exaltación del rendimiento, la productividad, la competitividad o –más simplemente– de la ganancia tiende a arruinar el fundamento mismo de funciones que no existen sin cierto desinterés profesional asociado, muy a menudo, con la dedicación militante?[4]

Más profundamente, es la definición misma de esta "burocracia de base" (*street-level bureaucracy*) la que se ve fundamentalmente transformada por la sustitución, en el ámbito de la vivienda pero también en otros, por ejemplo con el ingreso mínimo, de las antiguas formas de ayuda al servicio por la ayuda directa a la persona, de las que se ha mostrado con claridad que tienen consecuencias totalmente diferentes: en perfecta conformidad con la visión liberal, la ayuda directa "reduce la solidaridad a una simple asignación financiera" y sólo apunta a permitir consumir (o a incitar a consumir más), sin procurar orientar o estructurar el consumo.[5] De tal modo, se pasa de una política de Estado que aspira a actuar sobre las estructuras mismas de la distribución a otra que sólo pretende corregir los efectos de la distribución desigual de los recursos en capital económico y cultural, es decir, una *caridad de Estado* destinada, como en los buenos tiempos de la filantropía religiosa, a los "pobres meritorios" (*deserving poors*). Las nuevas formas que asume la acción del Estado contribuyen así, con el debilitamiento del sindicalismo y de las instancias movilizadoras, a la transformación del *pueblo* (potencialmente) movilizado en un agregado heterogéneo de *pobres* atomizados, de "excluidos", como los llama el discurso oficial, a los que se menciona sobre todo (si no exclusivamente) cuando "plantean problemas" o para recordar a los "acomodados" el privilegio que representa tener un empleo permanente.

esta temática y sus condiciones sociales de producción, pese al *aggiornamento* que les aportaron los enarcas socialistas (cf. P. Bourdieu y L. Boltanski, "La production de l'idéologie dominante", en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 2-3, 1976, pp. 1-73). [Se llama "enarcas" a los graduados de la École Nationale d'Administration (n. del t.).]

4. Se ha observado que las personas que ingresan en el servicio público, y muy en particular en las *"street-level bureaucracies"*, tienen con frecuencia cierta dedicación a su función, cuya utilidad social consideran factible (cf. M. Lipsky, *Street-level Bureaucracy: Dilemmas of the Individual in Public Services*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1980, p. xii).

5. Cf. C. Gruson y J. Cohen, *Tarification des services publics locaux*, París, La Documentation française, 1983, pp. 47-48, y P. Chambat, "Service public et néo-libéralisme", en *Annales ESC*, 3, 1990, pp. 615-647.

La escuela de los subproletarios

Esta digresión por el Estado y sus decisiones políticas es indispensable para comprender lo que se observa hoy "sobre el terreno", es decir, la situación inestable, en vilo, en que se encuentran los "trabajadores sociales" que tienen el mandato estatal (o municipal) de asegurar los servicios públicos más elementales, en materia de educación y salud especialmente, para las poblaciones más necesitadas de urbanizaciones o suburbios cada vez más abandonados por el Estado. Estos agentes estatales están atravesados por las contradicciones del Estado, que muchas veces viven, en lo más profundo de sí mismos, como dramas personales: contradicciones entre las misiones, a menudo desmesuradas, que se les confían, particularmente en materia de empleo y vivienda, y los medios, casi siempre irrisorios, que se les entregan; contradicciones –sin duda las más dramáticas– producidas, en parte, por su acción, como las resultantes de las esperanzas y desesperaciones suscitadas por la institución escolar.

¿Cómo podrían ignorar u ocultar quienes cotidianamente tienen que vérselas con los más carecientes económica y culturalmente que muchos de los problemas que experimentan las familias a través de sus hijos, y que éstos mismos sufren, están vinculados, directa o indirectamente, a la acción de la escuela? Es indudable que no hay que buscar en otra parte la verdadera fuente de las particularidades de esos "jóvenes", a menudo descriptos en el lenguaje de lo indecible y nunca visto, que, en el orden científico, es equivalente a la retórica periodística del sensacionalismo. En sus conductas y sobre todo en su relación con el futuro, esos adolescentes tienen todos los rasgos característicos de los subproletarios, pero están afectados, de manera profunda y duradera, por los efectos de una estada prolongada en la escuela.

Es innegable que todas las descripciones coinciden respecto de lo que se halla en el centro de la experiencia de estos adolescentes: la sensación de estar encadenados a un lugar degradante ("podrido"), a causa de la falta de dinero y de medios de transporte, y condenados a la degradación (y las degradaciones) que pesa sobre ellos como una maldición –o, muy simplemente, un *estigma*– y les prohíbe el acceso al trabajo, al ocio, a los bienes de consumo, etcétera; y, más profundamente, la experiencia inexorablemente reiterada del fracaso, en principio en la escuela y luego en el mercado laboral, que veda o desalienta toda previsión razonable del futuro. Pero no se ve que esta experiencia temporal, característica de los *subproletarios* –condenados por su falta de poder en el presente a la dimisión ante el porvenir o a la inconstancia de las aspiraciones– se arraiga en condiciones de existencia marcadas por la incertidumbre más total con respecto al futuro y la discordancia interior de aspiraciones a la vez abiertas y cerradas por la escuela.

Estos jóvenes a quienes la falta de capital cultural condena a un fracaso escolar casi seguro se encuentran, a menudo hasta una edad relativamente avanzada, en condiciones de existencia idóneas, pese a todo, para elevar sus aspiraciones: al separarlos provisionalmente de las actividades productivas y apartarlos del mundo del trabajo, la escuela rompe el ciclo "natural" de la reproducción obrera, fundado en la adaptación anticipada a las posiciones dominadas, y los inclina al rechazo del trabajo manual, sobre todo en fábrica, y de la condición obrera; los insta a rechazar el único futuro que les resulta accesible sin garantizarles en absoluto el futuro que parece prometer y al cual les enseña a renunciar, definitivamente, por el *efecto de destino* de sus veredictos. Sin duda, la eficacia de estos mecanismos se ejerce muy especialmente sobre los adolescentes de origen extranjero, particularmente magrebíes, cuyas dificultades específicas en el mercado escolar se ven redobladas por las dificultades complementarias que, en el mercado laboral, representa para ellos su *capital simbólico negativo*, ligado a los signos exteriores de su hexis corporal, que funciona como estigma, al igual que el nombre, el acento y, en lo sucesivo, también el lugar de residencia.

Estos factores estructurales, que configuran en especial las actitudes con respecto al tiempo y, con ello, la relación con el trabajo, explican la afinidad que muestran esos jóvenes con las disposiciones inestables y los empleos temporarios; pero no es posible dar cuenta completamente de los estados de ánimo y las prácticas de esos adolescentes, en particular de los más "desviados", sin la intervención de varios otros factores. Está en primer lugar el marchitamiento o debilitamiento de las instancias de movilización, como las organizaciones políticas y sindicales que, en los antiguos "suburbios rojos", no se conformaban, como se dice a menudo, con "canalizar y regular la revuelta", sino que aseguraban una especie de "envoltura continua" de toda la existencia (en especial, a través de la organización de las actividades deportivas, culturales y sociales), y contribuían así a dar un sentido a la revuelta, pero también a la vida.

Está a continuación la crisis de las estructuras familiares, que afecta sobre todo a las familias magrebíes y que constituye el principio fundamental de la diferencia entre ellas –y sus hijos– y las otras familias de inmigrantes: su muy alta fecundidad (por otra parte, destinada a declinar a medida que se eleva su capital económico y cultural) sólo coincide a duras penas con el proyecto pedagógico (en sentido amplio) tácitamente exigido por el nuevo ambiente social; además, hay un desfase muy significativo –tanto en el estilo de vida como en las aspiraciones y la visión global del mundo– entre unos padres poco o nada escolarizados y unos hijos que sufrieron plenamente los efectos de una estada prolongada en el sistema escolar. Efectos contradictorios y, por lo menos, paradójicos: para los jóvenes inmigrantes, la escuela es la oportunidad de descubrir y vivir su plena pertenencia de derecho a la sociedad francesa (y también, de manera más o menos explícita, a la cultura democrática, generadora de aspiraciones universalistas, tales como el rechazo del racismo) y su plena exclusión de hecho, afirmada en los veredictos escolares. En cuanto a los padres, que sufren las repercusiones de todos los choques y padecimientos de sus hijos, apenas están en condiciones de ofrecerles no sólo medios de existencia sino *razones para vivir* capaces de arrancarlos de la sensación de estar de más, de ser supernumerarios. Y también contribuye a esto que, a causa de la desocupación, con frecuencia están excluidos de la existencia económica y social, y apartados de su comunidad de origen; muy aislados, paradójicamente, en ese hábitat social que reúne a las familias en función de los departamentos disponibles y los ingresos y no, como en las villas de emergencia, de las relaciones de parentesco. Como no tienen nada que proponer para el presente, y menos aún para el futuro, les cuesta controlar las aspiraciones consumistas que suscitan en sus hijos los contactos de la escuela y las solicitaciones de un universo social obsesionado por los bienes de consumo, a la vez inaccesibles y presentes por doquier, en la calle, en los autos lujosos, en el supermercado o, en el corazón mismo de la vida doméstica, a través de la televisión y los folletos publicitarios que llenan día tras día los buzones.

Si hay un efecto propio de la cohabitación, se encuentra en el hecho de que, en un ambiente semejante, nadie puede sostener a nadie, de modo que las caídas sociales no conocen los frenos o las redes de protección que pueden asegurar otros ámbitos. También reside en esa especie de sobrepuja de la violencia que se inicia cuando las "pequeñas tonterías" (rabonas, hurtos, robos de autos, etcétera), a menudo concebidas como un juego o un desafío, o las repentinas explosiones colectivas de violencia (por ejemplo, la que lleva a algunos jóvenes a destruir los locales o los equipamientos que ellos mismos reclamaron), progresivamente dan paso a la acción de una pequeña minoría activa y organizada: el imperio de la banda, con frecuencia constituida en la escuela, donde tiende a imponer, a aquellos que quieren salir de ella, el alineamiento con los más carecientes, puede ejercerse entonces sobre una población atomizada, incapaz de movilizarse colectivamente, lo que no le deja otra salida que el sometimiento resignado y el repliegue en el padecimiento y el odio,

generador de las condenas globales e indiferenciadas del esencialismo racista, o el apartamiento, que redobla la degradación y la estigmatización del lugar así abandonado.

Rehacer la historia

Si me pareció necesario evocar una de las series causales que llevan desde los lugares más centrales del Estado hasta las regiones más desheredadas del mundo social, y hacer hincapié, al mismo tiempo, en la dimensión propiamente política de los procesos, sin duda infinitamente más complejos, que condujeron a un estado de cosas en realidad nunca pensado ni querido por nadie, no es para hacer un sacrificio a la lógica de la denuncia y el juicio, sino para tratar de brindar posibilidades a una acción racional que apunte a deshacer o rehacer lo que la historia ha hecho.

En efecto, en este caso la búsqueda de un sistema explicativo bien fundado no tiene nada de gratuita: los lugares de relegación y sus habitantes se convirtieron, por los problemas que plantean, en una de las grandes apuestas de la lucha política, y es importante oponerse a las explicaciones cuyo carácter extremo de fantasías se manifestaría de inmediato si no despertaran los fantasmas más antiguos de la tradición occidental (pienso, por ejemplo, en la variante –que en vano se intentó presentar eufemísticamente– de la explicación racista que invoca el carácter excepcional de la tradición islámica, instituida como fundamento de una alteridad radical y definitiva). Así, al mismo tiempo que hay que evitar ver una cadena mecánica de responsabilidades, no es inútil poner de relieve el vínculo entre una política neoliberal que apunta a sacar a la pequeña burguesía de la vivienda colectiva y, con ello, del "colectivismo", y a asociarla a la propiedad privada de su *chalet* individual o su departamento en copropiedad y, a la vez, al orden establecido, y la segregación espacial, favorecida y fortalecida por la retirada del Estado; y también el vínculo, más evidente, entre esta segregación, con sus efectos más visibles, y el lugar que ocupa hoy, en el campo político y en otras partes, la oposición entre los "nativos" y los "inmigrantes", que vino a reemplazar la existente entre dominantes y dominados, hasta entonces en el primer plano. Esto, gracias a la declinación de las instancias de movilización y su aptitud para superar, tanto teóricamente –mediante la reactivación de la tradición internacionalista– como prácticamente –por la creación de nuevas solidaridades–, las dificultades que, en el seno mismo del mundo obrero y hasta en lugares donde los "nativos" son ampliamente mayoritarios (como las "urbanizaciones" más famosas, las Quatre mille de La Courneuve, las Minguettes o la Balzac de Vitry), hacen surgir los conflictos ligados a la cohabitación.

Con la irrupción en el campo político de un partido que, como el Frente Nacional, fundó su estrategia en la explotación de la xenofobia y el racismo, el debate político se organizó más o menos directamente en torno del problema de la inmigración: en la lucha política por la imposición del principio legítimo de visión y de división entre las instancias opuestas, partidos y sindicatos en especial, la cuestión de la redistribución se volvió absolutamente central, y al mismo tiempo también la de la definición de quienes tienen derecho a reivindicar las ventajas asociadas a la pertenencia nacional. En efecto, los nativos dominados pueden sentirse solidarios con los nativos dominantes contra los "inmigrantes", sobre la base de la pretensión de monopolizar el acceso a las ventajas económicas y sociales vinculadas a la ciudadanía.

Puede verse de qué manera la dimisión o la retirada del Estado provocó efectos inesperados, en todo caso nunca verdaderamente deseados, y capaces de amenazar, en última instancia, el buen funcionamiento de las instituciones democráticas, si la política resuelta de un Estado decidido a utilizar realmente los medios necesarios para cumplir con sus intenciones proclamadas no llega, con toda urgencia, a contrarrestarlos. ◆

Una misión imposible

Pierre Bourdieu

A raíz del llamamiento que yo había hecho durante una reunión de trabajadores sociales, Pascale R. propuso espontáneamente aportar su testimonio. En el momento de la entrevista, es jefa de proyecto en F., una ciudad mediana del norte de Francia. Como ella misma dice, tiene allí una posición ambigua: por contrato, le paga la municipalidad, que puede despedirla, pero ese mismo contrato especifica que, aunque colocada "bajo la autoridad del alcalde", está "en primer lugar vinculada a una estructura exterior"; "Es bastante ambiguo: debo estar a la vez bajo su autoridad y ser independiente; tengo que interpelarlo y obedecerlo". Ambigüedad que redobla el hecho de que, para que su tarea llegue a buen puerto, tiene que contar con interlocutores muy diversos y dispersos: por el lado del Estado, 17 direcciones departamentales (DDE, DDASS,[1] Acción Cultural –DRAC–, Juventud y Deportes y Educación Nacional, en especial) cuyos responsables prácticamente no se reúnen nunca y ante los cuales ella está, la mayor parte del tiempo, en situación de solicitante (cuando en realidad se supone que coordina e incluso organiza su acción en el plano de una unidad local); por el lado de la región, de los funcionarios elegidos y de los técnicos, las decisiones presupuestarias, que establecen qué medios se ponen a su disposición, corresponden a los funcionarios.

Tras haber ocupado antes un puesto análogo en una gran ciudad vecina, T., Pascale R. puede comparar las dos experiencias. En T. dependía de la oficina de las HLM (y no de la municipalidad), lo que le otorgaba un poder real: "Estaba en las HLM, era jefa de proyecto de un operativo de rehabilitación y en ese concepto, tenía un poder enorme, porque era la propietaria de las viviendas: tenía la facultad y la obligación de alojar a las familias; luego, de buscar la financiación, iniciar los trabajos y asignar las nuevas viviendas". Como, por otra parte, era un lugar en que "se había iniciado un trabajo de concertación" y en el que podía apoyarse en grupos ya movilizados, tuvo la posibilidad de cumplir una de sus grandes funciones, "modificar las relaciones entre las personas", en primer lugar entre los habitantes –como se verá en el caso de la anciana de los gatos– y también entre éstos y las autoridades, municipales o estatales. Se dieron así las condiciones para una verdadera autogestión: "Los representantes de los habitantes terminaron por hacer asignaciones de viviendas". Fue entonces cuando Pascale R. descubrió que la institución a la que respondía "ya no podía soportarla". Su éxito es un fracaso: cumplió demasiado bien un contrato que dejaba en silencio lo esencial. Es en la forma de este doble vínculo (*double-bind*) como experimenta la contradicción que está en el fundamento de la institución que la comisionó y de la función que se le impartió oficialmente: reactivar la vida del barrio, hacer participar a los residentes en la gestión, consignas éstas que no son más que palabras, ficciones

1. DDE: *Direction départementale de l'équipement* [Dirección Departamental de Equipamiento]; DDASS: *Direction départementale de l'a action sanitaire et sociale* [Dirección Departamental de Acción Sanitaria y Social].

automistificadoras mediante las cuales la tecnocracia trata de animarse un poco.

La comparación de las dos experiencias lo muestra con claridad. En T., donde disponía de un poder real sobre uno de los factores del problema que tenía que encarar, la vivienda, pudo llevar su accionar lo suficientemente lejos para develar la intención profundamente contradictoria de la misión que se le había encomendado. En F., donde queda librada únicamente a sus fuerzas, es decir, a los recursos puramente simbólicos de la convicción y la persuasión, descubre de entrada que no puede dar nada de lo que pide la gente ni ofrecer más que cosas que no quieren (como las "pasantías", que son meros paliativos de la desocupación). Lo que verdaderamente podría cambiar la situación cuya modificación le reclaman no depende de ella, mientras que lo que sí es de su incumbencia no puede cambiar realmente nada. "Ya sé que, en el barrio, todo lo que espera la gente es un trabajo. [...] Y es lo único que no podremos darles." Más adelante: "El trabajo social, entonces, contiene en sí mismo una contradicción, y corresponde al jefe de proyecto del DSQ imaginar soluciones y proponerlas a las diferentes administraciones. También ahí hay una contradicción, porque cuando una encuentra algo, dice: 'Es preciso que se incluya en el organigrama', y la respuesta [de la administración] siempre es: 'Financieramente, eso no es de mi competencia'".

Privada de las condiciones excepcionales de que había disfrutado en su puesto anterior, Pascale R. choca con los dos grandes obstáculos con que se topa toda acción social: la resignación de individuos desmovilizados y desmoralizados por una larga serie de fracasos y desilusiones y la inercia de una administración atomizada y atomizante, encerrada en las rigideces de sus rutinas y sus supuestos (los "organigramas") y nunca tan inoperante como cuando practica la democracia a pedido de una "socialburocracia" tecnocrática. El trabajador social no puede dar más que lo que tiene, la confianza, la mínima esperanza que se necesita para empezar a moverse. Debe luchar sin cesar en dos frentes: por un lado, contra aquellos a quienes desea asistir, que con frecuencia están demasiado desmoralizados para hacerse cargo de sus propios intereses y, con más razón, de los de la colectividad; por el otro, contra administraciones y funcionarios divididos y encerrados en universos separados, a tal punto que –como se ve con claridad en el caso de la puesta en vigencia del RMI– no son los mismos servicios y los mismos funcionarios los encargados de pagar a los beneficiarios y asegurar su inserción. La antinomia entre la lógica del trabajo social, que no funciona sin cierta militancia profética o un voluntariado inspirado, y la de la burocracia, sus disciplinas y sus prudencias, sin duda jamás se ve tan bien como cuando, obedientes a "instrucciones llegadas desde arriba", los funcionarios se convierten "de la noche a la mañana al trabajo social", especialmente en oportunidad del segundo plan: "De un trabajo que es de innovación y convicción, y además de relaciones de personas, se llega a un trabajo institucional: ¡entonces, cuando pasa eso, es una catástrofe!".

Paradójicamente, la rigidez de las instituciones burocráticas es tal que, pese a lo que diga Max Weber, sólo pueden funcionar mal o bien gracias a la iniciativa, la inventiva e incluso el carisma de los funcionarios menos aprisionados en su función. Si quedara librada a su mera lógica –la de las divisiones administrativas que reproducen en la base las de las autoridades centrales en ministerios separados y prohíben al mismo tiempo todo accionar eficaz, es decir global, la lógica de los expedientes que hay que "cursar y cursar" sin cesar, la de las categorías burocráticas que definen lo burocráticamente pensable ("no está previsto"), la de las comisiones donde se acumulan las prudencias, las censuras y los controles– la burocracia se condenaría a la parálisis. Y no hay duda de que son las contradicciones originadas en las divisiones burocráticas las que amplían el margen de maniobra, de iniciativa, de libertad con que pueden jugar las personas que, al romper con las rutinas y los reglamentos de la burocracia, la defienden contra sí misma.◆

Con una jefa de proyecto en el norte de Francia

Entrevista de Pierre Bourdieu

"Yo conocía demasiadas cosas"

PASCALE R.: En T. pasé seis, casi siete años, y cuando me fui, fue justamente porque empezaba a deprimirme totalmente: poco a poco había tejido vínculos con algunas personas porque hubo tiempo para hacerlo, y existía toda una dinámica, todo un grupo que era muy grande, de representantes de los residentes, con hombres, mujeres, jubilados, jóvenes, incluso activos –es muy difícil que una persona activa pueda dedicar tiempo de más a otros proyectos aparte de su trabajo y su familia es difícil pero también las había–, asistentes sociales a las cuales, a priori, me oponía: yo era representante de las HLM, y las HLM son las que dan la vivienda, las asistentes sociales son las que la piden y representan a los malos inquilinos...

[*Los primeros encuentros con las asistentes sociales fueron difíciles, pero pronto mejoraron durante el noveno plan. Los trabajadores sociales en cuestión eran a menudo voluntarios que robaban horas a su tiempo para participar en el proyecto: "Así que al principio también había una selección de personas; teníamos un grupo que ya estaba constituido por una dinámica".*]

Modificar las relaciones entre las personas

PASCALE R.: De modo que al cabo de algunos años, con un trabajo que se basa en personas benévolas o voluntarios militantes entre los que trabajan, se tejen vínculos y después por fin se pueden poner los problemas sobre la mesa. Pero sólo al cabo de algunos años: no sucede en un abrir y cerrar de ojos... Incluso ahora, el primer año en F., empiezo a conocer a las personas en un nuevo terreno, pero sé bien que no me tienen la confianza que voy a poder ganarme después de cuatro, cinco años. Pese a todo, hace falta tiempo. La manera como pude conocer mejor los verdaderos problemas fue hacer por mí misma, por cuenta de la oficina de las HLM en T., el operativo que tenía a mi cargo; era una rehabilitación "pesada"; teníamos que obligar a mudarse a todo el mundo. Lo primero que debía hacer era encontrar un nuevo alojamiento para cada una de las familias, y eso me dio un papel particularmente importante, porque las conocía en directo [...]. Sabía quiénes vivían con la familia, en qué tipo de vivienda estaban antes, en qué tipo de vivienda los habían alojado, de modo que conocía a la gente, y después a los trabajadores sociales, las asistentes sociales, los representantes de los inquilinos que me hablaban de personas a las que la mayoría de las veces yo conocía.

[...]

Sí. Y bien, le voy a dar un ejemplo que es interesante. En T. reuníamos alrededor de una mesa, una vez por mes, a los representantes de las HLM –entre los que estaba yo–, los representantes de los habitantes, que eran voluntarios y en los que teníamos confianza, porque no todo el mundo puede formar parte de un grupo en que se habla de la vida privada de la gente, así que eran algunos residentes de los que podíamos estar seguros de que no iban a ir a repetírselo a todo el mundo, gente en la que verdaderamente se podía confiar. Las asistentes sociales a las que no todos les tenían confianza, porque conocen a las familias, están ahí para sostenerlas y sobre todo no deben dar a conocer sus puntos débiles, porque si no, se arriesgan a hacerles perder toda posibilidad de obtener una asignación, una HLM, cosas así. De modo que por fin logramos reunirnos, poner las cartas sobre la mesa, hablar de tal o cual persona. Entonces, el ejemplo de comportamiento: es una persona con respecto a la que habían hecho peticiones porque estaba llena de gatos, gatos y perros que hacían pis, y además eso daba un olor fétido a toda la entrada. [...] Y por otra parte esta mujer había pedido mudarse, tal vez para estar cerca de una amiga, no recuerdo muy bien cuál era el motivo pero en fin, no era importante o bien sí, pero sí, el motivo era... [*ríe*] importante: ¡es que su vivienda se había vuelto insalubre!

[...]

Y eso ocurre con algunas personas, es su manera de habitar las viviendas. Está desde luego la cuestión de las

finanzas. Para no gastar, se encierran y no ponen calefacción, de modo que el aire no se renueva y aparece humedad. No tienen dinero, no pintan, no empapelan, y poco a poco las paredes se cuartean, el empapelado se despega, se forman ampollas en la pintura... La cosa llega muy lejos, uno ve techos enteros que se vienen abajo porque el yeso o el revoque están empapados y entonces, en un momento, se caen, se vienen abajo. Eso en cuanto a las razones económicas. Hay que saberlo, hay que tenerlo en cuenta. Y además hay también un modo de vida. ¿Cómo se llega a eso? Algunas veces es con el paso de los años, una mujer cuyo marido se muere y entonces se deja estar; o si no, hubo una ruptura, un divorcio, la pérdida del trabajo o la muerte de un hijo y después se abandona todo y en ese momento hay un cambio de conducta. En esos casos no hay motivos económicos, pero ya no manejan su presupuesto, se dejan estar, no sé. Después están también las familias. Ahí es más difícil porque la cosa viene de los abuelos, los padres; los hijos se educan así y luego no se ve con mucha claridad cómo cambiar las cosas.

[...]

Y le decimos [*a la mujer de los gatos*]: "Estamos de acuerdo en que se mude, pero antes de que se vaya por lo menos tendrá que volver a poner en condiciones su vivienda actual". Es difícil de entender, porque cuando alguien quiere irse es porque le resulta imposible vivir ahí, y lo que se le dice es: "Tiene que ponerla en condiciones". [...] Y eso, justamente, es parte de los deberes del inquilino; así como cuando entra en una vivienda ésta se halla en condiciones habitables, cuando se va también debe estarlo, porque si no, dejan fácilmente un clavo de 15.000 francos. Por consiguiente, se les niega el cambio... Entonces, en el caso de esta persona, se le pidió, se logró que aceptara, y quien podía transmitirle el mensaje era la asistente social que estaba con ella, porque si hubiera sido alguien de las HLM, habría dicho que era el "gendarme" que había encontrado un pretexto para negarle lo que solicitaba; en cambio, al provenir de la asistente social que está ahí para ayudarla, era otra cosa, iba a apoyarla. Así que fue más bien una consejera en economía social y familiar, por otra parte, la que le hizo entender, precisamente, que tenía que dejar su vivienda en condiciones, y como no podía hacerlo sola, mandaron a jóvenes del barrio, que ya se dedicaban a hacer trabajos de pintura. Le pintaron y empapelaron la casa.

Había toda una cadena, siete personas, los vecinos, el conserje, los militantes barriales –por lo tanto, vecinos, pero atentos a la situación del barrio–, la asistente social, las HLM y finalmente el sector de asignaciones de las HLM; todo el mundo estaba de acuerdo en que esta persona tenía que cambiar su manera de vivir ahí. Y por eso se le pidió que se separara de algunos de sus animales. Lo hizo. Me acuerdo entonces de discusiones que no eran fáciles porque yo tampoco sabía cuántos años tenían los perros, los gatos... La única que podía decir: "Bueno, le podemos pedir que se separe de éste pero no de aquél" era la consejera en economía social y familiar, en fin, habría mucho para contar, se pasa el tiempo con detalles importantes y es la vida de la gente. Se llega al punto de saber cuántos años tiene el perro. Sí. Y al final de cuentas se separó de... Se quedó con un perro. Y después la hicimos mudarse. Luego de eso yo me fui. No sé cómo evolucionaron las cosas, pero si siguen estando muy cerca de la gente se puede lograr esa inserción, porque de lo contrario a esa mujer la habrían expulsado... Ése es un ejemplo... [...] Cuando llegué a la fase operativa –y había caído como paracaidista en el barrio– había un trabajo de concertación ya iniciado hacía algunos años, así que tenía interlocutores, tenía militantes, residentes del barrio que eran militantes.

—¿Asociaciones familiares?

PASCALE R.: Verdaderamente, los que conocí y que eran más activos eran los de la CSCV,[1] pero eso representa a poca gente.

—Y esa gente cumplía un poco el papel de exploradores, de vigías que identifican...

PASCALE R.: Sí, así es. Se adelantaban a los acontecimientos, iban a preguntarle al director. Cuando me contrataron, yo tenía que empezar el primero de tal mes; el director me pidió que me presentara un poco antes porque iba a recibir a unos residentes que le preguntarían, que iban a decirle: "Pero va a recibir a alguien, va a contratarlo (antes de que me tomaran), ¿qué le va a pedir?". Así que esa tarde yo estaba en la oficina del director y frente a mí había dos, tres personas que eran simples habitantes de la CSCV y la directora del centro social del barrio. Desde hacía algunos años solían verse, discutir, trabajar juntos. De modo que ya había un terreno de concertación.

—¿Y qué profesiones tenían?

PASCALE R.: Eran jubilados, porque tenían tiempo. Luego conocí algunos que trabajaban; digamos que el grupo era

1. *Confédération syndicale du cadre de vie:* Confederación Sindical del Marco de Vida.

lo suficientemente fuerte para integrar a personas que consideraban que un acontecimiento era lo bastante interesante para participar después de su trabajo.

—¿En qué piensa, por ejemplo?

PASCALE R.: El trabajador en que pienso era un empleado de las grandes tiendas, que había comprobado que tiraban todo lo que estaba roto, lo que se había quedado sin etiqueta y era imposible de vender, por lo que lo dejaban en la basura. Así que consiguió que su dirección dispusiera que distribuyeran estas mercaderías entre la gente sin recursos.

—¿Y en ese momento él pasó por usted?

PASCALE R.: Lo había hecho antes de que yo empezara, y cuando vio que en el barrio se estaba estableciendo una red de solidaridad, se unió a ella. Y la cosa funcionaba tan bien que todo se desplazó hacia el barrio. Teníamos prácticamente todos los representantes, porque en el fondo yo estaba en relación indirecta con las religiosas; en relación muy directa con un capellán de la Juventud Obrera Católica (JOC) que trabajaba en el lugar con los jóvenes, los residentes jubilados, el centro social con su directora y trabajadores sociales, con las asistentes sociales de todas las instituciones... tengo la Caja de Asignaciones Familiares, la Seguridad Social, Educación Nacional, la alcaldía; tal vez haya algunas otras que todavía no conozco, pero...

—¿Y las reuniones eran regulares o se realizaban para una ocasión particular, para una medida determinada?

PASCALE R.: El punto de partida fue mi encuentro con los habitantes del centro social. Ellos me pidieron que me organizara de cierta manera y yo acepté; me pidieron también que hiciera guardias en el barrio, el día del mercado; lo eligieron ellos porque era donde encontraría más gente. Y muy pronto los lugares se dividieron en tres, cada uno con una convención, e incluso un reparto de cargos, así que verdaderamente todo estaba bien, bien organizado, sabíamos qué íbamos a hacer y poco a poco, entonces, sabíamos que todos los lunes a la mañana nos íbamos a encontrar. [...]

La institución HLM ya no podía soportarme

—¿Todo eso fue más o menos en qué época?

PASCALE R.: Empezó en 1983 y se terminó en 1988.

—¿Y por qué se terminó?

PASCALE R.: Por mí, porque dejé T., también era el final del operativo.

—Ah, eso es; ¿y la estructura subsistió?

PASCALE R.: Ah, no, no, no.

—¿Desapareció?

PASCALE R.: Por completo. En realidad, considero que dejé ese trabajo con la muerte en el alma, porque la institución HLM ya no podía soportarme.

—Es sorprendente...

PASCALE R.: Ya no podían soportar ese contrapoder que se instalaba.

—Es decir que estaba demasiado metido en el nivel de la asignación de las viviendas. ¿Cuáles eran los motivos de los conflictos con la institución HLM?

PASCALE R.: Nunca fueron declarados.

—Era un poco por todo, no sé...

PASCALE R.: Sí, era por todo; entonces, se convertía en un cuestionamiento de mi persona, yo me volvía demasiado independiente, demasiado... es todo lo que puede decirse de alguien que...

—¿Subversiva?

PASCALE R.: Sí, subversiva. Mal carácter. Que no se somete a la autoridad. En la dirección de la oficina de las HLM hubo una evolución; porque al principio yo tenía un director que dijo: "Tengo confianza en ella, quiero que se organice", y lo hice. Hubo un cambio de municipalidad, un cambio de dirección en la oficina de las HLM. [...] Tenía que irme por razones de supervivencia personal. Me echaban a la calle. Y la que lo hacía era entonces la oficina de las HLM. Me preguntaba, me decía, ¿son los funcionarios elegidos o la dirección de la oficina de las HLM? ¿Como técnica ocupo demasiado lugar en un terreno político y molesto a los funcionarios elegidos, o lo que pasa es que la oficina no funciona? Y en definitiva creo que es únicamente el funcionamiento de la oficina; allí había una dirección que quería retomar los métodos antiguos y barría el trabajo que yo había hecho.

—En particular la asignación de las viviendas...

PASCALE R.: Todo, sí. Así es, todo el poder. [...] Me parece que yo era alguien que conocía demasiadas cosas.

—De modo que después todo eso desapareció, quiere decir que esa gente que trabajaba con usted, ya fueran las asistentes sociales, los jubilados, en fin, todas esas personas...

PASCALE R.: No, creo que esas personas siguen estando ahí, siguen en actividad, pero hay menos gente porque con el cambio de plan, el equipo se redujo a la representación de los habitantes. Teníamos tres instituciones: la oficina de HLM, el centro social, los habitantes. Éstos habían hecho algo que era bastante nuevo, habían contratado una secretaria, mientras que la costumbre era tomar un voluntario no asalariado; ahí era al revés, habían plantea-

do esta idea: "Queremos un trabajo muy preciso, muy técnico. Actuamos como empleadores". [...]

Los representantes de los habitantes terminaron por hacer asignaciones de viviendas

—En otras palabras, lo que usted había hecho era algo bastante subversivo. Las asociaciones, todo eso, a todo el mundo le gustan mucho para poder satisfacer el pundonor democrático –"Tenemos una asociación de la cuadra", "Tenemos una asociación de barrio", etcétera–, pero son instancias sin poder a las que consultan cuando se les da la gana; a las que escuchan cuando se les da la gana, es una especie de lugar de desahogo sin consecuencias. Pero usted había hecho una cosa muy diferente, había articulado un poder muy real con eso.

PASCALE R.: Sí, así es.

—Dicho de otra manera, había hecho una especie de democracia de base totalmente contraria...

PASCALE R.: A las reglas.

—De modo que eso es intolerable porque usted se pone a hacer que la gente intervenga con poder real de decisión, de oposición en cuanto a las asignaciones de viviendas...

PASCALE R.: Sí, se llegó a eso...

—...en cuanto a los principales poderes que se ejercen en ese nivel; evidentemente, no va más porque a los funcionarios elegidos, en fin, al personal dirigente, no les debe de gustar. Pierden todo el poder.

PASCALE R.: Ahí está. Totalmente. Poco a poco, los representantes de los habitantes que querían interesarse en su barrio –eran mis únicos interlocutores, y también fui teniendo poco a poco confianza en ellos; hubo una confianza recíproca que se estableció entre unos y otros– terminaron por hacer asignaciones de viviendas. Una de las militantes había pasado a ser asalariada de la oficina. Visitaba viviendas-testigo. Y para mí era muy bueno porque ella ponía el barrio por las nubes. La gente no venía sólo a visitar el departamento; pedía otras cosas que nosotros no conocíamos bien. Y entonces ella contestaba, podía decir con tono escolar: "Tienen esto, tienen aquello" o "Conozco a Fulano, para tal problema conozco a tal persona".

—Y esa gente que se movilizaba alrededor de usted, ¿cuántos eran, más o menos?

PASCALE R.: ¡Oh, pocos!

—Cincuenta, treinta...

PASCALE R.: Oh, ni siquiera. No, era fluctuante.

—¿Qué eran? ¿Jubilados, profesores, empleados?

PASCALE R.: Era la gente que vivía en los departamentos, sobre todo jubilados, porque conocían bien la situación y tenían tiempo. Tuve muy poco personal asalariado. Porque, al contrario, cuando veía llegar a los nuevos inquilinos, eran matrimonios jóvenes que estaban completamente absorbidos por su trabajo, los hijos, las diligencias, etcétera, así que no tenía relación con ellos. Vi mujeres inactivas. O bien que tenían trabajitos de servicio doméstico. Vi hombres desocupados, de unos 30 años. De modo que era gente que tenía tiempo para venir y que allí encontraban el medio de conocer personas con quienes hablar y además hacerse reconocer. Lo importante es eso. Participar y tener...

—Una razón de ser, no sé.

PASCALE R.: Eso es, una razón de ser. Una manera de existir. [...]

—Y entre esos treinta ¿qué había? ¿Asistentes sociales? ¿Trabajadores sociales, animadores de grupos...?

PASCALE R.: Educadores animadores, la secretaria empleada del comité del barrio, la consejera en economía social y familiar del centro social, de la CAF[2] de la Seguridad Social, de la ciudad, algunas veces de Educación Nacional. Trabajadores sociales más atentos a esos problemas que el promedio de los burócratas, y bastante ajenos a la lógica burocrática.

—En otras palabras, que a la vez se los envía a los puestos de avanzada...

PASCALE R.: Y cuando hay un problema es culpa de ellos.

—Vanguardias a las que podía desautorizarse...

PASCALE R.: Sí, no tenían mandato.

—Y si por casualidad logran montar una estructura como la que usted hizo, entonces eso es terriblemente fastidioso porque cambia...

No tengo a nadie con quien hablar

PASCALE R.: Yo podía hablar con conocimiento de causa de las expectativas de las personas porque no había filtros, era yo misma la que iba a sus casas. Eso es completamente decisivo. Ahora ya no tengo ese papel... Estoy en la alcaldía, así que me veo obligada a dirigirme a intermediarios para reunirme con los residentes, no tengo autoridad sobre ellos, es el alcalde quien podría hacerlo y debo decir que, personalmente, yo habría podido hacer lo que hicieron otras personas, ir de puerta en puerta a encontrarse directamente con la gente. Pero creo que

2. *Caisse d 'allocations familiales*: Caja de asignaciones familiares.

no quise hacerlo porque ya tuve una primera experiencia [en F.]. Me dije: "Si me reúno con la gente, al menos les llevo una esperanza, es alguien que al menos va a preguntarles... esperarán que esta persona les cambie un poco la vida", y como jefa de proyecto no soy la única capaz de aportarles algo, también puede ser el maestro, puede ser el director del centro social si modifica su... Yo no puedo modificar la actitud de la municipalidad y luego la de todos los que intervienen en un barrio, es decir, todas las famosas administraciones con sus representantes locales sobre el terreno, sino que tengo un papel que consiste en modificar las relaciones entre las personas, aporto fondos y después me voy, ya no estoy más ahí. Así que si esa gente no cumple ese papel, si no lo hacen en seguida o por sí mismos, yo los insto a que lo hagan. Si no nace de ellos, nunca voy a ser más que un personal complementario que falsea un poco el juego. [...]

—Cuando algún integrante de una estructura trata de escapar de ella, como usted –o puede ser un joven ingeniero de la DDE*–, durante un tiempo hace su ruidito en el circuito y después o bien se va, o bien lo mandan a mudar, o bien se cansa...*

PASCALE R.: Se agota, sí.

—Y abandona, ¿no es así?

PASCALE R.: Sí, se agota.

—¿Desgastan a la gente?

PASCALE R.: Oh, sí, la desgastan. Completamente. La desgastan.

— Y no hay absolutamente ninguna estructura de coordinación de los agentes de la administración: porque así como hay asociaciones barriales, podría haber asociaciones de administradores (en un sentido muy amplio) innovadores que podrían...

PASCALE R.: Lo que me parece más grave actualmente, en F., por ejemplo, es que soy alguien que puede analizar las necesidades del barrio; puedo transmitírselas al alcalde y decirles: "Vamos a hacer una gestión ante tal o cual"; y el actor más importante en esos barrios es el promotor de HLM. Y el promotor de HLM no está a la altura de las circunstancias, no viene, no se reúne, las direcciones no están presentes, no pasa nada. Puedo tenerlo todo escrito, comprendido, transmitido, que si decidieron no hacer nada –vale decir, taparse los ojos– no tengo a nadie con quien hablar.

La gente no se manifiesta

PASCALE R.: Entonces, ¿qué se puede hacer? Entonces se puede actuar sobre la vivienda, sobre el tiempo libre. Para que la gente vuelva a tener confianza pueden considerarse todos los ámbitos. De modo que hay que actuar sobre todo, pero todo. [...] Lo que importa es que cada uno vuelva a tener la confianza que puede tener en sí mismo, y que se puede perder en todos los medios sociales, por un accidente cualquiera, cualquier cosa que pueda pasar en la vida. Pero ahí es la generalidad; por lo tanto, hay que actuar en ese aspecto, encontrando una solución personal para cada uno. Porque yo creo que lo que a la gente le pasa por la cabeza es que... se llegó al extremo... ya no se puede más... y nada. Hay que encontrar una salida. Y creo que a la gente ya no se le ocurre ninguna... Se llegó al fatalismo.

[...]

La gente no se manifiesta. De ninguna manera, de ninguna. Y sé, al cabo de un año, que hice toda clase de intentos y que no es una falta de comunicación. Se envían cartas que dicen "Su alcalde...". El alcalde a lo mejor no está suficientemente presente, porque cuando no tienen las HLM recurren a él. Y cuando no está presente tienen una persona que hace guardias, pueden ir a la alcaldía. Y no van. No van a la alcaldía a ver al alcalde. Hay otros medios: se le pide al alcalde que vaya a sus casas. Se pone en marcha el trabajo de presencia sobre el terreno estableciendo un lugar común. Se inicia en las mejores condiciones posibles: las HLM y el alcalde ocupan un mismo local, el mismo lugar, en el centro del barrio, a las mismas horas, para incitar a la gente a ir, que ya no tengan que hacer varios trámites. Yo escribí una carta que se depositó en cada buzón: mil cartas individuales depositadas por los mandaderos municipales en los buzones. Se invitó personalmente a la gente con una carta firmada por el alcalde que decía: "Tal día, a tal hora, estaré en tal sitio cerca de su casa; espero encontrarme con usted". Debe de haber habido menos de diez personas...

[...]

Tengo más bien la impresión de que dicen que eso no sirve para nada. Definitivamente hay que calar hondo, porque me parece que el mayor peligro es cuando la gente no dice nada... En un momento dado, el silencio puede seguir a [*ser seguido por*] una explosión.

[*Se ahonda así el abismo entre los residentes y los trabajadores sociales, sin hablar de las administraciones, que se pasan unas a otras las responsabilidades o las ignoran, y dejan con ello a los individuos, vale decir, a todo el mundo y a nadie, la preocupación y el cuidado de las partes comunes, especie de* no man's land *condenada al abandono y la degradación.*]

PASCALE R.: La primera línea de división es la que hay entre

el promotor que maneja las viviendas y la ciudad que maneja los espacios exteriores. Tenemos entonces la calle y el interior. Un conflicto que reaparece a menudo es la cuestión de la iluminación. La gente tiene la obligación de saber si la bujía que se quemó y nunca cambiaron tiene que ser reemplazada por la ciudad o por la oficina de las HLM.

—Es decir que tienen que saber a quién dirigirse para protestar y quién debe hacerlo: porque todos pueden decir...

PASCALE R.: ¡Quién debe hacerlo! La respuesta es: yo no, el otro. Porque en las oficinas, muchas veces, la persona que contesta el teléfono ni siquiera lo sabe. Como eso depende del catastro, hay que saber si está en la vía pública o en un área privada, y bueno, salvo el que está ahí desde hace muchos años... el empleado recién llegado tampoco lo sabe.

—Ya tenemos un problema: ¿quién va a denunciar la cosa? Porque, después de todo, la gente puede...

PASCALE R.: Sí, puede decir: "Qué me importa, ya habrá otro que lo hará"...

—...y además, cuando se procura denunciarlo, hay que saber ante quién hacerlo.

PASCALE R.: Sí, y aparte eso depende de la buena voluntad de los que tienen la responsabilidad.

—Por eso, crear instancias de gestión de esos problemas comunes debe ser extremadamente difícil porque...

PASCALE R.: Sí, no está para nada dentro de lo habitual.

—...y cada vez más difícil a medida que el tiempo pasa, que las cosas se deterioran y surgen los conflictos. No hay absolutamente ninguna instancia de arbitraje.

PASCALE R.: No, no. Hay grandes complejos de HLM [*alude al caso de T.*] donde hay jubilados que pasaron una vida... una vida normal, no sé. Obtuvieron esa vivienda, la instalaron, se pasaron la vida trabajando. Con la reforma del financiamiento en 1977 algunos tuvieron acceso a la pequeña propiedad, pero otros eran demasiado viejos y dijeron: "No, no es para nosotros, nuestro departamento está muy bien, vamos a quedarnos con él". Así que me parece que no se les ocurrió la idea de comprar su casita y estaban muy satisfechos con su vivienda, su barrio, su ambiente, su vida, qué sé yo. Y después, con la crisis económica, el vaivén; aparece otro tipo de población que está allí porque no tiene otra opción. Así que se trata de una época muy distinta, los que entran en esas viviendas no es porque encontraron un trabajo sino porque no pueden encontrar otro alojamiento. Los que vienen a reclamar, los que vienen a manifestarse, son los jubilados, la gente que estaba acostumbrada a defenderse, a decir lo que tenían que decir, a hablar porque tenían derechos y por lo tanto siguen expresándose. Cuando hay algo, aunque sean pequeños detalles, vienen a manifestarlo. Y si nadie los atiende en el local que está abajo de su edificio, llaman por teléfono, se trasladan, van a la sede de las HLM, a la alcaldía, se manifiestan y uno se entera.

Eso no existía en ningún caso

[El "trabajo de campo" no tiene ningún sentido si no lo acompaña un esfuerzo permanente por convencer, una por una, a administraciones encerradas en sus rutinas y poco dispuestas a respaldar las acciones "extraburocráticas" de los trabajadores sociales.]

PASCALE R.: Tuve un expediente que fue aceptado y que armó una tremolina entre los que pensaban decirme que no. Y ahí vi las diferentes etapas de decisión... Uno está un poco a la caza: ¿quién tiene la plata? ¿Cuánto es lo que le queda en el bolsillo? ¿Voy a parecerle agradable? Y después no se le dirá a nadie que le queda dinero y es un acuerdo que se cierra así, como mercaderes de alfombras.

—¿Sobre qué era el expediente?

PASCALE R.: Era un expediente por el cual conseguí dinero para la rehabilitación de comercios existentes. No había nada de eso, en ningún caso; sólo se podía obtener dinero para comercios si era para crearlos: todo el mundo se imaginaba que en todos estos sitios teníamos un gran conjunto habitacional sin comercios y que por lo tanto era una molestia no tenerlos; había que hacer que se establecieran. Pero resulta que el barrio que yo atendía era muy antiguo y los comercios estaban instalados en él desde hacía cincuenta años, cuarenta, supongamos, y lo que yo quería era simplemente mantener el comercio existente, y eso no estaba previsto en ningún lado. Por lo tanto, no había respuesta, la cosa no entraba en los organigramas existentes. Varias veces hice gestiones hasta en el mismo Ministerio de Comercio y del Artesanado, porque no tenía representante local, es un ministerio muy pequeño. Había un funcionario que venía, detallaba los criterios y concluía; de rehabilitación, ni hablar. Así que si se trataba de rehabilitación de viviendas era...

—Fácil.

PASCALE R.: Todo el mundo la conseguía. Yo rehabilitaba las viviendas con sumas enormes y después, abajo del edificio, me quedaban localcitos en los que no pasaba nada. Y llegué incluso a rechazar a un arquitecto que

quería darles una mano de pintura. Él decía: "Tengo un bloque completo, lo rehabilité, lo revoqué, lo repinté, está rozagante de nuevo y quedan cuatro localcitos, cuatro lunares". Me preguntó: "¿Pese a todo vas a dejarme sin eso?". Le contesté: "Sí, lo hago a propósito porque quiero obtener fondos para los comercios; es preciso que vean que no consigo el dinero y no voy a hacerlo con el de las viviendas". Hasta ahí los arquitectos se iban verdaderamente decepcionados porque su obra no estaba terminada, y además a mí siempre me quedaban esos lunares. Hacía ir a la gente y les decía: "¿Ven?, no es cuestión de pintar, no tengo dinero para eso". "Bueno, vamos a estudiar su expediente, es cierto que es interesante, su caso es verdaderamente muy interesante", y después volvían y yo veía a la persona que se había pasado un tiempo infinito en su oficina, había ido y venido de un lado a otro, había trabajado en el tren, estaba agotada y había hecho el máximo esfuerzo para decirme: "No, imposible, no está previsto".

[*Como consecuencia de toda una serie de trámites, Pascale R. logró convencer a dos funcionarios del ministerio, quienes utilizaron un fondo de créditos residuales para darle los medios de rehabilitar los comercios.*]

Se encontró la solución más rápida

[*La preocupación, propia de los políticos, por la aplicación rápida de una decisión burocrática, conduce a confiar el otorgamiento del* RMI *a las cajas de asignaciones familiares, las únicas que disponen de una red nacional, y a disociar así de hecho la entrega del beneficio con respecto a la búsqueda de la inserción y el control del contrato.*]

PASCALE R.: Para mí, el RMI es un engaño; la idea inicial era muy, muy buena, pero la aplicación es un fracaso, un fracaso. [...] No todo estaba listo en cuanto a la manera en que se iba a aprobar ese famoso contrato de inserción, pero pensarían en ello más adelante. Así que, en principio, ¿quién iba a entregar el dinero? Hubo debates importantes durante algunos meses y después se recurrió a las Cajas de Asignaciones Familiares porque tenían experiencia y los instrumentos para hacerlo, distribuían todas las asignaciones, así que finalmente se encontró la solución más rápida... Mientras que algunos pedían... los centros sociales en particular, los trabajadores sociales que tienen relación directa con las familias, pidieron explícitamente, de eso estoy segura, cobrar ellos mismos el dinero para colocar los contratos de inserción, tener esa facultad de intercambio. "Yo le doy el dinero, la asignación, el contrato de inserción, es decir, lo que se espera de la persona que va a cobrar la asignación, y me toca ver si se aplica o no."

Creo que por razones de una acelerada puesta en vigencia, no sucedió de esta manera; porque me parece que en toda Francia las situaciones eran demasiado diversas; todas las CAF se ajustaban más o menos al mismo modelo, pero en el caso de los centros sociales la diversidad es mucho más grande y además no hay duda de que había sectores que no estaban cubiertos. Debía de ser un trabajo demasiado vasto estar seguro de que todo el mundo podía cobrar el RMI en toda Francia. Entonces la CAF entrega la asignación y a continuación se busca quién va a ocuparse del contrato de inserción, y al cabo de un año todavía estamos en la misma. Todo dependerá una vez más de las personas que son aptas para hacerlo, de la voluntad de cada uno... va a funcionar una vez más por el impulso de ciertas personalidades: algunos voluntarios harán que verdaderamente se aplique, y eso será según la tendencia de unos y otros.

[...]

Creo que quienes se relacionan con las personas que esperan algo de la sociedad llegan muy pronto a la respuesta: ¡la mayoría espera un trabajo! Y justamente, ¡no estamos ahí para dárselo! Por lo tanto, lo que se ve muy rápidamente es ese desfase. El famoso contrato RMI hizo que se revelaran situaciones que se ignoraban sobre los ingresos de las personas. Eso hace que la mayor parte del tiempo uno se imagine a los erremistas,* en principio, como, bueno... vagabundos. Se va a llegar a eso, se va a pensar que son personas que fueron trabajadores, que cobraron los ASSEDIC,[3] su derecho caducó y ahora están sin recursos. De hecho, eso sin duda representa a esta población pero también a muchos otros que no están declarados porque no fueron desocupados, son jóvenes que nunca tuvieron trabajo, que prolongaron sus estudios un poco artificialmente, que ya fundaron una familia, se las arreglan con pequeños oficios y siempre están en una situación precaria; siempre consiguen mantener la cabeza fuera del agua pero verdaderamente en unas situaciones, o con la familia detrás, es posible... Y hoy,

*. *RMistes* en el original: beneficiarios del RMI (n. del t.).

3. *Asociation pour l'emploi dans l'industrie et le commerce:* Asociación para el Empleo en la Industria y el Comercio.

cuando se les dice: "Vengan, pueden beneficiarse con el RMI", tenemos un matrimonio joven con un hijo y sin un centavo que entre en la casa. ¿Y cómo hacen? Y bien, la familia puede ayudar para hacer durar las cosas, o si no, tienen empleos temporarios... o becas de estudiante. Yo decía: "Prolongan un poco los estudios...". Sí, pero artificialmente, en realidad, dicen con claridad que no es lo que quieren. Buscan un poquito las pasantías... entonces, en esos casos, ¿el RMI en qué va a consistir? La única fórmula que encuentran para ofrecer a la gente son las pasantías, que son... No conozco bien los detalles, pero lo que sé es que hay una especie de hartazgo cuando se habla de ellas, porque se sabe muy bien que son un paliativo, que en realidad todos querrían un trabajo y finalmente van a hacer una pasantía..., van a ver hacia cuál orientarse, sobre todo los que las buscan en función de una remuneración. Lo que se busca en primer lugar es la remuneración, y el contenido de la pasantía viene después. Entonces, cuando se proponen pasantías en el RMI o en otras partes porque no se tiene otra cosa que... al margen del trabajo, bueno... ya no se responde verdaderamente a la demanda de inserción que es el trabajo. Eso es lo que me decían las asistentes sociales que trabajan con ellos, y además...

—¿Y el contenido del contrato de inserción?

PASCALE R.: No hay un contenido determinado. [...] Lo que sucede ahora es que las CAF distribuyeron todas las asignaciones según los criterios de ingresos. Ahora se espera que se concreten los famosos contratos de inserción y las asistentes sociales que están directamente vinculadas a esas personas informan que dicen: "Yo no quiero un contrato basura". Y además están las presiones que se ejercen porque hay comparaciones que se hacen en términos de *score*..., la comisión local de inserción de F. no es ejecutiva porque no hay suficientes contratos de inserción en relación con la cantidad de erremistas; la de E. tiene muchos más. Se habla de cantidad y no hay tiempo para ir a ver las cosas en detalle, nadie tiene verdaderamente tiempo para profundizar en la cuestión, por lo tanto se pide que se firmen los contratos de inserción y es ahí donde la asistente social me dice que me equivocaba completamente cuando le decía: "Pero normalmente llega un momento [en que] si la persona no respeta su contrato –tú sabes muy bien si lo respeta o no– en un momento dado muy bien puedes decir que no estás de acuerdo en renovárselo". Ella me contesta: "Sí, pero eso pasa indirectamente, no soy yo quien... Yo doy una opinión". Pero yo le digo: "Tu opinión es importante porque va a... es una opinión, van a leerla, cuanto menos van a... Si lo único que se conoce es tu opinión, tendrá toda su importancia...". "Pero yo no soy la única, después está la comisión local que preside el prefecto, y en realidad el que firma es él..."

[*La institucionalización del trabajo social no elimina las dificultades inherentes a la lógica burocrática, como lo muestra la evocación concreta de las condiciones en que se elaboró, examinó y evaluó el proyecto presentado por Pascale R.*]

PASCALE R.: Lo que le querría explicar es la actitud de los funcionarios, que son enviados...

—Porque es una orden y llegan a la reunión...

PASCALE R.: ¡Una orden, sí! Entonces, ahí, la cosa es verdaderamente fantástica: se institucionaliza por orden del gobierno y todo el mundo debe estar presente en todas las reuniones y además tomar su parte; eso data de principios de 1989.

—¿Se institucionaliza la coordinación de las acciones de toda esa gente que usted puso en su plan?

PASCALE R.: Es así: el subprefecto organiza la reunión, en la cual van a estar los representantes de todas las administraciones que tienen el dinero y los representantes barriales, barrio por barrio. Había que producir en un tiempo récord un documento que fuera el resultado de concertaciones; lo puse en marcha a fines de 1989, porque todo ese año –por eso le hablo de regiones, funcionarios electos y técnicos– se pasó en discusiones con los funcionarios que no terminaban de decidirse sobre el reparto de los sitios.

—Es decir...

PASCALE R.: Cuáles eran las ciudades que iban a beneficiarse con los financiamientos.

—Evidentemente es una apuesta; todas estaban interesadas en tener el dinero.

PASCALE R.: Sí, lo que pasó fue que al cabo de un año verdaderamente era preciso que tomaran una decisión...

—¿Un año de disputas?

PASCALE R.: Para finalmente [terminar] salpicando...

—¿A lo cual usted se asociaba o...?

PASCALE R.: Para nada.

—¿Para nada, la cosa pasaba entre los representantes electos? ¿Y la administración?

PASCALE R.: Tampoco, no creo; creo que la cosa pasaba únicamente entre funcionarios electos.

—¿En el nivel del Consejo Regional? ¿Y no se consultaba a la gente como usted?

PASCALE R.: ¡Ah, no!

—Y no había gente para explicar las necesidades de...

PASCALE R.: Estaban los técnicos, los famosos técnicos regionales que hacían evaluaciones con cifras, estadísticas, intentaban ponderar, encontrar criterios...

—¿Y esas personas son funcionarios permanentes de la región o aparecen sobre la marcha?

PASCALE R.: Son contratadas, ¿eh?

—¿Contratadas pero renovables?

PASCALE R.: Sí, así es.

—Y ellos se situaban en el plano técnico, en el plano estadístico, etcétera...

PASCALE R.: Sí, con criterios...

—¿...el índice de inmigrantes, la tasa de esto, la tasa de aquello, y por otra parte los otros se peleaban por su tajada...? ¿Verdaderamente es así?

PASCALE R.: [*Ríe.*]: Sí. Realmente son dos mundos diferentes.

—En el nivel regional están esos funcionarios electos que tienen visiones políticas, algunos técnicos que sirven para dar justificaciones y en la base están todos esos...

PASCALE R.: Y después, en un momento dado, toman una decisión.

—Y evidentemente lo repartieron de la manera más dispersa posible, en pedacitos...

PASCALE R.: Exactamente.

—Y la cosa se torna absurda.

PASCALE R.: Sí, es así.

—¿No hubo una acción global de importancia?

PASCALE R.: Ninguna en absoluto.

—¿Ni siquiera existe la seguridad de que los créditos se utilicen en eso?

PASCALE R.: Ah, no... tampoco. No se dan los objetivos.

—Y entonces, después de esas reuniones, ¿cómo sigue la cosa?

PASCALE R.: De modo que pasó un año y en situación de catástrofe, a fines de 1989, contratan jefes de proyecto, desde 1990 contratan jefes de proyecto en todas partes porque por fin se sabe adónde va la cosa [*los "sitios"*]; y el jefe de proyecto es una condición, es decir, que la municipalidad está obligada a contratar a alguien con cierta calificación.

[*Aquí venía la evocación de la posición ambigua del jefe de proyecto.*]

—¿Y entonces, esa reunión?

PASCALE R.: Yo quería decir que los funcionarios electos, en el nivel regional, se pasaron un año, perdieron un año para hacer ese reparto y, en situación de catástrofe, se contrata a los jefes de proyecto, que deben hacer una concertación entre todo el mundo con gente a la que no conocen en absoluto. Y además hacer expresar...

—Es el fantasma de las asociaciones, la falsa consulta, la falsa democracia...

PASCALE R.: Sí. ¡Cuando se sabe en qué condiciones se hizo, es completamente loco! Por lo tanto, hay que justificar, en un documento, que se consultó a todo el mundo, que hubo reuniones con todo el mundo, que todo el mundo se explayó y se logró construir un proyecto –al cabo de seis meses es verdaderamente fantástico–, un proyecto global. Entonces, bueno, se hace algo, eh... partes y piezas que aparentan sostenerse. Y se presenta. Yo conozco bien el funcionamiento...

—¿Para esa famosa reunión?

PASCALE R.: Sí, para esa famosa reunión. Quién va a darnos una respuesta sobre nuestras orientaciones. Estamos o no de acuerdo sobre tal o cual tema; tendrían que haberlo desarrollado, su barrio reclama más bien esto, ustedes pidieron esto otro... [...] Así que yo conozco, le decía, el funcionamiento, el mal funcionamiento de la administración. Cada uno tenía que tener una copia para dar su opinión durante la reunión. De modo que en junio, último plazo, el 10 de junio, uno debía haber presentado en la prefectura su expediente, en dieciséis copias.

—¿Para una reunión que iba a realizarse el...?

PASCALE R.: Nadie lo sabía. En fin..., en julio o agosto. Porque hay que decir que en esta locura todos se mataron, todo el mundo trabajó; los funcionarios, en condiciones espantosas: hicieron horas extras, cada una de las personas con que finalmente me contacté de hecho estaba como yo, todo el mundo estaba presionado.

—¿Y esa gente participaba en las reuniones?

PASCALE R.: Sí. Sí.

—Y habían leído verdaderamente el expediente.

PASCALE R.: No.

—¿Y eso no es sorprendente?

PASCALE R.: No, porque la persona de la prefectura encargada de recibir de la noche a la mañana veinte copias de sesenta remitentes diferentes –algunos no habían podido hacerlo– tenía que verificarlo todo. Así que un día yo le mando mi fardito y diez días más tarde vuelvo a pasar, voy a la oficina.

—¿Y no habían salido?

PASCALE R.: Nunca habían salido, desde luego. Le digo: "¿Llegó bien? ¿Tiene la cantidad de copias necesarias? ¿Todo está bien, no le debo nada?". "No, no, está bien." Yo le digo: "Porque me dijeron que la reunión a lo mejor se hace dentro de 15 días". "¿Ah, sí? Bueno, no sé, yo no estoy al tanto."

—Todavía no había remitido los textos...

PASCALE R.: "Ah, bueno, voy a enviarlos en seguida." Así que yo ya sabía que para la reunión la gente no iba a tener tiempo de leer el documento.

—*Entonces, en esa reunión, ¿estaban todas las autoridades correspondientes a su sitio, o qué?*

PASCALE R.: Eso es.

—*¿Y quiénes y qué cosa dijeron? Palabras...*

PASCALE R.: Sí. Como yo siempre sabía los diferentes grupos de cifras, casilleros, etcétera, para que la lectura fuera fácil, había desglosado también mi presentación y todo el mundo me felicitó por ella...

—*Cada uno podía leer sólo lo que le concernía...*

PASCALE R.: Exactamente. Y como cada uno estaba incluido en dos capítulos diferentes, yo sabía cuál había leído el primero y cuál el segundo. Con su respuesta. Es ahí donde veo cómo alguien puede reaccionar en una asamblea y cómo puede cambiar su comportamiento... A alguno lo mandan en servicio con la orden de dar una opinión sobre algo que no conoce. Entonces se aferra al soporte material y consulta rápidamente: "Acción cultural es tal página. Bueno. Ella dijo esto. Bueno. Tengo que aparentar conocer la cosa, le voy a decir que no es suficiente". Alguien con otro carácter va a decir: "No, verdaderamente usted no entendió nada de eso". Cada uno en su sector. Y lo que se oye es sobre todo esto: "Eso no corresponde en absoluto a las instrucciones que tenemos, sólo podemos financiar lo que está orientado de tal o cual modo. Lo que usted nos presenta no es de nuestra competencia". Yo me sentía verdaderamente impresionada.

—*¿Eso fue en julio pasado?*

PASCALE R.: Era en julio pasado. Lo que realmente me impresionó fue sobre todo el ambiente que eso había generado: ver a esas personas a las que habían mandado en servicio con una orden y que no estaban a la altura de lo que se les pedía –no teníamos tiempo de dialogar–, y estaban obligadas a contestar, por lo que encontraron como única salida encarnizarse con el pobre que estaba solo...

—*¿Era usted?*

PASCALE R.: Era yo. [...]

Febrero de 1991

La mala fe de la institución

Pierre Bourdieu

Aunque ocupa en el espacio burocrático una posición muy distante de la de Pascale R., jefa de proyecto en el norte de Francia, Denis J., juez de aplicación de penas, vive y expresa experiencias muy semejantes a las de aquélla, sin duda porque se ve frente a la misma contradicción estructural.

Encargado de "aplicar" las penas impuestas por los jueces del Parquet [ministerio público], es decir, de reducirlas o transformarlas en la mayoría de los casos, concediendo "semilibertades, destinos externos, libertades condicionales", se sitúa en la intersección de dos sistemas de exigencias y representaciones contradictorias. Siempre se sospechó que deshacía lo hecho por el veredicto del juez, y por lo tanto debilitaba la autoridad de la justicia; por otra parte, los magistrados lo miran desde muy arriba porque representa lo "social": "Lo social no es interesante: es lo fastidioso y [...] de segunda clase [...], no pertenece a la nobleza judicial [...]. Lo judicial es la redacción de los autos procesales [...], son los problemas jurídicos [...]. Pero en cuanto a acompañar a la gente en su vida para saber qué les sucede y tratar de ayudarlos, eso es...". La dificultad de su posición se redobla, además, porque no sólo se ve en la necesidad de lograr que el Parquet y el tribunal acepten medidas de indulgencia, previstas sin embargo por la ley, y tranquilizar a directores de institutos penitenciarios siempre dispuestos a invocar los "sinsabores" pasados para justificar su prudencia, sino también de actuar como solicitante haciendo "tramiteríos" ante todo tipo de organismos, asociaciones, fundaciones y representantes de diferentes colectividades locales.

En lo que se refiere a las relaciones horizontales, no son más fáciles que las verticales: "Por ejemplo, desde que estoy aquí, jamás hubo una asamblea general de todos los magistrados del mismo tribunal. [...] Los grupos de trabajo internos no existen. Yo tendría o, mejor, tengo varios proyectos en materia [...] de política alternativa a la prisión: no sé cómo hablarles de ellos a los demás, porque cada vez que se lo menciono al presidente, éste me dice: 'Vea, un grupo de trabajo, una asamblea, una reunión... [*no tengo nada en contra, pero...*]', eso no suele hacerse, no sé".

Para explicar "los tropiezos, las decepciones y las incomprensiones" con que se enfrenta constantemente, él mismo evoca, con mucha lucidez, las contradicciones inscriptas en su posición: "En definitiva, toda decisión tomada por el juez de aplicación de las penas cuestiona al magistrado del Asiento que dictó la sentencia de cárcel... Cuestiona al Parquet, porque en el fondo éste no está de acuerdo pero casi no se atreve a decirlo, porque, bueno... Cuestiona al director del instituto penal, porque a éste lo fastidia tener que manejar a gente que está afuera, ya que eso queda bajo su autoridad. ¡Pero cuestiona a todo el mundo! ¡A todo el mundo! ¡A todo el mundo! *Entonces, cuanto más activo es uno, más cuestiona el* [sistema]...". Y menciona más precisamente la "angustia" que los "destinos externos" suscitan en muchos funcionarios (según una lógica bien conocida también en el caso del hospital

psiquiátrico): "¿Dónde están? ¿Qué hacen?". Muestra asimismo de qué manera las posibilidades ofrecidas por la ley encuentran su límite en las condiciones reales de su ejecución, comenzando por los talantes de los agentes encargados de la aplicación, como el apego a la jerarquía y esa especie de espíritu de casta que prohíbe la confrontación directa con las realidades o, más aún, con los otros, sobre todo cuando tienen un *status* inferior: "Actuar para que la gente competente en la materia se reúna [...] es toda una historia"; "El problema es que tenemos una administración, sobre todo penitenciaria, que sigue funcionando con una relación jerárquica; y el interlocutor no funciona así"; "Cuando usted tiene un director de instituto carcelario que es incapaz de hablar por teléfono a una institución en términos de interlocutor –a mí me tocó vivirlo– y que da órdenes, ¡hasta ahí llega la cosa!".

Debe hacer así dos comprobaciones paradójicas (que también hacía la jefa de proyecto): en primer lugar, son las personas (mucho menos independientes de su función de lo que podría creerse: "A partir del momento en que hay un cambio de persona, hay un cambio de política") quienes, mediante sus innovaciones y hasta sus transgresiones, arrancan a la burocracia de la inercia e incluso la parálisis; en segundo lugar, la consagración a la institución, el esfuerzo por transformar en acto las potencialidades positivas que encierra y cumplir verdaderamente las misiones que se fija, distan de ser recompensados por ella. "Usted me pregunta si la innovación significa una retribución para el innovador... ¡Oh, no! ¡Para nada! ¡No, al contrario! Le voy a dar el ejemplo de mi predecesor. Luego de su experiencia en Y., habría querido ser docente, para hablar de la función de juez de aplicación de penas. No lo nombraron. Demasiado enojoso, demasiado explosivo, demasiado poco... Lo pusieron de consejero en la corte de apelaciones de Z., y después en W., en fin, ya no sé. Pero no lo quisieron allí donde, institucionalmente hablando, era más importante."

También cuenta cómo, luego de una experiencia en cierto sentido demasiado exitosa en Z. –donde, provisto del capital de prestigio y autoridad que le había legado su predecesor y también de su entusiasmo y su arte para explotar todas las posibilidades ofrecidas por los textos jurídicos, había podido cumplir plenamente la misión asignada por la institución– repentinamente lo trasladaron a X., su lugar de actividad actual, es decir que lo bajaron de categoría. Y evoca sin exaltación ni amargura las etapas de una carrera relativamente atípica: en un principio encargado del curso de derecho público en la facultad, afiliado al SGEN, sindicato de izquierda minoritario, una vez aprobado el doctorado se convierte primero en abogado y luego en magistrado, para orientarse finalmente, por una elección a la vez ética y política, hacia el sector del cuerpo judicial más inclinado a lo social, en el que cree poder expresar las disposiciones generosas (no es él quien lo dice) que atribuye a la influencia de su madre, militante católica (él mismo cursó los estudios secundarios con los jesuitas). Allí es donde descubre y experimenta, en la forma de conflictos incesantes con su jerarquía y dolorosas tensiones personales, la intención contradictoria de una institución profundamente dividida contra sí misma: la mano derecha –en este caso, el Parquet– no quiere saber qué hace la mano izquierda, los agentes y organismos encargados de lo que se llama "lo social". Si llamamos, con Sartre, mala fe a la mentira de sí mismo a sí mismo, podemos hablar de mala fe institucional para aludir a la constante propensión de las instituciones estatales a rechazar o recusar, por una especie de doble juego y doble conciencia colectivamente asumida, las medidas o acciones realmente acordes con la vocación oficial del Estado.◆

Inestabilidad y doble vínculo

Pierre Bourdieu y Gabrielle Balazs

Hijo de un intelectual comunista, Francis T. asumió muy pronto el compromiso de "estar con los dominados". Desde su primera experiencia profesional en una villa de emergencia de los alrededores de París, nunca dejó de ejercer el oficio de educador callejero, consagrándose por entero a ello, tanto de día como de noche, en especial desde que se ocupa de los toxicómanos.

Militante maoísta en los años sesenta, fue detenido durante una manifestación relacionada con el proceso de un dirigente izquierdista y enviado a prisión. Considera que se formó "en la calle", aun cuando, "desde luego, leyó libros" y recibió capacitación como educador mientras trabajaba.

Contratado por la alcaldía de una ciudad de los suburbios parisienses para luchar contra la toxicomanía, establece un "servicio de información y recepción de drogadictos", pero no se contenta con esperar que, en cierta forma, los jóvenes toxicómanos demuestren su voluntad de romper con la droga prestándose por sí solos a numerosas entrevistas con médicos, educadores y psicólogos. Se gana su confianza permaneciendo con ellos en los momentos difíciles y también "cuando se pican" y expresan sus esperanzas últimas, asombrosamente prudentes y "pequeño-burguesas", ante las que demuestra la misma comprensión que frente a sus desbordes más locos... Cuando carecen de droga, les procura sustitutos medicamentosos en las farmacias; evita que los arresten e incluso que los encarcelen, para lo que va a buscarlos a las comisarías, les fabrica falsos recibos de salarios y les asegura un sostén constante frente a jueces y abogados que "conoce bien". Cercano a los drogadictos por su disponibilidad constante, se alinea resueltamente con ellos, transgrediendo las reglas de la institución y no vacilando en "falsificar" y "trampear". Se opone al "discurso académico" que, en su opinión, "bloquea" al toxicómano, y a la visión burocrática del tratamiento que, enteramente orientada por la voluntad de prever, a fuerza de entrevistas repetidas y espaciadas en el tiempo, si está dispuesto a la abstinencia, conduce a "imponer barreras al deseo de zafar de la droga". Como sabe por experiencia que el drogadicto no espera, y que "cuando pide zafar de la droga hay que responder en el acto", pone en práctica un procedimiento simple: con la complicidad del jefe de servicio de un gran hospital parisiense donde su esposa es enfermera, puede disponer en todo momento de una habitación destinada a un drogadicto dispuesto a someterse a la abstinencia, quien, una vez terminado el tratamiento, podrá alojarse con una "familia de acogida" y empezar a buscar trabajo.

Especie de vanguardia de una institución a la que brinda servicios irreemplazables pero que siempre está dispuesta a desautorizarlo, aparece como un portavoz de los toxicómanos, como "un tipo que no era muy claro porque se pasaba la vida y las noches en las calles y los bares". Tiene la sensación de ser a la vez la buena y la mala conciencia de la institución. La crisis que estalla cuando denuncia públicamente a un delegado de la juventud partidario de una alianza local con Le Pen, y que le vale el despido, no hace más que

revelar la posición inestable, en vilo, que le es propia, y la ambigüedad de la misión que se le había confiado: "Lo que en la alcaldía les costaba soportar es que, de hecho, yo había armado contrapoderes". "Educador callejero", en cierto sentido lleva el poder a la calle, pero recuerda sin cesar a los poderosos el poder de aquella, que, como delegación avanzada de la *street-level bureaucracy*, contribuye a canalizar, aunque también se sospecha que puede movilizarlo.

El malestar asociado a la sensación de estar siempre en vilo se redobla a medida que, con el paso de los años, descubre las limitaciones que, en su vida privada, le impone el ejercicio de un "duro oficio" que las jóvenes generaciones de educadores prefieren evitar quedándose "metidos en sus casas de jóvenes, donde hay *flippers*, *baby football*, etcétera", unos "lugares de consumo en que finalmente se bebe, pero se paga, y se juega, pero se paga". "Vaya al CREAI, que es la ANPE de los educadores, y va a ver que los avisos de educadores callejeros... nunca se mueven, ¡hace falta que pesquen a un pánfilo como yo!" A los 44 años, parece de 50. Aunque da impresión de fuerza física, resaltada por su potente voz de fumador, parece gastado, cansado. Procura conseguir una misión más tranquila, "ayudar a las familias con los deberes". La suya, y sobre todo sus tres hijos, el menor de los cuales tiene 4 años, exige una mayor parte de su tiempo. Si bien reivindica el derecho de "respirar" un poco, un "viejo reflejo" lo lleva siempre, a la noche, a escuchar a los toxicómanos en los "lugares en que se reúnen" (el día anterior a la entrevista se había acostado a las dos de la mañana). Sigue creyendo que un educador tiene el deber de "estar con la gente": "Mi trabajo puede ser eficaz sólo a partir del momento en que los toxicómanos me identifican al margen de la institución que represento, cuando se generan sentimientos, cuando hay una relación independiente del proceso institucional". Pero, sobre todo, solamente a ese precio tiene la sensación de "poder mirarse en el espejo, de no ser un rastrero".◆

Con un educador callejero

Entrevista de Pierre Bourdieu y Gabrielle Balazs

"Da mucho miedo la gente que hay en la calle"

FRANCIS T. : [...] Cuando [*el alcalde*] me contrató, yo me ocupaba de un hogar de recreación donde los jóvenes iban a jugar al ping-pong y esas cosas. Entonces surgió ese fenómeno de la ocupación ilegal en Montparnasse que el Estado toleró durante tanto tiempo y donde los jóvenes iban a aprovisionarse de hachís. Y como Olievenstein había hecho unas declaraciones que ellos escucharon –que el hachís, después de todo, no era tan grave, que era parecido a un vaso de alcohol– bueno, allí iban, alegremente. Luego pasaron a la jeringa, por supuesto. Así que hubo toda una red de difusión de la droga en este suburbio... Y de hecho, si los metíamos en un proceso institucional, si uno quería mandarlos al médico o a las asociaciones que se encargaban de eso, tenían que concurrir a muchas entrevistas antes de que empezaran a atenderlos. Y cuando un toxicómano pide zafar de la droga, hay que actuar en el acto. Aun cuando estén bajo la influencia de la droga, siempre debe ser [*subrayado*] en el acto, en el acto... Cuando piden zafar, hay que responderles en el acto, eh, no hay que esperar diez años para saber si... mentalmente están listos, etcétera. Lo que está en juego es la vida del chico. Así que tuve la suerte de conocer a un profesor de un gran hospital que me abrió una habitación de su servicio. Tenía además la suerte de que mi esposa era enfermera en el mismo servicio, y como más o menos todos venían a comer a casa, la conocían, así que también se daba un fenómeno de seguridad. De modo que, como implicaba a los médicos del barrio, como también implicaba al servicio social de la ciudad, que me recibía no como si fuera un drogadicto sino como el representante de los toxicómanos y me asimilaban a... ahí es donde surgían las barreras. La institución no me sentía como uno de sus miembros sino como un tipo que no era muy claro porque se pasaba la vida... las... y las noches en las calles, en los bares... no sé. Mientras que el alcalde había apreciado muy bien la importancia de eso. Pero el problema era que la institución municipal en su generalidad no me percibía como uno de los suyos... Yo era el toxicómano capaz de hablar. De hecho, yo era el toxicómano capaz de hablar, con cierto poder... un fulanito al que no se atrevían a contrariar demasiado porque tenía detrás al alcalde que lo sostenía, y bueno... finalmente era el poder de arriba que sabía cómo eran las cosas.

Les imponen barreras cuando quieren zafar de la droga

—Usted habla de los toxicómanos y dice que hay que actuar rápidamente... ¿Qué les proponía la institución? ¿Había que esperar mucho tiempo?

FRANCIS T.: Son las instituciones de información y recepción para drogadictos, etcétera. Hay todo un proceso para saber si [*disminuye el ritmo para subrayar la palabra*] verdaderamente quiere, si verdaderamente está decidido... Lo que hace que en realidad les impongan barreras cuando quieren zafar de la droga. Hay veces que no es cierto que quieran salir, necesitan escaparse durante una semana en el hospital (incluso porque hicieron una mala jugada o una cosa así...). Ése no es el problema. Porque quieren. Si hay lugar, van. Y luego empiezan de nuevo. ¡Hay algunos que estuvieron en abstinencia diez veces! Y entonces, la vez número once, la cosa funciona y después hay una búsqueda de trabajo y bueno... ahí está, es... Pero entonces los bloquean en un discurso académico del cual, por otra parte, no entienden gran cosa, donde van muchas veces porque la justicia los obliga para hacerles un seguimiento, etcétera. Es el principio de los métodos directivos... [*Vacila.*] Cuando quieren forzar decididamente a alguien y ese alguien tiene resistencias... bueno, puede someterse por... porque no hay otra solución. Pero en realidad, en su interior... eso no modifica absolutamente nada, mientras que si es él quien lo solicita, por la razón que sea, a partir de ese momento... Bueno, también está el hecho de que yo estaba día y noche en la ciudad, bien metido en la ciudad

[*suspira*]. No era raro que a las tres de la mañana sonara el teléfono, porque Fulano estaba en la comisaría y había que ir a buscarlo, o que se apareciera a las tres de la mañana porque estaba mal y había que darle un tranquilizante para mitigar...

[...]

—*¿Usted era asalariado de la ciudad?*

FRANCIS T.: Sí, asalariado de la ciudad. En ese momento, la tóxico... apareció el hachís, 15 días, tres semanas antes de que yo llegara. Y esa oleada de toxicomanía apareció en ese momento. Fue una coincidencia. Y yo me había [*vacila*] distanciado un poco de los drogones. Para mí, un drogón era un tipo que no tenía voluntad, etcétera, bueno, que... Y además, bueno [*hace un gran molinete con las manos, ríe a medias, vacila*], hubo que volver a poner todo patas arriba, y después empecé a ayudarlos. Los asistía en todos los procesos que podían tener. Estaba todo el tiempo metido en el tribunal de Nanterre, lo que además hizo que al cabo de dos, tres años, viera al juez antes del proceso, decidíamos qué iba a pasar y el juicio estaba resuelto de antemano. Hubo muy pocas sentencias de cárcel. Bueno, porque el... [*vacila*] la justicia, por intermedio de ese juez, luego de dos, tres años, había reconocido un método, y como reconocía el método y a mí a través de él...

—*Apoyaba su accionar...*

FRANCIS T.: Eso es. Se había establecido un diálogo, y bueno, había una especie de complicidad, de simpatía, de camaradería... alrededor del joven y bueno, eso permitía un respiro importante [*tiempo de reposo*]. En definitiva, la ciudad me apoyaba poco, pero [*vacila*] había creado un vínculo con las estructuras de poder que permitía que me reconocieran, y ante los jóvenes dar una imagen de seguridad. Y fue a través de esta imagen de seguridad que se generó toda la confianza [*acelera el ritmo*]. Lo que no quiere decir que no hubiera conflictos, entre ellos... Hubo, como dicen, palos entre ellos y yo. Cuando yo no estaba de acuerdo, la cosa explotaba y después afectaba...

—*En el fondo, usted debía de tener la confianza de los dos bandos, lo que no se consigue todos los días.*

FRANCIS T.: ¡No, pero pese a todo la cosa duró diez años! [*Risas.*] [*Silencio.*]

Si te mandan al tribunal, ahí voy a estar yo

—*¿Y entonces todos esos jóvenes, ahora... están a la deriva?*

FRANCIS T.: Sí, algunos pasan, están los que llaman por teléfono, los que escriben, los que se fueron al interior, algunos que... se casaron... Bueno, todos son portadores del sida, también, del VIH. De qué manera su vida... Bueno, pero con eso no hay nada que hacer, yo no puedo hacer nada..., eh... lo que intenté hacer fue darles posibilidades de rehabilitarse socialmente. Con todos los conflictos. Me acuerdo de Momo, que empezó a trabajar de chofer y repartidor, tiene el virus, pero no evoluciona y por el momento está contento... Me acuerdo de otro que está en el interior y es cocinero, y de otro que está en el sur de Francia, que se casó y tiene hijos... los hijos no tienen el virus... Pese a todo, socialmente tuve mucho éxito.

[...]

FRANCIS T.: Cuando vuelvo tarde a la noche –ayer volví a las dos de la mañana [*suspira*]–, bueno, el viejo reflejo de pasar por los lugares donde se reúnen... Bueno, la cosa pasaba de mano en mano, con una jeringa. Entonces, lo interesante es participar en el momento en que se pican. Porque en su delirio uno va a conocer las verdaderas angustias, los fantasmas, los deseos; bueno, todo eso va a expresarse, a salir. Y además es un... para un educador callejero es un lazo muy fuerte haber podido compartir... las derivas... bueno... –sabiendo que no estoy de acuerdo, pero bueno–. Si todavía estás en la etapa de picarte, yo no lo prohíbo; en cambio, el día que quieres parar, estoy... ahí. Y si te mandan al tribunal ahí voy a estar yo para tratar de... limar asperezas. Cuántos falsos testimonios que di... bueno, y el juez sabía perfectamente que eran falsos testimonios.

—*¿Y por qué eran, por cositas?*

FRANCIS T.: Ah, sí, era por pequeños robos que permitían comprar dos o tres dosis... porque al vender una dosis al precio fuerte se puede comprar una dosis y media.

—*Usted menciona sus aspiraciones, sus deseos; ¿qué decían, por ejemplo?*

FRANCIS T.: También se expresaban las frustraciones. De eso no hablé. Y, finalmente, punto uno, me relacionaba con una población muy pobre, donde el deseo era construirse la casa propia, por ejemplo. Eso es muy importante. Y algo que aparecía con mucha intensidad era el pedido de que les consiguiera un departamento o una habitación. Y eso era para todos.

—*¿Dónde vivían, en casa de sus padres?*

FRANCIS T.: En general en casa de sus padres, o en los sótanos, cuando los padres los echaban.

—*¿En las HLM?*

FRANCIS T.: Sí, en las HLM, en casas que hoy tiraron abajo para construir hermosas oficinas en su lugar. Cuando oí

al alcalde decir: "De todas maneras, esa gente tiene que irse a vivir cincuenta kilómetros más lejos"... Para mí es un problema, es...

—*Usted menciona la casa propia; además de eso, ¿qué otra cosa había? ¿Una compañera?*

FRANCIS T.: La aspiración a la casa propia, al trabajo y al hijo (tengo un poco la tendencia a oír hijo-familia-patria, no sé...) [*risas*].

—*Es increíble, no es la idea que se da de ellos...*

FRANCIS T.: Los que se fueron al interior, ¿qué hicieron? Se fueron con familias de acogida. Venían al hospital, pasaban por el período de abstinencia y yo trabajaba con una asociación de familias de acogida. Así que los acompañaba al tren, ni siquiera tenían tiempo de pasar por su casa, y llegaban al lugar donde estaba la familia de acogida. Y muchas veces, cuando se terminaba el período con ella, se quedaban. Porque en realidad habían encontrado una familia sustituta. Se quedaban y encontraban un trabajo y una amiga, un departamento, pasaban el examen de conductor, querían comprar un auto y terminaban por construir un mundo pequeño-burgués ideal después de haber vivido bajo tierra.

—*¿Era gente que había abandonado la escuela?*

FRANCIS T.: En general sí. Los más fuertes fueron hasta cuarto año de transición.

—*¿Qué decían de la escuela?*

FRANCIS T.: Los habían rechazado, estaban en clases de adaptación, ¡ya eran excluidos! Ya eran excluidos en la escuela, así que cuando salieron de ella tenían una mentalidad de excluidos. Y como no tenían con qué conseguir un trabajo, pues bien, estaban excluidos y buscaban una asistencia, trataban de hacerse asistir. Y eso es algo que yo siempre rechacé. Hice que tuvieran dinero, que tuvieran comida, que tuvieran... cosas precisas con objetivos claros...

—*Debían de esperar una cantidad enorme de cosas de usted.*

FRANCIS T.: Ah, bueno, me pedían que les construyera el mundo que finalmente encontraron cuando se fueron con las familias de acogida y se establecieron.

—*En el fondo, todo lo que usted podía hacer era escucharlos, protegerlos...*

FRANCIS T.: Lo que hice entonces fue también montar cosas. Armé una asociación que tenía departamento de subvenciones y creé estructuras de trabajo: habíamos comprado dos camiones, había un muchacho que era chapista, así que compramos herramientas... Arreglaba autos y sigue teniendo las herramientas, y hoy prácticamente tiene techo propio. Hacíamos mudanzas de estación, ventas, pintura de departamentos. ¡Oh, era una cosa que funcionaba! Después, yo mismo creé una compañía de ambulancias con un muchacho que salía después de diez años de cárcel... Eso me cuesta muy caro todavía hoy, pero bueno, no es grave [*risas*]. Alquilamos un local, que por supuesto estaba en estado lamentable porque no tomamos uno bien pintado, etcétera. Así que había un sótano que podíamos usar, y hacía trabajar a los jóvenes de los que me encargaba, pagándoles con las subvenciones de la prefectura; los contraté como camilleros y entonces me robaron unos autos y me hundieron la garita del hospital [*risas*]. ¡Un escándalo! El chico no tenía licencia, el compañero le había prestado la ambulancia, bueno... las jeringas desaparecían en los hospitales [*suspira*], los productos también desaparecían... eh...

—*Era un poco arriesgado...* [risas].

FRANCIS T.: ¡Yo lo asumía! Lo asumía. Y después, cuando veía al juez, le decía que me arreglara la cosa porque si no... si no tengo medios... No los voy a cambiar de la noche a la mañana, ¿eh? Porque le dé trabajo a un chico no se va a convertir en un corderito de la noche a la mañana, ¿no? Así que necesito una etapa de transición. Quiere las jeringas, las roba. Eso prueba que no salió de la droga. Y que cuando, en cambio, se lo pueda internar en el hospital, va a estar en el lugar donde robó. Además, va a tener como enfermera a la esposa del educador, a la que conoce bien, y vamos a modificar el perfil. Muchas veces pasó así.

—*¿A lo largo de mucho tiempo?*

FRANCIS T.: Vea, todavía me ocupo de los toxicómanos, por otra parte creo que pronto voy a dejar de hacerlo, pero en fin, aún me ocupo, y calculo tres años. En tres años no se alcanza para nada una certeza, pero en fin, uno tiene una opción, no sé. Después de la abstinencia, después de la familia de acogida, a partir del momento en que hay reinserción profesional, se ve; hay que hacer un seguimiento de tres años. Es lo que pude hacer a lo largo de diez años.

[...]

Ya no era tolerable para el poder

—*Usted tuvo no pocos aliados en no pocos sectores con los comerciantes, montó el negocio de las ambulancias...*

FRANCIS T.: Yo mismo armé la 1901, aun cuando estuviera subvencionado. La 1901 no era la alcaldía, era Francis T., presidente. La alcaldía fue la que me consiguió las subvenciones y la que me dejó usar mi tiempo de trabajo

para montar lo de las ambulancias, pero la estructura nunca se implicó (por otra parte, la asociación intermedia que hoy existe en la ciudad la establecieron los católicos, no la alcaldía). De todos modos es curioso que siempre sean unos pequeños poderes los que le aportan un plus a un poder superior. Porque la alcaldía lo recupera. Políticamente, lo recupera... El alcalde..., todas las estructuras de poder se basan en pequeños poderes, y éstos tienen relaciones de dependencia, para lograr prevalecer. Jamás habría podido armar lo de las ambulancias si no me hubieran dejado tiempo para hacerlo. Tampoco habría podido montar la 1901. Me dieron tiempo.

—Tal vez lo ayudaban a preparar los expedientes para la obtención...

Francis T.: Para nada. Yo tenía un amigo abogado. De hecho, lo que a la alcaldía le costaba tolerar era que había montado contrapoderes. Y yo era un contrapoder. Mientras fue una estructura que no molestaba al poder, la cosa funcionó, pero a partir del momento en que se produjo esta ruptura por la alianza con Le Pen, cuando empecé a sacar un diario –bueno, una hoja mimeografiada– y empecé a mandársela a todos los vicealcaldes, etcétera, a partir de ese momento, el contrapoder asumía una dimensión tal que el poder ya no podía tolerarlo, y por lo tanto ahí se dio la fractura.

—Por un lado se hallan el Estado y su delegación municipal, que por lo menos no lo apoya, y por el otro, todo un conjunto de gente con la que usted está vinculado, en el sector médico, entre los abogados, en la justicia... y otros más, los empleadores...

Francis T.: Farmacéuticos. Los vínculos con los farmacéuticos para convencerlos de que conozco bien a Fulano...

—¿Por qué? ¿Les daban medicamentos o jeringas?

Francis T.: Sí, yo entraba en la farmacia y le decía, déme una caja de tal o cual tranquilizante porque lo necesito, tenía un joven, alguien que sufría la falta de droga. Me lo daba y después yo le llevaba la receta.

—¿Siempre trataba de ganar tiempo?

Francis T.: Sí [*silencio*]. Sí [*vacilación*], de hecho la estructura del poder municipal me impugnaba, pero como era incapaz de ponerse en mi lugar y hacer lo que yo hacía, también carecía de medios, y en eso consistía mi fortaleza. Y como en efecto yo había montado, bueno, trabajaba con un abogado, había por lo tanto otros poderes políticos. Estaba relacionado con dos médicos, trabajaba sobre todo con el primero, pero el otro tenía el acuerdo de la justicia, bueno, se conocía bien con el juez que residía en la ciudad. Aunque no siempre estuviéramos de acuerdo, todos los trabajadores sociales que había en la ciudad trabajábamos juntos. Por lo cual había una estructura operativa que permitía... Y además el alcalde que dejaba hacer. [*Silencio.*] De hecho, las barreras las ponían los poderes por debajo del patrón de la ciudad.

—¿Los jefes subalternos?

Francis T.: Los que las instituían eran los jefes subalternos. Pero a éstos, bueno, cuando había demasiados problemas pedía una reunión con el alcalde o le escribía una carta para hacerlos caer.

[...]

Saco el *carnet* profesional

—¿Tiene horarios muy pesados?

Francis T.: Bueno, depende. Si en tal momento estoy en tal lugar y hay por ejemplo un operativo policial, bueno, saco el *carnet* profesional y digo bueno... Pero si levantan a un chico, quiere decir que voy a llamar por teléfono al procurador de la República, al sustituto más bien, que voy a intervenir en la comisaría, que va a haber tratativas. O si no, si hay un chico que está muy mal, me quedo con él, no puedo dejarlo...

—¿Lo lleva al médico?

Francis T.: O está en medio del delirio, y en su delirio quiere hablar. Necesita delirar con alguien, frente a alguien que lo escuche, porque los compinches no van a hacerlo. Así que eso forma parte del proceso de reconocimiento, porque saben bien que no tengo la misma vida que ellos. Pero para que se den cuenta de que puedo ayudarlos, es preciso que me identifiquen con algo o alguien. Y mi trabajo puede ser eficaz sólo a partir del momento en que me identifican al margen de la institución que represento, cuando se generan sentimientos, cuando hay una relación independiente del proceso institucional.◆

Octubre de 1992

La visión de Estado

Patrick Champagne

La "mediatización" de los "malestares sociales" tiene por efecto engendrar una proliferación de publicaciones e informes de toda naturaleza que, al aspirar a describirlos y "curarlos", los expone de ese modo en la plaza pública. Los medios de gran difusión nunca son, como pretenden algunos, simples testigos que se limitan a dar cuenta de la realidad o, por lo menos, a plantear sus problemas. Por una parte, porque el mero hecho de hablar de ellos públicamente modifica el *status* de esos malestares: lo que se vivía como "problema personal" o "local" se convierte en un "problema de la sociedad", que debe resolverse políticamente; lo que era del orden de la responsabilidad personal compete en lo sucesivo a la responsabilidad colectiva. En síntesis, lo que era "malestar" individual, vivido como íntimo o privado, tiende a metamorfosearse en asunto de conversación pública, luego en tema de coloquios y seminarios de reflexión, en páginas de "discusión" de los diarios nacionales en los que se enfrentan comentaristas políticos e intelectuales mediáticos, con lo que se inaugura un verdadero mercado, económicamente rentable, al que afluyen testimonios y encuestas, espontáneas o a pedido. Por otra parte, los medios imponen su propia construcción de los problemas sociales, que se basa en gran medida en una puesta en escena de los hechos más espectaculares y también, a menudo, más superficiales; por las palabras que imponen ("ciudades gueto", "crimen racista", etcétera) y los agentes sociales a los que deciden hacer hablar o entrevistar, contribuyen a dar existencia a un verdadero discurso público sobre los "malestares" de que hablan. Al mismo tiempo que se pone nombre al malestar ("la enfermedad de los suburbios", por ejemplo, o "el malestar de los profesores"), se dice lo que hay que pensar de él, y esas interpretaciones se imponen no sólo a quienes no están en la cuestión sino también a los principales interesados, que encuentran allí un discurso legítimo sobre un malestar que podían experimentar más o menos confusamente pero seguía siendo inexpresable por ilegítimo.

Ese discurso público aparece en primer plano porque posee la fuerza de la evidencia, en la medida en que está muy próximo al discurso del sentido común. Además, como tiende a enjuiciar al poder político, favorece el desarrollo de toda una producción que se apoya en problemáticas de tipo político, desde las encuestas de opinión hasta una literatura de tipo burocrático constituida por los informes solicitados por unas autoridades que se sienten intimadas por la prensa (y por quienes se expresan a través de ella) a resolver rápidamente esos problemas que son la noticia de primera plana de la actualidad.

También respecto de este punto es ejemplar el caso de los suburbios con dificultades. Desde fines de los años sesenta numerosas encuestas de sociología urbana y de sociología de la inmigración proporcionaban ya prácticamente todos los elementos de análisis necesarios para comprender la situación actual de esos barrios (como por ejemplo, para no citar sino unos pocos, los trabajos de Henri Coing y Colette Pétonnet sobre la vivienda popular, los de Abdelmalek Sayad

sobre los inmigrantes o los de Michel Pialoux acerca de la relación de los jóvenes de esas urbanizaciones con el trabajo temporario, y más recientemente el número 81-82 de *Actes de la recherche en sciences sociales*, dedicado a "La economía de la casa"). Estos trabajos, conocidos por los especialistas, pasaron relativamente inadvertidos porque se situaban al margen de la actualidad más inmediata. Cuando durante los años ochenta surgió –en los medios y para ellos– el problema de los suburbios y la inmigración, en especial con el enfrentamiento en el barrio de las Minguettes, y luego, sobre todo a comienzos de los años noventa, con los incidentes de Vaulx-en-Velin, presenciamos una verdadera explosión de publicaciones y números especiales de revistas sobre estos temas: entre otras razones, porque el ascenso electoral de la extrema derecha, particularmente en esos barrios, hizo de ellos un problema político que interesaba a los periodistas y también, potencialmente, al gran público. Toda la literatura que apareció entonces, desde el simple testimonio hasta las encuestas sociológicas, se vio inmersa en una lucha simbólica, menos intelectual que política, en la que lo que estaba en juego era imponer "en caliente" una visión y una interpretación.

La sociología no puede ignorar esa literatura, no sólo porque en cierto modo ocupa su terreno y pone obstáculos, por su naturaleza misma, a un análisis más riguroso, sino también porque semejante movilización no puede dejar de producir informaciones interesantes y análisis pertinentes. Al leer ese torrente de publicaciones sobre "los suburbios", "los jóvenes", "la inmigración" y "los jóvenes inmigrantes en los suburbios" –de la que hoy costaría hacer un relevamiento exhaustivo–, es posible convencerse de que, en cierto sentido, ya se ha dicho todo y casi no cabe esperar que la sociología descubra un hecho oculto o sorpresivo, e incluso un proceso social en el cual nadie haya pensado antes. Pero la sobreabundancia de informaciones y análisis heteróclitos engendra confusión y deja el campo libre a las explicaciones parciales o ilusorias; en lo sucesivo, cada uno puede encontrar fácilmente las explicaciones que desee oír: así, se puede buscar la causa de la "enfermedad de los suburbios" en un urbanismo mal concebido o en la crisis económica, en un abandono de las fuerzas del orden (o a la inversa), en una inmigración no controlada, en la desintegración de las familias, en la droga o en todo esto a la vez. En estos temas, la tarea principal de la sociología –y no es la más fácil– es distinguir lo que es pertinente de lo que lo es menos, lo que es importante de lo que sólo es secundario o derivado. Debe, sobre todo, jerarquizar e integrar, en un sistema explicativo coherente, un conjunto de factores que distan de tener el mismo peso funcional.

Para caracterizar esta literatura, querríamos tomar dos ejemplos, situados en los dos polos extremos de esta producción circunstancial: por un lado el simple sondeo de opinión cuyas intenciones son puramente políticas, y por el otro el informe de expertos que trata de reunir las informaciones disponibles con vistas a una síntesis, para uso de las autoridades políticas.

Ante el gran público y los periodistas –e incluso ante ciertos expertos–, las encuestas de opinión mediante sondeos pasan por "científicas" porque presentan todos los signos exteriores de la cientificidad: muestras representativas de encuestados (como si lo esencial fuera eso), cuestionarios, respuestas presentadas como porcentajes o gráficos, etcétera. Ofrecen además la ventaja de hacer desaparecer al sociólogo en tanto tal, con sus preguntas específicas destinadas –a través de la encuesta empíricamente conducida y más allá de ella–, a analizar mecanismos sociales. Quienes las aprecian particularmente son los periodistas, porque nunca originan esos comentarios complejos e imposibles –o difíciles– de resumir en algunas líneas, y porque permiten tener rápidamente informaciones que ellos consideran confiables. Las únicas preguntas planteadas son las que lleva a formular la política. Es por eso que, producidas por la problemática política corriente y para ella, parecen evidentes, al menos para quienes las ordenan. ¿En nombre de qué se prohibiría uno preguntar "al pueblo" quién es, en la familia o la sociedad, responsable de la delincuencia

juvenil? ¿Acaso no se obtienen ante esa pregunta que "todo el mundo se hace", en especial desde que el "problema de los suburbios" está en la primera plana de los medios, datos estadísticos claros e indiscutibles, cifras que "hablan por sí solas" y que muestran que estamos en presencia de un nuevo "problema de la sociedad (desocupación, violencia en los medios, etcétera)"?

Pero las preguntas hechas por los encuestadores también pasan a ser evidentes para el gran público debido a que los institutos de sondeos las plantean y replantean sin cesar desde hace años en los mismos términos ("Para comparar rigurosamente las variaciones", aducen), de modo que ya nadie –o casi nadie– se asombra, por haberlas oído cien veces, de que se formulen, cuando en realidad sólo tienen sentido y función dentro del pequeño círculo de personas interesadas en la política. La práctica del sondeo produjo un nuevo tipo de opinión –la opinión para las encuestas de opinión– que las más de las veces está muy alejada de la realidad que supuestamente mide, y enmascara las verdaderas preguntas que habría que plantear. Esas encuestas, costosas e interminables, que siempre se realizan en medio de la urgencia y abrigan la ilusión de que pueda existir un conocimiento científico expreso, informan en realidad sobre las categorías mentales de quienes las encargan, las conciben y las utilizan. En otras palabras, con frecuencia las preguntas se revelan mucho más interesantes que las respuestas obtenidas porque delatan muy directamente las preocupaciones de los dirigentes y responsables políticos.

Para no tomar más que un ejemplo, consideremos el caso de una encuesta del CSA efectuada en marzo de 1991 (es decir, algunos meses después de los acontecimientos de Vaulx-en-Velin y la creación de un ministerio de la ciudad) para *Le Parisien* y *France Inter* (pero que bien podría haber sido encargada por los servicios del primer ministro y realizada por otro instituto de sondeos). Las ocho preguntas formuladas merecen reproducirse íntegramente (con un breve comentario entre corchetes), en la medida en que constituyen una buena muestra de las diferentes formas que generalmente asumen las preguntas de los sondeos y, más allá de éstas, la interrogación de tipo político:

1) *¿Tiene usted la sensación de que en Francia, desde hace diez años, las desigualdades entre la gente* [...] *tendieron más bien a incrementarse? ¿Se mantuvieron estables? ¿Tendieron más bien a disminuir? No sabe/no contesta.* [¿Esta pregunta –que en realidad es un tema clásico de redacción en el examen de la ENA (sobre todo después de diez años de socialismo)– es una pregunta de opinión o de hecho? ¿Qué se pretende hacer con la "sensación de la gente" sobre esta cuestión que agita principalmente a los medios políticos? ¿Qué se hará con las respuestas inciertas de los jóvenes encuestados, que difícilmente puedan pronunciarse acerca de la evolución de los últimos diez años? En realidad, hay que esperar las preguntas siguientes para conocer las verdaderas intenciones que se ocultan detrás de ésta.]

2) *Según usted, las desigualdades entre la gente son hoy en Francia... ¿insoportables? ¿Grandes? ¿No muy grandes? ¿Pequeñas? No sabe/no contesta.* [¿Qué contenido pueden dar las diversas categorías de encuestados a los adjetivos "insoportables", "grandes", etcétera? En realidad, esto tiene poca importancia, ya que sólo se trata de llevar a los entrevistados a un terreno que es puramente político a fin de prepararlos para las dos preguntas siguientes.]

3) *¿En cuáles de los siguientes ámbitos habría que actuar prioritariamente? La vivienda. Los ingresos y salarios. La salud. La educación y la capacitación. No sabe/no contesta.* [El problema de las prioridades es típicamente una cuestión que se plantean los políticos. "Gobernar es escoger", decía ya Pierre Mendès France. Pero en la idea de éste se trataba entonces de escoger

con conocimiento de causa y desde el punto de vista del interés general, aunque una medida demostrara ser provisionalmente impopular en los sondeos. Para no ser impopulares, la lista de prioridades se establece de aquí en más consultando directamente a los ciudadanos, cuyas respuestas dejan suponer –¿cómo podría ser de otra manera?– que eligen egoístamente los ámbitos que les incumben directa y personalmente.]

4) *Personalmente, ¿tiene usted mucha confianza, bastante confianza, bastante poca confianza o nada de confianza en que el gobierno de Michel Rocard va a reducir las desigualdades entre los franceses?* [He aquí la pregunta que en realidad se quería plantear desde el principio y que aparece como conclusión de las tres precedentes. Se trata de una "cuestión de confianza" que se le plantea, no a la Asamblea Nacional o a la mayoría parlamentaria entonces incierta, sino directamente al pueblo, a la "gente", que desde hace varios años tiene, según parece, una "opinión bastante buena" sobre Rocard.]

5) *Según su opinión, con la evolución de nuestra sociedad, la vida en las grandes ciudades es hoy... ¿muy difícil? ¿Bastante difícil? ¿Bastante agradable? ¿Muy agradable?* [También esta pregunta vaga y general, que no permite recoger informaciones precisas, está destinada sobre todo a preparar las siguientes sobre los suburbios, que por su parte remiten a acontecimientos mediáticos precisos y a decisiones políticas de amplia repercusión en los medios.]

6) *¿Y en los suburbios...?* [Nos acercamos a la pregunta que desde el principio arde por salir de la boca de los encargados de la encuesta...]

7) *Entre las siguientes categorías, ¿cuáles son aquellas cuya situación merece que el nuevo ministro de la ciudad, responsable de los problemas de las grandes ciudades y sus suburbios, se ocupe prioritariamente? Las personas de edad. Los comerciantes. Los jóvenes. Los inmigrantes. Las mujeres solas. No sabe/no contesta.* [Por fin se lanzó la pregunta. En el sencillo effunciado se recuerda que de ahora en adelante hay un nuevo ministro de la ciudad que es responsable y quiere ocuparse prioritariamente de determinada cantidad de categorías de la población. Éstas, tomadas del sentido común (¿dónde se clasificará, por ejemplo, a una joven sola, de origen inmigrante, que tiene un pequeño comercio?), están hechas a medida para excluir los verdaderos problemas. En realidad, la única función de esta pregunta es ver, de manera discreta, qué proporción de la gente aceptaría que se ayudara prioritariamente a los inmigrantes, que son –lo dice todo el mundo– los primeros a quienes incumben los problemas de los suburbios, y a los que aquí se mezcla con categorías políticamente menos comprometedoras.]

8) *Como usted sabe, las comunas reciben una parte de sus recursos de las empresas instaladas en su jurisdicción: se trata del impuesto profesional. El gobierno prepara un proyecto de ley por el cual una parte de ese impuesto profesional recaudado por las comunas más favorecidas se destinará a las que tienen pocas o ninguna empresa en su territorio. Personalmente, ¿usted estaría más bien a favor o más bien en contra de ese proyecto?* [Esta pregunta típicamente "politológica" empieza por "Como usted sabe", precisamente porque la mayoría de los encuestados no lo sabe. Prosigue en la forma de un breve recordatorio en una frase simple y anodina que, de hecho, hace aquí las veces de un verdadero curso de derecho fiscal (todos los especialistas saben que el problema del impuesto profesional es tan complejo que

originó una abundante literatura), para terminar con la presentación de un proyecto gubernamental en términos tales que parece difícil estar en contra: de hecho, el 80% de los entrevistados se declaró favorable a ese proyecto de ley que propone sacarles un poco de dinero a los municipios más ricos para dárselo a los más pobres.]

La misma reseña de esta encuesta informa sobre las funciones que cumple. Desde un punto de vista material, se presenta en la forma de un delgado documento en el que figuran, sin comentario alguno, una sucesión de cuadros. En lo alto de cada página, en negrita y enmarcado, se indica el texto de la pregunta y debajo las respuestas. Una primera página da las distribuciones globales; en las siguientes, se cruzan las respuestas de acuerdo con las variables "sociológicas" habituales. El procedimiento se repite para cada pregunta. En realidad, la presentación de los resultados está hecha en función de preocupaciones estrictamente políticas: la primera página da las distribuciones en la lógica del voto o el referéndum ("lo que piensa la mayoría de los franceses..."), mientras que las siguientes muestran las respuestas cruzadas, una a una y variable por variable, según grupos toscamente construidos para los dirigentes políticos que son, de hecho, categorías más útiles para la acción que para el análisis (el sexo, la edad, las profesiones, las simpatías partidarias y la vivienda). En otros términos, estos cuadros cruzados apuntan menos a explicar que a identificar los grupos que sostienen o no tal o cual opinión fabricada por los políticos, y cuyas respuestas tienen por destino último alimentar sus luchas internas. Los cuadros permiten definir los grupos a los que todavía falta convencer, hacia los cuales convendrá "orientar" en el futuro las campañas políticas (los jóvenes o los viejos, los hombres o las mujeres, las categorías sociales aventajadas o no, los habitantes de la ciudad o del campo). La fecha exacta del sondeo, que la ley de 1977 obliga a mencionar, constituye sin duda la precisión más pertinente: recuerda que el único interés de este tipo de encuesta es menos comprender el problema de los suburbios que saber cuál es el "nivel de la opinión pública" con respecto al gobierno el día de su realización (lo que los encuestadores expresan con la metáfora de la fotografía: no se trata más que de una "instantánea de la opinión pública"). Recuerda, de hecho, que el sondeo titulado "Las preocupaciones sociales de los franceses" delata en realidad las "preocupaciones políticas de Michel Rocard", que era, en esa fecha, primer ministro.

En el otro polo de esta literatura suscitada indirectamente por los medios, se puede tomar como ejemplo el informe al ministro de Estado, ministro de la ciudad y del fomento territorial, titulado *La rélégation* [*La relegación*]. Instruido por el nuevo ministro de la ciudad en 1991, luego de los incidentes de Vaulx-en-Velin, para que hiciera hincapié en la situación de los suburbios en dificultades, su autor, Jean-Marie Delarue, era miembro del Consejo de Estado. La calidad del informe que entregaría algunos meses después obedece en gran medida a las características propias de su autor: además de un interés anterior por los problemas sociales, frecuente en la fracción "de izquierda" o "intelectual" de la alta administración, poseía en efecto una formación sociológica que le permitiría abordar esta cuestión con un mínimo de competencia, denunciando particularmente la presentación tendenciosa que los medios daban de estos problemas. En ese documento, basado en la lectura de diversos trabajos sociológicos y una escucha eficaz de quienes trabajaban en esos barrios, pueden encontrarse muchos planteamientos interesantes. En suma, este tipo de trabajo se realizó en condiciones tales que permitió movilizar indiscutiblemente un saber sobre el mundo social muy superior al que contienen numerosos informes burocráticos y, a fortiori, al que posee la mayor parte de los altos funcionarios acerca de esas poblaciones desaventajadas y el trabajo de quienes se ocupan de ellas.

Pero este análisis tiene límites que obedecen también a sus condiciones sociales de producción. La parte dedicada a la comprobación, vale decir, a la comprensión propiamente dicha de la situación de esos suburbios en dificultades, es relativamente corta (unas veinte páginas en un informe de casi doscientas), ya que la misión asignada a esos funcionarios, no hay que olvidarlo, era esencialmente de naturaleza política. Pero el análisis mismo tiende a obedecer a una lógica más política que intelectual. Esos altos funcionarios, en efecto, tienen el deber de escuchar democráticamente a todo el mundo, "sin sectarismos", de acuerdo con una lógica de recolección de las opiniones de los expertos que, casi siempre, es poco compatible con una construcción intelectual rigurosa. Los autores citados, de los cuales se toman fragmentos de análisis generalmente descontextualizados, pertenecen a universos teóricos muy heterogéneos, para no decir que francamente contradictorios (basta con remitirse a la lista de los mencionados en el informe, que, para el sociólogo, es por momentos muestra de un inventario a la Prévert...). La lógica que gobierna la elaboración de ese documento conduce a describir más que a explicar, y a elaborar un catálogo de los factores en cuestión y no a construir un sistema explicativo.

La realidad social se recorta según categorías administrativas (J.-M. Delarue distingue, por ejemplo, tres aspectos: "lo urbano", "lo social", "los jóvenes") que no son necesariamente pertinentes desde un punto de vista sociológico pero constituyen un marco cómodo, y comprensible para los dirigentes políticos, para proponer soluciones. En efecto, lo que se espera principalmente de esos informes son ideas, soluciones, ideas de soluciones, de preferencia "mediatizables", es decir, visibles y de efecto inmediato. La insuficiencia de los análisis se manifiesta sobre todo en el tipo de soluciones propuestas, que se mantienen en gran medida en la superficie de las cosas. O bien se trata de simples soluciones de "sentido común" (como, por ejemplo, la necesidad de coordinar las acciones, hasta entonces segmentadas, de las diferentes administraciones que intervienen en esos suburbios), cosa que, por proceder de un alto funcionario y habida cuenta de la lógica burocrática actual, ya es mucho pero no debe nada, o muy poco, al análisis de la situación; o bien de soluciones que se pretenden más innovadoras, pero –además de que tampoco se basan en los análisis previos– apenas escapan a las ilusiones del voluntarismo político, como ocurre en el informe Delarue, por ejemplo, con todo lo que se incluye dentro de la noción de "ciudadanía", a la que se atribuye resolver problemas cuyo origen dista de ser puramente político.

Estos informes no pueden romper verdaderamente con la problemática preconstruida por los medios, porque tienen por función principal responder a ella. El informante no advierte que lo que habría que analizar es en realidad la inscripción de grupos sociales en el espacio; que lo que habría que examinar es su modo de reproducción social y las trayectorias de los individuos que los componen; que lo que habría que estar en condiciones de medir son los efectos, sobre dichos grupos, de las políticas públicas referidas al mercado inmobiliario, el sistema de formación (la escuela) y el mercado del empleo. Basta con escuchar verdaderamente a todos los que trabajan en esos "suburbios" –trabajadores sociales, responsables de la ANPE, directores de agencias de trabajo temporario– para descubrir que las soluciones no se encuentran en los "suburbios" mismos, sencillamente porque las causas de los problemas no están en las urbanizaciones sino en otra parte, a menudo en el corazón mismo del Estado.◆

"Costos" y "beneficios" de la inmigración

Abdelmalek Sayad

"Idealmente", la inmigración y el inmigrante sólo tienen sentido y razón de ser si "producen" más de lo que "cuestan". ¿Cómo maximizar los "beneficios" (sobre todo económicos) y minimizar los "costos" (sobre

todo sociales y culturales)? Ésta no es una cuestión puramente económica, que tratan explícitamente los economistas, sino un interrogante virtualmente contenido en todo lo que se dice sobre la inmigración. Esta problemática se impone por sí misma, a punto tal que parece caer por su propio peso. Como se aplica a una población que goza de un *status* particular, el ejercicio contable que la retraduce no tiene nada en común con tal o cual ejercicio análogo referido a otro grupo: mientras que cuando se trata, por ejemplo, de la primera infancia, de los jóvenes o de los ancianos, la cuestión planteada consiste sólo en prever y poner de relieve los medios que requiere el tratamiento que se pretende reservar a la población de marras, en el caso de la población inmigrante se trata de estimar los beneficios y los costos de la política consistente en el recurso a la inmigración, es decir, la *existencia* o la "desaparición" de la población inmigrante. Lo que se plantea objetivamente a través de una cuestión aparentemente técnica es todo el problema de la *legitimidad* de la inmigración. No hay casi ninguna mención de los inmigrantes, sobre todo cuando esa mención se refiere explícitamente y a sabiendas, como ocurre en el caso de la "teoría económica de los costos y beneficios comparados de la inmigración", a la función de esta última, que no consista tan pronto en *legitimarla* como en denunciar su *ilegitimidad* (fundamental).[1]

Como la "teoría económica de los costos y beneficios comparados de la inmigración" no suscitó hasta aquí más que divergencias con respecto a la evaluación de los elementos que corresponde tomar en cuenta –tras haberse llegado de entrada a un acuerdo sobre todo lo que exige que se le conceda previamente a cualquier discusión, a saber, entre otras cosas, el principio de la división entre lo que es "costo" y lo que es "beneficio", el del establecimiento de un saldo positivo o negativo de la inmigración, etcétera–, enmascaró toda una serie de cuestiones que se tornaron impensables, por ejemplo, la de saber a quién "cuesta" y a quién "rinde" la inmigración. Pero, más profundamente, calificar exclusivamente de "costo" o "beneficio" a cada uno de los elementos discernibles y arbitrariamente disociados de un conjunto que sólo tiene realidad (económica y política) en cuanto totalidad, equivale a imponer el sentido que se pretende dar a cada uno de ellos, y a hacerlo tanto más imperativamente cuanto que no se duda de la operación de imposición que de esa manera se cumple. Sirvan como únicos ejemplos de ese trabajo de "tecnicización" de lo político el estudio de Anicet Le Pors dedicado a los flujos monetarios de los que es responsable la inmigración, así como las diferencias entre sus conclusiones y, por ejemplo, las que saca Fernand Icart de datos sensiblemente iguales.[2]

Si existen "costos" que hay que imputar a la inmigración, el primero en que se piensa es, sin duda, el costo monetario que soporta todo país que recurre a ella, en razón de las transferencias de fondos que realizan, por una parte, los mismos inmigrantes a partir de sus ahorros y, por la otra, los organismos sociales (asignaciones familiares, prestaciones de la Seguridad Social, jubilaciones, pensiones diversas, etcétera). Pero ese mismo "costo" al que puede tenerse por evidente e indiscutible no deja de producir "beneficios" de otra especie: "en particular, podemos preguntarnos cuál es la incidencia de las transferencias de ahorros al exterior [...]. Ahora bien, al parecer, que se transfiera al exterior un millón de francos menos significa que existe una mejora de la balanza externa [...] de sólo unos 38.000 francos. En efecto, una disminución *ex ante* de las transferencias al exterior aumenta el consumo de los hogares; una buena parte de este aumento es cubierto no por un incremento de la producción interna sino por un aumento de las importa-

1.
La reciente "disputa de cifras" sobre la importancia numérica de la población inmigrante no escapa a la lógica de la reconversión de los argumentos políticos en argumentos técnicos, más fáciles de reconocer y proclamar públicamente: cuanto más numerosa es esa población inmigrante, más elevados son los "costos" que ocasiona a la sociedad.

2.
Fernand Icart, diputado del Var, autor del informe *Le coût des travailleurs étrangers en France*, nota de síntesis, París, Assemblée nationale, 1976, p. 123.

ciones o una reducción de las exportaciones. Por otra parte, una reducción de las transferencias de ahorros hacia los países extranjeros limita las compras de divisas de éstos y por consiguiente sus importaciones, entre ellas las provenientes de Francia".[3] A la inversa, si para los países de inmigración hay un "beneficio" inmediato –"beneficio" inicial y aparentemente neto de todo costo en compensación–, es el que consiste en "importar" hombres adultos y todavía jóvenes, por lo tanto "útiles" y productivos desde el momento de su llegada; ese "beneficio", que consiste en los ahorros efectuados sobre lo que Alfred Sauvy llamó "el costo de crianza", se atenuó considerablemente en el informe de Fernand Icart, para no decir que se transformó en "costo": la "calidad" de esos hombres que se educaron en países pobres, subdesarrollados, por lo tanto a un "costo" menor que el "promedio francés", hace que resulten más "caros" (o, por lo menos, más "caros" de lo que se cree) debido al "costo" que hay que pagar para que se adapten a la sociedad que los utiliza.

Podríamos seguir enumerando durante mucho tiempo las "contradicciones" de ese tipo, y cada uno de los criterios empleados podría clasificarse como "costo" o "beneficio" o, por lo menos, entrañar su parte de uno y otro. Y cuanto más nos alejamos de los aspectos a los que se refiere tradicional y prioritariamente la economía o, en otras palabras, cuanto más nos acercamos a los factores desestimados por la técnica económica, porque son rebeldes a la "medición", mayor es la indeterminación y, por consiguiente, son más fáciles y frecuentes las manipulaciones e inversiones de sentido que pueden realizarse; más notorio resulta que los hechos que se analizan e interpretan como datos puramente económicos son también, y tal vez sobre todo, hechos y realidades políticas, sociales, culturales. Así ocurre, por ejemplo, con el índice de natalidad de las familias inmigrantes en general y de las originarias de los países de África del Norte en particular: tan pronto nos felicitamos oficialmente por el excedente demográfico que aportan a una población que tiende a decrecer y envejecer, como deploramos (también oficialmente) ese mismo crecimiento de una población a la que se sigue llamando "población inmigrante" (aunque las jóvenes generaciones nacidas en Francia no hayan emigrado de ninguna parte), porque es "costoso", porque pesa demasiado gravosamente sobre los mecanismos de ayuda a las familias –por no decir: porque es "inoportuno"–, en tanto que los argumentos "económicos", o la formulación en términos económicos de argumentos de otra naturaleza, son más fácil o más inocentemente confesables. Y lo que se dice sobre la ambigüedad del índice de fecundidad de la población inmigrante, es decir, en el fondo, de la inmigración familiar y del paso del inmigrante antiguo, simple trabajador aislado y sin familia, al progenitor, vale hoy, en razón de las dificultades del mercado laboral, para esa otra característica del inmigrante, que sin embargo lo constituye y lo define, a saber, su *status* de trabajador: el "beneficio" representado por la fuerza de trabajo que aporta –y que tiene como contrapartida el salario que se le entrega y que él puede transferir– tiende a redefinirse como un "costo", directo cuando el inmigrante está desocupado y por ello pierde personalmente la justificación que daba forma a su existencia, indirecto cuando está empleado, como si el puesto que ocupa constituyera una especie de pérdida de ganancias, de perjuicio virtual infligido a la mano de obra nacional.

Para ser aceptable, habría sido preciso que esta suerte de "economía de la inmigración" fuera una economía total, vale decir, que integrara todos los otros "costos" y todos los otros "beneficios" dejados al margen o completamente ignorados por la teoría estrictamente económica. Además, las cosas se complican aún más cuando se sabe que, como consecuencia de la misma lógica y siempre merecedora de los mismos interrogantes y críticas, la "teoría económica de los costos y beneficios comparados de la inmigración" puede transponerse al país de emigración y dar lugar a la constitución de una teoría homóloga.

3. A. Le Pors, *Immigration et développement économique et social*, París, La Documentation française, Études prioritaires interministérielles, 1977.

Desorden entre los agentes del orden

Remi Lenoir

Lo que suele llamarse "malestar judicial" y también "crisis de la justicia" abarca, de hecho, realidades muy diferentes. Estas expresiones designan simultáneamente un problema social ("el aumento de la delincuencia"), las dificultades con que se topa un servicio público ("la miseria de la justicia") y las luchas que oponen a una profesión, la magistratura, contra los gobernantes ("los casos"). Esta amalgama no carece de fundamento, ya que el aumento de "la pequeña y mediana delincuencia" (robos y tráfico de estupefacientes), el mal funcionamiento de la institución judicial ("lentitud", "errores", etcétera) o la creciente "sensación de inseguridad" son indiscutibles.[1] Por otra parte, los conflictos entre los jueces y los políticos son de notoriedad pública o, mejor, mediática. Pero hablar de malestar judicial es también olvidar que los magistrados no son los únicos actores que contribuyen al mantenimiento del orden. Es indudable que se habla igualmente de "crisis" entre los agentes de policía, los gendarmes o el personal penitenciario, otras tantas profesiones que concurren a asegurar el orden público; pero con ello no se alude más que a simples problemas de remuneraciones, condiciones laborales, expresión sindical, formación, etcétera; en suma, lo que se denomina "problemas corporativos".

En realidad, los términos utilizados para señalar las dificultades por las que atraviesa una categoría social varían según el prestigio y el *status* de las profesiones. A este respecto, la división del trabajo de mantenimiento del orden es ejemplar. En él, el reparto de las tareas se define institucionalmente, como lo atestigua la profesionalización de las diferentes funciones correspondientes a esta actividad (detención, juicio, encarcelamiento, reinserción, etcétera), y las competencias de cada categoría de actores están jurídicamente establecidas y jerarquizadas. Si nos atenemos a la acción penal, los magistrados desempeñan en ella un papel predominante; no sólo poseen el monopolio de todo lo que es propiamente de la incumbencia de la actividad judicial (oportunidad de las diligencias, juicio), sino que ejercen su autoridad sobre los otros cuerpos: el ministerio fiscal o los jueces de instrucción dirigen las investigaciones que los agentes de policía o los gendarmes realizan sobre el terreno, el juez de aplicación de las penas tiene toda la autoridad para fijar las condiciones de ejecución de las condenas, etcétera. Esta preponderancia de los magistrados es inseparablemente jurídica y social. En efecto, globalmente los jueces son de un origen social más

1. Lo testimonian la existencia de un "Salón de la seguridad" y el desarrollo de un "mercado de la seguridad" y de "policías privadas". En 1989, la seguridad privada empleaba en Francia a 73.000 personas y movía siete mil millones y medio de francos, es decir, casi la tercera parte del presupuesto de la policía nacional; cf. G. Carrot, *Histoire de la police française*, París, Tallandier, 1992, pág. 230.

elevado que los comisarios de policía, los directores de cárceles y, más aún, los oficiales de la gendarmería nacional, y esta superioridad social (experimentada por algunos como "arrogancia") está acompañada por un ascendiente cultural del que, entre otras cosas, da testimonio su mejor desempeño escolar.[2]

Por eso no es una casualidad que, en lo que se refiere a la magistratura, se hable de su "declinación social", expresión que remite simultáneamente al plano descendente por el que supuestamente se desliza en el espacio social ("juececitos", "un pequeño oficio para gente humilde") y a la "delicuescencia" de sus poderes ("pérdida de independencia", "miseria material", "jueces para todo servicio").[3] En el caso de policías y gendarmes, lo que se designa es menos la posición social que su *imagen*, la mayoría de las veces desfavorable: para los primeros, los "podridos" [*"ripoux"*] o las "brutalidades" [*"bavures"*], para los segundos, el "palurdismo" [*"balourdise"*]. En cuanto a los guardiacárceles, se trata sobre todo de sus *condiciones de trabajo*: en ocasiones se los asimila –y ellos mismos lo hacen– a la población que vigilan; cuando están en funciones, dicen estar en "detención".

Si la crisis de la justicia se identifica, al menos en el orden de las representaciones, con la de los magistrados, es porque, como todos los cuerpos que dominan un sector de la actividad social, éstos pueden imponer a todos la definición de su malestar. Y debido a su posición dominante en el orden social están en condiciones de convertir sus problemas, vinculados en parte a su pertenencia de clase –su "independencia" o su "poder"–, en problemas generales, "la crisis de la ley", en problemas de la sociedad, "la inseguridad creciente", etcétera.

El empleo de denominaciones tan generales conduce a pasar por alto el hecho de que los actores del mantenimiento del orden son muy diversos y las crisis o dificultades que experimentan resultan de diferentes factores. Aun si se trata únicamente del cuerpo de magistrados, es evidente que esta función remite a situaciones contrastadas, de las que la percepción corriente sólo retiene las más extremas: "baja" y "alta" magistratura. ¿La "decadencia de la magistratura" se refiere a estas dos categorías? Desde los años cincuenta, la modalidad de reclutamiento del cuerpo se modificó, abriéndose a categorías que, hasta entonces, no parecían tener acceso a él, en especial los hijos de miembros de los estratos inferiores de la función pública. Ahora bien, todo indica que, según el origen social, la carrera de los jueces difiere, de modo que lo que se percibe como una decadencia social bien podría no ser otra cosa que el signo de la diversificación creciente del cuerpo.[4]

El crecimiento "muy relativo" de las diferencias sociales entre categorías de magistrados, y por lo tanto de la heterogeneidad del cuerpo, sin duda obedece en parte al retroceso de un modo de reclutamiento en el que la pertenencia a una familia de juristas desempeñaba un papel significativo,[5] retroceso que parece haber afectado menos a la "alta" magistratura que a la "baja".[6] La uniformación de la formación gracias a la creación, a fines de los años cincuenta, de una escuela

2. Cf. R. Lenoir, "Les agents du maintien de l'ordre: contribution à la construction sociale de l'espace judiciaire", en *Les Cahiers de la sécurité intérieure*, IHESI, La Documentation française, nº 10, agosto-octubre de 1992, pp. 149-178.

3. Cf., entre otros, J.-C. Soyer, *Justice en perdition*, París, Plon, 1982.

4. Para un análisis más fino, cf. J.-L. Bodiguel, *La Magistrature, un corps sans âme?*, París, PUF, 1991.

5. Al respecto, cf. J.-P. Royer, R. Martinage y P. Lecocq, *Juges et notables au XIXe siècle*, París, PUF, 1982.

6. Cf. A. Bancaud, *La Haute magistrature judiciaire entre politique et sacerdoce*, Vaucresson, junio de 1991.

nacional de la magistratura (el Centro Nacional de Estudios Judiciales), que reemplazó los concursos locales de características predominantemente cooptativas, no atenuó los efectos del aumento de la heterogeneidad social del reclutamiento.[7] Al contrario, si se tiene en cuenta la incorporación relativamente masiva de magistrados a partir de los años setenta, debido al incremento de la cantidad de puestos sometidos a concurso pero también a procedimientos de reclutamiento paralelo (concursos internos e incorporación por méritos), la diferenciación social del cuerpo se amplió. Además, este rápido aumento del número de magistrados (en veinte años se renovó el 40% de éstos) tuvo por efecto reducir fuertemente las perspectivas de ascenso, sobre todo para las jóvenes generaciones. De modo que la competencia se incrementó vigorosamente dentro del cuerpo, y si se añade a estos factores de tensión el efectivo deterioro de las condiciones de trabajo, en parti-cular debido a la multiplicación y transformación de los litigios (se habla de "derrumbe"), sin duda están presentes todos los ingredientes de una "crisis". Empero, ¿se trata de una sola crisis, y afec-tó ésta al conjunto de los magistrados y de la misma manera?

El paso obligado por una escuela especializada impuso el reconocimiento de los criterios propiamente escolares (en particular, la clasificación al término de los estudios) que permiten a los magistrados evaluarse unos a otros, de modo que la legitimidad de los destinos y los progresos es más fácilmente controlable y susceptible de impugnaciones. Y, debido a ello, esta legitimidad es cada vez más controvertida porque las fronteras entre "baja" y "alta" magistratura están más desdibujadas que en el siglo XIX: los "jueces de paz", a quienes les bastaba tener "buen sentido" y "sentido de la equidad", no tenían otra ambición que la de ser "notables" en su localidad, de la que a menudo eran originarios y a la cual no pretendían abandonar. Ya no es eso lo que sucede hoy, cuando, gracias al desarrollo del sistema escolar y a la modalidad de reclutamiento por concurso, el mercado de títulos y la incumbencia de las carreras se extendieron a la totalidad del territorio nacional. Mientras que alrededor de dos tercios de los magistrados pertenecen a familias de miembros del personal superior de las empresas o de las profesiones liberales, no todos pueden hacer una carrera que se ajuste a las aspiraciones tradicionales asociadas a sus títulos.

Vale decir que entre los magistrados mismos no hay un *malestar* sino varios, cuyo fundamento varía según se trate de la "alta" o la "baja" magistratura. En lo que se refiere a la primera –que es un verdadero "cuerpo dentro del cuerpo"–, el malestar obedece principalmente a las relaciones que mantiene con los miembros de los otros grandes cuerpos jurisdiccionales del Estado. Estos últimos, en efecto, tienen una carta de triunfo, decisiva a partir del desarrollo de la actividad estatal en la posguerra, a saber, la participación directa en el ejercicio del poder político, que la "alta" magistratura no posee en el mismo grado.

Esto da a los otros cuerpos una ventaja determinante en el control de las instancias, cada vez más numerosas, que concurren en el mantenimiento del orden social. Así, la multiplicación de las "comisiones", a menudo presididas por un miembro de una jurisdicción administrativa que tiene injerencia directa sobre lo que es de la incumbencia judicial, atestigua la declinación relativa de los jerarcas de la magistratura. Más en general, la posición de éstos se redujo en el campo de la clase dominante a causa del ascenso de otras profesiones, tal vez menos en el mismo sector público (aunque en él prevalecen en lo sucesivo las funciones del ámbito financiero) que en el privado, en especial en todo lo relacionado con la economía y la comunicación, universos tradicionalmente ajenos al de los jueces.

7. Cf. A. Boigeol, "La formation des magistrats: de l'apprentissage sur le tas à l'école professionnelle", en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 76-77, marzo de 1989, pp. 49-64.

En lo que se refiere a la "baja magistratura" (se habla de "jueces de base"), su "malestar" también obedece a la disminución de su poder en relación con los otros agentes que representan la autoridad pública (en particular, el prefecto y su administración). Pero se debe sobre todo a factores internos, ya se trate del deterioro de sus condiciones laborales (multiplicación y complejidad de los procedimientos, contenciosos cada vez menos "nobles", etcétera) o de los efectos del po-der jerárquico sobre agentes cuya posición social depende crecientemente del solo ejercicio de su actividad profesional.

Pero hay otra dimensión que, aunque se aluda a ella, casi siempre se suprime, salvo en períodos de crisis aguda: todo lo que corresponde a la redefinición del trabajo entre las profesiones y las luchas incesantes a las que éstas se entregan para mantener y extender su campo de acción, lo que no es ajeno a los malestares que pueden experimentar. En este aspecto, el universo de las profesiones judiciales también es ejemplar. En efecto, se pone en tela de juicio la preponderancia de la magistratura en su monopolio de la expresión del derecho. En principio lo hacen los otros actores del ámbito judicial, en especial la policía y en menor medida la gendarmería, que cuestionan la función de conducción de la investigación asignada al ministerio fiscal y los jueces de instrucción, y luego las otras profesiones jurídicas (los abogados, pero también los asesores legales, etcétera) y las múltiples instancias administrativas a las que, al margen de los tribunales administrativos y el Consejo de Estado, se les han reconocido facultades casi jurisdiccionales (aduanas, impuestos, etcétera).

Las más de las veces, este fenómeno se relaciona con el desarrollo de la actividad estatal, la complejidad de los contenciosos (necesidad de apelar a "expertos") y la multiplicación de los recursos a la justicia, que superan en lo sucesivo la capacidad de absorción de los tribunales judiciales. Pero estos diferentes actores no tendrían tantos efectos si las bases sociales de la supremacía de los magistrados no hubieran sufrido una conmoción. Si nos atenemos únicamente a la actividad penal, se observa que una parte creciente de los comisarios de policía y, en menor medida, de los oficiales de la gendarmería exhiben propiedades a la vez sociales, culturales y escolares, cercanas a las de los magistrados. Con ello, estas nuevas generaciones de fuerzas de la policía judicial tienen mejores armas que las anteriores para reclamar lo que constituye una de las facultades esenciales de la magistratura, la conducción de las investigaciones. A esta ofensiva, sobre todo policial, la mayoría de los magistrados oponen objeciones de principio que, si se tiene en cuenta su actividad efectivamente reducida en la materia, ocultan mal el fundamento social de su prerrogativa. Estas luchas de poder y por el poder pueden llegar a transformarse en conflictos abiertos en el que se revela su carácter de clase: a tal punto es cierto que el mantenimiento del orden público es siempre uno de los componentes del mantenimiento del mismo orden social.

Sin embargo, estas luchas se producen en todos los momentos y todos los niveles entre los diferentes cuerpos (especialmente entre la gendarmería y la policía), pero también dentro de cada uno de ellos (cf. por ejemplo, la "guerra de las policías"), lo que por otra parte no deja de fortalecer la posición de preeminencia de los magistrados. Han aparecido además otras escisiones. Si tomamos el caso de los comisarios de policía, su reconocimiento de la supremacía judicial varía de acuerdo con la manera en que llegan a esa función (haber ejercido o no algún cargo en la fuerza). Ahora bien, el modo de formación de los comisarios es una apuesta de luchas en el interior mismo de ese cuerpo, entre los "viejos", que defienden el aprendizaje sobre el terreno, y los "jóvenes", que reivindican la competencia educativa, es decir, su manera respectiva de haber llegado a ser lo que son. Tampoco estas diferencias dejan de tener fundamentos sociales. Las escisiones de clase ya no sólo coinciden con las divisiones funcionales del trabajo de mantenimiento del orden, sino que en

lo sucesivo atraviesan los diferentes cuerpos. De modo que en ese ámbito, lo mismo que en otros, especialmente el ejército, las luchas entre cuerpos y dentro de cada uno de ellos ya no pueden relacionarse de aquí en más exclusivamente con conflictos de clase, sino también con luchas en el interior de cada clase y, en el caso de los puestos más altos, más particularmente entre las diferentes fracciones de la clase dominante.*

Mujer y policía

Remi Lenoir

Agnès tiene 24 años. Es hija única. Acaba de egresar de la Escuela Superior de Inspectores de la Policía Nacional. Ingresó en ella por concurso, después de haber aprobado un bachillerato G,* sin mención. Es originaria de una pequeña ciudad del sudoeste. La conocí hace tres años, al iniciar una investigación sobre la reforma de la instrucción penal.

Si es difícil conseguir de los policías palabras un poco liberadas de las instrucciones de la jerarquía o de las consignas de las organizaciones sindicales, ello es menos la consecuencia de la pertenencia a un cuerpo, como ocurre con los gendarmes o los magistrados, que de una especie de *desconfianza* casi instituida hacia todo lo que es ajeno ("al servicio").

A diferencia de lo que ocurre en otras profesiones en que la reserva, el secreto, el anonimato, etcétera, también son atributos de la función, esta suerte de sospecha, trasmutada en virtud profesional –la "vigilancia"–, se ve fortalecida por la preocupación constante de rectificar a los ojos del "exterior" una representación despreciativa del cuerpo. Esta obsesión por la "mala imagen" de la policía se manifiesta de maneras diversas según las funciones y los grados: va desde la hipercorrección jurídica hasta la impecabilidad lingüística, pasando por la lavada jerga burocrática, en el caso de los superiores, y desde la incomodidad paralizante hasta un parloteo bravucón entre los subordinados.

Además, los profesionales del interrogatorio, siempre a la defensiva, tienen a la vez el proyecto y los medios de controlar la situación de encuesta, intentar influir sobre la definición de los problemas y usar todos los subterfugios corrientes: secreto, lugares comunes, superficiales connivencias y falsas confidencias, etcétera.

El problema es menos notorio entre quienes no están aún totalmente identificados con la función y la institución. Es lo que les sucede especialmente a las mujeres, que todavía hoy son poco numerosas y tanto más relegadas a tareas percibidas como "femeninas", cuanto que este universo masculino erige la "virilidad" y todo lo que se le asocia en virtudes profesionales. De allí, sin duda, la libertad del tono, la franqueza e incluso el humor a menudo desenfadado que se observa en estas mujeres que, al mismo tiempo que han interiorizado los "valores policiales", se ven menos constreñidas, cuando aceptan hacerlo, a hablar de manera convencional.

En lo que se refiere a Agnès, si puede hablar con tanta sinceridad y realismo es también porque encuentra en esta entrevista la oportunidad de expresar una rebelión a la vez irreprimible y confusa. Esta confusión obedece al hecho de que su indignación se manifiesta en tres registros, que en ella están indisolublemente mezclados: el de la mujer joven, en conflicto con sus padres y el tipo de vida que ellos representan; el de la mujer activa y dinámica, escanda-

*. El bachillerato G es el que corresponde a la orientación administrativa, una de las más devaluadas (n. del t.).

lizada por la rutina de la burocracia cotidiana, y el de la lucha social, aquí la que enfrenta a un cuadro principiante con los otros actores y los usuarios del servicio público con el que ella se identifica. Si en esta entrevista habla casi exclusivamente de sus condiciones de trabajo y su formación, es porque su vida personal se borra detrás de sus ocupaciones y preocupaciones profesionales, que le brindaron los medios de "zafar" y apartarse de todo lo que la "asfixiaba": sus padres, el liceo, su ciudad natal. Sólo el clima de su "pueblito" [*"bled"*] tiene todavía hoy atractivo a sus ojos.

Su físico, aparentemente frágil; su pelo castaño, corto y peinado a lo varón; su mirada viva, como al acecho, y, paradójicamente, su aspecto desenvuelto que acentúa esa especie de uniforme que usan ahora la mayoría de los jóvenes inspectores de policía —zapatillas, *jean*, chaqueta de cuero por encima de una sencilla chomba blanca–, manifiestan de inmediato la voluntad tenaz de ser "libre". Todo lo que puede despertar esa sensación de opresión –ya sea la "jerarquía" dentro de la comisaría del barrio parisiense a la que la destinaron cuando salió de la Escuela, o los inspectores "hastiados" que "desaniman" a los jóvenes al aconsejarles "no jugarse" porque el interrogado "va a negar todo"– le resulta "insoportable", término que emplea con frecuencia.

Su percepción de los "viejos" –el viejo comisario "que sólo está allí para hacer dinero", los viejos inspectores que son "vagos" y "cómodos"– corresponde a la que tiene de sus padres: el padre, controlador de "fraudes" (a la competencia y en los precios) y la madre, asistente en un hospital, "que ya no tienen nada que hacer con su trabajo, si es que algún día les interesó". A la inversa, su primo –también inspector de policía–, que la incitó a presentarse en el concurso mostrándole el ejemplo, encarna todo lo que "le gusta en la vida" y que cree poder encontrar en su nueva profesión: "la investigación" (es decir, la acción y la aventura), "los resultados" (en oposición al "papelerío" o los "vicios formales") y la rama de la policía judicial dedicada a las "estafas"; le disgusta especialmente la de "menores" ("eso me parece un horror"), sector donde se encuentra la mayor proporción de mujeres inspectoras y cuya función se aproxima más a lo que sus padres deseaban para ella. "A mis padres les habría encantado que fuera enfermera, asistente social o que trabajara en una guardería, algo así y, sobre todo, que me quedara en X."

No es por vocación que "fue a dar" a esa profesión, aun cuando, como lo afirma, "siempre quise dedicarme a la policía"; es por una *repulsión* fundamental por todo lo que está "asentado", es decir, todo lo que le recuerda a "los viejos", en particular a los suyos.

Provinciana, desarraigada, aislada, también la sublevan las múltiples trabas al funcionamiento de la institución, cuya fuente, según ella, se resume en el hecho de que "la gente no asume lo que hace". Y esto, ya se trate de la desfachatez de los delincuentes ("el tipo suelta la billetera y ya está, no fue él"), de la negligencia de las víctimas que no hacen la denuncia o la retiran ("tienen miedo de las represalias"), de la poca firmeza de los magistrados ("son blandos"), del cinismo de los abogados ("aunque su cliente se declare culpable, va a buscar a otro que tenga la culpa") e incluso de la apatía de algunos de sus colegas ("se dejan estar, beben"), etcétera.

Esta aversión hacia la ineficacia, cuyos principios enuncia –la extrema división del trabajo policial, el formalismo judicial, la ausencia de medios materiales, la indiferencia de quienes acuden a la justicia por la tarea de la policía–, está acompañada por una reacción de indignación contra todo lo que se opone a la finalidad de su administración ("¿Usted vino por el seguro o para recuperar su autorradio?"; "Por el seguro, por supuesto" [...] "¡Entonces, ni siquiera vale la pena que existamos!") y, más en general, contra todo lo que usurpa la actividad policial ("Así que los falsos policías, no sé cómo hacen, pero con una credencial azul, blanca y roja entran

como quieren. ¡Nosotros no entramos!").*

Así, en el fundamento de su rebelión, además del rechazo de su medio de origen, podemos encontrar los principios de su adhesión a un modo de gestión eficaz de mantenimiento del orden, lo que expresa a su manera, brusca y directa: "Saber [...] si trabajamos para algo o para nada". Ya no se trata sólo de denunciar lo que se emparienta directamente con el universo social de su infancia en lo que éste tiene de oprimente y despreciado ("No soporto que alguien venga a hacer una denuncia y tres días después la retire") y de pequeño ("No somos más que una pequeña comisaría de barrio, sólo nos dedicamos a la delincuencia menor"), etcétera. Lo que la "horripila" son todos los obstáculos que caracterizan la burocracia policial: ausencia de coordinación entre los servicios ("Algunas veces, el informe hay que esperarlo tres horas", "Se pierde un tiempo considerable"), el hastío desengañado de los viejos ("No vale la pena. ¿Qué va a hacer? Déjelo así", "Están hartos"). Ahora bien, no hay duda de que esta vacuidad e inercia de la administración policial, que tienen el efecto de refrenar la energía que le permitió salir de su medio, están en el origen de su lucidez irónica y teñida de amargura: tan cierto es que quienes logran llegar a un "lugar" improbable sólo lo hacen al precio de una aguda observación del funcionamiento del organismo en que trabajan y de las relaciones sociales a las que da cabida.

Ella no tiene palabras lo suficientemente duras para denunciar, en particular, a los comisarios, sus jefes ("El comisario está para cobrar plata") o a los comerciantes que no se apresuran a presentar una denuncia y sólo se preocupan por el valor de los objetos robados ("Siempre el valor, y nosotros con el valor no tenemos nada que hacer"). Esa relación desinteresada y neutra con el dinero es la cara apenas oculta del desprecio que siente por quienes la desprecian, y no sólo a ella sino también a sus camaradas (esos cuadros medios de la policía que son los inspectores), y que no hace más que mencionar: abogados, magistrados, jerarcas de la policía o víctimas desenvueltas cuya conducta estigmatiza, proclamando de esa manera que ella no está de su lado. Y, a la inversa, no dejará de defender a esos "pobres delincuentes": el que salió de la cárcel sin trabajo y que, por no poder encontrar uno, regresará a ella; la "pobre chica" con respecto a la que "una sentía que era la droga o la calle", y el adolescente que "se había dejado arrastrar por unos patoteros".

Esas desilusiones furiosas ("Le rompió la cabeza verlos trasladados") se experimentan tanto más intensamente cuanto que son algo así como la contrapartida obligada y dolorosa de la adhesión total a la institución a la que tiene la impresión de deber su cambio de trayectoria social. Pero ese desencanto bien fundado, lejos de provocar algún distanciamiento con respecto a lo que hace, no cuestiona sin embargo "el interés" que pone en su ocupación ("Es interesante", "Lo que me encanta es investigar las estafas"), aun cuando a veces lo hagan vacilar ciertas experiencias decepcionantes ("Llenamos el papelerío, hacemos procedimientos y luego lo archivan: nada de diligencias judiciales"). Y si cree que en algunos casos "no hay soluciones", eso no le quita, empero, la *idea fija* de que puede haber *"resultados"*.

En muchos aspectos, las palabras de Agnès coinciden con las secuencias de la película de Bertrand Tavernier, *L.627*. En ellas encontramos la cotidianidad del "oficio de policía": esa tensión, por un lado, entre la dimensión deportiva, el gusto por el riesgo y lo que lo acompaña, la camaradería entre miembros de un equipo, enfrentados a los mismos peligros y los mismos obstáculos, y, por el otro, la rutina y la inanidad de la burocracia administrativa. Pero los mecanismos que constituyen la fuerza de esas dos representaciones de la actividad policial son diferentes. La película, sin duda porque hay que obedecer a las convenciones del género, se

*. Credencial de la policía, que tiene como fondo los colores de la bandera francesa (n. del t.).

inclina a estilizar las situaciones o los personajes, al extremo de que por momentos éstos se codean con los estereotipos de los filmes policiales.

A lo largo de toda esta interacción efímera y única, Agnès pasó sin cesar de la indignación ante todo lo que ponía en cuestión su "trabajo" a la afirmación de todo lo que invertía en él (en especial, librarse de su condición de mujer salida de la pequeña burguesía de provincia). De allí se deduce, tal vez, la ironía que marca sus palabras, frecuente en quienes se toman en serio sus funciones al mismo tiempo que las ven tan poco consideradas o tan mal asumidas. No hay duda de que la manera sarcástica de presentar, en forma de diálogos y farsas, los problemas con que se encuentra y el sufrimiento que generan se origina en la toma de conciencia de los aspectos más irrisorios del ejercicio de sus funciones, aquellas a las cuales, es cierto, ella no parece conceder la mayor importancia, vale decir, aquellas con las que no *se identifica* ("Todas esas cosas que hacemos y que hay que poner por escrito"): "Todos los que conozco, los colegas que tienen un año más que yo, dicen: 'Me angustia y aterra la idea de que voy a ser oficial de la policía judicial (OPJ)'".[1] En síntesis, su sueño y su pesadilla.

1. Se trata de un título que autoriza a ciertas categorías de inspectores y comisarios de policía a investigar y comprobar las infracciones (allanamientos, etcétera) y a entregar a sus autores a la justicia (firma de detenciones por averiguación de antecedentes, excepción de los exhortos, etcétera).

Con una joven inspectora de policía

Entrevista de Remi Lenoir

"A los jóvenes que llegan [...] los desaniman desde el primer año"

AGNÈS: En las comisarías de barrio[1] hay, en principio, un problema de tiempo y de medios, porque cuando tenemos una denuncia, por ejemplo el robo de un escaparate, nos llevan al tipo, tomamos la denuncia y hay que esperar el informe del agente del orden público. Él hace un informe que pone al individuo a nuestra disposición. A veces, ese informe lo esperamos tres horas, porque el agente tiene que volver a salir y escribirlo a máquina... Si es el robo en el escaparate de un negocio, el comerciante no va a venir en seguida: "Está trabajando, no es lo único que tiene para hacer", etcétera. Presentará la denuncia después, pero nosotros la necesitamos definitivamente, porque no hay duda de que al buen señor lo van a trasladar. Así que por eso tenemos que esperar que el comerciante venga, y cuando viene, ¡son las siete menos cinco!

—¿Y ustedes lo retienen en la comisaría?

AGNÈS: Lo retenemos. Mientras no haya una denuncia, esperamos la del comerciante. Después, una vez que la recibimos, al señor lo trasladan. Debe presentarse, por ejemplo, a las seis ante el juez. Son las cuatro. Llamamos un auto para ir al depósito.* A las seis menos cinco el auto todavía no apareció porque tiene un problema, etcétera. Siempre es así. Se pierde mucho tiempo.

—¿Qué pasa cuando al tipo lo pescan con las manos en la masa y pueden someterlo a proceso por flagrante delito?

AGNÈS: *En general, lo trasladan cuando el monto es* bastante importante, cuando se resistió o cuando hirió a alguien. Cuando es una suma pequeña, puede ser que quede asentado en el libro de registro –en ese caso no se lo procesa, pero lo fichamos nosotros– o que haya un comparendo, quiere decir que llamamos por teléfono al fiscal para que nos dé una cita. Pero para eso hay que estar seguro del domicilio, así que hay que hacer una verificación del domicilio a diestro y siniestro. Eso también lleva tiempo... El gran problema con los robos de escaparates son los extranjeros en situación irregular. No nos encargamos nosotros sino la octava sección de los RG.** Pero si es asunto de la judicial, debe pasar a la comisaría: así que hay que hacerle un pase a ella; supongo que es para las estadísticas. Así que... con un informe de la Seguridad Pública. [*La Seguridad Pública reúne al conjunto de las policías urbanas; esencialmente, entonces, a los policías uniformados de las comisarías.*] Nos llenan de hojas con casos, "presentado tal día a tal hora ante tal OPJ, el señor no tiene documentos, se solicita el pase a la identidad judicial". Ahí tiene, no se pone más que eso; después, el asunto quedará a cargo de los RG. Entonces es más o menos la misma cosa que para conseguir un auto. Los RG toman a las personas en situación irregular hasta las 17. Si al hombre lo interceptaron antes de esa hora, corresponde a los RG; si es después, del asunto nos encargamos nosotros. La otra vez agarramos a un tipo a las tres y media y se lo

1. Las comisarías de barrio dependen de la policía judicial; es en ellas donde están los policías de civil encargados de hacer investigaciones y atender al público que concurre a presentar denuncias, hacer declaraciones, etcétera. Para las definiciones de las funciones y los usos de las instituciones policiales, nos remitimos al glosario de la obra de M. Jeanjean, *Un ethnologue chez les policiers*, París, Metaillié, 1990.

*. Denominación que se da a las celdas donde se aloja provisionalmente a los detenidos a la espera de que declaren ante el juez (n. del t.).

**. *Renseignements généraux*, Informaciones Generales (firma de detenciones por averiguación de antecedentes, excepción de los exhortos, etcétera) (n. del t.).

llevaron a la seis y media. Nosotros podemos tenerlo cuatro horas, sin averiguación de antecedentes, por un control de identidad, y a las seis y media lo llevaron a los RG. Era demasiado tarde...

—Entonces, ¿qué es lo que hacen en esos casos?

AGNÈS: Ahí, pese a todo lo mandaron a los RG y los RG no lo quisieron porque cuando llegaron eran las siete. Así que volvió a la comisaría; pero a la noche la comisaría está cerrada. Entonces los envían a la quinta DPJ.* Es todo el tiempo así. ¡En vez de ir directamente a los RG! Es una pérdida de tiempo increíble.

—¿Y eso a qué se debe?

AGNÈS: Es por las estadísticas, es un asunto judicial, mientras que los RG no hacen ningún tipo de procedimiento, ¡por eso es que tienen que volver! Los RG se encargan de los extranjeros porque, según dicen, son una fuente de informaciones. Si pueden conseguir informaciones así, bueno, eso me supera, verdaderamente es... absurdo. Los otros problemas son con los denunciantes. Vienen y dicen que les robaron el auto. Tomamos los datos, recuperamos el auto, el televisor, y no están contentos: "El seguro no va a pagar".

—¡Y se quejan de que recuperen sus cosas!

No soporto que alguien venga a presentar una denuncia y tres días después la retire

AGNÈS: Casi: "Ya está, señora, hemos recuperado su auto. ¿Puede pasar en seguida?". A la noche pescamos por ejemplo a un "ratero de autos" [*"roulottier"*] —alguien que rompe la ventanilla de un auto y roba una autorradio– en flagrante delito. En principio, eso sucede durante el fin de semana. Pasa la noche en la estación de policía, bajo vigilancia. Al día siguiente a la mañana hay que comunicarse con la víctima. Entonces nos ponemos en contacto con ella: "Señora, hemos atrapado al ladrón que le rompió la ventanilla, tiene que venir a la comisaría a presentar la denuncia". Ya ahí, si los llamamos a las nueve de la mañana, vienen a las dos de la tarde porque es domingo (los días de semana es igual, porque trabajan). A continuación le devolvemos la autorradio: "¿Entonces, señora, va a presentar la denuncia?". "Ah no, no hago ninguna denuncia, ya tengo mi autorradio. Con eso me basta, entiende, no quiero tener molestias con la justicia y todo eso." Es lo mismo con los descuidistas, o sea, los carteristas. ¡Lo atrapamos en el momento justo, la señora lo ve, recupera la cartera pero no quiere hacer la denuncia! Es una chifladura, porque cuando recuperamos las cosas robadas, muchas veces no tienen el nombre del propietario. Así que durante un allanamiento, por ejemplo, encontramos autorradios. Cargamos la marca, el modelo y el número de serie en la computadora y no sale "Perteneciente al señor Fulano", sino "No declarado", "No declarado", "No declarado". ¡La gente no asume su responsabilidad!

—¿Por qué no quieren hacer las denuncias? ¿Tienen miedo?

AGNÈS: Tienen miedo de las represalias, "Va a saber mi nombre, mi dirección". Pero el ladrón no tiene nada que hacer con eso. Si lo atrapan, lo atrapan; para él, eso es todo.

—¿Y para ustedes es un problema el hecho de que no hagan la denuncia?

AGNÈS: No tanto, porque el fiscal tiene la libertad de formular una acusación desde el momento en que conoce los hechos.

—¿Y ustedes le telefonean habitualmente?

AGNÈS: No, lo hacen los OPJ cuando hay alguien en averiguación de antecedentes por flagrante delito. Aun en el caso de un menor se telefonea al fiscal para saber si hay que trasladarlo o soltarlo... A mí, personalmente, eso me horripila. Para las lesiones, es igual entre los cónyuges: "Denuncio que mi marido me pegó hace ocho días". Se le toma la denuncia porque insiste. Estoy segura de que tres días después, cuando ya citamos al marido, la señora viene a retirarla porque no quieren divorciarse: hay hijos y todo eso... Así que, vea, todo el tiempo es igual, llenamos el papelerío, hacemos procedimientos y luego se archiva: ¡nada de diligencias judiciales, ni siquiera para las lesiones!

—¿Y en ese caso el fiscal no puede acusar?

AGNÈS: Para lesiones entre marido y mujer no creo que haga una acusación; puede hacerlo si es muy, muy grave, pero en general no es nada en absoluto. Acusa, es cierto, pero los delitos flagrantes, los robos en vehículos, cosas así, en general no.

Llenamos papelerío, eso es todo

—¿Lo hace sistemáticamente?

AGNÈS: Sí, sí, traslado y comparendo; pero en un robo de escaparate, doscientos francos, no acusa. Creo que son quinientos francos. Son los comerciantes los que,

*. *Direction de la police judiciaire*, antigua brigada territorial (n. del t.).

pese a todo, no quieren presentar absolutamente ninguna denuncia, aunque sepamos muy bien que eso se archivará sin consecuencias. Nosotros, generalmente, lo asentamos en el libro de registro, salvo si hubo rebelión o si robaron cuarenta francos e hirieron a alguien; ahí se toma la denuncia. ¡Pero eso, en general, también lo archivan! Es lo mismo para los cheques sin fondos, 150, doscientos francos; queda archivado y por más que tomemos la denuncia... ¡Está archivado! Hay demasiadas cosas...

—En definitiva, como policía, usted tiene el mismo trabajo, cualquiera que sea la gravedad de los hechos, da lo mismo que se trate del robo de una cartera o un cheque de dos millones de francos...

AGNÈS: Normalmente, en las leyes, está escrito. Pero en la realidad no. En los robos con destrozos, cuando es una simple verificación, en la identidad judicial no tienen personal suficiente, son cuatro para todo París o algo así; de modo que en los robos con destrozos las verificaciones las hacemos nosotros mismos. Sólo llamamos a la identidad judicial cuando el monto es bastante alto, o sea, más de cien mil francos; pero ahí también podemos ir a hacer una verificación, si hay una hermosa huella digital en la vidriera, y aunque no haya casi nada, vamos...

—Hay que saber de antemano que hay una huella digital...

AGNÈS: Es el denunciante el que nos dice: "Hay una huella digital". Vamos a ver, pero lo que pasa es que la huella sólo es buena en ciertas superficies y cuando está bien apoyada. En general están insinuadas... Por ejemplo, hay un robo de quinientos mil francos, vamos a hacer intervenir a la identidad judicial debido al monto. Nos damos cuenta muy bien de que no hay ninguna huella o la que hay está apenas insinuada y no sirve, pero sin embargo hay que llamarlos para cubrirse. En un pequeño robo, tal vez haya una hermosa huella: pero los de la identidad sólo se mueven por más de cien mil francos o cuando hay algo un poco turbio... [...] Eso es. En un robo con destrozos hay que agarrar las pinzas, etcétera. Entonces hay que ponerlas en sobres sellados... Pero en los archivos de los tribunales tienen cientos, miles de pinzas. Está bien, pero no sirve de nada. ¡De hecho, lo que se hace es papeleo, eso es todo!

—¿Llenan mucho papelerío?

AGNÈS: Sí, hay muchos papeles, cada vez más. Todo lo que se hace hay que ponerlo por escrito: "Ese día me trasladé, fui a lo de Fulano. Hemos recibido contactos telefónicos", ¡todo, todo, todo!

—Los papeles son necesarios para el seguro, ¿no?

AGNÈS: Además eso, el seguro... Las víctimas no vienen a la policía para declarar el robo sino para llenar un papel para el seguro, porque tienen más confianza en el seguro que en la policía.

—¿El seguro exige un papel de la policía?

AGNÈS: Sí, el seguro exige un papel de la policía. Entonces las víctimas vienen y les preguntamos: "¿Qué le robaron?" "Un televisor." "¿De qué marca?" "No sé, pero tengo los papeles. Vea, en principio es un televisor de tres mil francos" (siempre el valor; nosotros, con el valor, no tenemos nada que hacer). "¿Qué marca?" "No sé, pero tengo las facturas que debo mandarle al seguro." Al seguro le van a decir qué modelo y qué serie. A ellos les van a decir todo, mientras que a la policía no. Hace poco recibí una lista de un robo en una tienda. Le dije a la señora: "Haga la lista de todo lo que le robaron; tantos suéteres de tal color, de tal marca, sí, sí, sí". Recibo la lista, y está hecha con referencias: "Artículo 8526; cantidad: 2; valor: tanto". ¡Así que, con eso, vaya a buscar! Ahora tengo la solución: sólo tomo la denuncia del robo con destrozos si tengo las facturas o todas las referencias. Trabajamos para las compañías de seguros [...].

Las víctimas tienen más confianza en el seguro que en la policía. [...] Entonces, ni siquiera vale la pena que existamos

—Porque la gente no hace la declaración...

AGNÈS: A veces sí, pero le dirán: "Me robaron una autorradio marca Philips". Pero no van a poner ni el modelo ni el número de serie... Entonces, después es un lío. Mandamos un telegrama: "Durante un allanamiento se encontró esto; se ruega informar si se presentó denuncia de robo". Entonces hay que esperar que pase a la averiguación de antecedentes para ver. La gente no piensa en eso, es una chifladura; entonces que sí se acuerden para el seguro, no puedo entenderlo. Muchas veces les digo: "¿Vino por el seguro o para recuperar su autorradio?". Y me contestan que por el seguro, naturalmente. Si la recuperamos no se ponen contentos. Entonces ni siquiera vale la pena que existamos: "Sabe, el seguro me pagó, no tengo tiempo, era demasiado viejo", etcétera.

—¿La gente no cree que van a recuperar sus cosas?

AGNÈS: No, están convencidos de que no vamos a encontrarlas, y nosotros también nos damos cuenta de que sólo podemos recuperarlas en flagrante delito de

robo con destrozos. La verdad es que con la investigación es raro, porque no tenemos ningún elemento y porque cuando uno hace la pesquisa entre los vecinos y dice "policía", nadie abre: "En mi casa no hay ningún cadáver". Mientras que los falsos policías no sé cómo hacen, pero con una credencial azul, blanca y roja entran como quieren. Nosotros no: "No vi nada, no estaba allí". Y aunque hayan visto, dicen: "No quiero ir, yo trabajo, como si no tuviera otras cosas que hacer", "no quiero que aparezca mi nombre", etcétera. Nadie vio ni oyó nada. A la inversa, está también el caso en que el denunciante tiene sospechas de todo el mundo. Ahí, entonces, uno trata de que entre en razones –"Si no es cierto, eso se va a volver contra usted"–, porque en general sabemos si las sospechas tienen fundamento o si realmente...

—¿Usted lo sabe?

AGNÈS: Sí, además captamos a la persona que está enfrente. Vemos un poco, no sé...

—¿Es el oficio el que les da...?

AGNÈS: Si la persona nos dice eso, si tiene fundamentos, lo advertimos; si no, si es porque el vecino estaba ahí a tal hora, hizo esto, hizo aquello. Hay que ver. Miramos un poco.

—¿Y sus relaciones con las autoridades judiciales?

AGNÈS: Depende, hay algunas que son muy represivas, hay otras a las que se llama "de extrema izquierda", todo eso, y son blandas –"los pobrecitos, todo eso, no es culpa de ellos"–, así que depende de las autoridades.

—¿La blandura de los magistrados la irrita?

AGNÈS: Sí, porque para las raterías, por ejemplo, tomamos tantas denuncias y además, cuando uno pesca en flagrante delito al ratero, es tan complicado atraparlo; a un carterista también, porque una vez que suelta la billetera, ya está, no es él, y cuando usted tiene uno y oye: "Convocado a comparecer o liberado", porque no hay pruebas suficientes, cuando en realidad se sabe que tiene un prontuario así. Pero a falta de pruebas...

—¿Falta de pruebas?

AGNÈS: En esos casos, "es la palabra del policía contra la del malhechor". El policía dirá: "Lo vi tomar la...". Y él dirá: "No, no, no tenía nada encima [*la cartera*], estaba en el suelo, la encontré y la recogí", etcétera. Entonces están los que creen en el malhechor, bueno, es así, y otros que no. En ese caso se traslada al señor acusado, pero una vez trasladado no nos enteramos de las penas, no sabemos qué pasa con él.

—No lo siguen...

AGNÈS: Tenemos un número de teléfono. Algunas veces, después de un lindo asunto, nos gustaría saber cuánto le tocó. Entonces, en esos casos, llamamos por teléfono para enterarnos y nos dicen que le dieron tres meses, o nada en absoluto, o una multa que ni siquiera podrá pagar.

—¿A usted le interesa hacer el seguimiento?

AGNÈS: Sí, saber en qué terminaron, si uno trabajó por algo o para nada. Sí.

—Porque tiene la impresión de haber trabajado para nada si al tipo lo...

AGNÈS: Si lo sueltan: uno pese a todo hizo audiencias, se acostó a las nueve de la noche, etcétera, y eso resulta en que "Pobrecito, era la primera vez". También hay ocasiones en que es al revés. Me pasó tres veces, verdaderamente me rompió la cabeza ver trasladar a esa gente. Pese a todo, me daba cuenta de que realmente era un delincuente, pero un *pobre delincuente*; lo había hecho, pero en realidad no tenía otra opción. ¡Yo, trasladarlo por eso, no!

Para desesperarse

—¿Qué habían hecho?

AGNÈS: Había uno que era un ratero de autos, no hacía más que eso. Ya había estado seis veces en la cárcel y había salido. Todavía no encontraba trabajo, nada de nada. Así que había vuelto a hundirse. Entonces me dijo: "No quiero volver a la cárcel, no sé qué voy a hacer si vuelvo. Después de salir viví tres semanas con lo que había ganado allá, porque trabajaba, pero después no encontré trabajo y tuve que...". Y dado que ya había estado seis veces en la cárcel, desde luego lo trasladaron, no podía escapar a eso, era la séptima vez. En otra oportunidad era una pareja, un tipo joven, una madre y además un chico de veinte meses. Los padres habían robado un bolso con tarjeta de crédito y chequera y se fueron a comprar joyas, lapiceras Cartier. El hombre estaba bien vestido, y la mujer, uno se daba cuenta de que era una pobre chica. Hicieron eso, eran muy corteses, reconocían los hechos y, bueno, a él lo trasladaron; a ella no, por el bebé. Sentíamos que era la primera vez y sabíamos que para ella era la droga o la calle, si seguía viviendo con ese hombre. Era así: estaba desocupada y todo eso... Él era raro, bien vestido, de buena familia. En la billetera tenía fotos de su departamento, era pequeño-burgués. No sé por qué hacía eso. Ya había estado en la cárcel, y la cosa me hacía pensar un poco en *Bonnie and Clyde*. ¡Para desesperarse!

El tercero era un robo con destrozos que pudimos esclarecer luego de una investigación. Era un adolescente, debía de tener unos 17 o 18 años. Se había dejado arrastrar por unos patoteros, no sé, y en realidad no tenía mentalidad de delincuente. Sin embargo estuvo en la cárcel: en prisión preventiva. Estoy segura de que después de eso no volverá a robar nunca más, es evidente. Hay otros delincuentes que no hacen más que eso y nos provocan porque saben que no tenemos pruebas, cosas así. Conocen los procedimientos...

—Sí. ¿Qué solución le vería a todo esto...?

AGNÈS: Para los primeros, si se les diera trabajo, la cosa se terminaría.

—¿Y para los otros?

AGNÈS: Los otros no trabajarán nunca. Son vagos. Prefieren hacer quinientos francos en cinco minutos que trabajar tres meses. De eso uno se da cuenta en seguida, los delincuentes, los habituales. Aunque siempre puedan trabajar, siempre robarán. Los vemos, los atrapamos: ya tienen un empleo, son camareros o algo así, y bien, todavía andan en eso... Ya estuvieron en la cárcel, conocen todo. No hay solución. Quizá puedan arreglarse –hablo de los delincuentes que tienen de 18 a 25 años, que roban *scooters*, etcétera–; a lo mejor, cuando sean más viejos, van a poder arreglarse; también puede ser que el castigo no sea suficiente. Por el robo de un *scooter*, una bicicleta, le aplican una multa y le dicen: "Cuidado, porque la próxima vez vas a la cárcel". Vuelven a empezar, pero no siempre van a la cárcel porque ahí les van a dar tres meses en suspenso; la cárcel, en realidad, viene después de no sé cuántas veces. Casi nunca les toca.

—¿Usted cree?

AGNÈS: Para ese tipo de delincuencia –raterías, pequeña delincuencia– me parece que sí, dado que las prisiones están atestadas, y todo eso. Siempre es la multa o la sentencia en suspenso. Creo que si uno los agarra desde la primera vez y les mete un buen miedo, la cosa tal vez funcione, al menos en algunos casos: "Cuidado, por un robo de escaparate la primera vez, bueno, pero cuidado, la próxima es la cárcel". A algunos, a los que no están acostumbrados, eso les da miedo; al hijo del ingeniero que lo hizo no sé por qué. Pero para el muchacho que está todo el tiempo con pandilleros por la zona de allá, no hay nada que hacer: hay que ser represivo. Cuando sale de la cárcel no tiene ningún trabajo y, más aún, como estuvo en ella, va a volver a empezar. El trabajo de interés general no sirve para nada. Yo lo vi, es muy lindo, pero no hay lugar; por ejemplo, hay mil personas que quieren hacer un trabajo de interés general (TIG), pero no hay mil plazas, ¡y además, para lo que les hacen hacer...!

—¿Y las relaciones con la justicia?

AGNÈS: Eso se da en el marco de las CR:[2] ¿se deben hacer allanamientos para buscar las pistolas o cosas así, o no hay que hacerlos? En principio, eso corresponde que lo decida el juez. Lo llamamos por teléfono y nos dice: "Bueno, continúen con la audiencia donde me lo hacen comparecer". Ahí lo procesarán, pero de la CR no puedo hablarle tanto porque ya no me acuerdo de lo que hicimos en el curso y nosotros no nos encargamos para nada de eso. Es cosa de los OPJ.

Siempre tenemos miedo de olvidarnos de algo

—¿Y qué opina de los fallos de la justicia?

AGNÈS: Un juicio fallido a causa del procedimiento penal porque se olvidó algo, un vicio formal, algo de esa clase: usted escribe una palabra en la máquina y después pone otra en el margen, o al final de la oración... ¡y entonces, todo un procedimiento malogrado por eso! Se cometen pequeñas tonterías así, porque no se hizo lo que correspondía... A mí me parece que eso no tendría que existir; debería haber un procedimiento, pero no tan severo. El abogado, cuando su cliente se declara culpable, todavía va a buscar de quién es la culpa, y eso es verdaderamente inaceptable.

—¿Qué pasa cuando uno llega a ser OPJ?

AGNÈS: Le diré: ya un año antes uno empieza a sentir miedo y angustia. Todos los que conozco, los colegas que tienen un año más que yo, dicen: "Me angustia y aterra la idea de que voy a ser OPJ", ya que tienen la impresión de no conocer todo; hay tantas cosas que saber. Es increíble, siempre tenemos miedo de olvidarnos de algo, porque hay tantas cosas que hacer al mismo tiempo, tenemos miedo de olvidar alguna pavada o de no saber qué hacer cuando se presente la ocasión, hay mucha gente que tiene miedo...

—Sí, porque es una de las responsabilidades...

AGNÈS: Las responsabilidades son enormes, enormes, y la cosa recae sobre uno.

2. Una comisión rogatoria (CR) [o exhorto] es una autorización argumentada librada por el juez de instrucción para llevar a cabo una serie de acciones que se inscriben en una investigación judicial.

—¿Y cómo se prepara?

AGNÈS: Yo nunca había estudiado derecho, pero el Código Penal es interesante; nunca había estudiado derecho laboral, nada en absoluto... Es interesante. En la escuela nos enseñan todo eso desde el punto de vista teórico. Por ejemplo, la policía administrativa. Si no lo practicamos, nos lo olvidamos. En París hay pasantías para la policía, y lo de la administrativa se aprende quedándose una semana en la ventanilla, los objetos perdidos, los extravíos de cédulas de identidad, y después ya no es la ventanilla, son las tenencias de armas, las demandas de adopción... Eso casi no lo hice; ¿qué papel hace falta?, ¿qué hay que hacer?, etcétera. Se aprende sobre el terreno, buscando en los archivos "Tenencia de armas" y copiando. Y las contravenciones... La comisaría es la base, si uno quiere ser inspector hay que pasar por ella porque es donde se aprende todo y después de dos o tres años uno asciende.

—¿Se puede ascender?

AGNÈS: Ascender dentro de París es muy fácil; después, para ir a las provincias, es otra cosa.

—¿Es más difícil?

AGNÈS: Ah, sí, hacen falta 15 años.

—¿Ah sí?

AGNÈS: Es sencillo, durante los concursos de inspectores hay a lo mejor un diez por ciento de parisienses y el resto es de la provincia, y no tienen ganas de ir a trabajar a París; prefieren su pueblito a las comisarías de París. Aquí los inspectores son muy jóvenes: 26 años, algo así. Cuanto más al sur va, más viejos son. En mi región tienen 40, 55 años.

—¿Le gustaría volver a su terruño?

AGNÈS: Me gustaría desde el punto de vista del clima, etcétera; pero desde el punto de vista del entendimiento con los viejos inspectores, no. La antigüedad la tolero bien, me gustaría, pero las mentalidades, no.

—¿Por qué?

AGNÈS: Quiero decir que están hastiados, conocen las cosas; "No, no vale la pena hacer eso, no va a haber acusación". Se dejan estar; beben. Bueno, ahora los jóvenes cada vez menos, está desapareciendo. Van a pasar algunos años todavía, pero empieza a desaparecer. Eso es, están hastiados, "Ni siquiera vale la pena ir, va a negar todo". Tienen su puesto, los nombraron en él y van a quedarse hasta la jubilación, son cómodos. Aquí tenemos uno. Hace 14 años que está y casi nunca se lo vio ir a un allanamiento o lo que sea. Entonces los jóvenes que llegan quieren hacer allanamientos y todo eso, y desde el primer año los desaniman, "No vale la pena, ¿qué va a hacer?, déjelo como está". Están hastiados.

—¿Y la policía judicial es más interesante?

AGNÈS: Ahí es más interesante, el trabajo es más interesante, es como se los ve en televisión... No en la televisión, es la investigación, mientras que aquí nosotros tomamos denuncias. Aquí tenemos uno por estafa con cheques gordos, teníamos un exhorto. Pero no era práctico porque había que ir a una audiencia en Madrid o Alemania. Así que no nos tocará a nosotros, será cosa de un gabinete especializado. Por eso en las comisarías, en París, los exhortos son bastante raros, son muy precisos, únicamente para escuchar a alguien que está en el barrio. Para proseguir la investigación o algo así, porque en principio, los exhortos son cuanto menos para hechos bastante graves. No para un chequecito sin fondos. La cosa va más arriba, sea la DPJ, que se va a encargar, sea la Brigada de Represión del Bandidismo (BRB), sea un gabinete de delegación (todavía no vi ninguno). Desde el momento en que hay elementos para una investigación, la cosa va más arriba.

—¿Pasa en seguida a un servicio especializado?

AGNÈS: Los robos con destrozos de más de cien mil francos pasan a los OPJ, porque ellos tienen más tiempo para tratar el asunto, además de los medios. Eso se explica porque en París hay más delincuencia y hechos un poco más duros: asesinatos, cosas así. Hay más en París que en un departamento, no sé; en el Tarn, debe de haber un asesinato muy de tanto en tanto, no sé; están menos acostumbrados...

—En París, Lyon, Marsella es donde, de todas maneras, hay servicios especializados y hasta jueces especializados...

AGNÈS: Séptima sección, octava sección, duodécima sección...

—¿Y a usted le gustaría ir a servicios como ésos?

AGNÈS: Me gustaría mucho. Lo que me encanta son las estafas, tarjetas de crédito, eurocheques, todo lo que es falsificación, así que es el quinto gabinete en París, y más adelante... la Dirección de la Policía Judicial (PJ), en París.

Yo prefiero la investigación

—¿Por qué le interesa eso?

AGNÈS: No sé, porque si usted quiere la investigación... hay más investigación y más éxito: en un robo con destrozos, si nadie vio ni oyó nada, nunca encon-

trará a los tipos, salvo alguna vez, en un allanamiento, una vez de cuando en cuando. Mientras que en la estafa con las tarjetas de crédito, es el comerciante el que le describe a la persona, la gente compara si no es el propietario de la tarjeta o algún otro, y después, algún día, basta con que use la tarjeta de crédito para la nafta y que el hombre anote el número de la patente... hay más investigación.

—¿Y más resultados?

AGNÈS: Los cheques falsificados o robados se encuentran más, hay más resultados, a mí me gusta mucho la investigación, llevarla adelante. Hay otros servicios de policía donde hay sólo la interpelación... yo prefiero la investigación.

—¿Entre sus colegas hay mujeres que se interesen por la policía judicial, por otras formas de policía judicial?

AGNÈS: Sí, parece que sí, ahora hay mujeres en las comisarías. Pero son pocas; en una promoción son la cuarta parte de los inspectores. Se las ve en las comisarías y después ascienden, como todo el mundo. Seguro que en la BRB o en un servicio en que hay que ir a interceptar a un tipo, hay que ser realmente forzudo y las mujeres son menos, pero las hay... seguro que las hay... Si no, donde se ven muchas es en los menores; creo que actualmente hay un 50% de mujeres y 50% de hombres. A mí ese sector me parece un horror. En París la gente no se sorprende de que haya una mujer inspectora, pero cuando voy a la provincia...

—¿No lo creen?

AGNÈS: Porque no hace mucho, hará cuánto, diez, 12 años, creo; entonces si usted quiere las mujeres que salieron de la escuela en 1979 siguen estando en París. Hay muy pocas que bajaron a la provincia, es por eso.

—Estábamos en los menores. ¿Hay especies de ramas reservadas a las mujeres?

AGNÈS: Sí, al principio las inspectoras mujeres eran para meterlas en la brigada de la minoridad; poco a poco se abrieron a los otros servicios. Es lo que veo en esa comisaría, somos jóvenes y quizá por eso nos aceptan más; no puedo decirle en los otros servicios... Seguro que cuando hay un allanamiento no van a elegir a una chica.

—Eso depende, ¿no?

AGNÈS: Si saben que el tipo es peligroso, no van a llevar una chica.

—¿Pero la protegerán?

AGNÈS: Sí. Un día yo estaba en la comisaría y oímos que en la calle, al lado, gritaban: "Al ladrón, al ladrón". Me adelanté a todo el mundo y me fui detrás del ladrón; tenía a dos colegas atrás que corrían, intercepté al fulano y me dijeron: "Corríamos rápido pero tratábamos de ir todavía más rápido porque teníamos miedo por ti". A mí ni siquiera se me había ocurrido que él [*el ladrón*] pudiera tener un cuchillo o una granada de gas lacrimógeno, salí corriendo así no más. "Teníamos miedo, entonces corrimos más rápido."

En general, el comisario hace eso para cobrar plata

—¿Qué relaciones tiene con los OPJ? ¿Están aparte?

AGNÈS: En la comisaría no. Si usted quiere, hay una jerarquía; están el comisario, los inspectores y los investigadores. Y están los OPJ. Aquí es "el señor comisario" y usted; mientras que con los OPJ es otra cosa. Es la verdadera policía, la que a mí me gusta en todos los casos.

—¿Y el comisario qué hace?

AGNÈS: Firma.

—No parece hacer gran cosa.

AGNÈS: El manejo de la comisaría... En general, los comisarios –y no es un reproche– están ahí para hacer dinero, para hacer sus incautaciones, sus expulsiones, sus encajonamientos, etcétera.

—¿Encajonamientos?

AGNÈS: "Encajonamiento" quiere decir que cuando se entierra a alguien, cuando se cierra el ataúd, tiene que estar presente un representante de la comisaría para ver si la persona que está en el féretro es la misma que se murió. Normalmente debería hacerlo el comisario, aunque manda un delegado, pero es él quien va a cobrar; creo que son 72 francos por ataúd. Hay diferentes tipos de comisarios: están los que hacen eso porque les apasiona y los que lo hacen por la plata. Éstos van a elegir un barrio donde haya un hospital, un cementerio, eso es. Entonces hay comisarías que son muy cotizadas por el cementerio o el hospital. En los buenos sitios, los buenos distritos, hacen un millón por mes,* más su salario. La expulsión, la incautación, el encajonamiento. El encajonamiento, por ejemplo, si usted es funcionario, son diez francos y no hace siquiera seis meses apareció una nota según la cual ya no se cobrarían porque figuraban en la factura y eso

*. Se refiere a un millón de francos viejos, o sea, 10.000 nuevos (aproximadamente 2.000 dólares) (n. del t.).

irritaba a las familias. Entonces no nos darán más los diez francos, pero siguen dándole 75 al comisario, que no va nunca. ¡E incluso si algún día hay un error o algo así, no va a recaer sobre él, va a recaer sobre nosotros porque el que figura es nuestro nombre! En general, el comisario hace eso para cobrar la plata.

—*¿Sí?*

AGNÈS: Es verdad, hacen pocas investigaciones por sí mismos. Si usted quiere, un comisario de barrio no es interesante como... Yo pienso que están los inútiles, que lo hacen para cobrar la plata, y los otros. Le hablo de los que están instalados.

—*Sí, ¿y los comisarios de servicios especializados?*

AGNÈS: Ésos son los verdaderos comisarios. Los de las comisarías de barrio, cuando hay uno que bebe o un poco de todo eso, lo van a poner, le van a encontrar un lugar. Su lugar es ése.

Noviembre de 1989

Un reproche viviente

Remi Lenoir

André S., de 35 años, es magistrado. Casado con una colega, tienen hijos pequeños. Ambos son originarios de grandes ciudades de provincia y ejercen sus tareas en una de ellas. Se quedarán allí, sin duda, por razones tanto domésticas (presencia de la familia de uno de los cónyuges) como profesionales: sus posibilidades de ascenso en la jerarquía judicial, que la mayoría de las veces implican una gran movilidad geográfica, son escasas. Salidos de la Escuela Nacional de la Magistratura (ENM) en un puesto "medio", comenzaron su "carrera" en pequeños tribunales de provincia, lejos de París, lo que es poco propicio a los ascensos fulminantes. Más aún: cada uno en un estilo diferente pero con la misma intransigencia, ambos son reacios a los "arreglos" que facilitan, si no el (buen) "funcionamiento de la justicia", sí al menos las (buenas) relaciones sin las cuales no hay progresos rápidos en ningún cuerpo encerrado en sí mismo –y el de la magistratura es uno de ellos–.

La entrevista se realizó un sábado en la casa de André S. Mientras se desarrollaba, su esposa se ocupaba de las tareas domésticas y de uno de los niños, demasiado pequeño para ir a la guardería. Su retraimiento no tiene nada de fortuito. Si bien ella está tan comprometida con su vida profesional como su marido, éste, según su expresión, tiene "más cosas que decir". Y efectivamente, aunque en general se reparten bastante equitativamente las tareas domésticas, cuando se trata de hablar de la "justicia", aunque sea sin orden ni concierto, como durante el almuerzo que siguió a la entrevista, siempre es el marido quien toma la palabra, como si estuviera investido de una especie de legitimidad que no parecen impugnar ni su esposa ni, por otra parte, sus colegas.

André S. apenas corresponde a las representaciones que los medios difunden de los magistrados que quebrantan las convenciones de su función: "potentados autócratas", "justicieros irresponsables", "hombrecitos pusilánimes y mezquinos", etcétera. Esas caricaturas recuerdan hasta qué punto la actividad de los jueces es objeto de escrutinios públicos que son, sobre todo, obra de actores con los cuales aquéllos están estructuralmente en conflicto (con respecto al secreto de la instrucción, con el periodista; a la independencia de la justicia, con el político; al respeto de los derechos de la defensa, con el abogado) y en relación con quienes los jueces evocan y evalúan su situación: "Se habla mucho de nosotros, pero nosotros no podemos hablar de eso como querríamos, y cuando lo hacemos, nos toman por chuscos". La magistratura es, en efecto, un cuerpo jerárquico en que las declaraciones públicas están muy controladas, y quienes las hacen, si no tienen una posición elevada en la jerarquía, se descalifican ante sus pares.

Entre André S. y yo se interpuso esta definición del "malestar de la justicia", y si me habló con tanta franqueza y convicción fue, entre otras cosas, porque creía que había que rectificar esa imagen. Encontraba en mí algunos indicios que le permitían tener confianza: yo no entrevistaba únicamente a la "jerarquía" ni sólo a los magistrados; era universitario y sociólogo y, por lo tanto, me situaba al margen del juego judicial, y podía

señalar públicamente el malestar, tal como él lo experimentaba, en mis escritos y cursos, etcétera. Vale la pena señalar que al erigirme en su confidente, André S. esperaba que yo transmitiera, deformándola lo menos posible, su "visión del funcionamiento del mundo judicial": la de un juez de "base" vejado e incluso quebrado, cuya única esperanza es escribir una obra sobre la justicia y sobre lo que llama, como tantos otros, el "disfuncionamiento del mundo judicial", a fin de convertirse en periodista especializado en ese campo. ¿No es ese proyecto la inversión imaginaria de sus momentáneos fracasos en el sistema judicial? Resultaba claro, en todo caso, que estaban presentes las condiciones de expresión de un malestar: encuentro entre un ser marginado y debilitado hasta en su vida íntima (en esos universos extremadamente burocratizados y jerarquizados, la tortura "mental" pasa casi siempre por un desconcierto doméstico latente y angustiante: desplazamientos acompañados por mudanzas e instalaciones hechas a los apurones, aislamiento, pérdida de confianza en sí mismo y en el otro, etcétera) y un sociólogo, actor social de *status* relativamente indeterminado, cuya función es "comprender" a los otros y eventualmente ayudarlos, y cuyas características son cercanas a las que él desearía encontrar entre los magistrados.

La problemática instalada, sobre todo en los medios –"independencia de la justicia", "relaciones con los oficiales de la policía judicial", "relaciones con la jerarquía", "pérdida de *status*", "necesidad de justicia", etcétera–, también contribuyó mucho a crear las condiciones de esta especie de análisis de sí mismo, porque corresponde, aunque en otro registro, a la de André S. Este magistrado, cuya vida, modelada por la institución judicial, se definió en su totalidad contra ella, encuentra en la representación pública del "malestar judicial" los medios y los instrumentos que le permiten expresar ese desasosiego que tal vez nunca habría podido experimentar, y sobre todo enunciar, si su destino individual no hubiera tenido que ver con el de la institución misma, tal como se constituye públicamente. Como los valores proclamados por la institución judicial –"rectitud", "honestidad", "integridad", "independencia", "servicio público", "interés general", etcétera– son sobre todo aquellos mediante los que se define a sí mismo, la restauración de su identidad depende de la de esa misma institución que lo decepcionó tanto, lo desgarró tanto que, en cierto modo, lo empujó a abandonarla. Lo que vive en lo más profundo de sí mismo es el malestar que la atraviesa, debido a la armonía preestablecida entre una institución que merece ser impugnada en nombre de sus propios principios y uno de sus miembros más impugnados por ella, tanto más cuanto que él actúa de conformidad con lo que debería ser el principio de funcionamiento de ese universo, que explicita muy bien cuando revela su propia manera de juzgar: "Aplicar la ley con tino, con sensibilidad hacia la gente, al mismo tiempo con firmeza en ciertos casos; lograr encontrar lo necesario y mostrar que uno está ahí para aplicar la ley, no para vengar".

Como sus pares, y más especialmente los de su generación, André S. se vio afectado por la decadencia colectiva de su profesión, al menos en comparación con las otras actividades jurídicas o administrativas, y más en general con las que competen a la alta función pública (particularmente aquellas a las que da acceso la Escuela Nacional de Administración) y por el ascenso de las altas profesiones comerciales. Pero a esa decadencia experimentada en común y tema obligado de todo discurso actual sobre la justicia, se agrega, en lo que le concierne, la desilusión. Ésta es tanto mayor cuanto que él esperaba mucho de su "oficio". Todo, en efecto, lo predisponía a esa inversión de la que no extrajo las ganancias calculadas. Su ingreso en la magistratura fue efectivamente el resultado de las estrategias que en los años sesenta llevaron adelante las clases medias y que apuntaban a convertir una parte de su capital económico en capital educativo. Su padre era un comerciante próspero y compartía los ideales del catolicismo social. Instó a su hijo a cursar estudios superiores y también favoreció en él esa especie de disponibilidad con

respecto a los otros que no dejó de fortalecer su actitud religiosa (es católico practicante). Esa disposición asumió la forma del "scoutismo" y luego de la militancia política o sindical, y culminó (como ocurre a menudo, especialmente entre los provincianos) en una carrera dentro de la función pública. Lo mismo que en el caso de la mayoría de los jóvenes magistrados, pese a que sus padres no lo fueron, hubo miembros de su familia que ejercieron una profesión jurídica (el abuelo materno y un tío, procurador y abogado respectivamente), cosa que no dejó de influir en su orientación profesional, como él mismo lo recuerda.

Su padre encarna a la vez aquello de lo que escapa (los "patrones", el "dinero", la "jerarquía", la "derecha", etcétera) y lo que le permitió escapar. Luego de algunas luchas con él, que también fueron luchas consigo mismo, el reconocimiento del sólido fundamento de su vocación "de defender un poco el interés general y en particular el de quienes estaban en el arroyo" lo liberó y le dio la energía que permite superarse, es decir, hacer caso omiso de la culpa que a menudo genera el ascenso social o, al menos, la ruptura con el medio familiar. "Por fin [el padre] lo reconocía; a cada instante me decía: 'Bueno, con todo es mejor ser magistrado que comerciante'."

Las empresas de reconversión no carecen de riesgos, en la medida en que no siempre están acompañadas por la adquisición de las disposiciones y los modales tácitamente exigidos por el universo social al que permite tener acceso el éxito en un concurso: faltos de familiaridad –y de la soltura y la flexibilidad que ésta engendra–, esos recién llegados se toman en serio, "al pie de la letra", las representaciones que esos universos dan de sí mismos. André S. importa al mundo judicial los mismos valores que los jueces proclaman, pero que pese a ello no son los que gobiernan su práctica, en particular los que tienen una relación directa con la conducción de su "carrera", principio de todas las preocupaciones y todas las evaluaciones en los cuerpos más cerrados. Su itinerario es el de un desencanto debido a la distancia entre los principios del funcionamiento real del medio judicial y los que André S. creía hallar en él: "honestidad", "independencia", "servicio del encausado" y "respeto del otro". Y si no se somete al orden judicial, es tanto en razón de su fuerza moral como debido a la fuerza que la moral tiene todavía en ese universo, aunque se la transgreda constantemente en nombre de los imperativos de la "carrera": "El manejo de la carrera, entre los jueces, es algo que ocupa tiempo en la cabeza de la gente".

Si presenta su carrera como una especie de vía crucis, tal vez sea menos porque sus comportamientos y su manera de ser fueron "mal calificados" –aunque eso lo afecte mucho– que en nombre de un ideal moral inaccesible, "la pasión por la justicia". Todo lo predisponía a adherir a la regla explícita del juego judicial, y sobre todo a rehusarse a tomar en cuenta las "reglas no escritas" que desnaturalizan la función de magistrado tal como se la imaginaba antes de entrar en la ENM: "La honestidad no da frutos". Lo más notable en las palabras de André S. es sin duda la identificación total entre su manera de concebir la justicia, que siempre intenta imponer, y la representación de lo que él es. De modo que si le "duele la justicia", si algunos magistrados son "lamentables", "inútiles", "mezquinos", etcétera, es porque en este universo todo lo lastima, "los jueces nulos que le causan escalofríos", "el presidente que hace llorar a la pobre mujer porque cometió un robo al separarse de su concubino": "Me molesta soportar, en fin, que me asocien a la dureza de algunos; la verdad es que a veces da vergüenza". La lógica del funcionamiento del cuerpo de magistrados refuerza esa sensación de malestar: la impotencia de éstos, su "mediocridad", su "holgazanería", su "cobardía" con respecto a su propia jerarquía o a la de los otros actores del campo judicial (policías, gendarmes o abogados) e incluso del ámbito político (ministerio, notables locales). Y lo menos que puede decirse es que sufrió por todo esto, como lo atestigua su relato. Pero sufrió porque a fuerza de "querer hacer su trabajo, tranquilo", "de hacerlo bien", es

decir, "honestamente", todo se volvió contra él: la "jerarquía" –la suya, pero también la de los otros sectores intervinientes en el juego judicial–, los militantes profesionales del sindicato dispuestos a transigir con el ministerio, y hasta él mismo, en definitiva, ya que, ante la amenaza de que lo echaran, tuvo que "incorporar, en parte, los valores del sistema".

Pero tal vez sea en la exaltación de los "superjueces", de "los abogados que hacen bien su trabajo" y hasta de los condenados agradecidos –en suma de toda esa "gente digna"– donde se manifiesta con más agudeza lo que está en el fundamento del sufrimiento de André S. Al haberlo invertido todo en lo que se constituyó como una causa ("noble") para defender (lo que hace en su trabajo, en el sindicato y más en general en esa especie de voluntariado ante toda persona desamparada), se prohibió toda vía de salida (en especial la profesión de abogado), lo que lo lleva, después de ser cuestionado, a poner a su turno "todo en cuestión", tanto el "sistema" como a "él mismo".

"¿Quién debe juzgar el trabajo del juez?" A lo largo de la entrevista intenta responder a esta pregunta, analizando al mismo tiempo lo que, en el modo de progreso de los magistrados, se opone a su representación de la justicia. Revela así, al desgranar las humillaciones sufridas, las conductas que lo escandalizaron (la "falsa mesura"), algunos de los aspectos del funcionamiento del mundo judicial cuyos resultados son, en esencia, las "decisiones" y los "fallos". Sobre todo, la evocación patética de los medios que, según él, serían los únicos capaces de devolver su credibilidad ("su legitimidad para juzgar") a esta institución –a saber, el "trabajo que el juez efectivamente realiza", la "envergadura" y la "clase" con que lo hace, así como la evaluación que de él harán todos los actores (colegas, abogados, oficiales de la policía judicial y los mismos condenados con quienes se relaciona)– recuerda como en eco, por todo lo que rechaza, la ley real de funcionamiento del campo y lo que ésta supone.

Detrás de la independencia del juez, ve el sometimiento a la jerarquía; detrás del poder de la justicia, la dependencia con respecto a los policías e incluso los políticos; detrás de la serenidad, el odio, de la firmeza, la cobardía, etcétera. "Es que al hacer cosas normales en sí mismas, uno se da cuenta de que eso se convierte en escandaloso." Tanto más decepcionado cuanto que no puede renunciar a creer en la necesidad de la institución judicial (de lo contrario, se impondría la "venganza"), no ve, prisionero de sus ilusiones y sus sueños, otra salida que la redacción de una obra en la cual señalaría "las cosas que hay que criticar y que no se dicen". Ésa sería para él la única forma de permanecer en ese universo que no puede abandonar, a menos que estuviera dispuesto a perder lo que, en su opinión, constituye su valor y procura por todos los medios hacer reconocer: su "honestidad" más su "humanidad", es decir, todo lo que hay "de bueno a sus ojos" y que no podría hacer apreciar en los otros universos profesionales donde lo que cuenta es el "dinero". La identificación con esta institución que lo "martirizó", haciendo de él un "desollado en vida", está en el origen de sus proyectos de reforma. Cuanto más lo rechazan, más se aferra a ella, aunque sea de un modo simbólico: su rehabilitación social pasa por la de esa instancia. Ni siquiera en el contenido mismo de las reformas que propone hay algo que deje de llevar la marca del sistema de valores que él encarna. Con lo que está en el fundamento de su rechazo hace un proyecto, que no puede ser sino suyo y debe reconocerse como tal, pues es el único medio, en su opinión, de reconciliarse plenamente con un universo que es toda su vida, toda su pasión.◆

Con un magistrado

Entrevista de Remi Lenoir

"Eso es lo terrible, hacer cosas que en sí mismas son normales y darse cuenta de que eso se transforma en escandaloso"

—¿Qué es lo que te gusta en la función de magistrado?

ANDRÉ: Sí, lo que me gustaba en la función de magistrado era la noción de independencia, de tener un oficio...; la función pública era prestar un servicio público y no tener patrón, no tener... Sí, no tener patrón, simplemente tener que cumplir la función que a uno le asigna la ley, respetar la ley y servir al interés general. Y lo que también me gustaba, en relación con eso, era la noción de justicia y al mismo tiempo la de contactos humanos, a saber, aplicar la ley con tino, con sensibilidad hacia la gente, al mismo tiempo con firmeza en ciertos casos; lograr encontrar lo necesario y mostrar que uno está allí para aplicar la ley, no para vengarse. En fin, todo lo que la institución judicial tiene de bueno en el plano de los principios; porque en ese plano la institución judicial sigue siendo absolutamente indispensable. Considero que es un progreso de la civilización. Todo eso me parecía bien.

—¿Cómo se te ocurrió la idea?

ANDRÉ: Leyendo un poco los diarios y después por lo menos un libraco...

—¿A qué edad, más o menos?

ANDRÉ: Debo de haberlo leído cuando estaba en primer año de la facultad, algo así; fue mi abuelo quien me lo hizo leer, un libraco de un juez de instrucción jubilado. Después quise recuperarlo y no pude. Es un juez de instrucción que cuenta su oficio, y eso me había gustado bastante a los 18 años... Al mismo tiempo, en esa época la prensa publicaba los debates del sindicato de la magistratura; se hablaba de eso. También vi en la facultad debates sobre diferentes problemas, estaba bien que hubiese gente como ésa, que reflexionaba sobre su manera de tratar de trabajar, tratar de hacer evolucionar su profesión. La profesión me parecía interesante, qué sé yo. Así que era interesante porque había contactos con la gente, había compromisos directos, encuentros; además, tocaba todos los ámbitos de la vida y al mismo tiempo estaba esta noción de bien, de mal... El juez tiene una responsabilidad importante, debe tratar de ver con toda independencia lo que es justo. Yo tengo una concepción bastante idealista de las cosas y, de manera general, creo bastante en la verdad, y por lo tanto tal vez me preocupe menos que otros que se dicen: "Ah, la verdad... cada uno tiene la suya... La verdad no quiere decir nada", etcétera. Soy bastante pragmático, trato de tener "sentido común" entre comillas y pienso que hay cosas que son falsas; así que eso me... También creo en la fuerza de la verdad. En fin, cuando la gente dice la verdad, uno lo percibe... Todo eso me gustaba mucho. Sabía que, desde luego, había problemas de carrera, que había límites a esa independencia, pero me decía: "Si uno no quiere hacer carrera, al menos puede quedarse tranquilamente en su rincón, y eso estará bien, no sé".

—Con los mismos valores quizás habrías podido ser... abogado.

ANDRÉ: Lo que me molestaba en esa época de la abogacía era...

—O incluso médico...

ANDRÉ: Sí, una profesión liberal. Médico no; no me sentía atraído por la medicina, no tengo espíritu científico. En cuanto a abogado, hay dos cosas que me molestan: decir cosas que no creo –porque la verdad es que a pesar de todo hay veces que los abogados se ven obligados a defender tesis que no comparten completamente, aunque sean nobles... y aunque algunos digan siempre lo que piensan en cualquier caso– y después estaba también el hecho, la lógica de los abogados. Siempre se trata de ganar dinero, cada vez más, cosa que no me gusta; esa relación con el dinero me parecía complicada, mientras que me parecía que estaba bien tener un salario, uno estaba ahí para encargarse de un servicio público, eso me parecía bien. En la imagen que tenía de los abogados, prevalecía efectivamente el riesgo de dejarse arrastrar por el dinero para manejar su estudio, verse desbordado por el trabajo y no ver lo esencial. Ah, sí... la noción de servicio público me parecía importante.

[...] Cuando aprobé el concurso a fines de los años setenta, no estaba la moda de Tapie* y de ganar...

—*Sí. ¿Es eso lo que cambió un poco?*

André: Sí, definitivamente. En esa época, al contrario, no queríamos trabajar para los patrones: la noción de servicio público era importante; la noción de ganancia no me interesaba, al contrario, llegaba a parecerme chocante, no quería tener dinero a costa de los demás; mientras que prestar un servicio público considero que está bien, tener un salario para servir el interés general.

—*¿En tu juventud militaste?*

André: Ah, sí.

—*...Los* scouts, *no sé...*

André: Yo soy muy militante, soy católico practicante, quiero decir, siempre fui militante: en la época del concurso estaba en el Partido Socialista; en la facultad participé en un movimiento de estudiantes del que era uno de los principales animadores. En el ejército también, etcétera.

—*¿Y fuiste* scout?

André: Fui *scout*, sí, pero no mucho tiempo, no me marcó especialmente.

—*Sí, pero de hecho siempre te dedicaste a trabajar por los grupos...*

André: Eso es. [...] Por ejemplo, mi padre, él mismo lo reconocía y me decía en todo momento: "Bueno, con todo, es mejor que ser comerciante". Se decía mentalmente: "Yo trabajé para mí, y aunque hice mi trabajo honestamente, hay una dimensión que no tengo". Así que lo admitía. Digamos que siempre me apasionaron las cuestiones políticas de una manera general, siempre traté de defender un poco el interés general y en particular el interés de los que estaban en la calle.

—*Sí, tus padres favorecían este...*

André: Totalmente, sí. Incluso mi padre, incluso mi padre como comerciante. Era de derecha, pero un tipo que decía que no pagaba suficientes impuestos, que no había bastante... que no se daba suficiente dinero para los pobres, era un poco... una derecha social, un poco más que...

—*¿Católico social?*

André: Eso es, altruista y a favor de la equidad; en fin, de cierta justicia social, ahí tienes, entonces... eso seguro que me marcó.

La pasión por la justicia

André: En la Escuela estaba un poco decepcionado, en fin, en cierto modo, por... es una idiotez, es la primera impresión, pero por la mentalidad de mis colegas; mira un poco, eran buenos alumnos, buenos estudiantes, pero al mismo tiempo les faltaba un poco de personalidad, en el sentido de que yo considero que para ser un buen juez hay que tener un poco de libertad, un poco de distancia, un poquito de independencia y coraje, un poco de fuerza; eran gente más... buenos alumnos que habían aprendido bien las lecciones, que eran capaces de recitar de memoria tal o cual artículo pero a quienes, en mi opinión, les faltaba justamente ese complemento espiritual que es necesario para ser un buen juez, no sé. Les faltaba tal vez la pasión por la justicia, a algunos en todo caso, y además un poco de personalidad, un poco de interés por la voluntad general y la voluntad de explicar sus decisiones... Les faltaba un poco de sentido público, en un aspecto general, porque carecían...

—*¿No tenían vocación, estaban ahí como podrían haber estado en otro lado?*

André: Sí, se relamían un poco por el título sin ver las responsabilidades de la función, lo que uno representaba, lo que tenía que hacer ni lo que eso implicaba como disponibilidad o como puesta en cuestión o como profundas cualidades humanas y... Ah sí, yo estaba un poco decepcionado en términos generales; pero –dicho esto– también conocí tipos muy buenos. No obstante, la primera impresión, globalmente, fue ésa, y por otro lado había visto algunos que se presentaban al concurso que no aprobaron y eran mucho más simpáticos. Eran un poco..., sí un poco"sabihondos" entre comillas; algunos eran buenos jurídicamente pero a mi juicio eso no era suficiente. [...] En fin, la mentalidad. En la Escuela de la Magistratura era diferente porque todavía no estábamos en funciones; y además es un lugar donde se elaboran ideas, uno puede hacerse cierta cantidad de preguntas. Pero cuando llega al cuerpo, ve que hay mucha gente que ya no se las hace desde mucho tiempo atrás, que trabaja de manera rutinaria, que se caga en su trabajo, no obstante lo cual yo me decía: "Al menos haré mi trabajo tranquilo", y desde el momento en que lo hiciera bien, ya sería así, ¡qué sé yo!

Alusión a Bernard Tapie, ex ministro del gobierno de François Mitterrand y ex diputado de los parlamentos francés y europeo, cargos que perdió a consecuencia de haber recibido penas de prisión por delitos comunes. Fundó más tarde el Movimiento Radical de Izquierda y cayó en la bancarrota luego de haber sido directivo de un club de fútbol (el Olympique de Marsella, implicado en un notorio caso de soborno) y de una empresa de ropa deportiva. Se lo considera un símbolo de la corrupción política (n. del t.).

—Sí, siempre pensaste que podías hacerlo...

ANDRÉ: Sin ensuciarme, no sé, sin...

—Sí, es eso. ¿Podías tener autonomía con respecto a los otros?

ANDRÉ: Sí, porque quería hacer una función de juez único, quería ser juez de instrucción, así que me dije que yo...

—¿Ya lo sabías desde el principio?

ANDRÉ: ¡Ah! Prácticamente en seguida supe que... al comienzo lo que más me interesaba era el penal, había relaciones humanas y además la instrucción era una tarea en la que uno tenía responsabilidades, contactos con la gente, pese a todo cierto poder, y después una manera de captar las cosas, de interrogar a la gente; en fin, me parecía que era interesante. Y además el aspecto intelectual de comprender a las personas, también el factor de la curiosidad...

—Es el costado menos "sabihondo", entre comillas, del Código Penal, ¿no?

ANDRÉ: Sí, el menos técnico, el menos...

—Aparentemente, al menos...

ANDRÉ: Sí, pero aun de una manera general es el que a primera vista exige menos conocimientos jurídicos, en todo caso para el grueso de los asuntos. Pero también es el costado más humano, ahí es donde se conoce más gente. Eso era lo que me gustaba. Así que pensaba que podía hacerlo, con toda independencia y a mi manera, sin que me molestaran... y creía poder hacerlo honestamente, de modo que lo que me decepcionó fue que pese a ejercer siempre mis funciones honestamente –en fin, eso fue luego, cuando entré en funciones–, varias veces intentaron ponerme de patitas en la calle, mientras que veía que personas intelectualmente deshonestas o completamente descaradas con respecto a su trabajo consiguieron ascensos o hicieron cosas que no eran correctas, taparon asuntos o, al contrario, condenaron a gente cuando había dudas, y que hicieron carrera, etcétera. Yo no pedía hacer carrera, lo que pedía era que me dejaran cumplir mis tareas tranquilamente. Varias veces presionaron para que me fuera de la instrucción, querían echarme... Descubrí que toda la jerarquía era lamentable, no sé, en mi caso la jerarquía fue lamentable; no hubo un tipo que dijera: "No, vamos a ver qué es lo que pasa realmente"; y a tipos que mintieron sobre mí, que dijeron porquerías, los promovieron, y rápidamente. Incluso consiguieron los ascensos más rápidos que puede haber, cuando eran intelectualmente malos y moralmente lastimosos... Lastimosos. Todo eso me sublevó un poco, en realidad.

—Sí...

ANDRÉ: Lo que hay que decir es que mientras que en la ENM no trabajé al máximo, aproveché un poco de la vida, en mi cargo siempre hice mi tarea, siempre fui muy trabajador, en fin, honestamente trabajador; no corrí tras el trabajo, pero de lo que había que hacer en interés del encausado nunca quise olvidarme nada y hacía mi trabajo a fondo. En ciertas épocas trabajaba 12 horas por día, trabajaba el sábado, trabajaba el domingo, porque había un magistrado ausente y no quería que se perjudicaran los encausados en prisión; ¡y cuando te deslomas así en interés del servicio público y lo único que ve la jerarquía es que no te ajustas a las ideas de tu fiscal o de la policía, etcétera, es un escándalo! En fin, cuando uno entrega su tiempo y se arruina un poco la salud para cumplir su obligación, y lo único que ve la jerarquía es que... uno hace olas, que arma alboroto, que las decisiones que toma no son satisfactorias, es verdaderamente chocante. Y como había sido honesto, en fin, verdaderamente, sí, eso me indignó.

[...]

Ahora, como estoy desilusionado, critico un poco a todo el mundo, tal vez sea fácil... Todo el mundo critica a todo el mundo, pero lo cierto es que me siento... Considero que las cosas no funcionan bien... Honestamente; me sentía hecho para ser juez; creo que, en todo caso, podía ser un juez honesto y cumplir mis obligaciones correctamente, y me parece que tengo cierta pasión; lo que quiero decir es que cuando hay un caso que me interesa, que es delicado, busco, profundizo, analizo y además me empeño, si creo que es justo, para llegar... En la vista para sentencia me esfuerzo por obtener una liberación y entonces la consigo, mientras que los otros quieren una condena, o a la inversa, cuando los demás estaban dispuestos a poner en libertad y obtengo una condena, todo eso debido a mi opinión, me pongo contento, no sé, tengo la impresión de haber hecho bien mi trabajo. De modo que creo que podría ser un juez correcto. No tengo animosidades, no tengo sadismo, creo tener cierta humanidad, me gusta mucho que la gente, al mismo tiempo que respeta la justicia, no tenga la impresión de estar frente a alguien inhumano que quiere hacerla sufrir. Pero bueno, si no puedo hacer este oficio de manera muy eficaz, me gustaría contribuir a que las mentalidades progresaran en el sentido más positivo posible. Efectivamente, lo de abogado no lo excluyo, porque es cierto que el abogado participa en la justicia. Cuando un abogado salva una causa, salva la cabeza de su cliente –en fin, es conmovedor cuando hace cambiar

de opinión a un tribunal–, bueno, está bien. No excluyo para nada la posibilidad de ser abogado, pero hay problemas materiales, técnicos, así que veré si lo hago... Pero sí, por el momento no puedo cambiar el sistema, no puedo; no soy diputado, no soy presidente de la República, así que el sistema es como es, al menos hay que lograr que las ideas evolucionen, no sé. Defender la concepción de la justicia que yo tengo. Defender el espíritu, sí... en fin, sí, que haya gente que tenga el espíritu libre, que tengan un poco de clase y sean capaces de cuestionarse, que acepten que los echen después de diez años si no son buenos. Gente como algunos políticos que están acostumbrados a la crítica (están acostumbrados a someterse, pero también a defenderse) participan en el debate. Los jueces no intervienen en él. Están en su rinconcito, hacen sus cosas entre ellos, se esconden, piensan: "No nos vamos a embromar a pesar de todo, condenamos"; no son capaces de explicar su decisión. No es simplemente en términos de comunicación, es en términos de coraje, en términos, sí, de presencia y humanidad, en fin, de legitimidad. Tienen la legitimidad, no la ponen en cuestión. Mientras que hay que sentirse al servicio del encausado.

—Sin embargo hay organizaciones sindicales...

ANDRÉ: Un magistrado no está solo frente a la jerarquía, bueno, no completamente solo cuando tiene problemas, y para lo que es reivindicación todos tenemos medios, etcétera, por ejemplo la huelga: un presupuesto un poco mayor; yo estoy de acuerdo, hago huelga como todo el mundo. Estimo que está bien, que va bien encaminado, pero lo que reprocho es que eso permite ocultar que hay muchos magistrados que no hacen nada y sobre ese asunto nadie quiere pelear. Porque por corporativismo en los sindicatos hay muchos holgazanes, y cuando pedimos que hagan horas extras, nadie quiere ir, protestan diciendo que es escandaloso, cuando en realidad no hacen nada. Si trabajaran, la cosa sería normal. Y entonces ése es el problema del sindicalismo, pero en fin, es cierto que aportó algunas cosas, pero al mismo tiempo hay, tal vez haya a veces cierta indolencia: el sindicato de la magistratura está en crisis, a lo mejor habría que poner en cuestión ciertas cosas, y por otra parte hubo un hermoso discurso pero en la práctica eso tampoco cambió mucho. Hay un desfase entre el discurso y lo que se hace; hay congresos donde se vota la abolición de la prisión y después, el lunes, todo el mundo vuelve a su casa y seguimos jodiendo en la cárcel con toda la fuerza; eso siempre me chocó. Y en ese momento es preferible reflexionar sobre la propia práctica y agregar coherencia a la acción, diciendo que la prisión está vigente, seguimos metiendo gente en ella y seguiremos haciéndolo; intentar limitarla, tener recursos, para ver en qué casos se admite acondicionarla, ver los problemas de ejecución de las penas, etcétera. Pero yo considero que es un falso discurso, en fin, una falsa intelectualidad que exime de una verdadera reflexión. Tener ideas innovadoras te exime de reflexionar sobre lo que haces actualmente. Ahora yo no milito mucho, hago cosas, hago un mínimo para pelear por ciertos principios; lo que les reprocho a los sindicatos es que cuando hay cuestiones de fondo sobre la independencia, dicen: "Ah, pero antes hay que esperar que la persona víctima de un acto que cuestiona la independencia luche; que pida auxilio...". Yo considero que no es así, la independencia hay que defenderla para Juan Pérez que está jodido, hay que defenderla como un principio. No se trata de defender a Pedro, Pablo o José; es defender un principio que debe respetarse de manera absoluta, cosa que no sucede. Cosa que no sucede para nada...

Una de las cosas más importantes es saber quién te reconoce

ANDRÉ: Otro límite importante, que pese a todo yo no lo creía tanto, es la dependencia con respecto a la policía, o sea que dependemos completamente de ella. Quiere decir que para hacerse respetar un juez necesita tener aliados en la policía. En fin, es casi un solicitante, lo que no es normal, mientras que, bueno, los policías tendrían que obedecer a los jueces. Hay que lograr entonces mantener esta ficción, que es que nosotros mandamos, cuando en realidad los que nos mandan, prácticamente, son ellos, no sé; y que nosotros los necesitamos más a ellos que ellos a nosotros.

—Sí...

ANDRÉ: Administran su tiempo como quieren y después, cuando nosotros queremos pedir algo verdaderamente urgente, les tenemos que decir: "Señor, por favor, realmente... ¿sería tan amable?", y a la inversa, si hacemos cosas que no les gustan, si además nos la tomamos con los magistrados pelotudos, nos ganamos que nos manden a pasear y nos llenen de reproches... A mí me reprocharon decididamente haber verificado qué habían hecho los gendarmes; un procesado me dijo: "Los gendarmes armaron una historia, es un complot, inventaron una prueba". A priori no le creía, pero verifiqué; lo que me parecía bien, en fin, sano desde el punto de vista de la justicia, bueno, eso me lo reprocharon; hubo una carta

de un comandante de gendarmería que le escribió a mi fiscal, que probablemente se lo había solicitado, para decirle: "Sí, es un escándalo, este señor puso en duda la palabra de los...". No era para nada eso. En fin, no era ése el espíritu. Yo estimaba que así había una garantía complementaria, por el hecho de que el juez mismo fuera a ver...

—Eso forma parte de sus obligaciones...

ANDRÉ: Bueno, sí, había que saber qué pasaba realmente. Como era controvertido, bastaba con ir a ver. Eso lo considero profundamente indignante. O el hecho, simplemente, de que cuando estuve en una comisaría sin avisar para escuchar lo que decían los policías sobre algo determinado, lo que me permitió saber la verdad, se hizo todo en principio para eliminar mis autos porque eso permitía saber que el fiscal era deshonesto; y después lo consideraron escandaloso. ¡Porque, bueno, cuando uno va a una comisaría, hay que avisarles por anticipado para que todo el mundo se ponga de acuerdo en su versión! ¡Eso me parece aberrante!

Eso es lo terrible, hacer cosas que en sí mismas son normales y darse cuenta de que eso se transforma en escandaloso, es decir, que está la regla del derecho y los grandes principios: el juez es libre, busca la verdad, etcétera. Y después uno se da cuenta de que en ciertos temas, por ejemplo las brutalidades policiales, en fin, en ciertos casos, para ciertos asuntos que pueden resultar irritantes, hay autos que no deben hacerse. Hay reglas no escritas. No pasa todos los días, pero sí de vez en cuando, y con eso es suficiente: basta un caso para desacreditar a la justicia, no sé. En fin, eso es lo que yo creo. Y además vi casos sobre los que se echaba tierra, montones de asuntos así, y la cosa continúa. Todo eso me llevó, por una parte, a preguntarme sobre la realidad de mi independencia, y además sobre el sentido de mis funciones. Yo me consideraba competente para esta profesión; de algún modo tenía cierta vocación; poco a poco sentía verdaderamente ganas de dedicarme a ella. Trataba de hacerlo honestamente, con valentía, resistiéndome a todo el mundo, resistiéndome a la vez a los policías, a los procesados, a los abogados, al ministerio fiscal. Me peleé mucho con el ministerio fiscal; la prueba está en que me llené la boca con eso y consideraba que para hacerse respetar, para tener cierta credibilidad, el juez debía ser capaz de decirle lo que pensaba a todo el mundo. Y al tratar de ser lo más atento posible, intentaba hacer mi trabajo correctamente [...].

Hace un momento hablabas de una herida. A mí verdaderamente me lastimó ver que pese a hacer mi papel correctamente, con amor, porque verdaderamente amaba mi profesión, no era reconocido, y ahí tienes una de las cosas que me parecen más importantes, que es saber quién te reconoce; las personas con las que trabajas. Globalmente, todos lo saben. A mí me estimaban, me respetaban, incluso los policías con quienes trabajaba, aunque a veces, con algunos, era exigente; era respetado por los abogados, por el personal de la prisión y, sobre todo, por la gente que mandaba a la sombra. Y eso, entonces, es algo único entre las satisfacciones que tuve en esta profesión: el hecho de que siempre fui muy apreciado en la cárcel. Quiere decir que tenía palabra, no era alguien rencoroso sino que buscaba saber la verdad. En fin, así es como me presento, pero realmente creo que me percibían de este modo; uno se da cuenta a través de las cartas y de lo que se decía en la penitenciaría. Y creo que globalmente, así como juzgamos, se nos juzga; la penitenciaría juzga bien y creo que eso me gustaba; lo que me chocó fue que nunca tomaban en cuenta eso, en fin, la realidad de mi trabajo; es decir, que yo desempeñaba mi papel tratando de hacer sentir a la gente que no estaba ahí para hacerla sufrir, entonces intentaba aplicar los principios de la justicia en sentido noble... donde debería estar, vale decir que la justicia está para juzgar, para sancionarlos pero no para hacerlos sufrir. Uno tiene una misión que excede la venganza, y que es procurar que comprendan la sanción y se detengan, no sé. Lo que me afectó verdaderamente es que nadie trató de ver si mi trabajo estaba bien hecho.

—¿En tu universo profesional?

ANDRÉ: ¡Eso es!

—¿Que funciona según otras reglas?

ANDRÉ: Otros criterios. Y que, al contrario, finalmente me proscribían de la magistratura, me consideraban verdaderamente como la oveja negra. Hay gente que es nula y progresó, gente de mi promoción. Yo tenía la sensación, sí, de que mi valor no era reconocido. Y lo más profundo era la sensación de que si hubiese habido otro "criterio de calificación" entre comillas –en fin, yo no estoy para la calificación, pero bueno, si se apreciara a los jueces de manera diferente, en función, por lo tanto, de su trabajo real, de las personas con quienes trabajaban y de los encausados– pues bien, tengo la impresión de que me habrían reconocido. A la inversa, hay gente que no hace nada y jamás la fastidian, que hace una carrera normal. Si, al contrario, se preguntara a los encausados si están contentos con esa gente que no emite su fallo, que es chapucera en su trabajo, que no mira los expedientes, creo que todo el mundo, todos los que ejercen, dirían

que no. No es posible, así que hay un desfase entre la realidad del trabajo y la calificación; es evidente. Entonces la calificación me importaba un bledo, pero no pensaba que pudiera llegar hasta a despojarte de ciertas funciones o evitar que consiguieras traslados como se espera, y eventualmente a llevarte hasta presiones disciplinarias. Y además después hay que justificarse, etcétera. También están las historias de conformismo. Yo consideraba que lo importante no era saber si uno era bien visto, etcétera, sino conocer la calidad del trabajo que uno hacía, si era jurídicamente exacto, humanamente adaptado... Bueno, eso no tiene absolutamente ninguna validez; en cambio, el hecho de no haberse puesto corbata –yo tengo esa carencia– era una revolución; antes de que llegara al primer puesto en que me nombraron, hubo reuniones en que el fiscal juntó a todo el personal para decirles: "Atención, está por llegar un juez loco, no usa corbata", etcétera. En fin, como si fuera verdaderamente... A la inversa, el fiscal violaba los precintos, falsificaba documentos sin parar y les pedía a los policías que hicieran lo mismo, y todo eso, si la jerarquía había estado atenta, no podía dejar de saber que era cierto, y nunca lo fastidiaron. Sí, globalmente, el hecho de que la honestidad no diera frutos... en fin, que lo que importaba fuera que no hubiera olas, que no se hablara demasiado de ti, que no hubiese historias.

En lo profundo, no creo que la justicia deba ser algo apagado, sino algo que tenga relieve. No debe ser forzosamente violenta; en algunos casos es preciso que sea firme, pero no que sea... es preciso que haya estrépitos para hacer justicia, que a veces haya estrépitos; no hay que cerrar sistemáticamente... No hay que tomar sistemáticamente decisiones muy, muy "mesuradas". Hay una falsa "mesura" entre comillas, que se exige y no está de acuerdo con la realidad, es decir que si uno manda a la cárcel a un patrón, van a decir: "No, es una falta de mesura, no es normal"; si se incrimina a un policía en un caso de brutalidad: "No, la cosa así no va"; en fin, te lo hacen entender, y a la inversa, si tienes una actitud comprensiva con el común de los mortales que cometieron pequeñas infracciones, te reprocharán un exceso de sensibilidad, sensiblería; en fin, todo eso.

Que el juez muestre su legitimidad mediante el trabajo que realiza

—Cuando dices "te" lo hacen entender, "te" reprochan, ¿te refieres al medio en general?

ANDRÉ: Sí, es la jerarquía, el presidente, el fiscal; entonces, además hay otra cosa, mira, y es que de hecho te califica el fiscal, y si el fiscal y el presidente se entienden bien es una catástrofe, porque es el presidente quien hace la precalificación y la transmite a la Corte de Apelaciones. Pero cuando se trata de un juez de instrucción, el presidente va a ver antes al fiscal; si éste no puede entenderse con el juez de instrucción, le va a poner una mala calificación, y en ese momento, en definitiva, se le reprocha a un juez, bueno, se le puede llegar a reprochar su independencia frente a una de las partes; porque el procurador, en su disposición, es pese a todo una parte, lo mismo que la defensa. Y a mí me parece que toda la credibilidad de la justicia reside en saber si somos verdaderamente independientes, y bien, en líneas generales no lo somos. Es cierto que la instrucción se hace con cargo o descargo; pero los jueces de instrucción están más cerca del fiscal que de los acusados, lo que no siempre es inconcebible. No obstante, ese a priori a favor del ministerio fiscal me molesta.

—Sí, entonces eso fue un poco el origen de que el medio no funcionara como creías...

ANDRÉ: Eso es, y además que la ley no tenía sentido. Quiero decir que a veces hay leyes que no hay que aplicar. Te doy un ejemplo. Una vez la defensa me citó como testigo, justamente en la historia en que el fiscal había hecho todos sus chanchullos. Cuando lo citan, un testigo debe comparecer y ahí me lo reprocharon... comparecí y quemé al fiscal, en fin, hice lo máximo por quemarlo, por decir que en ese caso no había estado sereno, que había sido parcial, etcétera. Me cortaron la palabra porque hay cosas que no deben decirse. Sin embargo, si uno quiere decir la verdad, hay que hablar de cosas que son desagradables. ¿Ves?, eso también con respecto a la falsa mesura... Para mí, la verdadera mesura es decir: "No, señor fiscal, en relación con este caso usted ha sido parcial, ha actuado con rencor, con acritud; hizo una investigación paralela y cosas que no tenía que hacer"; eso es para mí la verdad y hay que decirla aunque no guste. Y por lo tanto ahí me reprocharon que hubiera testimoniado, cuando teórica, jurídicamente, un testigo incluso puede ser sancionado y recibir una multa si no se presenta. Pero en un caso hay que hacerlo, y en otro, no.

—Sí...

ANDRÉ: Hay una cosa que también me irrita, y es que hay un aspecto, que a lo mejor está vinculado, a lo mejor equivale un poco a una de las críticas que se hacen de la función pública, pero hay un aspecto mezquino: la gente, la gente que no trabaja; quiero decir que procura hacer lo menos posible, cada uno le endosa el trabajo al

otro; en fin, en este momento yo veo una cantidad de colegas holgazanes absolutamente pavorosa. Verdaderamente, el 50% de los magistrados de X. procuran hacer lo menos posible. Es irritante, muestra de una mentalidad pequeña, mezquina; en fin, se olvida el interés del encausado; y además hay holgazanes que incluso dicen: "Oh, en definitiva no tenemos recompensas, así que a uno le importa un bledo y hace lo menos posible"; y están los que dicen: "Ah, Napoleón había previsto condecoraciones y tonterías por el estilo para hacer progresar a la gente, nosotros en cambio no tenemos ninguna condecoración, así que...".

—*En última instancia, justifican su...*

André: Su holgazanería.

—*...su holgazanería, en definitiva la reivindican, no sé...*

André: Sí, casi la reivindican. Dicen: "Ah no, no nos vamos a deslomar, no hay posibilidad de progresar más", y la verdad es que no es estimulante. Yo creo que, en cierto modo, no estamos en una situación de riesgo suficiente. Haría falta que nos viéramos obligados a pelear, en fin, a justificar nuestro valor y además que la legitimidad, en vez de ser algo dado, fuera algo que se ganara; creo que eso cambiaría la mentalidad: que el juez muestre su legitimidad mediante el trabajo que realiza, la calidad jurídica de las decisiones que toma, en lo civil o en lo penal.

—*Esa especie de adquisición de legitimidad, quién puede...*

André: Es complicado, pero creo que globalmente, si quieres, es un poco el desfase del que te hablaba hace un rato, entre una calificación que tendrá que ver con que no hayas hecho olas, que te hayas entendido bien con tu presidente o tus colegas y no tengas problemas con el ministerio fiscal, y por otro lado que seas verdaderamente reconocido por la gente que te ve trabajar, es decir, los abogados, los escribanos forenses, y cuando eres juez de instrucción, los policías, los gendarmes, los detenidos. Es ese desfase, en definitiva, entre una calificación que no quiere decir nada puesta por gente que uno jamás ve y por otra parte el "se dice" pero en sentido general; se sabe que Fulano es alguien que no hace nada; se sabe que Mengano es un magistrado escrupuloso. Y ese "se sabe", bueno, aunque sea un poco subjetivo, es... debe de haber una manera de traducirlo, o en todo caso de adaptarlo, no sé. Y que se tenga más en cuenta la realidad de lo que... del trabajo de cada uno. Es chocante comprobar que en definitiva uno puede trabajar muy, muy bien y tener una carrera desastrosa, al mismo tiempo que la gente que trabaja con uno lo reconoce como bastante bueno; y por otra parte, trabajar muy mal y hacer, al contrario, una carrera excelente. Porque también hay cuestiones de relaciones, de camaradería; en fin, hay montones de cuestiones, de apoyos políticos, a lo mejor...

[...]

Además están los asuntos de los que uno se hace cargo y aquellos de los que no se hace cargo, todo el fraude fiscal del que ni siquiera nos encargamos sistemáticamente, y por otra parte los casos a los que se les echa tierra encima, sin hablar de los asuntos políticos; entonces también ahí, en términos generales —y no soy el único que lo dice—, todos los magistrados, en fin, la gran mayoría, empiezan a hartarse de ver que los asuntos se tapan...

—*De ver que una parte de los asuntos...*

André: Y eso la gente lo sabe, los detenidos lo saben, incluso diría que ahora más de la mitad de los detenidos... que están en las penitenciarías francesas saben que la justicia es inequitativa, que se tapan los asuntos de los políticos, los notables, etcétera, y no es creíble, no sé. Se pierde toda credibilidad. Cuando oigo que el ministro de Justicia dice: "No, no hay misión sagrada, el juez no tiene una misión sagrada", creo que, para ser comprendido, pese a todo hay que afirmar algunos valores, y si uno no trata de estar cerca de ellos, no es creíble.

[...]

—*Sí...*

André: Si queremos devolverle crédito a la justicia, habrá que volver a darle poder sobre la gente con quien trabaja, en especial sobre la policía. Y ése es uno de los grandes reproches que les hago a los informes que propician el cambio, que no ponen en tela de juicio la tutela política sobre el ministerio fiscal, en fin, en realidad no lo hacen para nada, y tampoco el hecho de que la justicia no tenga ningún poder sobre la policía; ahora bien, lo esencial de la investigación lo hace la policía; el juez interviene en ella en casos excepcionales, de todas maneras no puede hacerlo todo. [...] Pero la justicia debe superar la etapa de la policía, así que ésta...

—*¿Por qué debe superarla...?*

André: Porque no es simplemente... sí, la policía puede estar muy, muy bien, pero incluso el espíritu policial, bueno, muchas veces es insuficiente. Es "Usted hizo esto" y bueno, se procura simplemente averiguar el móvil, el contexto. La justicia es otra cosa; considero que hay que tener cierta sensibilidad para comprender, ahí va a hacer falta que uno pondere, que vea cómo vive

el procesado, cómo... Y opino que los policías desdeñan bastante todo eso. Pero es cierto que la policía es necesaria... Para mí la noción de juez... hay que tener libertad de espíritu, hay que poder expresarse a gusto, hay que tener independencia, hay que poder afirmarse, ser firme, ser claro, no estar obligado a limitarse en las opiniones.

—¿Con respecto a quién?

ANDRÉ: En líneas generales, con respecto a los policías... Son un estado dentro del Estado, son muy importantes, digamos en sus sistemas sindicales, etcétera. Son mucho más numerosos que nosotros, tienen un presupuesto enorme, el Ministerio del Interior es el más importante y además ellos deciden, hacen el trabajo y después estamos nosotros al final del trámite y tratamos de prestar el servicio posventa... Creo que hace falta que seamos..., sí, que seamos libres, que los jueces sean un poco independientes, un poco valerosos, que tengan un poco de clase, un poco de vivacidad, que sean capaces de explicar su decisión, que tengan un poco de "autoridad" entre comillas y no pasen pegados a la pared, que sean capaces de afirmarse sin ser tampoco brutales, irrespetuosos con la gente y sin actuar con apriorismos y prejuicios; sí, que los jueces tengan cierta envergadura, que sean capaces de defender su punto de vista en la plaza pública y de mostrar en sus actos que tienen legitimidad para juzgar.

[...]

—Hoy, con la experiencia que tienes en esta profesión, ¿recomendarías a alguien que se dedicara a ella?

ANDRÉ: ¿Honestamente? Sí. No es una profesión poco interesante; la profesión está bien. Pero hay que hacerlo sin demasiadas ilusiones y hay que pelear, pelear verdaderamente para llegar a hacerlo correctamente.

—Y en tu medio, ¿hay quienes pelean?

ANDRÉ: Sí. Sí, oh sí, también hay jueces súper...

—Sí.

ANDRÉ: Jueces que yo admiro, y hay magistrados que actúan de manera completamente honrada, gente digna, abogados que desempeñan bien su papel; a veces me emociona cuando un abogado dice: "Vea, mi cliente está detenido hace dos años, pero la instrucción, el juez de instrucción, mostró una gran sensibilidad, trató de comprender su personalidad y además los contactos humanos fueron agradables", y son reconocidos por los clientes que son delincuentes, que hicieron cierto número de macanas; bueno, a quienes se les reprochan hechos graves pero son, tienen el respeto de su juez; estoy orgulloso de esos jueces. Hay jueces que —sin dejar de ser severos y exigentes— buscaron la verdad, procuraron comprender lo que habían hecho y tienen un contacto con esa gente que deberá integrarse; en la sociedad francesa están los magrebíes, yo considero que tenemos una función de integración. Una función de recordatorio de la ley, en algunos casos reemplazamos en cierto modo al padre, y cuando hacemos dignamente nuestro trabajo, sí, es fantástico. Hay momentos, cuando uno pronuncia un fallo y la gente en la sala aplaude, no en el sentido primario del término sino porque verdaderamente considera que se ha hecho justicia y además está contenta, sin que se hayan dado muestras de demagogia sino tomando una decisión un poco riesgosa; sí, porque también es preciso, en todo caso para las decisiones muy buenas, a veces correr riesgos en cierto sentido, no con respecto a la culpabilidad sino cosas que parecen curiosas, que son audaces porque para llegar a adaptar bien la sanción a veces hay que apartarse de los caminos trillados, hay que hacer otras cosas que no se esperaban o que no coinciden totalmente con lo solicitado por el ministerio fiscal, que sorprenden; creo que para tomar una buena decisión a veces hay que sorprender. Y cuando, excepcionalmente, se toman decisiones así, que sorprenden y la gente se pone contenta, que globalmente están bien juzgadas, sí, estoy contento. Estoy orgulloso, sí.

—¿Tienes ejemplos?

ANDRÉ: Ah, sí, sí.

—¿Puedes darme uno?

ANDRÉ: Está el de una mujer muy comprometida en un gordo asunto de narcotráfico, varios kilos de heroína... Esta mujer tenía una esclerosis en placas con incontinencia urinaria y anal. Hacía dos años que estaba en prisión y siempre había admitido los hechos, era bastante digna, no sé. El proceso duró 15 días y el abogado nos dijo: "El médico declaró que su estado es compatible con la detención". Pero para alguien que está en ese estado (ella usaba pañales, ¿ves?, tenía ausencias todo el tiempo, etcétera) podía pensarse que era contrario a la dignidad, etcétera. Y nos hizo cambiar de opinión, cuando en realidad ya nos disponíamos a darle ocho años efectivos. Así que le dimos seis años en suspenso. La pusimos en libertad esa misma noche. Considero que asumimos nuestras responsabilidades. [...] Eso mostraba que éramos capaces de cambiar de opinión. De cuestionarnos, de tener en cuenta también las cuestiones humanas. Ese día me enorgullecí de la justicia. Salí, estaba contento y pensaba: "En Y. hacemos un buen trabajo".

—¿Y te pone igualmente contento condenar cuando alguien, a tu juicio, lo merece?

ANDRÉ: Sí, exactamente. Por ejemplo, en un caso de derecho laboral, en la vista para sentencia todo el mundo decía: "Es una estafa"; yo lo discutí porque no se ajustaba a la realidad, al derecho laboral; un tipo que empleaba a gente, trabajo temporario, en fin, era completamente ilegal. El argumento que presentó el abogado de la defensa no parecía malo, pero si se ahondaba un poco era totalmente falso, y además era una puerta abierta a todos los abusos; yo encontré el argumento que permitió convencer a los otros dos jueces, estaba contento, me dije que servía para algo. Había visto el expediente antes y después lo argumenté, así que creo que era justo y coherente; consistía en defender el interés de los trabajadores, sin apriorismos contra el patrón, pero era la ley. También estaba contento por haber hecho fallar el golpe, no nos dejamos engañar por un argumento especioso [...].

—Es una excepción...

ANDRÉ: ¡Ah no! Hay personas, afortunadamente. Hay excepciones, pero el sistema tiende a...

—Sí, el sistema tiende a crecer...

ANDRÉ: Eso es, mira, yo abrí un poco la boca, quiero decir que me llené la boca, me despojaron de todas mis funciones de juez único, estuve a punto de que me echaran, así que entonces incorporé en parte los valores del sistema. O sea que cuando ahora tengo que decirle al presidente que lo que hace es escandaloso, le digo educadamente: "Bueno, aquí estamos, podemos preguntarnos sobre...", mientras que, no sé, un juez tendría que ser capaz de decir que no, que es inadmisible, contrario a tal o cual principio, contrario a la ley, contrario... No estamos ahí para actuar como en una empresa, por una vez, creo que no tenemos que tener la lógica de lo privado, del ejecutivo que debe obedecer a su superior; debemos ser personas, personajes un poco públicos, como los funcionarios electos, sí, como un alcalde que está ahí para defender el interés general pero que tiene que ser capaz de decirle a alguien: "Su interés es el que es, pero el interés del municipio no es ése" y, al mismo tiempo, actuar de manera tal que no se perjudiquen los intereses de las minorías...

1991

“...fingi...

...fábrica...”

Permanentes y temporarios

Michel Pialoux y Stéphane Beaud

Septiembre de 1989: hace varios días que la fábrica Peugeot de Sochaux está en huelga. Primeros desfiles en la sección carrocería. Unos centenares de huelguistas, obreros no calificados a los que se unieron algunos puñados de profesionales, desfilan por los inmensos talleres de carrocería alrededor de las cadenas de montaje (de las que acaba de salir el nuevo 605, cuyo lanzamiento data de principios del mes). Tiende a establecerse una especie de ritual; día tras día, las cosas pasan más o menos de la misma manera. Tras las asambleas generales realizadas bajo la pasarela de acabado, los obreros desfilan, lanzan gritos a voz en cuello, silban y entonan consignas y lemas. Cubren la longitud total de los pasillos exteriores a las cadenas y avanzan, de a diez en línea, con los delegados a la cabeza.

El taller de carrocería es la apuesta de una batalla concerniente a la cantidad de huelguistas y los efectos de la huelga. La dirección afirma que el funcionamiento de las cadenas casi no ha sido afectado y que la mayoría de los autos salen normalmente, para intentar mantener a raya el movimiento e impedir que gane a los no huelguistas y los demás obreros del grupo Peugeot, y también para demostrar a los operadores financieros que la situación está controlada. Los huelguistas han invitado a los periodistas a ingresar en los talleres y constatar, de visu, que gran parte de la actividad productiva está paralizada por la medida de fuerza. De hecho, muchas operaciones no se cumplen o se cumplen mal: luego, habrá que volver a revisar todos los autos.

El sentido de esos desfiles es múltiple: a la vez obstaculizar la producción, mantener la moral de quienes ya participan en la huelga e impulsar a otros obreros a adherirse a ella. Los huelguistas marchan lentamente. En ciertos momentos forman algo así como un bloque compacto, homogéneo. En otros, el cortejo se alarga, se dispersa. A la cabeza van a menudo los militantes aguerridos, los delegados, a veces provistos de megáfonos. Los demás los siguen desordenamente. Conversan entre ellos y en sus rostros se lee la felicidad. Todos parecen dichosos de encontrarse allí en tan gran número, y se evoca la huelga de 1981. Hay mucho ruido pero ningún destrozo. Por momentos, para aumentar el bullicio, algunos golpean acompasadamente los armarios metálicos.

A lo largo de las cadenas se despliega un "cordón" de ejecutivos, técnicos, empleados, capataces –a menudo de edad, con saco y corbata– (algunos ingenieros jóvenes parecen perdidos, pero se evitó que entraran en contacto con los huelguistas los jóvenes, los BTS,* nuevos y numerosos especialistas en informática). Están ahí, delante de las cadenas, para evitar el deterioro de las "herramientas de producción"; entre ellos, un ordenanza. A dos metros uno del otro, observan "pasar" el cortejo y evitan cruzar una mirada con los huelguistas. Algunos se miran los pies, otros vuelven la cabeza ostensiblemente a derecha o izquierda. El momento es difícil. Mientras marchan, los huelguistas a menudo apostrofan a tal o cual; a veces se entabla un diálogo. Pronto se comprende que esos miembros del

*. Quienes poseen el *Brevet technique supérieur*, certificado técnico superior (n. del t.).

personal (esos "borreguitos" [*"suivettes"*], un término del vocabulario de los años setenta con el que con frecuencia se los designa en la fábrica) recibieron la consigna de no responder a las pullas o las "provocaciones".

Clima cargado de tensión. Siempre puede estallar y enconarse algún altercado, que nadie sabe cómo terminará. Al acercarse a la cadena cuatro –la que sigue trabajando y a la que la dirección pretende mostrar en funcionamiento–, la tensión aumenta: las filas se cierran, los insultos se hacen más violentos, los megáfonos se colocan a unos pocos centímetros del rostro de las personas del cordón. En varias ocasiones habrá empujones, y en ambos bandos se harán esfuerzos por bajar el tono.

En realidad, alrededor de esa cadena la situación es extraña. Entre los obreros que trabajan, algunos, con frecuencia mayores, cumplen sus tareas sin vacilar y levantan la cabeza de cuando en cuando para responder a los insultos o las pullas, asumiéndose como no huelguistas; otros están notoriamente incómodos. Parece claro, por otra parte, que algunos, molestos, dejan la cadena en el momento de la llegada del cortejo, con el acuerdo de los jefes; se entiende que retomarán la actividad cuando aquél haya pasado. Pero otros se quedan un poco atrás, sonrientes, y en su mayor parte parecen vivir la situación sin pasión. Son los "jóvenes", los temporarios. Están algo así como al margen del conflicto. A veces dejan por un instante sus herramientas, hacen una señal de connivencia, les guiñan el ojo a los huelguistas y luego retoman el trabajo. Al pasar frente a ellos, los manifestantes evitan insultarlos; al contrario, les hacen señas con la mano y les dirigen palabras amistosas. No los conocen personalmente, nadie los llama por su nombre o por su apellido; se los toma en bloque, globalmente (son los "temporarios"), y todo el mundo parece considerarlo natural. Algunos de ellos han puesto a su lado una pancarta, o más exactamente un pedazo de cartón en el que garabatearon la palabra "temporario", pero su juventud bastaría muchas veces para que los reconocieran como tales. Esa palabra constituye una especie de escudo; es evidente que no puede esperarse de ellos lo que se pediría a los demás (en los talleres circulará velozmente la anécdota de que, para evitar los insultos, algunos "lameculos" se hacen pasar por temporarios). En el fondo, entre quienes trabajan durante la huelga –y en las cadenas, en el punto más neurálgico, donde se juegan el éxito o el fracaso de la medida– hay dos grupos: los que son tratados por la gran masa de obreros huelguistas como "lameculos" o "esquiroles", y aquellos a los que se concede de entrada un *status* de excepción: los temporarios.

Escenas sorprendentes, sobre todo si se piensa en lo que fueron los enfrentamientos durante la huelga de 1981 o en las décadas precedentes.[1] La huelga es el momento de la verdad, en el que uno está en un bando o en el otro. Decir de alguien que es un "huelguista" en el curso de una conversación cotidiana (al margen de todo contexto huelguístico) es una manera de dar a entender que está insertado en la cultura política del grupo (aunque por otro lado no sea militante ni esté sindicalizado) y pertenece al conjunto de los obreros que no están de parte de la patronal. Se ejerce una

1.
Hay que recordar que en Sochaux, tal vez más que en otras partes, y en especial si se tiene en cuenta la historia propia de la fábrica (dos muertos durante la huelga de 1968 y política de represión de los militantes en los años setenta), hacer huelga es un acto infrecuente, importante y grave. La huelga es un momento en que "hay que elegir un bando", en que cada lado cuenta sus fuerzas y las actitudes de unos y otros son juzgadas por la jerarquía y el grupo de militantes. Quienes hacen huelga son "fichados" por los capataces, que luego tienen toda la libertad para "sancionarlos" y "recompensar" a los no huelguistas (mediante la distribución arbitraria de los premios selectivos y la suspensión o aceleración de la progresión salarial de los obreros, que funciona de acuerdo con el baremo de los puntos de categorización). El grupo de militantes etiqueta a quienes no hacen huelga, y ésta hace y deshace reputaciones. Incluso se clasifica de otra manera a quienes participan en ella uno o dos días, ya que con ello demuestran una forma de solidaridad y es posible comprenderlos; en cambio, quienes se niegan deliberadamente a intervenir son ostensiblemente estigmatizados. Durante el período posterior a la huelga, se ajustan las cuentas (de los dos lados) y el grupo de trabajo aparta a los "esquiroles" y los pone en el índex.

reprobación muy fuerte, hasta dos o tres años después, hacia quienes en ningún momento participan de las medidas.

Para esta huelga, los dirigentes locales de los sindicatos tuvieron la precaución de dar instrucciones precisas y consignas estrictas a fin de evitar que los huelguistas tomaran como blanco a los temporarios. Los dirigentes están bien situados para saber que la "base" no está dispuesta a aceptar fácilmente que, en cierta forma, se otorgue a aquéllos el "derecho" de trabajar durante una gran huelga. En esas condiciones, ¿por qué todos los trabajadores, incluso los más intransigentes en relación con el respeto de los "valores" obreros y militantes (para quienes no podría haber excusa valedera para los "no huelguistas"), están convencidos de que la excepción que se hace a favor de los temporarios es legítima?

Si se interroga a los viejos, la respuesta surge como la expresión de una evidencia: "No es culpa de ellos", "No pueden darse el lujo de hacer huelga", "Si hiciesen huelga un solo día, la oficina de personal temporario y la empresa se pondrían de acuerdo para ponerlos inmediatamente en la calle". La apuesta es tan seria –una contratación como "efectivo"– que no se les puede pedir tamaño sacrificio. No son huelguistas; sin embargo, no se los percibe como "rompehuelgas", sino que de buen grado se les reconocen "circunstancias atenuantes". Es bien sabido que no les queda otra cosa que la fábrica como posibilidad de abrirse camino, pues casi todos fracasaron en sus estudios y la sanción del fracaso escolar tiene hoy consecuencias inconmensurablemente más pesadas que "en su época". Los huelguistas, cuyas edades oscilan entre los 35 y los 55 años, parecen proyectar en la situación de los temporarios las inquietudes que sienten con respecto a sus propios hijos, en especial el hecho de verse confrontados a la nueva exigencia del título ("caudal de conocimientos" que se deben adquirir) para tener acceso a un empleo. En ese sentido, los temporarios, en el momento preciso y "eufórico" de la huelga, se presentan menos como competidores por el trabajo –lo que sin embargo son, objetivamente– que como jóvenes que comparten las mismas experiencias que sus hijos. La situación que, vista desde dentro de la fábrica, podría interpretarse como una simple oposición entre obreros instalados ("obreros con *status* de tales") y jóvenes precarios, asume una significación muy distinta cuando se integra el espacio social local en la perspectiva: se advierte entonces una proximidad social allí donde el punto de vista "fabril" no dejaba ver más que una distancia estatutaria entre dos generaciones obreras.

A esta especie de compasión por la impotencia se añade la esperanza –la apuesta– de una identidad de intereses. Todo sucede como si los huelguistas más politizados admitieran de antemano en los temporarios una postura crítica, una actitud de resistencia con respecto a los jefes (creencia de por sí alentada por algunos pequeños signos de los propios temporarios). Les prestan la combatividad que ellos mismos tenían cuando eran jóvenes obreros en la fábrica y se contentan con el menor signo de connivencia, como si bastara con que los temporarios se liberaran del yugo que los agobia para adoptar casi automáticamente los mismos "reflejos" y actitudes que ellos acaso tuvieron en su juventud. No aprecian con claridad, empero, que la distancia que los separa es menos una diferencia de edad en el sentido biológico que una diferencia de generación, que el orden de sucesión de las generaciones obreras se vio interrumpido por diez años sin contrataciones y que esos obreros provisionales, "formados" por años de "pesadilla" y trabajos menores, llegan ya ampliamente "sometidos" a la fábrica.

Sobre un fondo de malentendidos, habría un acuerdo tácito entre huelguistas y temporarios, y la escena de la pancarta con la leyenda que identifica a estos últimos, exhibida en el momento del paso del cortejo de manifestantes, podría interpretarse como una especie de "doy para que des". Los temporarios darían su estima por el "coraje" de los huelguistas y a cambio pedirían por anticipado la

indulgencia de éstos, quienes, por su parte, les darían la "absolución" por su no participación en la huelga y demandarían el compromiso moral de –más adelante, una vez tomados como efectivos–, ponerse de su lado. Los huelguistas tenderían espontáneamente a interpretar ese gesto como un mero signo de impotencia social, mientras que a los más politizados entre ellos les gustaría ver en él un ofrecimiento futuro de colaboración en el combate obrero, un signo de afiliación potencial a su grupo, una especie de reconocimiento del carácter bien fundado de la lucha librada por ellos e incluso la adhesión a la cultura política subyacente. La pancarta puede interpretarse entonces como la promesa de una (futura) integración al grupo y de la reunificación de éste (en términos de clases de edad). Bastaría con dejar que el tiempo hiciera su obra para que el orden de sucesión de las generaciones obreras retomara su curso natural.

Un año después, en julio de 1990, la recesión golpea a la industria automotriz francesa y no perdona a la planta de Sochaux; las previsiones económicas se ensombrecen y la tendencia a la inversión del ciclo se ve agravada por los acontecimientos del Golfo. Justo antes de las vacaciones corre la voz de que a la vuelta de éstas, en septiembre, no se renovarán los contratos de los temporarios; en lo sucesivo, la dotación obrera de la fábrica se ajusta automáticamente a las previsiones a corto plazo de la producción. En este período, en los nuevos talleres de carrocería (HC1),[2] la tensión es muy aguda, los objetivos de producción no se alcanzan sino a costa de alteraciones más o menos graves de las reglas de la gestión de flujos de cadencia constante y sobre todo al precio de una intensa movilización del personal obrero, obligado a adaptarse a esta nueva manera de producir (los flujos de cadencia constante y la informatización),[3] sometido a una aceleración de los ritmos de la cadena y al que se le exige una total disponibilidad. La técnica de producción dista de dominarse completamente en este taller ultramoderno, y los diseñadores de ese gran proyecto industrial (la fábrica del año 2000) parecen haber tenido miras demasiado vastas o demasiado "tecnológicas": las averías se multiplican, el objetivo del "cero defecto" es difícil de alcanzar en las cadenas de montaje y cada vez más autos se destinan a los "retoques", es decir que se los "desengancha" de la cadena para que obreros que trabajan en sectores autónomos procedan a hacerles las rectificaciones necesarias.

Los nervios están a flor de piel. Aunque los talleres de la nueva sección de carrocería sean flamantes, bellos, espaciosos y luminosos, en julio reina en ellos un calor sofocante, casi insoportable (no se previó ningún sistema de climatización o refrigeración). Cuando más aprieta la canícula, el cuerpo de bomberos de la fábrica refresca los distintos sectores de la planta con poderosos chorros de agua sobre el techo; los obreros dicen que lo hacen, sobre todo, para evitar un colapso del sistema informático de producción. Los testimonios recogidos entre ellos hablan de la existencia de un deterioro ambiental en esos talleres y la multiplicación de los incidentes entre trabajadores, en los cuales a menudo intervienen los jóvenes.

Julio de 1992: en la planta de Sochaux ya no quedan temporarios; los últimos se marcharon a fines de diciembre de 1990. Las agencias de personal temporario que en el período anterior habían florecido en todas las pequeñas ciudades cercanas a la fábrica cierran una tras otra. Desaparecieron

2. HC1 (Habillage-Caisses 1) [Montaje de Cajas de Carrocería] es la nueva fábrica de carrocería, construida a dos kilómetros de la antigua. Empezó a funcionar en 1989: en ella, la producción está más informatizada, los obreros usan un mono verde, deben firmar una "carta" y durante la puesta en marcha no pueden fumar en los talleres.

3. La informatización de la producción permite producir en serie modelos muy variados de automóviles, lo que obliga a los obreros especializados a tener en cuenta el tipo de pieza que se debe montar en cada unidad (ya no deben montar varias veces la misma pieza en el mismo modelo) y a descifrar rápidamente las instrucciones de montaje que figuran en una hoja pegada sobre el chasis.

las ofertas de trabajo temporario en tareas mecánicas y la Misión Local de Empleos está siempre llena: los jóvenes que ya no encuentran ocupaciones transitorias acuden a ella a pedir una "pasantía" (los asesores, vagamente desengañados, comprueban que eso les permite sobre todo cobrar los 2.400 francos del contrato de inserción). En total, se habrán contratado en el lugar unos cientos de trabajadores temporarios.

Éstos fueron reclutados en masa durante el período de expansión de la empresa fabril (1987-1990). Su número experimentó un crecimiento intenso y regular: eran más de mil quinientos durante la huelga de 1989 y llegarían a un máximo de tres mil quinientos en julio de 1990. Se concentraban en algunos talleres de montaje o en pintura (en el momento de la medida de fuerza, el 70% en el sector de laqueado). El recurso a los temporarios fue tan masivo que muchos obreros estaban convencidos de que una gran cantidad de ellos iban a ser contratados. En la fábrica se los destinaba desde el primer día a los puestos de la cadena; un obrero del sector les mostraba el trabajo y aprendían, a veces en una sola jornada, a cumplir su tarea. Algunos, sobre todo los de la región, no se quedaban más de un día, pero otros se enganchaban más tiempo con la esperanza de obtener una "contrata" (un contrato de duración indeterminada). Empleados principalmente en sectores de montaje de la fábrica de carrocerías como el de acabado, a menudo ocupaban los puestos reputados de más "duros", que exigían a la vez resistencia física y rapidez de ejecución, puestos que a los "viejos" les costaba cada vez más atender en ese período de fuerte ascenso de los ritmos. Para ellos, los temporarios eran esos jóvenes anónimos que "desembarcaban un buen día" en el taller y a quienes "el jefe" conducía directamente a sus puestos de trabajo. Nadie los presentaba, y muchas veces permanecían tan poco tiempo que los obreros del sector no los conocían; si se quedaban, había pocos diálogos con los antiguos trabajadores de su sección, como si todos pretendieran estar alertas, en una especie de desconfianza mutua.

Una vez pasado el período de adaptación, a los temporarios les resultaba mucho menos difícil que a los obreros especializados que estaban en las cadenas desde hacía veinte años seguir los ritmos de trabajo. A menudo les costaba entender la especie de recriminación permanente de los "viejos", el hecho de que refunfuñaran o echaran pestes en su rincón. La coexistencia en el trabajo entre "viejos" y "jóvenes" obreros no careció de choques; la tensión entre ellos con frecuencia era aguda, y los altercados, numerosos, con el trasfondo de un endurecimiento de los ritmos laborales (abundan las descripciones sobre la negativa de los temporarios a plegarse a las lógicas multiformes de los frenos obreros). Los conflictos también podían tener por objeto el hecho de que los recién llegados no respetaran las reglas informales o las prácticas de sociabilidad tradicionales de los talleres de obreros especializados (en especial, el consumo de alcohol en ellos), otras tantas costumbres que los trabajadores que habían ingresado en la fábrica en los años sesenta y setenta daban por descontadas y que muchos temporarios (sobre todo cuando eran ajenos a la región) descubrían pasmados y a veces indignados.

Para muchos obreros especializados (o "viejos", término que empezó a imponerse entonces en los talleres), los temporarios simbolizaron su pérdida de categoría, la descalificación de sus conocimientos técnicos [*savoir-faire*]. En cierta forma, eran la demostración viviente de que los viejos podían ser reemplazados en un santiamén por gente sin formación, cuya única ventaja era ser joven y físicamente "lozana". La presencia a su lado de esta fuerza laboral joven y disponible hacía que su envejecimiento fuera aún más notorio, gracias a la especie de comparación espontánea que nadie podía dejar de hacer, abiertamente o a escondidas.

En lo sucesivo, los obreros se dividen en dos grupos, el de los "viejos" –constituido por la gran mayoría de los trabajadores que entraron en la planta en los años sesenta y setenta (su reclutamiento se interrumpió en 1979)– y el de los "jóvenes", que son, en su casi totalidad, ex temporarios

seleccionados entre 1988 y 1989 y finalmente tomados como efectivos. En una cantidad de varios centenares, tienen conciencia de ser los últimos representantes de la gran oleada de trabajadores transitorios que hoy está en completo reflujo. En 1992, por otra parte, se los sigue llamando "temporarios". Junto a ellos, no podríamos olvidar que la "joven" generación está representada por importantes contingentes –de peso creciente– de técnicos jóvenes a los que a menudo se designa con el término BTS, a quienes se reclutó en la segunda mitad de los años ochenta y que tienen en común no pensarse como "obreros" sino como un grupo aparte. La diferencia entre estos dos grupos radica menos en la edad, en el sentido biológico, que en su modo de ingreso en la fábrica. Por lo demás, cierta cantidad de "viejos" no lo son tanto; incorporados a fines de los años setenta, por algunas modalidades de su existencia, de su modo de vida, podrían considerarse jóvenes y, a la inversa, bastantes jóvenes temporarios tampoco lo son tanto como podría creerse, ya que algunos superan la treintena.

Lo que los distingue es en realidad la generación: la "generación fabril" –los obreros especializados que entraron en la fábrica antes de la crisis– se opone a la de los "precarios", que siempre están en busca de un empleo estable, oposición a la que en sí misma redobla toda una serie de oposiciones homólogas (politizado/"despolitizado", sindicalizado/antisindicato). Si esquematizamos, podemos decir que los jóvenes obreros especializados de ayer pertenecen a una generación escolar en que muchos empezaban a trabajar a los 16 años y donde la salida sin título era todavía relativamente frecuente, en tanto que los jóvenes precarios de hoy se piensan y se viven como "fracasados" o "excluidos" del sistema escolar que no pudieron escapar al Liceo de Educación Profesional (LEP) –y al CAP–. Esta modificación de la relación entre sistema económico y sistema de enseñanza y el fortalecimiento del poder de sanción del sistema escolar que induce la "crisis" económica va a castigar pesadamente a los individuos menos dotados en el plano educativo.

La modernización (técnica, social y espacial) de la fábrica de Sochaux produjo, por lo tanto, "viejos relativos", que no sólo están gastados por su trabajo sino que también son viejos en cuanto "perdieron" maneras de hacer y de ser que hacían aceptable la condición de obrero especializado y eran constituyentes de su conciencia de clase. También son viejos debido a la imposibilidad en que se encuentra la mayoría, cualquiera que sea su edad, de adaptarse mentalmente a los nuevos dispositivos de trabajo introducidos en la empresa. Los obreros especializados que vivieron 15 años en la cadena, aunque tengan entre 32 y 35 años, son en cierta medida viejos "por su mentalidad", viejos por los esquemas que interiorizaron y de los que hoy les cuesta mucho desprenderse para no sentirse excluidos de la "modernidad". Todo sucede como si tuvieran que luchar contra sí mismos, contra los "reflejos" que adoptaron progresivamente. Quienes se socializaron en la "cultura de oposición", típica de los grandes talleres de obreros especializados en los años setenta,[4] también "envejecieron" políticamente a causa de la desvalorización de las esperanzas y los ideales, el desprestigio de las creencias que los sostenían en su resistencia al orden fabril, una historia común que se deshace; en síntesis, por la desconstrucción del grupo obrero. Lo que se hunde es la manera en que los obreros, en la vida de los talleres, habían construido su reputación y por lo tanto la parte positiva de su imagen de sí mismos.

Los jóvenes temporarios se toparon con muchas dificultades para encontrar un trabajo a la salida de la escuela; atravesaron pasantías y "pequeños contratos" transitorios, con breves períodos de desocupación en el medio. Siguen a la espera de un empleo estable y una vivienda propia. Como su ingreso en la vida activa (y en la vida adulta) se postergó sin cesar, ven en la "gran fábrica" que es

4. Cf. C. Corouge y M. Pialoux, "Chroniques Peugeot", en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 1984-1985.

Sochaux una oportunidad casi única de conseguir un trabajo estable. Para ello, muchos vienen desde lejos (de regiones donde la desocupación de larga data afecta a muchos jóvenes, como el norte y la Bretaña, por ejemplo). Ven en los obreros especializados que trabajan a su lado en la fábrica no un grupo unido y solidario, un grupo "fuerte", sino un grupo desunido de gente cansada, desgastada, desmoralizada, prematuramente envejecida que "refunfuña", que se "comporta mal" en el trabajo (actitud que puede llegar hasta el sabotaje), mientras que ellos, por su parte, están impacientes por dar pruebas de sus aptitudes, demostrar lo que valen, y procuran acumular "puntos a favor" para que los tomen como efectivos después de su contrato transitorio. Tratan de "atender" de la mejor manera posible su puesto de trabajo y mantienen buenas relaciones con los jefes que los "protegen" de sus empleadores (las agencias de personal temporario). Así, pues, no se sienten obligados a respetar las tradiciones existentes desde mucho tiempo atrás en los talleres, y pueden exceptuarse de la regla o la costumbre (como la del alcohol). Los "antiguos" no les prestan ninguna atención en particular, salvo algunos militantes que, dicen, vienen a venderles un *carnet* (se sienten agredidos por esa "búsqueda de clientes" que les parece casi indecente). Estos jóvenes temporarios (ajenos a la región y a la "mentalidad Peugeot") han trabajado demasiado poco tiempo en la empresa para comprender la naturaleza de las complejas relaciones que se anudan en esos talleres; ignoran por completo la historia que modeló las diferentes actitudes, las escisiones, las hostilidades y los odios, las heridas y las cicatrices y hasta las diferencias entre los sindicatos y sus estrategias. Lo que conformaba el núcleo de la vida de los militantes, lo que constituía un fuerte principio de identidad, pasa inadvertido a sus ojos. De manera que perciben a todos los obreros del sector "en bloque" como pertenecientes a una misma generación, la de la gente que pudo tener la suerte de "hacer toda su vida en la fábrica".

La coexistencia de los "viejos" obreros especializados y los "jóvenes" temporarios en los lugares de trabajo constituyó una especie de revelador de los malentendidos –estructurales– recíprocos. Por un lado, los "viejos" veían a los temporarios como "jóvenes", proyectando la visión de su propia juventud ("despreocupada" y "rebelde") sobre unos "jóvenes" angustiados ante todo por la perspectiva de no lograr insertarse nunca en el mercado laboral y asediados por el espectro de la "exclusión". Los viejos formados en la cultura militante "sintieron" entonces que no podían transmitirles nada de su saber o su experiencia "política" y descubrieron que el hilo de las generaciones obreras en la fábrica estaba roto. Durante esos años de crisis y ausencia de contrataciones, se difundió en la región una especie de creencia, de "rumor" según el cual la fábrica ya no tomaría más trabajadores efectivos a menos que tuvieran el bachillerato más dos años de estudio. La conciencia particularmente aguda del carácter indispensable que reviste hoy la posesión de títulos "superiores" (medida casi en términos de la duración de los estudios más allá del bachillerato) tuvo por efecto objetivo, y en cierto modo retrospectivo, hacer que se considerara que los obreros especializados habían entrado en la fábrica sin diploma, "sin nada", como gente que "tuvo suerte". Puede decirse que con el endurecimiento de la competencia escolar y la descalificación de las formaciones profesionales breves (CAP, BEP), los jóvenes poco calificados o sin calificación alguna (y en especial los que chocaron ya con los veredictos inapelables del mercado laboral local o nacional) tendieron, a contrapelo, a construir una visión de la generación de los obreros especializados de la fábrica (que para muchos es la de sus padres) que la consideraba despreocupada, si no "feliz", por el mero hecho de que antaño se conseguía fácilmente un empleo. Esta construcción a posteriori de la generación de los padres aísla de hecho un momento de su trayectoria profesional que es el de su inserción en el mercado laboral y hace abstracción del sistema de coacciones históricas que también apremiaban a los individuos de esa generación (por ejemplo, los hijos de los campesinos escaparon al trabajo en la tierra para tener acceso a los bienes y placeres de la "sociedad de consumo").

"Con todo, tenía nos la suerte, o la desgracia, de conocer la fábrica."

Un obrero metalúrgico

¿bueno, lo aceptamos? Nos hacemos bueno así

Un joven barrio

El viejo obrero y la nueva fábrica

Michel Pialoux

Cuando una tarde de julio de 1990, a eso de las tres, Christian C. y yo[1] llegamos a D., una aldea del Alto Saona situada a alrededor de cincuenta kilómetros de Sochaux, Gérard –que trabaja "de mañana" en la planta– nos espera en el jardín que rodea su *chalet*: en pantaloncitos cortos, con el torso desnudo, rotura con la laya un bancal de terreno. Es obrero especializado en la fábrica de Sochaux desde 1965. Está cerca de los 50 años y trabaja en el taller de acabado desde hace casi 15: si bien ocupó muchos puestos, siempre estuvo "en la cadena", "en la línea". Cuando se levanta para recibirnos, me sorprende por su estatura, el vigor y la especie de energía tranquila que emana de él; con frecuencia, los obreros de la fábrica me parecen avejentados, desgastados y aparentan, como suele decirse, cinco o diez años más de los que tienen; él, en cambio, parece haber resistido mejor que muchos otros el desgaste de la planta.

Intercambiamos las palabras rituales acerca de lo "agradable" de las labores de jardín y de lo fatigoso del trabajo en la fábrica. Gérard va todos los días a Sochaux en uno de los ómnibus de la empresa. El viaje dura casi una hora. Usa su auto –un 405– muy excepcionalmente. (Desde hace décadas, toda la región está surcada por una red de ómnibus que comienzan su recorrido a las tres o las cuatro de la mañana. Actualmente los obreros son menos numerosos, pero la dirección mantuvo los antiguos circuitos de transporte.) A paso lento, charlando, recorremos el *chalet* (cinco habitaciones, un gran sótano...) y bromeamos acerca del orden del jardín: hay muchas flores, plantas ornamentales un poco apartadas, algunos bancales de hortalizas. Gérard nos explica cómo y por qué hizo construir la casa en 1973, poco tiempo después de casarse: el empleo en Peugeot daba seguridad, las tasas de interés de los préstamos no eran elevadas y además el terreno no costaba mucho –"casi nada"–, gracias a la "astucia" del alcalde de la comuna, un "comunista", un "viejo pillo" que siempre supo arreglárselas y compró en el momento oportuno reservas de tierras para el municipio. Agrega –habla lentamente, con una voz un poco sorda, sin estrépito, en la que a menudo se nota algo de ironía, como si quisiera poner cierta distancia entre él y nuestras preguntas– que nunca le gustó demasiado el trabajo de la tierra y que lo hace ocasionalmente en verano (una mano dada "aquí o allá" a un vecino o un pariente). Su padre no vive lejos, pero ya no trabaja sus tierras, que arrendó a un vecino. (Indica con un gesto la dirección de la vieja casa. Y en el transcurso de la entrevista señalará con el dedo las diversas viviendas de sus cuñados, sus primos, los padres de su esposa...). Insisto un poco: ¿un trabajo "extra", según lo permitieran los turnos de la planta? No, a decir verdad eso "nunca lo tentó". Por otra parte, "ya no se hace". Los obreros que trataban de "aguantar" en la fábrica y trabajar en sus granjas tuvieron

1. Christian Corouge es un obrero especializado de la fábrica Peugeot de Sochaux con quien trabajé durante los años ochenta y junto con quien publiqué varias "Chroniques Peugeot" en *Actes de la recherche en sciences sociales*, entre 1984 y 1986.

que renunciar uno tras otro ("Tuve un compañero que tenía esa segunda ocupación –explica–, pero hubo una época en que era una cosa o la otra, o la fábrica o la granja"). Hoy, la gente está "demasiado cansada". En cuanto a él, la única tarea a la que se dedica regularmente aquí, en la aldea, es la tala de árboles en los bosques aledaños, actividad establecida por tradición que se hace entre varios, "entre compañeros", y le permite tener calefacción en su *chalet* durante todo el invierno ("Los inviernos son rigurosos; sin la tala no podríamos, por motivos económicos"). Y añade: "Corto mi leña, hago arreglos, trabajo en el jardín, pero lo hago para mí, únicamente lo que me gusta...". Su pasión es la caza. Cuando nos vayamos, tres horas más tarde, a eso de las siete, Gérard se lanzará a una descripción de colores subidos de esa actividad: partidas de caza con sus vecinos y cuñados, batidas del jabalí que movilizan a todos los hombres de la aldea... Por el momento, menciona más bien (pero discretamente, sin insistir demasiado) el cansancio que sobreviene, lo difícil que es recuperarse físicamente después de las jornadas de trabajo: "Hace un par de años volvía, arreglaba cosas, pescaba, iba a buscar leña. No había problemas. Pero ahora, cuando vuelvo, no me atrae en absoluto hacer nada...".

Gérard es un viejo compañero de Christian. Se conocen desde hace más de veinte años y están unidos por muchos recuerdos comunes. Al ingresar en la fábrica, Christian trabajó en la misma cuadrilla que él, en carrocería. Y, sobre todo, hizo sus primeras armas en la militancia junto a Gérard en 1969, cuando la planta estaba llena de gente joven y combativa. "Eso crea vínculos." Luego se reencontraron con frecuencia: en los talleres durante los "descansos", en los cafés cercanos a la fábrica o en las reuniones sindicales. Pero Christian nunca vino a la aldea de Gérard: es un "compañero de la fábrica", no "del barrio" o "de la aldea". Y la diferencia tiene su importancia. Desde 1983 o 1984, cuando empezamos a trabajar juntos, Christian me habló a menudo de él... En su opinión, es el "obrero campesino" tipo, íntegramente envuelto en las redes de la vida local, que tiene placeres de campesino, que caza, que pesca... Encarna un modo de vida que lo fascina y se opone por completo al de los complejos de HLM (*monoblocks*) donde están condenados a vivir los obreros que llegaron de otras regiones u otros países, inmigrantes del interior o el exterior. Al mismo tiempo, lo que a sus ojos singulariza a Gérard es que es un "rojo"; hijo y nieto de campesinos, está sin embargo inscripto en una tradición política, la de una región "roja": la de la mina de Ronchamp y las aldeas obreras que la rodean, la de los pequeños campesinos con una larga tradición anticlerical y republicana a sus espaldas, zona también marcada muy intensamente por los recuerdos de la Resistencia, en la que abundan y son muy activos los municipios socialistas y comunistas.

Gérard tiene efectivamente reputación de "rojo" tanto en la fábrica como fuera de ella. Militó durante mucho tiempo en el PC, donde ejerció responsabilidades relativamente elevadas; se considera aún como un "verdadero" comunista, aunque haya devuelto su *carnet* a fines de los años setenta. Nunca dejó de estar afiliado a la CGT y forma parte del núcleo de viejos militantes y delegados en torno de los cuales se cristaliza la resistencia al orden fabril. Está plenamente insertado en la red militante, donde se encuentran sus verdaderos compañeros. No obstante, jamás fue delegado. Su nombre figura a menudo en las listas de candidatos de la CGT a las elecciones de delegados gremiales o del Comité de Higiene y Seguridad (CHSCT), pero siempre en puestos sin posibilidades de ser elegido.

Terminada la recorrida del *chalet*, Gérard se pone una camisa y nos instalamos en la cocina: moderna, bien equipada, está amueblada con un aparador y sillas "rústicas" (los viejos muebles, de los que hablaremos, quedaron en la casa de los padres). Nos invita con café y masas. En varias ocasiones se levantará e irá a buscar documentos: su recibo de pago, la carta que recibió cuando llegó a Morvillars a hacer una pasantía (un curso de tres semanas destinado a los obreros que iban a trabajar en la nueva planta de montaje de cajas

de carrocería), panfletos sindicales que conserva... Su esposa (que es empleada en un servicio municipal) aparecerá al final de la tarde. Sólo intercambiaremos con ella algunas palabras; no se mezclará verdaderamente en la conversación porque hablamos de la planta; también aquí percibimos la magnitud del corte entre el mundo de la aldea y el de la fábrica.

Gérard sabe que conozco a Christian desde hace mucho tiempo; por otra parte, ya nos habíamos encontrado dos o tres años atrás fuera de la planta un día de paro, cuando los huelguistas habían salido de los talleres para reunirse en los cafés cercanos.

Fue Christian quien propuso y preparó la entrevista. Sin tener una idea bien definida de los temas sobre los que queremos conversar con él, Gérard cree que le solicitaremos ante todo su "testimonio" acerca del taller de acabado, los cambios que se operan en él, lo penoso de los puestos de trabajo, los flujos de cadencia constante, el "justo a tiempo", etcétera. Sabe igualmente que deseamos hablar de la "pasantía" que empezó a hacer en Morvillars y de la que lo echaron al cabo de cuatro días. Seguramente no se imaginó que la entrevista cobraría un tono de "confidencia" y que, por ejemplo, hablaríamos, desde el comienzo y sin prolegómenos, de su relación con la "política", materia sobre la cual es evidente que prefiere, por lo menos en un primer momento, mantener "reserva". Al mismo tiempo, sin embargo, conoce bien a "su" Christian y presiente que no podrá evitar una discusión sobre temas "políticos", en la cual, por cierto, no tiene la intención de llegar muy lejos.

Efectivamente, no nos atreveremos a hacerle ciertas preguntas demasiado "personales"; otras sólo se abordarán cuando, apagado el grabador, charlemos de pie durante un largo rato en la cocina o cuando, franqueado el umbral, sigamos conversando más de un cuarto de hora en la avenida del jardín... El acuerdo implícito inicial no preveía que Gérard se confesara, que hablara de sí mismo. Sin embargo, pronto evocará a su padre, militante comunista activo, ex miembro de la Resistencia, durante mucho tiempo concejal municipal de la aldea ("Me crié en un medio resistente –explicará–; mi padre y mi abuelo participaron en la Resistencia... mi abuela hacía pan para los resistentes"). Su padre tenía una granja que hace treinta años parecía una explotación "mediana" pero de la que ni él ni su hermano (que se convertiría en técnico fabril) pensaron jamás en encargarse ("Cuando vio que nadie quería seguir con ella, no invirtió, no se amplió... las tierras se arrendaron"). Sus padres lo "impulsaron" a "estudiar", con la esperanza de que fuera al colegio secundario. Pero abandonó en tercer año ("La cosa no funcionaba demasiado bien... veía a mis compañeros que ya la apechugaban, y yo...").

Al salir de la escuela, entra a trabajar en una planta textil que está a sólo dos kilómetros de la casa de sus padres, pero en la que los salarios son muy bajos. ("Allí tenía mi oportunidad de llegar a encargado", dirá). Decide renunciar e intentar que lo contraten en Sochaux. Es la época en que el salario de un obrero no calificado de Peugeot es ampliamente superior (en un 30 o 40%) al de un obrero profesional e incluso al de un capataz de la mayoría de las fábricas de la región. Ser obrero de la empresa automotriz aparece entonces como una suerte envidiable. La conciliación entre un estilo de militancia política "dura" y cierta forma de ascenso profesional también parece perfectamente posible.

En varios momentos abordamos con él la cuestión de sus hijos y el porvenir escolar y profesional que les espera. Tema ardiente y doloroso que todas las preguntas sobre su propio futuro y el de la fábrica hacen resurgir casi infaliblemente. El temor de que ellos (el mayor, de 17 años, está en primero, y el menor, de 16, en segundo) fracasen en el liceo y terminen como él, en el trabajo manual dentro de la planta, aflora sin cesar. Su relación con el futuro se construye también a través de la de sus hijos. "No les va demasiado mal", dice con una sonrisa, pero no se atreve a avanzar mucho en un terreno que no domina, temiendo que el porvenir le reserve aquí sorpresas desagradables. Lo que más llama la

atención es tal vez la manera en que explica por qué hizo todo lo posible para evitarles un ingreso en la enseñanza profesional que le parece desvalorizado y sin otra salida que la fábrica, como si trasladara al conjunto del mundo industrial la aversión que siente hacia la empresa Peugeot.

Al mismo tiempo –y también es ahí donde se expresa la ambigüedad de su relación con la fábrica que, objeto de odio, es asimismo, en cierto sentido, un objeto de amor al que se asocian algunos de los recuerdos más queridos y de las emociones más fuertes de su vida–, repetirá en varios momentos que su más vivo anhelo es que los hijos vayan a trabajar a la planta, como "escolares", durante las vacaciones de verano. A su juicio, se trata de una especie de aprendizaje negativo –hacer que vean con sus propios ojos cómo es el mundo fabril y mostrarles por qué hay que huir de él–, pero al mismo tiempo en sus palabras se trasluce el deseo de hacerles comprender qué fue el trabajo de obrero especializado, por qué desgastó a su padre y cómo, también, éste desarrolló en él actitudes de combate que, a sus ojos, tienen coherencia y grandeza, y de las que presiente que ya no serán comprendidas por mucha gente. "Yo quisiera –dice– que entren en la fábrica, aunque sea por un mes, pero ellos no quieren; sin embargo, cuando se levanten durante todo un mes a las tres de la mañana, tendrán la cabeza menos puesta en escuchar su música..."

Una vez sentados a la mesa de la cocina, y como para disipar el malestar subsistente, Gérard, que de entrada se coloca bajo el influjo del pasado y la confrontación entre dos épocas, suelta dirigiéndose a Christian: "A éste fui yo quien lo puso derecho". Y Christian responde en eco, en el momento en que enciendo el grabador: "La verdad es que pasamos buenos momentos juntos, y todos los que trabajaron con nosotros en esa época los recuerdan como los mejores de su vida...".

Desde las primeras palabras, me parece sorprendente que se pongan de inmediato sobre la mesa los tres grandes temas –el del agravamiento de las penosas condiciones laborales en las cadenas, el de la degradación del "ambiente" en los talleres y el de la dificultad cada vez más grande para efectuar una tarea sindical– que van a reaparecer sin cesar hasta el final de la entrevista.

Al escuchar a Gérard y Christian multiplicar las alusiones al grupo de los "compañeros" y evocar de una sola vez el "ambiente" en torno de los puestos de trabajo, las formas y modalidades del "trabajo" sindical (que estaban profundamente imbricadas en las prácticas laborales) y el vínculo que tenían con determinada postura política, me parece comprender de repente cómo y por qué pudo efectuarse durante mucho tiempo la transmisión de una cierta cultura política profundamente enraizada en un complejo de relaciones laborales (que también eran relaciones sociales entre personas "constituidas" por una historia común) y cómo y por qué desaparecieron –o están desapareciendo– progresivamente las condiciones de esa politización.

En efecto, lo que sorprende en esta entrevista es en primer lugar cierto tono, una mezcla de violencia contenida para hablar del presente y de humor un poco rechinante para aludir al pasado. También la persistencia del tema del deterioro de las relaciones laborales y el estrecho vínculo que mantiene con el de la pérdida de las relaciones de confianza en el grupo de trabajo, pérdida que se experimenta como una herida. No hay duda de que ante todo hay que prestar atención a las modalidades del rechazo de la fábrica: un rechazo violento, definitivo, sin apelación, sobre el que no hace falta insistir. Un rechazo que es, también, como la marca de una herida.

En realidad, de lo que Gérard no deja de hablar y a lo que alude tanto a la manera de una comprobación como de una denuncia, es la desestructuración del antiguo sistema de relaciones sociales que había prevalecido durante mucho tiempo en el taller (hasta 1985 o 1986), que daba una especie de fuerza al "grupo" obrero, grupo en el que los delegados y los militantes ocupaban un lugar preponderante. Lo que constituye de entrada el núcleo de sus palabras es la

cuestión de los colectivos de trabajo, sus modalidades de existencia, las formas de sociabilidad que predominaban en ellos, el modo en que se desplegaba cierto trabajo político (que casi nunca se pensaba como tal) y se articulaban, ligaban y sostenían en ellos resistencia individual y resistencia colectiva, resistencia "moral" y resistencia "política"...

Puede sentirse en Gérard algo así como una especie de herida, una decepción muy profunda ligada al presente, pero que también procede de toda una historia. Decepción que se advierte en la mirada que dirige a su pasado, así como en la que lanza hacia su propio futuro o el de sus hijos. Decepción que tiene sus raíces, igualmente, en el presentimiento de que las nuevas generaciones obreras –los trabajadores temporarios– no terminarán, salvo que se produzca un milagro, por unirse a las antiguas y que no podrán repetirse la mayor parte de las viejas formas del combate obrero porque ya no se adaptarán a las nuevas situaciones. Al volverse hacia el pasado, regresa sin cesar a la manera en que, desde hace diez años, se transformaron y agravaron las condiciones laborales en el taller, se hizo más fuerte la presión sobre los obreros, se instalaron entre ellos la desconfianza y la soplonería, se rompió, principalmente a causa del sistema de premios, la cohesión de los antiguos grupos de trabajo, y la jerarquía, al reorganizar los colectivos laborales e intentar incluso crear otros completamente nuevos, acabó por impulsar la dinámica de la vida social en la dirección más favorable a sus intereses. Parece que hubiera en ello algo así como un efecto circular. La memoria no puede abolirse. La comprobación de aquello en que se convirtieron las esperanzas, sobre todo políticas, de antaño, y de la manera en que se desestabilizaron las antiguas relaciones de confianza, informa y estructura la percepción que él tiene hoy de las relaciones sociales en los talleres y ensombrece su visión del futuro. La constatación de ese fracaso repercute también, en cierto modo, sobre el pasado, alentando una forma de irrisión o humor negro cuyo filo parece dirigido contra sí mismo.

Aunque la violencia parezca en principio dirigida contra "los otros" –el grupo de los viejos compañeros, los de su generación–, no es posible dejar de pensar que también tiene un aspecto autodestructivo, que en cierto modo siempre puede volverse contra uno mismo. En efecto, después de todo, fue el grupo antiguo, su propio grupo, el grupo del cual él fue miembro, el que no estuvo a la altura de la esperanza que Gérard había depositado en él.

El relato que hace de una "agarrada" entre obreros ocurrida en su taller –uno de esos ínfimos incidentes con que se teje la vida de la fábrica: algunos trabajadores, como juego, se arrojaron un puñado de botones, y uno de ellos sufrió una herida leve en la cara– testimonia claramente el carácter violento del malestar que experimenta a causa de las nuevas condiciones laborales. Él mismo verá sobre todo en ese relato la oportunidad de fustigar la cobardía de los viejos que, para no "tener historias" y por solidaridad generacional, adoptaron el punto de vista del jefe y se hicieron cómplices de una injusticia, minúscula, es cierto, pero que él, formado en la tradición militante, no se resigna a dejar pasar... La anécdota, de hecho, parece notablemente significativa en la medida en que ilumina el movimiento mediante el cual Gérard marca vigorosamente la distancia que lo separa de los obreros de su generación, sus compañeros, los viejos que, a su juicio, se comportan como aliados objetivos de la dirección ("Decidí –dice– no hablarles más"), para solidarizarse –pero verbalmente, por un instante y en medio de un malentendido...– con los jóvenes, o más bien con "un" joven que, en un determinado momento, le parece el único que cuestiona realmente, con sus prácticas, el orden que la dirección intenta imponer en la planta, un orden que, aunque sólo sea por fidelidad a sí mismo, él no puede dejar de rechazar con la más absoluta determinación.

Sin embargo, la descripción que hará unos minutos más tarde de la actitud hacia el trabajo de los temporarios, numerosos en su taller, muestra con claridad que ha perdido prácticamente

toda ilusión en cuanto a la posibilidad de que el combate de éstos coincida algún día con el de los "viejos" obreros. Siente muy distantes de sí a esos temporarios, presos de lógicas demasiado diferentes de las de los obreros de la fábrica. Lo que queda, entonces, lo que se presenta casi "naturalmente" en primer plano, es la expresión de un odio violento contra la fábrica, sus hombres, sus jefes, una hostilidad que sin duda se nutre de todas las humillaciones sufridas hoy, de la sensación global de un fracaso en la vida profesional, del miedo a una pauperización que lo amenaza tanto como a los suyos, pero que se alimenta en una cosa muy distinta, una decepción más profunda y más antigua: la pérdida de una esperanza de otro tipo, una esperanza colectiva a la cual nunca aceptó renunciar del todo y cuyo duelo no termina de hacer.◆

Con un obrero especializado comunista

Entrevista de Michel Pialoux

"Ya no se puede confiar en nadie"

GÉRARD: [...] Ya no hay tiempos muertos, es tiempo completo desde la entrada a la salida, no tienes más períodos de recuperación, ya no puedes ganarte nada [*alusión a la manera en que se "ganan" algunos segundos gracias a los "rebusques de trabajo"*], ya no puedes discutir [...]. [*Silencio.*] Yo diría que la cosa empezó en 1977 o 1978, cuando desembarcó el gabinete norteamericano SMI... fueron ellos los que empezaron el trabajo de desbrozamiento, los que empezaron a preparar el terreno, y después llegaron los equipos de cronometraje.

CHRISTIAN: Antes, tu preparador establecía tu escala de trabajo en una oficina con tiempos predeterminados, y después un equipo de cronometradores venía a cronometrar al titular del puesto, porque también ahí hubo grandes trifulcas, ya que siempre trataban de acorralarte, de poner un reemplazante, un reparador para cronometrarlo en tu lugar porque sabían que tú ibas a hacer maniobras con el tiempo... Y los titulares de puestos también se hacían cronometrar, pero la verdad es que eso también significaba demasiados problemas porque a nadie le gustan los cronometradores, ¡es algo físico! Y ahora, en las oficinas de métodos, suprimieron el cronometraje y le hacen hacer la operación a un técnico y lo cronometran directamente allí, pero ya no lo toman en las mismas condiciones: tubería de aire de las atornilladoras, problema ambiental del puesto, todo eso lo disimulan [...].

—¿Y en cuanto a los escamoteos, los rebusques que permitían ganar un poco de tiempo...?

GÉRARD: ¡Con eso tenemos que arreglarnos nosotros! [...] Sí, y además ahora tenemos no sé cuántas clases de coches... ¡veintitrés versiones del 405! Y más o menos treinta del 605.

—Y supongo que la gente de la oficina de métodos lo llama entorpecimiento de la carga mental...

GÉRARD: Sí, y además en este momento hacemos todos los autos para la exportación, así que hay que montar más piezas, están mejor hechos que los nuestros y en principio tienen que respetar una cadencia, pero la cadencia no existe. En principio, debe ser un US [*unidad que se exportará a Estados Unidos*] cada cuatro autos, pero si no tienen cajas van a poner dos o tres uno detrás del otro. Como en los US hay mucho más trabajo, los muchachos automáticamente se desplazan... van más abajo de su puesto, y entonces viene alguien para volver a subirlos [*si el obrero no trabaja con la rapidez suficiente, invade el espacio de trabajo del que le sigue; el jefe puede enviar en su ayuda al instructor para permitirle recuperar su lugar normal en la cadena*], cuando hay personal es igual, porque es una guerra en el nivel de los efectivos. Ahora el efectivo es cero: 25 puestos, 25 tipos, ¡se terminó! Los polivalentes, los reparadores, todo eso no existe más, siguen teniendo su categoría pero están en un puesto, lo mismo que los instructores [...].

—Me resultaría interesante entender cómo ganan productividad...

GÉRARD: En FIC1, la nueva fábrica, la verdad es que es hermoso cuando uno llega como visitante, está limpio... Pero respecto de las condiciones de trabajo y además el ambiente, es peor todavía que donde estamos nosotros. Y en definitiva, ¿qué hay verdaderamente?, los parabrisas, las planchas de borde que se colocan de manera robotizada [...].

CHRISTIAN: Ahora tienes tipos que están en pequeñas cadenas... hacen toda la preparación del frente y tienes un robot que lo agarra y lo pega al coche. Ves llegar el elemento completo del coche pero hay que saber que hacia arriba hay no sé cuántos temporarios que están trabajando, en la NASA [*un sector del antiguo acabado, así llamado por antífrasis*] o en algún otro lado, que se joden con bulones de siete que te cuesta agarrarlos y se lo pasan atornillando todo el día.

—Hay una nueva distribución del trabajo...

GÉRARD: Ganan mucho en productividad porque lo que los fastidiaba era la provisión de los puestos, los despla-

zamientos, etcétera; ahí ganan un tiempo considerable, ahora el hombre tiene todo a mano.

—De modo que en realidad eso no cambia nada fundamental, hace ganar tiempo pero el conjunto del montaje sigue haciéndose manualmente...

GÉRARD: No hay nada de... ¡HC1, además, funciona tan bien que siempre están con averías! El miércoles estábamos en el local [*sindical*], vino Hamid... habían retrasado el refrigerio. Les anunciaron que todavía había una avería... La semana anterior, ciento cincuenta autos, y el miércoles perdieron cien coches; la cosa se viene abajo con todo, son averías directas.

—¿Las averías en esos talleres son su gran problema?

GÉRARD: Sí, no lograron solucionar el problema de las averías, de... Es el empeoramiento de las condiciones laborales, yo no trabajo ahí pero según lo que se oye decir...

No hacen más que hablarnos de Japón

—Christian me dijo que usted estuvo a punto de ir a HC1 y que no funcionó. ¿Cómo fue?

GÉRARD: Digamos que me convocaron, como a muchos, para ir a la famosa pasantía de tres semanas en Morvillars. Ya el primer día hablan únicamente de los japoneses, el automóvil... no hacen más que hablarnos de Japón. [...] Cómo hay que trabajar en grupo... porque los que deciden ya no son los jefes, el jefe ya no tiene nada que ver, es el grupo. Por un día de antigüedad, de licencia o de vacaciones, el grupo decide si uno puede tomarse el día o no; así lo presentan, el que decide es el grupo. El jefe está en la oficina, ya no se ocupa de nada: está el instructor que hace de intermediario entre él y el grupo.

—¿Y machacan durante tres días con esta nueva idea del trabajo en grupo?

GÉRARD: ¡Sí, y por supuesto disponibilidad y todo! Se metieron con la disponibilidad y yo dije que no era cuestión de que fuera los sábados [*con violencia*], nunca lo hice y nunca lo haré. Y era en el período en que se recuperaba la famosa hora y media, después de las inundaciones, y le dije a G. [*responsable de la formación*]: "Ahora, no voy a hacer la hora y media todas las noches, ¡a las 21:30 me pongo en huelga!". Y él me contestó que, si era así, no me necesitaba en su taller y que volviera al lugar de donde venía. Fue rápido, al cuarto día [...].

—De hecho, si no declaras abiertamente en la reunión que no estás de acuerdo con el procedimiento, te dejan en paz.

GÉRARD: ¡Sí, sí! El cuarto día es su famosa disponibilidad... Te preguntan: "¿Los sábados estás disponible?", y si contestas: "Sí, de cuando en cuando", con eso basta; pero yo les dije que no, y fue un... porque sabía cómo funcionaba y ese día, desde la una de la tarde, era yo el que hablaba de disponibilidad. G. me decía: "¡Espera, espera, ya vamos a llegar a eso!"; ahí fue claro, me dijo: "¡Vamos, afuera!".

Cada uno agarra su recibo de pago y lo mira en su rinconcito

—[...] ¿Y en su sector también tiene temporarios? ¿Cómo son las relaciones con ellos? En efecto, ¿no es posible que al mismo tiempo cobren dos mil francos más que ustedes?

GÉRARD: Los dos que están junto a mí van a cobrar su paga esta semana, hay uno que gana 9.300 francos y el otro más de 10.000. Pero en fin, no vi el recibo de pago... Ganaron eso, ¡pero no sé qué les dio Peugeot! Pero hay otro que trabaja cerca de nosotros, quisieron tomarlo efectivo y no aceptó; está ahí a la espera de hacer el ejército y no va a quedarse, y no quiso entrar como efectivo porque gana más como temporario. Pero no sé cuánto es todos los meses.

—Cuando uno tiene veinte o 25 años de antigüedad, ¿no es un poco duro ver a un tipo que arranca en el mismo trabajo...? Es un poco el mundo al revés en relación con lo que pasaba hace 25 años, cuando había una especie de respeto por la antigüedad...

GÉRARD: Aún ahora la tienen un poco en cuenta... pero sin hablar de los temporarios, lo que hoy causa las verdaderas diferencias de salarios son los premios selectivos, porque estoy seguro de que hay algunos a los que eso les representa mil francos más por mes... Hace fácilmente unos 15 años que existen los premios y hay algunos que reciben dos o tres por año.

—¿No se desarrollaron aún más en los últimos años?

GÉRARD: Ahora el gran problema... la gente tiene un premio selectivo y ya no hablan de él, es difícil de saber. Ya no muestran ni siquiera los recibos de pago, cada uno lo agarra y lo mira en su rinconcito... Antes el problema de los premios no existía, entonces comparábamos lo que cobrábamos para ver si había algún error... Hoy nos dieron el aguinaldo. Yo rompo el sobre, leo y lo pongo sobre la mesa, "Aquí está lo que cobro", pero los otros se lo meten en el bolso, hay algunos que ni siquiera lo abren en la fábrica. "¿Cuánto cobraste?", "No sé"; no saben, sólo abren el sobre en su casa.

—¿Y antes quién distribuía las pagas? ¿El jefe de cuadrilla?

GÉRARD: Sí, y todavía hoy lo hace, pero ahora vienen en sobre cerrado. Lo que contribuye mucho al mal ambiente que hay ahora es el problema de los aumentos individuales: por 25 francos de la época la gente era capaz de hacer cualquier cosa, chivatear...

—Con todo, se da en el contexto de disminución relativa del salario del que hablábamos hace un rato, a lo largo de los años ochenta...

GÉRARD: Además, en el papel que acaban de darnos sobre las negociaciones salariales figura "Aumento promedio de los premios selectivos: 1,90%", ¡promedio!, promedio, es más que el aumento general de los salarios. ¿Y el 1,90% de promedio a cuántos les toca? Entonces no es 1,90% para todo el mundo. Y el grupo siempre es igual, si en él hay un torpe... porque en la nueva fábrica no hay más premios de cadena, es un premio a la semana: 75 francos por semana, con la condición de que haya producción, calidad... Pero si hay uno que hace cagadas, se esfuma el premio del grupo. ¡Es terrible! Yo vi a un compañero que vive aquí y trabaja en el otro turno... es igual a mí, no jode para nada, pero un día tenía un guante en una mano y en la otra no, y le arruinaron el premio [*cuenta varias historias de premios perdidos*]. Y la semana pasada me enteré de que en el asunto de los premios, si te tomas un día de licencia por fallecimiento, casamiento o nacimiento, adiós al premio: no hay más que los días de antigüedad... ¡pero si en mi semana me tomo un día de licencia por fallecimiento, no tengo el premio, el premio individual!

—Pero lo más grave se va a dar en el nivel del grupo, cuando haga presión para... porque está en la lógica de las cosas. [...]

GÉRARD: En Morvillars, los primeros días nos mostraron un almanaque con el ausentismo de un hombre. Tenía muchas faltas, pero es lo primero que muestran: el ausentismo [...]. [*Discusión sobre el ausentismo en los distintos talleres.*] ¡El ausentismo continuó en algunos talleres, hay que ver los puestos duros en carrocería!

—Sí, pero ahora, con el envejecimiento de la gente y el cansancio, sin duda hay un ausentismo un poco diferente del que había antes, que verdaderamente está ligado a enfermedades inevitables...

GÉRARD: Es siempre igual, la gente todavía no se atreve, hay algunos que trabajan hasta el final porque siempre está el problema de los premios selectivos, porque por encima de un 7% de faltas en el año no los recibes. Yo tengo mi experiencia, estuve... todavía discutíamos acerca de eso con el Michel [*delegado del personal en su taller*], porque es igual, el Michel es el tipo que tampoco falta nunca... Yo estuve dos años sin faltar un día, sin un día de enfermedad... No tuve un vale de salida, ninguna llegada tarde, nada... ¡pero sin embargo jamás tuve premios! Eso quiere decir que cuanto menos hay otra cosa que interviene en los premios selectivos. Nunca tuve advertencias por el trabajo, nada... porque en la cuestión trabajo... no quiero que me pesquen por eso. [*Con violencia.*] ¡En la cuestión trabajo y faltas, no me van a pescar! Me apretarán por mis ideas, por unas cuantas cosas... a lo mejor algún día lo mando a cagar a mi jefe, pero por lo demás nunca van a poder apretarme. Además, una vez [*se dirige a Christian*], era en la época de L., ¿te acuerdas? Ya no sé qué había pasado, creo que había pedido un día y me lo negó... ¡Y ese tipo daba parte de enfermo para ir a remodelar una casa de campo... estaba muchas veces enfermo durante el año y tenía premios y todo lo que quería! Me había dicho: "¡Sí, pero tú nunca vienes a trabajar los sábados!"

—Ése es el criterio que durante mucho tiempo...

GÉRARD: Pero no quieren oír hablar de eso porque la última vez que tuve una conversación individual con mi jefe, una conversación para darnos nuestras "notas", me dijo que el trabajo del sábado no tenía nada que ver, que lo único eran las huelgas.

—Eso, desde luego, es el signo objetivo, la relación con la empresa Peugeot se define a través de eso...

GÉRARD: Nada de hacer por ejemplo un pequeño paro de dos horas en el año, ¡se terminó! ¡Bueno, y de las huelgas de 1989, ni hablar! Por lo que dicen, los que hicieron huelga ya hace dos años que están sin premios.

—¿Ése es el precio? ¿Dicho por el jefe de cuadrilla?

GÉRARD: Implícitamente. Y además de las huelgas hubo también otra cosa, que los no huelguistas recibieron premios: hay algunos que cobraron 150 francos y otros menos, y que no habían hecho huelga. Entonces algunos fueron a ver a los delegados de la CGT –ya hay que estar hinchado para hacer eso– ; "¿Por qué él cobró más que yo?". Donde había una diferencia era porque uno había recibido más que el otro... ¡hubo uno que se quedó en la cadena mientras desfilábamos en los talleres y el otro que estaba escondido en el cagadero! ¡Entonces los que iban a esconderse tenían menos premio que los que se quedaban en la cadena! ¡Es verdad! [*Todos reímos.*] A los que no hicieron huelga los clasificaron pese a todo en dos categorías: el que se hacía el macho en el borde de la cadena para provocar y el que era un poco imbécil, que no se atrevía y se iba a esconder en los retretes...

Ahí tiene una muestra del ambiente

GÉRARD: Antes de ayer tuvimos un problema... el jefe trató a un muchacho de boludo, a un joven. Michel [*el delegado*] lo defendió en el asunto porque al chico lo habían chivateado... Hay un tipo, el Birou, que recibió un bulón en el ojo, fue a la enfermería y dijo que tenía algo en el ojo, pero eso es todo. Al día siguiente, el jefe tuvo un problema con un joven, el joven estaba en el elevador hidráulico, estaba alto, el tubo que no daba más, se rompe la boca del elevador y le da en una pierna, y él le dice al jefe: "¡Estás loco o qué, cómo vas a empujar los autos! ¡Cuanto menos no me tomes por boludo!". "No oí nada, lo dejo ahí y si no estás contento, lo arreglaremos mañana." Y al día siguiente hubo alguno que le fue con el soplo: "Lo que le pegó en el ojo al Birou fue un bulón que le tiró el Christophe [*el joven*]". Entonces el jefe hizo un informe. Pero yo también hice mi pequeña investigación en el sector porque no somos muchos, no somos más de diez los que trabajamos ahí, y en realidad todos le habían tirado un puñado de bulones al Birou para alborotar... Y el que chivateó también los había tirado. Entonces le dije al Michel : "Pasa tal y cual cosa... éste, aquél, todos tiraron un puñado de bulones. Así que ahora hay que hacerle una pericia al bulón que le pegó en el ojo al Birou y mirar las marcas. Ve arriba a decírselo". Y después el joven fue a ver al capataz, le explicó cómo había pasado todo y el capataz le dijo: "¡Bueno, ya veremos!". Y se arregló así. Pero si no, lo despedían; ¡es muy grave! Y al Birou lo pusieron de vuelta y media porque no le había dicho al jefe lo que había pasado...

—¿Birou es un obrero...?

GÉRARD: Sí, es un obrero que trabaja como nosotros. Eran tres o cuatro y le tiraron bulones para armar jaleo... Estaba detrás de un carro y preparaba vidrios, y al tirarle los bulones hubo uno que rebotó justo cuando él se daba vuelta, así que le pegó en el ojo. ¡Pero el que había empezado a tirarlos era el que fue con el soplo! ¡Ahí tiene una muestra del ambiente!

—Usted hablaba de mal ambiente... Pero ese joven, ¿quién es? ¿Un temporario?

GÉRARD: Es un joven, era temporario pero lo tomaron efectivo, tiene 25, 27 años; pero los otros... está el Nicolas, que tiene 52 años; el Charles, que tiene 47: no son chicos [...]. [*Con violencia.*] Desde hoy, decidí no hablarles más...

CHRISTIAN: Sin embargo te entiendes bien con tus cuatro muchachos...

GÉRARD: Sí, pero con los otros [*con violencia*], ¡se acabó, se terminó! Nunca más me verán en su mesa, aunque traigan una botella la semana que viene para las vacaciones... Aunque el jefe convide con un trago... porque el año pasado ya lo hizo..., yo a la hora de las reparaciones me rompo, y después... El año pasado me había guardado un vaso y lo tiré a la basura, pero si este año me lo da, ¡lo tiro a la basura delante de él! ¡No, así no va! ¡Te das cuenta, somos nueve para apechugarla juntos, y hacerse cochinadas como ésa, arriesgarse a que pongan en la calle a un muchacho de 25 años, no hay que hacer cagadas! ¿No se dan cuenta? Y todavía no está claro, ¿fue verdaderamente por lo del bulón del muchacho? Pero lo que pasó es que lo mandó a cagar al jefe y los otros vinieron en auxilio del jefe... Yo sé que ya no puedo imaginarme ahí, ya no puedo imaginarme ahí adentro. Voy porque...

—Tengo la impresión de que hay mucha gente que... siente algo así...

GÉRARD: Y no es... está el trabajo, pero el trabajo es una cosa, pero sobre todo es el ambiente... En la primera oportunidad, cuando hay una baja de la producción, un puesto suprimido, aprovechan para quitar uno para...

—Me parece terrible decir que ya no hay compañeros... Farid también nos lo dijo...

GÉRARD: Antes éramos 15, había por lo menos 13, 14 amigos; siempre había una oveja negra, pero...

—¿Los que no eran amigos eran minoritarios?

GÉRARD: ... y podíamos tener confianza, mientras que ahora...

CHRISTIAN: ¿Te acuerdas del viejo alsaciano, el barrendero que vendía las colillas? Nos jodía vendiendo sus cigarrillos, pero eso no impedía que cuando se iba a mear o cualquier otra cosa, las colillas se las vendiéramos nosotros. Siempre pasaba así, mientras que ahora eso ya no existe. Es el individualismo a ultranza, cada uno sólo para sí mismo. Conseguíamos trabajar en cadena justamente porque teníamos compañeros. Ahora los tipos que se quedaron en la cadena, que están cada vez más aislados, cuando no consigues hablar ni con cinco, ¿cómo haces? Te lo guardas para ti, de acuerdo, eres fuerte pero así no dura más que un tiempo, eres tú el que sale desplumado de la historia, no los cuatro boludos...

Suben al ómnibus con la camisa de instructor

—¿Los compañeros se fueron gradualmente?

GÉRARD: No, rompen los grupos. Si hay un puesto que se ha de suprimir a causa de las variaciones de la producción, de la cadencia... Si hay dos buenos amigos que

tienen personalidad, que tienen una influencia sobre los otros, a la primera oportunidad sacan a uno y el otro se queda solo. Y volviendo al famoso problema de los premios selectivos, ya no tenemos confianza. Algunas veces confiamos en un muchacho y después nos enteramos de que le fue con chismes al jefe. A mí me pasó no hace mucho... Me importa un pito, ya no espero nada de ahí adentro, pero... ya no se puede tener confianza en nadie porque por esos famosos premios o para pasar de 180 a 190 puntos [*nivel inferior de la categorización por puntos que determina el nivel salarial*] hay tipos que son capaces de cualquier cosa. ¡Ir con soplos, cualquier cochinada! Y los jefes buscan eso.

—*Están los problemas salariales, de dinero, pero todo lo que acabas de decir es verdaderamente terrible. Y la elección de los instructores, todo eso... toman a un hombre, le dan trescientos francos de más...*

GÉRARD: Hay muchos, basta que tengan una camisa de instructor... No es el asunto de los trescientos francos... sino que tienen otro papel... La mujer va a colgar la camisa delante de la casa para que todo el mundo la vea; incluso hay algunos que cuando vuelven a la casa... suben al ómnibus con la camisa de instructor...

CHRISTIAN: Se ve claramente con los "lagartos verdes" de la nueva planta, vuelven en "lagartos" a sus casas. No bien tienen el traje... trabajando en horario normal como yo, te das cuenta, los ves salir con su coche en "lagartos"...

GÉRARD: Eso proviene de la imagen de marca fuera de la fábrica... ¡Si te ensucias la campera o el pantalón, no hay que tener miedo de cambiártelos, incluso dos veces por día, por los visitantes! Es preciso que los visitantes se vayan con una buena impresión [...]. Así es la nueva planta. ¡Les meten eso en la cabeza! A mí un jefe de cuadrilla me dijo un día: "Sueño con Peugeot, pienso en Peugeot; a la noche sueño con Peugeot". Es técnico, incluso lo vi esta mañana, tiene un leoncito detrás del cuello de la camisa y en el saco también.

—*Se visten decididamente a lo Peugeot...*

GÉRARD: También hubo anoraks, ¿te acuerdas? Anoraks Peugeot, amarillos y azules, para ir a esquiar, se ponían el anorak con el león [*risas*]. ¡Eso, la imagen de marca fuera de la fábrica, en Morvillars es terrible! Nos mostraron un vídeo: es el hombre que va a comprar un auto Peugeot, su esposa está en la peluquería con una obrera de la fábrica; las dos están en el secador y la obrera le dice: "De los autos Peugeot no me importa nada; cuando cierro una puerta, le doy una patada adentro..."; cuando la otra vuelve a la casa le dice al marido: "¿Sabes?, los Peugeot están mal hechos... oí esto, oí aquello..."; el buen hombre se rasca la cabeza... y después va a ver al concesionario. El concesionario los hace esperar, no los atiende demasiado bien, así que el hombre va a ver los Renault...

—*¿Después del vídeo les dan una especie de lección moral, "Esto es lo que no hay que hacer, esto es lo que hay que hacer"?*

GÉRARD: Eso es. Por ejemplo, si nos juntamos tres o cuatro en un café, no tenemos que decir: "¡Ya estamos hasta el culo! ¡Cerramos las puertas a patadas!"; siempre hay que hablar del buen trabajo que se hace, alabar la calidad incluso afuera. No nos lo dicen, pero... casi todos tendríamos que actuar correctamente cuando salimos de la fábrica.

—*Prestan atención a que no haya nada escrito, ninguna huella. Es como la historia de los "diez mandamientos"* [alusión a la "carta" a la que deben adherir los pasantes de Morvillars]; *toda la prensa los reprodujo y eso fue lo que provocó un poco de indignación contra Peugeot.*

GÉRARD: ¡Ah, yo no tuve la suerte de conocerla! ¡Me fui demasiado pronto! Me hubiera gustado terminar la pasantía, aunque más no fuera para pasar tres semanas tranquilo, alimentado y todo... no es eso, pero... Claro que en el sindicato me lo dijeron todos el Paul, el Louis...: "Tendrías que haberte quedado". Pero yo quise serles franco, que después no hubiese malentendidos. ¡Me evitaban, me evitaban! Eran ellos los que... ¡Cuando volví al día siguiente a la mañana, el jefe me puso una jeta así! Supongo que me había mandado allá para librarse de mí; se habrá dicho: "A éste lo vamos a liquidar, ya no nos va a joder más". Cuando llegué el viernes a la mañana, me quedé al acecho y pensé: "Cuando me vea...", porque no estaba al tanto... Cuando me vio llegar fue como si le hubieran pegado un escopetazo, se quedó blanco... le dije que volvía. Eso fue todo. No me preguntó por qué, nunca me preguntaron por qué había vuelto. A la semana siguiente lo agarré y le dije: "Pero en el asunto de los sábados voluntarios... ¿cuál es el sentido de la palabra 'voluntariado'?". Se quedó un poco con cara de tonto; "Voluntariado... sabes bien lo que piden, y además los voluntarios...". "Sí, ¿pero allá en HCI 'voluntariado', tiene otro sentido que el que figura en el diccionario?" "No sé. ¿Por qué?" Yo le contesté: "Porque a mí me echaron de Morvillars porque dije que nunca iría como voluntario"... Tendría que haber dicho "A lo mejor" o "Ya veremos"...pero para ellos decir eso ya es algo, porque saben que hay muchos... Nos dicen que si un sábado no vamos,

tenemos que ver a nuestro sustituto para que nos reemplace; ya no es el jefe el que lo pide, el que se tiene que ocupar eres tú...

—Está claro que es otro modelo de relaciones sociales... lo que se sabe de las fábricas japonesas [discusión sobre Japón, Italia, Inglaterra].

GÉRARD: Sí, pero todo eso a la gente le da miedo. Si mañana mi patrón en vez de ser Calvet tiene los ojos rasgados, no me importa nada. Si el que compra Peugeot es un japonés... Para nosotros, lo esencial es trabajar en buenas condiciones, tener un salario conveniente. A mí no me importa nada que mañana a Calvet lo reemplace un japonés, porque los japoneses estuvieron a punto de comprar Peugeot...

¿Los temporarios? No les importa nada de la fábrica

—¿Y los jóvenes, los temporarios? ¿El trabajo les parece duro, pese a todo?

GÉRARD: ¡Sí, pero no les importa nada! Hicimos paro, además... este año sólo paré una vez... hace 15 días, cuando la huelga de los temporarios. No eran muchos: 15, veinte, y cuando vi que no les interesaba... les dije: "¡Hay que suspender!" ¡Eran cuatro, cinco temporarios y hacían volver a votar la huelga para el día siguiente, por cuatro o cinco!

—¿Así que entre los temporarios que estaban allí los que se comprometieron con la huelga fueron una pequeña minoría?

GÉRARD: De los tres mil temporarios que hay en Peugeot, eran 25 [...]. Los primeros que llegaron vinieron de mecánica, cuatro o cinco. Al día siguiente se lanzó la consigna de huelga; fui allí, lo normal, recorrimos la carrocería, la mecánica y recuperamos unos 15, eso fue todo. Hicieron votar una vez más para el día siguiente... y al día siguiente en el comedor eran más o menos seis. Yo les dije: "¡Yo vuelvo al trabajo! No nos vamos a hacer los Carlitos Chaplin entre 15", cuatro temporarios, dos delegados, dos o tres militantes, no va... Y esa noche, la hicieron volver a votar para el día siguiente. ¡Cuanto menos, hay que ser serios! Cuando discutes con ellos no les importa nada, "Estamos ahí esperando el día que nos echen a la calle, nos importa un bledo"; no les importa nada pero pese a eso no pararon. Y después, echaron a temporarios que no habían hecho paro, y el de mecánica que lo encabezaba todavía está en la fábrica...

—¿Peugeot aplicó sanciones a los dirigentes?

GÉRARD: No... Hubo uno esta semana, el lunes o el martes, viene a las cinco y el jefe le dice: "Te vas". El hombre llegaba a las cinco para trabajar y no le habían avisado el día anterior ni nada. "Te vas." Se fue como un grande, no le importaba nada; fue a buscar al capataz a la oficina y le dijo: "¡De todas maneras, no quería pasarme la vida en tu burdel!". Tiene razón, pero lo que le reprocho es que habría podido venir cuando hubo un movimiento de huelga.

—¿No había participado?

CHRISTIAN: ¡No, para nada!

—¿Cuando lo invitaban a participar decía que no le interesaba?

GÉRARD: No, no les interesa, no les importa un pito. Ellos están de pasada.

—¿Es gente ajena a la región o...?

CHRISTIAN: Él es de ahí cerca, va a trabajar en bicicleta...

—¿No hay ninguna forma de politización entre ellos?

GÉRARD: Hay algunos... los que vimos de mecánica... ¡Pero no, no les importa nada, nada! Para ellos, la cosa es día a día... No hace mucho despidieron a uno, esta mañana lo veo volver... Volvió provisionalmente a Peugeot para visitar la carrocería, cuando antes trabajaba justo enfrente de nosotros. Le pregunté qué hacía ahí y me dijo: "Cambié de casa"... Cuando venía a trabajar en el turno matutino, muchas veces llegaba tarde... una mañana llegó a las diez, se había quedado dormido.

—¿Lo despidieron después de eso? ¿Interrumpieron sus tareas? ¿Y lo tomaron en otra empresa?

GÉRARD: Sí, es así... No sé dónde estaba, en la CIE, en RMO o BIS... Se fue a otra casa y vuelve a la fábrica... [...] Lo que también es asqueroso es que están despidiendo a todos los que llegan a los 18 meses. Y al mismo tiempo hay ingreso de temporarios: esta mañana eran unos treinta, ayer también. Porque ahora, después de los 18 meses están obligados a tomarlos efectivos si quieren que se queden...

—¿Las relaciones con los temporarios son buenas?

GÉRARD: Sí, son buenas, pero hay algunos que son un poco extravagantes, trabajan con el *walkman* en los oídos todo el día; ¡son jóvenes!

—¿En el trabajo aceptan el walkman?

GÉRARD: Sí. Es increíble la cantidad de jóvenes que trabajan con eso toda la jornada.

—¿La mayoría lo hace?

GÉRARD: El 60% de los temporarios lo tienen puesto en las orejas. Tengo la impresión de que tampoco quieren integrarse. [...] Tuvieron problemas con eso porque los muchachos se quedaban dos o tres días y después, ¡paf!,

cuando se iban el fin de semana ya no volvían, hay que entenderlos. Pero a la mayoría no les importa nada cuando ven que pasa eso: están ahí, terminan su contrato y después se van a otra parte. Por eso no van a pelear: hoy es hoy, mañana es otro día.

—*¿Pero a pesar de todo pueden discutir con ustedes?*

GÉRARD: Sí, discuten, pero uno siente que no les importa nada.

—*¿El futuro del establecimiento no les interesa?*

GÉRARD: No, ni el de ellos mismos. A veces tienen menos de 20 años, no piensan en nada, sólo en hoy, eso es todo...

—*¿En relación con los sindicatos es lo mismo?*

GÉRARD: Sí; de todas maneras el sindicato, la política, ir a votar, eso no es asunto suyo.

—*¿Pero, a pesar de todo, la huelga de 1989 los afectó?*

GÉRARD: Sí, a los que estaban durante las huelgas... Y creo que si pasara hoy, a lo mejor cambiarían...

—*¿Crees que serían más los que se incorporarían al movimiento?*

GÉRARD: Sí, después de haber visto lo que pasó y además las condiciones laborales, todo eso... Porque también les hicieron promesas, promesas de tomarlos como efectivos, promesas de ascensos... "Trabajen todos los sábados y los contrataremos..." También se dan cuenta de que cuando lleguen a los 18 meses los van a dejar en la calle. Hay uno que trabaja conmigo, fue a hacer los tests ocho días después de llegar y el jefe le dijo: "Te van a tomar efectivo...", ahora ya no, es antes de las vacaciones, a lo mejor es en septiembre... y "a lo mejor", ¡cuidado! Es panadero pastelero, entonces busca trabajo, y para encontrarlo...•

Junio de 1990

Trabajo nocturno

Rosine Christin

Danielle G. tiene 32 años y es hija de Juliette y Milou G., pequeños campesinos que son mis vecinos más próximos en Aveyron. La conocí cuando ella tenía 10 años y la veía varias veces por año hasta que se fue a París, luego de lo cual tuvimos un contacto menos regular.

Danielle "salió de la anchura". La "anchura" [*"travers"*], en oposición a la meseta en que se encuentra el centro del municipio de Saint-Hippolyte, designa las tierras que dominan las gargantas del Truyère y más precisamente, en ese lugar, el lago formado por la presa. Los campesinos de la "anchura" tenían una posición relativamente acomodada hasta la última guerra, vivían de la producción de frutas, del comercio de árboles frutales de calidad –cerezos, ciruelos– y de la recolección de castañas y nueces; poseían algunos viñedos, criaban algunas vacas, la cooperativa recogía su producción de leche y de cuando en cuando vendían un ternero. Hoy sólo quedan algunas viejas parejas y una que otra viuda en los caseríos de la "anchura", cuyos "caminos de carros", que hace unos años aún se tomaban como atajos para ir de una aldehuela a la otra, se hallan "clausurados". Los pequeños viñedos están abandonados, los espinos invaden las tierras y los hijos están en París.

Danielle, la menor de los hijos de la "anchura", fue la última en irse: su hermano Maurice, diez años más grande, es gendarme en París; su hermana Yvette se casó con un joven del lugar antes de instalarse, también en París, como administradora de un café junto con su marido. Danielle no estaba apurada por irse; luego de sus estudios de secretariado en Rodez, permaneció dos años en la casa, arrendando de vez en cuando una granja, ayudando a sus padres y concurriendo a todos los bailes de la región: confiesa haberlos "aprovechado bien" y dice que esos dos años fueron particularmente dichosos; se marchó con pesar. Es sociable, alegre, coqueta; se peina "a lo leona" y cuando puede le gusta comprar ropa en los mercados, los domingos.

Cuando la llamé por teléfono para hacer una cita no se mostró muy sorprendida, porque nos habíamos cruzado en Aveyron unas semanas antes y habíamos convenido que nos veríamos en algún momento en París. Estaba con licencia por enfermedad a consecuencia de una operación y la idea de pasar unas horas conmigo parecía ponerla muy contenta; desde luego, yo debía ir a los Ulis a ver su departamento, ella me recibiría, me daría de comer, me mostraría sus álbumes de fotos –sobre todo el de su casamiento, que yo no había podido ver– y también podríamos llamar a sus padres; en fin, no tenía que molestarme: ella me invitaba.

También le dije que me gustaría hacerle preguntas –para una investigación que realizaba en el marco de mi trabajo– sobre las dificultades de la vida en París, particularmente para alguien procedente del campo, como ella. ¿Estaría de acuerdo en contarme su paso del caserío del Aveyron donde había nacido al centro de clasificación postal del 15º distrito, y las "añoranzas" que había sentido al principio y de las que su madre me hablaba durante las vacaciones? Me contestó inmediatamente que sí, la cosa había sido difícil

pero "pese a todo no demasiado, porque es menos duro para alguien que va del campo a la ciudad que al revés, pues aquí hay confort; quien fuera de la ciudad al campo, a un lugar como Aveyron, no podría soportarlo".

No hay medios de transporte cómodos para trasladarse a los Ulis, que es un municipio de viviendas modestas, en plena expansión, rodeado de zonas residenciales. Danielle fue a esperarme a la estación: habíamos quedado en encontrarnos en el andén; llegó más de media hora después, muy confundida: había estado en otra plataforma, donde ella baja a la mañana cuando vuelve de su trabajo. Tomamos a continuación un ómnibus frente a la estación, y atravesamos rápidamente unos suburbios elegantes y luego un tramo de autopista. Antes de llegar a los Ulis, se divisan algunas torres de viviendas que se perfilan de manera curiosa sobre un segundo plano de grúas y depósitos (más tarde pude ver que estaban rehabilitando algunos de ellos). Danielle me contó que sus amigos, en broma, le decían que "vivía en Chicago".

Durante el trayecto en ómnibus, me habló de su marido, Serge, que tiene cinco años menos que ella, lo que parece preocuparla mucho sin que lo confiese. Hijo de un garajista de Versalles, no quiso continuar los estudios después del bachillerato porque lo apasionaba el ajedrez, al que quería dedicarse por completo: es un jugador federado que participa en torneos; hace poco ganó una copa que ocupa un lugar destacado en la sala de su departamento. Es notorio que ella lo admira y dice de él que es un intelectual; Serge le explica muchas cosas que antes de conocerlo ella no entendía, pero en cambio Danielle debe admitir que no es muy fuerte en el aspecto práctico de su vida en común, sobre la cual ella ejerce una autoridad casi maternal.

Así, mientras almorzábamos Serge la llamó por teléfono para preguntarle qué opinaba del precio de 150 francos por una habitación de hotel en Lyon, donde debía ir el fin de semana siguiente para asistir a la copa del mundo de ajedrez; Danielle tuvo que tranquilizarlo largamente y después, tras colgar, se volvió hacia mí, muy halagada: "El pobre es tan amable, siempre tiene que pedirme consejo, aunque bien puede gastar lo que quiera, porque gana más que yo" (Danielle gana 6.200 francos por mes, y Serge, 6.700).

Tanto a la ida como a la vuelta advertí que los conductores de ómnibus la conocían y que le hablaban con la camaradería familiar de quienes, sin ser colegas, se encuentran con regularidad en el marco de su vida profesional, fuera de los horarios normales, cuando los demás todavía están en sus casas. Ella parece hacer honor a esa convivencia.

Hay que caminar unos diez minutos y pasar junto a varias torres, algunas de las cuales parecen muy deterioradas y otras "en rehabilitación", antes de llegar al pequeño edificio de cuatro pisos donde vive Danielle; se halla un poco apartado, en una alameda donde crecen algunos arbustos. El departamento, de tres ambientes, está en el primer piso: consta de una sala y dos dormitorios, de los cuales uno es para huéspedes (a Serge le habría gustado instalar un pequeño gimnasio, pero Danielle prefirió destinarlo a cuarto de huéspedes, para alojar a los padres cuando están de paso, o a los amigos). En la sala hay muchos adornos y fotos, en particular de la familia de Danielle y de su casamiento, y una mesa baja de cristal, cuya decoración armó la muchacha con plantas de interior y fragmentos de piedras escogidos con cuidado. La cocina está muy bien equipada con procesadoras, batidora y un horno de microondas (regalo de la madre de Serge, muy aficionada a la cocina).

Cuando llegamos, la mesa ya estaba puesta y una botella de sidra comprada en mi honor, que nos costó mucho abrir, ocupaba un lugar destacado; a lo largo de la comida, ella demostró inquietud por saber si los platos me gustaban, me repitió varias veces que no me molestara y desaparecía sin cesar en la cocina para mejorar la guarnición del asado con un *sachet* de salsa instantánea, o buscar un condimento que pudiera gustarme. "Coma, coma –me decía–, aquí tiene pan, vuelva a servirse", más preocupada por desempeñar

bien su papel de ama de casa que por responder a mis preguntas, que le parecían notablemente incongruentes. El colofón del almuerzo era un postre que había preparado ella misma de acuerdo con una receta de los *"weight watchers"* ["vigilantes del peso"] en los que se había inscripto a su llegada a París por consejo de una compañera, ya que creía estar demasiado gorda.

Danielle habla en voz muy alta, sobre todo si se dirige a gente que no es conocida y la intimida, como si tuviera miedo de que no la escucharan; lo que también la lleva a explicar varias veces lo mismo, e incluso a hablar a lo indio, como si se dirigiera a un extranjero un poco obtuso. Tiene un acento muy fuerte del sudoeste. Cuando era chica, hablaba "francés" en la escuela y *patois* con sus padres: la costumbre de hablarlo en la familia, salvo en las veladas, se perdió cuando ella misma, que era la hija menor, fue a Rodez para estudiar secretariado luego del BEPC. Pero elige cuidadosamente las palabras, para que a veces parezcan rebuscadas: el empleo del adjetivo indeterminado "alguno" [*"quelque"*] en singular, la precisión de ciertos términos como "acceder" [*"accéder"*] por "entrar" o la invención de otros como "atencionar" [*"attentionner"*] le dan a su discurso una apariencia impersonal. Del mismo modo, muestra mucha preocupación por la exactitud en la descripción de los gestos que debe realizar en su trabajo o la jerarquía de los empleados de correos, y se esfuerza por darme a la vez las abreviaturas y las expresiones completas, y las funciones a las que corresponden en la práctica. Pero la representación del mundo que la rodea en el centro de clasificación postal sigue siendo muy burocrática, como si Danielle recitara una lección aprendida en sus comienzos o sus jefes fueran inaccesibles o, mejor, no le interesaran.

Durante toda la entrevista se quejó de las condiciones materiales del servicio nocturno, pero evocó con espanto su experiencia diurna. Pese a las exhortaciones de su familia y su marido, sigue trabajando de noche y parece encontrar en la camaradería de los equipos de ese turno un paliativo de su exilio.◆

Con una empleada de un centro de clasificación postal

Entrevista de Rosine Christin

"Jamás veo el sol"

—¿Habitualmente trabajas de noche?

DANIELLE: Sí, de noche.

—¿De qué hora a qué hora?

DANIELLE: De nueve de la noche a cinco de la mañana; hay que tomarle el ritmo. Me voy de aquí a eso de las siete, llamo por teléfono a mis padres…

—¿Los llamas todos los días?

DANIELLE: Casi todos los días, no mucho rato pero es regular, están acostumbrados; termino a las cinco o cinco y media y tomo el primer metro; para una mujer no es muy habitual… le tiene que gustar, es especial. Al principio era cartera, hago esto desde 1982… mayo de 1982.

[*Explica a continuación por qué decidió pasar de cartera al servicio nocturno.*]

DANIELLE: Porque hay bastantes ventajas, no pocas licencias y además nos beneficiamos con el reemplazo de los compañeros: si uno se hace reemplazar, más ciertas licencias, tiene un período de vacaciones más grande, es decir que puede trabajar dos semanas compensando [*en speedant*] y después salir otras dos de licencia.

—¿Qué quiere decir "trabajar compensando"?

DANIELLE: Se reemplaza a un compañero. Lo normal es trabajar dos noches de cada tres, pero la tercera, en vez de ser de descanso, se reemplaza a un compañero, lo que hace que esa persona me reemplace cuando yo quiera; entonces a veces me quedan dos días de licencia porque trabajé el domingo, el domingo a la noche, y gané tres horas de RC, es decir, de franco compensatorio. Por trabajar el domingo de nueve a doce de la noche se recibe una compensación, lo que hace que cada tres domingos se gane un día: cuando queremos, tomarnos ese día, que la administración nos debe, además nos hacemos reemplazar por un compañero, más la jornada de descanso normal… y después tenemos mucho tiempo libre. Antes de conocer a Serge sentía un poco de nostalgia por el terruño, y me había dicho que era para bajar más veces a Aveyron; ir por un fin de semana no es posible.

—¿Y fue en ese momento cuando conociste a Serge?

DANIELLE: No, fue más tarde: lo conocí haciendo horas extras en 1984. Bueno, yo tenía el ritmo nocturno, el ambiente no era desagradable y entonces me decía: "¿Por qué no quedarme?". A Serge no le gustaba mucho que trabajara de noche pero yo pensé: "Acepté bastantes cosas, él también va a aceptar", y se hizo una cadena. El ambiente…, al margen de tener que estar parado, y la verdad es que el ser humano está hecho para dormir de noche y trabajar de día… bueno, hay un desequilibrio del organismo pero… el ambiente… todo eso… una está a gusto, no sé…

Postura fija, de pie, todo el tiempo de pie…

—¿Cómo es la cosa?

DANIELLE: Al entrar están los casilleros de acero; casilleros, ¿ve?, como cajitas… entonces hay una mesa que se llama "mesa de apertura", que es donde descargan los camiones, hay manipuladores o "encargados de la mani" –sí, son verdaderamente manipuladores– que descargan los camiones, grandes sacas postales, las ponen sobre tablas, en carretones, y nos las traen a la mesa de apertura; entonces hay uno que abre la saca y los otros, alrededor de la mesa, separan las cartas de gran formato y las chicas, después las meten en cajitas y las grandes en canastos, ¿sabe?, canastos metálicos, clasificados por pequeñas cajas.

La primera vez que accedí a las piezas dije: "Pero ¿qué es esto? Es grande, una fábrica… no, es impresionante, enorme…", y después, las cartas chicas en cajas de plástico, clasificadas en pequeños casilleros; y además están los distintos servicios… para recibir las cartas certificadas… los valores declarados, eso va en una saca con una etiqueta roja, se llaman "rojas" o remesas y eso lo clasifica un grado superior, el agente de servicio general (AXSG) lo clasifican en casetas y todas esas cartas se anotan en un cuadernito y cuando se hace la distribución hay que hacerle firmar al destinatario.

Una se mantiene en postura fija, de pie, todo el tiempo de pie. Frente al mecanismo, durante cuatro horas, entonces clasificamos el 15º distrito, no nos encargamos más que de eso. Hay que conocer, vea, que la rue de Vaugirard es… un cartero no puede hacer el reparto desde el primer número, que está en el 6º distrito, hasta la Puerta de Versalles: es una calle cortada por varios barrios, entonces pongamos el 5 y el 12… el 14, el 20, y hay que saberlo. Debemos saber que tal calle tiene que ir a tal número de casilla.

—¿Lo que llega a la mesa de apertura ya está un poco clasificado, no corresponde a todo París?

DANIELLE: Está clasificado para el 15º, pero también hay errores, del tipo de las cartas que corresponden al 17º y llegan al 15º, son "envíos erróneos"; o si no, cartas en que el remitente se equivocó, por ejemplo puso bulevar Raspail, París 15º.

—¿Cuántas casillas tienes para llenar frente a ti?

DANIELLE: sesenta y seis casillas más tres "zonas", más la "esquela", el "cedex" [código postal], el "envío erróneo". No… yo diría que 75 casillas, y mis compañeros lo mismo; pero, en cambio, hay otro servicio, es decir, el de "llegada y partida", como lo llaman, para nosotros es el servicio de "llegada", el de partida es un anexo en la rue François-Bonvin, y ése es automatizado: hay PIM, HM […], una Toshiba, son máquinas, computadoras, entonces se codifica, se pone el PIM, ¿ve?, el agente ingresa 75014, la máquina lo rechaza y después resulta que está en los HM […] en… Eso pasa en algunas casillas… no consigo expresarme bien… y después hay un plástico que se cierra al vacío. Eso es el servicio de partida.

—¿Y estás parada todo el tiempo?

DANIELLE: Sí, ahora se dieron cuenta, porque hay gente que tiene cierta edad, hace un tiempo que están de noche, tienen problemas en las piernas, consultan a flebólogos, todo eso… Y se dieron cuenta de la utilidad de un taburete, un taburete adaptable a los casilleros, pero no es tan factible porque son casilleros viejos; podrían poner nuevos casilleros pero hay demasiadas casillas, habría demasiado amontonamiento, pero es un problema adaptar los asientos apropiados a los casilleros. Entonces algunas veces ponemos dos taburetes, usted sabe, dos taburetes de bar uno sobre el otro y nos sentamos, cuando estamos relativamente cansados.

—¿Hacen alguna interrupción en el medio?

DANIELLE: Hay una pequeña pausa que es de la una menos cuarto a las dos, para comer algo, o si no, descansar.

—¿Y tus compañeros? ¿Cuántos son ustedes?

DANIELLE: Unos treinta.

—¿Los conoces a todos?

DANIELLE: Sí, digamos que hay cambios, pero los conozco desde hace tiempo… Hay un ambiente en el que se termina por simpatizar… incluso tengo un compañero que… es un gran filatelista, adora los dibujos animados, le apasionan bastantes cosas.

¡Puede ser jefe de oficina de correos… primer ministro, todo eso!

—¿Y hay jefes con ustedes?

DANIELLE: Sí, porque tenemos varios grados. Bueno, el más bajo es auxiliar, que ni siquiera es un grado, después está cartera, cartero, no sé… después, agente o AXDA… y a continuación está el CDTX: es el jefe, controlador de despachos, controlador de los carteros pero es un jefe; también está el CT, controlador del servicio general, como es Serge, pero eso es de "oficina"; tiene el controlador de división CTDIV y más allá… Todo eso debajo del grado de inspector.

—¿Y todos están con ustedes ahí?

DANIELLE: Sí, sí. Hay algunos.

—¿Pero no hacen el mismo trabajo?

DANIELLE: No, no, mandan, escriben… Cada uno tiene su tarea bien determinada, pero en cambio el CTDIV está por debajo del inspector y por encima del CDTX, y después usted tiene al inspector, y después está todo… porque el inspector central trabaja de día; el jefe de oficina postal… ya es un grado… ¡después puede convertirse en jefe de oficina postal… [*no encuentra la palabra*], luego primer ministro, todo eso!

—¿Cómo son los jefes con ustedes?

DANIELLE: Están bien, son bastante correctos, digamos que yo trato de hacer mi trabajo; hay inconvenientes y ventajas, como en toda actividad.

Me levanto y cae la noche

—Sobre todo en tu vida de pareja…

DANIELLE: Sí, porque nos vemos… nos vemos… Digamos que si Serge trabajara de noche sería conveniente, pero al trabajar de día y yo de noche nos vemos menos, es inevitable que nos veamos menos. Cuando lo conocí ya estaba de noche; él siempre me conoció en el servicio nocturno.

—Pasas una noche de cada tres en tu casa.

DANIELLE: Sí, pero salgo a la superficie; no se vive, cuanto menos como alguien que… Ahora, ¿ve?, no retomé el ritmo [*está con licencia por enfermedad desde hace tres*

semanas a causa de una operación]. Todavía no puedo dormir a la noche.

—*¿Y en vacaciones?*

DANIELLE: Es igual; mis horas de sueño van de las siete de la mañana a las tres de la tarde. Digamos que hay veces que en pleno invierno no veo nunca el sol, me levanto… no en la oscuridad… no es así, pero me levanto, cae la noche y voy a trabajar, vuelvo… siempre de noche, hay ciclos así.

—*No debes de ver a tu marido.*

DANIELLE: Sí, sí, porque él trabaja cerca, tiene buenos horarios y consigo verlo. Y además trabaja en brigadas, una mañana o una tarde, esta mañana estaba libre, esta tarde trabaja. Tiene horarios: de seis de la mañana a doce y media y de doce a seis y media de la tarde; ése es el más crítico, cuando no trabaja a la mañana pero sí a la tarde: yo llego, estoy cansada y él se levanta, me cuesta charlar. Tiene que irse al mediodía, así que me levanto, le preparo la comida sin estar totalmente despierta y se va en el momento en que salgo a la superficie. No es una obligación [*prepararle la comida*], pero es tan simpático, un hombre es un hombre, me digo, bueno… no va a saber… sí, va a saber qué comer pero… siempre la voluntad de *atencionar.*

[*Alude a las dificultades que ocasionaría la llegada de un hijo.*]

Aunque hay mujeres casadas que tienen hijos y para evitar pagar niñeras o guarderías, uno o el otro trabajan de noche, es frecuente entre nosotros; para criar a su chiquito, para no pagar niñera, uno hace de niñera de día y el otro de noche, y el que trabaja de noche se paga el día. Yo me adapté, era muy familiera. Mis padres eran todo para mí, los adoraba y me encantaba el campo, el verdor, eso lo añoré mucho y en París me sentía asfixiada, mientras que acá [*en los Ulis*], digamos que con todo son treinta kilómetros hasta las inmediaciones de París, no es muy lejos… no es verdaderamente el campo, pero sí algo intermedio.

Me quedé en Aveyron hasta los 20 años, seguí los estudios en Rodez, es una ciudad pequeña, hacía el secretariado, un tipo de BEP-CAP, empleada de oficina-secretaria, pero la verdad es que era una ciudad chica; en comparación con la gran ciudad, Rodez es una aldea. La granja me habría gustado mucho pero… allá, en lo de mis padres, es demasiado penoso, no se pueden modernizar, hubiera hecho falta… bueno, construir alguna casa… comodidad… tendría que haber habido… aunque no fuera eso… ¡al menos una explotación pequeñita! Porque es demasiado abrupto y además antes vivían bien porque tenían productos de huerta pero ahora, con las frutas de España, el Mercado Común y todo eso, lo… y por otra parte una mujer… bueno, me habría gustado… pero, ¡qué le va a hacer! Mis padres me dijeron: "No es que no nos guste que te quedes con nosotros, pero tienes que tener ambición, aprobar concursos"; y además en esa época recibían un diario y ahí fue donde vi que necesitaban tantas personas, dirigirse a tal organismo; escribí, mandé mis datos, todo eso…

—*¿No sabías que era para el correo?*

DANIELLE: Sí, lo decía bien claro. El diario era *Centre-Presse* o el *Midi-Libre*, no sé. Me inscribí y cuando estaba en Rodez me admitieron, ya no me acuerdo con qué número. Me avisaron que me habían aceptado, que podía someterme a un examen médico y me destinarían como cartera a París, pero no me decían en qué distrito; me habían preguntado qué región prefería, Rouen, el norte, la Isla de Francia o el este; yo había marcado la Isla de Francia: caía en la región de París y sólo supe el distrito tres meses antes de que me destinaran al correo, "Dentro de 15 días tiene que presentarse en el 15º distrito", y así fue como me marché.

El acceso a París

DANIELLE: Al principio me quedé dos días en lo de mi tía de Saint-Denis [*es la esposa del hermano de la madre de Danielle, propietario de un café restaurante en Saint-Denis, luego en Roissy e instalado en la región parisiense desde hace más de treinta años, que conservó una casa cerca de la de los padres, a la cual va algunas semanas en verano y en la fiesta de Todos los Santos y que acondiciona muy confortablemente, ya que tiene la intención de vivir allí cuando se jubile*]. El señor Reyrolle [*un vecino ligado a la familia*] me llevó a la estación de Rodez, yo estaba muy apenada, no tenía más que 20 años, pero me decía hay que ganarse la vida, así que un poco de pena… pero era después: mis hermanos y hermanas tenían su vida, me vi sola en un departamento de un ambiente teniendo que enfrentar los problemas de la vida, entrar en la vida activa, un montón de cosas así, me sentía un poco perdida. Pero pese a todo simpaticé bastante con algunos compañeros, salía, los fines de semana nunca estaba sola; algunas veces sí… pero tenía… no amigos sino… conocidos… hacíamos algunas salidas.

—*Creo recordar que estabas en un hogar.*

DANIELLE: Al principio estaba en un hogar de acogida del Correo, en el bulevar Pasteur; es un hogar que te admite al menos tres meses, después uno se arregla: es el acceso a París. A continuación estuve en un hogar donde nos recibían durante un poco más de tiempo, no éramos más que cuatro ahí; después, desde luego, siempre llegaba alguno, entonces había que hacerles lugar a los nuevos. Cada uno, cuando está bien adaptado a la vida de París, debe buscarse algo; yo había buscado cualquier… un departamentito, y encontré uno de un ambiente… me aburría, era lúgubre, en la rue Firmin-Didot, en el 15º distrito, cerca de la Puerta de Versalles; me daba ideas negras… Después estuve en la rue Blomet y más tarde me mudé a la rue Saint-Lambert…

—*¿Por qué te mudabas todo el tiempo?*

DANIELLE: Porque en el primero me aburría, no tenía suficientes aberturas ni suficiente aire, era en el tercer piso, se llegaba con ascensor pero era triste, no conseguía adaptarme. Después estuve en un cuarto de servicio, así que no tenía ninguna comodidad. Entonces pensé: "Linda cosa es tener que ir a bañarse a lo de Yvette [*su hermana, administradora de un café*], es una molestia, encuéntrate algo", pero antes… para recuperar el depósito de garantía del primer departamento, tuve que pagar durante unos meses dos alquileres: el cuarto de servicio y el otro. Viví un año en el cuarto de servicio y después, como sabía lo que me pasaba, un compañero me dijo: "Dany, te encontré un departamento de un ambiente a un precio por lo menos conveniente, si quieres puedes ir a verlo"; le dije que estaba bien y fui. Ése tenía comodidades, había una cocina, un rincón sala que al mismo tiempo hacía de dormitorio, un rincón para trastos y otro para el aseo; ahí me quedé un tiempo, luego conocí a Serge, vivimos en la rue Desnouettes en un dos ambientes y después vinimos aquí.

Una especie de tranquilizante

—*¿Te acuerdas de tus impresiones de las primeras semanas, después de llegar de tu región?*

DANIELLE: No me acuerdo mucho, pero era más joven, no tenía la visión, ahora volvería a empezar, sería más duro, pero en esa época… un poco despreocupada… una se dice, voy a conocer gente, me voy a casar, a conocer al príncipe encantado, tenía algunos aires de loquita; entonces cuando uno llega… pero ya había vivido en Rodez, así que había conocido alguna ciudad. A París, la veía… sí, muy hermosa pero para alguien que viene del interior a visitarla; en esa época, hubiera venido como turista a quedarme dos o tres meses en casa de amigos, para visitar todos los monumentos, todos los museos, todos los placeres que hay en París, para aprovecharlos, y lo hubiera apreciado, pero entonces yo veía a París… le voy a decir… porque cuando uno llega, ahora más que antes, a lo mejor, pero en esa época también, siempre tiene la esperanza de que le va a tocar un cambio, está a la espera, es una espera y le dicen: "Está a prueba". La graduación tarda un año, así que una dice: "Bueno, durante un año voy a hacer un sacrificio y después vuelvo a mi provincia natal". Lo cual no es una buena solución porque entonces sólo se está de paso y no se aprecia nada, tiene que pasar el año para volver a la tierra natal, su región… todo eso. Al principio, para engatusarnos, nos inducen a error, una especie de tranquilizante. Es un poco un chantaje. Entonces una no se quiere adaptar porque piensa que va a tener que acostumbrarse a la provincia, a lo mejor no la trasladan al lugar que una desea, en el pueblo de los padres, o si no, eso va a requerir tiempo. Todo eso hace reflexionar, y además una está en las nubes, está gran parte del tiempo en las nubes. Ahora no tengo la misma visión que tenía en 1976.

—*En esa época tu madre siempre me hablaba de tu bolso.*

DANIELLE: Sí, era un morral con correas. Ahora tienen muchos carritos cuando es en las cercanías, tienen cocheras, ómnibus del Correo que nos llevan la ronda; es decir, ponemos la mitad de la ronda en una bolsa y alguien, un encargado conductor –un encargado que maneja un vehículo– la lleva a un número, en la mitad de la ronda. Por ejemplo, yo hago la rue des Bergères, voy a empezar por llenar el morral hasta ese nivel, y cuando llegue ahí va a estar vacío, entonces voy a recuperar la correspondencia en una bolsa que me llevó esa persona. La clasificación de la ronda la hago yo, pero la verdad es que era… ¡Y además, tres veces por día! Trabajábamos todas las mañanas, había que estar a las seis en el trabajo, y cuando uno llegaba tarde le pedían explicaciones, PV como las llaman, a la fuerza, una mala calificación, lo que genera no pocos problemas. Trabajábamos todas las mañanas y una de cada dos tardes; la jornada más horrible era cuando había mañana y tarde, hacíamos tres rondas, una de ellas de correspondencia económica, giros, certificadas, valores declarados; cosas así, importantes.

—*Es casi más duro que a la noche.*

DANIELLE: Sí, a Sergio le habría gustado que… pero lo que no estaba mal, usted sabe, es cuando el cartero les entrega el almanaque a los particulares y recibe una pequeña recompensa que no venía nada mal a fin de año, no

era un aguinaldo pero... encargaba el almanaque por tres o cuatro francos y se lo entregaba al particular, que lo aceptaba o no, y daba una pequeña propina de cincuenta o cien francos, depende del presupuesto de la persona, y eso era para uno. Se hace una pequeña suma a fin de año en vez de recibir el aguinaldo: era una especie de aguinaldo. Es apreciable cuando uno está en el servicio diurno.

—*¿Pero representaba mucho?*

DANIELLE: ¡Ah, no! Y además le tiene que gustar, es una especie de mendicidad, es especial; no hay que tener vergüenza de pasearse a diestro y siniestro, no es lindo.◆

Noviembre de 1990

Durante nuestra primera conversación, Danielle había aceptado pedir autorización para que me dejaran estar presente una noche en su servicio, en el centro de clasificación de la rue d'Alleray donde trabaja; sin embargo, un poco sorprendida por mi curiosidad, me dijo que no había "nada que ver, aparte" de lo que me había descripto, pero que el centro de procesamiento de los cheques postales estaba informatizado y me interesaría mucho más. De todas formas, su jefe directo, T. M., controlador del despacho, estaba en ese momento de vacaciones y había que esperar que regresara, ya que su reemplazante era un "obsesionado por el trabajo": con lo cual ella me daba a entender con amabilidad que semejante visita era completamente desacostumbrada y que habría que negociarla.

Alrededor de dos semanas después, me telefoneó una noche, justo antes de tomar servicio, sin duda desde el teléfono de T. M. De entrada, aun antes de mencionar el motivo de su llamada, me habló extensamente y sin razón aparente de la próxima llegada a París de un vecino aveyronés, una vaga relación tanto para ella como para mí, pero "uno de los mejores amigos de [su] jefe" (siempre lo designó así al dirigirse a mí pero, lo mismo que los otros "clasificadores", lo llama comúnmente por su nombre de pila). Aludir al pasar a la condición de "jefe" de T. M. le permitía a la vez afirmar sus relaciones con un superior a quien podía pedir un favor y expresar su orgullo de pertenecer, aunque fuera en un puesto subalterno, a una institución que cuenta con una jerarquía completa de jefes, desde el más bajo y conocido (que incluso tiene vínculos con la aldea de donde ella proviene) hasta el más poderoso e inaccesible ("hasta el primer ministro"). Al hablar de sus jefes y, en parte, en nombre de ellos, se refugiaba tras la opacidad de la institución.

Durante la primera entrevista yo ya había advertido que le incomodaba contarme su vida en París y siempre desviaba la conversación para volver a nuestros recuerdos de Aveyron y las noticias recientes de sus padres u otros habitantes del caserío. Introducía así el "terruño" en su universo parisiense, haciendo que su puesto de la rue d'Alleray se impregnara un poco del pequeño municipio aveyronés. Mencionar el nombre de ese vecino e informarme de su amistad con T. M. contribuía a hacer del centro de clasificación postal del 15° distrito un lugar que me resultara más familiar y atenuaba la incongruencia de mi interés por su trabajo...

Habíamos arreglado encontrarnos en el 19 de la rue d'Alleray, sede de la oficina postal, una noche a las nueve; le dije que iría con un amigo. A esa hora, la rue d'Alleray, ubicada en el barrio de Vaugirard, está desierta; los pequeños comercios, incluso los cafés, están cerrados desde hace rato y como no lleva a ningún lugar de animación nocturna, los autos que circulan por ella son muy pocos. Sólo nos pasaron los grandes camiones amarillos del correo, bamboleándose con estrépito en la calzada irregular a causa de los trabajos viales. En contraste, el caserón cuadrado con ventanas enrejadas surgió ante nosotros violentamente iluminado en sus tres pisos. Danielle nos esperaba; ya había "firmado", por lo que no había "ningún problema", pese a lo cual yo la sentía nerviosa, a la vez voluble e intimidada. Rodeamos

el edificio hasta la parte de atrás, donde está el patio de descarga de los camiones postales que toda la noche traen la correspondencia destinada al 15º distrito.

En la planta baja se clasifica durante la semana "la política", esto es, los diarios, a los que algunos días se agregan las revistas y, de manera general, la prensa periódica...

Danielle trabaja en el primer piso, donde se efectúa la clasificación de las cartas; para llegar a él hay que tomar una escalera embaldosada amarilla y gris, como las que se ven en muchas sedes administrativas; en el descanso, a mitad de camino, hay una cartelera sindical en la que se fijan con chinches hojas mimeografiadas y avisos.

Esa noche Danielle lleva un *jean* ajustado, un amplio suéter blanco con grandes dibujos en negro y zapatos negros de taco bajo. Su pelo, largo y muy rebajado atrás, está peinado "a lo leona" alrededor del rostro y muestra las huellas de un tratamiento destinado a aclarar algunos mechones. Ella ocupa un puesto al principio de la fila, y tiene a su derecha a una compañera originaria de Villefranche-de-Rouergue con quien "habla del terruño"; a su izquierda, una joven encargada de Vienne que "conoce Segondy" por haber sido invitada al casamiento en 1985: proximidad pacientemente conquistada en oportunidad de partidas o ausencias de compañeros menos queridos y benévolas autorizaciones... Hoy hay 21 personas trabajando (pueden llegar a ser 31, según las ausencias, las vacaciones o los reemplazos), tres cuartas partes de ellas mujeres: todos son jóvenes, de 20 a 35 años; hay un "viejo" de 40 años en el equipo, pero esta noche no está. Algunos llevan una camisa de nailon azul provista por la administración, cuyo uso no es obligatorio, pero muchas mujeres tienen puestos un *jean* y una blusa o un suéter. A éstas, como a Danielle, el trabajo les da la oportunidad de probar un nuevo peinado o un nuevo suéter.

La sala de clasificación es muy grande: cuarenta metros de largo por 25 de ancho y siete u ocho de alto, con dos filas de columnas que la dividen en tres partes. En ese ámbito, súbitamente Danielle parece muy lejos, perdida en esta "fábrica" intemporal, pequeña silueta en la sucesión de "clasificadores", de pie durante toda la noche, ya que no se previeron ni asiento ni baranda. Todo está pintado de gris oscuro hasta un metro y medio del suelo, y de gris más claro por encima de ese límite. El embaldosado también es gris, y la macilenta iluminación difundida por unos tubos de neón empotrados en apliques rectangulares de cristal muy grueso parece tanto más escueta cuanto que sólo la nave central (donde se hace el trabajo nocturno) recibe luz, mientras que las otras dos quedan en la oscuridad. Las naves derecha e izquierda se utilizan para distribuir las cartas de cada barrio en los morrales de los carteros; cada clasificador se encarga de las que a la mañana siguiente repartirán dos carteros; en la izquierda se encuentra también la "cabina" donde se hace la clasificación de los "valores" y las cartas certificadas. En las paredes hay algunos anuncios –una lámina anatómica de la columna vertebral y otra que, mediante un dibujo, ilustra la forma adecuada de empujar un carretón– pero están colocados tan arriba que son ilegibles. En un hueco a la derecha de la entrada, un perchero cargado de anoraks y chaquetas. Frente a la nave central, la "oficina", a la que nada separa del resto de la sala: dos mesas, un teléfono y tres sillones en símil cuero con brazos metálicos, todo muy gastado y con un calendario postal amarillo y blanco y un afiche en el que aparece un velero sobre un fondo de mar azul como únicos elementos de decoración; aquéllos son los únicos asientos de este gran salón, privilegio del jefe que durante nuestra visita T. M. no usufructuó. Hace algunos años, un responsable había empezado a dar los toques finales a un proyecto de taburete giratorio para los clasificadores, pero al marcharse lo dejó inacabado y desde entonces nadie lo retomó: "Habría sido preciso –dice T. M.– cambiar de sitio muchas cosas, convencer a la administración, pero nadie se ocupa. Sólo una huelga...", agrega bajando la voz.

A nuestra llegada, los "clasificadores" ya estaban ubicados en sus lugares de trabajo, de uno

a otro lado de la nave, de pie frente a los 66 casilleros metálicos verticales que les tocan (a un ritmo de mil quinientas cartas por hora), cada uno de los cuales corresponde al correo de una calle o, más frecuentemente, a una pequeña parte de una calle. Cada casillero está rematado por un cartel de cartón con el nombre de las calles del barrio, colocado tan arriba que apenas se lo puede descifrar. Todo tiene el aspecto de la dejadez, un poco polvorienta, de una fábrica abandonada.

A la derecha de la "oficina", frente a los ascensores, las cuatro personas que trabajan en la "mesa de apertura" ya empezaron a abrir las primeras sacas postales; también ellas están de pie. La mesa sobre la que esta noche se procesarán cerca de treinta mil cartas no tiene más de dos metros de largo por sesenta centímetros de ancho. La correspondencia destinada exclusivamente al 15° distrito (por haber sido anteriormente clasificada durante el día en otras oficinas postales) se reparte por "barrio", en "cajitas" para las cartas pequeñas o en grandes carretones metálicos para los sobres grandes. Cada "clasificador" toma las cajitas correspondientes a su sector. T. M. no pierde tiempo en hablarnos, tiene la costumbre de ayudar a comenzar la apertura y no quiere que nuestra visita sea motivo de una excepción. Cerca de esta mesa hay un viejo casillero del que cuelgan las tarjetas postales de colores, recuerdos de vacaciones y, sobre todo, clavado con chinches a uno de los pilares, el "calendario de los viajeros" de la SNCF, que indica los días en que se puede viajar con tarifas reducidas. En el inmenso salón, éste es el único lugar del que los empleados tomaron posesión. Un equipo muy ronco difunde música, probablemente un rock imposible de reconocer con el ruido de los carretones llenos de grandes sacas polvorientas que se entrechocan y que los manipuladores bajan de los ascensores con un violento empujón.

En varias oportunidades Danielle viene a vernos para disculparse por "no poder hablar con nosotros"; sin embargo, el volumen de cartas que tenía que procesar no era todavía muy grande y es evidente que T. M. no habría protestado. Tan molesta por dejarnos solos como por hablarnos, repentinamente espantada por esa intrusión que no había hecho más que presentir, adopta un término medio y nos asegura con convicción que verdaderamente no puede venir a hablarnos, y luego vuelve, ruborizada, junto a su compañera.

Michel B., hombrecito moreno de bigotes, de unos 60 años, es controlador de división y superior jerárquico de T. M.; toda su vida profesional transcurrió en el correo, en el servicio nocturno. Nos observa durante un tiempo sin atreverse, de todos modos, a entablar conversación, yendo y viniendo por la nave, atento a todo, agitado y silencioso. Al no poder evitarnos más, se da ánimos: "¡Ah, la prensa!". Si lo deseamos, bien puede ocupar un poco de su tiempo en hacernos visitar todo el lugar, pretexto para alejarnos de la cadena de clasificación y evocar algunos recuerdos.

Todavía se acuerda de su llegada a París: tenía 18 años cuando, valija en mano, desembarcó un día en la estación de Austerlitz, procedente de Saint-Jean-de-Luz, su ciudad natal; tuvo que encontrar entonces el camino del ministerio de correos y, más difícil aún, buscar una habitación. Se dice que hoy, con los hogares de acogida, es un poco más fácil para los jóvenes que llegan, pero verdaderamente no está segura. Las cosas no cambiaron mucho: las muchachas que trabajan en el servicio nocturno, añade, todas provincianas o venidas de los departamentos de ultramar, a menudo no conocen de París más que la estación (la correspondiente a su región), la oficina de correos y su habitación. Llegan de Bretaña o del sudoeste, alejadas por primera vez de sus padres, temerosas y a la espera de acumular algunos días de vacaciones para volver a su comarca. Los "clasificadores" trabajan dos de cada tres noches de nueve a cinco de la mañana (los jefes, una noche de cada tres, desde las nueve hasta las nueve de la mañana siguiente) y nunca los sábados, pero, gracias al juego de los "reemplazos", pueden acumular una cantidad de días suficiente para pasar algún tiempo en su "provincia natal". Esas ventajas explican que todos se ofrezcan voluntariamente para el trabajo nocturno, ya que éste no implica, de entrada, una partida sin retorno.

Al llegar a París, estas jóvenes campesinas (en la clasificación postal hay mayoría femenina) no saben que nunca volverán a irse y durante años, como Danielle, soñarán con un puesto de encargadas en sus aldeas. Descubrirán poco a poco que se engañan, porque deberán esperar diez años en el mismo grado, es decir, sin avances ni promociones, para tener alguna esperanza de acercarse a su región (sobre todo si provienen del oeste de Francia o de la Martinica: "Las martiniquesas no vuelven nunca").

Hace ya 12 años que Danielle está en París, y siete que se casó con Serge. La madre de éste, "una mujer muy autoritaria que ve la paja en el ojo ajeno", va a veces a pasar el día a la casa de ellos, quienes, por su parte, suelen ir los domingos a almorzar a lo de Yvette, la hermana de Danielle, que tiene un café en París. El sábado a la noche, siempre libre, salen con amigos. Danielle, por su lado, sigue de muy cerca las actividades de las asociaciones parisienses de los pequeños municipios aveyroneses. Así, hace muy poco pasó todo un fin de semana "sola, sin su marido", en la "fiesta de Pailherols", en la que los dos banquetes y los bailes le brindaron la oportunidad de "reconciliarse con su juventud".

Algún tiempo después de esta visita a la rue d'Alleray, Danielle me confesó por teléfono que "las cosas no iban muy bien" entre ella y Serge y que desde hacía algún tiempo "lo veía todo negro".◆

La posesión

Rosine Christin

Corinne tiene 50 años. Desde hace dos está empleada en un sindicato profesional, luego de haber sido, durante más de 15, secretaria bilingüe en una pequeña empresa industrial de la que la despidieron, por razones económicas, al liquidar el negocio. Su salario es hoy menos elevado y tuvo que renunciar a un *status* de ejecutiva que, durante muchos años, había estado en juego en sus conflictos con el patrón, al mismo tiempo que era el símbolo de una dignidad escarnecida sin cesar.

Habla poco de sus padres, inmigrantes italianos; su padre era "repartidor en el ramo de albañilería" y ya no se acuerda bien de la ocupación de su madre: "institutriz en una familia", sugiere muy rápidamente. Cuando ella era niña "no tenían nada"; más adelante, luego de casarse, "quiso tener cosas", ganar dinero, "ascender", "pelear". "Es duro, pero eso crea lazos que obligan a avanzar."

A los 20 años, luego del bachillerato y de un año de licenciatura en derecho, Corinne contrae matrimonio con un piloto de caza, hoy fallecido. Durante más de diez años lo sigue en sus numerosos destinos y cría a sus dos hijos. Pero cuando él renuncia a la vida militar para ocupar un puesto civil sedentario, con un salario y ventajas materiales menos importantes, ella busca trabajo. Tiene 31 años; encuentra un empleo de oficina cerca de su casa, hace cursos de inglés en las escuelas Berlitz y se capacita como dactilógrafa. Un título de estenodactilógrafa y un examen de la Cámara de Comercio Franco-británica le permiten conseguir un puesto de secretaria de dirección en una pequeña empresa, en una época en que la búsqueda de empleo no es todavía tan difícil. Diez años después, la firma es adquirida por Roger G., ex contador de una imprenta de Argel, una especie de "Tapie o Maxwell en pequeño" que compra cada dos años, por un precio simbólico, sociedades en liquidación "para hacerse de dinero fresco".

El *holding* cuenta con unos cuarenta empleados y funciona del modo autoritario y paternalista frecuente en las pequeñas empresas. Roger G. repite con gusto: "Aquí somos una familia y usted debe vivir con la familia". Poco tiempo después de su ingreso en la firma, le hace proposiciones que ella rechaza. Es el comienzo de "cinco años de infierno": en una mezcla de elementos trágicos e irrisorios, cuenta las amenazas de despido ("Querría echarte a la calle"), las humillaciones públicas ("¡Está demasiado bien paga!"), su exclusión del grupo de ejecutivos, su relegación junto a "los de los talleres", las pequeñas vejaciones sufridas en todo momento y sobre todo la presión cotidiana, el temor de que la sorprendieran en falta. Si ella "hubiera hecho una macana, él no se la habría perdido; era una guerra [...] que duró mucho tiempo".

Corinne "vivía en un mundo aparte": "¡En esas pequeñas empresas, el patrón no es poca cosa!", "había que obedecer". Todos sufrían malos tratos pero ninguno protestaba, nadie se iba porque Roger G. "pagaba bien". Era a la vez la medida y el ejemplo de cualquier éxito, temido por su dureza pero admirado por un *savoir-faire* afirmado y reconocido. De sus compañeros, ella

no podía esperar ni ayuda ni consuelo: tenían miedo. Le parecía incluso que algunas mujeres se complacían con sus dificultades ("Pero ésta qué se cree"). Un *status* de personal superior un poco ambiguo la protegía de un despido, demasiado oneroso para la empresa, pero, por otro lado, y para justificar su condición y su salario, la obligaba a un esfuerzo cotidiano y una actitud profesional irreprochables. Tanto para Corinne como para Roger G., ambos sin una verdadera formación, todo se paga y para tener éxito hay que "pelear". Hablar de "acoso sexual" como las "secretarias de inferior categoría" sería una escapatoria demasiado fácil, una manera de renegar de sus capacidades y su dignidad. No se queja, no busca venganza; reclama un poco de justicia para su buena voluntad de participar, también ella, en el juego del éxito.

"Afuera no hay muchas cosas que me apasionen", dice para explicar el encarnizamiento con que se consagra al trabajo y justificar la poca atención que presta a su vida privada. Es que, a pesar de todas las heridas, pequeñas o grandes, o quizás a causa de ellas, la vida en la oficina le aporta las emociones o los acontecimientos que más vivamente experimenta: el temor, la humillación, pero también el sabor de la acción y el éxito y la dependencia ambivalente con respecto a Roger G., que la hundía cada noche en una agenda sobrecargada; frente a todo eso, su papel en la vida "de afuera", demasiado previsible, le parecía insulso e incluso "un poco tristón". Había reconocido muy pronto en Roger G. esa atracción por la acción, que estaba a la altura de una virilidad expansiva y un sentido del honor siempre alerta. Cuando compraba una tras otra las empresas familiares, se apoderaba de hombres y mujeres y luego les imponía su voluntad y su poder de hombre y patrón. Todas las mujeres "debían pasar por ello" de la manera más vulgar, pero cada una de acuerdo con su rango: desde la doméstica "acostada sobre la alfombra" hasta la secretaria "y su regalito", pasando por Corinne, con la cual había intentado torpemente las convenciones de una relación sentimental: "¿Me amas?". Ella no se engañaba y sabía que, más allá del objeto aparente, a Roger G. no le interesaba el amor y sólo procuraba satisfacer un deseo de posesión más total pero imposible de colmar.

De hecho, ni siquiera los hombres quedaban excusados. La voluntad de someter se expresaba en las vejaciones o las humillaciones públicas injuriosas que acompañaban el chantaje subyacente al empleo, el salario, el aguinaldo. Pero Roger G. también sabía recompensar; "amo y señor a bordo", se complacía en distinguir a unos y aislar a otros al capricho de maniobras estratégicas complejas y transitorias y, con el pretexto de suscitar "emulación", generaba sospechas y celos, ejerciendo así sobre la vida de cada uno un influjo que habría pretendido exclusivo. Dotado de una rara energía, Roger G. disponía de todos los triunfos para crear un mundo cerrado, ordenado íntegramente en torno de su persona, tentativa desesperada de satisfacer un insaciable apetito de conquistas.

Con una secretaria

Entrevista de Rosine Christin

"Nadie puede tocar a esa clase de individuo"

[...]

CORINNE: Yo era su secretaria. Era un señor extremadamente exigente que me hacía trabajar una enormidad y muy duro. Tenía una amante titular, de modo que durante dos años estuve tranquila. [...] Así que eso fue más o menos... Y después dejó a esa mujer y puso los ojos en mí, y ahí empezó el horror. Me destinaron a otra filial, durante dos años más...

—¿Por casualidad? ¿O fue obra de él?

CORINNE: No, por casualidad, porque yo sabía inglés y se hacían muchas exportaciones, así que estuve tranquila. Y después volví a la sede... y ahí fue muy duro, era, si usted quiere... sufrí los asaltos de este hombre, yo no quería acostarme con él porque no tenía ganas, entonces eso se tradujo en... en principio, una masa enorme de trabajo, que superaba con mucho la capacidad de un día de trabajo, ¿se da cuenta?

—¿Qué tipo de trabajo?

CORINNE: Por ejemplo, tenía que encargarme de hacer toda la facturación, enviar las facturas, hacer las estadísticas, anotar las entradas de dinero, contestar el teléfono...

—Cuando él habría podido emplear a cualquier otro o dárselo a alguien...

CORINNE: Dárselo a algún otro pero... entonces, como yo veía que la cosa no iba, fui a ver a mi superior jerárquico de ese momento y le dije, le dije: "Si Roger G. quiere despedirme, que me despida, porque yo no puedo seguir así". Y me contestó que no, que querían que me fuera pero sin que me despidieran.

[...]

No, era una angustia cotidiana. Cuando él llegaba a mi oficina, yo estaba atestada de expedientes y él me decía: "Corinne, déme tal expediente"; era preciso que tuviera el ánimo de dárselo en pocos segundos. Vivía en una angustia espantosa. Puedo decir que durante cinco años viví... angustiada. Tenía una *Quo Vadis*, una agenda, que no me abandonaba jamás. La utilizaba en casa. A veces mi marido venía y me decía:,"Qué haces con esa agenda, ya está negra de anotaciones", porque a la noche, antes de irme a dormir, la usaba para recapitular todo lo que tenía que hacer al día siguiente; si usted quiere, para empaparme. ¡Fueron unos cinco años...! Mientras que aquí, efectivamente trabajo –claro que no es fácil–, lo confieso, pero me parece... usted se da cuenta.

—Pero entonces, decía que puso los ojos en usted, pero seguía molestándola físicamente o...

CORINNE: Ahí ya no. Porque entre tanto encontraba a alguien. Porque... se acostaba con todo el mundo, eh... Era una regla. No hay una chica, no hay una secretaria común que haya ingresado en esa sociedad sin pasar por la cama de Roger G. Ésa era la regla. Entonces, aunque fuera por eso, yo no habría querido. Pero si usted quiere, entre tanto encontró una, la agarró pero no le convenía, así que siempre mostraba esa agresividad hacia mí, ¿se da cuenta?... Era una agresividad intelectual, yo diría, constante. Por ejemplo, estuve dos años sin recibir ningún aumento personal. Como decía la gente que me rodeaba, hacía mi camino de Damasco. Pero era espantoso. Espantoso porque, si usted quiere, era constante. Era constante...

—¿Y algunas veces se quedaba sola con él en una habitación o...?

CORINNE: Muy pocas veces.

—Muy pocas veces.

CORINNE: Él mostraba su... su agresividad hacia mí delante de todo el mundo. Es un hombre que un día me hace ir a su oficina, no sé qué había hecho, estaba todo el mundo –siempre estaba todo el mundo, lo hacía a propósito para humillarme mejor–, y me dijo: "Tengo ganas de ponerte de patitas en la calle".

—Ah, bueno, la tuteaba...

CORINNE: Tuteaba a todo el mundo. Y yo le contesté: "Hágalo, señor", y él me dijo: "Sí, aunque tenga que poner a dos en tu lugar, porque ya me tienes hasta la coronilla".

—¿Y no aclaraba por qué? ¿Nunca hubo una explicación?

CORINNE: No.

—Siempre era…

CORINNE: Siempre implícito, así…

—Eso es, pero al principio tuvo que pasar alguna cosita antes de que la trasladaran de la primera filial, ¿eh?

CORINNE: Al comienzo…

—En el momento… usted acaba de decir que "él puso los ojos en mí". ¿Qué pasó en ese momento?

CORINNE: La cosa fue así, un día me dijo: "Corinne, ¿me amas?"; y le contesté: "Sí, señor, como a mi medallita –le dije–, más que ayer, menos que mañana, pero –también le dije– siempre será así".

—¿Y qué contestó entonces?

CORINNE: No dijo nada; salió. Pero un día me dijo: "Lo vas a lamentar". Pero, si usted quiere, no era un hombre que estuviera enamorado de mí, eso no tenía absolutamente ninguna importancia; era un *pied-noir* y para imponerse necesitaba, por decirle así, acostarse con la gente. En el trabajo no le gustaba mucho la capacidad de las mujeres, no era…

—Me imagino que en el fondo eso no le interesaba.

CORINNE: No. Para nada. Eso es. Son muy raros los tipos así, no le interesaba. Mi capacidad, en el fondo… habría preferido que me acostara con él. Me habría dejado tranquila, después yo hubiera podido estar en mi oficina y no hacer nada. Durante dos años y medio, porque en general la cosa duraba dos años y medio. Pero era espantoso, y sin embargo ahora me olvidé, me olvidé de muchas cosas porque desde entonces perdí el trabajo, perdí a mi marido, así que pasé por una cantidad de experiencias; aunque le puedo decir que ese tipo de comportamiento existe, pero en mi opinión no tanto en las grandes empresas, existe en las pequeñas. Porque en las grandes, si sucede, siempre existe la posibilidad de acudir al sindicato o al comité de empresa, y en la nuestra eso no existía.

Señora, no tararee más…

—¿Y qué pensaban los demás?

CORINNE: Tenían miedo. En el fondo, había algo en las mujeres que tal vez las hacía disfrutar un poco –"Se lo tiene bien merecido, quién se cree que es", cosas así–; entre los hombres, muchos no hablaban de eso… tuve ventajas cuando me destinaron a la filial; tuve ventajas, me aportó ventajas económicas y de trato…

—Por haber sido acosada por él y haberse negado a acostarse, porque todo el mundo sabía…

CORINNE: Eso es, pero sobre todo por haber sido… Usted sabe, la moralidad en la industria no era tan… a la gente le daba igual que me acostara o no me acostara, pero el aspecto si usted quiere injusto, el aspecto profesionalmente injusto, no en el plano físico o sexual sino en el plano profesional, creo que me decían: "Pero no es posible, hay que…". Un día, un director me dijo –tengo un carácter bastante jovial y a menudo tarareo–, me dijo: "Señora M., no tararee más; por suerte Roger G. está lejos, pero si la oye va a venir hecho una furia". Era una atención continua…

—¿De modo que se acordó durante cinco años de la negativa, aunque no haya hecho más avances?

CORINNE: No.

—Pero en fin, él tal vez esperara que usted se derrumbara, que cayera a sus pies… Un día de abatimiento, y así recuperarla…

CORINNE: Creo que… Creo que… Y, si usted quiere, cuando estuvimos en liquidación de bienes, entonces nos achicamos, estábamos bajo un síndico, un administrador judicial, así que hubo muchos despidos, nosotros nos quedamos para terminar con los expedientes… un puñado. E incluso ahí cuando verdaderamente yo no cambié de actitud, él mantuvo siempre su agresividad.

—¿Pero ahí él estaba por el suelo, pese a todo…?

CORINNE: Estaba por el suelo, y bueno, resentido conmigo porque decía: –sé que le dijo a algunos directores–: "Ella se vio venir la cosa". Es cierto. Pero no fui a verlo para decirle: "Señor, preste atención, veo esto, veo aquello"; no hice nada. Ni siquiera era una cuestión de venganza, porque por mi parte habría sido como suicidarme. Si hubiera ido a ver a Roger G. para decirle:, "Usted sabe, señor, hay ciertas cosas que veo que producen esto", él habría convocado a todo el mundo a su oficina para decirles: "Esto es lo que… nos cuenta la señora M…", así que habría sido suicida. De modo que no quería hacerlo. Pero fue espantoso. Para decirle que un día teníamos un seminario con unos obreros que habían venido de una fábrica de Giens, de los talleres –pero no tengo nada contra la gente de los talleres– y todo el mundo estaba sentado a la mesa principal, yo estaba al fondo de la sala con los obreros del taller, aunque no tenía nada que ver con esa gente. ¡Pero cosas como ésa! Mientras todo el mundo estaba sentado a la mesa, alrededor de la mesa, vuelvo a verme una vez más… todos buscaban su carpeta y no había ninguna para la señora M. Ah, no, desde luego, la carpeta estaba por allá. Eso me lo hizo dos, tres veces…

—¿Por qué no la echaba?

CORINNE: Pues porque había que pagar; comprenda que yo era personal superior, no podía echarme. Pero para él echarme era la peor de las cosas, si lo hubiera hecho, pero… hasta el final fue miserable conmigo. Yo era la única persona bilingüe en la casa; cuando nos pusieron administradores hubo unos expedientes relacionados con Nigeria que eran muy complicados, había que negociar con el Lloyd de Londres; en fin, exigió trabajo. Así que les di buen destino y cuando terminé pedí, en fin, como todo el mundo, que me liberaran del preaviso, se da cuenta… ¡Porque habían liberado del preaviso a todo el mundo! Y bien, hizo que a mí me lo negaran…

—¿Cuánto duraba el preaviso?

CORINNE: La duración del preaviso… a usted la despiden supongamos el 1 de febrero pero debe tres meses…

—Ah, sí, y usted al final, cuando quería irse…

CORINNE: ¡Eso es! Creo que era el 8 de marzo o algo así cuando pedí que me liberaran, como a todo el mundo. Nadie había hecho el… pero en mi caso él no quería.

—¿Pero todavía quedaba trabajo por hacer?

CORINNE: No. Entonces llegaba a la oficina…

—¿Cuánta gente quedaba aún en ella?

CORINNE: Oh, debíamos de ser cinco o seis, los directores generales y yo. Llegaba a la oficina y me sentaba: en la carpeta había una carta, así que tenía para cinco minutos de trabajo; entonces ordenaba mi lugar, leía todo el día, no podía hacer otra cosa. Y contra eso no se puede hacer nada. En una sociedad grande eso no puede suceder. Pero la gente que nunca trabajó en las pequeñas y medianas empresas no puede saber hasta qué punto un empleado puede ser tributario de su jefe jerárquico… No tienen idea. Uno depende decididamente del que está por encima. Si la persona es correcta, está todo bien, pero si no, es un infierno, porque en las pequeñas y medianas empresas no hay comité de empresa […]; muchas veces es así, espantoso. Usted no puede… yo no podía volverme contra… ¡nadie me hubiera ayudado! ¡Pero nadie!

Personas de bajos instintos

—Y las chicas con quienes el patrón se acostaba, al cabo de los dos años y medio, cuando se hartaba…

CORINNE: ¡Ah, no, no, cuidado! Lo de los dos años y medio era para las amantes…

—Ah bueno, quiere decir que había varias clases…

CORINNE: Así es. Pero las pequeñas, en fin, las… se acostaba con ellas…

—¿Nunca tuvo problemas?

CORINNE: Nunca. […] Vea, yo trabajé con ese hombre durante más de diez años y jamás vi que nadie se marchara. En primer lugar, pagaba muy bien a su personal superior. Y personal subordinado no había mucho porque estábamos en la sede, así que no era… A mí me tenía entre ojo y ojo, pero por una razón –para decirlo vulgarmente–, por una historia de culos.

—Sí, en fin, se había sentido agraviado porque…

CORINNE: Agraviado, eso es. Y alrededor de mí vi incluso en otras… teníamos fábricas, porque donde yo trabajaba había mil ochocientos asalariados, había filiales con fábricas, oí hablar de mujeres también humilladas. En su caso pasaba en el nivel del capataz o cosas así, ¡y una no tiene ningún recurso! Yo no tenía ningún recurso, ninguno… Algunas veces me decía: "¿Qué podría hacer?, no es posible dejar que todo el tiempo me hagan esto", pero no tenía ningún recurso… No puedo explicarle. En un momento dado estaba en una filial y él vino a visitarnos, las oficinas estaban limpias y todo, invitó a todo el mundo a almorzar salvo a mí. Porque después de Dios, el amo era él. […] Usted sabe, esa clase de tipos que ascienden así en las sociedades, como Tapie, como Maxwell –en otro nivel, pero en fin…–, gente que tiene los defectos de sus cualidades, es decir que están llenos de actividad pero junto a eso son personas de bajos instintos. ¡No se pueden hacer empresas así siendo bueno, amable y… no! Y además, si usted quiere, yo trabajaba en expedientes que me vinculaban a él, pero entre los dos había dos directores que me servían de protección. Pero que me decían, por ejemplo: "No vaya…"; entonces teníamos grandes corredores, y me decían: "Quédese en su oficina, señora M., porque Roger G. está por ahí, no se mueva de su oficina", ¡y tenía que impedir que me viera!

[…]

¡Cuando nos enterábamos de que se iba de viaje! ¡Ah! ¡Era horrible, todo el mundo respiraba! Porque, ¿sabe?, cuando se ponía a vociferar ante la gente, cuando nos llamaba por el intercomunicador, todo el mundo oía, ya no quedaba nadie en los pasillos. Ya no se veía a nadie ni se oía nada.

—Cada uno en su oficina, no sé…

CORINNE: Porque todo el mundo sabía que la persona llamada iba a recibir una buena. Era terrible. Era terrible, oh, era el día… Ah, le voy a contar una anécdota muy precisa. Un día dio la casualidad de que llegué a la oficina a las ocho de la mañana, caminábamos lado a lado, no teníamos nada que decirnos, llegamos al vestíbulo,

vemos una gran caja de cartón –pero una caja de cartón para despachos marítimos, usted sabe, muy dura– y empieza a gritar todo eso y le da un patadón a la caja. Fue más fuerte que yo: me reí a carcajadas porque el pie se le quedó enganchado en la caja, además se lo habría podido romper; lo sacó a relucir todo el día: "Tráiganme sus asuntos, se me rió en la cara, la voy a poner en la puerta de calle", ¡todo el día fue a embromar a todo el mundo con eso! Le hizo hacer cálculos al contador para ver cuánto tenía que pagarme si me echaba, pero lo dejó pasar: era demasiado caro. En fin, es para darle una idea de cómo era la persona. Todo el mundo estuvo en vilo todo el día por eso... Ya sé que hubo otras mujeres, eh, no hay que creer que yo era la única, no, no, no, por otra parte hubo algunos pobres tipos... ¡él fue y sigue siendo igual! Bueno, ¿alguien puede hacer algo? No, nadie puede hacer nada, porque ahora tiene una pequeña empresa, en Suresnes, pero nadie va a ir a verlo a su oficina, si [...], si no da aguinaldo, si tiene montones de despedidos, ¿se da cuenta?, nadie... nadie puede tocar a esa clase de individuo.

—¿Cuál era su formación?

CORINNE: [...] Así que no tenía ninguna formación como director, pero tenía un espíritu extraordinario, una formidable capacidad de trabajo, en eso tenía enormes cualidades; y yo, si usted quiere, lo lamentaba, porque francamente era un tipo en el plano de... de las ideas, de los rebusques, de montones de cosas, de truhanerías extraordinarias. Se lo aseguro, era Tapie, Maxwell en pequeño. Pero..., eso era interesante, sin parar, no se dormía jamás sobre un expediente.

[...]

Para mí las pendencias... ahora les huyo; en fin, no cedería si usted quiere, pero me enfermaría o cualquier cosa, y entonces me peleaba, no quería, no quería aceptar, era algo atroz. Pero él tenía una empleada que justamente se ocupaba, ¿se da cuenta?, de reservar los cuartos de hotel así, yo lo vi prácticamente pisotearla. Pero era terrible, terrible... usted sabe...

Lo llamábamos "pito de cinc"

—¿Y su marido, qué pensaba de eso?

CORINNE: ¡Mi marido no sabía nada!

—¿Se lo pudo ocultar?

CORINNE: Nunca le hablé de mis problemas.

—Ni siquiera cuando usted se iba a la mañana...

CORINNE: ¡Nunca! Jamás hablé de mis problemas en casa. Jamás. Jamás, jamás. Mi marido nunca supo nada de eso. Mi marido trabajaba en un establecimiento norteamericano [...] y de la noche a la mañana lo despidieron. [...] Un año después ingresaba en Matra-Informatique, se habían fusionado y él no me dijo nada. No me habló de eso. No, no, no era mi carácter.

—¿Es posible que al llegar a su casa usted ya no pensara en ello?

CORINNE: ¡Ah, sí!

—A mí, algo así no me habría dejado dormir...

CORINNE: No, a mí al contrario, dormía como –ah, sí– si me hubieran molido a golpes. ¡Molido a golpes! Y siempre con la agenda encima. Entonces, había veces que mi marido me decía: "Guarda esa agenda", y yo anotaba todo. ¡Lo que hacía para esa gente lo anotaba todo! ¡Vivía en mi trabajo!

—Pero había razones, en este asunto, en el fondo... Desde cierto punto de vista...

CORINNE: Desde cierto punto de vista, si no hubiera estado atrás de mí como estaba... tenía razón. Conseguía hacer... porque el principio de trabajar así era para todo su personal, ojo, yo no era la única que estaba así. Con todos los directores era lo mismo. [...] ¡Sí! Hubo un momento en que mi hija me lo reprochó, pero diez años después, me dijo: "Ah, bueno, está bien que te hayas ido de allí porque no te dabas cuenta, mamá, pero lo único que te importaba era tu trabajo". Era [...] lo que había que hacer, ¡ah, sí, eso sí! ¡De todas maneras, sí! Él no podía tolerar que uno pudiese irse del trabajo y volver a su casa tranquilo, eso valía para todos los que trabajaban en la empresa. Pero bueno, en última instancia se lo podía entender. [...] Trabajábamos mucho pero, en fin, no era el trabajo, era el comportamiento. Ay, ay, ay, había algunos que eran maltratados, horrible, horrible... le aseguro que oí a tipos a quienes trataba como pobres estúpidos, tipos que tenían a trescientas o cuatrocientas personas a sus órdenes. Directores de fábrica. Y además los trataba así delante de cualquiera, no entre cuatro paredes sino delante de todo el mundo. Habían tomado a una empleada doméstica, él llegaba a la oficina a la mañana y la llamaba por el intercomunicador. La pobre chica me decía: "Señora M., voy a tener que irme a la fuerza, quiere hacerlo sobre la alfombra", pero era esa clase de hombre, un hombre... como le digo, potentados, hombres que montan una empresa y la empresa son ellos. Y la verdad, yo pienso: "Si hubieses estado en lugar de un tipo como ése, ¿qué habrías hecho?". La verdad es que en el plano del trabajo yo habría sido feroz. Él era feroz. No hay otra palabra. Si hubiera podido hacernos trabajar de noche, lo habría hecho. Eso es cierto, era algo

espantoso... no había nada que uno pudiera hacer... nada. Pero eso forma parte de un juego, eso se lo admito porque, le aseguro, yo lo habría hecho, habría sido igual. Pero al margen de eso, pese a todo hay un límite. Ahí no había ninguno. Y creo que... [...] Pero me acuerdo de que todo el mundo lo llamaba "pito de cinc"...

—¿Cómo?

CORINNE: "Pito de cinc", para decirle que... no había otras palabras. No había forma de gustarle a ese hombre, no había forma [...] pero no se entiende, no se entiende cómo ese hombre podía ser tan duro. Aparecía, y si el escritorio estaba desordenado, tiraba todo al suelo; yo creo que cuando alguien consigue un poco de poder y no tiene la espalda lo suficientemente ancha para soportarlo se convierte [...] y no sé cómo terminará cualquiera de estos días. Pero al lado de eso, tenía cualidades de corazón, no para todo el mundo... no para todo el mundo, eh... Y además era paternalismo. Necesitaba eso, le hacía falta... es muy difícil, ¿se da cuenta?, trabajar así... eso marca, marca para toda la vida. Además hace que una sea un poco mala, porque no se está en guardia así, durante años, sin volverse un poco mala, desconfiada. Después... cuando llegué aquí, estaba completamente asombrada. Desconfiaba. Me parecía que la gente era demasiado amable. No estaba acostumbrada. En la industria, ¿sabe?, no se hacen regalos, ni siquiera entre compañeros, no se hacen... es muy duro como ambiente, en la industria no es para nada como... porque hay afán de emulación, hay que actuar mejor que el otro. Mientras que aquí eso no existe...

—No, eso no existe en los ámbitos...

CORINNE: ¡Para nada! No hay que pelearse para ascender...

—Cada uno tiene su trabajo...

CORINNE: Eso es, determinado. Uno siempre se queda... es un poco tristón, no sé.*

Julio de 1992

El fin de un mundo

Pierre Bourdieu

"La única posibilidad de encontrar trabajo aquí es que se cree una pequeña empresa; mientras que antes no había inconvenientes para entrar en la fábrica. Cómo hablaban nuestros padres cuando yo tenía 14 años, cómo hablaban: 'Si en la escuela no haces nada, vas a ir a la fábrica'. Eso nos decían. ¿Por qué íbamos a la fábrica? Porque sabíamos que tomaban gente prácticamente todos los años, entraban trescientas o cuatrocientas personas. No era un problema. Pero ahora los padres ya no pueden decir: 'Vas a ir a la fábrica': no hay más fábricas."[1] Estas palabras de un sindicalista de la región de Longwy, ex obrero siderúrgico (como su padre y su hermano), de 44 años (A), actualmente empleado en la alcaldía, condensan lo esencial del sistema de factores que determinaron la crisis de un sindicalismo antaño floreciente y hoy, como lo dirá otro antiguo dirigente, verdaderamente "en ruinas":[2] el cierre de la mayor parte de las fábricas metalúrgicas, junto con el despido o la jubilación anticipada de una gran proporción de los obreros; la interrupción de las contrataciones y, por consiguiente, de la renovación de los efectivos mediante el ingreso de los jóvenes –antaño reclutados en los centros de aprendizaje–, la desaparición de los grandes agrupamientos de trabajadores, de las fábricas que reunían a cuatro o cinco mil obreros, en beneficio de las pequeñas empresas de menos de cincuenta empleados –donde siempre es difícil entrar–; la ruptura, favorecida por la escuela, del ciclo simple de la reproducción; la desocupación y la amenaza constante que representa para quienes tienen un trabajo los condenan al sometimiento y el silencio.

Pero existe también una especie de desmoralización colectiva, que evoca con claridad este otro sindicalista, de 36 años, él también ex metalúrgico e hijo de metalúrgico (B): "Todo el mundo pensaba

1. De las cinco entrevistas utilizadas aquí, tres fueron realizadas por Pascal Basse. A fin de preservar el anonimato y permitir al mismo tiempo relacionar las palabras con las características sociales de quienes las pronuncian, se designó a cada uno de los sindicalistas entrevistados con una letra del alfabeto (A, B, C, etcétera) que, después de la primera aparición, se indica todas las veces que se lo cita.

2. Globalmente, la CGT perdió en veinte años más de las dos terceras partes de sus efectivos, mientras que la CFDT experimentó un retroceso de alrededor del 30%. Con 600.000 afiliados a la CGT y 428.000 a la CFDT en 1990, las dos primeras centrales sindicales francesas reúnen apenas un millón de adherentes, de los cuales unos 860.000 son activos, mientras que en 1970 organizaban a más de 2.200.000 miembros de los sindicatos. Este debilitamiento global está acompañado por una modificación en la relación de fuerzas entre las dos confederaciones. En tanto en 1970 la CGT representaba las tres cuartas partes de los sindicalizados del total de ambas centrales, en 1980 sólo agrupaba a las dos terceras partes. Diez años después la distancia se redujo considerablemente, ya que la CGT cuenta con alrededor del 58% –y la CFDT, cerca del 42%– de afiliados a ambas confederaciones. Si sólo se contabilizan los miembros activos, ambas centrales tienen en lo sucesivo una cantidad bastante similar de adherentes. En los años setenta, el porcentaje de sindicalizados, únicamente activos, retrocede del 13 al 10%. Los años ochenta acentúan la pérdida de influencia. Las dos grandes organizaciones representan a menos de un asalariado cada veinte (cf. D. Labbé, M. Croisat y A. Bevort, *Effectifs, audience et structures syndicales en France depuis 1945*, informe final de investigación, Grenoble, Cerat, 1991).

que con las jubilaciones a los 50 años, las asociaciones iban a experimentar una renovación. No. ¡Nada! Creíamos que íbamos a enganchar a mucha gente y nos cuesta enormemente encontrar a alguien, incluso para la defensa de sus viviendas, de su alquiler que cada vez es más alto, porque se hacen reconstrucciones [...]. Pero lo que más me sorprende es el delegado activo que encabezó luchas: pienso en un compañero que fue activo, que era buen militante. Pues bien, ahí tiene un compañero que al día siguiente de la jubilación dejó todo, abandonó completamente toda actividad". Como lo muestra otro dirigente, también ex metalúrgico (hijo de un militar de carrera), de 54 años (C), ese desencanto es común a todas las víctimas de la declinación de las empresas metalúrgicas: "La jubilación a los 50 años, para quien no la planificó, es un drama [...]. Sé que me tocaba a los 50 y preparé [la jubilación]. Sabía que seguiría militando en la Unión local, tratando de ser útil... Pero el contacto con los muchachos en el establecimiento lo perdí, ahí está mi ruptura [...]. Los otros jubilados, con todo, agarraron su *carnet* de jubilado afiliado a la CGT, pero muchos están completamente ociosos [...]. Es el juego de bochas, los mandados y además las discusiones de nunca terminar en los hipermercados [...]. Discuten, evocan los grandes recuerdos, están ociosos. Eso es lo que hace que ahora, en Longwy, haya un gran problema de casos de divorcio, de desencuentros, de hogares que ya no funcionan. Porque para la familia es otra vida: el hombre que hacía los tres turnos de ocho horas, que la mayoría del tiempo estaba en la fábrica y ahora está constantemente con su mujer, empieza otra vida [...]. Y hay no decenas sino centenares de casos de divorcio a los 50 años en la región de Longwy. [...]. Desgraciadamente hubo suicidios –unas decenas de casos, que se sepa– y algunos cayeron en el alcoholismo".

Todo sucede como si la crisis, y las dificultades de todos los órdenes resultantes de ella, hubieran quebrado los fundamentos mismos de las antiguas solidaridades: es lo que sugiere otro dirigente sindical, de origen italiano, hoy de 72 años (D): "Hay mucho dolor, mucho sufrimiento; moral y físicamente se sufre, se sufre. [...]. En las urbanizaciones hay malestar, hay dificultades, la gente está molesta, no habla mucho [...]. Es duro, es duro [...]. Hasta las familias están divididas, porque los jóvenes compran la vivienda y querrían que los viejos se fueran para remodelarla, para alquilarla [...]. La desocupación nos divide y hace salir todo lo que hay de más malsano en nosotros, el individualismo, los celos, la envidia; el trabajo nos une, la fraternidad, la solidaridad...".

Ese desencanto va a la par con una desaparición del espíritu militante y de la participación en la política que afecta incluso a los dirigentes sindicales más convencidos: "Ni siquiera en los municipios llamados obreros hay ya actividad política. Hay una actividad de gestión en los que son socialistas o comunistas, pero no hay más actividad política [...]. Se administra y administra, como lo haría la derecha, tal vez de una manera un poquito diferente, pero se administra... [...] Ya no hay nada, ya no hay actividades. Entonces no hay más militantes: a la gente le pasa lo mismo que a mí, lo ve de lejos y no está motivada para hacer nada..." (A).

Va de suyo que las "decepciones" (en especial con respecto a los socialistas y la política que siguieron desde 1981) y las desilusiones (con respecto a los países del este y los regímenes "comunistas") tienen que ver para muchos con la desconfianza de la que de aquí en más son objeto los sindicalistas y que contribuye, sin duda, a su desmoralización: "Estoy un poquito perdido en todo eso. No sé cómo son los otros... [*Largo silencio.*] A lo mejor cambié o cambió el mundo a mi alrededor, o bien no sentí cambiar las cosas pero, en todo caso, estoy un poco perdido. Tal vez el hecho de tener unos pocos años más hace que uno tenga menos ganas de molestarse por los demás. Es posible, ¿eh? Porque yo, con todo, formaba parte de la gente que creía que las ideas que defendía, las ideas a las que me consagraba, eran ideas que se sostenían..." (A).

Pero es de la boca del más antiguo, militante prestigioso, famoso en toda la región por su accionar durante las grandes huelgas de comienzos de los años cincuenta, que pueden escucharse las críticas

más duras contra la CGT, el Partido Comunista y los regímenes de tipo soviético: "¡Ah! Lo digo tranquilamente: si hubiéramos tenido el poder, habríamos cometido los mismos errores [*que en los países del este*]. Porque eso se traduce en esto: 'Lenin dijo', 'Stalin dijo', 'Maurice Thorez dijo', etcétera. Pero yo le decía un día a un hombre que era diputado y miembro del comité central: '¿Y los trabajadores qué dicen, acaso tú los escuchas?'. Ahí tiene, eso es todo. Ése es el problema [...]. ¡Todos aprovecharon, todos se construyeron sus villas en la Costa Azul! ¡Entonces, ahí tiene los hechos!" (D). Y critica el voto a mano alzada, la tendencia de una gran parte de los militantes a abstenerse, la lógica de "promoción social" que se apodera de los dirigentes: "Porque tenemos un nivel de vida, estamos asociados a la jubilación del personal superior, etcétera. También creamos nuestra casta. También existen esas casas especiales de reposo para ellos. A las que van pero, en realidad, no pagan".

Todos evocan la enorme decepción que después de 1981 suscitó el gobierno de izquierda, muy especialmente en la región de Longwy, al retomar, tras una pausa entre 1981 y 1983, la política de cierre de las fábricas que había generado formidables movimientos de protesta a fines de los años setenta: "Y además, en 1982-1983, está la renuncia de los ministros comunistas y después en la industria siderúrgica empiezan a anunciar que las cosas no mejoran, que se cierra tal establecimiento, tal otro... Y es ahí donde surge el malestar. Entonces, sindicalmente, perdemos afiliaciones. [...] En 1983, para ser honestos, hubo una pérdida del 10, el 20, el 30% de adherentes a la CGT" (C). Lo mismo, por el lado del Partido Comunista: "Ya no hay partido [...]. Ya no hay cuadros ni adherentes [...]. Nos fuimos en 1987 o 1988 y después, desdichadamente, desdichadamente, no había más cuadros [...]. Quedan militantes, tienen militantes con *carnet*, simpatizantes, pero ya no hay cuadros dirigentes" (C). Y sobre todo, como lo señala otro militante de la CGT, de 36 años y actualmente desocupado (E), ya no hay renovación a través del reclutamiento de jóvenes: "Yo conozco hijos de comunistas que dicen: '¡Mi padre es un boludo!' (perdón por la expresión, pero quiere decir lo que quiere decir). Pero en general fracasamos con la juventud. Y ni hablar del Partido Socialista. [...] Y la juventud es partidaria del orden. Eso explica que se arroje en brazos de un Le Pen [...]. Por primera vez, hubo cierta cantidad de votos para Le Pen".

Frente a las nuevas formas de explotación, favorecidas en particular por la desregulación laboral y el desarrollo del trabajo temporario, perciben la insuficiencia de las formas tradicionales de acción sindical: "Es preciso que vayamos a las pequeñas empresas de menos de diez empleados. También hay que ir a ellas, que consigamos implantarnos, ir a ver [...]. Por eso es obligatorio que cambiemos el discurso en nuestras cabezas. Ya no se puede ir a las empresas como lo hacía yo personalmente cuando iba al taller central. Me subía a una pequeña vagoneta, golpeaba las manos, silbaba y ¡bum!, tenía a cien personas a mi alrededor, y entonces tomaba la palabra. Todo eso se terminó. Y además, hay que presentar de otra forma el sindicato. En las pequeñas empresas Dios sabe los problemas que hay: horas extras impagas: les hacen hacer horas y apenas las recuperan. Son las condiciones laborales. Tienen una enormidad de problemas" (E).

Otro: "Ahora estamos en una situación en que hay desocupación, cierta cantidad de problemas, y la gente se calla. A mí me parece completamente intolerable que haya gente que pueda trabajar ocho horas como loca, porque es así, por 5.300 francos por mes. ¡Es difícil de admitir! Pero la verdad es que no tienen elección: están obligados a callarse. Y eso tampoco es tolerable. Puede haber movimientos y se han comprobado, a veces hay reacciones, incluso en las grandes empresas. Bueno, muchas veces también vimos a los sindicatos oficiales y tradicionales desbordados por coordinadoras o cosas así. Es posible preguntarse por qué: ¿el lenguaje sindical todavía es válido? ¿Por qué las cosas suceden así? Porque la etiqueta sindical debe de haber envejecido... Porque cuando uno dice: 'Estoy en el sindicato', le contestan: 'Pero los sindicatos hacen política, no se ponen de acuerdo'. A lo

mejor, a lo mejor... Hay muchas preguntas que hoy se hacen y que yo soy incapaz de contestar, incluso a mí mismo. Ya no hay nada a lo que podamos aferrarnos. Probablemente hayamos perdido muchas ilusiones. Creímos demasiado en ellas. Y cuando todo se derrumba, detrás no hay nada" (A).

Diciembre de 1990-enero de 1991

El desasosiego del delegado

Michel Pialoux

Hacía tiempo que tendría que haber conocido a Hamid. A menudo me hablaron de él; cuando yo mencionaba los "problemas" de los inmigrantes en la fábrica, me decían: "¿No viste todavía a Hamid? Deberías charlar con él". En realidad, lo había visto de lejos y me había cruzado con él varias veces, en especial durante la huelga de octubre de 1989; conozco su silueta breve, achaparrada, siempre a la cabeza de las marchas. Aparece en muchos documentales rodados con videocámaras. Está presente en una película filmada en la fábrica en 1990: se lo ve en varios momentos en su puesto de trabajo, comentando sus propios gestos y las operaciones y hablando de lo penoso de esas tareas. Lo vi también en televisión, en el noticiero de FR3. Cuando se trata de dar un testimonio sobre las nuevas condiciones laborales en HC1 (Montaje de Cajas de Carrocería, nueva planta de carrocerías), se acude con frecuencia a él, porque es delegado y "no teme" expresarse. Su opinión tiene peso en el sindicato. Forma parte del pequeño número de "delegados" que están en condiciones de presentarse como portavoces y entre los cuales desde hace cinco o seis años aumentó mucho la importancia de las mujeres y los inmigrantes.

Trabaja en la región de Montbéliard desde hace unos veinte años y en la planta de Sochaux desde hace 15. Pero tiene menos de 40 años. Ocupó diferentes puestos, siempre en la cadena, y trabajó durante mucho tiempo en acabado. Afiliado al sindicato dos o tres años después de su llegada a la fábrica, luego de la huelga de 1981 aceptó convertirse en delegado, cargo que conserva hasta el presente. Desde hace varios meses, y después de haber hecho la famosa pasantía en Morvillars, trabaja en HC1, el nuevo taller abierto a fines de 1989. En él, los delegados de la CGT y la CFDT son muy poco numerosos ("un puñado"). Hasta la fecha, la mayoría de los militantes y delegados están todavía en el "viejo" acabado. Pero en la elección de delegados del personal de marzo de 1990, la CGT alcanzó en el nuevo taller un resultado completamente inesperado, superando el 70% en ciertos departamentos.

Tres días antes, concerté una cita con Hamid para un domingo a la tarde, durante la fiesta de la CGT de Sochaux. Ésta se realiza todos los años en el campo de deportes de Bethoncourt, un municipio cercano a la fábrica cuya conducción es comunista. Participan algunos centenares de personas, que van en familia. El día se organiza en torno de los partidos de fútbol que juegan unos equipos improvisados: estampado contra acabado, jóvenes contra viejos, chasis contra fundición, mujeres contra hombres. No se trata de verdaderos partidos. Algunos jugadores se disfrazan y abundan las risas. Varios hombres se visten de mujer o a la inversa; las mujeres reciben muchos aplausos. Para las figuras populares de los talleres es un deber estar presentes y jugar aunque sea cinco o diez minutos. Los partidos duran alrededor de veinte minutos (hace tres o cuatro años superaban largamente la media hora, pero todos han envejecido y en seguida falta el aliento). En el campo

y fuera de él la atmósfera es francamente jocosa. Se entra y se sale del juego a placer (me acuerdo de que, al observar esos partidos, pensé en las orquestas del sindicato metalúrgico alemán, IG Metall, de las que vi imágenes en una película sobre las fábricas de Volkswagen en Wolfburg). Me parece que todos los obreros aquí presentes son especializados y tienen notablemente la misma edad; tal vez haya entre ellos algunos profesionales, pero en muy escasa cantidad: dos o tres técnicos, esos que siempre están, y ni un solo ejecutivo. Me parece que en toda la fiesta soy el único que no tiene aspecto de obrero.

Fue así como conocí a Hamid. Él acababa de jugar y correr mucho y jadeaba un poco, semitendido al borde de la cancha. Estaba con su esposa y su hijita en medio de un grupo de "compañeros". Yo mismo estaba con unos cuantos militantes a los que conozco desde hace tiempo. Nos presentaron: "Un compañero del que a lo mejor oíste hablar, que hizo artículos sobre la fábrica y viene a Sochaux desde hace algunos años". "Sociólogo" o "periodista"; ya no sé muy bien qué palabras se utilizaron. Hamid hizo como si mi figura no le fuera totalmente desconocida. Efectivamente, ya debía de haberme visto con éste o aquél. Siguió la presentación: "Le gustaría charlar contigo sobre el trabajo en HCI, hablar del ambiente del taller, de la tarea de delegado". Le conté en pocas palabras lo que sabía de HCI, las visitas que había hecho al lugar, ciertos obreros a los que conocía. Un acuerdo inmediato, sin inconvenientes ni la menor sombra de reticencia.

Cuando llego a eso de las diez y media al departamento en que vive, en la ZUP de Montbéliard, una gran "barra" en que son numerosas las familias de obreros inmigrantes –aquí no se utiliza sino una expresión para designarlos: "los bloques"–, Hamid, en *jean* y con un gran delantal puesto sobre su remera, está preparando la comida de la familia, que él engullirá a toda prisa dentro de un rato, antes de ir a su trabajo de la tarde (trabaja en "turnos rotativos" y esta semana le toca el "vespertino", es decir, de trece y quince a veintiuna). La ventana está abierta de par en par. Afuera, el cielo está muy azul y hace mucho calor. No hay duda de que a Hamid esta actividad le resulta muy placentera: acaba de lavar algunas verduras y limpiar unas caballas que va a incorporar a un caldo; un rato después me dará la receta: es de su región, en el sur, y está adaptada a las posibilidades locales.

Me recibe con mucha amabilidad, como si yo no lo importunara, y me dice que me esperaba: no había olvidado nuestro encuentro. Casi no me siento obligado a justificar mi presencia. Me parece que todo sucede como si nos conociéramos desde hace tiempo y reanudáramos una conversación interrumpida. Me digo que será una entrevista "sin problemas".

¡Y de pronto –todavía estamos de pie en la entrada y, desde luego, no le pedí permiso para encender el grabador–, helo aquí que se lanza a hacer un relato un poco confuso de lo ocurrido en la víspera en su taller, y de tal manera que no tengo ganas de interrumpirlo! El relato es en principio un poco caótico, pero ante la violencia de las palabras –"eso me supera", "jamás vi algo así", "está más allá de lo imaginado"– comprendo que se produjo un acontecimiento que se sitúa al margen de la "marcha normal" de la "rutina de la vida sindical". Un acontecimiento que lo afecta personalmente y que, en su opinión, corresponde a un orden que no es aquel del que habíamos proyectado hablar.

¿Qué sucedió? En síntesis: el día anterior, en un sector del taller muy próximo al suyo (en el que tras la partida de los temporarios, luego de la guerra del Golfo, los colectivos de trabajo se reorganizan sin cesar y al que llegan constantemente "viejos" procedentes de otros sectores de la planta), algunos obreros de su edad que se cuentan entre los veteranos de acabado (gente que él conoce bien, "buenos compañeros", "buenos obreros" que hicieron huelga tanto en 1981 como en 1989, sin problemas, votantes de la CGT aunque no estén afiliados al sindicato) y que, por ende, comparten en principio los antiguos valores de solidaridad, redactaron un petitorio, más

o menos a iniciativa de los "jefes", para solicitar la "exclusión" de un obrero, no sólo del sector sino de la planta de Sochaux –petitorio dirigido contra un trabajador que era un antiguo sindicalizado con diez o 15 años de fábrica pero que, como nunca había estado en la cadena, no lograba mantener el ritmo–. Hamid quiso que reconsideraran su decisión, pero fracasó por completo.

Quedó estupefacto, aniquilado. Pese a ser habitualmente más bien calmo y moderado, se pone a hablar con locuacidad, como si una vez más lo sobrecogiera la emoción que se había apoderado de él en la víspera. Me contará su sorpresa, su desasosiego, su indignación, la manera en que –utilizando su tiempo como delegado gremial– fue a poner de vuelta y media a sus compañeros, a interrogar a los jefes, a echarles en cara sus responsabilidades, frente a un acontecimiento que le parece "escandaloso" e inadmisible. Va a imitar la sorpresa de los jefes que le preguntan: "¿Pero por qué te ensañas así?", "¿Por qué te afecta tanto cuando, después de todo, no acostumbramos molestar a los delegados?". Y me explica de nuevo cómo se irritó, volvió cinco o seis veces a ver a los jefes y organizó conversaciones y reuniones. Se trata de algo que lo hirió profundamente y parece afectarlo en un plano personal, en su honor de militante y obrero.

Su protesta me parece más ética que verdaderamente política. No se prolonga en un discurso de denuncia de las prácticas de la dirección, del tipo de los que podría pronunciar un militante aguerrido, ducho en el combate sindical. Su indignación –aunque contenida y sin expresarse con grandes palabras o gritos, sino más bien en la vibración del tono– se orienta en dos direcciones.

Se la toma contra "los compañeros", los "viejos" que superaron los límites de lo que es imposible de excusar –que rompieron con las reglas "elementales" de la solidaridad obrera–. Un poco más adelante me hablará de la actitud de los obreros franceses y en particular de los simpatizantes de la CGT durante la guerra del Golfo y el modo en que muchos de los viejos afiliados se mostraron más antiárabes que ciertos "peugeotistas". Recuperará el mismo tono, el de una indignación contenida: sin excusarlos, no puede llegar a la condena total, porque conoce demasiado bien el peso de miseria que pende sobre sus compañeros.

También ataca a la dirección, los ejecutivos de alto nivel, los "grandes jefes" que, al querer ignorar al grupo "real" de los obreros para favorecer el surgimiento de un grupo ficticio en torno de los instructores y los jefes de cuadrilla, exasperan el individualismo, las rivalidades, los celos, y practican una política ciega, casi insensata que –dice– algún día se volverá contra ellos.

Me sorprende el vínculo que establece entre la violencia de las prácticas de individualización a ultranza y la destrucción de lo que percibe como lazos sociales mínimos que, aun en los talleres "ultrataylorizados", aseguraban una forma de vida social relativamente organizada. En efecto, y lo reiterará en varias oportunidades, las prácticas que apuntan a gente atenazada por el miedo y angustiada por el futuro afectan los lazos sociales fundamentales. De allí el riesgo de que, según insiste, los jefes mismos sean alcanzados, en cierto modo de rebote.

Al cabo de un momento, sin embargo, propone que nos sentemos. Nos instalamos en la cocina delante de la mesa sobre la que, hace un rato, preparaba verduras y pescados. Le pido permiso para encender el grabador, a lo que accede como si no requiriera autorización alguna. Una que otra frase trivial. Volvemos a tratarnos de usted: "No sé demasiado bien qué es lo que usted espera". Le digo que quiero hablar precisamente de "todo eso", que hay que volver a todas esas "historias" a las que habitualmente no se presta bastante atención, que a mí también "todo eso" me parece importante y que nunca se escucha "verdaderamente" a los militantes que están en primera línea.

Nos quedaremos un largo rato así, sentados a la mesa. Tomaremos una cerveza y luego un café. De vez en cuando, alguno de los dos se

levantará para controlar la olla. Al cabo de un momento, yo mismo me pondré a lavar algunas verduras, tanto para hacer algo como porque en cierto modo ese gesto es "exigido" por el marco.

La llegada de su esposa, con quien ch un momento (acerca del país), interrum nuestra entrevista. No se puede demorar en la fábrica.

Con un obrero especializado delegado de la CGT

Entrevista de Michel Pialoux

"La cohesión del grupo era contra los jefes; ahora hay una adhesión de obreros contra otros obreros"

—Lo mejor es que me cuente lo que tenga ganas y después yo le haga preguntas...

HAMID: Sí, yo estaba en acabado en una línea... ¡la cadena, no sé! ¡Era la 35, la llaman línea porque es mejor! Una cadena de producción de los 405, los 205. Mientras yo estuve ahí, todavía no hacían el 605; ahora no sé...

—¿Y estaba desde hacía mucho tiempo?

HAMID: Desde 1972, siempre en la misma línea. Hicimos el lanzamiento del 604, del 205, del 405, y siempre era una cadena piloto porque la gente que eligieron para ella es gente que trabaja bien... en comparación con... no tienen muchos defectos. Hay que decir, con todo, que los capataces reconocen que los dirigentes de la CGT, de las organizaciones sindicales y sobre todo de la CGT, aunque puedan ser fastidiosos para ellos en el nivel de la pelea gremial y todo eso, en el nivel del trabajo lo hacen como se debe, además no se quejan por ese asunto y lo repiten muchas veces en HC1, dicen: "Sí, nunca tuvimos problemas con los delegados de la CGT".

—¿Sobre las cuestiones de trabajo?

HAMID: De trabajo, porque cuando vamos a decirles: "Vean, hay gente que no logra mantener el puesto...", nos contestan: "Sí, pero lo que pasa con ustedes, los delegados, es que nunca tuvimos problemas", pero en seguida nosotros esquivamos la cosa porque no queremos caer en la trampa, dejarnos halagar y no... En último caso, en uno u otro momento podemos sentir que el resto de los obreros no hace su trabajo como corresponde y por qué, y todo eso; entonces decimos: "Nosotros lo logramos, pero con los medios de que disponemos". Pero hay que confesar que un delegado, cuando no consigue hacer su trabajo, sabe que el puesto está demasiado sobrecargado, toma su lapicera y lo anota, y sabe también que hay un retocador al que le pagan para eso. Pero para un obrero, aunque sea grande, no siempre es fácil. No se atreve: yo vi gente que baja a diez metros de su puesto para arreglar una tontería.

—Que se atrasan y después no pueden recuperar...

HAMID: Y cuando el instructor advierte que hay alguien que se olvidó de algo, en lugar de hacer el arreglo y decirle, no: va a buscarlo y lo hace bajar hasta diez metros... y el tipo rehace el trabajo diez metros más abajo y después vuelve a subir si el instructor no lo reemplaza o si no pone a nadie para reemplazarlo. Entonces los hombres caen en esa trampa. Pero cuando empezamos a hablar con ellos y todo, les decimos: "Si te hace bajar, hay que pedirle que te reemplace. ¡Si hay que hacer un retoque, lo haces, pero durante ese tiempo, que te reemplace!".

El jefe les había llenado la cabeza

—¿Y sin embargo, se trata pese a todo de gente que, en su mayoría, con diez o 15 años en el taller, debería tener menos miedo de dirigirse al jefe o al capataz para eso!

HAMID: En HC1 no hay el mismo ambiente que en acabado: por ejemplo... llevaron gente de otros sectores, hay P1, P2, todo eso, y los pusieron en la cadena, y esa gente no está acostumbrada porque nosotros, con todo, hace 17 o 18 años que estamos en la cadena, tenemos cuanto menos... Bueno, la cadencia también aumentó progresivamente para nosotros. Al cabo de algunos años... Todos los años nos agregan algo, todos los años; hay un porcentaje de producción que está de más; entonces nos hicimos a la idea de que al año siguiente iban a aumentar la cadencia; es psíquico, ya nos prepararon. Pero la gente que desembarca en el sector, que eran profesionales en reparación, que hacían calidad, de la noche a la mañana se encuentran en la línea y no pueden seguir...

—¿Y tienen muchos de ésos?

HAMID: Sí, ahora... por ejemplo, agarran conductores y los ponen en la línea y no dan abasto; también hay profesionales que vinieron de otros sectores... Varios

que vinieron del "sumi", los almacenes de suministros... Ayer aparecieron dos de estampado que nunca habían trabajado en la línea... Eran técnicos de reparaciones en las prensas, a lo mejor, desembarcan y no logran seguir... Y fue ahí donde sucedió el problema del que le hablé [*silencio*]. Lo peor es que los que hicieron el petitorio son obreros de su cuadrilla... por supuesto, alentados por el jefe... empujados por su jefe, que les dijo: "¡Ustedes se joden a lo largo de todo el día y a él le dieron un puestito de nada y no logra hacer su trabajo!". Entonces, mientras repartía volantes, pronto me enteré de lo que había pasado y fui a ver a esos compañeros; de todas maneras los conozco a todos porque trabajaron en la línea 35 conmigo... Y discutí con ellos, uno por uno, y les dije: "¿Cómo hacen eso...?", "¡Nosotros podemos trabajar y él no puede!".

—*¿Hicieron un petitorio para que lo sacaran?*

HAMID: ¡No para sacarlo de ese sector: para sacarlo completamente de Peugeot! ¡Y eran obreros! Y además eran buenos obreros, porque durante la huelga [*de 1989*] unos cuantos participaron. Y no conseguíamos entender, así que los trabajé un poquito uno por uno y empecé a saber el porqué. Me di cuenta de que el jefe les había llenado la cabeza y además, como la persona no daba abasto y dejaba pasar operaciones... entonces el instructor y el jefe no pueden contar con él para reemplazar a los que se toman días... Y eso los toca de cerca, y además hay un premio de cincuenta francos por calidad que no lo recibirán a causa de él, entre comillas, pero la idea que tienen es que es a causa de él. Entonces me embronqué con ellos y les dije: "¡Es inadmisible que ustedes, que son obreros, hagan un petitorio para echar a otro!". En resumidas cuentas, discutí con todo el mundo, incluso con el jefe; hablamos de eso con otros delegados y fuimos a ver al reemplazante del jefe de personal, y después dijimos: "¡Cuidado, si pasa esa clase de cosas no nos vamos a quedar con los brazos cruzados! Vamos a escribir los nombres de los hombres y los señalaremos con el dedo en toda la fábrica y todos los obreros se enterarán de que son... alcahuetes, que son gente que...". Y discutí con uno y le dije: "¿Te das cuenta? si tiene familia, si tiene hijos, si tiene deudas... ¡Cómo vas a imaginarte los problemas que tendría si alguna vez lo echaran!". Y me contestó: "¡A mí no me importa nada, no tiene más que hacer con nosotros!".

—*¿El que quieren echar es, sin embargo, un tipo de edad, que también está en la planta desde hace diez o 15 años?*

HAMID: Tiene 37 años, pero debe de tener fácilmente 15 años en la casa, fácilmente... El problema es que antes hacía un trabajo de calidad, nunca había trabajado en la producción, y la producción no es lo mismo. Y ya no se sentía cómodo en su pellejo... porque ya creo que lo habían desplazado... ya que era P1 y lo pusieron como APP3, es la misma categoría, digamos, pero ya se siente afectado. Y lo peor de todo es que sus compañeros de trabajo lo rechazaron completamente, todos se... el jefe logró hacerles comprender que era un perezoso, que no había que dejarse pasar por un tipo como ése.

Nunca vi nada igual al odio de los obreros contra ese tipo

—*Pero, justamente, las personas a las que usted les dio una especie de lección moral también eran obreros que tenían 15 años de fábrica y que se dejaban llenar la cabeza totalmente por el punto de vista del jefe...*

HAMID: De la patronal, no sé... lo que nos enseñaron en los cursos de perfeccionamiento de Morvillars yo creí que era teoría, que una vez que se fuera de ahí la gente... pero lo ponen en práctica, porque cuando hablan, hablan del "grupo": "Molesta al grupo, impide que el grupo trabaje", no hacen más que hablar del grupo. Yo digo: "Pero el grupo... hace años que trabajamos en grupo... Ustedes tienen la misma edad que ese hombre, y si mañana los meten en el puesto en que él estaba no van a saber hacer nada... porque él tiene una calificación que le permite hacer algo pero que...". Entonces vi a su jefe y le dije: "Vea, tomo mi caso personal: una vez me pusieron en el puesto de una mujer y nunca logré hacerme cargo; y sin embargo el capataz, al ponerme en ese puesto, creía hacerme un favor. Después me dio un puesto más duro, en la manguera del freno, y me las arreglé", así que hay que partir del caso apropiado... "Y si esa persona no logra hacerse cargo del puesto, ¿por qué insiste en dejarla aquí? La planta es enorme, mándelo a otra parte, búsquele otro puesto en otra planta o sí no en otro sector donde haya preparación; que tenga tiempo de acostumbrarse a la producción y después lo hace volver a nuestra línea." Además le digo: "La tensión es de doble filo: si quiere poner a una cuadrilla contra un obrero, nosotros, como dirigentes sindicales, ya no podemos dejarnos estar y vamos a hacer todo lo posible para que esta persona tenga otro puesto... pero al mismo tiempo, usted tiene que asumir su responsabilidad, porque si alguna vez

hace eso, la cosa va a degenerar un poco por todas partes y después reaparecerá y tarde o temprano a la fuerza se va a volver contra usted". Entonces, pese a todo, empezó a entrarle miedo. [*Silencio.*] Pero nunca vi nada igual al odio de los obreros contra ese tipo: desde que empecé a trabajar en la fábrica, vi gente que murmuraba, que se... Pero aquí es un rechazo total, no quieren oír hablar del tipo, para ellos "es un vago... no quiere trabajar...". Yo les digo: "Pero yo trabajo en una cuadrilla como ustedes y cuando mis compañeros no quieren trabajar, no es asunto mío; yo hago mi trabajo, y con el que no da abasto no voy a caer en la trampa de la dirección y decirle: ¡Eh, tú no haces tu trabajo! ¡Faltas! ¡Pasas parte de enfermo!". Estamos en un equipo, nos decimos buenos días, trabajamos, además ni siquiera tenemos tiempo de hablar porque la cadena va demasiado rápido. Le pregunto: "¿Pero él no te molesta físicamente, no te impide hacer tu trabajo?". Y me contesta que no. "Entonces –le digo–, ¿por qué se ensañan con él?". Me pone mal porque entre las personas que firmaron hay buenos elementos, y hace un mes yo mismo les di un cuaderno de reivindicaciones... y los tipos aceptaron... y cada vez que hay un problema lo anotan y el método de los cuadernos funciona bien en las líneas... Esa gente participaba en la recolección de cuestiones y de golpe se dejaron "entrampar" por el jefe –no sé qué les prometió–. Con todo, hay dos o tres muchachos, llegados de otros sectores, que no firmaron, que dijeron: "No tenemos nada que ver con eso... no nos molesta, que haga lo que quiera; nosotros hacemos nuestro trabajo, ¡el que tiene que resolver el problema es el jefe, no tenemos por qué firmar nada!". Pero la mayoría de la sección firmó.

—La mayoría firmó... hay, con todo, una especie de adhesión de la gente a ese tipo de trabajo, una parte de la gente que entra en el sistema...

HAMID: Entran decididamente en el sistema porque para ellos... el jefe se libera de bastantes responsabilidades, ya no organiza los días de licencia y todo eso. "Ustedes como grupo son los que tienen que arreglarse." Si alguien llega a las siete en vez de a las cinco, el jefe le pregunta al grupo si debe pagarle o no, y dice: "Voy a pagarte porque lo decidió el grupo". Ya no es Peugeot sino el jefe el que le paga al obrero, y eso se mete en la cabeza; "Jefe, ¿no me puede pagar mis dos horas? Llegué tarde". Entonces hay veces en que el jefe les dice que se queden hasta las once y media o doce de la noche, o si no, se van a las diez y les paga hasta las once y media...

Hay una doctrina patronal que penetró

—Se les dan los medios de ejercer todos esos pequeños chantajes, todos esos pequeños ardides...

HAMID: El sistema de trabajo, por ejemplo: llegamos a las trece o a las cinco de la mañana y cuando empezamos a trabajar, el jefe dice: "Hoy no hay guantes"; o si no, el día anterior acaba de decirnos: "No tiren sus guantes porque ya no puedo sacar más; tenía un presupuesto y me excedí", así que la gente trabaja con los mismos guantes durante una semana y con este calor; es verdaderamente duro. Es una desgracia que hayamos llegado a eso en la nueva planta; por suerte no está generalizado, pero si no prestamos atención, se puede volver peligroso... peligroso para los dos, además, porque con el calor hay una tensión enorme y si hay gente que se rebela contra Peugeot y algunos caen en la trampa... la cosa puede darse vuelta contra Peugeot lo mismo que contra los obreros... es algo que no se podrá controlar... Por otra parte, ayer hubo una reunión donde no se habló más que de eso, porque era imposible dejarlo pasar...

—¿Era una reunión de delegados?

HAMID: Sí, después de que vimos lo que pasaba llamamos a todos los compañeros de los otros sectores e hicimos la reunión en HC1, y entre otras cosas hablamos de ese problema. Y sobre eso dijimos que es necesario hablar porque no podemos dejar que nos superen los acontecimientos, porque si Peugeot hace esas cosas, nos puede dividir y después hacer lo que quiera... y el mes que viene nos va a agregar cincuenta autos... En septiembre vamos a tener suspensiones... Ahora hacemos horas extras y después vamos a estar suspendidos... Una semana, por ejemplo, nos van a suspender dos días, el viernes y el lunes, y sólo trabajaremos tres días, pero eso no impide que tengamos que hacer la producción de toda la semana porque Peugeot va a aumentar las cadencias, la cantidad de autos. Y además la gente va a decir: "Después de todo no vamos a perder gran cosa por trabajar sólo tres días y tener dos de suspensión...". Eso lo comprobamos durante todo el período de suspensión: cada vez que lo hubo, aumentó automáticamente la cantidad de autos para producir. Pero eso no impide que la gente diga que va a aguantar porque con los dos días de suspensión tiene tres de descanso, con el sábado y el domingo. Pero no es la solución... Hace años que nos hacen eso y ahora la gente empieza a decir: "¡Cuidado, si nos suspenden y después aumentan las cadencias,

las cosas van a andar mal!". [...] Si nos dejamos estar, verdaderamente, no sé hasta dónde vamos a llegar [...].

Creo que el sistema de premios es el peor de todos

—También está todo ese sistema de premios, que es un medio de presión...

HAMID: Creo que el sistema de premios es el peor de todos, porque incluso en las categorías y todo eso Peugeot no juega con la legalidad. Son muy amarretes en el nivel de las categorías y en cambio distribuyen premios, "si te quedas hasta medianoche tendrás un premio, si vienes un sábado tendrás un premio, si no haces nada, no recibirás nada en absoluto...". Y además, médicamente, hacen entrevistas con los obreros: "Te tomaste tantos y tantos días, tienes un porcentaje para pasar parte de enfermo y te excediste... te hace falta un porcentaje de calidad, y lo cumpliste más o menos... te piden que vengas todos los días un poco antes de iniciar el trabajo, cinco o diez minutos antes para asistir a los *briefings*, y no vienes... ¡Es demasiado, no puedo darte el premio!".

—Sobre todo son los premios del grupo; si el tipo se los hace perder, sin duda es por eso que los obreros de su sector hicieron un petitorio, ¿no?

HAMID: Sí, la tensión viene de ahí y además el jefe lo dejó bien aclarado cuando dijo que perdían los premios a causa de él, y por otra parte la gente es tan simple de espíritu que cree que los cincuenta francos van a ser gran cosa... para ellos, perder cincuenta francos por ese tipo es algo inadmisible. "Yo hago mi trabajo." Lo peor es que Peugeot se las ingenia para darles los puestos más sobrecargados a esas personas, y al que protesta siempre consiguen encontrarle un trabajo relativamente *cool, cool* entre comillas porque verdaderamente no hay ninguno que lo sea... En todo caso, lo seguro es que su puesto es mejor que los de sus compañeros. Entonces los otros dicen: "Éste ya tiene un puesto 'fácil' y no consigue mantenerlo, nosotros tenemos uno difícil y cumplimos el trabajo, y para colmo él comete errores y nosotros no". Como ya no hay... ahora todo, todo es global, es el equipo... si yo, por ejemplo, hago una sugerencia, ya no me reporta gran cosa, se la reporta al grupo; si hago una cagada el que paga es el grupo, si tengo ganas de faltar y no llamo por teléfono... es el grupo el que me dice: "¿Por qué no avisaste por teléfono?". Son obreros que telefonean a otros obreros... conocí una que llamó a su compañera porque tenía el número, y le dijo: "¡Pero así no va!, no vienes, no avisas, yo te había avisado que me tomaría el día y tú...", y lo que pasaba era que el jefe le había dicho que le habría dado de buena gana el día, pero como la compañera no estaba...; no fue el jefe el que llamó por teléfono, fue la chica la que llamó a su compañera y le tiró la bronca. Y la otra acortó su licencia por enfermedad. Se tomó sólo tres días porque pensó: "Ella me va a poner mala cara durante años", así que no se tomó más que tres días... terminó la semana en la fábrica y sin embargo estaba enferma. Yo le expliqué que lo único que tenía que hacer era mandar a cagar a su compañera... Logré hacerle entender que había metido la pata y ella me dijo: "La próxima vez, no lo haré", pero eso no impide que haya venido, retomó el trabajo cuando en realidad no tenía por qué hacerlo... su médico le había dado una semana... Hay otra que cuando no le dan guantes, se lleva los sucios y los lava en su casa, y después viene a jactarse delante de los obreros diciéndoles que hagan como ella. Y hay otra más que llegó a decirme: "Si Peugeot me lo pide, le doy la mitad de mi paga...". Yo le contesté: "Peugeot no tiene nada que hacer con tu paga, ni con la mitad ni con la paga entera". Me reía de su jeta. Pero para ella es así. Hay una doctrina patronal que penetró, y además no se admite que los obreros, por ejemplo, repartan... yo reparto mis volantes, el jefe no me dice nada, y si me dice que advierte que los reparto durante las horas de trabajo, le contesto: "No es nada, haga lo que quiera". Pero hay obreros, jóvenes, que me dicen: "No es momento de repartir volantes: ¡hay que entregarlos afuera, no aquí!", y son personas de buena voluntad... Lo que pasa es que les dijeron que cada vez que vean que alguien hace una cagada, no la repitan. Y yo les pregunto: "Pero, ¿con qué derecho?; ¡todavía no te rompiste el culo lo suficiente en tu puesto para discutir y meterte en lo que hago!". Hay gente así...

La gente se acostumbra a eso... a fuerza de escuchar, caen en la trampa

—En comparación con el antiguo acabado, donde ya había peugeotismo en el aire, ¿aquí hay algo diferente?

HAMID: Hay algo diferente y nuevo en la medida en que... no le menciono más que un ejemplo: ayer, en una sala, mi capataz me dijo: "¡Deje el lugar tan limpio como lo encontró!", y yo le contesté que estaba bien. Entré y había una chica, una compañera que quería

fumar, y algunos compañeros de ella le habían dicho que no se podía porque cuando hicieron el curso les dijeron que no había que hacerlo, así que no fuman y eso les salió automáticamente. Sin embargo, había otros compañeros que dijeron: "No, déjenla, ¿por qué no va a fumar? ¡Si no se tiran las colillas al suelo, no hay razón para no poder hacerlo!". Después de comer, hay algunos que dijeron que había que dejar el lugar tan limpio como lo habíamos encontrado, cada uno recogió sus cosas y una compañera dijo: "Sí, no hay que dejar todo como en la otra planta, porque allí se encargaba una mujer de limpieza y aquí no hay ninguna". La gente se acostumbra a eso pese a sí misma, a ciertas cosas, a fuerza de que se lo repitan, a fuerza de escuchar, y caen en la trampa... A veces uno reacciona de inmediato para diferenciarse de todas esas estupideces, pero otras las dice uno mismo, maquinalmente, y aunque no las piense las dice porque alrededor hay quienes las dicen; es así... incluso en mi caso, es así.

—El primer movimiento es adherir a esa lógica...

HAMID: Ir a pedir una botella de agua para llevar al puesto de trabajo... no es fácil. Ahora, en HC1, les insistieron tanto en que no deben tener ningún objeto personal en el puesto de trabajo... Un compañero me preguntó si me llevaba la botella. "Sí, ¿por qué? Hicimos lío por eso y la dirección nos dio permiso para llevar una botella." "Y bueno, yo también voy a ir a buscar una durante las reparaciones para poder tomar un trago", y se llevó su botella.

—Y la botella, ¿es de agua?

HAMID: Sí... o si no, de agua y menta...

—¿Lo que pasaba en el antiguo taller –llevar vino, cerveza– no existe más?

HAMID: Sigue existiendo... [*sonrisas*] incluso en la nueva planta, claro está.

—¿El vino lo toleran?

HAMID: El vino... todo se tolera en la nueva planta, es decir, que los obreros exigieron... porque en la vieja, los jefes estaban en sus oficinas y los obreros en el comedor. Aquí, todo el mundo habla con los jefes: comemos juntos, nadie puede comer en otra parte... en las zonas de descanso va a encontrar obreros, jefes, capataces que están sentados unos al lado de los otros. Entonces los obreros, que desde hace treinta años están acostumbrados a llevar su botella por turno, nunca pudieron hacer lo contrario... así que la cosa sigue. Pero justamente, los jefes tienen medios de presión sobre la gente que toma mucho... Entre los que firmaron ayer a la noche, había un viejo que toma todo el tiempo y que en última instancia es un poco alcohólico; así que le dijeron: "Si no firmas te denunciamos, te hacemos un informe, te echamos, qué sé yo", entonces firmó. Lo cual demuestra que... es el miedo, una presión que ejercen sobre ellos...

—Existe verdaderamente ese problema del miedo que muchos jefes siguen alimentando...

Los desilusionados del peugeotismo

HAMID: Las cosas pasan como en la vieja planta: ya habían empezado allá... todos estos truquitos que existen en HC1, ya los habían probado en la vieja planta... Los pusieron en práctica con una posibilidad de éxito del 20 o 30% en el antiguo acabado, y en la nueva, la cosa mejoró... La gente cae en esa trampa, es cierto, pero con todo, hay una minoría que no camina... Te cito por ejemplo el caso de un instructor que ya no conseguía... estaba harto porque le habían prometido pasarlo de 225 puntos a 265... "Si reemplazas al jefe..." Así que iba los sábados, todo eso... Y ahora está harto, y le dijo al jefe: "¡Encájeme en el puesto!", y sin embargo era alguien que tomaba iniciativas... para mostrar que trabajaba más para Peugeot que para la clase obrera... En consecuencia, incluso se había vuelto completamente tarado, estaba obsesionado por Peugeot, no sé, a la noche debía de pensar en Peugeot, debía de tener la casa llena de fotos de Calvet y todo eso, porque "el patrón es el que nos paga..." [*risas*]. Pero eso no impidió que ahora esté harto, se dio cuenta de que hay otros jóvenes que llegan detrás de él, con menos experiencia... Pidió que lo pusieran en un puesto... porque hay veces que uno también se desilusiona de Peugeot...

—Sí, los desilusionados del peugeotismo existen...

HAMID: Porque creen que no hacen más que bien para Peugeot. Pero Peugeot... hay una realidad... no puede hacer feliz a todo el mundo... llega un momento en que se alcanza el límite, cuando la gente ya no hace ningún progreso en sus carreras, ni de nivel de vida ni nada de eso. Y ahí es cuando empieza una especie de rebelión... No siempre, pero digamos que sucede... Peugeot no siempre tiene éxito en lo que hace respecto de la formación, todo eso, o de la información; muchas cosas se le dan vuelta. Toda la gente que llegó de la planta de Mulhouse dice: "No es posible, nos dijeron que nos pasarían automáticamente a 180 puntos y que habría un aumento de doscientos francos no bien en-

tráramos, y no lo hay; nos prometieron un premio por objetivo de trescientos francos y nunca lo tuvimos porque, aunque hagamos el trabajo, basta con que la cadena se descomponga en la etapa anterior y se hacen menos autos..."; hay muchos criterios que intervienen en ese premio por objetivo. En cambio, en la vieja fábrica teníamos un premio y todo el mundo lo cobraba automáticamente.

—Con todo, el sistema de premios tenía menos cabida en la vieja planta que en la nueva. ¿El premio era más bajo pero había más posibilidades de obtenerlo?

HAMID: En última instancia, todo el mundo tenía la posibilidad de conseguirlo: todos los enfermos... Ahora, hay excluidos... Cuando discutimos con los dirigentes, nos dicen: "No entendemos, el 90% de la gente recibe el premio por objetivo y ustedes nos cuentan que...". "Lo que les digo es que el 70% no tiene su premio." Así que ellos dicen "el 80% lo obtiene", y nosotros "el 70% no lo obtiene". Pero nosotros tenemos más razón que ellos...

¡Buenos compañeros o malos compañeros, a la gente no le gusta mostrar su recibo de pago!

—De todas maneras, ¿la gente habla de sus premios? ¿Lo cuentan o no lo cuentan?

HAMID: Lo cuentan, pero digamos que es... desde que conocí la línea, sean buenos compañeros o no sean buenos compañeros, a la gente no le gusta mostrar su recibo de pago, y además no sé si son celos o qué, pero hay un malestar, "¿Cuánto cobras?". "Seis mil francos", y cuando uno ve realmente su recibo, no son seis mil sino seis mil quinientos, por ejemplo. "¿Cuánto cobras?" "Cuatro mil quinientos francos", y no son cuatro mil quinientos sino sólo cuatro mil. Y ni siquiera los jefes dicen la verdad... un compañero me preguntó: "¿Cuánto cobras?" "Cinco mil seiscientos", le digo. "Está bien, un poco más que yo." Pero miré por detrás y cobraba seis mil doscientos, así que le dije: "Vi que cobraste seis mil doscientos". "Sí, eso con los sábados, pero tú no los haces." Entonces le contesté: "Pero yo no te pido que descuentes los sábados...", y además vienen a espiar tu recibo pero nunca te dejan mirar el suyo... En cambio, hay algunos que hacen como yo: saco el sobre, lo tiro a la basura y dejo el recibo en el taller porque no tengo miedo de que... tengo 170 puntos, hace 18 años que estoy en la casa, algunas veces cobro cinco mil seiscientos, cinco mil setecientos, cinco mil novecientos... a veces seis mil, depende, no tengo miedo de... al contrario, porque por empezar a trabajar a las cuatro de la mañana una semana y entrar a las nueve y media de la noche la otra...

—¿Pero hay muy pocos que muestran su recibo de pago?

HAMID: Algunos porque, por ejemplo, como yo soy delegado, bueno, la gente tiene menos miedo, me dan francamente su recibo de pago: "Mira, tengo un problema... no me pagaron este sábado..., acá me descontaron... no entiendo". Si puedo explicarles se lo explico en seguida; si no, voy al control para que me den la respuesta... La gente me da francamente su recibo para llevarlo al sindicato o... porque saben que es por su bien... pero entre ellos, no hay...

—Y si se contrapone eso a lo que sucedía en los años setenta, hay con todo una diferencia, porque entonces existía una especie de cohesión del grupo, fuerte...

HAMID: La cohesión del grupo era contra los jefes, contra los capataces; ahora hay una adhesión de obreros contra otros obreros... Los obreros que están en contra, que no admiten ciertas injusticias, que consideran insoportable la sobrecarga de trabajo, esa gente es mal vista porque el jefe les hizo creer a los otros que los que se quejan van a romper el negocio, que si todo el mundo protesta no van a poder salir más autos y no tendremos más salario, y lo único que quedará por hacer será poner la llave debajo del felpudo e irse: es así como funciona la cosa. Entre 1970 y 1978, cuando nos daban la paga, juntábamos todas en una mesa y las mirábamos una por una; comparábamos la antigüedad y "¿Cómo puede ser que no cobres más que yo?", y el tipo que recibía más que yo me decía: "Toma, ve a ver a tu jefe, tienes más antigüedad que yo pero recibes menos dinero..."; era el obrero el que me incitaba, en esa época yo todavía no era delegado... Era en 1974-1975... me decía que fuera a reclamar. Ahora, el tipo, cuando le pides ver un recibo de pago, te contesta: "¡No, no, no!", y si quiere, si es verdaderamente valiente y quiere mostrármelo, dobla toda la parte de arriba y no me muestra más que el final, la suma de dinero que figura abajo, no me deja ver lo de arriba. Digamos que... "es personal"...

—Son lógicas de individualización que es interesante analizar porque no se mencionan con frecuencia, y es indudable que se trata de una victoria para Peugeot...

HAMID: Sí, para Peugeot es una victoria... Pero yo siempre dije que las victorias de Peugeot son de doble filo,

porque hacen tantas cagadas que se les pueden volver en contra... Porque los obreros no admiten... Bueno, están las dos clases: la gente que no quiere mostrar su recibo de pago porque tiene miedo, no cobra lo suficiente en comparación con los otros y piensa: "No soy más estúpido que los demás y sin embargo cobro menos", pero hay otros que muchas veces tienen más horas... Basta una cosa de nada para que los que están descontentos con su paga y después los que están contentos pero que pagaron un precio duro... porque los que hicieron horas extras, que se quedaron hasta medianoche, tal vez tengan algo más en su recibo de pago, ¿pero con qué sacrificios? Hay que ver el sacrificio que hicieron: vuelven a su casa... el hombre, si al salir a las nueve y media llega normalmente a las diez cuarenta y cinco, cuando se queda hasta las once y media llega a su casa a la una de la mañana. Y además a menudo son personas que se organizan, cuando las llevan, para que la gente de diferentes lugares... recoja a otros compañeros... Entonces, para los compañeros que están lejos... al que está "disponible" se le paga a lo mejor la nafta, o tal vez Peugeot le paga en efectivo... si no es directamente el jefe el que le paga horas extras... Durante ese tiempo recoge a muchos compañeros en sus casas, cuatro o cinco, por lo que tiene que desviarse unas cuantas veces y llega a su casa extenuado... Y al día siguiente vuelve a empezar... trabaja y vive para Peugeot.

Son los obreros los que me atacaron, "Cállate, te quejas todo el tiempo"

—De modo que los jefes tienen margen de maniobra para negociar esas cosas caso por caso... Es un poco la lógica invertida del grupo de compañeros...

HAMID: Sí, es la lógica del grupo de compañeros: llegas tarde... a mí, en esta fábrica, la primera vez que llegué tarde... si tú quieres, aunque me despierte a las cinco y cuarto, no llego a las cinco y media o a las seis, llego con los que tienen horario normal a las siete... llego con los normales, porque de todas maneras me quitan las horas, entonces de paso... Y ese día el jefe me dijo: "Decidieron pagarte tus horas", y yo le contesté: "Eso es nuevo, desde que trabajo en Peugeot jamás me pagaron ni aunque fuera un cuarto de hora. ¿Cómo es eso?". Él me respondió: "Aquí, el que decide es el grupo, y como es la primera vez que llegas tarde, decidió pagarte las horas". "Está bien –le digo–, sigan así, ¡voy a llegar tarde algunas veces más!" Entonces me dijo: "Pero no, es un favor que te hacen tus compañeros, entonces hay que ser...", es decir que te pagan tus horas pero ¡cuidado!, la próxima vez no hay que embromarlos, de modo que hacen sentir culpable a la gente... Hay muchos que llegaban tarde y desde que les dijeron eso, ya no lo hicieron... ¡así los compran!

—Es cierto, un poco los compran y al mismo tiempo apelan al sentido de la moral colectiva.

HAMID: Otra vez la CGT me había pedido que fuera a un *briefing* afuera. Es el jefe de taller el que dispone así... Tomé la palabra y dije: "Es muy lindo que nos den la palabra, pero al menos déjennos diez minutos para explayarnos, los obreros que me rodean dicen que en el nivel de la cadencia, en el nivel de la calidad, la cosa no anda... dicen que los autos no salen bien limpios... pero es normal, porque estamos obligados a montar piezas, después volver a salir, luego a desmontar y volver a montar del otro lado porque hay cosas que no andan... En lugar de dejar pasar tranquilamente los autos, ustedes nos obligan a hacer operaciones y a continuación las remontan, entonces es cosa de montar, remontar, desmontar, remontar, y al auto no le hace bien... La cantidad de autos ya es importante y todos los meses nos agregan más y... eso tiene su peso". Entonces el jefe de personal quería contestarme pero no fue él sino los obreros, los jóvenes, los que me atacaron: "¡Cállate, te quejas todo el tiempo! ¡Es la primera vez que te vemos!". Así que les dije: "Por supuesto, es la primera vez, hace seis meses o un año que estoy aquí y es la segunda reunión que se hace, pero yo vine no a discutir contigo, jovencito, sino con el jefe de personal; tú no hace ni siquiera dos o tres años que estás; yo, hace veinte, así que cierra el pico...". Pero esas horas normalmente las pagan, y les pagaron a todos los demás pero a los que protestaron... [*Gesto que significa "No les pagaron".*] De acuerdo, el jefe de personal me sobó el lomo y después le dijo al jefe: "Táchale sus horas". Entonces yo le dije así: "Si no, me pongo nervioso...". Por suerte hubo obreros que me defendieron, que le dijeron al otro: "Cierra el pico", todo eso... e incluso el jefe intervino en mi defensa y dijo: "De todos modos Hamid habla así, nos expone sus puntos de vista, sus ideas" [...]. La verdad es que en la vieja planta estábamos acostumbrados a otro modo de vida... Antes los hombres tenían urgencia por volver a sus casas después del trabajo... Ahora se quedan "cerca" de sus puestos... empiezan a dar vueltas... para mostrarles a los jefes que están ahí...

—*¿"Disponibles"?*

HAMID: Sí... Está el calor, todo eso... pero ellos están "disponibles"... porque Peugeot... no sé... es su jefe... no hay que... Ahora, el trabajo del sindicato entre los obreros especializados es cada vez más... difícil.

—*¿Por qué? Porque ahora los jefes tienden a hacerse cargo de una parte del trabajo que antes hacían los sindicatos...*

HAMID: Sí... y además ahora muchos obreros verdaderamente les hacen el juego... los primeros en firmar la nota para echar a uno eran gente de la CGT...

Instructorcitos que no valen nada y quieren tener un buen lugar

—*¿Los encargados ya no se les oponen como en los años setenta?*

HAMID: No, mucho menos... porque se volvieron un poco más [*busca la palabra*] "astutos". Me dicen, por ejemplo: "Compruebo que usted está repartiendo un volante...". Yo les contesto: "¿Y entonces? ¿Los otros lo hacen bien?". "Sí, pero yo sólo lo compruebo, lo anoto..." Me dicen: "Pero no queremos hacer diferencias entre los sindicatos". Mientras que yo sé personalmente que hacen mucha diferencia entre los sindicatos, por ejemplo entre la CFTC y la CGT... Me dijeron [*imita un tono impregnado de cortesía*] "Yo solamente se lo digo...". Quiere decir que ya no existe la noción, como sucedía en la vieja planta, de las ovejas negras a las que se señalaba con el dedo... Pero ahora se presenta cada vez más la cuestión de tener un buen lugar. Yo vi jóvenes que me impidieron repartir un volante, que me interrumpieron... diciendo que gente como yo no debería estar ahí... Y el tipo [*que le dijo eso*] hace dos años que está en la fábrica... dos años o ni siquiera; un ex temporario, y después le expliqué que hace años que nos peleamos... Me contestó: "Sí, y a causa de gente como ustedes nos va a caer una suspensión" [*largo silencio*]. El discurso de la dirección avanza fácilmente, cada vez más fácilmente... Instructorcitos que no valen nada y quieren tener un buen lugar... Todo eso influye... Es indudable que el trabajo de los sindicatos demuestra ser... cada vez más duro...

—*Sí, los delegados están un poco como si los pescaran en infracción... Los instructores están haciendo en parte el trabajo del delegado. ¿En su taller hay "consejeros de taller", como en fundición, por ejemplo? Y se alienta a la gente que tiene problemas personales a que vayan a verlos...*

HAMID: Entre nosotros hay "consejeros de taller", pero son sobre todo los encargados. Por ejemplo, el capataz o el jefe que hace una entrevista... Y además, si alguna vez ven que el tipo está ausente, lo convocan: "No sabemos, pero estamos dispuestos a discutir a fondo sobre todo: si tienes problemas de familia, de dinero, de haberes, todo eso; estamos dispuestos a ayudarte... pero no tienes [*baja la voz*] que dejarnos así. Si estás enfermo, vienes y nos lo dices". Empiezan a intervenir en la vida familiar... después viene otra persona... le dicen: "Vaya, M. [*da su apellido*] vino a vernos, nos ha dicho que su mujer quería divorciarse..."; dicen: "Sí, M... habló, logramos solucionarle sus problemas... vamos a ir a ver a M. o a la señora...". Ésa es la forma en que intervienen: dan ejemplos... aunque sea algo privado, secreto... entre la gente... les dicen: "¿Vio? hemos resuelto los problemas de M...".

—*Lo cual también es una manera de enredar a la gente, de implicarla, ¿no?*

HAMID: Sí, sí [*silencio*]... ¡Porque en realidad no es cierto, además! Cuando tienen problemas de trabajo, todo eso... gente que no se siente cómoda... entonces dicen: "Sí, nos hablaron de tus problemas... Sabemos que estás con parte de enfermo... que tienes un problema. Así que estamos dispuestos a ayudarte". Entonces el hombre dice: "Cuanto menos, hacen un esfuerzo...". ¡Y aunque esté enfermo, viene a trabajar! Conocí a uno, un tipo que estaba tramitando el divorcio y todo eso. Lo llamaron y después faltaba... un poco, mientras que antes faltaba mucho. Y después volvió y fui a verlo; me dijo: "La CGT no me apoyó de esa forma...". ¡Se la agarraba con la CGT! Yo le dije: "Pero si no viniste a vernos... y además son tus problemas personales, nosotros no queremos meternos con ellos...". Él me contestó que sí, que había que hacerlo, había que meterse en los asuntos personales. Entonces, ¿te das cuenta?, las intervenciones de la jerarquía dan resultado.

—*¿Pero no es eso lo temible para los sindicatos?*

HAMID: ¡Ah sí! Es temible para el sindicato [*silencio*]... Pero también temible para los obreros... Nos dijeron: "Peugeot tiene antenas en todos lados... conoce todo... puede hacer y deshacer... tanto dentro de la fábrica como fuera de ella...". Pero es cierto, como también se dice que los obreros se las van a ver difíciles si la cosa continúa así...

—*Y al mismo tiempo la CGT obtiene el 70% de los votos en las elecciones de delegados del personal.*

HAMID: Sí, en mi sector llegamos al 77 o 78%. Saben que es Peugeot el que los mete en la mierda... Y, también,

que pueden contar con la CGT. Sin embargo, al mismo tiempo está el imperativo Peugeot, es el patrón, hay que hacer que funcione... [*Silencio.*] Peugeot siempre logró meterles en la cabeza a los obreros que la CGT no es capaz de manejar el comité de empresa... Y los obreros dicen: "En todo lo que se refiere a las condiciones laborales ustedes, la CGT, son campeones, pero en lo relacionado con nuestros recursos la CGT es más bien el Partido Comunista", todo eso... [*gesto desafiante.*] Consiguieron hacerles entender que si se le da a la CGT la posibilidad de manejar el comité de empresa, todo eso, el dinero de los trabajadores, irá al PC o a otros establecimientos... ¡Y la cosa funciona! Entre nosotros hay muchos que dicen: "Nosotros no somos capaces de administrar...".

[...]

Los obreros que se pelean entre ellos es algo que no puedo admitir

HAMID: La cosa que me parece más sorprendente es tal vez esa noción de los obreros que se las toman unos contra otros. Eso es lo que me parece más temible para el futuro... Y mi sensación personal es que hay que realizar un trabajo en el nivel de las secciones sindicales... Hablo de las nuestras, de la CGT... Hay que avanzar en esa dirección... tratar por todos los medios... de señalar con el dedo... el sistema Peugeot...

—*Hay que analizarlo...*

HAMID: Un jefe de cuadrilla me decía "¿Pero por qué te ensañas así? Vine cinco o seis veces en el mismo día...". Yo le contesté: "Me ensaño por una sola razón: cuando hay obreros que tienen tensiones con los jefes, los capataces, eso no me plantea problemas particulares. Trato de ver, ver dónde está la falla... Pero cuando estoy frente a una situación en que hay un obrero enfrentado a otro obrero, o un obrero que quiere excluir a otros, digo que si no hago todo, todo para disipar ese... [*busca la palabra*] 'malestar'..., no concibo que haya hecho mi trabajo". Le dije: "Los obreros que se pelean entre ellos no lo admito, es algo que no puedo admitir". Pienso que los que firmaron son buenos tipos, obreros con los que me codeé, que hicieron huelga en 1989 conmigo... ¡Entonces, cuando los veo excluir a uno de los suyos que también hizo cuatro semanas de huelga...! Ahí me digo: "Eso me supera, está más allá de lo imaginado". Y después él me dijo que sí. Yo seguí: "Sí, incluso usted, desconfíe... porque la cosa es de doble filo... porque para los obreros que los 'animaron' así, mañana el blanco va a ser el jefe o el capataz". Hablo del conflicto que hubo en las huelgas de 1989. Me refiero, por ejemplo, a la huelga que hicimos, que mostró la capacidad de los obreros [*para controlarse*]. No atacamos al personal de control, el jefe, los capataces... pese a que nos fastidiaron, que nos regimentaron... Aparte de algunos insultos, pero que no degeneraron como en otras partes. Y le advertí: "Pero si siguen haciendo 'eso', el día que haya una huelga... los van a... los van a... pero a masacrar, en último caso, con bulones, con barretas, con cualquier cosa, porque ustedes sentaron las bases para ese tipo de cosas... con todo lo que están haciendo en este momento. Esas prácticas –le dije– creo que no deberían existir. Ya tuve varias reuniones con dos compañeros delegados ante el jefe de personal para tratar de... de cambiar un poco esas cosas". Lo segundo que también me parece importante es que los capataces, los jefes, juegan la carta de la sociabilidad, del interés demostrado ante la gente, pero para mí es hipocresía...

—*¿Ellos también lo creen? En parte...*

HAMID: Se lo creen en parte, es verdad. ¡Pero digamos que no la practican! Quieren resolverlo todo, quieren resolver los problemas del obrero. Pero cuando están frente a uno que verdaderamente tiene problemas, se lo sacan de encima: "Eso no es de nuestra incumbencia". Mientras la gente trabaje, mientras se pueda influir en ella para que trabaje más... que se quede hasta más tarde... que venga más temprano, ¡hasta ahí, de acuerdo! Pero cuando algo nos toca en carne viva, ahí se apartan, a pesar de todo lo que proclaman, "No, no estamos aquí para resolver sus problemas personales". Y de eso tenemos ejemplos concretos... ¡Porque lo que hay que ver claramente es que no quieren más enfermos! ¡Y eso es claro y simple, y lo demuestran nítidamente! Para ellos, los enfermos son discapacitados. Casi lo dicen: "Un enfermo no debe tener trabajo. El trabajo hay que dejárselo a los demás, a los que están capacitados. Para los otros el trabajo no es conveniente". Eso es algo muy importante: volvemos a lo de muchos años atrás... Sin embargo, el hombre no puede venir, no tiene derechos... no porque sea discapacitado...

—*¿Hay en parte una lógica de exclusión en marcha?*

HAMID: Se excluye decididamente... [*imita el tono de un jefe*]: "Está enfermo, está enfermo todo el tiempo, no viene, está enfermo...". Lo sacan a relucir, lo mencionan en todas las discusiones. Y los obreros, a fuerza de

oír hablar de eso... la verdad, le prestan mucha atención a no enfermarse. Yo creo que hace falta que los obreros presten atención... es lo que le explico a la gente... porque mañana nadie puede asegurar que va a tener buena salud, aunque haga deportes y todo lo que quiera... el día menos pensado, uno se enferma, tiene un accidente [...].*

Marzo de 1991

El antiguo orden (el de los años sesenta y setenta), ligado a determinada situación de la relación de fuerzas entre militantes, obreros y agentes de control, suponía todo un conjunto de condiciones. Y en primer lugar cierto "ajuste" entre actitudes construidas a lo largo de los años. Debido a múltiples cambios en todas las esferas de la existencia, este orden sufrió una profunda perturbación. A los ojos de Hamid, la dirección está introduciendo un modo de administración perverso, con sus instructores, sus premios y el llamamiento constante al interés individual que modifica radicalmente las condiciones de trabajo y de vida común y amenaza la relación "normal" (a su juicio) entre obreros y delegados.

No se equivoca al pensar que la dirección juega sistemáticamente esa carta. Hamid, desde luego, apunta en primer lugar a la manera en que ciertos miembros de aquélla se dedican a estimular a los obreros de la cuadrilla. Y naturalmente señala con el dedo un punto muy importante: la acción de los (nuevos) agentes de control se inscribe en una estrategia inversa de la existente en los antiguos talleres, una estrategia que aspira a constituir nuevos grupos de trabajo... Pero las cosas son más complicadas de lo que él parece creer cuando culpa únicamente al accionar de la dirección. Si endurecemos un poco la perspectiva, sentimos la tentación de decir que hubo todo un conjunto de cambios en las condiciones que permitían que el antiguo orden simbólico y político (que, por ejemplo, asignaba tareas precisas y roles bien definidos al delegado y al jefe de cuadrilla) se mantuviera y reprodujera (por ejemplo, en su gran mayoría los nuevos instructores son, social y educacionalmente, muy diferentes de los viejos jefes de cuadrilla: entre ellos, hay algunos ex temporarios ascendidos de categoría).

Antes todo sucedía como si, implícitamente, la relación de los delegados con los agentes de control estuviera regulada por una especie de acuerdo tácito, un código moral. Los enfrentamientos que los oponían podían ser violentos, pero cada uno tenía su propio registro de intervención, en el que el otro no interfería. Cada uno tenía sus técnicas (el petitorio era una de ellas) que el otro no utilizaba. Cada uno conocía más o menos las reglas en uso y "hasta dónde había que llegar para no ir demasiado lejos". Son esas fronteras las que se franquearon y esas reglas compartidas las que se transgredieron.

Al mismo tiempo, lo que Hamid descubre, sin querer confesárselo completamente, es que son las personas de su bando, sus compañeros, "huelguistas" como él dice, quienes entraron por sí mismos en la lógica de la jerarquía, de la patronal, lógica que se construye contra todas las reglas de la solidaridad obrera de viejo tipo –dado que los peticionarios llegaron a solicitar la exclusión de un "viejo huelguista"–. Lo que advierte con claridad es que hay en ello la culminación de un proceso iniciado largo tiempo atrás que no sólo pone en cuestión la acción perversa de la dirección en un momento dado, sino que se inscribe en un lento movimiento de desestructuración.

Asistimos así a la desestabilización moral de un delegado de tipo tradicional que, pese a ser extranjero y relativamente joven, se formó según la lógica del antiguo modelo militante, modelo que, por una serie de razones complejas, sobrevivió mucho tiempo en Sochaux y resistió allí mejor que en otras fábricas. Hamid descubre a la vez que ya no puede cumplir su tarea (su "trabajo" de delegado) como antes, que hay algo anormal en la situación que debe enfrentar y que, por otro lado, necesita estar más presente que nunca en el taller para asegurar la defensa de los "compañeros", que no puede renunciar a esa tarea ni "largar todo" en el momento en que las condiciones laborales son peores que nunca.

En lo sucesivo, Hamid siente con claridad que los técnicos cada vez más numerosos en el taller –los BTS, como se los denomina– y los nuevos agentes de control (cuya formación se emparienta con la de los técnicos), además de la mayoría de los instructores, están atrapados en otra lógica, situados en un terreno muy distinto del que pisaban de los jefes de "cuadrilla de viejo tipo". Antaño, en el antiguo taller, todos sabían qué significaba para un obrero reputado de "lameculos" ponerse la camisa de jefe de cuadrilla, y era posible prever la lógica de su comportamiento. Hoy resulta mucho más difícil comprender en qué consistirán las estrategias de los nuevos técnicos.

De aquí en más, las evidencias se agrietan. Las relaciones de viejo tipo se modifican lentamente, como si las socavaran desde adentro. Los efectos de esa lenta conmoción saltan de improviso a la vista del delegado. Y surge el desasosiego.*

La obra robada

Sandrine García

Me encontré con Claudie por primera vez en la Casa de las Mujeres de París, local ubicado en el 11° distrito, donde se reúnen homosexuales y militantes pertenecientes a la fracción menos "intelectual" del feminismo. Luego de un largo período de desocupación, ella realizaba una "pasantía de reinserción", que estaba organizada principalmente en torno de las actividades de recepción y gestión y daba acceso a empleos temporarios y de baja calificación en comparación con su formación de periodista y su experiencia profesional (había tenido un empleo estable en el INSEE* y luego dirigió un refugio para víctimas de violencia conyugal).

Desde nuestro primer encuentro, me sorprendieron su aspecto "trágico" y una especie de gravedad interrumpida por súbitas carcajadas estridentes, como si cargara con un drama muy pesado; tanto, que cuando se decide a revelárnoslo, no puede dejar de hablar extensamente, reviviendo con una pasión siempre intacta cada episodio de su historia, incapaz a menudo de contener las lágrimas, aun cuando se esfuerza por destacar "el lado positivo" de esa aventura, la creación de un refugio, "su obra", que, es cierto, le ha sido "robada" pero "acaba de festejar sus diez años de existencia".

Una infancia en el campo en un medio familiar dominado por un padre violento que suele pegarle salvajemente a su esposa; el espectáculo de la explotación de las mujeres en el ámbito agrícola: todas sus experiencias la llevan a tener muy pronto "una mirada crítica hacia la sociedad, sus injusticias, y sobre todo las cometidas con las mujeres". Esta disposición a la rebelión feminista encuentra su expresión durante su encuentro con el MLF** en París, en los años setenta. Atraviesa entonces una etapa de euforia, de efervescencia colectiva que la lleva de grupo en grupo, de discusión en discusión, de acción en acción. Se ubica entre las "feministas revolucionarias", forma parte de las "Gouines rouges" ["Tortilleras Rojas"], grupo de homosexuales comunistas, y luego de un grupo de "toma de conciencia", donde la frecuentación de sociólogos y psicólogos hace "avanzar su reflexión". Esta experiencia le parece tanto más enriquecedora cuanto que, por haber interrumpido muy pronto sus estudios superiores, siente una gran necesidad de aprender. Tras un primer período de actividad –un trabajo de encuestadora que la hace desplazarse de ciudad en ciudad–, y pese a las satisfacciones que le aporta la sociabilidad femenina e incluso homosexual que conoce en ese ambiente profesional, se cansa de esa vida inestable y vuelve a Y., su ciudad natal, para instalarse en ella y buscar un empleo. Trabaja entonces durante algunos años en el INSEE. No bien regresa a esa ciudad del este de Francia,

*. *Institut national de statistiques et d'études économiques*, Instituto Nacional de Estadísticas e Investigaciones Económicas (n. del t.).

**. *Mouvement de libération féminine*, Movimiento de Liberación Femenina (n. del t.).

procura en vano recuperar el clima de la militancia parisiense. No encuentra en esa "ciudad muerta" más que a militantes del MLF, exclusivamente preocupadas por la "lucha de clases", estrictamente en la línea de mayo de 1968.

Los puntos de desacuerdo se multiplican: la prioridad otorgada a la causa de los "obreros" o los "palestinos", los problemas específicamente femeninos frente a la dominación masculina, la primacía conferida a la reflexión teórica o la "lucha ideológica", las acciones prácticas a favor de las mujeres oprimidas, por lo que abandona muy pronto ese grupo del MLF –que, animado por una hostilidad y un resentimiento crecientes, no deja de "hostigarla" y criticar el carácter "típicamente burgués" de su actitud– para comprometerse con acciones concretas a favor de las mujeres.

Las "compañeras de París" le sugieren crear en Y., según el modelo de los sos Mujeres que se establecen en esos momentos en la capital, un grupo afiliado a la Liga de los Derechos de las Mujeres de París (cuya presidenta honoraria era Simone de Beauvoir), que tiene por objetivo luchar contra las violencias conyugales. Desde entonces, consagra toda su vida y toda su energía a esa empresa: además de su trabajo en el INSEE, se dedica durante años a recibir las denuncias de las mujeres maltratadas, a quienes ayuda a buscar soluciones, especialmente jurídicas, para salir de esa situación; también procura sensibilizar a la opinión pública y obligar a las instituciones a preocuparse por el tema. Poco a poco germina en su espíritu lo que se convertirá en el proyecto del grupo: crear un refugio para las mujeres golpeadas, que les permita escapar de la influencia de sus cónyuges y reorganizar su vida.

Se consagra de cuerpo y alma a un combate difícil para hacer que las instituciones del caso –DASS,* médicos, delegada de Condición Femenina, instancias del poder local– reconozcan la necesidad de un refugio de esas características, a fin de obtener los subsidios indispensables para su funcionamiento. A veces a costa de su salud, logra vencer todos los obstáculos y resistencias que las instituciones le oponen antes de aceptar reconocer su "trabajo". Pero la lucha a favor de las mujeres, que se ha convertido en su razón de ser, no se detiene allí: ambiciona crear un segundo refugio y emprende nuevas acciones.

Es indudable que no había podido efectuar con tanta firmeza el combate que libra en Y. –y en el que toma la parte más activa, enfrentando, a menudo sola, a los cónyuges de las mujeres que buscan refugio junto a ella, interlocutora principal de las instituciones que es preciso convencer– si sus amigas militantes de París, más experimentadas y mejor armadas, no le hubieran brindado apoyo, consejos, un sostén moral y a veces una ayuda directa (es gracias a su intervención, por ejemplo, que la DASS, de la que dependen los subsidios necesarios para el funcionamiento del refugio, o la delegada de la Condición Femenina aceptan estudiar sus expedientes); también le dan la confirmación de la justeza del combate aislado que libra en esa ciudad de provincia más cerrada que París, donde el único grupo de feministas constituido le es irremediablemente hostil; ella necesita, dice, sentirse "protegida" por la convicción profunda de que su acción, indisociable de la que encabezan sus amigas parisienses, es algo así como la prolongación natural de aquélla.

En el momento de su primera victoria se manifiesta el desfase, sin duda presente desde el origen, entre su acción militante y la de las otras integrantes del grupo: en vísperas de la apertura del refugio, cansadas por años de trabajo de campo, una gran parte de sus amigas se retiran; algunas para cursar estudios, otras porque tienen "distintas cosas por vivir", dice Claudie, quien, en lo que a sí misma se refiere, no posee manifiestamente ninguna vida afectiva al margen del grupo ni ambición alguna fuera de su proyecto feminista. Sola frente a lo que pasa a ser prácticamente su obra, ni siquiera le es posible saborear una victoria que tiene ya un regusto de

*. *Direction de l'action sanitaire et sociale*, Dirección de Acción Sanitaria y Social (n. del t.).

derrota, porque no puede contar sino con sus propias fuerzas, y en lo sucesivo le falta el impulso de una movilización colectiva.

Sin embargo, no se detiene ahí: renuncia a su empleo para ocupar el cargo de presidenta del refugio, cuyos trabajos supervisa activamente para instalarse después en él, donde en adelante vive absorbida, día y noche, por la multitud de nuevas tareas que exige su buen funcionamiento. Es en ese momento de la historia del refugio, a partir del cual su gestión ya no puede apoyarse únicamente en el trabajo voluntario, cuando surgen todas las dificultades. Recluta una secretaria, una cocinera, una vigilante nocturna: "Eso no representaba inconvenientes", dice; pero también debe contratar una "educadora y psicóloga" y pronto descubre el horror de una colaboración imposible, de una oposición absoluta entre dos visiones del mundo: la de la militante que obedece en primer lugar a los impulsos del corazón, la rebelión y la compasión, y la mayoría de las veces actúa ante urgencias y con improvisación generosa y creativa; la de la "profesional", cuyos actos impersonales y reglados de antemano obedecen a una lógica puramente burocrática. Ser "educadora es un oficio... hay que demostrar que una tiene carta blanca" ante sus exigencias, comenta Claudie, quien, no sin intención precisa, utiliza el término "oficio", del mismo modo que, como lo hace notar, "emplea a sabiendas", al proseguir con su relato, el de "personal" (del refugio) que "ya no tiene nada que ver –explica– con la militancia", "que piensa en su sindicato", "que me dice: Ése no es mi trabajo'". Su evocación apasionada de todo lo que la opone a esa empleada "calificada" la lleva a analizar con una gran perspicacia el funcionamiento habitual de los universos burocráticos, con sus denominaciones y categorías administrativas abstractas e impersonales, el efecto de distancia social que esos instrumentos de pensamiento y acción crean entre los trabajadores sociales –que los tienen en mente y los utilizan– y sus "clientes", la división y la especialización estrecha de las tareas que excluyen las iniciativas, la utilización de los recursos institucionales y colectivos que tiende a excusar la movilización de los recursos de la persona y el compromiso de su propia responsabilidad. Claudie señala, por ejemplo, que la educadora del refugio "¡ni siquiera tenía que tener esperanzas respecto de esas mujeres, porque para ella eran una población que debía tratar! Era su trabajo". Describe igualmente el desasosiego de las mujeres alojadas en la institución, que se quejan de la existencia de un "abismo entre el personal y ellas". "Conmigo –explica– no había ningún abismo"; lo que les sucede a las mujeres golpeadas "también podría haberme pasado a mí"; "no me siento como si estuviera por el techo y ellas por el piso", "sólo –agrega– que hay un tipo de gente que se dice: ya está, tengo un oficio, soy educadora, psicóloga". En relación con todas las categorías profesionales que tendrá la oportunidad de observar, hará la misma comprobación desilusionada, pero sin malevolencia: médicos y asistentes sociales jamás corren riesgos, sin duda porque tienen el respeto de todas las formas de poder y se refugian detrás de la cómoda coartada de su deontología profesional. Su benevolencia la lleva a relativizar el alcance de sus críticas, invocando las diferencias de "amplitud de miras, de espíritu" entre los individuos que constituyen esas profesiones ("Hay seres humanos que son médicos"), y a concluir inocentemente en referencia a su propia acción: "Era una cuestión de temperamento, eso me gustaba. Es cierto que había un riesgo, que había que lanzarse y que, a fin de cuentas, yo hacía lo que gente pagada por la sociedad no hace".

"La educadora, una especie de sindicalista" cobijada en "la convención" y la invocación de sus "derechos", que "exige cada vez más cosas" y no se interesa por las mujeres del refugio, pronto se le hace tan insoportable que procura desembarazarse de ella antes del final de su período de prueba: al sentirse amenazada, esta última no vacila en alertar a la señora de X., hermana de una célebre literata que desempeñó un papel importante en el movimiento feminista, a quien

Claudie, convertida en directora del refugio y sin derecho a acumular dos cargos, le había solicitado que ocupara la función, meramente honorífica, de presidenta de la asociación, con la esperanza de sacar provecho del capital simbólico vinculado a su nombre y utilizarla en sus relaciones con las instituciones políticas y sociales; y la presidenta, que hasta entonces llevaba a la distancia una vida de artista y pintora sin preocuparse por la vida del refugio, se conmueve ante el anuncio de un despido y decide repentinamente que su deber le ordena intervenir para restaurar una ortodoxia militante amenazada: citada por una asamblea general encargada de examinar su accionar, Claudie vuelve a encontrarse, en definitiva, frente a sus adversarias de siempre, las feministas de la "lucha de clases", que la presidenta logró hacer ingresar en la asociación sin que ella lo supiera y quienes se constituyen en sus aliadas para apoderarse poco a poco de la institución; juntas, consiguen poner a punto diferentes estrategias cuyo efecto es convencer a Claudie de que cometió una falta profesional y encerrarla luego en una situación tal que la renuncia le parezca la única salida posible.

Vencida, "sacrificada" por el ensañamiento de militantes que no le perdonan haber logrado hacer algo en el mismo plano en que ellas no produjeron más que frases y consignas huecas e ineficaces, Claudie, que "se había volcado íntegra al refugio", que le había "dado todo", a tal punto que aquél era "todo ella", tardará mucho tiempo en superar la sensación de no ser ni tener ya nada. Inaccesible al resentimiento, afirma todavía: "El refugio funciona bien, y eso es importante"; pero, educada por una aventura personal que es como un resumen de la historia de todo el movimiento feminista, confiesa "haberse vuelto desconfiada de los demás", de los grupos de militantes feministas y sus reuniones y discusiones; ha comprendido que la dominación social y cultural atraviesa también la militancia femenina, que también en ella existe el poder y pertenece a "la que habla mejor" y tiene "más relaciones". "Hay gente –dice– a la que se la puede dejar luchar, dejar trabajar, pero lo que hay que evitar es sobre todo que se reúna. Lo principal es que no están destinadas a eso. No es su imagen. Yo no soy la señora de X. Soy Claudie."◆

Con una militante feminista

Entrevista de Sandrine García

"Ellas tienen una crítica de la sociedad, pero es mucho más fácil actuar hacia adentro, demoliendo"

CLAUDIE: Voy a empezar por el grupo que creé. Y a fin de cuentas, voy a tomar desde el inicio. El inicio es la infancia, y en mi infancia vi muy pronto la opresión de las mujeres. Como te dije la primera vez, mi madre era frecuentemente golpeada por mi padre... que era jefe de estación y había empezado como obrero, simplemente.

—¿Y tu madre?

CLAUDIE: Mi madre había hecho contabilidad, y por lo tanto era empleada administrativa, hasta que se casó, porque era inconcebible que una mujer pudiese tener hijos y seguir trabajando. Había muchas escenas, mi padre era extremadamente violento. Quiere decir que la tiraba al suelo, la pisoteaba, volcaba la mesa, etcétera, etcétera. No tomaba, pero era extremadamente violento.

Bueno, entonces, no voy a entrar en detalles. Era violento sencillamente porque tenía ganas de guardarse su dinero, salir con otras mujeres, no tenía absolutamente ninguna intención de asumir sus responsabilidades. Tenía ganas de volver a casa, que la comida estuviera lista, su ropa, lavada, y ella no podía dejar de decirle: "Pero tienes hijos, tienes responsabilidades", y así, en síntesis, se iniciaba la cosa.

—Entonces se enfurecía...

CLAUDIE: Se enfurecía. Había por otro lado un contexto, el contexto de un pueblo y por lo tanto de un microcosmos. Así que pude ver muy bien, en lo que se refiere a mi abuela, a mi madrina, cómo trataban los hombres a las mujeres.

—¿O sea?

CLAUDIE: Veía sobre todo el trabajo penoso de las mujeres, y era la época en que empezaba la primera serie de tractores. Y ya de muy pequeña me daba cuenta, me decían: el hombre es el jefe, es el más fuerte, ¡y veía a esos tipos sentados en los tractores y las mujeres que cavaban detrás!

—¿Tú participabas en esas labores?

CLAUDIE: Yo miraba, observaba, estaba de vacaciones y esa violencia que veía constantemente me abrió los ojos muy, muy pronto. Y desde muy, muy chica tuve una mirada crítica hacia la sociedad. Sobre todo en lo que respecta a las injusticias contra las mujeres. Y oía cosas aberrantes: cuando un hombre golpea siempre tiene razón, sabe por qué golpea, así que era muy, muy duro, porque yo sabía lo que vivíamos. Por lo tanto, toma de conciencia, pero solitaria. Porque aunque hablara de eso con las compañeras del liceo, ellas no tenían ni la misma experiencia ni la misma mirada.

—¿Podían vivir lo mismo pero no tener una mirada crítica?

CLAUDIE: Quizá. Pero en el fondo yo estaba segura de que algún día encontraría mujeres que pensaran como yo, que tuvieran la misma sensibilidad —¿por qué?— no sé, dado que estaba sola, pero estaba segura de que encontraría mujeres que pensaran como yo. Así que a los 19 años vine a París. Estábamos en 1970 y muy pronto, al cabo de unos meses, encontré el Movimiento. Bueno, eran las grandes concentraciones, las grandes discusiones, y me encontré con chicas que venían de la provincia, que tenían la misma experiencia. Era la alegría de encontrarse.

—¿Cuáles eran esos grupos? Porque en el MLF había varias tendencias ¿no?

CLAUDIE: Al principio, era muy informal. Yo estaba en la tendencia de las feministas revolucionarias. Había otro grupo que eran las Tortilleras Rojas; eran grupos que funcionaban los fines de semana, porque yo trabajaba en el interior, era encuestadora y volvía el sábado a la noche.

En cambio, un grupo que me ayudó enormemente fue uno de toma de conciencia. Mi reflexión avanzó mucho porque allí... Yo había estudiado en una escuela de periodismo y dejé, casi no fui a la facultad, y ahí había chicas que eran sociólogas, que eran psicólogas, que eran un poquito más grandes y, por lo

tanto, aprendí enormemente. Y al mismo tiempo había una gran solidaridad, una gran camaradería, ¿eh? Después eso nos lleva a 1975, me había ido un tiempo a España y volví a Y.

—*¿A causa de tu trabajo?*

CLAUDIE: Volví a Y. porque había viajado mucho por mi trabajo, por las encuestas; estaba desplazándome todo el tiempo por las encuestas. Una semana en Grenoble, a la siguiente en Lille: siempre estaba de viaje.

—*¿Cuál era la casa que te empleaba?*

CLAUDIE: Hacía encuestas para L. [*una gran empresa del ramo alimentario*] y ahí, igualmente, se trataba de grupos de mujeres, pero no eran feministas, aunque había mucha solidaridad porque estábamos solas, juntas, en la provincia, éramos jóvenes, teníamos ganas de trabajar pero también de divertirnos, ganábamos bien porque las encuestas se conocían muy poco y al mismo tiempo había que hacer todo un trabajo de explicación. Y ésa también era una experiencia un poco paralela al feminismo, mujeres que fueran totalmente libres, dispuestas a viajar, y por lo tanto había cuanto menos un gran número de lesbianas. Pero bueno, después de un cierto tiempo, hoteles, restaurantes, una se harta, pese a todo yo tenía ganas de estabilizarme un poquito.

Volví a Y., y ahí encontré un empleo en el INSEE, eso es lo primero, y además una ciudad muerta, en comparación con París y todos aquellos años. Con todo, había un grupo que funcionaba y se llamaba MLF. Así que fui y vi a unas chicas, alrededor de 15, que estaban discutiendo con respecto a un obrero despedido... [...] Entonces me dije: "Esto no va". Y en ese grupo había una chica que tenía un poco la misma reacción que yo, que se llamaba Annik y venía de Estados Unidos. Y que había tenido una experiencia de trabajo de un año con las feministas norteamericanas. Así que éramos dos que teníamos verdadera experiencia con las feministas, con una óptica feminista, una crítica feminista, las que nos encontrábamos en ese grupo un poquito obrerista. Entonces dejo que hablen un poco y a medida que pasan las semanas todo es igual, y les digo: "Vean, no me parece que ustedes sean el MLF, creo que no tienen nada que ver con el MLF ni con las feministas, no hacen más que hablar de obreros. ¡De obreros hombres! ¿Qué tiene que ver eso con el MLF?". En comparación con todas las discusiones que había tenido... Así que me contestan: "Cuando la lucha de clases haya hecho su camino, las mujeres seguirán con toda naturalidad...".

Un grupo que no es un grupo de reflexión..., sino de acción

—*¡Eran muchas luchas de clases!*

CLAUDIE: ¡Era todo lucha de clases! Y pese a todo yo había estudiado un poquito de historia porque me interesaba, así que sabía muy bien que era completamente falso y les dije que eso no podía seguir así porque yo había visto verdaderamente a mujeres que tenían problemas de mujeres, y las echaban lisa y llanamente diciéndoles: "Eso no nos interesa, esas historias no nos incumben". De modo que engañaban a las mujeres. Y les dije francamente: "No pueden seguir así. Tienen que ponerse otro nombre. Porque decir que son del MLF, engañar a las mujeres, todo eso, no va; de todas maneras, si dentro de tres semanas no cambiaron de sigla, voy a advertir a todas mis compañeras de París y la cosa se sabrá". Claro, nítido y preciso. Les dio pavura y se cambiaron el nombre. [*Evoca una "gran fiesta de las mujeres" organizada por ese mismo grupo –en realidad, centrada en Palestina–, la violencia de las críticas dirigidas contra sus propias intervenciones y la decepción de las activistas que llegaron de Alemania para asistir a una manifestación a favor de las mujeres que en realidad las excluye de sus preocupaciones, e insiste en los "estragos" que son capaces de hacer las militantes del MLF.*]

Y además, sólo unos meses después, leo en el diario regional que en el lapso de tres meses habían muerto tres mujeres a causa de los golpes de sus maridos, y cada vez eso me hacía "clic". Y un día viene a casa mi madrina para decirme: "Cuanto menos es aberrante, en Y. hay una mujer a la que tiraron por la ventana y murió a causa de los golpes y ese cochino ni siquiera se inquietó". Porque cuando leí en seguida el artículo, decía que era por una crisis cardíaca. Todo eso hizo que me pusiera en contacto con mis compañeras, con las que estaba en relación, para contarles lo que pasaba. Y una me dijo ocho días más tarde: "Mira, aquí empezamos a crear un sos mujer; tal vez sería interesante que tú también lo hicieras". Yo le contesté: "Sí, pero Annik y yo estamos solas, y como no tenemos nada, verdaderamente nada, no sé, ¿cómo ponerlo en marcha?". Ellas me contestaron que sí, que pese a todo podía empezar, y me empujaron, me alentaron un poco. Así que comenzamos, con el teléfono en casa: yo trabajaba en el INSEE durante el día, con horarios de oficina, así que lo hacíamos por teléfono desde casa, y en tres años recibí casi 10 mil llamados de mujeres golpeadas. Y

empecé a trabajar efectivamente noche y día.

—¿Había una estructura de recepción? ¿Cómo funcionaban las cosas?

CLAUDIE: No, había un teléfono; no había contestador porque no tenía los medios para conseguirlo, empezamos simplemente con ese teléfono personal. [*Enumera sus actividades: consejos a las mujeres golpeadas, elaboración, a partir de llamados telefónicos, de estadísticas de mujeres desamparadas, trámites ante abogados para solicitar su ayuda, búsqueda de locales, contacto con "grupos de conciencia", reclutamiento de militantes para el futuro refugio, a las que les pide que vayan para "actuar" y no para "discutir durante horas".*]

Y en efecto, en seguida aparecieron chicas. Entonces algunas venían una o dos veces, otras se engancharon más, otras venían y decían que "tengo tiempo de tal a tal hora, si tienes algo para hacer, dímelo". Estaba muy organizado. Muy pronto volvimos a caer en lo de la "lucha de clases", y eso nos hizo perder un tiempo y una energía considerables. Verdaderos tics que no desaparecen. Bueno, entonces, pronto hubo que ir a la Delegación de la Condición Femenina para hacer expedientes, etcétera. La primera delegada de la Condición Femenina era una médica que nos recibió muy bien pero nos dijo: "Ustedes saben, soy médica pero en mi consultorio nunca escuché a ninguna mujer hablar de ese tipo de cosas. Son historias de alcoholismo, historias de... Ustedes plantean cosas que están prendidas con alfileres", y tuvo la desgracia de escribirlo. Y bueno, yo en seguida lo mandé a mis amigas de París, lo que generó una repercursión bastante considerable, porque ellas eran amigas de Françoise Giroud, que en esa época estaba en la Secretaría de la Condición Femenina. Pero luego, esta mujer –y debo decir que política, humanamente es muy importante– al cabo de algunos meses comprendió, vio artículos en los diarios, también vio, bueno, las discusiones en París y se disculpó, hizo declaraciones públicas, a la prensa, por todos lados. ¡Me saco el sombrero ante eso! Es algo que un hombre político jamás habría hecho. Como consecuencia, tuvo problemas políticos. Era una mujer de derecha y le dijeron: "Ve a lavar los platos", etcétera, así que renunció, también, a su cargo de delegada de la Condición Femenina. Lo cual muestra un poco la mentalidad que había en esa época, porque los políticos podían decir ante la prensa semejantes cosas y estaba todo bien. Y con una mentalidad tan reaccionaria, nosotras buscando locales para las mujeres golpeadas en la buena ciudad de Y. Entonces tuve, no obstante, un encuentro con el encargado de asuntos sociales, que me dijo con insolencia que la ciudad no tenía nada. Ahora bien, yo sabía que la ciudad –que, con todo– es una ciudad importante, tenía una enormidad de propiedades y locales. Bueno. Esto era a fines de 1975, principios de 1976. A principios de 1976 empecé a hacer algunas encuestas sobre la muerte de las mujeres, sobre las mujeres que habían muerto a causa de los golpes de sus maridos; pude conseguir direcciones y estaba acostumbrada a las encuestas –pese a todo, era una ex alumna de la escuela de periodismo–. Hice esas encuestas entre los vecinos. Y... en primer lugar con la familia, claro, ¿eh? Los padres de la víctima, por ejemplo. Entonces, naturalmente, la familia de la mujer está a menudo estupefacta por lo sucedido, y cuando encuentran a alguien con quien hablar, están completamente de acuerdo y muchas veces lo agradecen. Y así con los vecinos. Hubo uno de ellos, en particular, que me dijo: "Vea, son *chalets*, dése cuenta de la distancia –era el vecino del *chalet* más cercano–, cuando él volvía a la noche, ni siquiera el perro se atrevía a moverse ni a ladrar". Y el otro le había advertido: "Hago deportes; si quieres bajar a la calle, te rompo la cara en dos minutos". Así que desde ese momento el vecino no se movió ni intervino más. Y la mujer recibía los golpes, murió debido a ellos tras agonizar toda la noche en la cocina, con los hijos presentes. Son informaciones que jamás habría podido obtener de otra manera. Y cuando el tipo fue a juicio, contaba con salir bien parado, formaba parte de la sociedad, incluso tenía una empresa, no poco dinero, y creía que los tres meses de prisión preventiva serían suficientes y que a continuación las cosas andarían bien. La manifestación que yo había decidido organizar era por todas las mujeres, por la cantidad de casos de mujeres muertas a golpes frente a sus hijos y la falta de reacción de la sociedad ante eso, esa aceptación del conjunto. Nos ayudaron mujeres muy, muy macanudas, que tenían mucho que hacer: me refiero a las de Planificación Familiar. Ellas tenían su propia lucha, pero cuando era necesaria una mano, siempre estaban presentes, había respeto. Bueno, entonces, naturalmente, esas mujeres en lucha empiezan a decir de nuevo: "¡Ah, una manifestación! Entonces vamos a gritar". Porque según parece, gritar es algo extraordinario, ¡cuando una grita durante dos horas una vez por año, todo se arregla! Pero lo que nosotros queríamos era una manifestación totalmente silenciosa. Cuando hay

una verdadera manifestación, la gente dice simplemente: "Bueno, hay una manifestación", mientras que al hacer una realmente silenciosa se preguntan en seguida qué es lo que pasa; eso es lo que llama la atención. Bueno, es la imaginación que hay que tener para luchar. Sobre todo si no se tiene dinero... [*Evoca esa manifestación simbólica en medio de ofrendas enviadas por las asociaciones feministas de todos los países, y luego la ayuda brindada por la prensa.*]

Yo hacía lo que gente pagada por la sociedad no hace

—*¿Recibían llamados de mujeres provenientes de todos los medios?*

CLAUDIE: Sí, voy a darte un ejemplo. ¿Quién nos llamaba? Estaba la mujer de un profesor de derecho. El derecho lo conocía bien. Y también sabía dónde golpear. La mujer de un médico, también. Mujeres de empresarios. Había una gran cantidad que eran amas de casa, y algunas asalariadas. No me parece que hubiera profesiones liberales; más bien comerciantes, pero no liberales. Había más mujeres sin empleo, y sobre todo con hijos. A continuación, viene el papel de los médicos. Les habíamos solicitado a esas mujeres que pidieran un certificado médico para hacer la denuncia. Pues bien, el gremio médico saca una circular que dice que de ahí en adelante, para obtener un certificado médico por lesiones, ya no se cobraría simplemente la tarifa normal, sino que habría que pagar la K5, K6, ya no me acuerdo el número, pero que en definitiva eran 350 francos. Fui en seguida a exigir explicaciones. Y me dijeron: "¡Es que hay montones de pedidos!". Así que reconocían que el problema existía. ¿Era para limitar los pedidos, y a costa de quiénes? Pero no hay que olvidar que por otro lado hay seres humanos que son médicos y que actúan a la inversa, llaman por teléfono para dar una mano, para decir: "Aquí estamos"... Otros hicieron gestiones para albergar a mujeres que no sabían adónde ir. En el fondo, eran personas sensibles y que veían el problema humano. A veces era el hospital el que nos llamaba, había mujeres tiradas por la ventana, con traumatismos craneanos. Llamaban las mujeres mismas, el hospital, los vecinos, los empleadores –por ejemplo, para sus empleadas domésticas– los institutos. Lo cual muestra con claridad que las relaciones de amistad no son algo sin importancia. Llamaban los hijos, eran los llamados más duros... Cuando se lee en los diarios sobre los hijos parricidas, uno se da cuenta de que la mayoría de las veces lo que los lleva a intervenir es la defensa de su madre. Cuanto más se sabía eso, más artículos aparecían y más se atrevía la gente a expresarse de una vez y tomaba conciencia de su responsabilidad. En los artículos se recordaba el principio de falta de asistencia a una persona en peligro. En resumidas cuentas, la gente estaba informada. Después de eso, etcétera, la recorrida de los ministerios. Porque en París, desde luego, habían hecho un trabajo considerable ante los ministerios. En Y. estaba la DASS. [*Evoca las resistencias y la inercia de este organismo que deja dormir los expedientes, sus trámites en París ante el ministerio que toma en consideración el expediente que ella gestiona.*]

También venía a París de cuando en cuando, porque necesitaba nuevos datos, los progresos del problema y eso lo encontraba aquí, más un estado de ánimo muy intensamente feminista que adquiría y llevaba de regreso a Y. Era esta cohesión feminista, esta profundización de la búsqueda, etcétera. En nuestro grupo de Y. había estudiantes, mujeres como yo, y después hubo mujeres en trámite de divorcio y víctimas de la violencia que experimentaban la necesidad de unirse al grupo porque necesitaban una escucha, no estar más solas, solidaridad, saber que se las comprendía, que su gestión formaba parte de un conjunto. Había una mujer que no sabía cómo expresar las cosas y venía con poemas. Pero la mayor parte eran militantes jóvenes que no habían pasado por eso. También estaba el compañero de una compañera que sabía qué era el feminismo, qué era nuestra lucha, pero que a veces daba alguna mano. En todo esto los hombres podían desempeñar un papel muy útil, que consistía en hablar con los hombres violentos, discutir con ellos... No podían formar parte del grupo, pero sí hacer ese trabajo. Porque nosotros nos ocupamos de las urgencias. Así que si querían, trabajo había, y resulta que algunos lo hicieron, lo cual era simpático, importante.

Ahora voy a hablar de Bruselas. Teníamos una reunión, pero a la que acudieron mujeres, feministas del mundo entero, en lo que se refiere a las violencias contra las mujeres. Fue en 1976, era feminista, era mundial, una gran fiesta. Eso nos permitió hacernos conocer, encontrar gente, ver que para las mujeres los problemas eran los mismos en todas partes. Que, por lo tanto, era verdaderamente un problema de civilización patriarcal. Así que se trataba de violentos y violencia. Y a continuación habíamos organizado 24 horas contra la violación en la Mutualidad. Y realmente

vimos destacarse grandes tendencias. Nuestra tendencia sos, como nosotros, muy práctica, muy activa y además otras mujeres que procuraban sobre todo definirse, que estaban contra la violencia pero que, por ejemplo, consideraban que no había que aconsejar a las mujeres que hicieran juicios, que no había que meterse en ese terreno. Bueno, hace un momento hablé del grupo, hablé de las intervenciones pero muy poco. Debo decir que también había mujeres que telefoneaban para decir que la policía se negaba a moverse, y por lo tanto a veces me tocó tener que ir yo misma. Y ahí vi la reacción de los tipos. Hubo uno que me hizo ir al timbre de la entrada diciéndome: "Vea lo que dice ahí". ¿Qué decía? Su apellido. "Soy yo el que vive aquí", así que los demás, su mujer y sus hijos, eran la manada; en definitiva, le pertenecían. Entré. Evidentemente, el teléfono había sido arrancado, ella había tenido tiempo de llamar pero en seguida él se lo arrancó. Agrego que había manchas de sangre en la pared. Y desde luego había dos niños muy pequeños que ni siquiera podían hablar porque estaban aterrorizados, acurrucados a la espera de lo que siguiera, y todo eso. Y el tipo se pone a explicarme que trabaja en la fábrica; que yo no sé lo que es eso. Porque yo me había acostumbrado a moverme con una carterita para tomar notas, así que me consideraban una intelectual. Y bueno, como trabajaba en la fábrica, donde quedaba extenuado, eso explicaba que le pegara a su mujer. Sobre eso le dije: "Pero también hay mujeres que trabajan en la fábrica. Por lo que sé, no golpean a sus maridos". Bueno, por esa intervención estaba claro que el médico se negaba a ir, así que lo obligué. Porque lo que le hacía falta a esa mujer era un certificado médico. Bueno, hubo otras cosas, también el golpe con la correa del perro. [*Cuenta cómo un marido la amenazaba con su perro, o cómo pudo arrancar de su familia a una joven argelina a quien le impedían estudiar.*]

De modo que hubo intervenciones diversas y variadas. Ahora, en perspectiva, debo decir que era una cuestión de temperamento, porque eso me gustaba. Es cierto que había un riesgo, que había que lanzarse y que, a fin de cuentas, yo hacía lo que gente pagada por la sociedad no hace.

Siempre hay individuos que no aceptan la jerarquía... es una cuestión de amplitud de miras

—*¿Y la historia del refugio?*

CLAUDIE: Los expedientes fueron tirando, te convocan y no siempre hay locales, porque la DASS aporta el dinero pero no te da los locales, a éstos también hay que buscarlos, eh. Con mis compañeras de París pese a todo trabajábamos juntas, no desde el punto de vista del trabajo concreto, pero en relación con las mujeres en lucha me daba mucha seguridad decir: nuestro grupo es importante, está vinculado al grupo de París, de modo que... Es una cuestión de estrategia. Pero debo decir que había una terrible sobrecarga de trabajo. En el grupo lo compartíamos, pero había amigas que no podían hacer gran cosa, porque estudiaban, etcétera, así que verdaderamente estaba un poco mal repartido. Además, había alumnas de las escuelas que venían, y para mí eso era muy importante. Son cosas que una puede rechazar, decir que no tiene tiempo, etcétera. Pero a mí eso me parecía muy importante para el feminismo, que vinieran alumnas de las escuelas, sobre todo sociales, que hacen economía familiar, etcétera. Sobre todo porque se difundía entre los jóvenes, los profesores y en el nivel social, es decir, donde la gente...

—*...va a hacer ese trabajo.*

CLAUDIE: Ése será su trabajo. Así que había que dedicarles tiempo. También había una búsqueda de fondos, por otra parte la idea central era el refugio, pero era preciso que en la región, ya que empezábamos a tener una audiencia en la región, el feminismo se conociera mejor. Y en el grupo había una o dos chicas que se interesaban mucho por el arte. Además habíamos decidido hacer un festival de cine femenino. Era en 1977... [*Cuenta cómo pudieron conseguir locales para su asociación gracias a la organización de manifestaciones artísticas y haciendo competir a dos municipios políticamente enfrentados. Pero no sin dificultades: en primer lugar les ofrecieron unas "barracas cerca de un depósito de grava" y luego, ante sus protestas, un local que requería una inversión de trescientos mil francos para remodelarlo.*]

Y en ese momento yo realmente estaba más que sobrecargada. Y como vieron el trabajo que se había hecho, conseguí fondos para un puesto remunerado, porque era un trabajo que había que hacerlo durante todo el día; ya no era posible, yo ya no tenía vacaciones ni ninguna otra cosa. En todo caso eran fondos para eso, un puesto remunerado, mientras duraran los trabajos, a un mes de la apertura. Bueno, resultaba evidente que como yo había hecho tanto trabajo, conocía los expedientes, etcétera, tenía que renunciar al INSEE para tomar ese puesto remunerado. Así que seguí todos los

trabajos. Los servicios sociales... Dado que hablé de todo, pero no de los servicios religiosos, ni de los sociales. Tenemos entonces los servicios sociales, en los que una cosa es la DASS. La misión de la DASS es saber si una asociación es valiosa o no, y sólo entonces abrir eventualmente un marco de posibilidades. ¡Uuuh! En lo que concierne únicamente a las asistentes sociales, los asistentes sociales, ahí tenemos de nuevo el mismo problema que con los médicos. Realmente no es una cuestión de individuos, es una cuestión de amplitud de miras, de espíritu. Es una cuestión de apertura de la sociedad; por ejemplo, hubo una asistente social que me llamó por teléfono cuando ya estaba abierto el refugio y se refirió a una mujer que estaba alojada, diciéndome: "Vea, se trata de la señora Fulano, que se ha fugado". Yo le contesto: "¿Cómo es eso de que se fugó? ¿Es menor o mayor?". ¡Pues bien, no! Y me responde: "El que la busca es el señor Fulano, su marido, y le ruego que me la traiga". Como un perro, eh. Bueno, tuvimos otras historias con las asistentes sociales. Una vez –todavía no estaba abierto el refugio– vino a vernos una mujer que realmente no sabía a dónde ir. Y nosotros tampoco sabíamos. Al principio del grupo yo había empezado a alojar una o dos mujeres en casa, pero no era posible, era insostenible. Y además con un hijo pequeño. Así que esta mujer vino y verdaderamente tenía problemas, porque con el hábito conoces los tonos, conoces las situaciones y sabes muy bien si una mujer está en peligro o si todavía puede aguantar 15 días. Y esa mujer estaba realmente en gran peligro. Le dijimos que hiciera todo lo posible, que eventualmente fuera a un hotel, pero que... A continuación la convocó la asistente social, ¡y la intimó a volver a su casa! Y más tarde, en la prensa apareció que le habían dado no sé cuántas cuchilladas y estaba muerta. La asistente social no es responsable para nada, desde luego. Hubo otra que vino [...] para decirme que en ese momento se ocupaba de un hombre que tenía la fastidiosa costumbre de atar al hijo a la cama para golpearlo. Me dijo que me lo contaba a mí porque ella misma no podía hacerlo, ya que si lo hacía el hombre sentiría traicionada su confianza. Que por lo tanto ella no podría seguirlo, que no puede pero me lo dice, ¡para que yo pueda hacerlo! Hay gente así que dice: "¡No puedo llamar a la policía, no se da cuenta, eso sería delación!" [*ríe*]. ¡No se dan cuenta! E hicieron tres años de estudios para confundir la delación –que es la denuncia de una persona inocente a una autoridad asquerosa– con salvar a una víctima que está a punto de reventar. Nunca lo entendí. Es una especie de miedo al poder, el miedo al amo y al más fuerte, es decir, al que golpea. Mientras que en lo que se refiere a otras asistentes sociales era decididamente a la inversa...

[*Considera a los miembros de los grupos religiosos más abiertos y dispuestos a ayudar a las mujeres en peligro.*]

Yo hago esta diferencia entre los individuos y las instituciones. Siempre hay individuos que no aceptan la jerarquía... Tras seis meses de trabajos, el refugio estaba abierto. Seguíamos siendo un grupo, pero después de un tiempo nos pidieron que nos convirtiéramos en asociación. Es una cuestión de estatuto, responsabilidad, etcétera. En ese momento yo era la presidenta, Annik era vicepresidenta, eran las compañeras que más habían trabajado... Bastante rápidamente se planteó la cuestión del poder, al principio y todo el tiempo, y se resolvió muy pronto. La idea que rondaba por el aire, en todos lados, no era la del poder: nosotros no queremos poder, trabajamos en grupo. Y en ese momento, si vas a un grupo, advertirás que pese a todo el poder está ahí. Es la que habla mejor, la que tiene más relaciones, la que habla más fuerte, no sé; es la que mejor sabe manipular, pero bueno, de todas maneras está ahí, sólo que de un modo más discreto y negativo. Al principio decidimos, nos dijimos: "Veamos, siempre hay poder, no podremos impedirlo, pero el criterio para el poder es el trabajo, la eficacia". Yo tenía interés en que todas las decisiones se tomaran en común, de todas formas las decisiones siempre deben tomarse en común. Bueno. El refugio. Había que comprar los muebles, etcétera, etcétera.

—*¿Era un refugio grande?*

Un cansancio terrible

[*Evoca el final de un período militante con la creación de ese refugio con capacidad para veinte personas, el cansancio de sus amigas, la sensación de éstas de haber cumplido su misión, su partida, su propio agotamiento y la tristeza de volver a estar sola, muy decidida, sin embargo, a proseguir y ampliar su acción.*]

CLAUDIE: ¡No se había terminado! Pero eso sin criticar, eh. Porque lo que hicieron ya era estupendo, eh. Ninguna podía trabajar en el refugio. Por lo que sea, una tenía un puesto muy importante: era jurista, de vez en cuando daba consejos, muy buena amiga... Incluso me llamó ayer por teléfono, así que eso prueba que... [*llora*] hay vínculos que siguen siendo muy fuertes.

Pero es evidente que algunas no iban a descuidar sus estudios o arruinar su empleo por ocuparse del refugio. Así que se planteaba un problema, ahora la DASS quiere tantos puestos y eso no debía discutirse. Es un obstáculo muy, muy claro. En lo que respecta a la secretaria, la cocinera, no representaba ningún inconveniente. Pero educadora es un oficio, no es cuestión de contratar militantes. Ahí hay que mostrar que una tiene carta blanca. Así que... [*su dicción se hace penosa y entrecortada*], así que, entonces, contratamos a alguna gente. Seguidamente, había que convocar a personas, a mujeres, para hacer ese trabajo. Entonces había una secretaria de medio día, estaba muy bien, conocía bien su trabajo, antes trabajaba en otro refugio, para drogadictos, de modo que conocía el sistema. También una vigilante nocturna, todo eso. Muy bien. Otra chica que había venido al grupo seis meses antes, que era educadora y psicóloga al mismo tiempo. Y yo pensé: "Después de todo, por qué no; necesitamos una psicóloga por medio día, para los niños", eh, porque los niños están muy traumatizados, y arrancamos bien, vinieron las mujeres y vi algo extraordinario: una solidaridad inmediata entre ellas. Porque cuando se van, a los apurones, ni siquiera tienen un par de zapatos, no tienen nada, ni para sus hijos. Así que hay que ir con ellas a buscar ropa, y eso puede ser muy peligroso; una vez le pedí a una educadora que fuera, pero tú hablas, fue ahí cuando me vi ante el problema. Ya no estaba frente a una militante, estaba frente a un personal que pensaba en su sindicato, que me dijo que ése no era su trabajo. ¡Estaba cagada de miedo, mira! ¡Pero en ese caso no había que entrar a trabajar en un refugio, eh! Y yo tenía que hacer montones de otras cosas, porque tenía el cargo de directora del centro. Así que debía ocuparme de los expedientes, etcétera, porque ese refugio era el paso inicial para otro de cincuenta plazas que se estaba preparando, con la delegada de Condición Femenina. De modo que era muy fácil, porque cuando se hace una primera inauguración, y muestras... había que aguantar un año. Cuando muestras que tu gestión es buena. Que no superas... como se imaginaban, porque después la DASS me dijo que se imaginaban que la palabra "feminista" quiere decir: "No saber administrar". Quiere decir: "Hacer cualquier cosa". ¿Te das cuenta? Me lo dijeron después. Así que desde el punto de vista de las mujeres, una solidaridad, una ayuda mutua... Y también un reconocimiento para algunas... Incluso el año pasado recibí un llamado telefónico de una mujer –pese a que de esto hace diez años– que me dijo: "¡Gracias, etcétera, Feliz Navidad!".

[*Evoca el funcionamiento del grupo, la distribución solidaria de innumerables y variadas tareas.*]

De modo que ya era imposible contar con esta educadora para ir a buscar la menor cantidad de ropa. Cuando por casualidad yo tenía una cita con el matasanos, las mujeres, las compañeras, se arreglaban entre ellas. Bueno, poco a poco empezaron a hacerse preguntas, y me las hacían a mí. Me decían: "Tenemos la impresión de que hay un abismo entre el personal y nosotros. ¿Por qué ocurre eso?". Porque conmigo no había ningún abismo. Porque cuando me decían: "Eso sólo nos pasa a nosotras, no les pasa a los otras", yo les decía: "Pero lo siento, con menos suerte lo que les pasa a ustedes también podría haberme pasado a mí". No me siento como si estuviera en el techo y las otras por el piso. Sólo que hay cierto tipo de gente, no toda, que se dice: "Ya está, tengo un oficio, soy educadora, psicóloga, y listo". Basta una mirada para que esas mujeres se sientan rebajadas, porque ya están en una situación de fragilidad. No es el objetivo de un refugio. Es lo contrario.

—*¿Pasaba eso con el personal?*

Tenía que vérmelas con una especie de sindicalista...

CLAUDIE: No, no con todo el personal. Con una sola. Que desdichadamente tenía el papel de educadora. Pero si se hubiera atenido a eso, estaba en período de... tenía sus tres meses de preaviso. Bueno. He aquí que esta chica empieza a hablarme del "convenio". Todo el día yo no veía más que eso. Se refugiaba en el convenio. Cuando había que hacer algo, decía: "Tengo derecho a un día de descanso". Y bastaba con que yo telefoneara a una abogada para que me dijera: "En tal cosa tengo derecho a un franco complementario, y en tal otra, a que me paguen el doble y además a tener un día". Bueno, porque en un refugio los sábados y domingos siempre hay problemas de relevos, y por lo tanto de compensaciones. Tenía que vérmelas con una especie de sindicalista que venía a exigir cada vez más cosas sin preocuparse por lo que hacían las mujeres y los niños: eso no le interesaba. Bueno, la cito y le digo que, bueno, de todas maneras en los tres meses de prueba no había sido para nada lo que yo pensaba y que más valía separarse, que había que ponerse de acuerdo pero que, como ella quería ponerse por su cuenta, yo estaba dispuesta a ayudarla. Bueno, además era bastan-

te macanudo de mi parte. Porque yo conocía a gente de Y, y a ella le iba a resultar más fácil ponerse por cuenta propia. Lo discutimos y me dice que está de acuerdo. Bueno, le digo: "Preparo la carta y mañana la firmamos juntas". Me contesta que nunca va a firmar nada. En síntesis, yo era la presidenta de la asociación, pero a partir del momento en que tomas el cargo de directora ya no puedes ser presidenta porque acumulas dos funciones. Cometí la tontería de preguntarle a una señora muy conocida, artista, digamos, que tenía pese a todo... su nombre era importante, no sé, si quería ser presidenta de la asociación, y lo habíamos decidido entre varias, pensando que tendría peso frente a las autoridades. Bueno, una vez que habíamos hecho todo ese trabajo solas, hasta reventar, te das cuenta, me dice: "Sí, por supuesto, soy feminista, pero, etcétera. Pero de todas maneras nunca me mezclaré en sus decisiones, usted me pide simplemente que ocupe ese cargo, de acuerdo". La chica, sin el menor empacho, va a ver a esta mujer, que era la hermana de S. de X. [*una feminista célebre*]. Su nombre era señora de X., vivía en Alsacia y era artista y pintora. Estaba –pero en fin, es comprensible– un poquito celosa de su hermana, y la chica va a contarle y esta señora se pone extremadamente... "¡Dése cuenta, en principio, pero bueno, no es para nada feminista, en fin, hacer una cosa semejante, querer despedir a alguien! ¿Acaso se volvieron locas?" ¡Puedes hacer cualquier cosa, echar a perder todo, pero una feminista no despide a nadie! Le digo: "No se trata de despedir, se trata de dar por terminado un período de prueba". Pero esta pobre estúpida no conocía la diferencia entre esto y aquello; era artista. No tengo nada contra los artistas, yo misma hago fotos, etcétera, pero lo que quiero decir es que uno no puede mezclarse en algo que no conoce. Pues bien, las cosas llegaron al punto de tener que hacer un consejo de administración y como ella era presidenta, por lo tanto participaba en él. Y estaba Annik, que había trabajado mucho, estaba yo y había una o dos personas más que también habían trabajado mucho. Estamos ahí, en ese consejo de administración, explico la situación y señalo que sí, nos perturba todo, no es una chica feminista, bueno, la cosa no funciona para nada, hay que dar por terminada esta prueba. Y después ella me dice: "Alto, yo soy la presidenta, ¿qué es lo que están haciendo? ¡Pero esto no marcha en absoluto! ¡Voy a convocar a una asamblea general! ¡Porque me opongo a su decisión!". Nos grita. ¡A nosotras, que lo habíamos creado, lo habíamos hecho todo! Durante ese tiempo, en el refugio, las mujeres ya no entendían nada, porque naturalmente yo estaba ahí, trabajaba, trabajaba y no faltaba un puesto. O sea que la DASS había dicho que siempre tenía que haber alguien en un refugio. Si te sucede el menor lío y no hay nadie, entonces estás adentro. Ahora bien, nos faltaba un puesto. Cuando me hablaban de poder, al final yo decía: "Dividan la cantidad de horas que trabajo por mi salario. ¡Pero si gano menos que la cocinera!". No era para nada lo que me importaba, pero como me decían: "Tienes un puesto y esto y aquello", pues bien, yo decía bueno, aquí está... Hacía eso porque sabía que al cabo de un año iba a rendir cuentas en perfecto estado. La cosa funcionaba bien. Detrás estaba ese asunto de las cincuenta plazas. Y las compañeras que no trabajaban pero habían desarrollado toda la lucha habían comprendido no sólo la estrategia, sino lo que pasaba en el refugio con esa mujer. ¡Pero las mujeres, para nada! ¡Y cada vez me hacían más preguntas! Bueno, sentían con claridad que había algo que no andaba. ¿Por qué conmigo funcionaba y con aquélla no? ¡Se hacían esa pregunta! Ella ni siquiera tenía ya que tener esperanzas por esas mujeres, porque eran una población que... ¡Para ella, eran una población que había que tratar! Era su trabajo. [...] Era lo que había aprendido, a lo que estaba acostumbrada; otra manera de actuar, que de todas maneras no tenía nada de feminista. Pero la señora de X. no quería entender absolutamente nada. Entonces nosotras habíamos decidido eso, pero en consejo de administración. Y ella te convoca, pero a una asamblea general. ¿Quién tenía los papeles? Yo, desde luego, porque me había ocupado de todo. Así que tengo una lista de gente, de mujeres que forman parte de la asociación y pagaron sus aportes. De repente me dice: "Te ruego que entregues esa lista". No me gusta para nada darlas, pero bueno, lo acepto.

[*En la asamblea general ve entrar a un montón de mujeres que no tienen nada que ver con la asociación.*]

Un sacrificio

CLAUDIE: ¡Y en especial, vuelvo a encontrar a todas mis compañeritas del comienzo! ¡A todas! [...] ¡Las de las luchas de clases! ¡Todas! ¡No faltaba ni una! ¡Con la señora de X.! Porque ella había dicho que era la presidenta de la asociación. "¡Porque yo soy la señora de X.!" Y yo pregunto: "¿Pero cómo es posible que estas personas nunca hayan estado en la asociación? ¿Que no

hayan pagado sus aportes?". Me muestra una lista, me muestra unas hojas, 37 hojas firmadas. "Forma parte de la asociación, firma." Al constituir nuestra asociación, habíamos puesto en los estatutos que era posible ingresar de diversas maneras y en ese momento yo no le presté atención. Lo que hacía era ocuparme de las mujeres golpeadas, de las mujeres alojadas, de los expedientes, y hasta dormía ahí para reemplazar a la vigilante nocturna. Entonces habían firmado esas triquiñuelas, porque había otro medio de ingresar en la asociación y mientras yo hacía todo eso, ellas habían ido a buscar los estatutos y se habían reunido. Yo les digo: "Pero, ¿quién firmó esto?". Y me contesta: "Como puede verlo, lo firmó mi hermana". Dicho sea entre nosotras, de todas maneras te habría firmado cualquier cosa. No critico su obra, pero le prestó un servicio a su hermana...

—Es indudable que no conocía lo que estaba en juego...

CLAUDIE: No hay duda de que tampoco sabía qué estaba en juego, debido a su edad, debido a todo eso. Dicho esto, después tuve una gran conmoción; creo que es comprensible. Todas las mujeres del refugio, todas, sin excepción, se pusieron a escribir una carta de dos páginas diciendo que no entendían, que me veían trabajar todo el tiempo, que yo era una muy buena directora, que no comprendían por qué me cuestionaban, etcétera. De modo que hubo un segundo consejo de administración y ya ninguna mujer del refugio, ni las de París que habían ayudado, ni nadie, ya no era cuestión de feminismo, estaba claro. Y por lo tanto otro consejo de administración que me exige contratar de inmediato a una mujer, la que faltaba. Porque hay un contrato que te vincula a la DASS; si no lo cumples, no hay más dinero y el refugio vuela. Está bien claro que en tu presupuesto están especificados puestos precisos. Que no excedes, sobre todo el primer año. Ella me exige contratar a una mujer. No siempre sé cómo voy a pagarle y cómo voy a pagar las cargas sociales. Entonces, o bien la contrato y soy una administradora muy mala que no cumple sus compromisos ante la DASS, o bien no la contrato y en ese momento cometo una falta, desobedezco al consejo de administración. De acuerdo. La DASS, que sin embargo había oído hablar de todo eso, me dice: "Vea, todo eso no funciona en absoluto. Usted trabaja muy, muy bien. Tenemos interés en que conserve su puesto. Porque tenemos confianza en usted, ya que hace una buena administración". Bueno, entonces hubo otras cosas, es decir, que me convocaron, yo no conocía esas pequeñas manías, tienes una convocatoria y estás obligada a asistir, y te la meten entre dos páginas de tu cuaderno. Yo no la había visto, y a último momento la descubro. Y ahí hay otra falta: no presentarse ante el consejo de administración. Y así empezó la cosa, poco a poco; cada vez más cosas. Fui a ver a una compañera de París, abogada, le expliqué la situación y le dije: "Hay votos que fueron irregulares, el recuento se hizo mal, otras personas que se quedaron me lo dijeron". Ella me dijo: "Claudie, estás en un ruedo. Ya te vayas de él o te quedes, lo que quieren es eliminarte. Te clavan banderillas". Estaba en un ruedo. Bueno, ellas tenían el poder, pero hay gente a la que se la puede dejar luchar, dejar trabajar, pero lo que hay que evitar es sobre todo que se reúnan. Lo principal es que no están destinadas a eso. No es su imagen. Yo no soy la señora de X.; soy Claudie, y a Claudie la puedes mandar por ahí, la puedes mandar donde haya ametralladoras, cuchilladas, y te hará un buen trabajo. ¿Pero Claudie, la directora de un refugio que ella misma creó? Además, yo estaba extremadamente cansada, y al final pensé, cómo decirlo, la DASS me había recomendado que prestara atención, que recibían noticias de esas historias; en suma, era posible que cerraran el refugio. Entonces, yo soy una buena administradora pero si no logro restablecer el orden, es posible que cierren el refugio. Por otra parte, la señora A. me dijo: "Del refugio de cincuenta plazas ya no se habla más; su asociación tiene demasiadas historias así que no se habla más. Se terminó". Entonces pensé en esa historia del toro en el ruedo, el sacrificio, y verdaderamente sentí eso y me dije que no iba a poder pagarle a esa chica, así que no la contrataría. Y me obligaron a renunciar. A causa de la boludez de la señora de X.; hay que llamar a las cosas por su nombre. Me fui, y el día que me fui nació Claude, me refiero a que había una mujer que había venido, que estaba embarazada, y yo había privilegiado la planificación con respecto a otras cosas, teníamos un poco de dinero y Planificación venía regularmente para explicar, hacer discusiones con las mujeres. Bueno, esta mujer estaba embarazada, pidió explicaciones, pero no estaba segura de lo que quería hacer. Y no paraban de decirle: "Pero aborta, ¿pero cuándo vas a abortar?". Entonces me dijo que estaba harta. Yo no estoy de acuerdo: estoy a favor de la libertad de las mujeres para tomar su decisión, ¡pero decirle "Aborta" o "No abortes" me parece un abuso! Así que dije: "¡Ya basta! ¡Nadie más le va a hablar de eso!". Finalmente resultó que decidió tenerlo, y yo soy

la madrina de ese niño. Nació el día que me fui y lo llamó Claude [...], de modo que también hay cosas muy lindas, no hay que ver el lado negativo. Pero las cosas positivas vinieron de las militantes, en todo el grupo, de las mujeres alojadas, muchas, muchas. Y no de lo que se refiere al personal. Empleo la palabra "personal" a sabiendas, eh, porque ya no tiene nada que ver. Y algunas eran muy, muy macanudas.

[*Se enteró de que la educadora terminó por ser echada del refugio.*]

[...]

—*¿Sigue existiendo el refugio?*

CLAUDIE: Sigue porque yo lo creé; sigue existiendo. Voy a mostrarte artículos sobre él, anda bien. Eso es importante. En diciembre festejaron los diez años. Después me sentí mal durante algunos años. Completamente desestabilizada. Porque me había metido íntegra ahí adentro.

—*Le habías dedicado toda tu energía...*

CLAUDIE: Todo, le había dado todo. Y sigue funcionando. Existe. Y eso, con todo, es un aspecto positivo. A lo mejor, si les hubiera hecho juicio lo habría ganado. Bueno, me fui, pero el refugio existe. Entonces, lo que puedo decirte es, tal vez, que después de un golpe así, en general... Vaya, hay algo que me olvidé de contarte. Teníamos buenas relaciones con los ecologistas. Porque es un poco el mismo estado de ánimo, de cuando en cuando nos pedían artículos, había llamados telefónicos, y lo que puedo decirte es que siendo feminista, conservé una óptica feminista, lo que está en el fondo de mí no cambió en absoluto, ¿te das cuenta?, porque lo que está en el fondo sigue ahí, ¿ves? En cambio, me volví desconfiada. Desconfiada con respecto a los otros, presto mucha atención. Si hay algo que hacer, sí, ahí estoy. Hace dos años participé en la marcha París-Ginebra por los niños raptados. Así que cuando hay algo que hacer, lo hago. Cuando se trata de reuniones, de grupos, no me interesa en absoluto; estoy harta de eso. Y hay mujeres que se pretenden feministas y no lo son para nada, porque ahí me dieron ese golpe, me lo dieron a mí pero también se lo dieron a otras. Me contaron que habían hecho lo mismo con un tipo que había creado una asociación barrial; hicieron entrismo, etcétera, con sus compañeritos. Y me dijeron que el tipo se suicidó. Se suicidó. Porque es una empresa de demolición total. Demolición de la persona. Total. Y por qué lo hicieron, ellas tienen una crítica de la sociedad, pero es mucho más fácil actuar hacia adentro, demoliendo, cosa que hacen algunas feministas, que actuar verdaderamente hacia afuera.◆

1991

Testigo silencioso

Rosine Christin

Llegué a Longwy un domingo de febrero, a eso de las ocho de la noche. Nevaba. Los contados pasajeros bajaron del tren, que poco a poco había ido aligerándose de viajeros; algunos autos esperaban, iluminando con sus faros el andén; luego, en apenas unos minutos, la terminal ferroviaria y sus aledaños volvieron a hundirse en la oscuridad, el jefe de la estación cerró las puertas y entró para caldearse; el mismo tren volvería a partir en sentido inverso a la mañana siguiente. En la gran plaza desierta, la fachada iluminada del ayuntamiento parecía un decorado, testimonio y vestigio de la antigua riqueza de la ciudad. Detrás de la plaza, en las calles del Bajo Longwy, la noche ocultaba en parte el abandono, los negocios cerrados desde mucho tiempo atrás, los carteles de venta.

Tenía que encontrarme con Maryse, una mujer de 45 años, cajera de un supermercado. Mientras procuraba conocer a mujeres de obreros que hubieran vivido la crisis de la siderurgia y la metalurgia lorenesas, su sobrino, un estudiante de 20 años, me había hablado de ella, de su reciente viudez y un poco de su vida. El encuentro fue difícil de concertar, ya que trabajaba durante el día, y sobre todo porque vivía en la casa de sus padres, en un pueblo un tanto alejado; tal vez tampoco deseara mi presencia junto a esas personas ancianas y enfermas. Pero uno de los hermanos de su marido, un agente comercial, se ofreció para recibirnos a ambas una noche en su casa, a unos diez kilómetros de la ciudad. La casa, ubicada en una parcelación bien cuidada, iluminada, parecía cálida después de la noche y la nieve, con sus muebles de pino claro y su perfecto orden; mis anfitriones, terminada la comida, estaban sentados en compañía de Maryse alrededor de la mesa ya levantada y daban una impresión de solidez, éxito, adecuación a la vida. Maryse me pareció joven, o tal vez desarmada, con un *jean*, una silueta de estudiante y una mirada de la que no podría decir si expresaba la aprensión o el alivio de hablar con una desconocida. Ambas nos instalamos a la mesa de la cocina mientras los B. miraban televisión en una habitación contigua. Un intercambio de confidencias habitual entre mujeres después de una comida familiar; eso nos pareció esa primera entrevista.

Maryse nació en 1947, en una aldea situada a unos diez kilómetros de Longwy; su padre "trabajaba en el ferrocarril" y su madre era ama de casa. Fue la segunda de cuatro hijos, todos casados, ninguno de los cuales hizo "estudios avanzados"; tienen hoy "problemas de desempleo". Maryse fue al secundario hasta primero, después dejó todo. Como era buena alumna, los profesores del colegio de su aldea le aconsejaron que, después de tercer año, prosiguiera los estudios en el liceo de Longwy. Al codearse con las muchachas de la ciudad, hijas de ejecutivos y técnicos de la industria, "sintió la diferencia", sobre todo cuando empezó a salir y "a vestirse como puede gustarle a una chica"; no tenía dinero suelto, ni siquiera para ir a tomar un café: "En la vida de todos los días, para una chica, eso tiene importancia". Pese a algunas dificultades en matemática, le iba bastante bien, pero "estaba

harta"; quiso dejar de estudiar para trabajar y ganar dinero. Se empleó durante el verano en el correo, que "le gustaba mucho", y decidió no volver a clases en octubre; poco después, se "encontró como vendedora en Prisunic".

Después de un primer matrimonio y el nacimiento de su hijo, se divorció a los 20 años, para casarse, en 1968, con el hombre cuyo nombre de pila no pronunciará jamás ni en las entrevistas grabadas ni en nuestras conversaciones privadas (nombre que sigo sin conocer), como si un uso compartido pudiera alejarlo de ella. "Su marido", como siempre dice, mediante un testimonio de su fidelidad y su compasión, era soldador en los Ateliers de Longwy (SAF), una pequeña empresa que trabajaba bien con los pedidos de las grandes fábricas de la región. Había comenzado como aprendiz y luego, "dotado para eso", había ascendido poco a poco hasta "la categoría más alta, soldador P3"; allí se ganaba bien la vida: al agregarse las horas extras al salario, redondeaban una buena suma a fin de mes. Y también tenía los desplazamientos por casi toda Francia, que le daban la sensación de poseer una vida de horizontes más amplios. Maryse conserva un recuerdo muy especial de una obra de tres meses en la Alta Saboya a la cual, junto a sus dos hijos, había seguido al marido.

Se anima al hablar del Longwy de esa época: "Era una ciudad de obreros, pero era verdaderamente la mentalidad obrera. Uno se cruzaba con muchos capataces que siempre se creían un poco más que los otros, pero se encontraba en todas partes con los compañeros e íbamos a los cafés. En general, la gente estaba bastante cómoda, no había demasiadas privaciones". Hoy, dice, "se vino todo abajo", hay un montón de "gentuza que viene de no sé dónde, no se sabe cómo viven, y además está toda esa gente que tiene su jubilación temprana y está satisfecha consigo misma, con su pequeña vida, su casita, su autito".

La gran casa que compraron en 1975, casi sin aporte inicial, gracias a un inesperado crédito bancario, pertenece aún a ese mundo encantado: "un caserón", "ocho habitaciones, recovecos, pero la verdad... todo para remodelar. Estaba estropeada, pero a mí lo que me gustaba era hacer proyectos con mi marido, vamos a hacer esto, vamos a hacer aquello [...]. Nunca lo hubiéramos conseguido con su salario, pero no importaba". "Ni un centavo, pero felices... Mi marido volvía de su trabajo, eran las dos y media y entonces, ¡hop!, íbamos al jardín, conversábamos con la gente de la región." Sus dificultades empezaron con esa compra irrazonable, en un clima económico que se deterioraba. Las cuotas mensuales eran de setecientos francos, el equivalente de un alquiler alto, y "cada vez era más difícil llegar a pagarlas".

Pese a diversas tentativas de salvamento que siguieron a las manifestaciones obreras de Pompey en 1978, ya era demasiado tarde para ver el cumplimiento de sus esperanzas de una vida de trabajo sólidamente arraigada en la región. A partir de 1975 se aceleraron los cierres de fábricas y 1979 fue un año negro. Poco después la planta de la Chiers, la SAF, cerró sus puertas, y la siguieron las acerías de Senelle y Rehon. La solidaridad obrera se desmoronó con las propuestas de jubilaciones anticipadas y las indemnizaciones por despido. Maryse se acuerda: "Mi marido estaba en la CGT. Le explicaban todo eso, él también pensaba así, y cuando se lo contaba a los demás, incluso en mi propia familia [...], ganaba que nos miraran atravesados porque pasábamos por revolucionarios o gente que nunca estaba contenta con su suerte".

De acuerdo con los consejos de un ex compañero, entra como temporario en una empresa de obras públicas, la SPIE. Deben ir a la obra de la Central de Gravelines, en una casa rodante comprada de ocasión con la ayuda de la familia y el producto de la venta de algunos de sus muebles. La suerte que se les reservaba les parecía tan injusta que, aparentemente –en este punto, los diversos relatos de Maryse son contradictorios–, durante mucho tiempo tuvieron la esperanza de volver a Longwy: aunque una vez vencidos los contratos temporarios, la SPIE –su empleador– toma a los obreros como efectivos, conservan su gran casa deshabitada y, durante cinco años, no procuran establecerse de una manera un poco más confortable. En Gravelines instalan la casa rodante en el *camping* municipal, lo mismo que los demás trabajadores de la Central, llegados de todos los puntos de Francia, población desplazada al arbitrio de las obras de la SPIE u otras empresas.

Se habían resignado poco a poco, más bien contentos de haber "encontrado algo", temerosos del desempleo e ignorantes, tanto uno como el otro, de los sinsabores de la incomodidad y la exigüidad a los que se acostumbraron desde la infancia. El "caserón" era algo así como un sueño que debía terminar y su casa rodante era "hermosa" con sus diez metros de largo, tenía "todo lo que hace falta" y "la cocina estaba bien equipada". Pero a medida que pasaba el tiempo –vivirían en ella cinco años, uno y medio en Gravelines y más de tres en Saint-Valéry-en-Caux– sufrían cada vez más por la estrechez de la vivienda y la promiscuidad. Los cuartos parecían armarios de puertas corredizas; "Los chicos estaban en una pieza que tenía... ¿Cuánto?, el largo de una cama. [...] Eran camas marineras, cada uno tenía la suya y el cuarto se reducía a eso. Entonces, niños de esa edad y no podían escuchar música, no podían hacer nada. [...] Teníamos otra pieza que hacía las veces de algo así como un saloncito; así que teníamos una banqueta, una mesita y además un mueble encima del cual estaba el televisor. Nuestra vida en la casa rodante era la tele".

En el camping de Gravelines se visitaban poco unos a otros, todos demasiado absorbidos por el trabajo y una vida difícil de ordenar para familias heridas por la desocupación y el desarraigo. Unos vecinos fueron una noche a tomar un aperitivo y ellos devolvieron la visita, pero esos posibles amigos se marcharon poco después a otra obra. Dos años más tarde les tocó a Maryse y su marido mover la casa rodante: la SPIE los envió a Saint-Valéry-en-Caux; se instalaron en un terreno alquilado a un campesino, en pleno campo. Hacía falta un auto para ir a la ciudad. Maryse sólo salía para hacer las compras y llevar a los niños: el mayor, a las siete de la mañana, a tomar el ómnibus de Dieppe para trasladarse al liceo; la menor, a las ocho y media, para el colegio de Saint-Valéry; luego volvía a la casa rodante. Los días le parecían largos a la espera de su marido y los chicos; terminaba pronto las tareas domésticas y leía durante horas y horas los libros tomados en préstamo en la biblioteca: novelas, policiales; cualquier cosa, dice.

La vida en ese espacio mezquino les imponía a todos un control constante: un gesto un poco vivo, un grito de protesta o de simple impaciencia, se percibían con una intensidad dolorosa. El hijo mayor, privado de compañeros, obligado a la soledad por lo apartado de la casa rodante, ya no trabajaba en clase y se había refugiado en un mutismo hostil, como para desviar sobre sí mismo todo el sufrimiento de la familia. En la casa rodante, las relaciones entre él y su marido a menudo eran tensas: "Era un infierno... un infierno porque yo siempre tenía miedo de que hubiera una palabra atravesada y después... fuera un drama, no sé; [...] él se encerraba realmente en sí mismo y no conseguíamos sacarle nada, tenía 16 años, yo le hablaba y bajaba la cabeza, no nos contestaba". Durante mucho tiempo, Maryse atribuyó las dificultades del muchacho a las circunstancias de su nacimiento (hijo de su primer matrimonio, su padre nunca intentó verlo); hoy admite que la precariedad de la existencia familiar –agravada por el descubrimiento en 1981 de la enfermedad del jefe de la familia, afectado de poliquistosis renal, una dolencia hereditaria de la que había muerto su padre unos años antes– también pudo contribuir a trastornar al joven.

Al enterarse de la enfermedad de su marido, Maryse conoció también su desenlace. Supo muy pronto, tras hablar con el médico, que era indudable que aquél no podría seguir trabajando mucho tiempo más. Tendría que renunciar a ese trabajo, única prenda de supervivencia, por el que habían dejado su región, su familia y su casa. El frágil equilibrio se derrumbaría. Había que partir una vez más hacia lo desconocido, sin

esperanza de retorno a Longwy, donde la situación económica y la desocupación se habían agravado. Se repetían para ellos las circunstancias trágicas y se perpetuaban el vagabundeo y el "desarraigo". "Además, no nos sentíamos en casa, porque forzosamente siempre éramos extraños en cualquier lado donde estuviésemos, sobre todo en los *campings*." En 1983 reunieron lo que les quedaba, el pequeño capital que les procuró la venta de la casa de Longwy y la experiencia de Maryse como vendedora, para comprar un negocio de venta de diarios y papelería en Asnières, hallado gracias a un pequeño aviso inmobiliario; tomaron varios créditos para pagar los 380.000 francos del fondo de comercio.

En lo sucesivo –sabía Maryse– vivirían en suspenso, cosa que la exponía a brutales crisis de desesperación como la que la había afectado durante la mudanza al departamento de Asnières: una trastienda sin ventanas que les serviría de sala y tres habitaciones minúsculas, una encima de la otra, a las que se llegaba por una escalera de caracol. El conjunto era muy vetusto y, en ciertos aspectos, menos confortable que la casa rodante. Maryse había trasladado los pocos muebles que quedaban en Longwy pero la vivienda era demasiado estrecha para ellos: "Ni siquiera se podía meter el armario que hacía juego con la cama, así que teníamos un armario en una pieza, la cama en la otra, ¡en fin, era feo! Espantoso, espantoso, espantoso. Entonces, una vez... Voy a contarle lo que llegué a hacer una vez. Teníamos un hermoso canapé de terciopelo... era bastante largo y además los de la mudadora me lo habían metido por la ventana de arriba porque no podía pasar por abajo. Y yo quería bajarlo a toda costa, y una vez, como no podía hacerlo y tampoco quería tenerlo más arriba, me dio un ataque de furia, agarré un martillo y lo rompí en pedacitos".

El primer año no fue demasiado difícil, dado que todavía no había que pagar cargas, pero luego, pese a los beneficios, las cuotas de 10 mil francos por mes se hicieron demasiado pesadas. Sentían nostalgia: "No podría decirle quién fue el primero en hablar de eso pero, en todo caso, fue ahí cuando los dos nos atrevimos a decir que teníamos ganas de volver aquí".

El año anterior a la muerte de su marido, Maryse aún hacía con él proyectos de retorno. Habían ido a C..., en su aldea natal, donde todavía viven sus padres, a buscar una casa, la última de la comarca, con un pozo de agua en el fondo del jardín, que comprarían después de vender la tienda. El hijo mayor se había casado y tenía un empleo estable de agente agrimensor en Asnières, y sólo la hija, estudiante, mostraba alguna reticencia. Maryse encontraría un empleo y, cerca de la familia, todo sería menos duro de vivir, incluso la enfermedad. El marido murió antes de ese regreso y ella "liquidó" el negocio para volver a Longwy en enero de 1991.

Al día siguiente de nuestra primera entrevista fui a verla a su lugar de trabajo, en la Fouillerie, un supermercado mediano situado a algunos kilómetros de la ciudad. Hay que trasladarse en auto, tomar la autopista Metz-Bruselas y pasar sobre un viaducto que domina unos baldíos industriales antes de llegar a un área comercial, transformación de una antigua zona de industria liviana: algunos grandes cubos de hormigón dispuestos aquí y allá, un supermercado de precios bajos, dos concesionarias de automóviles, un depósito de productos congelados. La "Fouillerie, gran mercado del mundo" comparte uno de esos grandes rectángulos de hormigón con un almacén de cocinas y un "mercado del calzado". La tienda presenta en 1.200 metros cuadrados montones de objetos, acumulados en desorden: platos, ceniceros, cubremacetas, prensapurés, imágenes santas, películas egipcias de la colección Sol de Egipto, ardillas de peluche sintético. No hay aquí nada de publicidad mentirosa, nada de decorado: el despojamiento es completo. Maryse, de pie detrás de su caja, tiene puestos dos gruesos pulóveres, porque el local está helado; a su lado, un taburete, "pero no es práctico para dar el vuelto". Trabajan unas diez vendedoras; la mayoría se pasa el tiempo etiquetando y ordenando las grandes góndolas siempre revueltas o ayudando a los clientes en la compra de ropa. Durante la semana éstos no son muy numerosos: jubilados que van a pasar el tiempo y niños que miran el precio de los juguetes. Una cinta sin fin difunde rock de los años cincuenta en alternancia con los éxitos populares más recientes.

En este universo de pacotilla, bajo la fría luz de neón, Maryse tiene el aire resignado de quien también hubiera perdido su dignidad. Como cuando se queja, sin atreverse a ir demasiado lejos, de que la solicitud un poco asfixiante de su familia la priva de su libertad: "Al mediodía voy a comer un poco a casa de todo el mundo, porque tengo que ir una vez a lo de mi suegra, una vez a lo de mi cuñada, una vez a lo de mi hermano... [...] es cansador. No me gusta ir a comer y además... tengo que comer y no siempre tengo hambre, bueno, me preparan especialmente cosas, debo comer, como. Y, por otra parte, otras veces no tengo ganas de ver a nadie, me gustaría mucho estar sola y después comer sin... ¡relajarme, no sé!".

Hoy, un año después de la muerte de su marido, se siente desposeída, mujer sin hombre, sin identidad social, extranjera en su región, sin vivienda propia donde retirarse, hacer sus comidas, recibir a su hija que estudia en Nancy. Ya no tiene nada ni sabe quién es, sensación agravada aún más por la afectuosa solicitud de sus dos familias, que le sustraen lo poco de libertad y autonomía que podría tener, sin que la reivindique realmente. "Está mi hermana, que muchas veces viene a comer los domingos, se quedan toda la tarde: están todos ahí, sentados alrededor de la mesa, esperando que pase el domingo. Y además está la madre de mi marido que, cuando alguien puede traerla, viene al cementerio y después pasa por lo de mis padres y resulta entonces que pasamos toda la tarde juntas. Así que cuando se van me duele la cabeza [...] estoy harta."

"No es mi vida", dice una vez más después de haber pasado algunos días en lo de su hijo. "Estaban contentos y todo... los quiero mucho. [...] Y bien, los veo vivir y todo eso y me digo, para mí se terminó..."; su hija, también afectada de poliquistosis renal y hasta ahora muy cerca de su madre, acaba de conocer a un joven; "Siempre estaba enganchada a mí y después, forzosamente...".

Los días buenos piensa en la casita de C... que había elegido con su marido y terminó por comprar después de vender la tienda. No vive "en ella porque lo único que hay son las paredes", hay que "arreglarla". Sólo acondicionará la planta baja, con eso bastará; precisaría la ayuda de su hermano para seguir los trabajos recién comenzados, pero "el domingo están contentos, van a caminar" y nadie sueña con hacer arreglos. Quizá también les guste sentir que la familia se congrega alrededor de los padres que envejecen y no los apremia ver a Maryse instalada en su casa, no obstante muy próxima, a 700 metros de allí... Ella misma no siempre sabe qué hará; después de todo, ya no tiene familia, "ahora es la única que está completamente sola, mientras que los demás tienen marido o esposa".

Necesitamos varios encuentros para lograr superar el relato un poco frío de la primera entrevista,[1] discurso demasiado gastado por haberlo utilizado tanto desde su regreso, y en el que no se sabía si ella creía todavía. Poco a poco, con la ayuda de la familiaridad y en el curso de las conversaciones, cuando le hacía preguntas sobre sí misma y le pedía que me describiera de la manera más precisa posible el desarrollo de sus jornadas, los lugares donde había vivido o lo que había pensado de ciertos acontecimientos, pudo reapropiarse de esos diez años.

1. Esa entrevista no se reproduce aquí. La mayoría de las informaciones que recibí de Maryse me las transmitió en conversaciones informales, a veces telefónicas y a menudo no grabadas. Me vi obligada, por lo tanto, a construir un relato cronológico citando las frases más significativas.

Mientras la escuchaba, a menudo me sorprendía la analogía entre esa vida singular y el destino colectivo de toda una región. Siempre le parecía que su vida estaba terminada y, viuda sin ilusiones y demasiado rodeada de solicitudes, me hacía pensar en esos jubilados prósperos y nostálgicos a quienes se ve hoy vagabundear por los baldíos industriales de Longwy o sus alrededores, soñando con el tiempo en que eran la elite obrera.

Cuando me hablaba de sí misma, me dejaba ver, refractada por el prisma de las preocupaciones femeninas, la vida del obrero que había sido su marido y, más en general, la realidad de un mundo que se deshacía. Me pareció que era preciso escuchar de otra manera a quienes, como Maryse, no tienen para evocar una vida impregnada por la historia colectiva más que palabras privadas, "pequeñas historias", historias de mujer, siempre excluidas de la Historia, aun cuando la escriban mujeres. Al desarrollar conmigo la memoria de su vida, la difícil adolescencia de su hijo, la casa rodante, la angustia permanente del desempleo, la enfermedad, otros tantos recuerdos confundidos por relatos sucesivos, ella me permitió comprender, mejor que otros interlocutores sin duda más autorizados y más "competentes", mejor preparados para enunciar el discurso oficial sobre la miseria, lo que fue la miseria corriente de las familias de trabajadores de la industria metalúrgica y la desdicha de las mujeres, simples figurantes del mundo social, en las cuales, en última instancia, convergen irremediablemente los contragolpes de todas las crisis.

Septiembre de 1992

Un equilibrio tan frágil

Pierre Bourdieu y Gabrielle Balazs

Antonio y Linda Demoura se marcharon de Portugal hace más de veinte años, para venir a Francia a buscar trabajo. Buen futbolista, él consiguió un contrato de tres años en la construcción y partió, dejando a su mujer y sus tres hijos, todavía pequeños, hasta que estuvo en condiciones de recibirlos, al cabo de un año, en un minúsculo departamento. "Sin una manta, ni una sábana, ni una cama para acostarse"; tuvieron que comprarlo todo, poco a poco. Como ambos trabajaban –él como capataz en mecánica de mantenimiento, ella como encargada de la limpieza en escuelas y empleada doméstica en casa de los notables de la ciudad– pudieron acumular, a costa de muchos esfuerzos y privaciones, el capital necesario para construir un pequeño *chalet* en un barrio tranquilo, vecino a unas HLM de escasas dimensiones en Saint-Marcelin. Tenían la sensación de haber logrado "vivir como todo el mundo".

Incluso podían creer que se habían hecho un lugar reconocido, gracias a su dedicación y diligencia, entre los notables de la pequeña ciudad. Él, por su función de entrenador del club de fútbol, que le brindaba muchas oportunidades de codearse con las personalidades locales y prestar servicios a la colectividad (en especial dedicando tiempo y dinero al club y alojando visitantes); ella, por su buena voluntad y su disponibilidad constante: "Incluso en Navidad me llamaban para ir a lo de mis patrones. Y yo iba, ¿eh? No me atrevía a decir que no". Gracias a los intercambios halagadores y la identificación afectiva que favorece el *status* de doméstica, se sentía un poco como de la familia. Después de tanto trabajo ("jornadas de 14 horas") e incontables esfuerzos, después de haber construido su casa y logrado encarrilar en los estudios a sus hijos, podían contemplar el camino recorrido desde su partida de Portugal. Sobre todo ella, que, huérfana a los 10 años, había dejado la escuela muy pronto para hacerse cargo de sus tres hermanas, antes de entrar como obrera en una fábrica de artículos de joyería. Creían "tener derecho a salir del pozo".

El encanto se rompió de repente: a los 46 años, en 1985, ella sufrió una hemiplejía; en 1990, su marido perdió los dedos del pie, amputados por una cortadora de césped. Desde entonces, todo se dio vuelta: sin trabajo, abandonados por todos, perdieron la ilusión de estar "integrados" a la (buena) sociedad francesa. El equilibrio económico que, gracias a sus esfuerzos conjuntos, habían conquistado, se reveló extremadamente frágil. Despedido, él se vio obligado a conformarse con "un puesto de peón, a 24,06 francos la hora". Por su lado, ella descubrió que no podía recibir el subsidio por desempleo y que no estaba cubierta por la Seguridad Social. Ya no pueden devolver los préstamos tomados para la compra de su casa y tienen un importante sobregiro en el banco; su hija mayor, que "cursaba derecho en París", interrumpió sus estudios.

Luego de múltiples trámites para lograr el reconocimiento de sus derechos, se sienten "rechazados en todas partes". Tienen la sensación de haber sido engañados: sus empleadores,

públicos o privados, tendrían que haberlos informado sobre su verdadero *status* ("¿No podían decirle, no podían informarle en la alcaldía?") o, al menos, aconsejarlos. Y hablan de su agotamiento al descubrir repentinamente que determinados personajes a quienes consideraban amigos no hacían nada para ayudarlos a salir de sus apuros, y también de su decepción al ver que la "sociedad francesa", a la cual tanto ambicionaron pertenecer, no los conoce ni los reconoce. ("Eso no me lo esperaba, no. Esperaba cuanto menos que la sociedad francesa y sobre todo los organismos pagadores reconocieran pese a todo a una persona que trabajó toda la vida.") Mientras que antes contemplaban la posibilidad de nacionalizarse y eran el ejemplo mismo de una "integración" exitosa, sienten ahora que se están volviendo "antifranceses".

Descubren todo lo que les habían hecho olvidar el deslumbramiento del éxito, muy relativo, que les era propio, y la sensación de ser plenamente aceptados, pese a venir de tan lejos: la fragilidad del equilibrio en que se mantienen, al precio de una vigilancia incesante, quienes tienen el beneficio de un empleo estable, y el peligro siempre amenazante de la recaída. Los sucesos que pueden determinar esta recaída –pérdida del empleo, muerte de un pariente cercano, divorcio, enfermedad– son extremadamente diversos y, en apariencia, completamente contingentes; pero, antes de concluir en el fracaso de la explicación mediante causas sociales, hay que señalar que esos accidentes, además de ser más probables en ciertas condiciones de existencia, no son sino causas ocasionales que, al actuar como un disparador, desencadenan efectos también inscriptos, en estado potencial, en ciertas condiciones económicas y sociales. El capirotazo es tan intenso porque se aplica a gente como el señor y la señora Demoura, esos inmigrantes modelo que, en su convicción de haber logrado integrarse a la economía y la sociedad francesas, tal vez hayan sobrestimado un poco las seguridades con que contaban; y su desamparo y desconcierto son mayores porque sólo en el momento en que todo se da vuelta se descubren desprovistos de las garantías estatutarias y de las relaciones familiares o amistosas que aseguran a los "verdaderos franceses" (al menos, así lo creen) las últimas redes de protección.◆

Con una pareja de portugueses

Entrevista de Gabrielle Balazs y Jean Barin

"Hice de todo para integrarme a la vida de los franceses"

M. Demoura: Usted sabe, esas cosas son muy difíciles de explicar, porque hay tantas injusticias... que...

—Precisamente, precisamente... ¿Cómo sienten esas injusticias?

M. Demoura: Yo creí tantas cosas de Francia. Eso es lo primero, cinco años atrás no quería oír que hablaran mal de Francia, porque era un país solidario, un país donde todo el mundo era sensible a la miseria de los otros; pero desde hace cinco años, realmente, realmente es al revés; tenemos muchas, muchas cosas que decir.

—¿Y por qué desde hace cinco años? ¿Qué pasó?

M. Demoura: Porque es muy fácil de decir. Mientras uno se gana bien la vida y forma parte de un nivel dado, de un nivel social... medio, todo bien. A partir del momento en que pasa a ser parte de... verdaderamente de la zaga, lo consideran como si no existiera.

—¿Quiénes?

M. Demoura: Todos. Todo el mundo, casi... Cuando digo "todo el mundo", es naturalmente para la gente que es como yo...

Mme. Demoura: En los centros administrativos, sobre todo la alcaldía, yo veo que ya no hay nadie del otro lado de la línea, y tampoco hay nadie para un hombre que se ocupó de...

M. Demoura: Vea, voy a resumir solamente mi caso. Desde que estoy en Francia, hice de todo para integrarme a la vida de los franceses. Porque, primero, estaba en un país que no era el mío; segundo, no podía imponer mi idioma ni mis costumbres, entonces estaba claro que era yo el que tenía que integrarse y no al revés. Bueno, me integré muy bien, en seguida formé parte del equipo atlético de la ciudad. Como portugueses, formamos una asociación, formamos un grupo folclórico, formamos el club de fútbol; con la ayuda de la alcaldía construimos el edificio para la asociación, era completamente normal. Siempre en esta ciudad, formaba parte, fui instructor [*entrenador de fútbol*] durante seis o siete años y, hasta hace dos, todavía era parte del club [*muy irritado*]. Bueno, tanto que aporté, tanto que pude dar y se me abrió la puerta grande, pero una vez que paré, no hubo más nada: las puertas se volvieron a cerrar. Y mis amigos ya no estaban.

—¿A raíz de su accidente?

M. Demoura: Ése es el problema del fútbol; el día en que podía estar presente y me ganaba bien la vida, cuando podía aportar y dar sin pedir un centavo, ningún problema: todo marchaba sobre rieles. Recibí aficionados tolosanos –cuando venían los recibía en mi casa, formaba parte de la sociedad–, y el día que no pude aportar más, dejé de formar parte.

—Ah, sí, de acuerdo, ¿separado por la asociación de fútbol?

M. Demoura: Completamente separado. A tal punto que... 18 años al servicio del club haciendo aportes, porque aporté mucho dinero, aunque el dinero... di dinero y traslados, tiempo perdido, pagando los arreglos del club al final de cada temporada, sin que el club me diera un centavo. Era yo el que ponía de mi bolsillo porque eran mis allegados; bueno, hoy, para entrar al estadio, tengo que pagar. Entonces, puede darse cuenta de hasta qué punto cometieron una injusticia. Diecinueve años al servicio del club, sin aprovecharme nunca de nada, siempre aporté; como entrenador, fui el que consiguió la mayor cantidad de títulos, el que hizo la formación más grande aquí, y ahora me consideran como si no existiera. Todo el mundo recibió una medalla entregada por la alcaldía por los servicios prestados. Yo nunca recibí nada. Nada de nada, ¿eh?

—Sí, ¿no lo reconocen?

M. Demoura: Ah, no, porque si me llamara Dupont o Durand, tendría una medalla. Pero me llamo Demoura.

—¿Cree que se debe a eso?

M. Demoura: Bueno, sí. No lo creía... [...] pero ahora realmente sí lo creo. Ahora que estoy del otro lado de la barrera, yo...

[...]

Porque me llamo Demoura

M. Demoura: Lo que pasa en Francia es que hay dos sociedades. Están los borregos, y es la más estúpida; nosotros somos parte de los borregos. Ésa es la diferencia que existe. Y además, a nivel social hay muchas otras cosas que no funcionan, porque están los que conocen bien la ley, y cuando llegan a los problemas administrativos, sea la seguridad social, sea cualquier cosa en que esperan algo, tienen su derecho; nosotros tenemos que pelear hasta el final. Los portugueses, sin embargo, entre los portugueses hay un 10% de basura, como en todas las razas [...], gente con la que no hay nada que hacer. Pero en la otra parte tenemos derechos, tenemos obligaciones, y desde el momento en que respeto mis obligaciones, no sé por qué no me dan mis derechos. ¿Entiende?

—*¿Ya no lo reconocen, o qué?*

M. Demoura: Ya no me reconocen. A tal punto que le doy el caso de mi accidente. Estuve parado todavía hasta el 27 de noviembre, tengo un control en la Seguridad Social porque me llamo Demoura, el consejero médico me dice: "A partir del 19 ya no tiene derecho", y estoy con licencia otorgada hasta el 27 de noviembre. Y el 19 tengo que ir a trabajar. Espere, le voy a explicar.

Mme. Demoura: No, pero no me parece...

M. Demoura: [*Muy nervioso, corta a su mujer.*] Espera, espera, déjame hablar. La Seguridad Social me otorgó zapatos ortopédicos; ¿tenía que ir a trabajar así, con una zapatilla, le parece que es normal? La Seguridad Social prohíbe entrar en la fábrica sin calzado de seguridad y me otorga un par de zapatos ortopédicos, pero me manda a trabajar sin tener en cuenta eso. Llego a mi trabajo y el patrón dice: "Pero no lo dejo entrar a menos que se ponga el calzado de seguridad", bueno, nos arreglamos con el médico laboral; el médico laboral llamó por teléfono a la Seguridad Social, el hombre que me operó llamó a la Seguridad Social y me dieron hasta el 7 de enero, pero, ¿quién dice que voy a poder ir a trabajar? ¿En el estado en que estoy? Pero como el que quería era el médico del trabajo...

Mme. Demoura: Pero eso...

M. Demoura: [*Prosigue, sin prestar atención.*] Estoy obligado a ir, no hay nada que hacer.

Mme. Demoura: [*Le parece que su marido cuenta demasiadas cosas y quiere interrumpirlo.*] No hay necesidad de saber eso.

M. Demoura: Mire... Pero sí, estamos obligados a saber que esto, esto [...]. [*Dirigiéndose a su mujer.*] ¿A ti qué te pasó? [*Se dirige a nosotros.*] No tuvo derecho, no tuvo derecho, estaba paralítica, ahora ya no.

Mme. Demoura: Estoy un poco todavía. Del lado derecho.

M. Demoura: ¿Saben por qué no la cubría la Seguridad Social? Porque en esa época ella no había cobrado...

Mme. Demoura: Y sufro una enormidad.

M. Demoura: ...subsidios y sin embargo, durante un año, hacía falta un año para tener derecho a esos subsidios; ¿pero quién se los quitó? No hay duda de que la Seguridad Social. Nos dijeron que nunca hubo ningún pedido, y tengo aquí la carta que prueba que lo hicimos, lo rechazaron porque ella no tenía un año.

Mme. Demoura: Últimamente vino un periodista a investigar y, justamente, me quejé un poquito de la sociedad francesa, pero de la administración, no de los que me rodean. Si hay una persona que me mira mal... pienso, bueno, lo dejo pasar; pero cuando vamos a un organismo francés y oyen un poco nuestro acento y reclamamos algo, no nos informan. Y sufrimos...

M. Demoura: Ya, de entrada, nos informan mal.

Mme. Demoura: Nos informan mal. Entonces, usted sabe, cuando uno no escribe bien en francés, cuando no tiene una... no se las arregla bien, yo, personalmente, soy bastante cabezona, cuando alguien me fastidia...

M. Demoura: Está el francés, yo hablo francés.

Mme. Demoura: Sí, voy un poco más lejos, no es todo, porque no conocemos todo y la gente no nos dice la verdad, y eso es cargante.

[*El señor y la señora Demoura hablan de sus dificultades con el francés: ella no lo escribe porque nunca lo aprendió en la escuela, contrariamente a su marido, que se queja de haber "aprendido el mal acento allá".*]

Me rechazaron en todos lados

Mme. Demoura: Me parece entonces que nos rechazan, que me rechazaron en todos lados. Me rechazaron en la Seguridad Social, donde tuvimos varias entrevistas con el director del servicio que nos hizo un poco el verso con bellas palabras; nos dijo: "Vean, yo...", y yo le dije: "Vea, usted se da cuenta de que trabajé cuanto menos veinte años en Francia, y no hice ocho horas de trabajo por día; estuve en todas partes según la necesidad de los patrones, y nunca les dije que no; ganaba dinero, está claro, pero jamás supe decir que no, y cuando vino la enfermedad...".

—*¿Cuándo sucedió?*

Mme. Demoura: Hace siete años.

M. Demoura: En 1985.

MME. DEMOURA: Sí, ya estoy exagerando, fue en 1985. Estaba en esa situación y pensaba que estaba cubierta porque tenía un empleador en la ciudad. Era encargada de la limpieza en las... escuelas... desde hacía 13 años. Y 13 años de trabajo en las escuelas, creía cuanto menos que estaría un poco cubierta; y usted sabe que hasta hoy, durante la enfermedad cobraba mi salario, todo era normal, pero... [...] Entonces, vea, de todas maneras, durante mi larga enfermedad me pagaron la mitad y luego estuve tres años sin cobrar un centavo, sin tener... trabajé toda mi vida en Francia, desde hace veinte.

—Pero así son las leyes sociales, el estatuto de la función pública, son efectivamente tres años de enfermedad prolongada y después no hay nada más.

MME. DEMOURA: Sí, pero entonces yo tenía un título de adulta discapacitada. Tenía un marido que trabajaba, que ganaba... no hacía frente a nuestros gastos. Yo tenía créditos, cobraba 113 francos por mes durante dos años...

M. DEMOURA: Ciento siete.

MME. DEMOURA: Ciento siete francos por mes durante dos años. Entonces no me va a decir, con todo, que la alcaldía no prevé, la prefectura tampoco, la seguridad tampoco, porque si tuvieran gente de nacionalidad extranjera trabajando en una ciudad, ¡al menos deberían prever el seguro de desempleo! Entonces, por qué emplean gente que tiene un estatuto, que son portugueses o argelinos o españoles y no ven que les puede tocar la enfermedad, como me toca a mí y a otros, y dicen: "Vean, cuanto menos debemos prever el seguro de desempleo para estas personas"; yo estaría encantada si existiera el seguro de desempleo...

—Sí, pero la función pública no previó subsidios por desempleo para sus...

M. DEMOURA: Lo que no alcanzo a comprender es cómo la despiden estando enferma, sin poder...

MME. DEMOURA: Sin indemnización.

M. DEMOURA: Para empezar, ya sin indemnización... y sin poder... Sin ver si iba a poder hacer otra cosa al mismo tiempo...

MME. DEMOURA: Ah sí, me propusieron.

M. DEMOURA: ¡Despedida así, sin pedir nada y sin que supiéramos que estaba despedida!

MME. DEMOURA: Sí, y ¿sabe?, todavía no había terminado el mes.

—Es el estatuto de la función pública. La despidieron por invalidez, al cabo de un tiempo.

MME. DEMOURA: La seguridad social no me reconoció.

M. DEMOURA: La despidieron por enfermedad prolongada... Porque si hubiera trabajado en una fábrica, tendría derecho...

MME. DEMOURA: Sí, tendría el seguro de desempleo.

[...]

—¿Cuántos años pasó así?

MME. DEMOURA: Veinte años. Desde que llegué aquí, porque cuando llegué no tenía ni una manta, ni una sábana, ni una cama para acostarme, y gracias al señor X..., presidente del fútbol, llegué... con mis cuatro hijos, y él tenía algunas cosas en su desván, un *sommier*, unas mantas...

M. DEMOURA: Es por eso que no quiero hablar mal de Francia, porque la gente me ayudó en seguida, cuando llegué.

MME. DEMOURA: Cuando llegué aquí, empecé a trabajar en seguida. Sin saber, señalaba con la mano una bayeta para poder decirlo al día siguiente, una escoba, porque empezaba a trabajar por todas partes en lo de los patrones..., un hotel, la casa del doctor A., en lo del alcalde, en lo de la señora S., los dueños de la fábrica, y como era bastante duro llegar con cuatro niños y tener una casa vacía, aunque en Portugal también era duro, a pesar de todo tenía que arreglármelas. Podíamos ganar dinero. Y además empecé a trabajar muy pronto y empezamos a renovar las cosas que necesitábamos. Las camas, principalmente, porque no estábamos muy bien instalados; después los muebles con que luego, poco a poco, armé mi mobiliario y por otra parte como se podía, y finalmente lo conseguimos y creíamos que pese a todo íbamos a quedarnos en la misma... Aun trabajando mucho [...] [*silencio, suspiro*]. Pensábamos que lo más duro había pasado.

—Sí. Pensaron que se había terminado...

MME. DEMOURA: Ahora, lo más duro volvió. Porque cuando me pasó eso, yo tenía el crédito.

—Ah, ¿tenían compromisos por la casa?

M. DEMOURA: Y todavía los tenemos.

MME. DEMOURA: Y todavía los tengo. Por cuatro años. Por cuatro o cinco años. Pero no es mucho. Cuando él tuvo ese accidente, ahí, bueno, por suerte había un pequeño seguro, porque ahí no hubiéramos podido... vivir.

Sufrí injusticias enormes... pese a estar siempre al servicio de los franceses

MME. DEMOURA: Estoy muy contenta de estar en Francia y me gustan los franceses, pero pese a todo sufrí

injusticias enormes. ¡Muchas, eh, sobre todo yo! Pese a estar siempre al servicio de los franceses.

—Sí, con el trabajo que hizo como empleada de...

MME. DEMOURA: Porque les puedo asegurar que si hoy hubiera alguien que dijera: "Ella estaba presente todos los días que la necesitábamos", yo tendría certificados. Por unas personas... Tenía una persona muy vieja cuya madre estaba enferma, es una persona que era miembro del Rotary y de ciertas cosas, eh, y me decía: "Linda, la necesito porque mi madre no quiere otra persona, así que venga tal o cual día a la noche, a la hora que sea yo la voy a llevar". Usted sabe, a menudo oía la cantinela pero decía, no es cuestión de dinero, lo que pasa es que esta persona me quiere y además yo no puedo decir que no. Cuántas veces, durante tres años, su madre inválida en la casa... y yo iba; iba a las cuatro de la mañana, cuando ellas llegaban, porque las reuniones del Rotary a menudo terminan tarde, eh, a la noche. Entonces me volvían a traer aquí a las cuatro de la mañana. No lamento nada, presté un servicio aunque me pagaran, y ella, con todo, me pagó; son horas que podían cobrarse muy caras y yo siempre las cobré al precio de la hora normal. Así que no hice...

M. DEMOURA: Y a veces sin que le pagaran.

MME. DEMOURA: Eran otros, pero es lógico, aunque, en fin, no me esperaba eso, no. No, esperaba cuanto menos que la sociedad francesa, y sobre todo los organismos pagadores, reconocieran pese a todo a una persona que trabajó toda la vida, fui... si hubiera sabido que me iba a enfermar y que me iba a pasar eso, habría buscado trabajo en la fábrica. En esa época necesitaba trabajar, habría buscado en la fábrica. No iba a trabajar en un organismo donde no teníamos seguridad en el empleo. Y si no, si hubiesen sido amables conmigo, me habrían aconsejado que retomara un poquito el trabajo, porque hacían falta 15 años, creo, para tener derecho a cobrar, a cobrar...

M. DEMOURA: [*Indignado.*] ¿No podían decírselo, no podían informarle en la alcaldía?

MME. DEMOURA: ¿No me lo podían decir? ¡Ah, sí, podían! Sí, podían.

—Ah, sí, sí.

M. DEMOURA: No obstante, ahí adentro hay un nivel social.

MME. DEMOURA: Allí hay cuanto menos una negligencia de...

M. DEMOURA: ¡Porque se cagaban completamente!

MME. DEMOURA: Hacía 13 años que trabajaba en la alcaldía, 13 años y medio; 13 años y medio.

[...]

M. DEMOURA: De todas maneras, es muy complicado, es complicado para un francés, entonces para nosotros, extranjeros... No vi nada de su asunto y su expediente, es un expediente ministerial...

—Lo que tendrían que... no les explicaron todo eso.

MME. DEMOURA: Eso es lo que les reprocho, y además lo que pienso, no quería usar la palabra "racista", pero... creo pese a todo que había alguno que no quería que hubiese extranjeros en el servicio. Y eso no me lo sacan de la cabeza; aunque no lo diga, sin embargo lo pienso. Y lo pienso porque un día estaba hablando con un consejero municipal aquí, en esta mesa, y esta persona –yo la creía amiga nuestra– me dijo: "De todas maneras, no deseo que una plaza... una plaza en la administración se ofrezca a un extranjero"; y yo le contesté: "Escuche...".

M. DEMOURA: ¡Es como ese que no quería que cobráramos asignaciones familiares!

MME. DEMOURA: Sí, es eso. Entonces digo, ¿cómo es eso?

M. DEMOURA: No sabía por qué los extranjeros cobraban las asignaciones familiares.

MME. DEMOURA: Cuando me llamaron a hacer ese trabajo, ni siquiera hice un pedido a la alcaldía; fui a trabajar porque en esa época me reconocían que corría por todos lados, y fue entonces el año que hizo mucho calor, ¿el año 1976? En 1976... cuando las encargadas de la limpieza estaban todas enfermas, porque no podían soportar el calor, y además había dos que se operaron de la vesícula... y una encargada de la limpieza de las escuelas me llamó por teléfono, porque yo quería trabajar. Le dije: "Sí, voy a empezar a trabajar algunas horas para ayudarte a...", y después la alcaldía decidió que me quedara. Así que ni siquiera me presenté como candidata, eh, ¿se dan cuenta? No me faltaba trabajo en esa época. No, no, me caía todo el tiempo, tenía demasiado. Y después me tomaron. Y luego... hubo un consejero que me dijo: "No, yo deseo que ese trabajo se lo den a los franceses", y no... ahí fue cuando se me puso en la cabeza, y el tipo, puedo decirles quién es, pero...

M. DEMOURA: No, no lo digas.

MME. DEMOURA: Y le pregunto: "¿Cómo es eso?". Además discutí un poquito con él, le dije: "¡Eh!, dime pues, si pagamos los impuestos como todos los demás, participamos en todos los gastos"; por otra parte, hasta ahora nunca había pedido que me asistieran, e incluso ahí tampoco, cuando en realidad tendrían que haberlo hecho. Nada más, porque ya no doy abasto. Pero hablo

de esa época, y le dije: "Escucha, de todos modos yo hago el trabajo que hacen las demás, me lo propusieron ellos, bueno, me parecía que los niños empezaban a crecer, podían vivir sin que yo hiciese las tareas domésticas a diestro y siniestro, era mucho más estable y todo"...

M. DEMOURA: Error, error. Grave error.

MME. DEMOURA: Y después acepté. Él me dijo: "Ah no, no, te lo digo francamente, no deberían darles esos trabajos a los extranjeros, yo deseo que se lo den a los franceses". En la alcaldía había extranjeros, pero se nacionalizaron franceses. [...] Yo presenté una solicitud de nacionalización y después, a continuación, no sé qué faltaba a nivel de... lo siguiente y la descuidé; además no pensaba que me iba a enfermar ni conocía esos derechos, porque si hubiera sabido, habría activado la solicitud de nacionalización. [...] A la señora de L. la creía una persona de bien, hoy tengo un poco... dudo un poco [...]. Si me hubiera dicho: "Señora Demoura, venga a verme porque necesito hablar con usted sobre su empleo; como usted sabe, está con parte de enferma desde hace dos años, y al cabo de tres estamos obligados o bien a proponerle un trabajito de medio día, o bien...", ¡pero nadie movió un dedo! Si lo hubiera sabido, habría... cuanto menos ido a verla para decirle: "Señora de L., cuanto menos hable con el consejo o con el señor alcalde, para ver si pueden darme algo de medio día", si hubiera sabido que iba a pasar lo que pasó, habría dicho algo.

M. DEMOURA: Se quedó, la despidieron. Y en el consejo municipal se enteraron de que a los dos o tres meses la iban a despedir.

MME. DEMOURA: Sí, en mayo de ese año.

M. DEMOURA: Entonces pueden darse cuenta de cómo pasó. [*Eleva la voz.*] ¡Hay que hacerlo! ¡Hay que hacerlo!

Hay que saber si quieren que nos integremos o que seamos mentirosos, que andemos en la trampa...

MME. DEMOURA: Quiere decir que mi marido empezó a perder gran parte de su salario, porque los dos meses siguientes a la enfermedad la fábrica le pagó el salario menos los premios, pero luego del tercer mes cobrábamos cuatro mil francos, y en esa época yo no ganaba nada, 107 francos. Entonces no pudimos hacer frente, así que yo recibía una factura de agua de mil ciento y tantos francos. De modo que –dense cuenta, estaba muy enojada– hago una carta y se la llevo al señor alcalde, y le digo: "Por primera vez pido que me asistan, no puedo hacer frente a mis gastos a causa de mi enfermedad, la negligencia de la alcaldía y, segundo, porque mi marido acaba de sufrir un accidente –cosa que todo el mundo sabía– y no puedo pagar... Así que pediría que por una vez la oficina de ayuda social me acepte esta factura". Un mes después, el recaudador ya me había mandado una advertencia. Llamo por teléfono un viernes a la alcaldía y pido por el señor alcalde, me dicen que no está y entonces pregunto quién es la persona que se ocupa de la ayuda social. "Ah, soy yo, la señora A." "Señora A. –le digo–, soy la señora Demoura, hace un mes y medio o más le llevé una carta, era una solicitud de...", y me contesta que la rechazaron. "¿Cómo? ¿Ni siquiera merezco una respuesta? ¿Qué clase de alcaldía es ésa? Dicen que no, usted lo sabe y ni siquiera me contestaron." Entonces me dice que vaya a ver al señor X., la persona que se ocupa de los asuntos técnicos, no sé qué. Yo le digo que no tengo nada que ver con ese señor y que a quien quiero ver es al señor alcalde. Entré con mi marido en la alcaldía sin decirle nada y dije: "Señor alcalde, venimos a verlo", y me contestó que la señora A. le había hablado e iban a pagar la factura. Con el señor alcalde estoy un poco resentida porque a mi marido lo trataron como bola sin manija los domingos, todos los días por el fútbol; era [*diminutivo afectuoso*], era todo. Y en eso, ni siquiera llamó por teléfono después del accidente; estaba... la policía municipal, unos hombres que lo acompañaban al fútbol –que, cuando oyeron la sirena, supieron que era él– vinieron aquí; eran amigos y vinieron aquí. Y hay otras personas, en el consejo municipal lo supieron el 20 de mayo cuando presenté esa solicitud, cuando él habló de nuestro caso de falta de pago, y entonces al día siguiente –era sábado– todos los consejeros municipales nos telefonearon y nos dijeron: "Pero es espantoso, acabamos de enterarnos de lo que les cayó encima hace un tiempo, ni siquiera estábamos al tanto, así que... si necesitas algo, pídelo".

[*Discusión sobre el consejo municipal.*]

MME. DEMOURA: Hace todavía tres años, yo estaba enferma y el alcalde me llamó por teléfono y me dijo: "Señora Demoura, es muy fastidioso porque aquí es el momento de la comunión", era en mayo y "estamos muy molestos, los franceses que dijeron que iban a recibir gente... tengo un montón de gente a mi cargo, no sé dónde alojarla". Le contesté: "Señor alcalde, ¿qué quiere que haga?, como de costumbre les puedo dar de comer a dos personas, y puedo alojar a solteros", y él me dijo

que estaba bien, que era muy amable. Yo no quería poner esas cosas sobre la mesa, pero creo que algún día se lo voy a decir, porque incluso hoy, cuando lo necesita, sabe que las personas que siempre dicen que sí están ahí. Pero para informar un poquito al consejo y hacer lo necesario para que nuestra vida no esté en peligro... Porque usted sabe, si todavía no me embargaron la casa, le voy a decir por qué fue: porque tengo hijos que siguen siendo... educados en portugués: me dieron la plata. Porque nuestra casa... no pagamos durante algún tiempo, y el crédito del auto se terminó.

[...]

MME. DEMOURA: No me refiero a la gente, no es la gente la que siento que es racista, es la administración francesa.

M. DEMOURA: Usted sabe, hay momentos en que me digo, ¿por qué nos integramos? Tienen razón; lo que tendría que haber hecho es vivir asistido aquí, juntar y mandar a Portugal. ¿Que me asistan aquí y hacer una fortuna del otro lado? No. ¡Pero es una chifladura! Hay que saber si quieren que nos integremos o que seamos mentirosos, que andemos en la trampa, que eludamos la ley; no, tenemos derecho, tenemos derecho, tenemos derechos y obligaciones. Bueno, cumplimos nuestras obligaciones; que nos den nuestros derechos. Eso es lo que me subleva. [...] Porque formo parte de la familia, todo marchaba, todo iba bien, y en el momento en que las cosas se van a la mierda, nadie aparece. Ni siquiera con los derechos.◆

Diciembre de 1990

Pendiente de un hilo

Pierre Bourdieu

Sitúa el comienzo de sus desdichas en la compra de la casa, "una locura": 12 millones más los gastos de escribano, que creía incluidos. Intenta justificarse, como lo hará a lo largo de toda la entrevista. El *monoblock* en el que vivía no le gustaba, y tenía ganas de tener un jardín. En la época en que era asistente en una sociedad de limpieza industrial (uno de los sectores donde es más incierto el respeto del derecho laboral), había querido comprar una casa que le habría costado menos, pero se la negaron con diferentes pretextos.

Tuvo mala suerte. Algunos meses después de esa compra, entra en la categoría de "despedida económica", consecuencia directa de las "reestructuraciones de la siderurgia", y queda durante todo un año a cargo de su madre. Hace entonces "pilas de pasantías" y luego encuentra un puesto en el Luxemburgo pero, por falta de medios de transporte (quienes la llevaban en su auto son despedidos), debe renunciar a ese empleo.

Tiene alrededor de 35 años. Ese día sale de una pasantía llamada de "alfabetización" –un paliativo más o, mejor, una prórroga– que dictan en las grandes oficinas de Usinor, transformadas en "Casa de la Información". Habla con violencia contenida, escandiendo sus palabras mediante pequeños movimientos bruscos de la cabeza, seguidos por silencios, en un tono directo y muy personal que es menos el de la confidencia que el del alegato. En su actitud, en su mirada, todo expresa el deseo ávido de que, por una vez, la entiendan, la escuchen, y también el placer de encontrar a alguien con quien hablar, ante quien justificarse o, mejor, sentirse justificada, aceptada; y la simpatía que en reciprocidad provoca esa demanda es tan intensa que es ella quien, poco a poco, asume la conducción de la entrevista, suscitando preguntas o sugerencias que se inspiran sobre todo en la esperanza de brindar aliento o consuelo.

Enumera extensamente la lista de sus cuotas, del auto, de la casa, del escribano, del teléfono, a las que se agregan todos los gastos corrientes –aunque los haya reducido al mínimo, incluso los de su hijo–, el impuesto a la vivienda, la tasa del televisor, o sea, cerca de tres mil francos por mes; se indigna por las verdaderas persecuciones a las que la someten los empleados del banco, llamándola por teléfono a su casa y aun a las de sus conocidos y amenazándola con obligarla a vender la casa, incapaces de comprender que pagaría con gusto si pudiera hacerlo: "Soy honesta, quiero pagar, déme algo de plata y les pago en seguida, pero si no puedo es porque no puedo, eso es todo, no puedo actuar de otra manera" (es lo mismo que dice, casi palabra por palabra, un inmigrante argelino desocupado).

En esas circunstancias, lo más duro de soportar es sin duda la hostilidad, un poco despreciativa, de la familia, y la soledad que resulta de ello. A excepción de una compañera, también desocupada, y de su madre, ex obrera abandonada por su marido y obligada a criar sola a sus cuatro hijas, todos los integrantes de su entorno, lejos de ayudarla, le reprochan su situación: su suegro, peón alcohólico, también obligadamente desempleado; su suegra, que le niega el uso del teléfono o tarda en transmitirle mensajes relacionados con

un posible empleo, y sobre todo su hermana mayor, celosa de la ayuda que le brinda su madre; todos se ingenian para recordarle su situación, para darle a entender que si su marido y ella misma están desocupados es porque son unos holgazanes que no hacen nada por encontrar trabajo, ignorando así los esfuerzos y sacrificios extraordinarios que realizan para buscarlo y los obstáculos no menos extraordinarios con que se topan.

El terrible aislamiento –en parte sufrido, en parte querido, por una especie de orgullo en la desesperación– también se hace sentir como una ausencia de todo recurso contra la amenaza tan temida de la ruina definitiva. Cuando, sobrecogido por ese profundo desamparo y rendido ante el deseo de brindar aliento o consuelo, menciono sucesivamente algunos de los apoyos que ella podría encontrar en su familia, sus hermanas o los esposos de éstas, en los padres o los hermanos de su marido, veo abatirse, en cada ocasión, nuevas miserias. Su hermana menor es más amable con ella que la mayor, pero es discapacitada y el muchacho con quien acaba de casarse, un peón, también está desocupado. No puede sino replegarse sobre sí misma, sobre su marido, a quien defiende con mucha ternura contra las acusaciones de la familia, y sobre su hijo, al que ayuda como mejor puede a superar sus dificultades escolares, vinculadas a graves problemas psicológicos.

Encerrada en el círculo vicioso de la miseria, no puede comprar el ciclomotor o el auto que le permitirían contestar a las ofertas de empleo al final de las pasantías (por otra parte, no tiene licencia de conductor ni la posibilidad de prepararse para sacarla). Expuesta con su marido a la repetición desesperante de las promesas y las negativas, a la violencia de los empleadores sin escrúpulos que se aprovechan de la situación de subempleo para ofrecer salarios de miseria con falsas promesas de contratación definitiva, busca en vano un apoyo en las burocracias de la asistencia social, que la agobian con demandas insaciables de papeles ("¡Pero no es posible que exijan todo eso!") y la obligan a repetir indefinidamente sus trámites para la obtención del RMI, en el cual cifra todas sus esperanzas.

Es comprensible que, casi en la misma frase, alterne la rebelión fallida contra una injusticia sin nombre ni rostro, y la desesperación que la lleva a dejar que todo siga su curso. "Esto no es vida; hay veces que tengo ganas de abandonar, y otras, incluso, cuando hay un problema de papeles, que estoy tan harta que me dan ganas de dejar que todo quede cajoneado."

Y la sensación de no encontrar sino malevolencia por doquier ("La sociedad era malvada conmigo y yo estaba resentida con todo el mundo") no carece, sin duda, de relación con esa especie de pesadilla que tiene a menudo, recapitulación desesperada de una historia que empieza con el abandono y la muerte del padre, las vejaciones de la hermana mayor, y parece repetirse indefinidamente: "También hubo un poco..., está mi padre, se murió, y bueno, lo extrañé mucho y además, bueno, también nos dejó en la miseria y todo eso... Cuando tengo problemas, lo veo como en un libro".

Dice y vuelve a decir en varias oportunidades que se siente al borde del abismo, pendiente como de un hilo de la supervivencia de su madre, de la que depende por completo: "Cuando vi que mi madre tenía la crisis, ahí dije: 'Ya está, para mí se terminó, me voy a quedar en la calle, ya no voy a tener casa, nadie se va a ocupar de mí'". ¿Cuánto tiempo deberá y podrá mantenerse así, entre la vida y la muerte social, entre la casa de su madre, donde se siente cobijada, y la suya, nunca acondicionada y ahora sin electricidad, a la espera de la intervención de la asistente social que mueva su "expediente en trámite" para la obtención del RMI o la contratación, por fin definitiva, de su marido?◆

Con una desocupada

Entrevista de Pierre Bourdieu

"No hay nada que funcione"

—Usted estuvo durante mucho mucho tiempo sin ningún recurso...

LYDIA D.: Sí. Un año, más o menos un año, sí. No tenía más que doscientos francos para vivir, eso era todo. No tenía ningún recurso. Ni él –mi marido– ni yo.

—¿Su madre les daba de comer?

LYDIA D.: Sí, sí, nos daba de comer y todo eso... Sí.

—Entonces no había ni salidas, ni nada, ni...

LYDIA D.: Bueno, no, nos quedábamos en casa. Eso es todo, y no es nada lindo.

—No. Y para la ropa y todo eso...

LYDIA D.: Con la ropa, yo ya tenía la que había comprado antes, cuando había algo de plata; después compré para mi hijo; cuando había problemas, mi madre, a veces, me compraba para el nene, no sé. De otra manera, yo no podía comprar, no es...

—Y eso les cayó de golpe sobre la cabeza. En el fondo, la cosa iba bien, tenían un chico, una casa...

LYDIA D.: Cuando compré la casa, ahí la cosa ya no caminó, para nada.

—¿Tenían cuotas muy altas?

LYDIA D.: ¡Ah sí, oh, oh! Tengo una cuota del auto por terminar, una cuota de... ¿cómo se llama?... la casa, ¿cómo se llama?... el escribano; tengo lo del teléfono porque tenía teléfono, bueno, unos gastos de cien mil francos, no podía pagarlos, así que se acumuló, y además, como estaba atrasada por el desempleo, se hicieron un millón y tanto. Liquidé también una parte porque tenía el impuesto a la vivienda, el de la tele, y pagué todo lo anterior atrasado, porque ahí, en ese nivel, era regular, pagaba a medida que entraba plata y después tuve además ya no sé qué... Sí, un crédito en un banco que también debo, y después otras cosas así, ya no me acuerdo bien, sé que no son pocas, que no son pocas deudas, sí... no son pocas.

—¿Cuánto es lo que debe desembolsar todos los meses?

LYDIA D.: Tres mil, tres mil y tantos francos, todos los meses, hay que...

—¿Y cuándo va a terminar todo eso?

LYDIA D.: Hay créditos que terminan dentro de un año, otros en dos, en tres, y alguno en sesenta meses. Varía, no son todos iguales. Si tuviera plata habría liquidado algunos, como el teléfono, mil francos,* lo habría liquidado pero no es posible... no es posible... porque pido un crédito de sobreendeudamiento, y normalmente, en ese crédito hacen una tabla de intereses sobre lo que uno tiene, pero me hicieron una demasiado alta y yo les dije... Me dicen: "Es así, y si no, venda la casa. Tiene que elegir", y yo ya no sabía cómo hacer; dije que estaba bien; no quería hablar porque él trabajaba en Panifrance [*sociedad panificadora y de repostería industrial*] y normalmente existía la posibilidad (así decían, según ellos, pero hay patrones que son unos malditos) de que lo tomaran definitivo; así que había hecho un contrato de un mes, un contrato de un mes solamente y estaba la posibilidad de que lo tomaran efectiv yo no quería hablar de eso porque apenas semana que trabajaba. Entonces digo: "Bueno, vamos a hablar, como quieren vender la casa, bueno, diles que te encontraste un lugar"; pero era para salir del paso así no más, porque teníamos incluso los créditos por los que también nos llamaban por teléfono; "¿Cuándo van a pagar?", nos decían, ¡como si no quisiéramos hacerlo! Y yo digo: "Soy honesta, quiero pagar, déme algo de plata y se lo pago en seguida, pero si no puedo es porque no puedo, eso es todo, no puedo actuar de otra manera", nos acosaban y todo eso; llegaron a telefonear a la casa de otra gente, no nos conocían y no sé cómo sabían nuestro apellido, porque nosotros ni siquiera los conocíamos, y les dijeron: "Avísenles que llamamos", y después, cuando

*La diferencia entre las cifras de la deuda telefónica se debe a que en la mención anterior habla de francos viejos: 100.000 de éstos equivalen a 1.000 francos nuevos (n. del t.).

160/284

mi marido volvía del trabajo, allá, en Panifrance, llamaban de nuevo, como si supieran que había vuelto, en el acto, para acosarnos y siempre era un expediente, jamás era la misma persona del crédito la que se ocupaba de nosotros, siempre era un intermediario y todo eso, y encontrábamos nombres extraños, no decían para qué era, así que teníamos nombres, un número de teléfono que no sabíamos de dónde venía, cosas así; era inadmisible ver semejantes cosas. ¡Había maldad!

—Sí, era una especie de persecución...

¿Y por qué no trabajan?

LYDIA D.: Sí. Incluso, si hubiera podido hacer cochinadas las habría hecho nada más que porque la sociedad era malvada conmigo y yo estaba resentida con todo el mundo, la verdad, ya no quería que me... incluso de trabajo y todo eso, cuando se hablaba de trabajo, mi suegro decía: "Ah, no tienes trabajo y todo eso", hablaba del asunto y todo eso; yo le digo: "No hable de trabajo, que me provoca un disgusto", porque no hacía más que hablar de eso, cuando nos veía no hacía más que hablar de eso, y yo le decía: "Termínela con eso...".

—Sí, como si usted no trabajara a propósito...

LYDIA D.: Sí, y me consideraba una vaga; y siempre, siempre consideró a su hijo como un holgazán; lo oíamos por todas partes: "¿Y por qué no trabajan?" y "A los únicos que les pasa es a ustedes", todo eso. Y yo digo: "Si no tenemos suerte, no es culpa nuestra" y además también hay patrones que, en la sociedad de ahora, no quieren pagarle a la gente, a los jóvenes, ahora; querrían que uno trabajara por nada. Porque también estuvo en casas donde le decían, le prometían que le iban a pagar, y a fin de cuentas no recibía nada, dejó, pero había ido a trabajar en el Mosa, hay que hacerlo, ¡dicen que es un holgazán e incluso durmió en el auto! Entonces para encontrar trabajo de carpintería en el Mosa, en C., bueno, durmió ahí adentro, incluso comía en viandas, así, porque teníamos un terreno que nos habían prestado, bueno, comía ahí adentro y si no no tenía trabajo, pero ganaba sólo... no mucho, doscientos francos, trescientos francos, eso era todo, no alcanzaba. Yo digo: "Si es para trabajar y conseguir algo, no te cubre el gasto del traslado y todo eso, no vale la pena que sigas en condiciones así, no es posible, no es posible". Incluso en mi familia, quedarme... bueno, como en lo de mi madre, pero siempre hay historias. "Sí, no le pagas la pensión a mamá", y esto y aquello...

—¿Quién se mete en eso?

LYDIA D.: Mi hermana, que está celosa... Tengo problemas en ese nivel.

—¿Qué hace?

LYDIA D.: Trabaja en la piscina como cajera. Pero siempre está celosa; "Sí, no pagas la pensión", todo eso. Y ella tiene una casa y todo, tiene todo lo que le hace falta, ni siquiera se queda en su casa, fastidia a mi madre y todo; cuida a un chico de 2 años y mi madre está cansada, incluso estuvo a punto de morir el año pasado, estuve a punto de perderla; cuando trabajaba en el Luxemburgo poco faltó para que la perdiera, también tuve problemas en ese nivel. Tuve que, tuve que... ir a verla al hospital, tenía un edema de pulmón, entonces con todos los problemas que se acumularon, verdaderamente en 1990 y hasta ahora no hubo más que molestias.

—Sí, es un mal trance. ¿Y esta hermana suya no puede encontrarle un trabajo?

LYDIA D.: Bueno, nos daba lugares y todo, pero siempre los agarraban antes y todo el mundo... hay mucha desocupación. En seguida se abalanzan. Y no es posible, es increíble. Y además, basta con que nos avisen con un poco de retraso y también estamos listos, hay que saberlo. Algunas veces dicen: "No, es en seguida"; telefoneamos y entre tanto ya alguien lo agarró. Y después, también hay que decir que no me resultaba fácil llamar por teléfono. Mi suegra me prohibía que llamara desde su casa, no quería y todo eso; en un momento dado yo tenía teléfono, ahora no tengo, y lo mismo cuando estaba en casa en S., me costaba llamar a mi madre, tenía problemas, me costaba telefonearle, tenía una cabina que funcionaba cada muerte de obispo; no podía telefonear, entonces había veces que ella no tenía noticias mías, por eso...

—¿Usted vivía en la casa que habían comprado?

LYDIA D.: Sí, sí.

—¿Entonces no pueden mejorarla en nada?

LYDIA D.: No. Bueno, no. Hay cosas que hay que arreglar, ni siquiera sé, está la puerta, tiene un movimiento que hace que entre aire, pero pese a todo tengo agua caliente, pese a todo tengo comodidades, más que antes. Porque antes no tenía agua caliente, no tenía nada; no pagaba gran cosa, cuatrocientos francos, pero no tenía nada. No tenía comodidades y todo eso, en invierno pasábamos frío, no había aislaciones y todo eso, vivía en el cuarto piso en un *monoblock*; la vida de los *monoblocks* no me gustaba y además quería un jardín, entonces mi marido cultivaba y eso nos ayudaba un poco, no sé; porque si no, tampoco dábamos abasto, es así.

—Y además, la gente que la rodea considera...

LYDIA D.: Sí, problemas así, critican. Critican mucho hasta...

—¿Hasta en la familia?

LYDIA D.: Es por eso que amigos, amigos no tengo muchos. Los excluyo. Estoy muy sola, no frecuento a casi nadie. A lo mejor estoy apartada, pero soy así, me volví así, hay veces que ya no puedo ver a nadie, estoy mejor así, porque todo el mundo me critica y todo eso. "No entiendo cómo te quedas con un marido así, que no trabaja", no hay más que comentarios como ése, y yo les digo: "Si no me crees, no tienes más que venir a casa, las cartas que tengo, no es posible, ¡oh!, tendremos en cuenta su postulación para cuando haya algo"; no se oye otra cosa, cosas así, promesas, sellos de goma también, porque ahí [...] en un momento dado eran sellos de goma, tiene una lista de sellos de goma donde no hay nada.

Estoy acorralada en todo...

—¿Y cuál es la especialidad de...?

LYDIA D.: Bueno, es peón. Tampoco tiene un CAP. Hace un poco de todo: fue carnicero, pintor en la construcción, hizo albañilería. ¿Qué más hizo? Representante, también hizo bastantes cosas así, hace lo que puede. En cualquier lugar, no le hace ascos a nada.

—Si ustedes se entienden bien, eso ya...

LYDIA D.: En cuanto a eso, es amable, es amable... es amable.

—Es importante.

LYDIA D.: Pero el problema que tuve, incluso perdí a mi padre en 1989 y hasta la casa tenía que recibirla en 1989 y dejé que me embromaran, sólo me la dieron en 1990. Y ahí lógicamente él me había dado un millón para remodelarla un poco. Y en fin de cuentas, normalmente el crédito de la casa debía incluir los gastos del escribano pero no los incluía; entonces los muy sinvergüenzas me sacaron del millón para completar lo del escribano, así que tuve que agregar dos millones más, y en relación con eso tengo dos sociedades diferentes.

—¿Cuánto les costó la casa?

LYDIA D.: Doce millones. Y la compré tal como estaba. No hice ningún arreglo.

—Y esa pasantía, ¿cómo la consiguió?

LYDIA D.: La asistente social me había hablado de ella, que iba a hacerse, y además me dijo: "Aunque no es normal –me dijo–, pero ahí está, ¿la empezó?", Yo le contesté que todavía no, y me dijo que no era posible, que había hablado para que yo hiciese una pasantía y todo, pero también me llamaron un poco de la Agencia del Empleo, también un poco de ahí, porque ya caducaba mi derecho. Así que me llamaron y después hice la pasantía ésa. Y ahí, como yo hice, porque se trabaja una semana en las empresas, bueno, decían que el patrón estaba contento conmigo y después habría una posibilidad de que me tomaran; y con eso hay un problema porque no tengo transporte, no tengo licencia de conductor y además adónde voy a ir a encontrar el auto, mi marido lo necesita, adónde voy a ir a trabajar, no puedo; si está en el lugar está bien, pero ómnibus de M. a V. no hay, no hay ómnibus. Y después, en el ciclomotor no me puedo quedar parada, traté y no consigo quedarme parada, y además hay que comprar uno y no me alcanza; con el salario que tengo es imposible. Estoy acorralada en todo. No tengo solución: no puedo comprar otro auto porque no tengo medios; bueno, la licencia tampoco la tengo todavía, no hay nada que funcione, no sé.

—¿Y aquí, hacen triquiñuelas para la licencia? Sí, usted dice que está acorralada en todo, está ese problema de dinero, falta de un automóvil, de trabajo...

LYDIA D.: Sí, todo, al mismo tiempo todo se mezcla. No hay salida. Es embromado, no hay salida. No hay solución. No hay salida, yo sé... hay soluciones, quiero aprender para sacar la licencia, pero pese a todo hace falta que pueda ir, me encantaría tenerla...

—Sí, salvo que su marido consiga un trabajo permanente; eso los sacaría del apuro.

LYDIA D.: Sí, pero como es en M.-St.-M. y hay horarios imposibles, no puede, empieza a las cuatro de la mañana, no hay ómnibus a esa hora para M.-St.-M., no es posible. Precisa el auto.

—¿Qué horario hace, desde las cuatro de la mañana hasta...?

LYDIA D.: Hace desde las cuatro de la mañana hasta la una de la tarde, y después, de una de la tarde a nueve de la noche; son turnos así... Sí, es eso, no es posible.

—¿Y gana bien?

LYDIA D.: No sabemos, empezó ahora, sólo hace ocho días. No sabemos.

—¿No le dijeron cuánto iba a ganar?

LYDIA D.: Normalmente es el salario mínimo. No es gran cosa: 5.400; tampoco alcanza para pagar todo lo que tengo de deudas y además toda la mora, nunca voy a salir, ¡es imposible! ¡Cuánto tiempo más voy a tener que privarme así, no es posible, no es posible!

Tenía pesadillas...

—No debe de dormir de noche, ¿eh?

LYDIA D.: Antes tenía pesadillas, pesadillas, todo eso por...

—¿O sea?

LYDIA D.: Bueno, soñaba con los problemas que tenía; me veía, de todas maneras, me veía viviendo en la calle, porque cuando me di cuenta de que mi madre había tenido la crisis, ahí dije: "Ya está, bueno, para mí se terminó, me voy a quedar en la calle, no tendré más casa, nadie se va a ocupar de mí porque mi hermana no se ocupa".

—¿Y los padres de su marido?

LYDIA D.: Bueno... con ellos no hay que contar. Son malos, verdaderamente malos. Incluso conmigo. Y hasta con él y... [...]. El padre bebe. Y además es malo, todo el día critica a uno, al otro, a todo el mundo. En la familia somos todos vagos. Incluso a su hijo lo trató de vago aunque volvió a encontrar trabajo, pero lo trató... porque en un momento dado estaba desocupado. Y bueno, yo digo: "La rueda gira y algún día, no hay que burlarse, le digo que algún día va a pasar, y si pasa, usted va a estar desocupado". Pues bien, se quedó sin empleo y en prejubilación; se quedó sin empleo, no tiene puntos suficientes, así que está desocupado.

—Sí, entonces, ¿qué era? ¿Metalúrgico?

LYDIA D.: Era algo así como peón, un poco algo así.

—¿En la siderurgia?

LYDIA D.: Sí, en la siderurgia, estaba. [...] Pero mi suegra también critica, todo eso, no es una buena familia. Eso también. No voy a visitarlos. Casi nunca.

—Usted decía que tenía pesadillas; ¿relacionadas con su trabajo?

LYDIA D.: Sí, todo eso, los problemas así, y además un poco la familia, los problemas así.

—¿Con su suegra y todo eso?

LYDIA D.: Sí, mis cuñadas, todo eso... Con mis cuñadas es igual, no nos visitamos. Hay una sola a la que veo, y a otra también; si no, a las demás tampoco las visito.

—Sí, ¿siempre se relacionaba con el trabajo y los reproches que le hacía, cosas como ésas?

LYDIA D.: Eso es. Sí, problemas como ésos.

—Sí, todo eso pesaba mucho sobre usted... sí...

LYDIA D.: Es cierto. Bueno, también hubo un poco... está mi padre, se murió, y bueno, lo extrañé mucho y además, bueno, también nos dejó en la miseria y todo eso, bueno, cuando tengo problemas lo veo como en un libro, como si se...

—¿Se repitiera?

LYDIA D.: Veo desfilar todo, los problemas que tuve desde que era chica y después hasta ahora, eso...

—¿Qué quiere decir?, ¿que se acuerda de todo?

LYDIA D.: Sí, sí. Veo desfilar todo.

—Y cuando dice que ve negro el futuro, ¿a qué se refiere?

LYDIA D.: Es... es por todos los problemas que viví, desde chica hasta ahora. Es eso, no veo...

—¿Y tiene miedo del futuro?

LYDIA D.: Mmm, no veo... no veo que pueda haber una mejoría. No sé. No creo en eso. Ya no creo en nada. No. Ya no puedo creer, con todas las promesas que me hicieron y no puedo, no sé. No es posible. No puedo. Digo... O si no, si pasara algo, diría que es un milagro, entonces. Diría: "No es posible". No conseguiría recuperarme, diría: "No es posible". No creo absolutamente en nada, ni en el juego ni en nada; no juego, ni en el juego ni en todo eso, no creo en nada.

—No, no creo que sea por ese lado que haya que...

LYDIA D.: No, no, ahí digo... Incluso los juegos, todo eso, porque a veces incluso mi marido, en algunos juegos, volvía a escribir o cosas así, "Usted ha ganado...". Yo le decía: "No escribas, son estupideces, estupideces"; me parece que si uno no va a trabajar no tiene nada, es la única solución que tiene. No creo en nada. Creo que si uno no trabaja, creo que no hay solución. En nosotros está [*¿salir del pozo?*]... no en los otros, y además, es así. [...]

Porque es un desastre...

LYDIA D.: Es así. No es lindo [*risita*]. Ya sé que no soy la única que tiene problemas así; a veces eso alivia, pensar que hay quienes están peor que yo, bueno, por suerte, porque pienso: "Por suerte no soy la única, porque si no, sería un desastre", pero digo: "No es posible que vivamos en una época así", que todavía haya problemas como éstos. Se dice que el progreso avanza, pero no es cierto. A mí me parece que retrocede en vez de avanzar. No es posible, hacen falta soluciones, es preciso que actúen. No es posible, prometer y después no hacer nada. Es fácil, yo también puedo hacerlas. Promesas; o si no, estar en las oficinas y decir: "Ya moví sus papeles" y después dejarlos durmiendo –eso ya lo viví–, dejarlos durmiendo a un lado y después dicen: "Moveremos éstos" y luego: "No moveremos éstos", eso ya lo conozco; así, yo también puedo hacerme la burócrata. Lo hago, hacerme la burócrata así, lo hago en seguida porque hay un desorden en los papeles, no es posible. Se lo di, los perdieron, hay que hacerlo. Incluso después de instalar las computadoras, las cagadas que hacen, no es posible. Yo tengo un número según el cual nací en el extranjero. Y no nací

en el extranjero, nací en Francia. Tenía los cuidados de una señora porque una vez me operaron de los ojos, por un problema, ¡y tuve que pasar no sé por cuántas oficinas, cincuenta! "Ah, no, yo no me encargo de eso", y me mandan a esperar que me llamen y después: "No, no es ésta, es aquélla"; esto no es vida; hay veces que tengo ganas de abandonar, y otras, incluso, cuando hay un problema de papeles, que estoy tan harta que me dan ganas de dejar que todo quede cajoneado...

—No sé; si pudiera hacer un milagro, con gusto lo haría.

LYDIA D.: Sí, no es lindo. Es duro. No es lindo. Y hay veces que una se pregunta cómo es que el mundo es así, porque antes el mundo era menos malvado e incluso algunas veces cuando va a determinados lugares a pedir información, la mandan a paseo o cosas así, algunas veces. Es como a mi marido, una vez le habían dado una entrevista para el 20, para el RMI, que lo había ganado; él dijo: "¡Ah, pero no sé si podré ir!", y ¿sabe qué le contestaron?: "Oh, ¿pero ya no necesita el RMI?"; eso le hicieron. Él preguntó: "Sí, ¿pero si no puedo movilizarme?". ¿Se da cuenta? Así que siempre tiene citas, con la alcaldía, pero no hay nada que camine. No camina nada.

—¿Todavía no lo tiene?

LYDIA D.: No, todavía no.

—¿Lo solicitó?

LYDIA D.: Hicimos todos los papeles y todo, pero todavía no tenemos nada. Siempre estamos en el mismo punto. [...] Porque ella había dicho que si no caminaba, se iba a meter, porque dijo, no es posible, dijo: "Un expediente así camina en seguida". Dijo que no era posible. En un momento dado, yo también me preguntaba si no habría alguien que me hacía esos líos en mi vida, porque pensé: ¡No es posible estar viendo cosas así!

—¿Tener tanta mala suerte?

LYDIA D.: Me preguntaba si no había alguien que me hacía un mal.

—¿Si alguien le echaba mala suerte?

LYDIA D.: Sí, me lo preguntaba.

—¿Hasta ese extremo?

LYDIA D.: Bueno, sí, porque es un desastre, no sé si hay otros así, por el momento no los conozco; sé que hay quienes tienen problemas, pero no tantos como yo, ya en el nivel de la pasantía.

—¿Incluso en eso? Sin embargo es gente que tiene problemas...

LYDIA D.: Tienen problemas, pero no los mismos que yo; conozco sus problemas, pero no tanto; no tienen... Tienen problemas, pero no tienen deudas como yo, cosas así, ya, todo eso, problemas de papeles; tienen su RMI, sí, y yo no. Soy la única que está "en trámite", incluso lo anoté, porque cuando debíamos inscribirnos me dijeron que tenía que poner "en trámite", porque no lo sabía... Es eso, a veces me lo pregunto, me preguntaba si no me hacían un mal respecto de los papeles, o alguien que me conocía, que no me puede ver...

—¿Y que la sabotea?

LYDIA D.: Sí, que me sabotea todos los papeles y todo eso, ¡no es posible! ¡No es posible! Me volvieron a pedir papeles que ya había mandado, me los volvieron a pedir tres veces.

—Sí, desdichadamente la seguridad social hace mucho eso...

LYDIA D.: No, no, es a nivel del RMI. No sabe lo que también me dijeron por teléfono; yo dije: "Querría saber qué pasa con mi expediente del RMI, todo eso, porque todavía no tengo nada". Porque me habían dicho que luego de diez días recibiría el monto, y todo eso. Un mes y todavía nada, todo eso. Les dije: "Ustedes me piden el papel de 1990 de mi marido, los recursos, se los mando –les digo–, ¡no es posible!". Le digo y después me hace así: "Pero también hay otra cosa". Le digo: "No, en la hoja dice 1990, los recursos de mi marido". Y ahora me pide el papel como que yo estuve enferma. Le digo: "Pero habría que saberlo, entonces usted me anota una cosa en un papel, ¡y no me anota las dos! Y después, llamo por teléfono por casualidad y me pide otra cosa". Le digo: "¡No, no hay que tomar a la gente por imbécil!" . Entonces ella vociferaba por teléfono: "No, no tomamos a la gente por imbécil, no es mi culpa si la alcaldía hace líos", me dice así. Me contesta así. ¿Se da cuenta?

[...]

Expediente en trámite

LYDIA D.: Le tiran la pelota a otro...

—Eso es, entre la alcaldía y...

LYDIA D.: Sí, y además es una cadena interminable.

—...y el RMI. Y todo eso, y nadie la interrogó para el RMI, no hubo ninguna averiguación...

LYDIA D.: No, sólo tuvo una reunión mi marido, una cita, no sé. Le preguntaron: "¿No lo tiene?", y él contestó que no. Le dijo: "Ah, bueno, voy a hacer una carta y además voy a colaborar para que se active, ver qué pasa y todo eso, no es normal; voy a escribir una carta bastante importante". Seguimos esperando. Dijo que en un plazo de 15 días o no sé cuánto, tendríamos la respuesta. El plazo se venció, se pasó. No entiendo: o la de la alcal-

día se olvidó de hacer la carta o no cumple con su trabajo; no es posible. Algo hay.

—¿Es usted la que hace todos los papeles, junto con su marido?

Lydia D.: Mi marido y yo. Pero sé llenarlos y todo eso, no está mal. Incluso un poco más que mi marido, así que los completé todos y los mandé; incluso lo hago bastante rápido: cuando recibo una cosa con la que hay que hacer algo, la envío en seguida. En trámite, cada vez que me mandan un papel, también figura la inscripción "expediente en trámite". ¡No es posible!

—A lo mejor se arregla.

Lydia D.: No sé. No sé. Porque sobre eso, no hace mucho, tuvo una entrevista con una asistente social de C., de la alcaldía. Y ella le dijo que mandaba la carta. Ahora espero y se venció el plazo: la mandamos en febrero, era de enero. A mediados de enero, creo, algo así. Y sigue sin haber nada. No es posible. Sin embargo no hacen falta tres días para recibir una carta, o una semana, no sé cuánto... ¡no es posible! Hay un problema. No sé quién hace problemas así, no sé, no puedo decirlo. (¿Ésos son los únicos problemas que hay?) Después pidieron un papel de que yo no cobraba más la asignación del nene, el último papel que les mandé; estoy esperando, y todavía nada. Y me piden papeles imposibles. Cuándo estuve enferma, cómo me pagaban, los recursos de 1990, los recursos de 1989 y que no cobro más asignaciones por el nene; un montón de papeles, cosas que me pregunto si están bien de la cabeza, pedir papeles como ésos. No es posible. ¡Papeles, para qué sirve todo eso!

—Quizá la cosa se destrabe de repente, es muy posible.

Lydia D.: Incluso me abrió una cuenta para el RMI cuando me hizo el papel, y todavía no lo tengo. ¡Desde el 5 de octubre de 1990! Sí, todavía no tengo nada y la abrí para eso. Dése cuenta... No es posible. Hasta tuve que pagar; ella me había dicho que no iba a pagar, y hasta pagué cincuenta francos, y ella me había dicho: "Normalmente, con el asunto del expediente RMI no hay que pagar", pero pagué cincuenta francos. Ni siquiera los tenía, me los tuvo que prestar mi madre. ¡No es posible! ¡Hay algo que no camina! No sé cómo hacen. Incluso tengo cortada la corriente; me cortaron la corriente porque hay 10 mil francos de electricidad, y me la cortaron; la calefacción no, porque no pudieron, porque estaba en casa y estaba cerrado, pero me cortaron la electricidad. Estamos en lo más negro, porque el fin de semana vuelvo a casa. Para arreglar y todo eso, porque también tengo un perro. Tengo un perro que es mío, y tengo que ocuparme.

—¿Que se queda allá?

Lydia D.: No puedo llevarlo a casa, a casa de mi madre, porque es un departamento chico, de tres ambientes. Y además mi suegra no quiere tenerlo; tiene uno, pero mi suegro busca historias, que ladra, etcétera, sin embargo tienen una casilla en el fondo, no molesta. Ahí tiene, porque pese a todo, como perro es grande. Eso les molesta. Mi perro me lo quedo. Me gustan mucho los animales. Los adoro.

—Sí, sobre todo porque uno les toma cariño. Y su marido hace un poco de jardinería.

Lydia D.: El jardín, jardinería, todo eso.

—¿Va para eso?

Lydia D.: Sí, para el jardín y todo eso; hace bocales y todo eso. Sí, hace los bocales... se ocupa mucho de todo eso...

—Sí, eso los ayuda a vivir; pese a todo significa un recurso.

Lydia D.: Sí, eso es. Mmm... no es lindo.

—No, es duro... es verdaderamente duro.

Lydia D.: Es duro, eh [...]; me pregunto por qué a mí y no a los demás, y al principio no lo aceptaba. Eran lágrimas y lágrimas; mi madre me decía: "¡Para!". Y después me veía llorar y me preguntaba: "¿Qué es lo que tienes?, ¿La cosa sigue sin caminar?". También me gritaba. Y yo le digo: "Cuando tú no estás bien, yo no te grito, así que déjame en paz, eso es todo". Le dije eso. Porque sé que mi madre tuvo los mismos problemas y no quiere verme llorar. Tuvo problemas de dinero. Y yo le dije: "¿No te pasa cuando tienes problemas que no consigues llorar?". Decía que no, que también lloraba. Y le digo: "En mi caso es lo mismo, no te la tomes conmigo porque lloro. No puedo hacer nada".

—Desde luego, hay motivos.

Lydia D.: Es como mi cuñado, quería que fuera a Marsella y yo no quise. Para encontrar trabajo. Digo: "No quiero, tengo mi casa, no la terminé de pagar y tengo deudas; no tengo derecho a irme así. No es posible", le digo. Y además, ¿trabajar adónde?◆

Febrero de 1992

Una vida perdida

Pierre Bourdieu

Pierre L., de 59 años, y Henri F. son dos agricultores muy activos de los que, en esa región duramente golpeada por el éxodo rural y el celibato, puede decirse que, a diferencia de la mayoría de los hombres de su generación, han tenido éxito.

Henri F. heredó una pequeña propiedad de 18 hectáreas, ubicada lejos del burgo, sobre unas laderas de pendientes muy abruptas, lo que hace difícil y costosa la explotación. A costa de un enorme trabajo ("En 29 años no estuve ausente más de dos días"), aumentó en unas diez hectáreas la superficie cultivable. Para roturar y poder cultivar las tierras arrancadas al bosque, tuvo que proveerse de un equipamiento muy importante; el suficiente, según él, para explotar una propiedad de cien hectáreas en la llanura. En el momento de la entrevista acaba de enterarse de que su hijo, de 27 años y casado recientemente con una muchacha de la ciudad, decidió, apremiado por ésta, dejar la casa paterna para vivir en la de la abuela de su esposa. Su decepción es tanto mayor cuanto que nada lo había preparado para este repentino viraje: a su regreso a la granja, luego de sus estudios en el liceo agrícola, el joven se había mostrado plenamente decidido a proseguir con la empresa paterna. Muy dinámico, Henri F. participa activamente en la defensa de la actividad y es por esa razón que Pierre L. lo invitó a tomar parte en la entrevista.

Este último posee una de las explotaciones más importantes del cantón, con sus inmensos galpones destinados al secado del tabaco y la conservación del heno, que construyó casi en su totalidad él mismo, y sus vastos establos ultramodernos, dotados de todo el equipamiento necesario para el ordeño, el procesamiento y la conservación de la leche y aptos para dar cabida a su manada de un centenar de vacas lecheras. Miembro muy activo de la Juventud Agrícola Cristiana (JAC) en su juventud, participó en el impulso renovador de los años cincuenta, se casó (en una época en que la mayoría de sus camaradas de la misma edad permanecían solteros) y tuvo un hijo, hoy de unos 30 años, quien, después de dos años pasados en una escuela agrícola y todavía soltero, trabaja en la granja con él. Conocido por su honorabilidad en toda la aldea, en especial en el burgo, donde él mismo entrega la leche todos los días, fue durante mucho tiempo un consejero municipal muy activo. Su esposa murió hace algunos años tras una larga enfermedad. Él mismo sufrió una grave operación debida a una artritis de la cadera, que lo hace cojear notoriamente.

Así, pues, padre e hijo viven solos, explotando sin ayuda exterior pero con gran equipamiento una vasta extensión de tierras, en su mayor parte arrendadas. Cuando se los sorprende en sus labores, con un visitante no previsto (como ese economista chino al que yo debía iniciar en la agricultura europea), se los ve atareados, en mono de trabajo, en un universo de barro y bosta un poco abandonado (utensilios gastados e instrumentos agrícolas fuera de uso dispersos aquí y allá), donde flota por doquier el olor nauseabundo de los forrajes conservados en silos.

Provistos originariamente de un patrimonio minúsculo, Henri F. y Pierre L. pudieron extender

sus explotaciones, a costa de inmensas inversiones en dinero –"gracias" al crédito– y sobre todo en trabajo, y acumular un capital relativamente importante en tierras, equipamiento y ganado. Pero la herencia, en este caso más que nunca, actuó como un destino: mientras que, como lo señalan no sin amargura, algunos herederos más afortunados se marchaban a la ciudad y otros, menos emprendedores, arrastraban la vida dejando morir lentamente una "casa" sin duda destinada a desaparecer con ellos, o bien extraían de la venta de algunas parcelas los medios de mantener su explotación y su morada sin recurrir al crédito, ellos permanecieron "aferrados a la tierra", como suele decirse, seguramente por fidelidad a la madre o al padre; encadenados en principio por esa herencia y luego por las inversiones económicas y también psicológicas que le consagraban, quedaron presos de una especie de engranaje, el de la innovación que exige innovación: como a su pesar, siguieron las incitaciones y las conminaciones diversas de los consejeros agrícolas, las cámaras de agricultura, los organismos de crédito, las cooperativas lecheras, etcétera.

Hoy los habita la contradicción: capitalistas, no pueden efectivizar su capital (o sólo pueden hacerlo con un "costo de salida" inmenso, tanto psicológico como económico); disponen de muy poca liquidez y sus ingresos están más cerca del salario de un obrero semicalificado que del de uno calificado (si quisieran ignorarlo, no dejaría de hacérselo ver el regreso a la región, para las vacaciones, de los parientes emigrados); asalariados disfrazados de una empresa láctea que tiene el poder de reclutarlos y despedirlos, que les impone sus directivas por "circulares", a la manera de una administración central, que fija de hecho sus horarios de trabajo, controla regularmente la calidad de sus materiales y productos, etcétera, pueden hacerse la ilusión, colectivamente sostenida, de ser dueños de sus casas y cultivar el mito ancestral de las libertades de la existencia campesina. Como súbitamente se me hizo patente mientras los interrogaba con el fin de ilustrar al economista chino que me acompañaba, están un poco en la situación de koljocianos que hubieran financiado su propio koljoz. Los azares de las decisiones políticas del Estado o de las instancias de la Comunidad Europea, más lejanas aún, gobiernan directamente sus ingresos, y a veces sus decisiones en materia de inversiones productivas, de manera tan brutal e imprevisible como lo hacían en otros tiempos –y todavía hoy, pese a las protecciones y garantías, más aparentes que reales, del Estado de bienestar– los azares del clima y las calamidades naturales.

Dispersos por todos los rincones de la región, en sus granjas alejadas, y tradicionalmente aferrados a los derechos de los trabajadores independientes, los agricultores están ligados en lo sucesivo por los hilos invisibles de la dependencia con respecto al Estado, sus reglamentaciones omnipresentes, sus subsidios tan indispensables como inciertos. Y se puede comprender así que estos hombres educados en el horror al desorden y la permisividad, que identifican con el mundo urbano contra el cual, con el rechazo de la emigración, se construye toda su existencia, se vean obligados a encabezar, como a pesar de sí mismos, manifestaciones uniformemente dirigidas contra los organigramas de las prefecturas; o que la violencia sin objetivo asignado que generan los múltiples *double-binds* a los que están sometidos alcance a veces (por ejemplo, con la muerte gratuita de animales de cría) los extremos de una especie de sacrificio suicida; e incluso que los conflictos *políticamente inexpresables* que llevan en sí mismos los inclinen, una vez apagado el micrófono, a manifestar su simpatía, soltada con un profundo suspiro, por el líder del Frente Nacional durante el inicio de su ascenso. Esto al término de prolongadas variaciones prudentes, avergonzadas y embrolladas hasta el límite de lo inteligible sobre las injusticias de la justicia, el precio de los días de internación y el costo del mantenimiento de los criminales encarcelados, la desocupación "bien paga", la inmigración y los desórdenes urbanos (de los que no tienen ninguna experiencia directa), las complicidades entre los políticos de bandos opuestos (algunos años

más tarde, el Frente Nacional obtendrá 72 votos en el conjunto de esta comuna rural de un millar de habitantes).

Así, el *double-bind* inscripto en la estructura misma de su empresa económica y doméstica está en el origen de un sistema de actitudes autocontradictorio y aparentemente dividido contra sí mismo y, a través de él, de todas las palabras en que la contradicción, verdaderamente trágica, se devela, pero velándose –es decir, siempre de una forma parcial, sin duda porque un develamiento completo tendría algo de fatal para quien lo realizara–, o desviándose y desplazándose hacia objetos de sustitución, con declaraciones vagamente racistas, aptas para embaucar a su autor lo mismo que al intérprete. Nunca se está tan cerca de una revelación total del desgarramiento interior, de la escisión del *habitus*, como cuando estos herederos poseídos por la herencia se ven obligados a plantearse el problema de su transmisión –con el heredero que no quiere heredar (o que, soltero, no podrá transmitirla)–, y a afrontar la evidencia de la imposible perpetuación de una empresa que, *en resumidas cuentas*, indudablemente nunca tendría que haber existido. Descubrir, como Henri F., que el hijo que es a la vez *el fin* de la empresa de toda una vida, la meta tácitamente formulada de un plan de vida llevado a cabo laboriosamente, y la *condición sine qua non* de su perpetuación, puede renunciar a la sucesión, es ver hundirse, de improviso, el *sentido* mismo de toda una existencia, retrospectivamente llevada al absurdo de una elección inicial inconsecuente.

La partida del heredero signa la interrupción mortal de la empresa agrícola, de la que se demostró que debe sus particularidades más notables al hecho de que la reproducción biológica de la unidad doméstica, y por lo tanto de su fuerza de trabajo, forma parte de las condiciones de su reproducción; condena al mismo tiempo la expectativa de toda una vida y a quien la tuvo, que no deja de sentir (sin ser necesariamente capaz de decírselo a sí mismo) que no puede querer para su propio hijo, ese otro *sí mismo* socialmente designado en el que están depositadas *todas sus inversiones*, un proyecto tan manifiestamente mortal. El hijo que se niega a dejarse heredar por la herencia paterna lleva a cabo un "asesinato del padre" mucho más terrible que el consistente en tomar su lugar, sucederlo, es decir, "resucitarlo", como dicen los cabilas, matarlo pero para su perpetuación, superarlo conservándolo, mediante una especie de *Aufhebung* socialmente organizada y aprobada. No sólo anula la aceptación paterna, su sumisión a la tradición de la herencia, sino que, por tratarse de una herencia que es casi íntegramente el producto de quien la transmite, elimina también y sobre todo la obra paterna, esa obra de toda una vida. Coloca a su padre frente a un dilema tan insoportable que éste sólo puede evocarlo en un discurso que, por sus silencios, sus circunloquios, sus atenuaciones, sus disimulos y sus contradicciones, apunta tanto a velarlo como a develarlo: ya sea empujar a su hijo al engranaje trágico en que él mismo se dejó atrapar ("Trabajé de buena gana durante algunos años diciéndome: 'Ahí tengo el recurso, él lo quiere'"); ya sea salvarlo de ese destino fatal alentándolo a abandonar la tierra ("Le di a elegir; le dije: 'Presta atención, es una propiedad muy pequeña; puedes trabajar como estacional en la cooperativa'"). Elección que, uno u otro día, todos los pequeños propietarios deben afrontar muy directamente, cuando sus hijos, en una especie de chantaje más o menos inconsciente, los intiman a conseguirles tal o cual equipo costoso (más adelante: "Es la enfardadora o nada") que les parece exigido por su representación del futuro de la empresa (y que los hace entrar en el engranaje), bajo la amenaza de la partida.

Sólo la ilusión históricamente cultivada de la singularidad irreductible de la persona nos impide a menudo *leer los síntomas* más visibles de las experiencias que se califican de personales y que, naturalmente, pueden vivirse como tales sin dejar, pese a ello, de ser el producto de la inscripción en el orden social de un tipo particular de experiencias sociales predispuestas a manifestarse en expresiones genéricas. Así, pues, no es una ca-

sualidad que la banalidad del discurso más ritualizado se imponga con frecuencia, en las ocasiones más graves de la vida cotidiana, como la única manera de decir lo indecible: lo más impersonal sólo se ajusta tan bien a la expresión de lo que se vive como lo más personal porque lo más personal es a menudo, como en este caso, lo más impersonal. Decir, como muchas veces lo hacen quienes se encuentran en la situación de mis dos interlocutores, que "la tierra está jodida", es sin duda la única manera concebible, para las personas cuya existencia se identifica con una empresa agrícola condenada, de hablar de su propia muerte, de gritar, sin caer en el ridículo, la proposición inconsistente y autodestructiva del personaje de comedia: "Estoy muerto". ◆

Con dos agricultores bearneses

Entrevista de Pierre Bourdieu

"Es un encadenamiento, uno está obligado"

PIERRE L.: El futuro de la agricultura va a ser cada vez más difícil. En primer lugar, porque están los problemas de la explotación y además muchas veces existen dificultades familiares. Es, por ejemplo, mi caso. Hay una cuestión de salud que interviene. Ahora bien, al estar yo disminuido [...], en principio mi hijo está completamente solo... al menos para los trabajos pesados. Y un agricultor en una explotación, un hombre solo no puede dar abasto... [...]. De aquí a diez años... de cada diez, siete van a estar solteros [...]. Al parecer, habrá muchas explotaciones que van a tener que ser liberadas. Sólo que, ¿cómo las van a liberar?

HENRI F.: Habrá hijos de agricultores que se van a quedar, que van a tener el engorro de la elección de los terrenos: no podrán ocuparse de todo.

PIERRE L.: ¿Pero podrán tenerlos?

HENRI F.: Pero si pueden tenerlos...

PIERRE L.: Porque vas a ver... mira el caso del vecino, es un comerciante de ganado que tiene sus tierras en arriendo. Yo había conversado con él, lo conocía [...]. Me enteré de cuánto pedía. Me dijo: "Lo reconozco, no son ustedes, los agricultores, los que van a poder pagar... Nosotros, los comerciantes de ganado, ponemos algunos animales a engordar ahí adentro, mientras que ustedes no pueden" [...]. Hay que "dar seguridades a los agricultores arrendatarios".

Una decepción, una decepción muy grande

HENRI F.: Ahora los jóvenes se casan con muchachas que no son... que tienen otro empleo, por ejemplo. Y para mí, que soy responsable agrícola del cantón, es una cosa por la que me peleo con los jóvenes [...]. Les digo: "Todo está muy bien mientras están los viejos para ponerles el hombro. Pero el día en que esos jóvenes (mejor dicho, ese joven, porque su esposa va a estar en otra parte) se encuentren solos a mediodía delante del plato", si hay algunos chicos de los que encargarse y solos en el trabajo, entonces en ese momento ya no les servirá de nada haber querido mucho terreno para... porque no van a poder ocuparse más...

[...]

Yo acabo de casar a mi hijo [...], no vive con nosotros. Se fue a lo de su abuela. Para mí es una decepción, una decepción muy grande. Porque me había pasado el año arreglando un poco la barraca. A último momento me dijo que no: "Mi mujer decidió que al principio no podemos vivir con los padres. Sin embargo, no va a vivir sola, va a vivir con su abuela..." Eso me decepcionó... Cuando uno se casa con alguien que no está en la agricultura, todos los que ahora son funcionarios u obreros [...] esos muchachos tienen demasiado tiempo libre en comparación con el agricultor. Automáticamente eso hace que el joven agricultor renuncie, nos guste o no. La cosa exige los fines de semana, ser puntuales a la noche, a la mañana tanto peor si el despertador no suena demasiado temprano... Se vuelve peliagudo. Si nosotros, esta generación, llegamos a hacer algo, no fue mirando el reloj.

[...]

PIERRE L.: ¿Dónde vas a encontrar una chica que se dedique a la agricultura? De todas maneras, las chicas, según sus capacidades, se vieron obligadas a proseguir los estudios, para conseguir un empleo, para... Así que ya no están en las explotaciones, a lo sumo vas a encontrar algunas herederas, eso es todo...

[...]

HENRI F.: Yo pienso más en el futuro que en el presente; cuando el muchacho se encuentre sin la ayuda de los padres [...] el día que esté solo, es ahí cuando [...] o renuncia lisa y llanamente, sigue a la esposa que tiene una profesión [...].

PIERRE L.: ¿Y qué va a hacer? ¿Cualquier cosa? Aunque sea manejar un camión... o cualquier cosa. Un hijo de agricultor encuentra puestos muy fácilmente. [...]

—*Ir a manejar un camión cuando uno tiene una*

mujer en la casa... entre nosotros...

HENRI F.: Pero es la mensualidad la que cambia...

PIERRE L.: Es la mensualidad segura y además ese famoso tiempo libre... Si la mujer lo empuja...

HENRI F.: Es ese tiempo libre. Hasta ahora nunca habíamos oído hablar de él, pero cada vez se oye más que el Ministerio del Tiempo Libre va a ser útil, porque hay gente [...] que tiene mucho tiempo libre. Es lo que va a llevar a algunos jóvenes agricultores a renunciar...

[...]

[*Para Pierre L. es lógico: las relaciones entre las generaciones eran a menudo muy conflictivas.*]

HENRI F.: Lo que reprocho... no sé, vamos... es personal, o sea, lo que pasa en la casa. Los jóvenes se volvieron muy duros; no les importa que uno haya perdido toda la vida, quieren todo en seguida. Por ejemplo, me acuerdo de que hace diez años yo quería comprar una segadora, al menos para segar fácilmente. Y no, es la enfardadora o nada. Pero para la enfardadora o nada, ya hacía falta un millón y medio más... Son muy exigentes, y después no siguen. En algunos momentos, me decía: "No hay más que, no hay más que hacer...". No hay más que hacer lo que quiere, yo también estoy harto. Cuando se pasaron más de... A lo mejor yo soy un poco especial. Tomé una propiedad de 22 hectáreas, en 1953 había cinco que eran cultivables. En treinta años, hice cultivables 18. Pero hubo que romperse encima... En esa época no teníamos tractores.

PIERRE L.: Sobre todo, que no son tierras fáciles.

HENRI F.: Son todas tierras para esquiar, si hubiera nieve. La famosa tierra desfavorecida...

PIERRE L.: Y además impregnada de agua...

HENRI F.: ...que hay que drenar... y en las laderas... Nosotros somos tres trabajando en la propiedad; si los tres ganáramos realmente el salario mínimo, tendríamos un poco de plata [...]. Yo tendría que haberme puesto a reforestar en vez de roturar. Habría sido más rentable; porque mientras había árboles, no se veía el agua de abajo. Después de siete años estaba roturado y teníamos agua.

[...]

Cuando la inversión está hecha, uno sigue. En un encadenamiento. Poco a poco, uno se mete en el engranaje y después pasa todo el cuerpo. Uno se deja atrapar...

[...]

Realmente hay que verlo, verlo para darse cuenta... Para tener en condiciones las pequeñas propiedades de las laderas, hace falta mucho trabajo, y manual [...]. El joven se queda cada vez más solo... Nosotros pasamos nuestra generación haciendo viable esta propiedad y comprando material, y ahora ver a los jóvenes que... Salvo que tengo miedo de una cosa, que abandonen decididamente, que renuncien. Porque uno siente que son más tranquilos... Y eso me inquieta, porque me encuentro... los últimos meses empecé a inquietarme... porque en primer lugar no esperaba verlo marcharse y creo que empezó a irse [...] para irse decididamente [...]. El caso nuestro es que él, al crecer [*tiene 27 años*], tendría que poder instalarse en los seis o siete años siguientes para poder aprovechar las ayudas a los agricultores jóvenes, y yo todavía soy demasiado joven para jubilarme. No tenemos terreno suficiente para hacer un GAEC.* Hace falta el doble... hacen falta más o menos 26 hectáreas.

[...]

Ahí está lo lamentable, estamos en una zona desfavorecida, ya se sabe, pero tendríamos que haber hecho al menos una zona de pie de monte. Porque cuando se ve, por ejemplo, la llanura de Asasp (hay diez kilómetros así de llanos, explotaciones de más o menos sesenta hectáreas, así de lisas, setenta u ochenta cabezas de ganado cada una, hacen fortunas), tienen el descaro de considerarse zonas de montaña. Tendrían que haberlo hecho caso por caso, explotación por explotación. En Asson está la cisterna más grande de leche de la lechería de Villecomtel, aquí en Rontignon; cuatro mil quinientos litros de leche para una zona de montaña, así que recargan 150 francos por animal...

PIERRE L.: Tienen mucho más subsidios que los demás.

HENRI F.: Nosotros, en nuestra zona desfavorecida, por ejemplo; le pongo mi propiedad como referencia: no tengo un solo pedazo de terreno donde consuma menos de ochenta litros por hectárea para una labranza. [...] Pedí que nos den... el combustible verde [...], que desgraven el combustible de la zona de montaña en el área desfavorecida, pero pese a todo desgravarlo en la llanura..., porque nosotros ya consumimos un promedio de ochenta a cien litros por hectárea para hacer una pradera, y en la llanura consumen de 25 a treinta litros.

*. *Groupement agricole d'exploitation en commun*, Agrupamiento Agrícola de Explotación en Común: mecanismo que, a través de beneficios impositivos, aspiraba a reunir en una misma empresa a varios agricultores, con el objeto de aumentar el tamaño de las explotaciones y desarrollar una agricultura colectiva. Los más corrientes eran los GAEC padre/hijo (n. del t.).

[*Hay cuatro categorías de tierras: zonas de montaña, zonas de pie de monte, zonas desfavorecidas, llanura. Las dos primeras gozan de una desgravación sobre el combustible, no así las desfavorecidas. Ochenta litros, a 2,50 francos el litro, suman doscientos francos para la labranza (preparación). En las llanuras, esa misma tarea se realiza en tres horas por hectárea. En las laderas, se tarda de ocho a diez horas para preparar el terreno, y otro tanto para labrarlo.*]

Esa inversión continua y siempre renovada, siempre renovada

HENRI F.: Ya no encontraremos tipos como nosotros, que aceptamos durante muchos años trabajar cada vez más para ganar cada vez menos. Eso pasa desde hace diez años... Ahora los jóvenes ya no van a querer... Van a... estuvieron en la escuela más que nosotros, a lo mejor es normal que no acepten. Es lo que pasó. Estuve revisando algunas facturas de los últimos diez años. Es espantoso ver lo que pasó. En 1973, con un litro de leche se compraban 2,06 litros de combustible; hoy, con un litro de leche a 1,50 francos, ya no se compra ni medio litro, apenas un cuarto. Tenemos tractores cada vez más potentes que consumen cada vez más. Si queremos...

PIERRE L.: Estamos obligados. Es un encadenamiento, estamos obligados. Mientras teníamos un solo tractorcito de veinte caballos, era... En comparación con la yunta de bueyes, estábamos en el cielo... y ahora, ¿qué quieres hacer con uno de veinte caballos? No puedes hacer absolutamente nada... Esa inversión continua y siempre renovada, siempre renovada... Por poco que los jóvenes, como tú dices, tengan un poco de ambición, que no se tomen el trabajo de calcular la potencia que uno tiene de...

HENRI F.: Yo, por mi parte, tengo material para hacer funcionar una propiedad de cien hectáreas, estoy seguro de que un productor de cien hectáreas de llanura no necesita todo el material que yo tengo...

PIERRE L.: Sí, es una sobrecarga que pesa mucho...

HENRI F.: Entonces, es un juego, un juego. Porque antes, hace algunos años, yo cambiaba el tractor cada seis años. Se había hecho fácil, estaba el IVA... Se agregaba muy poco dinero, y todo el tiempo teníamos material nuevo. Ahora el último que tengo es de hace seis años y medio... No estoy dispuesto a volver a comprar, porque en seis años y medio se duplicó. Un tractor sin ninguna comodidad, el mismo que hace seis años, vale [...]. Hay que pensar antes de desembolsar el doble; aunque saquemos el IVA –supongamos que se recuperen dos millones de IVA–, es una carga demasiado pesada. Mientras que antes era en los años en que la cosa funcionaba, hacia los... hasta la crisis... cambiaba fácilmente cada cinco años... y la tranquilidad de no tener nunca ningún lío. Y es eso lo que va a ser muy malo, que si también pasa demasiado [*tiempo*], va a haber adefesios espantosos...

[*Quedan pocas explotaciones activas, alrededor de 150 (frente 220 en 1970), de las cuales unas cincuenta son viables, con sucesión, de aquí a diez años.*]

PIERRE L.: En las cincuenta explotaciones hay un signo de interrogación. El caso del que tú hablas del joven productor que... que tiene un pie en la casa y el otro afuera, de todas maneras, es como si fuera soltero...

—*¿No van a encontrar otras soluciones...?*

HENRI F.: En mi zona está la viña, que sería rentable, pero a los jóvenes, en general, no les gusta.

—*Pero eso exige mucho trabajo...*

PIERRE L.: Sí, eso y una manada lechera es muy esclavizante...

HENRI F.: Conozco algunos agricultores que trataron de hacerles entender a sus hijos que con un viñedo podían irse los fines de semana, salvo en los períodos de la vendimia. Mientras que con el ganado no es posible permitírselo. [...]

—*No hay sistema posible de ayuda mutua...*

HENRI F.: Hay que ser del oficio... y del lugar... La cosa empieza a ser una moda: los jóvenes se van. Nosotros no nos fuimos. Hace 29 años que estoy casado, creo que debo de haberme ido, si no se cuentan los días [...], en 29 años no estuve ausente más de dos días. [...]

[*Los reemplazos son muy caros. Los asistentes, también (salario y seguridad social).*]

HENRI F.: Uno tiene que ser capaz de hacer el trabajo solo, en fin, familiarmente; si no, más vale dejarlo. Ahora, por aquí hay muy pocos obreros agrícolas.

PIERRE L.: ¡Oh! Es un lujo... Y lo terrible es que no se encuentra a nadie, a pesar de que hay tanta desocupación...

HENRI F.: La desocupación también está demasiado bien pagada. Si todos los desocupados tuviesen el salario mínimo, a lo mejor encontrarían trabajo... Pero hay demasiada diferencia... El desocupado con salario mínimo encuentra trabajo. Pero el que ya es un intermedio... [...] Porque en eso hay muchos aspectos que están en suspenso... La otra noche, en la cooperativa, cuando dije que íbamos a verlo a usted, el presidente me pidió que le recordáramos los planes de reestructuración de los viñedos. Es letra muerta, porque se anunció, creo, a

principios de este año, entonces los muchachos plantaron y esperan la pasta... Los gastos que representa plantar una hectárea de viñas, es un poco decepcionante... Tener que esperar siempre así... Las cosas prometidas deberían llegar...

—¿Cuándo les prometieron eso...?

Henri F.: Está en vigor desde 1982. [...] El contrato de las regiones de Baïse también. No vemos que llegue nada. Se hicieron gastos... No vemos que llegue. [...]

[*Paréntesis sobre el funcionamiento de la compañía vitícola de Jurançon. Protesta contra el reglamento comunitario que obliga a destilar el excedente de vino, cuando en realidad se trata de un muy buen año. Los mismos productores pueden ser penalizados un año (el excedente se compra a precio vil) y deficitarios otro (luego de una granizada). "Es eso lo que es como una patada al hígado, que no se pueda jugar con dos campañas."*]

Henri F.: Es como el asunto de la leche. Es espantoso ver que nos aplican ese impuesto cuando producir nos da todo el trabajo del mundo, y tenemos las industrias lácteas que cada vez nos exigen más leche; funcionan deficitariamente y nos imponen la reglamentación... como los compañeros (salvo en las montañas que...). Hay una demanda aquí... Hay una cooperativa en Lons (ULP). [...]

[*Coinciden en decir que los reglamentos comunitarios son particularmente injustos para los productores franceses; que las ayudas prometidas llegan con mucho retraso o nunca y que muchos se dejan atrapar por ellas. "Son muchos los decepcionados..."*]

Henri F.: Lo que me da un poco de miedo es que [*los jóvenes*] no quieren demasiadas responsabilidades. Nosotros nos acostumbramos a un período en que habíamos elegido un trabajo. Éramos... tratábamos de ser puntuales... Eso es como una patada al hígado. Porque cuando vemos un muchacho como el mío...

—Eso está relacionado con la escuela. ¿Hasta qué edad fue a la escuela?

Henri F.: ¡Ah, no! No hizo más que los dos años de Montondon. Después...

—Estuvo en la escuela hasta los 16 o 17 años.

Henri F.: Dieciocho. Pero creo que estaba más dispuesto al volver del colegio. Porque ahí le di a elegir. Le dije: "Presta atención, hay una propiedad muy chica; puedes trabajar como estacional en la cooperativa de cereales y ganar [...]". Quería conservarlo todo. "Piensa, cuanto menos; vas demasiado rápido para pensar en algo."

[...]

De todos modos, trabajé de buena gana durante algunos años diciéndome: "Vamos, yo tengo el recurso, él lo quiere". Pero hay... También se meten cosas en la cabeza entre los jóvenes. Uno tiene una cosa, el otro tiene otra...

[...]

La reflexión que se me ocurre ahora, desde... que no me hacía antes, sino desde hace dos años, le sucede, dos veces por año: "Eres un papanatas, por qué no aprovechaste para irte de vacaciones". Y le digo: "Pero qué vacaciones ni qué niño envuelto, no tendrías todo ese material en las manos". Porque me acuerdo de que cuando mi hija aprobó el bachillerato, pasó un corredor de seguros; "Le puede pagar las vacaciones a su hija". ¿Pagar las vacaciones? Para mí las vacaciones son poder comprar una herramienta más... Con el dinero de las vacaciones compro una herramienta que me hará trabajar un poco más fácilmente. En fin [...], porque hay otros que no compraron tantas herramientas y también trabajan. Menos que nosotros. A lo mejor tienen más dinero en el bolsillo. En fin, no tuvieron la misma ambición. Nosotros a lo mejor... Empezar de la nada y querer hacer algo es... muy malo.

Pierre L.: Lo peligroso es que el padre pierde el tiempo pensando [...] en su hijo, porque el hijo no ve para nada las cosas como el padre... Está el ambiente...

Henri F.: Hace algunos años creí realmente que iba a seguir, porque, vamos, cuando le propuse quedarse en la cooperativa...

—¿Y su mujer qué hace?

Henri F.: Ahora está empleada en la secretaría. Tiene conocimientos. Busca un puesto pero no lo encuentra. Ahora estaba en la secretaría de una casa de discapacitados en S. Pero es temporario [...].

Pierre L.: Ahí también hubo mucha decepción entre los jóvenes que tenían conocimientos de algo y que... trabajaron... y si no tuvieron la "viveza" para hacer otra cosa, unos se engancharon, otros se asquearon y eso termina por hacer...

[...]

Henri F.: [...] Pero no es tolerable ver a todos los tipos que liberaron y que están en el tráfico de drogas, etcétera [...]. Cuando ahora vemos muchachos que tienen armas en su casa...

[...]

Creo que en el gobierno anterior había un poco de gatillo fácil en la policía, pero con todo me parece que era mejor alguna que otra brutalidad que ver... [...] No veo... cuando hay que hacer una barrera de policías, no tienen más que emplear los medios, y el primer tipo

que se mueve... [...] No tenemos que gritar contra el policía [...], aun si tiró un disparo de más [...], lo juzgan. Cuando mato un jabalí, si no se muere de la primera vez, le encajo otro y me... Me pongo en el lugar del policía si... [...] Nos piden... Hay una cosa que me sorprendió. Piden [...] una cama de hospital para un muchacho que se va a hacer atender, y cuando cuentan lo que cuesta el alojamiento de uno de esos grandes pillos a la sombra, es una verdadera catástrofe. Más valdría liberar algunos lugares y no hacerle pagar al simple ciudadano su cama de hospital... Sólo que veo de lejos... no soy de la opinión de todo el mundo. Pero veo tipos que tienen cuanto menos cuatro o cinco muertos en la conciencia [...]. No podemos apiadarnos de tipos así... Es la sociedad la que se va...

PIERRE L.: Sí, sí. Hay una desorientación [...].

HENRI F.: Ellos [*los políticos*], cuanto menos, también tienen que ser compañeros entre ellos [...]. Es un poco como los dos abogados: cada uno defiende a su cliente, y en definitiva ya están arreglados entre los dos antes de ir a la audiencia. Y ahí debe de ser igual...

—*A menudo es mucho peor en el mismo...*

PIERRE L.: ...en el mismo grupo.

HENRI F.: Pero, con todo, hay demasiada permisividad. Con todo eso, realmente hay que decirlo, se entiende a los que defienden a Le Pen... Al menos él dice algunas verdades...

1983

La transcripción de la entrevista resultó muy difícil, y a veces imposible, debido al mal estado de conservación de la cinta.

Realicé esta entrevista en 1983 con la intención, definida de un modo bastante vago, de intentar una especie de experiencia a la vez política y científica: se trataba de procurar brindar a personas que yo conocía desde hacía tiempo –agricultores, obreros, artesanos, pequeños empleados, etcétera– una oportunidad de expresar su profundo malestar y descontento, es decir, todo lo que a los instrumentos corrientes de comunicación entre la "base" y los "dirigentes", ya se trate de las mociones o las plataformas de los congresos políticos o los sondeos de opinión, les cuesta captar y vehiculizar. Estimaba que una situación de encuesta en la que las personas interrogadas fueran expresamente consultadas por un entrevistador percibido como capaz de transmitir sus palabras a quien correspondiera –y merecedor, por esa causa, de ser tomado en serio– sería idónea para incitarlos a salir de la actitud de responsabilidad a medias en que las colocan las encuestas corrientes, a fin de erigirse en portavoces autorizados, decididos a plantear sus problemas, sus preocupaciones, sus reivindicaciones (fue así como Henri F., a quien Pierre L. le había pedido que lo acompañara debido a su "representatividad", se había puesto en contacto, antes de la entrevista, con los dirigentes de una cooperativa vitícola para poder transmitirme sus expectativas y demandas). De hecho, toda la lógica de la entrevista atestigua que mis dos interlocutores, como si pretendieran sacar partido de la disposición de receptividad total (completamente excepcional en la vida política e incluso en la vida cotidiana) en que me situaba, aprovecharon la ocasión para decir lo que más les interesaba: en su mayor parte, me contaron los problemas, totalmente personales en apariencia (como la cuestión de la partida del hijo), que se les imponían y que, si se dejan a un lado asuntos como los del precio de las tierras o los subsidios al combustible, tenían en común su absoluta exclusión del universo del discurso propiamente político. Así se manifestaba, *a contrario*, el carácter artificial de las respuestas que, más o menos a la ligera y muchas veces sin hacer el esfuerzo de pensar verdaderamente en ellos, dan los "encuestados" corrientes a los problemas impuestos (y a menudo mal propuestos) por tantas encuestas centradas –como la mayoría de los sondeos de opinión– en los intereses de quienes las financian y quienes las "conciben".

Mis dos interlocutores, que habían venido con mandato para plantear problemas políticos, públicos, me plantearon problemas a los que se

califica de personales o privados. Una gran parte de la conversación (de más de tres horas) giró en torno de la partida del hijo de uno de ellos. Aunque atento desde hacía tiempo a ese problema (en los años sesenta había realizado un estudio sobre el celibato de los primogénitos en la región), yo no había entendido verdaderamente lo que me decían. Sin duda porque en las palabras iniciales (sobre "los jóvenes", en especial) de quien se presentaba como "el responsable agrícola del cantón" no había visto más que el preludio impuesto que había que "sufrir" antes de meterse en las "cosas serias", vale decir, en lo que yo esperaba. De tal modo, debo confesar que sólo después de haber transcripto íntegramente la entrevista y, con ello, de haberme impregnado profundamente de su lógica, entendí lo que Henri F. no había dejado de decirme, por otra parte en un lenguaje que, debido a que se atrincheraba en el orden de lo genérico –indudablemente por un anhelo de dignidad y decoro, y también para evitar el padecimiento de una confesión demasiado precisa–, era muy apto para suscitar la atención distraída que prestamos a las miserias cotidianas de los demás. Me había dicho –sin decírmelo, porque no podía decírselo a sí mismo– que su hijo, propiamente hablando, lo había matado. Y sólo después de haber construido el modelo explicativo, a la vez único y genérico, del rechazo de la sucesión como anulación de la herencia y asesinato del padre que la produjo, pude entender frases como ésta: "Los jóvenes se han vuelto muy duros; no les importa que uno haya perdido toda la vida" (donde "los jóvenes" ocupa el lugar de "mi hijo", como en casi todo el resto de su discurso); o esta otra, pronunciada por Pierre L., cuya situación –aunque en cierto sentido menos dramática, porque su hijo se queda en la casa, pero soltero– es lo bastante análoga como para que no le cueste comprender el drama de su amigo: "El padre pierde tiempo pensando en su hijo, porque el hijo no ve para nada las cosas como el padre". La verdadera comprensión de lo más dramáticamente íntimo no es posible sino a costa de un rodeo por la comprensión de lo más impersonal, es decir, de mecanismos genéricos, en este caso los de la sucesión, que sólo se develan en la unidad de una condición social aprehendida en su totalidad. Y no está vedado pensar que el modelo construido en relación con un caso particular podrá permitir comprender la preocupación (que no tiene nada de natural y universal) de perpetuarse en un heredero o una herencia (material o espiritual) tal como se manifiesta en (y bajo) ciertas condiciones sociales: ¿no hay que ver allí una manera de arrancar toda una existencia al absurdo, evitando que terminen con ella los fines mismos que persiguió y le dieron su sentido (como la defensa del apellido y el honor familiar, cuando se trata de un noble) y que, al anonadarse, la despojan retrospectivamente de su significación?

La caída

Patrick Champagne

Pierre C. es comerciante de vinos en una pequeña ciudad rural del este de Francia, de cerca de tres mil habitantes. Tiene más de 65 años y se niega a jubilarse, invocando entre otras cosas las dificultades, muy reales, de la cesión de su fondo de comercio. Lo conozco desde hace tiempo y tuve con él, en muchas ocasiones, esas conversaciones triviales suscitadas por las interacciones de la vida cotidiana y las visitas espontáneas u obligadas durante las que se habla de todo un poco: de la vida de la comunidad, de bueyes perdidos, de la familia o, si no, de los asuntos que, encauzados por los noticiarios de televisión, constituyen la "actualidad" nacional. Sin embargo, desde hace ya cierto tiempo son bastante contadas las discusiones que tiene con sus allegados, amigos y parientes, sobre todo las referidas a temas políticos, porque a menudo terminan mal. Servicial, generoso, "con el corazón en la mano", también es, por otra parte, una persona "de una pieza", como suele decirse, dispuesta a dejarse llevar y proferir palabras juzgadas excesivas, que provocan cierto malestar y a veces hasta indignación ("¡Cómo puedes decir eso!"). Para no suscitar esos disgustos inútiles, se evita hablar de política, aunque se sabe que, en su caso, todo puede llevar a ella. Y cuando se arrebata, lo dejan hablar ("No se puede discutir con él") a la espera de que termine de recitar, con un tono vehemente, lo que tiene que decir, que sus allegados "conocen de memoria".

La entrevista da una idea adecuada de sus palabras y su manera de hablar mediante largos monólogos, sin escuchar verdaderamente las preguntas que se le formulan o las objeciones que se le hacen –porque está convencido de tener razón–. En sus soliloquios puede pasar del aumento reciente de la tasa del IVA sobre las bebidas alcohólicas al "valiente tío Pétain", que tenía mucha razón, y a De Gaulle, "que –le interesa recordarlo– era un desertor en 1940". La transcripción casi palabra por palabra de esos discursos que yo había escuchado muchas veces constituye el primer interés de esta entrevista, apenas parasitada por la situación de encuesta, ya que Pierre está en ella en una posición casi "natural": había aceptado fácilmente el grabador y a continuación lo olvidó bastante pronto. Esto no significa que haya estado ausente toda autocensura. No dirá, por ejemplo, que vota a Le Pen y moderará un antiintelectualismo cuya expresión más abierta pude escuchar en otras circunstancias (sólo menciona aquí a quienes "hicieron grandes estudios" pero no saben leer un balance).

Si bien no podía asombrarme verdaderamente por esas palabras agresivas que escuchaba desde hacía tiempo sin comprenderlas realmente, sí me sorprendió, en cambio, descubrir hasta qué punto eran sociológicamente coherentes una vez que se las relacionaba con la posición social de quien las emitía (cosa que nunca se hace en una situación corriente o, si no, se hace de manera polémica). No hay duda de que todos sus allegados sabían desde hacía tiempo que el negocio de Pierre no caminaba muy bien, y todos sospechábamos en parte que sus posiciones extremistas (es políticamente "reaccionario"; "integrista" en el plano religioso; "tradicionalista" en todo) debían

con seguridad algo a su difícil situación profesional. Empero, para designar esos comportamientos y opiniones, los calificativos políticos ("es racista", "tiene ideas de derecha un poco exageradas", etcétera) o psicologizantes ("tiene trastornos del carácter", "es irascible") que por lo general se utilizan, tienden más a etiquetar a los individuos que a comprenderlos.

Como ninguna otra, esta entrevista no puede transmitirse tal cual se realizó porque, según cuál sea la posición de cada uno en el espacio social, corre el riesgo de funcionar como un test proyectivo y desencadenar únicamente reacciones de aprobación o indignación. Sus palabras expresan –en la modalidad de la indignación ética ("Todo se hace humo, ya no se respeta nada")– una caída social que le parece injusta. Verdadera encarnación de la virtud escarnecida (si no sale de apuros se debe, dice, a que es "demasiado honesto"), no tiene nada que reprocharse y ni siquiera la sensación de no haber hecho, en un momento dado de su vida, lo que habría correspondido: todas sus desgracias, cree, fueron planeadas por los "sinvergüenzas de las finanzas" y los "políticos". Todo había sido previsto y deseado. Y si revienta, es porque asesinaron al pequeño comercio honesto con métodos deshonestos (cosa que hacen los supermercados; "Antes, eso se llamaba bicicleta financiera" [*carambouillage*], denuncia).

Pierre sufre tres formas diferentes de decadencia social. Era un lugareño notable e importante, y hoy ya no es más que un habitante entre otros de la comuna. Rico comerciante, los supermercados lo arruinaron. Por último, vendía vino de mesa, bebida antaño noble y cargada de toda una mística nacional y hasta nacionalista (era la bebida que, al menos en el imaginario popular, había permitido "a los soldados de 1914 a 1918" librar y ganar la guerra), y hoy depreciada e incluso despreciada ("el tinto común") y reemplazada en el consumo cotidiano por otras, en su opinión, menos francesas, como la Coca-Cola o el whisky, o menos naturales, como los jugos de frutas en polvo.

Pese a ser heredero, había entrado sin entusiasmo en posesión de la herencia. Nunca consagró a su negocio toda la energía y el tiempo que hubieran sido necesarios, y prefería pasar horas haciendo arreglos en su taller mecánico, su verdadera pasión. Cuando se hizo cargo de la empresa familiar, hace ya cerca de cuarenta años, ésta era no obstante una de las más importantes de la región. El negocio del vino, en esa zona agrícola entonces pobre, situada en las cercanías de los ricos viñedos de Champaña, era una actividad muy próspera: después de la guerra, había ocho comerciantes en la región (dos de ellos en la misma comuna). Hoy sólo quedan dos y, en vísperas de jubilarse, Pierre descubre que está prácticamente arruinado –cosa que, por otra parte, todo el mundo más o menos sabía desde tiempo atrás–. Desde hace varios años sólo puede mantenerse "comiéndose el capital" y viviendo de los ahorros personales de su esposa (que hace los mayores esfuerzos para convencerlo de que se jubile). Mientras que en su juventud circulaba en un Hotchkiss, lujoso auto de marca comprado por su padre, hoy se desplaza en un viejo 2CV remendado.

La caída de ese benjamín de una familia de cuatro hijos comenzó en su juventud, ya que, pese a las incitaciones de sus padres, se negó a terminar los estudios secundarios y se casó, poco antes de hacerse cargo de la empresa, con una joven que provenía de una familia obrera del municipio. Aunque su esposa lo secundó activamente, no pudo aportarle el capital económico y la capacidad (no cursó estudios) que hubieran sido necesarios para efectuar con éxito algunas transformaciones radicales y ayudarlo a mantener la actividad comercial en un sector sacudido muy fuertemente por la modificación de los hábitos de consumo y la competencia de los supermercados. No sucedió lo mismo con su hermano mayor, que también se hizo cargo de un negocio de vinos en una pequeña ciudad situada a unos treinta kilómetros de la empresa familiar y pudo escapar a la declinación casándose con la hija de una rica familia campesina de la región. Su hermana también tuvo éxito socialmente: luego de los estudios

secundarios (cosa que en esa época era rara entre las muchachas), hizo un "magnífico matrimonio" con un anticuario perteneciente a una buena familia de la burguesía lionesa (la última gran boda de esa pequeña ciudad, que permaneció en la memoria de muchos): su ascenso, simbolizado entre otras cosas por la bastante lujosa segunda vivienda que llegó a comprar en el Mediodía, no podía sino fortalecer y hacerle insoportable a Pierre –a quien ella veía regularmente, en especial durante las vacaciones– la conciencia de su propia decadencia social.

Pero esta caída es principalmente la de toda una profesión y toda una forma de comercio. El negocio del vino, que estaba muy ligado a la vida tradicional de la campiña, sufrió el contragolpe frontal de la mayoría de las grandes transformaciones –económicas y culturales– de la posguerra, cuya consecuencia fue la desaparición casi total de los viejos modos de vida y, al mismo tiempo, de esa profesión en su antigua forma. El éxodo rural redujo progresivamente la clientela de los numerosos cafés restaurantes de campo, evolución reforzada por un repliegue más general sobre la familia. La actividad de este tipo de comercio disminuyó de manera notoria, y la mayor parte de los negociantes desapareció obligadamente. Las fiestas comunales, que representan una de las últimas oportunidades de celebración de un grupo cada vez más fragmentado, constituyen hoy, a la vez económica y socialmente, uno de los contados momentos significativos de ese negocio, cuando todavía existe. Durante mucho tiempo, esos festejos locales enmascararon en parte la caída de Pierre, porque son una de las raras ocasiones en que aún puede sentirse indispensable y hasta irreemplazable: gasta entonces sin pensarlo su tiempo y su energía, suministra las bebidas, presta para la ocasión mesas y bancos (que en su contabilidad incluye como "adornos para fiestas", lo que le valdrá un pequeño conflicto con el fisco), etcétera.

Por añadidura, el negocio del vino tuvo que hacer frente, por las mismas razones que el comercio minorista, a una nueva competencia económica, particularmente fuerte. La individualización creciente del consumo de bebidas, en efecto, fue captada en lo fundamental por los nuevos circuitos de distribución que se desarrollaron en los años setenta, esencialmente las cadenas de supermercados (sólo en la comuna en que vive Pierre se instalaron en 1992 tres establecimientos de gran superficie). Nuestro hombre denuncia violentamente a los hipermercados por practicar, desde su punto de vista, una competencia desleal. Critica la incompetencia de los vendedores y los métodos de gestión, que no se basan en una honesta administración de buen padre de familia sino en los "chanchullos financieros" ("Ya no son comerciantes, son financistas"). La súbita intrusión del capitalismo financiero en el sistema de distribución y la autonomización de la lógica económica y financiera permitida por ella no podían más que chocar con sus valores morales, que están estrechamente ligados al comercio rural tradicional. En él reaparecen casi naturalmente los antiguos temas antisemitas sobre el capitalismo financiero y la denuncia, en la lógica del chivo emisario, de las sectas de francmasones que presuntamente actúan incluso en el ámbito político.

Pierre encarna perfectamente al comerciante rural tradicional. Pertenece, y está orgulloso de ello, a una familia de negociantes instalados en la comuna desde hace más de un siglo. Los supermercados que se despliegan en un radio de varios kilómetros a la redonda tienen gerentes que cambian permanentemente; Pierre ocupa desde siempre un viejo depósito en el fondo de un patio y tiene una clientela exclusivamente local. La mercadería se amontona en un gran desorden. Él tiene constantemente el andar lento y regular de quien jamás está apurado. Como el tiempo no cuesta nada, no lo cuenta, ni el suyo ni el de sus clientes, que a menudo deben esperar para que los atienda. La actividad comercial que ejerce nunca pudo independizarse por completo de las relaciones personales que mantiene con su clientela: tarda en enviarles las facturas y tarda aún más en recibir el pago, sin que sueñe siquiera con quejarse por ello, con lo que concede un crédito

gratuito y deja a su esposa la tarea de hacer lo que corresponde para cobrarse cuando los clientes se abusan. Por último, tiene el gusto del secreto en la administración de la empresa, no para ocultar algunas operaciones turbias, sino porque se siente obligado a mantener cierta vaguedad con respecto a sus ingresos. En síntesis, se confunde con un comercio que, sin embargo, hoy opera con pérdidas, y siempre encuentra alguna buena razón para demorar la concreción de la jubilación, aunque su esposa lo inste a retirarse.

Se enfurece contra el Estado que, con el dinero de los impuestos, no sólo paga a sus funcionarios, a quienes juzga inútiles y demasiado numerosos, sino que efectúa además una redistribución que le parece más que abusiva: "[antaño] no se daba el RMI, no se daba esto, no se daba aquello. Somos demasiado generosos en lo social; muy, demasiado generosos". Pierre no conoce sino lo que podríamos llamar el "Estado malvado", el que arruina a los comerciantes con pesadas cargas sociales y extorsiona a los buenos ciudadanos con los gravámenes, el que hace "propaganda" contra el vino –pese a ello, recomendado, aclara, por Pasteur– y el que además persigue al honesto contribuyente con sus reglamentaciones puntillosas aplicadas al pie de la letra. La misma intransigencia moral, que arruinó económicamente su comercio, lo arrastra a conflictos perdidos de antemano con la administración fiscal, lo que no puede sino reforzar su resentimiento y su odio al Estado, los políticos y las burocracias. Por otra parte, considera un símbolo el hecho de que, en París, el Ministerio de Finanzas se haya instalado en Bercy, en el antiguo Mercado de Vinos. Aunque muchas de las modificaciones del comercio vinatero deban poco y nada a la acción voluntarista de las políticas, es grande la tentación que sienten sus víctimas de hacer del Estado y los políticos los responsables de todas las desgracias.

Vigorosamente integrado a la vida local, y por ello prisionero de las rutinas y los valores tradicionales, sufrió sin comprenderlas realmente las transformaciones que afectaron su actividad y la sociedad rural. Se negó, por ejemplo, a asociarse con tal o cual otro negociante de la región para comprar el vino en grandes cantidades a los productores, porque no quería que su apellido desapareciera de las transacciones comerciales. Como transformó en opción electiva del pasado su incapacidad de cambiar, jamás estuvo en condiciones de prever los cambios –cosa que dice, pero a la manera de una desestimación, al repetir que "todo esto era previsible"– ni de tomar las decisiones indispensables para mantenerse en ese sector. Aún hoy habla de los cambios pasados de un modo vago, y la única estrategia que imagina, "si fuera cuestión de rehacerse", sigue siendo, sobre todo, no hacer nada. Su impotencia no significa que carezca de lucidez: conoce bien los mecanismos económicos que redujeron su comercio (en la transcripción de la entrevista eliminamos en gran parte sus análisis, a menudo muy técnicos). No necesita comprender lo que sucede, porque ya lo sabe. Empero, todo lo empuja a negar esas transformaciones y lo arrastra hacia una ruina que sabe inevitable.

Su pueblo se transforma y se convierte en desconocido, a punto tal que él ya no se siente en su casa. Tiene la sensación de ser invadido por extranjeros en quienes ve la causa de su desgracia (sólo conoce a los inmigrantes, contra los que se subleva, a través de la crónica miscelánea de los noticiarios de televisión). Cree en el mantenimiento de las fronteras, que protegen y tranquilizan. Está a favor del restablecimiento de las barreras materiales y lamenta, por ejemplo, la destrucción del Muro de Berlín que –teme– va a dar libre curso a una marejada de rusos sobre Europa y, posteriormente, al "peligro amarillo". Aboga por la restauración de las barreras morales y, al denunciar los nuevos derechos que se reivindican sin cesar, considera que más valdría recordar los deberes y las obligaciones, únicos factores, según él, que permiten limitar razonablemente las aspiraciones.

La violencia de las palabras es proporcional a la violencia social, en especial política y econó-

mica, que ha soportado y que, día tras día, lo ha destruido, y no sólo a él sino también a su esposa: la pareja estuvo varias veces al borde de la separación. Encerrado en el *status* del hombre viril y dominante, que sabe todo y no acepta especialmente recibir ninguna lección de las mujeres –"Las buenas señoras no entienden nada", dirá en la entrevista durante una breve aparición de su esposa–, no supo escuchar lo que ella le decía desde mucho tiempo atrás ("Es una verdadera cabeza de mula", repite ella con frecuencia) y tuvo que afrontar solo una situación de crisis que lo superaba. Se limitó en particular a deplorar, en esa pequeña sociedad rural en que nada escapa a nadie, las escasas medidas que se tomaron a favor del comercio y a compararlas con las importantes ayudas que se otorgaron a los agricultores para que se modernizaran. ¿Cómo no va a estar convencido de que "hicieron todo lo posible" para que el pequeño comerciante "reventara y se hiciera humo", y a pensar que "no le queda más que la soga para colgarse"?

Con un comerciante rural

Entrevista de Patrick Champagne

"Nos asesinan"

—*Cuando te instalaste* [a principios de los años cincuenta], *¿el comercio del vino te parecía interesante, viable? ¿Cómo fue la cosa? ¿Y cuándo empezaste a sentir que no caminaba bien?*

PIERRE: Retomarlo era muy bueno. Era una profesión que se mantenía en pie. Ahora hicieron una política contra el vino, contra el alcoholismo. Así que la política contra el alcoholismo se basó en atacar al vino y no al whisky u otras bebidas alcohólicas, o el Ricard. Y además se hizo pasar al francés por el alcohólico más inveterado del mundo, sin tener en cuenta al alcohólico ruso o al norteamericano, con el whisky y la cerveza. En ningún pronóstico de alcoholismo se tuvo nunca en cuenta el consumo de cerveza, de modo que Francia pasaba por el país más alcohólico del mundo. Si hubieran considerado el consumo de cerveza, pues bien, no estábamos peor que los demás, ¡no estábamos más estropeados que los demás!

—*¿Quieres decir que el funcionamiento del comercio empezó a sufrir con las campañas contra el alcoholismo de Mendès?*

PIERRE: ¡Ah! ¡Mendès-France! Era una enorme estupidez, empezó a hacer la fábrica de lácteos en la región de Tournus. Yo vi construir la fábrica en 1956. Dieron leche en las escuelas y en el ejército, y no funcionó. La fábrica que construyó allá era forzosamente una utopía con una segunda intención, porque la región de Saona y Loira no podía producir para abastecerla totalmente, de modo que la leche fresca que le suministraban provenía tanto de las Ardenas como de todas las regiones donde había vacas lecheras. Así que la leche fresca que llegaba ya tenía tres días en conservadores: ya no era leche fresca. Después, sobre el tema, establecieron un texto de ley que prohibía la venta de leche fresca de granja, en comarcas con menos de tres mil habitantes. Hoy nos hacen tomar leche descremada o semidescremada, mientras que por una buena leche natural, salida de la ubre de la vaca, nunca nos morimos. Nunca tuvimos más colesterol que ahora. Además, hoy no hay más vacas lecheras en la zona. No hay más porque con los acuerdos europeos había demasiada leche [...]. Se vendía la leche en polvo a Italia para criar los terneros franceses. ¡Con un reembolso a la exportación! Y quien dice reembolso, dice rebusque y chanchullo, en cierto nivel, de la gente que está en el centro de las negociaciones.

Se terminó; Francia está en situación de quiebra

—*¿Puedes decir a partir de cuándo tu comercio se deterioró?*

PIERRE: ¡Oh! Se puede situar perfectamente. Era previsible. Un buen militar es un mal político, ¿no? Un buen político es un mal economista. La ensalada de penurias en que estamos actualmente –digo "ensalada" porque no somos los únicos, es todo [*por todas partes*]–. Y además no hay que comparar con los otros países, hay que ver qué pasa en Francia. Era muy fácil decir "cerramos las siderurgias, más vale comprar la chatarra afuera que producirla en casa, porque resulta demasiado caro". Es un razonamiento simplista. No es una cuestión de política de derecha o izquierda, es una cuestión de individuos que tomaron decisiones. Fabricamos desocupados, todavía tenemos el mineral pero ya no sabemos explotarlo. Fabricamos todo eso y después, hoy, resulta que no hay nada que hacer y tenemos que gastar divisas para ir a comprarles a otros. Es preciso saber si queremos trabajar o no queremos trabajar.

—*Pero en tu comercio, ¿cuándo sentiste...?*

PIERRE: Bueno, veamos, mi comercio es muy simple, evolucionó en determinado sentido, como toda evolución, y es bastante normal. Pero nuestros economistas hicieron un mal cálculo y, al menos, lo hicieron en un sistema en que algunos la pasaron bien en detrimento de todo el resto que se está hundiendo. No que se está hundiendo: que se hundió, se terminó. Actualmente

Francia está en situación de quiebra; va a poder dirigirse a Europa pidiéndole que se haga cargo de ella porque es incapaz de administrarse y de subvenir a sus necesidades, y hoy es imposible la recuperación. Si todo va bien y todo el mundo quiere trabajar, van a hacer falta diez años para llegar a restablecer la situación, cosa que no creo. Todo lo que pasó era previsible. Quienes no lo previeron son gente que habría que mandar al paredón. Habría que fusilarlos. Porque sabían qué iba a pasar... o si no, no fueron escuchados: una de dos. A lo mejor hubo una señal de alarma y después tal vez dijeron: "Ah, bueno, son viejos locos, retrógrados, el futuro es...". El futuro debe funcionar así, la cosa no debe llegar al techo porque si pasa eso, estamos en vísperas de la ruina. Así que llegamos al techo y ahora estamos rompiéndonos la jeta. Es muy simple, eh...

—¿Cuándo lo percibiste en tu comercio?

PIERRE: Bueno, nuestro comercio fue atacado –digo bien, atacado– a causa del vino. Hicieron que la gente se asqueara de tomar vino.

—¿En qué momento pasó eso?

PIERRE: ¡Ah! Hay dos sistemas. Un sistema de propaganda que rinde sus frutos. Quien dice propaganda, dice publicidad. Se propició una política de jugos de frutas hechos no con frutas exprimidas sino disecadas, que se convierten en polvo, liofilizadas, se agrega agua y se toma así; si lo metes en una garrafa y después de tres horas lo miras con el microscopio, es un caldo de cultivo. ¡Es muy bueno para los intestinos, para la gente que es un poco perezosa por ese lado, funciona! Pero no es natural. A partir del momento en que uno toma una fruta, la exprime y la pone en el vaso, consume algo natural. Si agarra polvo y le agrega agua... mientras que la gente que toma esas asquerosidades, ¡y bueno!, ya no toma otra cosa, por ejemplo vinos de mesa. Hicieron que a la gente le asqueara tomar vino diciéndole que era alcohólica. Se dieron cuenta del error y, en 1978, Giscard d'Estaing tomó la decisión de hacer una publicidad sobre el vino [...]. Estamos obligados a pagar un gravamen de un centavo para un fondo de publicidad para reactivar el consumo de vino, ¡mientras que nos pasamos veinte años poniéndolo como un trapo por el alcohol y por ser cosa de borrachos! Cuando en realidad era falso. Toma los documentos de Pasteur y vas a ver que el vino forma parte de la alimentación. Es como todo, si uno exagera con el whisky se emborracha, si toma demasiado vino se emborracha, pero no quiere decir que sea un alcohólico. [...] Y además cambiaron el modo de distribución. El cambio del modo de distribución hizo que la gente no se agarre la mona en la taberna: la taberna lo vende al triple de su valor. Toma el precio sin impuestos [*de las bebidas que compra*] y lo multiplica por tres. Obligatoriamente, porque les gravan la facturación al triple del precio sin impuestos. La gente va al supermercado a comprar las bebidas alcohólicas, más baratas todavía que en las casas elaboradoras, ya sea el Ricard o los whiskies. También ahí hay una anomalía grosera y vergonzosa. Por más que digan que compran por cantidad, o esto o aquello, es falso [...]. ¿Me puedes explicar cómo es posible vender cantidades de whisky a precios tan bajos?

—¿Pero sabes por lo menos cómo hacen para lograrlo?

PIERRE: ¿Cómo hacen? Bueno, debe de quedar un viejo texto de ley de antes de 1968, antes de la generalización del IVA [*me explica la "Regla del Tope", una legislación fiscal muy compleja que ni siquiera los legisladores, dice, conocen bien*]. En fin, para decirte que hay gente que ha escrito textos de ley que no sabía cómo se aplicaba y ni siquiera lo saben hoy todavía. [...] Los hipermercados no pagan el IVA a la oficina impositiva del departamento, sino directamente al Ministerio de Finanzas, donde nadie sabe cuánto pagan. [...] Si los hipermercados tienen un IVA o una ventaja con respecto al comercio tradicional, bueno, estamos jodidos, y además... el asalariado está igualmente jodido, porque no por eso compra todo en el hipermercado. Hace... en fin, ahora compra casi todo en el hipermercado, pero hace 15 años –porque la cosa viene de 15 a veinte años atrás, de 1968–, los primeros hipermercados se empezaron a abrir en 1968... 1969 o 1970. Y fue entonces cuando, atando cabos, me di cuenta de que tenían el rebusque del 20% sobre el IVA.

[...]

A los hipermercados los llamo "factorías coloniales"

—Así que para ti fue después de 1968 cuando hubo...

PIERRE: Después de 1968 se fue a la mierda. Se fue a la mierda con la generalización del IVA. Por un lado, los municipios perdieron sus gravámenes locales; los alcaldes nunca recuperaron sus beneficios. Además de eso, en el campo, todos los pequeños comerciantes se vieron forzados a largarse porque, después de 1972 o 1973, la obligación del seguro sobre el régimen de Seguridad Social se gravó y se impuso a los comerciantes, los pequeños comerciantes. Un pequeño almacenero de campo, un pequeño panadero, un pequeño carnicero tienen cargas tan elevadas que ni siquiera podían vivir más. Podían trabajar diez o 12 horas por día y cuando

terminaban de pagar –había veces que la patrona también trabajaba–, ni siquiera sacaban un salario entre dos a fin de año, cuando habían terminado de pagar la patente. [...] Bueno, así que todo eso hizo que todo se diera vuelta y más tarde desapareciera. Y después de algunos años de que se empezaron a instalar los hipermercados, los pequeños comerciantes se vieron obligados, sea por la edad o pecuniariamente por una falta de ventas... En una comarca chica se instalaba un pequeño panadero, una cosa pequeña... en seguida había un poco de actividad y cuanto menos uno tenía al alcance de la mano lo que necesitaba para reabastecerse. Bueno, todo eso; ahora tienes que recorrer seis o siete comarcas antes de encontrar un comerciante en una zona u otra. Todo está vacío. Así que crearon un impuesto para, justamente... [...] porque nuestros economistas ya lo habían previsto y orquestado, que las "factorías coloniales" –son los hipermercados, a los que yo los llamo "factorías coloniales"–, que las factorías coloniales se comieran a todos los pequeños comerciantes y que éstos ni siquiera pudieran revender sus fondos. Entonces, esas factorías coloniales pagan un impuesto para que, cuando un comerciante llega a la edad de jubilarse y no vende su fondo, cobre un subsidio de salida. Así que ya estaba previsto que ese viejo tenía que reventar y hacerse humo. Por la misma razón que se previó que la rama de comerciantes vinateros reventara y se hiciera humo. Hicieron la propaganda correspondiente y la prueba la tienes en París, donde el vino... porque el negocio del vino era un potencial, de todo el mundo, era alguien, estaba controlado por la administración de rentas, le reportaba al Estado. El Mercado del Vino, se inició una política contra el vino, justamente... Hicieron una política contra el vino, pero eso era útil para recuperar grandes superficies [*de terreno*] en París. Los primeros que saltaron fueron los del Mercado del Vino, donde hicieron la Escuela de Medicina [*en realidad, la facultad de ciencias*]. ¿Estás de acuerdo? Y después siguieron haciendo fuerza y además hoy, bueno, en Bercy hicieron un complejo deportivo; y más empuje y de Bercy hicieron el Ministerio de Finanzas. Pues bien, asesinaron toda una actividad de distribución para poner el Ministerio de Finanzas de un lado del Sena y la medicina del otro. [*Sigue hablando de la medicina.*] Así que, evidentemente, la medicina también es un sistema... Uno tiene chicos pequeños y no sabe qué hacer con ellos, los hace estudiar un poco, los hace... Se empieza por veterinaria, ahí es más fuerte, porque es preciso que la lleve en la cabeza; si falla en veterinaria, puede hacer medicina, [*si falla en*] medicina, puede estudiar para dentista, de dentista puede pasar a quinesiólogo y después se termina así, eventualmente como farmacéutico. ¡Máquinas de firmar [*los médicos*], es la Seguridad Social la que paga la diferencia! ¡Uno está enfermo, está la Seguridad! Cuando uno estaba enfermo y no existía la Seguridad, tal vez no fuera mejor, pero se ha exagerado algo más que un poquito [...]. Si la medicina fuera gratuita, uno tendría su matasanos para curarlo y ya habría menos médicos, porque sería necesario que tuvieran vocación, ya no serían comerciantes, y eso es muy pesado para el sistema social y el sistema de recuperación de la productividad en Francia. Es muy, pero muy pesado.

[*Explica que le parece injusto el sistema de aportes que "chupa los tres centavos de beneficio que uno tiene" y sin embargo no le procura una mejor atención.*]

Ya no son comerciantes, son financistas

—*De modo que están las cargas, pero tú decías que también hay una reglamentación que favorece a los supermercados.*

PIERRE: Como compran una gran cantidad, les hacen precio. ¡Yo vi supermercados que vendían cerveza en *packs* de seis, con todos los impuestos incluidos, al precio que yo la compraba por paleta completa, sin impuestos, puesta en la cervecería!

—*En tu opinión, ¿cómo es eso posible?*

PIERRE: Bueno, le hice la pregunta a la cervecería y nunca me contestaron. Van a decirte que yo compro una paleta, o cinco, y que ellos compran dos o tres vagones, cuatro vagones de cerveza. Por un lado, en una época dieron hasta 120 días de crédito; ahora está prohibido, volvieron a los noventa días. Pero mira la cantidad de dinero que eso representa en comparación con lo que se vende diariamente y la plata fresca que entra antes de que paguen el primer vagón de cerveza, de vinacho o de whisky. ¿Qué hacen con esa plata, por dónde pasa? Son sociedades con una computadora, van a hacer un prebalance en 15 días, van a saber cuáles son los resultados reales de la empresa –ya no son comerciantes, son financistas– y a hacer lo que se llama primas de balance. [...] Ahí está el chanchullo financiero. Ya no es comercio que se pelea contra comercio; la ley comercial no es robar al cliente. El beneficio de un comerciante es equilibrar su presupuesto, y lo que queda es el servicio prestado a su cliente por haberlo abastecido, haberle puesto a disposición la mercadería, etcétera. Los hipermercados no son comercio. Hacen ganancias financie-

ras... lo llamo bicicleta financiera, ¿eh?, en esa época lo llamábamos bicicleta: el producto se vendía tres veces antes de tener que pagarlo.

[*Pierre menciona el ejemplo de cierto gran establecimiento vinatero que se modernizó para trabajar con los hipermercados y no pudo mantener los precios exigidos por éstos.*]

¡Ellos [*los supermercados*] tienen el dinero en la caja antes de haberle pagado al proveedor! Los hipermercados se comen a todos sus proveedores. [...] ¡En cuatro años, el establecimiento [*vinatero*] se había quedado pelado! ¡Les comieron las viñas, el castillo, todo! Se lo vendieron todo a un tipo de Londres que ya había comprado una finca en la región de Burdeos. Hoy lo que queda ahí –es así como se fabrica el desempleo– es una oficina con, no sé, tres o cuatro empleados, algo así, y en la bodega quedan otros dos o tres. Las cosechas se almacenan en las cubas, contratan camiones tanque, llevan el *beaujolais* embotellado a Burdeos, lo embarcan y sale para el extranjero, y listo, se acabó. La empresa no es más de los franceses y se la comieron, desapareció. Una empresa eliminada de los cuadros. Pasó a mano de los extranjeros. ¿Por qué? ¡Jugaron la carta de los hipermercados!

El capitalismo financiero es rufianismo

—¿Quién está detrás de esas medidas a favor de los supermercados?

PIERRE: Lo hacen a través de lo político, los políticos, con el pretexto...

—¿Quién quiere que suceda eso?

PIERRE: ¡El sistema financiero! Sí, son los chanchullos de las finanzas. Todo ese mundo. Tienes las sectas, no hablemos demasiado de las sectas religiosas. El catolicismo no tiene peso, se la pasan rezando; los protestantes lo mismo. En cambio, hay sectas que son más que sólidas, por una parte los judíos, y también la francmasonería. Están soldadas y tienen sus ramificaciones en el medio político, tienen ramificaciones en las finanzas, que son las que dirigen todo. En sí mismo, el sistema capitalista es bueno. Pero el capitalismo financiero es rufianismo. A nosotros, empresas, pequeños negociantes como somos, si en la industria y el comercio nos hubieran dado hace treinta años las ventajas financieras de préstamos por debajo del 10%, estaríamos bien. Estamos instalados desde hace treinta, cincuenta años y hasta diría cien años, porque mis abuelos ya se hallaban en la profesión, pero, en fin, pongamos que a principios de siglo la casa ya existía. Hay montones de cosas por hacer. Si nos hubiesen dado la facilidad de equiparnos y modernizarnos, con la evolución del tiempo... porque empezamos a hacer la distribución de vino con toneles de madera y después pasamos al envase de litro; hubo que proveerse de cajas, botellas, máquinas de enjuagar, etcétera. Eso forma parte de una evolución.

[...]

En estos momentos nos roban los bancos. Uno tiene un descubierto, y el interés es del 18%. ¿A qué precio hay que vender un producto para poder pagar la tasa de descubierto del 18%? ¡Y si tuviste tres centavos de beneficio, encima viene el Estado que te encaja una planilla de impuestos! Entonces, ¿qué te queda? La soga para colgarse, es así como termina la cosa. Todo anda mal. ¿Ves?, es una cadena. Bueno, durante la guerra el tío Pétain, que era un buen zorro viejo –suerte que lo tuvimos, porque si no, los *boches* habrían embarcado muchos franceses más y a lo mejor incluso les hubieran encajado el uniforme a la fuerza, tomaron voluntarios pero eso era asunto suyo–, pero si no hubiésemos tenido al tío Pétain... porque Hitler lo respetaba, era un viejo de la guerra de 1914 y era un viejo duro. Además, yo considero que De Gaulle era un desertor en 1940 por la misma razón que Thorez, porque Thorez se fue a Rusia en 1940 y desertó, bueno, era desertor como muchos otros que estaban en Inglaterra y que después se quedaron allí.

[*Pierre evoca la modernización de los agricultores de la región y denuncia de paso los beneficios que algunos sacaron de los préstamos a tasa bonificada al desviar una parte de esa ayuda a las colocaciones especulativas. Con un poco de amargura, comprueba que los campesinos, antaño pobres, se hicieron ricos (es decir, más ricos que él), aunque trabajen como funcionarios; "120 o 150 días por año, más o menos como un docente... ¡esperan que la cosa crezca!"*]

Siempre dije que la vergüenza del capitalismo financiero fue generar inflación, a partir del momento en que nos tiraban tierra en los ojos, y eso se movió todavía mucho más rápido después de 1968. Pero ya antes nos costaba llegar al equilibrio. El tío De Gaulle se dejó joder por los *pieds-noirs* cuando los repatrió en 1962, y después de 1965 ya no tuvo la sartén por el mango. Porque atención, los *pieds-noirs* eran colonos acostumbrados a explotar a los árabes [...]. Esa gente, en algunos años, volvió a infiltrarse, a meterse en todos los servicios –un poco como la francmasonería–, se reinstaló un poco en la política, en las finanzas y en todos los circuitos. Y en parte reimportó su sistema, su método de ex-

plotación de los árabes. Además, son ellos los que trajeron a sus árabes para que les lustraran los zapatos, los padres que tenían en sus casas como domésticos trajeron a sus hijos, en Francia hacían falta porque en una época se necesitaba mano de obra, es un hecho. En fin, había que aceptarlos pero con una forma de contrato muy limitado. En definitiva, son todos esos rufianes de la banca los que nos asesinaron. Entonces, tenemos las cargas sociales que pesan muchísimo y los bancos que se asociaron a las empresas. El Estado que se asoció a las empresas por el IVA. Mientras tuvimos fronteras el sistema interno funcionó, pero, a partir del momento en que empezamos a construir Europa y encima a fragmentarnos, nuestro sistema económico no se mantiene en pie. No se afirma. Entonces, tienes todo el sistema económico que fue trastornado por un sistema de los *pieds-noirs* que era una explotación de la mano de obra barata. Modificaron el sistema en Francia.

[...]

¿Crees que esto va a durar mucho tiempo? ¿Va a haber todavía mucha gente que reciba la planilla de impuestos y pueda pagar todo eso? ¡Ya no quedan demasiados que puedan poner el dinero sobre la mesa! ¡Los comercios, ya no tienes uno que funcione, no caminan más, es un hecho! Aquí, hay tres o cuatro tabernas en venta. Y un hotel restaurante, y no hay nadie que lo compre.

—¿Y tú en cuánto evalúas tu negocio, ya que el problema también te incumbe?

PIERRE: El fondo de comercio es el 10% de la facturación sin impuestos incluidos.

—¿Cuánto es eso actualmente?

PIERRE: Quince ladrillos.* Y no hay quien lo agarre.

—¿No hay quien lo agarre a 15 ladrillos?

PIERRE: Tuve uno, un estafador. Fui demasiado honesto. Se presentaron con una pareja joven, iban a sacarle diez o 15 ladrillos, le armaban un crédito para comprarme el fondo...

—¿Querían seguir con el negocio?

PIERRE: Iban a seguir con el negocio, sí, era una pareja de 35 años. El hombre hacía los recorridos, la patrona atendía la oficina, pero al hombre le exigían hacer sesenta u ochenta clientes por día. No es posible. Yo conozco el oficio. Si va bien, te hago 35 y en verano, cuando los días son un poco más largos y no cuentas las horas, puedes hacer 45. Entonces, le habían asegurado que ganaban un millón y medio por mes con sesenta u ochenta clientes.

—¿Así que les dijiste que no iban a hacer sesenta clientes?

PIERRE: Les dije: "Yo acepto, yo acepto, pero honestamente hablando, no podrán hacer de sesenta a ochenta clientes". La gente salía de un mercado de calzado, un hipermercado del calzado, zapatos... vienen... es calzado que se compra por kilo, compras quinientos kilos y después los vendes, los pones sobre una mesa. Entonces el agente comercial del negocio, cuando vio que yo hablaba demasiado francamente y les decía la verdad, les dijo: "Hay que cumplir eso". Pero no cumplieron nada en absoluto. Si no les hubiera dicho nada, los hacía firmar a los dos, bueno, me embolsaba veinte ladrillos y asunto terminado.

[...]

Ya no tiene nada que ver con el comercio

—¿Quién domina hoy la distribución? ¿Los supermercados?

PIERRE: ¡Los supermercados! [...] Hay una ley, la ley Royer. A Royer lo pusieron por el suelo, en una época se burlaron de él diciendo que era un chiste, y esto y aquello. Era un tipo honesto y que defendía el comercio. Era un hombre... un hombre de bien. Pero se burlaron de él porque para todos los demás que sabían lo que se cocinaba en los bancos, los mercaderes de dinero y los rufianes del sistema, para todos ésos, era preciso que la cosa funcionara con otra óptica. [...] ¡Los hipermercados siempre hicieron lo que quisieron! La cosa pasa a comisión, la rechazan en la prefectura, la rechazan en la alcaldía, vuelve al ministerio, tienes el compañero de la francmasonería o del partido, a izquierda o derecha, porque todos están en la misma bolsa. Yo no hago diferencias de partidos políticos, el sistema económico es apolítico; no es cuestión de decir "Son los socialistas" o "Es la derecha" o "Es la izquierda"; ¡no es cierto! El sistema económico es un sistema que... es una administración de empresa, es un tío Pinay.** ¿Qué hizo Pinay? Era un empresario, tenía una curtiduría, sabía qué era un balance y un presupuesto, las cargas, lo que había que

*. *Brique*, denominación popular del millón de francos viejos, equivalentes a 10.000 francos nuevos (n. del t.).

**. Antoine Pinay, industrial y político independiente de centroderecha, presidente del Consejo de la República de marzo a diciembre de 1952. Sus principales objetivos fueron la defensa del franco y la estabilidad de los precios; debía la adhesión popular, sobre todo, a sus modales simples y su apelación al sentido común. Renunció al discutirse el presupuesto (n. del t.).

pagar, lo que no había que pagar. Cuando metes gente en los ministerios, gente que hizo grandes estudios [*con falsa deferencia*], estoy de acuerdo con ellos, ¿pero saben leer un balance? Tengo un diputado, y fui yo quien le hizo el cálculo para sacar el coeficiente de un IVA. Todos los hipermercados representan un potencial de compra, representan un potencial financiero, es plata fresca que entra en los bancos. [...] Entonces, ya no tiene nada que ver con el comercio.

[...].

Para nosotros se terminó, nos asesinaron. Estamos terminados. Nos asesinaron los hipermercados. Hace cinco años, charlando con el contador, le dije: "Vea lo que va a pasar en Europa. Si tuviera 35 años, cerraría mi negocio, dejo brillantes los hornos, vuelvo a poner en condiciones toda mi mercadería, todo impecable, todo a nuevo y cuando Europa esté construida –definitivamente construida, soldada; no una Europa que camine renqueando–, cuando Europa esté construida, pues bien, dos o tres años después, reabro y vuelvo a trabajar. Pero hasta acá... nos estamos hundiendo y no saldremos". Y no saldremos. Y además, bueno, no vamos a hablar de política porque...

[*Pierre cuenta entonces que había aceptado tomar como pasantes a los alumnos de una escuela de artes domésticas de la región, pero se negó a informarles el balance de su empresa, porque estaba convencido de que esas informaciones sobre la salud económica de ésta servirían de armas contra él y el pequeño comercio en general: "Les dije: no voy a decir que sus alumnos son espías, pero con la informática se sabe todo lo que pasa en una región, en todos los campos profesionales. Desde el comerciante de vinos hasta el comerciante de calzado, el comerciante de maní o el de ropa, y esto y aquello".*]

Que tengamos derechos, de acuerdo; pero hacen falta deberes

PIERRE: ¡Nosotros, con nuestro imbécil de Mitterrand con las medallas de los derechos del hombre con que vamos a cagar a todos los países del mundo, porque eso es pura mierda! Hace falta lo que hace falta, los derechos del hombre. ¡Los derechos del hombre! ¡Los derechos de la mujer y los derechos del niño! Y los deberes, ¿dónde están? Que tengamos derechos, de acuerdo, pero hacen falta deberes y obligaciones, hacen falta barreras en algunos sitios para decir: "Bueno, la libertad de los individuos comienza donde termina la de los demás". Y si pusiéramos eso en práctica, el mundo sería tolerable y habría un entendimiento fenomenal. Pero desde el momento en que es "Sal de ahí que me pongo yo, te empujo y tomo tu lugar, y lo demás me importa un bledo", es el comienzo de la anarquía. Bueno, con el trasto de los derechos del hombre, Gorbachov quiso dar libertad pero no tienen experiencia para tener libertad de la noche a la mañana, estás en una atmósfera de oxígeno, respiras oxígeno porque estás adaptado, eres débil, no tienes una gran salud. Y de golpe te dicen "Estás curado", te cortan el oxígeno y te echan al aire libre, corres..., te sofocas, no puedes aguantar, hace falta una transición.

[...]

Y también ahí encontramos chanchullos comerciales, financieros; el comercio-chanchullo, no el comercio comercial, honesto, porque cuando los alemanes del este criaban vacas, era para alimentar a los rusos. De la noche a la mañana, aceptamos las leyes europeas y dijimos en Bruselas que las vacas que están en Alemania oriental... los mercaderes de carne de segunda, los sinvergüenzas del dinero, las finanzas y el comercio-chanchullo compraron las vacas bastante baratas. ¿Qué resultó de eso? Que los rusos reventaron de hambre cuando necesitaban eso para su equilibrio económico, para comer. Y además, hizo reventar de hambre a los criadores franceses que tenían vacas y no pudieron venderlas. Entonces, ¿qué es este bello mundo? Es muestra, cuanto menos, de una fenomenal crapulada.

—*La verdad es que el problema de la URSS es muy complicado...*

PIERRE: La estupidez que les reprocho a los franceses, a todos esos tipos de 1989, de los derechos del hombre, la libertad, esto y aquello... La libertad hace falta y las vejaciones no, ¡pero pese a todo, una libertad limitada! No es posible dar pan blanco a todo el mundo, no es posible dar vacaciones a todo el mundo; no hay que soñar, eso jamás existió, ¿dónde vas a encontrar la pasta? No es cuando se haya hecho reventar a determinada categoría de individuos, ¿dónde buscar el resto? Y es ahí donde todo nuestro sistema económico, social y todo, ya no carbura. Además de eso, tenemos pese a todo extranjeros que están en Francia, de los que Francia se hace cargo, que son desocupados, que son... Bueno, si tienen un documento de extranjeros, si no hay más trabajo para ellos, hay que darles un toco y después que vuelvan a su país con un capital y compren una vaca, un cerdo, y volverán a criar su ganado allá, reharán sus cosas en su casa. [...] El tío Pinay era un gran tipo, era un

jefe de empresa y sabía qué era una gestión. Uno ve que tenemos ministros que los ponemos una vez en Educación Nacional, otra vez en Agricultura, otra vez a diestro y siniestro –tú me dirás: "El ministerio no cambia, el ministerio perdura"–, pero yo considero que hace falta gente que sea del oficio, y además, sepa de qué habla.

—*Sí, sí, absolutamente.*

PIERRE: Pero el problema del que nadie habla y que los norteamericanos previeron, es que al dividir a Rusia como lo hicieron, la están debilitando, aunque sea desde el punto de vista técnico, porque pese a todo fueron los primeros en ir al cosmos. Pues bien, el caso más grave del año 2000 será China, porque Rusia es el escudo de Europa contra la invasión china, y si está dividida, bueno, los chinos tendrán las de ganar. Y presionarán, y ahí está el peligro amarillo. Los rusos, en el año 2000, se pondrán de parte de los chinos, se inclinarán hacia los chinos para presionar al continente.

—*¿Quieres decir que actualmente no hay un político que valga más que los otros, no hay ninguno que...?*

PIERRE: ...que dé un golpe en la mesa y diga: "Se acabaron los chistes, hay que trabajar y empezar desde cero", ¿eso es lo que quieres decir?

—*No sé, te pregunto para saber cómo ves tú las cosas.*

PIERRE: Bueno, para lograr la recuperación económica [*hay que bajar la*] tasa de interés, la tasa de préstamos, para corregir ya la situación bancaria de todas las empresas. Todas las empresas tienen clavos en el banco, están obligadas a pasar por ellos, y los bancos actúan como rufianes con las empresas. ¿Te parece normal el sistema de tarjetas (bancarias) para sacar dinero, te parece normal? ¿No hay bastante gente en las cajas? Mira la gente que se adjudica 17 meses de salario por año: está pagada en exceso. ¡Y no trabajan en las vísperas de los feriados! [...] Que las tarjetas formen parte de la técnica moderna, esto, aquello, está muy bien, pero yo estoy en contra de ese sistema: cuando no hay más plata en los cajeros, ¡la gente no tiene dinero! Yo jamás tuve tarjeta y estoy contra eso. Si tengo una libreta de cheques, hago uno. Si necesito dinero, voy a buscarlo a la caja. Es sobre todo para que no se embromen los empleados bancarios, se hace trabajar a los otros. Es como en los hipermercados: gente que se sirve a sí misma; hay dos, tres tipos que ponen las baratijas en los anaqueles o que meten un carretón y después la gente se sirve, pasa por la caja y la única que hace el trabajo es la cajera. Eso genera desempleo, porque no crea puestos de trabajo, los hipermercados no crean empleos en comparación con las pequeñas empresas. ¿Y por qué no crean empleos? [*Porque*] hicieron leyes sociales. Cuando tomabas a alguien, ya no podías echarlo a la calle [...] y estás obligado a sacar la libreta de cheques y encima mandarle papilla. Fuimos demasiado lejos con ese sistema, hay que dar marcha atrás. Y no es algo retrógrado... Entonces, primer punto, los bancos son demasiado caros, cobran demasiado y fijan tasas de interés y de especulación muy altas para cualquier empresa que quiera tratar de desarrollarse. Incluso un joven que quiera equiparse, lo estrangulan. Cargas demasiado elevadas, tienes una patente, el gravamen profesional. ¡Ah, si trabajas solo con tus huevos y tu cuchillo, ah, ahí, amigo mío, no tienes que pagar nada! A partir del momento en que te compras una camioneta, un equipo de embotellado, una enjuagadora, un carro elevador, te calculan los trastos sobre tu material. [...]

—*¿Así que los remedios que ves son, uno, los bancos, y dos...?*

PIERRE: Dos, las cargas sociales están mal establecidas. Para aliviarlas, lo primero que hay que hacer es la medicina gratuita. Así se eliminarán los vagos, la gente mantenida de por vida por la seguridad social; conozco algunos aquí. [...] Las cargas sociales, la medicina gratuita para aliviar las cargas sociales, los gravámenes profesionales, que son demasiado pesados.

[...]

Lo que hace falta no son textos de ley, sino lógica

PIERRE: Es como... mira, tengo que hacer declaraciones todos los años para la caja de empleadores, pero hay veces que me pone los nervios de punta. Ten, esto es lo que recibimos [*me muestra unos formularios*], es la declaración que se hace todos los años para los asalariados. Hay que entregarlo a la computadora el 31 de enero. En 1991 llené los datos, hice el duplicado y el 23 de enero lo mandé. El 1 de marzo recibo una carta certificada de la caja que me decía que habían recibido el impreso con retraso y que, visto el artículo tal y cual –no hay que pagar nada, es simplemente la declaración de todos los salarios que se pagaron para establecer por computación las fichas de jubilación, en fin, el expediente de cada uno–, ¡me ponían una multa de cuatrocientos francos! Entonces digo: "¡Ésta es la máxima!" [...] Agarro el papel, voy a verlos y les pido explicaciones. Les digo: "Muéstrenme el sobre con el matasellos del correo, quiero saber, no fui yo quien lo despachó". "Ah, bueno, no nos quedamos con el sobre"; les pregunto: "Entonces,

¿qué prueba tienen?". "Ah, bueno, tiene que confiar en nosotros"; les contesto: "No estoy de acuerdo, tendrían que haberme avisado el 2 de febrero o el 5 o el 10, si lo recibieron el 10 de febrero, pero no un mes después del plazo en cuestión". [...] A fines de mayo recibo una notificación que me dice que hace dos años pagué aportes de más a la caja, y me los reintegran dos años después, y me comunican: "Bueno, aquí está, hicimos la nota de cálculo y le debemos 3.200 francos que regularizaremos con un cheque el 31 de octubre de 1991". [...] El 31 de octubre no recibo ningún cheque. En noviembre, sigo sin ningún cheque. Alrededor del 10 de diciembre voy a Troyes y les digo: "Díganme entonces, debían enviarme un cheque por 3.200 francos". "Ah, bueno, sí, su cheque, sí, efectivamente, vamos a ver, pero nos vamos a ver obligados a retenerle cuatrocientos francos"; les pregunto: "Si no es el mismo expediente, ¿cómo llegaron a saber que...?". "¡Por la computadora!" Les contesto: "No es posible que lo sepan por la computadora, si les digo que no es el mismo expediente, son dos asuntos diferentes". "Le vamos a enviar un cheque."

Me mandaron un cheque por 2.800 francos, me birlaron cuatrocientos. Lo que hacen es deshonesto. Yo digo: si piensan sacar de apuros su caja picando cuatrocientos francos de aquí y de allá, creyendo que como somos buena gente no vamos a decir nada, vamos a mandar la plata...

—¿Y aún no tienes noticias de tu recurso de gracia?

PIERRE: Espero un mes más. ¡Pero créeme que, si no tengo noticias, voy a recontraencajarles una carta certificada, agarro mi documento de elector y lo meto adentro diciéndoles que mientras haya administraciones deshonestas, no hace falta que me mueva para ir a votar! Si no me consideran como un ciudadano; no tienen más que considerarme como un árabe y un contestatario. Le digo a X.: "Si ves que no voy a votar, es porque me birlaron cuatrocientos francos". No es por el dinero; no tengo nada que hacer con ir a votar el Consejo General. Y qué quieres, todo es así... Lo que hace falta no son textos de ley, sino lógica. Y con la lógica se encuentran soluciones.

Un día, al principio de Mitterrand, en 1981, no sé si te acuerdas, había una exención de un porcentaje, ya no sé de cuánto, 3 o 4% menos sobre los salarios bajos. Los salarios que no superaban los 4.200 francos bruto pagaban un aporte, ya no sé, no querría mentirte, en lugar del, supongamos, 14% de cargas sociales, los que no superaban los 4.200 no pagaban más que –no sé, lo digo por decir– el 10%. Un descuento del 4%. Durante seis meses yo tuve asalariados que estaban por debajo de esa cantidad y después hubo un aumento de salarios. No nos mandaron una nota diciéndonos: "Atención, usted supera los 4.200 francos, le recordamos que...". Tenía un empleado que había hecho algunas horas de más y había pasado ese límite. Pero, mira bien, debían de ser 4.208,20 francos, eran 820 francos [*viejos*] de más. Un año después, viene un inspector de la caja y revisa todos los expedientes. ¡Ah, el lindo asunto! Había 820 francos de más para ese cliente. Pues bien, créeme si tienes ganas, yo dije, por 8,20 francos da lo mismo. "¡Ah –me dijo–, no es así, hay un 4% de más!" Calculó el 4% sobre 4.200 francos, eran 160, pero como había venido con uno o dos años de retraso, los intereses... tanto por ciento de más. Entonces le dije: "A lo mejor es el texto de la ley, pero le digo, póngase en mi lugar, yo me pongo en el suyo, siéntese en mi lugar". "Ah –me contesta–, siempre tiene la posibilidad del recurso, puede impugnar si le..." Elevo el expediente, hago el recurso, me molesto a la administración del contencioso administrativo en la sede administrativa del departamento. Miran el asunto y me dicen: "Ah, bueno, no se puede hacer gran cosa, hay que pedir eso, la opinión del juez".

Fuimos al tribunal, era una especie de meona que seguramente debía acabar de salir de su crisálida, llegué con todos mis papeles, todos mis elementos para probar que por 8,20 francos de más, si había una cuestión de lógica... No fui con un abogado porque en ese momento... Pues bien, mira, me presenté con mis papeles, quise parlamentar, la jueza debía de haber nacido así, me dijo: "Bueno, vaya; ¡el siguiente asunto!" Le dije: "Pero no tuve tiempo de explicarme y todo eso". "No, no, está bien; ¡el siguiente asunto!"

No me dieron tiempo para explicarme, nada en absoluto, y me fui descorazonado. Había una especie de buena señora que era la abogada o la contadora de la caja que representaba... La encontré en el pasillo y le dije: "Dése cuenta, ustedes están asesinando a las pequeñas empresas, me descorazonan", ¡me costó 120.000 francos por 8,20 de más! ¡Mierda! ¿Es un texto de ley? Le pregunté: "¿Ésa es la justicia francesa?". Y después agregué: "Me importa un bledo, tendrán 1.200 francos más en su cajón, ¿van a estar contentos? Le digo, usted sabe, empresas como las nuestras, bueno, van a desaparecer, van a tener que ir a buscar la cosa en los hipermercados". Ah, todo eso son pequeños detalles. Y además de todo, pues bien, sabes, si mañana hay elecciones, ni siquiera me molesto más. Hace tiempo que

habría dejado de ir si no estuviera en una pequeña comarca donde se fijan en quiénes van a votar y quiénes no. Porque todos nuestros muchachos que están empleados, cuando los eligen se dicen: "Me importa un pito, me quedo seis años...". ¡Oh, no están para bajarse sus subsidios, ésos!

—La verdad es que ese tipo de historias es para indignarse.

PIERRE: Es triste, son gente mezquina. A lo mejor tienen una gran paga, pero para mí son mezquinos. Considero que no hay que prestarles atención. ⁂

Enero de 1992

Carreras destrozadas

Louis Pinto

El despido pone a los individuos fuera de juego durante un tiempo indefinido y precipita un hundimiento de las previsiones: además de la disminución de los ingresos, implica una invalidación de las pretensiones sobre el futuro que tiende a anonadar o devaluar la mayoría de las posibilidades contenidas en la condición profesional anterior. Entre otras consecuencias dolorosas, la pérdida del empleo impone un desmentido al narcisismo que en ocasiones la empresa alienta entre sus ejecutivos* en actividad. Para muchos de ellos, el trabajo y la energía consumida tenían como condición necesaria la creencia activa en las esperanzas asociadas a la idea de "carrera", proceso acumulativo de ganancias materiales (salarios, primas...) y simbólicas (reputación, relaciones...). Es esta seguridad la que hacía razonable toda una serie de compromisos más o menos solidarios, tanto en el trabajo (puesto en el interior o en el extranjero, especialización...) como en la esfera privada (vida de pareja, matrimonio, hijos, tiempo libre, créditos inmobiliarios...). El efecto del despido consiste en poner en cuestión todo lo comprometido a través de la persona del despedido, cualidades "individuales" (como el "dinamismo", el celo y la lealtad) y aspiraciones tanto profesionales como privadas. Como hace incierto el futuro, obliga a realizar una especie de inventario de los recursos utilizables y pone en evidencia, en algunos, faltas hasta entonces reprimidas o disfrazadas. Y si la mirada del otro –el cónyuge, los amigos, los vecinos– se vuelve a veces difícilmente soportable, es porque deja ver la discordancia que puede existir entre la condición actual y las pretensiones confirmadas durante mucho tiempo.

Esta prueba no puede tener la misma significación para todos. La manera de vivirla y, llegado el caso, de superarla, depende del capital poseído. Podríamos oponer, en un extremo, a los ejecutivos que poseen el conjunto de las propiedades positivas –títulos educativos poco corrientes, sexo masculino, juventud...–, y en el otro a quienes están más desprovistos de ellas. Por ser desigualmente "ejecutivos" (según la definición social que existe en un momento dado), los ejecutivos están desigualmente expuestos a la desocupación. Los primeros afectados son aquellos cuya pertenencia al grupo es más frágil, en particular quienes alcanzaron esa categoría gracias a una coyuntura excepcional y singular, estrechamente dependiente de los empleadores. Estos individuos son víctimas de los límites inscriptos en su manera de ser ejecutivos, de lo que se deriva de su currículum y también de su apariencia exterior, su ausencia de relaciones, su competencia calificada como demasiado limitada, etcétera. Descubren entonces que la considera-

*. *Cadres*, en el original: denominación que se daba originariamente al personal dirigente de una empresa, pero que ahora tiende a aplicarse también al personal de cierta jerarquía pero no necesariamente con funciones de dirección. En ese sentido, "ejecutivo" no es el equivalente exacto pero sí el término que más se aproxima a la idea del francés, a menos que se opte por la traducción literal, "cuadro", transfiriéndolo del ámbito militar y de la militancia política al empresarial (n. del t.).

ción de que habían gozado, las palabras benévolas de los jefes e incluso su título de "ejecutivos" no eran más que signos de éxito muy precarios.

Sala de espera

Hace ya diez años que el señor Sapin no logra encontrar empleo, y ha terminado por perder las esperanzas. Pero a los 51 años, locuaz y de aspecto sólido, aún está lejos de la edad de la jubilación. Dentro de la Sociedad K., una gran empresa de aguas minerales donde trabajó de los 26 a los 43 años, había sido lo que se llama un "ejecutivo de la casa". Sin otro caudal educativo que el bachillerato (él habla de sus "dos bachilleratos"), se lo había promovido rápidamente al rango de ejecutivo con el cargo de visitador regional, dedicado a hacer contactos con el cuerpo médico. Sin duda supo hacer que apreciaran y reconocieran su pericia en las relaciones humanas. No conforme con ser un mero "empleado comercial" encargado exclusivamente de las gestiones ante los hipermercados, pretendía ser un interlocutor de los especialistas con quienes podía tener discusiones "interesantes". Viajaba, veía a mucha gente, tenía "responsabilidades" (en el reclutamiento y la formación). Sobre las causas de su despido, parece hoy escindido entre una explicación por el mercado, que pone en primer plano la necesidad de limitar la cantidad de personal de un sector en lo sucesivo declinante, y una explicación por la política de reclutamiento, que destaca la preferencia abiertamente acordada a los "jóvenes" en detrimento de los "viejos".

No fue difícil encontrarlo en las "jornadas anuales" organizadas por una asociación dedicada a la defensa de los desocupados. Afable y accesible, da la impresión de que procura aprovechar toda oportunidad de hablar de sí mismo y, accesoriamente, de un orden social responsable de la desocupación. Manifiestamente acostumbrado a tomar la palabra en público, tuvo la ocasión de estar en televisión. Su deseo de reconocimiento social se trasluce en su obsesión por no dejar indiferentes a sus interlocutores. Nacido en una familia modesta del norte de Francia y huérfano a temprana edad, durante un tiempo tuvo la esperanza de realizar estudios superiores, pero debió interrumpirlos al cabo de un año, y esta relación desafortunada con el sistema educativo tiene algo de una experiencia originaria que está condenado a revivir sin cesar. Aunque no posee títulos oficiales, estima alcanzar el nivel requerido por ellos. Pero esa ausencia de títulos jurídicamente garantizados es la fuente de la alternancia de dudas y afirmaciones que caracteriza permanentemente a sus palabras: se dice alumno ejemplar pero no "brillantísimo", afirma tener un diploma de dietista pero agrega que no está verdaderamente diplomado, es ejecutivo pero no realmente, etcétera. Por experimentar al mismo tiempo la marca del éxito y el fracaso, se dice fundamentalmente doble ("Hay dos personas en mí"). Ejecutivo, está desocupado pero vive como un rentista porque consiguió acumular, gracias a una serie de herencias familiares, un patrimonio mobiliario e inmobiliario del que extrae ingresos complementarios, fuente de una relativa seguridad. Se considera casi rico pero, obsesionado por el ahorro, vive de manera muy modesta. Espontáneamente "de izquierda", se percibe diferente de sus vecinos, copropietarios del inmueble señorial donde reside (les ha dicho muy claramente la verdad sobre su desocupación). "Anticonformista", rechaza las apariencias burguesas: usa el pelo casi largo, un poco en desorden, y lleva un conjunto de pulóver y camisa. La misma dualidad se manifiesta en sus opciones políticas: es "de izquierda" pero está contra los inmigrantes, las mujeres, los jóvenes, los docentes, etcétera. Su relación con la cultura también tiene la impronta de una exclusión: habla con orgullo de sus "3.500 libros", salpica sus palabras con citas cultas más o menos apropiadas, se jacta de poder "hablar media hora" sobre un tema como la Polonia de la época de Pilsudski y a veces le toca ser ganador en un juego de televisión. Interesado en la política, se compromete moderada pero concienzudamente en la defensa de los desocupados y presta algunos servicios que se esperan de él.

Lejos de estar ocioso, parece haber descubierto la clave, envidiada y buscada por la mayoría de los individuos en cuestión, de un desempleo en cierto modo "exitoso". Tras haber aprendido a renunciar, transmite de buen grado algunas recetas sobre el arte de economizar. Y si se impone un estilo de vida "frugal", uno advierte que es tanto para intentar ajustar de manera ingeniosa las necesidades a unos medios reducidos, como para justificar una conversión casi ética que en parte consiste en desplazar la frontera entre el orden de lo necesario y el de lo superfluo.

Ésa es la impresión ampliamente "positiva" que el señor Sapin pretende dar de su situación. Ahora bien, hete aquí que mientras habla desde hace casi una hora, una mujer joven aparece en la habitación, interrumpe la conversación al mismo tiempo que se excusa por ello y pide la palabra, afirmando que es absolutamente necesario que intervenga. Está nerviosa: visiblemente puesta a prueba por la condición de desocupada, sus palabras son menos resignadas.

La señora Laurent fue encargada en un servicio de personal pero con responsabilidades no reconocidas de ejecutiva. La "desgracia" que condujo a su despido le hace apreciar todo lo que su posición anterior tenía de gratificante. Situada en un universo particularmente poco propicio para las mujeres, no tenía títulos lo suficientemente elevados para escapar a la buena voluntad de los empleadores: hasta en su calificativo de "especializados" (DESS* de gestión de personal) llevan la marca devaluada de los títulos más recientes emitidos por el sistema educativo para responder al aumento de la población escolarizada.

Como si esas palabras realistas lo hubiesen despertado con un sobresalto, el señor Sapin deja entonces escapar, fragmentariamente, algunos lamentos (la dentadura que no podrá arreglarse, vacaciones para las que no tiene ni los medios ni, sobre todo, la afición), temores, ganas, todo lo que su discurso, en su mismo exceso, había ocultado. ◆

*. *Diplôme d'études supérieures spécialisées*, diploma de estudios superiores especializados (n. del t.).

Con algunos ejecutivos desocupados

Entrevistas de Gabrielle Balazs y Louis Pinto

"No sé qué es el futuro"

M. Sapin: No entro en ninguna categoría...

—¿Por qué?

M. Sapin: ¿Por qué? Porque soy un anticonformista nato, jamás estuve en concordancia con las tendencias de la opinión, en fin, jamás; fui antigaullista furioso a los 25 años, mitterrandista cuatro veces, pero ahora... espero, espero un cambio de mayoría, no por razones de pertenencia a la derecha (no soy fundamentalmente de derecha) sino porque, como soy demócrata, para mí la alternancia resuelve adecuadamente los problemas. En fin, no hace falta mencionar mi atipicidad, tengo una trayectoria: huérfano de madre a los 6 años, de padre a los 19, prematuramente adulto, todo eso hace de mí alguien un poco particular; además una trayectoria profesional no brillantísima pero, en fin, ayudada por el final de los Treinta Gloriosos* con dos bachilleratos, un año de escuela superior de comercio: me acuerdo de que había aprobado el examen, era el segundo entre 275, y después no lo confirmé porque mi padre murió el mismo año. Pienso que no tenía el sostén familiar que me hubiese permitido terminar los estudios; lo digo porque tengo una hija de 21 años que llegará bastante lejos, por el momento está sin empleo pero normalmente debería ser profesora... Aprobé un primer bachillerato de técnicas económicas que, en esa época, sólo balbuceaba y después me harté, hice otro de filo... En esos momentos, con dos bachilleratos se entraba en todas partes, yo no estaba hecho del todo para los estudios, había habido una falta de orientación, de estructuración familiar, de encuadramiento familiar. Conocí a la mujer con quien 35 años después todavía vivo –hace 35 años que perdura esta situación– cuando tenía 16, así que nos casamos bastante pronto. Durante un tiempo fui celador en educación nacional, mi mujer trabajaba; no es una intelectual pero, en fin, es una mujer muy inteligente que tiene los pies sobre la tierra y un espíritu curioso. Era secretaria de dirección; estaba bien integrada al mundo del trabajo, la apreciaban, era eficaz.

—El trabajo de usted consistía en...

M. Sapin: Visitaba al cuerpo médico, así que en una primera época estaba en el norte de Francia y tenía un sector que había crecido y después se desinfló; en fin, variable, pero en cierto momento me reencontré con el norte, Picardía y las dos Normandías. Vivía en Lille, pasaba la mitad del año volviendo a la noche a casa y la otra desplazándome, como las aves migratorias; a partir de marzo salía y en invierno estaba en casa... hacía los recorridos en casa rodante. Y eso duró cierto tiempo porque después de uno o dos laboratorios farmacéuticos me incorporé a los 26 años a la sociedad K., donde llegué a ejecutivo muy pronto, luego de dos años. Y me pusieron de patitas en la calle después de que pedí otro sector en Nantes. Lo hicieron con justa razón. Por la buena razón de que ya no servía para nada. Estaba en Nantes y mi función era hacer relaciones públicas, y como puede darse cuenta, realmente siempre estuve muy, muy cómodo en los contactos humanos. [...] Nada me da miedo, en las últimas jornadas anuales tomé la palabra delante de seiscientas personas y apostrofé al director general de la ANPE de la época; no sé qué es sentir aprensión... Pero eso es la costumbre, porque mi oficio me hizo conocer a varias decenas de personas diferentes; estuve en una enormidad de congresos porque nos encontrábamos con el cuerpo médico. [...]

En Nantes descubrí que potencialmente había veinte mil personas para visitar, así que la profesión me encantaba... Veía a la gente que quería, y eso iba desde la enfermera de la clínica al gran patrón con quien me encontraba en congresos o ante cuyos alumnos yo hacía una exposición de veinte minutos sobre el ácido

*. Período que va aproximadamente desde 1945 hasta 1975, durante el cual el Estado de Bienestar alcanzó su máximo desarrollo (n. del t.).

único, la cura, etcétera. Era extremadamente variado, no había un día que fuera igual a los demás, siempre en sitios diferentes y con razón. De modo que no estaba preso entre las paredes de la empresa, porque para entenderme (creo que es esencial), vea: 25 años de actividad asalariada pero no en la empresa. Y sin estar ligado a resultados, ¿se da cuenta?...

—*Ah, sí... Bueno, sí, pese a todo estaba ligado a los resultados...*

M. Sapin: No se podía calcular. Ahora, sucede que en un principio la patronal nos fue muy favorable; y después, cuando compraron K., los patrones nos abandonaron. Y cuando llegué a Nantes, sabía muy bien que la cosa estaba con un pie en el aire, no reemplazaban a los que se iban, los jubilados, y además después de seis años hubo una reunión del comité de empresa, etcétera; ya no querían tenernos como visitadores médicos, y tenían razón: la publicidad por la tele nos había reemplazado y en realidad ya no servíamos para nada. Entonces me pusieron...

—*El nombre de su puesto era visitador médico.*

M. Sapin: Sí, en fin, era visitador médico, delegado médico pero encargado en los últimos siete, ocho años; era ejecutivo ya desde hacía tiempo pero lo fui verdaderamente en la medida en que formé a más de cincuenta personas sobre la marcha en una época en que se tomaba mucha gente, empleados comerciales, y para iniciarlos en el aspecto médico de nuestros productos, formé más de cincuenta personas y tomé unas treinta, y cuando había contrataciones me llamaban a París y con un colega que era mi *alter ego* de Montpellier decidíamos el reclutamiento... a éste lo tomamos, a éste no. Ya reclutados, yo me encargaba de la formación, de modo que durante unos cuantos años prácticamente tuve que dedicar los domingos a la adquisición de un saber médico; y cuando vivía en el norte, la sociedad K. me mandó durante tres años al Hôtel-Dieu [hospital], lo que me permitía tener el nivel suficiente para formar gente. Y mi patrona, que era médica, confiaba en mí: yo reclutaba, formaba, acompañaba a la gente... [...] Así que era muy intenso porque veía a la gente, y después escogía a los médicos que quería, mis colegas en la profesión me indicaban que tal era espantoso, de mal carácter, yo tenía 20 mil en un fichero y tuve contactos excelentes con ellos [...].

Asistí a muchos congresos en París y otras partes, fui a congresos en el extranjero (hablaba muy correctamente inglés y alemán); en fin, en verdad era muy agradable porque había una cosa de relación pura con los médicos, que me recibían con los brazos abiertos porque yo contrastaba con el aspecto fastidioso de los laboratorios. La mayoría de los médicos jóvenes ignoraban cómo se recetaban curas termales porque no se lo habían enseñado; no, era muy bonito. Organizaba mi jornada de manera muy flexible...; la semana se organizaba en tres días y medio, cuando estaba de gira le daba con todo; hacía jornadas de 12 horas; empezaba en lo de algunos médicos que recibían a las siete de la mañana, y el día anterior había terminado con los últimos a las doce y media de la noche. Pero no me molestaba, ya que era libre y además esa ocupación consistía en muchos desplazamientos (pero menos de lo que podría creerse). Así que hacía las giras con el peso de la soledad, desde luego, la soledad es dura pero yo tenía una esposa que aguantaba la situación; y además, en el fondo, en el plano de los sentimientos de la pareja, la cosa... estaba bien así.

De la cultura y del patrimonio

—*¿Y por qué dijo que empezó a "estar con un pie en el aire"? ¿Qué pasó?*

M. Sapin: Muy pronto descubrieron que había aguas más baratas, y el mercado de los hospitales se vino abajo, ¡se vino abajo! Lo abandonaron y entonces me propusieron una reconversión totalmente ficticia; yo ya no tenía edad. Así que me dijeron: "Si quiere, eso, y si no quiere, despido, y le conservamos intactos los derechos"; me fui con 45.000 francos de ahora. Entonces, por supuesto, con eso no me compré un BMW, lo coloqué en seguida, es lo que me permite... Y vuelvo a lo que le decía ayer cuando mencionaba las tres condiciones de la cultura, el humor y el cinismo, y patrimonio; soy alguien que en comparación con el conjunto de los desocupados se consideraría en situación holgada. [...]

—*Porque hizo inversiones, hizo inversiones con ese dinero...*

M. Sapin: De los abuelos heredé casas, etcétera, de manera que, si usted quiere, por una astucia fiscal, logré no estar sujeto a imposición [...], pero, en fin, no nado en oro. Digamos que ahora vivo con 9.000 francos por mes. Entonces, como soy una hormiga ahorrativa y conozco todas las astucias para vivir gastando lo menos posible, mantengo un modo de vida burgués; vivo en un edificio burgués donde no hay más que funcionarios e incluso un ex subprefecto, un comisario de policía, etcétera, y en el edificio todo el mundo sabe que estoy desocupado porque lo anuncié, sin esconderme...

—*Alto y fuerte...*

M. Sapin: Sí, alto y fuerte. A algunos, para incomodarlos; a otros simplemente para decirles la verdad. No significa ningún inconveniente; es la ventaja de la formación y la cultura, poseo ciertos códigos sociales y lenguajes que me permiten salvar por completo la distancia social que se crea. Bueno, actualmente estoy un poquito más tranquilo, bueno, las cuotas del departamento disminuyen y a los 60 años voy a tener 12.000 francos de jubilación.

—Ah, sí, está bien, a partir de ahí la cosa va a volver a estar en orden...

M. Sapin: Porque además, un día la ANPE me declaró en plena cara –y se lo agradezco, porque era alguien con quien había entablado, mantenido relaciones muy positivas...–, resulta entonces que la ANPE me dijo: "Señor, alguien como usted no encontrará nunca"... Fui a la televisión. Seleccionaron mi diatriba contra la exclusión por la edad. Expliqué (porque soy un poquito comediante, así que hice restallar las palabras): "Considero personalmente que el racismo por la edad es equivalente al racismo por la piel", ¡y lo pasaron! Uno ya no tiene ninguna posibilidad de encontrar un trabajo. Le voy a dar la prueba: tengo un viejo compañero que se quedó y después aceptó ser empleado comercial... ¿yo, comercial? era tan mediocre, ir a los hipermercados, tener discusiones sórdidas por cuestiones de presupuesto, ¡ah, no! Era demasiado...

—No le convenía para nada...

M. Sapin: No tengo muchos estudios pero leo 150 libros por año, *Le Monde* desde hace treinta: pese a todo soy un poco intelectual. Para que se dé una idea de mi nivel, hago las palabras cruzadas de *Le Monde* y *Le Figaro* en una media hora; eso le habla de mi nivel de cultura, y no dejo de tener esperanzas de aparecer algún día en "Question pour un champion" ["Pregunta para un campeón"]. Tengo una memoria fantástica, por ese lado soy más capaz que por el lado de la inteligencia: no me creo especialmente inteligente, soy hiperadaptado, híper... Bueno, sí, porque tuve una profesión en que gente que no conocía, médicos, yo entraba en sus consultorios, y era necesario que en treinta segundos –usted conoce la regla de las tres primeras palabras, los tres primeros pasos y las tres primeras miradas...– ¡era necesario que entendiera absolutamente todo! Todo, absolutamente todo, es decir, este sujeto es "tipológicamente temperamental", la decoración... me inspiraba con lo que había en la sala de espera, etcétera. Y ésa es una gimnasia mental, es hasta pavoroso porque descubro el interior de una persona en 15 segundos. [...]

Hay dos personas en mí

—Dijo que al principio era arduo...

M. Sapin: Sí, desde luego, si usted quiere, actualmente lo que digo es que todo va bien. ¡La bofetada que uno recibe en plena jeta cuando a los 45 años le dicen: "Se terminó"! Dicho esto, yo no estaba en la empresa. Soy a la vez capaz de ser una fiera para el trabajo, de trabajar 12 horas por día, hice congresos en París durante un mes sin parar, pero en cambio también sé ser perezoso cuando corresponde; digamos que tengo una concepción un poco indolente de la existencia al mismo tiempo que soy tónico... Pero, en fin, mi profesión me hacía valorarme porque era muy gratificante. Tenía relación con médicos que eran tan amables. Que me invitaban a comer, a tomar un aperitivo, que... Un día caigo en lo de un médico que me dice: "Vamos a escuchar música", y dejó plantada a toda la sala de espera... Es un hecho que, aunque uno no sea un adicto al trabajo –cosa que nunca fue mi caso– tenía demasiados polos de intereses, conocía todos los museos de Normandía. Pero aunque sea un vago, aunque sienta un desprecio notorio por el trabajo y esté empapado de *El elogio de la pereza* de Lafargue [*el yerno de Marx*], no hay problema cuando la cosa se le viene encima. Pero bueno, yo hago de tripas corazón...

—Sí, pero, pese a todo, ¿tuvo que reorganizar su vida?

M. Sapin: Sí, ah, bueno, reorganizarla, vea, no era difícil, yo no estaba en la empresa, controlaba mi propio uso del tiempo, eso no cambió... Recuperé, porque pese a todo hay consecuencias positivas, recuperé a mi familia, porque antes estaba todo el tiempo de gira, usted sabe, no es muy gracioso, afortunadamente...

—Sí, en realidad uno trabaja porque no queda otra cosa...

M. Sapin: No, agarraba libros, todos los diarios, pero la vida afuera no es un chiste, un chiste; tuve encuentros interesantes, hombres o mujeres, etcétera, pero no es el asunto, si uno está de recorrida no se puede tener una actividad deportiva, no se pueden tener reuniones regulares por placer en la semana, así que consideraba; y ya se lo había dicho... Bueno, había que hacer relaciones, y los sábados y domingos me atiborraba de revistas médicas. Pues bien, sí, porque me pasé domingos enteros leyendo las publicaciones médicas, haciendo legajos, preparando conferencias para mis colegas, etcétera. Así que recuperé a mi familia... No soy alguien que esté obsesionado con la familia y tengo muy mala relación con mi hijo; con mi mujer estamos muy bien;

mi hija es una muchacha intelectual, pero no estamos para nada en la misma longitud de onda; a título indicativo, votó No [*en el referéndum sobre el Tratado de Maastricht*] porque está contaminada por las ideas de Le Pen. Sin embargo no sé cómo... Ah, sí, padre de izquierda, hija de derecha. Pues sí, pero lo acepto, es así... Ya cambiará, ya cambiará.

—*¿Eso no sólo cambió la organización de su vida, sino también su visión del mundo?*

M. Sapin: ¡Sí, mi visión del mundo! ¡Ah, es simple! Yo era de izquierda sin matices, me incliné a la abstención, al voto a la extrema izquierda... el voto comunista, no. Más allá del voto bastante desencantado, bastante pesimista –soy un pesimista, un pesimista que anuncia las catástrofes porque tengo la esperanza de que no sucedan– [...] Y, además, no creo en absoluto en la astrología pero soy un geminiano típico; ¡la astrología es una pavada, pero más geminiano que yo no va a encontrar ninguno, ninguno! Ah, no, pero hay dos personas en mí, lo sé... ¡Es increíble! ¡Una dualidad tremenda, y de ahí la lucidez, por otra parte!

[...]

No consumo en exceso

M. Sapin: A título indicativo, tengo un patrimonio de casi tres millones de francos, con mi departamento... Oh, pago seiscientos francos por esa casa; así que soy un desocupado atípico y, desde luego, no se lo puedo contar a todo el mundo. [...] Mi patrimonio no está tan valorizado como podría, pero es a propósito porque lo mantengo diversificado, porque no quiero jugarlo todo a una sola carta. Así que, si usted quiere, en mí hay un lado de mala conciencia; soy un cochino burgués capitalista con propiedades. ¡Bueno, sí! Sí, eso, con las ideas de izquierda, además, pero en fin, es así, no me plantea problemas [...]. No consumo en exceso como la mayoría de la gente: nada de viajes, al auto lo voy a hacer durar, si puedo, hasta que me jubile; nada de signos exteriores de riqueza, me visto correctamente así, pero durante la semana estoy en *jean*; ya no tengo medios para gastar ropa, el pantalón que tengo es de una persona a la que le arreglé una persiana, que me pasó cuatro, unos pantalones bárbaros, mi esposa los retocó, etcétera, hace trabajos de costura. Somos del norte, ella va regularmente cuando viajamos para allá una vez por año, en fin, cuando digo que no tomo vacaciones, en realidad el año pasado fui al norte (¿pero ir al norte son vacaciones?). No me engaño con ciertas cosas; no le oculto, por ejemplo, que estoy en contra del RMI, ya se lo dije. Hay que aclarar que si hay desocupación, es porque hay una cantidad de mujeres ladronas de empleos, que mandaron al desempleo a padres de familia como yo; insisto en esa opinión.

—*¿Lo cree realmente...?*

M. Sapin: Lo creo, pero ojo, no soy un machista. Las mujeres hacen carrera, para mí es claro y nítido. Pero hay que ir más allá, yo voy más allá, más allá por la solución de la división del trabajo. Pero bueno, agregaría que un poquito menos de inmigrantes, un poquito menos de gente expulsada del campo, etcétera, etcétera. De todos modos, espero dos cosas, las espero, y no crea que es cosa de *Schadenfreude* [*alegría malsana*], de política de lo peor, pero espero primero la baja de los nacimientos; segundo, la explosión de las cajas de jubilación. Para las mujeres que trabajan [...], el hijo único es una catástrofe; las mujeres que paran en uno tendrían que ser penalizadas, en última instancia más vale no tener ninguno. Son gente con doble salario, dos millones y medio por mes; en mi casa tengo un vecino jubilado que acaba de darse el gusto de un Mercedes de ocasión a 17 millones (¿se da cuenta el medio en que vivo?), entonces el BMW para el señor, el Volvo para la señora... ¡No entiendo a las mujeres! La condición del trabajo es una esclavitud, que lo caguen encima, hay que decirlo, en una empresa con las confabulaciones, las intrigas, el lado dictatorial de los patrones. Bueno, no veo qué interés puede haber en pasarse la vida en el trabajo. Si fuera mujer con un marido que se ganara bien la vida, en principio trataría de concertar un buen entendimiento en mi pareja y además, si se elige un hombre es para quedarse con él, nada vale lo que la fidelidad en la vida, durante una vida; cuando veo la manera en que la gente funciona mentalmente... y me paso tres años con una mujer así, ¡oh, y además el precio que tienen que pagar los chicos! ¡Ah, no, no... no! Así que el trabajo de las mujeres es decididamente la causa, en fin...

Aparece una mujer joven, la señora Laurent, que se presenta y pide que la escuchen.

Eso es algo que me olvidé de decirle

Mme. Laurent: ...lo que es terrible, si tú quieres, es el hecho de no soñar, quiere decir que es porque no se sabe qué se va a hacer al día siguiente, se espera y en esa espera lo grave es que ni siquiera la propia familia puede ya hacer proyectos... Es lo que quería decir-

te que le dijeras [...].

M. Sapin: ¡Ah, ella tiene toda la razón! Eso es algo que me olvidé de decirle... ¡Ah, cuánto te lo agradezco, cuánto! ¡Es providencial! Porque eso... me olvidé de decírselo... me olvidé...

Mme. Laurent: ...porque es grave, y aunque todavía no tenga demasiados problemas –porque aún no hace mucho, mucho tiempo que estoy desocupada–, es algo en lo más profundo de mí y que me hace mal, es eso, haber llegado a decir: "No sé qué voy a poder hacer mañana", ¡pero en nada! En nada, ya sea...

M. Sapin: Danielle, yo encontré la respuesta: vivo en un eterno presente...

Mme. Laurent: Simplemente es eso lo que quería decirle porque todo el mundo hablaba; es eso, vivir siempre en este presente, mientras que hasta ahora mi vida, con mi familia, mis allegados verdaderamente allegados, era muchas veces hacer proyectos, estar siempre un poco en el futuro... Si al menos nos valiéramos de los epicúreos que dicen que hay que vivir el presente porque es extraordinario; el famoso...

M. Sapin: "Gozar el instante que pasa"...

Mme. Laurent: No es ese presente epicúreo, no es el presente así...

M. Sapin: Es un presente pesado, eso es. Difícil de digerir.

Mme. Laurent: Eso es. Y para mí ese presente es casi como no tener ganas de ver el día de mañana porque tengo miedo, como si me despertara... Y como si me dijera: "Sigue siendo lo mismo, sigo sin tener nada, no sé qué voy a poder hacer"... Y a la vez decirse: "Voy a recibir una carta o un llamado interesante". Aquí tiene simplemente lo que quería decirle.

M. Sapin: No, ella tiene toda la razón...

Mme. Laurent: ¿Sabe?, es dura una vida en que no se puede soñar, en todos los sentidos de la palabra "sueño"...

M. Sapin: No, por eso pregunté qué sueños. ¿El de la noche o el sueño...?

Mme. Laurent: ¡Yo siempre soñé! Todo lo que hacía en la vida era justamente el presente, es cierto, siempre diciéndose: "El mes que viene, la semana que viene vamos a hacer tal cosa", tanto en el trabajo como en la vida privada. ¡Y ahora no puedo hacer nada!... Realmente es eso, y para mí es grave, en fin... Hay cosas mucho más terribles, de acuerdo, pero... no tener un centavo, no, pero es grave para un ser humano... no hacer más proyectos, no tener más sueños.

M. Sapin: Tanto más por el hecho de que en lo que me concierne la sustitución es posible... Con dos hijos... Mi hijo no es un éxito excepcional, bueno, pero en fin, trabaja, tiene proyectos; mi hija, teóricamente, debería llegar lejos, a lo mejor, no sé... al menos una maestría o... Entonces llenan un poco mi futuro. Pero en lo que me concierne personalmente, no pienso jamás en el futuro. Y eso es muy justo, te agradezco porque lo había olvidado por completo, navego, navego en un eterno presente. No sé qué es el futuro. Así que, desde luego, pienso: "Mira, todavía faltan ocho años para la jubilación", pero en el mañana, no. De modo que mi noción del tiempo desapareció totalmente. Le puedo decir una cosa: nunca tuve insomnio, por ejemplo, a causa del desempleo, pero era difícil al despertar; durante varios meses me despertaba siempre con el mismo sueño: estaba en una sala de espera de médicos y nunca era la misma. Así que como visité unas 25 mil –en fin, a lo mejor no tanto, exagero–, nunca era la misma. Pero jamás tuve insomnio. En cuanto a la depresión nerviosa, en mi opinión, no sé qué es.

—[A la señora Laurent.] *¿Cuál era su trabajo?*

Mme. Laurent: Estaba en el manejo de personal, quiero decir... ¡Se da cuenta de que siempre hablo en pasado, "Estuve..."! Estoy... porque es mi trabajo (pero no puedo dejar de decir... es una desgracia hablar así)... A mi compañera y a mí nos prometían desde hacía dos o tres años tener un *status* ejecutivo, el *status* ejecutivo es un poco una trampa, sabes...

M. Sapin: Sí, es la zanahoria...

Mme. Laurent: A lo mejor ni siquiera reclamábamos tanto el salario, si usted quiere, sino que... peleábamos un poco por un *status*. Y había en parte un problema de personalidad con un director que siempre se opuso a que dos mujeres... Pero no estaban tanto a favor de los ascensos, sobre todo en nuestro servicio, porque consideraban que, al pasar a la categoría de ejecutivo –aunque, pese a todo, éramos personal de control con muchas responsabilidades–, tenían miedo de que no fuéramos capaces de dar muestras de cierta autoridad una vez que hubiéramos pasado el límite de esa categoría: se es ejecutivo, no se es ejecutivo.

[...]

Un trabajo "súper"

Mme. Laurent: No soy ejecutiva, pero tengo mi *curriculum vitae* (hay quienes telefonearon a mi empleador; yo tuve muchas responsabilidades y eso puede parecer sorprendente); pero reconozco que, gracias a la firma en que estaba, a pesar de los problemas con una persona en una posición muy alta en la jerarquía, tuvimos una

suerte enorme (digo "tuvimos" porque éramos dos personas, que realmente estábamos en una simbiosis perfecta a nivel del trabajo). En fin, justamente esa ventaja es que verdaderamente tuvimos oportunidades de trabajar, de hacer cosas extras. Entonces durante un tiempo lo aprovechamos, nos dijimos: "Fantástico, nos confían misiones, tienen confianza en nosotras, vamos a ir más allá, vamos a hacer controles, un poco de auditoría", ¡es bárbaro para nosotras! Pero después pensamos: "¡Caramba!", veíamos a montones de personas que pasaban a ser ejecutivos y entonces nos preguntamos por qué. En una firma donde había muchos hombres, sobre todo, y muy pocas mujeres... Así que nos dijimos: "¿Por qué no nosotras?". Y de nuevo: "¿Por qué no nosotras?". La primera vez –todos los años teníamos reuniones, una reunión anual en la que nos daban nuestra misión para el año que empezaba–, y luego al año siguiente nos dijeron que no por razones completamente fútiles, que no se sostenían. Y después la cosa se pudrió; a medida que todas las relaciones se deterioraron, nuestro director administrativo y financiero –que era más financiero que personal, en realidad no conocía muy bien su función– sentía que el servicio se le escapaba, y nosotras seguíamos haciendo muy bien nuestro trabajo. Ya no nos retenía, si usted quiere, la cosa se le escapaba; decía: "Pero no entiendo cómo en esta firma con el servicio contable no tengo problemas y con el servicio de personal no tengo más que problemas".

M. Sapin: Si hubieras estado casada y con hijos, no habrías podido.

Mme. Laurent: No, pero mi amigo me dijo un día: "Voy a conseguir que pases todos estos documentos o los tiro por la ventana", ¡estaba harto! Era tan interesante que yo me decía... no quería... algunas veces los fines de semana quería saber, quería hacer y además, bueno, también tenía traslados, todo eso. Durante un año, cada 15 días pasaba otros 15 afuera: Burdeos, Clermont-Ferrand, todo eso. Así que todos los meses la cosa se renovaba. Al principio iba a ser una o dos veces, pero después no dejaba de suceder y... mi compañero empezaba a preocuparse...Y además lo había contrariado muchísimo ver que yo no pude conseguir la categoría de ejecutivo. Porque él sabía que era para mí... ni siquiera, permítame que le diga, a lo mejor ni siquiera era tanto por lo económico...

—*Era un reconocimiento...*

Mme. Laurent: ¡Eso es! Lo habría enorgullecido mucho que... Decía: "Al menos tú lo mereces"...

Nada sucede por nada

Uno se sorprende un poco al ver a la señora Fournier entre gente tan diferente de ella. En su opinión, la desocupación no debe autorizar ninguna indolencia en la atención prestada a la apariencia física. Vestida con un traje sastre de tonos oscuros y matizados, engalanada con alhajas de oro y con el pelo rubio y corto, evoca bastante bien la imagen hoy difundida de la "mujer activa" que ocupa un puesto relativamente elevado en la empresa. Habla con seguridad, pero de manera mesurada, procurando que sus interlocutores admitan su "carácter" y no se preocupa, al parecer, por obtener aprobación o admiración alguna.

La energía interna que manifiesta en medio de sus adversidades no carece de relación con la certeza de sí que le dan tanto sus títulos educacionales (ciencias económicas, diversos diplomas especializados) como su experiencia profesional en materia de control de gestión y servicio financiero (se considera "muy, muy capacitada en ese campo"). Empezó a trabajar después de divorciarse, en una empresa de programas de computación de la región parisiense. Se instaló en la provincia con su única hija, con la perspectiva de un "plan de carrera" o, más precisamente, la esperanza de obtener un puesto importante de directora financiera: como sus aspiraciones no podían satisfacerse en París, tuvo que aceptar trasladarse a Nantes, a una firma del mismo tipo, para dedicarse al control de gestión y llegar por fin a la categoría que había ambicionado al principio. Su trabajo, que consistía en informati-

zar la gestión de una sociedad en plena expansión, le apasionaba: se trataba de "armar el sistema, crear, organizar los equipos, tomar el material informático, capacitar a la gente en la escritura de programas y en el uso del material; en fin, estructurar gradualmente todo". Pero en la "estructura familiar" que era esa empresa, no tardó en advertir la contradicción entre sus expectativas aparentemente legítimas y el deseo de los empleadores de desembarazarse de una posible rival una vez cumplida la función que se esperaba de ella.

La señora Fournier ya había sufrido varias decepciones, en particular "tres negativas a que ocupara el puesto de directora financiera porque no querían que subiera a París, a consejos en los que no había más que hombres". Finalmente, se había precipitado al puesto de control de gestión en Nantes por realismo, ya que encontró allí una oportunidad inesperada de promoción, pese a los inconvenientes que más o menos presentía desde el principio. ¿Tenía realmente otra opción? "Muy pronto me di cuenta de que iba a chocar con dos personas, el director y su esposa. Yo sabía pertinentemente que en el fondo había un problema, pero siempre tengo mucha confianza en los individuos y me dije que a lo mejor... De todas maneras, contaba con irme después, no pensaba... porque no tenía carrera, estaba ahí por una carrera profesional, así que me había dicho: 'Cuando termine con absolutamente todo...'. En lo que fui poco sensata es que tendría que haberme ido un poco antes, aunque no todo estuviera... Pero soy muy perfeccionista, así que todo tenía que quedar impecable y me tomaron desprevenida. Pero el problema tal vez habría sido el mismo, porque a lo mejor me hubiera dado cuenta de que en esa región no había trabajo".

De manera significativa, el conflicto con la dirección estalla durante una discusión no con el dueño sino con su esposa, que posee el título (casero) de directora financiera; una persona "realmente nula" a quien ella le niega toda capacidad y en quien no ve sino la encarnación de una lógica "familiar" que en su opinión, es injustificable. La forma que va a asumir su despido es muy apta para recordarle que es una mujer: la pareja propietaria la empuja a renunciar procurando tocar su amor propio (tareas imposibles, mezquindades, etcétera). "Un día, la mujer del dueño me pidió algo que era absolutamente inviable (inviable porque yo estaba en dos estructuras, la manual y al mismo tiempo la instalación informática). Me encontraba sola, tenía un trabajo completamente abrumador, eran los domingos, las noches, en fin... Y el viernes me pide algo para el lunes porque llegaban unos norteamericanos. Le dije: 'Vea, es absolutamente imposible, no puedo tenérselo, no es posible', y entonces me contestó que lo quería definitivamente; le repetí que no era posible. 'Pero mi marido lo quiere definitivamente para el lunes'. Le dije: 'Vea, le estoy diciendo que materialmente, si pudiera dárselo, lo haría con gusto, pero no puedo hacerlo'. Le explico, le digo que ella lo sabe muy bien, y entonces se ríe con una especie de risa sarcástica, ¡así que eso debe de haberme recordado efectivamente algo insoportable, y me dio una rabieta...! Pero lo que se llama una rabieta, y le dije: '¡Pero si usted es francamente nula! ¡Una tremenda nulidad!'. Se había terminado, ya podía guardar mis cosas; pero pese a todo esperé, porque decididamente quería que ella aclarase el motivo por el que iba a despedirme, porque no había nada en absoluto; así que esperé un poco para ver cómo iba a maniobrar. Entonces contrató a alguien, entre ella y yo, para hacer que me fuera. Ni siquiera tuvo el valor de hacerlo, pero... yo tengo una resistencia, una adaptación bastante extraordinaria; eso forma parte de mi carácter. Y ella seguramente se sorprendió por esa adaptación. Porque el tipo "me dio la lata" –así le dicen– durante seis meses; estaba frente a mí, en una oficina encristalada, y yo no podía dar un paso sin que me siguiera, no podía recibir una comunicación telefónica sin que se apareciera al lado. Todo el día me decía: '¿En qué anda, qué está haciendo?', etcétera, pero yo jamás hice ningún movimiento ni de agresión ni de nada... Quería ver hasta dónde podía llegar esa especie de vínculo absolutamente terri-

ble. Y ahí, pese a todo, los perturbó un poco que yo no dijese nada y cuanto menos se vieron obligados a tomar decisiones, y a fin de año él me dijo que no me quería en el equipo, así que le contesté: 'Bueno, déme las razones exactas', 'Es así, no la quiero en el equipo'. Le dije: 'Vea, muy bien, lo hablaré con la directora financiera'; esta mujer ya no sabía qué pasaba y ahí le dije: 'Ahora va a decirme por qué', 'Pues bien, yo... yo...'. No había ninguna razón, no pudo darme una sola razón y entonces yo le dije: 'Escúcheme, no me arrepiento de lo que le dije, en esta profesión usted es nula. Da la casualidad de que es la mujer del director y hace lo que quiere, pero, pese a todo, ahora puedo decirle hasta qué punto es nula. Usted no lo soporta, es su problema pero se equivoca al tomarlo así, porque yo estaba completamente dispuesta a tolerar su nulidad en ese campo si me hubiese dado todas las posibilidades de hacer el trabajo, aun teniendo un trabajo vacío, no sé'. Y agregué: 'Es una lástima, es una lástima sobre todo para usted', y entonces adujeron como motivo la 'pérdida de confianza'".

Para superar la situación, la señora Fournier pretende analizar y comprender: "Nada sucede por nada... de un sufrimiento cualquiera hay que sacar la energía para no destruirse... Tenemos una tremenda capacidad de arreglar las cosas, si quisiéramos utilizarla...". Aunque conoce lo limitado de las posibilidades locales de empleo, rechaza todo fatalismo e incluso tiene algunas ideas para resolver sus dificultades (se trata especialmente de crear un dispositivo local que ponga en relación una población de ejecutivos desempleados y... el universo de las empresas, dentro del cual conservó vinculaciones). La certeza de su propio valor le permite escapar al resentimiento, al ayudarla a relativizar unos fracasos sobre los que no tiene influencia. De allí la mirada casi distante que, pese a sus ambiciones y más allá de ellas, dirige al universo masculino de la empresa, ese universo un poco ajeno, "hecho por los hombres". Poner, a semejanza de éstos, toda su "identidad" en el "trabajo" le parece un privilegio ilusorio.◆

Septiembre de 1992

“El dinero produ
ce una compensació
[...] yo no tengo
demasiadas ganas
tengo ganas dé
vivir, no de
compensarl
con algo.”

Los excluidos del interior

Pierre Bourdieu y Patrick Champagne

Hablar, como se hace a menudo –en especial cuando se producen crisis como las de noviembre de 1986 o noviembre de 1990– de "malestar liceísta", es atribuir indistintamente un "estado" (de salud o de ánimo), en sí mismo mal identificado y mal definido, a la totalidad de una categoría extremadamente diversificada y dispersa. Resulta claro, en efecto, que el universo de los establecimientos escolares y las poblaciones correspondientes es en realidad un *continuum* del que la percepción corriente sólo aprehende los dos extremos: por un lado, las instituciones improvisadas que se multiplicaron apresuradamente en los suburbios desheredados para acoger poblaciones de alumnos cada vez más numerosas y culturalmente indigentes, y que no tienen mucho que ver con el liceo tal como éste se perpetuó hasta los años cincuenta; por el otro, los establecimientos altamente resguardados, donde los liceístas de buena familia pueden llevar todavía hoy una vida escolar que no es radicalmente diferente de la que conocieron sus padres o sus abuelos. Y aunque pueda reunir en una manifestación a alumnos (o padres) que tienen en común experimentarlo, el "mal de la escuela" hoy muy difundido reviste formas extremadamente diversificadas: las dificultades, e incluso las ansiedades, que sufren los alumnos de las secciones nobles de los grandes liceos parisienses y sus familias difieren, como el día y la noche, de aquellas que experimentan los alumnos de los colegios de enseñanza técnica de los suburbios pobres de las grandes urbanizaciones.

Hasta fines de los años cincuenta, las instituciones de enseñanza secundaria disfrutaron de una gran estabilidad fundada en la eliminación precoz y brutal (en el momento del ingreso en sexto año) de los hijos de las familias culturalmente desaventajadas. La selección de base social que así se efectuaba era aceptada en gran medida por los niños que eran sus víctimas y por sus familias, dado que parecía apoyarse exclusivamente en los dones y los méritos de los elegidos, además de que la escuela misma se encargaba especialmente de convencer a quienes no quería de que eran ellos los que no querían a la escuela. La jerarquía de los órdenes de enseñanza, simple y claramente identificable, y muy especialmente la división tajante entre el primario (por lo tanto, los "primarios") y el secundario, mantenía una relación íntima de homología con la jerarquía social; y esto contribuía no poco a persuadir a quienes no se sentían hechos para la escuela de que tampoco lo estaban para las posiciones que ésta abre (y cierra), vale decir, las profesiones no manuales y, muy en especial, los puestos dirigentes dentro de ellas.

Entre las transformaciones que afectaron el sistema de enseñanza desde los años cincuenta, una de las que tuvieron mayores consecuencias fue sin duda alguna la entrada en el juego escolar de categorías sociales que hasta entonces se excluían o eran prácticamente excluidas de él, como los pequeños comerciantes, los artesanos, los agricultores e incluso (a causa de la prolongación de la obligatoriedad de la enseñanza hasta los 16 años y la generalización correlativa del ingreso en sexto)

los obreros industriales; proceso que provocó una intensificación de la competencia y un aumento de las inversiones educativas de las categorías que ya eran grandes usuarias del sistema escolar.

Uno de los efectos más paradójicos de ese proceso, con respecto al cual se ha hablado –con un poco de precipitación y mucho de prevención– de "democratización", fue el descubrimiento progresivo, entre los más indigentes, de las funciones conservadoras de la escuela "liberadora". Efectivamente, tras un período de ilusión y hasta de euforia, los nuevos beneficiarios comprendieron en términos generales que, o bien no bastaba con tener acceso a la enseñanza secundaria para tener éxito en ella, o bien no bastaba tener éxito en ella para tener acceso a las posiciones sociales que los títulos escolares, y en particular el bachillerato, permitían alcanzar en otras épocas, es decir, en momentos en que sus equivalentes no recibían esa enseñanza secundaria. Y no puede dejar de suponerse que la difusión de las grandes conquistas de las ciencias sociales referentes a la educación –y en particular a los factores sociales del éxito y el fracaso escolares– debe de haber contribuido a transformar la percepción que pueden tener de la escuela niños y familias ya conocedores de sus efectos en la práctica. Ello, sin duda, gracias a una transformación progresiva del discurso dominante sobre la escuela: en efecto, aunque a menudo regrese, como por lapsus inevitables (por ejemplo, con respecto a los "superdotados"), a los principios de visión y división más profundamente enterrados, la vulgata pedagógica y todo su arsenal de vagas nociones sociologizantes –"desventajas sociales", "obstáculos culturales" o "insuficiencias pedagógicas"– han difundido la idea de que el fracaso escolar ya no es –o ya no es exclusivamente– imputable a las deficiencias personales, es decir, naturales, de los excluidos. Así, la lógica de la responsabilidad colectiva tiende poco a poco a reemplazar en los espíritus la de la responsabilidad individual, que conduce a "culpar a la víctima"; las causas de apariencia natural, como el don o el gusto, dejan su lugar a factores sociales mal definidos, como la insuficiencia de los medios puestos en práctica por la escuela o la incapacidad e incompetencia de los maestros (a quienes los padres consideran cada vez más responsables de los malos resultados de sus hijos) e incluso, más confusamente aún, la lógica de un sistema globalmente deficiente, que se trata de reformar.

Habría que mostrar aquí, evitando alentar la ilusión finalista (o, en términos más precisos, el funcionalismo de lo peor), de qué manera, en el estado completamente diferente del sistema escolar que quedó instaurado con la llegada de nuevas clientelas, se mantuvo en sus aspectos esenciales la estructura de la distribución diferencial de las ganancias escolares y las ganancias sociales correlativas, a costa de un desplazamiento global de las separaciones. Pero, de todos modos, con una diferencia fundamental: al diferirse y extenderse en el tiempo el proceso de eliminación, y quedar con ello parcialmente diluido en la duración, la institución se ve habitada de manera duradera por excluidos en potencia, que importan a ella las contradicciones y los conflictos asociados a una escolaridad sin otro fin que sí misma. En síntesis, la crisis crónica cuyo lugar es la institución escolar, que de tanto en tanto experimenta manifestaciones cruciales, es la contrapartida de los ajustes insensibles y a menudo inconscientes de la estructura y las actitudes a través de las cuales las contradicciones ocasionadas por el acceso de nuevas capas a la enseñanza secundaria e incluso a la superior encuentran una forma de solución; o, en términos más claros, pero también más inexactos y por lo tanto más peligrosos, esos "disfuncionamientos" son el "precio que hay que pagar" por las ganancias (políticas, en especial) de la "democratización".

Resulta claro que no es posible hacer que los hijos de las familias más indigentes en términos económicos y culturales tengan acceso a los diferentes niveles del sistema escolar, y en particular a los más elevados, sin modificar profundamente el valor económico y simbólico de los diplomas (y sin hacer correr un riesgo, al menos en apariencia, a los poseedores de títulos); pero no es menos

claro que sus primeras víctimas son los responsables directos del fenómeno de devaluación resultante de la multiplicación de los títulos y de sus poseedores, es decir, los recién llegados. Los alumnos o estudiantes salidos de las familias más desprovistas culturalmente no tienen muchas posibilidades de obtener, al cabo de una larga escolaridad a menudo pagada con pesados sacrificios, otra cosa que un título devaluado; y, si fracasan –lo cual sigue siendo el destino más probable para ellos–, quedan condenados a una exclusión sin duda más estigmatizadora y total que en el pasado: más estigmatizadora en la medida en que, en apariencia, tuvieron "su posibilidad", y en que la institución escolar tiende a definir cada vez más completamente la identidad social; más total, en cuanto una parte cada vez más grande de los puestos del mercado de trabajo se reserva por derecho a los poseedores –y es ocupada de hecho por ellos–, cada vez más numerosos, de un diploma (lo que explica que el fracaso escolar se viva crecientemente como una catástrofe, hasta en los medios populares). Así, la institución escolar tiende cada vez más a presentarse ante las familias y los mismos alumnos como un engaño, fuente de una inmensa decepción colectiva: como el horizonte, esta tierra prometida retrocede a medida que se avanza hacia ella.

La diversificación de las ramas, que se asocia a procedimientos de orientación y selección cada vez más precoces, tiende a instaurar prácticas de exclusión suaves o, mejor, *insensibles*, en el doble sentido de continuas y graduales e imperceptibles e inadvertidas, tanto por quienes las ejercen como por quienes las sufren. La eliminación callada es a la eliminación brutal lo que el intercambio de dones y contradones es al toma y daca: al escalonar el proceso en el tiempo, brinda a quienes lo viven la oportunidad de ocultarse su verdad o, al menos, de entregarse con posibilidades de éxito al trabajo de la mala fe mediante el cual uno puede lograr mentirse a sí mismo con respecto a lo que hace. En un sentido, las "elecciones" más decisivas son cada vez más precoces (desde tercer año y no, como antaño, luego del bachillerato e incluso más allá) y el destino escolar queda sellado cada vez más temprano (lo que contribuye a explicar la presencia de liceístas muy jóvenes en las últimas grandes manifestaciones); pero, en otro sentido, las consecuencias que entrañan esas elecciones aparecen cada vez más tarde, como si todo conspirara para estimular y mantener a los alumnos o estudiantes *en suspenso* en el trabajo que deben hacer para diferir el balance final, el momento de la verdad en que el tiempo pasado en la institución escolar se les aparecerá como un tiempo muerto, un tiempo perdido.

En más de un caso, ese trabajo de la mala fe puede prolongarse mucho más allá del final de los estudios, en especial gracias a la vaguedad e indeterminación de algunos lugares inciertos del espacio social que, debido a que ofrecen menos asidero a la clasificación, dejan más margen de maniobra al doble juego. Reside en ello uno de los efectos más poderosos, y también mejor ocultos –y con razón–, de la institución escolar y sus relaciones con el espacio de las posiciones sociales a las que presuntamente da acceso: aquélla produce cada vez más individuos afectados por esa especie de malestar crónico que instituye la experiencia –más o menos reprimida– del fracaso escolar, absoluto o relativo, y obligados a sostener por una suerte de *bluff* permanente con respecto a los otros y también a sí mismos, una imagen propia duraderamente dañada, herida o mutilada. El paradigma de esos innumerables *fracasos relativos* que es posible encontrar incluso en los niveles más altos de rendimiento escolar –por ejemplo, en el caso de los alumnos de las escuelas comunes con respecto a los de las escuelas superiores, o los de malas calificaciones de estas últimas en relación con los de mejor rendimiento, y así sucesivamente– es sin duda el contrabajista de Patrick Süskind,* cuya desdicha, muy profunda y real, proviene de que todo, en el seno mismo de un uni-

*. Alusión a la novela de Patrick Süskind, *El contrabajo,* Barcelona, Seix Barral, 1986 (n. del t.).

verso altamente privilegiado como el suyo, parece hecho adrede para recordarle que ocupa en él una posición deprimida.

Pero el trabajo de represión de la verdad objetiva de la posición ocupada dentro del sistema escolar (o del espacio social) nunca tiene completo éxito, ni siquiera cuando lo sostiene toda la lógica de la institución y los sistemas de defensa colectiva que ésta establece. La "paradoja del mentiroso" no es nada ante las dificultades que plantea la mentira a uno mismo. Lo que mejor lo muestra son las palabras de algunos de estos excluidos en suspenso, en las que coexisten la lucidez más extrema sobre la verdad de una escolaridad sin otro fin que sí misma y la decisión casi deliberada de entrar en el juego de la ilusión, tal vez para disfrutar mejor del tiempo de libertad y gratuidad así ofrecido por la institución: quien se propone hacer suya la mentira que ésta pronuncia a su respecto está condenado, por definición, a la doble conciencia y el *double-bind*.

Pero la diversificación oficial (en ramas) u oficiosa (en establecimientos o clases escolares sutilmente jerarquizados, en especial a través de las lenguas vivas) también tiene por efecto contribuir a recrear un principio, particularmente disimulado, de diferenciación: los alumnos bien nacidos que recibieron de sus familias un sentido de la ubicación muy agudo, y también los ejemplos o los consejos capaces de sostenerlo en caso de incertidumbre, están en condiciones de colocar sus inversiones en el momento y el lugar oportunos, es decir, en las buenas ramas, los buenos establecimientos, las buenas secciones, etcétera; al contrario, quienes salieron de las familias más desprovistas, y en especial los hijos de inmigrantes, a menudo librados completamente a sí mismos, desde el final de los estudios primarios están obligados a atenerse a las conminaciones de la institución escolar o bien al azar para encontrar su camino en un universo cada vez más complejo, por lo que están condenados a invertir en un momento y un sentido inadecuados un capital cultural a fin de cuentas extremadamente reducido.

Se encuentra allí uno de los mecanismos que, sumados a la lógica de la transmisión del capital cultural, hacen que las instituciones escolares más elevadas, y en particular las que llevan a las posiciones de poder económico y político, sigan siendo tan exclusivas como en el pasado. Y que ese sistema de enseñanza en gran medida abierto a todos y sin embargo estrictamente reservado a algunos logre la hazaña de conjugar las apariencias de la "democratización" y la realidad de la reproducción, que se cumple en un nivel superior de disimulo y por lo tanto con un mayor efecto de legitimación social.

Pero esta conciliación de los opuestos no carece de contrapartida. Las demostraciones liceístas que con pretextos diversos surgen de cuando en cuando desde hace unos veinte años y las grandes o pequeñas violencias constantemente presentes en los establecimientos escolares más desheredados, no son más que la manifestación visible de los efectos permanentes de las contradicciones de la institución escolar y la violencia de una especie completamente nueva que inflige a quienes no están hechos para ella.

La escuela excluye, como siempre, pero en lo sucesivo lo hace de manera continua, en todos los niveles del *cursus* (entre las clases de transición y los liceos de enseñanza técnica tal vez no haya sino una diferencia de grado), y conserva en su seno a quienes excluye, contentándose con relegarlos a las ramas más o menos desvalorizadas. De ello se deduce que esos excluidos del interior están condenados a moverse, sin duda en función de las fluctuaciones y oscilaciones de sus sanciones, entre la adhesión entusiasta a la ilusión que propone y la resignación a sus veredictos, entre el sometimiento ansioso y la rebelión impotente. No pueden dejar de descubrir, más o menos pronto, que la identidad de las palabras ("liceo", "liceísta", "profesor", "estudios secundarios", "bachillerato") oculta la diversidad de las cosas; que el establecimiento en que los colocó la orientación escolar es un lugar

de reagrupamiento de los más desprovistos; que el diploma que preparan es un título en baja ("Preparo un pequeño G2",* dice por ejemplo uno de ellos); que el bachillerato obtenido, sin las menciones indispensables, los condena a las ramas menores de una enseñanza que de superior sólo tiene el nombre, y así sucesivamente. Obligados por las sanciones negativas de la escuela a renunciar a las aspiraciones escolares y sociales que la escuela misma les había inspirado, y forzados, en una palabra, a bajar sus pretensiones, arrastran sin convicción una escolaridad que saben sin futuro. Se terminó el tiempo de las carteras de cuero, de los uniformes de aspecto austero, del respeto acordado a los profesores, otros tantos signos de la adhesión que los hijos de las familias populares profesaban a la institución escolar y que hoy deja su lugar a una relación más distante: la resignación desencantada, disfrazada de indolencia desenvuelta, se señala en la indigencia afectada del equipo escolar, la carpeta sostenida por una cuerda o una banda elástica que se lleva despreocupadamente sobre el hombro, los marcadores descartables que reemplazan a la cara estilográfica que se ha regalado, en concepto de estímulo a la inversión escolar, en oportunidad de un cumpleaños, etcétera; se expresa también en la multiplicación de los signos desafiantes dirigidos a los docentes, como el *walkman* que se usa a veces en clase o la ropa, ostentosamente informal y a menudo cubierta de nombres de grupos de rock de moda, escritos con bolígrafo o marcador, que quieren recordar, en el seno mismo de la escuela, que la verdadera vida está en otra parte.

Quienes, movidos por el gusto de la dramatización o la búsqueda de lo sensacional, hablan de buen grado del "malestar liceísta", reduciéndolo, por uno de esos atajos del pensamiento prelógico que con tanta frecuencia hace estragos en el discurso cotidiano, al "malestar de los suburbios", en sí mismo contaminado por el fantasma de los "inmigrantes", tocan sin saberlo una de las contradicciones más fundamentales del mundo social en su estado actual: particularmente visible en el funcionamiento de una institución escolar que sin duda nunca desempeñó un papel tan importante como hoy, y para una parte tan importante de la sociedad, esta contradicción es la de un orden social que tiende cada vez más a dar todo a todo el mundo, en especial en materia de consumo de bienes materiales o simbólicos, e incluso políticos, pero en las formas ficticias de la apariencia, el simulacro o el símil, como si ése fuera el único medio de reservar a algunos la posesión real y legítima de esos bienes exclusivos. ◆

*. Bachillerato de orientación administrativa (n. del t.).

¡Ah, los buenos tiempos!

Pierre Bourdieu

Malik tiene 19 años y ya "ha vivido mucho". Cuando lo conocimos, hacía, sin muchas ilusiones, una pasantía no remunerada y poco formativa que había tenido que encontrar por su cuenta para cumplir con exigencias impuestas a los alumnos de una especialización mal definida en un liceo suburbano poco cotizado. Vivía en un *chalet* con su padre, que se había quedado solo después de su divorcio, ocurrido algunos años antes. Pero iba regularmente a visitar a su madre a su "urbanización", universo por el que sentía nostalgia a causa del ambiente de solidaridad que ofrecía –lo que llama "el aspecto del compartir"–. Tal vez porque, bajo su apariencia risueña, le preocupaba todavía la unidad de la familia, cuyo peso parecía cargar a veces, y experimentaba hacia su hermano mayor, modelo en un momento de su vida, sentimientos ambiguos: al mismo tiempo que seguía queriéndolo mucho, le reprochaba en parte, pero sin condenarlo verdaderamente, su indiferencia para con el padre, profundamente herido por sus desventuras. Malik hablaba de este último con mucha indulgencia y comprensión, explicando sus temores o su severidad, a la vez excesiva y vana, en lo concerniente a "sus orígenes", y su deseo de reconocimiento e integración. Hacía todo lo posible por protegerlo y, si la palabra no es demasiado fuerte, reeducarlo. Las responsabilidades que asumía *con respecto a* ese hombre desarraigado, desorientado y desposeído de todos los fundamentos de la autoridad paterna, pero también *en su lugar*, eran sin duda, junto con el miedo a la vida y el mundo social, la raíz de ese inmenso deseo de estabilidad que lo llevó a intentar perpetuarse en el *status* provisional e incierto pero, en definitiva, relativamente confortable de liceísta. Nos contó su vida como si lo hiciera dos veces, desde dos puntos de vista diferentes, que no procuró conciliar: en principio, el de la escuela; luego, el de la "urbanización" donde pasó su infancia y una parte de la adolescencia. Dos mundos separados, incluso opuestos, y también dos series de recuerdos que sólo cobran sentido cuando se las pone en mutua relación.

En su rostro, en su postura, en su manera de vestir e incluso en su lenguaje, todo da la sensación de una desenvoltura muy grande, asociada sin duda a su encanto físico, que él no puede ignorar, pero también de fragilidad e inestabilidad, como dice a veces la mala psicología escolar. No se queda quieto y siempre parece en movimiento. Como una ilustración de la analogía que la mitología berébere hace entre la adolescencia y la primavera, con sus alternancias de avances y retrocesos, de escampadas y regresos de la lluvia y el frío, pasa sin cesar de una despreocupación casi infantil a la gravedad ansiosa. Con frecuencia pierde el hilo de su discurso y se inquieta explícitamente por ello, de manera un poco excesiva, como si fuera reincidente y estuviera acostumbrado a reprochárselo. Desde el inicio de la entrevista, y tras un largo silencio, señala que "no encuentra las palabras"; un poco más adelante, dice con mucha impaciencia que olvida "de nuevo una segunda palabra" y se empeña en recuperarla, alentándose a sí mismo en

voz alta, como si jugara: "¡No me trabo, no me trabo!"; en ambos casos, se trata de una expresión de la lengua escolar y hasta burocrático-escolar: "técnica de la búsqueda de empleo", "convenciones de pasantías". Como si hiciera suyos los juicios escolares, dice que le cuesta mucho leer libros ("No lo consigo; me pongo a leer y después dejo porque pasan cosas afuera, cuando en realidad, si no, podría buscar en los libros lo que necesito, porque la verdad es que es inagotable y completamente genial [*concesiones verbales a los temas escolares*], pero para eso tendría que vivir en una ermita, con una biblioteca"); se reprocha la confusión ("Soy yo el que está confundido, se lo digo, lo que le digo es confuso") en la que cae a veces cuando, intimidado por la situación de entrevista, que sin duda evoca experiencias escolares, se lanza a pronunciar frases que no termina.

Como si en cierto modo hiciera de la necesidad virtud, toma a veces partido por la inestabilidad: "Tengo la impresión de que necesito... escapar..., escapar todo el tiempo, pero es más una huida que otra cosa, eh, es... tengo... hay que... no me gusta la estabilidad. Todo el tiempo necesito sacudidas, que pasen cosas, que haya algo". También: "Digamos que... es lo mismo, en las pasantías también se va a confirmar mi carácter, porque cada empresa a la que voy, busco que sea diferente". Y todo induce a creer que las relaciones que entabló con la escuela y en torno de ella (sus amigos y también la joven a la que quiere, que es docente en su establecimiento) le dieron los medios de inventar una especie de variante picaresca del estilo de vida artístico (visible especialmente en el relato, no reproducido aquí, de las vacaciones pasadas en España): "Ser PDG [presidente y director general de una empresa] y [no] ver más a tu amiga, [no] ver más... no me interesa...".

De hecho, toda su existencia está colocada bajo el signo de la inestabilidad y el cambio incesante, en el trabajo, el domicilio, la escuela, las amistades. Su padre nació en Tlemcen, Argelia, y llegó a Francia poco antes de que él naciera; cambió varias veces de oficio y empresa: "Cambió mucho de trabajo, de..., creo que empezó de... Era mecánico, pero de ciclomotores, etcétera; después hizo cositas, después taladrador, taladrador en una empresa, ahí fue donde se quedó más tiempo pero la firma quebró [...], y después cayó en otra que también quebró; en otra, lo trasladaron un poco hasta encontrarse ahora...". Según lo expresa, debido a los traslados de su padre, y también de su madre –inmigrante yugoslava que fue sucesivamente cajera en una piscina (trabajo que incluía la vivienda) y en una gran tienda– "se mudó y mudó, cambió de establecimiento" en varias oportunidades.

La incertidumbre profunda sobre el presente y el futuro que está inscripta en una experiencia semejante se ve redoblada y fortalecida por los azares y las decepciones de una escolaridad sin duda desorganizada por la irrupción desconcertante de la lógica de la "urbanización": la de la "estupidez" que se hace para no estar sin hacer nada, para que "la cosa se mueva", y también por solidaridad con los más grandes, la hermana mayor y sus compañeros de más edad que lo llevan con ellos desde los 12 años, y su hermano, dos años más grande, a quien la sobrepuja de la "estupidez" que llama a la "estupidez" ("La cosa va en aumento, crece y crece cada vez más") y también la necesidad de dinero lo condujeron a la cárcel, como consecuencia de un asalto.

Se comprende así que, a la manera de los subproletarios que, como él, carecen casi totalmente de influencia sobre el presente y el futuro, no pueda más que tratar de durar en ese estado de incertidumbre que le prohíbe precisamente dominar la duración ("En definitiva, la verdad, uno la pasa bien en la escuela"; "En definitiva, es el camino que tomé, y me permitió quedarme más tiempo en la escuela") y haga coexistir el realismo más extremo con el utopismo más aventurado. Por un lado, puede afirmar (a menudo con una risa o una sonrisa) pretensiones desmesuradas: "¡Ojo! ¡Soy muy exigente! ¡Quiero una ocupación que me guste del principio al

fin!". E incluso es capaz de mencionar, al término de la entrevista, el proyecto completamente irrealista que elaboró, como un mito milenarista, con dos compañeros, tan perdidos como él: crear una especie de *Club Méditerranée* para multimillonarios en un país del Lejano Oriente en el que nunca estuvo. Empero, por otra parte no deja de testimoniar, de mil maneras, que siempre sabe perfectamente dónde está, que su escuela es un "liceo basura" (describe, con una gran economía de recursos, cómo comprende con mucha rapidez dónde ha ido a parar, al descubrir que quienes están sentados a su lado, adelante, atrás, son como él); habla de un diploma que es una "vía muerta" y, después de expresar el deseo de marcharse a cualquier precio, que nunca lo abandonó desde la más tierna infancia, concluye reafirmando la verdad que su sueño de fuga negaba: "A fin de cuentas, estoy seguro de una cosa, y es que me voy a quedar aquí. Pero por el momento no tengo ganas de hacerlo".

No hay duda de que nada manifiesta mejor lo que verdaderamente hay que llamar su "sabiduría" que esa especie de teoría de la economía de los intercambios escolares que propone, al final ("En la escuela no me exigen tener 20... Da lo mismo el mínimo estricto"), como para dar un fundamento racional al arte de sobrevivir al menor costo en el universo protegido de la escuela: además de permitir diferir la entrada en la vida y sobre todo evitar el miedo a la "fábrica", que la escolarización, entendida en el sentido fuerte de adaptación a la vida de la escuela, sin duda contribuyó a inspirar, ese arte de durar tiene por mayor virtud prolongar el estado de indeterminación educacional y autorizar así la supervivencia imaginaria de los deseos que la escuela misma no deja de aniquilar.

Con un joven *beur*

Entrevista de Pierre Bourdieu y Rosine Christin

"Mi vida es agradable"

—¿Qué es esa pasantía? ¿Qué haces en ella?

MALIK: Se supone que hago ventas. Ventas y representaciones. Y a fin de cuentas lo hago a la mañana, busco clientes porque no tomo pedidos, ya que no conozco los productos, si no... si no, a la tarde me quedo un poco en la tienda y miro, trato de aprender. Empiezo a aprender...

—¿Y en qué rubro es?

MALIK: Hacen piezas sueltas de automóviles.

—¿Y te pagan esa pasantía?

MALIK: Para nada.

—¿Quién la encontró: la escuela o tú?

MALIK: Ah, no, no, es parte del... es parte de un... no encuentro las palabras; en fin, importa poco; es parte de una técnica de búsqueda de empleo, digamos que uno debe buscar. Y ponen nota, etcétera. Todo depende, no sé, de cómo se encuentre, qué se encuentre, etcétera.

[...]

—Entonces podemos volver un poco a, no sé, los estudios, todo eso; cómo transcurrieron...

MALIK: Depende de si quiere empezar desde la maternal hasta...

—Bueno, sí, por qué no.

Era más un establecimiento basura que otra cosa

MALIK: La maternal, perfecta; aparte de que a la tarde no iba mucho porque estaba sobre todo con mi madre. [...] En esa época trabajaba medio día en un casino [*supermercado*] [...]. Después del curso preparatorio, toda la primaria, la verdad, la hice normalmente, y después hice mi primer año de sexto, porque lo hice dos veces, y fue: primer trimestre, normal; el segundo no muy bien, y después el tercero, catastrófico.

—¿Y dónde era eso?

MALIK: Era en Cachan. En Cachan, para que se ubique. Así que era allí. Y además era, digamos, la entrada en el secundario. Creo que es una expansión y desde que se llega ahí no se piensa demasiado en los estudios, habría que pensar un poco antes, no sé. [...] Después repetí sexto en una escuela más o menos privada, en fin, bajo contrato. Mis padres me pusieron ahí. Que también tenía pensionado. Para mí no era cuestión de entrar en un pensionado porque soy un poco claustro. Y no, la pasé bien. La pasé muy bien. Y después, en quinto, fue una catástrofe.

—¿Cómo es eso?

MALIK: Bueno, no quería estudiar mucho. Es un poco... no era la escuela sino yo, que estaba en otra parte.

—¿Pero por qué era así, si se puede saber?

MALIK: [...] No, no sé, a lo mejor los compañeros, no sé. No, a fin de cuentas ni siquiera era lo que me rodeaba, era... Creo que necesitaba tener un respiro en algún momento para poder parar un poco y además darme cuenta de ciertas cosas.

—¿Y tus padres te sostenían en esos momentos o...?

MALIK: No. Usted sabe, el problema es que desgraciadamente mis padres sólo pudieron ayudarme en primaria porque son... y en seguida, después de un momento, hubo un desfase.

—¿Pero en la escuela primaria apoyaban tu trabajo? ¿Te ayudaban...?

MALIK: Sí, miraban, etcétera; podían ayudarme, etcétera.

—Eso es; ¿y tu padre qué hace?

MALIK: Ah, mi padre –en este momento– está en un laboratorio y hace de todo: servicios, maneja los autos; es polivalente, no sé. Verdaderamente no tiene un... un puesto fijo.

[...]

—Pero esa escuela privada debía de costarles cara, ¿no?

MALIK: No porque era una escuela que se llama hogar del correo y se paga según los ingresos de los padres. Hay una cuota, etcétera. Así que en cuanto a eso, la

cosa andaba. En fin, además ahí decidí, en fin, me propusieron repetir, me negué y después...

—En quinto, ¿no es así?

MALIK: Sí, en quinto, y después decidí tomar el camino de un CAP. Así que me dejaron seguir en ese establecimiento.

—¿Y tus padres te ayudaron para tomar la decisión del CAP o...?

MALIK: No, yo era muy obstinado, no, quería hacer eso, no sabía en qué iba a terminar...

—¿Un CAP de qué, entonces?

MALIK: De empleado de oficina, de contable...

—¿Un poco como tu madre? ¿Ella es contable?

MALIK: No, no, para nada; es cajera. En fin, hace un poco de trabajo contable pero...

—¿Por qué contable?

MALIK: ¿Por qué contable? Porque podía elegir entre electromecánica o no sé qué, mecánica pura... Así que como no me gusta mover ni un dedo...

—Era mejor contable porque uno está sentado, ¿no es así?

MALIK: Sí, creo que es así. Uno está sentado y, además, digamos que no tiene... Lo que a lo mejor debía espantarme, o no sé si espantarme, era la cosa del taller, los ruidos...

—Sí, la fábrica.

MALIK: Sí, la fábrica. Sí, la fábrica, ésa es la palabra. Y no, eso debía espantarme. [...] Y después, bueno, hice mi primer año de CAP, segundo, tercero, y ahí, siempre tan vago, no sé por qué pero avanzaba...

—¿Y siempre en el mismo establecimiento?

MALIK: En el mismo establecimiento. Y hay que decir que esos tres años fueron los tres mejores años escolares porque... Pero no en cuanto a las notas, sobre todo con la gente que estaba a mi alrededor, con la clase, porque fue ahí donde hice dos amigos y después otros, etcétera. Después... ahí empezaron, así que sé qué hacía. Aprobé el CAP y a fin de año hay un gran consejo, etcétera, toda una historia, y deciden si uno puede seguir o no. Me parece que es completamente ridículo porque tendrían que darle la posibilidad a todo el mundo. En fin, ridículo, no sé, porque, en resumidas cuentas... es ridículo en relación con el CAP, qué sé yo; quiero decir, no van a dejar, tendría que dar la posibilidad pero está un poco lleno. Como está lleno, entiendo que seleccionen.

—¡Ah, sí, no tienen suficientes plazas, es eso...!

MALIK: Pero bueno, en ese momento no me dejaron seguir, no tenía una opinión favorable, o sea que mi legajo no va al rectorado, así que no lo reasignan, entonces después nos toca buscar por nuestra cuenta; fui a establecimientos, de oficina en oficina, etcétera, y después terminé por encontrar uno, pero bueno, es...

—¿Tú lo hiciste? ¿Encontrar cosas...?

MALIK: Tenía que hacerlo porque no era cuestión de parar. Porque en ese momento creo que tenía más posibilidades que... Bueno, no era un CAP que fuera a llevarme muy lejos. [...] Buscaba en la venta [...], entonces buscaba en la venta porque habían abierto una sección de venta: venta-acción mercantil, y yo buscaba [...] y no encontré, estaba lleno, estaba... y terminé por conseguir una dirección porque fui al centro de información y orientación de mi ciudad, etcétera, y me dieron que había lugares que quedaban libres en un establecimiento. Así que fui a ese establecimiento y al final me aceptaron. Pero no en ventas ni en contabilidad; en secretaría. Y me hicieron creer que el segundo año iba a poder hacerlo en contabilidad.

—¡Ah, sí! ¿Dónde era?

MALIK: En Gentilly. En Gentilly, y poco a poco me fui dando cuenta de que era más un establecimiento basura que otra cosa...

—¿Cómo se llamaba?

MALIK: Liceo profesional de Val-de Bièvre. En fin, es duro cuando uno se da cuenta de eso...

—¿Y después de cuánto tiempo tomaste conciencia de eso?

MALIK: Muy pronto, al hablar con los de al lado... al hablar con los de al lado que estaban en la misma situación que yo. Y además con el de adelante, que estaba en mi mismo caso, y el de atrás igual. En fin, nos dimos cuenta de que era un [...], así que por algunos que por supuesto estaban cerca, se supo...

—¿Y qué dijiste en ese momento? ¿Charlaron entre ustedes?

Me gusta mucho, la verdad; no sé por qué, me gusta mucho

MALIK: Bueno, el problema es que una vez que uno está ahí, que está atrapado en... hay que quedarse, fue ahí cuando... me dije: bueno, no es grave, voy a hacer un segundo año de contable; y después, en definitiva, la verdad, uno la pasa bien. La pasa bien porque tiene amigos en la clase, empieza a conocerse con los profes, etcétera. Así que está bueno, no lo que nos enseñan, que no está bien; es el establecimiento, no sé, uno

siente que no hay... Está bloqueado, qué sé yo, da la impresión de que después de eso, de todas maneras se interrumpe en el BEP, la impresión de que está aparte y de que uno pasa por ahí si no toma el camino normal, está obligado a pasar por ese establecimiento; es un poco raro.

—¿Y los profesores son simpáticos?

MALIK: ¡Ah, sí, son muy simpáticos!

—Pero ellos mismos saben...

MALIK: Ah, sí, se dan muy bien cuenta, no son tontos...

—Y hacen lo que pueden, ¿eh?

MALIK: En general. En general. No se puede decir... una parte está más bien tranquila, es porque quieren hacer dos o tres años porque para los profes también es un establecimiento...

—¿Basura?

MALIK: O sea, no basura, sino para esperar durante tres años...

—Para encontrar otra cosa; sí, eso es.

MALIK: Y además muchos profes empiezan con eso. Por ese establecimiento. Profes jóvenes, etcétera; los meten ahí y van a seguir [...]. No sé, en fin, lleno de cosas así. Y después, además de eso, bueno, hice el segundo año y finalmente no me dejaron entrar en contabilidad e hice el segundo año de secretaría. Así que, en seguida, llegado a segundo año... quería seguir decididamente, quería hacer un primero, de adaptación.

—Sí, para recuperar...

MALIK: Para recuperar el ciclo, porque ahí me dije: más valdría recuperarlo, y lo mismo: rechazado. [...] Bueno, nunca trabajé, pero en el límite, no sentí la necesidad de trabajar para poder entrar, no sé y además conseguí... conseguí pasar normalmente, sin problemas, pero a lo mejor habría que trabajar o hacer ver que uno trabaja para... Porque ellos piensan: si no trabaja, a lo mejor en primero tampoco lo hará. Y la verdad es que habrá que trabajar, seguramente. Eso en ese asunto, pero en cambio fueron muy amables porque me dejaron hacer un primer año de abastecimiento, y en cuanto a eso, es lo que hice. Y además era más o menos la primera vez que elegía realmente, realmente. Así que era la venta, y la agarré. Y bueno, aquí tiene, ahí estoy.

—Hace un momento hablaste de tus compañeros, el de adelante, el de atrás, etcétera, y después dijiste: "Bueno, sí, uno se da cuenta"; ¿qué quisiste decir con eso?

MALIK: Bueno, uno acepta. Uno se dice: "Bueno, es así". Es así, pero no es totalmente negativo, si se da cuenta consigue... [...] Sí, de todas maneras es una buena época; me gusta mucho la escuela, me... me gusta mucho, la verdad, no sé por qué me gusta mucho... Ni por los compañeros ni, a fin de cuentas, por lo que aprendo; no sé por qué.

—Y cuando dices que no te gusta mover un dedo, que...

MALIK: ¡Ah, no, soy muy, pero muy, muy vago! Lo que se dice un vago.

—Sí, pero sin embargo te enganchas; cuando fuiste a todos lados a buscar un establecimiento, etcétera, ¿tuviste que esforzarte mucho?

MALIK: Bueno, no me parece que sea esforzarse, porque si no, lo habría hecho antes. Ahí es, soy [*inaudible*], cuando me doy contra la pared, es ahí cuando me digo: "Bueno, tengo que reaccionar", así que trato de engancharme en algo, no importa mucho dónde, tengo que seguir un poco la bola. Pero bueno, es difícil, no sé. Es difícil... no es así de difícil. Pero bueno, de todas maneras... No, sí, soy vago porque a fin de cuentas... si volviera a la noche y además trabajara, bueno, sí, a lo mejor me hubieran dado más posibilidades, más elecciones, es cierto... no era que se... no, en fin, están ahí, por supuesto, me presionan, me presionan, me dicen: "Bueno, aquí, mientras sigas, no hay problemas", etcétera. Pero no están atrás.

Él se mantenía en sus trece

—No saben qué hacer para ayudarte, ¿no es eso?

MALIK: Creo que ahora me tienen confianza. Deben de tenerme confianza, creo que es más eso, porque se dicen: "Bueno, después de todo, aunque no trabaje, no se sabe cómo pero bueno", se... Pero la verdad es que a fin de cuentas –es curioso lo que voy a decir– pero tengo un padre, a fin de cuentas, que ni siquiera sabría qué hago. Exactamente. No le podría decir exactamente qué hago. No sabe si es contabilidad, si es ventas; se haría más bien una mezcla así en la cabeza entre muchas cosas, pero no sabe con precisión qué es lo que hago.

—¿No hablas mucho con él?

MALIK: No, no hablamos demasiado; así como él no me habla mucho de su trabajo, yo tampoco le hablo del mío.

—Y también es difícil para él, ¿no?

MALIK: Bueno, yo pienso que debe de ser... Al fin y al cabo, no es completamente analfabeto, pero digamos que sabe más o menos A, B, C, D, pero tiene dificultades para leer, etcétera.

—¿Es de origen argelino?

MALIK: Sí, eso es.

—¿De qué lugar?

MALIK: Nació allá.

—¿No sabes en qué zona?

MALIK: Sí, en Tlemcen.

—Ah, sí, Tlemcen. Así que le cuesta.

MALIK: Sí, le cuesta y en último caso no sé, porque al fin y al cabo para él la cosa fue... Así que nunca fue a la escuela, pisó una, una vez, y no volvió. Y tengo además la impresión de que para él eso fue una frustración tan grande, una vez que llegó, etcétera, que lo maltrataron o no sé qué, y ahora se da cuenta de que es [...] y ahora querría e importa poco lo que uno hace, en el límite importa poco lo que uno hace, desde el momento en que sube un poco más alto. Y es cierto que está ahí, hace todo lo que puede. Quiere decir que económicamente me va a ayudar, etcétera, desde el momento en que estoy en la escuela. Pero es verdad que si la largo no va a estar contento, pero para nada.

[...]

—¿Por tu hermano qué hizo? ¿Tu hermano también está con ustedes?

MALIK: No, él también es raro, en fin, vive con una amiga que no conocemos; así que a veces está en casa y a veces no. ¿Qué hace? Él [*su padre*] bajó los brazos. Yo creo que es más bien eso. Creo que bajó los brazos, no sé. Porque sintió que se le escapaba totalmente, pero muy pronto, no sé, cuando mi hermano tenía 16 o 17 años, se le escapó totalmente...

—¿Qué quieres decir con que "se le escapó"?

MALIK: Se le escapó porque mi hermano estaba completamente... casi no estaba en casa, porque muchas veces estaba afuera, etcétera. Así que no pudo seguirlo durante dos, tres años; no pudo verlo evolucionar, etcétera.

—Eso debió de hacerlo sufrir mucho, ¿no?

MALIK: Pienso que... bastante... pienso. Pero a pesar de todo, es ahora cuando tomo conciencia de eso, porque ahora está solo...

—¿Habla más?

MALIK: Trata de hablar más; debe tratar de hablar más. Pero yo creo que también necesitaba eso [...]; en fin, es más, la cosa va a tener menos gracia, va a tener menos gracia, es más...

—Di algo, cuanto menos... [...]

MALIK: Entonces, tras el divorcio –en fin, es lo que pienso ahora, con la mirada que tengo, ojo, no es objetivo–, entonces, tras el divorcio, digamos que antes no tenía conciencia... siempre nos miró como padre-hijos, etcétera, y además no nos dejó, en fin, crecer, no sé, pero al final las discusiones no eran posibles hasta un cierto tiempo porque yo le hablaba de algo y él no me seguía; para él era muy prosaico, así que ahí, después del divorcio, mi madre se fue, entonces yo, mi hermano y yo nos quedamos, mi hermana ya se había ido con su amigo. Como mi hermano no estaba mucho, a fin de cuentas el único era yo. Pero como yo tampoco estaba mucho –durante un tiempo, más que mi hermano y después, menos–, eso hizo que esté completamente solo desde... hace diez meses, bueno, en realidad, vamos a decir que desde que empezaron las clases. Así que empieza a... por el hecho de que está aislado, y yo estoy seguro de que en el fondo debe de sentirse aislado. A un costado. Mientras que mi madre está más al lado de nosotros a ese nivel, y él tengo la impresión... [...] Y ahí tiene que...

—¿Reflexionar? [Malik pierde el hilo y se lamenta.] *[...] Pero en el fondo, si antes hubieras hablado así con él, ¿habría sido de otra manera? ¿No era posible?*

MALIK: Sí, pero sólo funcionaba en un sentido, porque es lo que le decía, él se mantenía en sus trece, en sus trece, era yo el que debía ir hacia él y la cosa funcionaba en un solo sentido, entonces le hablo a usted de mí. Pero a fin de cuentas, en todas partes era lo mismo, era... es, es el padre el que...

—...Eso es, el que tiene razón.

MALIK: Es el padre el que es el centro... sobre el que no se dice... Pero eso es, lo entiendo totalmente, tiene que ver con sus orígenes, etcétera.

—Desde luego, es lógico.

MALIK: Y sin embargo es genial, porque a fin de cuentas lo largó todo, etcétera. Quiero decir, religiosamente no es para nada... Lo que quiere, a fin de cuentas, es integrarse; incluso se pone paranoico porque no quiere problemas; cuando hay una multa se vuelve loco, cuando hay problemas, etcétera. No quiere para nada historias, trata de engancharse. Pero tiene, yo creo que tiene un temor, tiene un temor chiflado de lo que no está [*prescripto*], pero eso también, viene de su... Totalmente. Quiero decir, recibe un papel, no sé, por ejemplo a mí me tocó recibir una boleta por alguna contravención, etcétera, así que al fin y al cabo hay un... Estaba en la computadora, entonces ¡hop! la mandan directamente con un vencimiento, y él no logra entender que es una computadora y no una persona que tiene que ver, etcétera. Pero es muy paranoico, no sé, es verdaderamente grave, pero [...] en eso, hay que

explicarle. Hay que explicarle, pero le cuesta, la verdad es que le cuesta, le cuesta mucho. Es a la vez gracioso y para nada gracioso. Entonces uno hace chistes en el momento y después...

Necesito que haya sacudidas todo el tiempo

[...]

—¿Y para el futuro, en qué piensas?

MALIK: [*Ríe.*] No aquí. No aquí.

—¿Entonces?

MALIK: No ahí, no sé, no en París. En fin, París me gusta mucho, ojo, es una ciudad que adoro, quiero decir, bueno estoy muy contento de vivir en ella, pero tengo la impresión de que necesito... escapar..., escapar todo el tiempo. Pero es más una huida que otra cosa, ¿eh?, es... Tengo, hay que... no me gusta la estabilidad. Necesito que haya sacudidas todo el tiempo, que pasen cosas, que haya algo. Si al cabo de un momento estoy ahí, me siento y me doy cuenta de que la cosa empieza a repetirse, empiezo a... por ahora no quiero dejarme atrapar por un engranaje. Sobre todo es eso. Pero a lo mejor la cosa va a cambiar. Y además, nos pasa sólo a nosotros, cambia de todas maneras, seguro. A fin de cuentas estoy seguro de una cosa: que me voy a quedar aquí. Pero por ahora no tengo ganas.

—Sí, es eso, no quieres saberlo, ¿eh?

MALIK: Sí, sí, eso es. Creo que es eso. Pero me voy a ir [*ríe*].

[...]

—Y entonces, actualmente, ¿en qué desemboca esa pasantía? ¿Después, en seguida, qué?

MALIK: ¿La pasantía? La pasantía, sí, es interesante, digamos que... es lo mismo, en las pasantías también se va a confirmar mi carácter, porque en cada empresa a la que voy, busco que sea diferente. Así que salgo de una, una gran casa, L'Oréal, etcétera, para encontrar una pequeña empresa que acaba de abrir, hace seis meses, no sé. Una sociedad de responsabilidad limitada, pequeña, muy pequeña [...]. Pero es lo mismo, porque desde el punto de vista de..., el día que me presente, porque al final tenemos... en el examen tenemos una entrevista oral, con respecto a la pasantía que debemos presentar, etcétera, la pasantía, todo eso, en el oral; bueno, ese día, si me preguntaran sobre la pasantía, no querría repetir dos veces la misma. No me interesa. No me interesa porque van a aburrirse y además yo me voy a hartar y eso también se nota. Mientras que si tengo dos, cuatro, ahí tengo que hacer cuatro en dos años, y bien, agarraré los dos años, quiero que sean diferentes y complementarias.

—¿Y después la casa te ubica? ¿Qué hace?

MALIK: ¡Ah, no, no! Después... mira, ni siquiera había pensado que un establecimiento pudiera ubicarnos [*risas*]; a lo mejor se hacía antes, pero ahora ya no.

—¿Y qué pasa entonces con los diplomas que...?

MALIK: ¿El diploma? Es un bachillerato profesional, una vía muerta, no sé. Diría que es un trasto sin salida. No sé, no tengo la impresión de que sea claro lo que hay que hacer, qué sé yo; no hace mucho que está vigente y además desconfío de ese tipo de título. [*Las pasantías no son pagas.*]

—Sí; entonces, ¿cómo haces para vivir? Pese a todo, necesitas un poco de plata...

MALIK: ¿Yo? Bueno, depende, algunas veces trabajo, da la casualidad de que trabajo.

—Afuera, sí, eso es.

MALIK: En fin, no demasiado, no soy... Ya le dije, en fin, también me tocó trabajar.

—¿Y después papá da una mano?

MALIK: No, son sobre todo papá y mamá, son muy generosos para eso. Fueron muy, muy generosos para eso.

—¿Por qué dices "para eso"?

MALIK: [*Inaudible.*] Es puerco, ¿eh?

Lleva a un aspecto de mucho compartir

—Podríamos hablar un poco de la urbanización en que vives, desde hace cuánto, cómo es...

MALIK: OK. Bueno, crecí en [...], me fui de París y después los diferentes sitios donde viví. Puedo hablarle incluso de mis padres. Mis padres llegaron a Francia en 1964, creo, en 1963 o 1964, ya no sé; se conocieron. Mi padre vivía en Cachan, mi madre en París, en unos dormitorios [...], después se conocieron, muy bien, se enamoraron, van a vivir juntos a París en un dormitorio, había unos amigos franceses que en seguida se hicieron muy buenos amigos. Después encontraron, por la oficina de las HLM, un edificio en Cachan. Y ahí fue donde aparecí yo [...].

No es una urbanización enorme, es grande pero no hay mucha gente, al contrario de otras... Y ahí, vamos a decir... A mí me parece que es interesante vivir en un lugar donde la verdad es que es más fácil conocer a uno o a algunos compinches, importa poco, con compinches, etcétera. Me parece que ahí se llega más rápido que si uno está acurrucado en un *chalet*, etcétera. Y

además se generan cosas, lleva a un aspecto de mucho compartir. En fin, es lo que yo siento, no sé si viene de mis padres o lo que sea, pero dura, porque si uno tiene veinte centavos y puede comprarse dos bombones no se los va a comer si el otro está al lado. Y no sé por el hecho... No sé, o sea que uno siente que no tiene plata, y entonces todo lo que tiene debe compartirlo con el otro, porque el otro hará lo mismo algún día. No sé. Bueno, en cuanto a eso, crecí, etcétera. Y mi madre había presentado una solicitud para una portería en la piscina, así que fuimos ahí, a la piscina. Entonces en todo el barrio... [...]

Y además, sí, pero hice natación y todo eso, y después, cuando llegué a cierto punto en la natación, me di cuenta de que, bueno, tenía 13, 13 años; entonces nos presionan, nos presionan, nos presionan, porque uno ve que todos los días hay entrenamiento; por ejemplo el sábado, competencia, incluso el domingo, y eso es en cierto nivel, es que uno llega, etcétera.

—¿Y tú eras bastante bueno para haber hecho todo eso, no...? ¿Bueno para la competencia?

MALIK: Así parece, yo nadaba, ¡no sé! Y en cuanto a eso, no sé, sentí que era malsano, no sé. Demasiado malsano. Que me presionaran así no me parecía normal. [...]

—Es un poco como la escuela, ¿eh?

MALIK: No, pero en la escuela no nos presionan así. Es diferente.

—Sí, es eso, ¿en la escuela no presionan lo suficiente y en el deporte presionan demasiado?

MALIK: [*Largo silencio.*] En la escuela tampoco presionan lo suficiente.

—No como corresponde.

MALIK: Y además... yo creo que es eso. Creo que es eso, es totalmente eso. No como corresponde. En fin, hay una pedagogía general bien establecida, muy académica, pero uno se da cuenta de que no existe la cosa individual, no se toma el elemento aparte...

[...]

Lo que queríamos es que la cosa se moviera...

—¿Los amigos eran muy importantes?

MALIK: ¡Ah, sí!

—¿Los veías en todos los ratos libres?

MALIK: Sí.

—¿En la urbanización, entonces?

MALIK: Muchos en la urbanización, así que ahí es... es ahí donde yo estaba con... todavía estaba en la primaria cuando me mudé a la piscina y entonces [...] me mudé, me mudé, cambié de establecimiento, así que en Cachan todo iba bien. Empecé a conocer justamente a gente que vivía aquí. Eso no me cambiaba para nada porque siempre viví, no me sentía como un apartado, etcétera, para nada. Así que tuve contactos fáciles y la cosa funcionaba, CM1, CM2... Vamos a decir además que fue al final del CM2 —porque me refiero a los años escolares—, al final del CM2, bueno, cuando empecé a ver otra cosa, no sé, a pensar, qué sé yo, hacía estupideces como un chico, no sé, se hurta, son estupideces, verdaderas estupideces, es imbécil. Es una monstruosa estupidez, porque al fin y al cabo, si hubiese robado el Banco de Francia habría sido más interesante. No tenía demasiada ambición, no sé. Sí, es más simpático, pero en fin, creo que es el lado riesgoso, en cambio la cosa es... cuando uno es realmente un chico, no es el asunto de qué robo porque necesito salir de apuros; es así: no tengo eso, lo robo; quiero decir que eran estupideces, naranjas, estupideces, ¡siempre que hubiera riesgo, no sé! Lo que queríamos era que la cosa se moviera [*risas*]. Sí, era mientras... era como cuando uno es verdaderamente [...]. Pero bueno, en eso evolucionamos un poco más; y además me pasó una vez, así que después cambié, cambiamos mucho... Siempre estaba con mi hermano, es lo que a fin de cuentas nos... Cuando éramos chicos siempre estábamos juntos, y después cuando llegamos allá y nos encontramos los dos, bueno, estábamos siempre juntos, andábamos siempre juntos, entonces arreglábamos las bicis y después salíamos a andar, no sé. A la conquista de Cachan.

[...]

—¿Pero qué es lo que pasó? Él...

MALIK: Creció. Creció y nosotros éramos chicos. Chicos, aunque a los 14 años uno es despabilado, la cosa anda, me parece. Pero a fin de cuentas fue ahí cuando tomamos dos caminos diferentes. Para mí fueron... mis años de CAP, le digo, fueron [*inaudible*]. No, es cierto, no son tonterías, quiero decir, tenía... No sé, no se lo puedo contar así, tendría que hablar mucho tiempo, hay un montón de recuerdos, de cosas, un montón, es genial, ¡no sé! Son cosas que no se olvidan, no sé. Pero son tanto estupideces con los profes como cosas para llorar juntos, cosas locas, qué sé yo. En todo caso, yo nunca había llorado con un compañero. Sí, alguna vez seguro que lloramos, pero en la comisaría, es diferente; [*inaudible*] en la comisaría, pero era por una cagada estúpida. Así que uno se libra, cambia mucho de

amigos en ese momento.

—Te saliteas muchas cosas: ¿qué habías hecho para terminar en la comisaría?

MALIK: Bueno... estaba con dos... es gracioso porque veo lo que pasa [*se señala la cabeza*] pero ustedes no. Consigo imaginarlo y consigo...

—No nos cuentas todo.

MALIK: No, bueno, no... [*risas*].

—Puedes hacerlo, sabes, la cosa queda acá.

[*Explica que "hizo tonterías" con algunos muchachos, "no muy buenas compañías pero simpáticos": robos por el "sabor del riesgo", juegos con fuego e incendios involuntarios, irrupciones en casas más o menos abandonadas, durante una de las cuales lo pescó la policía, que avisó a los padres.*]

MALIK: [...] Así que cuando llegamos a la comisaría vinieron mis padres. Bueno, sobre todo mi madre, porque mi madre es... no es –a fin de cuentas verdaderamente nunca nos pegó ni nos dio una tunda, etcétera–, pero son castigos duros, cortarte el pelo, no tienes ganas y te hace un agujero en la cabeza, no sé. Entonces, cuando llegas el lunes al colegio con tu [...], realmente no estás contento. Y además, bueno, no sé, la cosa funcionaba, no tenía nada de malo, nunca hice nada malo. Y siempre en este lugar, es cierto que la cosa va en aumento, crece y crece cada vez más y entonces uno empieza a entrar en un período... Y yo, en... quinto, entro en el CAP, empiezo a conocer gente y ahí, en relación con eso, me fui totalmente, totalmente... Me aparté de todo ese medio, mientras que mi hermano se quedó...

—Es eso, él siguió...

MALIK: Siguió haciendo todas esas estupideces, y tarde. Así que después...

—¿Tuvo problemas? ¿Estuvo...?

MALIK: Detenido. Detenido, no preso; pero, a decir verdad, no muy lejos.

—¿Por qué? ¿Robos, cosas así?

MALIK: Bueno... una vez fue por... porque, entonces, él... porque durante un tiempo –eso era un poco más adelante–, durante un tiempo, entonces, había dejado el establecimiento y además siempre esa necesidad de plata, sin embargo no sabe gastarla, no entiendo. Es lo que no entiendo, no tiene tanta necesidad de plata, pero a decir verdad se quedó en el *trip*. Así que entró en un supermercado rompiendo algo. Una noche, una noche. Y además hay que decir que era la época del Ricard. Pero no tomaba, vendía. "Dileaba" Ricard con los [...], ahí están. Así que era eso, no sé. Y entonces progresó, y muchas veces lo detuvieron, sí. Se encontró... y además demuestra tener una mala suerte loca. Así que se encontró, una noche conoce a unos compinches que están en un ciclomotor, discute con ellos, pasa la poli y se hace detener; todas las veces son situaciones así. O si no, está en París, está tranquilo, fuma tranquilamente un porro y lo detienen, es estúpido, cosas así. Ahí, digamos que... y además yo estaba un poco más; así que fue ahí cuando conocí a los que ahora son mis amigos...

[...]

Nos gustaría mucho armar una base náutica

—Es así, pero estabas tan a gusto que no tenías muchas ganas de...

MALIK: De volver. No, no volvía a casa. En fin, volvía a eso de las ocho. Me quedaba estudiando, con... y además, ahí tiene, se hace una cadena y después discutimos y después, etcétera, y al final uno se da cuenta de que...

—¿Y no tuviste ganas de trabajar en ese momento?

MALIK: No, justamente. Creo que fue ahí, en ese momento preciso, cuando conocí a esas personas, que hubo un "clic", vamos a decir, de no querer trabajar porque... porque todavía había que pasar otros momentos como ése. Otros momentos, otros encuentros, otros encuentros que son importantes. Y no sé si eran todas personas que, podríamos decir, habían entendido la cosa. Que la habían pescado al vuelo.

—¿Qué quieres decir con eso?

MALIK: Esa necesidad de intercambiar cosas... [*largo relato picaresco sobre un viaje a España con sus compañeros*].

—¿Qué hace ahora ese compañero?

MALIK: Está en un bachillerato profesional; está en segundo año, porque aprobó como libre y lo consiguió, y yo no.

—¿Qué dijiste, que no entendí?

MALIK: Él lo consiguió y yo no.

—¿Pero qué?

MALIK: El bachillerato profesional como libre. O sea, un año antes, un año antes. Porque no pudo aprobar su CAP, tuvo un accidente; eso no impide que sea un muy buen elemento.

—¿Y tienen proyectos juntos?

MALIK: No sé a qué le llama proyectos...

—Bueno, no sé, porque creo que...

MALIK: [*Con tono pomposo.*] En fin, él tiene el proyecto, digamos que nos gustaría mucho armar una base náutica.

—*¿Y dónde?*

MALIK: En Vietnam [*risas*].

—*¿Y por qué?*

MALIK: Porque está en plena expansión, acaba de abrirse.

—*Sí, no está mal pensado.*

MALIK: Acaba de abrirse y parece un país que va... va a haber abundancia, no sé...

—*Sí, un club no está mal pensado.*

MALIK: No, un club no, no es un club, a mí no me gusta...

—*¿Qué es, entonces?*

MALIK: ...Los clubes, como les decía hace un momento. No, para mí, como les decía hace un momento, es la autenticidad del principio al fin.

—*¿Qué quieres decir? ¿Por ejemplo?*

MALIK: Muchas cosas; el sonido, los olores, prestar atención a todo, así que no será para que venga cualquiera. Porque nos gustaría montar paralelamente otra base náutica, pero que estuviera en el oeste de Francia, sobre la costa, sobre todo eso [...] cuando no sabemos dónde; y en ese momento se hará más bien un reclutamiento... podríamos decir, se ofrecerán esos servicios a las empresas, pero es cierto que va a tener que ser cierta categoría de personas. Y durante ese... –hay que decir que ellos sin saberlo, porque no lo sabrán– veremos entre esas personas cuáles están en condiciones de poder... que buscan eso; en fin, es así, el proyecto marcha por ese lado. Y durante la cosa se lo propondremos únicamente a esas personas... y no al que se quede en Babia preguntándose. Está bien, no sé.

—*No, no, está bien, sí.*

MALIK: No, no, si es agradable. Pero eso será desde el principio, digamos que ofreceremos todo desde el principio hasta el final. En fin, ofrecer... Pero en fin, empezará en la comida, todo, no sé, todo. Verdaderamente todo, porque nos perdemos eso, me exaspera, hoy nos perdemos eso, pero somos sinvergüenzas, vamos a hacer plata en ese asunto, porque la vamos a hacer, en fin, no sé... Pero se pierde y no soporto ver gente que...

—*Y van a empezar por ir los dos a ver...*

MALIK: No, porque él se fue a Tailandia con un amigo, el segundo Frédéric, que viaja bastante gracias a su padre, porque el padre es ingeniero, pero que lo destina Télécom y entonces viaja sin parar; así que tiene la posibilidad, fue a través de él que supimos que Vietnam era un país...

—*¿Y qué hace este amigo, este Frédéric?*

MALIK: Frédéric está en primero de adaptación en un liceo de París. Y el otro hace el segundo año de un bachillerato profesional pero en alternancia; porque no vive con sus padres; tuvo [...] algunos problemas, muy pronto, lo largaron muy pronto.

—*¿Quiénes lo largaron? ¿Los padres?*

MALIK: ¡Ah, no! Sus padres no. Pero de todas maneras este asunto es un poco complicado. Él también estaría muy bien por aquí, no, no, es cierto... Así que en cuanto a eso, bueno, no sé. Tiene su departamento solo, es completamente autónomo y...

—*¿Entonces piensan hacerlo entre tres, no sé? Con Frédéric...*

MALIK: Sí, pero...

—*¿E incluso él fue a ver allá?*

MALIK: Sí, pero no a ver ahí mismo; fueron a Tailandia, tranquilos, con Laurent...

—*Pero deben de tener bastante plata, porque es lejos para ir allá.*

MALIK: Bueno, se las arreglan.

—*¿Trabajan?*

MALIK: Bueno, el otro está en alternancia, así que trabaja, pero después del viaje pasó seis meses de hambre.

—*¿Y este verano qué vas a hacer?*

MALIK: Voy a tratar de ir con Laurent; voy a tratar de irme una semana, así que nos propusimos hacer juntos una cosa en la UCPA.

—*¿Ah, sí? ¿Adónde?*

MALIK: En el Verdon, hacer un descenso... en aguas correntosas, etcétera. [...]

—*Bueno, ésas son cosas terriblemente buenas. Sí, es matador, pero...*

MALIK: Sí, es matador; pero bueno, ahí vamos a ver, hay que hacerlo pronto; si no, nos iríamos igual una semana pero al oeste de Francia y haríamos un poco de [...] cata.

—*¿Qué es eso?*

MALIK: ¿El cata [catamarán]? ¿Sabe qué son los pequeños *hobbycats*? Son pequeños *hobbies* como los que se ven en Bounty, pero bueno, uno se queda en Francia, no sé. Están bien esas sensaciones. Ahí tiene, si no es eso. Ah, sí, y diez días en... con... con... con mi... mi amiga, en España. Porque me gusta mucho...

Argelina. Y no fue a propósito...

—*¿Quién es tu amigo?*

MALIK: Es I. E. [*Amiga.*]

—Ah, sí, porque de la manera en que lo decías, no me atrevía a decirlo. Eso es.

MALIK: I. E.

—¿Quién es I. E., si no es una indiscreción?

MALIK: [*Ríe.*] I. E. es Fedellah. Es linda.

—¿Qué hace?

MALIK: Es docente.

—¿De qué?

MALIK: En un liceo de educación profesional [*en realidad, se trata del suyo*]. Es docente, hace derecho, economía, cosas así.

[...]

Sí, me iré diez días; sí, no, es más lindo porque ella no conoce, no le gusta el agua, no sabe nadar y además yo quiero hacerla... aprender, no enseñarle, basta con que meta los pies en el agua en Gibraltar, porque es lo único que encontré, pensé que mientras conozca un buen elemento... ¡El Atlántico y el Mediterráneo que se cruzan!

—¿De qué origen es?

MALIK: Argelina. Y no fue a propósito. No fue a propósito, porque todo lo que es... en fin, no es muy importante. Sí, sí, la cosa puede ser agradable, no sé.

[...]

[*Malik habla del* chalet *donde vive con su padre cuando no está con su compañera.*]

Las carreras también me dan miedo...

—¿Y vives ahí todo el tiempo con tu compañera o vas...?

MALIK: No, ¿en lo de mi amiga? Sí... porque... [*ríe*].

—No, no, sigo en mi idea, para nada... para nada...

MALIK: No, es porque estoy entre las dos. Y la verdad, la verdad es que es más agradable despertarse al lado de...

—¿De modo que tu padre conoce a tu amiga?

MALIK: Sí, la conoce; la conoce y están bien; no se llevan mal...

—Los dos se llevan bien... ¿Y los padres de ella son... su padre es argelino...?

MALIK: Su padre es argelino; su madre, lo mismo. Y como de casualidad, también son de Tlemcen.

—Ah, sí, es gracioso. No se conocían...

MALIK: No, no se conocían porque sus padres... vamos a decir, su padre llegó aquí hace mucho; llegó en los años treinta, así que...

—Sí, eso es, mientras que tu padre llegó mucho más recientemente.

MALIK: Así es.

—¿Nos contaste todo sobre eso?

MALIK: Sí, aparte [...]. Sí, a lo mejor me voy a quedar un poco en el cole, en la escuela, me gusta mucho. Es todo, sigo para estar seguro, no sé. Y además, si algún día me mando a mudar y me instalo...

—Sí, tienes que tener un...

MALIK: ...estoy condenado a quedarme aquí y además hacerme lugar tratando de compensar con lo material, cosa que todo el mundo hace.

—No entiendo qué quieres decir con eso.

MALIK: En fin, veo el dinero curiosamente, porque tengo la impresión de que el dinero produce sobre todo una compensación. Y tengo la impresión de que todo el mundo está molesto y que el dinero permite compensar ciertos sueños con lo material que queda fijo... es la compensación; mientras que yo no tengo demasiadas ganas, tengo ganas de vivir, no de compensarlo con algo.

—En el fondo, el dinero no es lo esencial, ¿eh?

MALIK: No es, no es mi... no es mi principal objetivo. Pero seguro que para lo que quiero hacer lo voy a necesitar. Digamos que va a ser el medio más fácil, el más radical para poder alcanzar lo que quiero hacer. Pero no será el objetivo principal.

—¿Pensaron un poco en cómo encontrar plata para su empresa?

MALIK: El Banco de Francia [*risas*]. No, no, no sé... para encontrar la plata, justamente, habrá que trabajar, y bueno, tratar de encontrar un puesto bastante lindo, agradable; en fin, quiero una ocupación apasionante. ¡Ojo!, soy muy exigente, quiero una profesión que me guste del principio al fin. Pero no una profesión de carrera o para comer, después uno [*inaudible*] [*risas*]. Digamos: no endosarse otro número cuando uno va al trabajo, sino cuanto menos quedarse de este lado [...] cuanto menos es importante. No hace falta que haya algo que rascar, las carreras también me dan miedo.

—Sí, en un sentido la escuela está bien.

MALIK: Ser PDG y después dejar, no ver más a tu compañera, no ver... no me interesa.

[...]

—¿Pero la escuela, en el fondo, es un universo que te gusta?

MALIK: Sí, sí, sí, me gusta mucho. Creo que ahora eso también forma parte, me digo, en definitiva es el camino que tomé, me permitió quedarme más tiempo en la escuela. Y me digo...

—En el fondo lo que te embroma en la escuela es

tener que trabajar, ¿eh? Porque ***si no, estaría muy bien.***

MALIK: Bueno, yo no trabajo.

—Sí, es eso, así que está muy bien.

MALIK: Está muy bien. No, no, pero está bien, no sé. Es lindo [...] los profes son *cool*, es lindo.

—¿Qué quieres decir?

MALIK: Bueno, se hacen preguntas, se preguntan por qué no trabajo.

—Sí, se lo preguntan porque si quisieras te iría muy bien.

MALIK: No.

—Sí.

MALIK: No, no, pero no, estoy muy bien así. Por qué, por qué... es lo que no entiendo, en la escuela no me piden que saque 20.* En cambio, en el trabajo hay que tener... no son 20, es cero o 20, no es ni 14 ni 12, ¿eh?... Y ahí nos dejan justamente la posibilidad de elegir 12, 13, 10; bueno 9 no, porque después no está bien. Así que lo mismo da el mínimo estricto [*ríe*], tener... seguir con el 10 y después en el tercer trimestre llegar a 12 de promedio y luego una escapada, no hiciste nada pero igual te dejan pasar. Es lo que me crea problemas, les digo... poder tener acceso a lo que quiero, porque tienen la impresión de que va a ser todo el tiempo así, es mucho, verdaderamente mucho; pero empiezo a entenderlos mejor porque mi amiga, I. E., es docente, del otro lado de la barrera que... se ve un poco lo que pasa. Pero... es agradable. Mi vida es agradable [*ríe*].◆

Junio de 1991

*. En el sistema escolar francés, la escala de calificaciones es de cero a 20 (n. del t.).

Un paraíso perdido

Sylvain Broccolichi

Claire, Muriel y Nadine comparten con una gran cantidad de estudiantes la experiencia del descenso brutal de su valor escolar en el momento de ingresar en el liceo. En las tres, este descubrimiento está acompañado por la frustración de sus esperanzas, así como por la aparición de una postura crítica con respecto a las estructuras y condiciones de trabajo del liceo. Las tres han egresado de diferentes colegios, y en el liceo Verlaine sufren un desencanto al descubrir un mundo más netamente jerarquizado donde se presta poca consideración a quienes no tienen acceso a la "vía regia científica" y en el cual ya no rigen los mismos valores. Como hasta aquí Claire, Muriel y Nadine formaban parte de los "buenos alumnos" que una escuela benévola reconoce y alienta, se sienten particularmente sorprendidas y sacudidas por el tratamiento reservado a sus nuevas dificultades en el establecimiento: repentinamente se ven frente a la violencia que el mundo escolar ejerce sobre los alumnos menos adaptados a sus exigencias.

En un departamento donde se mantuvo el principio estricto de la sectorización, el liceo Verlaine, edificio que fue construido en la década de 1950 y se halla en mediocre estado, se encuentra en un distrito escolar correspondiente a dos ciudades más bien obreras (en las que, sin embargo, hay un avance de las categorías de "empleados" y "profesiones intermedias" y del sector terciario en general), una de las cuales está cerca de París. Es el único liceo de enseñanza general del distrito que prepara para los bachilleratos científicos (C y D) y literarios (A1, A2 y A3);* reúne a los mejores alumnos de los 12 colegios del sector, con excepción de quienes emigran a los liceos parisienses. Los alumnos más cercanos al "promedio" se reparten en los dos liceos de enseñanza general y técnica que preparan para los bachilleratos tecnológicos, así como los bachilleratos B y E. Los docentes y la administración del liceo logran limitar esas "huidas" manteniendo un nivel de exigencia elevado, sobre todo para el acceso al curso terminal C (cuyo índice de aprobación del bachillerato es un determinante fundamental de la reputación de un liceo), y por lo tanto es principalmente en el nivel del primer ciclo donde se observan las emigraciones de alumnos de origen social alto hacia los establecimientos parisienses.

La mayoría de los alumnos descubren las exigencias muy elevadas del liceo fundamentalmente en sus resultados en matemáticas y física, determinantes para la orientación en primero S: en muchos de ellos, esos resultados son claramente más bajos de lo que esperaban, y el "salto de exigencia" en el ingreso en el liceo lo revela justamente la magnitud de la "caída de las notas". De hecho, en comparación con otros liceos que no preparan como el Verlaine para las secciones

*. El bachillerato C corresponde a la rama u orientación en física y matemáticas; el D, a química y ciencias biológicas; el A, literario, se divide en A1 –filosofía–, A2 –lenguas extranjeras–, y A3 –arte y literatura–; el B corresponde a economía y el E es técnico. El primero S que se menciona en el párrafo anterior agrupa a los alumnos que en el último curso, el terminal, se dividirán entre los bachilleratos C y D. El F, que aquí no figura, tiene tres ramas: informática, electromecánica y electrotécnica (n. del t.).

más nobles del bachillerato, este último presenta el sistema de exigencias más elevado y las normas de calificación más severas, como lo testimonia la baja de las notas de los alumnos de segundo año (en especial en matemáticas y francés) en relación con las obtenidas en tercero, baja que es mucho más pronunciada en ese liceo que en los otros dos del sector, aunque los cursos sean oficialmente los mismos.

La importancia de esta "baja de las notas" es también función del colegio de origen, sobre todo desde que la intensidad de la selección "endereza" menos que antes las características sociales y escolares de la población de cada uno de ellos. La voluntad del gobierno de hacer que el 80% de una generación tenga acceso a un curso terminal, lejos de producir una optimización del sistema de enseñanza, se traduce en todo un conjunto de medidas (en el plano de las capacidades de recepción de las diversas ramas) y presiones administrativas, que en cierto modo obligan al personal de los colegios a dejar pasar "por antigüedad" hasta tercer año a alumnos que en el estado anterior del sistema jamás lo habrían logrado, y a bajar al mismo tiempo sus exigencias en función de la población estudiantil con que deben vérselas durante (al menos) cuatro años. Las estadísticas tradicionalmente elaboradas por los servicios de educación nacional no muestran esas diferencias, que se revelarán en el nivel de segundo, donde el rendimiento escolar de los alumnos variará considerablemente según el colegio de origen (por ejemplo, en el liceo Verlaine los índices de repetición o de reorientación a un BEP oscilan entre el 8 y el 50%, de acuerdo con el colegio de origen). El carácter relativo de las notas obtenidas en el colegio escapa en gran parte a los alumnos, que al mismo tiempo se verán aún más afectados por su brusca declinación escolar en segundo, agravada por la presencia en los cursos de alumnos mucho mejores que en el ciclo previo.

Conocí a Claire, Muriel y Nadine, tres alumnas del liceo Verlaine, en el marco de un trabajo que efectúo desde hace varios años sobre la enseñanza secundaria en el distrito escolar de ese establecimiento, y durante el cual pude entablar múltiples contactos, tanto con el personal de educación nacional como con los alumnos y sus padres. Las tres respondieron con presteza a mi pedido de entrevistarlas sobre los problemas enfrentados en el liceo; estaban igualmente dispuestas a presentarme a otros alumnos voluntarios, cercanos a ellas por su situación, su historia escolar y también su compromiso político con las juventudes comunistas. Después de observar, durante una primera conversación colectiva, el modo en que se instaban a testimoniar lo que más las había afectado en el liceo (en especial las respuestas desvalorizantes o culpabilizantes que daba la institución a sus dificultades), decidí proponerles una segunda entrevista igualmente colectiva que, sin duda por haberse desarrollado en una sala del liceo menos "oficial" y más aislada, permitió expresiones menos censuradas sobre la administración o los profesores.

Desde las primeras evocaciones de su desconcierto y la imposibilidad de abordar sus dificultades con los adultos del liceo, insistieron en el riesgo de que se las considerara "pequeñas bromistas" que buscan excusas para sus insuficiencias. De allí mi tendencia a decir "se" en vez de "ustedes" cuando retomaba sus palabras, como para señalar mi adhesión a su punto de vista y atenuar sus inhibiciones.

Claire R.: "Completamente desvalorizadas"

Claire tiene 15 años. Está desde hace sólo tres meses en el liceo Verlaine, en segundo, y será la menos locuaz durante las entrevistas. Hija de un obrero y una empleada de hospital, pudo aprovechar a lo largo de su escolaridad la ayuda de su hermana mayor, poseedora del bachillerato A1 con mención, quien, por su parte, había recibido un apoyo comparable de una tía, supervisora general en un hospital.

Contrariamente a Muriel y Nadine, que pertenecen a familias social y culturalmente más privilegiadas y se atreven a afirmar proyectos

(periodismo, fotografía) en función de sus gustos y de polos de interés extraescolares, Claire menciona tímidamente una meta –el comercio exterior– determinada en función de posibilidades razonables de inserción ("Me dijeron que había una salida en ese sector") y de su perfil escolar ("Sobre todo soy buena en idiomas"). Al parecer tan "buena" alumna en el colegio como Muriel y Nadine (ese calificativo se repite siete veces en su boletín trimestral final de tercero), es sin embargo la única que excluyó claramente de antemano la orientación del bachillerato científico, aunque no ignore el carácter negativo de esa elección: prácticamente en todas sus intervenciones –escasas– habla del "bachillerato c", que le parece el único valor seguro en este período de generalización del acceso al bachillerato y de incertidumbre del empleo, y lamenta en varias oportunidades que las otras secciones a que la destinan sus resultados escolares en baja estén "completamente desvalorizadas". La inquietud que siente con respecto a su futuro encuentra su mejor expresión en la evocación de una imagen de revista mostrada por uno de sus profesores de tercero, que representa a un "hombrecito que barría" al lado del bachillerato A, mientras que "el de bachillerato C era el director de la empresa". Ella, cuyo padre, que carece de calificaciones profesionales, trabajó durante mucho tiempo en un "servicio de mantenimiento", es particularmente sensible a esa imagen.

Claire, que siempre "se aseguró" un buen rendimiento en todas las disciplinas en vez de procurar ser la mejor en algunas de ellas, sólo logra, al principio de segundo, mantener buenos resultados en idiomas; en las demás, sus notas bajan de 2 a 7 puntos según las materias, de conformidad con la evolución promedio de los alumnos procedentes del mismo colegio que ella. En éste, de reclutamiento social bastante bajo, cada vez más abandonado por los mejores alumnos del sector (a medida que la política de debilitamiento de la selección se aplicó con regularidad en él), Claire seguía siendo una de las pocas que podía responder a las expectativas de los docentes y participar con ellos en un juego de gratificaciones recíprocas. El discurso nostálgico que esos ex buenos alumnos –que en general son mujeres– emiten sobre el colegio, cuando se descubren repentinamente perdidos en medio de la masa de los estudiantes considerados "mediocres" en el liceo, sólo cobra todo su sentido cuando se lo refiere al conjunto de las señales de atención anteriormente puestas en ellos: en colegios donde tantos alumnos "largan" algunas materias y hacen difícil el trabajo de los docentes, éstos aprecian y valoran particularmente a las "moscas blancas" como Claire, a quienes desean poder conservar en el establecimiento al mismo tiempo que les reconocen el mérito especial de lograr trabajar bien en un ambiente escolar tan poco propicio. En todo momento prodigan estímulos o felicitaciones personales que hacen que la relación docente-alumno se asemeje a la de padre e hijo, y motivan que Claire diga a posteriori: "En el colegio, era como una pequeña familia... Una siempre tenía un profe detrás", mientras que en el liceo "no me da la impresión de que se pueda ir a ver a un profe".

Muriel F.: "La cosa se vuelve totalmente incoherente"

Desde el momento en que había quedado claro que se trataba de una conversación sobre el malestar liceísta, Claire, como otras personas interrogadas, me habló de Muriel. "Muriel seguramente tendrá muchas cosas que decir. Y además tiene tiempo, está en A1...". Así se expresaba una colega de su padre (profesor de educación física y deportiva), señalando implícitamente una oposición entre su propia hija –que se había "matado" para conseguir un bachillerato científico– y Muriel, que en cierto modo habría elegido el camino más fácil, cuando en realidad era una alumna brillante e incluso estaba un año adelantada (siguió estándolo) al llegar a segundo. Muriel debe esa reputación unánime a su *status* de representante electa del liceo y participante en

una coordinación nacional de liceístas (tendencia de las juventudes comunistas). Durante la entrevista, aceptó claramente no atrincherarse en una posición de "portavoz" (como habría sido de temer) sino hablar simplemente de su propia historia.

Menciona dos rupturas en su escolaridad: en primer lugar el paso de una escuela primaria con pocos alumnos y cerca de su casa –donde la sensación de ser "una especie de familia" se veía reforzada por la familiaridad entre su madre, maestra, y los adultos del establecimiento– al gran colegio "gris y frío" de seiscientos alumnos, ex primer ciclo del liceo Verlaine. A continuación el paso al liceo, donde la primacía de las materias científicas (en las que se siente menos cómoda) trastorna la imagen de buena alumna que siempre la había acompañado.

El colegio Verlaine representa el más cercano al liceo por su reclutamiento social –el más elevado del distrito– y el nivel de exigencia escolar (los alumnos que proceden de él sufren el descenso menos pronunciado en las notas al ingresar en segundo). En comparación con el promedio de los alumnos de su colegio, Muriel va contra la corriente: si en términos generales evolucionó mejor en el conjunto de las materias, ocurre lo inverso en matemáticas y física (en promedio, en estas materias sus notas pasaron de 12 a 7). Al mismo tiempo que se esfuerza por presentar su orientación en A1 como el resultado de una libre elección, reconoce a veces que su inclinación literaria es relativamente reciente y no ajena a sus dificultades en matemáticas y física en la clase de segundo, así como a su aversión hacia una orientación que la obligaría a "trabajar como una loca para llegar al s" con resultados inciertos.

Consciente de que sus "elecciones" tuvieron un efecto de descenso de categoría, se empeña en relativizarlas denunciando la arbitrariedad de la jerarquía científico/literaria y militando a favor del principio de igual dignidad de las secciones, al tiempo que critica con cierta seguridad un universo "totalmente incoherente" en el que "para ingresar en la preparatoria de letras,* más vale haber hecho un bachillerato c", ya que los mismos profesores de letras aconsejan esa sección a sus mejores alumnos. Pero esas críticas no pueden impedir que experimente y exprese, aun con muchas desestimaciones, una sensación de fracaso ligada a la de ocupar en lo sucesivo una posición devaluada en la jerarquía escolar; sensación que reactiva la comparación con algunas de sus antiguas compañeras de colegio que "tuvieron éxito": "Estábamos verdaderamente parejas. Llegamos a segundo y –las matemáticas son terriblemente más difíciles en segundo–, uuh, había cosas en que las dos aflojábamos. Y a mí, en casa, nadie me podía ayudar en matemáticas [...]. Y ella estudiaba todo el tiempo, todo el tiempo con su padre... Pues bien, lo logró. En fin, lograrlo... no digo que lo logró, pero digamos que está en s, no sé". Y no puede dejar de mencionar insistentemente el papel negativo del profesor que, en segundo, hizo que no sólo ella sino muchos otros sintieran aversión por las matemáticas.

Nadine B.: "Me bajé de mis sueños"

Nadine, de 18 años, está en el curso terminal A1 en el momento de la entrevista, pero para ella resulta claro que sus dos años en segundo fueron los más decisivos y cruciales. Procedente de un colegio social y escolarmente muy semejante al de Claire, tiene la misma aversión por el liceo y la misma nostalgia por aquél, en el que era buena alumna, salvo en matemáticas, y donde se hacía cargo sola de todo, sin pedirles nada a los padres –él, dirigente sindical en la ANPE, y ella, técnica química en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas–, que le tenían confianza.

Con el proyecto de ser fotógrafa, durante su último año en el colegio se asesora con una consejera de orientación vocacional y se entera

*. Curso de dos años previo al ingreso en la Escuela Normal Superior (n. del t.).

de que la mayoría de las escuelas de fotografía posteriores al bachillerato exigen que éste sea científico: "O sea que te orientas a un bachillerato C o D, o bien abandonas tu idea", le dirán en esa oportunidad. Consciente de la importancia del éxito en las materias científicas, se esfuerza por mejorar considerablemente sus resultados en matemáticas al final de tercero, y lo consigue.

Pero, como la mayor parte de los alumnos procedentes de su mismo colegio, sus calificaciones bajan muy notoriamente al entrar en segundo: en promedio, unos cuatro puntos, y mucho más en matemáticas, en que caen a dos en el primer trimestre, junto con la observación "¡Enormes lagunas!". Gran desilusión: cree que nunca va a poder "aguantar los estudios superiores" ni hacer el bachillerato C, y cambia de opinión. Por consejo de sus padres, y porque le resulta difícil renunciar a su proyecto, se aferra no obstante a la esperanza de que si repite podrá restablecer la situación. Durante ese año de repetición, aún más "estresante" que el anterior, sus resultados en las disciplinas científicas siguen siendo insuficientes y terminan por hacerle "bajarse de sus sueños".

El relato de Nadine, la emoción y el desconcierto perceptibles en su voz, hacen comprender que en el curso de segundo no sólo sufrió el desengaño de un proyecto escolar y profesional contrariado, sino que su visión de sí misma, de la escuela y de los adultos se vio alterada por las desilusiones y decepciones que se sucedieron: fracaso escolar (impensable algunos meses antes) y pérdida de consideración y deterioro general de las relaciones, en contraste con la armonía precedente. "Siempre me había llevado bien con ellos", dice refiriéndose tanto a sus padres como a los docentes, mientras que en segundo "me la agarré con todo el mundo".

Allí donde Claire y sobre todo Muriel pudieron convencerse de que un bachillerato científico no les "interesaba" y seguían siendo estudiantes aplicadas por lo menos en las materias que les gustaban, Nadine, al repetir, perdió completamente su identidad de "buena alumna" y sufrió el fracaso en pleno rostro, porque el primer S era para ella más bien un paso obligado que en cierto modo le impedía adecuar sus esperanzas a sus posibilidades. Además, comprendió tardíamente que rechazar durante mucho tiempo, en nombre de una definición ideal de la escuela, las ayudas que sus padres le proponían, especialmente en matemáticas, había sido una falta de realismo. Acostumbrada a tener éxito sin el apoyo de los adultos y confiada sólo en sus profesores, se sentía autorizada a proponer este argumento: "Hay chicos que no tienen padres que puedan ayudarlos [...], le toca al profe... hacer que me vaya bien. [...] Sigo pensándolo: no es normal que los padres estén obligados a intervenir". Sin renegar del fondo de este principio, terminó por abandonarlo en la práctica y aceptó tomar clases particulares, admitiendo que "eso se hace" corrientemente para superar ciertas dificultades.

Claire, Muriel y Nadine tienen una trayectoria semejante, marcada por el paso de una experiencia escolar feliz en el colegio a la experiencia dolorosa de la declinación en el liceo. Ese recorrido común aparece, en sus palabras, en la forma de una historia más o menos construida con la ayuda de las categorías políticas que les proporciona su pertenencia a las juventudes comunistas, la de su paso del universo del colegio comunitario y cálido, fundado en la ausencia de exclusión y en la solidaridad (por el que sienten nostalgia), al universo anónimo y frío del liceo, basado en la violencia de la segregación y la competencia (cuyo espíritu, organización y funcionamiento critican). De acuerdo con el modelo de rendimiento escolar dominante entre las chicas, las tres mostraban en el colegio menos facilidad en matemáticas o física que en las otras materias. Cuando, en segundo, su ligera debilidad en las disciplinas científicas se transformó en verdaderas dificultades escolares, las tres carecieron igualmente de un sostén familiar eficaz (rechazado por Nadine), que hubiera podido permitirles recuperarse. Al entrar en segundo, ese mismo perfil escolar las colocó ante una misma alternativa (que prefigura la posterior al ba-

chillerato: clase preparatoria/universidad): penar para tener acceso a la "vía regia científica" y correr el riesgo de fracasar en ella, o asegurarse el paso a una sección literaria "poco considerada" y reencontrar allí su comodidad anterior.

El caso de Nadine muestra con claridad el riesgo importante de trastrocamiento del equilibrio de las relaciones y de autodepreciación que entraña el primer término de la alternativa, si se fracasa. Del mismo modo, para muchos alumnos que a principios de año aspiraban a primero s pero se vieron puestos a prueba por dificultades inesperadas, el acceso "por un pelo" a ese nivel resulta tener gravosas consecuencias, como lo atestigua la mención bastante corriente de alumnos que "se desmoronan" (depresión, anorexia, intento de suicidio) en el curso de primero.

Para los buenos alumnos que, a partir de segundo, no logran adaptarse al universo del liceo, donde enfrentan normas de exigencia más elevadas y una nueva jerarquía de las materias, la sección A1 puede funcionar como un ámbito de recuperación porque reconstituye un mundo que, en estos dos aspectos, está muy próximo al anterior orden de las cosas: es posible reencontrar en él una posición más alta en la clase y se revalorizan las disciplinas que en segundo pasan a ser menores. Su único defecto, por decirlo así, es la sombra que proyecta sobre ella la sección C, considerada unánimemente como la de los mejores alumnos.

La oposición que plantean las tres liceístas entre el infierno de un liceo dominado por la "lógica de la selección" y los paraísos comunitarios anteriores remite a algunas diferencias, que experimentaron objetivamente, entre el colegio y el liceo. En primer lugar la ausencia de "segregación" en los colegios, donde casi todos los alumnos, en particular en las "buenas clases", pasaban juntos al curso superior, mientras que al final de segundo se ven obligados a distribuirse en secciones claramente jerarquizadas. Luego, el hecho de que fueran "conocidas" desde hacía cuatro años en el colegio que dejan, mientras que se convierten en "desconocidas" al ingresar en el liceo, con una sensación de anonimato fortalecida por el creciente número de alumnos en las clases. Por último, la cantidad de trabajo exigido también resulta notoriamente más alta en el liceo. Pero estas diferencias no lo explican todo, y parece claro que la experiencia encantada y nostálgica de la escuela primaria y el colegio, traducida en la metáfora de la familia (perdida) y la casa, corresponde a la experiencia privilegiada de una categoría limitada de liceístas: aquellos –y sobre todo aquellas– que, en los establecimientos educativos populares, formaban parte del pequeño círculo de buenos alumnos, tanto más apreciados y protegidos cuanto que eran escasos, y que perdieron bruscamente esas relaciones gratificantes y la serenidad que ellas generaban al ingresar en un liceo con exigencias escolares más elevadas. Así como desde el punto de vista de los alumnos en mala posición es evidente que los docentes están mejor dispuestos con los "mejores" (de modo que los "menos buenos" tenderán a autoexcluirse de la relación con los profesores, por ejemplo, encargando a los primeros que hagan preguntas por ellos), quienes se benefician con esas buenas relaciones (como Claire, Muriel y Nadine antes de su ingreso en el liceo) las atribuyen a afinidades personales sin vinculación directa con el rango escolar. Tal vez por haber estado más nítidamente –y durante dos años– en una situación de alumna "fracasada", Nadine parece ser la más consciente de esa dependencia de las relaciones humanas con respecto a las calificaciones escolares: "¿Pero qué soy para ellos?", se preguntaba, no sin amargura, al señalar que sus profesores, pero también sus padres, ya no la consideraban de la misma manera durante ese período de declinación escolar.

Claire, Muriel y Nadine observan que "se considera sobre todo a los científicos" y que, "de todas maneras, a los mejores alumnos los ponen sólo en el científico". Pero cuando evocan el deterioro de sus relaciones con los docentes en el curso de segundo, tienden a atribuirlo a un cambio de naturaleza de los universos y no a la

declinación de su posición en los universos sucesivos del colegio y el liceo: en el primero, había más "solidaridad" y "una siempre tenía un profe detrás", mientras que en el liceo descubren la lógica de selección, así como la "culpabilización" y el "aislamiento" que, junto con el fracaso, exponen al riesgo del "desmoronamiento".

No se les ocurre la idea de que esos problemas hubieran podido planteárseles a ciertos alumnos de su antiguo colegio (como pude comprobarlo al interrogarlas sobre este punto al margen de la entrevista grabada), y tengo la impresión de que esa referencia posible a un buen universo escolar anterior es casi una condición necesaria de su aptitud para indignarse y criticar el universo liceísta. Se observa, en efecto, que la facultad de indignación se embota bastante pronto: para no granjearse demasiadas molestias a corto plazo, en el estado actual de los dispositivos escolares el alumno en mala situación generalmente no tiene otra opción que adoptar comportamientos (ocultar sus dificultades, copiarse de los mejores) que rápidamente le impiden sentirse autorizado a criticar la falta de ayuda y consideración ligada a su posición. Claire, Muriel y Nadine están tanto mejor ubicadas para juzgar indignante el hecho de que "quienes no la siguen, peor para ellos" o que "cuando se fracasa en algo uno es culpable", cuanto que hasta entonces se las consideraba alumnas ejemplares, y creían en una escuela que prestara auxilio a los estudiantes en apuros.

Las tres adhirieron activamente al movimiento liceísta del otoño de 1990, que, sin expresarla siempre con claridad, apunta a la contradicción de un sistema que permite tener acceso al liceo a cada vez mayor cantidad de alumnos, al mismo tiempo que orienta a la mayoría hacia secciones desvalorizadas. El sistema, además, justifica todas las orientaciones contrarias a los deseos iniciales por la insuficiencia de los rendimientos escolares, cuando en realidad no asegura buenas "condiciones de trabajo" y obliga a muchos jóvenes a buscar fuera del liceo la ayuda que los dispositivos educativos no prevén. La política nacional de retraso de la selección, aplicada de manera acelerada desde hace cinco o seis años, parece generar en muchos alumnos una estimación de su valor y unas esperanzas diferentes de las que inducía anteriormente la orientación por el fracaso a partir de la escuela primaria. Sobre todo en los establecimientos de reclutamiento popular en que la selección era más precoz e intensiva, los alumnos que se habrían inclinado progresivamente a aceptar su "flojedad" a raíz de la eliminación de los menos buenos en las clasificaciones escolares, se mantienen ahora cada vez más tiempo en una posición buena o media. Esta evolución es resultado más de medidas y presiones administrativas que de una real equiparación de las posibilidades de satisfacer las exigencias escolares del liceo, como lo revelan la frecuencia e importancia de las "caídas en segundo". Empero, acostumbrados a considerarse más "promedio" que "flojos", estos liceístas están menos dispuestos a endosarse la responsabilidad total de un fracaso (en comparación con sus esperanzas) que afecta a una buena cantidad de ellos, a una edad en que también son más capaces de reaccionar de manera crítica ante la condición que se les impone.

La política de generalización del acceso al nivel del bachillerato ni siquiera está a medio camino entre el 30% de una generación en el momento de su lanzamiento, y el 80% previsto para el año 2000. Si su aplicación sigue fundándose en una reducción del umbral de exigencia al principio de la escolaridad en los establecimientos de reclutamiento popular y una desestimación de las desigualdades sociales que perpetúa el estado actual del sistema de enseñanza, es factible esperar una intensificación de las contradicciones mencionadas. Al ser la orientación por el fracaso menos precoz y fraccionada, más alumnos se tornan capaces, como Claire, Muriel y Nadine, de denunciar las condiciones de su propia frustración.◆

Con tres liceístas de los suburbios de París

Entrevista de Sylvain Broccolichi

"En el liceo nos tienen tan poca consideración"

MURIEL: Me acuerdo de una cosa de cuando estaba en la primaria, en una escuela, una escuela moderna, experimental... Bueno, verdaderamente estábamos contentos de ir a la escuela. Cuando no había clases, el domingo, nos aburríamos [...]. Llegué al colegio...

—*¿Qué colegio?*

MURIEL: Verlaine [*ex primer ciclo del liceo Verlaine*]. Era grande, gris, imponente, no había nada, no sé, era frío; era muy, muy frío. Fue muy duro, incluso... desde todo punto de vista... En la primaria vivíamos todos juntos, nos conocíamos todos. Era agradable, tuteábamos a los profes, verdaderamente era como una especie de familia... Y llegamos allá... No sé, el liceo ya es el doble de grande que el colegio; pero el colegio ya tiene alrededor de seiscientos alumnos [*en realidad, más de mil*]. Nadie se conoce [...]. Se entra, se sale... Es una fábrica, ya no es una casa. Así que después, cuando se ingresa en el liceo, es todavía peor... Cuando se sale de una clase ni siquiera hay tiempo para charlar; hay que entrar en otra... Nos zarandean tanto que para quedarse charlando dos minutos a veces hay que usar tiempo de las clases... Y además hay clases atestadas, somos 35... Algunas veces no conocemos el nombre de todos los que están en nuestra clase. ¡Es frío, no sé!

NADINE: A mí la cosa me pegó justo al ingresar en el liceo; en el colegio funcionaba [...]. Está el problema de las clases sobrecargadas, los edificios vetustos, pero eso es otra cosa... Me parece que en este liceo hay un estrés constante, que no sentía para nada en el colegio. Así como extraño el colegio, no extrañaría el liceo. Lo que tengo es ganas de irme de él... Así fue como sentí mi entrada: un estrés constante. Muchas veces me pasa que tengo que tomar calmantes antes de ir a la escuela, cosas así... o a la noche para dormirme... En fin, la primera vez que cursé segundo tuve un insomnio imposible. No sé, un ambiente general, cierta incomunicación...

No tenemos derecho a equivocarnos

MURIEL: Yo creo que también hay un juego, un juego, eh, es decir que los adultos nos empujan a estar tan tensionados, porque la verdad es que en segundo la idea de todos es tomar la vía regia... Es la vía científica. Y tienen como objetivo que todo el mundo deba y pueda ir a ella... Y quienes no la siguen, peor para ellos... ¡Tienen que seguirla, no sé! Si no les interesa, bueno, peor para ellos. Deben seguirla como los demás... Entonces estamos permanentemente tensionados, tenemos trabajo a ultranza, es infernal... Nos acostamos a cualquier hora por estudiar. Si un día uno está reventado y no puede estudiar, puede malograrlo todo, todo un trimestre. [*Nadine aprueba.*] Como estaba un poco enferma... (tuve gripe el año pasado, me la pesqué dos veces seguidas, con una semana de intervalo, en diciembre), no pude seguir el programa de física hasta fin de año... Habían empezado química... Yo nunca la había hecho, no entendí nada en todo el año.

NADINE: Y además, hay también una culpabilización... Cuando se fracasa en algo, la culpa la tiene uno, no sé. Cuando surgen problemas... Hay reflexiones de los profes que algunas veces me parecen espantosas... Cuando surgen problemas... Hay derecho a faltar sólo si uno está enfermo... Hay una falta de consideración de nuestro estado psicológico... El año pasado hubo una profe que perdió a alguien de su familia, alguien cercano, así que faltó una semana. Me parece que es comprensible. Y en la misma época, un tiempo después, hubo una alumna que perdió a un amigo muy cercano también, que se mató con un ciclomotor... Y bueno, ella no consiguió expresarlo. Dejó de venir una semana y la única reacción de esta misma profe fue: "Sí, ni siquiera está enferma, el otro día la vi en la calle... Se hace la rabona, no está enferma". Algunas veces una

tiene la impresión de que no tenemos derecho a equivocarnos. No tenemos derecho a tener nosotros también nuestros...

MURIEL: Nuestros estados de ánimo. [...] Algunas veces nos gustaría mucho tratar de decirles, pero nos tienen tan poca consideración con respecto a... Verdaderamente tenemos la impresión... El profe entra y es Dios; no sé, tenemos que escucharlo... Por supuesto que no todos son así, pero hay muchos que sí. Dan la clase, salen y nunca hablan con ningún alumno fuera del curso.

NADINE: Aparte de algunos que vienen por su cuenta, pero son muy pocos... Es difícil ir a ver a un profe y decirle: "Mire, me hice la rabona, pero es porque no estaba bien... Había algo que no me funcionaba en la cabeza...". Es muy difícil...

—¿Es tan difícil que de hecho ni siquiera se intenta?

LAS TRES: [*Unánimes.*] No.

MURIEL: Pero, de hecho, es como si uno tuviera miedo de fallar en seguida, no sé. Tenemos la impresión... Se sabe... Tenemos la impresión de saber de antemano que, de todas maneras, la cosa no va a andar. Así que ni siquiera se intenta, no sé. Al fin y al cabo, pasaríamos por bromistas –"Pero es un buen motivo para no ir al curso, no sé"–, como si nos divirtiera no ir a clase.

NADINE: Nunca entendí por qué ellos... Cuando me tocó hacerme la rabona y plantarme en muchos deberes, iba a ver a las consejeras educativas o a los profes y me ponían como un trapo. Verdaderamente tenía la impresión de que para ellos yo era una pequeña bromista que no tenía nada que hacer con su futuro... Cuando no es cierto. Cuando me hago la rabona en un curso, me doy cuenta, me da miedo... Me doy cuenta de que lo que está en juego es mi futuro. No hace falta que me lo digan. Cuando me escapo de un curso, tengo una angustia constante hasta que consigo presentar una excusa o recuperar esa hora que falté... Algunas veces tenemos la impresión de que nos toman por nenitos que no tienen conciencia de que lo que está en juego es su futuro [...].

—Y tú, Claire, ¿sientes las cosas más o menos igual o no?

CLAIRE: Las relaciones con los profes no son... En fin, los profes son... Vamos a las clases, trabajamos. No hay relaciones...

—¿Ni siquiera en caso de problemas excepcionales existe la impresión de que es posible hacer entender eso?

CLAIRE: No, en fin... Yo estoy desde hace poco, pero no me da la impresión de que verdaderamente se pueda ir a ver a un profe.

—¿Y en el colegio?

CLAIRE: En el colegio era como una pequeña familia... Todo el mundo se conocía. Los profesores sabían quiénes éramos. Una siempre tenía un profe detrás [...].

Se considera sobre todo a los científicos

—En segundo los profesores les hacen sentir que hay una sola meta, que sería primero s, y al mismo tiempo ustedes se dan cuenta de que llegar ahí exige un trabajo muy importante, de modo que hay una especie de presión...

MURIEL: También hay veces que no tenemos ganas.

—Y cuando no tienen ganas, ¿podría imaginarse que eso les produce menos tensión?

MURIEL: ¡Ah, bueno, no precisamente!

NADINE: Hay una falta de consideración tan grande... Se considera sobre todo a los científicos. La segunda vez que hice segundo año, estaba decidida. Quería hacer el A, y en las materias literarias me iba muy bien. Y me pusieron malas observaciones generales, porque en las materias científicas no estaba atenta. A mí me importaba un bledo... En fin, me gustan las matemáticas, la física, sinceramente, y seguí adelante. Pero lo que más me interesaba eran las materias literarias, tenía buenas notas en ellas, y las observaciones no coincidían. Cuando las observaciones no coinciden, te da un *shock*. Cuando no se consideran sus esfuerzos con respecto a lo que usted quiere hacer... Además es sabido que son capaces de hacer repetir por cosas que no tienen nada que ver.

—Es sorprendente que los profesores no científicos entren en ese juego...

MURIEL: Eso es un problema porque ahora en s ponen tantos alumnos que sólo son buenos en matemáticas, física, ciencias naturales... Pueden ser promedio en esas materias. Pese a todo se considera que en s trabajarán y de todas maneras a los mejores alumnos los ponen sólo en el científico. A los mejores en francés los hacen trabajar como burros en matemáticas.

—Se los presiona...

MURIEL: Exactamente. Como yo tenía notas muy buenas en francés –en matemáticas, en el primer trimestre, no trabajaba mucho porque no me interesaba tremendamente, así que era muy mediocre, mediocre–, el profe de matemáticas vino a verme al final del trimestre y me dijo: "Con las notas que tienes en las otras materias, necesitarías dos puntos más en matemáticas y te hago

pasar al s". No, no me interesaba. Él me dijo: "Sí, pero, en fin, los mejores alumnos van al s"... "No, no me interesa. No tengo ganas de esclavizarme el año que viene para estudiar matemáticas, física... prefiero hacer lo que tengo ganas." Parecía asombrado, no sé.

NADINE: ¡Ah, sí, cuando se les dice eso, los profes se asombran, eh! [...] Sé que en mi primer segundo la mayoría queríamos pasar a A1, A2, A3; y teníamos profes de ciencias que no eran inútiles pero tampoco muy buenos, y no les importaba absolutamente nada de nosotros, y había una agresión permanente a lo largo del año. Desde el primer día nos dijeron: "Tomaron tres idiomas, no nos gusta... Ni nosotros les gustamos a ustedes, ni ustedes a nosotros", en general ése era su discurso. En cambio, por el lado de los profes, digamos, más literarios, la cosa andaba mejor. Y la segunda vez que hice segundo caí en una clase en la que la mayoría de los alumnos pasaban al s, s', y la administración reconocía que el profe de francés era incapaz de enseñar [...].

CLAIRE: Yo, al principio del año, había tomado un tercer idioma. Quería hacer un bachillerato A2, pero quería cursar un tercer idioma. Y lisa y llanamente me pusieron en una clase A2-A3 [*considerada como sección refugio para los alumnos flojos en matemáticas*]. Y a principios de año nos dijeron: "Vamos a ver, sabemos que no son buenos en matemáticas y no harán nada para salir del paso, así que no los vamos a forzar en esa materia". Entonces me escandalizó un poco que nos dijeran eso desde el primer día...

—*¿Desde el primer día...?*

MURIEL: ¡Ah, sí, es de entrada! No lo hacen con guantes de seda.

CLAIRE: En principio, un segundo es un segundo indeterminado. [...] No sé, pero cuando dicen que somos inútiles en matemáticas y que no nos van a forzar... [*Luego de esto, Claire pudo cambiar de clase.*]

[*Nadine lamenta el debilitamiento de la solidaridad entre los alumnos, en comparación con lo que había experimentado antes, en especial en el colegio.*]

NADINE: Empecé a tener problemas con mis padres al llegar a segundo, el año en que empecé a retroceder en la escuela. Aparte de repetir segundo, verdaderamente nunca tuve problemas con mi familia; y uuh... sé que este año empezaron a tomarlo en cuenta... No estaba acostumbrada para nada a que se preocuparan por... por mi trabajo. Como siempre fui buena alumna, no estaba para nada acostumbrada a que se preocuparan hasta ese punto por mi trabajo, y además eso genera conflictos en la familia... ¡pero reales, no sé, verdaderamente!

MURIEL: [*Interrumpe a Nadine.*] Y además estamos tan apremiados, tan tensos toda la semana, que llega el sábado y ya no tenemos ganas de hacer nada. Tenemos ganas de dormir, de salir, de divertirnos, ir a ver amigos, quedarnos sin dormir la noche del sábado, hacer cualquier cosa... ¡Y los padres se rechiflan, no sé! Y al mismo tiempo no nos lo pueden prohibir, porque saben muy bien que, de algún modo, si no nos divertimos un poco, no vamos a seguir. No podremos seguir más nuestros cursos, no sé. Al mismo tiempo, si nos divertimos, a lo mejor también nos va a costar seguirlos. Así que...

Era la escuela, la escuela, la escuela

NADINE: También hay una cosa, siempre en ese conflicto. A partir del momento en que mis padres empezaron justamente a interesarse por mi trabajo, en segundo, porque yo empezaba a..., veían que las notas bajaban, ¡y además bajaban mucho! ¡En casa no se discutía otra cosa que la escuela! ¡No se podía hablar de nada más! Era la escuela, la escuela, la escuela... ¿Y esta materia? ¿Y esta otra materia? Para mi madre –tenía que ver en cierto modo con la esperanza de que hiciese el s– eran especialmente las matemáticas. Yo le decía: "Saqué 15 en francés" y me preguntaba: "¿Y en matemáticas... y en matemáticas?". El 15 de francés lo dejaba a un lado. Y era así, pero sin descanso. Y... hay momentos en que me acuerdo de haberme preguntado: "¿Pero qué soy para ellos?". Hubo algunos... algunos momentos en que fue verdaderamente duro, no sé. Nos tiramos mucho la bronca. Y después volvimos a hablarlo [...], para mi madre es cosa pasada; se repite cuando las notas bajan, pero en gran parte ya pasó. ¡Pero hacer dos veces segundo sí que fue duro!

—*¿Hay un momento en que existe la misma presión de parte de los profesores y de los padres?*

NADINE: Sí. Pero yo creo que mis padres también estuvieron tremendamente estresados por mi escolaridad, y después por la de mi hermano. ¡Tremendamente! En fin, sobre todo mi madre. El estrés a lo mejor no es el mismo porque no es la misma cosa, pero no sé: un estrés muy fuerte.

MURIEL: Los padres también se ponen terriblemente tensos porque... Así como nosotros sabemos claramente que lo que se juega en ese momento es nuestro porvenir, ellos también lo saben, no sé. Seguramente

están tan interesados como nosotros en nuestro futuro. Pero a lo mejor no lo ven de la misma manera, porque están en él. Ellos ya viven su futuro. Nosotros todavía no, y tal vez podamos, en fin, piensan que podemos evitar cosas, errores que ellos cometieron. Al mismo tiempo, les resulta difícil aconsejarnos, porque no los escuchamos [*risas*]. En fin, no tenemos muchas ganas de escucharlos, no sé... [*Nadine aprueba.*] Porque, bueno, ya bastante nos sermonean en clase.

[...]

MURIEL: Yo me decía que, de todas maneras, sabía qué quería hacer y que esas presiones, bueno, tenía que contar con ellas e incluso tratar de dejarlas de lado. [...] Me decía: no sirve para nada que trabaje como una loca para ir al s cuando en realidad no tengo ganas de ir, no sé...

—¿Entonces a ti también te presionaban tus padres para que fueras al s?

MURIEL: No, no [...]. Creo que estaba claro de antemano. Aunque cuando estaba en el colegio era una buena alumna de matemáticas, ¿eh?, pero no me interesaba, qué sé yo.

NADINE: Pero a mí mis padres nunca me presionaron directamente... Nunca me dijeron: "Vas a hacer el s y ninguna otra cosa" [...]. Es raro, porque el año que fui la peor (en mi primer segundo), no me... molestaron demasiado, no sé, digamos. Fue sobre todo el segundo año, cuando mis notas mejoraron. ¡Y ese año hubo un estrés! Pero en lo de mi madre era... ¡era tremendo! Cuando subía un poco por encima del promedio en matemáticas, me decía: "A lo mejor vas a poder hacer el s, a lo mejor vas a poder hacer el D...".

[...]

¡Haz el c!

CLAIRE: Hay otra cosa que también es loca, en fin... Mi hermana entró al Henri IV. [*Está en clase preparatoria para la Escuela de Archiveros.*] Hizo un bachillerato A1, un bachillerato literario y... quiero decir: ya no hacen para nada matemáticas, física, todo eso [...], y las tres cuartas partes de la clase hicieron el bachillerato C: son los que tomaron primero. [...] Los otros bachilleratos están completamente desvalorizados. Y después, veo también a nuestros profes que nos dicen: "¡Haz el c, haz el c!". Porque después, si uno quiere entrar en una escuela con prioridad así, hay que hacer el bachillerato C. Nos dicen lisa y llanamente eso, así que...

MURIEL: ¡Para entrar en preparatoria de letras, es mejor tener un bachillerato C, no sé! ¡La cosa se vuelve totalmente incoherente!

NADINE: ¡No deberíamos hacer más que un solo bachillerato!

[...]

—En segundo, ¿se acuerdan de la proporción de alumnos que querían, que trataban de entrar en primero s?

MURIEL: ¡Oh! Nosotros éramos cuatro; de 35, éramos cuatro los que queríamos, desde el principio del año, pasar a A1 [...], todos los demás querían hacer el s.

NADINE: Muy al principio, muy al principio, cuando llegué a segundo, quería hacer el s. Pero, no sé, quería hacer la escuela de fotografía. Y después, bueno, ahora me desilusiono. Me había dicho: ¿por qué no? Hasta ahí trabajaba bien, así que no me parecía... Y después, bueno, al cabo de dos meses de segundo, me dije: de todas maneras nunca aguantaré los estudios superiores, ni para llegar al C, así que cambio de opinión.

CLAIRE: Las tres cuartas partes de la clase quieren hacer el s. [...] Yo de todos modos no quiero hacerlo, porque la verdad es que las matemáticas me causan horror.

[...]

NADINE: En todos mis años de colegio siempre me entendí bien con los profes. Este año, en segundo, me la agarré con todo el mundo sin excepción... Había un asunto que era raro y es que, justamente, hasta tercero yo había sido una buena alumna. Era un poco una cosa en el estilo de que en cierto sentido, a mí no me puede pasar... El fracaso escolar no me tocará. Y por otro lado, de todos modos, es normal que repita segundo. La verdad es que es un curso difícil. Mi hermano también repitió. [...] A lo mejor hay una cosa, que mi madre, sin quererlo, no sé, verdaderamente sin quererlo, pero lo siento en varios... Muchas veces, cuando hablamos, no es que le falte confianza... pero eh, digamos que confía más en mi hermano que en mí. Y desde el principio de segundo me acuerdo de que me había dicho –pero no con maldad; al contrario, para tranquilizarme–: "De todas maneras, si repites no es grave; tu hermano ya repitió". [...] En fin, cuando vuelvo a pensar en eso [...], la verdad es que había una... una falta de confianza en esa clase de segundo, no sé, que era normal repetirlo... que venía de los profesores, del colegio, de mis padres, que venía un poco de todas partes. Y eso hizo que el primer año que lo cursé no estuviera realmente estresada. ¡El segundo año, en cambio, fue el estrés a fondo!

—¿Pero acaso no existe un poco la idea, justamente, de que se va a repetir y que después, casi automáticamente, las cosas van a ir mejor? [...]

NADINE: [...] Para mí, casi todo el mundo repetía segundo... En realidad muchos de mis compañeros pasaron. Me encontré en una clase en que no conocía absolutamente a nadie [...], en la que eran tragalibros con todo, que trabajaban muchísimo. En esa clase sólo me relacioné con dos alumnos. A los otros no les hablé nunca, me llevaba bastante mal [...]. Y además hacía falta que me enganchara... Me daba cuenta de que aunque hubiera repetido, todo lo que veía era nuevo. Hacía falta que me enganchara con el trabajo. Hacía falta que me enganchara a nivel de las relaciones. Estaba perdiendo amigos que habían conseguido el bachillerato o habían pasado a primero. Así que, aunque nos viéramos fuera de los cursos, eso crea cierta distancia. Y... en fin, digamos que me bajé de mis sueños... La segunda vez que cursé segundo fue eso: ¿qué hago acá? Sobre todo porque, en realidad, también tomé conciencia de que la primera vez muy bien habría podido no repetir [...].

Los primeros que se desmoronan, peor para ellos

NADINE: Muchas veces en las clases noté eso. Que hay grupos; y hay personas aisladas, y en general hay muchos que se desmoronan...

—¿Las personas aisladas se desmoronan?

LAS TRES: [*Unánimes.*] Sí.

NADINE: Yo lo sentí la segunda vez [...]. Pero también vi personas que estaban solas; o si no, de a dos; y que se vinieron abajo: o bien abandonaron lisa y llanamente la escuela o bien, en los casos más graves, hicieron intentos de suicidio. Porque por lo que sé –ya hace cuatro años que estoy en el liceo–, por lo que sé, ya hay cinco personas del liceo que intentaron suicidarse. Me parece una enormidad. [...] Una cosa importante es el número de enfermedades psicosomáticas. Hay una compañera que acaba de caer, que no viene desde hace un mes y medio. [...] Otra, el año pasado, tuvo toneladas de enfermedades debidas al estrés, literalmente [...], en primero, con la aprensión por el bachillerato de francés... Y ¡uuh...! hay un montón de pequeñas enfermedades que no se explican... En mi caso, son accesos de herpes.

[...]

—Parecería que no hay nada previsto para tratar de ayudar a cualquiera que en un momento dado se vea en dificultades.

[...]

NADINE: Es un poco la ley del más fuerte; van a tener éxito los que no se desmoronen. Es como en la facultad: los que no se quiebren van a tener la posibilidad de ser doscientos en un anfiteatro en vez de quinientos. Los primeros que se desmoronan, peor para ellos. Los que llegan son los más fuertes...

—En última instancia, les parece casi normal que no haya cosas previstas para ayudar, estructuras de ayuda...

NADINE: No me parece normal, me parece que está dentro de su lógica, no sé. Porque existe ya la lógica de la selección. Ya hay una lógica de selección, de descorazonamiento... bueno, de descorazonamiento, no sé si está verdaderamente dentro de su lógica, pero eh... dado que tratan de seleccionar a toda costa, de hacer un poco su liceo de elite, su bachillerato de elite... Y además, eh... Quiero decir... No van a ayudarnos a que a todo el mundo le vaya bien; ya tratan de eliminarnos...

MURIEL: No van a tomar los parámetros exteriores... ¡No hay que exigirles demasiado, no sé!

Diciembre de 1990

El engranaje

Sylvain Broccolichi y Françoise Œuvrard

Desde hace unos treinta años, las transformaciones más visibles del espacio de los establecimientos escolares se encaminaron hacia una unificación formal (colegio único, liceo de enseñanza general y tecnológica) que en realidad enmascaró un profundo proceso de diferenciación. Las viejas desigualdades ligadas a los *status* o a la antigüedad de los profesores no sólo distan de haber desaparecido de la enseñanza secundaria, sino que se conjugaron con una serie de transformaciones concomitantes que no dejaron de acentuar las diferencias entre establecimientos, sobre todo con respecto a la despareja concentración de los alumnos culturalmente más indigentes, y por lo tanto más propensos a "plantear problemas" en la escuela. En la actualidad, las condiciones de ejercicio de la docencia son cada vez más heterogéneas y varían fuertemente según los establecimientos.[1]

Los profesores, sobre todo los que enseñan en las instituciones más afectadas, viven tanto peor las dificultades cuanto que comprueban que el conocimiento insuficiente de sus causas deja abierta la posibilidad de que, además de culpabilizarlos, se los haga responsables de ellas. La misma escuela a la que se atribuye la transmisión de conocimientos en condiciones óptimas de equidad parece muy poco esclarecida respecto de lo que la desvía de sus misiones, al extremo de ocultar lo que hace "imposible" la profesión en ciertos institutos.

Presión de la demanda y elección demagógica

El proceso de diferenciación se intensificó, sobre todo, a partir de mediados de los años ochenta, y su consecuencia fue que los problemas se concentraron en determinados establecimientos.[2] La prolongación de la escolaridad que se observa desde entonces sigue a una década de escasa evolución de los flujos de alumnos en la enseñanza secundaria, particularmente en lo que se refiere al acceso a los cursos de segundo y la obtención de un bachillerato general. Al comparar las series de alumnos que entraron a sexto año en 1973 y 1980, las autoridades administrativas comprueban la ausencia de una "mejora real de

1. Los medios que explotan el filón de la "violencia en la escuela" o el "malestar docente" pueden proponer tan pronto una visión indiferenciada de la profesión docente y de la condición de los alumnos como una interpretación maniqueísta de las diferencias más flagrantes que oponen a "buenos" y "malos" (establecimientos, alumnos, docentes, directores...) o "bárbaros" y "civilizados".

2. Tanto a escala nacional como en un escalón geográfico más específico (departamento, ciudad) se observa una acentuación de las diferencias entre establecimientos escolares desde el punto de vista de sus poblaciones de alumnos. Por ejemplo, se amplían las distancias entre ellos en el plano de la proporción de alumnos de origen popular, de edad o extranjeros. Se observa también el mismo tipo de evolución a lo largo de diez años, entre los colegios incluidos en las Zonas de Educación Prioritaria y los demás, acompañada por una concentración más fuerte –aunque en menor grado– de los docentes jóvenes y no titulares en los establecimientos más desaventajados.

los *cursus* en cada una de las categorías consideradas" (si se tienen en cuenta el origen social y la edad del ingreso en sexto). "Si el índice [de acceso a segundo año] pasa en siete años del 41 al 46 %, es porque las categorías aventajadas, hijos de ejecutivos y profesionales liberales que ingresan a los 11 años, están mejor representadas en 1980 que en 1973."[3] En tanto que la demanda de acceso a estudios más prolongados ya era muy intensa y general, el funcionamiento del sistema educativo seguía produciendo las mismas desigualdades sociales de éxito escolar, sancionadas por las mismas orientaciones selectivas.

Frente a ello, el objetivo del "80 % de una clase de edad en el nivel del bachillerato para el año 2000" y la política correspondiente implementada a partir de 1985 pueden comprenderse como el deseo de dar una aparente satisfacción a la fuerte demanda social de acceso a más elevados niveles de estudio, con una consideración cada vez menor de la opinión de los docentes. Las decisiones de orientación se separan de la evaluación efectuada por los equipos educativos, a la vez que se incrementa la presión de los padres que, pese a la opinión de los consejos de clase, consiguen el paso al curso superior.

Fue así como el índice de acceso a un curso terminal (de enseñanza general, tecnológica o profesional) pasó del 36 % de una clase de edad en 1985 al 58 % en 1991, vale decir, hubo un aumento de 22 puntos en seis años, frente sólo diez durante los 15 años precedentes.

Desorden y tensiones

En su brutalidad discriminatoria, el antiguo sistema tenía al menos cierta coherencia. Ampliaba y sancionaba las diferencias (especialmente en el dominio de los conocimientos y el aprecio de la escuela) separando más o menos precozmente a los alumnos capaces de "proseguir estudios prolongados" de aquellos cuyo rendimiento escolar y comportamiento "demostraban" a los docentes que ya no tenían lugar en el colegio o el liceo: se los orientaba entonces hacia "lo técnico" o "la vida activa" desde los 16 años.

Lo que se rompe con el nuevo modo de gestión de los flujos escolares es todo el equilibrio entre prácticas de enseñanza y prácticas de orientación de los alumnos. Para comprender los efectos que ejerce sobre estos últimos y las reacciones que a menudo suscita en los docentes, hay que tener en cuenta un aspecto decisivo: la organización actual del sistema de enseñanza no permite que la docencia brinde a los alumnos una asistencia intensiva y diferenciada; ahora bien, ésta se torna indispensable con el progresivo incremento de la proporción de estudiantes poco provistos de un capital cultural, los cuales –por esa razón– tienen más que aprender de la escuela. De tal modo, mantener en ésta a quienes antaño habrían sido "excluidos" sin crear al mismo tiempo las condiciones de una acción educativa eficaz dirigida a alumnos que dependen más de la escuela para adquirir todo lo que ella exige, implica hacer surgir dificultades de todo orden, capaces de deteriorar las condiciones de trabajo de los docentes sin mejorar realmente la suerte de los alumnos.

Es comprensible con ello que los efectos descontrolados de la política verdaderamente demagógica del 80% conduzcan a muchos docentes a añorar el antiguo orden. "Yo hago mi trabajo, pero no estoy para deslomarme tratando de recuperar a alumnos que no tendrían que estar acá": palabras que tienden a hacerse habituales en las salas de profesores de colegios y liceos.

Como cabía preverlo, los problemas asociados a la comunicación pedagógica y a las relaciones entre alumnos y docentes se agravaron principalmente donde ya eran más importantes, vale decir, en los colegios de reclutamiento popular en los que la orientación selectiva se

3. Cf. Anexo del "Plan pour l'avenir de l'Éducation nationale", publicado en *Éducation et formations*, abril-junio de 1988.

utilizaba para reducir las tensiones y las dificultades ligadas a la inadaptación escolar, y en los liceos profesionales que reciben a una edad más avanzada a los alumnos menos adaptados.

La presión de los padres

Los procedimientos actuales de aprobación hacen que en ese momento haya un desfile por la oficina del director. Como éste dice, son los zocos de Constantinopla para los padres que presionan, a fin de que los alumnos pasen a segundo. [...] Presionan, *presionan y presionan y bueno*, él se harta, hasta que finalmente dice: "OK, que pasen". [...]

En el colegio ya estamos obligados. Todavía se puede variar un poquito en el paso de tercero a segundo, pero de todas maneras uno se encuentra cada vez más, y en todos los niveles, con alumnos que no están a la altura de la clase. Así que, de hecho, hay que elegir –y esto funciona totalmente por lo afectivo– entre ponerse en movimiento y sacar al alumno, etcétera, y decidir que uno está harto y dejarlo tranquilo en su rincón, con la condición de que no nos fastidie demasiado; si nos fastidia un poco de más, le pegamos cuatro gritos hasta que deja de hacerlo, y listo. Y el alumno está ahí, espera, y mientras tanto pasan los años [...].

Ahora los padres están más acostumbrados a conocer al director del establecimiento y darse cuenta de que es alguien que puede ablandarse. La conformación de las clases, por ejemplo, era la institución escolar. Lo decidido se aceptaba. Ahora que los padres sienten cada vez más que la presión puede modificar las cosas en cuanto a la orientación, probablemente también se digan: "Por qué no tratar también para eso..." [...]

Como tenemos un reclutamiento a medias de un lugar residencial y a medias de una urbanización, el colegio aguanta, justamente, porque ponemos como referencia a los chicos que trabajan. [...] A la vez *para nosotros y para los otros chicos: así es como funciona* la cosa normalmente. Si no tuviéramos más a esos chicos, está claro que el colegio dejaría de existir. [...]

Desde luego, son sus padres los que presionan sin descanso, y por eso cedemos a las presiones, por ejemplo para armar buenas clases, etcétera... [...] Los padres que dicen: "Si a mi hija la ponen en tal clase con tal profesor, la pasamos a una escuela privada" [...]; mientras se trataba de elementos aislados, se podía hacer. Ahora que la presión es cada vez más fuerte, son los padres de alumnos totalmente mediocres, a los que más o menos les importa un comino el mundo: los que quieren que la criaturita esté en una buena clase.

[...] Entonces, por un lado se habla de la necesidad del trabajo en equipo, y por el otro mis colegas están completamente descorazonados porque "ya no vale la pena que participe en una reunión porque, en última instancia, el que va a decidir es el director, después de haberte manoseado con las múltiples presiones que tiene derecho a ejercer". Así que el consejo de clase ha perdido ya la sensación de ser útil. [...]

Ahora cada vez tenemos menos ley; es cualquier cosa y de cualquier manera: Se pasa por razones estrafalarias, porque de todas maneras no hay otro sitio adónde ir...*

Extracto de una entrevista a un profesor de matemáticas que ejerce en un colegio de los suburbios de París.

En el colegio, el mantenimiento hasta tercero de esos alumnos "difíciles" en condiciones en que la regulación de las dificultades está tanto menos garantizada cuanto que éstas se multipli-

can, se obtuvo dirigiendo consignas en ese sentido a los directores de los colegios y suprimiendo progresivamente los cursos preparatorios del CAP, los CPPN y los CPA.[4] Lo que desconcierta, desalienta o desespera a los docentes no es únicamente la obligación de soportar hasta una edad en que pueden parecer mucho más peligrosos a unos alumnos cuyo "comportamiento infernal", "ausencia de motivación" o "total incomprensión" de las actividades escolares los muestran como "insoportables", "desesperantes" e incluso "irrecuperables"; es también el debilitamiento del poder de sancionar el trabajo de los estudiantes, de incitarlos a la actividad escolar y de obtener un mínimo de respeto por las prescripciones profesorales, aun de parte de los más refractarios. Como el paso a la clase superior depende menos nítidamente del trabajo de los alumnos, los docentes tienen la sensación de perder uno de los grandes fundamentos de su autoridad frente a algunos de ellos, y se sienten cada vez más "impotentes" ante los menos dispuestos a interesarse por las actividades escolares propuestas, en un momento en que en muchos colegios aumenta el peso relativo de ese tipo de alumnos.

De la prueba escolar a la prueba de fuerza

No hay duda de que donde más sensibles son las consecuencias de estas transformaciones es en los liceos profesionales. La porción de alumnos que, en el estado anterior del sistema, preparaban un BEP, va en lo sucesivo mayoritariamente al liceo; quienes antaño ingresaban en el liceo profesional a los 14 o 15 años, lo hacen hoy a los 17 o 18 con un pasado escolar más pesado, y tienen, por lo tanto, que "arreglar cuentas" con la escuela.

Estos alumnos, mantenidos durante más tiempo en el colegio en una situación de fracaso generadora de pasividad o violencia, han adquirido características que hacen mucho más difícil y comprometido el trabajo de los docentes de los liceos profesionales.[5] Como las condiciones de encuadramiento no permiten asegurar un papel educativo real, se observa cada vez con mayor frecuencia la aparición de "jefes de banda" que tienden a desafiar abiertamente a los docentes, multiplicando las pruebas de fuerza que, para esos alumnos puestos en situación de fracaso por la escuela, hacen las veces de revancha contra ésta.

La escuela de los pobres

Tenemos la impresión de que la cosa va cada vez peor y que los chicos son mucho más duros [...]. Cuando digo que son cada vez más duros, me refiero sobre todo a hacerlos trabajar; hay, me parece, una falta de motivación. Uno tiene la sensación de que se aburren mucho.

—¿Que se aburren, que son más pasivos?

4. Las estadísticas de orientación por establecimiento indican que a mediados de los años ochenta, en la mayoría de los colegios urbanos y rurales de reclutamiento popular, más de la tercera parte de los alumnos no llegaban a cuarto año. En el nivel nacional encontramos una proporción cercana al 40% de no acceso a cuarto entre los alumnos de origen popular, mientras que sólo alrededor del 3% de los hijos de docentes o personal ejecutivo superior están en el mismo caso.

5. Pese a la ambigüedad vinculada a sus múltiples usos, los términos "fracaso" o "inadaptación escolar" sirven para recordar que, en el estado actual de los dispositivos escolares, habitualmente se coloca a los alumnos peor categorizados en una posición de "ininteligencia" de las actividades educativas (de las que se desinteresan cada vez más): esta situación tiende a ponerlos frente a la alternativa entre una actitud pasiva de aceptación de su inferioridad (con respecto a quienes ellos mismos llaman los "bochos") y una búsqueda de afirmación en otros terrenos, como el de la violencia física (ser un "duro" más que un alumno "flojo", por ejemplo).

—No es forzosamente que sean más pasivos, no; puede traducirse de otra manera... por la agresividad... [...]. Yo creo que la población cambió... me parece que cada vez hay más hijos de trabajadores inmigrantes. Y también, que cada vez se van más buenos alumnos. Así que estamos en el colegio de los pobres. Lo que más miedo me da es que creo que muy pronto la enseñanza pública va a ser la escuela de los pobres.

Y además, mira, ni siquiera yo mandé a mis hijos a V. [...]. El año en que Éric estaba en CM2, yo tenía un sexto con siete alumnos con trastornos del carácter. Los habían reagrupado para no molestar a las demás clases (siempre se procede un poco así). Así que eso me había vacunado, y decidí que Éric iría a París. No fui la única que lo hizo en V., y eso es lo que explica que ya no tengamos más que a los últimos de la clase. [...]

En fin, este año tengo una buena clase de sexto, y en comparación con el año pasado es el día y la noche. [...] Si quieres, en una buena clase la vida transcurre bien. Es un verdadero placer: estás ahí, sientes que la clase vive, son ellos los que te aportan... En fin, no sé, dices cosas y ¡hop, ya está, todo sale solo! Bueno, en sexto pasa así y me parece absolutamente maravilloso. En tercero no tengo problemas de disciplina, pero son lerdos. Hay que tratar... tratar de motivarlos, pero ni siquiera se puede, no sé, es... Hay que tratar de no fastidiarlos. Eso es. Ni siquiera soy ya una docente, trato de no embromarlos. [...] Es duro, porque en un momento me pregunto qué pueden hacer y qué puedo hacer yo por ellos... [...]

O sea que no pido un nivel de tercero. Verdaderamente bajé mis exigencias. [...] Sé que pese a todo habrá algunos que van a pasar a segundo, entonces a ésos trato de estimularlos más, pero de todas maneras hay un montón que no quieren, que desde el principio están hartos de la escuela y saben que harán un BEP, así que esperan que la cosa pase...◆

Extracto de una entrevista a una profesora de inglés diplomada que ejerce desde hace unos 12 años en un colegio (categorizado como Zona de Educación Prioritaria desde hace dos años) cercano a su domicilio, en los suburbios de París.

La ley del mercado

Este proceso de diferenciación de los establecimientos y concentración de las dificultades, ligado al mantenimiento de los alumnos en los colegios y posteriormente en los liceos, se vio aún más fortalecido por medidas de "descentralización" y competencia entre las instituciones que engendran nuevos círculos viciosos. Los establecimientos, en efecto, disponen de un mayor margen de maniobra en la utilización de sus recursos. Si tienen que adaptarse a su público, se preocupan también por su imagen en el mercado local y por los efectos que esa imagen ejerce sobre la clientela que son capaces de atraer o espantar. Como los recursos de que disponen "libremente" son limitados, deben tomar decisiones. Elegir, por ejemplo, entre una opción prestigiosa, como el griego, para evitar la partida de los buenos alumnos hacia establecimientos rivales, y una medida de ayuda a los alumnos con dificultades. Así es como pueden crearse o reforzarse determinadas jerarquías entre los establecimientos que logran definirse como "polos de excelencia" y los que no tienen otra especialización posible (poco valorada y envidiada) que el tratamiento de los alumnos en situación difícil.

En tanto que se atribuía a la autonomía favorecer la adaptación de los establecimientos a su público, las coacciones de la competencia los incitan, en cambio, a transigir con la demanda, tratando prioritariamente de impedir el movimiento de "huida de los buenos alumnos" que acompaña generalmente la elevación de la proporción de los "difíciles" (a quienes en este período de debilitamiento de la selección se con-

sidera siempre demasiado numerosos). Y como las familias de los más dotados social y escolarmente son también las que están en mejores condiciones de elegir con conocimiento de causa y obtener una satisfacción, la necesidad de "llenar" los establecimientos que sufren mayor "deserción" produce –aun con más certeza que en el pasado– ámbitos de relegación en los que se concentran los problemas.

Incluso en los departamentos todavía sectorizados, como Val-de-Marne, se puede observar que en la mayoría de las ciudades existe una diferenciación creciente de las poblaciones de alumnos de los colegios, diferenciación que se vincula a las huidas mencionadas. Pero es sobre todo en las zonas urbanas desectorizadas donde el juego de las migraciones y diferenciaciones es más intenso y dependiente de los argumentos "publicitarios" o las comparaciones inciertas entre instituciones cercanas y rivales, a las cuales se aferran los padres de los alumnos.[6]

Desertar de los establecimientos con mayor deserción y demandar los más demandados (por los padres de un mismo grupo social) parece en general lo más seguro, con lo que las creencias mayoritarias en jerarquías en un comienzo inciertas redoblan las diferencias y fortalecen esas jerarquías iniciales. Ligada, como se sabe, al origen social, la calidad del historial escolar es un elemento determinante de las posibilidades de aceptación en un establecimiento público o privado. En las zonas desectorizadas es esa calidad de los antecedentes lo que da la libertad, real o ficticia (ficticia cuando se reduce a formular demandas no satisfechas antes de ser autoritariamente destinado a los establecimientos menos solicitados), de escoger un establecimiento escolar.

Ese proceso circular –que transforma progresivamente las sospechas en pruebas, al concentrar en instituciones estigmatizadas las poblaciones de alumnos "con problemas" que han sido rechazados de los establecimientos más demandados– produce de hecho el equivalente de lo que se denuncia unánimemente en el plano de las "urbanizaciones gueto".[7] Fue así como en París esos movimientos de pánico –cuyos efectos son más letales que el incierto motivo inicial del pánico– afectaron a numerosos colegios e incluso a tres liceos de pasado honorable que fueron declarados casi oficialmente en "estado de siniestro", a causa de la "huida de los buenos alumnos" que sufrieron y del descenso de sus resultados en los exámenes; ese descenso está vinculado a esas huidas y parece justificar las que se produzcan en el futuro...[8]

Culpabilización y desmoralización

La concentración de los alumnos escolarmente inadaptados es tanto más comprometedora para los profesores cuanto que hace más ingrato su trabajo: "Uno no deja de desistir y desistir [...]; se pone una energía tan grande, a veces para no conseguir nada y otras apenas un poco, que uno se dice: 'No, con éstos no puedo hacer nada, no sé'. [...] Hay algunos que sé que los abandono". En lugar de interrogarse sobre ese funciona-

6. Los balances de las experiencias de desectorización (en 1985 y 1987) ponen de manifiesto el peligro de acentuación de las desigualdades sociales que entrañan esas medidas. Ahora bien, esto no impidió que se las extendiera, sin evaluación alguna de las consecuencias, a alrededor de la mitad de los colegios.

7. El establecimiento escolar y el lugar de residencia tienen en común el hecho de que se los define parcialmente por su población cliente. Los desarrollos recientes acentúan ese fenómeno en el nivel de las poblaciones de los establecimientos escolares: las diferencias ya importantes correspondientes a las poblaciones del barrio se ven incrementadas por las nuevas condiciones de "elección" de establecimiento.

8. Su desventura parece ligada en primer lugar al hecho de estar "mal ubicados" geográficamente en el espacio competitivo parisiense, ya que los tres se encuentran entre el bulevar exterior y el bulevar periférico.

miento de la escuela que hace imposible ejercer de manera satisfactoria la docencia, se tiende a imputar a los docentes las dificultades de los alumnos, que aumentan a medida que éstos son menos seleccionados y por lo tanto están menos provistos de las propiedades sociales que antaño "facilitaban" su trabajo. En primer lugar, en el plano de las instrucciones, la afirmación de que "se convoca a todos los alumnos a aprobar" (poco después de la generalización del acceso a sexto) coincidió con la conminación dirigida a los profesores (especialmente en 1985, en las instrucciones al personal docente de los colegios) para que garantizaran "una diversificación y una individualización de la enseñanza", sin mencionar las condiciones de un cambio semejante. Además, desde hace algunos años la referencia a la "autonomía de los establecimientos" intima a los equipos educativos locales a resolver por sí mismos los problemas producidos en gran parte por la política central del "80%". Ya sea que los profesores –que experimentan dificultades muy superiores a lo que legítimamente prevén esas diferentes "instrucciones"–, se atribuyan la responsabilidad por ellas o vean allí un desconocimiento real o simulado de quienes deberían ilustrarlos, lo que esos textos hacen apreciar dolorosamente es, en todos los casos, la "distancia con respecto al ideal".

En tanto la escuela y la formación se presentan regularmente como prioridades nacionales, las contradicciones entre la visión oficial de un sistema escolar que asegura "el éxito de todos" (o la "igualdad de oportunidades") y su funcionamiento real tienen más tendencia a perpetuarse, dado que en gran parte siguen siendo desconocidas. Las investigaciones estadísticas especializadas en el señalamiento de los flujos de alumnos o las diferencias entre academias o establecimientos coexisten, sin comunicarse, con investigaciones pseudoetnológicas que omiten objetivar las condiciones habitualmente asociadas a la emergencia de los diversos tipos de problemas; la ausencia de esa objetivación conduce infaliblemente a culpar a las víctimas, privilegiando, por ejemplo, "las capacidades y los compromisos de los actores en cuestión".[9] Así se oponen de manera maniquea los establecimientos en los que existe "la voluntad de avanzar a toda marcha" y donde los cambios incluso "se interpretan como una posibilidad" ("Los actores no sienten la tentación de encerrarse en el pasado") y aquellos en los que "los docentes y la administración tienen a la vez una visión negativa de los alumnos y de los puntos de vista divergentes so-bre las soluciones que se deben aportar". Minimizar las dificultades o imputarlas así a quienes las viven es poner un obstáculo al conocimiento riguroso de los problemas de los establecimientos escolares; es contribuir a la desmoralización de aquellos que sufrieron un mayor deterioro de las condiciones de ejercicio de la profesión. La polarización en la prolongación de la escolaridad en detrimento de las condiciones de enseñanza, y la puesta en competencia desconsiderada de establecimientos escolares enfrentados a dificultades muy desiguales, parecen haber contribuido en gran medida a concentrar y agravar los problemas allí donde se relega cada vez más a los más desheredados. La ausencia de medidas que apunten a contrarrestar los efectos de estas políticas demagógicas y descontroladas arrojó el sistema de enseñanza a una profunda crisis, de la que la desmoralización de los profesores es a la vez un efecto y un componente. ◆

9. Esta cita y las siguientes corresponden al artículo de Olivier Cousin y Jean-Philippe Guillemet, "Variations des performances scolaires et effets d'établissement" (que apareció en el número 31 de la revista *Éducation et formations*), centrado en una grosera oposición entre los liceos "en baja" y los liceos "en alza".

Una doble vida

Rosine Christin

Creíamos saberlo todo sobre ella: el origen provinciano, la rápida evocación del abuelo campesino y los padres obreros, los premios de excelencia en el liceo, luego los estudios de letras en Toulouse, el viaje a París, por fin el colegio de Val-d'Oise y 25 años de una vida de docente en los suburbios parisienses.

En una primera entrevista realizada en enero de 1991, se había referido al entusiasmo de sus comienzos, su militancia de profesora joven, las expectativas a menudo desmesuradas de los alumnos y también, a veces, la violencia, el club de vídeo, los colegas, los que se derrumban, su propio cansancio; había hablado de sí misma –"ni pequeño funcionario relajado" ni "madre Teresa"– y de su tenaz impresión de "hacer un trabajo de mierda".

A ese primer encuentro había venido acompañada por una amiga, ex adjunta del director de su establecimiento. La manera de ser y de vestirse, el largo pelo rubio rizado, el amplio pulóver de *jacquard*, el lenguaje un poco exaltado, la vivacidad nos hacían pensar más en una estudiante que en una mujer de 48 años. La entrevista, preparada por ambas partes, se había realizado un miércoles, su único día libre, en una oficina de la Casa de las Ciencias del Hombre. A lo largo de numerosas conversaciones previas, Fanny, de un temperamento inquieto y escrupuloso, se había informado sobre nuestro trabajo antes de aceptar responder a nuestras preguntas. Es cierto, conocíamos a muchos docentes afectados por ese "malestar de los profesores" y ya los habíamos interrogado, pero Fanny hablaba con intensidad y sensibilidad de su colegio de Val-d'Oise, que reúne a setecientos alumnos –hijos de empleados y ejecutivos que llegan a ser propietarios de pequeños *chalets*– y en el que ejerce desde hace unos diez años. Ese día, en varios momentos había sabido revivir para nosotros, en su cotidianidad, ese colegio; entre otros, al director que "quiere darse autobombo", a los colegas que acumulan depresiones y días de licencia por enfermedad o a los "chicos que [la] acosan" para hacer vídeos.

También había sabido expresar su desaliento, aunque sin renegar de sí misma ni denigrar. Era un retrato ejemplar y que –nos parecía– iba al fondo de las cosas. Sin embargo, frente al grabador sólo se había evocado la vida profesional de Fanny, como si la decoración impersonal y la situación oficial de entrevista hubieran ocultado una especie de intimidad naciente, bastante natural entre mujeres de edad similar que tienen en común, si no un género de vida, sí al menos cierto número de referencias y convicciones.

Más adelante, al releer la transcripción, despojada de lo que supimos "fuera de la entrevista", Fanny, tal vez demasiado representativa de un malestar tan difundido y divulgado que le hacía perder su realidad, desaparecía, oculta tras sus frases banales que podrían aplicarse a tantos otros, e incluso a toda una profesión. Sin habérnoslo confesado en un principio, y luego más abiertamente, descubrimos que, demasiado satisfechas por obtener un bello retrato, en cierto modo nos habíamos desdibujado nosotras mismas, detenidas en la superficie de las cosas. Sin embargo, entre líneas y como en filigrana, surgían pequeñas

anotaciones, apenas vislumbradas, como incitaciones a preguntar: ¿por qué esas jornadas de más de diez horas, esa falta de disponibilidad de que tanto se quejaba su marido, ese encarnizamiento en el trabajo en detrimento de toda vida familiar, que "sus hijas ahora le reprochan", y ese divorcio del que apenas habla? "No conoce una pareja en donde haya un docente que no tuviera problemas de ese tipo": ¿simple efecto de la dedicación a una profesión-sacerdocio que reclama invertir en ella todos los momentos, adhesión irresistible al personaje que hay que representar, para los otros y para uno mismo, e incluso en la vida familiar?

Era preciso llevar más lejos nuestra conversación con ella, conocerla mejor para comprender lo que tantos indicios dejaban presentir, esa especie de interpenetración destructiva de la vida profesional y la vida privada, en ese caso particular y, acaso, en la vida de muchos docentes.

En abril, luego de algunos diálogos telefónicos, concertamos otro encuentro. Esta vez la entrevista se realizará en su casa, filmada con una camarita de vídeo; la idea más bien divierte a Fanny, quien, por una vez, estará del otro lado de la cámara. Esperamos que el documento nos permita captar y analizar con tranquilidad gestos, expresiones o miradas que la vivacidad misma de nuestra entrevistada nos hace pasar por alto.

A treinta minutos de la puerta de la Chapelle hay una larga avenida, ni triste ni alegre, alejada del centro, desierta a esa hora de la tarde, bordeada de pequeños edificios de cuatro pisos, convencionales, agrupados en "residencias" y rodeados de una magra vegetación. Ella vive ahí, con sus dos hijas mellizas de 23 años. Dos dormitorios, un pequeño cuarto de estar; es el departamento que ocupó con su marido durante más de 15 años. Lo habían instalado juntos; nada se tocó y todo debe rehacerse: el empapelado se despega y habría que cambiarlo, los muebles necesitan arreglos y ella lo sabe y lo padece un poco, pero, desde la partida del esposo, en 1985, tiene demasiado que hacer para "juntar los pedazos" con sus hijas. Una está por recibirse de educadora, la otra es horticultora.

La vida de Fanny está jalonada de desarraigos, renunciamientos, rupturas. Es hija de un obrero textil, a su vez hijo de un campesino del Ariège. De sus orígenes conserva un fuerte acento que, aunque uno pretenda negarlo, da un aire de extrañeza a algunas de sus palabras –las más "intelectuales"–. Su padre dejó su aldea cuando ella todavía era muy pequeña, para "aprender su oficio" en un pueblo vecino y "trabajar duro en la fábrica". Fanny era apenas una "criatura", pero aún hoy se acuerda de ese primer desarraigo, tan duro que no salió de la casa durante más de un mes. Llegaron después los años de internado; luego Toulouse, París, también Aviñón, breve tentativa de retorno hacia otro Mediodía, "y después, en definitiva, una ya no sabe dónde está". Si se hubiera quedado en el interior con su marido, habría tenido una vida más calma, más tranquila, "comodona", pero alejados de su región y su familia, esos dos tránsfugas, esos inmigrantes, "quedaron librados [a sí mismos] y maltrechos".

Su madre, hija de un inmigrante español y de la "puta del pueblo", había quedado en su juventud a cargo de un tío, representante de comercio que "había hecho su camino" y "tenía plata"; llegó a conseguir el certificado superior* antes de casarse y empezar a trabajar también en una fábrica; soñó para su hija estudios que ella no había podido hacer, una carrera docente, un buen matrimonio, otra vida. En el colegio de Pavie, en la clase de filosofía, Fanny es muy buena alumna y quiere "ser matasanos"; los padres se oponen: no es una profesión para una mujer –su madre conoce incluso una médica que no ejerce– y los estudios son caros. La carrera que más prestigio tiene en la familia es la docencia, que aúna el "poder y la tranquilidad". Fanny está muy amargada; hoy "los ha perdonado, incluso bromean juntos un poco sobre eso", pero a los 18 años significó una primera ruptura con su familia.

*. Antiguamente, título otorgado al término de la enseñanza primaria (n. del t.).

Elige filosofía y se inscribe en el curso preparatorio en el liceo Pierre-de-Fermat de Toulouse, lo que le permite disfrutar de una beca. Pronto olvida la medicina y descubre la facultad, la gran ciudad, las discusiones intelectuales; "se divierte mucho" y fracasa en el examen de ingreso en la Escuela Normal Superior, sin lamentarlo demasiado. Obtiene una licenciatura en letras "como todo el mundo", se interesa por el teatro y la música: como si no se atreviera a borrar sus orígenes, el interés por la cultura es para ella una especie de logro individual o proeza singular, pero no una prueba seria y necesaria para la entrada en una vida que, de todos modos, considera inaccesible.

En Toulouse conoce a su futuro marido, tres años más joven que ella: no es estudiante. Tampoco en ese caso imagina, como sí lo hacen las demás estudiantes, casarse con un futuro profesor, por ejemplo, o ascender por el juego de las alianzas y la seducción; el amor, sin duda, también deja lugar, tal vez sin que ella lo sepa, a las razones oscuras del realismo y la humildad. Hay que contar únicamente con las propias fuerzas y con quienes se parecen a uno. Bernard es de un "medio muy, muy modesto"; educado en el liceo aeronáutico, sueña con ser piloto. Quieren casarse para subir a París, donde tendrán todas las posibilidades y toda la libertad ("En esa época había que hacer eso para vivir juntos"). Creen posible un hermoso porvenir, el período es de expansión, no se habla de desocupación entre los jóvenes y no es demasiado difícil encontrar trabajo y un departamento. Tienen ambiciones, pero hay que saber hacer sacrificios.

El joven abandona todo, aprueba el concurso de ingreso a PTT* y en seguida lo nombran agente comercial en París: "También ahí, grandes sueños...". Resume así este episodio: "Conseguí la licenciatura en 1966; me casé y seguí a mi esposo a París. Eso es todo". De ese modo se atribuye la imagen novelesca de la joven casada sumisa a un joven ejecutivo que pronto es ascendido. Y sin embargo piensa que sus "problemas de pareja a lo mejor empezaron ahí".

En octubre, hace una pasantía en el liceo Charlemagne; tiene 22 años y el marido 19, y sus mellizas nacen en seguida (en esa época la contracepción, ya difundida entre las más informadas, todavía no está legalizada, y por lo tanto es inaccesible para muchas jóvenes); hay fatalidades, eso es todo. Y si imagina los estudios y el trabajo como conquistas (habida cuenta de sus orígenes), no percibe aún como una proeza el hecho de tener al mismo tiempo una actividad profesional y una vida familiar, y de ello no se habla. Simplemente, la vida corriente a veces es decepcionante.

Casada contra la voluntad de su madre, hasta la partida de su marido le ocultará a ésta, por orgullo, sus dificultades: "París estaba muy bien [...] queríamos aparentar que vivíamos correctamente; en realidad, nos mandábamos la parte cuando bajábamos, como suele decirse, al Mediodía". Pero no hay duda de que, tan impaciente por esa nueva vida intelectual que parecía ofrecerse, se ocultaba a sí misma, tanto como a sus padres, los primeros signos del desastre.

"Llevamos a cuestas [...] a las chicas"; cuando estaba en el liceo, las dejaba al cuidado de "las conserjes de edificio que encontrábamos; así, a la buena de Dios, al azar [...]; era cualquier cosa, muchas veces las oíamos gritar porque estaban solas en el departamento, eran dos en un corralito, así que...". Ella "se entregó mucho a su trabajo"; le gustan sus alumnos, con los cuales tiene una paciencia "inaudita", pero cuando sus hijas eran chicas volvía a la noche a su casa, irritada: "había gastado toda su paciencia durante el día" y todavía quedaban cursos que preparar y tareas que corregir. En la casa "ya no soportaba nada" y con los deberes de las niñas "era una catástrofe". Había que hacer todo rápido, rápido: el tiempo nunca le alcanzaba. Debía de ser "odiosa"; sus hijas le dicen –ahora, después de tantos años– que "fue una cosa de locos". Convencida de que

*. *Postes, télégraphes et téléphones,* Correos, Telégrafos y Teléfonos (n. del t.)

bastaba con amarlas, Fanny había ignorado su desasosiego.

Su marido no hace carrera; al renunciar a los estudios se condenó a permanecer en el correo; como "cabo", reemplaza a los inspectores o cobradores ausentes; aunque jamás hablaron de eso, ella sabe que sufre por haber dejado de estudiar. Fanny se desinteresa notoriamente de su trabajo; no le gustan sus amigos del correo, demasiado diferentes de sus propios colegas, las más de las veces despreciativos hacia el "marido de la señora", como él se autodenomina. Se reprocha haber dejado que sus compañeros, "verdaderos intelectuales", maltrataran a ese hombre que en cierto modo se le parece. Confiesa que a veces tuvo vergüenza de él, como antaño de sus "padres obreros, que eran un poco pobres", frente a sus compañeras de clase "que tenían de todo". A ese precio se había construido una vida "comodona", como le gusta decir; la vida que su madre había soñado para ella: cultivaba "ese lado intelectual", pintaba, escribía poesía.

La realidad le recuerda su presencia en 1985, el día de la partida de su marido, "que ella no había previsto"; aunque divorciados desde entonces, sigue usando la alianza y confiesa que espera su regreso. Ese mismo día, una de sus hijas abandona el liceo; comienza entonces, para ambas hermanas, un vagabundeo doloroso que aún hoy no ha terminado: droga, fugas, fracasos, "historias pesadas, pesadas"... Fanny no quiere hablar mucho de ello, y los ojos se le llenan de lágrimas.

Es indudable que no supo prever ni prevenir ese hundimiento; habría sido preciso confesarse demasiadas cosas: la vida excesivamente dura, el desarraigo, las niñas llevadas de un lado a otro, el marido escarnecido, las rupturas, tantos sacrificios consentidos en pro de un ascenso incierto y el espejismo de una participación igualmente incierta en la cultura. Hoy tiene la impresión de haber sido estafada, desconfía de "todo lo que es intelectual", ya no compra discos porque no tiene "plata" y ni siquiera "un buen trasto para escucharlos". Todo eso se terminó. También en su profesión la disposición y el entusiasmo de la joven profesora dejaron su lugar al desaliento y, poco a poco, a la sensación de haber dado mucho de su tiempo y su energía, "de su propia vida", sin recibir nada a cambio. Menospreciada por los padres de los alumnos, abandonada por la administración del liceo, ignorada por el ministerio, incomprendida por sus alumnos, más atraídos por el éxito material ("la plata, la plata") que por las cosas intelectuales, ya no reconoce el oficio que eligió y, 25 años después, no le queda ninguna de las esperanzas de la joven estudiante de Toulouse y de sus primeras experiencias. Si bien aún evoca con sus colegas, de forma casual, la noble misión del "educador", a menudo se ve, al menos en los momentos de desaliento, como una enfermera o una asistente social; en suma, como una especie particular de "trabajador social".

Por desarmada que esté ante la situación improbable e imprevista que crea la transformación radical del papel de profesor, lo está sin duda menos que otros. Sus orígenes, su destino de tránsfuga, la preparan para comprender las dificultades y angustias de esos recién llegados que son muchos de los alumnos que se le confían. Su experiencia de la vida y su extraordinario entusiasmo, además de prevenirla contra el miedo a la violencia adolescente que lleva a tantos de sus colegas a la huida en el ausentismo, le permiten afrontar la situación desplegando todos los recursos de su proselitismo cultural de recién conversa y "dando amor" a sus alumnos que, a cambio, la "reconocen".

Pero, paradójicamente, el talante generoso que le vale estar mejor adaptada que otros a la nueva situación que enfrentan los docentes es también lo que hace que esa situación funcione para ella como una trampa, la de la dedicación a los alumnos: no puede dejar de decirse, en efecto, que si dio o perdió tanto, fue por el reconocimiento que sólo ellos le conceden. ◆

Con una profesora de letras de un colegio

Entrevistas de Gabrielle Balazs y Rosine Christin

"Un trabajo de mierda"

—Hace un momento decíamos que muchos docentes quieren irse de ese colegio.

FANNY: Sí, hay muchos; entre ellos, yo. Otros se sienten un poco acorralados y tendrían ganas de irse; pienso en [...], un colega de música; ya hay un malestar que se debe, creo, al cambio de director. Desde el año pasado tenemos uno nuevo que no consiguió unanimidad para nada, para nada, y al que entonces la gente juzga severamente [...]. Hay malestar a causa de eso, y además otro, que es propio de la situación docente. Creo que la gente tiene la impresión –yo, en todo caso, hablo de la mía–, verdaderamente la impresión de haber sido exprimida como un limón y de que no la reconocen. Cuando discuto con mis colegas de francés aparece eso, la sensación de que realmente no somos absolutamente nada, que hacemos un trabajo –con perdón de la expresión–, un trabajo de mierda, ¡y nada más! Yo lo oí decir. Así que tenemos la impresión de haber peleado por nada; de haber sido estafados. Y cuando uno llega a determinado momento de su carrera... yo estoy en qué grado del escalafón, ni siquiera lo sé, ¿el décimo? Tengo 48 años. Con razón o sin ella, no sé, tenemos la impresión de que todo lo que hicimos no sirvió de nada, de nada. Se llega a un momento en que los jóvenes tienen ganas de hacer otra cosa. Mi colega de música dice que se expresa en los conciertos, tiene la suerte de contar con otra cosa, pero están los que no tienen nada más [...]. Un colega comunista tiene su lucha... y sin embargo no cree mucho en ella, retomó los estudios, bueno, entonces así le encuentra un sentido a su vida.

—Por uno u otro lado todos se escapan...

FANNY: Sí, seguro, hay una huida, así que el hecho de cambiar de institución también es una huida, pero a lo mejor es escaparse del establecimiento. La verdad es que a *mí* el establecimiento ya me hartó, pero no sé qué voy a encontrar en otra parte. Tengo ganas de enseñar en un liceo porque quiero expresarme –coparme un poco, como dicen los jóvenes– mientras que hasta ahora di, di, y tengo la impresión de que para nada. ¡Ya ve!

[...]

La gente tiene ganas de vivir. Y ni los colegios ni los liceos se convirtieron en lugares de vida. Cuando se conversa con los chicos, tengo historias llenas de faltas de ortografía, hay un deseo de hablar con los adultos que a lo mejor también es eso. Que es esas ganas de vivir realmente, y creo que los jóvenes traducen en cierta manera el malestar de sus profesores, incluso el malestar de la sociedad. No sé si se dan cuenta, no sé si alguien lo dijo, pero hay algo de eso.

—No se sienten cómodos en su pellejo.

FANNY: Así es, creo. Con mis alumnos soy yo, eh, no puedo decir que pase así con todo el mundo; son macanudos los chicos, porque incluso hay un deseo –lo veo con los de tercero– verdaderamente un deseo de ayudarnos, hasta de querernos. Entonces, cuando oigo a colegas que dicen: "¡Ah, no estamos acá para eso, no estamos para querer a los niños!", me parece que es absolutamente falso, ellos lo necesitan y el profesor también lo necesita. En todo caso, yo lo necesito. Necesito estar bien con ellos, bien desde todos los puntos de vista, si quiero hacer un buen trabajo. Y eso forma parte de esta totalidad, la gente tiene ganas de vivir. Y en la sociedad actual los chicos lo viven, les presentan modelos donde la plata es el rey y bueno, eso creo que también es un problema. [...] Tienen la impresión de que los arrastran a cosas malsanas, así es.

—Y cuando dice que los profesores no son reconocidos, que usted no se siente reconocida, ¿por quién, cómo?

FANNY: Desde ya, por la autoridad superior, que... muchas veces noté que los directores de establecimientos –no todos, porque también oigo a otras personas que me hablan de Fulano que es macanudo, etcétera–, que a menudo son jefes de empresa que trabajan, iba a decir... el edificio, en todo caso la institución, no

es para los seres humanos que están ahí, tanto los profesores como los alumnos. Están ahí para aguijonearnos, para pedirnos que hagamos cosas además de nuestro trabajo, pero uno siente que no es para nada en interés del niño, es más bien en interés de la promoción o cosas así. Y eso puede funcionar durante un tiempo, si al profesor le agrada hacer tal o cual cosa, hay muchos que son así. Y después, reconocidos también por los padres y el conjunto de la población.

—Por el conjunto de la población, sí.

FANNY: Porque francamente, cuando se oyen los discursos sobre los profesores [...] es viejo como el mundo... o la opinión de mi propia familia, que hacemos un trabajo verdaderamente cómodo. Seguimos poniendo siempre por delante las vacaciones... etcétera.

—Ah, sí... las vacaciones [...]; ¿qué hacía su familia?

FANNY: Mi padre era obrero, obrero de la industria textil. Las pasó negras, la verdad es que su jornada de trabajo era dura. Y para él... Yo, la verdad, quería estudiar medicina, pero él no quiso porque, bueno, no había plata, me dijeron: "No, no, no...", pero para ellos el docente era el tipo que tiene la seguridad del empleo, que está bien tranquilo, que hace su trabajito; él veía al funcionario.

Había firmado "hermana Teresa"

FANNY: Ahí tiene. Veía al funcionario, el docente cómodo en su pellejo o incómodo en su pellejo, no sé. A lo mejor el docente funcionario está bien en su pellejo, justamente porque no se hace... los hay, ¿eh? Los hay, no se hacen demasiadas preguntas. Pero el docente que tiene ganas de ser docente y educador, porque –vuelvo a mi gran tema– creo que ahora lo que les da miedo a los docentes es que tenemos verdaderamente una función de educadores. El año pasado discutí con algunos colegas, porque yo lo concibo así, una palabra bien grande; no quiero jugar demasiado con los términos pero no es únicamente transmitir un saber, el docente de hoy es, pese a todo, la educación nacional, y los niños lo piden. Piden que uno sea... no que reemplace a los padres sino que sea un adulto de referencia con quien se pueda hablar, y cuando se acepta ese papael, la cosa funciona. Hay docentes que lo rechazan. El año pasado yo tenía una clase difícil, chicos realmente con problemas, y en broma, verdaderamente en broma –a lo mejor mis bromas tienen muy poca gracia– había convocado a la gente a un preconsejo, porque la clase planteaba problemas, y había firmado "hermana Teresa". ¿Por qué lo hice? No sé, una inspiración divina. Dios mío... se armó un tole tole general.

Pienso en un docente hoy y es abrumador, es agotador porque uno deja las tripas por los chicos, pero no creo que sea posible arreglárselas sin eso, aunque al mismo tiempo, cuando digo que experimento una sensación de no ser reconocida, tengo una muy buena relación con mis alumnos y es eso lo que todavía me retiene ahí adentro. Porque con ellos, aunque tenga clases difíciles y cuando hay ruido, o cuando me irrito, etcétera, pasa algo, los quiero, y ellos me quieren y me retienen en la enseñanza. Si no tuviera eso, haría cualquier cosa. ¡No sé, pero agarraría cualquier trabajo! Porque los alumnos, cuando existe eso, lo reconocen, y una tiene ese reconocimiento ante los niños. [...]

—Y con respecto a su familia, decía que con justa razón trabajaban duro... ¿Su madre también trabajaba?

FANNY: Mi madre ya no trabajaba. Trabajó cuando yo era muy chica, trabajó, era obrera también, un poco frustrada porque tenía estudios, había llegado hasta el certificado superior de la época. Su madre quería que ella trabajara para ganar plata. Y bueno, había que ir a la fábrica. Así que mi madre fue a la fábrica y pienso que, como la mayoría de los niños de esa época, yo seguí el camino que ella quería...[...], o que ella habría querido seguir, eso es. Cuando hablábamos de eso, bueno, pienso que ella lo veía como algo... –cómo decirlo– para ella el maestro, el docente era el súmmum. Tenía todavía la mentalidad de la gente de campo; en casa decían "el regente", mi abuelo también, era muy respetuoso de quien transmitía el saber. Era iletrado, y entonces el regente, se decía en dialecto, era algo. Mi madre tenía eso; mi padre, menos...

[...]

Mi madre se desilusionó

—¿Y su familia no consideraba que usted lo había logrado, con respecto a... esos objetivos de ser maestra, etcétera?

FANNY: Sí, sí, por supuesto. Consideraba que lo había logrado, pero ahora mi madre se desilusionó, se desilusionó...

—Ah, bueno, ¿era en determinado momento, entonces?

FANNY: Sí, al principio... Para ella, bueno, el hecho de que... yo trabajara bien en la escuela, que me fuera bien en los exámenes, bueno, quería decir que lo había

conseguido. Y ahora, cuando ve cómo vivo –a lo mejor se debe a la forma en que vivo, las preocupaciones que tengo– me dice: "Pero cuanto menos, en definitiva...", así que no quiere demasiado... Es todo, ahí hay cosas no dichas, tiene la impresión de que hay algo, no lo analiza, yo no hablo de eso con ella porque empieza a echarse la culpa, no hablo demasiado de eso pero... tiene la impresión de que hay algo podrido incluso en el reino de la educación nacional; es confuso, no hablo de eso, pero bueno, lo siento. Cuando fui allá para el feriado de Todos los Santos, la vi; yo había llevado trabajo y me dijo: "Cómo es eso, en definitiva nunca estás tranquila". No ve más que eso, o si no, cuando me ve deprimida, me dice: "Finalmente tu hermana es más feliz que tú".

—Sí, así que piensa que... no es lo que esperaba.

FANNY: No. Piensa... ni siquiera sé si se puede decir que piensa, pero... vea, no sé, es difuso... No está expresado, no. Si hablamos de cosas personales, me casé, me divorcié en 1985, mi marido me reprochaba permanentemente que estuviera demasiado ocupada con mi trabajo. Y cuántos colegas, profesores, me entero de que tienen problemas de pareja a causa de eso. Verdaderamente, eh... Mire, la que ayer a la noche habló conmigo por teléfono, una maestra de maternal que está enferma, está enferma, tiene licencia hasta el 15, el matasanos quería que se quedara hasta el 22 y ella le dijo, vio a un psiquiatra del servicio de Educación Nacional que le dijo: "Su problema es ése". Es un rechazo, un rechazo. Me dijo que no soportaba más el ruido, bueno. Hace una depresión...

[...]

—A menudo el cónyuge considera que el profesor trabaja demasiado, ¿eh? Está demasiado ocupado...

FANNY: Sí, sí... demasiado ocupado. Gente de todas partes; el otro día unos compañeros por teléfono, él es inspector de impuestos, siempre libre, entonces decía que en Navidad iba a ir a Polonia, quería reencontrarse con unos polacos, y Monique le dijo por teléfono: "¿Y tu mujer qué hace?". "Ni me lo preguntes –le contestó–; sumergida en sus deberes, ¡Ya estoy harto!". Bueno, son exabruptos, bueno...

—¡Sí, sí, pero que tienen importancia! ¿Y su marido qué hacía?

FANNY: Mi marido estaba en el correo y sigue ahí, está tranquilo [...], es cobrador. [...] Cuando había que hacer reemplazos bastante lejos y había que estar en el lugar a la llegada de la correspondencia para recibir los camiones, tenía que levantarse muy temprano. Pero en comparación, creo –ahí está siempre el problema del docente–, en comparación con el docente, lo que me mata y me impide ser creativa es que nunca se termina. Cuando uno llega a su casa, bueno, está la preparación de los cursos; entonces este año podremos hablar de eso, porque también se debe al hecho de que como las horas de francés se redujeron, ahora estamos obligados a tener cuatro clases para poder cumplir las 18 horas. Cuatro clases de francés en un colegio, de las cuales tres son de treinta alumnos, da una cantidad incalculable de deberes. En el colegio hay que verificarlo todo; yo les pido las explicaciones de textos, si no, los chicos no las hacen, así que tengo deberes permanentemente... Entonces, después de la jornada...

¡Ah, todos los días tengo deberes para corregir! Todos los días. Porque me di cuenta, al principio pedía algunas explicaciones de textos, me di cuenta de que cuando habían pasado una vez, la mayoría de los chicos no las hacían más, cuando en realidad yo centro toda mi enseñanza en eso, en los textos, en el escrito, en la reflexión sobre un texto, la transmisión y luego la comunicación, así que para ellos no era... Ahora entendieron; entendieron y la cosa funciona, pero al principio no lo hacían, así que pedía todo. Los otros colegas no les dirán lo mismo, porque en música, un compañero que conozco no tiene el mismo trabajo que yo. Es verdaderamente particular, lo tengo todos los días. Y siempre tengo la impresión de... desgastarme con eso. Realmente me desgasta.

—¿Y es eso lo que también le reprochaban, en fin, es lo que en definitiva le reprochaba su marido? ¿No estar disponible...?

FANNY: Ah, sí, eso es. Y para mis chicas, ahora que lo veo en perspectiva, confieso que verdaderamente hice una muy mala inversión, me consagré verdaderamente al trabajo. Y descuidé a mis criaturas en un momento en que tenían necesidad de mí, realmente las...

—¿Tiene dos hijas?

FANNY: Tengo mellizas. Dos hijas, ¡y me lo dicen, me lo dicen! En el momento en que me necesitaban, bueno, yo... bueno, ésa es una trayectoria personal. Durante toda una etapa, la verdad es que me consagraba una enormidad a mi trabajo y me entusiasmaba con él, tampoco puedo decir que no me haya dado satisfacciones, eh..., la verdad. Así que lo cierto es que daba mucho, que me agradaba estar con los niños, pero junto a eso entregaba tanto de mí que cuando llegaba a casa se me había acabado la paciencia. Pero es cierto, mis nenas me lo dicen ahora y cuando estaba en medio de...

—¿Qué edad tienen ahora?

FANNY: Tienen 20... las nenas tienen 23 años, 23.

—Sí, ya no son para nada nenas, sí...

FANNY: No, pero les sigo diciendo así... No, pero es porque estamos reviviendo cosas que justamente no vivimos en ese momento, entonces digo "mis nenas", la verdad es que ahora nos reencontramos un poco; ellas están reviviendo fragmentos de su infancia a los 23 años. Uno hace psicoanálisis como puede. No, pero bueno, es cierto. Eso es. ¿Qué decíamos? Ya no me acuerdo...

No conozco una sola pareja de docentes, e incluso sin que lo sean los dos... pero no conozco pareja en que haya un docente que no haya tenido problemas de ese tipo; algunos consiguen dominarlos, pero eso también debe jugar de algún modo, y entonces también existe siempre la sensación, con razón o sin ella... de dar, dar de sí, de su propia vida, y sin nada. Y es como las enfermeras, la sensación de no ser nada a los ojos de los demás, y los otros qué... los chicos me lo dicen, me dicen: "Es macanudo el trabajo que usted hace, señora, pero vea, no tenemos ganas", y se preguntan por qué; bueno, porque se les dan modelos del tipo de jóvenes ganadores y exitosos, etcétera, traje, corbata, la plata, la plata, la plata...

Leo fragmentos de libros

FANNY: Ahí tiene, yo creo que esa reivindicación de una vida mejor que se encuentra por todas partes, en todas las profesiones, el deseo también de ser reconocido, yo lo vi también, las asistentes sociales piden lo mismo, el deseo, pero verdaderamente que se las tome por gente útil, y no por personas que hacen las cosas así no más, pequeños funcionarios. Un día me indigné en el momento de las revueltas liceístas, escuchaba France Inter en el auto –si no, no tengo tiempo–, escucho, y entonces es una cultura, durante el período escolar no tengo tiempo de leer [...], ¡leo fragmentos de libros, fragmentos...!

—¡Y es profesora de letras!

FANNY: Ah, sí, cuando leo necesito sumergirme en la lectura; siempre tengo la cabeza en otra parte; es lo que les decía, la impresión de no terminar nunca, siempre tengo la cabeza en otra cosa, no puedo disfrutar de un libro. En las vacaciones, sí, pero durante el año lectivo no puedo sentir placer al leer porque de repente, ¡hop! Me digo: "Mira, está eso", entonces voy a hacer, a buscar algo. E incluso confieso que a lo mejor tiene que ver la edad, tengo 48 años y está el cansancio... No, pero sí, la verdad, siento que ya no me da el cuero como antes; antes siempre tenía ideas para hacer esto o aquello en clase, para que el curso fuera más interesante; cuando me daba cuenta de que había un poco de cansancio, me decía: "Vamos a arreglarlo"; ahora, cuando termino las jornadas de clase y vienen los padres a vernos... tengo padres casi todos los días, que vienen a verme...

—¿Les da citas o caen por su cuenta?

FANNY: Citas no, los tengo casi todos los días, no todos. A menudo, por la época en que se van a hacer los consejos de clase, nos enloquecemos un poco, algunos es por honestidad, otros para poder...

—...sí, hacer chanchullos...

FANNY: ¡Eso es! Bueno, la verdad, es normal, pero cuando una se pone a contar las horas pasadas haciendo cosas que no se contabilizan, la gente se harta; yo además tengo un espíritu... tengo un aire de que todas son rosas, soy sincera, no quiero ser una funcionaria, así que no quiero contar todas las horas que me paso, no querría; pero tengo colegas que me dicen: "Te deslomas demasiado y por personas como tú damos la impresión...", como los hay todavía por todas partes, "das la impresión de que la máquina anda"; habría que suspender todo al margen de los cursos para mostrarle a la gente que la cosa no camina más. Yo no puedo, si no... Por otra parte, no tengo otros asuntos. La verdad es que uno pasa en eso una enormidad de tiempo, y creo que la gente no lo sabe.

—¿Calculó cuántas horas trabaja por semana? ¿O no se puede calcular?

FANNY: Vea, este año, por el momento no hice nada aparte, a lo mejor, de ocuparme de la orientación los martes, no hago nada fuera de mi... Por el momento, porque ya vamos a empezar, estoy en dos proyectos del establecimiento –uno sobre la prensa y otro sobre el patrimonio–, así que son horas de más, películas, montajes y cosas así, y este año no trabajo... trabajo más o menos unas diez horas por día.

[Evoca la asimilación, frecuente en los medios y con connotaciones negativas, de los profesores a los "funcionarios", citando un programa del actor Philippe Léotard en France Inter, en el que habla con desdén de las reivindicaciones salariales de aquéllos al mismo tiempo que bosqueja un retrato poco halagador de su "mentalidad de funcionarios".]

Un desbarajuste de dinero y energía

—Quería retomar un poco lo que usted decía al principio: "Tenemos la impresión de haber peleado mucho y haber sido estafados"; y dice efectivamente

que peleó, incluso en el plano privado; en suma, que lo pagó caro desde el punto de vista de la vida privada porque en definitiva se divorció, y tiene la impresión de que, entre otras cosas, se debió a eso...

FANNY: Entre otras cosas, pero la verdad es que formaba parte de los reproches...

—Usted dice: "Peleamos mucho"; ¿qué quiere decir entonces "pelear mucho"? ¿Que se consagró enormemente al trabajo, que militó, que...?

FANNY: Milité, sí, al principio de mi carrera, milité, redacté informe tras informe cuando estaba en el liceo de St-Germain-en-Laye, el liceo Claude Debussy, que en esa época era considerado un liceo piloto; yo integraba un grupo de trabajo sobre el fracaso escolar y ya hacíamos experiencias, trabajábamos... así que redactaba informes sobre ese tema. Una tiene la impresión de que todo lo que puede haber dicho tarda una locura tal de tiempo en llegar a las altas esferas que entre tanto las cosas cambian, porque la materia escolar es materia viva, vive, cambia; ¡así que cuando llega la reforma que habíamos ambicionado hace diez años, ya es demasiado tarde! El año pasado, esa consulta nacional [...] guardé una pequeña casete; pasamos un buen rato haciendo una casete de vídeo y Mariette habló de esos famosos "módulos", de una enseñanza modular [...]; había un momento en que hablábamos de eso y ahora me entero de que se pone de moda. [...] Es una máquina tan pesada, tan pesada de mover... que uno tiene la impresión de que todo llega demasiado tarde.

—Sí, que usted hace muchísimas cosas y después el retorno es tan lento que... sí...

FANNY: Sí, y además no quiero acusar a Educación Nacional, no sé demasiado cómo funciona todo, también tengo la sensación de que dentro de esa enorme maquinaria hay verdaderamente un tremendo desbarajuste, hay verdaderamente un desbarajuste de dinero y energía; [...] también veo el peligro de lo que puedo decir, porque hace un momento hablábamos de regionalización, porque la verdad es que si en un plano nacional es algo pesado, pesado de mover, veo desde aquí todo lo que puede salir a la luz. [...] Cuando se habla de reivindicaciones, de recursos, de cosas así, muchas veces hay cosas que pasan en los colegios que son dinero despilfarrado. ¡Despilfarrado! Yo, por ejemplo, me ocupo de vídeo, entonces estoy un poco harta, la verdad, porque también tengo problemas de vista, está mi vida. Reivindico el derecho de poder dejar de hacer cosas que antes hacía porque podía, porque tenía ganas; pues bien, no, todo el tiempo estamos acosados; como antes lo hicimos, hay que seguir haciéndolo. Yo hacía vídeo con un equipo. Desde hace ya... habíamos hecho una película, nuestra primera película...

[*Fanny evoca sus actividades del año pasado en el taller de vídeo que dirige.*]

—¿Cómo son los alumnos, cómo los definiría?

FANNY: En términos generales, en nuestro colegio hay dos tipos de alumnos, es un colegio de campo, ni siquiera suburbano, está al borde de las lagunas, podríamos imaginar que es un pequeño... Así que no me quejo, no tenemos los enormes problemas que tienen en los suburbios del norte, para nada; pero hay dos tipos de alumnos, alumnos de un medio favorecido, hay dos grandes empresas, de modo que hay muchos chicos de ingenieros que se las arreglan, y después un medio rural, pequeños empleados, pequeños obreros con un nivel bastante bajo, la verdad, niños... que no tienen excesivas ambiciones; están esos dos tipos de alumnos, en general... [...] Y pese a todo tenemos, como en todas partes, alumnos difíciles, con fracasos escolares, y bueno...

—¿Cómo se manifiesta eso en la clase? El hecho de que sean difíciles.

FANNY: Bueno, este año, por ejemplo, tengo una clase de quinto, sólo son 24; el conjunto no es..., el nivel no es muy, muy alto, y hay tres chicos que plantean enormes problemas de conducta, por otra parte la semana pasada hubo dos, no, tres, así que [...] el que viene de afuera, que se hizo expulsar de tres colegios y es inestable en grado sumo, otro que no hace estrictamente nada, y se dejaron pescar robando.

[...] Bueno, después de eso los policías los llevaron a la casa, porque [...] no es la primera vez que esos chicos roban, están los tres juntos, en bloque. Entonces, con una clase que tiene ya dificultades, se hacen las estrellas; en primer lugar, son más grandes que los otros y esos chicos...

—¿De más edad?

FANNY: De más edad, no, tienen más o menos 14 años, 13 años y medio, 14 en quinto; ¿ves?, algunos tienen 14 años cumplidos, son grandes, ya hechos, y si quieres, entonces, no sé, me cuesta ubicarlos [...], no tienen ningún punto de referencia, no le tienen miedo a nada, a nada. La sanción del colegio, amonestación, suspensión, la suspensión incluso les gusta, cuando se los suspende están contentos; yo trato de evitarlo, los padres son pobres; si se los suspende tres días, al contrario, se van a dedicar a callejear, no es... así que saben muy bien que no vamos a hacer nada, entonces provocan, provocan al máximo, de modo que también es un llamado, también

ellos necesitan que les prestemos atención y es lo que quieren permanentemente, y después de un tiempo es matador. ¡Es matador!

Hay un profesor que llegó el día del consejo de la clase y, en principio, estaba enfermo. Con un certificado de enfermedad. Llegó y dijo que no podía quedarse en la reunión, ponía el certificado como excusa. Eso me hizo mal, ¿ves?, porque los profesores, los chicos y los padres de alumnos delegados estaban contra él; así que casi se podría haber dicho que era una manera de borrarse; llegó con el certificado de enfermedad y dijo: "¡Es una clase espantosa, uno se mata trabajando! ¡Uno se mata por ellos y para nada! ¡Para nada, son asquerosos, infernales, ya no puedo más, no puedo más!", eso es. Y se fue; una madre le dijo: "Que se mejore, señor" y el asunto quedó ahí. No da abasto con sus chicos, no da abasto; querría ser el profe que transmite un saber y no pasó de ahí, es el profesor, es su papel y... Y eso se sufre... vaya si se sufre. Es un tipo fundamentalmente culto. Creo que era el profesor de historia el que me lo decía por teléfono, porque hablaron de eso en la reunión de padres; es un tipo dotado si hay buenos alumnos. ¡Vamos, sólo que no están únicamente los buenos!

—*Sería preciso que todos los profesores tuvieran clases con buenos alumnos* [risas].

FANNY: [...] A veces me veo obligada a hacer de policía. Hace dos días el famoso A. –expulsado de tres colegios, para que tenga una idea– andaba con ganas de acción. Se hizo el interesante; en realidad busca el contacto. Pero es difícil ser a la vez profesor y educador. [...] Cuando una tiene un chico así en una clase con otros alumnos que ya están con dificultades escolares, que se distraen si pasa una mosca volando, un chico que permanentemente hace teatro, que provoca, etcétera, empuja la clase hacia abajo, y para eso basta con dos chicos así; ayer a la tarde, por ejemplo, se hicieron la rabona [...], van a hacer burradas, son criaturas en riesgo. Eso me retuerce las tripas. A veces me siento sin recursos frente a ellos, y lo único que queda es hablar, hablar...

—*¿Era así en los establecimientos por los que pasó antes, en los liceos?*

FANNY: No, no, no. Cuando era joven, cuando empecé como profesora, nunca tuve que arreglar problemas así, no, jamás, jamás; fui profesora de liceo antes de 1968, bueno, era como los profesores que yo tuve. No tenía contactos así, personales, con los niños. Pero el cambio en nuestro trabajo está ahí, ahí. Para mí está ahí, y creo que muchos profesores rechazan totalmente ese papel.

Se derrumbó

—*No es el mismo público, no es el mismo...*

FANNY: Eso es. No es el mismo público, y la gente dice: "Pero no tenemos que desempeñar ese papel...", el año pasado era una discusión que teníamos con respecto a esa clase difícil, que la habían armado adrede; yo los tuve dos años, en cuarto, chicos que los profesores ya no querían. También ahí hay un discurso hipócrita; yo no conocía a ninguno de esos chicos, era voluntaria, pidieron profesores voluntarios para trabajar con unos niños, todos en situación de fracaso escolar, todos inestables, muchas veces asociales, en el límite de la delincuencia y, al final de quinto, los profesores ya no los querían. Hay gente que no lo dice así, claramente, "Ah, no, no, a ése no me lo pongan en mi clase... Ah, no, no, estoy harto, ya me embromé un año, no, se terminó".

El otro día me irrité con los padres, con respecto a esos tres de los que le hablo. "¿Qué se hace con ellos?", le pregunté a un padre que decía: "¡Pónganlos de patitas en la calle!"; otro de los padres decía: "Si usted quiere, venimos a su clase y hacemos de policías", y yo le contesté: "Pero no; dígame entonces, ¿vamos a meter a esos chicos en un horno crematorio? ¿Qué se hace con ellos? Si ustedes fueran los padres de esos chicos, ¿no les gustaría tal vez que los ayudáramos?", pese a todo se libraron. Yo me irrité, fue eso lo que hizo estallar el polvorín, pero... pero por otro lado me siento sin recursos con respecto a la institución Educación Nacional, establecimiento escolar, director esto y aquello, porque cuando se tienen chicos así ya no se sabe qué hacer. Porque por un lado una recibe críticas porque se ocupa de ellos y dicen: "¡Oh, ésta hace demagogia"; ya no puedo soportarlo. A eso me refiero cuando le digo que no soy reconocida...

Una quiere ocuparse de ellos, pero humanamente. Ayudamos a gente de África, etcétera, también estoy en el Club Unesco, ayudamos a otras personas. Materialmente no cuesta mucho, es fácil dar unos centavos, un libro, cosas así, y ahí verdaderamente uno tiene un individuo, una responsabilidad frente a un niño; las tres cuartas partes se borran, entonces vaya, hay... y además asco por todo. Es el gran problema: ¿qué hacer cuando se está frente a esos chicos? Las instituciones no nos ayudan, no sé si la cosa se va a mover y cada vez tenemos más y más chicos así; todo el mundo ingresa a sexto y la vida es como es, familia dispersa, una enormidad de chicos con problemas de ese tipo; esto, para explicar lo de las clases difíciles. [...]

—Como hace un momento hablaba de una institución que está enferma, querría saber si le tocó ver en el colegio a gente deprimida, enferma.

FANNY: ¡Ah, sí! Los hay, sí. Los hay y ya desde hace tiempo. G., que había tenido a mi hija, y no había que pincharla para que se moviera, cuando tuvo a Valérie se derrumbó, como quien dice; bueno, también es un término fácil, derrumbarse. Bueno, con esa clase, esos tres, se puede decir que la colega se equivoca, espero que no se citen nombres, pero frente a esos chicos esta mujer comete equivocaciones enormes. Ellos me dicen que los insulta, pero no voy a ir a darle lecciones. También ahí, como profesora, una no va a murmurar contra un colega o ir a darle lecciones, pero ella, ella... ¿cómo decirlo? A lo mejor arregla sus problemas personales con ellos, le cuesta mucho porque son difíciles pero se derrumba, los insulta y en la reunión de padres, en fin, en el consejo de clase, se mencionaron esos problemas de disciplina y ella dijo: "¡Yo ya no puedo más, no puedo más! ¡Pero si la cosa sigue así voy a conseguirme una licencia de tres meses!", eso también es una huida y hay...

—¿Hay muchas?

FANNY: No siempre puedo saber si es por causa de los alumnos, no sé, qué...

—Es por enfermedad...

FANNY: Seguro, cuando el año pasado tuvimos una colega que un día lloró en una reunión... cuando sus chicos... cuando sienten... cuando sienten desprecio en un profesor o... incluso odio, porque hay profesores que no quieren –quieren a la escuela porque nunca salieron de ella–, pero que no quieren a los niños, y los niños los irritan, cuando los chicos sienten eso, ¡qué malos que pueden ser! Un chico disciplinado, bien en el molde, sigue su camino y en realidad ni siquiera necesitaría un profesor, no, la verdad... pero el chico difícil, cuando siente eso, puede ser malísimo [...], tampoco les atribuyo todos los errores a los profesores, pero algo de eso hay. El año pasado a la profesora la amenazaban, ya no sé qué le habían dicho, ya no sé... que iban a volarle el auto...

—¿Lo hicieron o no eran más que amenazas?

FANNY: Eran amenazas, y un día, en una reunión, mientras se hablaba de esos problemas en una reunión general en la que estaban todos los profesores del colegio, se puso a llorar, quiero decir, de nervios... Ah, sí, hay gente que no puede más y yo la entiendo, por eso hay que ser... creo que cuando uno tiene chicos así, la verdad es que hay que ser fuerte, enérgico. O quererlos. ◆

G. B., enero de 1991

"Yo estaba en otra parte"

FANNY: Mi marido –bueno, ya hablamos de eso, la verdad es que es un problema eterno– creo que tenía un complejo conmigo porque yo tenía más estudios que él... por todas esas razones; ahora sé todo eso, pero en esa época, cuando una es joven, se dice: no tiene ninguna importancia, la verdad.

—¿Y no tenía ninguna al cabo de tres, cuatro años de matrimonio?

FANNY: Para mí no la tenía, pero para él, sí. Me lo dijo después: muchas veces se sentía el marido de la señora. Los amigos que tuvimos, por ejemplo, eran amigos míos, nuestros amigos eran los míos. Y cada vez que nos veíamos... y en eso yo cometí errores inauditos –si quiere que le hable de la pareja como en lo del psicólogo– cometí errores verdaderamente inauditos de los que ahora me entero. Pero cuando una los vive, por ejemplo en la etapa de Aviñón, yo era nueva como él...

—¿Qué es la etapa de Aviñón?

FANNY: Después de diez años en Marly-le-Roi, en la región parisiense, quisimos volver al Mediodía. Y nos nombraron, a él en Nîmes...

[...]

Fuimos a la región de Aviñón –¿qué le quería contar sobre eso?–...

—La etapa de Aviñón...

FANNY: Sí, ya está, ya me acuerdo. Éramos nuevos ahí y de hecho en el edificio en que vivíamos conocimos a una maestra que estaba en el mismo colegio que yo; nos hicimos amigas, el marido era farmacéutico –bueno, en esa época estaba en el ejército, ahora tiene una farmacia en Berre-L'étang– y mi marido conoció gente en Nîmes, gente del Correo, pero a mí me costaba soportarlos. Me acuerdo de una escena espantosa –ahora me da vergüenza–, la verdad, pienso...

—¿Pero por qué? Porque...

FANNY: ¿Por qué? En primer lugar era gente, ¿cómo decirle? En principio, eran de Nîmes y adoraban las corridas de toros...

—Sí, está bien. No, pero no es...

FANNY: Pero sí, pero sí, porque... Y entonces, bueno, yo no lo soportaba. No lo soporté. Y armé escándalos imposibles. [...] Sé que no los soportaba. En cambio, antes de divorciarnos me presentó gente del correo que me pareció encantadora y todavía la veo, así que pienso... de todas maneras no me endilgo todos los errores, no era la palabra "correo" lo que me enloquecía, pero... Sé que se lo reproché muchas veces. No, eso generó muchos, muchos problemas. Que no venían de ahí pero, bueno, que se cristalizaban alrededor de todo eso, y mi marido, la verdad, tenía complejos inauditos... Yo no lo traté con demasiada ternura, hablo de manera bastante franca, así que algunas veces tenía que lanzar cosas que no eran muy agradables.

—¿Qué hacían los padres de él?

Fui yo quien lo asfixió

FANNY: Gente totalmente simple, obreros; mi suegro era calderero, trabajaba en una pequeña empresa de mecánica, para decirle exactamente qué hacía... Sé que iba a su trabajo, que estaba más o menos a diez kilómetros de la casa, en ciclomotor; y mi suegra trabajó mucho tiempo en la industria textil porque es de una región textil, pero sin ninguna calificación; sé que era... no, no quiero decir que fuera analfabeta, sabía escribir pero bueno... con una enormidad de faltas; me escribieron y los dos tenían cuanto menos más faltas que mi madre.

No, son verdaderamente obreros, y el hermano de mi marido también es obrero, obrero especializado, trabaja en una empresa de mecánica; mi cuñada dejó de trabajar porque en la industria textil –lo habíamos dicho– hubo muchos despidos, así que está en la casa, tienen tres chicos, también son obreros, y bueno, a sus hijos les va bien en la escuela. El mayor, del que hablé ayer con mi suegra, está en el curso terminal c, quiere ser ingeniero y le va bien. Como ve, no es, no sé si es el medio; creo que hay una armonía familiar que hace que los chicos después se desenvuelvan mejor. Porque en lo de ellos, verdaderamente se puede decir que es un medio totalmente... mi cuñado, por ejemplo, no me escribe nunca porque no sabe escribir. Tiene faltas en todas las palabras.

[...] Jamás me planteé la cuestión de la igualdad de los sexos; cuando conocí a mi marido, me casé con él sin hacerme todas esas preguntas y después, en realidad... Creo que fui yo quien lo asfixió, es lo que me dicen; no sé nada de eso, no lo sé, supongo que sí. Porque, bueno, tiene que ver con mi carácter. Soy muy orgullosa, por algún lado me gusta imponerme; con eso hacemos realmente psicoanálisis de cuarta, pero es cierto: es mi carácter.

—¿Pero en qué aspecto le molestaba su profesión... en qué?

FANNY: Es que entonces ahí, ahí...

—¿Un profesor tiene mucho tiempo, pese a todo?

FANNY: No, no, francamente las vacaciones están muy bien, pero en la casa, contrariamente a lo que se cree, un profesor de francés no tiene mucho tiempo. El primer año que trabajé en París, llegaba, eran las siete, siete y media, y en seguida tenía que ponerme a corregir, a preparar las clases. No, y además creo que es una profesión que invade mucho y entonces, como mis amigos eran colegas, profesores, cuando nos veíamos hablábamos mucho del trabajo; eso molesta tremendamente a los maridos. Y es insoportable, ahora lo sé. Pero en esa época seguíamos haciéndolo. Esas cosas pasan; tengo una pareja de amigos, bueno, él es matasanos y ella docente; cuando comemos juntos estamos obligadas a parar de hablar del trabajo. Porque nos damos cuenta... de que él está hasta la coronilla. No, no sé si eso... bueno, le irritaba, le molestaba. Creo que yo hablaba demasiado, eso también le molestaba mucho a mi marido. Pero qué es lo que más lo fastidió en nuestro... No, muchas veces me dijo: "Era el marido de la señora"; pienso que no se debió del todo, del todo a eso –mi trabajo tuvo que ver–, sino que verdaderamente también fue a causa de mi carácter.

—Sí, con todo usted decía que tenía poco tiempo disponible... poco tiempo disponible para él, en definitiva...

FANNY: Sí, pero incluso poco disponible, sí, poco disponible para las chicas, la verdad; eso es cierto y sumado a mi forma de ser, no arregló nada. Creo que si hubiera sido una mujer de su casa, no quiero... habríamos tenido una vida diferente.

—Pero es un poco como si... yo lo siento así, a lo mejor me equivoco, es un poco como si él hubiera sentido que usted se orientaba a ser una intelectual y él tomaba otro camino, cuando en realidad tenía proyectos, originalmente proyectos de estudios...

FANNY: Sí, creo que también es eso, en cierto modo hay

algo de eso y tal vez sea la razón por la que ahora detesto tanto a los intelectuales. Me detuve en mi camino. Es cierto, creo que el fracaso de mi vida de mujer hace que desconfíe mucho de todo lo que es... porque en esa época, hace tanto tiempo, la verdad es que me gustaba salir, me gustaba ir al teatro. Ahora ya no compro ningún disco, bueno, sí, muy de vez en cuando; no, además no tengo un aparato para escuchar cosas buenas, no tengo plata para pagarme un buen equipo, así que no escucho más. En esa época estaba ávida por saberlo todo, de conocer todo, de hacer esto, hacer aquello, y después del divorcio se me pasó por completo. ¿Por qué, entonces? Vaya uno a saber por qué. Pero la verdad es que al principio era así, pero a él le gustaba, le gustaba mucho todo lo que fueran salidas y después, ciertamente, me dijo, me repitió a menudo que no era más que eso, "el marido de la señora". Tengo la impresión de que era yo quien manejaba el barco.

El gran, gran fracaso de mi vida

—¿Pero para sus hijas tampoco tuvo mucho tiempo?

FANNY: No, creo que las niñas sufrieron enormemente todo eso, ya desde nuestras desavenencias al principio. Y además no, la verdad es que no tenía demasiado tiempo para ellas.

[...]

—¿Qué hacen ahora sus hijas?

FANNY: Bueno, tuvieron su trayectoria, así que, totalmente... Laurence, la que más me preocupa, es educadora especializada, debe aprobar para conseguir el título, dentro de poco. No sé qué hace porque desde febrero no la vi mucho, así que eso tampoco es una casualidad. Creo que sufrió tanto la falta en su... hablamos de eso, ahora logramos hablar de eso, en su juventud, en su infancia, que se ocupa de chicos con problemas. Trabaja en un centro, se encarga de casos sociales, de chiquitos de quinto, y Valérie dejó el liceo el día que se fue su padre, no quiso volver a pisar la escuela; también ella consideró entonces que los profesores eran todos unos inútiles, pobres tipos, pobres personas, yo incluida. Que no éramos capaces de entender a los jóvenes para nada y todo está como entonces; me río, pero es un poco de nervios, durante años fue de locos, como dicen los jóvenes, de locos, historias pesadas, pesadas.

—¿Qué edad tenía cuando dejó el liceo?

FANNY: Y bueno, estaba en primero, ¿qué edad tendría?

—¿Dieciséis, 17 años? ¿Y ahora?

FANNY: Sí. Y ahora hace horticultura, pero eso le gusta porque está afuera, Valérie es una chica totalmente marginal. Y la otra... mis hijas son mellizas; creo que le cuesta tolerar restricciones, intentó un poco de todo, trabajo de oficina, hizo pasantías, ahora está afuera, pese a... Además, me asombra que tenga tanta afición; pese al frío o al calor, sigue interesándose en las flores. Después de dos años... Dos años, no, mi marido se fue en 1985; con ella vi una luz al final del túnel, digamos, el año pasado. Pero verdaderamente ahí está el gran, gran fracaso de mi vida.

—¿Por qué, si siempre cayó parada?

FANNY: No sé, porque pienso que fueron desdichadas. Me voy a poner a llorar si le hablo de cosas como ésas. La verdad, es una cosa de la que me cuesta hablar.

—Sí, pero ahora ambas están encaminadas y tienen... ¿cuántos años?

FANNY: Tienen 23 años, creo que están... ¿cómo decirle? Irremediablemente heridas, las dos, por la vida de sus padres.

—¿Usted vivió mucho tiempo con su marido?

FANNY: Sí, veinte años. Pero creo que los dos hicimos montones de burradas, porque no estábamos maduros para el matrimonio, porque yo estaba en otra parte, porque no estábamos listos para tener chicos; y en ese aspecto, el oficio de profesor no conviene para nada. No me sirvió de nada en mis relaciones con las chicas. De nada, de nada.

—¿Le parece que con otra profesión habría sido más fácil?

FANNY: No sé. No, no se lo puedo decir porque tengo otros ejemplos que la verdad... mis amigas, la señora, mi amiga –digo "la señora", qué estúpida–, mi amiga es docente, el marido es médico; es otro medio, tenían más dinero que nosotros; también había problemas de pareja porque ella... era ella, en cambio, la que sufría el desdén de su marido, e incluso todavía, cuando discuten, él siempre le está diciendo: "Ustedes, los docentes, son todos inútiles, etcétera, etcétera; yo veo chicos –es médico del trabajo– que vienen al consultorio y quieren ser albañiles o trabajar en la construcción, y son analfabetos, etcétera, ¿qué diablos hacen ustedes en la escuela?", en fin, para ser breve, todos sus problemas, porque los tienen. Tienen problemas de pareja –es difícil hablar de otra persona–, pero hay problemas, bueno. Tienen chicos adorables que no sufrieron demasiado con todo eso, que sin embargo están al tanto de sus problemas y entienden todo. Y, pese

a todo, la cosa funciona. Uno está en la preparatoria, en Savigny, y el otro en tercero, así que son chicos perfectamente equilibrados, que no tienen problemas escolares, para nada; y sin embargo también ahí los problemas de pareja siguen. Porque ella –la comparo un poco con mi marido, si usted quiere–, en la medida en que tenía relaciones difíciles con el marido, iba a buscar compensaciones en otra parte, lo mismo que el mío, que también las buscaba, así es. Pero si se debe realmente a la profesión, no lo sé.

—Pero lo que sin embargo usted decía también el otro día era que casi todos los colegas, ya haya uno o dos docentes en la pareja, bueno, en fin, entre sus colegas, hay muchos que se casaron con profesores, y todo eso. Y los otros también. Decía que en un momento dado, en casi todos los casos la cosa empieza a andar mal, ¿no?

FANNY: Ah, sí, sí, funciona mal, pero algunos resisten, en las parejas hay algunos que resisten eso de que "la cosa anda mal"; hay montones de parejas que no funcionan y que siguen juntas. Bueno, pero eso... Mi gran problema es el efecto que puede tener sobre los hijos. En mi caso anduvo muy mal. Conozco parejas que andan mal, escucho reflexiones pero, pese a todo...

—¿La cosa sigue sin pena ni gloria? ¿Para los chicos?

FANNY: Sigue así, eso es. Hay engaños de una y otra parte, no estoy en la intimidad de la gente; por ejemplo, tengo unos amigos en Bretaña, el marido es inspector impositivo y ella es profesora de inglés; cuando él habla de su mujer, dice: "¡Oh! ¿Qué crees que hace? Está con sus deberes, ya estoy harto, etcétera". Ahora se manda a mudar solo en las vacaciones: tiene amigos en Polonia, recibieron a polacos, entonces, se va. Qué es lo que pasa, no lo sé. Si uno resiste todo eso, muy bien, pero plantea problemas, desde luego. [...]

Yo era muy sentimentaloide

—¿Sus dos carreras, la de su marido y la suya, se alejaron poco a poco? Usted dijo que al principio él era cabo y después cobrador. Bueno, no me doy muy bien cuenta de qué representa eso en una carrera.

FANNY: Ahora es cobrador. Cuando me dejó, todavía era cabo. Alejadas... no, a mí no me interesaba demasiado lo que hacía. Nunca pude encontrar interés en lo que hacía.

—Y su interés juntos, ¿cuál era? Porque si estuvieron juntos veinte años, tuvo que haber buenos momentos, ¿no?

FANNY: Sí, pero nuestro interés común –¿cómo decirle?–, es idiota lo que voy a decirle, para mí era un amor de juventud, era muy sentimentaloide, después me casé y creía que iba a durar toda la vida. Eso es todo. Y nuestro interés, bueno, estábamos juntos, pese a todo salíamos mucho. Pasaba eso: ésos eran buenos momentos. Pero la verdad es que ... sí, hubo buenos momentos. Le digo, íbamos al teatro en vacaciones con la familia, era una pequeña vida tranquila, yo no soy muy ambiciosa y me había conformado con todo eso. Sin saber verdaderamente dónde estaba la falla; y después, cuando empezó a ir a otra parte, seguramente para encontrar otra imagen de sí mismo que la que yo le devolvía, era demasiado tarde, es todo. Pero yo no me había dado cuenta hasta ese momento; e incluso eso duró mucho tiempo; pero la verdad es que nunca me interesé en su trabajo. Es cierto, yo tenía ese lado, ¿cómo decir?, intelectual, es intelectual, no sé, sí, sin duda, me interesaba en muchas otras cosas y lo suyo me parecía un poco... Yo me decía: tipiar asuntitos, etcétera, no es apasionante, no me interesaba. Bueno, de vez en cuando, como leía en las revistas femeninas que había que interesarse por el otro, bueno, hacía un esfuerzo. ¡No, si es verdad! Cometí una enormidad de errores en ese tema, no me interesaba para nada, y ahora me aparté de todo eso. Realmente.

—Sí, ya tenía bastante con su propia vida profesional. En suma, ¿eso llenaba su vida?

FANNY: Sí, sí, mis amigos que me veían vivir me dijeron: "Tu trabajo era todo", entonces yo lo niego, porque no lo sentía así.

—Sí, ¿pero el trabajo, los colegas y todo eso, con todo lo que hay alrededor? ¿No sólo los deberes, que no eran lo único que existía?

FANNY: Sí, eso es, el trabajo, los alumnos, los colegas; eso me llenaba la vida.

—¿Los colegas eran importantes?

FANNY: Sí, también. Sí, sí, son amigos. Algunos se convirtieron en amigos. Eso me llenaba la vida. Entonces, tengo la impresión de que mi marido quedaba a un costado. Y además creo que lo sintió así. Cuando me dijo que era "el marido de la señora" era eso, pero...

—¿Aparte de su vida en el liceo, tenía otras actividades?

FANNY: ¿Cómo, actividades?

—¿Me dijo que no era militante, sino organizadora...?

FANNY: ¡Ah, militante! [...] Tuve una etapa; cuando estaba en Aviñón era secretaria de célula, estábamos en el PC los dos, mi marido y yo; él militaba más y yo durante un

tiempo fui secretaria de célula. ¿Era secretaria de célula con convicción? No sé.

—¿Cuánto duró eso?

FANNY: Dos años. Era una época en que creía en un montón de cosas, ahora, en ese tema... me enfrié, literalmente. ¿Qué hacía? Deportes, pintaba.

—Es mucho con dos hijas, un marido, el liceo, ¿no?

FANNY: Sin embargo no era todos los días; ¿qué otra cosa hacía? Escribía poemas, cositas. No, tenía una pequeña vida comodona, no, cuando pienso en ella. Comodona, no, estaba bien así, no me daba cuenta de nada. Bastaba...

—¿No se daba cuenta en absoluto? ¿O un poco, pese a todo? ¿Se daba cuenta un poco?

FANNY: No, no, no. No, no, no. Verdaderamente me di cuenta cuando mi marido me dijo –pero me engañaba, yo lo sabía, tenía aventuras–, cuando me dijo que realmente se sentía harto de estar a mi lado. Y yo jamás tuve idea de eso. Pensaba que, bueno... no sé...

—¿No se lo vio venir?

FANNY: No. Y ahora, acaso... me pregunto si realmente se debió al trabajo, al trabajo que hacía, no sé, o a lo mejor a cosas más profundas, que procedían de mí, de mi infancia, de mi madre, de su deseo de verme así o así. No sé, no obstante quise ser otra cosa que mis padres, que eran obreros.

—Sí, mientras que su marido era un poco como ellos, ¿eh? En ciertos aspectos...

Nuestros amigos eran los míos

FANNY: Eso es. Sí, en fin... Pienso que tuvo que reflexionar mucho, sobre eso pienso cosas completamente tontas. Nuestros amigos eran los míos y bueno, entonces, profesores. Hubo uno, una vez, ya no sé con qué propósito, durante una comida cualquiera, que dijo refiriéndose a mi marido, en voz bien alta: "Pero no inventó la pólvora". Y yo creo que eso le hizo mucho mal. Lo tomamos a broma, y después cosas así; creo que en el medio docente también tenía compañeros que eran... sobre todo los de la región parisiense, cuando fuimos allá, que eran verdaderamente unos intelectuales. Intelectuales en el verdadero sentido del término, que ponían por encima de todo las discusiones filosóficas, etcétera. Había uno, por otra parte ya no sé qué hace, leí su nombre en algún lado, un día durante un coloquio, debe de haber subido [...], y eran hijos de burgueses, no era para nada el mismo medio que el nuestro, realmente eran hijos de burgueses, lo que yo llamo intelectuales. Y eran muy despreciativos. Creo... sí, esta reflexión lo muestra; yo no quería aceptarlo, no quería admitirlo. Entonces frente a ellos estaba cómoda, con ellos estaba cómoda, mi marido no, y yo no lo veía. No quería verlo. Creo que todo eso le hizo mucho mal, cuando en realidad no era ningún idiota, pero en ese medio intelectual burgués no supo defenderse. Corté completamente los puentes con toda esa gente. [...] Mis hijas también sienten un santo horror a los docentes...

—¿Ah, sí?

FANNY: Ah sí. Salvo Laurence, que conoció a una que macanuda. Si usted escuchara lo que dicen de los docentes... Pero es por mi causa.

—¿Qué dicen?

FANNY: La mayoría de los que conocieron eran tipos egoístas, encerrados en sí mismos, con quienes no podían hablar, etcétera. Bueno, la verdad es que yo también conocí muchos así.

—¿Con los que no se puede hablar?

FANNY: ¡Ah, sí! Cuando Valérie empezó con sus fugas, yo estaba en plena depresión. Era el día en que el padre se fue, el día del regreso de las vacaciones de Pascuas de 1985, y Valérie dejó la escuela. Durante un tiempo no lo supe, porque a la mañana agarraba su bolso e iba al liceo. Y cuando quise hablar con los profesores, se refugiaron detrás de la ley; yo lo admito, también soy docente y conozco las reglas, pero verdaderamente no hubo nadie que la ayudara, y yo en ese momento no era lo suficientemente abierta con ella, me ocupaba de mi problema, así que le decía: "Hay que ir al liceo" o le hablaba un poquito, etcétera, pero no encontré a nadie para ayudarla. Fui varias veces al liceo. Entonces ella los [...].

—¿Abandonó por completo el liceo, nadie la ayudó a volver a engancharse, o qué?

FANNY: Sí, mientras que ahora pienso que si hubiera conocido a alguien... por ejemplo, la había puesto conmigo en la escuela, forzosamente el padre estuvo ausente durante... es lo que dicen, no tuvieron padre, según dicen. Entonces, siempre se aferraban a profesores varones; y en mi colegio, donde había puesto a Valérie, había un profesor de historia y geografía que con su barba se parecía vagamente a mi marido, e hizo milagros con ella, consiguió reintegrarla cuando en realidad era una chica difícil. Ellas tienen un santo horror por los docentes. Ahora me culpo, no me enorgullezco de decirlo... así que trato de ser –sin duda a causa de ellas–, trato de ser una docente que escucha mucho a sus alumnos.

[...]

—¿No habría sido más fácil si se hubieran quedado en el Mediodía?

FANNY: Pero yo no quise quedarme en el Mediodía, menos aún. Fui yo quien tomó la decisión. Me aburrí mucho en el Mediodía. De hecho, ése es el problema de... ahora lo analizo así... Me fui muy pronto de mi aldea natal, que la adoraba, para ir a la ciudad porque mis padres iban a trabajar a la "ciudad"; a la ciudad entre comillas; es un pueblo grande, ése fue mi primer desarraigo, era una criatura, no estaba todavía en el liceo pero me encerré un mes en la casa; ése fue el primer desarraigo. Después, pero tengo un recuerdo... mortificante de esa partida. Y más tarde, bueno, vinieron los años de internado y después Toulouse, y después París y en definitiva una ya no sabe dónde está. Y pienso que si nos hubiéramos quedado en la provincia habríamos tenido una vida más calma, como la de mi cuñado; más comodona, más tranquila. Y el hecho de no tener la familia cerca creo que es una desventaja cuando uno se inicia. Yo estoy a favor de la familia, siempre vuelvo a los valores de antaño, creo que el nudo familiar es importante, todo ese tejido, los padres que están ahí, etcétera, lo que obliga a la gente, cómo decirlo, a prestar atención a sí misma y a los otros. En eso, nosotros estuvimos un poco librados a nosotros mismos, así, maltrechos.

[...]

—¡Ah! ¿Y él después volvió al Mediodía? ¿Después?

FANNY: Sí, sí, volvió al Mediodía en 1985, eso es. Ahora es cobrador en una pequeña oficina y creo que también renunció... Debe de tener una vida muy, muy difícil; renunció un poco a toda ambición. Lo que quiere, como yo, es estar tranquilo en su oficina. No sé muy bien dónde está pero, en todo caso, las chicas no lo ven nunca.

—¿Desde el día que se fue?

FANNY: Sí. Pero aun antes, antes de irse de la región parisiense, venía a casa y verdaderamente nunca se interesó por ellas. Eso también juega, no tiene nada que ver ni con su trabajo ni con el mío, pienso que a lo mejor es porque era demasiado joven cuando las tuvimos, 19 años, y hubo que asumir la responsabilidad por esas dos nenas; jamás se interesó verdaderamente por sus criaturas. Es lo que ellas dicen ahora, y yo eso tampoco lo veía. De una vez por todas, el gran error de mi psicología es que creo –ahora no lo creo más–, es que siempre creo que la gente es como yo, que reacciona como yo. Hago y veo las cosas a mi manera, tengo ganas de incorporarlas a... tengo ganas, ahora no sé, lo que sé es que soy así y que es un defecto. Pero incorporo todo a mi visión. Entonces tiene que ser como yo quiero que sea. Y lo veo así, no me daba cuenta de todos esos problemas. Algunas veces había choques... no, entonces yo lo asumía y la cosa marchaba.

—¿Porque la casa debía funcionar? Aunque fueran cuatro, ¿era usted la que la hacía funcionar?

FANNY: Sí, funcionaba, funcionaba. Sí, efectivamente, funcionaba.

—Eso ya es bastante.

Los quiero, con eso basta

FANNY: Eso es. Y entonces todos los problemas internos de la gente no los veía, o si no, me decía: "No es grave, los quiero, con eso basta". ¿De qué más hablamos? No sé, le hablo de mí, no sé si vamos en la dirección que usted quiere.

—Sí, sí, completamente.

FANNY: Es como si estuviera en lo del psicoanalista.

—¡Ah, no! ¡Sin embargo, no es así!

FANNY: ¡Ah, pero yo ya fui! Pese a todo.

—Ah, bueno, ¿así que ya fue?

FANNY: Sí. No, no para mí sino cuando Valérie se drogó, fui al "psi".

—¿Ahora ya no se droga?

FANNY: No, aún toma algunas pastillas. Leí en los libros médicos que no era muy grave; de todas maneras, se compran en la farmacia, así no más. No, pero se drogó durante dos años con heroína, aunque no regularmente; cuando me di cuenta, me lo admitió, en fin, yo sabía que llevaba una vida de pura juerga pero por suerte estaba conmigo. Cuando quiso que yo lo supiera, hizo las cosas para que me enterara.

—¿Y entonces usted fue a ver al psicoanalista para ayudarla? ¿Fue con ella?

FANNY: No. Sola. Cuando al principio descubrí ese asunto, fui a ver a mi director, el ex director porque ahora es director en Trappes; me conocía bien, conocía mis problemas y yo conocía los suyos; no éramos verdaderamente amigos, pero sin embargo teníamos una relación. Él me dio la dirección de un centro en Ivry que se llama sos-Accueil, que se ocupa de jóvenes así, un poco a la deriva; y el "psi" me dijo que iba a empezar conmigo, entonces le dije que sí y le conté todo lo que le cuento a usted; y él me... los psi... la cosa transcurrió y no me hizo avanzar ni un centímetro. No. Y mientras tanto murió mi padre y después me fastidiaba un poco volver porque ya no veía qué iba a decirle, entonces le dije: "Vea, no voy a venir más, mi padre se murió", y estaba

digiriendo esa muerte; la verdad que ése también fue un acontecimiento importante en mi vida. [...]

—¿Es reciente?

FANNY: En 1987. Con respecto a mis hijas, también vi las cosas de otra manera. Porque durante un tiempo –siempre con mi costado de profesora– no admitía que ellas no habían seguido un camino recto, y muchos problemas venían de ahí. Y después, frente a ese hombre muerto, me dije que todo eso no tenía importancia.

—Pero al principio no quería irse de su región y ahora ya no quiere volver.

Esa gente que se da corte

FANNY: No, no es que no quiera volver más. Creo que los amigos que tengo aquí son muy importantes, me costaría dejarlos. Porque ya dejé algunos en Aviñón, no... realmente me cuesta. Todos los años digo que voy a pedir un traslado. [*Palabras sobre el vídeo.*] También tengo vergüenza, pero vergüenza, ¿por qué? Sin embargo, no reniego para nada de mis orígenes. Hay gente que llega de la provincia, yo hubiera podido perder el acento, hacer esfuerzos. Sigo teniendo relación con mis suegros. Ella me dijo: "Fanny, lo que me gustaba en usted es que era simple".

—"Era"...

FANNY: Era, porque ahora... para ella el divorcio es... creo que les dio mucha pena, a mis padres también, pese a todo; mi padre se afligió mucho y mis suegros también; ella me dijo "era" porque se acabó, porque ya no puedo ir a su casa como iba antes, y me dijo: "Usted era simple, no hacía melindres", me percibían así, pienso que para gente que eran obreros yo les... Mi hermana tiene amigos que son maestros, que son profesores y se dan lo que yo llamaría un poco de corte. Sea la realidad o que yo lo siento así, desconfío mucho de esa gente que se da corte, pero, bueno, cuando están con otras personas, se siente que son docentes, lo muestran.

—¿Se siente? ¡Qué curioso!

—En cambio decía que su madre estaba decepcionada de ver que usted tenía mucho trabajo, que cuando la veía llegar pensaba que el profesor era un funcionario.

FANNY: Sí, creo que se dio cuenta de eso, cuando viene aquí en período lectivo, se dio cuenta de que era cuanto menos sobrecogedor. Me parece que comprendió ciertas cosas porque, aunque no sepa todo, sobre mis hijas sabe lo suficiente para ver que la cosa no corresponde a la norma, etcétera. Y entonces le achacó toda la responsabilidad, y la verdad es que está ahí, a los problemas de pareja, a mi carácter, etcétera, etcétera. Pero con todo entendió que no era el trabajo puro descanso que ella creía: no tenemos nada que hacer, volvemos a casa, hay vacaciones, es fantástico, etcétera, etcétera; mi madre veía eso. La verdad es que veía ese aspecto... a la vez el poder y la tranquilidad. Y cuando vino, vino aquí varias veces con mi padre en período lectivo, se dio cuenta de que a la noche, bueno, yo estaba abrumada.

Y además, incluso en vacaciones me toca tener que trabajar... en Pascuas voy a salir, seguramente, tengo noventa tareas, como mínimo, para corregir. Sin duda es preciso que lo haga, tengo cosas para preparar. Durante las vacaciones, las de verano son más *cool* pero pese a todo trabajo para la escuela. [...] Mi gran sueño es llevar a las chicas allá [*a Ariège*]. Pero tal vez no lo haga porque creo que me van a dar el nombramiento en el liceo; sin embargo, me habría gustado hacerles conocer mi región antes de que esté definitivamente arruinada, porque ahora hacen hincapié en el turismo a Ariège, creo que uno de estos días ya no será como antes.

—¿En qué lugar de Ariège es?

FANNY: Yo nací en un pueblito que se llama Léran, mi madre ahora vive en Lablanet, es la comarca de la industria textil y del rugby, en fin, ahora su equipo está un poco de capa caída. Ariège es muy pequeño, ¿la cabeza de distrito cómo se llama? Foix. La prefectura está en Foix. No, no es muy grande. Pero hay un castillo muy lindo. Y es un lindo lugar, a mí me gusta mucho. Pero no me instalaría allí, además estoy bien acá, me hice mi huequito, es mi política de la piedra, estoy ahí; no tengo más que un miedo, que, como con mi marido no hicimos división de bienes, es verme obligada a moverme, a cambiar muchas cosas; siempre tengo miedo de... Las pasé tan negras estos últimos años que siempre les tengo miedo a los cambios. Entonces, bueno, sucederá, pero si tuviera que instalarme en otra parte me irritaría. Y, de hecho, cuando uno está desarraigado –yo me siento verdaderamente desarraigada–, está obligado a buscarse otras raíces. Yo las encontré con los amigos que tengo aquí. A lo mejor también me aferro a este rincón porque en él viví con mi marido. Aunque no hayan sido las mejores etapas de mi vida.

Pero me costaría vivir en Ariège, me encanta París. Voy allá de vez en cuando, no mucho, pero me encanta París, me encanta esta ciudad. No sé por qué, me gustan las calles, me gusta pasear, daba muchos paseos

cuando era profesora en el Charlemagne, tenía muchos huecos en mi tiempo y era una profesora joven, ¡me habían pulido! Huecos por todos lados. Así que tenía tiempo para pasear y la verdad es que esta ciudad me encanta. Cuando se lo decía a los meridionales, me decían que estaba chiflada. Para ellos, París es asqueroso. Todo negro.◆

R. C., abril de 1991

La clase de francés

Rosine Christin

Hoy, Colette F. considera que su "condición" no es demasiado mala porque, en el colegio de Meaux donde ejerce desde su éxito en las oposiciones para una cátedra, hace dos años, acaban de asignarle "dos terceros y dos cuartos de entrada", es decir, lo que había pedido; la última que ingresó –una maestra auxiliar– tendrá el resto: las clases más difíciles y los malos horarios: es dudoso que pueda aguantar.

Después de su maestría y de un primer fracaso en el CAPES,* Colette decidió conseguir un puesto de maestra auxiliar al mismo tiempo que proseguía los estudios. Presentó sus antecedentes en varios distritos escolares cercanos a París y finalmente la destinaron a Beauvais, para cubrir una suplencia de larga duración. Ganaba un poco más que el salario mínimo y al principio "eso [le] parecía fabuloso", porque hasta entonces sólo había tenido trabajos menores: por fin se ganaría bien la vida y además las vacaciones estaban bastante próximas. Pronto la desilusionaron unas clases "espantosas".

Dos años más tarde fracasaba en las oposiciones pero conseguía el CAPES y escogía la categoría de titular académica, a disposición del distrito escolar de Amiens, lo que le permitía quedarse en la región parisiense al mismo tiempo que ejercía durante un año lectivo completo en un mismo establecimiento. Entonces la nombraron profesora de francés en un instituto ubicado en una zona industrial de los alrededores de Creil. A ese "colegio Pailleron" común –dos rectángulos de hormigón y construcciones prefabricadas en los que se usaban estufas de combustible– asisten hijos de obreros, en su mayoría inmigrantes, que viven en urbanizaciones o pequeños edificios de HLM. Las riñas y la violencia verbal son cotidianas, pero si bien algunos hermanos mayores de los alumnos son "conocidos por la policía", éstos todavía se hallan cerca de la infancia y se pueden considerar, antes que delincuentes, sumamente inestables y excitables. Aún se mantiene cierto orden escolar y, a primera vista, en él se invocan –si no respetan– las reglas comunes: así es, según el relato de Colette F., ese colegio corriente, que en Francia se encuentra por doquier. En ciertas clases –incluso las de los más pequeños– está presente la droga, y aunque en apariencia, y para gran alivio de los docentes, no se efectúa ningún tráfico dentro del establecimiento, a veces irrumpen trágicamente los malestares y la pérdida de conciencia a causa de sobredosis.

En los años anteriores, Colette había ejercido en Château-Thierry, en un liceo "sin problemas, donde nunca había dado una hora de castigo, como no fuera por la falta de entrega de un trabajo". Tranquilizada por esa experiencia de una enseñanza más convencional, se dejó "pillar con elegancia", según lo expresa: desde el Día de Todos los Santos sus nuevos alumnos advirtieron su debilidad y tuvo que luchar todo el año pa-

*. *Cértificat d'aptitude pédagogique à l'enseignement secondaire*, certificado de aptitud pedagógica para la enseñanza secundaria (n. del t.).

ra evitar los peores desbordes. Tiene que cumplir un servicio de 18 horas en cinco días; los profesores de enseñanza general titulados (PEGC) –que son los más antiguos en el establecimiento y también los de más edad–, bien instalados en la región y el colegio y muy conocidos por la administración, reclamaron horarios a su medida. Los "titulares académicos" que corresponden al distrito escolar –nombrados sólo por un año en cada establecimiento, más jóvenes, que a menudo acaban de salir del CAPES– tienen menos beneficios. Después de su éxito en el examen, Colette dejó su dormitorio estudiantil para instalarse en un departamento de un ambiente un poco más confortable, en el 18º distrito, cerca de la estación del Norte que cubre la región de Amiens. Hay pocos trenes en medio de la jornada y cuatro veces por semana toma el de las siete y cuatro; se levanta entonces a las seis menos cuarto y sale del departamento a las seis y media. En el andén encuentra a otros profesores, bastante numerosos algunos días. Se saludan de lejos y, como si existiera un acuerdo tácito, cada uno se ubica entre desconocidos para terminar tranquilamente la noche o corregir las últimas tareas. A la llegada del tren no hay ómnibus, por lo que tienen que juntarse para tomar taxis: "Aceptan tres personas, por la cuarta hay que pagar una tarifa extra y por un bolso grande también".

Desde ese momento, Colette se siente "agarrotada"; piensa en las clases difíciles y cómo hacer hoy para que estén tranquilos. La jornada más ardua es aquella en la que tiene tres horas de cátedra a la mañana y dos a la tarde. Entre una y otra clase, descansa un poco en la sala de profesores: lúgubre, amueblada con algunas sillas de plástico, dos plantas de interior y, sobre todo, el gran consuelo de una cafetera eléctrica en torno de la cual entran en calor, susurran, se quejan. El ambiente no es muy bueno y todo el año persiste una sorda rivalidad entre PEGC, los "viejos" y los más jóvenes.

El colegio está aislado en una zona industrial y ni hay que hablar de ir al café o de "adelantar diligencias". Al atardecer, quienes tienen auto "acercan a los parisienses a una estación de tren o de ómnibus: es el mejor momento del día –dice Colette–, charlamos, estamos más distendidos".

Se acuerda sobre todo de una clase de quinto, cuyos alumnos tenían entre 14 y 16 años: "El día que los tenía, estaba bastante agarrotada... no había dormido bien y cada vez me decía: 'Bueno, cómo haré esta vez para que permanezcan sentados'".

Desde el momento en que se sube a los cursos, por escaleras y corredores cubiertos de *graffiti*, lugares de idas y venidas permanentes y una perpetua efervescencia (una verdadera "olla de presión"), "uno siente que está perdido". En cada piso, a uno y otro lado de un corredor central, diez aulas, cuyos tabiques vidriados hasta media altura son una gran fuente de diversión porque "basta con saltar un poco para hacer monerías y molestar a los de al lado, que están en clase". A lo largo del día, los retrasados y rezagados se cruzan con los "echados de la clase", enviados a ver al consejero educativo, cuya oficina está en el primer piso de uno de los edificios.

La primera prueba es la puesta en fila en la puerta del aula: "Ni siquiera eso es posible..., hay 15 (de treinta) que lo hacen, pero siempre hay uno que interpela a un compañero de otra clase, son 'besitos-besitos' y después una bronca cualquiera por no sé qué causa... Insultos sin parar (el más frecuente: '¡hijo de puta!') y violencia verbal. Si en la escalera uno atropella a otro, se desata una andanada de injurias y el otro, que desde luego considera mancillado su honor, quiere empezar a los mamporros".

La entrada en el aula a veces se demora diez minutos. Todavía no están sentados pero, al menos, "ya están adentro"; en ese momento, "llega uno con una historia inverosímil, tuvo que ver al consejero educativo porque faltó el día anterior; el consejero le hizo una observación que no le gustó: viene en plena ebullición y quiere que los

demás compartan su enojo; los otros lo apoyan". Se pierden así algunos minutos más.

Nunca están todos; algunos vienen a la mañana, otros a la tarde, o si no, desaparecen durante varias semanas. Al comienzo del año, Colette había puesto a punto un plan de clase en el que le asignaba a cada uno su lugar para todo el año. El principio se respeta bastante bien, pero luego de algunas semanas resurge la agitación, con la caza de mesas y sillas. Hay algunas viejas mesas de madera, heridas, cubiertas de *graffiti*, con las que deben conformarse los más débiles. "El atrasado de la clase, que había hecho toda la escuela primaria en un centro psicopedagógico, tenía una de esas mesas [...] y, como no conseguía escribir –es simple: no podía escribir su nombre–, se pasaba toda la hora dale que dale, cavando con el *cutter* o el compás. Un día estaba contento porque había logrado completar el agujero y pasar del otro lado". Las mejores mesas son las de fórmica con dos asientos, adaptables a la altura del alumno mediante un sistema de muescas y tornillos; "entonces era un circo...; te lo subo, te lo vuelvo a bajar...". La mayoría de los asientos están rotos, por lo que antes del comienzo de la clase también hay que proceder al intercambio de sillas; los más fuertes les dan a los más débiles las que están agujereadas, desvencijadas, cojas, "porque cuando uno es líder, cuando es jefe, cuando se aprecia un poco... posee la buena silla, la buena mesa".

Luego de veinte minutos, la clase puede empezar. Una decena de alumnos tienen su cuaderno de francés; los otros no tienen nada, por lo que circulan hojas y lapiceras. Se procede al ejercicio de lectura de un texto, lectura "silenciosa" –"Hay diez que la hacen realmente, los demás se dedican a cualquier otra cosa"–, y luego, a la lectura en voz alta; "Siempre quieren leer, pero al mismo tiempo no saben hacerlo...". Después viene el cuestionario: "Les hago copiar la pregunta y la respuesta, de manera que se mantengan en calma; procuro darles muchos ejercicios escritos para que el oral no dé oportunidad a los desbordes". El ejercicio consiste en hacer funcionar la memoria, responder a preguntas sobre el color de la ropa o alguna otra característica de un héroe; también hay preguntas de comprensión, lógica y sintaxis. Son pocos los que lo hacen; la mayoría abandona pronto y se levanta, pese a las exhortaciones en contrario, para ir a ver al vecino. Nada los incita a participar: ni el atractivo de la nota, ni el interés intelectual, ni el gusto por la competencia. Sus pasiones están en otra parte. "Está la banda, tienen cosas que contarse... pero hay historias horribles entre ellos. Quiero decir que forman un bloque cuando se trata de oponerse al director o al consejero de orientación, pero a la vez entre ellos también hay insultos terribles. Por ejemplo, se sacan unos a otros el boletín de comunicaciones, que por otra parte no sirve de mucho, y se escriben cosas infamantes, gruesos insultos, a menudo entre varones y chicas".

Como siempre ocurre con los liceístas de esa edad, el relajamiento del léxico y la indumentaria es la regla: a la vez compartido e impuesto y algo más que un *savoir-vivre*, es también una afirmación individual y colectiva. Este año, la moda es el *jogging* demasiado grande y las zapatillas que conviene llevar desatadas, con la lengüeta colgante.

A veces aparece un *walkman* sobre la mesa. Comienza entonces una negociación para lograr que "vuelvan a guardarlo en el bolso". Es inútil tratar de confiscarlo: "De todas maneras, eso lleva a una confrontación muy dura; los chicos grandes nos superan y no vale la pena. Cuando uno se pone rígido, aparece el enfrentamiento físico". Hay que parlamentar, procurar una relación de autoridad y confianza un poco aleatoria, pero en la lección siguiente es preciso volver a empezar: "nunca queda nada fijo". Algunos días, más vale evitar escribir en el pizarrón para no darles la espalda y la oportunidad de que "nos peguen un golpe".

Durante los ejercicios, Colette circula a veces entre las filas de bancos, y uno de los líderes, uno de "esos que no tienen nada que hacer", comenta entonces la marca de su *jean*, Liberto o

Levis, le pregunta el precio, observa de cerca sus zapatos, su camisa, para hablarle de ella y también de sí mismo e intentar establecer un improbable diálogo. "Sí, los conocemos, no los usamos pero los conocemos, y además mi hermano roba Chevignons." ◆

Junio de 1992

Una relación de fuerzas

Sylvain Broccolichi

Su cuñada me había dicho que Hélène parecía muy preocupada por la evolución de la situación de los liceos profesionales. Cuando le pregunté si estaba dispuesta a hablar de ello, me dijo de inmediato que sí, que el problema era grave y quería tratar de dar su testimonio. El establecimiento en el que es profesora de secretariado desde 1985 está ubicado en París y en general tiene buena reputación. Algunos colegas le dijeron que en los liceos profesionales "industriales" (el suyo abarca secciones terciarias e industriales) a menudo es peor, cosa que le cuesta imaginar.

Quería ser profesora de educación física pero tuvo que aceptar una orientación en segundo técnico. Se convirtió así en secretaria, aunque, "desde los primeros momentos de la formación", supo que esa profesión no le convenía, convicción que se vio fortalecida durante sus inicios profesionales en una empresa. "Instructora de colonia de vacaciones", descubre su "gusto por enseñar a los niños y los jóvenes", y cuando oye hablar de las "pasantías para jóvenes", en 1981, aprovecha en seguida la oportunidad. Tiene "montones de ideas" sobre lo que es posible hacer con esas nuevas disposiciones a favor de los jóvenes excluidos del sistema escolar y pasa a ser responsable de pasantías de inserción y luego coordinadora de las acciones jóvenes del sector. Ese trabajo le encanta, pero como nada garantiza la prórroga de esas medidas, obtiene en 1985 su título de profesora de secretariado en Educación Nacional.

Cuando se inicia, ve el liceo profesional como una estructura más bien tranquilizadora, que acoge alumnos "más sosegados" y, pese a todo, con "menos problemas sociales" que los jóvenes de los que se había ocupado anteriormente. Pasa allí momentos "fabulosos" en los que "las criaturas se dan cuenta de que son capaces de entender algo" y, a pesar de tener 15 o 16 años, están "concentrados en la ejecución" de la actividad; "sin darse cuenta, te llaman 'mamá'..., tanto los varones como las chicas".

Desde hace algunos años, siente cada vez más como una "catástrofe" el deterioro de las condiciones de enseñanza y el tipo de relaciones que tienden a establecerse entre docentes y alumnos: "Estamos en una situación de falta... de falta de relaciones inteligentes. Tenemos ganas de recibirlos como amigos y nos convertimos en enemigos. Nos transformamos en guardiacárceles".

Considera que su pasado la preparó particularmente bien para afrontar situaciones difíciles. Hasta ahora, supo "hacerles frente", pero empieza a pensar en el día en que esté "verdaderamente cansada". "Pelearme, hacerme el gendarme para imponerme a los alumnos que provocan y 'quebrarlos' delante de sus compañeros, todavía no me cuesta mucho. Pero dentro de algunos años me voy a hartar... Si la cosa sigue así, a lo mejor voy a tener que largarme."

Para ella lo peor no es la tensión nerviosa ni la impresión de que "se engaña a todo el mundo" al darles títulos devaluados a los alumnos; es la sensación de que la misión educativa por la que hasta aquí creía velar está cada vez

más condenada al fracaso. La insuficiencia del personal y la evolución de los alumnos son, en su opinión, responsables de un debilitamiento de la acción educativa en provecho de bandas cuyos líderes logran imponer su ley hasta dentro del establecimiento, aporreando y humillando a quienes no los siguen.

"Es la ley del más fuerte. Los alumnos aprenden a sufrir esta violencia, a callarse, a cerrar el pico."*

Con una docente

Entrevista de Sylvain Broccolichi

HÉLÈNE A.: Una entra en un aula y está sola frente a treinta alumnos que en su mayoría tienen un *a priori* –no hacer nada o hacer lo menos posible– y cuentas que arreglar con su orientación. Y como único interlocutor está el profesor, con el que empiezan por ver cuánto vale, si van a poder desquitarse con él o no. [...] En principio, cosas simples: alumnos que, cuando uno entra en el aula, le dan ostensiblemente la espalda y siguen charlando, que no responden a los pedidos de callarse o quedarse tranquilos, alumnos que gritan, aúllan cuando uno les pide algo, aunque sea sacar un lápiz o una hoja. Y tratan de ver cómo va a reaccionar el profesor ante la provocación, de hecho, desbarajustando máquinas de escribir o material de laboratorio. [...]

—¿Y qué se siente frente a esa realidad?

HÉLÈNE A.: A mí nunca me dio miedo: vi chicos que sacaban *cutters* o se peleaban a golpes de cascos. Nunca tuve miedo porque... había tenido una historia que me hizo afrontar la dura realidad [...] y estar preparada para situaciones de humillación en las que hay que defenderse. Pero hay profesores que tienen miedo; y con razón, además, delante de treinta alumnos que miden cerca de un metro ochenta; una no da el peso. [...] Siempre me dije que encontraría la solución, cualquiera que fuera la situación [...], a lo mejor hoy es eso, eh, la vocación docente; pero la verdad es que hay profesores que tienen miedo y no logran ponerse por encima de una clase que los trata así. Y es gente que está cada vez más encerrada en sí misma porque tienen una especie de vergüenza por no conseguir dominar la situación, no les hablan de ella a los colegas y no se los ve en la sala de profesores...

—¿Y no son tan minoritarios como podría creerse?

HÉLÈNE A.: ¡Oh, oh, no! Para mí es uno de cada dos.

—En los sitios en que hay alumnos difíciles...

HÉLÈNE A.: Incluso en los sitios donde se pretende que no hay muchos alumnos difíciles, creo que uno de cada dos profesores vive muy dolorosamente esa situación de "jaleo". Hay colegas que son apasionados por una materia, el francés, la historia o la geografía, y eso lo sufren profundamente, en su integridad más honda: no lograr hacer compartir su pasión por tal o cual materia. Yo enseño una que no puede plantear ese problema. Al principio quería ser profesora de gimnasia, pero el secretariado no es una materia apasionante. [...] Tengo una colega que está constantemente deprimida por no poder hacer su oficio como quisiera y lograr que compartan el amor que siente por la literatura. Eso la enferma. [...]

—¿Comprobaste esos cambios en el nivel del BEP?

HÉLÈNE A.: Ahora los CAP ya casi no existen. No existen más que los BEP; e incluso con un BEP, desde hace varios años se sabe que los alumnos no conseguirán que los tomen. Así que hace falta que traten de ir más allá y se presenten en un bachillerato profesional. Y eso viene al pelo porque las directivas ministeriales propician que el 80% de la clase de edad llegue a ese nivel. De modo que es preciso que obtengan ese BEP; y ahí es donde vemos cómo suceden las cosas. En primer lugar, por el contenido de las pruebas, que de manera muy nítida baja de un año al otro. En unas pruebas que tuve que corregir y en otras, si el alumno es capaz de volver a copiar, ya tiene la mitad de la nota. [...] Las respuestas están en el texto mismo del tema, y basta con saber leer para encontrarlas. En francés, en contabilidad, en todas partes es lo mismo... Y además, cuando pese a ello algunos profesores que corrigen quieren hacer su trabajo y les ponen malas notas a los alumnos que ni siquiera pueden hacer eso, o bien las notas son reevaluadas directamente por las autoridades administrativas locales u otras, para que haya un determinado porcentaje de alumnos con su título, o bien el responsable del centro de corrección recibe un llamado telefónico y tiene que decirles a sus colegas: parece que en comparación con otros centros de corrección somos demasiado severos con las notas, etcétera... Es casi

sistemático. Caen así en el bachillerato profesional, y como hace falta el 80%, hacen lo mismo con el bachillerato profesional.

[...]

Yo no soy elitista, pero hacer eso es engañar a todo el mundo. Es engañar a los alumnos porque se imaginan que van a poder arreglárselas así como así en la vida, cuando en realidad no van a encontrar trabajo ni a entender qué pasó. No es bueno para los profesores porque es desalentador... No estamos para hacer de guardias; pese a todo, tenemos ganas de enseñarles cosas a los alumnos. ¡Hay mucho hartazgo con la simulación! [...] En el patio, los alumnos se pasan el tiempo contándose sus hazañas para no hacer nada, para joder a los profesores, etcétera: "Me hice echar", "No traje el libro una sola vez en el año"; y después, paf, tienen su BEP. Así que se creen vivos, se imaginan que tienen una gran cabeza y que "encularon" bien –es la expresión que usan– a todo el mundo. [...] Yo no soy para nada reaccionaria –en fin, creo–, pero antes la escuela era un lugar que tenía un valor y donde se aprendía a respetar un poco las cosas, a la gente, a los compañeros; donde se aprendía a vivir juntos, donde se conocían cosas nuevas. Ahora, en cambio, me atrevería a decir que es al revés. Se convierte en un lugar de no educación; es decir que los que entran en ella sin haber bajado todavía los brazos y que creen en lo que puede aportarles el liceo profesional, están en peligro. Ese ambiente, esa violencia y el miedo que genera en los que la sufren durante años, no pueden más que dejar huellas en el individuo, en el futuro padre irresponsable, en el ciudadano.

[...]

Ahora, por decirlo así, ya no existen celadores, todo eso. Entonces, con cuarenta profesores para quinientos alumnos y clases que a menudo superan los 25 o treinta [...], la relación de fuerzas juega a favor de los alumnos, y sobre todo de los cabecillas de la clase, los líderes del establecimiento, etcétera. Es sabido que hay alumnos que se inscriben en banda en los colegios. Son cosas que se podrían remediar si se tuviera en cuenta que el establecimiento ya no es solamente, y ni siquiera tanto, un lugar de formación profesional, sino en principio un lugar de recepción de los alumnos echados de los colegios y liceos: quien dice recepción dice estructuras para recibir, y también personal de encuadramiento adulto: documentalista, asistente social, médico escolar, supervisores de externado, personal de mantenimiento... Que los jóvenes puedan sentirse contenidos por los adultos, con el apoyo de los adultos. Cuando se haga eso, cuando se creen condiciones para recibirlos humanamente, Educación Nacional recuperará su función educadora.

—¿Y actualmente cuáles son las evoluciones más manifiestas?

HÉLÈNE A.: Lo que me parece más notorio es ya la baja del nivel de los alumnos que llegan [...], al margen de lo que diga nuestro ministro. Y además, lo que considero muy muy grave... me vuelve loca... No sé cómo explicarlo [*su rostro y su voz expresan una especie de agobio*]: nos vemos con un tropel que puede ser muy amable, en el límite incluso lleno de buena voluntad, pero en el que se siente cada vez más el peso de líderes que ahí tienen la posibilidad de verse como cabecillas, jefes... y arrastran a esa especie de sociedad muy incierta, que es la población de un establecimiento escolar, a cosas absolutamente inverosímiles. [...] Porque hay un desfase entre lo que son físicamente y lo que tienen en la cabeza; para ellos, el recurso es –cada vez más– imponerse físicamente. [...] Hace algunos días oí a unos alumnos contar las hazañas que habían realizado en el establecimiento donde estuvieron antes: "¡Con el profesor de secretariado, que le rompimos la jeta! ¡Te acuerdas!". Un chico se entretenía desarmando la máquina. El profesor fue a decirle que dejara de hacerlo; como el alumno no le hizo caso, se acercó e hizo un gesto para interponerse entre el chico y la máquina. El alumno, entonces, lo empujó contra un radiador. Y cuando el profesor se levantó, tenía el cuello lleno de sangre... "¡Cómo nos cagamos de risa!" Porque ese día había una relación de fuerzas a su favor. Es verdaderamente muy ilustrativo de la evolución actual...; no creo que haya un profesor a resguardo de eso.

—¿La cosa te parece mucho más importante que antes?

HÉLÈNE A.: Ah, sí, claramente. Porque hace diez años, cuando yo hacía las pasantías de inserción, eran jóvenes a los que habían echado de Educación Nacional. Yo iba a veces a buscarlos a la cárcel para ayudarlos a retomar la pasantía. Habían roto cosas, asuntos así, de modo que eran pequeños granujas. Pero eran nenes de pecho al lado de algunos de ahora. ¡Yo no sentía esta violencia! ◆

Octubre de 1992

La violencia de la institución

Gabrielle Balazs y Abdelmalek Sayad

En estos tiempos de crisis, la aceptación de la entrevista con dos sociólogos, presentados por un responsable de los estudios de la ciudad, parecía darse por descontada para el director de ese colegio situado en un "barrio difícil" clasificado como Zona de Educación Prioritaria (ZEP). De casi 50 años, este antiguo maestro originario de la región podía esperar más. Las dificultades que encuentran y suscitan en la enseñanza secundaria los niños que provienen de medios socialmente muy alejados de la escuela, y que se traducen en las tensiones surgidas en el establecimiento a partir de octubre de 1990, transformaron poco a poco su función, obligándolo a manejar, día por día, las manifestaciones, grandes o pequeñas, de la violencia. Forzado a una vigilancia permanente para mantener la limpieza de los edificios, pese a la rápida renovación de los *graffiti*, e impedir ese tipo de deterioros, también debe apostarse en la puerta del establecimiento durante la entrada y salida de los alumnos, a fin de evitar que éstos y los profesores sufran agresiones, y de prohibir las riñas entre estudiantes en el recinto del colegio; para asegurar la eficacia de esta disciplina constante e intentar crear condiciones aptas para hacerla innecesaria, se ve obligado a vivir en el colegio, y sólo durante los fines de semana se reúne en su casa con su esposa –profesora de física en un gran liceo de Lyon– y sus hijos. Además, tiene que mantener relaciones frecuentes con el conjunto de las autoridades de la ciudad, y le resulta preciso, sobre todo, adaptarse a las características de su público y, gracias al conocimiento de sus alumnos y a diversas astucias disciplinarias, asumir en cierto modo la violencia sin dramatizarla.

Desde el punto de vista escolar, contrariamente a las ideas habituales, los resultados del colegio no son peores que en otros lados; corresponden al promedio del departamento, en especial en lo que se refiere a la obtención del certificado (aun cuando la proporción de alumnos atrasados en sexto sea del 65% contra 35% del departamento). Desde el punto de vista de las características sociales de los alumnos –mayoritariamente de origen popular, y las tres cuartas partes, hijos de padres extranjeros–, es, con mucho, el colegio más desfavorecido del departamento. No hay en él, por ejemplo, ningún hijo de docente. Una clase de adaptación acoge a los niños que acaban de llegar de África, Asia o el resto de Europa pero, en su gran mayoría, los alumnos pertenecen a familias argelinas instaladas en Francia desde hace tiempo. La proporción de becarios llega al 75%, cuando es sólo del 30% en el departamento. Ni el interés de pertenecer desde 1982 a un "colegio experimental para la renovación", ni el hecho de contar con 36 docentes para un total de sólo cuatrocientos alumnos –frente a más de seiscientos en los años ochenta–, y ni siquiera la cercanía de Lyon bastan para retener a los profesores, que siempre están a la espera de un traslado. Una tutoría intensiva y, más en general, un personal de encuadramiento importante no impiden que los alumnos de los barrios residenciales y de ciertas HLM huyan del colegio. Sus padres exigen que se les permita pasar a los otros establecimientos públicos.

A través del tono desencantado de sus palabras, el antiguo maestro republicano de origen popular, que dice que siempre estuvo preocupado por saber "cómo hacer para salvar la máxima cantidad de alumnos", delata toda la tristeza que le inspira su experiencia: la aversión hacia la violencia de los estudiantes, pero también hacia la que ejerce la institución escolar, luchan en él con el malestar que experimenta al verse así forzado a usar la violencia, contraria a la representación que se había hecho de la escuela y de su profesión de educador. No puede aceptar que hoy se trate a la escuela como una comisaría ni se resigna a pensarse como un simple agente de mantenimiento del orden, obligado a "andar a los puñetazos". Habiendo ingresado en la Educación Nacional a los 16 años como normalista y tras comenzar su carrera de maestro en un suburbio desheredado, enseñó durante 13 años en barrios poco acomodados, por lo que hizo todo para encarnar dignamente la misión de la institución escolar tal como él la concibe, aportar a los barrios llamados "difíciles" "tal vez lo más útil e indispensable para los niños cautivos en ellos: el respeto absoluto que les testimonian los profesores y los escasos recursos para ayudarlos a salir de apuros y ser, quizás, algún día autónomos"; le cuesta entonces perdonar a la institución por colocar a sus servidores más devotos en condiciones que, de hecho, les prohíben cumplir verdaderamente esa misión, cuando no los condenan a renegar, lisa y llanamente, de lo que les enseñó: las creencias y los valores mismos por los cuales, a los 20 años, habían decidido abrazar, como suele decirse, la "vocación" docente.

Con el director de un colegio de una ZEP

Entrevista de Gabrielle Balazs y Abdelmalek Sayad

"Este año las pasamos bien negras"

M. Ramus: Hay períodos de grandes tensiones, y después, otros en los que las cosas están un poco más tranquilas. Este año, al principio, andaban más o menos, y se produjeron esas manifestaciones. Y nuestros alumnos –o al menos algunos– participaron activamente; otros lo hicieron a través de sus familias, sus hermanos y sus hermanas mayores. Los padres tuvieron dos reacciones muy diferentes, pero los chicos vivieron en un clima de histeria durante 15 días, tres semanas, un mes: histeria pro manifestantes o histeria antimanifestantes. El colegio funcionó regularmente todos los días, no hubo la menor interrupción. Algunos profesores charlaban con sus alumnos, porque al principio de sus cursos comprobaban que la tensión era tal que estrictamente no se podía hacer nada, así que había que hablar, había que... Pero incluso la primera semana de los disturbios sucedió que algunos profesores les preguntaron a los alumnos si querían hablar de eso, y los alumnos les contestaron que no, que dieran las clases. Así que, como puede verlo, era... era muy variable de una clase a la otra; a lo mejor también de una personalidad de profesor a la otra.

—¿No hubo más faltas durante los sucesos?

M. Ramus: No, no, tampoco. Los alumnos venían al colegio, y además yo estaba bastante contento porque era casi el único sitio donde escapaban a la histeria familiar. De cualquier bando que fuera. Había montones de llamadas telefónicas...

—¿De las familias, de los padres?

M. Ramus: Familias que nos decían: "Pero bueno, ¿qué pasa? Oímos ruidos, ¿van a atacar el colegio, es peligroso?", todo ese tipo de cosas; hubo chicos, una familia de la que el padre vino a verme y me dijo: "No es posible, me mando a mudar", y simplemente se fue una semana a la Drôme. Pero en fin, con todo, fue una reacción marginal. Hubo padres que vinieron a decirme: "Vea, nos llevamos a los niños, no los podemos dejar, no se puede correr el riesgo y todo eso"; les contesté: "Escuchen, en cuanto al peligro, miren, ustedes lo vieron al venir, no es una catástrofe", de modo que hubo uno o dos retiros en esa oportunidad, relacionados con esa oportunidad, pero no más.

—¿Retiros definitivos?

M. Ramus: Sí, sí, alumnos que se fueron definitivamente.

La agitación no decayó

M. Ramus: Eso, si quiere, era en octubre. Efervescencia, pese a todo; en noviembre se produjo el gran movimiento de liceístas y hubo algunas repercusiones, así que se mantuvo cierta forma de agitación. Tanto más cuanto que si da un paseo por el municipio, así, va a ver que desde octubre la agitación no decayó completamente y que, pese a todo, persisten bastantes cosas de manera endémica. Agresiones a pedradas, lapidaciones que se convirtieron en un medio de expresión, incluso en la franja de 10 a 14 años; verdaderamente no es gracioso. Hay dos líneas de ómnibus que pasan frente al colegio. En febrero, a la hora de entrar, no pasaban, hubo... no sé, debe de andar por los quinientos mil francos de destrozos en los ómnibus, vidrios rotos, asientos cortajeados; cuando los ómnibus llegan a la parada del colegio, los chicos suben, rompen todo y después se van. Así que hubo interrupciones en el funcionamiento de las líneas a determinadas horas. Era un período de tensión. Después, en diciembre, nevó; la nieve no parece nada, pero es un problema...

—Una oportunidad de hacer bolas de nieve.

M. Ramus: Sí, bolas de nieve, yo me acuerdo de haber jugado con ellas, es divertido, pero como no soy extremadamente, extremadamente represivo y, pese a todo, tengo recuerdos infantiles de la nieve, no tomé medidas para prohibirlas; mientras que conozco otros colegas que sí lo hicieron. Pero tuve que llamar a los bomberos y mandar a algunos alumnos al hospital; lo que arrojan no son bolas de nieve, son bloques de hielo. El más duro, el más petrificado posible; así que

hubo heridas del cuero cabelludo, cosas así, no sé. Y después, sobre todo agresiones a la salida contra la gente del barrio.

—¿Contra la gente del barrio?

M. Ramus: Sí, gente que pasaba en auto y los chicos le tiraban cincuenta bolas de nieve contra el parabrisas. El conductor o la conductora paraban, abrían la ventanilla y las recibían en plena cara; así que hubo heridos, todo eso. Presentación de denuncias. De modo que la imagen del colegio en el barrio no mejoró. Eso era en diciembre; en enero y febrero fue la guerra del Golfo, ahí no quiero ni contarles. Tuvimos... por ejemplo, en las clases de educación física y deportes, el asunto se traducía en gritos caldeados de "Saddam Hussein, Saddam Hussein" y además en inscripciones; en febrero, en fin –aquí las vacaciones eran el 21 de febrero– hubo una tensión muy, muy, grande. En el colegio era verdaderamente muy duro. Hubo profesores que pidieron licencia por enfermedad; en un momento tenía cinco profesores con parte de enfermo y suplente para uno solo, así que no hace falta decirles que los problemas aumentaban y el ausentismo de los profesores –justificado, en cuanto a eso no tengo una mínima palabra de crítica– hacía aún más grandes los problemas; de modo que estábamos muy, muy cansados.

Las vacaciones de febrero llegaron en buen momento. A la vuelta de ellas, período de calma; gran calma, el Ramadán no dio lugar a la agitación. Pero por ejemplo, en Ramadán, entre nosotros, el día de la Aid,* la fiesta, el 16 de abril último, había 160 alumnos presentes sobre 410 o 420, con clases en las que había cuatro alumnos de un total de 25. Así que, si usted quiere, es un barrio muy marcado. Me acuerdo de riñas en mi infancia, cuando en el patio había dos alumnos que se peleaban, bueno, había dos alumnos que se peleaban y a lo mejor tres o cuatro que miraban; aquí son extremadamente feroces, no se puede tolerar el menor amago de batalla y los alumnos que agarran...

—¿Porque las cosas se van encadenando, o qué?

Como ambiente, es bastante áspero y violento

M. Ramus: Sí, porque si hay dos que se pelean, hay doscientos alrededor, y los que se pelean no pueden arreglar su disputa de otra manera que con una violencia extrema, porque los empujan, excitan... Así que, como puede darse cuenta, se vuelve incontrolable, no sé. Resultado, le puedo garantizar, le puedo decir estadísticamente que eliminé el 99,5% de las pendencias en el colegio; ahora las cosas pasan en la calle, frente al colegio, y no estoy convencido de que para la imagen del establecimiento eso sea netamente mejor. Así que, si usted quiere, me toca tener problemas... digamos que como ambiente es bastante áspero y violento.

[...]

Entonces nos cuentan cosas, la droga... Bueno, aquí el barrio, el barrio Saint-Jacques y la gente de las HLM están absolutamente polarizados con respecto al problema de la droga: cada vez que hablo en reuniones barriales, mencionan la droga. La droga, la droga, la droga. Fui a ver, participé en cursos, tengo una información sobre la droga; vi hachís y heroína por primera vez en mi vida, hace más o menos un mes, cuando intervine en un cursillo y uno de los policías me mostró los que tenía en la valija.

[...]

Tengo la impresión de que, primeramente, puedo decir en todas las reuniones que jamás me enteré de la existencia de drogas duras en el colegio. Cuando llegué, estaba tan estupefacto por todo lo que se contaba que le pedí, acudí al rectorado y me nombraron, me prestaron, médicos vacacionarios, contratados y pagados por el gobierno en las vacaciones, precisamente, para realizar investigaciones sobre la droga, cosas así.

Así que durante dos trimestres, uno de un año lectivo y el otro del siguiente, dos médicos diferentes pasaron un trimestre entero en el colegio. Pudieron ver a todos los alumnos, vieron sistemáticamente a todos los alumnos de un nivel, el de tercero. Y después examinaron a todos aquellos sobre los que había un esbozo de sospecha... Usted sabe, cuando voy a una reunión me hace reír la gente que sabe todo y dice: "Basta con mirar a los chicos que están un poco abrumados o dormidos a la mañana"; yo tengo un 80% que están dormidos a la mañana porque miraron televisión hasta las dos de la madrugada. Los médicos que hicieron observaciones en el colegio en 1988 y 1989 no mencionaron una sospecha de drogas en ninguno de los dos informes. Encontraron problemas de desnutrición, asuntos así, pero ninguna sospecha de drogas, de drogas duras, supongo. Con las drogas del

*. Aid-el-Seguir, Pascua chica del Islam, que se celebra al final del ayuno de Ramadán (n. del t.).

tipo del *basch* y todo eso, le digo que como suprimí el 99% de las riñas en el colegio, también suprimí el 99% de las fumatas; hice instalar rejas para que se pudiera vigilar a los alumnos en todos lados. Hice instalar ese enrejado que limita el patio allá abajo, ¿ve?; eso impide que los chicos vayan a fumar detrás de los edificios, así que el primer año que estuve aquí había que correr sin descanso alrededor de...

[...]

—*Como resultado, todos los alumnos permanecen en un lugar visible.*

M. RAMUS: Eso, así es. Como no fuman en los edificios, el único lugar donde eventualmente lo hacen, y en todo caso no mucho, es en los retretes; los sitios más destacados de la tradición de la fumata son los retretes, bueno, pero pese a todo es muy muy limitado. Dicho esto, hay alumnos que llegan al colegio a la mañana y cuando están a 45 centímetros de mí, ni un paso más ni un paso menos, ostensiblemente, para mostrarme que fuman, aplastan la colilla; bueno, si en la colilla no hay más que tabaco es algo que no tengo ninguna forma de verificarlo; bien, eso es todo, eso es todo lo que puedo decir sobre la droga.

Pero a lo que sí le tengo miedo, miedo, es a las riñas. Tuvimos una que no pudimos cortarla a los treinta segundos y que terminó con un chico un mes en el hospital por haber recibido una cuchillada en el vientre. Fue hace dos años. Así que, vea, desde entonces soy un poco...

—*¿...Prudente? Usted describe un poco el clima, las dificultades, la agresividad o la violencia. Empero, ¿es diferente desde los sucesos? Según lo que describió mes por mes, hay un montón de cosas que se...*

M. RAMUS: Creo que los sucesos, sí, tanto más por el hecho de que, le aseguro, los que ahora siembran más cizaña no son precisamente los muchachos que participaron en los disturbios; los que cometen agresiones y hacen penosa la vida en el barrio son los que tienen entre 10 y 16 años. Durante los sucesos robaron y quemaron el auto del colegio; no sé si vio los programas de televisión... No sé si se acuerda, una camioneta 2CV que fue y vino varias veces entre los CRS y los manifestantes, era...

—*¿Era la del colegio?*

M. RAMUS: Era el difunto auto del colegio. Desde entonces no hubo otras exacciones, no sé, este año presenté la denuncia dos veces, una por el auto y otra por un robo con violencia en la oficina del intendente. Pero es más o menos...

Toleramos cosas que en otros lados son intolerables

—*¿Pueden tener alumnos iniciales relativamente grandes?*

M. RAMUS: ¡Ah, sí! Por medio de la clase de adaptación, con la que se trata de pasarlos lo más rápidamente posible a una clase del ciclo normal, en sexto hay chicos que van de los 11 a los 15, 16 años. Debo de tener uno o dos de 16 años en sexto.

—*Y los toleran, porque por lo común se los manda a las secciones de educación especializada (SES).*

M. RAMUS: Seguro. Seguro. Pero toleramos cosas que en otros lados son intolerables, seguro. [...] Hubo un período turbulento y después la gente se cansó; además, estamos un poco amargados, un poco decepcionados, porque este año las pasamos bien negras y nos agotamos mucho. Como confidencia personal, tengo la suerte de disfrutar de una robusta salud y pensaba que semejantes cosas, mi buena señora, nunca me sucederían; tener que ir a ver a un médico para decirle: "No puedo más, no puedo más" y tomar somníferos, jamás habría pensado que me podían suceder. Pues bien, tuve que tomar[los] en febrero para aguantar los 15 últimos días antes de las vacaciones de ese mes. Y eso me afectó mucho. Precisamente porque estaba muy orgulloso y pensaba que esas cosas sólo les podían pasar a los demás, pero seguramente no a mí. [...] Estar a veces –no soy el único– un poco perdido y muy cansado. [...] Espero poder recuperar el sueño durante las vacaciones de Pascuas. Y no me quejo, simplemente se lo comento...

Hubo sucesos que marcaron a los establecimientos, un nuevo brote de agresividad contra los profesores. Tengo un colega que, justo después de los acontecimientos de noviembre, vio un muy grave intento de incendio del colegio. Hace 15 días le quemaron el auto, hace una semana hubo que llevar al hospital a una celadora que recibió una pedrada en la cabeza. En el colegio de B. y en el de N. también hay esta especie de violencia latente, con agresiones y todo eso.

Durante la fiesta de Aid, tres alumnos del colegio fueron a tirar piedras al colegio de N., contra la conserje y su perro. Ahora bien, resulta que actualmente la gente, como está harta, ya no se queda forzosamente con la boca cerrada, así que la conserje fue a presentar la denuncia y los policías, que también están hartos, se la tomaron, y después la cosa siguió, por lo que citaron a los alumnos a la comisaría. También los citó un juez y los

educadores barriales parecen haberles dicho a los padres: "No se dejen pasar", así que tuve dos madres que vinieron a gritarme porque sus chicos... Entonces, como puede ver, es bastante gracioso, los alumnos asisten al colegio, están fuera de él durante una festividad religiosa en la que tienen permiso para faltar; van a hacer lío al colegio de al lado, la gente de éste presenta la denuncia y vienen a gritarme a mí. [...]

De modo que a raíz del incendio del auto del director del colegio V., los profesores de los cuatro colegios del sector, más los del liceo profesional, hicieron una reunión el martes pasado luego de cierta efervescencia; fuimos tres los directores que participamos. Y a fe mía, la cosa terminó con una carta que los profesores de todos esos establecimientos mandaron al inspector del distrito, al rector, en la que decían: "Nos gustaría mucho que finalmente se tomaran en cuenta nuestras difíciles condiciones de trabajo y de vida", porque efectivamente soportamos muchas cosas más que en otros lados, soportamos mucho más de parte de los alumnos.

Y me vi obligado a decir que, por ejemplo, un medio de ayudarnos es que, en un establecimiento de los llamados normales, cuando un alumno hace una tontería, lo echan, y bueno, nosotros, cuando hace la misma tontería, no lo echamos: le ponemos una primera o una quincuagésima amonestación. Y cuando uno quiere expulsar a un alumno, cuando telefoneo a mis colegas y les digo: "Vea, voy a mandarle un alumno, está con obligación escolar y si lo echo del colegio, a la fuerza tengo que colocarlo en algún lado", me contestan: "Mira, eres muy amable y nos gustaría mucho prestarte un servicio, pero si viene un alumno de tu colegio, los profesores no lo van a aceptar, se van a declarar en huelga, todo eso". El resultado, entonces, es que estamos obligados a intercambiar alumnos entre nosotros pero no dejan la zona, así que uno de los medios tal vez sea pedirle ayuda a la inspección distrital. Cuando verdaderamente tenemos que desembarazarnos de un alumno en interés del alumno en cuestión y en interés de los otros, a lo mejor sería bueno que nos ayudaran a encontrar una salida, que no seamos nosotros los que tenemos que andar mendigando..... que sea.... que el inspector del distrito diga, con autoridad irrevocable: "Tal alumno será colocado en tal establecimiento, y punto final".

[...]

—¿Eso de lo que usted habla, lo de la celadora, es muy reciente.....?

La escuela no se salvó especialmente

M. RAMUS: Totalmente, la semana pasada. Y a continuación... si usted quiere, resulta que al rector de Lyon, al nuevo rector de Lyon, lo nombraron hace un mes. El rector acababa de llegar, tenía que venir a uno de los colegios de la zona, en el marco de una acción pedagógica, la acción de la prensa en la escuela; tenía que venir el viernes, y el jueves a la noche quemaron el auto de mi colega. Así que le preguntamos, muy cortésmente, si no podía recibirnos en oportunidad de su visita; lo hizo y le dijimos que las cosas no andaban muy bien, que en el sector en realidad no andaban en absoluto, sin hacer catastrofismo porque vimos otros, no sé. Y le preguntamos cuál era su opinión y nos contestó: "Bueno, hay dos explicaciones posibles: puede formar parte del movimiento sociológico, y como en este momento ésa es una situación general, tal vez sean necesarias soluciones generales; o bien forma parte de una tentativa de desestabilización de la educación nacional; Educación Nacional sería el blanco de...", de modo que dijo que acababa de llegar, ustedes saben; lo que provocó... Porque en eso soy muy esquemático, es que hay observadores de Educación Nacional que comprobaron o creyeron adecuado comprobar que, durante los acontecimientos, los centros escolares, culturales, no fueron tocados, es decir que los incendios y los saqueos recaían sobre los centros comerciales, pero los equipamientos culturales y escolares no fueron afectados, bueno, y a partir de ese asunto hicieron un montón de teorías. Ahora bien, yo no estoy convencido...

[...]

El día mismo de los sucesos, la escuela primaria que está justo enfrente del colegio, ahí atrás –es una escuela que, bueno, nosotros hicimos innovaciones, pero al lado de ellos son verdaderamente un chiste; quiero decir, los chicos tienen profesores formados en informática, tienen un centro informático y no sé cuántos centenares de miles de francos en material informático, es verdaderamente una escuela de punta y todo eso–; bueno, durante los disturbios quemaron completamente un aula y las computadoras servían de proyectiles para romper los vidrios. Así que no se puede decir que se salvó especialmente. No digo que hayan apuntado particularmente a esa escuela....

En los días siguientes ardió una escuela maternal y hubo que cerrarla durante 15 días, así que, pese a todo, no fue nada. Y no hablo del auto del colegio, no hablo

de principios de noviembre, un aula y media incendiadas en P., y lo que habría pasado si la alarma no hubiese sonado: encontraron veinte litros de nafta en unos bidones que, cuando llegaron, estaban semivacíos; ahora bien, los que arrojaron eran tal vez cinco o seis litros, y con eso quemaron una clase. Si hubieran usado los veinte litros, verdaderamente habría sido un incendio bastante importante. Es así, por eso no creo...

Pero, si usted quiere, el rector que llegaba, que leía un informe, durante los sucesos, Educación Nacional se salvó, mientras que nosotros le presentamos una situación en la que era notorio que no se nos habían ahorrado muchos problemas; entonces su reacción fue decir: "Vaya, habría... durante los sucesos, Educación Nacional resistió bien; ahora habría un intento de desestabilización de una institución que había resistido bien, así como –nos recordó– hace algunos años hubo un intento de desestabilización de la policía, y otras cosas". De modo que el rector pidió una entrevista al prefecto de policía y los jefes nos recibieron hace una semana, así que hace una semana los cinco directores más el director del liceo de educación profesional estuvimos en la dirección departamental de la policía urbana para tratar de ver, juntamente con los policías, qué se puede hacer; no es un chiste...

No puedo tolerar *graffiti*

—Y contrariamente a otras zonas, la gente de aquí no parece bajar los brazos. Eso me sorprendió, porque por lo común, en casos como éstos, la gente, el cuerpo docente, los directores... en fin, toda clase de personas están eventualmente bastante deprimidas, pero bueno, es todo. Desalentadas y además... Aquí tengo la impresión de que... hay montones de iniciativas...

M. Ramus: Hay que sobrevivir... sí, hay que sobrevivir, desde luego, no se puede... Puedo llevarla a visitar el colegio, por ejemplo; no puedo tolerar *graffiti*; es decir que para el personal de servicio –vamos a hacer una recorrida por el colegio, para mostrarle–, si hay una inscripción, el asunto es prioritario: si la ven tienen que borrarla de inmediato, porque si se deja una hora, una hora después hay diez, dos horas después hay 150; eso es todo. No me importa nada la legislación sobre el tiempo de servicio de ese personal; yo negocio directamente con ellos. "Su servicio es de 41 horas y media, no me importa que se las pase haciendo sebo en el establecimiento; lo que tiene que hacer es ayudarme a vigilar los corredores cuando los alumnos se mueven. Resultado: si usted está allí, harán menos estupideces; si hacen menos estupideces, usted tendrá menos trabajo. Y como contrapartida del trabajo que le pido, que es un trabajo de vigilancia que no está en su estatuto, si me ayuda a hacer eso, bueno, le doy días de vacaciones extras, se los doy y se va..."

—Son arreglos, no sé...

M. Ramus: Así es. Bueno, entonces, efectivamente, si viene un inspector de la administración y dice: "Cómo, a tal hora debería haber tanto personal en este asunto", no lo van a encontrar, pero el cole está limpio; eso, seguro. [...] Voy a llevarla a hacer una recorrida por el colegio. Lo mantenemos; la condición número uno de la supervivencia tiene que ver con el plano físico, si se deteriora, se terminó.

—Para poner las cosas en su justa proporción: antes, agarraban un cuchillo y tallaban las iniciales en las mesas; ahora hay otros mecanismos, escriben con aerosol en las paredes; ese trabajo de disciplina es necesario, desde luego, es cierto, pero en última instancia en los lugares públicos –y la verdad es que éstos son lugares públicos– nunca se logró eliminar esas prácticas.

M. Ramus: En los lugares públicos, salvo en nuestro colegio. No, yo soy muy formal en ese asunto, porque es uno de los puntos en que no puedo transigir.

—De todos modos, no otorgar una significación...

M. Ramus: No, no le doy una significación de delincuencia, pero digo que si acepto el comienzo del deterioro, después...

—Tuve la oportunidad de hacer una encuesta en Marsella para la alcaldía, que quería limpiar algunos barrios. Les dije que si hacían un esfuerzo visible por limpiar y, mientras que a las otras calles las limpiaban una vez por día, a éstas las limpiaban dos, la gente terminaría por comportarse aseadamente.

M. Ramus: Totalmente, es lo que yo pienso, por eso en algunos momentos me da risa ver gente que viene, autoridades que vienen y después dicen a los colegas: "No está mal, está limpio; ¿de qué se quejan?". Yo no me quejo, yo peleo para que esté limpio. Dicho esto, tengo... no sé, a lo mejor por atavismo familiar, un respeto muy grande por el personal de servicio. Así que, si usted quiere, ellos me lo devuelven. Le doy más valor a que ningún agente de servicio sea insultado por un alumno o una cosa así, me siento capaz de ser más feroz que si pasa con un profesor. Y le puedo garantizar que en cuatro años hubo dos insultos a los agentes de servicio; bueno, los chicos se fastidiaron. Mientras que, bueno, con los profesores, pese a todo, es más frecuente. Pero a lo

mejor es porque mi madre se jubiló como lavaplatos en un restaurante, eh, a lo mejor también es eso. Quizás la respete a ella cuando respeto al personal de servicio.

—¿Cuántos hombres y cuántas mujeres tiene entre el personal?

M. RAMUS: Ah, muchas más mujeres que hombres, es característico de la enseñanza, pero ahí soy prudente porque, dése cuenta, cuando trato de negociar con el rectorado digo que en un medio magrebí una joven tiene estadísticamente más dificultades... [...] Vaya, no es un juicio que emito sobre las mujeres y todo eso; es una comprobación estadística. Cuando hacen un esfuerzo para nombrarme varones, no siempre es fácil; el año pasado nombraron un vigilante que era... que era muy amable, no sé. Pero aguantó un mes. Era un varón, después nombraron a una chica que se quedó hasta fin de año, así que usted ve que no es... De modo que también hay que ser muy prudente. Este año me designaron un vigilante magrebí, un hombre magrebí, estudiante de matemáticas, futuro profesor de matemáticas. Aprobó el CAPES. Yo no lo conocía. Cuando vi la ficha de su nombramiento en agosto, mi primera reacción fue decir: "Vaya, a lo mejor en el rectorado pensaron que estaba bien, que iba a funcionar bien", y esperaba con interés, era la primera vez que tenía un vigilante magrebí. Pues bien, el pobre las pasó negras, sin embargo no es por falta de autoridad, creo que es la imagen del magrebí que logra salir del pozo, es el colaboracionista y verdaderamente lo insultaron mucho más que a los otros; tuve que intervenir mucho más que en los demás casos; todos los días se aprende algo nuevo.

Lo que les contábamos los directores de establecimientos al inspector distrital, al rector, a la policía, es lo penoso, lo imprevisible de estos establecimientos. Las catástrofes llegan cuando uno no las espera y además siempre tenemos la impresión de estar sobre el filo de la navaja, que basta con un incidente completamente mínimo para degenerar y además para... Es eso, verdaderamente hay que ser [...] mi problema ahora, si me canso, es porque... Bueno, pero eso pertenece a mi vida privada, me gustaría ser director de este colegio 12 horas por día y las otras 12 ser... y yo mismo ya no consigo mantener ese equilibrio.

Es duro que lo humillen cuando uno no está preparado

—¿Cuáles son sus relaciones con los padres? Hace un momento dijo que había familias que habían acudido a usted durante el período especial, pero en épocas normales, por decirlo así, ¿es...?

M. RAMUS: Nuestro problema es tener la mayor cantidad posible de contactos con las familias, porque comprobamos...

—¿Los solicitan?

M. RAMUS: Así es. De modo que los obligamos a venir al colegio. Y obligar a venir al colegio a gente que no está acostumbrada y que... Mucho antes de que yo llegara se pusieron en vigencia algunas cosas. A las familias no les mandamos ningún boletín trimestral, ninguno. Tienen que venir a buscarlos al colegio. Así organizamos y llegamos a un índice del 90%. Y tres veces por año... bueno, el 90% es en el primero y segundo trimestre, en el tercero es un poco menos, de un 65 a un 70%, pero en los dos primeros el 90% de las familias vienen a buscar el boletín al colegio, es decir que el profesor principal de la clase, que es profesor tutor, que tiene a los alumnos en tutoría... es él quien los recibe. Tres tardes al año, a partir de las cuatro para algunos y de las cinco para otros; hasta las ocho y media, nueve de la noche, o hasta que se termine; ahí recibimos al 70 % y a los otros los molestamos hasta que vienen, es decir que los obligamos a concertar una cita, todo eso. Así que la cantidad de refractarios es irrisoria. Y pese a todo, no basta.

Participé muy activamente en la conformación de un consejo de padres de alumnos, porque en otros colegios, en un colegio normal, para los directores los padres son un engorro. Aquí los necesito. Si los chicos tienen problemas es porque los padres son completamente abandonados y puedo constatar que, aunque estén en la miseria, si tienen un contacto con sus chicos, los chicos hacen menos tonterías, trabajan mejor, así que trato, estamos tratando de lanzar, queremos montar una acción para sensibilizar a los padres de los alumnos que van a entrar en sexto, invitarlos a jornadas enteras en el colegio donde van a conocer a los profesores, comer con ellos, hacer comidas con ellos... Es preciso que vengan al colegio sin miedo, sin... Para la mayoría de los padres, el colegio, la escuela para los que fueron a ella, representan el fracaso escolar y además todavía hay muchos, sobre todo entre las mujeres magrebíes que tienen 40, 45 años, que jamás fueron a la escuela. Jamás. Así que son analfabetas, no saben ni leer ni escribir y apenas hablan en francés, pero sí en árabe, aunque tampoco saben leerlo ni escribirlo; es así. La escuela no tiene que ser un lugar... yo ya estoy hasta la coronilla de ver gente...

—¿Ellas vienen?

M. Ramus: No, muy poco, muy poco, vienen a buscar los boletines y yo estoy hasta la coronilla; vienen cuando las cito para decirles: "Su hijo no camina" o "Su hija no camina". Me gustaría mucho verlas, me gustaría mucho que vinieran, que pasen a preguntar cómo van las cosas y, a lo mejor, que yo pueda decirles algún día que sí, que van bien... me gustaría mucho. Porque... le cuento una anécdota. Hay una profesora de gimnasia que tiene relaciones difíciles con algunos de sus cursos. Está acá desde hace 12 años, está cansada... Y además los alumnos consideran la gimnasia como la liberación, mientras que ella piensa que es una materia como cualquier otra y tiene un nivel de exigencia muy importante. Un día los lleva a la piscina y cuando sale descubre que las ventanillas de su auto están rotas. Cree, y yo también, que fueron alumnos de su curso, pero no puede probarlo. Así que vino muy enojada y me dijo una cierta cantidad de cosas; en la clase había seis alumnos que la molestaban enormemente y exigía sanciones. Yo le contesté: "Antes de sancionarlos con una suspensión temporaria, vamos a citar a las familias". Las cité y ella estaba conmigo y mi adjunto, teníamos a las seis familias frente a nosotros. Tomaré dos de las seis. Había un padre al que tuve que echarlo por la fuerza de mi despacho porque la insultó, la trató de mentirosa, de cerda y todo eso, así que tuve que agarrarlo con mi adjunto... porque le pedía que saliera y él no quería, de modo que lo expulsé. Y hasta ahí su hija, que estaba atrás, se mataba de risa, encantada. Su padre decía exactamente lo mismo que ella le decía a la profesora, así que estaba muy bien... qué quiere que hagamos por chicos así.

En el otro extremo, absolutamente, un padre que estaba sentado ahí con su hijo atrás, hablaba bajando la cabeza, no sé si se dirigía a mí o a su hijo, y decía: "Hace 28 años que estoy en Francia, 27 años y medio que estoy en la misma empresa porque considero que el jefe siempre tiene razón; cuando dice algo, aunque no estemos de acuerdo decimos que sí, somos humildes, aceptamos todo, no protestamos, es así. Y gracias a esa actitud pude traer a mi mujer a Francia, pude educar a mis hijos". Creí que el hijo, que estaba parado atrás, le iba a pegar; nunca vi un odio parecido, porque lo que decía el padre era inadmisible.

—¿Qué edad tenía?

M. Ramus: Dieciséis años. Y finalmente, para los chicos, los dos casos extremos, de humildad total y agresividad total frente a la institución, equivalen exactamente al mismo resultado. Le doy otro ejemplo de situaciones que tenemos que afrontar. El año pasado hubo una huelga de ómnibus, y muchos jóvenes que estaban en el barrio donde no había más transporte, habían tomado la costumbre, sobre todo a la tarde, de caminar, y entonces saltaban por encima del portal –un metro sesenta no es mucho–, y después venían, subían a las clases, abrían las puertas de las aulas, escupían a los alumnos y los profesores, los insultaban, y cuando me avisaban y yo salía a buscarlos, se escapaban corriendo. Un día entraron tres y alguien justo los vio. Me avisaron, monté un dispositivo para pescarlos y pude atrapar a uno. Tenía 19 años.

—¿Un ex alumno?

M. Ramus: No, el que atrapé no era un ex alumno. Tuve que forcejear porque él pretendía que lo soltara. Lo había atrapado y me preguntó qué quería hacer. "Voy a llevarte a mi oficina." "No." "Sí –le dije–, a lo mejor no lo consigo si me quedo acá parado, pero a menos que me mates o me lastimes, voy a llevarte a mi oficina", cosa que hice. En la oficina me dijo: "¿Quieres que te diga qué vas a hacer? Vas a llamar a la policía. La policía va a venir y me van a dar una paliza. Me van a llevar a la comisaría, me van a dar una paliza y van a llamar a mi padre. Mi padre va a ir, va a llorar y los policías me van a entregar a él y me va a llevar. Todo eso en una hora y media. Dentro de dos horas volvemos, cuando ya no quede nadie en el colegio. Haz lo que quieras".

Mientras estaba en mi oficina y me decía eso, habían entrado de a tres. Los otros dos se escaparon, y fueron a juntar a cincuenta. Y los cincuenta estaban formando un arco de círculo en el patio. Mi adjunto fue a buscar a todos los profesores varones. Logró traer a seis o siete que hicieron un arco frente a mi oficina. Era así. Entonces, sobre el asunto, palabreo. Voy al medio del patio y hay dos delegados que entran: "Qué vas a hacer, no vas a llamar a la policía por nada, hablas, una cosita así. Qué pasa, escupió, cuanto menos no es grave y además no nos vas a joder, y si nos jodes, suelta a nuestro compañero, porque si nos jodes, la cosa se va a poner fea". Los profesores estaban divididos: una mitad que decía: "Llama a la policía, pese a todo no nos vamos a dejar atropellar" y la otra: "Te aviso, si llamas a la policía no vamos a poder venir más a trabajar en auto", y bueno... Es duro que lo humillen cuando uno no está preparado, cuando no está preparado psicológicamente para ser humillado, cuando es alguien orgulloso que tiene cierto sentido del honor; es duro.

Me niego a exponer a los vigilantes a los insultos en el portal, así que yo mismo, con mi adjunto, estoy to-

das las mañanas y todas las tardes durante la entrada de los alumnos; yo no soy fisonomista, pero está el conserje, el obrero de mantenimiento que es de origen *pied-noir* y muy fisonomista, que me dice: "Ahí hay tres que no son del colegio", así que cuando llegan al portal les digo: "Señores, ustedes no son del colegio, ¿tienen algo que hacer aquí? Si tienen algo que hacer, me lo dicen; si no, no entran. No, no entran". Entonces retroceden tres metros, hasta el borde de las rejas, y se ponen a hablar entre ellos. Y empiezan a hablar de manera tal que se los oiga decir que yo soy un estúpido: "Mira qué jeta tiene" y todo eso, y mientras hablan se dan vuelta y escupen. Escupen en mi dirección. Cuando en diez minutos uno recibe siete u ocho escupitajos que llegan a 15 centímetros de los pies y es alguien orgulloso, con sentido del honor y todo eso, pues bien, es duro. Es muy duro. Bueno, después desaparecieron. Así que hay días en que me gustaría mucho estar en otra parte [...].

Fuimos a dialogar hasta el hartazgo

M. Ramus: Están mortalmente resentidos con la escuela, porque la escuela no les permitió salir del pozo; en fin, no me sorprende tanto. Y además la escuela es un medio con restricciones. Durante los acontecimientos, yo viví... era grotesco. Al comienzo del último período lectivo, en septiembre de 1990, en los liceos profesionales del departamento del Ródano hubo setecientas plazas vacantes, no ocupadas, porque no había postulantes. Había setecientas plazas vacantes, y si uno leía todos los días el minitel, durante todo septiembre y principios de octubre, los mensajes decían: "Tal establecimiento tiene tantas plazas; tal otro, tiene tantas plazas; tal otro, tantas".

Cuando se produjeron los acontecimientos, la gran interpretación era: sí, se construyó, pintaron las fachadas, todo eso, pero no dialogaron con ellos; se rebelaron porque faltó diálogo, entonces dialoguemos; fuimos a dialogar pero verdaderamente hasta el hartazgo en las reuniones barriales, cosas así, y escuchábamos a jóvenes que decían: "Sí, la escuela no hace nada por nosotros, no tenemos nada, no tenemos formación", y al mismo tiempo había setecientos lugares vacantes en los liceos profesionales, sólo que los lugares vacantes en los liceos profesionales, ¿qué son? Son 32 horas de trabajo por semana, remuneración cero. Bueno, tampoco están de acuerdo en ir ahí; en fin de cuentas, ¿los jóvenes miserables de los suburbios qué piden, en definitiva? Piden algo que les dé de vivir. Bueno, eventualmente piden un trabajo interesante, pero el país no es capaz de dárselo, dado que no tienen formación, y además a mí, aunque tengo una formación, no todos los días el trabajo me resulta interesante, así que... No veo, en fin, ¡no hay milagros, eh! Entonces están resentidos, resentidos contra la institución, dispuestos a romper todo lo que sea la imagen, que les devuelva la imagen de cierto fracaso, pero yo no tengo muchas soluciones.

—*Sí, pero, ¿tienen hermanos y hermanas que todavía van a la escuela?*

M. Ramus: Sí. Cuando oyen que los hermanos mayores les dicen: "Hay que trabajar porque, mira, yo estoy en segundo, en primero o en el curso terminal y después salgo del pozo...". Tengo aquí a la sobrina de un escritor universitario [*autor de una novela autobiográfica sobre la escolaridad de un hijo de inmigrante en un barrio popular*]; su tío le dijo: "No hagas pavadas" y ella no las hace. Hace lo que puede, a lo mejor sus estudios serán menos brillantes que los de su tío, pero creo que se las va a arreglar, está en segundo, bueno, después, a fe mía... Hay familias en las que uno tiene la impresión de que los hermanos mayores se relevan para que siempre haya uno afuera mientras que los demás están a la sombra, para que no estén todos al mismo tiempo. Hay una familia en la que los tres hermanos mayores están en la cárcel por proxenetismo agravado; la madre maneja la taberna que tenían porque es el único recurso de la familia; sale a las seis de la mañana, vuelve a medianoche o a la una de la mañana y los chicos –tengo una en cuarto y el otro en quinto– están librados a sí mismos, hacen lo que quieren. Son unos consumados jodidos, hay momentos en que tengo ganas de... tengo ganas de molerlos a palos, pero realmente no veo por qué tendrían que ser tranquilos, suaves, pacientes, educados y amables en esas circunstancias. Si lo fueran, sería verdaderamente un milagro.

Le doy otro ejemplo. Es toda una historia, seguro que hay cosas que no entiendo y se me escapan. El año pasado, a las ocho y cuarto oigo llamar suavemente a la puerta de mi oficina, pero como nadie se movía voy a ver y descubro una madre magrebí completamente cubierta con un turbante que viene y me dice en un francés bastante rudimentario: "Mi hija, que está en tercero, vino esta mañana; yo no quería pero su padre volvió a pegarle toda la noche, ¿no vio cómo tiene la cabeza?". No había visto, no había visto porque la hija se había escondido bien. "Él le aprieta la cabeza contra el lavabo y después se la golpea contra las esquinas de

la mesa o del lavabo." Entonces ella me contaba esas cosas...

Voy a ver a la chica al aula, la miro, y efectivamente estaba toda torcida, llena de... La hago bajar, encierro a la madre y la hija en una oficina, llamo a la asistente social porque son cosas que se arreglan entre mujeres. La asistente social me dice que es absolutamente preciso hacerles un examen médico, tanto a una como a la otra. El médico escolar es algo que no existe, no existía el año pasado, en fin, pegué tantos gritos que tengo uno que hace una guardia de media jornada cada 15 días. El año pasado no lo teníamos. Llamo a un médico de cabecera; vino, las revisó, hizo los certificados médicos y me dijo que eran 160 francos. Yo no tengo ninguna partida en el presupuesto para pagar 160 francos; los puse de mi bolsillo. Quiero decir que para que no salieran de mi bolsillo el médico aceptó hacer una falsa declaración, o sea que certificó que había venido a hacerme una visita y la Seguridad Social me reintegró 120 francos. Pese a todo me costó cuarenta, pero no me quejo.

Después, con los certificados médicos, llamamos al padre; el padre vino y entonces, dése cuenta, yo estaba detrás de mi escritorio de director, bien protegido, él en donde está usted y la asistente social aquí; la asistente social es una muchachita de 30 años que le dijo al padre: "Esas cosas no se hacen, ¿no se da cuenta? Además, si sigue haciéndolas se lo vamos a impedir, vamos a presentar la denuncia; tenemos certificados médicos y todo eso". El padre se levantó y yo le dije a la chiquita: "Mira, la segunda trompada no habría podido dártela porque yo lo hubiera aporreado antes; pero la primera no podía evitarla, porque con el tiempo que iba a tardar en saltar por encima del escritorio..."; bueno, él se detuvo un milímetro antes, eh, y después se encaminó hacia la puerta luzándome la maldición de Alá hasta la..... no sé qué generación. Su asunto era..... y además usted me dirá, ¿qué respuesta le había dado?

Vive en la parte más desheredada, eh, realmente es totalmente desheredada; dijo: "Mis vecinos, allá, en la calle interior..... los chicos faltan, se drogan, son ladrones, delincuentes, hacen todo lo que les gusta y nunca hay nadie que les diga nada. Mis chicos nunca faltan", lo cual es cierto, "tienen buenas notas", es cierto, "son educados", es cierto; nada de delincuentes, son amables, limpios, todo eso, "¿Y ustedes me joden? ¿Y ustedes quieren mandarme a la policía? No hacen nada contra los otros y..... ¿conmigo sí?", y se fue; verdaderamente no entendía.

—*Y a la noche, supongo que la mujer y la hija deben de haber...*

M. Ramus: No esa misma noche, no esa misma noche. Esperó algunos días. Ahí tiene la triste... No sé, dése cuenta, al venir aquí yo no tenía muchas certezas... Ahora tengo aún menos, porque no sé, tengo la impresión...

—*Pese a todo, consigue que no haya violencia dentro del establecimiento.*

M. Ramus: Violencia física, riñas, no. Las violencias verbales... En cuanto a eso, está el teléfono del colegio, y cuando no hay telefonista –por ejemplo, ahora– no suena aquí porque, si alguien llama al colegio, suena en mi departamento; no hay telefonista, así que suena en mi departamento. Pues bien, cuando está mi mujer, el otro día, por ejemplo, que vino, yo estaba en el departamento de mi adjunto, fuimos a tomar un aperitivo juntos, vino mi mujer y de cinco a ocho y media nosotros estábamos en una reunión en el centro social con el adjunto; y ella estaba en el departamento. A las ocho y media subió a tomar el aperitivo con nosotros. Pero me dijo: "Estoy harta, cuando yo esté y tú no, corta el teléfono"; cada diez minutos llamaban para insultar.

—*¿Para insultar?*

M. Ramus: Para insultar. Atiende, "¿Está el señor Ramus?", "No, no está", "Ah, tú eres su mujer, cerda, puta, me cago en tu madre, me cago en tu madre...", pero veinte, treinta veces. "Si no atiendo, suena, suena y suena"; bueno, no atendió y llegó a contar 27 timbrazos antes de que parara.

—*Sí, es por eso que no se puede hacer una separación entre la vida privada y la vida pública.*

M. Ramus: No, es así, y no hice instalar una línea personal, bueno, porque pienso que si lo hiciese bastaría con ubicar mi nombre, no me voy a poner en la lista roja, no quiero meterme en cosas así... De modo que cuando el miércoles me encierro en el departamento al final de la tarde porque tengo trabajo que hacer o porque tengo ganas de leer o escuchar música, si desconecto el teléfono quiere decir que mis hijos, mi madre, mi mujer no pueden llamarme, es así. Y usted me dijo que conseguí impedir la violencia física, y es cierto; la violencia verbal, no. Y es muy penosa. ¿Cuál era el sentido de su pregunta, quería hacerme una pregunta...?

—.....*Sobre las niñas.*

M. Ramus: Sí, pero cuando me refiero a las niñas, pese a todo las que logré suprimir son las niñas entre alumnos, pero no en la calle.....

—No en el exterior...

M. Ramus: No en el exterior; a veces con mi adjunto, le prolongamos el servicio a la conserje; cuando los alumnos salen a las doce, ella trabaja hasta las doce y cuarto, y cuando salen a las cinco, hasta las cinco y cuarto, para ver. Y cuando ve un amontonamiento me llama en seguida por teléfono, y entonces yo podría estar en la oficina con usted en medio de una charla interesante, pero si me llama por teléfono... la tengo que dejar, salgo, y cuando nos ven llegar –porque llegamos corriendo, corriendo y dejándonos ver, porque queremos disuadirlos– las peleas se interrumpen. Una vez en la calle nos damos vuelta, a lo mejor hay veces que la trifulca se termina ahí y otras que sentimos que va a... así que hay veces que llegamos a darnos vuelta dos veces y después ya no sigue [...].

Cuando hablo con los policías, nos hacen grandes teorías, dicen: "Hay tres aspectos: está la represión y uno será represivo, está la disuasión y además está la prevención". Bueno, pero yo les digo: "La disuasión consiste en estar ahí", me gustaría mucho que el patrullero pasara simplemente sin parar, a las horas de salida del colegio, así. Pero los policías dicen: "Pero no, no podemos vigilar todos los colegios, ése no es nuestro trabajo" [...].

—¿Y los buenos alumnos?

M. Ramus: Los buenos alumnos están molestos porque los tratan de alcahuetes. Los profesores de gimnasia escribieron un artículo en la revista sindical [...] dicen que a los buenos alumnos los molestan [*lee un extracto del artículo*]. Bueno, hay una maestra auxiliar que llegó este año, que enseña español como segunda lengua, joven, vive en R. y trabaja en condiciones nada agradables porque no tiene auto; tiene una hija pequeña y cuando ningún profesor la lleva tiene una hora y media de viaje y todo eso, pero es una muchacha extraordinaria. Verdaderamente las pasó negras al principio.

Y somos muy conscientes de lo que pasa, quiere decir que la sostuvimos con empeño y todo, la ayudamos mucho a aguantar, bueno, me tocó ampararla cuando lloraba y consolarla con toda honorabilidad; el otro día me dijo algo, porque en la asamblea general hice una reflexión absolutamente misógina porque las buenas señoras se peleaban a gritos entre ellas, así que dije: "Dios mío, sueño con un establecimiento en que no haya más que hombres y las cosas se arreglen en no más de una hora... lo arreglaríamos en una hora en la taberna"; lo decía en segundo grado, después vino a convencerme al final y me dijo: "Pese a que las pasé negras extrañaré este colegio porque hay un calor humano tal que...", creo que hay más relaciones afectivas y es uno... es uno de los elementos penosos, creo que es uno de los elementos que me perturban, que uno no pueda no cargarse afectivamente en este colegio; es decir que cuando la cosa va bien, va bien, y cuando no camina, uno se conmueve afectivamente. Es un error, pero además no veo cómo se puede evitar; y las relaciones entre profesores...

—No se pueden guardar las distancias...

M. Ramus: Así es, las relaciones entre profesores son o afectivas o conflictivas porque... de todas maneras es afectividad, no sé; o son muy compinches o son enemigos, y yo decía también a mediodía una cosa... Hay profesores que ya no pueden tomar la palabra juntos en una asamblea general de profesores; y yo digo, si fuera para arreglar conflictos o divergencias políticas, sindicales, pedagógicas, tendría posibilidades, pero en este caso son divergencias viscerales, es algo físico. Entonces, si usted quiere, hay aspectos que afectan mucho, no sé.

—¿Su colega del liceo qué dice de todo esto? ¿Tiene los mismos alumnos? [...]

M. Ramus: No son los mismos alumnos, no son los mismos alumnos; son apenas un poco más de la mitad.

—Sí, digamos que hay una selección. [...]

M. Ramus: No son los mismos alumnos, no son las mismas edades y no tiene las mismas restricciones. Él, por ejemplo, me reprocharía decididamente el ser demasiado gallina clueca, el brindar demasiada asistencia, lo que hace que los chicos no tengan autonomía y trabajen peor en el liceo, no sé. Para algunos, pierden el tiempo en el liceo.

—Hay menos problemas de disciplina...

M. Ramus: ¡Ah, no es para nada lo mismo! Mi mujer, en el liceo en el que está, no sabe qué son los problemas de disciplina. Pese a todo, en F. ocurren esas cosas; el año pasado en el liceo F. hubo agresiones contra autos de profesores, que quedaron hechos polvo, así que eso pasa. En el liceo B., también el año pasado, hubo una profesora a la que un alumno magrebí originario del municipio le dio una tunda. Bueno, es así. Pero en fin, eso no tiene nada que ver con... no tiene nada que ver con la vida cotidiana de los colegios: en ellos tenemos verdaderamente a todos los alumnos. [...] ¿Usted me está diciendo que si fueran franceses, en fin, de origen francés, pero pobres, habría los mismos problemas? Si es así, mi respuesta es sí. Sí, pero totalmente, de eso soy muy consciente, el problema proviene del amontonamiento de familias con problemas, cualquiera que sea su origen

social, bueno, o racial; en eso estamos perfectamente de acuerdo.

—Dudo de que se encuentre una solución, precisamente de orden social...

M. RAMOS: Pero, por ejemplo, una de las maneras de mejorar lo que puede pasar es la de Vénissieux, en las Minguettes, en 1981; bueno, desde entonces los problemas disminuyeron porque disminuyó el hacinamiento de las poblaciones, vaciaron algunos departamentos, vaciaron algunas torres y las demolieron una vez vacías. Yo soy originario de Vénissieux, toda mi familia es de allí; todos mis tíos, mis tías, mis primos. En 1981, efectivamente, en la gran época de las Minguettes, era verdaderamente espantoso; ahora es más o menos el mismo tipo de población pero ya está mucho menos amontonada. Hay más espacio, bueno. Se empieza a respirar de nuevo. Entonces existe ya la categoría social, pero probablemente también el efecto del hacinamiento, creo.*

Abril de 1991

Las contradicciones de la herencia

Pierre Bourdieu

Según Heródoto, todo marchó bien entre los persas mientras pudieron contentarse con enseñar a sus hijos a montar a caballo, tirar con el arco y no mentir. Es indudable, en efecto, que la cuestión, absolutamente fundamental en cualquier sociedad, del *orden de las sucesiones* –es decir, de la gestión de la relación entre los padres y los hijos y, más precisamente, de la perpetuación del linaje y de su herencia, en el sentido más amplio del término– se plantea de manera muy particular en las sociedades diferenciadas. En primer lugar, para continuar a quien en nuestras sociedades encarna el linaje, vale decir, el padre, y lo que constituye sin duda la esencia de la herencia paterna –esto es, la especie de "tendencia a perseverar en el ser", a perpetuar la *posición social*, que lo habita– a menudo hay que distinguirse de él, superarlo y, en un sentido, negarlo; empresa que no carece de problemas, tanto para el padre, que quiere y no quiere esa superación letal, como para el hijo (o la hija), que se ve colocado frente a una misión desgarradora, que puede vivirse como una suerte de transgresión.[1]

En segundo lugar, la transmisión de la herencia depende en lo sucesivo, para todas las categorías sociales (aunque en grados diversos), de los veredictos de las instituciones de enseñanza, que funcionan como un *principio de realidad* brutal y poderoso, responsable, debido a la intensificación de la competencia, de muchos fracasos y decepciones. Hasta aquí otorgada a la sola palabra del padre o la madre, depositarios de la voluntad y la autoridad de todo el grupo familiar, la institución del heredero y el efecto de destino que ejerce actualmente incumben por igual a la escuela, cuyos juicios y sanciones pueden confirmar los de la familia, pero también contrariarlos o contrarrestarlos, y contribuyen de manera completamente decisiva a la construcción de la identidad. Lo que explica, sin duda, que con tanta frecuencia comprobemos que la escuela está en el origen del padecimiento de las personas interrogadas, que se han decepcionado o bien en su propio proyecto, o bien en los que habían elaborado para sus descendientes, o bien, por último, a causa de los desmentidos que el mercado laboral inflige a las promesas y las garantías de aquélla.

Matriz de la trayectoria social y de la relación con esa trayectoria, por lo tanto de las contradicciones y los dobles vínculos (*double binds*) que nacen especialmente de las discordancias entre las disposiciones del heredero y el destino encerrado en su herencia, la familia es generadora de tensiones y contradicciones genéricas (observables en todas las familias, por estar ligadas a su propensión a perpetuarse) y específicas (que varían particularmente según las características de la herencia). El padre es el lugar y el instrumento de un "proyecto"[2] (o, mejor, de un *conatus*) que, al

1. A lo largo de este análisis tuve que privilegiar el caso del hijo, reservando para otra oportunidad el examen de las variaciones de la relación de sucesión según el sexo de los padres y los hijos.

2. Para evitar la lógica de la intención consciente que evoca la palabra "proyecto" se hablará de *conatus*, a riesgo de que se

estar inscripto en sus disposiciones heredadas, se transmite inconscientemente, en su manera de ser y por ella, y también, explícitamente, por acciones educativas orientadas hacia la perpetuación del linaje (lo que en ciertas tradiciones se llama "la casa"). Heredar es relevar esas disposiciones inmanentes, perpetuar ese *conatus*, aceptar convertirse en un dócil instrumento de ese "proyecto" de reproducción. La herencia exitosa es un asesinato del padre cumplido ante su conminación, una superación del padre destinada a conservarlo, a conservar su "proyecto" de superación que, en cuanto tal, está en el orden, en el orden de las sucesiones. La identificación del hijo con el deseo del padre como deseo de ser continuado deja al heredero sin historia.[3]

Los herederos que, al aceptar heredar y, por lo tanto, ser heredados por la herencia, logran apropiarse de ella (el politécnico hijo de politécnico, el metalúrgico hijo de metalúrgico), escapan a las antinomias de la sucesión. El padre burgués que quiere para su hijo lo que él tiene y lo que él mismo es, puede reconocerse por completo en ese *alter ego* que ha producido, reproducción idéntica de lo que él es y ratificación de la excelencia de su propia identidad social. Ocurre lo mismo con el hijo.

De igual modo, en el caso del padre con una trayectoria ascendente interrumpida, el ascenso que lleva a su hijo a superarlo es en cierto modo su propio logro, la plena realización de un "proyecto" quebrado que así puede alcanzar por procuración. En cuanto al hijo, rechazar al padre real es aceptar, haciéndolo suyo, el ideal de un padre que, también él, se rechaza y se niega al apelar a su propia superación.

Pero en ese caso, el deseo del padre, por realista que en definitiva sea, se amplía a veces desmesuradamente, más allá de los límites del realismo: el hijo o la hija, erigidos en sustitutos del padre, están encargados de realizar en su lugar, y en cierto modo por procuración, un yo ideal más o menos irrealizable: encontramos así muchos ejemplos de padres o madres que, al proyectar sobre sus hijos deseos y planes compensatorios, les piden lo imposible. Se encuentra allí una de las grandes fuentes de contradicciones y sufrimientos: muchas personas padecen *duraderamente* el desfase entre sus logros y unas expectativas parentales que no pueden ni satisfacer ni repudiar.[4]

Si bien la identificación con el padre y su "proyecto" constituye sin duda una de las condiciones necesarias de la buena transmisión de la herencia (sobre todo, tal vez, cuando consiste en capital cultural), no es condición suficiente del éxito de la empresa de sucesión que, principalmente para los poseedores de capital cultural pero también, en menor grado, para todos los demás, está hoy subordinada a los veredictos de la escuela y, en consecuencia, pasa por el éxito escolar. Aquellos a quienes por lo común se llama "malogrados" son esencialmente quienes fracasaron en el objetivo que el "proyecto" inscripto en la trayectoria parental y en el futuro que ésta implicaba les asignó socialmente. Si su rebelión se vuelve indistintamente contra la escuela y contra la familia, es por-

pareza ofrecer un sacrificio a la jerga.

3. La identificación con el padre y con el deseo del padre como deseo de ser continuado es una de las principales mediaciones de la entrada en la *illusio* masculina, vale decir, de la adhesión a los juegos y las apuestas considerados interesantes en un universo social determinado.

4. Ocurre lo mismo cuando las expectativas de los padres, constituidas en un estado anterior del mundo social, están en cierto modo desajustadas y desfasadas de las exigencias del mundo actual, a las que las expectativas de los hijos, conformadas en condiciones de socialización diferentes, están mejor adaptadas. Otra fuente de sufrimientos es la existencia de desfases entre las expectativas paternas y las maternas, desfases que a menudo están vinculados a discordancias sociales entre los dos progenitores o entre sus linajes, que procuran continuarse prolongando su herencia (esto por contraste con los casos en los que el deseo de la madre es simplemente redundante del deseo del padre). Otra causa de contradicciones y de doble vínculo es la existencia de incoherencias en el proyecto paterno.

que tienen todas las razones para experimentar la complicidad que, pese a su oposición aparente, une a esas dos instituciones y se manifiesta en la *decepción* de la que son causa y objeto. Tras haber matado las expectativas y esperanzas del padre, no tienen otra opción que abandonarse a la desesperación de sí mismos, haciendo suya la imagen totalmente negativa que les devuelven los veredictos de las dos instituciones aliadas, o matar simbólicamente, en su propio principio, el "proyecto" parental, defendiendo en todos los aspectos un estilo de vida contrario al familiar, a la manera de ese adolescente que, hijo de un ingeniero de izquierda, se embarca en las más bajas faenas de la militancia de extrema derecha.

Habría que examinar más exhaustivamente las diferentes formas que puede asumir la relación entre los veredictos –a menudo esencialistas y totales– de la institución escolar, y los veredictos parentales, previos y sobre todo consecutivos a los de la escuela: esta relación depende en gran medida de la representación, muy variable según las categorías sociales, que las familias se hacen del "contrato pedagógico" y que difiere a la vez en el grado de confianza que se deposita en la escuela y los maestros, y el de comprensión de sus exigencias explícitas y sobre todo implícitas. Encerrada en una visión meritocrática que la prepara mal para percibir y afrontar la diversidad de las estrategias mentales de los alumnos, la institución escolar con frecuencia inflige traumas propicios para reactivar otros traumas iniciales: los juicios negativos que afectan la imagen de sí encuentran un fortalecimiento, sin duda muy variable en su fuerza y su forma, en los padres, lo cual redobla el sufrimiento y coloca al niño o el adolescente frente a la alternativa de someterse o salir del juego mediante diferentes formas de denegación y compensación o de regresión (la afirmación de la virilidad y el establecimiento de relaciones de fuerza física pueden así comprenderse como una manera de invertir, individual o colectivamente, las relaciones de fuerza cultural y escolar).

Otro caso cercano al precedente pero, en cierto sentido, más dramático, es el del hijo que, para "hacer su vida", como suele decirse, debe negar la del padre, rechazando lisa y llanamente la posibilidad de heredar y ser heredado y, con ello, anulando retrospectivamente toda la empresa paterna, materializada en la herencia rechazada. Experiencia particularmente dolorosa para el padre (y sin duda también para el hijo) cuando, como ese agricultor al que entrevistamos, él mismo hizo, de arriba abajo, esa herencia, esa "casa" que se interrumpirá con él: quedan así anuladas, desposeídas de su sentido y su fin, toda su obra y, al mismo tiempo, toda su existencia.

De todos los dramas y conflictos, a la vez internos y externos y ligados tanto al ascenso como a la declinación, resultantes de las contradicciones de la sucesión, el más inesperado es, sin duda, el *desgarramiento* que nace de la experiencia del éxito como fracaso o, mejor, como transgresión: cuanto más éxito tienes (es decir, cuanto más cumples la voluntad paterna de verte tener éxito), más fracasas, más matas a tu padre, más te separas de él; y a la inversa, cuanto más fracasas (haciendo con ello la voluntad inconsciente del padre, que no puede querer totalmente su propia renegación, en sentido activo), más éxito tienes. Como si la posición del padre encarnara un límite que no debe superarse y que, interiorizado, se convierte en una especie de prohibición de diferir, de distinguirse, de renegar, de romper.

Este efecto de limitación de las ambiciones puede ejercerse en los casos en que el padre experimentó un gran éxito (el caso de los hijos de personajes célebres merece un análisis particular). Pero muestra toda su fuerza si el padre ocupa una posición dominada, sea desde el punto de vista económico y social (obrero, pequeño empleado), sea desde el punto de vista simbólico (miembro de un grupo estigmatizado), y está por ello inclinado a la ambivalencia tanto con respecto al éxito de su hijo como a sí mismo (por estar dividido entre el orgullo y la vergüenza de sí que implica la interiorización de la visión de los otros). Dice a la vez: sé como yo, haz como yo, y sé diferente, ve-

te. Toda su existencia encierra una doble conminación: ten éxito, cambia, conviértete en burgués, y manténte simple, no orgulloso, cerca del pueblo (de mí). No puede querer la identificación de su hijo con su propia posición y sus disposiciones, y pese a ello trabaja constantemente para producirla mediante todo su comportamiento y, en particular, por el lenguaje del cuerpo que contribuye tan poderosamente a modelar el *habitus*. Desea y teme que el hijo se convierta en un *alter ego*, teme y desea que se convierta en un *alter*. El producto de semejante conminación contradictoria está condenado a la ambivalencia para consigo mismo, y también a la culpa, debido a que el éxito, en este caso, significa verdaderamente el asesinato del padre: culpable de traicionar si tiene éxito, lo es de decepcionar si fracasa. El tránsfuga debe hacer (justicia) al padre: de allí algunas fidelidades a la causa del pueblo que son fidelidad a la causa del padre (por ejemplo, como lo atestiguan testimonios que recogimos, ciertas formas de adhesión al Partido Comunista se inspiran en la búsqueda de una reconciliación con un pueblo imaginario, ficticiamente reencontrado en el seno del Partido); y muchas conductas, no sólo políticas, pueden comprenderse como tentativas de neutralizar mágicamente los efectos del cambio de posición y de disposiciones que separa prácticamente del padre y de los pares ("Ya no puedes sentirnos") y de compensar mediante la fidelidad a sus tomas de posición la imposibilidad de identificarse completamente con un padre dominado.[5]

Tales experiencias tienden a producir *habitus* desgarrados, divididos contra sí mismos, en negociación permanente consigo mismos y con su propia ambivalencia, por lo tanto, condenados a una forma de desdoblamiento, a una doble percepción de sí y también a las sinceridades sucesivas y la pluralidad de las identidades.

Por lo tanto, aunque no tenga el monopolio de la producción de los dilemas sociales y el mundo social multiplique las posiciones que producen efectos completamente semejantes, con mucha frecuencia la familia impone conminaciones contradictorias, sea en sí mismas, sea en relación con las condiciones ofrecidas para su realización. Ella está en el origen de la parte más universal del sufrimiento social, incluida la forma paradójica de éste, que tiene sus raíces en el privilegio. Es ella la que hace posibles esos privilegios-trampa que a menudo arrastran a los beneficiarios de los regalos envenenados de la consagración social (piénsese en el "nobleza obliga" de todos los beneficiarios-víctima de una forma cualquiera de consagración o elección: nobles, hombres, primogénitos, poseedores de títulos escolares poco habituales) a las diferentes especies de *callejones sin salida reales*, vías regias que demuestran ser vías muertas. Ella es sin duda la principal responsable de la parte de sufrimiento social que tiene por objeto a las víctimas mismas (o, más exactamente, las condiciones sociales cuyo producto son las disposiciones de éstas).

Dicho esto, hay que evitar hacer de la familia la causa última de los malestares que parece determinar. De hecho, como se ve con claridad en el caso de la familia campesina, en la que la interrupción mortal sobreviene a través de la soltería o la partida del hijo mayor, los factores estructurales más fundamentales (como la unificación del mercado de bienes económicos y, sobre todo, simbólicos) están presentes en los factores inscriptos en el corazón del grupo familiar. Es lo que hace que, a través del relato de las dificultades más "personales", de las tensiones y contradicciones en apariencia más estrictamente subjetivas, se expresen muchas veces las estructuras más profundas del mundo social y sus contradicciones. Esto nunca es tan visible como en el caso de quienes ocupan posiciones inestables, en vilo, que son extraordinarios "analizadores prácticos": situados en puntos

5. Pensamos aquí en ese joven *beur* que, arrinconado entre dos universos inconciliables, no puede ni identificarse con la escuela, que lo rechaza ni con su padre, a quien debe proteger, y cuya tensión parece conocer un esbozo de solución cuando encuentra una familia adoptiva en los padres de su amiga y, a través de ella, la posibilidad de reconocerse en la escuela.

en los que las estructuras sociales "trabajan", y trabajados a causa de ello por las contradicciones de éstas, están obligados, para vivir o sobrevivir, a practicar una forma de autoanálisis que con mucha frecuencia da acceso a las contradicciones objetivas que los poseen y a las estructuras objetivas que se expresan a través de ellas.[6]

No es éste el lugar pertinente para plantear la cuestión de la relación entre el modo de exploración de la subjetividad que proponemos y el que practica el psicoanálisis. Pero al menos es preciso prevenir contra la tentación de pensar sus relaciones en términos de alternativa. La sociología no pretende sustituir el modo de explicación del psicoanálisis por el suyo; sólo tiene la intención de construir de otra manera algunos de los datos que aquél también toma por objeto, deteniéndose en aspectos de la realidad que el psicoanálisis descarta como secundarios o insignificantes o trata como pantallas que hay que atravesar para llegar a lo esencial (por ejemplo, las decepciones escolares o profesionales, los conflictos laborales, etcétera) y que pueden guardar informaciones pertinentes con respecto a cosas que el psicoanálisis también considera.

Una verdadera sociogénesis de las disposiciones constitutivas del *habitus* debería consagrarse a comprender de qué manera el orden social capta, canaliza, refuerza o contrarresta procesos psíquicos, según haya homología, redundancia y reforzamiento entre las dos lógicas o, al contrario, contradicción y tensión. Va de suyo que las estructuras mentales no son el mero reflejo de las estructuras sociales. El *habitus* mantiene con el campo una relación de solicitación mutua y la *illusio* está determinada desde adentro a partir de las pulsiones que incitan a investirse en el objeto; pero también desde afuera, a partir de un universo particular de objetos socialmente ofrecidos a la investidura. El espacio de posibilidades característico de cada campo –religioso, político o científico, etcétera– funciona, en virtud del principio de división (*nómos*) específico que lo caracteriza, como un conjunto estructurado de licitaciones y solicitaciones, y también interdictos; actúa a la manera de una lengua, como sistema de posibilidades e imposibilidades de expresión que prohíbe o estimula procesos psíquicos diferentes entre sí y diferentes, en todo caso, de los del mundo corriente; a través del sistema de satisfacciones reguladas que propone, impone un régimen particular al deseo, convertido así en *illusio* específica. Por ejemplo, y como lo señala Jacques Maître, el campo religioso capta y legitima procesos psíquicos que, ante las instancias que gobiernan la existencia corriente, aparecerían como rechazos patológicos de la realidad: los personajes celestiales, objetos imaginarios inscriptos en un simbolismo socialmente aceptado, validado, valorizado, y los modelos tomados –más o menos conscientemente– de una tradición mística autónoma, permiten la proyección de fantasmas reconocidos del entorno y aseguran una "regulación religiosa de la ilusión" (totalmente análoga a la que sostienen los personajes y los modelos literarios en materia amorosa).[7] Podría

6. Es lo que ocurre, muy a menudo, con los trabajadores sociales a los que inicialmente pretendíamos interrogar como informadores, y que se convirtieron en objetos privilegiados de un análisis tanto más rico en revelaciones objetivas cuanto que iba mucho más lejos en la exploración de las experiencias subjetivas.

7. Cf. J. Maître, "Sociologie de l'idéologie et entretien non directif", en *Revue française de sociologie*, XVI, 1975, pp. 248-256. No todos los que se esforzaron por conciliar la sociología y el psicoanálisis manifestaron el mismo rigor y la misma prudencia que Jacques Maître en sus trabajos sobre los místicos; por otra parte, de ciertas tentativas recientes de avanzar en esa dirección es posible extraer apelaciones a la mayor vigilancia. Si se pretende que el socioanálisis sea otra cosa que una especie de intersección vacía, como ocurre a menudo con las disciplinas intermedias que escapan a las exigencias de las dos disciplinas involucradas, hay que precaverse a cualquier precio, en efecto, de las conciliaciones eclécticas de un "psicoanálisis" de revista que se conforma con rebautizar las nociones más ingenuas de la psicología espontánea, por lo que la ambición se convierte en ideal del yo o deseo narcisista de omnipotencia, y el fracaso, en pérdida de objeto; y de una sociología blanda que, en nombre de la "complejidad" y la "posmodernidad", manipula las ideas vacías, sin referente objetivo, de una mitología fundada en oposiciones de términos antagónicos que orquestan una vez más la vieja cantilena bergsoniana de lo cerrado y lo abierto.

mostrarse del mismo modo cómo se especifica y se sublima el deseo en cada uno de los universos propuestos a su expresión, para revestir formas socialmente aprobadas y reconocidas, las de la *libido dominandi* aquí o las de la *libido sciendi* en otra parte.

En su análisis de la "novela familiar del neurótico", Freud hacía notar que las ensoñaciones del período prepúber se apoderan a menudo del "tema de las relaciones familiares" en una actividad fantasmática que apunta a rechazar a los padres, desdeñados de allí en más, para sustituirlos por otros, "de un rango social más elevado" y, en una palabra, "más distinguidos". Y señalaba de paso que esos sueños "sirven para realizar deseos, para corregir la existencia tal como es, y apuntan principalmente a dos metas, la erótica y la ambiciosa". Para agregar en seguida, entre paréntesis: "pero detrás de ésta [la meta ambiciosa] también se oculta, las más de las veces, la meta erótica".[8] No me corresponde confirmar o invalidar esta afirmación; empero, querría recordar únicamente la afirmación complementaria que el psicoanálisis omite mencionar: en cada campo (vimos un ejemplo en el religioso), el deseo sólo se manifiesta en la forma específica que ese campo le asigna en un momento dado y que es, en más de un caso, la de la ambición.

8. S. Freud, *Névrose, psychose et perversion*, París, PUF, 1973, pp. 158-159 [traducción castellana: "La novela familiar del neurótico", en *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, t. III, 1968].

El destino escolar

Alain Accardo

Sébastien K. es periodista político en una radio cuya audiencia sobrepasa el marco regional. En 1981, bastante tardíamente –tenía entonces 28 años–, se inscribió en los cursos de una reputada escuela de periodismo, al término de una trayectoria escolar y profesional bastante accidentada. La entrevista se realizó en su nuevo domicilio, un edificio burgués antiguo pero restaurado, ubicado en el centro de una gran ciudad de provincia, cuya categoría es más acorde con la evolución reciente de su situación profesional. Pese al éxito que proclama, Sébastien K. parece habitado por un sufrimiento que el trabajo de duelo social a la larga puede atenuar ("La rebelión se embota", admite) sin que, de todas maneras, lo haga desaparecer por completo.

Sébastien es el hijo mayor de una familia de la más pequeña burguesía que, a fuerza de sacrificios virtuosos, había adquirido y desarrollado aptitudes para la promoción y que, por no lograr cambiar inmediata y plenamente de posición, transfirió a sus hijos las esperanzas de una verdadera realización por medio de una excesiva inversión emocional en el sistema escolar. Originario de una familia española emigrada a Marruecos, su padre era hijo de un ferroviario. Luego de terminar la escuela primaria había encarado una formación que tuvo que abandonar para entrar como peón en los ferrocarriles marroquíes, pero se convirtió en jefe de cuadrilla gracias a los cursos nocturnos y los numerosos dictados que se obligó a hacer con la ayuda de su mujer, más instruida. Ésta, en efecto, había llegado hasta cuarto año del colegio antes de tener que abandonar también sus estudios por falta de recursos, en una especie de repetición desafortunada de la historia familiar, dado que años antes su padre, bachiller destinado al notariado, ya había sido testigo de la cancelación de sus proyectos a causa de la repentina muerte de sus progenitores. Así, desde su más tierna infancia Sébastien quedó consagrado, por veredicto parental, a la promoción de la totalidad del grupo familiar, gracias a un éxito escolar que se daba por sentado.

La enormidad misma del peso moral depositado sobre los hombros del niño –aunque éste sólo haya tenido una confusa conciencia de la importancia de una apuesta que superaba su propia persona– contribuyó, sin duda, a dar un cariz dramático a las dificultades que experimentó en la escuela. Sin embargo, los padres de Sébastien, habitados por una "frustración inmensa" y una "verdadera obsesión" por los estudios, creen poder romper por fin con la mala suerte que la familia había tenido hasta entonces cuando, en la escuela primaria, su primogénito parece "darles esperanzas". Prestan toda su atención a su escolaridad, así como a la de su hermano, cinco años menor, renunciando incluso, por ejemplo, a comprar un televisor para no perturbar el trabajo escolar de los niños. La madre hace tareas domésticas para pagar sus estudios (en particular, cursos particulares de matemáticas), mientras que el padre, cuyas ambiciones se "desbocarán" desde el primer éxito de Sébastien, se ocupa muy activamente de su escolaridad: no falta a ningún consejo de padres de alumnos y multiplica las entrevis-

tas con los profesores aunque éstos –aclara nuestro entrevistado– sean para él, "que no habla muy bien", otras tantas ocasiones de "recibir bofetadas del medio docente".

Pese a la importancia de esa movilización familiar, Sébastien –víctima, sin duda, de la especie de "presión" escolar a la que está sometido–, ve que su éxito, tan prometedor en los inicios (está adelantado), empieza rápidamente a desacelerarse ("desde el CM2", especifica). Si por un sentimiento ambiguo de reconocimiento y culpa hacia sus padres cuenta su historia escolar reservándose retrospectivamente el mal papel ("No era una luz", "Fueron mis padres quienes verdaderamente me empujaron, me lo fueron inculcando todo el tiempo; si no hubiesen estado ahí [...], no habría llegado al final"), no disimula el hecho de que era difícil soportar esa tensión ansiosa que lo habitaba y que a menudo acompaña los proyectos de ascenso social.

Numerosas anécdotas delatan la relación conflictiva que su padre mantiene con la institución escolar, objeto casi exclusivo de todas las inversiones emocionales y, por lo tanto, de todos los reproches. Así, por ejemplo, en segundo grado del ciclo elemental de la primaria, discute con la maestra, ya que sospecha que ésta despojó deliberadamente a su hijo del primer lugar de la clase en beneficio de la hija del farmacéutico: "Una sombría historia –comenta sobriamente Sébastien–: ¡se había equivocado al calcular las notas!". Antiguo cegetista pendenciero, el padre, que "siempre estuvo más o menos indignado por su condición", traslada torpemente ese talante reivindicativo incluso a su relación con la institución escolar: culturalmente indigente y sin otra arma para oponer a la escuela que la del rechazo y la obstinación desconfiada, cree, al menos en los inicios de la escolaridad de Sébastien, que es más útil para los intereses de su hijo si asume la actitud de ignorar los veredictos escolares cuando son contrarios a sus ambiciones. Así es como, a principios de los años sesenta, se niega a dejar que Sébastien, pese a ser admitido por escaso margen en sexto, ingrese en el colegio de enseñanza general [CEG] más próximo al domicilio familiar, ubicado en la periferia de la ciudad, para hacer que, "contra la opinión de los maestros de esa época", lo acepten en el liceo más grande del centro, un establecimiento con una reputación más bien elitista, al que la sectorización le imponía recibir alumnos de ciertos municipios limítrofes y que preparaba a niños salidos, en su mayoría, de medios burgueses para el bachillerato y las escuelas superiores.

Al obstinarse de tal modo en querer "lo mejor para su hijo", comete un "error por exceso", grávido de consecuencias y que no reiterará con el hermano menor. Brutalmente sumergido a los 9 años y medio en el universo extraño y extranjero del liceo, Sébastien experimenta una "conmoción" que produce en él una especie de parálisis escolar: en el curso de sexto sobreviene "de inmediato la catástrofe", un desastre tal que "le cuesta comprender qué pasa". En el liceo, Sébastien sufre la experiencia del destierro total, del desarraigo más completo, a la vez geográfico, escolar y social: el arrancamiento de la familia y el universo familiar de sus compañeros de escuela, los viajes en ómnibus a la mañana muy temprano, el semiinternado y las jornadas enteras pasadas fuera de su casa; el cambio de nivel de las exigencias escolares –por ejemplo, en sexto descubre su "completa nulidad en ortografía"–, la extrañeza de un universo escolar en el que "hacen dictados de solfeo", donde los "profesores que dictan francés, latín y griego" le parecen una especie de "monstruos", "semidioses", "extranjeros"; en suma, gente que no es "del mismo mundo" que él. Siente también la singularidad de su condición social, que las miradas y las reflexiones de sus compañeros, los padres de éstos y los profesores del liceo le recuerdan constantemente; experimenta la sensación de no estar en su lugar, sensación que refuerzan los choques y las confrontaciones dolorosas entre su padre y el cuerpo docente, "no siempre muy contemplativo con la gente que no tiene sus criterios". Son tres años negros, tres años de sufrimiento y fracasos crecientes. Jamás podrá, dice, "entrar en la escuela sin tener pavor" y su

terror aumenta en el aula, frente a unos profesores prontos al "sadismo" o a la ignorancia desdeñosa; tampoco encuentra alivio en la casa, teatro igualmente de "escenas" a veces violentas, a las que se entrega su padre, "enfermo" por los fracasos de su hijo ("le omito las escenas de familia y los zafarranchos"). Al final de un quinto año tan "espantoso" que su mera evocación todavía le provoca "sudor frío", lo "orientan a un curso de transición", es decir que, de hecho, lo expulsan del liceo mientras sus profesores le pronostican "un futuro sombrío", juicio que constituye un desmentido brutal a las ambiciones socialmente "fuera de lugar", por excesivas, de su padre.

Herido por esa experiencia que lo deja "profundamente acomplejado" y humillado, durante mucho tiempo Sébastien no podrá romper el mecanismo del fracaso, incluso cuando las exigencias escolares se hagan menos severas. Si logra escapar por un pelo a la rama técnica de breve duración, es también gracias a la oposición feroz de su padre. Luego de repetir varias veces, termina por obtener un bachillerato técnico en la sección más baja. Durante ese difícil recorrido escolar, Sébastien consigue entablar relaciones más personales y menos conflictivas con los docentes de las disciplinas literarias y obtiene, en el CEG y en el liceo técnico –tal vez por ser precisamente ex alumno de un liceo prestigioso–, la atención que antes le habían negado los profesores de este último. Lo que le permite afirmarse es, sobre todo, el descubrimiento de los movimientos liceístas y de la militancia activa en 1971-1972, en segundo año, ya que le proporcionan un medio de expresión y un respaldo a su rebelión confusa. El aprendizaje de la función de portavoz, en especial, lo ayuda a vencer su "timidez", sus "complejos" y sus inhibiciones lingüísticas, y le da progresivamente una capacidad y una soltura que posibilitan que prosiga sus estudios y prolongue su militancia en la participación en movimientos políticos. Pero la aversión "visceral" hacia cualquier forma de autoridad institucional, que tiene su origen en su primera experiencia en el medio docente, lo lleva a definirse más bien como un "libertario ecologista izquierdista anarco" y a reivindicar su ineptitud para permanecer mucho tiempo en una organización política o sindical.

Es comprensible la atracción que pudo ejercer sobre Sébastien el oficio de periodista, o al menos la representación prestigiosa que pueden hacerse de él algunos adolescentes con una carrera escolar "malograda" en parte, pero que conservan una gran ambición social y están predispuestos a la rebelión y la denuncia de las injusticias, empezando por las que los afectan. Sin embargo, antes de lanzarse Sébastien vacila, sin duda porque carece entonces de las relaciones sociales que se consideran indispensables en ese oficio, pero también porque el vínculo que mantiene con los periodistas, que al mismo tiempo son para él portavoces de los sectores dominantes, es fundamentalmente ambiguo. Por esa razón, antes de entrar en la escuela de periodismo, prepara en principio un BTS,* comercial que obtiene fácilmente, hace diversos "trabajitos" y considera incluso la posibilidad de preparar un "CAP de cocinero".

Si bien Sébastien pudo llevar a cabo una recuperación que lo elevó a una posición social relativamente importante, lo cierto es que ese tipo de progreso debe mucho al azar de los encuentros y los acontecimientos que pueden llegar a modificar la trayectoria de esos "advenedizos" del sistema escolar. Esas manos dadas por el destino –aquí fue la intervención de un antiguo profesor de CEG, miembro del jurado del bachillerato, a quien reencuentra fortuitamente un poco antes de las deliberaciones– tienen por efecto, debido a los logros a medias que hacen posibles, si no desencadenar siempre una lógica del éxito, sí al menos poner trabas a la espiral del fracaso y reactivar las aspiraciones generadas por la educación familiar, que los reveses sucesivos habían terminado por oscurecer.

*. *Brevet technique spécialisé*, Certificado Técnico Especializado (n. del t.).

En la actualidad, aunque profesional establecido y reconocido, Sébastien no puede –o no quiere– integrarse al medio de los periodistas: dice no tener ningún "compinche periodista" y se niega a ocupar una posición más alta en la jerarquía, desechando, por ejemplo, el ofrecimiento de un puesto de jefe de redacción adjunto. Esta distancia proclamada es sin duda la expresión de una negativa más general a integrarse al mundo de los sectores dominantes, que se lee en él especialmente a través del empleo de un lenguaje que conserva vagamente ciertos giros populares ("la jugué de primero", "la jugué de almacenador"), pero lo que también se expresa allí es el rechazo más específico del ámbito de los periodistas radiales.

En efecto, dirige una mirada sin complacencia ni ilusión a ese medio en el que nada lo satisface: el trabajo siempre apremiante, siempre "a las apuradas"; la presencia insuficiente en el aire; la información sensacionalista, y sus colegas, más bien resignados e incluso satisfechos con su suerte, instalados en la rutina profesional y la mediocridad intelectual. Empujado por la situación de entrevista, que quiere aprovechar como una oportunidad para "reflexionar un poco sobre sí mismo", va a llegar a incluirse, de manera un tanto autodestructiva, en el juicio negativo que emite sobre la profesión en su conjunto, al declarar, de forma algo exagerada, haber escogido el periodismo porque "es un oficio donde no hay que saber gran cosa, en el que hay que tener labia y además farolear un poco".

De hecho, Sébastien todavía ni siquiera ha terminado de "digerir" una experiencia escolar que vivió como un desastre infamante. Al rechazar su reconocimiento, la escuela contribuyó poderosamente a modelar su exacerbada sensibilidad a todas las manifestaciones del desprecio de clase. Respuesta ambivalente del despecho amoroso –que es el reverso de una fascinación y un deseo vago de reconocimiento, al mismo tiempo que una reacción ante las humillaciones escolares (la reflexión del padre de un alumno o de un profesor, la mera atmósfera de un liceo elitista) y, más en general, a los comportamientos mediante los cuales las aristocracias sociales vuelven a poner en su sitio a los intrusos– el resentimiento de Sébastien es también la expresión de un odio a sí mismo, como si al adherir a su propia desvalorización y hacerse "verdugo de sí mismo", el joven periodista hubiera terminado por execrar en él lo que los veredictos sociales estigmatizaron como aborrecible.

Es comprensible también que no sea completamente insensible a los beneficios y privilegios asociados a la posición de periodista, sobre todo cuando le brindan una oportunidad de revancha social, en particular en el momento en que, al entrevistar a miembros de los sectores dominantes y más precisamente a profesores, causa de tanto sufrimiento, miedo y odio, y ante el espectáculo de su turbación y repentina timidez frente al micrófono, no puede dejar de recordarles sus propios terrores de escolar frente al pizarrón. Aunque a veces crea posible, en el marco de la radio que lo emplea, hacer un periodismo más militante y comprometido con las luchas sociales, jamás pierde la lucidez que, en lo sucesivo, le impide abandonarse a las ilusiones y hace que reprima particularmente su verdadera ambición, que es ejercer algún día un periodismo de alto nivel cuyo modelo acabado ve en los artículos de *Le Monde diplomatique*. Y como sin duda aprendió muy precozmente a desconfiar de los proyectos demasiado ambiciosos, de aquí en más sólo parece capaz de imaginar el futuro como la simple proyección indefinidamente repetida de un lúgubre presente: "se ve [en la misma ciudad], periodista del mismo nivel, de la misma categoría, de aquí a veinte años".◆

Con un periodista

Entrevista de Alain Accardo

"La obsesión de mis padres era que yo siguiera mis estudios"

[...]

SÉBASTIEN: Empecé la escuela a los 4 años y medio, entré en la primaria –porque en esa época no existía la maternal– en el curso preparatorio, y después volví a hacerlo, así que repetí; aunque verdaderamente no es repetir, porque a los 4 años y medio era realmente muy, muy chico; después, bueno, en primero y segundo grado del ciclo elemental la cosa funcionó bien, tenía una buena escolaridad. Sólo una anécdota: mi padre se había embroncado con la maestra de segundo porque me había puesto en segundo lugar cuando en realidad tendría que haber sido el primero, pero la primera era la hija del farmacéutico, y mi padre ya había empezado a protestar porque sí, es el farmacéutico, eso es... ¡pero se había equivocado en el cálculo de las notas! Una sombría historia. Luego, bueno, pasé al curso... pasé... mis padres fueron y se construyeron una casita; fueron a V., así que ahí seguí el primer grado del ciclo medio, era bastante... era muy bueno, creo que la jugué de primero todo el tiempo. Después, segundo grado del ciclo medio: ahí las cosas se echaron a perder un poco, no sé por qué, en fin, pese a todo pasé a sexto y entonces mis padres, que siempre lamentaron mucho –es importante, creo, en mi trayectoria–, que lamentaron haber abandonado la escuela, sentían una frustración inmensa, de modo que su obsesión, pero verdaderamente su obsesión, era que su hijo siguiera y estudiara, y me parece que en ese aspecto les debo mucho, aunque haya sido trabajoso.

—¿Cuántos hijos eran?

SÉBASTIEN: Dos. Mi hermano, cinco años menor, nació en Francia, en la Francia metropolitana.

—¿Así que sus padres les transfirieron sus esperanzas?

SÉBASTIEN: Así, es, absolutamente, absolutamente, lo cual es difícil de vivir, pero explica que yo más o menos haya llegado al final, no sé, porque de otro modo no lo habría conseguido, de eso estoy casi convencido. Bueno, ahí pasé a sexto, y mis padres... también tenían una visión de grandeza, etcétera, liceo M., contra la opinión de los maestros de esa época, etcétera. ¡Bueno, en el liceo M. fue una catástrofe! En seguida fue una catástrofe. El recuerdo de eso que tengo en mi memoria son los profesores; bueno, seguramente yo era muy chico, tenía que irme todo el día, etcétera, pero los profesores que dictaban francés, latín y griego, no sé si... ¡eran monstruos, qué sé yo! En esos momentos, eran semidioses. Así que en sexto no entendí nada; antes... no era demasiado malo en ortografía [*pero allí*] descubrí que era totalmente nulo, totalmente nulo, con faltas a granel, etcétera.

Un "futuro sombrío"; ésa era la evaluación del director

SÉBASTIEN: Así que, completamente perdido, repito sexto; paso a quinto; ¡un año catastrófico, pero realmente catastrófico, eh! Me da un sudor frío cuando pienso en ese año, al final tenía... en medio de... como evaluación del director, "futuro sombrío", así que ahí, pues bien, pasé al consejo de disciplina porque, bueno, había intercambiado unas hojas con un compañero; en fin, fue un año espantoso y a fin de año me orientaron a una clase de transición del curso preparatorio de primer nivel. Entonces, con mi padre enfermo, le omito las escenas de familia todos los días, y los zafarranchos [*risas*].

—¿Usted era alborotador?

SÉBASTIEN: No, no era alborotador, a lo mejor incluso me volvía cada vez más acomplejado... No sé, bueno, algo que se le viene a uno encima.

—¿Y las relaciones con sus compañeros?

SÉBASTIEN: Ah, eran buenas.

—¿Y el reclutamiento en M. en esa época?

SÉBASTIEN: Sí, vea, mi padre, que se ocupaba mucho de mí, iba a ver... y en la sala de espera había padres; me

acuerdo de la reflexión que le hizo uno de ellos, eh, que le dijo: "Su hijo no está demasiado en su lugar en M."; no sé, es decir, ésa es un poco la reflexión, y me acuerdo de un compañero de clase en M. al que volví a ver después en el liceo técnico de varones –él estaba en E y ya en el curso terminal, mientras que yo entraba a segundo–: "Es asombroso, estoy muy sorprendido de verte, no creía que fueras a llegar hasta acá, no sé". Así que, bueno, eso es. Entonces fui a S., al CEG; estaba más de acuerdo conmigo, fui allá en cuarto. Ahí la cosa estuvo más o menos bien, aparte de que mi padre me tuvo... mis padres tuvieron que pagarme cursos de matemáticas con el profesor, que me daba matemáticas; con todo, eso me ayudó mucho para entrar a tercero. En tercero las cosas también caminaron bien, más o menos el primer trimestre y después, se... vinieron muy, muy abajo; era en 1968. Así que hubo perturbaciones a fin de año; bueno, lo vi un poco de lejos, no sé, eh –tenía 14 años–, una perturbación, entonces, lo que hizo que no pudiera pasar a segundo, y tenía que ir a un CAP en electrónica. Mi padre, ¡*niet*!, no quería. Así que repetí, hice lo que allá se llamaba un tercero especial; quiere decir que en él ponían a todos los que repetían y les daban una enseñanza un poco más exigida, etcétera; no era una verdadera repetición, bueno, en fin. Y después, entonces, entré en el técnico. ¿Por qué en el técnico? Mis padres –sobre todo mi padre– siempre me decían que, bueno, si no llegaba, si no conseguía llegar al curso terminal, siempre iba a poder desviarme a un CAP para tener un oficio, mientras que en el literario... Además yo no sabía para nada qué hacer, y cuando llegué a segundo técnico, lo que me interesó fue el francés, la historia y la geografía; había fallado, bueno, pero estaba en un camino. Así que en segundo, era un segundo muy, muy mediocre, entré justito en F1. No era por elección, no, era porque hacían... los mejores iban a E, después F3, F2, y los peores iban a F1. Y además, en fin, en esa época el liceo técnico era bastante duro, y luego entré en primero. En primero anduve más o menos, pero en el curso terminal, bueno, las cosas marcharon medianamente. Después fallé una primera vez en el bachillerato, así que quería volver a la carga porque de todas maneras, para decirle la verdad, detestaba el taller. Teníamos 12 horas de taller por semana y era completamente inútil en dibujo industrial; el dibujo industrial estaba en el examen del bachillerato con coeficiente 6, y el primer año me saqué 4, y el segundo, 5. Entonces, cuando uno saca eso en el bachillerato, ¡para recuperarse está mal parado! Así es. De modo que el segundo año repetí en P. y aprobé el bachillerato pero por un punto, verdaderamente por un punto, porque me encontré por casualidad con mi ex profesor de matemáticas del CEG que creo que me dio una mano extraordinaria, creo que realmente les suplicó a los profesores que me pusieran uno o dos puntos de más y aprobé el bachillerato. Vea, él formaba parte del jurado y, por casualidad, en el momento en que iba... yo lo encontré, sabía que integraba el jurado, creo que me faltaban ocho puntos y conseguí uno de más, puso un punto por aquí, otro por allá, pero con los coeficientes la cuenta dio. Bueno, entonces estaba... vaya, había aprobado el bachillerato.

De modo que quería salir decididamente de ese técnico que me... y además había presentado una solicitud para ser periodista; había ido a orientación escolar y me habían dicho, eh: "¿Tiene relaciones?". Les contesté que no. Me dijeron: "Bueno, si no tiene relaciones más le vale no meterse en esa profesión". Así que, sin relaciones, un poco con el complejo del técnico, dije, bueno, qué hice, busqué algo, la economía me interesaba un poco porque era... un poco el militante, bueno, etcétera, así que todo lo que era economía me interesaba. Entonces elegí un BTS técnico comercial que se hacía en T. Y ahí la cosa anduvo muy, muy bien; bueno, estaba en mi elemento. Anduvo muy bien y conseguí el BTS muy fácilmente, incluso creo que con mención; en fin, bueno, y después, listo, busqué trabajo.

Después había dudado entre CAP de cocinero y la escuela de periodismo

SÉBASTIEN: La jugué de almacenador algunos meses y después hice un poco de seguros de vida y luego entré en W. [*empresa industrial multinacional*], trabajitos que no correspondían a mi calificación pero era almacenador en el servicio de posventa de Singer, habían tomado un BTS. Era ya en la época... les gustaba mucho tener alguien con... para hacer un trabajo que no era ni siquiera de bachillerato, alguien con un título, así es, y además me habían tomado, no era verdaderamente mi calificación pero era gestión; pese a todo, un depósito es manejo de existencias, un poco eso, así que mi título estaba un poco por encima, pero bueno, me quedé tres años, me harté al cabo de un tiempo así que lo dejé. Pero lo de los tres años no fue por azar, porque sabía que al cabo de tres años pagaban una capacitación –en la época, eso todavía existía–, así que lo hice y después

me fui, trabajé en un restaurante, era un emprendimiento de autogestión en X., así que... además la cocina me interesa, después había dudado entre CAP de cocinero y la escuela de periodismo, pero luego de un tiempo esa experiencia se terminó, y como tenía ganas de oxigenarme un poco, me fui al campo. Ahí hice trabajos de campo, un poco de todo para... para vivir; tenía un poco el seguro de desempleo y después, al cabo de un tiempo, me dije: "¡Pese a todo, hay que hacer algo, no te puedes quedar todo el tiempo así!", y entonces entré a la escuela de periodismo porque un compañero que estaba conmigo en W., al que habían despedido, la había cursado justo antes que yo. Así que eso me volvió a dar el gusto por hacer cosas y bueno, ahí tiene un poco mi trayectoria. ¿Y cómo es que lo logré? Bueno, la explicación son mis padres, que realmente me lo fueron inculcando todo el tiempo. Si no hubiesen estado ahí... ¡a lo que me refiero es que en el barrio donde yo vivía, ningún joven tenía el bachillerato!

—¿Era una urbanización?

SÉBASTIEN: Usted sabe, urbanizaciones, casas con un jardincito, urbanizaciones residenciales, no sé, que en esos momentos mis padres no habían pagado muy cara, a crédito, bien al principio de V. Bueno, era una urbanización de obreros, pequeños funcionarios, no sé, en términos generales era así. Las tres cuartas partes están en los ferrocarriles.

—Usted debía de ser, sin duda, uno de los pocos niños que iba al liceo M.

SÉBASTIEN: Ah, sí, sí. Nadie fue a M., nadie, y mis padres no cometieron el mismo error con mi hermano, que fue al colegio de V. Así que la transición fue mucho más fácil y sin conmociones porque en ese tema todavía me cuesta entender qué pasó, me cuesta entenderlo.

—¿Tenía la sensación de entrar en un universo ajeno?

SÉBASTIEN: ¡Sí, totalmente! Ahora, la verdad es que era chico, bueno, tenía... Porque entré muy temprano a la escuela, pese a repetir varias veces; tenía 9 años y medio, era muy chico, no llegaba a los pasamanos de los ómnibus, tenía que levantarme a las seis y media de la mañana, me iba y me quedaba todo el día; me había convertido en semiinterno, en fin, bueno, toda una pila de cosas de... Bueno, algunos jóvenes se adaptan, me refiero a que no hay problemas, no es extraordinario, pero en fin, para mí fue una conmoción, así es, y ¡además, M.! En esa época, M. era "el" colegio, mis padres habían elegido el mejor, para su hijo era el mejor. La verdad es que en la escuela primaria yo daba esperanzas, seguro, la cosa se vino abajo en CM2, pero en realidad no, en realidad no, no era tan brillante, pero también hay que ver lo que era la escuela en C. y en V., en esa época no debía de ser... Todos mis compañeros, casi no los vi en... Después, no sé. Era la época en que íbamos por el certificado primario, eh... es decir, el bastón de mariscal todavía era el certificado primario, y creo que muchos compañeros de escuela de esos tiempos llegaron al BEPC, a lo mejor, sí, seguramente, así es. C., e incluso V., en los años sesenta eran un agujero. Así que, vaya, pasar a M. con gente que... quiero decir que, bueno, teníamos cursos de música. Y bueno, la música yo no sabía qué... ¡teníamos dictados de solfeo y había gente que lo manejaba de una manera, que aprendía instrumentos, dictados de solfeo! Había una nota...

—¿Usted leía mucho? ¿Le gustaba leer?

SÉBASTIEN: No, leí, leí, sí, después pese a todo leí, bueno, los clásicos, todos los autores clásicos los leí, no sé, pese a todo.

—¿Cuando estaba en M.?

SÉBASTIEN: Después también, cuanto menos siempre leí, bueno, los clásicos. Leía a Balzac, a Zola, en fin.

—¿Por placer?

SÉBASTIEN: Por placer y por obligación. Por placer también, sí, pero a lo mejor un poco desfasado en el tiempo; de muy chico... sí, debía leer, no tenía tele. La tuve muy, muy tarde. Mis padres la compraron muy tarde. A los 18 años, porque no querían tener. Durante toda una época no podían comprarla, mi padre tuvo su primer auto a los 40 años; sacó la licencia a los 40 años, bueno, así que nos movíamos en ciclomotor, no sé, en ciclomotor o en bicicleta, así que hete aquí que no teníamos televisor y además no lo compraban porque me habría impedido trabajar, por eso no querían.

Yo era un estudiante libertario ecologista izquierdista

—Hace un momento hizo alusión a actividades militantes.

SÉBASTIEN: Bueno, en cuanto a eso, en mayo de 1968 la verdad es que no entendí ni jota. Tenía 14 o 15 años, y además en esa época éramos un poco atrasados; bueno, pese a todo hay que decir las cosas como son, entre mi hermano y yo, quiero decir que, aunque tenía cinco años menos, él casi vivió al mismo tiempo lo que vivía yo. Lo que hizo que le resultara mucho más fácil

a nivel de los estudios, bueno, y además, mis padres estaban... bueno, hay que explicarlo; no hay gran cosa para ver, pero hay que explicarlo: mi padre estaba en la CGT en Marruecos; cuando volvió a Francia, los del Partido Comunista lo trataron de colonizador. Así que rompió su *carnet* de la CGT y nunca más se afilió; así es.

—¿En qué año volvió?

SÉBASTIEN: Entre 1953 y 1956, antes de los sucesos de Argelia, los espíritus estaban... En Argelia estaba empezando.

—En Argelia las cosas empezaron en 1954.

SÉBASTIEN: Eso es, y en Marruecos también pasaban algunas cosas, así que se hicieron gaullistas como mucha gente del pueblo, y yo era un poco como ellos, gaullista, no sé. Después vi un poco la diferencia. La verdad, en los establecimientos escolares hubo, pese a todo, una diferencia. Cuando repetí tercero, tuve una profesora de francés que fue bastante importante; charlábamos, había un trabajo interesante con esta profesora, y después, bueno, pasé a segundo, y ahí, bueno, no sé qué pasó, conocí gente que no estaba muy politizada, pero bueno, así era, y luego en primero me dije: "Voy a ser delegado de los alumnos". Bueno, era bastante acomplejado, con voluntad de superarme, no sé, y de mover un poco todo eso, era en 1971, 1972 y ahí empezaban... un poquito después se produjeron los movimientos liceístas. Así que es un poco una estrategia que tenía inconscientemente, y después me metí mucho en el movimiento de revuelta, pero no afiliado, no sé; no estaba afiliado.

—¿Nunca perteneció a ninguna organización en particular?

SÉBASTIEN: No, en primer año de BTS estaba en los estudiantes socialistas, pero pasó que... quería unirme a la gente que preparaba *Libération* pero me equivoqué de reunión, fui a la de los estudiantes socialistas [*risas*]. Y además, en la cabeza no tenía para nada ese lado de "partido político"; para mí había gente que luchaba y gente que aceptaba y después, eso es, yo no hacía... Bueno, me quedé poco tiempo porque en realidad no me sentía bien ahí adentro. Me quedé durante el período de 1974, la elección de Mitterrand y Giscard, el primer duelo Mitterrand-Giscard, la elección presidencial, eso es, estuve más o menos en ese tiempo, si no era... ¿cómo podríamos decir? Libertario ecologista izquierdista, eso es todo lo que era en esos momentos... .

—¿Contra el orden establecido?

SÉBASTIEN: Así es. Pero hay que ver una cosa, a mi padre siempre lo indignó más o menos su... su condición, en cierta manera. Durante mucho tiempo estuvo afiliado a la CGT, eh, así que tenía fibra; había hecho grandes huelgas, etcétera, y además siempre mostró una oposición muy importante a la jerarquía, pero de manera... un poco individualista, no sé, es decir, no carrerista, pero un poco... Y, por otra parte, es cierto que en la confrontación con todo el cuerpo docente, ¡debe de haber recibido bofetadas! Me pongo un poco en su lugar; como no habla muy, muy bien, escribe muy mal, etcétera, tuvo que sufrir mucho. Bueno, el medio docente no siempre es muy contemplativo con la gente que no comparte sus criterios, no sé; docentes, superiores, directores, etcétera, así que debe de haber sufrido mucho, no sé.

Me costó mucho, mucho tiempo imaginarme que los docentes podían ser mayoritariamente de izquierda

—¿Por qué los docentes? ¿Para que se ocuparan de usted?

SÉBASTIEN: Ah, sí, para que se ocuparan de mí. Cuando había una reunión con los profesores, él iba, o cuando había un consejo –estaba con los padres de alumnos–. Bueno, pero con un solo objetivo, no sé, procuraba ayudarme por todos los medios, era lo mismo con mi hermano. Así que, bueno, a lo mejor eso hizo... Además, por ese lado, quiero decir que... todos esos fracasos, quiero decir que cuando uno es chico y le pronostican un "futuro sombrío", bueno, me causó un complejo muy grande, era tímido, etcétera; me refiero a que uno queda totalmente aplastado o le queda algo en que..., bueno, además de conocer a alguna gente, en primero conocí a un profesor de historia y geografía que era muy, muy bueno y nos hizo reflexionar mucho sobre la historia; también tenía un profesor de francés, bueno, para mí ése fue un año bastante determinante, también una época en que, si uno quería, había un debate de ideas, no era muy difícil... tener, no sé, las ideas brotaban por todos lados.

—¿Se sentía entonces del lado de quienes protestaban, aunque fuera confusamente?

SÉBASTIEN: Eso es, aunque fuera confusamente, le aseguro que era muy maniqueísta: estaban el blanco y el negro; los que estaban a la izquierda y los que estaban a la derecha, durante años fue así, no sé; diga que después entendí un poco las sutilezas, pero si no, para mí era así. Eso es, pero voy a decirle que en una época

–aunque pasa bastante seguido– uno no se atreve a tomar la palabra en público, etcétera, pero pese a todo era un poco curioso, y me acuerdo de haber ido a reuniones, a mitines, cosas así, y obligarme todas las veces a tomar la palabra para decir cualquier cosa, incluso la estupidez más grande del mundo; tenía que obligarme para dominarme, para tomar la palabra, para aprender a hablar, etcétera. ¡Fue un martirio, era horrible!

—Pero tomaba la palabra en su propio nombre, dado que no pertenecía a ninguna organización, ¿no?

SÉBASTIEN: Sí [*ríe*], en nombre de mí, siempre me costó estar en una organización. Me fui de la CGT bastante pronto.

—¿De modo que se había afiliado?

SÉBASTIEN: Sí, a la CGT. Un mes después de mi llegada.

—¿Y cuánto tiempo permaneció en ella?

SÉBASTIEN: Me quedé tal vez un año, pero de una manera... me costaba mucho adaptarme, mucho, porque, bueno...

—¿Y se fue por un problema grave o por algo sin importancia?

SÉBASTIEN: Era un período, no quiero decir que de ultraizquierda, pero sí de rechazo visceral de todo lo que era el poder, el funcionamiento de los partidos, de los sindicatos, etcétera, de la burocracia; rechazaba todo eso.

—¿El antiinstitucionalismo de 1968?

SÉBASTIEN: ¡Eso es! Primario, pero realmente primario; lo seguí conservando, aunque a lo mejor pasó a ser secundario, tengo la presunción de creer que es secundario, pero muy visceral; por ejemplo, me oponía, odiaba a los profesores. ¡Los detestaba!

—De los cuales, sin embargo, a veces habla con gratitud.

SÉBASTIEN: ¡Sí, pero no de muchos! A lo sumo tres o cuatro, pero a los otros, ¡los odio, los odio! Es horrible, no sé, cuando uno está en quinto, olvidarse tres cuadernos del mismo curso y que le pongan tres ceros en la misma mañana, estar obligado a cortarse el pelo al ras porque si no, el profesor se lo agarra y lo levanta así, recibir reglazos en las nalgas por no haber hecho tal o cual cosa; bueno, me refiero a que es sadismo. Me costó mucho, mucho tiempo imaginarme que los docentes podían ser mayoritariamente de izquierda; mucho, pero mucho tiempo. No éramos del mismo mundo, ahí tiene; inconscientemente, está claro, los profesores eran otra cosa. La caricatura era francés, latín y griego; para mí era la luna, otra parte, como extranjeros, vivían en otro planeta; y también tardé un tiempo en saber que había jóvenes que no tenían problemas con la escuela, que iban a la escuela normal, tranquilamente; yo siempre tenía miedo, no me acuerdo de haber entrado en la escuela sin tener miedo.

—¿En la escuela primaria también?

SÉBASTIEN: No, no, me refiero al colegio; no, en la primaria no tenía, no tenía demasiado... pero en el colegio, ¡ahí sí! Bueno, después, en la segunda parte, segundo-primero-terminal, bueno, el aspecto del compromiso me había hecho tener una perspectiva y además, pese a todo, dominio de cierta cantidad de cosas, y en cierta manera un reconocimiento por parte de algunos docentes, no sé, que me reconocían, no tanto por mi trabajo –porque no era una luz–, sino que, bueno, se había establecido una relación de fuerzas, el reconocimiento de un *status*, un papel, etcétera, no sé; a lo mejor también era mi modo de existir, no sé, porque no podía existir con los resultados escolares, existía resistiendo.

Hice la escuela de periodismo odiando la profesión

—¿Por qué la escuela de periodismo?

SÉBASTIEN: Quería hacer periodismo después del bachillerato. Bueno, la historia del compromiso hizo que me interesara por la actualidad, bueno, internacional; en esa época era rica, nacional, política y social. Así que era gran consumidor de diarios, indignado, por la tele, la radio, la prensa escrita, bueno, nunca fui comunista así que no era *L'Humanité*, no era mi cultura; después fueron los comienzos de *Libération*, que nosotros los vivimos como una bocanada de aire puro. En esa época hubo diarios como, bueno, *Charlie-hebdo*, *La Gueule ouverte*, etcétera, fue así entonces, y me acuerdo de que en primero hice revistas de prensa dentro de la materia historia y geografía, sobre la historia, etcétera. De modo que era gran consumidor de diarios, hete aquí que muy interesado por la actualidad, aunque sin mucha capacidad [*risas*], quiero decir, no era muy dotado, todo lo que fuera matemáticas estaba fuera de cuestión, francés estaba fuera de cuestión. El único talento que tenía era el de parlotear, hablar, expresarme, porque para eso había hecho un esfuerzo y me daba un poco de maña, no sé. Así que me dije, una profesión en que no hay que saber gran cosa, donde hay que tener labia y además farolear un poco, pues bien, es la de periodista. Pero no pude hacerla al salir.

Después tuve un período visceralmente... un período... ¡ah, qué odio! [*risas*], también odiaba a los periodistas como... y eso siempre me quedó, no sé, es un poco secundario, bueno, e hice la escuela de periodismo odiando la profesión, verdaderamente sentía odio contra el... Y en esa época ya no leía, quiero decir que había incluso un costado un poco provocador: ¡Ah, yo no leo nada de la prensa! Me acuerdo de haberle dicho a uno de los docentes que estaba completamente horrorizado: "Ah no, ya no leo nada, no me interesa" [*risas*].

—*¿Pasó directamente de la escuela a Radio-Z?*

SÉBASTIEN: Sí. Entonces también pasó eso, tuve mucha suerte porque el jefe de redacción vino a hacer su redada, es decir, a hacer audiciones, pero ahí no se fijaban en mí, no tengo una voz extraordinaria y en general, no sé, era a eso que le prestaban atención; pero un docente le dijo al jefe de redacción: "A éste le pones un grabador en las manos y te trae un reportaje", no sé. Así que nos tomaron a seis de la escuela pagándonos por línea, funcionamos, y después, bueno, me enganché, no sé, y además tenía una experiencia profesional, toda la gente que había trabajado antes conocía el mundo del trabajo y sabía en términos generales qué había que hacer para que la tomaran, y yo tuve grandes dificultades porque no querían tomar una oveja negra, no sé; se habían informado un poco sobre W., así que no querían tomarme, y lo cómico es que me enteré de que me habían incluido entre los redactores por línea de Radio-Z al visitar a W. con un periodista de *NQ* [*gran diario regional*].

—*¿Y ahora es titular?*

SÉBASTIEN: Soy titular, sí, bueno, pasé a ser especializado en política, periodista especializado, es aproximadamente el primer grado descentralizado, y ahí querían que pasara a jefe de redacción adjunto, pero yo no quiero subir en la jerarquía, quiero ascender, sí, un poco por capacidad, un poco por conocimiento del oficio, pero no a puestos donde tenga un poder jerárquico. Así que me negué, en fin, me negué y me niego, porque acaba de aparecer, me... La Comisión Nacional de Telecomunicaciones me había propuesto como redactor adjunto para... Ahí también, por provocación, porque quería saber qué pensaban exactamente de mi caso y me reprocharon que tratara de usted a mi director, mientras que lo tuteaba cuando era animador; unas sutilezas...

—*¿Sigue "odiando" a los periodistas?*

SÉBASTIEN: Sí [*risas*], no tengo... quiero decir, marginalmente, aparte de dos o tres personas que frecuento fuera de mi trabajo, no veo a nadie, no me veo con ningún periodista, no tengo un compinche periodista. Sí, tengo tres o cuatro, gente que es... bueno, pero ahí también, es "a pesar" de que sean periodistas. Hay una que renunció a Radio-Z, Colette D., que tuvo problemas con la justicia, quiero decir, también tiene una historia. Fanny R., que fue enfermera psiquiátrica y que ahora busca hacer otra cosa y después Germinal G., que tiene un pasado bastante extraordinario, un padre refugiado español que hizo la Resistencia, la Guerra Civil, que incitó a su hijo a estudiar, tiene una maestría en letras y se hizo periodista pero es... ahí tiene. No son jovencitos que salen de la escuela, no sé, eso.

Somos un poco la pelusa de la máquina

SÉBASTIEN: ¡Bueno, no es odio a los individuos! Es odio al trabajo que se hace y, bueno, es cierto, nuestra capacidad de hacer otra cosa, de ser... somos... Los que, en fin, gente como yo, somos un poco la pelusa de la máquina, la máquina es más fuerte que nosotros y además hacemos un 99% de "caca", no sé. Tampoco hay que hacerse demasiadas ilusiones, pero hay cierta cantidad de debates, no sé, incluso diariamente, por ejemplo, cronometrajes de entrevistas. En algunas radios son 35 segundos de entrevista en el aire, ¡35 segundos! Y nuestro combate, ¡pero combate!, es conseguir un minuto, ¡y hay que pelear! Y cuando supera el minuto, cuando usted hace una entrevista de un minuto diez, un minuto 15, hay que... ¡es una cuestión de Estado, no sé! Es ridículo. Para alguien que no pertenezca a nuestro medio, es un combate ridículo, pero es un combate de contenido, de... y además hay que tratar de transmitir ideas. En mi caso, mi militancia actual, principal, es el periodismo, no sé, es el periodismo; aunque es excesivamente difícil, pero bueno, es como en todos los medios. Usted, en la enseñanza, debe pelearse, bueno, contra montañas, y además, en fin, el sistema está hecho de tal modo que si uno pasara al frente se sabría.

—*¿Usted critica al sistema, no a los individuos?*

SÉBASTIEN: A lo que me refiero es que son a la vez responsables y no responsables; un periodista es también alguien que debe transcribir lo que ve. La verdad es que quienes tienen el poder son los que más saben utilizar los medios de comunicación y más tienen la palabra. Bueno, un ejemplo: ayer a la noche, el diputado alcalde celebró un banquete sobre "la ciudad de X. y

el mar" y esta mañana dio una conferencia de prensa sobre "las obras públicas de la ciudad de X". No dijo nada. De otra persona eso no se aceptaría; se repetiría, despertaría furia, se harían comentarios humorísticos, bueno, va a pasar. ¡Ayer, el diputado alcalde movilizó a la prensa toda la noche, hasta la una, y esta mañana la reunió en un desayuno de prensa para no decir nada! Bueno, a lo que me refiero es a esto: toda la prensa está cuerpo a tierra. Ése es un ejemplo, pero hay otros; lo que hay que saber es que la sociedad funciona, ¡hay un manto de plomo sobre la sociedad! Trate de hacer hablar a gente de la DASS que abarca todo el campo social. ¡Imposible! Los asalariados no pueden hablar sobre su práctica; una asistente social podría decir cincuenta... bueno, sobre las grandes fincas de la región que tratan a su personal como botellas de vino y en unos sitios, unos cuchitriles, con analfabetismo importante, los tipos están en unas casas con piso de tierra apisonada; jamás va a oír un reportaje acerca de eso. Porque las asistentes sociales que van a esos lugares no pueden hablar de ellos, están obligadas por el secreto; los obreros agrícolas, por supuesto, tampoco pueden hablar. ¡Eso es! Y además uno no puede volver; lo que puede hacer con pelos y señales es tener el placer de degustar un vino fino de categoría, un Fulano, etcétera. Pero nunca hace una nota sobre la realidad de la región.

—¿Y si usted, como periodista, se propusiera hacerla?

SÉBASTIEN: Pero bueno, puedo proponerla. ¡Es una nota complicada! Estamos apremiados por el tiempo: tenemos que hacer tres –tenemos una producción diaria–, tres, cuatro, cinco notas por día. Así que cuantas más notas hacemos, menos podemos ver el interior de las cosas, la complejidad de los mecanismos de funcionamiento, etcétera. Para una investigación como ésa, tendría que quedarme, el periodismo de investigación lleva tiempo. Hay que conseguir levantar los obstáculos. En esta sociedad todo el mundo tiene miedo, hay poca gente que vaya al fondo de las cosas, y en todos los niveles. Vaya a ver a los sindicatos para hablar de la escuela, de las empresas, etcétera, y no le van a decir nada porque están limitados a un papel de defensa de los asalariados, no le van a hablar del funcionamiento real de la sociedad; para comprender ese funcionamiento y hablar realmente de él hay que hacer un trabajo de sociólogo, y nosotros no tenemos los medios para serlo, tenemos muchas dificultades para trabajar con el ámbito universitario que... Hay impedimentos y además, bueno, no bien pronuncio las palabras "profesor de la universidad", "coloquio", a todo el mundo se le ponen los pelos de punta... "¡Uf, otra vez! ¡Cómo nos jodes con tus historias, etcétera!".

—¿Hay antiintelectualismo en el mundo periodístico?

SÉBASTIEN: ¡Antiintelectualismo! "Obrero", por ejemplo, no se dice! ¡Yo me veo obligado a quitar la palabra de mis comentarios! Llega un momento en que uno se pregunta: "¿Pero entonces qué, es una mala palabra?".

—¿Y qué hay que decir?

SÉBASTIEN: Asalariado, empleado...

La censura existe en todos los niveles

—¿Quién le hace sacar la palabra?

SÉBASTIEN: Los periodistas. No son forzosamente los jefes, son los periodistas. Es la censura ambiente, la presión. Y está en todos los niveles. Durante la guerra del Golfo, por ejemplo, con respecto a Perrault, sobre el llamado a la deserción, bueno, hubo censura en Radio-H; habíamos hecho una entrevista, la censuran, no la pasan. En su lugar hicimos un artículo, hice una entrevista sobre la reacción a la manifestación al día siguiente. Me piden gente; agarro un joven y le pregunto: "¿Usted estaría dispuesto a desertar?"; me contesta que sí. ¡Y me lo sacan, no sé! Bueno, en los casos de crisis, la censura está allí. Durante la guerra del Golfo había que estar a favor de la guerra; me refiero a que, bueno, las otras ideas...

—¿Es siempre una censura informal?

SÉBASTIEN: Ahí el problema es muy simple, yo me doy cuenta y lleno de eufemismos mi discurso, mi lenguaje, mis palabras, porque la verdad...

—Pero no fue usted el que suprimió la respuesta del joven, ¿no?

SÉBASTIEN: ¡Ah, es cierto! ¡La cortaron de un tijeretazo! Es un tijeretazo y lo denunciamos como censura [...]. La justicia no puede aplicarse a los periodistas; quiere decir que podemos difamar, maquinar lo que tengamos ganas y no pueden hacer nada, la justicia no hace nada contra nosotros, y cuando hace algo, se alzan las voces de protesta: "Ataque a la libertad de prensa, etcétera". Cuando en realidad muchas veces el ataque viene de nuestra parte, quiero decir, también en los testimonios, las sacrosantas "misceláneas": son siempre historias de gente, de gente humilde, y nos burlamos de ellos haciéndoles contar sucesos; ¡hablan mal, cometen errores, nos burlamos y eso se pasa! ¡Ahí tiene el desprecio de lo popular! Eso, entonces...

—¿Es, en su opinión, una característica del ámbito periodístico?

SÉBASTIEN: ¡Ah, sí, sí! Desprecio del pueblo, es decir, "Al pueblo le gustan los cincuenta más votados"; punto, se terminó. Desprecio del pueblo, es a la vez desprecio del pueblo y desprecio... es decir, todo lo que no sea el periodista, de las clases superiores intelectuales.

—¿Pero al mismo tiempo cierta fascinación por esas clases superiores, a lo mejor?

SÉBASTIEN: Por el poder. La clase intelectual no tiene poder, mientras que todo lo que es económico sí lo tiene. Cualquier pequeño empresario tiene derecho a voz y voto y puede expresarse, puede tener ideas sobre todo, no sé, y además el poder político, pero el poder político, sí, y todo ese ambiente de Tapie y Séguéla, esas historias, no sé.

—Usted no parece ser un periodista dichoso... ¿Llega a experimentar un sentimiento de revancha?

SÉBASTIEN: Sí, sí, pero la verdad es que mi mayor indignación es cuando veo... últimamente fui a hacer una nota en un lugar que está detrás, después del puente de la estación, una urbanización de tránsito que data de la última guerra. Bueno, pobre gente, ganan 4.700 francos por mes; se metieron, el compañero de la hija quiso comprar una moto y se presentaron como garantes, hubo un accidente, compró una segunda moto y volvieron a salir de garantes, el tipo se borró y dejó de pagar el asunto, así que ahora se encuentran con 30.000 francos de deuda, y nada; hay quienes se endeudan para comprar una casa, pero en este caso, 30.000 francos y están en las últimas. La madre, que tiene el aspecto de una persona que siempre peleó, está clavada a un tubo de oxígeno porque ya no puede respirar.

Bueno, son... unas casas que uno se pregunta cómo es posible vivir ahí. Así que las van a remodelar, pero eso quiere decir que les van a duplicar el alquiler. Bueno, cuando vuelvo de ahí, seguro que... que hay odio, tengo odio, verdaderamente siento odio. ¿Pero una revancha? Es una humorada, pero la primera vez que entrevisté a un profesor, me dijo: "Oh, discúlpeme, no estoy acostumbrado, estoy temblando todo", y yo le contesté: "¡Ah, sí, es como cuando yo iba al pizarrón, también temblaba todo!" [*risas*]. Ahí es seguro que... pero es cierto, muchas veces, cuando tengo gente frente a mí –del poder, no sé–, tengo... es una batalla, y mis preguntas son forzosamente para derrotarlos, forzosamente. Bueno, lo que más nos falta son las armas, el conocimiento, no sé. Es una profesión en la que habría que tener mucha más cultura de la que tenemos; no tenemos la suficiente.

—¿Es un problema de formación?

SÉBASTIEN: Sí, pero ahí es donde ya no me acomplejo, porque, la verdad, esa falta de cultura escolar, bueno, es cierto, en parte por una curiosidad social también la remedié en cierto modo, me refiero a que tengo un conocimiento de la sociedad en un plano más alto que gente que tiene un conocimiento escolar o universitario, que tienen una cultura más importante que la mía. Y la verdad es que en esta profesión sirve saber cómo funcionan las cosas.

—¿Desde el punto de vista de la remuneración es satisfactorio?

SÉBASTIEN: Es muy... 11.000 francos limpios, con un 30% de deducciones sobre los impuestos, sin pagar el cine, los conciertos, con los libros casi gratis; 11.000. Además, a veces doy dos o tres cursos. Eso también me interesa, me permite volver sobre la profesión de periodista, reflexionar de una manera diferente; quiero decir, calculé que con los impuestos el año pasado cobré 13.000 francos limpios. Es mucho, a fin de cuentas es demasiado en comparación con lo que se hace, bachillerato más dos, es bachillerato más dos, las enfermeras tienen bachillerato más tres, ganan la mitad, ¡y qué trabajo! [*risas*].

Las tres cuartas partes de los periodistas están en sus oficinas con una secretaria

—En estos momentos se habla mucho de deontología entre los periodistas.

SÉBASTIEN: La deontología es también un problema económico, quiero decir que lo que siempre hay que tomar en cuenta en este trabajo es la noción de tiempo. Cómo quiere que alguien... Pasa algo en cualquier lugar del mundo, usted agarra un periodista y lo manda a cubrir el acontecimiento. En el mejor de los casos es alguien que estudió la cuestión. Bueno, va a ir allá. Hace dos años que no va y dos, tres horas después de llegar tiene que hacer un artículo; ¿cómo quiere que haga? ¿Cómo quiere que lo retransmita? ¿Qué es lo que hace, entonces? Va a las agencias de prensa, va a ver al tipo que está en la agencia, se encuentra con uno o dos contactos, el embajador y después listo, hace un artículo sobre el tema, bueno, eso en el mejor de los casos; en el peor, no conoce nada, así que va a tardar tres... y aparte hay un enganche, un costado agradable, bueno, etcétera, y la verdad en que en todo hay que andar rápido.

¿Por qué en Le Monde diplomatique hacen artículos que nos parecen completamente diferentes? Porque en principio tienen un mes, y además son gente que pasó años estudiando una cuestión. Entonces, es cierto, es complicado pasarse años con una cuestión; es cierto que uno no está todo el tiempo en el primer plano, todo eso es cierto. Pero así se consigue un trabajo mucho más serio, mucho más profundo, en el que se explican verdaderamente las cosas; por otro lado, lo que es todavía peor, tiene las tres cuartas partes de los periodistas que comentan imágenes a partir de France Presse. Un ejemplo: el presentador de Radio-H, B., el que pasa la síntesis antes de la información, porque es preciso que la información pase por su síntesis –tiene una síntesis divertida o espectacular–, ¡y la información tiene que entrar en ella, eh! Manda a periodistas y dice: "¡Quiero eso!": ¡Yo tengo una amiga que hace sucesos misceláneos, que el otro día tuvo que volver a empezar cuatro veces la entrevista para que el tipo le dijera la frase que el presentador quería antes de que ella se fuera! ¡Es así! Y además es gente que hace siglos que no pone los pies en la calle. Están en sus oficinas con una secretaria; tienen la agencia France Presse y después, ¡listo! Es gente que en el mejor de los casos va a comer con el poder, no importa cuál, con tal de que sea el poder. No ven nada en la sociedad.

—¿Tiene casos de ésos a su alrededor?

SÉBASTIEN: ¡Todos los presentadores!

—Se refiere al plano nacional...

SÉBASTIEN: Sí, pero también a mi alrededor. Cerca tengo un presentador que hace el de las "seis de la tarde", hace un tiempo que no sale. Tienen una visión de la sociedad que es muy... Estuvo en la escuela de periodismo, acá está en un medio de abogados, de jueces y no sé qué más, y del resto no sabe. No sabía qué era el "temero al pie de la madre", no sabía si era un método de alumbramiento de las vacas [*risas*]. ¡Es cierto, lo que le cuento no es un chiste! Entonces, los jóvenes que salen de la escuela van directamente como presentadores a France-Info. Directamente. ¡No vieron nada de la realidad! ¡No saben hacer un reportaje! El abecé de este oficio es agarrar un grabador o un cuaderno e ir al lugar de los hechos, y después quedarse un tiempo, empaparse, ¡y no, eso no se da! Es un problema de formación, un problema de curiosidad, un problema de economía.

—¿Y cómo ve usted su futuro en la carrera?

SÉBASTIEN: Le confieso que para mí la profesión no es todo, es decir que me gusta mucho encontrarme con amigos, tomar una copa juntos, viajar, ir al mar, a la montaña, caminar, eso. Por otra parte, para mí eso es la vida, el trabajo pese a todo es...

—¿Quiere decir que no procura hacer carrera?

SÉBASTIEN: ¡No! Me veo en X., periodista, en el mismo nivel, la misma categoría, de aquí a veinte años.◆

Octubre de 1991

El padre piera
el tiempo pens
ndo en el hijo,
orque el hijo no ve
las cosas para nada
como el padre.

Un agricult

Adquiere lo
que has
recibido como
herencia de
tus padres,
para tomar
posesión
de ello.

Sigmund Freud

Un éxito comprometedor

Charles Soulié

Pelo cortado como cepillo, pequeña mochila violeta, cierta tristeza en el rostro: así se presentó Corinne en el café, cerca de la estación de Montparnasse, donde se desarrolló la entrevista. De 32 años, es maestra en uno de los barrios más desheredados de la periferia de Z., una pequeña ciudad de provincia de cincuenta mil habitantes. La rapidez sorprendente con que se confió se debe sin duda al hecho de que me había presentado su hermana y me encontraba en una situación social semejante a la suya, lo que pudo favorecer cierta forma de transferencia. Por otra parte, yo mismo simpaticé rápidamente con ella.

Sus padres son granjeros en una explotación de 75 hectáreas, superficie relativamente modesta para la región, situada en los confines de Beauce y Perche. Tras una larga serie de reveses, quedaron sobreendeudados, se los puso bajo la tutela de un contador y se vieron obligados a ejercer una actividad complementaria para vivir "decentemente" (desde hace cuatro años el padre maneja un ómnibus de transporte escolar). Según una de las hermanas de Corinne, con quien hablé largamente, tienen la sensación de haber sido "estafados", "despojados", y de no poder exhibir más, como antes, el "orgullo de ser campesinos" que habían heredado de las generaciones precedentes. Acentúa aún más su desasosiego una crisis familiar motivada por la sucesión de los abuelos: segundo hijo de una familia de diez niños, el padre de Corinne permaneció en la actividad agrícola, lo mismo que cuatro de sus hermanos y hermanas, pero le tocó la peor parte de la herencia. Y sobre todo, pese a que era buen alumno, tuvo que abandonar muy pronto la escuela para trabajar en la explotación paterna, por lo que no puede desprenderse del sentimiento de que lo sacrificaron para permitir que su padre hiciera prosperar la finca y los hermanos menores cursaran estudios; sentimiento que aviva permanentemente la comparación entre su propia situación de agricultor con dificultades y la de sus hermanos y hermanas más jóvenes (dos de sus hermanos menores son médicos; un tercero, piloto de avión a reacción e instructor en la fuerza aérea; una de sus hermanas, asistente social) y sobre todo la actitud de éstos, que no le dan muestras de gratitud ni de solidaridad.

Corinne y sus dos hermanas cursaron estudios, aunque sus padres, decepcionados por no haber tenido un hijo varón, prácticamente no las incitaron a ello. Después de su bachillerato, Corinne se incorporó sin entusiasmo a una escuela normal de maestros; una de las hermanas, tras terminar un bachillerato G y abandonar estudios de enfermería, hace hoy "trabajos menores" mal pagos; sólo la última parece haber estudiado sin las vacilaciones y dificultades materiales y psicológicas de las otras dos: luego de una licenciatura en sociología, prepara actualmente una tesis de tercer ciclo que le permite reflexionar sobre los problemas del mundo agrícola, tal como los expresan las manifestaciones campesinas.

En el momento de la entrevista, Corinne disfruta de una licencia anual de capacitación que le permite preparar una licenciatura en psicología, para "hacer otra cosa" (le encantaría

ser psicoanalista): pese a la inversión emocional total que la profesión de maestra le exige –o tal vez a causa de ello–, no se siente cómoda en esa ocupación, que ejerce en una escuela a la que concurren niños de familias muy desheredadas.

El barrio donde está su escuela, en un solar rodeado por las grandes vías de comunicación, era originariamente una urbanización de urgencia destinada a alojar "provisionalmente" a los habitantes de la ciudad baja, expulsados del centro histórico hacia la periferia como consecuencia de un operativo de renovación urbana. Convertido en zona relegada a la cual la oficina de HLM que administra la urbanización de tránsito traslada a los malos pagadores y a las familias "en las últimas", ese barrio, según una buena cantidad de informantes, ejerce un "efecto deletéreo" sobre todos los recién llegados, "gente [*a la que se ha visto*] caer, que en otros lados vivía normalmente, casada, con hijos". La mayoría de los habitantes, las tres cuartes partes de ellos franceses, no tienen trabajo y viven del RMI, el seguro de desempleo, las asignaciones familiares (las familias numerosas son habituales) e incluso del robo. Corinne evoca además a esas familias que siempre tienen a alguno de los suyos en la cárcel y en las que se observa un desahogo material excepcional, con los hijos que llevan "*joggings* de marca" y "zapatos siempre a la última moda, no los que se compran en los hipermercados". Familias con relaciones de parentesco a menudo complicadas, "desestructuradas" por "separaciones sucesivas", en las que los hijos pueden ser "a la vez primos y hermanos".

Los problemas económicos y familiares que se concentran de tal modo en el mismo espacio repercuten en la escuela, en la que Corinne debió enfrentar reacciones de rechazo por parte de las familias: "Las relaciones con la familia son muy difíciles... Por ejemplo, cuando llegué a la escuela, a fin de cuentas, ésta representaba todo lo que ellos rechazaban. Las familias la rechazaban, los niños la rechazaban, había *graffiti* por todos lados. La manera en que hablaban de los docentes, la escuela que era una mierda, en fin. Era como si la escuela no formara parte de su mundo...".

Junto con algunos de sus colegas, docentes jóvenes como ella, Corinne intentó hacer frente a esa situación. Decidieron emprender diversas acciones: apoyo escolar reforzado que le atañe más particularmente a ella, maestra especializada en esa escuela clasificada como ZEP, y la participación del establecimiento en el operativo de renovación urbana del barrio: los niños fabricaron pequeños mosaicos de cerámica pintada que se aplicaron en las cajas de escalera de toda la urbanización, se instaló un salón de judo y, sobre todo, los docentes trataron de abrir la escuela al barrio, a fin de permitir que los padres entraran en ella y empezaran a interesarse por lo que sus hijos hacían allí. El efecto más tangible de esas medidas fue que a partir de ahora los maestros pueden estacionar sus autos en la urbanización sin temor de encontrarlos dañados a su regreso, pero el rendimiento escolar de los niños sigue siendo muy decepcionante (de los 12 que entraron en sexto el año pasado, ninguno, salvo una niña, pudo pasar a quinto). Para explicar este fracaso, Corinne, más que el medio social y cultural particularmente desfavorecido de los alumnos, cuestiona la falta de motivación de algunos de los miembros del cuerpo docente. La inercia de varios de sus colegas le pesa ("Si la mentalidad de los docentes no evoluciona, tampoco puede evolucionar la de los chicos") y recrimina muy especialmente la actitud de uno de ellos, una mujer notoriamente perteneciente a un medio acomodado, que no pasó por la escuela normal como los demás y no comparte su concepción del papel profesional del maestro, su devoción por los niños ni su entrega permanente a la escuela, indispensable, según Corinne, para tener éxito con criaturas culturalmente tan indigentes. Su experiencia personal, la de una forma de privación cultural, la predispone a identificarse con esos niños en situación de fracaso escolar, y no puede resignarse a la idea de que a los hijos de esos desheredados les vaya

mal en la escuela, en su escuela, y sufran el mismo destino que sus padres simplemente por haber "nacido en cualquier parte", "sentirse totalmente afuera y al margen" y –como lo dice una vez más– "no tener ningún futuro en la cabeza". Contrariamente a muchos docentes resignados, le cuesta aceptar que "la escuela funcione bien para los chicos que no tienen problemas" y se desinterese de los otros, "el 20% tolerado de fracaso en el bachillerato". Quiere creer en la eficacia de una pedagogía especialmente destinada a esos niños, aunque advierte los riesgos de una intervención educativa apresurada que, como en el caso de las asistentes sociales, a veces percibidas en los medios populares como verdaderas "ladronas de chicos", tenga por efecto transferir de la familia a la escuela las responsabilidades educacionales, despojando de éstas a la primera.

Corinne no sentiría de manera tan aguda todas las dificultades y contradicciones inherentes a su actividad profesional si el malestar que le transmite la institución escolar no le recordara continuamente el suyo propio, de origen familiar: le cuesta soportar la ruptura que, a su pesar, se produjo objetivamente entre ella y sus padres; desde que están socialmente alejados entre sí, siente que entre ellos "se ahonda una diferencia", cruel para todos, que actúa sobre ella como un freno permanente: "Tengo la impresión de que debo avanzar suavemente, por decirlo así... para... eeh, para que me vaya bien". La eventualidad de una renegación social le resulta tanto más dolorosa cuanto que pertenece ya a la historia familiar de su padre, que no se recupera de que sus hermanos y hermanas lo traicionaran y lo rechazaran socialmente. Así se explica, sin duda, que haya limitado más o menos conscientemente sus estudios al aprendizaje de la profesión de maestra, aceptable para sus padres: "Tenía muchas ganas de ir a la facultad, pero ya estaba acorralada, eh [...]. Y además, visto nuestro origen campesino, por decirlo así, no era desagradable con respecto a la familia que yo fuera maestra, estaba bien; para mis padres simbólicamente era importante, y materialmente también; creo que eso también fue importante, si no, no sé si hubiera seguido".

Hoy Corinne está convencida de la necesidad de dejar algún día esa profesión decepcionante en que "uno se siente un grano de arena", y que está afectada por una verdadera crisis colectiva (de los cinco docentes de su escuela, tres han retomado sus estudios o anhelan hacerlo). Tiene la esperanza de que la licenciatura en psicología la ayude a analizar y formular su malestar, pero sobre todo que le brinde la posibilidad, prohibida para una simple maestra cuyo título profesional no tiene "absolutamente ningún reconocimiento afuera", de hacer algún día otra cosa. Pero es como si su resolución se viera trabada por el mismo freno, la misma inhibición que experimentó antaño, durante su primera etapa de estudios: vuelve a encontrar en la facultad los problemas que sufrió entonces, en las relaciones con los otros estudiantes y sobre todo con la lengua académica, que comprende perfectamente pero de la que no consigue reapropiarse para utilizarla personalmente, como si no pudiera hacer caso omiso de una especie de interdicto paterno interiorizado y temiera, exactamente como antes, traicionar a su vez a su padre: "Tengo la impresión de que si me adueño también del vocabulario, paso del otro lado; en fin, no sé, no sé cómo explicarlo". Esta forma de parálisis la mantiene en una posición insostenible, en los límites de dos mundos inconciliables: "Por el momento realmente no consigo ubicarme, bueno, ni en uno ni en otro. Y puedo a la vez tener aspiraciones en uno sin rechazar no obstante el otro, y no sentirme verdaderamente cómoda en ninguno de los dos".◆

Con una maestra a cargo de niños desheredados

Entrevista de Charles Soulié

"Tengo la impresión de que debo avanzar suavemente"

[…]

—*Vive mal la situación en que se encuentra y tiene ganas de cambiar, ¿no?*

CORINNE: Sí, en realidad no consigo… No sé si tiene que ver conmigo, porque también cambio personalmente, pero con los niños no conseguimos obtener los resultados que nos gustarían. Yo me digo que por el momento voy a aguantar, pero a lo mejor hay que dar demasiado de uno mismo y tal vez no siempre esté disponible para dar a los demás. Y, pienso, el día que no tenga más ganas voy a tener que hacer otra cosa, no debo ir sin tener ganas.

—*¿No quiere hacer como sus colegas?* [Risas.]

CORINNE: Eso es. Es decir que hasta ahora, cuando me levanto a la mañana, estoy más o menos contenta de ir a la escuela. Me digo que el día que no tenga más ganas, es preciso que pueda hacer otra cosa. Y en general, cuando uno es maestro, no se puede hacer otra cosa si no se retoman los estudios, porque afuera no hay absolutamente ningún reconocimiento, así que si se presenta diciendo, así no más: "Soy maestra, quiero hacer otra cosa", se le ríen en la cara, y después, ya ve, no sé.

[…]

Tenemos la impresión de ser un grano de arena

—*Pero para volver a la desmotivación de sus colegas, ¿no tiene ninguna hipótesis al respecto?*

CORINNE: Pese a todo, hay algunos que están desilusionados, o sea, desilusionados en relación con los resultados que obtienen con los niños, en cierto modo.

—*¿Es más bien una cuestión de impotencia?*

CORINNE: Sí, yo me siento impotente… Tengo la impresión de que, en fin, no sé [*risas*]. En fin, era hora de que saliera de la escuela porque… Necesitaba ver las cosas en perspectiva [*risas*]. No, pero no sé, tenemos la impresión de ser un grano de arena, eeh, de no tener mucho poder. […] Hay de todo para hacer.

—*Y con un verdadero equipo, ¿serían más eficaces?*

CORINNE: Sí, aunque pese a todo haya… Además, pienso que seríamos más eficaces para algunos niños, pero hay otros para los que…

—*¿Pero el problema no radica ante todo en la población que ustedes tienen, en esas familias?*

CORINNE: Pero las relaciones con la familia son muy difíciles porque a la vez tienen… En fin, por ejemplo, cuando llegué a la escuela, en fin de cuentas, la escuela representaba todo lo que ellos rechazaban. Las familias la rechazaban, los niños la rechazaban, había *graffiti* por todos lados. La manera en que hablaban de los docentes, la escuela que era una mierda, en fin. Era como si la escuela no formara parte de su mundo… […] Porque para ellos era una manera de señalar su fracaso; en fin, no sé, eso era lo que se reflejaba. Bueno, no sé, pero nosotros lo percibimos así. Sienten con mucha claridad que no lo lograron, es obvio que no pueden ayudar al niño. Hay varios padres que no saben en qué grado están sus hijos, en fin, parece aberrante, saben que están con tal maestro pero no saben a qué nivel corresponde. A veces nos da la sensación de que la escuela está tan alejada de esa gente que, cuando se lo contamos a otros, parece aberrante. Hay muchos que nos dicen: "Estás exagerando, agrandando las cosas". Pero no, no es así. Lo que probamos, entonces, fue permitirles volver a la escuela y que la vieran de otra forma para que se ubicaran con respecto a eso, que tuvieran menos aprensión. Es más un trabajo social, y creo que en ese nivel lo logramos. Pero donde todavía estamos completamente fuera de juego –o bueno, no diría que completamente, pero en realidad no lo conseguimos– es que por el momento, en el nivel del conocimiento, de la adquisición escolar propiamente dicha, los chicos, eeh, bueno, son… todavía son relativamente mediocres, pero también es cierto que eso no se puede cambiar en un año. Digamos que el año pasado decíamos que a lo mejor iba a haber algunos a los que les iría bien; bueno, por el momento, después de un año, en el nivel escolar la cosa verdaderamente no rindió frutos. En cambio, sí se puede decir que aportó en otros campos. O sea, con respecto a la forma de mirar la escuela, ahí sí. En resumidas cuentas, si se cruzan con nosotros en la calle, ya no nos van a escupir como hacían antes, no sé.

—*Sin embargo, les gustaría mucho que a sus hijos les fuera bien, ¿no? ¿Qué quiere decir eso para ellos?*

CORINNE: ¿Para ellos? Quiere decir que quieren que el niño trabaje en la escuela, así que, eeh… Es muy difícil, porque de hecho tienen ganas y a la vez reproducen su situación. Reproducen una actitud que, en última instancia, condena al niño al fracaso. Es decir, van a tener ganas de que trabaje, pero le van a dar bofetadas si no puede hacerlo. Eeh, si el niño no logra trabajar bien y recibe bofetadas, es más difícil que lo haga.

[…]

Se los devolvemos mejores

CORINNE: A veces me pregunto si soy yo o si es la institución la que plantea problemas con respecto a… Porque algunas veces tengo la impresión de que, en realidad… la escuela funciona bien para los chicos que no tienen problemas, qué sé yo… Pero que para el 20% tolerado de fracasos en el bachillerato, bueno, ésos pueden seguir perteneciendo a ese 20%, no sé, no es grave. O sea que hace falta un 80% de aprobaciones y un 20% no es grave, está dentro del porcentaje…

—*Sí, es como con los accidentes camineros…*

CORINNE: Eso es, sí, nos permitimos un 20%, así que, eeh… El problema es que cuando uno sólo trabaja con ese 20% [*le tiembla la voz y se ríe*], es bastante eeh…

—*¿La cosa no iría mejor con los alumnos de origen acomodado?*

CORINNE: [*Silencio.*] Sí, sí… Sí, pero creo que no tenemos las posibilidades, o los medios; o si no, es independiente de la escuela, no sé, para ayudarlos. Seguramente hay carencias que tienen que ver con el medio; también hay carencias en lo que la escuela propone.

—*En ese sentido, ¿usted cree que la escuela puede hacer más?*

CORINNE: Seguramente puede hacer más. Habría que cambiar unas cuantas cosas a nivel del funcionamiento [*silencio*]; en fin, no sé. Tengo un colega que se fue tres semanas con una clase a la nieve. La prepararon los niños, en fin, prepararon la estada, se encargaron ellos; no es una clase en la nieve agregada artificialmente, se van durante tres semanas a esquiar. Y además, durante las tres semanas fue fantástico, los niños avanzaron mucho. Volvieron a su medio, a la escuela, a las paredes, a todo lo que quiera, y tres días después… Eso no quiere decir que haya que sacarlos de su medio; a lo que me refiero, en cambio, es a que hay posibilidades. ¿Cuáles? No sé. Tampoco nos vamos a hacer los "buenos", entre comillas, que le quitan los hijos a la gente que tiene dificultades para decirle: "Se los devolvemos mejores".

—*Salvarlos a pesar de ellos, qué sé yo: "Como ustedes no saben encargarse de sus hijos, se los sacamos y se los devolveremos limpios, en buen estado, educados, etcétera".*

CORINNE: No es para nada así, no es para nada en esa óptica que… Y lo veo, pero…

Sé que me cuesta

—*Pero si les va a bien se van a encontrar en una situación curiosa con respecto a sus padres, ¿no?*

CORINNE: No, pero si esa situación la conozco bien [*risas*].

—*¿Usted misma, personalmente, quiere decir?*

CORINNE: Sí, es difícil, muy difícil…

—*¿A lo que se refiere con eso es al problema de la diferencia de clases?*

CORINNE: Sé que me cuesta [*silencio*].

—*¿Con respecto a sus padres?*

CORINNE: Sí.

—*¿Y puede describir cómo pasa, concretamente? Cuando mueve las manos como si fueran una balanza, ¿qué quiere decir?*

CORINNE: [*Silencio.*] Eeh… tengo la impresión de que debo avanzar suavemente, por decirlo así… Para… eeh, para que me vaya bien. En comparación con la gente que está en la facultad, por ejemplo, tengo muchos problemas de soltura para hablar, me expreso mal, bueno… En última instancia entiendo, no tengo problemas de comprensión, pero mi propio empleo, eeh… del vocabulario, eso representa un problema. Problemas tanto en lo que se refiere a mi relación con la gente como en el contenido de la facultad. Veo, por ejemplo, aunque sea a nivel de los contenidos de los cursos de psico, que verdaderamente no tengo ningún problema para entender lo que puede pasar a nivel del funcionamiento, pero cuando tengo que utilizarlo por mi cuenta me da la impresión de que me resisto, que me trabo, y pese a todo está vinculado a mis padres y, a fin de cuentas, habría que… Hay una diferencia que se ahonda entre ellos y yo, y obviamente no tengo ganas de… de que se ensanche

todavía más, así que no sé, es difícil de explicar. Pero bueno, es notorio, por ejemplo, con Sylvie [*la hermana menor, que prepara una tesis*] y con mi otra hermana [*que es ama de casa y no estudió*], o sea, eh, no tengo gran cosa que decirle a mi otra hermana, la que está casada, cuando en realidad podría estar más cerca de ella porque tiene chicos que tienen la misma edad, en fin. Mientras que con Sylvia la pasamos mejor, y después hay veces que la siento muy distante de mí a ese nivel, y también rechazo un poco...

—*¿Muy distante por el lado intelectual, quiere decir?*

CORINNE: Y también rechazo un poco ese lado intelectual. Por el momento realmente no consigo ubicarme, bueno, ni en uno ni en otro. Y puedo a la vez tener aspiraciones en uno sin rechazar no obstante el otro y no sentirme verdaderamente cómoda en ninguno de los dos.

—*¿Y en la universidad cómo se da eso? Le cuesta reproducir la lengua académica, ¿no es así?*

CORINNE: Sí, cuando hay que entrar al nivel del lenguaje, de hecho, al nivel del... [*silencio.*]. Tengo la impresión de que si me adueño también del vocabulario, paso del otro lado; en fin, no sé, no sé cómo explicarlo.

—*¿Y sus padres también lo advierten o sólo es cuestión suya?*

CORINNE: No, creo que pese a todo, ellos se dan cuenta. Creo que, en cierto modo, deben de tener la impresión de no saber demasiado de lo que vivimos, entre comillas, y sé que no hace mucho mucho tiempo mi madre me dijo: "Pero de hecho, ¿qué haces realmente en la facultad?".

—*¿Qué quería decir con esa pregunta?*

CORINNE: En realidad no sabía qué hacía yo, y creo que no entendió por qué tengo ganas de estudiar; considera que tengo una profesión, que tengo una vivienda, que, bueno, en resumidas cuentas, tengo una situación... No sabía en qué consistía lo que hacía y además, bueno, le cuesta entender por qué tengo ganas de hacer otra cosa.

[...]

1991

El espíritu de contradicción

Emmanuel Bourdieu

Frédéric tiene 19 años. Sus padres, a los que califica de "pequeño-burgueses", viven en Neuilly; su padre es ingeniero de Électricité de France, su madre no trabaja. Están suscriptos a *Le Monde* y políticamente se ubican en la izquierda: el padre llegó a militar en el Partido Socialista. De un carácter muy frío, excesivamente receloso, Frédéric siempre representó para ellos un "caso", motivo de múltiples sinsabores familiares. En el momento de la entrevista, entra en un curso terminal B, luego de haber repetido cuarto y segundo año. Asiste a un curso privado de Neuilly, donde concurren muchos hijos de buena familia, cercanos a la extrema derecha, realista o del Frente Nacional. Su repetición de segundo coincide con su ingreso a la Juventud del Frente Nacional (FNJ), sección de Neuilly. Poco después, en pleno ciclo lectivo, es víctima de un accidente de ciclomotor, en el que sufre una grave herida en el ojo izquierdo; desfigurado, durante dos años deja de asistir a los cursos; hoy sigue disminuida la visión de ese ojo, que le molesta mucho. Tiene frecuentes y violentos altercados con su padre, con quien ya casi no se habla.

Interrogado como representante de la juventud de extrema derecha por el hermano de un amigo, es cierto, pero al que sabe perteneciente al mundo a priori hostil de la cultura universitaria de izquierda, Frédéric no puede sino estar a la defensiva y, por así decirlo, en representación. De modo que toda tentativa de análisis choca con un problema metodológico previo: ¿cómo interpretar las palabras de un interlocutor que, por propia confesión, concibe el diálogo en términos de estrategia retórica? ¿Cómo extraer una verdad sociológica cualquiera de un discurso que muy posiblemente no sea otra cosa que una reconstrucción ficticia de la verdad, adaptada a las exigencias y las normas presuntas del entrevistador y adornada por la censura de posiciones inconfesables y el disimulo púdico del sufrimiento personal?

Cuando se le pregunta qué argumentos emplea para obtener nuevas adhesiones, responde: "Depende de las personas con quienes esté". Por otra parte, parece identificar cultura y retórica, formación y entrenamiento oratorio: de creerle, su única razón verdadera para adherir al Frente era la esperanza de participar en una universidad de verano en la que, esencialmente, aprendería a "hablar a los medios"; un gran hombre es un gran orador; Frédéric llega a desarrollar una especie de esteticismo político, inspirado en las frases incisivas y "que lastiman" de Drieu La Rochelle, y fundado en la "paradoja" y la provocación.

Dicho esto, por una parte la retórica no carece de fallas, y el discurso de Frédéric escapa a veces al influjo de la censura y la transigencia; por la otra, si bien está constantemente en actitud de representación, los personajes que se atribuye nunca son enteramente falsos y, sobre todo, llegan a contradecirse de tal manera que, en la misma representación, reproducen las tensiones y contradicciones reales y profundas de un adolescente en conflicto con su padre y dividido entre una adhesión a la vez provocadora y entusiasta al movimiento y una visión desencantada de la

vida política, por otra: Frédéric se presenta alternativamente como militante ejemplar –que, con un tono marcial, contesta como corresponde, y sólo cuando corresponde, las preguntas que se le hacen–, diletante, desengañado –que ya no cree demasiado en lo que hace y se burla de las ilusiones de los "mitómanos", así como de su arrogancia de soldaditos de opereta "que hablan de cosas que no hacen"–, simple pegador de carteles y, por último, activista de la calle, que se contenta modestamente con las tareas pedestres del militante de base y llega incluso a impugnar su propia representatividad y, con ello, la legitimidad misma de la entrevista.

La inestabilidad de la personalidad de Frédéric tiene su reflejo en los conflictos que oponen a esos diferentes personajes: el desencantado reprocha a los otros dos su adhesión irreflexiva, su inversión emocional total en una vida política puesta en manos de los arribistas y librada a los engaños de los dirigentes (el mismo Le Pen traicionó a su base al no oponerse a Saddam Hussein); desprecia la contribución puramente técnica del pegador de carteles del FNJ, una "faena" de la que "pronto [...] se ha visto todo" y que "está al alcance de cualquier recién llegado"; el militante de base es "necio", no se da cuenta de que los cuadros del Frente Nacional y los verdaderos militantes "que jamás se muestran" lo tratan como "mano de obra" ("Cuando hay que pegar carteles nos llaman; si no, nada").

En cuanto al militante leal, ideólogo de poca monta de los comités barriales, enredado en un "movimiento", un "aparato", una "corte", cegado por el "culto" que profesa a Jean-Marie Le Pen, no hace más que registrar "pequeñas informaciones", vehiculizadas por *National Hebdo* ("La señora Fulano fue agredida por Ahmed Mengano"), o, en el mejor de los casos, machacar con "temas trillados", de los que no es autor. Al entusiasmo ingenuo de los recién llegados, el desencantado opone la primacía de la "formación" sobre la acción inmediata: "La militancia está bien, pero no tenemos formación". Finalmente, el desencantado tiene su propia retórica: cultiva la paradoja ("Me gusta mucho contradecir") y un enfriamiento sistemático de la expresión: con respecto a la universidad de verano del FNJ, se dice "muy vivamente interesado" y luego se rectifica: "No; 'muy vivamente' a lo mejor no. 'Interesado'", y de nuevo, una frase más adelante, se corrige al evocar su sorpresa y entusiasmo: "Nunca había visto la magnitud, la 'magnitud' no sé, pero...".

Pero en otra parte Frédéric parece contradecirse: "Con una sola pegatina de carteles no se puede saber cómo es". La fascinación que tenía en los comienzos por el trabajo del militante de base, que se entrega en cuerpo y alma a una acción política concreta y a veces riesgosa, no está totalmente sepultada por el pesimismo que proclama en otros aspectos: añora el espíritu y el rigor de sus primeras pegatinas, en las que, conciliando camaradería y eficacia y después de haberse reído mucho en la camioneta, actuaban rápida y silenciosamente en la calle. En su espíritu, salir, como quien va a la aventura, a hacer pegatinas nocturnas, sigue siendo el paradigma del compromiso político efectivo, en oposición a la actitud cómoda de los dirigentes profesionales del partido, pero también de los "mitómanos" que despliegan toda su energía en "alardes" inútiles y grotescos: "Cuando estamos en la camioneta, hay que reconocer que bromeamos mucho; es para entusiasmarse".

El personaje del pegador de carteles es a la vez romántico y modesto; se borra frente a la arrogancia del ideólogo local, le cede la palabra, reconociendo sus propios límites y su incompetencia en materia de ideas: si escribe, es sobre cuestiones técnicas o administrativas, "la construcción del local en Versalles", "el material que recibimos", pero confiesa no estar "todavía en condiciones de hacer artículos de fondo" y "deja[r] eso a otros que son más aptos que él". Dicho esto, su relación con los "teóricos" es muy ambivalente: tiene "[algo] que decir" y sobre todo tiende a considerar los debates ideológicos como simples pretextos que sirven a los arribistas y los

"mitómanos" del partido para trepar en la jerarquía a expensas unos de otros, sin bajar nunca a la calle. En suma, el paradigma del compromiso efectivo le gana la mano al de la reflexión y la crítica desconfiada, e incluso desengañada.

Pero cuando se abordan cuestiones catalogadas como políticas, reaparece el discurso corriente y controlado del militante ejemplar: el llamamiento a la reclusión de los sidosos, "para hacerlos reflexionar" y la denuncia "del gran levantamiento" futuro de los magrebíes en Francia son defendidos, con cifras formales en su apoyo ("va a haber un agujero en la pirámide de edades") y a fuerza de argumentos escolares ("echarlos a la calle [...] para suprimir los guetos"); Frédéric anuncia que podría desarrollar igualmente cualquier otro "tema trillado", la seguridad, el sistema de escrutinio, como para exhibir un virtuosismo oratorio poco corriente. Se atiene sobre todo a los únicos asuntos autorizados, ejerciendo sobre sí mismo la censura del aparato; cuando salimos de los caminos trillados del debate político habitual, sus respuestas se vacían de todo contenido y se limita a repetir vagamente el de las preguntas, a la manera de la tautología.

A veces, el discurso publicable se desbarranca en lo impublicable, pero inmediatamente se rehace y modera: "Echarlos a la calle, es cierto, pero no así no más, claro. Para suprimir todos los guetos". El militante ejemplar no tiene ni el entusiasmo modesto del pegador de carteles ni el desapego irónico del desencantado; no es sino puro representante, simple muestra representativa del partido, sin más.

Las consideraciones estéticas parecen particularmente propicias a los lapsus y las patinadas retóricas menos controladas, como si la lógica propia del universo estético autorizara el levantamiento de las censuras y las prohibiciones ideológicas: "Me gustan mucho los uniformes [...] pero no el ejército". Frédéric tiene un pequeño "museo militar", constituido por cascos y quepis diversos; sin embargo, no reconoce vínculo alguno entre ese gusto por las cosas militares y su adhesión al Frente Nacional. Del mismo modo, cuando habla de música experimenta una necesidad poco común de situarse con respecto a gustos poco comunes: después de haber mencionado "Shyrock", referencia cultural anodina, elabora un *hit-parade* de los cantos militares de extrema derecha, que en principio califica de "cantos tradicionales", para admitir luego que, en fin de cuentas, "canto nazi o canto alemán, pese a todo, es un poco la misma cosa...", con esta nueva cláusula de reserva: "No entiendo la letra, así que...":

A través de esta constelación de personajes contradictorios, se traslucen las dificultades y pasiones propias de Frédéric, que, por otra parte, nunca se expresan sino mediante desestimaciones: una primera vez, subraya espontáneamente que los problemas con su padre no tienen "nada que ver con la política", y cuando, poco después, volvemos a preguntarle si hay una relación entre su adhesión al FNJ y sus dificultades familiares, responde simplemente: "Sí, a lo mejor, hasta ahí" y de inmediato pasa a referirse a problemas concretos de dinero, como si quisiera retomar el control de la conversación: "Para volver al tema de mis padres, no me daban plata". Éstos, asimismo, insistían en que consultara a un psicólogo: "Lo haría si verdaderamente... Pero no me parece que necesite ayuda"; aquí no podemos dejar de oír algo así como un llamado a la ayuda rechazada. Frédéric parece tener necesidad de convencerse a sí mismo de que su decisión de afiliarse es una mera elección personal, que las desavenencias con los padres no deben tomarse a la tremenda, "porque [está] acostumbrado" y –corrige– "no es grave"; como si se esforzara por exorcizar al "mitómano" que hay en él, ese adolescente "incómodo en su pellejo" para quien el Frente "es [su] familia", que "no [vive] más que de eso", un "extraviado", con lo que, paradójicamente, recupera valores heredados, sin duda, de su padre: la "formación", "aprobar el bachillerato a la primera", "estudiar en una escuela de ingeniería" (como su padre). La relación con éste, ese "pequeño-

burgués" al que desprecia pero cuya visión del mundo parece haber interiorizado, se presenta así mucho más ambivalente de lo que parecía a primera vista. Se puede plantear entonces la hipótesis de que el conflicto principal que actúa en Frédéric y es la raíz de los contradictorios roles de composición que se atribuye, es el de un adolescente en crisis, acomplejado por su discapacidad y sus dificultades escolares, económicamente dependiente de sus padres, hijo de un ingeniero socialista que no logra aprobar el bachillerato y, para afirmarse, quiere romper con ese universo relativamente cultivado y progresista, sin conseguir realmente apartarse de los valores y las pretensiones intelectuales que implica.

El destino parece haber decidido a favor de la ruptura: algunos meses después de la entrevista, Frédéric obtuvo su bachillerato B; los padres lo inscribieron entonces, a su pedido, en un BTS comercial privado, establecido en el sudeste de Francia, y pagaron gastos de escolaridad muy elevados, lo que incrementó la dependencia económica del muchacho. Pero cuando todo parecía así volver al orden, Frédéric, luego de haberse entrenado militarmente con grupúsculos de extrema derecha, se marchó a combatir al lado de los croatas. Este inesperado compromiso en un militante desengañado viene a confirmar la hipótesis de lectura propuesta: el discurso que Frédéric empleó conmigo es menos radical que sus posiciones reales, y sólo a través de sus contradicciones internas se puede desbaratar la censura que lo domina.

Con un joven militante del Frente Nacional

Entrevista de Denis Podalydès

"No tenía ninguna razón para afiliarme"

—¿Cuándo te afiliaste al FN?

FRÉDÉRIC: Hará unos dos años y medio.

—¿Qué edad tenías?

FRÉDÉRIC: Diecisiete, 16 y medio. Conocía vagamente el movimiento; muy poco, en realidad.

—¿Lo conocías por los medios, la tele, los diarios, o por amigos que ya estaban en él?

FRÉDÉRIC: No conocía a nadie. No veía qué interés podía tener ir a ver qué había. Para mí era una banda de jóvenes, amigos entre ellos; para mí el FNJ no pasaba de ahí. Una noche, un amigo que estaba en moto conmigo, de la misma edad, que estaba en mi clase, exactamente como yo –a priori podía gustarnos, pero nada más; no teníamos ningún interés en meternos–, y bueno, tenía que ir a que le cortara el pelo un tipo que él conocía y era del FNJ. Esa noche le había propuesto cortarle el pelo; fuimos. No había nadie. Vi que había un poco de propaganda, montones de diarios y cosas así...

—¿Dónde era? ¿En lo del tipo que tenía que cortarle el pelo?

FRÉDÉRIC: No, era en el local.

—¿El local del Frente Nacional o del FNJ?

FRÉDÉRIC: Del FNJ, del FNJ; es un pequeño comité del FNJ. Mientras le cortaba el pelo discutí un poco con él. Al final llegaron dos o tres más y charlaron. Hablamos un poco.

—¿De qué hablaban?

FRÉDÉRIC: Yo no hablé, eh, los escuchaba. Para mí era algo desconocido. Jamás había visto pegar carteles en la calle, jamás había repartido volantes ni visto nada de todo eso.

—¿Tus padres tampoco habían tenido nunca actividad política?

FRÉDÉRIC: Ah, eso... [*Expresión de desprecio.*] A la noche, cuando volví, les dije que había ido allá y no les gustó especialmente. Y bueno, volví, traté de ver un poco de gente, quiénes estaban. Me parecía interesante, la militancia era algo verdaderamente desconocido, no era una banda de jóvenes... eso realmente me atrajo.

—Pero en los locales del RPR, del PS e incluso del mismo PC hay militancia, pegadores de carteles, volanteadas...*

FRÉDÉRIC: [*Sonríe bajando los ojos.*] Sí, pero no era donde mi compañero iba a cortarse el pelo, eh... No, pero... en otra parte me hubiera hinchado, y además, bueno...

—¿Tu compañero sabía dónde iba a cortarse el pelo?

FRÉDÉRIC: Bueno, el otro también era peluquero...

—¿Era para hacerle un corte especial?

FRÉDÉRIC: No, no, tenía que hacerse un corte cuadrado, verdaderamente no es un corte especial. Así que, bueno, caí ahí. Vi al responsable del FNJ, un tipo de 23 años, secretario departamental de Hauts-de-Seine.

—La primera noche, cuando volviste a tu casa, ¿pensabas que ibas a afiliarte?

FRÉDÉRIC: No, me afilio un año después, pero por una causa especial, porque quería ver la universidad de verano del FNJ. Es la única vez que agarré mi *carnet*. Esa noche, la primera, simplemente los escuché hablar.

—¿De qué hablaban?

FRÉDÉRIC: Militancia.

—¿O sea?

FRÉDÉRIC: Decían que el miércoles iban a hacer una pegatina. Había dos que enrollaban los carteles. Eso me sorprendió tremendamente.

—¿Lo que hacían o lo que decían? ¿Intentaban convencerte?

FRÉDÉRIC: No, no me dijeron más que buenos días. Se decían que nunca me habían visto. Pero no desconfiados. Había uno que se llamaba Jocelyn y que hablaba de una velada con compañeras. Hablaban de una cosa y otra, no sé.

* *Rassemblement pour la République,* Agrupación para la República (n. del t.).

—Entre esa velada y tu afiliación, un año después, ¿volviste a verlos?

FRÉDÉRIC: Sí, volví a verlos para la pegatina del miércoles a la noche, porque quería saber qué hacían a la noche, a la salida de clase o de la fábrica. Hay algunos que están en la fábrica, incluso en Neuilly, y pese a todo es gente volcada principalmente al estudio, burgueses o pequeño-burgueses como yo. Así que quería saber cómo era el asunto de la pegatina, la volanteada, o sea, el reparto de volantes, diarios, en la plaza del mercado. También está el embuzonamiento.

—¿Qué es el embuzonamiento?

FRÉDÉRIC: Meter el volante en el buzón. Funciona por barrio, sobre todo durante las elecciones. Cuando yo llegué estaban en la campaña presidencial, así que había muchas actividades, bastantes cosas que hacer. De modo que fui a dos o tres pegatinas, para hacerme poco a poco una idea más clara. Porque con una sola pegatina no se puede saber cómo es.

—¿Todo eso antes de afiliarte?

FRÉDÉRIC: Si no, nunca me habría afiliado al FNJ. Tenía que conocer un poco más sobre el movimiento, todo el asunto, las ideas, las posiciones del FN.

—Leíste libros sobre la cuestión...

FRÉDÉRIC: Sí, leía los diarios. En fin, lo que siempre leí nunca fue... fue siempre *Le Quotidien* y *Le Monde*, siempre fue eso. *Le Monde*, porque mi padre lo trae todas las noches, y *Le Quotidien* en realidad lo compro cada dos días. En esa época, sólo una vez por semana. Bueno, además leía cuanto menos el diario del Frente, cómo se llama... *National Hebdo*, que para mi gusto no tiene absolutamente ningún interés. No tiene nada, ninguna formación.

—Pero un poco parecería que te afiliaste por azar. ¿Por qué lo hiciste?

FRÉDÉRIC: No veía ninguna razón para afiliarme, no veía por qué iba a darle 120 francos a ese movimiento; no entendía qué interés podía haber en tener un *carnet*, no me servía para nada. Pero apareció esa universidad de verano.

La universidad de verano: "Pensé: mal no me puede hacer, vamos a ir y veremos"

FRÉDÉRIC: De modo que para ir a la universidad de verano –un fin de semana de formación en el castillo de Nevis-en-Baronjean que dura tres días, no, cinco– había que tener el *carnet*. Pensé: mal no me puede hacer, vamos a ir y veremos, habrá compañeros. Efectivamente, no estaba demasiado mal, salvo algunas conferencias un poco largas, pero había oradores que no eran demasiado malos; bueno, forzosamente estuvo Le Pen al final como clausura. Vino al final, porque si no, estaba principalmente en la universidad de verano del Frente, no en la del FNJ. Estaban Jean-Yves Le Gallou, el señor Wagner.

—¿Cómo transcurrían las cosas?

FRÉDÉRIC: A la mañana nos levantábamos a eso de las siete, desayuno, después conferencia, con preguntas hasta el almuerzo; a la tarde, lo mismo. Había sesiones para aprender a hablar en los medios. Todo el mundo tenía que hablar delante de una cámara, porque al final nos ponían una nota. Había otro ejercicio en el que teníamos que contestar preguntas.

—¿Y tú cómo la pasaste?

FRÉDÉRIC: Bueno, había temas que los sacábamos al azar, había dos que no quería, la economía y la ecología, que eran lo que menos me enganchaba. Son los dos que saqué, y casi no contesté. Se habló de ecología, y ya no me acordaba del nombre de Frédéric Mistral, así que eso me irritó.

—¿Te lo preguntaron ellos?

FRÉDÉRIC: No, era yo el que quería hablar. Es el primer ecologista de derecha; quería ubicarlo así, como introducción a la ecología, y no conseguía acordarme de cómo se llamaba.

—¿Qué es el ecologismo de derecha?

FRÉDÉRIC: Ah, pero era sólo para ubicar el nombre; no se trata de que haya un ecologismo de derecha o de izquierda, lo que pasa es que actualmente lo recupera la izquierda. Es lo que yo quería decir, en fin, poner en primer plano, frente a la cámara. Pero el ejercicio no duraba más de cinco minutos, era a la mañana y acababa de despertarme.

—¿Al llegar a esta universidad de verano, esperabas mucho de ella o era simple curiosidad, e incluso desconfianza?

FRÉDÉRIC: Más bien entusiasmo. Estaba muy vivamente interesado. No, a lo mejor "muy vivamente" no; interesado. Hacía un año que estaba en el movimiento, pero todavía no había visto nunca la magnitud, la "magnitud" no sé, pero sí una actividad de debates, discusiones, cinco días así... Quería ver un poco otra cosa del movimiento; porque, bueno, están los que yo llamo los "mitómanos", son los que siempre están rapados y todo eso, que hablan de cualquier cosa, de cosas que no hacen, y eso me inquietaba; quería saber si había muchos o no. Y para mi gran sorpresa, no vi uno solo.

Tenían el pelo corto pero tampoco tanto, como yo ahora.

Arribistas y compañía

—¿Los mitómanos son los fanáticos?

FRÉDÉRIC: No, ni siquiera es una cuestión de fanatismo; son los que realmente se sienten incómodos en su pellejo, y el Frente es su familia, no viven más que de eso, su única salida son las pegatinas; son extraviados. Y como no había, yo estaba contento. Dicho esto, siempre hay, eh, no son malos, los que no hablan más que del Frente, y ni siquiera, porque eso no es hablar del Frente, tipos así de necios. En Neuilly hay dos: Jean-Paul, que para mi gusto es un poco *psicomotor*, decididamente; a lo mejor soy un poco malo. Pero debe de tener una pequeña tara, porque los padres son bastante viejos. No tendrían que mantener a gente que viene así. Tampoco los retienen. Así que después me afilié. Todos los meses recibía la carta de Jean-Marie Le Pen, que apenas leía, porque tiene tan poco interés como *National Hebdo*. Es machaconería, o si no, pequeñas informaciones, para saber cuándo se hará la próxima conferencia del Frente. Se ajusta muy poco a la actualidad, noticias del tipo de "La señora Fulano fue agredida por Ahmed Mengano". Ningún interés.

—¿Lo que te interesaba del Frente no eran especialmente los temas hipermediáticos, la inmigración, la seguridad? ¿Cuál es el tema que hizo que te afiliaras?

FRÉDÉRIC: ¡Pero nunca tuve ganas de afiliarme! ¡A ningún movimiento! No me interesa.

—¿De veras era de casualidad, para ir a esa universidad de verano?

FRÉDÉRIC: Pero pese a todo el Frente era de lo que más cerca estaba, tenía altibajos. Pensaba que nunca llegaríamos a hacer nada, lisa y llanamente. Es una cosa que siempre le reprochaba al Frente: la militancia está bien, pero no tenemos formación. Por ejemplo, en la Federación 92, en Hauts-de-Seine, una federación que camina bien, no tenemos formación. Aunque tengamos un buen jefe de equipo, gente motivada, la cosa aguantará dos o tres años, no más. La gente viene, se siente atraída pero después se va, porque no se la capacita. Siempre vemos las mismas caras, vamos a hacer pegatinas juntos y pronto se ha visto todo. Aunque al principio sea agradable.

—¿Lo hiciste muchas veces?

FRÉDÉRIC: Seis meses todas las semanas. Jamás un problema. Jamás una agresión. Pero para la gente del Frente, nosotros, los del FNJ, servimos sobre todo para eso: hacer pegatinas. Cuando hacen falta carteles, nos llaman; si no, nada.

—¿Son mano de obra?

FRÉDÉRIC: Así es, casi.

—Decías que tenías altibajos durante el período en que más cerca estabas del Frente...

FRÉDÉRIC: Bueno, voy a un mitin y veo a dos o tres estúpidos y compañía que vienen a hablarme, cualquier cosa, para decirme imbecilidades, y eso me irrita; o si no, preparo una pegatina y veo que cuando le pido a un tipo que me traiga la cola, o simplemente que la busque [*se exaspera*], es incapaz de hacerlo, y por culpa de él tengo que decirles a las personas que había llamado para la pegatina que vuelvan a sus casas, porque, ¿cómo quieres hacer una pegatina sin cola? Por suerte no hay demasiados tipos así. De veinte pegatinas, se frustraron dos.

—¿Qué responsabilidad ejercías en el FNJ?

FRÉDÉRIC: Bueno, ocuparme de las pegatinas.

—¿Te ascendieron de categoría?

FRÉDÉRIC: Responsable de las pegatinas. No lo considero verdaderamente como un ascenso. Me decían que lo hacía bien, pero organizar una pegatina se puede decir que está al alcance del primer recién llegado. Consiste en llamar a veinte personas para que vengan diez, encontrar una camioneta, lo que no es difícil.

—¿Tenías contactos con los otros FNJ?

FRÉDÉRIC: Sí, en Lille, en Aix, sobre todo. Teníamos una publicación, *Citadelle*. Te voy a dar algunos ejemplares. Escribíamos nosotros mismos. Yo hice un articulito sobre la construcción del local en Neuilly, que explicaba el material que recibimos. Todavía no estoy en condiciones de hacer artículos de fondo. Todo lo que es cultural se lo dejo a otros que son más aptos que yo, aunque tenga cosas que decir.

—¿Qué es lo que dices para convencer a alguien de adherir al Frente?

FRÉDÉRIC: La gente me hace preguntas sobre el Frente, yo las contesto lo mejor posible, y ya está.

—Justamente, ¿qué les contestas?

FRÉDÉRIC: Me preguntan qué hacemos, qué cosas pasan.

—¿Es gente que ya estaba de acuerdo, dispuesta a afiliarse?

FRÉDÉRIC: Sí.

—¿No has convencido a gente que era hostil al Frente?

FRÉDÉRIC: Yo no, pero hay ex comunistas, personas de edad, sobre todo.

—¿A qué cosa son más sensibles?

FRÉDÉRIC: Ni idea.

—Y tú, ¿a qué fuiste más sensible? ¿A la persona de Le Pen?

FRÉDÉRIC: No únicamente. El Frente es un conjunto. Le Pen es un orador; uno bueno, sí. Pero no practico el culto de la personalidad. Al entrar al Frente estaba contento, puse un *poster* de Le Pen en mi cuarto, y dos días después lo saqué. En el Frente no hay mucha gente que aprecie. Se convierten sobre todo en arribistas y compañía. Es un aparato, hay una corte alrededor de Le Pen, pero son lamentables. No llegarán a nada. Es como si yo soñara con ser diputado más adelante, pasando únicamente por el movimiento. Ahora ya no busco demasiado recoger adhesiones; la gente se fascina con las palabras "extrema derecha", pero eso no basta. ¡Lo que habría que hacer para cambiar es hacer renacer un espíritu de camaradería y solidaridad, algo que ya no existe!

Forzosamente, porque era en la adolescencia

FRÉDÉRIC: Porque ahora realmente ya no les tengo confianza a los tipos del FNJ. Vienen por una crisis, durante un mes, y después se terminó. Los mitómanos también, en los grupúsculos, la tercera posición, no lleva a nada, los campeones del GUD o los sidosos, Olivier Mathieu, Bad Skin, que es un acomodado, un loco, un estúpido. Su madre es magistrada. Él es del MNR o JNR, los *skins* del Paris-Saint-Germain, no es para nada el FNJ. Son grupúsculos de compinches, borrachos más idiotas que otra cosa, con botas, camperas de comandos, el cráneo afeitado.

—¿Tú nunca tuviste esa apariencia, ese look*?*

FRÉDÉRIC: Entre nosotros, no tolerábamos la ropa de fajina. Nos ponemos monos de trabajo, *jeans* arruinados por la cola... Esos alardes de fachitos son grotescos.

—Con tus padres, ¿la cosa no generó problemas?

FRÉDÉRIC: Mis padres no lo soportaban; cuando me iba al Frente, a la noche, se preocupaban. Después ya no les decía que iba a hacer pegatinas.

—¿Y cuando tu madre vio el retrato de Le Pen en tu cuarto?

FRÉDÉRIC: Pensaba que era una crisis de la adolescencia, que no iba a durar mucho. Pero hablamos muy poco de política, porque a priori están completamente en desacuerdo. Entonces, forzosamente se producen choques.

—¿Procuraste hablarles de eso?

FRÉDÉRIC: Sí, sí, traté de convencerlos. Yo estaba mucho más al tanto de la actualidad que ellos, y hablaba mejor en ese asunto, los hacía vacilar con argumentos. Pero duraba cinco minutos, porque mi padre no quería que hablara de eso en casa. Nunca estábamos de acuerdo, y me decían: "Eres un idiota, un cretino, no sabes nada". Al principio, era lógico que yo lo mencionara, estaba contento, era algo nuevo, pero en seguida me dijeron que me callara, que no sabía de qué hablaba. Jamás trataron de escucharme. Con mi hermano, ningún problema, pero lo veo muy poco. No le interesa la política. Una observación: yo lo entiendo. Hoy, la política no es muy interesante; es una lástima. Tendría que interesarle a todo el mundo. Pero tengo tendencia a desorazonarme. Si las cosas no cambian... De todas maneras nunca voté, nunca. Ni siquiera por el Frente. Mi madre me decía: "¡Estás con ellos para pegar un cartel, para conseguir un voto para el Frente, y ni siquiera votas!".

—Efectivamente, es contradictorio, ¿no?

FRÉDÉRIC: Ah, sí, totalmente. Ni siquiera fui a buscar mi *carnet* del Frente. Hay otros dos que hacen lo mismo. ¿Por qué? No puedo contestar. No me dan ganas de votar.

—¿El sistema electoral te parece deficiente?

FRÉDÉRIC: No, no. Bueno, un poco, por supuesto. A mi madre eso siempre le parece chocante. Mis padres votan. Seguro que no por Le Pen. Pero no me dicen por quién; si no, les preguntaría por qué; ya fuera por Mitterrand o Chirac, no los soltaría. De todas maneras, que voten por Chirac o Mitterrand, casi no hay diferencia. Y lo que yo creo es que también Le Pen va a terminar por coincidir con ellos. Lo atrapó la clase política.

—¿El FNJ significó un problema para tu escolaridad?

FRÉDÉRIC: Jamás falté para ir al FNJ. Si lo hice, fue por otra cosa. Porque no tenía ganas de ir a clase. Lo que más se interpuso en mi escolaridad fue mi accidente. En ciclomotor, en Neuilly. Había tomado demasiado y me resbalé. Me di en el ojo. Me operaron y tenía el ojo atravesado. Me hicieron tres operaciones para devolverme la vista.

[...]

Durante dos años no pensé más que en el ojo. Tenía la cabeza imposible. Además, me había desacostumbrado a ir a clase; ahora me cuesta tremendamente reintegrarme al liceo. Estoy en el curso terminal B y tengo que hacer todo lo posible para aprobar el bachillerato.

—¿El FN te hizo cambiar?

FRÉDÉRIC: Forzosamente, porque era en la adolescencia...

—O alguien que hayas conocido allí...

FRÉDÉRIC: Mis mejores amigos no son del Frente, incluso son relativamente apolíticos. Tengo un compañero mestizo, de tendencia anarquista. De vez en cuando, si tomamos demasiado, al final de la noche nos trenzamos un poco, pero no llegamos lejos. Incluso fue así como nos conocimos.

[...]

A la gente no siempre le hizo gracia enterarse de que soy del Frente, así que también perdí amigos. Pero en realidad me importa un bledo. A los profes que sabían que era del Frente los ignoraba, y ellos también. Al principio, seguro que hablaba muchas veces de eso, era hiperentusiasta y me gustaba mucho. Pero los amigos que perdí los reemplacé. Reconozco que debía hablar un poco demasiado. Es lógico.

—¿Decías cosas racistas?

FRÉDÉRIC: Me dijeron: "¡Si eres del Frente, eres racista!". En última instancia, entiendo, porque es la imagen que tenemos, es la desinformación... Me pueden tratar de todo lo que quieran. Y además la gente no logra distinguir entre racismo y lo que nosotros decimos realmente. Hay que repetir 36.000 veces las cosas, se torna crispante. Perdemos el tiempo, el asunto se hace larguito.

No hay formación

—¿Hay alguna actividad cultural en el FN, salidas al teatro, a conciertos, algún sistema de compra de localidades para grupos?

FRÉDÉRIC: No, y realmente es una lástima. Es lo que yo decía: no hay formación. Es exactamente eso. No hay biblioteca. O una pequeña, en la que perdimos los libros.

—¿Qué libros eran?

FRÉDÉRIC: Daudet.

—¿Léon o Alphonse?

FRÉDÉRIC: No sé. No conozco demasiado. Pero eso me hizo conocer a Drieu La Rochelle. Me gusta mucho. *Fuego fatuo, Diario de un hombre engañado, Estado civil* y *El hombre a caballo.* Lo que me gusta mucho es el estilo entrecortado, pequeñas frases amargas lanzadas así no más, comparaciones divertidas. Sobre todo en *Diario de un hombre engañado.* Habla de los burdeles, y decía que es un homenaje a la Virgen. Eso me agradaba mucho. Lo saqué varias veces.

—¿Por qué te agradaba mucho?

FRÉDÉRIC: Habla del culto a la mujer. Es un poco una paradoja, cosa que me encanta. Y adoro *Fuego fatuo.* Habla y describe algo y, de repente, lanza una pequeña reflexión que parece poca cosa y lastima. Leí a Brasillach, pero no me gustó demasiado: *Comme le temps passe.* Oí hablar de los escritores de derecha, los teóricos, pero no los leí.

—¿Quién te hizo descubrir a Drieu?

FRÉDÉRIC: Régis, un amigo que está forrado. Me había descripto un poco el personaje. En música, escucho a Shyrock. Bueno, me gusta mucho la música militar, los cantos, pero un poco de eso también está bien. No me gustan para nada las canciones del fascismo italiano. Tengo un disco de cantos alemanes, pero también escucho mucha música clásica. Pero no son cantos nazis, son cantos tradicionales alemanes, no es lo mismo. Pero bueno, canto nazi o canto tradicional, pese a todo es un poco la misma cosa, no entiendo la letra, así que... no veo diferencias. Ahora, en el FN, haré de vez en cuando una pegatina, así, pero no mucho más. Hay bastante gente nueva, voy a ir a discutir un poco con ellos.

Con mi padre es una cosa eléctrica

—¿Las cosas marchan mejor con tus padres?

FRÉDÉRIC: En este momento, pueden andar. De vez en cuando trato de hacer esfuerzos, y ellos también, pero pocas veces al mismo tiempo. Pero con mi padre la cosa viene de mucho tiempo atrás. La primera vez que me fui de casa, tenía 5 años. Me fugué. Era en Marruecos. Y hace dos años mis padres me pusieron de patitas en la calle.

—¿Por qué?

FRÉDÉRIC: No había una razón precisa. A lo mejor yo estaba equivocado, porque apenas me fastidiaban un poco me ponía a gritar. Cuando en casa había algo que andaba mal, era culpa mía. Después, en la mesa, yo ponía mala cara; entonces mi padre empezaba a gritar. Mi madre también, porque no comía. La cosa explotó y me fui. Siempre basta una chispa para que vuelva a empezar. Sobre todo con mi padre. Con mi madre las cosas todavía marchan. Con mi padre es una cosa eléctrica.

[...]

Pero todo lo que veo es para mostrar que los problemas con mi padre no son de ahora. No tienen nada que ver con la política o con mi accidente. Es un

asunto mucho más viejo. Jamás me entendí con él.

—¿Pero la incorporación al FNJ no estaba un poco dirigida contra él, para darle miedo?

FRÉDÉRIC: En el fondo, no sé. En todo caso, no le gustó, eso seguro. Son pequeño-burgueses un poco cagones, así que, forzosamente, con el FN esperaban cualquier cosa. Creían que de buenas a primeras me había vuelto un verdadero sinvergüenza, cuando volvía tarde de una pegatina.

—¿Te gustaba saber que pensaban eso?

FRÉDÉRIC: No, porque no era cierto y yo no quería para nada que lo pensaran. Pero no querían entender, pretendían que viera a un psicólogo. Insistían. Pero no fui. Lo haría si verdaderamente... Pero no me parece que necesite ayuda. Mi padre, sin embargo, no me trata como un loco, en fin, un tipo con problemas, no; me trata simplemente de "bicho maldito", porque lo exaspero. No cree para nada que sea tarado o una cosa así. Y yo le contesto lo mismo.

—¿Bicho maldito?

FRÉDÉRIC: Sí.

—¿Y entonces?

FRÉDÉRIC: Tiro el bolso por la ventana, así no más, y me voy; sin dinero, sin nada. La historia duraba tres días, volvía sin decir una palabra, agarraba la libreta de la caja de ahorros y me iba a lo de un amigo.

—Todo eso parece divertirte, lo cuentas con levedad...

FRÉDÉRIC: Porque estoy acostumbrado, y no es grave.

—¿No crees que haya una relación evidente entre las dificultades con tus padres y la adhesión al FNJ?

FRÉDÉRIC: Sí, puede ser, pero hasta ahí. Para volver al tema de mis padres, no me daban plata. Entonces, lo que hice para conseguirla, cosa que además fue gracias al FNJ, fue hacer servicio de orden: novecientos francos, en dos noches, para la fiesta de la Torre Eiffel.

—¿Qué quieres para más adelante?

FRÉDÉRIC: Espero aprobar el bachillerato a la primera y después cursar en alguna escuela de ingeniería. Voy a encontrar una sin demasiados inconvenientes. Una escuela de ingeniería aeronáutica.

—¿Este año tienes problemas escolares?

FRÉDÉRIC: Todavía falto mucho.

[*Le aviso que seguramente vamos a interrumpir ahí. Me propone buscar a alguien más interesante que él en el FNJ para entrevistarlo. Le pregunto si está dispuesto a buscar a alguien muy activo, muy comprometido.*]

Corremos el riesgo de encaminarnos a un gran caos

FRÉDÉRIC: Conozco un tipo que está muy enganchado, pero que es muy idiota y jamás hará nada de su vida. Entonces, a lo mejor no vale la pena. Si no, los otros hacen como yo, se desenganchan todos. Nuestra federación se está derrumbando y nadie hace nada, no mueve un dedo; pese a todo, es bastante descorazonador. Tuvimos un local y no hicimos nada con él. Lo esperamos durante un año y medio diciéndonos que iba a ser genial, y cuando lo conseguimos no hicimos nada. Habíamos instalado un bar en él, y vendíamos Coca y cerveza a cinco francos; entonces venían y se apoltronaban en los sillones sin hacer nada...

—¿Por qué esa desidia, cuando al principio todos parecían decididos?

FRÉDÉRIC: Dentro de la federación, de treinta no había más de diez que tenían sus cotizaciones al día. Pero en realidad, a los verdaderos afiliados, los que tienen *carnet*, no se los ve. No se muestran jamás. Uno trata de ponerse en contacto con ellos. ¡Pero ahí hay otra cosa descorazonadora! Pensábamos que con un local había que hacerlo, reunir a los afiliados, organizar, estructurar: pedimos a dos afiliados que lo hicieran, llamaron a tres personas y se acabó. No hicieron nada más. ¡Todos actuaban con desidia! Corremos el riesgo de encaminarnos hacia un gran caos. Esta historia de Irak nos va a llevar al límite, seguro. Así que lo que dice Le Pen, y lo que hizo al respecto, es difícil de entender, pero más que nada si se sabe que es para evitar la catástrofe que nos espera, de todas maneras es lo que yo pienso.

—¿Qué gran caos?

FRÉDÉRIC: Si la guerra se declara, va a ser un gran lío, no sabemos cómo se va a tramar. En Israel también va a haber lío; se van a sublevar en todas partes, a diestro y siniestro, incluso en Francia.

—¿Quiénes se van a sublevar?

FRÉDÉRIC: Las poblaciones inmigrantes, es lo que me parece probable. Pero no se puede determinar la amplitud de su levantamiento. Sin embargo, tenemos pruebas. Hace dos años y medio, en Neuilly, al hacer una inspección, descubrieron un café árabe donde había metralletas, bazookas, explosivos. Si era así hace dos años y medio, hoy son diez veces más fuertes. Y también encontraron un plan de no sé qué. Están muy bien organizados. Tenemos algunos informantes, gente del FN que vive en las urbanizaciones. Por supuesto, no

dicen que son del FN; si no, los lincharían y todo eso; si alguna vez atrapan a uno, la cosa arde. Vamos al día siguiente a hacer una volanteada, e incluso más. Vamos todos. Si atacan a alguien del Frente, respondemos, desde luego. Pero la gente no se atreve demasiado a atacarnos, porque está el mito de la extrema derecha y compañía. Eso enfría a todo el mundo. Así como a mí no se me ocurriría atacar una manifestación de la CGT, ¡porque tienen un servicio de orden...! Nosotros tenemos el mito de los malos y compañía, *skins*, cerveza, navajas... que juega a nuestro favor.

—¿A favor y en contra?

FRÉDÉRIC: Sí. Que juega a favor: nos evita tener lastimados. Y en contra, porque nos da una mala imagen. Es evidente que toda esta población de los guetos está jodida, condenada; no hay integración posible si hay guetos. Conozco dos negros que lo entienden muy bien. Uno que se llama Mamadou, otro Stéphane, que es del Frente y que incluso fue secretario departamental. Hay muchos más de lo que se cree. No es fácil de entender. Hay una señora Medfetna, que es negra, que también es muy activa en el Frente. Comprenden claramente que hay que revertir la integración. Echarlos a la calle, es cierto, pero no así no más, claro. Para suprimir todos los guetos. La inmigración nos aporta mil y tantos millones de francos, yo leí las cifras, y nos cuesta cuatro mil millones en seguridad social. Hay clandestinos todos los días. Lo que habría que hacer con los jóvenes *beurs* –porque ahí hay un problema, son de cultura francesa– es alentarlos a que vuelvan a su tierra. Y hay que rehacer el Código de la Nacionalidad. Es demasiado fácil. Ni siquiera hace falta saber el idioma. Y se da derecho de asilo a diestro y siniestro, con el pretexto de que en su patria están en peligro. Es sin duda el problema más arduo, y el más importante. También podría hablar de los temas trillados, la seguridad, etcétera. El problema es que el FN es un partido incapaz de tomar el poder, a mi juicio no lo van a lograr, por eso es que ni siquiera voto. Pero aunque me parezca que no va a tomar el poder, es un partido que me gusta porque encara esos temas: y considero que debo defenderlos.

[...]

Con el sida vamos a tener bombas humanas que lo van a desparramar por todos lados... Hay que reagrupar a los sidosos durante un tiempo y hacerles tomar conciencia del peligro que representan. No porque lo tengan hay que ir a matar a los demás... De todas maneras, va a haber un agujero en la pirámide de edades... A lo mejor como tema es una bola, pero hay que machacar con él. Es como con la droga, es una cuestión de firmeza frente a esos problemas, lo mismo en la seguridad; pero no creo que Le Pen, que nunca tendrá el poder, pueda llegar a hacer algo.

—¿Fue la militancia del FN lo que te atrajo?

FRÉDÉRIC: No, no. Aclarado eso, me gustan mucho los uniformes, porque tengo un museo militar, pero no me gusta el ejército. Espero no hacer el servicio. A lo mejor todo eso es muy paradójico. En mí, el lado militar es particular. Tengo un pequeño museo militar desde hace cuatro años: al principio compré un casco alemán y después cascos franceses de la primera guerra; tengo varios, y bastantes quepis. Incluso recuperé un uniforme completo de teniente coronel de la legión. Tengo una bayoneta. Pero las armas las tengo prohibidas.

—¿Y no hay vinculación posible entre el gusto, digamos, por lo paramilitar, el uniforme, y la seducción que ejerció el Frente Nacional? ¿Puede ser que tu adhesión sea pasional, o más bien pulsional, y atenuada?

FRÉDÉRIC: Sí, no siempre estoy de acuerdo con el Frente, desde luego que me gusta mucho contradecir. A veces me opongo a alguien del Frente por placer. También porque a menudo son unos idiotas. Y eso no va a cambiar, y termina por asquear. Pero cuando trato de hablar de eso, nadie se da cuenta de que hay que moverse.

Tengo que aprobar el bachillerato, y después veremos

—¿Nunca tuvieron problemas durante las pegatinas?

FRÉDÉRIC: No. Muchas veces las hacemos los domingos a las cuatro de la mañana, todo el mundo está acostado, hasta podemos ir a las zonas obreras. Una vez hubo incluso un tipo que paró y nos dio quinientos francos, mientras nos felicitaba. Los pusimos en la caja del FN. Si no, nos hacen preguntas desde lejos, nos gritan "enculados" y el auto arranca en sèguida, y nos dejan hacer la pegatina tranquilamente. Pero bueno, la pegatina no es todo en la vida. Tengo que aprobar el bachillerato, y después veremos.*

1991

Esposa y colaboradora

Jean-Pierre Faguer

Hélène D., montajista de películas de cine y televisión (en sus inicios tuvo la posibilidad de trabajar con varios realizadores importantes de la *Nouvelle vague*), a menudo ejerció su profesión junto con su marido, director de cine, cuyo alejamiento, luego de más de veinte años de vida en común, trastorna a la vez su vida afectiva y su vida profesional.

De unos 50 años, ocupa, en una residencia rodeada por un parque en los suburbios del oeste de París, un departamento que le resulta demasiado grande desde que está sola en él con la menor de sus hijas, y en el que, al parecer, nada cambió desde que su marido se fue (Hélène dice que, tras llamar antes por teléfono para asegurarse de que ella no estará, él va de vez en cuando a buscar discos y libros de la biblioteca de la sala, como si su ausencia sólo fuera provisional). Durante la entrevista, que se produce más de un año y medio después de la separación, aclara que todavía no inició los trámites de divorcio.

La conocí por intermedio de una de sus compañeras del IDHEC,* donde entró a fines de los años cincuenta, en un momento en que las mujeres todavía eran muy minoritarias en las actividades calificadas del cine. Aunque en su promoción se recibieron más mujeres que hombres, ellas sabían que no tendrían las mismas oportunidades de hacer carrera. En ese período de expansión de la televisión, había una considerable demanda de "técnicos cinematográficos", y la mayoría de las mujeres que salían de esa escuela encontraron colocación en empleos técnicos, más seguros pero también menos gratificantes que el de realizador, ocupado mayoritariamente por sus colegas masculinos. Es significativo, por ejemplo, que esa amiga de Hélène fuera la única mujer de su promoción que llegó a ser directora, pero después de haber sido también montajista durante la primera parte de su vida profesional y con un *status* aún precario. Durante toda la entrevista seguirá siendo para Hélène la "referencia" a la vez positiva y negativa en relación con la cual se dibuja el campo de posibilidades de su generación.

Nada la preparaba para elegir una profesión que presenta como producto de los "azares" de una reorientación escolar. Estudiante del propedéutico (curso preuniversitario) en el Instituto Católico, a los 19 años decidió abandonar unos estudios de letras que no le interesaban mucho para preparar el ingreso al IDHEC, del que había oído hablar fortuitamente. En principio, sus padres alentaron un cambio de orientación del que inicialmente sólo percibieron el lado del examen para una escuela superior, las clases preparatorias en un liceo al abrigo de las tentaciones de la vida estudiantil universitaria, un título estatal, etcétera, y borraron el aspecto artístico.

Hija única de una familia de la pequeñoburguesía católica, su padre era ingeniero y su madre nunca trabajó; ella cursó sus estudios en

*. *Institut des hautes études cinématographiques*, Instituto de Altos Estudios Cinematográficos (n. del t.).

Esposa y colaboradora

Jean-Pierre Faguer

Hélène D., montajista de películas de cine y televisión (en sus inicios tuvo la posibilidad de trabajar con varios realizadores importantes de la *Nouvelle vague*), a menudo ejerció su profesión junto con su marido, director de cine, cuyo alejamiento, luego de más de veinte años de vida en común, trastorna a la vez su vida afectiva y su vida profesional.

De unos 50 años, ocupa, en una residencia rodeada por un parque en los suburbios del oeste de París, un departamento que le resulta demasiado grande desde que está sola en él con la menor de sus hijas, y en el que, al parecer, nada cambió desde que su marido se fue (Hélène dice que, tras llamar antes por teléfono para asegurarse de que ella no estará, él va de vez en cuando a buscar discos y libros de la biblioteca de la sala, como si su ausencia sólo fuera provisional). Durante la entrevista, que se produce más de un año y medio después de la separación, aclara que todavía no inició los trámites de divorcio.

La conocí por intermedio de una de sus compañeras del IDHEC,* donde entró a fines de los años cincuenta, en un momento en que las mujeres todavía eran muy minoritarias en las actividades calificadas del cine. Aunque en su promoción se recibieron más mujeres que hombres, ellas sabían que no tendrían las mismas oportunidades de hacer carrera. En ese período de expansión de la televisión, había una considerable demanda de "técnicos cinematográficos", y la mayoría de las mujeres que salían de esa escuela encontraron colocación en empleos técnicos, más seguros pero también menos gratificantes que el de realizador, ocupado mayoritariamente por sus colegas masculinos. Es significativo, por ejemplo, que esa amiga de Hélène fuera la única mujer de su promoción que llegó a ser directora, pero después de haber sido también montajista durante la primera parte de su vida profesional y con un *status* aún precario. Durante toda la entrevista seguirá siendo para Hélène la "referencia" a la vez positiva y negativa en relación con la cual se dibuja el campo de posibilidades de su generación.

Nada la preparaba para elegir una profesión que presenta como producto de los "azares" de una reorientación escolar. Estudiante del propedéutico (curso preuniversitario) en el Instituto Católico, a los 19 años decidió abandonar unos estudios de letras que no le interesaban mucho para preparar el ingreso al IDHEC, del que había oído hablar fortuitamente. En principio, sus padres alentaron un cambio de orientación del que inicialmente sólo percibieron el lado del examen para una escuela superior, las clases preparatorias en un liceo al abrigo de las tentaciones de la vida estudiantil universitaria, un título estatal, etcétera, y borraron el aspecto artístico.

Hija única de una familia de la pequeñoburguesía católica, su padre era ingeniero y su madre nunca trabajó; ella cursó sus estudios en

*. *Institut des hautes études cinématographiques*, Instituto de Altos Estudios Cinematográficos (n. del t.).

el liceo de señoritas de una pequeña ciudad, todavía muy provinciana en los años cincuenta, de la región parisiense. Vivió con sus padres hasta los 25 años, momento en que éstos, preocupados porque aún no había demostrado intenciones de casarse, le compraron un departamento de un ambiente en París. Contrajo matrimonio a los 30 años, edad relativamente tardía para la época, lo que se explica por el hecho de que los estudios cinematográficos que había empezado, "un poco por casualidad", sin tener "un fantástico deseo de dedicarme a esa profesión", la habían empujado, por así decirlo, a un medio que conocía poco y en el que las parejas no son muy estables, lo que al principio hacía que le resultaran difíciles los contactos con los hombres, incluso en su trabajo.

Así, en la primera parte de la entrevista explica extensamente que la dedicación, o más bien la devoción que demostró en su vida conyugal (fue la preocupación de casarse no sólo con el hombre sino también con "el proyecto de un hombre" lo que la vinculó más profundamente a su marido, mientras que personalmente no sentía el deseo de crear por sí misma), no es sino la otra cara de lo que podríamos llamar la actitud "oblativa" que manifestaba con respecto a los hombres en su medio laboral: lo que podía parecer un cambio de orientación educativa menor y correspondía en realidad a un cambio de medio social ("el IDHEC, con todo, un medio intelectual") la llevó a conocer a hombres diferentes de los de su ámbito, "seres superiores" capaces de "crear" y a los que, en ese período marcado por la guerra de Argelia, debe su formación política y cultural ("en casa nunca se hablaba de política"), aunque reconozca, ya de 50 años, que "desde entonces se desilusionó mucho". Poco a poco, lo que le había quitado la elección de su profesión, ante todo la autoconfianza en sus relaciones con los hombres, la misma profesión se lo devolvió, a medida que se integraba cada vez mejor a su medio laboral. Tras un largo aprendizaje de reajustes insensibles en sus relaciones con ellos, el matrimonio le permitía por fin cumplir casi mágicamente, junto a un hombre notoriamente más joven que ella, un deseo de realización a la vez profesional y personal. "En vez de convertirme en admiradora de esos muchachos e idealizarlos, por fin pude empezar a tener contacto con gente más joven que yo, es decir, con chicos para quienes, en lo profesional, yo ya podía representar algo con existencia propia. Para ellos ya no era una joven estúpida, sino una persona que conocía bien su oficio y con la que podían tener una relación profesional interesante y, por lo tanto, ir un poco más lejos en una vinculación".

La segunda parte de la entrevista describe la transformación de la mirada que dirige al hombre con quien trabajó y vivió durante más de veinte años. Lo que la atrajo ante todo en ese director principiante, de sólo 22 años, pero que ya gozaba de una reputación en la profesión, fue precisamente su "actitud de creador" que podía dar un sentido más satisfactorio, una cierta plenitud, a su vida de técnica sin "ambición específica". Durante por lo menos 15 años, su colaboración fue, al parecer, intachable: a la vez técnica y confidente, fue no sólo responsable del montaje de sus primeras películas, lo que no representaba para ella más que una parte menor de su actividad, sino que cumplió sobre todo la función, acaso más decisiva, de aliento y consuelo moral que un "creador" anhela obtener de su compañera, sin atreverse nunca a pedírselo abiertamente. Pero, con el tiempo, decreció su "admiración" por un marido cuya carrera no daba todo lo que habían esperado juntos. Poco a poco, al mismo tiempo que seguía interesándose por las películas de él, empezó a apartarse parcialmente de sus proyectos, reprochándole "dejarse ganar por el facilismo". Sus amistades, que al principio habían sido comunes, imperceptiblemente se diversificaron; ella tuvo que retomar la dirección de su propia carrera profesional, más difícil no sólo a causa del aumento de la competencia sino también porque la había descuidado un poco durante los años que tuvo que consagrar principalmente a la educación de sus dos hijas. Su

conocimiento "técnico" del medio cinematográfico, por otra parte, pudo dar a su marido un enfoque desalentador, insoportable, sobre una carrera cuyos límites ella no podía dejar de ver. Como muchos realizadores de su generación, él pasó por una etapa difícil al entrar en los 40 y pagó caro, a costa de prolongados períodos de dispersión de su vida profesional en proyectos poco interesantes, e incluso de desocupación, su rechazo al "compromiso" con el cine comercial; ya no soportaba con tanta facilidad como en sus comienzos la obligación de dar constantemente pruebas de sus aptitudes ("Decía que estaba harto de tener que volver a aprobar el bachillerato con cada película que hacía"). Aunque Hélène no se identifica con el punto de vista de sus padres, a quienes les habría gustado que se casara "más bien con un funcionario" y escogiera una "vida más trivial pero más segura", al separarse de un hombre que se volvió diferente desde que no vive más con ella ("Parece otra persona [...] no tiene muchas relaciones ni con sus hijas ni con sus viejos amigos") llega a pensar un poco como ellos: "Cuando una hace un balance, 25 años después, es forzoso que no sea positivo".

El compartido amor por el cine pudo facilitar, en un primer momento, la complicidad sentimental y la colaboración profesional entre estos dos ex alumnos, con algunos años de distancia, de Jean-Louis Bory y Henri Agel. Es así como, en opinión de su marido, ella disfrutaba de una experiencia profesional ya sólida, confirmada por su participación en el montaje de filmes considerados hoy entre los más importantes de los años sesenta. Pero si al principio de su vida en común el cine pudo unirlos, pese a su diferencia de origen social (él era hijo de un ejecutivo comercial), los intereses contradictorios de sus respectivas carreras pueden aparecer con el tiempo como uno de los factores esenciales de su separación.

La lógica del trabajo, en efecto, está en el centro de la visión retrospectiva que Hélène tiene de su vida; al parecer, fue la elección de su profesión lo que demoró su matrimonio y sus proyectos de maternidad (aunque sólo fuera porque la apartó de los hombres destinados a ella por su educación y la influencia del medio familiar) y la ligó doblemente a su marido como esposa y colaboradora; en su caso, la posición de técnica reforzó el aspecto diluido y discreto de la esposa eficaz que siempre se las arregló para encarar simultáneamente su trabajo profesional y la buena marcha de la casa, pese a tener horarios laborales poco compatibles con una vida familiar regular. Vemos en ello toda la diferencia existente, por ejemplo, con las parejas de docentes, en las que las restricciones de su ocupación, aunque sea por el hecho de que una parte de las tareas profesionales pueden realizarse en la casa, facilitan un reparto más equitativo de las obligaciones familiares entre los cónyuges. Desde ese punto de vista, su carrera se emparienta más bien con la de las mujeres, ingenieras o ejecutivas de empresas privadas, a menudo solteras, que, una generación después, partieron a la conquista de medios profesionales dominados por los hombres.

A través de esta trayectoria, ejemplar de los conflictos profesionales y sentimentales con que se topaban las mujeres que conocieron el feminismo no antes de ser adultas, vemos hasta qué punto las condiciones históricas que definen una experiencia generacional separan a los individuos de edades diferentes pese a las formas de solidaridad familiar y, más aún, de clase o sexo.

Nacida poco antes de la guerra, ella pertenece a una generación bisagra entre la previa a la expansión escolar y la de 1968 (cuando Hélène tenía ya casi diez años de experiencia profesional). Forma parte de las mujeres que sufrieron en su vida personal los efectos ambiguos del aprendizaje de la "autonomía" que podía procurar el acceso a una profesión calificada. Para las mujeres de su edad y su medio, marcado por la influencia de los valores familiares del catolicismo y en el cual, por ejemplo, se daba por descontado que las esposas se quedaban en la

casa, "ganarse la vida" no otorgaba –muy por el contrario– una garantía de "negociación" más equitativa con los hombres. Esa generación, que sin embargo sólo precedió en algunos años a la del feminismo, tuvo que afrontar los mismos conflictos, pero con el punto de vista de lo que Hélène llama "una educación clásica", un lado "sentimental y romanticón", una representación tradicional del matrimonio en que, para que la colaboración conyugal fuera armoniosa, uno de los dos –y no podía ser sino la esposa– debía saber "mantenerse bastante humilde".

Paradójicamente, la autonomía profesional que supo ganarse con sus estudios se volvió en cierto modo contra ella y posibilitó, por ejemplo, que su marido la dejara sin sentirse culpable, y ni siquiera obligado a proporcionar una ayuda económica a sus dos hijas, todavía estudiantes. Sólo le queda una satisfacción –no desprovista de amargura, es cierto– por haber comprendido a posteriori lo que le ocurrió, satisfacción que puede ayudar a transformar un destino aparentemente intolerable en una nueva e inesperada libertad.◆

Con una montajista

Entrevista de Jean-Pierre Faguer

"Al imaginarme que me casaba con
el proyecto de un hombre, me equivoqué por completo"

HÉLÈNE: [...] No tuve un fantástico deseo de dedicarme a esta profesión. Había hecho un año de propedéutico y entonces, repentinamente, tuve la ocurrencia de cambiar por completo de dirección, y en definitiva estoy muy contenta de haberlo hecho. Es un poco un azar de los encuentros. Alguien me habló del IDHEC, de esa profesión, y me fascinó, pensé: "¿Por qué no?" sin saber realmente qué era, sin conocer verdaderamente el cine [...]. Hice la preparación del Voltaire. En mi promoción entraron muchas chicas porque se sabía que en esos años la televisión iba a ofrecer empleo: era la gran puesta en marcha de la ORTF.*

Sabíamos que al egresar, la televisión tomaría gente sistemáticamente. Y en efecto, así fue: la mitad de mi generación –más de la mitad, tal vez– trabajó para ella, no forzosamente bajo contrato [...]. Sobre veinte egresados éramos 12 chicas, pero en realidad para nosotras no había puestos de dirección, únicamente puestos técnicos [...]; de las 12, había dos o tres que querían dirigir y pensaban: "Vamos a pasar por el montaje y haremos dirección más adelante". Sólo una lo consiguió, más tarde. No antes de 1968 las chicas tuvieron acceso a esos puestos. En todo caso, nosotras nos imaginábamos nada más que como técnicas y sabíamos que teníamos que entrar a la televisión; nos habían elegido un poco para eso [...]. En esa época, para entrar en la profesión había una especie de rechazo hacia la gente que tenía esa formación, "Salieron del IDHEC, son pretenciosos, intelectuales, nos van a fastidiar" [...]. Pero teníamos la posibilidad –ése fue mi caso– de hacer pasantías en películas importantes [...].

—¿Cuáles eran sus proyectos cuando estaba en el liceo?

HÉLÈNE: Yo estaba en un liceo de señoritas, en una pequeña ciudad, digamos que en el segundo cinturón suburbano, y tenía la idea de ser asistente social; se da cuenta de que no tenía nada que ver [...]. Entre las chicas que estaban conmigo en el IDHEC, había algunas que tenían una vocación mucho más avanzada, mucho más segura, mucho más precisa [...]. Yo era una completa ignorante. Hombres como Henri Agel y Jean-Louis Bory me abrieron la cabeza y me enseñaron a conocer y amar el cine. Es cierto que un curso como el Voltaire y dos años de escuela nos permitían tener una pequeña cultura cinematográfica, pero eso nos transmitió sobre todo el virus del cine [...]. Al salir de la escuela, dos o tres veces me propusieron un trabajo anual en la ORTF como montajista, y dos veces lo rechacé cuando en realidad nos habían elegido en gran cantidad con ese objetivo; pero me negué porque resulta que en el año 1960, 1965, pese a todo, la profesión no andaba mal; éramos relativamente pocas y trabajábamos mucho, todo se conectaba, trabajábamos mucho y, al contrario, nos dedicamos al cine, acompañamos el movimiento de la *Nouvelle vague*, no teníamos ganas de trabajar para la televisión.

Un hombre era un ser superior; desde entonces me desilusioné un poco

—¿Cuál era la diferencia entre el propedéutico, el IDHEC y el liceo desde el punto de vista de las relaciones entre varones y chicas?

HÉLÈNE: Puedo decirle que el propedéutico lo hice como una continuación directa del secundario, sin una apertura de espíritu; había varones pero no los veía, estaba en la católica, era más serio [*risas*] para mi madre, que se preocupaba un poco por mi futuro [...]. Era muy boba en comparación con las chicas que ahora tienen 18 años. Vivía en los suburbios alejados, salía y volvía, lo que después me planteó problemas; cuando quería ir al cine a la noche, era una complicación. En la Ci-

*. *Office de radiodiffusion-télévision française*, Oficina de Radiodifusión y Televisión Francesa (n. del t.).

nemateca, me quedaba sin ver el final de casi todas las películas para no perder el último tren. Efectivamente, a los muchachos empecé a verlos a los 19 años en el Voltaire y el IDHEC; pero a causa de que mi educación había sido muy estricta, no tuve muchos contactos con ellos [...]. Lo importante para mí fue que a partir de los 19 años los varones hablaban de política. Era 1956, era Budapest. Estaban los comunistas que apoyaban el golpe. Fue eso lo que me abrió la cabeza; yo no tenía ninguna formación política. En mi casa nunca se hablaba de política, y ahí aprendí, era la guerra de Argelia, íbamos a las manifestaciones [...]. Aprendía cosas. Escuchaba y después elegía mi bando en función de lo que había escuchado [...]. Todos eran comunistas o simpatizantes de los comunistas, todos de izquierda, todos estábamos contra la guerra de Argelia. Siempre había manifestaciones y yo participaba, muy sinceramente; creía en ellas y pensaba efectivamente que era lo que correspondía hacer, que era la verdad, era muy sincero de nuestra parte, y en 1958 todos votamos como un solo hombre contra la llegada de De Gaulle al poder.

—¿Tenía compañeros que ya vivían en pareja?

HÉLÈNE: Sí, claro, había algunos que se ponían en pareja, había amoríos, todo lo que quiera [...], yo no tuve, pero era porque a los 19 años, pese a todo, era muy limitada, no conocía gran cosa, tenía que aprender a vivir; tuve que pasar todo el IDHEC para empezar a tener una vida normal. Por mi educación, estaba muy bloqueada. Tuvo que pasar bastante tiempo para que me desbloqueara. Si no hubiera caído en un ambiente como el del IDHEC, con todo un medio intelectual, no sé, habría sido funcionaria, habría tenido una evolución mucho más lenta.

—¿Cómo miraba a los varones en esa época?

HÉLÈNE: Estaba más o menos enamorada de uno u otro, los admiraba.

—¿Qué era lo admirable en ellos?

HÉLÈNE: No había nada de admirable salvo que querían ser directores. Yo sabía que no quería serlo. Efectivamente, toda la vida me atuve a eso; con eso me basta, me resulta suficiente. Además, no sentía deseos de creación, no tenía ambición, y para mí era algo milagroso todos los que iban a ser directores, los varones. También había músicos entre nosotros. Estaba completamente pasmada de que pudiesen ser creadores y fascinada por los hombres, así que me costaba mucho acercarme a ellos. Para mí un hombre era verdaderamente un ser superior; desde entonces me desilusioné un poco [*risas*], éramos un poco noveleras, simplonas.

Mi carrera se abandonó sola

—¿Cree que en su trabajo es ventajoso estar en pareja?

HÉLÈNE: Creo que sí, salvo que a veces puede haber competencia dentro de la pareja misma.

—¿Conoce casos entre sus allegados?

HÉLÈNE: Sí, conozco algunos; parejas en que ambos son realizadores, a veces las cosas pueden andar mal.

—En su opinión, ¿cuáles son las condiciones para que funcionen bien?

HÉLÈNE: Es preciso que uno de los dos sea bastante humilde, que pese a todo no tenga ambiciones personales. Creo que si los dos tienen ambiciones personales, es difícil.

—¿No puede ser que las tenga cada uno a su vez? ¿Esa situación no se da?

HÉLÈNE: A lo mejor existe, no sé, pero no demasiado. Conozco muchas parejas de esta profesión que se separaron; la mayoría se separó [...]. Es lo que perturbaba mucho a mis padres: se daban perfecta cuenta de que en esta profesión ninguna pareja era estable, y eso verdaderamente los inquietó mucho. Yo me consideraba muy segura de mí misma y creía poder hacer algo a largo plazo. Pensaba y sigo pensando que podía hacerlo. No soy muy frágil, pero creo que en esta profesión a la mayoría de la gente le resulta muy difícil abrazar proyectos comunes a largo plazo.

—¿El feminismo tuvo efectos importantes en su medio profesional?

HÉLÈNE: En principio trabajé sobre proyectos feministas, pero dependía mucho de los proyectos de la época; personalmente, creo que tuve una vida bastante autónoma, muy autónoma en lo que se refiere a mi carrera, en fin, mi oficio, mi profesión, y en cuanto al dinero. Pero no me ubico como feminista militante. En todo caso, me parece que mi vida prueba que sólo lo fui relativamente.

—¿En qué aspecto?

HÉLÈNE: Para mí, ser feminista significa sobre todo tener una independencia profesional y económica, pero eso no significa nada en el plano de las relaciones con un hombre; siempre las consideré en un plano de igualdad, pero no de competencia. La verdad es que si hubiese deseado ser directora, si alguna vez lo hubiera deseado, no veo por qué no iba a tratar de serlo; elegí ser montajista porque no tenía deseos de hacer dirección.

—Usted dijo que es preciso que uno de los dos sea

más humilde que el otro. ¿Conoce casos en que ese papel le toca al hombre?

HÉLÈNE: Y bien, sí, conozco [...] en que justamente el más humilde es el hombre. Pienso en varias parejas de amigos [...]. A lo mejor lo que le digo es un poco simplista, mucha gente se burlaría, pero me criaron de tal forma que me someto al deseo y la creación del otro, y ese otro era el hombre; a lo mejor, si lo hubiera deseado habría reaccionado de manera diferente, pero como no tenía el deseo de creación, sólo tenía una ambición: ayudar a otro a lograrlo.

—¿Se los veía como una pareja estable, de hecho, en un medio en que la mayoría no lo es?

HÉLÈNE: Absolutamente. Nos miraban de tal modo que mucha gente me dijo: "Oh, nos imaginábamos que su pareja iba a durar toda la vida, que era sólida y todo eso", lo cual era falso [...].

—¿La profesión no los separaba?

HÉLÈNE: No, él viajó cada vez más al interior y al extranjero; eso no nos separaba. Aunque es un oficio un poco loco, yo trataba de llegar antes de las ocho de la noche por las nenas [...]; con todo, eso era un fastidio en el plano del trabajo, no podía hacer exactamente lo que quería y renuncié a la idea de tener una carrera. Mi carrera se abandonó sola porque yo hacía cada vez más cosas marginales [...]. Gradualmente, la cosa se vino un poco abajo; no fue del todo a causa de las nenas, fueron las circunstancias que hicieron que no estuviera en el cine comercial.

—¿Tenía usted una idea determinada de lo que quería hacer?

HÉLÈNE: Sí, tenía una idea determinada, que era no hacer cualquier cosa, negarme cuando se trataba de asuntitos mediocres.

—¿Hablaban entre ustedes de las elecciones personales?

HÉLÈNE: Sí, hablábamos mucho. Por ejemplo, en 1974 dio la casualidad de que tuve que hacer algo con una productora de televisión, y la pasaba muy mal y no tenía más que un deseo, mandar todo al diablo, porque verdaderamente era insoportable trabajar con ella [...]. Como efectivamente teníamos problemas de dinero, él me dijo: "Y bueno, es tonto, cuando uno ha empezado algo, tiene que ir hasta el final", y después, en definitiva, la verdad es que yo también pensaba que había que llevar hasta el final lo que se había iniciado, así que me obligué a terminar, lo cual me hizo perder un año. Después los dos dijimos: "Cometimos un error, mejor hubiera sido que te mandaras a mudar".

Parece otra persona

HÉLÈNE: [...] Teníamos amigos comunes desde hacía más de veinte años, que a veces eran amigos de él o míos [...]. Pero poco a poco conocimos otros [...] y además pasó algo diferente: en los últimos años él hizo amigos propios, más personales, eran "sus amigos", digamos, porque con los años nos habíamos vuelto un poco diferentes en nuestras relaciones. Nos separamos poco a poco. Yo empecé de nuevo a hacer largometrajes, trabajé con gente que él conocía menos y además él hizo cosas en televisión, en vídeo, en las que yo no participaba. Por entonces yo no conocía la técnica del vídeo. Y además, como aparte del cine él tenía otros intereses profesionales, otros intereses intelectuales, se hizo muchas amistades paralelas, que se convirtieron un poco en amigos comunes; me aceptaban como su mujer, pero sus últimos amigos eran más suyos que míos. Me doy cuenta de que no veo más a esa gente, mientras que a nuestros amigos comunes sigo viéndolos; él, en cambio, ya no los ve.

—¿Cambió de vida?

HÉLÈNE: Parece otra persona, hubo una especie de quiebre, de ruptura. Lo que veo, en efecto, es que no tiene muchas relaciones ni con sus hijas ni con sus viejos amigos.

—¿También cambió físicamente?

HÉLÈNE: Físicamente sí, pero es más bien una especie de cambio de personalidad que, quizá, según mi análisis, se produjo subrepticiamente durante estos últimos diez años [...]. Yo había tomado conciencia de algunas cosas desde hace diez años; ya en 1985 hubo rupturas y cosas que pasaron que yo conocía y sabía, habíamos vuelto a irnos; después yo fui menos vigilante porque con la vida –mis padres, que fallecieron; montones de cosas que pasan en la vida–, me ocupé un poco más de mis hijas, de mis padres, y menos de él. Y después, listo. Por otra parte, también mucho más de mi profesión, porque me puse de nuevo a hacer largometrajes; estos últimos años trabajé mucho.

La profesión ya no volvió a unirnos

HÉLÈNE: [...] Y además está el hecho de que, efectivamente, desde hace unos diez años la profesión ya no volvió a unirnos; de modo que él hizo más televisión, documentales, y yo más películas de ficción; en 1985 él hizo una película que me gustó mucho, pero me volví más distante y se daba cuenta.

—¿Sentía que usted juzgaba su trabajo?

HÉLÈNE: A lo mejor se sentía juzgado en su trabajo; yo tenía menos admiración por él, y realmente nunca hablamos de eso [...]. Es una persona que tenía posibilidades fantásticas, que era muy rico desde el punto de vista de la cultura, de la sensibilidad; también desde el punto de vista creativo, y que al contacto con la profesión se endureció poco a poco, porque la profesión es muy dura; que verdaderamente no pudo hacer lo que quería porque el oficio no se lo permitió, trató de hacer largometrajes y no lo consiguió porque se vio obligado a hacer televisión como todo el mundo, además eso lo empobreció un poco y después, gradualmente, se volvió cada vez menos exigente con lo que quería hacer, se dejó ganar por el facilismo, aceptó cosas demasiado fáciles en televisión. Tengo otros amigos que no lo aceptaron, que zafaron de eso porque no lo aceptaron. Pero fue duro para ellos, pasaron momentos difíciles, mientras que a lo mejor él aceptó porque, efectivamente, teníamos hijas, pero bueno, los otros también tenían hijos [...].

—¿Usted no se lo advertía?

HÉLÈNE: Me tocó hacerlo al final, pero a lo mejor no lo suficiente. Además, ¿tenía derecho a advertírselo? Al cabo de cierto tiempo, ya no creía tener derecho a influir en su carrera; me parece que él era dueño de sí mismo.

—¿Acaso él consideraba que usted le dirigía una mirada profesional, entre comillas?

HÉLÈNE: Puede ser que al final ya estuviera harto de esa mirada profesional y que haya querido librarse de ella, pero al mismo tiempo –me lo dice ahora– cuando más unidos estuvimos fue mientras trabajamos juntos, lo que tal vez sea muy cierto, y si es así es triste, pero probablemente sea muy cierto. Los 15 primeros años de su vida profesional, en los que yo pude ayudarlo, él pensaba que era un aporte. Ahora piensa sin duda que ya no lo era, que ya no le servía para nada; es muy probable que tenga más necesidad de alguien con quien compartir el mismo objetivo preciso en el plano profesional; no sé, no puedo saberlo [...].

No conozco muchas parejas de muchos años que trabajen juntas; en las que conozco, la mujer, efectivamente, en general no tiene la misma ocupación: el hombre es director, la mujer no; a lo mejor no está en el cine o si no, si trabaja en él, hace producción, secretaría, pero como agregado. No conozco mucha gente que haya vivido mucho tiempo junta así.

—¿Le parece más fácil cuando no tienen la misma ocupación?

HÉLÈNE: Creo que es más difícil, porque muchas veces esas personas que no están en la profesión no entienden la necesidad de ponerlo todo en ella, no se integran, pero, con el tiempo, ¿no es mejor?

En esta profesión, lo habitual es cambiar de pareja

—Las mujeres de las generaciones más jóvenes que se incorporaron a la profesión, ¿es más frecuente que sean solteras?

HÉLÈNE: Las más jóvenes, que tienen 40 años, no. Las de mi edad que asumieron el celibato como una vocación pretenden mantenerse todavía en esa actitud, pero las mujeres que pasaron de los 50 y son solteras casi por elección son muy desdichadas. Es una catástrofe, viven muy, muy mal, se sienten muy desgraciadas, realmente es lo peor de todo, se arruinaron completamente la vida por la profesión, la mayoría del tiempo por elegir la libertad, la independencia y la profesión. Hay que ver con qué energía, una vez que cumplen 40 años, tratan de repente de tener un hijo, no importa cómo. Cuando no lo consiguen, es una catástrofe. Las otras mujeres que conozco que, en cambio, ya entraron en los 40 y tuvieron en realidad a la edad "normal" una vida de pareja "normal" con hijos y que todavía viven juntos luego de 15, 18 años, lo logran efectivamente; creo que son muy fieles, también creo que forzosamente hay uno que domina al otro, en general el hombre; si domina la mujer, supongo que se mantiene independiente, que no se casa, o si no, vive en pareja pero sin estar casada; de todas maneras, ya no se casan para ser más autónomas; pero parejas como la nuestra, creo que ya no se ven en la profesión [...]. Hoy, las parejas tienen hijos, viven juntos una determinada cantidad de años y después, cuando cumplen 30, 40 años, encuentran otra pareja con la cual pasarán el resto de su vida sin casarse. Creo que es más así como está establecida la cosa. Es decir, como si la segunda elección fuera más segura. No sé si es el caso de mi marido, no sé nada [...]. Para mí es diferente, me llega demasiado tarde en la vida [...].

Yo no soy la medida de lo que pasa habitualmente en este medio. Creo que en general, el hecho de cambiar de pareja siempre es fácil para un hombre. Para una mujer, a cierta edad ya no es fácil [...] pero a lo mejor lo que le digo es un poco demasiado simple, un poco simplista.

Tengo la impresión de que mi autonomía me estafó

HÉLÈNE: [...] Al margen del problema de la organización de la educación de los hijos, teníamos una vida completamente independiente y libre: él hacía realmente lo que quería, como quería y cuando quería. Pero a lo mejor no piensa lo mismo.

—¿Era usted quien se encargaba de las niñas?

HÉLÈNE: Sí, era yo, pese a todo.

—¿No pertenecen a la generación que compartía las tareas?

HÉLÈNE: No, no somos de esa generación; desafortunadamente. Creo que formo parte de la generación anterior, que se educó con esquemas un poco antiguos, un poco con la idea de que la mujer, con todo, debe tener las responsabilidades en la casa y asumir por lo tanto lo que se refiere a la alimentación del hijo, la alimentación de la familia, las compras y todo y, efectivamente, él no intervenía en el reparto de las tareas, mientras que ahora creo que *sí* lo hace. Pero es mi culpa, a la fuerza, no tenía más que pedírselo; sin embargo, me parecía normal hacer las cosas en casa, aunque no tenía más que pedírselo, a lo mejor él lo hubiera hecho; como su mayor interés era la profesión, la profesión, la profesión, yo le dejaba la posibilidad de ser totalmente libre en ese aspecto, ciento por ciento. Sin duda me equivoqué [...]. A lo mejor no arrancamos de bases bien claras, bien precisas, no sé, no consigo analizar con claridad las cosas. Tengo la impresión de que él me dominaba de todos modos. Tal vez partimos de bases rengas; no hace más de un año y medio que se fue, todavía no hice la división de las cosas.

—¿Qué es lo que cambió, concretamente, en su vida?

HÉLÈNE: Muchas cosas. Justamente, tengo un poco la impresión de haber sido estafada. En el plano sentimental prefiero no hablar, porque a lo mejor usted pensaría que soy un poco demasiado romanticona, novelera, así que no vale la pena hablar de eso, pero en el plano puramente social –y lo que voy a decir le va a parecer más que clásico, y tal vez un poco reaccionario– tengo la impresión de haber sido un poco estafada, en la medida en que compartimos en todos los aspectos algo en común durante más de veinte años y ahora me encuentro con que tengo que asumir todo sola en el plano económico, y no hay duda de que eso me lo largó brutalmente de la noche a la mañana al no compartir ya nada en absoluto lo que son mis cargas en ese nivel, ni siquiera en lo que respecta a las chicas; seguramente pudo hacerlo con mucha más facilidad por el hecho de que yo era independiente, tenía una profesión, era libre, era autónoma. En definitiva, lo que quería mi padre, que yo fuera autónoma, y lo que yo deseaba, ser autónoma; tengo la impresión de haber sido un poco víctima del feminismo, del hecho de ser autónoma, en la medida en que me imaginaba muy bien que, como algunos de su generación se casaron con mujeres que no trabajaban, no las dejarían jamás a causa de eso. Creo que si le dijera eso, se reiría y me diría: "No, no, desde luego, de todas maneras me iría", lo que sin duda es verdad, seguramente se habría ido pero, digamos, lo hizo con cierta desenvoltura, diciéndome: "Paga todo lo que tengas de pagar, yo ya no me hago cargo de nada", es decir que me impuso todo [...]. Como por el momento no inicié los trámites de divorcio, no pudimos arreglarlo de manera oficial, judicial, pero la verdad es que ahora me encuentro con las mismas cargas, mi hija menor todavía vive conmigo; sin su aporte se hace muy pesado, muy difícil, y él obró con más ligereza por el hecho de que sabía que soy autónoma. Como en estos últimos tiempos trabajé mucho, no tiene ningún sentimiento de culpa.

—¿Siempre conseguían compartir bien sus vidas profesionales?

HÉLÈNE: Cada uno tuvo siempre su propia vida, yo hago mis propias películas, a lo mejor las que hago no le gustan y entonces, listo, hablamos de ellas. Cuando ve una película él es capaz de decir: "Pienso esto, pienso aquello, está bien, no está bien, ahí no tendrías que haber hecho eso", pero creo que estos últimos años le importaba poco lo que yo hacía, y por mi parte yo sentía menos admiración por lo que él hacía [...]. Creo que la partida de mi marido no fue sólo una conclusión de la vida de una pareja, fue también un momento de su vida profesional que cambió, que se dio vuelta –en qué sentido, no puedo decirle; todavía no tengo los elementos para hablar de eso–, la mía forzosamente no se viene abajo porque no tengo ambiciones personales, mi meta es seguir haciendo montajes, no cambia, así que no hay crisis en el plano del trabajo [...], mi vida es más simple, es el montaje, los hijos y además era él; para él, evidentemente no es así; pese a todo, es el éxito profesional antes que cualquier otra cosa; ahora bien, en los últimos años era notorio que había un problema, que no es de él solo sino de toda una generación, problema que va a ser aún más crucial en los próximos años para toda una generación. Él llega a los 50 años sin haber hecho la obra que le habría gustado hacer,

está claro, todo lo que pudo hacer en estos últimos diez años, aunque haya algunas cosas buenas, no todas lo fueron, también hizo cosas mediocres; para él es urgente, ahora o nunca, creo que es consciente de eso y que tiene miedo, y el irse de aquí también... Yo, que soy un poco más simple, con ideas un poco más cuadradas, que tengo elecciones más precisas de vida, más, digamos, "morales" entre comillas, que quiero seguir una línea recta, sin duda lo incomodaba en la medida en que él ya no sabía bien dónde estaba y oscilaba entre varias posibilidades, incluso la de abandonar la profesión, cosa que a mí no me dijo pero sí a sus hijas, y a lo mejor piensa: "Me engañé durante veinte años, no seguí el buen camino"; en fin, no sé, debe de cuestionarse muchas cosas.

Decía que estaba harto de tener que volver a aprobar el bachillerato con cada película que hacía

HÉLÈNE: [...] En nuestra profesión, no se construye necesariamente una carrera cada vez más sólida. Como él decía, cosa que lo hacía desdichado: "Estoy harto de tener que volver a aprobar el bachillerato con cada película que hago". Efectivamente, uno tiene la impresión de que cada vez tiene que probar que sigue existiendo, que sigue siendo el mejor, que hizo algo bueno, cosa que en realidad no les pasa a los técnicos. Si hacemos una película que no camina, también tenemos repercusiones negativas, pero no tanto como un director. Para él es dramático, es dramático si hace algo que no es reconocido en cada oportunidad; a los 40 años, es el deseo de que lo reconozcan cada vez más, si no lo reconocen verdaderamente como el mejor, se puede considerar un frustrado [...]. Las mujeres directoras chocan con el mismo problema, y es aún más grave por el hecho de que son mujeres, porque entonces, pese a todo, es mucho más difícil, aun en nuestros días, llegar a hacer cosas cuando una es una mujer; es aún más difícil probar que se es capaz.

—¿Para usted es más fácil trabajar con una mujer?

HÉLÈNE: A mí me resulta más difícil [...], con las mujeres a veces tengo buenas relaciones, y otras veces, relaciones insoportables; [...] una mujer tiene que afirmarse todo el tiempo e incluso llega curiosamente a tener conflictos y a ser opresiva, cuando en realidad es una mujer que trabaja con otra mujer [...]. Las mujeres que dirigen son verdaderamente mujeres muy duras, y las que conservan su femineidad [...] tienen muchas dificultades, porque las cuestionan precisamente por su especificidad de mujer, hacen cine de una manera muy femenina y eso se les reprocha constantemente. O bien, tienen que pretender hacerlo como tipos [...].

—Para volver a la crisis profesional de los hombres, ¿cree que una pareja puede resistir esa situación?

HÉLÈNE: Creo que es posible resistirla. El problema, a lo mejor, es que efectivamente cuando una la vive no toma conciencia de ella, sino que lo hace después [...].

—¿Y sus colegas más jóvenes logran conciliar vida profesional y vida familiar?

HÉLÈNE: La verdad, no se lo puedo decir: no conozco lo suficiente a las jóvenes. Las más jóvenes que conozco tienen 40 años, con hijos que andan ya en los 10 años. Las más jóvenes que conozco son solteras, tienen 26, 30 años, y por el momento quieren seguir solteras y trabajar para tener éxito; tendrán hijos, sin duda, una vez que esté garantizado su éxito profesional.

—¿Como resultado de eso no ejercen presión sobre las otras?

HÉLÈNE: Sí, sí, algunas sí, desde luego. Pero están sobre todo las presiones de la profesión, es la profesión la que quiere que pase eso. Por ejemplo, en los largometrajes, cuando quieren asegurarse una buena mezcla de sonidos y hay que pasarse horas todas las noches, hasta las nueve o las diez, seguro que no van a tomar a una mujer que acaba de tener un bebé. Yo logré continuar en mi profesión tratando de imponerle horarios al director; ya era jefa, no asistente. Si todavía hubiese sido asistente, no sé si hubiera podido.

—¿Puede suceder que un director le reproche a un integrante de su equipo que ponga su vida familiar por encima de su vida laboral?

HÉLÈNE: Reproches directos no, pero reproches indirectos sí [...], se da por sentado que cuando se toma una asistente, tiene que disponer de tiempo libre.

Una termina encontrándose sola

HÉLÈNE: [...] Las jóvenes pueden creer en la vida de pareja; simplemente no ponen todo en ella, piensan efectivamente que puede pasar cualquier cosa, en cualquier momento, que nada es definitivo, cosa que aunque yo me la decía –que nada está jugado definitivamente–, pese a todo creía, tenía una especie de voluntad de creer –bueno, también era mi naturaleza–, pero quise creer en eso pese a todo. Él también quiso creerlo; también intentó creerlo y después la vida le hizo comprender que era difícil; pero sufre, sin duda menos

esa especie de fractura en su vida, porque a lo mejor depositaba menos en la pareja de lo que yo puse en ella durante más de veinte años. Así que debe de sufrir menos a causa de esta especie de... fracaso. De modo que no es una víctima y yo en cambio sí me siento víctima, bastante erróneamente. No creo que a todos los miembros de mi generación les suceda lo mismo; hay muchas mujeres que son capaces de afrontar más serenamente esta situación.

—Pero, de todas maneras, su trabajo le deja poco tiempo para la vida familiar; concretamente, ¿cuántas horas representa el montaje?

HÉLÈNE: Tenemos plazos bastante estrictos. Normalmente, ocho o nueve horas por día tienen que ser suficientes; más nueve que ocho. Calculo que salgo en general a eso de las nueve y vuelvo a las siete y media de la tarde, de modo que son 11 horas de ausencia, de las cuales nueve son de trabajo. Hay películas en las que todavía acepto más trabajo. Y hay montajistas que trabajan aún más, que trabajan como locas; tengo amigas que trabajaron para ser libres, que les encantó su trabajo, trabajaron mucho y ya no tuvieron vida personal, que a fuerza de no tener más vida personal tuvieron que trabajar para tapar los agujeros. Hay una especie de círculo vicioso: como una está sola, trabaja para ganar dinero, y a fuerza de trabajar está sola, muy sola, y después termina, a los 45 años, encontrándose sola y no le queda más que trabajar hasta el fin de sus días. Es un poco mi situación ahora; ahora, tras haber depositado mucho en el trabajo, pese a todo, tras haber trabajado y criado a mis hijas, me doy cuenta de que me pregunto, ¿cuál es mi futuro? Actualmente tengo que seguir trabajando, en primer lugar tengo que asumirme, es preciso que viva sola, así que es un poco como si fuera soltera, salvo que tengo la suerte de tener hijos [...]. Es una profesión que no hay que idealizarla, se invierte mucho mientras dura un montaje, una tiene relaciones muy de compinches, es muy cálido y después, se termina la película y paf, todo el mundo se va. Hay que acostumbrarse a esas separaciones al terminar una película; luego de treinta años una se acostumbró, pero al principio es duro porque, la verdad, se deposita mucho, mucho, demasiado [...]. El balance que yo hago es más bien negativo en el plano de la relación de pareja, porque concretamente, mi pareja se rompió, pero también porque cuando repaso las razones por las que no queremos vivir más juntos —razones no sólo personales sino también profesionales— uno se da cuenta de que vivíamos un poco basados en engaños [...].

Estoy a caballo entre dos generaciones: quise tener autonomía y libertad y, al mismo tiempo, sentí que no era capaz de asumirlas completamente porque pese a todo quería vivir de manera clásica, como había aprendido y como a lo mejor me habría gustado vivir [...]. No pude liberarme totalmente y, por lo tanto, soy un poco víctima de mi educación, y además, del hecho de ser demasiado vieja: habría que tener 15 años menos para vivirlo bien [...]. En definitiva, todo el mundo se queda muy solo frente a las ideas que tiene. Al imaginarme que me casaba con el proyecto de un hombre, me engañé completamente, aunque haya sido cierto durante algunos años; puede serlo algunas veces, pero es raro. En términos absolutos no es cierto. No traté de saber por qué; es demasiado duro.◆

Diciembre de 1991

La maldición

Abdelmalek Sayad

¿Qué es una vida de trabajador inmigrante? Para responder a esta pregunta con todo conocimiento de causa, hace falta, en un primer momento, haberla vivido intensamente y, como suele decirse, "sin pensarlo demasiado". También es preciso que, a raíz de algunas circunstancias propicias para favorecer el distanciamiento: el fallecimiento de los padres, la emancipación de los hijos –varones y mujeres–, la enfermedad, el accidente laboral, la prejubilación y la jubilación –otras tantas oportunidades de experimentar la vacuidad de una existencia que sólo tiene sentido por el trabajo–, se haya constituido poco a poco la disposición particular que permite "mantenerse a distancia de la vida y sus mentiras", es decir, de sus vanidades, fórmula casi ritual de la sabiduría tradicional, empleada aquí en el sentido pleno: "Suspender la vida para mirarla tal como fue", desplegarla ante sus propios ojos como un objeto de observación, al cual se aplique precisamente todo el poder de reflexión dado por la experiencia ganada a lo largo de esa vida a quienes tienen la inquietud de "conocerse y conocer la vida a pesar de sus engaños (*ghadra*: la trampa, la traición)".

Abbas, que habla en esos términos, es uno de ellos. Ex obrero, hoy jubilado, de una gran empresa industrial de la región parisiense, es, a su manera, un intelectual. Más que las indicaciones, breves y alusivas, que da sobre sus orígenes sociales ("Mi padre no estaba hecho para ser *fellah*", "Mi abuelo era el letrado de la familia, siempre vivió del Corán"), la prueba de ellos la aporta todo su discurso y, en particular, esa especie de distancia de su propia persona que llama dolorosamente "el divorcio de mí mismo". Al asociar la experiencia directa, largamente vivida, de la condición de inmigrante y la postura reflexiva que permite elaborar, en principio para él, su propia experiencia, someterla a un examen crítico y, más raro aún, comunicarla a los demás a la manera de la narración aparentemente más corriente (como aquí), él escapa a la alternativa habitual de la experiencia muda y el discurso vacío sobre una experiencia inaccesible (el mundo de la inmigración y su vivencia están, sin duda, absolutamente cerrados para la mayor parte de quienes se refieren a ellos). En su caso, el investigado y observado se hace investigador y observador de sí mismo, y la presencia del investigador "profesional" no es más que la oportunidad inesperada de transmitir en voz alta el producto largo tiempo pensado y madurado ("Pensé mucho en todo esto… Más exactamente, no dejo de pensar, de dar vueltas y vueltas a todas esas preguntas en el fondo de mí") de la investigación sobre sí mismo. Producto que no está lejos de identificarse con el de la ciencia, en la medida en que el investigador y el investigado, al tener el mismo interés por la investigación que los reúne, se ponen de acuerdo, sin concertación previa, sobre la problemática, y el segundo se plantea las preguntas que al primero le gustaría plantearle.

¿Cómo se alcanza esa capacidad de "olvidarse de sí", como dice la persona en cuestión, para mejor "acordarse de uno mismo"? También

es en la conjunción de ciertas características sociales, y en especial en la relación, muy poco común en esa región de muy intensa y antigua emigración hacia Francia, que la familia de Abbas mantiene con el hecho de emigrar, donde hay que buscar el principio del desencanto profundo que incita al retorno a sí mismo. Para poder soportarlas, las condiciones de hoy instan a dirigir la mirada al camino que condujo hasta aquí, desde el famoso "primer día", lugar de la "maldición" inicial, y a reconstituir su génesis social y darle una especie de explicación; pero, a la inversa, las condiciones de ayer, que se complace en recordar, llevan a adoptar, sobre la situación de hoy, el punto de vista crítico que anuncia la lucidez de las palabras sobre su trayectoria personal (que es también una trayectoria colectiva) y, sobre todo, del efecto de liberación que produce el trabajo de autoanálisis y confesión de uno a uno mismo. Confesión del estado de crisis en que terminó esa "generación" de inmigrantes de los que ya no se puede sino hablar en pasado. "Hoy ya nada es como pensábamos."

Esa "generación" vive dramáticamente la ruptura radical con el estado anterior, que no está tan distante, y que el despertador de las conciencias que es Abbas califica retrospectivamente de "estado de sueño" ("estábamos dormidos") y de "torpor". Consciente de todo lo que lo separa del común de los inmigrantes, sus contemporáneos, con los que además comparte –insiste en esa comunidad de destino– la trayectoria y las condiciones de vida, los insta a una mayor vigilancia; los invita a una manera de "despertar" (*fayaq*).

Convencido de haber dominado su situación y asumido su "verdad", le gustaría que todos compartieran la que les propone y trabajaran para producir la suya propia y terminar con las máscaras y los disimulos que la inmigración exige de ellos para poder ser aceptados. El ejercicio no es fácil; se trata de una prueba extremadamente dolorosa, aun cuando todos sepan que esa revisión desgarradora es la condición de su supervivencia, de su resistencia al anonadamiento que los amenaza debido a los cambios que se producen en sus condiciones de vida y, sobre todo, en la representación que se acostumbraron a dar de sí mismos y de su estado de inmigrantes.

Abbas se siente en cierto modo predestinado a ese papel de despertador de conciencias. Tiene un sentimiento muy aristocrático de su distinción, que lo inclina a cierta conmiseración ("Son dignos de compasión", "Hay que abrirles los ojos [...], pero se niegan") con respecto a los demás, que rechazan la especie de ascesis que les propone no sólo con sus actos sino también, y sobre todo, con sus palabras. Todo su entorno, e incluso su propia familia, lo mira como una excepción, y experimenta hacia él a la vez la admiración, el respeto y la fascinación –pero también la exasperación y la irritación– que suscita toda excepción. Consultado por todos, los más y los menos allegados, rodeado a menudo de una numerosa concurrencia que va a escucharlo (lo llaman *cheikh*, sabio), se forjó una reputación de "solitario" y se repliega casi ostentosamente, aun dentro de su familia, en un "aislamiento" a la vez fingido y real que la inactividad no hace más que reforzar.

Hombre de verdad y rectitud, se le teme por la severidad de sus juicios y si se le reconoce que enuncia verdades, a menudo genera resentimientos por hacerlo. Es lo que sucede, en particular, cada vez que se aborda la cuestión de la situación de los hijos, oportunidad de advertir de la manera más evidente la intensa crisis que viven todas las familias inmigrantes, que se traduce aquí en la ruptura entre la generación de los padres y la de los hijos, producida en condiciones sociales y culturales completamente diferentes.

Que el sabio, a quien también le toca ser un profeta de la desgracia, proclame que la emigración fue un "error", que todo el mundo se equivocó en esa circunstancia, vaya y pase. Pero si afirma que la inmigración de las familias –la suya en primer lugar– es una traición, una renega-

una apostasía (en el sentido religioso del no) y que tuvo por consecuencia una total versión que hace que, como le gusta ir, "en lugar de trabajar por [su] prosperidad, los inmigrantes [en familia] trabajen en realidad por la posteridad de los otros", se verá en ella una enunciación muy difícil de soportar, porque es al mismo tiempo una *denuncia*.*

Con un "trabajador inmigrante"

Entrevista de Abdelmalek Sayad

"Nada fue como lo pensábamos"

ABBAS: No hay nada que funcione... Y hay que llegar al final, ahora que todo se terminó, para darnos cuenta de que no hay nada que funcione... Porque nos equivocamos en toda la línea: nada fue [*literalmente: nada salió... en el sentido de nada concluyó...*] como lo pensábamos. Ni siquiera yo escapo a eso. Dudo de mí... Creo que me miento. Pensé mucho en todo esto... Más exactamente, no dejo de pensar, de dar vueltas y vueltas a esas preguntas en el fondo de mí... Y cuando digo que pienso, es únicamente ahora que llegué a ese resultado, y porque llegué al resultado [*el-baqiqa*, la verdad, la realidad, la certeza] de hoy. Por lo demás, siempre son las mismas cosas las que vuelven a la mente. ¿Cómo llegamos ahí? ¿Somos los mismos, las mismas criaturas que el primer día [*de nuestra emigración a Francia*]? ¿Qué es lo que nos metamorfoseó? ¿De cuándo viene nuestra metamorfosis [*en el sentido fuerte, de una maldición divina*]? No la vimos venir, cayó sobre nosotros cuando era demasiado tarde para reaccionar contra ella. Hay que aceptarla como tal...; hay que aceptarse así. No hay nada más que hacer, como no sea dar gracias a Dios. Él sabe lo que hace; no somos más que juguetes entre Sus manos. Su voluntad nos gobierna.

—¿En qué consiste esa "maldición"? ¿Por qué esa "maldición"?

ABBAS: Pero para comprender eso, a lo mejor es preciso que le cuente todo desde el primer día. Sin eso, no se puede comprender nada. Yo mismo no comprendo la metamorfosis más que acordándome del primer día, reconstruyendo el itinerario que hemos recorrido... No soy el único... Pero los otros tienen la suerte de estar ciegos..., de no ver nada..., nada de las cosas que están muy cerca de ellos, a sus pies, en su propio vientre. No ven nada, no oyen nada; se olvidaron de todo, no se acuerdan de nada. Son felices.

[...]

Cuando uno quisiera, no sabría por dónde empezar... Sólo en la cabeza se pueden reunir todas esas cosas. Cuando se trata de decirlas, incluso en mi caso –a veces me pasa que me hablo a mí mismo, me hablo a mí mismo en voz alta, poco falta para que me tomen por un loco–, aparecen todas al mismo tiempo, en bloque, se mantienen juntas, no se las puede separar. Es confuso. Así que, incluso cuando me hablo a mí mismo, me interrumpo muy pronto: me callo y dejo que las cosas se confundan, se mezclen, reaparezcan todas juntas y vuelvan a irse como vinieron... No es fácil hablar de todo eso.

[...]

Cada período tiene sus problemas, sus dificultades y, con la edad, las cosas empeoran. Pero también se aprecian mejor, uno aprende a dividirlas: por un lado, las cosas sin importancia en las cuales uno antes se esforzaba; por el otro, las más esenciales que uno se inclinaba a descuidar, a despreciar. No son las cosas las que cambiaron en el camino, somos nosotros; es nuestra mirada sobre las cosas la que cambió con el tiempo.

—¿Por ejemplo?

ABBAS: Por ejemplo: antaño tenía una muy mala vivienda, en principio una sola habitación con tres hijos..., después un departamento insalubre con cinco hijos. Ahora un verdadero departamento, en un verdadero edificio, aunque sea en una HLM: es un progreso cierto. Pero únicamente en ese aspecto las cosas han cambiado: ahora que el problema de la vivienda se arregló..., descubrimos que por más real que sea, no es el problema, el verdadero problema, el que nadie puede arreglar, el que no tiene solución: nadie puede darle una porque ninguna solución puede venir de afuera. Ahí tiene un ejemplo. ¿Quiere otro? El trabajo es lo mismo: supe qué es la desocupación, los bajos salarios, la miseria del trabajador..., todo eso era un problema en su momento; luego, conseguí un trabajo permanente, 15 años en la misma casa, los salarios mejoraron; no es

una fortuna pero se puede comer, vestirse, educar a los hijos y ahorrar un poco... También ahí, ese problema que preocupaba y preocupa a todos los obreros, ahora que no se me plantea... o que se plantea de otra manera, descubro que tampoco es el verdadero problema.

—¿Cuál es entonces el verdadero problema?

[...]

¿No está ahí la maldición?

ABBAS: ¡El primer día! ¿Cuál es ese primer día? Yo me lo pregunto, me hago la pregunta a *mí mismo*. [...] Pensé mucho en eso. Traté de entender por qué ese "primer día" es diferente para mí del "primer día" de todos los demás [*inmigrantes*], porque hay un "primer día" para todo el mundo. ¿Por qué? Porque en mi familia yo soy el primero que emigró a Francia.

—¿Quiénes formaban esa familia?

ABBAS: Mi padre, su esposa –porque mi madre murió cuando yo tenía 12 o 13 años– un hermano menor, o más bien un medio hermano (era hijo de otra esposa de mi padre, que también murió en 1948; yo tenía entonces 17 o 18 años). Mi hermano mayor –somos hermanos de padre y madre– murió joven: a los 18 o 20 años, tal vez.

Me acuerdo de ese día: el 17 de noviembre de 1951; un día del que uno se acuerda siempre. Ya hacía varios años que le daba la lata a mi padre para venir a Francia. Él hacía oídos sordos, se resistía... Y sin embargo, no nadábamos en oro, éramos la familia más pobre de nuestra rama. Y había una razón para eso; una razón secreta, pero que formaba parte de nuestra mentalidad, de nuestra manera de ver las cosas del mundo. Yo tenía 21 años, era grande. Entre mi padre y yo hablábamos por interpósita persona; yo le enviaba a las personas a quienes podía decirles ciertas cosas y a las que mi padre les otorgaba algún crédito. Él, por su lado, me contestaba de la misma manera, pero no necesariamente utilizando esas mismas personas que iban a él en mi nombre. Al final, se habían formado dos grupos: mis "abogados" ante él y los "defensores" de su posición frente a mí. Ese trabajo de hostigamiento duró dos años. Sentí que había ganado la partida –si puede decirse así– cuando mi padre me contestó dándome sus razones, las razones de su negativa, por intermedio de la persona que yo había despachado junto a él. [...] Es un pariente, una especie de sabio, hombre muy serio, religioso, gran trabajador, piadoso, aunque haya pasado toda su vida en Francia. Mi padre lo estimaba mucho, y era una estima recíproca. Gracias a esta persona, que era obrero en Francia, mi padre suavizó su posición y su respuesta, pero sin dar, pese a ello, su consentimiento formal [...]. Así que vine a Francia en compañía de esta persona. Era mi primer viaje fuera de nuestra aldea y los alrededores, mi primer contacto con la ciudad: el tren, Argel, el barco, Francia... El 17 y 18 de noviembre de 1951. Tenía 21 años [...].

Mi padre (a quien yo trataba entonces de tiránico, de atrasado que quería la miseria) me reveló la razón de su oposición esa mañana del 17 de noviembre, cuando, tras habernos acompañado y llegado al punto en que debíamos despedirnos, me dijo, en el momento de los abrazos y en voz alta, como para poner de testigo a toda la gente que había allí, hombres y mujeres –porque también había mujeres, las esposas de los hombres que iban a marcharse–: "Dios es mi testigo, escuchen todos, jamás te pedí que te marcharas a Francia por mí, para mandarme dinero de Francia. En toda mi vida nunca pensé que pudiera pasarme una cosa semejante. ¡Tener que comer el dinero de Francia! Me lo había hecho una cosa impía. Quiero que todo el mundo lo sepa. Te lo suplico, guárdate ese dinero, guárdalo allá. Es un servicio que me harás; más que un servicio, una orden que te doy: ahórrame esa suciedad. Porque si me lo mandaras, no sabría qué hacer con él. Ni comerlo, ni quemarlo". Ésas fueron las últimas palabras de mi padre, murió algunos años después sin que yo volviera a verlo. Peor que eso: en el momento no entendí nada de esa exhortación. Pensé: "*Qué teatro* [*en francés*] está haciéndome". Sólo más tarde, cuando ya era demasiado tarde, apreció la importancia de sus palabras. ¿No está ahí la maldición? ¿No es esa maldición la que sigue persiguiéndome? Y persiguiendo a todos los demás, aunque no lo sepan...

[...]

El dinero de Francia es un dinero ilícito

—Hablemos un poco de su padre. ¿Quién era? ¿Un campesino que nunca salió de su casa, que nunca dejó sus campos, o él mismo trabajó en otra parte, a cambio de dinero?

ABBAS: [...] Mi padre, normalmente, no estaba hecho para ser *fellah*. Se convirtió en *fellah* por necesidad, cuando ni siquiera tenía tierra para cultivar o era tan poca que era una miseria [*el-miziria*]. Pero antes de mi padre, hay que empezar por mi abuelo. Mi abuelo era el más joven de la familia, tenía muchos hermanos y

muchos tíos [*paternos*]. Era el "letrado" de la familia, el último [*en edad*], un poco enclenque, un poco enfermizo; le hicieron cursar estudios [*coránicos*], siempre vivió del Corán, en principio en las *zaouiat** como *taleb* [*alumno*]. Usted sabe cómo era en esa época. Todo el mundo, los alumnos, los maestros y todos los hombres piadosos [*los "hermanos"*] que frecuentaban esos sitios, toda esa gente vivía en el lugar, junta. La *zauuia* recibía donaciones, organizaba colectas de provisiones; nosotros íbamos a recogerlas, también hacíamos la comida y estudiábamos al mismo tiempo, todos juntos. Lo educaron en ese medio, y se dice de él que aun casado y con hijos ya grandes, a veces se le daba por plantarlos a todos y volver de vez en cuando a la *zaouia*. Evidentemente, todo el resto, las cosas de la vida, no le interesaban. Cuando le tocaba trabajar, vale decir ganarse la vida, en los tiempos de *taleb*, iba a alguna aldea y le pagaban en especie, como se hacía en esa época, lo justo para vivir. Y por supuesto, cuando se hizo el reparto entre sus hermanos y sus tíos, él fue la víctima. No estaba ahí, no reparaba en nada de todo eso, ni siquiera sabía dónde estaban las tierras de la familia. Y con el pretexto de que no había trabajado, que no se había esforzado, que lo habían mimado al hacerlo estudiar, le tocó una parte muy pequeña, la más pequeña de la herencia; casi nada. Simplemente lo esquilmaron. Y según parece, mientras vivió jamás dijo nada, jamás protestó por absolutamente nada. Parece que el primero que consideró desagradable la cosa y después trató de rebelarse contra lo que le parecía una injusticia fue mi tío, el hermano mayor de mi padre; nunca lo conocí, murió antes de que yo naciera o en el mismo año. De él se dice que era más decidido, más resuelto, más enérgico que mi padre. Pero tanto uno como otro tenían la sensación de haber perdido algo y, sobre todo, de no estar hechos para lo que tenían que hacer. Aceptaron la situación; se sometieron, como decía mi padre, a lo que les había deparado el destino. Y no se trataba de desprecio por el trabajo de la tierra, como suele decirse; lejos de eso. Sencillamente, era porque no los habían educado en el oficio de agricultores y no había tierra para cultivar. Tuvieron que trabajar una enormidad. [...] No hay duda de que no llegaron a terminar su formación coránica: ¿habían cambiado acaso las condiciones de la profesión de *taleb*? Siempre les tocó tener que trabajar con las manos, cuando no estaban preparados para eso. Trabajaron mucho en las granjas como estacionales; ambos pudieron dedicarse a una especialidad que les evitó los trabajos pesados de la granja, como el manejo del pico o la cosecha de papas; aprendieron a injertar la vid. Hacían dos estaciones en el año: en la primavera, la preparación de los injertos o "el injerto sobre la mesa", como se decía; y en otoño, el "injerto en el surco". Mi padre, en especial, iba de Túnez a Marruecos, era muy conocido y apreciado. Eso es lo que fueron mis padres [...].

Sí, ya era una emigración [*literalmente, una "salida" de la región*], pero que no tiene nada que ver con la mía... Siempre era dentro del país, no tenían que atravesar el mar; era una emigración estacional: de tres semanas a un mes y medio como máximo; era trabajo de la tierra, vivían en la granja y no en la ciudad... Y sobre todo, para mi padre –es algo que le oí decir muchas veces–, siempre dentro de un país musulmán. Ése era su problema, el *dinero de Francia* es un dinero sospechoso, un dinero detestable, un dinero ilícito. ¡Se da cuenta por qué no lo quería! [...] Vivió de ese modo toda la vida, no tuvo ningún respiro, ningún descanso. Incluso mi emigración respondió, en cierta forma, a sus anhelos; muy a mi pesar, además no lo quise así pero correspondió punto por punto a lo que mi padre había previsto y, a lo mejor, había querido. Yo no quería admitir que él, en la situación de pobreza en que estábamos, pudiera rechazar el dinero que iba a entrar a su bolsillo. Para mí era incomprensible; y además me decía que no tenía derecho: si ésa es su voluntad, si ése es su capricho, si quiere vivir como un asceta, no tiene derecho a imponerles esa manera de vivir a los demás, a su mujer, a mis hermanos y hermanas, grandes y chicos.

—¿De qué manera su emigración respondió a los anhelos de su padre? No entiendo.

ABBAS: Respondió a sus anhelos en el sentido de que jamás tocó un franco de mi dinero. La vida no le dio tiempo para eso; ni a él, ni a mí. Llegué a Francia en una mala época: de 1951 a 1953 fueron años difíciles. Nunca encontré un trabajo que me gustara; trabajitos por aquí o por allá, y nada más. No me deslomé para mandarle dinero como se hacía en la época, porque me había puesto al tanto de su turbación: ¿ese dinero era lícito o prohibido? [...] No pedí dinero al llegar a Francia para mandárselo, como hacía todo el mundo en esos tiempos y todavía ahora: era eso lo que hacía

*Establecimiento religioso regido por una hermandad musulmana, especialmente dedicado a la enseñanza (n. del t.).

creer que en Francia el dinero se recogía a manos llenas, que bastaba llegar para encontrarlo... mientras que era precioso, raro, imposible –no sólo difícil– de ganar en Argelia. Sin embargo, en Francia no me faltaba apoyo: mi cuñado, en cuya casa caí y donde me alojé un buen tiempo; mi tío materno, que es un muy antiguo inmigrante, y muchos otros más, todos parientes más o menos cercanos [...]. Cuando por fin me instalé bien y empecé a establecer mi agujero, fue el desenlace fatal..., la guerra y sus desventuras [...]. Pero eso es otra historia. [*Su padre, por lo que dicen, fue una de las primeras víctimas de la guerra en la región, en la primavera de 1955.*]

Ése es el recuerdo que conservo de mi padre... No es siquiera la imagen de su rostro cuando nos despedimos. ¿Sabíamos que ya no íbamos a volver a vernos? Pero sí su voz, esa voz terrible que aún hoy resuena en mis oídos: "Acuérdate... que todo el mundo sea mi testigo... no hice nada para que te fueras a Francia, jamás te lo pedí, jamás te incité a marcharte; al contrario, hice todo lo posible para que la idea nunca se te ocurriera... Lo has decidido de otra manera. No puedo impedírtelo..., más adelante no te enojarás más que contigo mismo, cosa que no te deseo [...]". Y sí... Veía lejos. No me lo deseó, pero sucedió. Lo que él temía, sin duda, terminó por ocurrir, y antes de lo que él creía. Siempre oigo ese adiós. Me obsesiona. Cuanto más tiempo pasa, más se clava la cosa en mí. Y había terminado por decirme: "Te deseo buen viaje, que Dios te acompañe...".

[...]

Sabíamos que Francia no era el paraíso

—De modo que lo educaron en una familia a la que puede calificarse de "intelectual". ¿Qué es lo que ocurrió con usted en relación con eso?

ABBAS: ¿Familia intelectual? Es mucho decir. Mi abuelo, puede ser. Mi padre..., en esa generación ya se había terminado... En cuanto a mí, en absoluto; ya no es tiempo de devoción y, a lo mejor, ni siquiera de la simple fe, de la creencia.

—Sí, pese a todo queda algo. ¿En su infancia, qué encontró en su casa de esa herencia "intelectual"?

ABBAS: ¿Qué encontré en casa? Algunas láminas [*sobre las que se escribían los suras del Corán*], y las guardábamos como algo muy valioso, las tomábamos con respeto, porque era la palabra de Dios la que figuraba en ellas, y además me decían: "Esta lámina la escribió la mano de tu abuelo o tu tío". Algunos libros del Corán [*naskha*], bastante gastados, debían de haber servido. [...] Pese a todo, había en un cofrecillo... intocable, un librito que era la suma, el Corán en su totalidad. Aparte de esos ejemplares, algunas obras... de jurisprudencia, en especial Elboukhari [*jurisconsulto y teólogo*]. Lo sé porque venían a pedírselo prestado a mi padre. Además de ese pequeño fondo, mi padre había conservado, de su cuñado, el marido de la menor de sus hermanas, mi tía más joven, algunas obras, comentarios del Corán, obras de historia religiosa y también unas cuantas revistas en árabe, entre ellas *Elbassaïr* [*la revista de la "Asociación de Ulemas" en los años cincuenta*]. Ahí tiene el posible alimento de un letrado, que no era ni campesino, como todos los otros campesinos, ni verdaderamente letrado al extremo de vivir exclusivamente de su saber. Mi padre era un caso intermedio. Había aceptado –sin agrado, es de sospechar– abandonar su condición de letrado. Todo el mundo lo sabía y lo respetaba por eso. Respetaban en él al campesino que era y lo admiraban porque se había marchado para tener "las manos limpias", y resultaba que cumplía de maravillas su oficio de agricultor. Respetaban aún más al hombre piadoso que era. A menudo tenía prioridad sobre el *taleb* del pueblo. Por otra parte, éste hacía todo lo posible para coincidir con mi padre. Mi padre lo auxiliaba en todo, lo reemplazaba en la oración, en el sermón del viernes cuando no estaba... Mi padre participaba en todos los velatorios del pueblo y los alrededores, cuando había que pasar la noche en vela recitando el Corán. Pero no era un "profesional": siempre se negó a cobrar un centavo por ese servicio, mientras que los *talebs* profesionales tenían su salario [...].

Así era mi padre. Además, en esa época no había opción: marcharse a Francia era el camino de todos los jóvenes, ricos o pobres; era la única manera de demostrar que por fin se era un hombre y ya no un niño. En el fondo, mi padre jamás creyó que yo iba a hacer lo mismo que todo el mundo, que no esperaba más que eso..., la edad necesaria para eso... Era completamente lo opuesto de la vida que él imaginaba y que imaginaba para mí. Ya no eran tiempos de estudio sino de trabajo; y el verdadero trabajo está en Francia.

—En esas condiciones, usted mismo debe de haber recibido una formación coránica.

ABBAS: Cuando llegué, ya era demasiado tarde. Incluso era demasiado tarde para mi hermano mayor, que conoció mejor a su abuelo –dicen que murió en 1931–

y no pudo aprovechar la enseñanza que era de esperar. [...] De joven, yo dividía mi tiempo entre el trabajo de la tierra y el aprendizaje del Corán. Todavía era en la pequeña mezquita de la aldea y, sobre todo, en invierno; en verano, el trabajo en los campos no nos dejaba tiempo. Y además tuve la suerte de conocer a un muy buen maestro. Era un sabio, concienzudo. Pero todo eso seguía siendo cosa menuda [*bricolage*, en francés]. Cuando por fin llegué al *cuarto* [15 capítulos, la cuarta parte de los sesenta que tiene el Corán] en la mezquita de la aldea, ya tenía 13 o 14 años. Vivíamos en la miseria más negra, no encontrábamos nada para comer, había epidemias y la gente moría en cantidades incalculables. Mi padre quiso que yo continuara más lejos. Así que tenía que marcharme a una escuela de *zaouia*. [...] Además, estaba enfermo... Esa enfermedad me duró hasta que llegué a Francia y me internaron en el hospital, a causa de una crisis; eran "piedras en el riñón". Eso hizo que abandonara todo, no quería saber nada con esa vida. Por supuesto, cuando volví a la casa y me negué a regresar [a la *zaouia*], hubo un disgusto con mi padre; nos evitábamos uno al otro. Esa atmósfera de disgusto duró, más o menos intensamente, hasta mi partida hacia Francia.

Ésas son las condiciones en que vine a Francia. Como ves, ya en el punto de partida no había una gran alegría; es lo menos que puede decirse. Nunca es agradable dejar a la familia y el país para ir a otra parte. Aunque uno sueñe con irse, aunque se espere mucho, siempre se deja a los allegados y el mundo familiar con añoranza y pena. Cuando oigo decir que todos emigramos a Francia porque creíamos que este país era el paraíso, ¡me pregunto si nos toman por criaturas! Sabíamos que Francia no era el paraíso; sabíamos incluso que, en ciertos aspectos, era el infierno. [...] En mi caso, es más que eso: no sólo el dolor de la separación, no sólo la pérdida de la confianza que uno siempre tiene cuando está en su casa, el miedo a lo desconocido hacia donde se dirige, o si no, la nostalgia que se siente y que a veces remueve las tripas; a eso se añade el pesar, el pesar por la desobediencia. En el fondo de sí, mi padre nunca dio su consentimiento para que viniera a Francia, aunque en apariencia lo haya hecho; un consentimiento puramente formal. Eso no me lo perdono. Y me lo perdono tanto menos porque no sé cómo me encontré en la situación actual: casi cuarenta años más tarde, con mujer e hijos, cuando creía haber venido a Francia solo, para trabajar algunos meses, algunos años: dos o tres a lo sumo. Durante estos cuarenta años, si se suman todas mis estadas en Argelia, no debo de haber pasado en mi país más de seis meses. ¡Vaya a saber por qué!

¿Realmente alguien quiso esto?

—Usted me dirá por qué. O, más exactamente ¿cómo pasó todo eso?

ABBAS: Poco después de mi partida empezaron las cosas malas, las crueldades de la guerra. Aún antes de haber tenido tiempo de recuperarme de las dificultades del principio, de hacerme a Francia y a mi nueva situación –porque en el primer año de mi llegada había sufrido una enormidad el desempleo–, empezaron las desgracias de Argelia. Ni nuestra aldea ni nuestra familia se salvaron. En un comienzo, era el entusiasmo en todas partes... todo el mundo era voluntario: tal era *moudjahid*; tal otro, *mousabal*. Ya creían que estaban en una Argelia independiente. Incluso quienes tenían muy buenos motivos para desconfiar estaban a favor..., habían pedido perdón y hasta se superaban en su afán de emulación.

[...]

Cuando más adelante el ejército ocupó la aldea, estaban en primera fila; fueron sus guías e informantes. Pasaron cosas atroces en una y otra parte. Fue ahí donde murió mi padre. La aldea ocupada, la guerra entre los clanes de la aldea, las zonas prohibidas por todos lados, los bombardeos de la aviación... era el sálvese quien pueda. Quien podía marcharse y tenía adónde ir, adónde refugiarse, se escapó, solo o con su familia. Fue así como un pariente instalado en los alrededores de Argel recibió a mi esposa y también a mi hermana, con sus hijos. Y un día de 1956 toda esa gente desembarcó en Francia, llevada por ese pariente que ya no podía más.

[...]

Nos puso frente al hecho consumado [...]. El marido de mi hermana también estaba en Francia... Ya tenían tres hijos. Yo mismo tenía una chiquita recién nacida. Así que eran dos familias; no era poca cosa. Además, no las esperábamos para nada, porque no teníamos noticias en forma regular. De modo que hubo que improvisar todo. No teníamos una vivienda del tipo de departamentos para familias, grandes o chicos. Y en el París de esos años no podías conseguir una HLM, no había ninguna posibilidad. Nos arreglamos entre nosotros, con nuestros recursos, como siempre se hace en los casos de emergencia. De la noche a la mañana...;

ni siquiera: dentro de un mismo día, en el espacio de una jornada, entre la mañana y la noche, teníamos que encontrar alojamiento para las dos familias. No éramos los únicos en esa situación: empezaban a llegar familias por todas partes, sin duda por las mismas razones que nosotros, razones de inseguridad, de guerra, de muerte. ¿Qué teníamos para alojarnos? Un cuarto de hotel que compartíamos entre tres o cuatro, en los distritos 18, 19, 20, en Belleville, Ménilmontant, en la rue de Meaux, en la rue Secrétan; anduve por todas esas calles. E incluso era un privilegiado: éramos sólo dos para compartir el mismo cuarto por mes, vivía con un pariente de la misma aldea y la misma edad que yo y el cuarto era de él, estaba a su nombre. Entonces me lo dejó. Se fue con otros que lo hospedaron. [...] Decidimos juntar a toda la gente en la única pieza libre –lo que además permitía que mi esposa y mi hermana se hicieran compañía, porque no conocían a nadie ni nada de Francia–, y a la noche, cuando todo estaba ordenado y todo el mundo acostado, mi cuñado y yo nos íbamos a dormir a otra parte, donde encontráramos un sitio. La cosa duró así mucho tiempo: vivir en familia en una sola pieza, un cuarto de hotel... Luego –como era habitual en esos tiempos– hicimos un desvío por la antigua villa de emergencia, las barracas de Nanterre [...].

Eso es. En fin de cuentas, ahora que toda esa historia pertenece al pasado y uno empieza a mirar atrás (no hago más que eso, mirar atrás), ¿realmente quisimos eso? ¡Querer pasar nuestra vida entera en Francia... sin darnos cuenta siquiera de que en realidad la llenábamos con nuestros hijos, cuando creíamos tenerlos para nosotros! ¿Alguien quiso eso? ¿Alguien aunque sea pensó en eso? Por mi parte, confieso que en esa época nunca lo había imaginado. Nunca. No podía... Y nadie podía pensarlo. ¿Quise venir a Francia y trabajar aquí toda la vida? Y sin embargo es lo que hice. ¿Quise traer a Francia a mi mujer y mis hijos? Sinceramente, no puedo decirlo, no puedo confesármelo. En mis tiempos, eso todavía formaba parte de las cosas prohibidas, nadie lo mencionaba; era la vergüenza. Y sin embargo, pasó. Pasó en mi caso y en el de muchos otros como yo, incluso casi todo el mundo. Antes, no eran más que incidentes contados; eran una excepción los que tenían a sus familias con ellos en Francia. [...] Las cosas se aceptan como vienen. El que está aquí, en Francia, con su familia venida de allá –ahora son cada vez más los que se casan acá–, no puede no decirse a sí mismo y decirle a todo el mundo que lo que hizo es algo bueno. (¿Acaso no se dice de nosotros, los que emigramos a Francia, que somos viudos en vida de nuestras esposas y huérfanos de nuestros hijos?) Quien no tiene su familia con él, muy simplemente porque el azar de la vida no permitió que hubiera una emigración familiar, se desquita afirmando que está solo en Francia por su propia voluntad, porque le repugna el facilismo en que se dejan atrapar los hombres con poco honor. Es lo único que se oye entre inmigrantes desde que se hizo costumbre traer a las familias: tanto ayer como hoy, cada uno defiende su propia causa; y todo el mundo finge haber querido realmente estar en la situación en que se encuentra, y no le descubre más que ventajas. Conozco esas discusiones interminables desde que hay muchas familias en Francia y el final de la guerra de Argelia [...]. ¿Por qué? Porque ya no tenemos el pretexto, verdadero o falso, de la guerra y todos los riesgos relacionados con ella.

[...]

Ya es hora de darse cuenta de que ha llegado la ruina

—¿Pero qué otra cosa hacer?

ABBAS: Es cierto. Yo también me siento impotente, el más impotente de todos. Pero no me gusta cerrar los ojos. No me gusta que se fabriquen ilusiones [*ficciones*]. La verdad está en primer lugar en nosotros (o entre nosotros), nos debemos la verdad a nosotros mismos antes que nada [...]. Y es esa verdad la que trato de decirme y decírsela a los otros: a mí, en principio –y me la digo en silencio– y a los otros, después –si pudiera–, pero desafortunadamente son cosas imposibles de decir.

[...]

Me tratan de "salvaje". Escucho que lo dicen de mí; cuando tienen ganas de ser amables, dicen: "Es un hombre para la verdad, dice la verdad, ¡pero no se puede vivir con él, nadie puede aguantarlo!". Eso es lo que oigo decir de mí... Es cierto. La verdad lastima y debe lastimar. Cuando no lastima, es sospechosa. No soy yo quien lo dice, es el Corán. Me lo enseñó mi padre, no dejó de repetírmelo y yo me lo repito constantemente a mí mismo... La verdad lastima, a lo mejor es por eso que prefiero decírmela en silencio... Así no insulto a nadie... y nadie me insulta.

[...]

—¿Por qué cuando se trata de decir la verdad, de decirle al inmigrante su verdad, la que usted piensa, eso se convierte en un insulto, equivale a insultar?

ABBAS: La falta no está en haber emigrado para venir a

trabajar. Está en todo lo que lo siguió, la manera en que cada uno vivió todo este tiempo en Francia: lo que hizo de sí mismo, en primer lugar, durante todo este tiempo; lo que hizo de su familia, de sus hijos, a continuación. Es todo eso. Cuando hoy se mira todo eso, cuando se lo trae a cuenta mucho tiempo después, posteriormente, ahora que llega el final de nuestra vida aquí en Francia –porque nos acercamos al final total de la vida, nos acercamos a la muerte–, entonces ya es hora de darse cuenta de que ha llegado la ruina [*el* khala] total. No es para alegrarse. En el camino hubo desorden; en el camino, nos desviamos hacia Occidente [*hemos perdido el "Oriente"; Occidente es también el exilio*].

—¿Por qué fue de ese modo? Usted parece decir que hubo algo así como una "traición", como un error que no es sólo un error de conducta, sino de sí mismo y contra sí mismo; algo como renegar de sí.

Abbas: Sí, es completamente así. Renegamos de todo: de nosotros mismos, de nuestros ancestros, de nuestros orígenes, de nuestra religión. Hemos apostasiado.

[...]

Esa mezquita en la fábrica es pura mentira

[*Este hombre que comprendió con tanta claridad su condición de inmigrante y los efectos inevitables que la inmigración produjo en él y los suyos, también entendió el papel político que se hace desempeñar a una religión dominada en el trabajo de "domesticación de los dominados".*]

Abbas: Lo que hace al musulmán no es la mezquita, no es la oración. Se puede orar, ir todos los días a la mezquita, pero cuando la persona tiene el corazón negro, cuando está manchado, cuando todas sus acciones van al revés, la oración no puede hacer nada. Es para que lo vea la gente, es hipocresía [*elkhobth*], y los hipócritas siempre fueron numerosos en la religión. Más grave...: si sólo fuera esto no sería gran cosa, pero lo más grave es que a los "hipócritas" siempre se los escucha. Me acuerdo de que cuando todavía trabajaba, se habló mucho de una mezquita en la fábrica, y la cosa hizo mucho ruido. Todo el mundo se había puesto a opinar. Cada uno tenía su modo de considerar la cosa: algunos a favor... otros en contra... ¿Por qué una mezquita en la fábrica? Jamás había existido antes. En realidad, esa mezquita es pura mentira. Habíamos hablado mucho de ella en esa época. Nos hace falta una mezquita. Ya no sé qué pasa hoy en la fábrica, ya no estoy, pero sé que todo el mundo –empezando por los mismos que más encarnizadamente la reclamaban– se olvidó de que hubo una en la fábrica. Duró menos que un suspiro. Una vez dado el golpe –y puede decirse que lo dieron–, la mezquita no tenía más importancia, descubrimos la verdad del golpe que se montó –y muy bien–, y que era que la mezquita, en y por sí misma, no tenía ninguna importancia. En realidad no se trataba de ella sino de algo distinto, y eso para todo el mundo; todo el mundo estuvo de acuerdo y se encaminó en ese sentido. Yo conocía muy bien a todos los que en ese momento fanfarroneaban, "Les van a dar una mezquita; ¡quieran o no, se la vamos a arrancar!". A lo mejor se imaginaban que después de eso iban a ir derecho al paraíso. [...] Su victoria habría sido que se la negaran, y entonces la mezquita hubiera tenido precio, su verdadero precio. En vez de eso, se la tiraron a la cara como algo que no importa; es más barata que cien francos de aumento por mes, un aumento por el que habríamos tenido que hacer huelga, manifestarnos, hacer agitación con los sindicatos, negociar durante semanas y semanas antes de conseguirlo. Una mezquita es más barata, se le da menos consideración que a algunos francos. ¿Pero pueden entenderlo? Ni unos ni otros. Cuando dicen: "No hay iglesia pero va a haber una mezquita", no saben que la lucha habría sido feroz si hubiera habido algunos locos reclamando una iglesia. Pero entre ellos, ya se sabe, no puede haber locos de esa especie. Y para ellos la iglesia es tan respetable que no van a ensuciarla poniéndola dentro de la fábrica.

[...]

Incluso ahora, que estoy jubilado y dejé la fábrica, ya no sé qué pasa allá, pero siempre me pregunto por qué aceptaron abrir un salón que se llamó mezquita. ¿Por qué lo aceptó la fábrica, por qué lo aceptó Francia? No puedo presentar la prueba, no la tengo. Pero estoy seguro de que tanto la fábrica como Francia lo aceptaron contra el islam...

—¿Por qué? ¿Porque Francia es cristiana?

Abbas: No, no es porque sea cristiana. Es porque la tiene sin cuidado. No tiene nada que hacer. Ni con el islam ni con su propia religión. [...] "Quieren una mezquita, la tendrán; démosles una mezquita..., lo esencial es que nos dejen en paz..." Así es como entendí la cosa. Es más bien por desprecio. [...] Sí, nos tocaba a nosotros imponer el respeto debido a la religión y hacer volver al orden a los perturbadores que creían hacerse populares exigiendo la mezquita... Había que entenderlos en ese momento. Iban a decir en todos lados que doblegarían a la patronal, al gobierno, a Francia y a

todo el mundo. Presentarían la cosa como un desafío, una manera de embromar a la dirección: o ésta cedía, y entonces se imaginaban victoriosos, unos héroes; o se niega, y también ganan porque tuvieron la audacia de librar contra ella un conflicto como nunca se vio antes. Si la cosa se da, tanto mejor; si no, habremos embromado bien a la dirección. En los dos casos, querían aparecer como buenos musulmanes, defensores del islam. Nosotros no podíamos ponernos en guerra públicamente contra todo el mundo, porque habría que haber peleado contra todo el mundo, contra los que exigían la mezquita a la patronal, contra todos los obreros que eran musulmanes o creían serlo –hubiéramos aparecido entonces como enemigos de la mezquita y de la religión– y también, desgraciadamente –y es eso lo que lastima–, contra la empresa que, sin duda, no tenía ganas de entrar en conflicto con una parte del personal. ¿Por qué? ¿Por una mezquita? Acepta hacerlo cuando se trata de los salarios, las condiciones laborales, pero por una vulgar mezquita, es decir, ¿qué? Un depósito, 15 metros cuadrados... no valía la pena. Y por cierto contaba con tomarse revancha, con recuperarse y hacer pagar su generosidad, su tolerancia que no le costaba nada, con otra cosa. Llegado el momento, se acordará y dirá: "Querían una mezquita y la tuvieron; una mezquita en la fábrica quiere decir al menos un cuarto de hora restado al tiempo de trabajo...". Y para ella eso se refiere a todos los obreros que son de religión musulmana, recen o no recen, eso la tiene sin cuidado. "Un cuarto de hora sin reducción de salario quiere decir un aumento salarial del mismo monto... y ese aumento de hecho hay que compensarlo antes de considerar cualquier otro." Eso es lo que dirá la dirección de la fábrica, y tendrá razón. Dicho de otra manera, quienes en definitiva pagarán la factura serán los obreros buenos musulmanes, los que van a seguir, como siempre, orando en sus casas, y también todos los demás obreros no musulmanes.

[...]

Así que la mezquita no la piden por sí misma y como mezquita: es otra cosa. Y eso lo sabe todo el mundo: los partidarios de la mezquita, los sindicatos que los apoyan sin apoyarlos, todos los obreros musulmanes, la dirección de la fábrica.

El inmigrante es la "vergüenza dos veces"

—Usted me explicaba, creo, qué significa ser un inmigrante.

ABBAS: Era para decirte que el inmigrante es la vergüenza. Es la vergüenza dos veces: la vergüenza de estar aquí, porque siempre hay alguien para decirte y hacerte decir –hacerte decir a ti mismo, así es como lo sentí toda la vida– por qué, por qué razones estás acá; no tienes por qué estar, estás de más, no es tu lugar. No sé si tú lo sientes así o sólo es cosa mía, si se debe solamente a mí, como si fuera una locura, por lo loco que soy, pero estoy seguro de que le pasa a todo el mundo, más o menos según las personas, porque eso es *ser un inmigrante* y es aquí, con la experiencia de aquí, donde uno lo aprende. Hay que haber pasado por eso [...].

—¿Cuál es la segunda vergüenza?

ABBAS: La segunda vergüenza está allá; es haberse ido de allá, haberse marchado, haber emigrado. Porque, quiérase o no, y aunque todo el mundo lo oculte y se lo oculte, aunque no quieran saber nada de esto, *emigrar sigue siendo siempre una culpa.* Uno hace de todo para hacerse perdonar y para perdonar esta "culpa" necesaria, esta "culpa" útil que uno no quiere y que nadie quiere que sea una "culpa". Ésa es la "vergüenza" del emigrado y él, quiérase o no, es la "vergüenza" de sí mismo, la "vergüenza" de los suyos, la "vergüenza" de Argelia... Todas las veces que me insultan como inmigrante, como argelino, están insultando a Argelia [...].

—En otras palabras, la imagen del emigrado, en el país de emigración, no es mejor que la imagen del inmigrante en el país de inmigración.

ABBAS: Para nada. Con seguridad es peor. Antes no era así. Era más sano. Emigrábamos para trabajar, por nuestras familias, era duro para todo el mundo; nos compadecían, pero no era cuestión de acusarnos de cualquier cosa. Si nos acusaban, era únicamente porque habíamos fallado o cuando no cumplíamos con nuestras obligaciones, cuando nos olvidábamos de mandar dinero. De una y otra parte había un acuerdo total, era el mismo lenguaje: los hombres emigrábamos para trabajar por nosotros; ¡emigramos para trabajar por nuestras familias! Pero no podía seguir siendo de ese modo todo el tiempo. Todo cambió, sobre todo cuando la mayoría de los hombres emigraron a Francia con sus familias: esas familias ya no podían decir: "Nuestros hombres emigraron por nosotros", y nosotros, los emigrados, tampoco podíamos decir: "Hemos emigrado por nuestras familias". Ahora bien, a una y otra parte llegan a los insultos: cada una acusa a la otra; cada una le dice a la otra que no vale nada. Sobre todo ahora, que

se mezclan las cuestiones de dinero; lo que todo el mundo, tanto acá como allá, llama las *divisas*: ahora el dinero se compra y se vende, ya no se lo mandamos a las familias como lo hacían los emigrados, para ser emigrados que trabajan por sus familias. Todo el mundo viene a Francia a comprar *divisas* y aquí todo el mundo vende *divisas*, pero todos se acusan, se odian debido a eso. Se dice que la población de allá, que no dispone de nada, a la que le falta todo, sólo come gracias a nosotros, y se alimenta a nuestra costa.

—¿A cuánto está ahora el cambio paralelo, el "mercado negro" del dinero?

ABBAS: Cuando es un pariente, un amigo, y quieres ser amable, está a seis; si no, a siete. Incluso dicen que va a subir a ocho. Y por qué no, no hay razón para que algún día pare [...]. ¡Sí, seis, siete, ocho dinares por un franco francés! Pero como allá todo está caro, todo se consigue en el mercado negro, nos lo devuelven bien. Desde que llegas, para todo lo que quieres hacer, todo lo que tienes que comprar, te dicen: "¡Paga Francia!" [*en francés*].

Nos miramos unos a otros; sólo eso

—¿Cómo es que ocurre eso? ¿No lo lamenta? ¿Sus hijos, tanto los varones como las chicas, se las arreglan bien? ¿Cómo son las cosas entre ustedes?

ABBAS: [...] En primer lugar, en todo lo que dije hasta ahora, cuando hablo de los otros..., aparentemente de los otros, también hablo de mí... Sé, siento que usted ya lo entendió y por eso lo puedo confesar. Y cuando hablo de mí, hablo de los otros.

—Sin embargo, parece que les reprocha a los demás y sufre por el hecho de que no usen consigo mismos el lenguaje que usted usa con ellos y, por lo tanto, con usted mismo.

ABBAS: Eso no obsta. No decimos para nada las mismas cosas, no nos decimos las mismas cosas, pero eso no impide que todos hablemos de lo mismo, a lo mejor de manera diferente, pero en el fondo viene a ser lo mismo: verdad o mentira, decimos lo mismo, cada uno a su modo, porque todos estamos en la misma situación. Cada uno arregla sus cuentas como puede.

—¿Pero acaso puede hablar de sus hijos como hablaría de los hijos de los demás? Por ejemplo, cuando se ven todas las catástrofes que afectan a esos chicos, la desocupación..., la droga..., la violencia..., muchas veces la cárcel..., no se puede decir lo mismo de sus hijos. Están tranquilos..., parece haberles ido bien.

ABBAS: ¡Ah! No es tan cierto... Más o menos. Pero es lo mismo en todas partes. En ciertos casos es verdad, no se produjo lo peor, pero habría podido pasar. Es una cosa que nos concierne a todos... Uno puede preguntarse: ¿qué significa tener hijos en esas condiciones, hijos como ésos? Nos miramos unos a otros, sólo eso; nos vemos en la casa, y además cada uno en sus horarios. Si quieren, pueden pasar meses sin verse aunque vivan bajo el mismo techo.

—¿Y por qué es así?

ABBAS: ¿Por qué? Porque la educación que me dio mi padre es distinta de la que les di a mis hijos.

—¿Le habría gustado educarlos como su padre lo educó a usted?

ABBAS: No, no necesariamente; al contrario, porque sé que no es posible... Y porque no estoy contento con la educación que me dio mi padre. Pero la forma en que me educaron era porque mis padres no podían [*hacerlo*] de otra manera. Ni ellos, ni los demás. Era así, y punto. Pero, al cambiar de situación –aquí es completamente distinto–, yo podía esperar, tenía derecho a pensar que las cosas podían ser de otra manera.

—¿Y entonces, no fueron de otra manera?

[...]

ABBAS: No, no se trata del uso del tiempo de los que trabajan. Al contrario; como no trabajan, su uso del tiempo no es el mismo: dormir hasta media tarde, levantarse y prepararse un gran desayuno, salir y no volver antes de la una o las dos de la mañana; si tienen hambre, abren la heladera y se sirven, van a dormir hasta el día siguiente al mediodía o a la una de la tarde y todo vuelve a empezar [...]. La casa no reúne, como usted dice. Y lo que separa o junta no son sólo las ocupaciones de la jornada, el trabajo; lo que pasa, en realidad, es que cada uno hace su propio camino, cada uno hace la suya. Y nuestros caminos no se cruzan. Y eso pasa en todo en nuestras maneras de trabajar, nuestras maneras de ver, nuestras maneras de ganar y gastar el dinero, nuestras maneras de comer y beber [...]. Y esto no es sólo con respecto a la religión; incluso cuando no caen en el pecado, no es lo mismo, la misma manera de beber y comer. Al final, terminamos por alejarnos mucho unos de otros. Nos junta una sola cosa: yo soy su padre, su madre es su madre, somos sus padres y ellos son nuestros hijos. ¿Lo dicen ellos mismos, dicen que son nuestros hijos? No parece tan seguro. [...] Estamos en dos mundos diferentes; cada uno según su carácter. Es lógico que entre nosotros no pase nada... Salvo en algunas raras excepciones, cuan-

do hay una catástrofe. Y eso en el mejor de los casos: cuando llamo a alguno por algo importante y le pido que me escuche bien, que preste atención a lo que voy a decirle, puede ser que entonces se acuerden de que hay algo que nos une.

—Me cuesta imaginar que con sus hijos las cosas pasen del modo catastrófico como me lo cuenta.

ABBAS: Sí. Es así. Y eso en el mejor de los casos; es lo que ocurre con mis hijos. Y sin embargo, no hay discusiones, nadie alza la voz. Todo se hace con la mayor educación. Pero es así. De vez en cuando, y más con su madre que conmigo, de vez en cuando hay un diálogo real. En cuanto al resto, vivimos juntos; y eso es todo.

[...]

Es como si quisieran trabajar sólo cuando les viene en gana

—Entonces, el primero, ¿qué edad tiene y qué hace?

ABBAS: Sí... El primero es H... Ahora tiene... Nació antes de la independencia [de Argelia], así que no tiene la nacionalidad francesa. Tiene 31, 32 años. Es el que menos entiendo. Tiene todo, hicimos de todo por él; puede trabajar, puede hallar trabajo fácilmente. Pero no. No entiendo. No hay ninguna razón para eso. No logro encontrar una explicación. La verdad es que tengo que admitir que es por pura pereza, eso es todo..., es la única explicación que queda: no le gusta trabajar, no quiere trabajar, se niega a trabajar... Lo que pasa entonces es que es perezoso. No puedo compadecerlo, no puedo decir que no encontró trabajo, si jamás lo buscó... Al contrario, lo rechazó. Creo que están enojados con el trabajo. No es el único, son toda una banda que callejea de ese modo.

—¿Y por qué entonces todos esos jóvenes no trabajan, cuando podrían encontrar empleo, como usted dice?

ABBAS: ¡Vaya a preguntarles!... ¿Cómo puedo saberlo?... Me lo pregunto como usted, y no son ellos los que le van a decir por qué no trabajan; ni siquiera ellos mismos deben de saberlo. A veces se me da por preguntarles... y jamás obtuve ni un amago de respuesta. ¡Silencio! Ésa es la única respuesta. Me dan la espalda y se van. Pero pese a todo, escucho lo que se dice: las cosas que deben de decirse entre ellos, porque a pesar de todo se los oye hablar; las cosas que algunos les dicen a sus padres, porque algunos hablan... y hablan violentamente –no todos son como nuestros hijos que, lo reconozco, siguen siendo corteses–; lo que nos decimos entre nosotros, porque no hablamos más que de eso, nunca conocí a nadie que no se me pusiera en seguida a quejarse de sus hijos: es lo mismo en todas partes, el mismo mal, todos nos quejamos de las mismas cosas, todos estamos más o menos en el mismo punto, según el grado, afectados por esos jóvenes... Porque, por supuesto, hay diferencias entre los casos en los que hubo robos, daños, intervenciones de la policía, cárcel, etcétera, y los casos en que las cosas quedan en casa, donde no hay delincuencia, no se ve nada, no se oye nada, todo parece estar de lo mejor; y, la verdad, los primeros, los padres de los primeros casos, envidian a los segundos.

—¿Cuáles son entonces esas cosas?

ABBAS: Hay que oírlos: no queremos trabajar, no queremos su trabajo. Supongo que se refieren a los franceses, el trabajo que les dan los franceses, que les da Francia... Cuando nosotros buscábamos trabajo, estábamos muy contentos de encontrarlo, y decíamos "nuestro trabajo"..., no decíamos "su trabajo". Ahora es al revés: el trabajo que pueden encontrar, y que encuentran, ya no es el suyo, es el trabajo de los otros, trabajan para los otros. Entonces dicen, te dicen y se dicen: "No vale la pena trabajar para ellos, para los otros". Siempre se trabaja para algún otro, para un patrón; siempre hay un patrón para el que se trabaja. Eso no lo admiten. A mí me parece que no tienen ganas de trabajar, no les gusta el trabajo, prefieren vivir miserablemente; están seguros de que no van a reventar de hambre, entonces repiten: "¡No trabajarán por cuenta de los franceses!". Sólo ahí se acuerdan de que hay franceses, de que están en Francia; ¡para todo lo demás son franceses y lo dicen, dicen claramente –cuando les conviene– que están en Francia y que son franceses! ¡Pero para el trabajo, no!

—¿Pero cómo hacen? Aunque tengan la seguridad de la cama y la comida que encuentran en la casa de sus padres, todos los días necesitan un poco de dinero para sus gastos. Y gastan mucho: cigarrillos, cine, café; tienen auto, así que les hace falta nafta, el mantenimiento. Sin embargo, no van a pedirles dinero a los padres como criaturitas.

ABBAS: ¡Ah! Con el cambio chico saben cómo hacer. Nunca les falta. Y eso sin tener que robarlo nunca. Trabajan lo mínimo indispensable: un año cada dos, algunos días en la semana, algunas horas durante el día. Justo lo mínimo para estar en regla, tener un recibo de pago. Un poco el trabajo; un poco, el seguro de desempleo. Y el tiempo pasa.

—Lo que ahora se llama "trabajitos".

ABBAS: A lo mejor ahora se lo llama "trabajitos" [*en francés*]. Pero normalmente no son pequeños empleos como puede pensarse, no son tan pequeños…, les dan, o deberían darles, con qué vivir y, sobre todo, "se llenan la boca con ellos" [*literalmente, "se jactan"; por ejemplo: "Soy profesor aquí, soy profesor allá"*], no sé qué hay de cierto en todo eso.

—*¿A qué se refiere?*

ABBAS: Hay muchos que están en esa situación; el mayor de mis hijos, por ejemplo. Siempre tiene algunas horas de clase en tal o cual escuela. Son clases de matemáticas o física; es lo que él mismo aprendió. Con él está también el hijo de mi hermana, que es todavía más grande y da cursos, no sé exactamente de qué, pero también dice que puede ser tanto economía como contabilidad. También pienso en otro joven, el hijo de un pariente cercano, que tendría que haber sido ingeniero, estudió en una facultad de ingeniería, pero que también vive de esa manera. Hablo sólo de los que pueden encontrar un verdadero trabajo calificado, y no de todos los demás, que no pueden hacer nada. Y sin embargo, no hay nadie que no pueda hacer nada; no se puede decir eso de nadie, salvo si es discapacitado, cosa que no sucede aquí. Lo que también hay que decir –y hay que reconocérselo– es que cuando es necesario, cuando tienen necesidad de ganar dinero, aceptan hacer cualquier cosa, tienen su propio escalafón. Cuando uno encuentra una puerta que se le abre, muchos otros lo siguen, se pasan unos a otros las informaciones que tienen. Trabajan, pero es como si quisieran trabajar sólo cuando les viene en gana; ir al trabajo todos los días, en el mismo horario, para hacer lo mismo, dicen que es un fastidio, que no les interesa.

[…]

Me parece que si quisieran podrían encontrar un verdadero trabajo. Ya que son capaces de encontrar uno de la noche a la mañana, habrían podido quedarse mucho tiempo en alguno, les gustara o no. Y como no paran de intentarlo, de cambiar de trabajo, de hacer todos los trabajos posibles e imaginables –mudanzas, pintura, trabajos manuales de todo tipo– ¡tendrían que terminar por encontrar algo que les convenga, que les guste! Nada.

—*Pero sin duda hay algunos que no logran encontrarlo; son verdaderos desocupados.*

ABBAS: ¡Ah, sí! Los hay, y por desgracia son muchos. Pero no son los mismos; no pueden compararse. Incluso creo que entre ellos no se frecuentan, no se quieren. La diferencia, todo lo que los separa, se nota a simple vista. Pero, en fin de cuentas, el resultado es el mismo: unos no trabajan porque no les gusta, los otros, porque no encuentran; unos y otros coinciden en tener trabajo sólo ocasionalmente, lo que se puede encontrar aquí o allá. Eso en el mejor de los casos, cuando todo el mundo está de acuerdo en que el trabajo es el único medio honesto de ganar dinero: nada de hurtos, robos, mercado negro.

—*Empezó a hablarme del mayor. Si entendí bien, le fue relativamente bien en la escuela, ya que usted me dice que a veces se le da por enseñar matemáticas o física.*

ABBAS: Sí, hicimos todo lo posible para que le fuese bien en los estudios. Tardó mucho, porque tuvo que cambiar varias veces de orientación; es lo que siempre me dijo. Yo soy incapaz de saber qué es. Hicimos de todo, aceptamos de todo por él. Para terminar, cursó en una escuela en el norte de Francia, en Lille, una escuela de mecánica. Salió de ahí con un título. Habría podido hacer una carrera de ingeniero en la industria; un pequeño ingeniero, claro, pero estudió para eso, tiene los títulos correspondientes. Nunca buscó; siempre me dijo que es para más adelante, espera. Y nosotros esperamos con él.

—*No está casado…*

Aunque finjamos no ver nada

ABBAS: No faltaría más que lo casara… No basta con que le dé de comer, también hay que darle de comer a su esposa y pronto a sus hijos. A lo mejor eso va a hacer que siente un poco cabeza; cuando tenga ganas de casarse –y las tuvo durante un tiempo–, va a tener que encontrar vivienda, y para eso tiene que trabajar seriamente. Ya es hora.

[*Su hija mayor, de 35 años, se fue de la casa hace diez años.*]

ABBAS: Antes de él, tenemos en realidad una hija, que es la mayor de todos. Hoy tiene 34 o 35 años. Se fue de casa, ahora hará casi diez años. No se casó.

—*¿Trabaja?*

ABBAS: Trabaja; desde que se fue de casa nunca dejó de trabajar… Al menos, es lo que oigo decir. Es lo que me dice su madre. Yo no sé nada muy preciso sobre ella. Incluso parece que se gana bien la vida…, porque habla de comprar el departamento en el que está viviendo.

—*¿Cuál es su ocupación?*

ABBAS: ¡Ah, es una muy larga historia! Fue por ella que empecé a reflexionar sobre nuestra vida aquí. ¿Cómo

estar aquí, vivir aquí, sin estar como estamos, sin vivir como vivimos aquí? Al principio, creía que era posible; incluso era necesariamente posible: tenía que ser posible, no podía ser de otro modo. Todavía era al principio, la miseria de la vivienda, una vieja casa que se venía abajo […]. La escuela primaria podía hacerla. Era al lado, y ella era una chiquita. La verdad, no puedo decir qué hizo en la escuela. Iba, y cuando terminó, a los 16 años, tanto mejor. Volvió a casa y no salió más.

—*¿Qué quiere decir "no salió más"?*

ABBAS: ¿Por qué iba a salir? ¿Qué tenía que hacer afuera? Su lugar está en la casa. A mí, eso me parecía completamente normal. No era cuestión de que fuera de otro modo. Era así y nada más. Su misma madre no tenía que salir.

—*¿Y la cosa duró así mucho tiempo? ¿No se rebeló ni protestó?*

ABBAS: No sé… A lo mejor no estaba encantada con la situación, pero, ¿qué hacer? Ni siquiera ella misma debía de saber qué hacer.

—*¿No pidió trabajar afuera? Sin embargo, en esa época, en los años setenta, eso debía de pasar, encontrar trabajo era más fácil que ahora.*

ABBAS: Jamás fue cuestión de eso en esos tiempos. Estaba excluido, no se hace… todavía no se hacía en nuestro medio.

—*Usted se negó, se opuso a que ella trabajara.*

ABBAS: No, ni siquiera. No tenía por qué hacerlo. No se le ocurría a nadie.

—*¿Cómo la pasó ella durante ese tiempo?*

ABBAS: Vivió en la casa, es todo. Desde luego, con su madre era una discusión continua.

—*¿Y con usted?*

ABBAS: Conmigo no era cuestión de eso. Ni con ella, ni con los otros. No tengo que discutir con ella de esas cosas. Ella sabe lo que pienso y no tiene que insistir en el asunto. Como todos los demás, por otra parte; tanto ella como su madre.

—*En esas condiciones, ¿por qué no la casó? Seguramente hubo pedidos de matrimonio.*

ABBAS: Sí, hubo. Pero todos pasaron por su madre y como ninguno me convenía y ninguno les convenía, parece, entonces no quiero forzarlas. Después de todo, es mi hija: tiene derecho a vivir en la casa hasta el fin de sus días… o de los míos; tiene derecho a que no le falte nada, en la medida de mis posibilidades.

—*¿A que no le falte nada, salvo libertad de movimientos?*

ABBAS: Creo que nunca pidió más de lo que tiene. Aun cuando, como le dije, no hacía más que poner mala cara. Les ponía mala cara a todo y a todo el mundo: a su madre, a las comidas, a ella misma […].

—*¿Y cómo terminó todo eso?*

ABBAS: Terminó completamente en lo contrario de lo que yo quería en ese momento… y lo que querría todavía, si el tiempo no se nos hubiera adelantado, no nos hubiera vencido, no nos hubiera obligado a doblegarnos, a aceptar lo inaceptable.

—*En otras palabras, el tiempo lo venció pero no lo convenció.*

ABBAS: No. Convencidos, jamás; hay que decir la verdad, ¡Dios es más fuerte…! Hay momentos en que hay que resignarse a admitir lo que no se puede evitar; la contrariamos, la rechazamos lo más que pudimos. Pero la realidad está ahí: no podemos vivir solos en este mundo; estamos en Francia: nos guste o no, Francia está ahí, estamos en su vientre y es normal que Francia termine por estar en el nuestro, por entrar en nuestro vientre aunque no haya entrado en nuestros corazones. En mi caso, nunca entró y nunca entrará en mi corazón, y eso no lo oculto, no dejo de decirlo y, sobre todo, lo vivo cotidianamente. Sé que voy a morir aquí, ya vi morir a muchos de mi edad y más viejos, que llegaron aquí como yo, ¿por cuánto tiempo? Nadie podía decirlo, pero nadie podía pensar tampoco que era para toda la vida, que su vida entera iba a transcurrir acá. A cada uno de nosotros le pasará lo mismo, y a mí también. Terminará por suceder, pero nunca podré considerar a este país como mi país. Entonces, por esa razón, ya no sirve de nada resistir […]. En el fondo, no cambié, no renuncié a nada. Así que no tengo que ayudar o no ayudar. Ahora me lo guardo todo para mí; ahora que sé que nadie puede aprobarme, ni siquiera en casa, me callo. Que cada uno haga las cosas como se hacen acá.

—*Quiere decir que se conforma con no impedir lo que, de todas maneras, ya no puede impedir. Pero en el caso de su hija, ¿cómo fue?*

ABBAS: Yo mismo no sé nada… Hay toda una serie de pequeñas causas. Hasta que la cosa se produce sin que uno sepa cómo. Es la verdad. Aunque finjamos no decir nada y para eso no ver nada, la cosa es evidente: esta hija era desdichada. Convengamos en que no le falta nada, que está en la casa, que la mantienen, que está en lo de sus padres y, por lo tanto, en su propia casa de manera totalmente normal. No hay nada que añadir a eso…, y parece no decir nada en contra, parece que no dice nada. Pero, en realidad, aunque finjamos no ver

nada, hay toda una serie de señales que delatan el desacuerdo, la protesta contra esa situación, al menos conmigo, porque con su madre los altercados fueron más violentos.

—Dado que usted lo sabía, ¿cómo reaccionó?

ABBAS: Ah, estábamos acostumbrados a esas cosas. Para mí, son dos mujeres en la casa, aunque una sea la madre y la otra la hija, no puede haber historias entre ellas; eso es lo que pensaba. Y no escuchaba lo que me decía su madre, o apenas la escuchaba, y todas las veces le contestaba: "Es cosa de ustedes, es tu hija, arréglense entre ustedes, yo no me voy a mezclar en sus asuntos". Así que era como si nada pasara.

—¿Había otros signos reveladores del malestar de su hija que en ese momento usted pasó por alto, que prefirió, cómo decirle, no ver?

ABBAS: ¡Ah, no tanto! Estaba a lo mejor el aislamiento, el silencio en que se refugiaba. Pero, después de todo, es lógico. No tiene nada que decir, en todo caso nada que decirnos, lo mismo hoy que ayer. Incluso ahora, cuando se le da por pasar algunos días en casa, no dice nada... y no tiene nada que decir. No nos vamos a contar historias. Pero lo que da qué pensar, en este tipo de situaciones, es cuando hay que enfrentarse a las oficinas. Ahí fue cuando me di cuenta de que hay muchas cosas nuestras que son incomprensibles para los otros, que no tienen sitio aquí. Muchas cosas que nosotros consideramos normales –como, por ejemplo, el hecho de que mi hija viva en mi casa– acá no se admiten. Mi hija había tenido una larga enfermedad, varias veces, no se sabe por qué, pero todas las veces hubo que mandarla a una casa de reposo. Y en cada internación fue la misma historia: no tiene seguridad social, y la mía no la cubre. No entienden por qué no tiene seguridad social, por qué no está inscripta al menos en el seguro de desempleo. No entendían por qué yo decía que no pedía trabajar. Y cada vez había que hacer una solicitud de asistencia, de ayuda. Incluso tuve que contratarle un seguro voluntario.

—¿De qué estaba enferma?

ABBAS: Mucho no sabemos. Los nervios, como suele decirse. Es lo que me dicen todas las veces. Tiene que cambiar de aire.

—Y entonces, ¿cómo terminó? ¿Qué hace hoy?

ABBAS: Poco a poco. Se hizo amiga de una asistente social de la casa de reposo donde estaba internada. Iba a pasar algunos días de vacaciones en la casa de ella; eso pasó varias veces. Un día le dijo a su madre que iba a quedarse más tiempo y no volvería en seguida, porque iba a buscar trabajo. Su madre se derrumbó, pero no podía creerlo, no podía creer que iba a lograrlo: una hija que nunca trabajó, que no sabe hacer nada, y en un momento en que es difícil para todo el mundo, para gente que no es como ella, encontrar trabajo, aunque estén acostumbrados. No se podía creer. Pero lo logró. Encontró trabajo y, según parece, nunca le faltó. Ahora es igual a todo el mundo, la igual de sus hermanos y hermanas y, a lo mejor, incluso superior a sus hermanos, especialmente los que siguen ahí, que van y vienen y no trabajan. Más bien, es mi igual: es un "hombre" como yo, vale tanto como yo. Salió, se gana la vida, se asume... Nunca habría querido eso, ni para ella, ni para mí, ni para el nombre que llevo, aunque ese nombre vio muchas otras cosas de parte de quienes lo llevan, ya que somos numerosos los que lo compartimos. Pero es así; además, más vale eso que algo peor.

La culpa es de la inmigración

—Con posterioridad, hoy, en el momento en que nos encontramos, y ya que el resultado final es éste, ¿no lamenta su comportamiento pasado, sobre todo con respecto a su hija, dado que le hizo perder tiempo y, más aún, sufrir... gratuitamente, según se ve hoy?

ABBAS: No. No tengo nada que lamentar. Y si lamento algo, es la situación actual. Lamento que me haya quitado la razón. No tengo más culpa que ella [*su hija*]. No sé si conoce la anécdota que se cuenta... estamos en la misma situación.

—¿Qué anécdota?

ABBAS: Transcurre antiguamente, cuando los inviernos eran fríos y el único medio de locomoción eran las caminatas a pie. Se cuenta que un viajero fue sorprendido por la nieve que caía en abundancia. Cuando llegó a la aldea más cercana, pidió refugio en la primera casa que le abrió sus puertas, y le dieron hospitalidad. Pero la nieve seguía cayendo cada vez más, y prohibía todo intento de trasladarse. Pasaron un día, dos, pronto se hizo una semana y todavía no había ninguna salida. Los dueños de casa empezaban a considerar demasiado pesada la presencia de ese extraño. Hay que decir que en esa época todo el mundo era pobre, sobre todo en invierno, y sin duda no tenían con qué alimentarlo. El desdichado viajero lo había advertido. Un día, en su presencia, estalló una discusión entre los esposos. Él no se engañaba. Sabía que no era más que un pretexto. Muy turbado, miró hacia la puerta bloqueada por la nieve y, dirigiéndose a sus anfitriones, dijo esta frase

e ha ganado celebridad: "¡Sé que no es mi culpa ni vuestra, es culpa del cielo [*del mal tiempo*] que me traído aquí y aún me retiene!". Es lo mismo, no es culpa, una culpa que pueda lamentar, ni la suya, una lpa que pueda reprocharle. ¡La culpa es de la migración [*en francés*], como suele decirse! Por eso es que para mí no se trata para nada de castigar a uno u otro, no puede ser cuestión de romper, cerrar la puerta y decir, como hicieron algunos: "¡Reniego de ti, no eres más mi hijo o mi hija, jamás volverás a poner los pies en esta casa!". No, es una cosa inaceptable.*

1990

La emancipación

Abdelmalek Sayad

Las tres entrevistas que se reproducen parcialmente aquí tienen su propia historia: son sucesivas, de dos a tres horas cada una, independientemente de las numerosas conversaciones que algunas veces las precedieron (aunque sólo fuera para poder prepararlas), y otras, las acompañaron y siguieron y, por ello, contribuyeron a iluminar mejor su sentido. Esta investigación se deriva de otra anterior, a la que inicialmente tenía la función de prolongar y completar: al preguntarnos sobre las condiciones de escolaridad de los hijos de ciertas familias de inmigrantes (marroquíes y tunecinas, principalmente), tuvimos la oportunidad de conocer a una joven que acababa de obtener (en 1986) su maestría en lenguas aplicadas, preparada en una pequeña universidad de provincia, y que aceptó de buen grado prestarse a la investigación. Al darnos cuenta entonces de que la unidad pertinente no era en ese caso la estudiante sino la totalidad de la familia y el conjunto de los hijos de ésta, solicitamos entrevistar, en la medida de lo posible, a todos los hermanos y hermanas de la muchacha. Ella nos propuso presentarnos, en un primer momento, a Farida, su hermana mayor, en cuya casa se alojaba provisionalmente y quien le "había abierto el camino", muy a su pesar, es cierto, y sin siquiera darse cuenta de ello.

Esta joven mujer de 35 años pero que, falta de experiencia en la vida pública y activa, tenía reacciones de adolescente y parecía en un principio extremadamente hosca, muy desconfiada y torpe, terminó –claro que ante la insistencia de su hermana menor– por aceptar la idea de una entrevista que, inicialmente, debía referirse a la relación con la escuela. Pero lo que Farida accedió a relatar en detalle, con verdadera satisfacción e intenso alivio, fue toda su historia: la de su primera infancia, cuando, hija de un hombre ya emigrado a Francia, la destinaron, por esa razón y también a causa de la guerra, a vivir en lo de sus abuelos maternos, que residían en Argel; la historia de su llegada a Francia a la edad del jardín maternal –al que no recuerda haber asistido–; la de su escolaridad hasta los 16 años –fin del período de obligatoriedad– y, a continuación, la de su "encierro", su "enclaustramiento" y, con ello, la de los conflictos con su madre, el "odio" hacia su padre, el desplazamiento de su afecto hacia sus hermanos y hermanas menores; la historia de sus múltiples "depresiones", así como de todas las resistencias que inventaba para "conservar su integridad mental" ("No perder la cabeza, aunque los pies que me llevan tengan prohibido caminar; eso es lo que importa"); y, por fin, la historia de su emancipación y las lecciones que ella misma extrae de esa trayectoria que, como señala, le hizo "atravesar siglos" en un período de dos décadas y descubrir retrospectivamente, en realidad, toda la densidad de su vida, "vida larvada, casi vegetativa..., sin ningún interés o encanto...; una vida vacía de ocupaciones y significación, una vida desprovista de sentido... –¿de dónde podría venir?–; una vida de ociosidad..., chata, en la que todo se repite..., en la que los días y los años no cuentan, donde no hay nada que distinga los días y las

noches, que los haga diferir unos de otros..., una vida sin nada adentro, sin contenido... no hablo sólo de las actividades –con eso, con el uso del tiempo, una siempre puede llenar sus días y hasta sus noches, si tiene insomnio– sino también de lo que pasa en la cabeza, en el pensamiento". Visión a posteriori, es cierto. Pero sólo posible, en primer lugar, con la condición de haber "salido del *aburrimiento*" para poder apreciar el camino recorrido, porque antes no había cabida más que para un trabajo de "machaconamiento..., de rumiante que siempre rumia el mismo alimento... y yo, con las mismas preguntas: 'Por qué esto, por qué esta injusticia, qué le hice al cielo, por qué haber nacido en esta miseria..., qué solución a este callejón sin salida', etcétera"; y, en segundo lugar, con la condición de verse objetivamente obligada a adoptar lo que es conveniente llamar una *postura de autoanálisis*: en ciertas circunstancias, la reflexión sobre sí mismo constituye la única reacción de protección posible. Existen situaciones que, por estar habitadas por contradicciones muy fuertes, imponen, para comprenderlas, que uno se interrogue a fondo. Y como se sabe indudablemente que para esos callejones sin salida no hay soluciones instrumentales, "exteriores", en la forma del recurso a mecanismos y artificios preestablecidos, y también que no es posible achacar la responsabilidad de esas situaciones a algún agente bien definido –lo que excluye hasta la idea misma de rebelión–, el modo de interrogación que se impone en esos casos está en el límite de la búsqueda de la verdad sociológica; salvo que la comprensión, aparentemente gratuita, que uno alcanza entonces de la situación permite un relativo dominio de ésta y constituye, en consecuencia, algo así como la condición de supervivencia y, aquí, de "resurrección" final. Si el encuentro con situaciones de desigualdad a menudo refuerza el sociocentrismo del dominante, obliga al dominado (el colonizado, el negro, el judío, la mujer, el inmigrante, etcétera) a un trabajo de esclarecimiento de la relación que es un trabajo sobre sí mismo. Se trata de una necesidad práctica, a la que podría calificarse de vital, que impone la inclinación al socioanálisis; a la larga, esta disposición termina por constituir una "segunda naturaleza" y orienta todos los hechos y gestos de la persona.

En el caso de Farida, querer saber quién, por qué y cómo es lo que es, o –más prosaicamente– no es lo que son los otros, no es sólo una "búsqueda de su identidad", como se dice en la actualidad; es una verdadera obsesión que sus propios datos biográficos (su nacimiento no se había notificado al registro civil en los plazos establecidos, ni siquiera al municipio en que nació efectivamente, y el matrimonio de sus padres tampoco) contribuyeron, a sus ojos, a alimentar y dramatizar: "De modo que tengo que presentarme... ¿Quién soy? No sé... Me lo pregunto y no hago más que preguntármelo... Ni siquiera mi edad es segura, no me pertenece...; hasta eso es falso... Es como para preguntarse si existo, todo el mundo tiene una fecha de nacimiento: un día, un mes, un año... y un cumpleaños [...]. Lo mismo para el lugar de nacimiento..., tampoco existe. Tengo para entretenerme con todo eso... Me hablaron de omisión en el registro civil, qué linda palabra; me omitieron, y me voy a poner a conjugar (cosa que hice) el verbo omitir en todos los tiempos y modos. Ahí tiene un verbo que quiero..., es un verbo que dice la verdad...". Y no bien liberada de esa obsesión al alcanzar su emancipación, la administración viene a recordarle una vez más "la falla y la falta originales". En efecto, en el momento de tramitar su naturalización, los servicios intervinientes, al detectar la discordancia entre su fecha (ficticia) de nacimiento y la de casamiento (también ficticia) de sus padres, tres años después, llegan a "pedirle la presentación de todos los documentos que precisen la fecha del casamiento religioso [*sic*] de ellos".

Del muy largo relato que Farida hizo de su vida y las múltiples experiencias que tuvo con el "desdoblamiento" y el "hiato" a los que se vio obligada, tomamos la decisión de conservar sólo los pasajes que ilustran la evolución, rápida, en

resumidas cuentas, que se produjo en su familia y que condujo a una reconversión completa a la vez de los comportamientos masculinos y femeninos, de las relaciones familiares internas y de la economía general de la afectividad y los sentimientos intrafamiliares. "Sus padres aprendieron su papel, aprendieron un poco a ser padres", concuerdan las dos hermanas, así como están de acuerdo en que los agentes de ese aprendizaje forzoso o deseado –es a la vez forzoso y aceptado–, los verdaderos pedagogos, fueron más las mujeres que los varones y la mayor más que las menores, porque fue ella quien, paradójicamente, les "abrió el camino", al mostrarse sumisa y resignada al tratamiento que se le impuso y no "asumir su libertad" sino mucho más tarde que sus dos hermanas; éstas cursaron estudios superiores bastante buenos y dejaron la casa paterna después de terminarlos: hoy, una es docente en Alemania y la otra está empleada en la actividad turística en Barcelona. La divergencia de los itinerarios y la responsabilidad objetiva (no hay necesidad alguna de explicitarla, de tomarla como objeto de una acusación, cosa de la que todo el mundo se cuida) de los padres en esta materia hacen que una vaga impresión de culpa penda sobre todo el sistema de las relaciones entre padres e hijos, hermanas y hermanos: entre la mayor, la "víctima" consagrada a la que se sacrificó, y sus padres en primer lugar, y también entre ella y sus hermanos y hermanas, que le otorgan una especie de reconocimiento inconfesado. Sin duda, esta posición de víctima constituida en una suerte de mala conciencia, posición en la que Farida se complace, le vale erigirse en modelo de "piedad filial", en "mejor" hija que todos los demás, en especial los varones, con respecto a sus padres. ¿Hay en ello una forma de revancha simultánea sobre éstos y sobre sí misma, sobre su pasado (es una autodidacta empedernida)? Saber perdonar y saber mostrarlo aparecen aquí como la forma suprema de la victoria obtenida contra las miserias de la vida.•

Con una joven argelina

Entrevista de Abdelmalek Sayad

FARIDA: Yo iba a la escuela así no más, sin saber qué era...; y creo que nadie sabe qué es. Cómo quieres que mis padres sepan qué es; nunca la conocieron. Yo iba a la escuela porque tenía que hacerlo, eso es todo. Un poco más grande, en el CES, porque en quinto me orientaron a un CAP de empleada de oficina –me enseñaron dactilografía y un poco de taquigrafía... que olvidé–, empezaron los líos con mi padre. Era la vigilancia permanente, me espiaba desde que salía de casa. Salir... era salir para ir a la escuela, de casa a la escuela y de la escuela a casa; eso era todo. No había otra salida; e incluso esa salida obligada era sospechosa. Al final tenía vergüenza, mi padre venía a esperarme a la salida del colegio y me acompañaba como a una nena... No, así no. Nunca íbamos juntos como cuando se va a buscar a alguien: el caminaba por su lado y yo por el mío como si no nos conociéramos. Y todos mis compañeros y compañeras se reían de mí: "¡Mira, aquí está tu padre! ¡No lo ves! ¡No caminas con él!". Desde la ventana de casa se veían bien el colegio y una parte del camino, así que mi padre se apostaba en ella para observarme. No sé cómo no pensó en comprar gemelos para eso... Las cosas cambiaron mucho desde mis tiempos, casi no puede creerse. Pese a todo, van más rápido. En mi época, mi padre le contaba su obsesión a todo el mundo; lo escuché varias veces: "¡No es cuestión de que vean a mi hija en el ómnibus, yo no sabría dónde meterme!". Llegaba a decir que se mataría si le pasaba algo así. Y yo lo creía; todo el mundo lo creía. Era como un chantaje..., un chantaje que no sirvió para nada, salvo para arruinar la vida durante años; a mí me hizo perder mucho tiempo. Y en realidad, todo lo que oía en esa época era: "Vimos a la mujer de tal... vimos a la hija de tal otro..., en la calle, en el mercado, en el ómnibus". Así que las pocas que había no tenían que ser vistas. Era una vergüenza, les iba el honor en eso, como decían. Esconderse, esconderse y no hacer más que eso, a la espera de que las paredes de la casa se cierren y nos oculten con más seguridad. Eso es lo que más me hizo sufrir. Durante mi último año en la escuela, mi padre llegó a encontrarme un camino que nadie usaba, que hacía un largo rodeo y no era para nada seguro, sobre todo en invierno, y me obligaba a ir por ahí. Todo para que no dijeran que habían visto a la hija del señor. Era una herida para su amor propio.

—Al verte hoy, apenas puedo imaginarme todo eso. ¡Cuánto camino recorrió todo el mundo! Tienes razón cuando dices que las cosas cambiaron y que apenas puede creerse.

FARIDA: No se terminó. Cuando me pongo a revisar todo, lo que me hace mal ahora que me liberé –si se lo puede llamar liberarse– es que todo ese empeño de mi padre no sirvió para nada, cuando en realidad, desde su punto de vista, creía que estaba haciendo bien, ¿y cuál fue el resultado? ¡Cero! Hoy creo que al que hay que compadecer es más bien a él. Me gustaría mucho saber qué piensa en el fondo, ahora. ¿Lo lamenta o no? No sé. Pero me parece que no. Lo conozco bastante: tiene su moral y está seguro de ella; es su moral la que lo dejó y no él a ella, pero entonces, ¿cómo nos ve hoy a mis hermanas y a mí? Aun mi madre, aun mis hermanos, no son lo que habría deseado. Ahora ando por ahí, viajo, vuelvo a la noche, salgo y paseo incluso con mi madre, la llevo al cine, le hago hacer turismo, la llevo al restaurante, le hago tomar las lanchas colectivas en el Sena.

—De ese pasado, ¿qué es lo que más lamentas?

FARIDA: Lo que más lamento es la escuela. Jamás me apoyaron. Claro, era la mayor; no había nadie antes que yo, nadie que me guiara y ahora, a posteriori..., no puedo nombrar a nadie que enseñara a los padres qué es la escuela. Desde entonces aprendieron, si tengo que juzgarlo por lo que siguió. Cuando pienso, y eso es lo que todavía me lastima, que hace sólo algunos años, sólo diez o doce años, pasar la cabeza por la ventana me valía un par de sopapos, y ahora puedo ir

a la playa y volver, poner a secar el traje de baño sin que nadie tenga nada que criticar...

—*¿Qué es ese asunto de la cabeza en la ventana y las bofetadas que recibías?*

FARIDA: ¡Ah, un incidente! Hace mucho tiempo, un año después de terminar la escuela, así que tenía 17 años. Desde la casa oigo a mi hermanito llorar en la calle. Saco la cabeza por la ventana para ver qué pasa. Naturalmente, me vieron: un pariente, alguien de la familia, un primo al que mi padre sin embargo no quería y él tampoco nos quería –sin duda es por eso–, y que no habla con mi padre; ese día, cuando me vio, se apuró a decirle: "Vi a tu hija mirando por la ventana...". Me imagino cuál puede haber sido el enojo de mi padre al ver que le informaban eso y, por lo tanto, se lo reprochaban. Vuelve a casa y sin que yo sepa por qué me encaja un par de bofetadas. Lo detesté por eso; aún hoy, cuando me acuerdo, me hace mal. Otra vez –pese a que vivíamos en una casa alejada, casi en el campo–, una mañana, quería lavarme la cabeza y me doy cuenta de que no hay champú. Rápidamente, con cuidado, salgo y, mientras mi madre miraba y vigilaba, corro y cruzo apenas la calle, a lo de una viejita que tenía un almacén de nada, casi una barraca. Compro una medida de champú; en esa época lo vendían en envases chicos de cartón. No me demoré más que el tiempo de comprarlo y volví a casa. También ahí me vieron, por supuesto, y fueron a contárselo a mi padre. Era todo el tiempo así. [...] A medida que pasó el tiempo, y sobre todo que mis hermanos y hermanas crecieron y se hicieron adultos, todo se transformó. Así que no podían imponerme lo que terminaron por dejar de hacer con los otros, los menores. Así fue como pasó. Ahora, ¿cómo viví todo ese período? En la sombra, un agujero negro en mi vida. Un agujero negro, en el verdadero sentido. Para mí ya no había diferencia entre el día y la noche, y además prefería la noche porque me permitía estar sola. Arreglé mi vida, mi uso del tiempo de tal modo que podía estar sola las 24 horas del día en medio de todo el mundo, podía pasarme días y días sin hablar, sin tener necesidad de decir una palabra, ni de que me la dijesen. Sorda y muda. Sabía qué tenía que hacer durante el día, me había encargado de una parte de los trabajos de la casa: despertar a mis hermanos y hermanas cuando eran chicos, hacer que se lavaran, preparar el desayuno; luego hacer la limpieza de la casa, la vajilla y después la comida. Una vez que terminaba, me encerraba en mi cuarto y nadie entraba; todo eso sin una palabra, no le hablaba a nadie, no decía una palabra. Lo que me hacía mal era sobre todo ese silencio. Me consolaba con mis hermanos y hermanas mientras eran chicos; eso era todo.

Me decían "la pantera"

—*¿Qué tipo de relación tenías con tus padres, sobre todo con tu madre, dado que las dos estaban permanentemente en la casa, frente a frente?*

FARIDA: Con mi padre, nada; para mí, era como si no existiera, y para él creo que era como si yo tampoco existiera. Es curioso, para mí existe a través de mi madre, de lo que me dice mi madre de él, o sea más o menos esto: "Tu padre me dijo..., tu padre piensa que..., tu padre quiere que..., tu padre pide que..., qué va a pensar, qué va a decir tu padre..., ten cuidado de que tu padre no sepa que...", etcétera. No eran más que cosas así. De la misma manera, supongo que no existo para él más que a través de lo que le dice mi madre... o de lo que hablan entre ellos cuando se trata de mí. Con mi madre era la oposición. No podía agarrármelas más que con ella. Al final, ya no nos dirigíamos la palabra. Yo la consideraba responsable de todo, me parecía peor que mi padre, más represiva...; es lógico, a ella le corresponde velar por todo..., por la buena conducta de su hija. Escucho a mi padre decirle: "Es tu hija..." o "Tu hija es así..., piensa así..., hizo tal cosa..."; así que es su culpa como madre de esa hija. ¡Cuando ahora pienso en eso!... Yo era una puerca, una sucia, debía de tener mal olor; no me lavaba, una verdadera puerca. Estaba siempre con mi delantal... de cocina, no me desvestía, ni siquiera para dormir; no me cambiaba. Tampoco comía... tenía crisis de anorexia, o si no, comía cualquier cosa, parada..., nunca a la mesa, a la hora de comer, con todo el mundo. Al final, me había vuelto insomne, ya no dormía; varias noches seguidas sin pegar un ojo. No tenía más noción del tiempo: en qué día o qué mes estábamos; me importaba un bledo. Creo que lo ignoraba a propósito, leía el diario sin mirar la fecha; día o noche, era lo mismo, siempre estaba en la oscuridad o con luz eléctrica, jamás abría los postigos de mi cuarto. Ése, la verdad, era el único privilegio que me habían concedido y no podían hacer de otra manera: tenía un cuarto, un cuarto para mí sola, tanto para la noche como el día, que no compartía con ninguna de mis hermanas. Con mi madre, entonces, nos mirábamos como perros listos para agarrarse. Me desquitaba con ella, era todo lo que podía hacer. Siempre fui agresiva, lo habría sido por menos que eso... Y

siempre queda algo..., pudiste comprobarlo en carne propia [*risas*]. Todo era mostrar las garras. Mis hermanos y hermanas me decían "la pantera". Sin embargo, ellos eran los únicos con los que tenía un mínimo de diálogo, un poco de complicidad.

—Tanto varones como mujeres, hermanos y hermanas...

FARIDA: En general, sí. Diría incluso que más con mis hermanos que con mis hermanas, porque los varones eran más grandes, dos que vienen justo después de mí. A su manera, sin que se dieran cuenta, me ayudaron mucho.

—Bueno, dejemos eso de lado; sigamos con tu madre, las relaciones con tu madre.

FARIDA: Las relaciones con mi madre... eran de hostilidad permanente, no de odio. El odio... me da vergüenza decirlo, era con mi padre... Verdaderamente lo aborrecí. Aún hoy, cuando voy a la casa, si pudiera hacer algo para no verlo, lo haría. Por otra parte, es mutuo. Supongo que él también lo arregla así. Es otra manera de mentir. Así, hace como si ignorara todo, como si no supiera que me fui de casa; que vivo sola, es decir, sin estar casada, en otra parte; que hago mi vida, no sé [...]. Pero con mi madre era la discusión permanente. Yo era agresiva con ella como con todo el mundo, y eso bastaba para crisparle los nervios, lo que redoblaba mi agresividad. No paraba hasta hacerla llorar, y entonces me encerraba en mi cuarto para llorar yo también. Para ella yo era un monstruo y, efectivamente, actuaba como un monstruo con ella...

—¿Sigue siendo así?

FARIDA: ¡Ah, no! Ahora nos adoramos. Es como si las dos quisiéramos recuperarnos, hacernos perdonar, compensar lo que nos hicimos mutuamente. Ahora, mi madre no jura más que por mí. Tiene sus razones, te las cuento después. Antes me maldecía, me predecía las peores cosas, las deseaba, las invocaba sobre mi cabeza, como me decía: era la maldición... Incluso la oí quejarse, llorar, "¿Qué le hice a Dios para que me aflija con semejante hija?". Usa además la misma palabra, "¡Por haberme maldecido con una hija así! ¡Por haberme castigado de este modo!". ¡Y seguro que le suplicaba a Dios que le perdonara, no sé, no se sabe qué falta que habría cometido para haber dado a luz un monstruo semejante! Yo era el mal en persona, el mal mismo... Es la verdad. Y había que evitar que contaminara a mis hermanas más chicas. Era la obsesión de mi madre, que tenía muchas obsesiones.

—¿Cuáles eran sus otras obsesiones?

FARIDA: Su gran obsesión es la escuela. Todo es culpa de la escuela. Porque fui a la escuela hasta los 16 años. Sólo hasta los 16, ni un día más. ¡Y qué escuela! Una escuela de nada. Pero pese a eso, es ella la que "me dio vuelta la cabeza", como dice mi madre. Y jura que no se dejará pasar, que no la pasarán otra vez con mis otras hermanas y las va a sacar antes de tiempo. [*Grandes carcajadas.*] Cuando pienso en eso ahora... ¡Cuando en realidad hicieron brillantes carreras universitarias: una enseña francés en un liceo de Alemania, en Francfort, y la otra trabaja en Barcelona, en España, en el turismo! Así es como pasan las cosas. Y decir que mi madre ahora está muy orgullosa, orgullosa de sus hijas más que de los varones, que todavía vagan en la casa, mientras que las chicas trabajan y todas se fueron de casa; la última fui yo, siempre soy la última. Todos hicieron únicamente liceos de enseñanza profesional y van tirando miserablemente. Pero eso no impide que haya actuado sobre mí como un chantaje. Cuántas veces se me ocurrió fugarme. No, no del todo. Jamás estuve de acuerdo con la fuga; siempre termina mal. Conozco muchas chicas a las que educaron como a mí, parientes o vecinas, y que decidieron fugarse. A todas les fue mal porque no tenían los medios –de dónde iban a sacarlos si se pasaron la vida encerradas en la casa– para salir del paso, ni profesión, y ni siquiera la idea de qué es el trabajo, ni alojamiento, ni relaciones, ni ayuda de donde venga, de personas que conocieran o de servicios, asistentes sociales, seguro de desempleo, que no conocen. La fuga no. Pero pensé en alguna medida heroica, una verdadera rebelión, y dar un portazo a vista y paciencia de todo el mundo luego de haber decidido dónde iba a caer... Cosa que además hice más adelante, pero más suavemente, porque las circunstancias eran diferentes. Pero creí en las amenazas de mi madre y tenía miedo de que recayeran sobre mis otras hermanas. Sinceramente, creí en la especie de chantaje de mi madre. [...] Si tuviera que contar todo lo que tenía que decir. Había empezado por escribir cosas en mis insomnios, mis crisis de llanto, de ideas sombrías, de depresión. Y después quemé todo. No sirve para nada, y además tenía miedo de que cayera en las manos de alguien, mis hermanos o mis hermanas. Quería evitárselos, evitarles que supieran. Y además, eran cosas personales.

Tenía que volver a aprender todo

—Eso debe de haberte masacrado en lo moral y lo físico.

FARIDA: La masacre está ahí. Y cuando me fui, me di cuenta de los estragos, de la masacre, como tú dices. Tenía que volver a aprender todo... No, a aprender todo. A hablar normalmente, a escuchar sin temblar; a escuchar y reflexionar al mismo tiempo, cosa que nunca aprendí a hacer; no sabía ni escuchar ni reflexionar sobre lo que me decían, porque no escuchaba. Aprendí a caminar, a frecuentar gente y no encerrarme; a vivir, en definitiva. Todavía queda algo: me horrorizan los espacios públicos, tardé mucho antes de decidirme a ir al cine –¡el cine, ese lugar de perdición, ese lugar donde uno está solo pero en medio de una multitud, en la oscuridad, mirando cosas que no siempre son muy "católicas"!–. Sola, por mí misma, jamás iré al restaurante, nunca aprendí a comer en público. Necesité toda una reeducación, un gran esfuerzo en mí..., aprender todo lo que los demás hacen naturalmente. Para mí no fue natural. Una vez pedí que me tomaran como mucama en la casa de reposo donde me encontraba. Estuvo a punto de salir, pero había problemas con la seguridad social y la licencia por enfermedad. Caminaba a fuerza de drogas: drogas médicas, antidepresivos y drogas propias.

—¿Cuáles son tus drogas propias?

FARIDA: Mi droga propia... era la lectura. Leí una enormidad. Me pasaba las noches de insomnio leyendo. Al principio, cuando mis hermanos y hermanas eran chicos, no había prácticamente nada para leer en casa, ni siquiera diarios. Guardaba las hojas de diario con que el verdulero había envuelto la lechuga y las leía y releía. Después, una hija de nuestros vecinos, que tenía más o menos mi misma edad, me pasaba diarios, revistas –publicaciones femeninas, sobre todo– algunos libros que tenía en su casa. Más tarde eran mis hermanos los que me traían cosas, no muy importantes, pero al menos los diarios, las revistas, los libros de éxito, policiales y hasta novelas... un poco porno. Pero sobre todo mis hermanas. Leía todo lo que ellas traían a casa, incluso los libros de texto y, desde luego, las novelas y toda la literatura que leían. Pero antes de eso, le había pedido a esa vecina que fuera a inscribirse a la biblioteca municipal. Lo hizo. Yo ni siquiera elegía lo que me traía: "Vas, entras, tomas los primeros tres libros que tengas a mano y me los traes, porque se pueden sacar tres libros por vez". Fue así como leí mucho; entendiera o no, no obstante leía todo. Me hizo mucho bien. No sólo en el momento, si no fuera así creo que me habría olvidado de todo, ya no sabría hablar francés porque en casa no lo hablábamos, no pronunciábamos ni siquiera una palabra. Fue preciso que todos los hijos nos hiciéramos grandes para hablar entre nosotros, con toda naturalidad, francés y nada más que francés. Ahora, a todo el mundo le parece normal. Ahí tienes otra cosa que cambió mucho. Y para gran perjuicio... de los padres, claro. Hasta mi madre ahora habla francés... y lo habla sin acento, incluso lo habla bien o, en todo caso, mejor que mi padre. No sólo para hablar me fue útil; también para escribir. Porque en la escuela, cuando no hiciste más que un CAP, un CAP de empleada de oficina, eso o nada es lo mismo, no es eso lo que va a enseñarte a escribir. Hoy, sin jactancias, en un trabajo paso por una de las que mejor saben redactar y en todo caso sin ninguna falta de ortografía, y sobre todo sin errores gramaticales. Así que no fue la escuela la que me lo enseñó, sino la lectura... Doy fe de que no hay mal que por bien no venga; eso es lo que tengo que decirme ahora.

—¿Cómo se dio la reconciliación entre ustedes? Ese nuevo gran amor, me dijiste que era como si tuvieran que perdonarse mutuamente todo el mal que se habían hecho una a otra; ¿cómo, a través de qué se manifiesta ese gran amor?

FARIDA: La reconciliación se dio por sí sola. Desde el momento en que me fui de casa y todo el mundo pareció aceptarlo, la verdad es que todo ocurrió poco a poco, a medida que se producían cambios en la familia. Si yo fui la primera en pagar el derecho de piso, fueron mis hermanos y hermanas, sobre todo ellas, después de mí, las que provocaron los cambios que, más tarde que ellas, me permitieron liberarme, porque es una verdadera liberación. A mis hermanos debo prenderles una vela, contrariamente a lo que se dice de los hermanos. En el fondo, lo que a lo mejor más conmovió a mis padres, lo que tal vez los desconcertó todavía más, fue cuando se dieron cuenta de que ni siquiera los seguían los varones, sus hijos, que no compartían su punto de vista. A mi madre siempre la sorprendió la libertad que había entre nosotros, entre mis hermanos y yo. Sin decir nada, sin oponerse a los padres y a lo mejor sin que lo supieran ellos mismos, me apoyaron tremendamente. Sin tomar partido por mí, lo que no hubiera servido para nada, estaban naturalmente de mi lado. Bastaba que hicieran las cosas, que se comportaran de la manera más natural del mundo. Porque en cierto modo éramos cómplices, y mis hermanos –más que mis hermanas– se habían convertido en mis aliados. Eso desconcertó totalmente a mis padres; ellos, que sin duda esperaban que sus

hijos actuasen de rectificadores, de censores, que adhirieran a su punto de vista. Mi madre quería apoyarse en ellos, "¡Ya verás, cuando tus hermanos sean más grandes te van a hacer andar derecha!", como suele decir, porque para ella yo estaba torcida [*ma aw ja*]; "No pierdes nada esperando... no me gustaría estar en tu lugar, y bien que te la harán...". También ahí se equivocó de medio a medio, se llevó un chasco. ¿Se sintió decepcionada? Ni siquiera tuvo tiempo de comprender la cosa y hoy, seguramente, va a decir que todo es falso: nunca pensó eso. Incluso con el trabajo: me acuerdo de que cuando tenía 16 años, con unos parientes que trataban de hacerlo entrar en razones, mi padre les juró que mientras él viviera su hija jamás trabajaría. Y hoy, si tardé cerca de 15 años en empezar a trabajar, si no soy más que una lastimosa secretaria en una empresa, es porque fui incapaz de cursar la educación superior como mis otras hermanas, cuando él no sabía siquiera qué era la educación superior y si existía algo así.

—*¿Cómo se manifiestan la reconciliación con tu madre y, sobre todo, los signos de ese nuevo amor, "nos adoramos", como me habías dicho?*

FARIDA: Sí. Hay que decir que mi madre está gravemente enferma. Hacía ya algún tiempo: adelgazó, se arrastra por la casa, no come, vomita todo el tiempo. Y para el tratamiento, estaba la visita al doctor del lugar, que todas las veces daba así no más una lista de medicamentos, sin saber demasiado qué era. Yo llamaba por teléfono todas las noches a casa para tener noticias. Como último recurso hubo que internarla, y no dejaron de hacerle análisis de todas clases y por todos lados; la examinaron de cabo a rabo. Eso me preocupó.

[*Su madre está internada. Se comprueba que, a pesar de no haber tomado jamás una gota de alcohol, tiene una cirrosis hepática.*]

FARIDA: Durante todo este tiempo, todas las veces que mi madre tiene que correr a los hospitales, viene y se instala en mi casa; es mi invitada y desempeña muy bien ese papel. Ahí es cuando te dije que la llevé al cine –por supuesto, para que viera que no es el diablo tuve que elegir con cuidado la película, en la casa no miran nunca televisión salvo los noticiarios–, al restaurante, en lancha colectiva. Creo que eso le movió algo; no fueron sus hijos los que se ocuparon de ella, no sólo no podían hacer nada porque siguen viviendo a sus expensas sino que, además, apenas le preguntan si hay algo nuevo; como viven con ella y la ven todos los días, para ellos las cosas se dan por descontadas. Incluso es necesario que yo los sacuda para hacerles tomar conciencia de que no es poca cosa, de que es muy grave. Mi padre terminó por saberlo; desde luego, debe de habérselo dicho mi madre. Según parece, tuvo esta reflexión: "Ahora sé, sé con quién puedo contar. Si me pasara algo, estoy seguro de que sería a ella (o sea, yo) a quien encontraría a mi lado". ¡Es casi de no creer!

[...]

Yo eché el resto, y trabajé

—*Queda una cosa para comprender todo. ¿Cómo te fuiste de la casa? ¿Cómo hiciste para encontrar trabajo en una época en que ya era difícil conseguirlo aun con experiencia previa? ¿Cómo hiciste para encontrar una vivienda? ¿Quién te ayudó? ¿Te ayudó alguien de la casa, por ejemplo, adelantándote dinero, etcétera?*

FARIDA: No, nada de eso. El pretexto fue una prima, que ya era una mujer casada, con chicos. Ella también las había pasado negras; nos sucedió a todas. Está a lo mejor la generación actual, las chicas que no tienen más de 15 o 16 años, que nacieron aquí, parecen arreglárselas y pueden estar protegidas por todo lo que vivimos nosotras, las mayores, que fuimos las primeras familias en llegar a Francia. Nosotras teníamos que educar a nuestros padres [*risas*]. Y las más jóvenes se beneficiaron con ese trabajo. Tanto mejor para ellas. [...] Así que vino a casa de mis padres dos o tres veces y, mientras charlábamos de una cosa y otra, me dijo: "¿Por qué no vienes algunos días a casa?; eso te va a cambiar, te hará salir de aquí y tomar un poco de aire fresco". Ninguna reacción de mis padres, ni sí ni no, como si no hubieran oído nada, ni siquiera "Gracias", ni una protesta por cortesía. Yo me di por enterada. No había ninguna connivencia entre nosotras dos. Dos días después, cuando se iba, fue a despedirse de mis padres; yo tenía la valija lista. De repente me encontré en su casa y me dije que si quería arreglármelas, ése era el momento. Recorrí todas las posibilidades, avisos, ANPE, pasantías. En la ANPE me habían informado sobre una pasantía de dos meses como secretaria. Y además, remunerada. Eso hizo que me entrara un poco de dinero. Eché el resto, y trabajé lo imposible. No había una verdadera clasificación, pero hacían una categorización y, parece, fui la primera. En seguida me propusieron una pasantía más larga, de diez meses, de un nivel superior y más calificado, también remunerada. Me quedé en lo de

esta prima casi un mes. Busqué y encontré un lugar en un hogar de París, y en dos años pasé por tres hogares. A consecuencia de mi pasantía de la ANPE, encontré colocación. No tenía opción, no fui exigente ni con los horarios ni con el lugar de trabajo, y ni siquiera en cuanto al salario. Estaba tan contenta de ver que podía arreglármelas, que podía vivir independientemente, gracias a mi trabajo, en mi casa...; ¡es un sueño! Después encontré un cuarto no muy caro en París, pero era sórdido. No importa. Jamás conocí el desempleo. Entre el trabajo y las oficinas de personal temporario, siempre trabajé.

[...]

—¿Y actualmente trabajas?

FARIDA: Sí, sigo teniendo mi trabajo. Tengo que conseguir que me reconozcan la categoría de secretaria de dirección; siempre hice eso sin que me lo reconocieran. Tengo que dominar el inglés. Me dedico a eso; hago cursos en el Conservatorio de Artes y Oficios. Estoy planificando algo: inscribirme en la ASSEDIC* y pedirles una capacitación-calificación en inglés. Eso es. Creo que ahora sabes todo de mí. No sé qué vas a hacer con todo eso, pero lo adivino. Tengo curiosidad por leerlo..., el retrato que vas a hacer de mí no creo que sea lindo.*

1990

*. *Association pour l'emploi dans l'industrie et le commerce*, Asociación para el Empleo en la Industria y el Comercio (n. del t.).

¿Qué pueden hacer conmigo adónde van a meterme?

Una anciana en el hospi

¿El sufrimient no se mide

Una mujer en el hospital

261/2

La soledad

Gabrielle Balazs

Pudimos entrevistar a Louise B. gracias a la propuesta del servicio de urgencias de un gran hospital de París. En ese ámbito, no se hizo nada para facilitar la investigación; las idas y venidas del personal de atención, los bomberos, el ruido de sirenas, la circulación de las camillas, el golpeteo de las puertas de plástico, la interpelación de los camilleros, así como la imposibilidad de aislarse en un espacio abierto, organizado para dejar libre el paso a las camas rodantes, la presencia constante de otros enfermos en los dormitorios y la repentina entrada de enfermeras o visitantes, son poco propicios para la realización de una entrevista.

Y sin embargo, aunque se haya desarrollado en condiciones muy difíciles, interrumpida por la colocación de una máscara de oxígeno y la toma de temperatura y presión, la entrevista que nos concedió Louise B., de 80 años, víctima de un malestar cardíaco, evoca de manera particularmente dramática la experiencia que, para una persona anciana, representa el trauma del hospital, inicio de un proceso irreversible de puesta bajo la responsabilidad médica.[1]

El malestar que llevó a Louise B. a la sala de urgencias hace visible su aislamiento, que, hasta entonces, pasaba inadvertido; más que un problema médico, plantea la cuestión de quién se va a hacer cargo de ella después del tratamiento. Así, los servicios de urgencia de los hospitales reciben cada vez más personas de edad a las que habrá que encontrar un alojamiento.

Pese a haberme anunciado que estaba cansada y que había dormido mal a causa de la "mudanza" –día y noche llegan enfermos al servicio–, Louise B. no quiso interrumpir la entrevista como yo le sugerí; deseaba seguir hablando de su historia personal.

Al principio de la conversación utiliza a menudo el "uno" [*"on"*] indeterminado para hablar de sí misma, como si hubiera interiorizado el lenguaje despersonalizador de los encargados de atenderla ("Una tiene un poquito de fiebre esta mañana"); a continuación habla extensamente de

1.

En el lapso de un cuarto de siglo, de 1965 a 1989, la proporción de personas de 60 años o más pasó del 17 al 19%. La esperanza de vida supera los 80 años para las mujeres y los 72 para los hombres. Esta diferencia de más de ocho años entre unas y otros explica que más de las tres cuartas partes de las personas solas de más de 55 años sean mujeres. En 1989, los hogares compuestos por una sola persona representan el 27% del total (eran el 16% en 1901 y el 20% en 1968), y más de un individuo de cada diez vive solo (10,6% en 1990). Más de un millón de personas de 75 años o más están solas.

Cuatrocientos cincuenta mil ancianos son dependientes, número que amenaza con aumentar aún más con la prolongación de la duración de la vida. En 1990, 211.000 personas de edad están bajo la responsabilidad médica (43.000 en sus domicilios, 67.000 en establecimientos para largas estadías y 100.000 en residencias).

Estos factores demográficos, sin embargo, no explican del todo el aislamiento de los ancianos. El lugar de éstos en la familia ha cambiado: la proporción de personas de edad que viven con al menos uno de sus hijos no ha dejado de disminuir. No sólo se modificó la cohabitación, sino que también se transformó todo el ciclo de intercambios entre generaciones dentro de la familia. Véanse "Données sociales, 1990", INSEE, y R. Lenoir, "L'invention du troisième âge, constitution du champ des agents de gestion de la vieillesse", en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 26/27, marzo-abril de 1979, así como el informe de Jean-Claude Boulard sobre el problema de los ancianos dependientes.

su profesión de asistente social, que primero ejerció, durante mucho tiempo, como voluntaria –como era una joven de un medio burgués y su padre estaba "en los negocios", no necesitaba trabajar– y más adelante, después de la guerra, como asalariada, y todo parece indicar, en su voz, su tono, sus digresiones y hasta en las anécdotas en las que se describe en esa función de asistente social, incluso en su vida privada –en la carnicería la llaman señorita B. y le solicitan servicios–, que, si vuelve sin cesar a ese papel, es para reafirmar una identidad profesional y social que todo el mundo ha olvidado, no sólo en el hospital, en el que se siente como un bulto molesto, sino también en su edificio del sexto distrito y en su propia familia, para la que no existe más que como un "problema". Su sufrimiento es mayor por el hecho de que, en cuanto asistente social y como todos los trabajadores del sector, siempre se ocupó de los problemas de los demás. Por su experiencia profesional, sabe que ni las instituciones, ni el personal, ni las personas con pérdida de la autonomía están preparados para el manejo de la dependencia. Consciente de la relativa penuria de establecimientos, de la espera promedio de un año para encontrar una solución adecuada, Louise B. sufre ante la idea de que deberá aceptar una asistencia material y moral y tendrá que "molestar", cosa que la obsesiona.

Como muchas asistentes sociales, enfermeras o maestras de su generación, Louise B. es soltera, y la familia que le queda –un hermano, una cuñada, sobrinos y sobrinas– vive en el interior. No habla con un tono quejoso o confesional sino más bien con una inflexión propia de la charla, como si con esa levedad quisiera ocultar el patetismo de su situación. Mediante denegaciones reiteradas –"No, no, son amables, son muy amables"– subraya la ausencia de su familia. Absolutamente sola, pretende persuadirse de que tiene "suerte", que tiene personas a su alrededor y que su familia es atenta, cuando en realidad se sintió muy "sacudida" por la visita de su sobrina, encargada de convencerla de la necesidad de instalarse lo más pronto posible en un asilo de ancianos. Escondidas en esas afirmaciones según las cuales "todo va bien" se captan las pequeñeces que hacen su vida y que ella enumera tristemente: la visita de una vecina, el llamado telefónico de una sobrina, la pasada de una empleada doméstica. El gran problema que se revela en el hospital es tan doloroso que no puede expresarse totalmente, y ni siquiera pensarse: cada vez que, durante la entrevista, se acerca a la verdad de su soledad –ya no puede volver a su casa, su familia no puede ni quiere recibirla–, escapa rápidamente de esa lucidez que la mataría, con afirmaciones tranquilizadoras: "Tengo amigos", "Tengo gente atenta a mi alrededor", "Tengo suerte".◆

Con una anciana

Entrevista de Gabrielle Balazs

"¿Qué van a hacer con una vieja abuela?"

—Me gustaría que, en principio, me hablara de las dificultades con que se ha topado...

Louise B.: [...] Le prevengo que estoy bastante cansada. Llegué aquí el viernes al mediodía, un poco renqueante... y además anoche dormí muy mal, porque tuve una visita que me sacudió bastante. Hubo tantas mudanzas que ni le puedo contar, y no pegué un ojo... ¡por el ruido, todo lo que usted quiera! Así que está mañana no estaba muy en forma, y después eso se repite. Una tiene un poquito de fiebre esta mañana. Entonces... sí... no traté de averiguar por qué. No me preguntaron por qué, además, pero en fin... Pasé una noche muy penosa.

—Si está cansada paramos. Usted decide.

Louise B.: No, mire, está bien...

—Me lo dice; si tiene ganas de hablar o no, me lo dice... el doctor me dijo que llegó aquí con una urgencia, pero que después no quería volver a su casa...

Louise B.: No puedo. [*Insiste en el "puedo".*] ¡Es diferente! [*Risa crispada.*]

—Sí. ¿Y por qué no puede? ¿Cómo es eso?

Louise B.: Soy soltera y antes era asistente social, ya hace veinte años de eso, pronto 25, sí... digamos que no, todavía no del todo, bueno, me jubilé... Era asistente social en París y también en el campo; me gusta mucho el campo, me gusta mucho la gente que trabaja en las cosas rurales. Una se conoce con ellos, ve claramente las dificultades de unos y otros (ve a toda una familia); las siente porque los ve en la panadería o la carnicería, no importa. En fin, es un trabajo que me gusta mucho; que, ante todo, no lamento haber elegido.

—¿Y cuándo lo dejó? ¿Cuándo se jubiló?

Louise B.: En 1971, pero con una artrosis endiablada, muy dolorosa a causa del servicio social, porque una está en la ruta todo el tiempo, en los caminos de campo arriba de un 2cv, sí. Antes, al principio, se hacía en bicicleta; en el año 1949, y después finalmente la cosa empezó a... porque hice sanatorios, en fin, bueno, para ser breve, empezó a flaquear; el servicio, pese a todo, con las dificultades de ese momento, que usted no conoce, me consiguió un motocicleta. Y como era una región con cuestas, la motocicleta caminaba o no caminaba, en las cuestas la empujaba o... en vez de que ella me tirara. En fin, bueno, eso en resumen. Y después, finalmente, en 1953 vino el 2cv.

—Entonces, después vivió en París, ¿me dice que a partir de la jubilación vivió en París?

Louise B.: Vivo en París, sí. En fin, soy normanda, pero... bueno, me jubilé y me quedé en el campo, cerca de los amigos. Y después, cuando descubrí que ya no era joven para seguir viviendo sola en el campo... con el auto que era necesario para ir a cualquier lado y a mí me gustaba, de acuerdo, pero, en fin, ya no era posible [...]. Entonces, esa pequeña vivienda de paso en París la tenía de cuando era asistente social, eso es, porque había que escaparse. El domingo, si usted iba a comprar el pan [*imita a su público de personas asistidas*], "Ah, señorita, ¿ya está? ¿Cobró mis asignaciones?", "Señorita...", bueno, en síntesis, una se encontraba con ellos y eran muy amables –note que digo esto–, pero, en fin, había que escaparse... [*casi sin voz*]. Entonces pude conseguir esa pequeña vivienda de paso. Y volví a ella cuando comprobé que ya no podía vivir sola en el campo. El auto... algún día habría que saber decir no y... bueno.

[...]

—¿Y tenía alguna ayuda en la casa? ¿Cómo hacía para organizarse con las compras, la limpieza; tenía alguien que la ayudaba?

Louise B.: ¿Cuando me jubilé? Tenía esa pequeña vivienda de paso y además, por Dios, estaba sana...

Poco a poco una empieza a ir cuesta abajo, cuesta abajo, y después...

—Sí, pero no había nadie que la ayudara con la limpieza, con...

Louise B.: ¡Ah, si lo necesitaba sí, sí! En la casa había una persona que era muy, muy amable; si yo tenía que hacer compras, en fin, era muy, muy amable y me decía: "Si algún día está cansada y quiere que la prepare para acostarse...", porque simplemente es una pieza con un pasillo cocina –si puede decirse así– y está en un patio, un verdadero patio cuadrado, en la planta baja, y una ve un poco de sol y de cielo. Encima de mi casa no se ve el cielo, y tenía que mirar de reojo, allá...

—¿Es oscuro porque está en una planta baja?

Louise B.: Es oscuro. Y además en este momento están trabajando, así que [*irónica*] ¡es una vida de rey! Una portera que es muy amable, en fin, una amiga, argelina, una persona que es muy amable (ya sé que le presté un servicio, pero bueno, actúa con una amabilidad que yo aprecio enormemente, nos queremos mucho), y me decía: "Usted es como mi madre"; es una argelina... [*silencio*]. Y además, poco a poco una empieza a ir cuesta abajo, cuesta abajo, y después... Ya está.

—Entonces, ¿qué sistema encontró para tener ayuda en la casa?

Louise B.: Esta argelina; sí, y además, está muy bien, están los clubes de la alcaldía, así que está verdaderamente muy bien; hay uno muy cerca de casa al que me asocié, entonces una va a almorzar a él cuantas veces quiere; en fin, se inscribe y paga según sus recursos... los recursos económicos de cada uno [*tose*]; y es muy agradable, sirven con mucha amabilidad, en fin, es variado y representa un montón de ventajas. Además, no está mal, se habla de la vida de antes, está bien. Y después, después, evidentemente el corazón está cansado... En junio me caí y me fracturé el brazo, y eso naturalmente desencadenó toda una serie de cosas. Por eso preferí pasar algunos días aquí en el hospital, y después volví a casa con el brazo así; ¿ve estos tres dedos?, no podía moverlos... Bueno, después, después, retomé la costumbre de ir al club; si lo necesitaba, mi doméstica me llevaba, había [...] había una muy buena persona, muy amable, que me volvía a llevar o me ayudaba a cortar la carne porque no puedo...

—Sí, por eso, para todo lo que hay que hacer en una casa, ¿no podía moverse?

Finalmente, me vine abajo

Louise B.: No podía, tenía a esta personita [...]. Es de oro, se puede confiar totalmente en ella, en fin, tiene las llaves, sabe mucho, estoy obligada a frenarla porque trabaja... Viene una hora a casa, por ejemplo, "¿Qué quieres que te haga?". Pero... mire, bueno, evidentemente esa caída hizo que me viniera un poco abajo, después tuve varios yesos, enyesados, lo pusieron mal y fue muy doloroso, en fin, para ser breve. Y después, el 15 de agosto, algo así... [*risas*] es largo. No siempre es muy gracioso, porque en agosto, ¿buscar qué?... todo el mundo está afuera, todo el mundo está afuera... [...]

Hay gente a la que le gustaría serme útil, pero... Y después, y después, bueno, retomo mi vida, así, un poco renqueante, bastante renqueante, caminando con bastón; en fin, total, que salía como podía. Y después, y después, bueno, finalmente me vine abajo. Lo que lo desencadenó fue... sí, que me caí en casa. Así que eso me alertó un poco. Y después no podía levantarme. [*Ruido de camillas, voces.*] Y entonces un drama que podría haber sido trágico, era el momento en que había no sé qué, leche, ah sí, y el gas se apagó; entonces conseguí llegar arrastrándome como una lombriz hasta el teléfono para avisarle a la portera, "¿Qué es eso?", enloquecida, claro, así que eso desencadenó unas cuantas cosas, "¡Pero bueno, no es posible!"; así es.

—¿La portera le aconsejó que no se quedara sola, entonces?

Louise B.: Ah, es muy amable, me presta un servicio, de acuerdo, todo eso, pero yo no quiero, no, no está para ayudarme; si un día va a la panadería puedo pedirle que me traiga a mí también, de acuerdo, o cuando reparte el correo viene y se sienta al pie de la cama, charlamos y listo. Pero no quiero, no está para eso y además, si peso demasiado para que me carguen, bueno, naturalmente todo se desencadenará... Entonces, llegué a ese extremo. Y con esta caída que alertó un poco, llamó por teléfono a mi hermano, en fin [*risas*], es un poco...

—¿Y su hermano qué dijo?

Qué pueden hacer conmigo

Louise B.: Ah, dijo... Se ocupa muy amablemente de mí, pero buscan. Entonces mañana la asistente social y este hermano van a hablar por teléfono –mi cuñada también es muy, muy amable–, están en La Rochelle, así que... Y mi cuñada es muy, muy amable y mi hermano también, así que buscan qué soluciones puede haber; la asistente social de aquí está en contacto con mi hermano... Para saber qué pueden hacer conmigo, adónde van a meterme... Es el drama de las personas de cierta edad. Ella había pensado en Broca, porque ahí, cuando pasó eso, en fin, dudé un poco y después tenía que

volver; bueno, qué solución encontrar y todo eso. Y después la asistente social me habla de Broca y yo pensaba, en el fondo, con mi argelina, con el hogar al lado, muy bien me puedo quedar así. Pero [*silencio*], ¡se terminó!

—*¿Ya no es posible?*

Louise B.: Qué iba a hacer [*interrupción*]. Pero ese hogar es realmente... a uno lo admiten, quiero decir que se está muy bien, es fácil ir a verme y además mi puerta siempre está abierta. Así, ¿no?, muchas veces estoy acostada, bueno, está bien, llegan, bueno... es muy amable, es muy... Además, además, y bien, naturalmente, sí, cuando me caí y estaba prendido el gas, evidentemente eso da para pensar, y después todo el mundo estuvo alerta. Entonces la portera le avisó a mi hermano de La Rochelle que tuvo, en fin... que entonces, muy amablemente... yo me tenía calefacción a gas y la cocina también es a gas; así que con eso, quisieron desde luego sacar el gas y poner todo eléctrico. Yo entiendo, es más razonable, y en fin, naturalmente eso ha... Sólo que acaban de descubrir que está lleno de lauchas, yo sabía que había y trato de darles veneno para que coman, pero con eso no alcanza. Entonces mi portera está un poco enloquecida porque con las lauchas no es posible hacer los trabajos para la electricidad. Así que no sé en qué andan en este momento, no sé qué se trama, no sé nada [*risas*].

—*¿Quiere decir que si quisiera volver a su casa habría que hacerle cambios, que la remodelaran?*

Louise B.: Vea... ah, remodelarla... No, es esta cuestión del gas y la electricidad; en fin, ¿no?, tienen toda la razón. Y además, vea, me doy cuenta de que no puedo vivir más sola, y aparte en estos últimos tiempos casi no salía; salía con el bastón, y si salía tenía la suerte de poder ir a reuniones de familia, pero bueno, venían a buscarme en auto... Sí, sí, en fin, así pude aprovechar el 1° de enero, en fin, era en enero...

—*¿Tiene familia en París?*

Louise B.: Ah, sí, tengo familia en París, primos, en fin... Tengo sobrinas, naturalmente, tengo una... que está aburrida de verme así. Lo sé, lo siento claramente pero tiene tres hijos, un marido que estuvo algún tiempo desocupado, así que se vio obligada a buscar trabajo, era maestra jardinera y volvió a la educación. Entonces también tiene que ponerse a trabajar y además, bueno, todo eso es muy cansador. En consecuencia, no quiero pedirle...

[*Entra una enfermera a atenderla.*]

—*Sí, no quiere pedir nada, ¿no?*

No me corresponde ir a estorbar a unos y otros

Louise B.: ¡Ah, no quiero pedir!

—*¿Porque piensa que ella no puede?*

Louise B.: Oh, todo lo que puede hacer lo hace, los llamados telefónicos, todo eso. Además, créame, si le digo: "Tómate un taxi" cuando viene, le ofrezco pagarle el taxi; en fin, viene a lo mejor una hora los días en que... los días en que... pero bueno, tiene sus tres hijos y no me corresponde ir a estorbar a unos y otros.

—*Ah, estorbar, ¿pero por qué piensa que los estorbaría? ¿No hay un lugar donde...?*

Louise B.: Porque están ocupados. Tienen la vida ocupada, ¿se da cuenta?, ese marido que empieza a trabajar de nuevo, es preciso que ella lo sostenga un poco moralmente, en fin, no quiero ser una carga; cuando charlamos por teléfono, bueno, está muy bien, las sobrinas, en fin... muy amablemente, pero no pueden venir a verme y yo no quiero; de vez en cuando les digo: "Bueno, bueno, tómate un taxi y vienes".

—*¿Y entre sus sobrinos y sobrinas no hay ninguno que pueda ir a su casa?*

Louise B.: ¿A vivir?

—*Sí, sí, a vivir.*

Louise B.: [*Alguien grita: "¡Un médico al 8, hay un enfermo!"*] Ah, no, no es posible, porque es una mísera pieza. Creo que son, sí, a lo mejor apenas cinco, ocho metros y después un pasillo, un pasillo más o menos ancho que me servía de cocina...

—*Sí, es demasiado chico para recibir a alguien.*

Louise B.: Ah, sí, entonces Zorah me decía algunas veces: "Usted sabe..." (bueno, mi argelina), "Sí... voy a venir a dormir aquí", cosa que pasó a menudo, tiramos un colchón en el piso y cuántas veces vino a dormir a casa. "Hola... Sí, ponemos el colchón y vienes", en fin, bueno, y entonces el otro día vino pero tenía frío, la pobre –era el período de frío–, y entra aire por debajo de las puertas. Y además no es posible, no hay lugar suficiente en... No, está ese mísero colchón en el piso... [*risa forzada*].

—*Sí, es una solución provisional, pero, ¿no hay nadie que pueda quedarse permanentemente en su casa?*

Louise B.: Ah, no. Ah, no, no podemos vivir dos.

—*Entonces, ¿qué posibilidades considera ahora? ¿Eventualmente ir a lo de su hermano y su cuñada?*

Louise B.: ¡Ah, no! ¡No, no! No quiero ir a lo de ninguno... ¡No, ah, no! Además, dése cuenta, su vida también está organizada, acaban de tener un tercer nieto, en fin, uno

de sus hijos que no vive lejos. ¿No es así?, cada uno tiene su vida organizada. No, no, no, es... Y mi cuñada lo entiende muy bien, me llama por teléfono muy seguido, muy amablemente, y me pregunta cómo estoy, todo eso porque se da cuenta de que hago lo que puedo, pero no la molesto. No, no... Le puedo asegurar que me obsesiona no...

Nos hacen vivir...

—¿Y de dónde le viene esa obsesión por no molestar? Justo usted, que en su profesión siempre se ocupó de los otros.

Louise B.: Bueno, justamente porque vi lo que era molestar a unos y otros, ¿qué van a hacer con una vieja abuela? ¿Qué? No, vea... Nos hacen vivir, porque un poco se trata de eso, pero no sé si se le puede decir "vivir" [*risas*]. Dése cuenta de que me gusta leer, me gustan las palabras cruzadas, vienen, le aseguro, fácilmente, llaman, un "Scrabble"; en fin, cuando tengo un televisor que no funciona y además... no, porque tengo sobrinos, pero lo que se llama sobrinos por elección; o sea, hijos de amigos, para los que soy una tía. Entonces hay un matrimonio que me llamó por teléfono hace dos días y él me dijo, bueno: "Escúchame, te llevamos el televisor de mi suegra", así que tengo un hermoso televisor que funciona bien, y desde la cama puedo... eso es. Con lo cual, amablemente, muchos tratan de complacerme. [*Se le arrebata la voz.*] Pero hay otros que comprenden mucho menos cómo son las cosas. [*Voz irritada.*] Y que creen entender todo, manejar todo, organizar todo [*imita su voz autoritaria*], "¿Por qué usa esos zapatos?" Si viera... ¡Oh, ayer fue dramático! Con esta sobrina, verdaderamente, tiene una manera de juzgar todo lo de una, tiene 40 años...

—¿Es la hija de otro hermano? ¿No la hija del que vive en La Rochelle?

Louise B.: ¡Oh, está grabado, cuidado, oh, sí!

[*Muy inquieta por su futuro y "sacudida" por la visita de su sobrina, Louise B. procura no decir demasiado y pide hablar sin que la grabe; luego de una interrupción, proseguimos.*]

Louise B.: Y entonces mi hermano y mi cuñada, bueno, mi cuñada es muy discreta. Justamente, hace un rato la asistente social me dijo por teléfono que mañana se van de viaje, así que pasan por París y hay una reunión con la asistente social y además no sé quién, no sé quién más, para ver qué pueden hacer con los grandes pesos pesados que somos nosotros. [*Risas. Ruidos en el pasillo.*] Es cierto. Pero es cierto. ¿Cuántos hay como yo? Y pienso que todavía tengo suerte porque... bueno, me doy cuenta de lo que tengo; hay que saber lo que uno todavía tiene. El teléfono funciona perfectamente en casa, en fin, todavía llevo una vida muy activa...

—¿Pero qué es lo que prefiere?

Louise B.: Ya estoy harta, querría un rincón tranquilo en un asilo de ancianos...

—¿En un asilo de ancianos?

Louise B.: [*Tono bajo.*] Ah, sí... Una ya no tiene más que eso. No demasiado lejos para que cuanto menos puedan ir a verme...

—Sí, en París...

Louise B.: Sí, o cerca de París... [*silencio*]. Así que creo que es lo que van a analizar mañana; con tantísimas recomendaciones de mi sobrina. [*Imita su voz.*] "Sobre todo, eh, no deje pasar lo que le propongan." ¡Por qué me meto! Como si hubiera recurrido a ella para vivir... ¡Pese a todo, ayer, como empezaba a hartarme, le recordé que hice dos años de sanatorio en 1938, sin que se supiera! Así que le dije: "Tú sabes que si es por coraje, lo tuve; por lo tanto, ¡es suficiente!", y un día le digo: "Mira, nadie se atrevió nunca a decirme lo que tú acabas de decirme", y me parece que ahí se dio cuenta de que se le había ido un poco la mano. Hay que reconocer que oírse decir eso hace mal.

—¿Cuál es la profesión de ella? ¿A qué se dedica?

Louise B.: Ah, hace psicología. Sí [*risas*]. Usted sabe, no es un ejemplo... psicología. Además no siguió –en realidad, no necesitaba trabajar–, su marido tiene una situación que le permite vivir, así que algunas veces yo me ocupo –demasiado– de sus hijos. Pero en fin, hay otros, así que veo a los otros... Incluso esta mañana, mire, un llamado telefónico de Montpellier: es una de ésas, de las que una llama sobrinas por elección. Ayer era de Rouen, cómo decir, era una amiga de Cannes, eso es. Así que hay que ver todo lo que una tiene todavía. No sólo pensar en cómo saldrá del paso. [...]

[*Entra un enfermero: "Buenos días, la vuelvo a molestar".*]

Louise B.: ¿Qué quiere?

[*El enfermero toma el diario que un visitante le dejó a Louise y sale.*]◆

Febrero de 1992

Comprender

Pierre Bourdieu

No querría hacer aquí demasiados sacrificios a reflexiones teóricas o metodológicas sólo destinadas a los investigadores. "No hacemos más que glosarnos unos a otros", decía Montaigne. Y aunque no se tratara sino de eso, pero de un modo completamente distinto, querría evitar las disertaciones escolásticas sobre la hermenéutica o la "situación de comunicación ideal": creo, en efecto, que no hay manera más real y realista de explorar la relación de comunicación en su generalidad que consagrarse a los problemas inseparablemente prácticos y teóricos que pone de relieve el caso particular de la interacción entre el investigador y aquel o aquella a quien interroga.

No creo, sin embargo, que sea posible remitirse a los innumerables escritos calificados de metodológicos sobre las técnicas de investigación. Por útiles que sean cuando aclaran tal o cual efecto que el investigador puede provocar *sin saberlo*, casi siempre omiten lo esencial, sin duda porque siguen dominados por la fidelidad a viejos principios metodológicos que, como el ideal de la estandarización de los procedimientos, se originan en la voluntad de remedar los signos exteriores del rigor de las disciplinas científicas más reconocidas; en todo caso, no me parece que den cuenta de lo que siempre hicieron, y siempre supieron, los investigadores más respetuosos de su objeto y los más atentos a las sutilezas casi infinitas de las estrategias que despliegan los agentes sociales en la conducción corriente de su existencia.

Así, varias décadas de ejercicio de la encuesta en todas sus formas, desde la etnología hasta la sociología, desde el cuestionario llamado cerrado hasta la entrevista más abierta, me convencieron de que esta práctica no halla su expresión adecuada en las prescripciones de una metodología a menudo más cientificista que científica ni en las prevenciones anticientíficas de los místicos de la fusión afectiva. Por eso me parece indispensable tratar de explicitar las intenciones y los principios de los procedimientos que pusimos en práctica en la investigación cuyos resultados presentamos aquí. Con ello, el lector podrá reproducir en la lectura de los textos el trabajo de construcción y comprensión cuyo producto son.[1]

1.
Durante las diferentes reuniones de trabajo, expuse los objetivos de la investigación y los principios (provisionales) de la entrevista, que había extraído de algunas experiencias que tiempo atrás había realizado yo mismo o algunos colaboradores cercanos (en especial, Rosine Christin, Yvette Delsaut, Michel Pialoux y Abdelmalek Sayad). En cada ocasión se examinaron atentamente la elección de los temas y la forma de la entrevista en función de las características sociales del potencial entrevistado. En muchos casos, la escucha o la lectura de la primera entrevista plantearon nuevas cuestiones (de hecho o de interpretación) que exigían un segundo encuentro. A continuación, los problemas, las dificultades y las enseñanzas halladas por unos y otros durante la realización de las entrevistas se sometieron regularmente a discusión en el marco de mi seminario del Collège de France del año lectivo 1991-1992. El método se precisó poco a poco en la confrontación continua de las experiencias y reflexiones de los participantes, mediante la explicitación y la codificación progresiva de los rumbos efectivamente tomados.

Si bien la relación de encuesta se distingue de la mayoría de los intercambios de la existencia corriente en el hecho de que se atribuye fines de puro conocimiento, sigue siendo, no importa qué se haga con ella, una *relación social* que genera efectos (variables según los diferentes parámetros que pueden afectarla) sobre los resultados obtenidos.[2] No hay duda de que el interrogatorio científico por definición excluye la intención de ejercer cualquier forma de violencia simbólica capaz de afectar las respuestas; lo cierto es que, en esa materia, no es posible confiar exclusivamente en la buena voluntad, porque en la naturaleza misma de la relación de encuesta están inscriptas todo tipo de distorsiones. Distorsiones que se trata de conocer y dominar, y ello en la concreción misma de una práctica que puede ser reflexiva y metódica, sin ser la aplicación de un método o la puesta en acción de una reflexión teórica.

Sólo la reflexividad, que es sinónimo de método –pero una *reflexividad refleja*, fundada sobre un "oficio", un "ojo" sociológico–, permite percibir y controlar *sobre la marcha*, en la realización misma de la entrevista, los efectos de la estructura social en la que ésta se efectúa. ¿Cómo pretender hacer la ciencia de los presupuestos sin un afán por darse una ciencia de los que uno maneja? Hay que esforzarse, en especial, por hacer un uso reflexivo de las conquistas de la ciencia social para controlar los efectos de la encuesta misma y embarcarse en el interrogatorio dominando sus efectos inevitables.

El sueño positivista de una perfecta inocencia epistemológica enmascara, en efecto, el hecho de que la diferencia no es entre la ciencia que efectúa una construcción y la que no lo hace, sino entre la que lo hace sin saberlo y la que, sabiéndolo, se esfuerza por conocer y dominar lo más completamente posible sus actos, inevitables, de construcción y los efectos que, de manera igualmente inevitable, éstos producen.

Una comunicación "no violenta"

Tratar de saber qué es lo que se hace cuando se establece una relación de entrevista es, en primer lugar, intentar conocer los efectos que pueden producirse sin saberlo a raíz de esa especie de *intrusión* siempre un poco arbitraria que está en el origen del intercambio (en particular, por la manera de presentarse y presentar la encuesta, los estímulos brindados o negados, etcétera); es tratar de poner de relieve la representación que el encuestado se hace de la situación, de la encuesta en general, de la relación particular en la que se establece y de los fines que persigue, y explicitar las razones que lo llevan a aceptar participar en el intercambio. En efecto, con la condición de medir la magnitud y la naturaleza del desfase entre el objeto de la encuesta tal como lo percibe e interpreta el encuestado, y el objeto que el encuestador le asigna, este último puede tratar de reducir las distorsiones resultantes o, al menos, comprender qué puede y qué no puede decirse, las censuras que impiden expresar ciertas cosas y las incitaciones que alientan a hacer hincapié en otras.

Es el encuestador quien inicia el juego y establece sus reglas; es él quien, las más de las veces, asigna a la entrevista, de manera unilateral y sin negociación previa, objetivos y usos en ocasiones

2. La oposición tradicional entre los métodos llamados cuantitativos, como la encuesta por cuestionario, y los llamados cualitativos, como la entrevista, enmascara lo que tienen en común: el hecho de basarse en interacciones sociales que se cumplen bajo la coacción de estructuras sociales. Los defensores de ambas categorías metodológicas ignoran esas estructuras, cosa que también hacen, por otra parte, los etnometodólogos, propensos, a causa de su visión subjetivista del mundo social, a desconocer el efecto que las estructuras objetivas ejercen no sólo en las interacciones (entre los médicos y las enfermeras, por ejemplo) que registran y analizan, sino también en su propia interacción con las personas sometidas a la observación o el interrogatorio.

mal determinados, al menos para el encuestado. Esta asimetría se ve reforzada por una asimetría social, si el encuestador ocupa una posición superior al encuestado en las jerarquías de las diferentes especies de capital, en especial del cultural. El *mercado de bienes lingüísticos y simbólicos* que se instituye en oportunidad de la entrevista varía en su estructura según la relación objetiva entre el encuestador y el encuestado o –lo que viene a ser lo mismo– entre los capitales de todo tipo, y en particular lingüísticos, de que están provistos.

Tras tomar nota de esas dos propiedades inherentes a la relación de entrevista, nos esforzamos por poner en práctica todas las medidas posibles para dominar sus efectos (sin pretender anularlos); es decir –más precisamente–, para *reducir al mínimo la violencia simbólica que puede ejercerse a través de ella.* Intentamos, por lo tanto, establecer una relación de *escucha activa y metódica,* tan alejada del mero *laisser-faire* de la entrevista no directiva como del dirigismo del cuestionario. Postura en apariencia contradictoria a la cual no es fácil atenerse en la práctica, puesto que, en efecto, asocia la disponibilidad total con respecto a la persona interrogada, el sometimiento a la singularidad de su historia particular –que puede conducir, por una especie de mimetismo más o menos controlado, a adoptar su lenguaje y abrazar sus puntos de vista, sentimientos y pensamientos– con la construcción metódica, fortalecida con el conocimiento de las condiciones objetivas, comunes a toda una categoría.

Para que fuera factible una relación de encuesta lo más próxima posible a este límite ideal, debían cumplirse varias condiciones: no bastaba con actuar, como lo hace espontáneamente todo "buen" encuestador, sobre lo que puede controlarse consciente o inconscientemente en la *interacción,* en particular el nivel del lenguaje utilizado y los signos verbales o no verbales aptos para alentar la colaboración de las personas interrogadas –que sólo pueden dar una respuesta digna de ese nombre al interrogatorio si son capaces de adueñarse de él y convertirse en sus sujetos–, sino que también había que actuar, en ciertos casos, sobre la *estructura* misma de la relación (y, con ello, sobre la estructura del mercado lingüístico y simbólico) y, por lo tanto, sobre la *elección* misma de las personas interrogadas y los interrogadores.

La imposición

Uno se asombra a veces de que los encuestados puedan poner tanta buena voluntad y complacencia para responder a preguntas tan descabelladas, arbitrarias o fuera de lugar como las que a menudo se les "propinan", especialmente en los sondeos de opinión. Dicho esto, basta con haber realizado una sola vez una entrevista para saber hasta qué punto es difícil mantener la atención en lo que se está diciendo (y no sólo en las palabras) y prever las preguntas capaces de inscribirse "naturalmente" en la continuidad de la conversación, al mismo tiempo que se sigue una especie de "línea" teórica. Lo cual equivale a decir que nadie está exento del efecto de imposición que pueden ejercer las preguntas ingenuamente egocéntricas o simplemente distraídas y, sobre todo, del efecto de contragolpe que las respuestas así arrancadas amenazan con generar en el analista, siempre expuesto a tomar con seriedad, en su interpretación, un artificio que él mismo produjo sin saberlo. Es lo que ocurrió, por ejemplo, cuando un encuestador, por lo demás tan solícito como atento, preguntó a boca de jarro a un obrero metalúrgico, que acababa de comentarle la suerte que había tenido por trabajar toda la vida en el mismo taller, si él, "personalmente", estaba "dispuesto a irse de Longwy", a lo que obtuvo, una vez pasado el primer momento de franca estupefacción, una respuesta de cortesía del tipo de las que el encuestador y el codificador apremiados de los institutos de sondeo registran como un consentimiento: "¿Ahora [*tono de asombro*]?

> ¿Por qué hacer eso? Irse... No le veo la utilidad... No, no creo que vaya a irme de Longwy... Ni siquiera se me pasó por la cabeza. En la medida en que mi mujer todavía trabaja. A lo mejor, eso es un freno... Pero irme de Longwy... no sé, a lo mejor, ¿por qué no?, algún día... Nunca se sabe... Pero todavía no se me ocurre hacerlo. No se me ocurrió, con más razón porque sigo... No sé, por qué no [*risas*], no sé, nunca se sabe...".

Por lo tanto, se decidió dejar a los encuestadores la libertad de elegir a los encuestados entre *sus conocidos*, o entre personas a las cuales podían ser presentados por éstos. En efecto, la proximidad social y la familiaridad aseguran dos de las condiciones principales de una comunicación "no violenta". Por una parte, cuando el interrogador está socialmente muy próximo a quien interroga, le da, gracias a su intercambiabilidad, garantías contra la amenaza de que sus razones subjetivas se reduzcan a causas objetivas y sus elecciones se vivan como libres al arbitrio de los determinismos objetivos puestos de relieve por el análisis. Por otra parte, se constata que en ese caso también queda asegurado un acuerdo inmediato –que constantemente se confirma– respecto de los presupuestos concernientes a los contenidos y las formas de la comunicación: acuerdo que se afirma en la emisión ajustada, siempre difícil de obtener de manera consciente e intencional, de todos los signos no verbales, coordinados con los signos verbales, que indican cómo debe interpretarse tal o cual enunciado, o bien cómo lo interpretó el interlocutor.[3]

Pero el universo de las categorías sociales que pueden alcanzarse en las condiciones óptimas de familiaridad tiene sus límites (aun cuando las homologías de posición también puedan fundar afinidades reales entre el sociólogo y ciertas categorías de encuestados, por ejemplo, magistrados o educadores sociales). Para intentar extenderlo lo más ampliamente posible, también habríamos podido recurrir, como lo hicimos en distintas investigaciones anteriores, a estrategias como la consistente en *representar roles*, componer la identidad de un encuestado que ocupa una posición social determinada para hacer falsos trámites de compra o pedido de informaciones (en especial, por teléfono). Aquí decidimos diversificar a los encuestadores haciendo un empleo metódico de la estrategia a la que recurrió William Labov en su estudio del habla negra de Harlem: para neutralizar el efecto de imposición de la lengua legítima, pidió a jóvenes negros que realizaran la encuesta lingüística; del mismo modo, todas las veces que fue posible nosotros intentamos neutralizar uno de los principales factores de distorsión de la relación de encuesta capacitando en las técnicas de ésta a personas que podían tener acceso con familiaridad a categorías de encuestados que deseábamos cubrir.

Cuando un joven físico interroga a otro joven físico (o un actor a otro actor, un desocupado a otro desocupado, etcétera) con el que comparte la casi totalidad de las características capaces de funcionar como grandes factores explicativos de sus prácticas y representaciones y al cual está unido por una relación de profunda familiaridad, sus preguntas se originan en sus disposiciones, objetivamente armonizadas con las del encuestado; no hay razón alguna para que, las más brutalmente objetivantes de esas preguntas se manifiesten como amenazantes o agresivas, porque su interlocu-

3.
Los signos de *feed-back* que E. A. Schegloff llama *respuestas distintivas* [*tokens*], los "Sí", "Ah, bueno", "Desde luego", "¡Oh!", y también los cabeceos aprobadores, las miradas, las sonrisas y los *information receipts*, signos corporales o verbales de atención, interés, aprobación, aliento, reconocimiento, son la condición de la adecuada continuación del intercambio (a tal punto que un momento de desatención, de distracción de la mirada, a menudo bastan para suscitar en el encuestado una especie de molestia que le hace perder el hilo de su discurso); *colocados en el momento oportuno*, atestiguan la participación intelectual y afectiva del encuestador.

tor sabe perfectamente que comparte con él lo esencial de lo que lo llevan a transmitir y, al mismo tiempo, los riesgos a los que se expone al transmitirlo. Y el interrogador tampoco puede olvidar que al objetivar al interrogado se objetiva a sí mismo, como lo testimonian las correcciones que introduce en tales o cuales de sus preguntas, pasando del *tú* objetivante al *se* o *uno* [*on*] que remite a un colectivo impersonal, y luego al *nosotros*, en el que afirma claramente que la objetivación también lo incluye: "Es decir que todos los estudios que *tú* has hecho, que *uno* hace, *nos* inclinan más bien a que *nos* guste la teoría". Y la proximidad social con la persona interrogada es, sin duda, lo que explica la impresión de desasosiego que dijeron que habían experimentado casi todos los interrogadores que estaban situados en una relación semejante, a veces a lo largo de toda la entrevista, y otras, a partir de un momento preciso del análisis: en todos estos casos, en efecto, el interrogatorio tiende naturalmente a convertirse en un socioanálisis de a dos, en el cual el analista está atrapado y puesto a prueba en la misma medida que la persona a la que interroga.

Pero la analogía con la estrategia empleada por Labov no es perfecta: no se trata únicamente de recoger un "discurso natural" lo menos afectado posible por el efecto de la asimetría cultural; también hay que construirlo científicamente, de manera tal que transmita los elementos necesarios para su propia explicación. Como resultado de ello, las exigencias impuestas a los encuestadores ocasionales aumentan considerablemente, y aunque con cada uno de ellos se hayan realizado entrevistas previas, destinadas a recoger toda la información de que disponían sobre el encuestado y a definir las grandes líneas de una estrategia de interrogatorio, hubo que excluir de la publicación una buena cantidad de las encuestas efectuadas en esas condiciones: transmitían poco más que datos sociolingüísticos incapaces de proporcionar los instrumentos de su propia interpretación.[4]

A los casos en que el sociólogo, en cierta forma, logra darse un sustituto, se añaden las relaciones de encuesta en las que puede superar parcialmente la distancia social gracias a las relaciones de familiaridad que lo unen al encuestado y a la franqueza social, favorable al hablar claro, que asegura la existencia de diversos lazos de solidaridad secundaria capaces de dar garantías indiscutibles de comprensión bien predispuesta: las relaciones de familia o las amistades de infancia o, según ciertas encuestadoras, la complicidad entre mujeres, permitieron en más de un caso superar los obstáculos vinculados a las diferencias entre las condiciones y, en particular, el temor al desprecio de clase que, cuando se percibe al sociólogo como socialmente superior, a menudo refuerza el miedo –muy general, si no universal– a la objetivación.

Un ejercicio espiritual

Pero los mecanismos y subterfugios que pudimos imaginar para reducir la distancia tienen sus límites. Aunque la transcripción permita advertir el ritmo, el *tempo* de la oralidad, basta con leer algunas entrevistas para ver todo lo que separa los discursos arrancados fragmento por fragmento de los encuestados más alejados de la situación de encuesta con respecto a los de quienes están algo así

4. Una de las grandes razones de esos fracasos reside sin duda en el perfecto acuerdo entre el interrogador y el interrogado, que permite la actuación con toda libertad de la tendencia de los encuestados a decirlo todo (como la mayoría de los testimonios y documentos históricos), salvo lo que es evidente, lo que no hace falta decir (por ejemplo, una actriz, en caso de dirigirse a un actor, puede omitir toda una serie de presupuestos referidos a las jerarquías entre los géneros y los directores, y también las oposiciones constitutivas del campo teatral en determinado momento). Así, pues, todo interrogatorio se sitúa entre dos límites que sin duda jamás se alcanzan: la coincidencia total entre el encuestador y el encuestado, en la que nada podría decirse porque, al no cuestionarse nada, no haría falta decirlo, y la divergencia total, en que la comprensión y la confianza resultarían imposibles.

como adaptados de antemano (a veces, demasiado bien) a lo solicitado, al menos tal como ellos lo conciben. Éstos dominan tan perfectamente la situación que en algunas oportunidades logran imponer al encuestador su definición del juego.

Cuando no hay nada que neutralice o suspenda los efectos sociales de la asimetría ligada a la distancia social, lo único que cabe esperar son palabras marcadas lo menos posible por los efectos de la situación de encuesta, al precio de un incesante trabajo de construcción. Paradójicamente, ese trabajo está destinado a ser tanto más invisible cuanto más éxito tenga y lleve a un intercambio provisto de todas las apariencias de lo "natural" (entendido como lo que sucede habitualmente en los intercambios corrientes de la existencia cotidiana).

El sociólogo puede conseguir que el encuestado que se halla socialmente más alejado de él se sienta legitimado a ser lo que es si sabe manifestarle, por el tono y sobre todo por el contenido de sus preguntas, que, sin fingir anular la distancia social que los separa (a diferencia de la visión populista, que tiene como punto ciego su propio punto de vista), es capaz de *ponerse mentalmente en su lugar*.

Intentar situarse mentalmente en el lugar que el encuestado ocupa en el espacio social para *necesitarlo* interrogándolo a partir de ese punto, y *ponerse*, en cierta forma, de su *lado* (en el sentido en que Francis Ponge hablaba de "ponerse del lado de las cosas"), no es efectuar la "proyección de sí mismo en el otro" de la que hablan los fenomenólogos. Es darse una *comprensión genérica y genética* de lo que él es, fundada en el dominio (teórico o práctico) de las condiciones sociales que lo producen: dominio de las condiciones de existencia y de los mecanismos sociales cuyos efectos se ejercen sobre el conjunto de la categoría de la que forma parte (la de los liceístas, los obreros calificados, los magistrados, etcétera) y dominio de los condicionamientos inseparablemente psíquicos y sociales vinculados a su posición y su trayectoria particulares en el espacio social. Contra la antigua distinción de Dilthey, hay que plantear que *comprender y explicar son una sola cosa.*

532

Esta comprensión no se reduce a un estado de ánimo benevolente. Se ejerce en la manera a la vez comprensible, tranquilizadora e incitante de presentar la entrevista y dirigirla, de hacer que el interrogatorio y la situación misma tengan un sentido para el entrevistado, y también –y sobre todo– en la problemática propuesta: ésta, como las probables respuestas que suscita, se deduce de una representación verificada de las condiciones en que se sitúa el encuestado y de las que lo producen. Vale decir que el encuestador sólo tiene alguna posibilidad de estar verdaderamente a la altura de su objeto si posee a su respecto un inmenso saber, adquirido, a veces, a lo largo de toda una vida de investigación y también, más directamente, durante las entrevistas anteriores con el encuestado mismo o con informantes. La mayoría de las entrevistas publicadas representan un momento, sin duda privilegiado, en una larga sucesión de intercambios, y no tienen nada en común con los encuentros puntuales, arbitrarios y ocasionales, de las encuestas realizadas a los apurones por encuestadores desprovistos de toda competencia específica.

Aun cuando no se manifieste sino de manera completamente negativa, en especial inspirando las precauciones y deferencias que deciden al encuestado a confiar y entrar en el juego o excluyendo las preguntas forzadas o fuera de lugar, esta información previa es lo que permite improvisar constantemente las preguntas pertinentes, verdaderas *hipótesis* que se apoyan sobre una representación intuitiva y provisional de la fórmula generadora propia del encuestado, para incitarla a develarse más completamente.[5]

5.
En este aspecto, como en todos los demás, es indudable que nos haríamos comprender mejor si pudiéramos dar ejemplos de los errores más típicos, que casi siempre tienen su origen en la inconsciencia y la ignorancia. Es inevitable que algunas

Aunque pueda procurar el equivalente teórico del conocimiento práctico asociado a la proximidad y la familiaridad, el conocimiento previo más profundo seguirá siendo incapaz de llevar a una verdadera comprensión si no va a la par con una atención al otro y una apertura oblativa que contadas veces se encuentran en la existencia corriente. En efecto, todo nos inclina a otorgar a las palabras más o menos ritualizadas sobre las miserias más o menos comunes una atención casi tan vacía y formal como el ritual "¿Cómo le va?" que las desencadena. Todos hemos oído esos relatos de conflictos de sucesión o vecindad, de dificultades escolares o rivalidades de oficina que captamos a través de categorías de la percepción que, al reducir lo personal a lo impersonal, el drama singular al hecho misceláneo, permiten una especie de economía de pensamiento, interés, afecto; en suma, de comprensión. Y en el momento mismo en que se movilizan todos los recursos de la vigilancia profesional y la simpatía personal, nos cuesta arrancarnos del adormecimiento de la atención que favorece la ilusión de lo ya visto y ya escuchado, para entrar en la singularidad de la historia de una vida e intentar comprender, a la vez en su unicidad y su generalidad, los dramas de una existencia. La semicomprensión inmediata de la mirada distraída y trivializante desalienta el esfuerzo que hay que realizar para desgarrar la pantalla de las palabras comunes en las que cada uno de nosotros vive y expresa tanto sus pequeñas miserias como sus mayores desdichas. Es que el "uno" [*"on"*], filosóficamente estigmatizado y literariamente poco considerado, que todos sentimos la tentación de usar, con sus medios desesperadamente "inauténticos", sin duda es lo más difícil de escuchar para los "yo" [*"je"*] que, por la más común de las reivindicaciones de singularidad, creemos ser.

Así, a riesgo de ser chocante tanto para los metodólogos rigurosos como para los hermeneutas inspirados, yo diría de buen grado que la entrevista puede considerarse como una forma de *ejercicio espiritual* que apunta a obtener, mediante *el olvido de sí mismo*, una verdadera *conversión de la mirada* que dirigimos a los otros en las circunstancias corrientes de la vida.[6] El talante acogedor, que inclina a hacer propios los problemas del encuestado, la aptitud para tomarlo y comprenderlo tal como es, en su necesidad singular, es una especie de *amor intelectual*: una mirada que consiente en la necesidad, a la manera del "amor intelectual a Dios", es decir, al orden natural, que Spinoza consideraba la forma suprema de conocimiento.

La resistencia a la objetivación

No habría que creer que, gracias a la sola virtud de la reflexividad, el sociólogo pueda alguna vez controlar por completo los efectos –siempre extremadamente complejos y múltiples– de la relación de encuesta, porque los encuestados también pueden jugar con ella, consciente o inconscientemente, para intentar imponer su definición de la situación y volcar en su provecho un intercambio entre cuyas apuestas se cuenta la imagen que tienen de sí, y que quieren dar y darse a sí mismos. Esto tiene lugar en una situación en la que, al evocar –como los incita el objeto de la encuesta– "lo que no camina" en

de las virtudes de un interrogatorio atento a sus propios efectos pasen inadvertidas, porque se manifiestan sobre todo en ausencias. De ahí el interés de los interrogatorios burocráticos que se analizarán más adelante (p. 545): verdaderos exámenes de arte de vivir en los que el encuestador, encerrado en sus presupuestos institucionales y sus certezas éticas, mide la capacidad de los encuestados para adoptar la conducta "conveniente", ponen de relieve, en contraste, todas las preguntas que el respeto fundado en el conocimiento previo lleva a excluir porque son incompatibles con una representación adecuada de la situación de la persona interrogada o de la filosofía de la acción que compromete en su práctica.

6. Podríamos citar aquí a Epicteto o Marco Aurelio cuando evocan el talante que lleva a acoger con benevolencia todo lo que depende de la causa universal, *asentimiento* (*prósthesis*) gozoso con respecto al mundo natural.

sus vidas, se exponen a todas las presunciones negativas que recaen sobre los males y la desdicha mientras no saben deslizarse en las formas legítimas de expresión de las miserias genuinas: las que proporcionan la política, el derecho, la psicología y la literatura. Así, por ejemplo, en muchas entrevistas (particularmente con miembros del Frente Nacional) la relación social entre el encuestado y el encuestador produce un efecto de censura muy poderoso, redoblado por la presencia del grabador: sin duda es eso lo que hace inconfesables ciertas opiniones (salvo en contados instantes o por lapsus). Algunas entrevistas exhiben numerosas huellas del trabajo que hace el encuestado para dominar las coacciones inscriptas en la situación, mostrando que es capaz de tomar en sus manos su propia objetivación y adoptar sobre sí mismo el punto de vista reflexivo cuyo proyecto está inscripto en la intención misma de la encuesta.

Una de las maneras más sutiles de resistir a la objetivación es, así, la de los encuestados que, al jugar con su proximidad social con el encuestador, intentan, más inconsciente que conscientemente, protegerse de él prestándose supuestamente al juego e intentando imponer, no siempre a sabiendas, una apariencia de autoanálisis. Pese a lo que pueda parecer, nada está más alejado de la objetivación participante –en la que el encuestador asiste al encuestado en un esfuerzo, doloroso y gratificante a la vez, por destacar los determinantes sociales de sus opiniones y prácticas en lo que pueden tener de más difícil de confesar y asumir– que la falsa objetivación complaciente, desmistificación a medias y por ello doblemente mistificadora, que procura todos los placeres de la lucidez sin poner en cuestión nada esencial.

Mencionaré un solo ejemplo: "Hay una especie de malestar que hace que no sepa adónde meterme [...], socialmente ya no sé muy bien dónde estoy... A lo mejor es a nivel del reconocimiento del otro [...]. Me doy cuenta de que en función de la posición social que ocupas, el otro te dirige una mirada completamente diferente, y la verdad es que es bastante perturbador. No me resultaba fácil tener varios *status* sociales, a veces no conseguía sentirme bien en ellos, sobre todo a través de la mirada de los otros", etcétera, etcétera.

Puede suceder que palabras semejantes, que sobre una confesión aparente aplican la apariencia de una explicación, provoquen que el encuestador se reconozca en ellas porque están construidas de acuerdo con instrumentos de pensamiento y formas de expresión cercanos a los suyos, una especie de narcisismo intelectual que puede combinarse con el deslumbramiento populista o disimularse en él.

Así, cuando la hija de un inmigrante evoca, con mucha desenvoltura, las dificultades de su vida desgarrada ante un encuestador que puede encontrar en algunas de sus palabras ciertos aspectos de su experiencia de la situación de inestabilidad, ella, paradójicamente, logra hacer olvidar el principio de la muy estilizada visión que propone de su existencia, es decir, los estudios de letras que realiza y que le permiten ofrecer a su interlocutor una doble gratificación: la de un discurso lo más próximo posible a la idea que él se hace de una categoría desaventajada y la de una realización formal que suprime todo obstáculo ligado a la diferencia social y cultural. Habría que citar aquí todo; tanto las preguntas como las respuestas:

ENCUESTADOR: *La toma de conciencia se produjo cuando llegaste a Francia. ¿Pero toma de conciencia de qué, exactamente?*

ENCUESTADA: Toma de conciencia de lo real, en el sentido de que para mí es ahí donde las cosas van a empezar a delinearse. Vivo realmente la separación de mis padres. Tiene sentido para mí, en realidad, a partir del momento en que paso del período en que viví con ellos allá, en fin, con mi madre y su familia [*en Marruecos, donde la madre se quedó después de la separación*], a aquí, cuando descubro finalmente a mi padre. Es la primera vez que vivimos verdaderamente juntos. Incluso cuando estaba casado con mi madre su vida social la tenía aquí [*en Francia*], así que se veían poco y lo veíamos poco. Tuve la impresión de que era alguien al que descubría verdaderamente por primera vez [...]. Entraba en mi vida a partir

del momento en que íbamos a vivir juntos. Así que, con la toma de conciencia por ese lado, la separación cobra sentido. Una se da cuenta de que nunca vivió con el padre que tiene. [...] Y además, también toma de conciencia de otro paisaje. Ya no es el mismo espacio-tiempo [...]. Sabes que pasas de tu madre a tu padre. Eso también te excita un poco, en cierta manera, pero la realidad, de hecho, viene poco a poco a colorear y dar origen a lo que pasó. Entonces ya no es el mismo paisaje, la misma gente; ya no es el mismo espacio-tiempo. En mi caso, entro en un período bastante vago a partir del momento en que, si quieres, en lo sucesivo habrá que tender un puente entre dos mundos que, para mí, están radicalmente separados. Me quedé un poco en eso, en esa separación, que supera por lejos la separación padre-madre. [*Un poco más adelante.*] De hecho, tengo la impresión de estar anclada en algo. Y que lo que se plantea ahora es si voy a seguir ahí o voy a tratar de salir totalmente. Con franqueza, mucho no lo creo. Así que seguramente siempre estaré a medio camino. La verdad es que no me interesa ser así o asá. Ganas de mantener esa especie de corriente de aire, un hueco. No sé.

Como vemos, la entrevista se convierte en un monólogo en el que la misma encuestada plantea las preguntas y responde abundantemente, sin darse respiro, con lo que impone al encuestador (quien, sin lugar a dudas, no pide algo mejor) no sólo su problemática, sino su estilo ("¿Aquí te sientes desnaturalizada?", o bien "¿Cuál es tu mayor insatisfacción?") y excluye *de facto* todo interrogatorio sobre datos objetivos de su trayectoria, al margen de los que entran en el proyecto de autorretrato tal como ella pretende efectuarlo.

En esta relación de intercambio, cada uno engaña un poco al otro engañándose a sí mismo: el encuestador se aferra a la "autenticidad" del testimonio de la encuestada porque cree haber descubierto una palabra en bruto, densa, inviolada, que otros no supieron ver o suscitar (ciertas formas más o menos estilizadas del discurso campesino u obrero pueden ejercer una seducción parecida); la encuestada finge ser el personaje que se espera en este encuentro, la inmigrante, y se asegura así, sin tener que reivindicarlo abiertamente, el reconocimiento del valor literario de su palabra, a la vez testimonio sincero de desgarramiento interior y búsqueda de la salvación por la forma estilística.*

* Si esta lógica del doble juego en la confirmación recíproca de las identidades halla un terreno particularmente favorable en el cara a cara de la relación de encuesta, no está en acción únicamente en las entrevistas "malogradas" (bastante numerosas) que tuvimos que eliminar; podría citar obras que me parece que lo ilustran perfectamente, como cierta novela reciente de Nina Bouraoui (*La voyeuse interdite*, París, Gallimard, 1990) y, más en general, algunas nuevas formas de la literatura populista que, con la apariencia de acumularlas, eluden las exigencias del testimonio auténticamente sociológico y las de la novela auténticamente literaria, porque tienen por punto ciego su propio punto de vista. Pero el ejemplo por excelencia me parece la novela de David Lodge, *Small World* (Nueva York, Warner Books, 1984) [traducción francesa, *Un tout petit monde*, París, Rivages, 1991; traducción castellana, *El mundo es un pañuelo*, Barcelona, Anagrama, 1998], desmistificación mistificadora que exhibe todos los lugares comunes de la representación complaciente, falsamente lúcida y verdaderamente narcisista, que a los universitarios les gusta dar(se) de sí mismos y de su universo, y que, lógicamente, conoció un inmenso éxito en los medios de éstos y, más en general, en los que tienen un barniz de estudios universitarios.

Sin duda, lo esencial de las "condiciones de felicidad" de la entrevista permanece inadvertido. Al ofrecerle una situación de comunicación completamente excepcional, liberada de las restricciones, en particular temporales, que pesan sobre la mayoría de los intercambios cotidianos, y darle acceso a alternativas que lo incitan o autorizan a expresar malestares, faltas o demandas que descubre al expresarlas, el encuestador contribuye a crear las condiciones de aparición de un discurso extraordinario, que podría no haberse enunciado jamás y que, sin embargo, ya estaba ahí, a la espera

de sus condiciones de actualización.[7] Aunque sin duda no perciben conscientemente todos los signos de esta disponibilidad (que exige, desde ya, un poco más que una simple conversión intelectual), ciertos encuestados, sobre todo los que se cuentan entre los más indigentes, parecen aprovechar esta situación como una oportunidad excepcional que se les brinda para testimoniar, hacerse oír, llevar su experiencia de la esfera privada a la esfera pública; una oportunidad también de *explicarse*, en el sentido más completo del término, vale decir, de construir su propio punto de vista sobre sí mismos y el mundo y poner de relieve, dentro de éste, el punto a partir del cual se ven y ven el mundo, se vuelven comprensibles y se justifican, en principio para sí mismos.[8] Incluso puede suceder que, lejos de ser simples instrumentos en las manos del encuestador, dirijan en cierto modo la entrevista y que la densidad e intensidad de su discurso, así como la impresión que a menudo dan de experimentar una especie de alivio, e incluso de realización, evoquen en ellos la *dicha de expresión*.

Es indudable que puede hablarse entonces de *autoanálisis provocado y acompañado*: en más de un caso, tuvimos la sensación de que la persona interrogada aprovechaba la oportunidad de interrogarse a sí misma que se le brindaba y la licitación o la solicitación que le aseguraban nuestras preguntas o nuestras sugerencias (siempre abiertas y múltiples, y con frecuencia reducidas a una espera silenciosa) para efectuar un trabajo de explicitación, gratificante y doloroso a la vez, y enunciar, a veces con una extraordinaria *intensidad expresiva*, experiencias y reflexiones reservadas o reprimidas durante largo tiempo.

Una construcción realista

Aunque pueda vivirse como tal, el acuerdo que entonces se concertó entre las previsiones y deferencias del encuestador, por una parte, y las expectativas del encuestado, por otra, no tiene nada de milagroso. El verdadero sometimiento a lo dado supone un acto de construcción fundado en el dominio práctico de la lógica social según la cual se construye ese dado. Así, por ejemplo, sólo puede entenderse realmente lo que se dice en la conversación, en apariencia completamente trivial, entre tres liceístas si –evitando reducir a las tres adolescentes a los nombres de pila que las designan, como en tantas sociologías de grabador– se sabe leer, en sus palabras, la conformación de las relaciones objetivas, presentes y pasadas, entre su trayectoria y la estructura de los establecimientos escolares a los que concurrieron y, con ello, toda la constitución y la historia del sistema de enseñanza que allí se expresa: contrariamente a lo que podría hacer creer una visión ingenuamente personalista de la singularidad de las personas sociales, la puesta de relieve de las estructuras inmanentes en las palabras coyunturales pronunciadas en una interacción puntual es lo único que permite volver a captar lo esencial de lo que constituye la *idiosincrasia* de cada una de las jóvenes y toda la complejidad singular de sus acciones y reacciones.

El análisis de la conversación, así entendido,[9] lee en los discursos no sólo la estructura coyun-

7. El trabajo "socrático" de ayuda a la explicitación apunta a proponer sin imponer, a formular sugerencias, a veces explícitamente presentadas como tales ("¿Lo que usted quiere decir no es que...?") y destinadas a brindar prolongaciones múltiples y abiertas a las palabras del encuestado, a sus vacilaciones o a sus búsquedas de expresión.

8. De tal modo, observé en varias ocasiones que el encuestado repetía con visible satisfacción la palabra o la frase que lo había clarificado con respecto a sí mismo, es decir, con respecto a su posición (como el término "fusible", que empleé para designar la posición crítica de un encuestado en la jerarquía de su institución y que, por sus connotaciones, evocaba con precisión las extremas tensiones que lo atravesaban).

9. Es decir, en un sentido muy diferente del que se le da cuando se toma por objeto la manera de manejar la conversación, por

tural de la interacción como mercado, sino también las estructuras invisibles que la organizan, vale decir, en este caso en particular, la del espacio social en que las tres jóvenes se sitúan desde el origen, y la del espacio escolar dentro del cual recorrieron trayectorias diferentes que, aunque pertenezcan al pasado, siguen orientando su visión de ese pasado y de su futuro educativo, y también de sí mismas en lo que tienen de más singular.[10]

Así, contra la ilusión consistente en buscar la neutralidad en la anulación del observador, hay que admitir que, paradójicamente, la única "espontaneidad" es la construida, pero mediante una *construcción realista*. Para darlo a entender –o, al menos, hacerlo sentir–, mencionaré una anécdota en la que se verá que la investigación puede poner de manifiesto las realidades que pretende registrar únicamente cuando se apoya sobre un conocimiento previo de esas realidades. En la encuesta que realizamos acerca del problema de la vivienda, para escapar a la irrealidad abstracta de las cuestiones de preferencia, especialmente en materia de compra o alquiler, se me había ocurrido pedir a los encuestados que enumeraran sus residencias sucesivas, las condiciones en que habían tenido acceso a ellas, las razones y causas que los habían decidido a elegirlas o dejarlas, las modificaciones que les habían efectuado, etcétera. Así concebidas, las entrevistas se habían desarrollado, en nuestra opinión, de manera extremadamente "natural", y suscitaron testimonios de una sinceridad inesperada.

Ahora bien, tiempo después oí en el metro, absolutamente por casualidad, una conversación entre dos mujeres de unos 40 años: una de ellas, instalada recientemente en un nuevo departamento, relataba la historia de sus viviendas sucesivas, y su interlocutora se comportaba exactamente como si siguiera la regla que nos habíamos prescripto para efectuar nuestras entrevistas. Ésta es la transcripción que hice de memoria muy poco después: "—Es la primera vez que me instalo en un departamento nuevo. Está verdaderamente bien... —La primera vivienda que tuve en París estaba en la rue Brancion, era antigua y no la habían remodelado desde la guerra de 1914. Había que reconstruir todo, pero estaba todo patas para arriba. Y además los techos estaban tan ennegrecidos que no pudimos recuperarlos. —Claro, es mucho trabajo... —Antes, con mis padres, habíamos vivido en una casa sin agua. Con dos hijos, era fantástico tener un baño. —En lo de mis padres era igual. Pero sin embargo no estábamos sucios. Dicho esto, es tanto más fácil... —Después estuvimos en Créteil. Era un edificio moderno, pero que ya tenía unos 15 años...". El relato continuó así, con toda naturalidad, entrecortado por intervenciones destinadas, sencillamente, a "acusar recibo", por la mera repetición en el modo afirmativo o interrogativo de la última frase pronunciada, o bien a manifestar interés o afirmar la identidad de los puntos de vista ("Es duro cuando uno trabaja todo el día parado..." o "En lo de mis padres era igual..."); esta participación, mediante la cual uno se mete en la conversación y compromete así a su interlocutor a hacer lo mismo, es lo que distingue con mayor claridad la conversación corriente, o la entrevista tal como nosotros la realizamos, de la entrevista en la que el encuestador, deseoso de neutralidad, se prohíbe todo compromiso personal.

Todo opone esta forma de mayéutica a la imposición de problemáticas que, con una ilusión de "neutralidad", efectúan numerosas encuestas mediante sondeos, cuyas preguntas forzadas y

ejemplo, las estrategias de apertura y cierre, *haciendo abstracción* de las características sociales y culturales de los participantes.

10.
Habría podido citar igualmente la entrevista con un joven liceísta, hijo de inmigrante, que es una ejemplificación, en el sentido que le da Goodman, del análisis de las transformaciones del sistema de enseñanza que condujo a la multiplicación de los *excluidos del interior*; la encuesta en cuestión era una "muestra" perfecta, siempre en los términos de Goodman, de esa nueva categoría de liceístas.

artificiales producen íntegramente los artificios que creen registrar –sin hablar de esas entrevistas televisivas que arrancan a los entrevistados palabras directamente originadas en las que la televisión pronuncia al respecto–.[11] Primera diferencia, la conciencia del peligro, fundada en el conocimiento de la labilidad de lo que se denomina opiniones: las disposiciones profundas son accesibles a varias formas de expresión y pueden reconocerse en formulaciones preconstituidas (las respuestas preestablecidas del cuestionario cerrado o las palabras prefabricadas de la política) relativamente diferentes. Lo que significa que nada es más fácil de efectuar y, en cierto sentido, más "natural", que la imposición de problemáticas: prueba de ello, las *tergiversaciones de la opinión* que operan con tanta frecuencia, y con toda la inocencia de la inconsciencia, en los sondeos de opinión (así predispuestos a servir de instrumentos de una demagogia racional) y también, más en general, los demagogos de todas las convicciones, constantemente atareados en ratificar las expectativas aparentes de individuos que no siempre tienen los medios de identificar sus verdaderas carencias.[12] El efecto de imposición que se ejerce con el pretexto de la "neutralidad" es tanto más pernicioso cuanto que la publicación de las opiniones así atribuidas contribuye a imponerlas y a garantizarles una existencia social, lo que brinda a los encargados de los sondeos la apariencia de una convalidación apta para reforzar su credibilidad y su crédito.

Se advierte el fortalecimiento que la representación empirista de la ciencia puede hallar en el hecho de que el conocimiento riguroso suponga casi siempre una ruptura más o menos clamorosa, y siempre expuesta a parecer el efecto de una petición de principios o una idea preconcebida, con las evidencias del sentido común, habitualmente identificadas con el buen sentido. En efecto, basta con abandonarse, abstenerse de toda intervención, de toda construcción, para caer en el error: se deja entonces el campo libre a las preconstrucciones o al efecto automático de los mecanismos sociales que están en acción hasta en las operaciones científicas más elementales (concepción y formulación de las preguntas, definición de las categorías de codificación, etcétera). Únicamente al precio de una denuncia activa de los presupuestos tácitos del sentido común se pueden contrarrestar los efectos de todas las representaciones de la realidad social a las que los encuestados y los encuestadores están continuamente expuestos. Aludo en particular a las producidas por la prensa, escrita y sobre todo televisiva, que se imponen a veces a los más indigentes como enunciados prefabricados de lo que ellos consideran que es su experiencia propia.

Los agentes sociales no tienen la ciencia infusa de lo que son y lo que hacen; más precisamente, no tienen necesariamente acceso al origen de su descontento o su malestar, y las declaraciones más espontáneas pueden, sin intención alguna de disimulo, expresar algo muy distinto de lo que en apariencia dicen. La sociología (y es lo que la distingue de la ciencia sin sabios de los sondeos de opinión) sabe que debe darse los medios de poner en cuestión, y en primer lugar en su cuestionamiento mismo, todas las preconstrucciones, todos los presupuestos que habitan tanto al encuestador como a los encuestados y que hacen que a menudo la relación de encuesta sólo se establezca sobre la base de un acuerdo de los inconscientes.[13]

11.
Creo necesario recordar aquí unos análisis que en otros lugares desarrollé de manera más sistemática (cf. en especial *Questions de sociologie*, París, Minuit, 1984, pp. 222-250).

12.
Estas reflexiones están particularmente destinadas a quienes sostienen que la crítica de los sondeos es una crítica de la democracia.

13.
Mediante el análisis detallado de las respuestas a un sondeo sobre los políticos (Giscard, Chirac, Marchais, etcétera) concebido con el modelo del juego chino (si fuera un árbol, un animal, etcétera), demostré que los encuestados, sin saberlo, aplicaban

También sabe que las opiniones más espontáneas –y por lo tanto, al parecer, las más auténticas– con que se contentan el encuestador presionado de los institutos de sondeo y sus mandantes, pueden obedecer a una lógica muy cercana a la que pone de relieve el psicoanálisis. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la hostilidad a priori hacia los extranjeros, que se encuentra a veces en agricultores o pequeños comerciantes que carecen de toda experiencia directa con inmigrantes: sólo es posible atravesar las apariencias de la opacidad y el absurdo que opone a la interpretación comprensiva si se advierte que, por una especie de *desplazamiento*, ofrece una solución a las contradicciones propias de esa suerte de capitalistas con ingresos de proletarios y a su experiencia con el Estado, tenido por responsable de una redistribución inaceptable. Los fundamentos reales del descontento y la insatisfacción así expresados, en formas tergiversadas, no pueden tener acceso a la conciencia –es decir, al discurso explícito– más que a costa de un trabajo que apunte a sacar a la superficie esas cosas enterradas en quienes las viven, que no las conocen y, a la vez y en otro sentido, las conocen mejor que nadie.

El sociólogo puede ayudarlos en ese trabajo a la manera de un partero, siempre que posea un conocimiento profundo de las condiciones de existencia que los producen y de los efectos sociales que pueden ejercer la relación de encuesta y, a través de ella, su posición y sus disposiciones primarias. Pero el deseo de descubrir la verdad, que es constitutivo de la intención científica, queda totalmente desprovisto de eficacia práctica si no se lo actualiza en la forma de un "oficio", producto incorporado de todas las investigaciones anteriores que no tiene nada de un saber abstracto y puramente intelectual: se trata de una verdadera "disposición para perseguir la verdad" (*héxis toû alethéuein*, como dice Aristóteles en la *Metafísica*), que predispone a improvisar sobre la marcha, en la urgencia de la situación de entrevista, las estrategias de presentación de sí mismo y las réplicas adaptadas, las aprobaciones y las preguntas oportunas, etcétera, a fin de ayudar al encuestado a dar libre curso a su verdad o, mejor, a liberarse de ella.[14]

Los riesgos de la escritura

Es la misma disposición la que está en acción en el trabajo de construcción al que se somete la entrevista grabada, lo que permitirá examinar más rápidamente los procedimientos de transcripción y análisis. Resulta claro, en efecto, que la puesta por escrito más literal (la mera puntuación –por ejemplo, la colocación de una coma– puede afectar todo el sentido de una frase) es ya una verdadera *traducción*, e incluso una interpretación. Con mayor razón la que se propone aquí: al romper con

en sus respuestas esquemas clasificatorios (fuerte/débil, rígido/flexible, noble/innoble, etcétera) de los que también los autores del cuestionario, *igualmente sin saberlo*, se habían valido en sus preguntas: la inanidad de los comentarios que éstos aportaron a los cuadros estadísticos publicados era una prueba que testimoniaba su perfecta incomprensión de los datos que ellos mismos había producido y, *a fortiori*, de la operación misma mediante la cual los habían elaborado (cf. P. Bourdieu, *La Distinction*, París, Minuit, 1979, pp. 625-640 [traducción castellana: *La distinción. Análisis social del criterio selectivo*, Madrid, Taurus, 1991]).

14.
No corresponde analizar aquí todas las paradojas del *habitus* científico que supone por un lado un trabajo apuntado a hacer conscientes las disposiciones primarias socialmente constituidas con vistas a neutralizarlas y desarraigarlas (o, mejor, a "desincorporarlas") y, por el otro, un trabajo –y un *entrenamiento*– orientado a incorporar, y por lo tanto a hacer casi "inconscientes", los principios conscientemente definidos de los diferentes métodos así puestos *prácticamente a disposición*. (La oposición entre los "conocimientos" conscientes y los "conocimientos" inconscientes a la que recurrimos aquí por las necesidades de la transmisión es, de hecho, completamente artificial y falaz: en realidad, los principios de la práctica científica pueden estar presentes en la conciencia –en grados diferentes, según los momentos y los "niveles" de práctica– y a la vez funcionar en estado práctico, en la forma de disposiciones incorporadas.)

la ilusión espontaneísta del discurso que "habla de sí mismo", juega deliberadamente con la *pragmática de la escritura* (en especial, mediante la introducción de títulos y subtítulos construidos con frases tomadas de la entrevista) para orientar la atención del lector hacia los rasgos sociológicos pertinentes que la percepción desarmada o distraída dejaría escapar.

El acta del discurso obtenido que produce el autor de la transcripción se somete a dos series de coacciones a menudo difíciles de conciliar: las de la fidelidad a todo lo manifestado durante la entrevista, que no se reduce a lo que realmente se registró en la cinta magnética, llevarían a intentar restituir al discurso todo lo que el paso al escrito y las herramientas de la puntuación, muy débiles y pobres, tienden a quitarle, y que con mucha frecuencia constituye todo su sentido e interés; pero las de la legibilidad, que se definen en relación con potenciales destinatarios que poseen expectativas y capacidades muy diversas, prohíben la publicación de una transcripción fonética provista de las notas necesarias para restituir todo lo perdido en el paso de la oralidad a la escritura, es decir, la voz, la pronunciación (en especial, en sus variaciones socialmente significativas), la entonación, el ritmo (cada entrevista tiene su *tempo* particular, que no es el de la lectura), el lenguaje de los gestos, la mímica y toda la postura corporal, etcétera.[15]

Así, transcribir es necesariamente escribir, en el sentido de reescribir:[16] como el paso de la escritura a la oralidad que opera el teatro, el paso inverso impone, con el cambio de soporte, ciertas infidelidades que son, sin duda, la condición de una verdadera fidelidad. Las antinomias bien conocidas de la literatura popular están ahí para recordar que transmitir tales o cuales palabras no es dar realmente la palabra a quienes habitualmente no la tienen. Están los tropiezos, las reiteraciones, las frases interrumpidas y prolongadas por gestos, miradas, suspiros o exclamaciones; están las digresiones laboriosas, las ambigüedades que la transcripción rompe inevitablemente, las referencias a situaciones concretas, sucesos vinculados a la historia singular de una ciudad, una fábrica o una familia, etcétera (y que el locutor evoca con tanta más naturalidad cuanto más conocido es su interlocutor, que, por ende, está más familiarizado con todo su ambiente).

Así, pues, en nombre del respeto debido al autor, en ocasiones tuvimos que decidir, paradójicamente, aligerar el texto de algunas elaboraciones parásitas, ciertas frases confusas, ripios o muletillas (los "bueno" y los "eh") que, aunque den su coloración particular al discurso oral y cumplan una función eminente en la comunicación, ya que permiten sostener una conversación que pierde el aliento o tomar al interlocutor como testigo, enturbian y embrollan la transcripción hasta tal punto que, en ciertos casos, la hacen totalmente ilegible para quien no haya escuchado el discurso original. Del mismo modo, nos autorizamos a aligerarla de todas las declaraciones puramente informativas (sobre el origen social, los estudios, la profesión, etcétera), siempre que esos

15.
Se sabe, por ejemplo, que la ironía, que a menudo nace de una discordancia voluntaria entre la simbólica corporal y la simbólica verbal, o entre diferentes niveles de la enunciación verbal, casi inevitablemente se pierde en la transcripción. Ocurre lo mismo con las ambigüedades, los dobles sentidos, las incertidumbres y la vaguedad, tan característicos del lenguaje oral, que la escritura rompe casi ineludiblemente, en especial debido al efecto de la puntuación. Pero está también toda la información que se inscribe en los nombres propios, inmediatamente elocuentes para los íntimos del universo (y que casi siempre hubo que eliminar, para preservar el anonimato de los encuestados), nombres de personas, lugares, instituciones, a los cuales se conectan a menudo divisiones estructurantes: es el caso de la oposición entre el teatro de investigación y el teatro de bulevar, que da su sentido a la confusión de una actriz entrevistada entre el nombre de una comediante de bulevar y una gran trágica clásica, verdadero lapsus significativo a través del cual delata, para quien sepa escucharlo, toda la verdad de un fracaso ligado a una mala orientación inicial entre los dos caminos.

16.
Cf. P. Encrevé, "Sa voix harmonieuse et voilée", en *Hors cadre*, 3, 1985, pp. 42-51. (Se realizó una transcripción íntegra [no fonética] de todas las entrevistas [182 en total], que se archivaron junto con las grabaciones correspondientes.)

datos pudieran apuntarse, en estilo indirecto, en el texto introductorio. Pero nunca reemplazamos una palabra por otra ni transformamos el orden de las preguntas o el desarrollo de la entrevista; por otra parte, se indicaron todos los cortes.

Gracias a la ejemplificación, la concreción y la simbolización que efectúan y que les confieren a veces una intensidad dramática y una fuerza emocional cercanas a las del texto literario, las entrevistas transcriptas están en condiciones de ejercer un efecto de *revelación*, muy en particular sobre quienes comparten tal o cual de sus propiedades genéricas con el locutor. A la manera de las parábolas del discurso profético, permiten entregar un equivalente más accesible de análisis conceptuales complejos y abstractos: hacen sensibles, incluso a través de los rasgos en apariencia más singulares de la enunciación (entonación, pronunciación, etcétera), las estructuras objetivas que el trabajo científico se esfuerza por destacar.[17] Capaces de conmover y emocionar, de hablar a la sensibilidad sin hacer concesiones al gusto por lo sensacional, pueden entrañar las conversiones del pensamiento y la mirada que a menudo son una condición de la comprensión.

Pero la fuerza emocional también puede tener como contrapartida la ambigüedad e incluso la confusión de los efectos simbólicos. ¿Es posible transmitir palabras racistas de tal manera que quien las pronuncia se vuelva inteligible sin legitimar con ello el racismo? ¿Cómo dar razón de sus palabras sin rendirse a sus razones, sin darle la razón? Más banalmente, ¿cómo evocar, sin excitar el racismo de clase, el peinado de una pequeña empleada y comunicar, sin ratificarla, la impresión que produce inevitablemente en la mirada habitada por los cánones de la estética legítima –impresión que forma parte de su verdad más inevitablemente objetiva–?

Como se ve, la intervención del analista es tan difícil como necesaria. Al asumir la responsabilidad de *publicar* determinados discursos que, en cuanto tales, se sitúan, como lo señala Benveniste, "en una situación pragmática que implica cierta intención de influir sobre el interlocutor", se expone a erigirse en relevo de su eficacia simbólica; pero, sobre todo, corre el riesgo de dejar actuar libremente el juego de la lectura, es decir, de la construcción espontánea –para no calificarla de salvaje– que cada lector hace sufrir necesariamente a lo leído. Juego particularmente peligroso cuando se aplica a textos que no fueron escritos y que, debido a ello, no están protegidos de antemano contra las lecturas temidas o rechazadas, y principalmente cuando se aplica a determinadas palabras pronunciadas por locutores que distan de hablar como libros y que, como las literaturas llamadas populares, cuya "ingenuidad" o "torpeza" son el producto de la mirada culta, muy posiblemente no encuentren el favor de la mayoría de los lectores, aun de los mejor intencionados.

Escoger el *laisser-faire*, con el objeto de rechazar toda limitación impuesta a la libertad del lector, sería olvidar que, hágase lo que se hiciere, toda lectura está ya, si no obligada, sí al menos orientada por esquemas interpretativos. Se puede comprobar así que los lectores no enterados leen los testimonios como si escucharan las confidencias de un amigo o, mejor, palabras (o chismes) referidas a terceros, una oportunidad de identificarse, pero también de diferenciarse, juzgar, condenar, afirmar un consenso moral en la reafirmación de los valores comunes. El acto político, de una especie muy particular, que consiste en llevar al orden de lo público –mediante la publicación– lo que normalmente no llega allí o, en todo caso, lo que nunca lo hace *en esta forma*,

17.
El discurso de la empleada del centro de clasificación postal, aunque también diga esto, dice mucho más que lo que se dice, con toda la frialdad abstracta del lenguaje conceptual, en un análisis de la trayectoria social de los empleados provincianos, muchas veces obligados a pagar con un largo exilio parisiense el acceso a la profesión o el progreso en sus carreras: "Son conocidas, por ejemplo, las restricciones en materia de residencia que implican ciertas carreras en las cuales el acceso a la profesión –por ejemplo, cheques postales– o el progreso están subordinados a un exilio prolongado", P. Bourdieu, *La Distinction*, ob. cit., p. 136.

quedaría en cierto modo tergiversado o totalmente vaciado de sentido. Así, pues, pareció indispensable intervenir en la presentación de las transcripciones, mediante los títulos y subtítulos y sobre todo con el preámbulo, encargado de proporcionar al lector los instrumentos de una lectura comprensiva, capaz de reproducir la postura cuyo producto es el texto. La mirada prolongada y acogedora que se requiere para impregnarse de la necesidad singular de cada testimonio, y que por lo común se reserva a los grandes textos literarios o filosóficos, también puede dirigirse, por una especie de *democratización de la postura hermenéutica*, a los relatos corrientes de aventuras corrientes. Como lo enseñaba Flaubert, hay que aprender a mirar Yvetot con la mirada que se aplica con tanta naturalidad a Constantinopla: aprender, por ejemplo, a prestar al matrimonio de una profesora con un empleado de correos la atención y el interés que se brindarían al relato literario de una unión desafortunada y a ofrecer a las palabras de un obrero metalúrgico la recepción de recogimiento que cierta tradición de lectura reserva a las formas más elevadas de la poesía o la filosofía.[18]

Nos esforzamos, por lo tanto, por transmitirle al lector los medios de dirigir a las palabras que va a leer la mirada que explica, que restituye a la encuesta su razón de ser y su necesidad; o, más precisamente, de situarse en el punto del espacio social desde el cual el encuestado dirige su vista hacia ese espacio, vale decir, el lugar en el que su visión del mundo se vuelve evidente, necesaria, *taken for granted*.

Pero es indudable que no hay escrito más peligroso que el texto con que el memorialista debe acompañar los mensajes que se le confiaron. Obligado a un esfuerzo constante para dominar conscientemente la relación entre el sujeto y el objeto de la escritura o, mejor, la distancia que los separa, debe empeñarse en la objetividad de la "enunciación histórica" que, según la alternativa de Benveniste, objetiva hechos sin intervención del narrador, al mismo tiempo que rechaza la frialdad distante del protocolo de casos clínicos; a la vez que apunta a transmitir todos los elementos necesarios para la percepción objetiva de la persona interrogada, debe utilizar la totalidad de los recursos del idioma (como el estilo indirecto libre o el *como si* caros a Flaubert) para evitar instaurar con él la distancia objetivante que lo pondría en el banquillo de los acusados o, peor, en la picota. Esto, mientras se prohíbe también de la manera más categórica (ésa es una de las funciones del *como si*, por otra parte) proyectarse indebidamente en ese *alter ego* que sigue siendo, quiérase o no, un objeto, para erigirse abusivamente en el sujeto de su visión del mundo.

El rigor, en este caso, consiste en el control permanente del punto de vista, que se afirma continuamente en ciertos detalles de la escritura (por ejemplo, en el hecho de decir *su* liceo y no *el* liceo, para indicar que el relato de lo que ocurre en ese establecimiento se formula desde el punto de vista del profesor interrogado, y no del analista). Es en los detalles de esta especie –que, si no

18.
La recepción del discurso sociológico debe mucho, evidentemente, al hecho de que se refiere al presente inmediato o "actualidad", como el periodismo, al que, por otra parte, todo lo opone. Es sabido que la jerarquía de los estudios históricos corresponde al alejamiento de sus objetos en el tiempo. Y es indudable que no se otorgará a la transcripción de una homilía del obispo de Créteil, pese a tener la misma riqueza de sutilezas retóricas y habilidades teológico-políticas, la misma atención que a un texto de Adalberón de Laon, escrito por añadidura en latín, y que se atribuirá más valor a unas palabras, sin duda apócrifas, de Olivier Lefèvre, fundador de la dinastía de los Ormesson, que a una entrevista periodística al último de sus descendientes. Nadie escapa a la lógica del inconsciente académico que orienta esta distribución a priori del respeto o la indiferencia, y al sociólogo que haya logrado superar en sí mismo esas prevenciones le costará tanto más obtener el mínimo de consideración exigible para los documentos que produce y los análisis que hace de ellos por el hecho de que los diarios y semanarios están llenos de testimonios sensacionalistas sobre la angustia de los profesores o la ira de las enfermeras, testimonios que, en resumidas cuentas, son más aptos para dar satisfacción a esa forma de buena voluntad convencional que se concede a las buenas causas.

pasan lisa y llanamente inadvertidos, tienen muchas posibilidades de aparecer como meras elegancias literarias o solturas periodísticas– donde se afirma constantemente la separación entre "la voz de la persona" y "la voz de la ciencia", como dice Roland Barthes, y el rechazo de los deslizamientos inconscientes de una a otra.[19]

El sociólogo no puede ignorar que lo propio de su punto de vista es ser un punto de vista sobre un punto de vista. No puede re-producir el correspondiente a su objeto y constituirlo como tal al resituarlo en el espacio social, más que a partir de ese punto de vista muy singular (y, en cierto sentido, muy privilegiado) donde hay que ubicarse para estar en condiciones de captar (mentalmente) todos los puntos de vista posibles. Y sólo en la medida en que es capaz de objetivarse a sí mismo puede, al mismo tiempo que permanece en el lugar que inexorablemente se le asigna en el mundo social, trasladarse con el pensamiento al lugar donde está colocado su objeto (que también es, al menos hasta cierto punto, un *alter ego*) y captar así su punto de vista, es decir, comprender que si estuviera en su lugar, como suele decirse, indudablemente sería y pensaría como él.◆

19.
Ese control constante del punto de vista nunca es tan necesario, y difícil, como cuando la distancia social que hay que superar es una última diferencia en la proximidad. Así, por ejemplo, en el caso de la profesora, cuyas locuciones favoritas ("yo culpabilizo", "problemas de pareja", etcétera) pueden tener a la vez un efecto repulsivo y desrealizante que impide percibir la realidad del drama que expresan, sería demasiado fácil dejar jugar las asociaciones de la polémica cotidiana para caracterizar, caricaturizándolas, una vida y un modo de vivir que sólo parecen tan intolerables porque uno teme reconocer en ellos los propios.

Yo no rechazo todo
siempre trato de ver l
conducta de los individuo
cómo se comportan, d
dónde vienen, cuále
son sus intereses,
así logro comprende

Obrero metalúrgic
dirigente sindical de Longw

Cualquier
osa es interesant
iempre que
miramos
al tiempo,
uniente.

Gustave Flaubert

El interrogatorio

Pierre Bourdieu y Gabrielle Balazs

Las encuestas administrativas, de las que aquí analizamos algunos ejemplos, son interesantes por varias razones. En primer lugar, porque dan libre curso a los efectos que, salvo vigilancia especial, amenazan con pesar sobre toda relación de encuesta y permiten así apreciar *a contrario* la importancia del esfuerzo que, en la realización de una entrevista, hay que hacer para neutralizarlos: se trata de un caso en que, efectivamente, como lo señala John Gumperz, "pese a las apariencias de igualdad, reciprocidad y cordialidad, los roles de los participantes, es decir, el derecho a la palabra y la obligación de responder, están predeterminados o, al menos, constituyen el objeto de una fuerte coacción".[1] Si la violencia simbólica inherente a la asimetría entre interlocutores muy desigualmente provistos de capital económico y sobre todo cultural puede ejercerse con una ausencia tan perfecta de discreción, es porque los agentes encargados de llevar adelante el interrogatorio se sienten con mandato y autorización del Estado, poseedor del monopolio de la violencia simbólica legítima, y porque, pese a todo, se los conoce y reconoce como tales. Prueba de ello, la réplica, digna de Kafka, de esa mujer que, sometida a un cuestionario muy exigente sobre su salud, se asombra: "Hasta eso preguntan", sugiriendo que la misma encuestadora no es más que el instrumento de una intención elaborada en otra parte, "en las altas esferas".

El análisis de las grabaciones de algunas entrevistas realizadas por una oficina de estudios (que sin duda nos perdonará que la mantengamos en el anonimato...) a pedido del Ministerio de Investigación y Tecnología, con vistas a evaluar el RMI después de tres años de su puesta en vigor, permite captar lo que separa el interrogatorio burocrático de las otras formas de interrogatorio de Estado, en especial la policial y la judicial, y lo que tiene en común con ellas y, más ampliamente, con todas las encuestas burocráticas corrientes.[2] Aunque –a diferencia de la investigación judicial y, sobre todo, de la policial– se presente (y se viva) como una investigación científica, la encuesta administrativa, estrechamente determinada por fines burocráticos, está íntegramente dirigida por intenciones normativas. Además, todo: el momento de realizarla (el año mismo en que la comisión nacional de evaluación del RMI debe someter su informe al primer ministro), el lugar de su realización (las oficinas de las alcaldías o los centros comunales de acción social encargados de los contratos de inserción), el contenido y la forma de las preguntas (hasta trescientas para una sola entrevista, hechas sin descanso y a menudo por dos encuestadores); todo, decíamos, incita a los encuestados a sentirse en la obligación de establecer la legitimidad de su *status* de beneficiarios del RMI (como otros, para obtener un subsidio, una pasantía o una vivienda, deben justificar su identidad administrativa de "solicitante de empleo", "desocupado con derechos vencidos", "joven sin calificación", "padre aislado" o "sin domicilio fijo").

La alternancia de preguntas frívolas o irrisorias (con respecto, desde luego, a la situación y las preocupaciones de las personas interrogadas: "¿Cuál es su esparci-

1. J. Gumperz, *Engager la conversation, introduction à la sociolinguistique interactionnelle*, París, Minuit, 1989, col. Le sens commun, p. 15.

2. Agradecemos aquí, desde luego sin poder hacerlo con nombre y apellido, a la persona que nos transmitió esas grabaciones, y remitimos, para todas las informaciones sobre esta encuesta, a la obra colectiva de la MIRE [Mission interministérielle pour la recherche, Misión Interministerial para la Investigación] y el Plan urbain, *Le RMI à l'épreuve des faits: Territoire, insertion, société*, París, Ed. Syros Alternative, 1991. Esta investigación también dio lugar a un coloquio, efectuado el 8 y 9 de noviembre de 1991. Para los análisis regionales, hay que remitirse a los 13 informes producidos por él.

miento preferido?") y preguntas tramposas enunciadas con un tono jovial ("¿Es un trabajo declarado?" o "¿En qué ocupa sus días?") o bien formuladas de una manera irónica ("Vamos, vamos, su apariencia no es la de un enfermo..."), confiere a veces a la entrevista una violencia tanto más insostenible cuanto que se ejerce con toda inocencia, con la buena conciencia de quien cuenta con la doble legitimidad del orden científico y el orden moral.

Nunca se acabaría de enumerar los presupuestos inscriptos, en cierta forma, en la estructura misma de la relación de encuesta, cuando, como aquí, la asimetría inherente al interrogatorio burocrático encuentra, en y por la distancia entre los recursos y disposiciones sociales del encuestador y los del encuestado, las condiciones de su plena realización. La relación de fuerzas es tal que el interrogador no tiene que preocuparse por saber si los problemas que (se) plantea, problemas institucionales que no tienen interés más que para el organismo solicitante de la encuesta, también le surgen a la persona a quienes los presenta.

El postulado fundamental del intercambio está inscripto sin duda, en esta imposición de problemáticas, basada en la universalización del interés particular de las burocracias. Pero eso no es todo. El interrogatorio, llevado adelante en la lógica de la sospecha, trata al encuestado como disimulador y simulador potencial al que hay que pescar en la trampa. Además de las preguntas sobre la forma en que los erremistas se informaron sobre la existencia del subsidio, lo que piensan de la ley y a qué parte del presupuesto doméstico se afecta el RMI, están también las que apuntan a descubrir si el encuestado tiene ingresos no declarados, si dispone de otros recursos, si vive solo (o más bien sola, porque esta pregunta se dirige las más de las veces a las mujeres) como lo afirma, si no habrá pedido el RMI para conseguir una cobertura social. Como pesa sobre él la sospecha de la artimaña interesada y la falta de civismo, se le pregunta si vota, con una corrección instantánea que se pretende cómplice: "¡No le preguntamos por quién!".

En los tres casos presentados aquí –el de una mujer de unos 50 años, que dejó a su marido artesano luego del fallecimiento de su hijo, la cual, no tenía experiencia en trabajos asalariados; el de un pequeño comerciante de 59 años que regenteó un restaurante en una barriada popular hasta que una enfermedad le impidió permanecer de pie, y el de un joven manipulador de mercaderías, criado por su abuela portera a raíz de la muerte de su madre– las preguntas llegan a la violencia del interrogatorio. Trastornadas, desorganizadas, estas vidas no entran en las categorías previstas por el cuestionario estándar, concebido para generar respuestas homogéneas e incapaz de captar la diversidad de las situaciones que pudieron conducir a la solicitud de un subsidio de supervivencia. Los signos de asombro, los reproches contenidos y la condescendencia –cuya forma suprema es, sin duda, la conmiseración– son otras tantas manifestaciones de los presupuestos –o de los prejuicios– constitutivos de la visión burguesa o pequeño-burguesa del mundo: introducen toda una serie de postulados sobre la composición "conveniente" de una familia, los vínculos que deben mantenerse con ella y las "elecciones" escolares o profesionales que definen una "carrera" digna de ese nombre.

Cuando la mujer que ha perdido un hijo y se separó de su marido declara que renunció a un empleo de un mes porque su hija, liceísta, acababa de tener una criatura, razón por la cual prefería quedarse con ella, le dicen: "¡Su instinto de madre era más fuerte!". Pero advierte, por otra parte, que le reprochan lo que la encuestadora percibe como una inversión de los roles: "¿Cómo es eso, su hija para la olla?". A una joven empleada doméstica, madre soltera, se le pregunta como si fuera el tema de una redacción: "¿Qué significa para usted estar sola?" o "¿Es importante para usted ver crecer a su hijo?". ¿Y qué decir de esta pregunta pseudoanalítica sobre los recuerdos infantiles, que se formula mecánicamente, pese a la reticencia de los encuestados a hacer confidencias o evocar recuerdos dolorosos? "Todo eso está muy lejos [...] no me acuerdo", contesta, por ejemplo, una joven doméstica que pasó su infancia de hogar en hogar, sin conocer a sus padres. Mientras que otros, como el manipulador de mercaderías que de niño perdió a su madre, oponen su silencio:

ENCUESTADOR: ¿Puede hablarme de su infancia?
ENCUESTADO: [*Silencio.*]
ENCUESTADOR: ¿Qué recuerdos tiene de ese período?
ENCUESTADO: [*Silencio.*]
ENCUESTADOR: ¿No tiene ningún recuerdo?
ENCUESTADO: Sí.
ENCUESTADOR: ¿No quiere hablar de eso? De acuerdo.

Sin ser nunca completamente conscientes y cínicos, los encuestadores, llevados por sus disposiciones de clase, entran en una relación ambigua de asistencia y vigilancia, actitud maternal y sospecha, y un análisis más sistemático de un *corpus* más extenso permitiría, sin duda, comprobar que la composición del equipo de en-

cuesta según el sexo, la edad, el origen social y el *status* profesional afecta muy directamente la manera de recoger los datos e interpretarlos. Así, tal o cual hipótesis de la encuestadora con respecto a la vivienda sólo cobra sentido por referencia a una definición tácita de lo que en su universo se considera conveniente para una familia de "pobres" como la de la encuestada: "¡Es caro! ¡Yo creía que usted vivía en... [*vacilación*], en una o dos piezas!". Como para disculparse, la encuestada se ve obligada a explicar que ahora que vive con su hija y su nieto, ese departamento de cuatro ambientes le resulta apenas un poco más caro, gracias al subsidio a la vivienda, que el de dos ambientes que ocupaba antes.

De la misma forma, la encuestadora pregunta al pequeño comerciante que reside en un barrio en renovación: "¿Y qué le produce saber que lo van a demoler, que... [*se rectifica*] que su casa...? [...] ¿Es una casa, quiero decir, un pequeño *chalet* o un departamento? [...] ¿Y la casa es de sus padres? [...] ¿Siempre la misma, desde hace cuántos años?". Al dejar traslucir su visión sobre el índice adecuado de ocupación, se sorprende e insiste en la cifra: "¿Así que en una época ustedes eran... seis en esa casa?". Luego calcula en voz alta: "Dos hijos, los padres y sus padres... Está bien. ¿Y ahora sus padres están...?" (silencio, han fallecido). La encuestadora, siguiendo el hilo de su pensamiento y su cálculo, concluye, como si la aliviara saber que hay más lugar: "¿Así que son dos?".

Es indudable que la violencia alcanza su punto culminante cuando la filosofía de la acción que sostiene todo el interrogatorio conduce a buscar en intenciones y razones el origen de la totalidad de las acciones de todos los agentes, a los que se supone igualmente dueños de su destino, y a erigir así tácitamente a los erremistas en responsables de su miseria. Los "¿por qué?" que escanden las palabras sobre la pérdida del empleo, la separación del cónyuge, el abandono de la escuela, la salud, la desocupación, dejan pensar que todo lo que le sucedió a la persona interrogada fue el resultado de una libre elección. Por ejemplo, a una empleada doméstica que dejó la escuela a los 12 años se le pregunta "por qué razón lo hizo", e incluso se le aclara: "¿Porque quiso o porque estaba obligada?". Se postula con ello que cada uno puede y debe manejar a su modo su carrera y su vida.

Encuestadora 2: [Se rectifica.] *¿Y por qué razón dejó el bar?*

Encuestadora 1: Por enfermedad...

Encuestado: Porque no podía hacerlo más.

Encuestadora 2: Por razones de salud, entonces. [El encuestado añade que "estuvo veinte años en el Correo y después dejó".]

Encuestadora 1: ¿Así que el motivo por el que dejó ese trabajo fue verdaderamente su esposa?

Encuestado: Así es.

Encuestadora 1: ¿Si no, se hubiera quedado en él?

Encuestado: Oh, estaría jubilado... ah no, no del todo.

Encuestadora 2: [Perdida.] *¿El motivo por el que dejó qué trabajo?*

Encuestadora 1: El correo.

Encuestadora 2: ¿Dejó a causa de su mujer? ¿Por qué, ella no...?

Encuestado: [*Obligado a repetir.*] Era depresiva, ya no podía hacer su trabajo, así que...

Encuestadora 2: [Repite.] *¿Y de qué trabajaba?*

Encuestado: Contabilidad.

Encuestadora 1: Entonces usted decidió: renuncio.

Encuestado: Ah, sí.

Encuestadora 1: ¿Y después le gustó el...?

Encuestado: ¿A mi mujer?

Encuestadora 1: ¿El bar?

Encuestado: ¡No! No, pero, bueno... se acostumbró. [*Silencio.*] Y yo también.

Encuestadora 1: Sí, la cosa cambia, eh.

Encuestado: Claro.

Encuestadora 1: ¿Hizo trabajos menores antes de entrar al correo?

Encuestado: ¡Ah, sí! Al principio era peluquero. Mi primera profesión fue la de peluquero.

Encuestadora 1: [Tono admirativo.] *¡Qué trayectoria!* [Eleva la voz.] *¿Tenía un CAP?*

Encuestado: Sí.

Encuestadora 1: ¿Y ejerció...?

Encuestado: No mucho, porque no compensaba. Sólo cuatro años; en ese momento, los peluqueros se morían de hambre.

Encuestadora 1: ¿Ah, sí?

Encuestadora 2: ¿En qué época era? ¿Qué año?

Encuestado: Entre 1945... [*reflexiona*], 1945 y 1949.

Encuestadora 1: ¿Qué lección sacó del oficio de peluquero, primero, y después del oficio de...?

Encuestado: Que algunas veces uno aprende un oficio y después no le sirve para gran cosa. Depende de los oficios. Nunca quise ser peluquero.

Encuestadora 2: ¡Ah, bueno! ¿Y por qué lo hizo?

Encuestado: Porque... quería ser carpintero embarcado. En esa época, al médico –se murió, afortunadamente– le pareció que era demasiado enclenque. Era enclenque.

Encuestadora 2: [Tono burlón.] *Ahora no parece enclenque; se recuperó...*
Encuestado: Y ahí tiene, era demasiado chico, todo eso, para ser carpintero. Él los veía grandes y gordos a los... y después, eso es... después me propusieron... también había que trabajar; después de la guerra era duro.

Los "¿por qué?" repetidos exigen una reflexión retrospectiva sobre las intenciones de la acción y tienden así a constituir a la víctima en responsable (incluso, a sus propios ojos) de una situación que supuestamente quiso, al menos negativamente, al mostrarse incapaz de "tomarla en sus manos". Así, la encuestadora ironiza sobre el hecho de que el comerciante, cuya esposa, contadora del bar, sigue a cargo de las tareas administrativas, no sepa si llenó los papeles y si firmó el famoso "contrato de inserción" ("es chino"), por lo que lo llama al orden.

Encuestadora 1: ¿Y cuándo le pagaron?
Encuestado: Dos o tres meses después, creo, no sé exactamente; en principio yo no me ocupo, la que se ocupa de los papeles es mi mujer.
Encuestadora 1: Mmm, quién se ocupa. ¿Y usted recibió el monto a partir del 1º de enero o...?
Encuestado: No, no sé... exactamente no sé. No me encargo de eso.
Encuestadora 1: ¿No sabe? [Tono de reproche.] *¿Sabe a cuánto tiene derecho?*
Encuestado: Sí, 2.300... 2.300 [*silencio*] y unos centavos más, a lo mejor.
Encuestadora 2: [El contrato de inserción.] *¿No sabe si lo firmó o no?*
Encuestado: No sé.
Encuestadora 2: De todas maneras, es usted el que solicitó el RMI, es usted el que lo percibe o... ¿es usted?
Encuestado: Sí, soy yo.
Encuestadora 2: Entonces fue usted el que tuvo que firmar, lógicamente...
Encuestado: No me acuerdo.
Encuestadora 1: Es a cambio de un trabajo, así que a lo mejor tendría que acordarse.

La discordancia estructural es generadora de malentendidos explícitos. Así, la encuestadora que no escuchó que el joven manipulador de mercancías perdió a su madre a los 12 años, y se preocupa por la regularidad de los vínculos familiares más que por su existencia, pregunta si la sigue viendo. "¡Ah! Perdóneme", suelta, cuando él exhibe un silencio asombrado. Y una vez que el joven dice que no ve a su padre, ella deduce que está muerto, cuando en realidad vive en el extranjero. Del mismo modo, el comerciante, uno de cuyos hijos adultos vive en la casa paterna, se embrolla en su respuesta cuando la encuestadora, con tono de estar diciendo algo obvio, le pregunta en relación con sus hijos: "Que ya no viven con usted, supongo". "No. Mi hijo... viene a casa." "¿Vive en la c...? ¡No! ¿Va?" "Viene a casa. Está domiciliado en casa, digamos."

Puede suceder incluso que la evidencia absoluta de una experiencia de la existencia fundada en el dominio del tiempo (y del dinero) conduzca a errores que se codean con el desprecio: así, al manipulador que cuenta con una mezcla de amargura y vergüenza que se "dejó trampear" cuando trabajaba en negro, por un empleador que no le pagó su salario, la encuestadora le pregunta si alguna vez logró cobrar normalmente... Y, un poco más adelante, cuando él dice que no encontró nada en la ANPE, ella le suelta con un tono ligero: "¿Qué iba a hacer a la ANPE?". Toda la distancia entre dos condiciones, y las dos visiones del mundo correspondientes, estalla en la réplica, llena de condescendencia protectora, que la encuestadora, con un tono jovial, le dirige a una empleada doméstica que dice sentirse molesta por tener que declarar su empleo: "No es deshonroso. En todo caso, es un trabajo que conocen todas las mamás".

Dos interrogatorios

Sólo reproduciremos dos extractos bastante largos que condensan todos los esquemas puestos en práctica en una encuesta administrativa de control. Solicitados e incluso intimados a informar el estado de sus recursos y su salud, su manera de vivir, su historia familiar, su intimidad, los erremistas resisten, sea a través de la brevedad de sus respuestas, la economía de palabras y el silencio, sea, en los más endurecidos, mediante diversas formas de puesta en escena de la miseria, de las que la más frecuente es el discurso para asistentes sociales.

La sospecha

Un poco turbada, la encuestada explica que acumuló desgracia tras desgracia: afectada de depresión después de la muerte de su hijo a causa de un cáncer, cuando

tenía unos 20 años, se separó de su marido artesano y vive ahora con su hija, liceísta, que acaba de tener un bebé. (Por otra parte, vino con su nieto, a quien le da el biberón durante la entrevista.) Como si fuera un poco inconveniente sufrir tantas desgracias, se burla de sí misma y se ríe al evocar un problema complementario: después de esos sucesos, en efecto, su salud se deterioró.

Tanto tacto escapa a la encuestadora que, en busca de su objetivo, intenta verificar en qué momento se trató, para controlar si la solicitud del RMI no se presentó en oportunidad del tratamiento y con vistas a obtener la cobertura social que ese ingreso incluye. Ignorando las informaciones que la misma encuestada le había dado espontáneamente con respecto a su depresión, el intento de psicoanalizarse y la afección del sistema inmunológico que sufre, la encuestadora desarrolla toda la parte médica del cuestionario.

ENCUESTADORA: *¿Y fue a ver a un psicoanalista por propia iniciativa?*

ENCUESTADA: Sí.

ENCUESTADORA: *¿Permaneció en análisis o...?*

ENCUESTADA: No [...]. Lo hice durante dos meses.

ENCUESTADORA: *¿Después de la separación?*

ENCUESTADA: No, no, eso no tenía nada que ver... En fin, sí, era toda una mezcla. Estaba la muerte de mi hijo, estaba la separación, estaba la situación de mi hija; eran muchas cosas. Muchas, muchas cosas.

ENCUESTADORA: *¿Sacó algo de ese... le parece que la ayudó o...?*

ENCUESTADA: Creo que a lo mejor, como con lo de mi hijo tardé dos años, me parece, en comprender realmente las cosas. Ahí también habría necesitado tiempo. Tardé en comprender las cosas, pero lo hubiera conseguido sola. Pero como había un problema de salud que se agregaba...

ENCUESTADORA: *Ah, bueno, tenía...*

ENCUESTADA: Sí, un... [*se ríe*] problema de salud, lo cual es una cosa más. Así que, sí, pese a todo era bastante urgente que alguien me... que alguien tratara de ayudarme, pero me ayudó porque hablé [...].

ENCUESTADORA: *Vamos a hablar de su salud, porque me dijo que tenía problemas. ¿Cuánto hace que tiene...?*

ENCUESTADA: Oh, hace... [*suspira*] desde 1982, en 1982 me hicieron estudios porque tenía alergias, me salía eccema, tenía urticaria, así que hasta 1986 hicieron todos los análisis y el médico me dijo: "Señora F., usted es alérgica a todo, así que tome esto y confórmese".

ENCUESTADORA: *¿Qué era, un antialérgico?*

ENCUESTADA: No, no...

ENCUESTADORA: *¡Ah, sí, es alérgica a todo!*

ENCUESTADA: Eso es, era alérgica a todo. Y después un día también pensé, dije, bueno, la muerte de Eric trastornó a todo el mundo y además puede ser que sea el mal, el sufrimiento que sale así; y desde el día que entendí eso, poco a poco empezó a desaparecer.

ENCUESTADORA: *Sí, efectivamente, usted había hecho su análisis.*

ENCUESTADA: Sí, lo hice, pero tardé un tiempo en hacerlo. Y además, de todas maneras no entendía. Y cuando tuve problemas con mi marido, en fin, problemas... de nuevo, volvió a empezar. Pero ahí era mucho más serio. Y empezamos con todos los análisis en el hospital. Después se dieron cuenta de que había un problema inmunológico, así que hice una enfermedad autoinmunológica.

ENCUESTADORA: *¿Y ahí la controlan?*

ENCUESTADA: Sí.

ENCUESTADORA: *¿Va regularmente a lo de...?*

ENCUESTADA: Sí, todos los meses. Me dan cortisona, ya hace (¿en qué estamos?, ah, en octubre), ya debe de hacer ocho meses.

ENCUESTADORA: *¿El hecho de cobrar el RMI le permite también tener la cobertura social?*

ENCUESTADA: No era, de veras no es así.

ENCUESTADORA: *No, pero yo no soy policía, en la lógica, busco las lógicas; quiere decir que su nombre nunca aparecerá en ninguna parte. Trato de pensar simplemente en términos de recorrido, por qué eso correspondería más bien a la cobertura social que la vivienda.*

ENCUESTADA: No, cuando solicité el RMI no se habían hecho los estudios, quiero decir, ni siquiera habían descubierto la enfermedad; no había habido trámites. Y no fue antes de abril, fue en el mes de abril. Así que como era beneficiaria desde enero, quiero decir, no es para nada eso lo que hizo... Pero en ese aspecto debo reconocer que ahora con todo...

ENCUESTADORA: *¿Son tratamientos costosos?*

ENCUESTADA: Los tratamientos no, pero los análisis, sí.

ENCUESTADORA: *Es decir que le hacen análisis de...*

ENCUESTADA: En los estudios había análisis de plaquetas; en fin, durante un tiempo era cada dos, tres días, después se redujo porque se había estabilizado, entonces era todas las semanas, después fue cada 15 días y ahora cada tres semanas. Y el tratamiento, lógicamente, va a terminar [...]; pero hubo estudios de los ojos porque tomaba un medicamento, mientras que ahora tomo cortisona [...] y después también la internación [...] al principio

me internaron porque no sabían para nada qué era. Y además pensaron que era un virus, después dijeron que era otra cosa y después también estuve internada porque las plaquetas habían bajado mucho, así es [...].

Encuestadora: Sí, sobre ese asunto, sobre esta historia de que el RMI sirve finalmente para una protección social, ¿qué puede decirme?

Encuestada: Digo que es importante. Es muy importante.

Encuestadora: Sí, porque está efectivamente el aspecto financiero, ayuda inmediata, pero también el derecho a la cobertura, no sé.

Encuestada: En eso es verdaderamente muy, pero muy muy importante. Quiero decir que resultó así, pero verdaderamente es una gran ayuda y una gran preocupación menos; verdaderamente, una gran preocupación menos [...].

Encuestadora: [Retoma su cuestionario.] *¿Ahora qué es... duerme bien?*

Encuestada: No [*se ríe y alza la voz, asombrada, insistiendo en el "eso"*]. ¿Hasta eso preguntan?

Encuestadora: Sí... ¿Se despierta a la noche?

Encuestada: ¡Ah, sí! [*Se ríe.*] Tengo insomnio.

Encuestadora: ¿Toma pastillas para dormir?

Encuestada: No. Como máximo unos [*medicamentos tranquilizantes*].

Encuestadora: ¿Se siente con ganas, pese a todo? Cosas placenteras, ganas. ¿No?

Encuestada: [*Se ríe.*] No.

Encuestadora: ¿No tiene ganas de nada? ¿Tiene ideas negras?

Encuestada: No... ah, algunas veces, pero no...

Encuestadora: ¿De vez en cuando?

Encuestada: De vez en cuando.

Encuestadora: ¿Tiene dificultades para concentrarse?

Encuestada: Sí.

Encuestadora: ¿Un poco, mucho? ¿O para nada...?

Encuestada: No, un poco.

Encuestadora: ¿Le falla la memoria?

Encuestada: ¡Bueno, es la edad!

Encuestadora: ¿Y síntomas respiratorios: opresión, ahogos...?

Encuestada: Sí, claro... Pero es inherente a la enfermedad y cuando estoy un poco depre; es todo.

El tribunal del buen sentido

Dos encuestadoras, una joven, la otra un poco más grande, de voz aguda, frente a un pequeño comerciante enfermo, de voz cansada, agobiada, y próximo a la edad de la jubilación, que renunció a su negocio luego de una intervención quirúrgica.

Si la situación no fuera tan dolorosa (se puede advertir desde el inicio de la entrevista, cuando el encuestado habla de su "vergüenza" por ser erremista: "Cuando uno trabajó toda una vida... ¡llegar a esto, eh!"), podría pensarse en una comedia de reiteraciones voluntariamente puesta en escena. En efecto, una buena parte de las preguntas se plantea dos veces, una primera por la encuestadora joven (Encuestadora 1), y una segunda por la responsable local de la encuesta (Encuestadora 2), que llega más tarde. Las mismas preguntas, los mismos asombros, los mismos comentarios y finalmente la misma incomprensión. Sólo al final el anciano protesta por tener que "exhibir de esta manera su currículum".

[...]

Encuestadora 1: ¿Y cómo se enteró del RMI? ¿Cómo oyó hablar de él?

Encuestado: Por distintos lados. Y además, también un poco por necesidad, eh.

Encuestadora 1: Sí, ¿cómo hizo, cómo fue que...?

Encuestado: Fui a inscribirme al empleo y...

Encuestadora 1: Al empleo [traduce inmediatamente al lenguaje institucional], *o sea... ¿estuvo en la ANPE?*

Encuestado: Sí. Me inscribí, pero no pedía empleo. A mi edad...

Encuestadora 1: ¿Qué edad tiene, señor?

Encuestado: Voy a cumplir 60. Los cumplo en agosto. Cincuenta y nueve, digamos.

Encuestadora 1: ¿Y fue a inscribirse a la ANPE, a qué se dedicaba?

Encuestado: Antes era comerciante.

Encuestadora 1: ¿Comercio de qué tenía?

Encuestado: Un bar.

Encuestadora 1: Vamos a volver a la experiencia profesional un poco más adelante [en el cuestionario]; *así que fue a la ANPE, ya no tenía derechos, eeh... ni subsidios ni nada, ¿y fue ahí... cuando le hablaron del RMI? Una persona de la ANPE, entonces.*

Encuestado: Sí.

Encuestadora 1: Usted mismo estuvo allá, ¿eh?

Encuestado: Sí.

Encuestadora 1: ¿Qué le... aconsejó?

Encuestado: [*Silencio.*] Me dijo que tenía derecho a algo. Eso fue todo.

Encuestadora 1: ¿Qué sensación tuvo cuando le enviaron su primer subsidio?

ENCUESTADO: [*Muy bajo.*] Una sensación de vergüenza.

ENCUESTADORA 1: ¿Por qué?

ENCUESTADO: Porque sí. Cuando uno trabajó toda una vida... [*muy bajo, con un suspiro*]... y llegar a esto, eh.

ENCUESTADORA 1: [Asombro.] *¿Trabajó toda una vida y no tiene derecho a nada?*

ENCUESTADO: Sí, pero dentro de un año... sólo voy a cobrar la jubilación dentro de un año.

ENCUESTADORA 1: ¡Ah, es así! La situación es provisional, entonces...

ENCUESTADO: Así es.

ENCUESTADORA 1: ¿Cuándo dejó de trabajar?

ENCUESTADO: A fines de 1989. En noviembre de 1989; a fines de noviembre de 1989.

ENCUESTADORA 1: ¿Y por qué dejó?

ENCUESTADO: Porque no podía trabajar.

ENCUESTADORA 1: ¿Estaba...?

ENCUESTADO: Enfermo.

ENCUESTADORA 1: ¿Estaba enfermo?

ENCUESTADO: Me dolían las piernas y tuve que operarme.

ENCUESTADORA 1: Espere, porque hay un asunto sobre la salud [en el cuestionario], *voy a pasar directamente ahí; entonces, ¿qué tenía en las piernas?*

ENCUESTADO: Un..., várices, una enfermedad de la circulación de la sangre.

ENCUESTADORA 1: ¿Y detrás del bar estaba siempre de pie?

ENCUESTADO: Así es.

ENCUESTADORA 1: ¿Lo operaron?

ENCUESTADO: Sí.

ENCUESTADORA 1: ¿Cuándo?

ENCUESTADO: [*Con un suspiro.*] A fines de abril. El 28 de abril, me parece; ya no me acuerdo.

ENCUESTADORA 1: ¿Y tuvo que quedarse en cama?

ENCUESTADO: Sí.

ENCUESTADORA 1: ¿Cuánto tiempo?

ENCUESTADO: Digamos unos diez... Unos diez días.

ENCUESTADORA 1: ¿Y ahí decidió dejar? ¿Fue después de esta operación que decidió...?

ENCUESTADO: Ah, bueno, no, incluso antes, porque no podía más.

ENCUESTADORA 1: ¿Hacía tiempo que había dejado?

ENCUESTADO: No, pero en cuanto a dejar, había dejado de trabajar porque no podía seguir más. Y ahí, claro, los doctores me operaron, pero... bueno, ya estoy mejor; pero no va más; ya no tengo 30 años, mire.

ENCUESTADORA 1: [Tono leve de conversación.] *¿Firmó un contrato de inserción?*

ENCUESTADO: ¿Cómo dice? Para mí, esas palabras son chino. Jamás me ocupé del papelerío... en ese aspecto, soy completamente ignorante.

ENCUESTADORA 1: En realidad es su esposa la que...

ENCUESTADO: Es mi secretaria [*se ríe*].

ENCUESTADORA 1: Quiere decir que no le hicieron firmar un contrato personalmente, o sea que a cambio del RMI, el Estado alienta a la gente a insertarse, o sea...

ENCUESTADO: No, no.

ENCUESTADORA 1: ¿No firmó?

ENCUESTADO: No, creo que no. No me acuerdo.

ENCUESTADORA 1: ¿Qué piensa de esta ley?

ENCUESTADO: Está bien, pero... Está bien.

[...]

ENCUESTADORA 1: [Alza la voz.] *Vamos a empezar un poco con sus empleos. El último, entonces, es el bar; ¿desde cuándo se dedicó a eso?*

ENCUESTADO: Desde 1974; sí, 1974.

ENCUESTADORA 1: Así que compró el... [...] ¿Cómo decidió instalar ese bar, cómo se le ocurrió la idea?

ENCUESTADO: Ah, bueno, fue curioso. Mi mujer era empleada contable y tuvo... era depresiva y tenía que cambiar de trabajo. ¿Para hacer qué? Yo estaba en el correo y presenté la renuncia. Y compramos un comercio. Así fue.

ENCUESTADORA 1: ¿Qué hacía en el correo?

ENCUESTADO: Hacía heliografía. Antes estaba en las líneas y después pasé a heliografía. Tiraje, distribución de planos.

ENCUESTADORA 1: Sí, está bien. Y antes era...

ENCUESTADORA 2: Ah, buenos días. Buenos días, señor.

ENCUESTADORA 1: La señora es la encargada de la encuesta.

ENCUESTADORA 2: Yo... no sabía que habían empezado... no paran un minuto...

ENCUESTADORA 1: Acabamos de empezar. El señor tenía un bar, lo dejó no hace mucho, espera la jubilación...

ENCUESTADO: Va a hacer un año.

ENCUESTADORA 2: ¿Tenía un bar dónde?

[Con tono cansado, el hombre menciona el barrio popular que ya había citado antes.]

ENCUESTADORA 1: ¿Hasta qué edad fue a la escuela?

ENCUESTADO: Hasta los 14.

[...]

ENCUESTADORA 1: ¿Entonces aprobó el CAP después?

ENCUESTADO: Después.

ENCUESTADORA 1: Sí, entonces lo obtuvo a los 16 años, ¿no?

ENCUESTADO: A los 16 años y medio. A los 16 años y medio tenía el CAP.

Encuestadora 1: ¿Y en la escuela le iba bien?

Encuestado: Bueno, no fui mucho porque vino la guerra y estaba... cómo decir... evacuado. Sí. Quiere decir que durante tres años y medio, cuatro, no fui a la escuela.

Encuestadora 2: ¿Y dónde estaba durante la guerra, entonces?

Encuestado: En los Pirineos.

Encuestadora 2: ¿En los Pirineos? Con su familia...

Encuestado: No, no, no. Solo.

Encuestadora 1: ¿Solo?

Encuestadora 2: Sí, bueno... ¿en una institución?

Encuestado: En una granja.

[...]

Encuestadora 2: ¿Y por qué lo habían evacuado?

Encuestado: Porque tenía miedo. Cuando sonaba la sirena, me caía redondo.

Encuestadora 2: ¿Fueron sus padres los que lo decidieron?

Encuestado: Bueno, sí, fue el médico, no era normal.

Encuestadora 1: ¿Y en la granja trabajaba?

Encuestado: Sí. Además me gustaba.

Encuestadora 2: Sí, le gustaba... ¿conserva un buen recuerdo de...?

Encuestado: Eeh, sí y no. Era un poco tristón.

[...]

Encuestadora 1: Así que la escuela, era una buena razón... ¿se fue a eso de los 10 años, no sé? ¿La dejó...?

Encuestado: En el momento oportuno dejé la escuela, cuando era lo más importante.

[...]

Encuestadora 2: Bueno, el señor no firmó el contrato de inserción, en fin, creo...

Encuestadora 1: [Explica.] *Su mujer le hace de secretaria.*

Encuestado: Mi mujer se ocupa de todo, yo nunca me ocupé de los papeles.

Encuestadora 2: Ya no sé, no tengo el expediente. ¿No sabe si lo firmó o no?

Encuestado: No sé.

Encuestadora 2: De todas maneras, es usted el que solicitó el RMI, es usted el que lo percibe o... ¿es usted?

Encuestado: Sí, soy yo.

Encuestadora 2: Entonces fue usted el que tuvo que firmar, lógicamente...

Encuestado: No me acuerdo.

Encuestadora 1: Es a cambio de un trabajo, así que a lo mejor tendría que acordarse.

Encuestadora 2: O de una pasantía.

Encuestado: No, no hice ninguna pasantía.

Encuestadora 1: ¿Le propusieron alguna?

Encuestado: ¡No! Hay jóvenes que esperan... yo no voy a...

Encuestadora 1: [Hojea las páginas, y vuelve atrás.] *Peluquero, cuatro años; ¿después entró al correo o...?*

Encuestado: No, no directamente, hice cosas sueltas aquí y allá. Había que trabajar, eh. Entré al Correo.

Encuestadora 1: ¿Había dejado, tenía su local, no...?

Encuestado: No, no, no.

Encuestadora 1: Trabajaba en lo de otro peluquero...

Encuestado: Obrero, obrero...

Encuestadora 1: Obrero, sí, y dejó, hizo cosas sueltas, es decir que hizo trabajos menores...

Encuestado: De una casa a la otra. Siempre trabajé, eh. Iba adonde se podía ganar dinero, eso es todo.

Encuestadora 2: ¿Y cuánto le falta para la jubilación?

Encuestado: Diez meses [*largo silencio*].

Encuestadora 2: Y entre tanto, ¿a qué se dedica, hace trabajos menores... eeh?

Encuestado: No, no, no. Salgo, voy a lo de mi hermana, que vendió su casa, hago arreglos en el jardín, me ocupo de eso, digamos.

Encuestadora 2: [Con un tono tranquilizador, para indicarle que puede hablar sin temor del trabajo en negro.] *Porque nosotros no tenemos nada que ver con la asistente social, no estamos para... entendió bien, no estamos...*

Encuestado: Sí, ella me explicó, la señora [*la encuestadora 1*]. La señora me explicó...

Encuestadora 2: ...para... si hace trabajitos, nos interesa, si usted quiere, en un plano más bien científico saber cuál es el peso de los trabajos menores, así que puede decirlo, no vamos a ir a contárselo...

Encuestado: No, no, no. Nada de trabajo en negro.

Encuestadora 2: No, porque eventualmente podría, usted está... aparentemente no tiene problemas de salud...

Encuestado: Sí, las piernas. Ahora las tengo arruinadas.

Encuestadora 1: ¿Así que va a hacer trabajo de jardín? [Como si se tratara de algo incongruente.]

Encuestado: Jardinería... Me ocupo, doy fe.

Encuestadora 2: ¿Cómo ocupa su día, o...? ¡Aparte de venir a vernos, pero eso no son muchas veces...!

Encuestado: Trabajo en el jardín, leo... camino; tengo que caminar, así que camino. Nada del otro mundo, eh.

Encuestadora 2: ¿Era la casa de sus padres?

Encuestado: De mis padres.

Encuestadora 2: En estos días es raro ver gente que está...

ENCUESTADO: Además nos van a demoler para reubicarnos doscientos metros más allá. Fíjese que no es una lástima porque es un poco... [...]

ENCUESTADORA 2: ¿Qué siente al saber que lo van a demoler? Que [vacilación, se rectifica] *su casa...*

ENCUESTADO: Hace un año que lo sabemos. Me enfermaba. Ah, estaba enfermo. Y después, ahora, en el fondo estoy contento, voy a vivir en un lugar nuevo. Porque ahí es puro remiendo.

ENCUESTADORA 2: ¿Cree que el hecho de saber que iban a demoler la casa de sus padres –porque pese a todo es la casa familiar– tuvo influencia en su trabajo?

ENCUESTADO: No, no, no [*largo silencio*].

ENCUESTADORA 1: ¿Es una casa, es decir, es un pequeño chalet*? ¿O es un departamento?*

ENCUESTADO: No, es una casucha. Medianera.

ENCUESTADORA 1: ¿Y sus padres vivieron con usted...?

ENCUESTADO: Siempre viví con mis padres.

ENCUESTADORA 1: ¿Ah, sí?

ENCUESTADO: Me casé, y volví a la casa.

ENCUESTADORA 1: ¿Había lugar suficiente?

ENCUESTADO: Sí.

ENCUESTADORA 2: ¿Y no tiene... no tiene hijos?

ENCUESTADO: Sí. Una hija que tiene 37 años y un varón de 36.

ENCUESTADORA 2: [Tono de estar diciendo algo obvio.] *Que ya no viven con ustedes, supongo.*

ENCUESTADO: No. Mi hijo... viene a casa.

ENCUESTADORA 2: ¿Vive en su c..., no, va?

ENCUESTADO: Viene a casa. Está domiciliado en casa, digamos.

ENCUESTADORA 1: ¿Trabaja su hijo?

ENCUESTADO: ¡Sí! Está en el Correo.

ENCUESTADORA 1: Está en el Correo... [silencio] *¿Y su hija?*

ENCUESTADO: Mi hija no trabaja.

ENCUESTADORA 1: Sí, ¿está casada?

ENCUESTADO: Ah, sí, ahora trabaja. Trabaja... Está en trámite de divorcio, está...

ENCUESTADORA 2: [Se ríe.] *¡Pero eso no es un trabajo...!*

ENCUESTADO: No, trabaja, ¿dónde es que trabaja? Liceo, liceo... por el lado de las Allées, no sé, ¿hay algún liceo?

ENCUESTADORA 1: En un liceo, ¿es celadora o...?

ENCUESTADO: Sí, no sé, inicia a los chicos en... [*repite*] inicia... ¡caramba! ¡Ay, no me va a salir el nombre...! En informática.

ENCUESTADORA 1: [Expresa su asombro.] *¡Ah, sí! ¿Sabe informática?*

ENCUESTADO: Sí, aprobó no sé qué, pero creo que no en alto nivel, aprobó una pasantía...

ENCUESTADORA 1: [Tono asombrado.] *¡Ah, sí! [...]*

ENCUESTADO: Mi hijo también está... no está casado, pero en fin, es lo mismo.

ENCUESTADORA 1: Vive [subraya cada sílaba] *maritalmente, como suele decirse.*

ENCUESTADO: Vive maritalmente, eso es.

ENCUESTADORA 2: [Se ríe.] *Como dicen los tecnócratas.*

ENCUESTADORA 1: ¿Y la casa es de sus padres, es de...?

ENCUESTADO: Ah, no, no, es de las HLM. Sí.

ENCUESTADORA 1: ¿Y es siempre la misma, desde hace cuántos años?

ENCUESTADO: Desde 1930. Yo nací en 1931.

ENCUESTADORA 1: ¿Entonces, en alguna época, eran seis en la casa?

ENCUESTADO: Sí.

ENCUESTADORA 1: Dos hijos, los padres y sus padres... Está bien. Y ahora sus padres están...

ENCUESTADO: [*Silencio.*] Fallecieron.

ENCUESTADORA 1: ¿Entonces ahora son dos?

ENCUESTADO: Sí, somos dos.

ENCUESTADORA 1: ¿Hay varios... cómo es de grande?

ENCUESTADO: Tres dormitorios [...].

ENCUESTADORA 1: Sí... ¿es confortable su casa?

ENCUESTADO: Ahora ya no. Es vieja, es... además ya no hago nada, quería volver a empapelar y no puedo subirme más a la escalera; de todas maneras lo dejamos, vamos a vivir un año así.

ENCUESTADORA 1: ¿Y cómo fue su infancia, se quedó en...?

ENCUESTADO: Muy bien.

ENCUESTADORA 1: Se quedó entonces... ¿Tenía hermanos?

ENCUESTADO: Sí.

ENCUESTADORA 1: ¿Cuántos?

ENCUESTADO: Éramos cinco varones y una chica. Hay dos fallecidos: los dos mayores fallecieron.

ENCUESTADORA 1: ¿Fallecieron cuando eran jóvenes, bueno, niños, o...?

ENCUESTADO: No, uno a los 44 años y el otro a los 50...

ENCUESTADORA 1: Está bien; de modo que eran seis de familia...

ENCUESTADO: Yo era el último de los varones.

ENCUESTADORA 1: Vivían en esa casa...

ENCUESTADO: Sí, pero era demasiado chica.

ENCUESTADORA 1: [Le hace coro.] *Era demasiado chica.*

ENCUESTADORA 2: Sí, debía... y usted vivió...

ENCUESTADO: Sí.

Encuestadora 2: [Tranquilizadora.] *Dicen que falta lugar, pero en esa época debía de haber mucha gente que todavía vivía...*

[...]

Encuestadora 1: [Tono serio.] *¿Hubo algún suceso particular en su infancia que desempeñó un papel importante, se acuerda de algo destacado...?*

Encuestado: La guerra... la guerra, desde ya.

Encuestadora 2: Es un asunto gordo.

Encuestadora 1: La guerra, sus desmayos.

Encuestado: Sí, pero, ah, pero eso no era nada. Mi hermano deportado, hubo muchas cosas, en fin... [*manifiesta que no quiere seguir hablando de eso*], está lejos, ahora ya no pensamos más en eso.

Encuestadora 2: ¿Y al que murió a los 44 años lo deportaron?

Encuestado: Sí, murió del corazón, era cardíaco.

Encuestadora 2: Sí, pero, en fin, ¿eso fue lo...?

Encuestado: No, no fue por eso.

Encuestadora 2: [Tono conmiserativo.] *No, porque, pese a todo, a los deportados los privaron de muchas cosas...*

Encuestado: Sí. Sí. Pero, en fin, no fue por eso. Ya de joven estaba enfermo del corazón.

Encuestadora 2: Ah, sí, está bien. Eso no ayudó en nada [silencio].

Encuestado: No lo ayudó.

Encuestadora 1: ¿Y usted tiene recuerdos infantiles, de su familia, de sus padres? ¿Qué hacían sus padres? Su padre era...

Encuestado: Mi padre trabajaba en el puerto. Y mi madre, en casa. Siempre la veía en casa.

Encuestadora 1: ¿Y qué hacía en el puerto?

Encuestado: Era capataz.

Encuestadora 1: ¿Tenían... eeh? ¿Económicamente, la cosa caminaba?

Encuestado: ¡Ah, sí! Sí... desde luego, no nadábamos en oro pero teníamos todo lo que hacía falta.

Encuestadora 1: ¿Es una familia unida?

Encuestado: Muy [*silencio*].

Encuestadora 1: ¿Y a sus hermanos los ve?

Encuestado: Sí. Sí.

Encuestadora 1: ¿Sí, regularmente?

Encuestado: Sí. Nos vemos.

Encuestadora 1: ¿Van a su casa, usted va a las de ellos o...?

Encuestado: Voy a lo de ellos, ahora ya no recibo porque la casa no está en condiciones, no los recibo. Pero pese a todo nos vemos.

Encuestadora 1: ¿En casa de ellos, entonces? Y bueno, ¿sale con frecuencia de su barrio o...?

Encuestado: No. Digamos que ahora vivimos como viejos, no sé.

Encuestadora 1: ¿Cuánto salen? ¿Una vez por semana?

Encuestado: No. No salimos. No, no salimos. ¿Quiere decir, a espectáculos y todo eso? No... ts, ts... Nunca.

Encuestadora 2: [Tono dulzón.] *¿Cuál es su esparcimiento preferido?*

Encuestado: La pesca. La pesca y la caza. Y después, el fútbol, también... Ahora miro a los demás.

[...]

Encuestadora 1: ¿Y nunca tuvo relación con los trabajadores sociales?

Encuestado: Nunca.

Encuestadora 1: ¿En su familia, nadie tuvo problemas?

Encuestadora 2: ¿Sólo cuando se vio obligado a solicitar el RMI?

Encuestado: Sí. En fin, ni siquiera lo habría pedido, no sabía que... existía algo así.

Encuestadora 1: ¿Fue en la ANPE, en la ANPE me dijo?

Encuestado: Debe de haber sido en la ANPE, sí.

Encuestadora 2: ¿Habrán sido ellos los que lo aconsejaron?

Encuestado: Sí.

Encuestadora 2: [Almibarada.] *¿Y cumplía los requisitos de la asignación condicionada a los recursos?*

Encuestado: Sí, porque no tengo recursos.

Encuestadora 2: ¿Cuánto hace que está en esa situación?

Encuestado: Desde noviembre del año pasado, de 1989, digamos.

Encuestadora 2: [Retoma una pregunta ya formulada.] *¿Y por qué el bar que tenía...? ¿El bar fue su última ocupación, no?*

Encuestado: Sí, sí, sí.

Encuestadora 2: ¿Por qué razón...?

Encuestado: Porque no podía trabajar más.

Encuestadora 2: ¡Ah! Está bien, era por razones de salud.

[El encuestado cuenta la puesta en venta del bar, que no resultó muy bien por estar ubicado en un barrio popular. Las encuestadoras comparan el estilo del bar con los cafés elegantes del centro.]

Encuestadora 1: Y usted conocía gente... ¿Del RMI no oyó hablar mucho, en realidad?

Encuestado: No, y además no hablo.

Encuestadora 1: Sí, ¿no habla?

Encuestado: Ni siquiera, no.

Encuestadora 2: ¿Qué piensa del RMI, de la ley del RMI?

Encuestado: Está bien, pero... No debería existir.

Encuestadora 2: ¿Qué quiere decir?

Encuestado: No sé. Es una impresión, en fin, personalmente, me molesta una enormidad.

Encuestadora 2: No, pero es importante, lo que usted me decía, un poco...

Encuestado: Casi me da vergüenza, ya se lo dije antes. Hay quienes hace años que lo aprovechan, está... está bien para los ancianos. Que los ayuden a... [*como si se hablara a sí mismo*]. Pero si falta trabajo, los jóvenes no pueden inventarlo...

Encuestadora 2: Usted siente un poco de vergüenza, ¿por qué? ¿Me lo puede explicar un poquito?

Encuestado: ¡Pero no sé! Porque después de haber trabajado, no tendría que necesitar esto.

Encuestadora 2: Considera que después de haber trabajado toda la vida...

Encuestado: Sí, así es, sí. Contar su vida y todo eso... No, ahí no estoy de acuerdo.

Encuestadora 2: [Escandalizada.] *¡Ah, no, pero nadie lo obliga a eso!*

Encuestado: No, está bien, pero en fin, igual uno habla...

Encuestadora 2: Si usted quiere, estamos un poco desconectados del RMI local.

Encuestado: En cualquier lugar, en todas partes, hay que exhibir el currículum.

Encuestadora 2: [Tono de agotamiento.] *Sí, en todas partes, ya sea con las asistentes sociales, en el ANPE, en todas partes...*

Encuestado: ¡Así es!

Encuestadora 2: ...hay que exhibir... Eso no le gusta...

Encuestado: ¡Ah, no, en absoluto! Ni siquiera venir acá...

Encuestadora 2: Entonces se lo vamos a agradecer doblemente... [risas], *porque eso nos ayuda.*

Encuestadora 1: Mucho más, se lo podemos decir, porque los señores prácticamente no vienen a las citas que les damos.

Encuestado: ¿No? Ah, bueno.

Encuestadora 1: Las mujeres vienen mucho más; los señores tienen otras cosas que hacer o... no sé.

Encuestado: Fíjese, honradamente, si hubiese sabido, a lo mejor no venía. Fue mi mujer la que...

Encuestadora 1: ¡Oh, no somos tan malas! [Risas.]

Encuestado: No, está bien, pero, en fin... Es un poco molesto.

Encuestadora 2: [Untuosa.] *Sabe, entiendo que lo viva efectivamente como un poco molesto...*

Encuestado: Pese a todo, uno tiene un poquito de orgullo.

Encuestadora 2: Sí, totalmente, comprendo que lo viva como algo molesto, esto dicho por nosotras, que lo vemos mucho...

Encuestado: Para ustedes, eso no cambia nada. Sí, en eso estoy de acuerdo, por supuesto.

Encuestadora 1: Sí, y además nosotras hacemos nuestro trabajo, así que aparte tenemos elementos... Y al mismo tiempo, también es un contacto...

Encuestado: Sí, por supuesto, entiendo.

Encuestadora 2: A lo mejor necesitamos efectivamente materiales... como la señora [la primera encuestadora] *debe de haberle explicado el objetivo de...*

Encuestado: Sí...

Encuestadora 2: [Por fin encuentra un argumento.] *Usted participa en una investigación científica. ¿Se da cuenta?* [Se ríe a mandíbula batiente.]

Encuestado: Está muy bien. Habré servido para algo.

Encuestadora 2: [Se ríe.] *Un eslaboncito de la gran cadena...*

Encuestado: Un eslabón muy chico, entonces.

Encuestadora 2: No, los eslabones chicos son los que hacen las grandes cadenas. [...] Si no, ¿le parece verdaderamente muy molesto estar obligado a reiterar cada vez...?

Encuestado: ¡Ah, sí! ¡Eso sí!

Encuestadora 1: ¿Repetir su vida, no sé?

Encuestado: Ah, sí. Sí, sí... Es muy desagradable.

¿Qué interés hay en estudiar
a filosofía, si todo lo que hac
por uno es volverlo capaz d
xpresarse de manera
relativamente plausible sobr
ciertas abstrusas cuestione
e lógica, etcétera, y si eso no
ejora su modo de pensar las
uestiones importantes
le la vida de todos los días,
si no lo hace más consciente qu
un periodista cualquiera en la util
ción de las expresiones peligrosas que
gente de esta especie emplea para
s propios fines?

Ludwig Wittgenstein

Post-scriptum

Pierre Bourdieu

El mundo político se cerró poco a poco sobre sí mismo, sobre sus rivalidades internas, sus problemas y sus apuestas. Como los grandes tribunos, los políticos capaces de comprender y expresar las expectativas y reivindicaciones de sus electores son cada vez más raros y distan de situarse en el primer plano en sus formaciones. Los futuros dirigentes se designan en los debates televisivos o los cónclaves de aparato. Los gobernantes están presos de un entorno tranquilizador de jóvenes tecnócratas que a menudo ignoran prácticamente todo lo referente a la vida cotidiana de sus conciudadanos, y a quienes nadie recuerda esa ignorancia. Los periodistas, sometidos a las coacciones que hacen recaer sobre ellos las presiones o las censuras de los poderes internos y externos, y sobre todo la competencia –y por lo tanto la urgencia, que jamás favoreció la reflexión–, a menudo proponen descripciones y análisis apresurados, y muchas veces imprudentes, de los más candentes problemas; y el efecto que producen, tanto en el universo intelectual como en el político, es en ocasiones mucho más pernicioso, porque están en condiciones de beneficiarse mutuamente y controlar la circulación de los discursos rivales, como los de la ciencia social. Quedan los intelectuales, cuyo silencio es de lamentar. Ahora bien, hay algunos que no dejan de hablar, a menudo "demasiado pronto", acerca de la inmigración, la política habitacional, las relaciones laborales, la burocracia, el mundo político, pero para decir cosas que no se quieren entender, y en su lenguaje, que no se entiende. Nos gusta más, en definitiva, prestar oídos, por si acaso y no sin algún desprecio, a quienes hablan a tontas y a locas, sin preocuparse desmesuradamente por los efectos que pueden producir palabras mal pensadas sobre cuestiones mal planteadas.

Y sin embargo están presentes todos los signos de todos los malestares que, por no encontrar su expresión legítima en el mundo político, se reconocen a veces en los delirios de la xenofobia y el racismo. Malestares inexpresados y con frecuencia inexpresables, que las organizaciones políticas, que para pensarlos sólo disponen de la categoría anticuada de lo "social", no pueden ni percibir ni, con mayor razón, asumir. No podrían hacerlo sino con la condición de ampliar la visión mezquina de lo "político" que heredaron del pasado e inscribir en ella no sólo todas las reivindicaciones insospechadas que los movimientos ecológicos, antirracistas o feministas (entre otros) llevaron a la plaza pública, sino también todas las expectativas y esperanzas difusas que, por afectar a menudo la idea que la gente se hace de su identidad y su dignidad, parecen competer al orden de lo privado y, por lo tanto, estar legítimamente excluidas de los debates políticos.

Una política realmente democrática debe darse los medios de escapar a la alternativa de la arrogancia tecnocrática que pretende hacer la felicidad de los hombres pese a ellos, por una parte, y, por otra, la dimisión demagógica que acepta, sin una mínima modificación, la sanción de la demanda, ya se manifieste a través de las encuestas de mercado, las mediciones de audiencia o las cotas de popularidad. Los progresos de la "tecnología social", en efecto, son tales que en cierto senti-

do se conoce demasiado bien la demanda aparente, actual o fácil de actualizar. Pero si la ciencia social puede recordar los límites de una técnica que, como el sondeo, simple medio al servicio de todos los fines posibles, amenaza con convertirse en el instrumento ciego de una forma racionalizada de demagogia, no puede combatir por sí sola la inclinación de los políticos a dar satisfacción a la demanda superficial para asegurarse el éxito, haciendo de la política una forma apenas disfrazada de *marketing*.

Con frecuencia se comparó la política con la medicina. Y basta con releer la "Colección hipocrática", como lo hizo recientemente Emmanuel Terray, para descubrir que, igual que el médico, el político consecuente no puede conformarse con las informaciones proporcionadas por el registro de declaraciones que, en más de un caso, son literalmente producidas por una interrogación inconsciente de sus efectos: "El registro ciego de los síntomas y las confidencias de los enfermos está al alcance de todo el mundo: si eso bastara para intervenir con eficacia, no habría necesidad de médicos".[1] El médico debe consagrarse a descubrir las enfermedades no evidentes (*adela*), es decir, precisamente aquellas que el practicante no puede "ver con sus ojos ni escuchar con sus oídos": en efecto, las quejas de los pacientes son vagas e inciertas; las señales emitidas por el cuerpo mismo son oscuras y sólo revelan su sentido muy lentamente, y a menudo a destiempo. Así, pues, corresponde demandar al razonamiento (*logismos*) la revelación de las causas estructurales que las palabras y los signos aparentes no develan más que velándolas.[2]

Así, anticipándose a las lecciones de la epistemología moderna, la medicina griega afirmaba de entrada la necesidad de construir el objeto de la ciencia mediante una ruptura con lo que Durkheim llamaba "prenociones", es decir, las representaciones que los agentes sociales se hacen de su estado. Y así como la medicina naciente debía contar con la competencia desleal de los adivinos, los magos, los hechiceros, los charlatanes o los "fabricantes de hipótesis", la ciencia social se enfrenta hoy a todos aquellos que están seguros de interpretar los signos más visibles del malestar social, por ejemplo, el aspecto de un ridículo designado como "velo islámico"; a todos esos "semicapacitados" que, armados de su "buen sentido" y su pretensión, se precipitan a los diarios y frente a las cámaras para decir qué ocurre con un mundo social que no tienen medio eficaz alguno de conocer o comprender.

La verdadera medicina, siempre según la tradición hipocrática, comienza con el conocimiento de las enfermedades invisibles, vale decir, de los hechos de los que el enfermo no habla, ya sea porque no tiene conciencia de ellos o porque olvida comunicarlos. Sucede lo mismo con una ciencia social preocupada por conocer y comprender las verdaderas causas del malestar que sólo se expresa a la luz del día a través de signos sociales difíciles de interpretar por ser, en apariencia, demasiado evidentes. Pienso en los desencadenamientos de violencia gratuita en los estadios u otros lugares, en los crímenes racistas o los éxitos electorales de los profetas de la desgracia, apurados por explotar y amplificar las expresiones más primitivas del sufrimiento moral que, tanto como la miseria y la "violencia inerte" de las estructuras económicas y sociales, y aún más que éstas, engendran todas las pequeñas miserias y violencias leves de la existencia cotidiana.

Para ir más allá de las manifestaciones evidentes, a propósito de las cuales llegan a las manos quienes Platón llamaba doxósofos, "técnicos de la opinión que se creen eruditos", eruditos aparentes de la apariencia, hay que remontarse desde luego hasta los verdaderos determinantes económi-

1. E. Terray, *La Politique dans la caverne*, París, Seuil, 1990, pp. 92-93.

2. Ibíd.

cos y sociales de los innumerables atentados a la libertad de las personas, a su legítima aspiración a la felicidad y la autorrealización, que plantean hoy no sólo las implacables coacciones del mercado laboral o habitacional, sino también los veredictos del mercado escolar o las sanciones abiertas o las agresiones insidiosas de la vida profesional. Para ello, hay que atravesar la pantalla de las proyecciones a menudo absurdas, y a veces odiosas, detrás de las cuales el malestar o el sufrimiento se enmascaran tanto como se expresan.

Hacer conscientes ciertos mecanismos que hacen dolorosa e incluso intolerable la vida no significa neutralizarlos; sacar a la luz las contradicciones no significa resolverlas. Empero, por escéptico que uno sea respecto de la eficacia social del mensaje sociológico, no es posible considerar nulo el efecto que puede ejercer al permitir a quienes sufren descubrir la posibilidad de atribuir ese sufrimiento a causas sociales y sentirse así disculpados; y al hacer conocer con amplitud el origen social, colectivamente ocultado, de la desdicha en todas sus formas, incluidas las más íntimas y secretas.

Comprobación que, pese a las apariencias, no tiene nada de desesperante: lo que el mundo social ha hecho, el mundo social, armado de este saber, puede deshacerlo. Lo seguro, en todo caso, es que nada es menos inocente que el *laisser-faire*: si es verdad que la mayoría de los mecanismos económicos y sociales que están en el origen de los sufrimientos más crueles, en especial los que regulan el mercado laboral y el mercado escolar, son difíciles de frenar o modificar, lo cierto es que toda política que no aproveche plenamente las posibilidades, por reducidas que sean, que se ofrecen a la acción, y que la ciencia puede ayudar a descubrir, puede considerarse culpable de no asistencia a una persona en peligro.

Y aunque su eficacia y por lo tanto su responsabilidad sean menores y, en todo caso, menos directas, sucede lo mismo con las filosofías hoy triunfantes que, a menudo en nombre de los usos tiránicos que pudieron haberse hecho de la referencia a la ciencia y la razón, apuntan a invalidar toda intervención de la razón científica en política: la ciencia no necesita en absoluto la alternativa entre la desmesura totalizadora de un racionalismo dogmático y la dimisión de esteta de un irracionalismo nihilista; se contenta con las verdades parciales y provisionales que puede conquistar contra la visión común y la *doxa* intelectual, y que son capaces de procurar los únicos medios racionales de utilizar plenamente los márgenes de maniobra dejados a la libertad, es decir, a la acción política.◆

Índice analítico

Abrahams, R. D.: 134
Accidente (biográfico): 106, 107, 311-312.
Acontecimiento (producción social del): 51-54.
Agricultores: 251, 327-330, 444, 445, 538, 539.
Anderson, E.: 133.
Anomia: 10.
Aristóteles: 539.
Ascetismo: 79, 82, 96, 106, 107, 494, 495.

Bachmann, C.: 125.
Baldwin, J.: 142.
Bancaud, A.: 196.
Barrot, J.: 161.
Barthes, R.: 544.
Basier, L.: 125.
Benveniste, É.: 541.
Bergson, H.: 447.
Bevort, A.: 271.
Bodiguel, J. L.: 196.
Boigeol, A.: 197.
Bouraoui, N.: 535.
Burocracia: 320, 557; divisiones de la 168, 169; procedimiento de la 130, 131; rigidez de la 168, 169, 179, 180, 192, 193; socialburocracia 167-169.

Cadena (trabajo en la): 259, 260, 275.
Campo: 446, 447; judicial 215, 216; periodístico 51, 60.
Capital: cultural 66, 123, 124, 366, 367, 444; diferencias de 122, 123; económico 123, 124; 121; lingüístico 66, 95; privación de 120, 121; reconversión del 214; social 122, 123, 124.
Carrot, G.: 195.
Celibato: 214.
CGT: 272, 273, 275-278.
Chambat, P.: 163, 164.
Charbonneau, J. P.: 60-61.
Cinismo: 10.
Clark, K. B.: 136,137.
Cohabitación: 9, 10, 17, 27, 28; consecuencias de la 17, 18, 79, 80, 166, 167.
Cohen, J.: 163, 164.
Coing, H.: 187, 188.
Comerciante: 59, 60, 89, 337-341, 538, 539.
Comisión; Barre 161, 162; Nora-Evenо 161, 162.
Competencia (de los medios): 56, 57, 557.
Comprender: 7, 67, 68, 89, 90, 106, 531, 532.
Comunicación (no violenta): 528-531.
Condiciones de trabajo: 240, 241.
Construcción: burocrática de la realidad 57, 161; metódica 529, 531, 532, 536; realista 536, 537.
Control (familiar): 17, 18, 81, 82, 96.
Cottingham, C.: 136.
Crisis 293, 294; de la autoridad 10; de la escuela 363, 367; del sindicalismo 271; de posición 10.
Croisat, M.: 271.

Davis, M.: 132.
Declinación: 12, 13, 106, 107, 195, 196, 197, 337-341; región en 11, 305, 306, 320.
Delincuencia: 61, 62, 66, 79, 80.
Desafío (conducta de): 65, 66
Desagregación (de la economía): 128, 129.
Desaparición (de las instancias de movilización): 165, 166.
Descalificación: 233, 234.
Desencanto: 17, 18, 214, 215, 271, 272, 383-391, 421, 422, 430, 493, 494.
Desesperación por sí mismo: 68, 44, 445.
Desmoralización: 168, 169, 271-273, 399-401, 406-425.
Desocupación: 14, 61, 62, 79, 80, 108, 109, 128, 129, 139, 140, 167, 168, 279.
Desposesión: 124.
Diferenciación: de los espacios sociales 10; de los establecimientos escolares 395-401.
Distancia social: 121, 122, 531, 532, 533, 534.
Diversificación (del reclutamiento): 196, 197.
Doble vínculo (*double-bind*): 162, 163, 167, 168, 328, 329.
Droga: 128, 129, 151-154, 181, 182.
DSQ (Desarrollo Social de los Barrios): 11, 18, 66, 79.
Durkheim, É.: 5

Economía informal: 129, 135, 136, 141, 142, 151, 154.
Edin, K.: 137, 138.
Efecto: de censura 533, 534; de "club" 68, 123, 124; de construcción 528; de destino 68, 164, 165, 443, 444; de dominación 51-52; de imposición 529, 537, 538, 545; de la estructura social 527, 528; de lugar 89, 95; de naturalización 119, 120; de pantalla 10; de realidad 59, 60; de redoblamiento 68
Ejecutivo: 351-361.
Ellison, R.: 143.
Empresa (pequeña): 251-265, 359-361.
Encrevé, P.: 540.
Encuesta, periodística 55, 56; estructura de la relación de 529, 530.
Entrevista 213, 214, 469; como relación social 527, 528; situación de 67, 68, 337, 338, 369, 370, 463, 532, 533, 545.
Epicteto: 535.
Escuela 429, 441; rechazo de la 66; relación con la 364, 365, 375, 376, 444, 445, 449, 450; y familia 444, 445.
Esencialismo: 166, 167.
Espacio; distribución en el 120; físico y social 9, 119-122; lucha por la apropiación del 122-124; social y geográfico 28; social y nacional 122, 123.
Estado, abandono del 125, 126; caridad del 126, 127, 163, 164; dependencia con respecto al 328, 329; dimisión del 161-166; discurso contra el 338, 339; mano derecha y mano izquierda del 162-164, 167-169, 179-180, 181-182; nobleza de 161, 162.
Estereotipos (mediáticos): 58, 59.
Estigmatización: 58-60, 66, 67, 68, 120, 125, 164, 165, 365.
Estructuras (mentales y sociales): 120, 121.
Eternización (de lo provisional): 80.
Éxodo rural: 327.
Explicitación (trabajo de): 536.

Expresión (formas legítimas de): 533, 534.

Familia: 443-448, 481, 511-514.
Fecundidad (tasa de): 10, 80, 81, 194.
Feminismo: 291-294, 558, 559.
Finestone, H.: 136, 137.
Flaubert, G.: 542, 543.
Folb, E. A.: 134-137.
Formación (sobre el terreno y por la escuela): 14, 15.
Frente Nacional: 80-82, 469-472, 533-534.
Freud, S.: 448.

Generación, modo de 198, 199, 231, 232; primera 404, 405, 441, 481.
Gueto norteamericano 125-132, 133-143, 150-154; evolución de la estructura social del 128, 129.
Giscard D' Estaing, V.: 161, 162.
Glasgow, D.: 134, 135.
Goodman: 537.
Grupo (de base espacial): 10, 124.
Gruson, C.: 163.

Habitus: 123, 124; científico 539, 540; desgarrado 327, 445.
Hamid, A.: 129.
Hannertz, U.: 136, 137.
Herencia 327, 369; relación con 214, 215, 443-448, 449, 450, 464, 465, 470, 471.
Heródoto: 443.
Hustler: 131-137, 142, 143.

Identidad: obrera 96; social 27, 214, 216, 443, 444.
Idiosincrasia: 536, 537.
Ilusión (de retorno al país): 80.
Inmigrantes 15, 16-23, 27, 28, 65, 165, 187, 188, 311, 312, 538, 539; hijos de 109, 511-514; magrebíes y europeos 80, 81; trayectoria social de los 79, 80, 507-509
Inquilino: 58, 59, 79, 95.
Inspector (de policía): 201, 203, 204.
Integración 311, 312, 451, 452; al orden industrial 14, 15; social 80, 81.
Interrogatorio: (burocrático): 532, 533.
Inversión 446, 447; escolar 62, 65, 66, 81, 96, 449; profesional 403, 404.

Jazouli, A.: 125.

Kotlowitz, A.: 131.

Labbé, D.: 271.
Labov, W.: 134, 135, 530, 531.
Lecoq, P.: 196, 197.
Lengua (dominio de la): 65, 66, 80, 81.
Liberalismo (*versus* estatismo): 161, 162.
Liebow, E.: 133, 134, 136, 137.
Límites (sentido de los): 82, 83.
Lipsky, M.: 162, 163.
Locatario, *véase* Inquilino
Lodge, D.: 535.
Lógica del golpe doble: 62, 63.
Lucidez: 10.

Magistrado: 179, 180, 213-216, 531, 532.
Maître, J.: 447, 448.
Malestares sociales (mediatización de los): 51, 187.
Manifestaciones: 52, 53; liceístas 60, 61.
Marco Aurelio: 535.
Martinage, R.: 196, 197.
Mediatización: efecto de la 53, 54, 213, 214; rechazo de la 96.
Mercado: lógica del 162, 163; de los bienes lingüísticos y simbólicos 528; escolar y del empleo 68, 161, 162, 399; laboral 443, 444.
Metodología: 527.
Militancia: 17.
Militante: 79, 227, 234, 235, 238, 275.
Miseria: de condición 10; de posición 10.
Montaigne, M. de: 527.
Moore, W.: 137, 138.
Movilidad (social y espacial): 122, 123.
Movimientos "mediáticos": 53.

Nihilismo: 10.

Objetivación: 530, 531; participante 531, 533, 534; temor a la 531, 533, 534.
Obreros: 11, 15, 16, 65, 66, 79, 80, 81, 231, 232, 275-280, 531, 532.
Oral/escrito: 8, 531, 539, 540.

Partido Comunista: 79, 108, 238, 272, 273, 385, 445.
Partido Socialista: 469.
Periodistas: 51, 162, 163, 542, 543, 557.
Personal/estructural: 532, 533, 536, 537.
Perspectivas (pluralidad de las): 10.
Perspectivismo: 10.
Pétonnet, C.: 187, 188.
"Pobres blancos": 108, 109.
Política: 470, 471; escolar 395-397; habitacional 124, 161, 162, 167, 557; lógica política 191, 192.
Ponge, F.: 531, 532.
Populismo: 531, 532, 534, 535, 540.
Portavoz: 79.
Posición de inestabilidad: 181, 182, 451, 534, 535.
Prejuicio (racista): 67, 68, 540, 541, 557.
Presupuestos: 531, 537-539.
Promoción (social): 28, 82, 89.
Psicoanálisis: 446, 447, 538, 539.
Público/privado: 7, 187, 188, 557, 558.
Punto de vista: 8, 9.

Rainwater, L.: 136, 137.
Ramadán: 17, 80.
Razón (dar): 8.
Reflexividad (como método): 527, 528.
Relegación social: 68, 125, 161, 162, 399, 400, 441.
Representación, del mundo social 10, 51, 52, 57, 58, 537, 538; de la situación 528; pública 51, 214.
Reproducción, obrera 164, 165; ciclo de la 13, 14; crisis de la 89, 90, 443, 444; *véase también* Escuela
Residencia: 66, 67.
Rigurosidad moral: 106, 107, 108.
RMI (Ingreso Mínimo de Inserción): 168, 169.
Royer, J.P.: 196, 197.

Schegloff, E. A.: 529, 530.
Schramm: 121, 122.
Schultz, D. A.: 134, 135, 137, 138.
Secretaria: 263, 264, 265.
Segregación: 66, 67.
Servicio público: 162.
Siderurgia (crisis de la): 11, 12, 13.
Sindicatos: 13, 14.
Sobreendeudamiento: 16, 17, 306, 319, 320.
Socioanálisis: 511, 512, 513, 530, 531.
Solidaridades: 66, 67, 68, 95, 166, 276, 277.
Sondeo de opinión: 188, 189.
Soyer, J. C.: 195, 196.
Spinoza, B.: 535, 536.
Spitzer, L.: 10.
Street level bureaucracy: 162, 163, 181, 182.
Subproletarios: 15, 16, 164, 165.
Suburbios: 53, 54, 61, 65, 95, 105-109, 119, 429, 463, 464; *véanse también* DSQ, Gueto norteamericano, ZUP
Suchet, P.: 60, 61.
Supervivencia: 136, 137.

Sustancialismo: 119.

Tecnocracia: 167, 168, 557.
Televisión: 51, 52, 55, 56, 537, 538, 558, 559.
Tergiversación de sentido: 7.
Terray, E.: 558.
Terreno (encuesta de): 119, 187, 188.
Títulos escolares (devaluación de los): 88, 197, 359, 364, 365, 443.
Trabajadores sociales: 167-169, 181, 182, 406, 446, 447, 521, 522, 529, 530.
Transcripción: 8.
Trayectorias sociales: 122, 123, 214, 215, 443, 444, 531, 532; accidente de 106, 107.

Valentine, B.: 133, 134, 136, 137.
Vecindad (problemas de): 12, 13, 41-45.
Viellard-Baron, H.: 125.
Violencia: 398, 421, 425, 429, 558, 559 espiral de la 67, 68, 166; simbólica 121, 122, 529, 545.
Visión de la realidad social: 10, 187, 188, 557, 558.

Weber, M.: 129, 168.
Wieviorka, M.: 125, 126.
Williams, R.: 122.
Williams, T.: 141, 142.
Williamson, H.: 133, 134.

ZEP (Zona de Educación Prioritaria): 429.
ZUP (Zona de Urbanización Prioritaria): 11, 57, 61, 62, 79, 80, 106, 275, 276; *véase también* Burocracia

Índice de autores

449-452 ACCARDO, ALAIN

BALAZS, GABRIELLE
89-90, 95-96, 181-182, 311-312, 429-430, 521-522, 547-548

227-228 BEAUD, STÉPHANE

469-472 BOURDIEU, EMMANUEL

BOURDIEU, PIERRE
7-8, 9-10, 11-18, 65-68, 119-124, 161-166, 167-168, 179-180, 181-182, 271-274, 311-312, 319-320, 327-336, 363-367, 369-371, 443-448, 527-543, 545-555, 557-559

151-154 BOURGOIS, PHILIPPE

BROCCOLICHI, SYLVAIN
383-389, 395-401, 425-427

CHAMPAGNE, PATRICK
51-63, 79-83, 105-109, 187-193, 337-341, 363-367

CHRISTIN, ROSINE
41-45, 251-253, 258-261, 263-265, 305-310, 403-406, 421-424

FAGUER, JEAN-PIERRE 481-484

GARCÍA, SANDRINE 291-294

LENOIR, REMI 195-199, 201-204, 213-216

ŒUVRARD, FRANÇOISE 395-401

PIALOUX, MICHEL 227-235, 237-242, 275-278, 287-289

PINTO, LOUIS 351-353, 359-361

SAYAD, ABDELMALEK 27-29, 193-194, 429-430, 493-495, 511-519

SOULIÉ, CHARLES 463-465

WACQUANT, LOÏC J. D. 125-132, 133-143

Índice general

Al lector
Pierre Bourdieu 7

El espacio de los puntos de vista
Pierre Bourdieu 9

La rue des Jonquilles
Pierre Bourdieu 11

Una familia desplazada
Abdelmalek Sayad 27

Cada uno en su casa
Rosine Christin 41

La visión mediática
Patrick Champagne 51

El orden de las cosas
Pierre Bourdieu 65

Una familia integrada
Patrick Champagne 79

Una mala ubicación
Gabrielle Balazs 89

La rehabilitación
Gabrielle Balazs 95

La última diferencia
Patrick Champagne 105

Efectos de lugar
Pierre Bourdieu 119

De Norteamérica como utopía al revés
Loïc J. D. Wacquant 125

The Zone
Loïc J. D. Wacquant 133

Homeless en El Barrio
Philippe Bourgois 151

La dimisión del Estado
Pierre Bourdieu 161

Una misión imposible
Pierre Bourdieu 167

La mala fe de la institución
Pierre Bourdieu 179

Inestabilidad y doble vínculo
Pierre Bourdieu y Gabrielle Balazs 181

La visión de Estado
Patrick Champagne 187

Desorden entre los agentes del orden
Remi Lenoir 195

Mujer y policía
Remi Lenoir 201

Un reproche viviente
Remi Lenoir 213

Decadencias

Permanentes y temporarios
Michel Pialoux y Stéphane Beaud 227

El viejo obrero y la nueva fábrica
Michel Pialoux 237

Trabajo nocturno
Rosine Christin 251

La posesión
Rosine Christin 263

El fin de un mundo
Pierre Bourdieu 271

El desasosiego de un delegado
Michel Pialoux 275

La obra robada
Sandrine García 291

Testigo silencioso
Rosine Christin 305

Un equilibrio tan frágil
Pierre Bourdieu y Gabrielle Balazs 311

Pendiente de un hilo
Pierre Bourdieu 319

Una vida perdida
Pierre Bourdieu 327

La caída
Patrick Champagne 337
Carreras destrozadas
Louis Pinto 351

Los excluidos del interior
Pierre Bourdieu y Patrick Champagne 363
¡Ah, los buenos tiempos!
Pierre Bourdieu 369
Un paraíso perdido
Sylvain Broccolichi 383
El engranaje
Sylvain Broccolichi y Françoise Œuvrard 395
Una doble vida
Rosine Christin 403
La clase de francés
Rosine Christin 421
Una relación de fuerzas
Sylvain Broccolichi 425
La violencia de la institución
Gabrielle Balazs y Abdelmalek Sayad 429

Las contradicciones de la herencia
Pierre Bourdieu 443
El destino escolar
Alain Accardo 449
Un éxito comprometedor
Charles Soulié 463

El espíritu de contradicción
Emmanuel Bourdieu 469
Esposa y colaboradora
Jean-Pierre Faguer 481
La maldición
Abdelmalek Sayad 493
La emancipación
Abdelmalek Sayad 511

La soledad
Gabrielle Balazs 521

Comprender
Pierre Bourdieu 527

Post-scriptum
Pierre Bourdieu 557

Índice analítico 561
Índice de autores 563

Esta edición de *La miseria del mundo,* de Pierre Bourdieu,
se terminó de imprimir en el mes de octubre de 2007,
en Grafinor S. A., Lamadrid 1576, Villa Ballester,
Buenos Aires, Argentina.